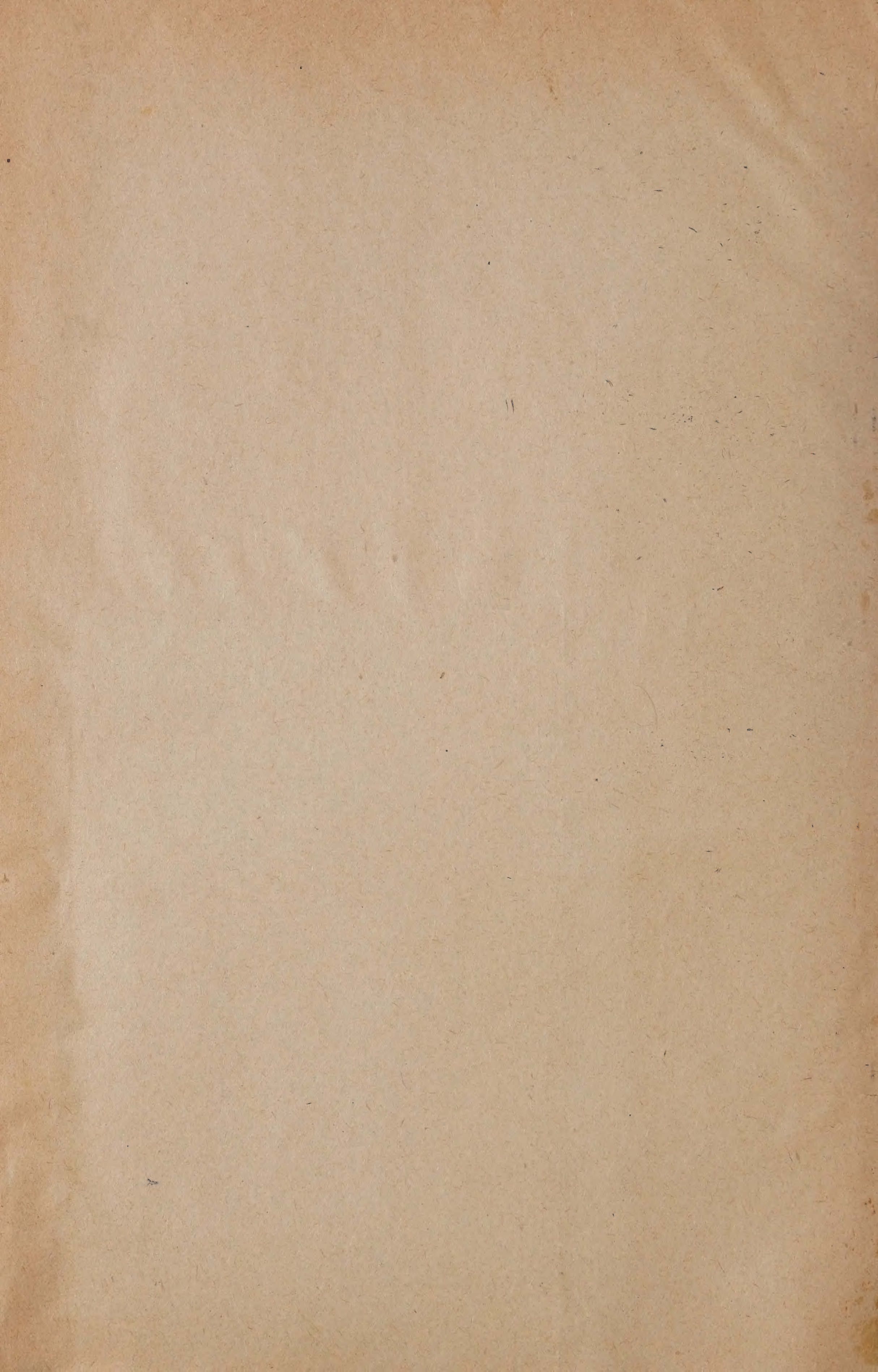



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041485785



OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICIÓN)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO V

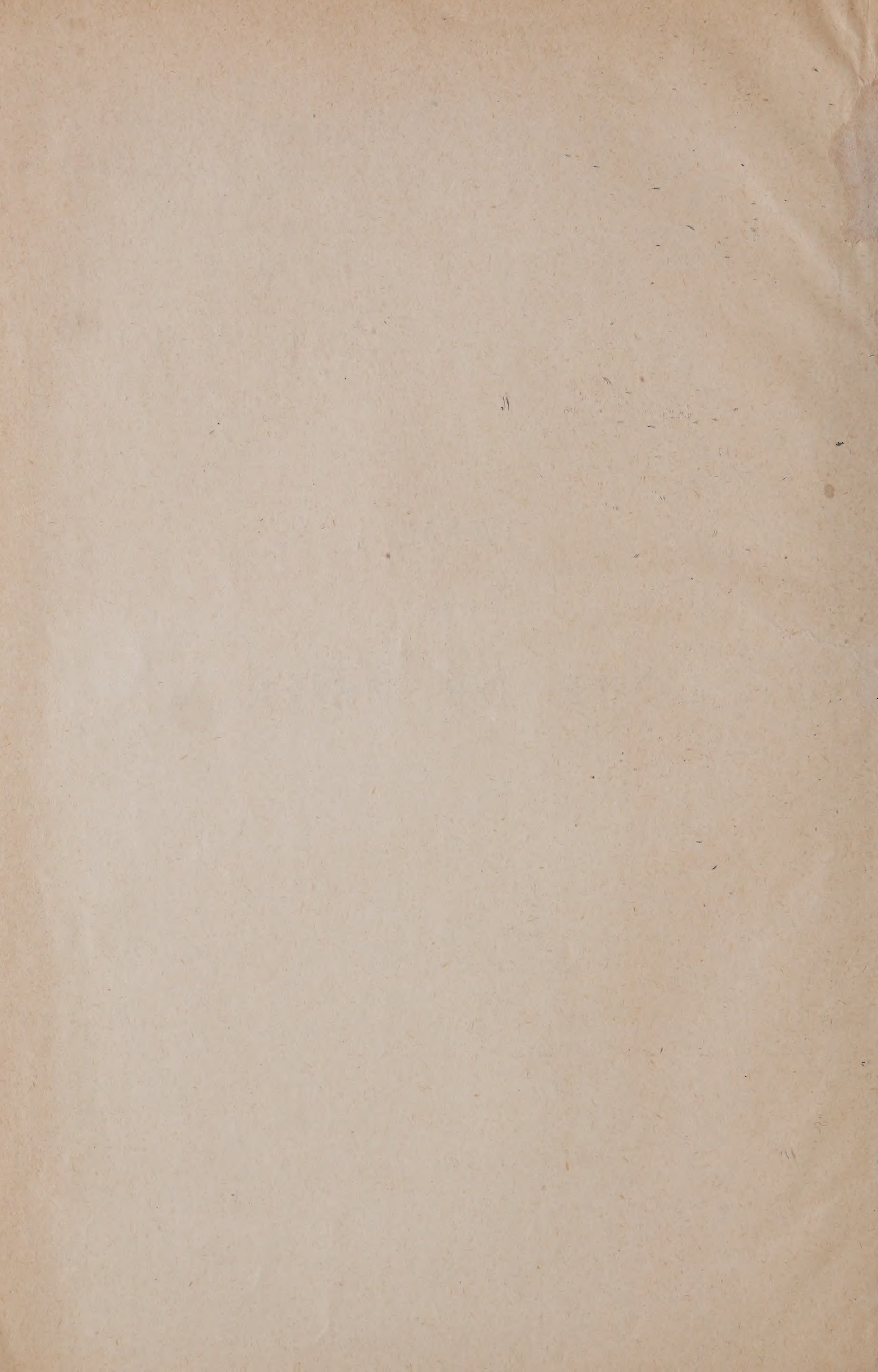


MADRID
TIP. DE LA «REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»
Olózaga, 1.—Teléfono S. 1.385.
1918

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA



OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICIÓN)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO V



MADRID
TIP. DE LA «REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»
Olózaga, 1.—Teléfono S. 1.385.
1918

PRÓLOGO

Participan las comedias de este volumen del carácter de las contenidas en los anteriores, en cuanto a su gran rareza como piezas bibliográficas, por no haber sido reimpresas desde el siglo XVII. Además, dos de ellas eran inéditas. Algunas son muy extensas y otras han exigido mayor número de notas para exponer sus variantes; por esta razón el tomo, con ser de los más voluminosos entre los hasta ahora publicados, no lleva más que 19 comedias. Daremos una breve noticia de cada una.

Donde no está su dueño está su duelo.—Aparece impresa en un tomo hasta hoy no identificado exactamente, pero muy anterior a la primera mitad del siglo XVII (1). Ocupaba en dicho tomo el tercer lugar en el orden del texto, como lo demuestra la paginación de la comedia, que va

---

(1) Es un volumen facticio, compuesto de varias comedias sueltas y dos que pertenecieron a una *Parte* hoy desconocida, pero al cual se ha puesto una falsa portada que dice: *Doze | Comedias | de Lope de Vega | Carpio | Parte veynte y nueue |* (Diez floroncillos.) *Con licencia. | En Guesca, por Pedro Luson. Año de 1634.* En 4.°

En la hoja segunda lleva los "Titvlos de las Comedias", sin nombre de autor, por este orden: 1, *La Paloma de Toledo;* 2, *Donde no está su dueño está su duelo;* 3, *Querer más y sufrir menos;* 4, *Los Mártires de Madrid;* 5, *La Prospera fortuna de don Bernardo de Cabrera;* 6, *La Aduersa fortuna de don Bernardo de Cabrera;* 7, *Las Mocedades de Bernardo del Carpio;* 8, *Pusoseme el Sol, saliome la Luna;* 9, *El Cerco del Peñon de Velez;* 10, *El Cautivo venturoso;* 11, *Un gusto trae mil disgustos;* 12, *El Hombre de mayor fama.*

A la vuelta dice: "Licencia. Tiene Pedro Luson (no Bluson) licencia para que por una vez pueda imprimir doze Comedias, que intitula parte veynte y nueue, de Lope de Vega Carpio. Dada en Guesca, a 10 de Marco de 1634. Doctor Martin Damasceno."

No me esforzaré en probar que esta licencia es apócrifa, como los demás preliminares, porque lo demuestran la falta de privilegio, aprobaciones, tasa y erratas; el nombre de Pedro Luson (que no ha existido), el modo de escribir *Huesca* y otras circunstancias que irán saliendo, ya que este tomo, uno de los más importantes de la bibliografía dramática española, y además único, no es todavía bien conocido.

La primera comedia lleva la numeración desde el folio 121 y termina en el recto del 140, con la vuelta en blanco. La segunda va del folio 58 al recto del 81 y la vuelta en blanco, sin reclamo. Pero así esta comedia como la anterior formaron parte de un mismo tomo, a juzgar por la clase del papel, los tipos y adornos.

Las demás comedias son sueltas y pertenecen a familias diversas algunas; pero las 4.ª, 6.ª, 8.ª, 10, 11 y 12 parecen de la misma imprenta por los adornos, en especial el de las cabeceras. Las 3.ª y 5.ª son semejantes entre sí; la 9.ª difiere algo de las anteriores.

En el texto cada comedia lleva el nombre de su autor. La segunda dice: *Donde no esta*

del folio 58 hasta el 81 y lleva el título que le hemos puesto y expreso el nombre de su autor: «De Lope de Vega Carpio.»

Su composición y estreno son de dicha época; por cuanto en las notas de representaciones dramáticas verificadas en el Palacio Real de Madrid figura la de *Donde no está su dueño,* hecha por la compañía de Hernán Sánchez de Vargas el 3 de septiembre de 1623 (1).

Posteriormente se imprimió suelta, sin indicación de lugar ni de año, pero atribuyéndola a don Guillén de Castro (2), razón por la que algunos

---

sv dveño, esta sv dvelo. | *Comedia* | *famosa.* | *De Lope de Vega Carpio.* | *Representola Prado.* | *Hablan en ella las personas siguientes.*

La letra gruesa y tosca de la portada de este tomo es por completo distinta de la empleada en la *Parte* | *veynte y ocho,* | *de comedias de* | *Varios avtores.* | 63 † (Escudo de armas del Mecenas, Conde de Morata.) *Con licencia.* | *En Huesca, por Pedro Bluson Impressor de la* | *Vniuersidad, Año 1634.* | *Acosta de Pedro Escuer Mercader de Libros.* En 4.°; foliación seguida hasta el 250, en cuyo vuelto dice: *Con licencia.* | *En Huesca, por Pedro Bluson, impressor* | *de la Vniuersidad. Año 1634* | *A costa de Pedro Esquer, Mercader de Libros.*

Este tomo, legítimo, lleva en la hoja segunda una licencia del doctor Melchor Alayeto, extensa y firmada en "Huesca a 6 de abril del año 1633"; una aprobación del consejero don Diego Amigo, en nombre del virrey de Aragón don Fernando de Borja, fechada en "Zaragoza a 27 de octubre de 1633", y una dedicatoria a don Antonio Manrique de Luna y Lara, conde de Morata, firmada por Escuer.

La letra de la portada de este tomo es menor y más fina que la de la *Parte XXIX,* y el aspecto también distinto, siendo así que aparecen impresos ambos libros en el mismo año, en el mismo lugar y al parecer en la misma imprenta.

Sin embargo, el papel de la *XXIX* es de la época que dice, por todas sus condiciones de pasta, satinado, color, etc. Pero la filigrana es muy distinta la de las comedias primera y segunda que la que se ve en las otras. La filigrana del papel de la *Parte XXVIII* es también muy diferente de la que llevan las de la *XXIX.* En resumen, este tomo, aunque apócrifo, puede muy bien ser del año 1634 o poco posterior. La encuadernación y portada debieron de haberse hecho en Zaragoza y no en Huesca, pues allí se cometían falsificaciones como la presente.

Hay, además, otra razón para presumir que la de este tomo no es muy posterior a 1634, y es que la *Parte XXIX* verdadera se imprimió en Valencia en 1636; y como la supuesta de Huesca no era tal parte, no la tuvieron en cuenta los editores; pero sí la tuvo el falsificador en cuanto a la legítima *XXVIII* de Huesca.

(1) *El Averiguador. Segunda época.* Madrid, 1871, 4.°; I, 9.

(2) El señor A. L. Stiefel, en un artículo publicado en la revista *Zeitschrift für rom. Phil.,* tomo XXX (1906), pág. 540, describe un tomo colecticio de comedias sueltas propio de la Biblioteca de Munich, en el cual se halla una con este encabezado: *Comedia* | *famosa* | *Donde no esta sv* | *dveño esta sv dvelo.* | *De Don Gvillen de Castro.* Sin lugar, ni año, ni imprenta, en 16 hojas en 4.° sin foliar, signaturas A-D4. Por los fragmentos que transcribe se ve que es la misma obra que, atribuída a Lope, figura en la *Parte XXIX.*

El señor E. Merimée, en su magistral estudio sobre *L'art dramatique à Valencia. Toulouse, 1913,* pág. 703, menciona como existente en la Biblioteca Nacional de Lisboa otro ejemplar suelto de dicha comedia, que probablemente será de la misma tirada que la anterior, aunque quizá por inexactitudes ortográficas parezca distinta. El título es, según monsieur Merimée: *Donde no está su dueño, está su duelo* | *Comedia famosa* | *de don Guillen*

bibliógrafos e historiadores la creen obra del célebre poeta valenciano (1). Hoy, con presencia del texto más antiguo, pueden los inteligentes juzgar y resolver. Su estructura interna, su estilo y versificación no se diferencian cosa apreciable de otras semejantes de LOPE DE VEGA; pero como tampoco se aparta del sistema dramático de Castro, que procuró seguir en todo las huellas del Maestro, bien pudiera ser suya. En esta incertidumbre creemos que por hoy las presunciones deben estar a favor de LOPE, puesto que en época en que acaso aún vivía se le atribuye de un modo tan público y expreso.

El desarrollo de la comedia es bueno, lógico y progresivo. Los dos caracteres principales, Aurelia y don Diego, dignos de LOPE, seguros, claros y fieles a sí mismos. Pero hay cambios poco felices en los de doña Juana de Vargas y el Conde. La primera, que tiene palabra de matrimonio de don Diego en el caso de que su mujer Aurelia falte a su honra y busca la muerte de su rival, la vemos al mismo tiempo salvando al Conde la vida porque también espera casarse con él. Y el Conde, después de asegurar que ama a doña Juana, se presta voluntario a la infame y peligrosa burla para el mismo que la quiere hacer a la esposa de don Diego. Por último, la indigna fazaña de este personaje, al final, tan inútil como poco artística, más que de LOPE es propia de Guillén de Castro, a quien no detenían situaciones ni escenas semejantes.

La obra parece de invención del poeta, y el enredo, urdido para justificar el refrán que le sirve de título.

Ello dirá.—Es comedia indubitada, así por hallarse citada por el autor en su lista segunda de *El Peregrino* (1618) como por haberse impreso en la *Parte XII* de sus comedias en el siguiente año (2). Está correctamente escrita y versificada. Pero el interés es poco, a causa de lo débil del enredo. No se explica el empeño del Emperador en ocultar el origen de

---

de Castro. | Tampoco tiene señas de impresión ni foliatura, y consta de 16 hojas, signaturas A-D, todas de a 4 hojas, lo mismo que la alemana.

Esta edición suelta es de seguro posterior a la de la *Parte XXIX;* quizá sea sevillana y de fines del siglo XVII; su aspecto, papel, tipos y adornos lo revelarán acaso de un modo cierto.

(1) Medel del Castillo, en su *Indice de comedias* (Madrid, 1735, pág. 34); Barrera, en su *Catálogo del teatro antiguo español,* pág. 83; Adolfo Schaeffer, en su *Gesch. des Spanis. Nationaldr.* (I, 230), y Merimée, que extracta su argumento en la pág. 573 de su obra citada.

(2) *Dozena | Parte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio. | A Don Lorenzo de Cardenas, Conde de la Puebla, quarto nieto de don Alonso de | Cardenas, Gran Maestre de Santiago. | Año* (Esc. de arm. de Cárd.) *1619. | Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Alonso Martín. | A costa de Alonso Perez, mercader de libros.* 4.°; 4 hojas prels. y 280 foliadas.

Tabla, erratas (ninguna): Madrid, 14 de diciembre de 1618.—Tassa: Madrid, 22 de diciembre de 1618.—Aprobación de Vicente Espinel: Madrid, 15 de agosto de 1618.—Suma del

Marcela hasta a su marido, dando lugar a que Teodoro, sospechoso de que Otón le ha dado por mujer a su propia amiga, disponga y trate de ejecutar la muerte de la inocente Marcela. Es cierto que en cuanto declarase el Monarca que era su hija se acababa el drama, y por eso decimos que el enredo es poco hábil. En cambio los caracteres de los dos jóvenes aldeanos son muy bellos, y sus palabras y escenas en que intervienen llevan el sello de gracia y frescura que Lope sabía dar a estas figuras, tan ingenuas y maliciosas a la par, y nos revelan una vez más su portentoso don de observar y asimilarse un medio social que no era el suyo.

Los embustes de Fabia.—Predilección especial parece haber tenido Lope a esta comedia, que recuerda en ambas ediciones de *El Peregrino en su patria*, hechas en 1603 y en 1618. Es, por tanto, obra de su primera época; pero tuvo la negra fortuna de quedar inédita a su muerte y caer en manos del poco escrupuloso editor de la *Parte XXV* y última de Lope de Vega, impresa en 1647 en Zaragoza, y de una manera incorrectísima (1). No sólo faltan en esta comedia gran número de versos aislados, sino que un largo pasaje del acto segundo fué llevado al tercero y, en cambio,

---

privilegio al autor por diez años: San Lorenzo, 6 de octubre de 1618.—Dedicatoria de Lope. Cuatro sextinas del mismo.—"El Teatro" es un prólogo contra los impugnadores de sus obras.—Texto. *Ello dirá* es la primera comedia del tomo.

Este mismo año se hizo otra tirada, a lo menos, de los preliminares con la portada, que son diferentes en la forma y carece del escudo de armas de los Cárdenas, reemplazado por la marca tipográfica del Sagitario.

(1) *Parte veintecinco.* (sic) | *perfeta, y verdadera,* | *de las comedias del Fenix* | *de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de Sã Iuan,* | *Familiar que fue del Santo Oficio de la Inquisicion, Pro* | *curador Fiscal de la Camarã* | *Apostolica.* | *Sacadas de svs verdaderos originales,* | *no adulteradas como las que hasta aquí se han publicado.* | *A Don Francisco Antonio Gonzalez Xi-* | *menez de Vrrea, Señor de Berbedel, antes de Tiçenique.* | 71. | (Escudo del Mecenas.) *Con licencia.* | *En Çaragoça, Por la Viuda de Pedro Verges. Año 1647.* | *A costa de Roberto Devport.* 4.° y 556 págs. Al fin repite las señas de la imprenta.

Censura del doctor Juan Francisco Andrés: Zaragoza, 29 de marzo de 1647.—Licencia del doctor Sala: Zaragoza, 8 de abril de 1647.—*Imprimatur* del regente Miguel Marta.—Títulos de las comedias.—Dedicatoria de Devport: Zaragoza, 15 de noviembre de 1647.

La comedia de *Los Embustes de Fabia* es la última del tomo. Hemos dicho que es texto único el de esta *Parte XXV* de Zaragoza, porque no merece tenerse en cuenta la afirmación del Quadrio, en una nota de su conocida obra *Della Storia e della Ragione d'ogni Poesia*, tomo V, pág. 340, que cita una impresión de la *Parte XXV*, hecha en Madrid, en 1640, por la viuda de Juan González. Tal edición no pudo haber existido, a lo menos con las comedias de la parte de Zaragoza, porque el editor dice que las ha sacado de los manuscritos que se guardaban en la biblioteca del señor de Berbedel; y las fechas de las aprobaciones, licencia y dedicatoria prueban que en 1647 se imprimieron por primera vez.

El tomo que cita Quadrio será alguno de comedias sueltas, superchería frecuente en el extranjero, que las bautizaban con los títulos de *Laurel, Pensil, Jardín* y otros nombres vegetales. El que describe el señor Stiefel, antes citado, se titula *Flor de Comedias*. Yo tengo uno con portada impresa "por Juane (*sic*) González" que es de esta laya.

puesto allí el que era casi del final de la comedia. Los hemos restituído a su lugar y hecho al pie la advertencia consiguiente; pero aun así se observa la falta de muchos versos. Desgracia irremediable porque no se conoce otro texto.

Pero la obra es ciertamente de Lope y de su primera manera de hacer, en que se preocupaba menos de la acción, que es no poco desarreglada, ni de la moderación en los caracteres y mucho de las escenas concebidas al gusto de la comedia italiana del siglo XVI. Por eso el lenguaje tiene una vivacidad y gracia encantadoras, sazonado de malicias y agudezas llenas de ingenio que sorprenden y cautivan.

El carácter de Fabia es delicioso, aunque no recomendable en lo moral, por su ligereza y aun contradicciones; pero siempre apasionado y amable. En el de Brisena hay también maestría en hacerle, en medio de cierta sencillez, tan dulce, tierno y abnegado. También el del senador Catulo es de sorprendente verdad, según eran en los primeros tiempos del Imperio romano aquellos patricios, tan amantes del placer y, sin embargo, aparejados siempre a dejar sin pesar la vida cuando el tirano lo exigía.

Riéndose el mismo Lope de los frecuentes cambios de lugar, de situaciones dramáticas y de personajes que hay en esta comedia, dice uno de éstos (página 99):

Cerca llegué por aquí;
éste es Palacio; acá sale
Nerón, nuestro emperador,
que lo permite el autor,
que de esta industria se vale;

porque si acá no saliera,
fuera aquí la relación
tan mala y tan sin razón
que ninguno la entendiera.

En efecto, este episodio del Emperador romano y su enamoramiento de Fabia son por completo redundantes en el curso de la obra; pero da margen a varias lindas escenas y facilita el desenlace, que también podía ser de otro modo.

El enemigo engañado.—Es obra también de los primeros tiempos del autor, pues aparece ya citada en el primer *Peregrino* (1603) y se ha impreso en una *Parte XXXII* de la colección que los bibliógrafos llaman de *Diferentes autores,* en Zaragoza, en 1640 (1). Para el cotejo hemos uti-

(1) *Parte treinta y dos, con doce Comedias de diferentes Autores. Al illustrissimo señor don Juan Martín de Villanueva, conde de San Clemente, señor de las villas de Asso, Bisinbre y el lugar de Sanol. Con licencia, en Zaragoza, por Diego Dormer. Año M.DC.XL. A costa de Giusepe Ginobart, mercader de libros.* 4.°; 442 págs.

Aprobación: Zaragoza, 12 de mayo de 1640.—Licencia: 13 de junio de 1640.—Tabla de las comedias.

Describo este tomo según Barrera, que parece no lo ha visto. Salvá no logró verlo y se atiene a lo que dice Barrera (*Catál.* de la bibl. de Salvá: I, 414). Tampoco lo hay en la Biblioteca Nacional. Yo tengo un largo fragmento de este rarísimo tomo que comprende desde

lizado algunas discretas correcciones hechas por don Agustín Durán en una copia que hizo de esta comedia, según el texto de 1640, y se halla hoy en nuestra Biblioteca Nacional. (Ms. 17410.)

Es pieza ingeniosa por el recurso de que un hermano de la dama tenga al galán en la casa, al mismo tiempo que otro hermano le busca para matarle. Y a pesar de lo ceñido del tema y las pocas facilidades que permite el continuo y falso carácter que Pinabelo y su amigo Lavinio tienen que sostener, la obra es cada vez más interesante y se desenlaza con arte y con fortuna. El carácter de Gerardo, violento, rencoroso, pero franco y caballeresco, no es malo. Más débil es el de las mujeres, salvo algunos arrestos de la apasionada Laurencia. El asunto pasa en Barcelona y parece obra de invención de LOPE.

Los enemigos en casa.—Comedia citada por el autor en su *Peregrino* de 1618, siendo, por tanto, obra de su edad madura. Se imprimió en 1619 en la *Parte XII* de sus comedias, anteriormente citada.

Aunque escrita con buen lenguaje y estilo, la invención y el asunto son muy medianos. Parten de un poder innecesario que da el novio a un tío suyo para casarse con doña Isabel, a la vez que se impide al galán, que no se ausenta, penetrar en su casa y hacer efectivo el matrimonio: todo para devolver al día siguiente, intacta y menospreciada, la novia a sus padres. Los demás actos son menos absurdos, pero no menos inverosímiles, como verá el que lea. Los caracteres tampoco se recomiendan, excepto los de los novios, que son como de quien sabía pintarlos diestramente.

En el acto tercero, página 172, habla LOPE de sí mismo, disfrazado con el usual seudónimo de *Belardo*, aunque en términos sumamente obscuros, si no es que el texto vaya equivocado, lo que parece muy posible:

¿Ella no es traza? Pues calla,
que bien sabré ejecutalla
con un poco de cuidado.
Aunque un cierto sacristán
dicen que me da las trazas
de aquestas nuevas trapazas
que en verso cantando van,
ni pienso que estoy tan flaco
de invención, pues hombre soy
que cuanto en público doy
de mi caletre lo saco.
Pardiez que son embaidores,
y que hasta el nombre lo niega;
mas no es bien que siendo *vega*
sus trazas me diesen flores.
Para mí me las querría;

---

la pág. 129 a la 330, última de la comedia de LOPE, *El Sufrimiento de honor*. Por el texto mío se ha hecho la impresión que va más adelante, cotejado con la copia manuscrita existente en la Biblioteca Nacional (18 hojas en 4.º) hecha por don Agustín Durán de un texto impreso que le facilitó don Manuel Casal, bibliófilo y naturalista madrileño de fines del siglo XVIII y primeros años del XIX. Pero Durán no dice que el impreso de Casal fuese una comedia suelta; y como su copia es exactamente la misma que el texto de la *Parte XXXII*, salvo las erratas y algunas correcciones hechas por el mismo Durán, fuerza será convenir en que se trata de una sola versión de esta comedia. El encabezado de la contenida en la *Parte XXXII* dice:

Comedia famosa, | El enemigo engañado | De Lope de Vega Carpio. | Hablan en ella las personas siguientes, y ocupa desde la pág. 164 a la 208 inclusive.

madre mía, digo yo:
¿quién al sacristán metió
en dejar su sacristía?
Cuando con lances diversos
no me pueden ofender,
taujía quieren hacer
de mis trazas y mis versos.
Quien no acierta para sí
ni aun se acierta a conocer,
bien ves que no puede ser
que acertase para mí.
Trazas dice que me dió:
advierta, señor compadre,
que esto me enseñó mi madre
y esotro me supe yo.

Engañar a quien engaña.—Para esta comedia nos hemos valido de dos manuscritos: uno, existente en la Biblioteca Nacional (número 15.443) y otro en el Museo Británico de Londres. Ambos parecen ser copia de un impreso suelto que se hallaba en el tomo 132 de la Biblioteca de Osuna, y que, como hemos dicho en el prólogo del tomo III, existió, pero no se halla hoy en la Biblioteca Nacional. Otro ejemplar tuvo Salvá (*Catálogo*, I, 597) también a nombre de Lope. Igualmente se ignora su paradero. La pérdida no es muy grande; porque esta comedia, además de ser muy mala, no tiene trazas de ser de Lope.

Empieza con un enredo enteramente pueril; como si al Rey le faltasen medios de ver a Laura sin traerla al jardín de su propio palacio y ausentarse él, sin causa que lo justifique, sólo para dar lugar a que la lleve don Lope y este episodio complique algo acción tan pobre y transparente. Añádase a esto un estilo, lenguaje y versificación más que enfáticos y gongorinos disparatados, y se comprenderá que sólo por ser pieza tan sumamente rara se imprime en este lugar, para que los críticos puedan juzgar fácilmente sobre lo dicho, que aparece confirmado por otros inteligentes aficionados a Lope de Vega. (1)

El engaño en la verdad.—Que Lope compuso en sus primeros tiempos una comedia de este título es evidente, pues él mismo la nombra en la primera lista de su *Peregrino*, que es de 1603; pero que esta comedia sea la que reimprimimos, tomándola de un ejemplar suelto, sin lugar, año ni imprenta, aunque de fijo correspondiente a la primera mitad del siglo XVII (2), es lo que pudiera dudarse después de advertir lo que sigue.

(1) El ejemplar manuscrito del Museo Británico, que fué de J. R. Chorley, lleva al final esta nota suya, escrita en castellano: "Según v. Schach (Anhang 43 y 44), hállanse impresiones sueltas de esta comedia en la biblioteca de Osuna y en la de Durán. La copia manuscrita que aquí tenemos es más que ordinariamente defectuosa, estando llena de erratas, de que no pocas se encuentran tan incorregibles, que ni aun conjeturalmente se puede restituír el texto verdadero. Sin embargo, de lo que se puede leer y entender hay bastante para formar un juicio sobre el carácter y estilo de la pieza, afirmando que, advertidas sus extravagancias hiperbólicas, sus retruécanos y frialdades, la hinchazón y afectada obscuridad de los discursos (véase especialmente, por exemplo, el de Carlos en la escena postrera), de ninguna manera puede ser obra de Lope."

(2) Consta de 20 hojas en 4.° foliadas. La impresión no parece madrileña; pero no podemos identificarla. El título está en esta forma. Después de una linda cabecera formada con diez floroncillos graciosos y el "Fol. I" encima, sigue en letra pequeña el primer ren-

En 1629 publicó en Jaén el novelista y autor dramático madrileño Matías de los Reyes un tomo de comedias que tenía compuestas ocho o diez años antes (1) y entre ellas hállase la titulada *Di mentira y sacarás verdad,* dedicada a un don Pedro María Passano, con fecha en Villanueva de la Serena, a 8 de septiembre de 1622 (2). En la *Parte XXII* de LOPE DE VEGA y otros autores, impresa en Zaragoza en 1630, una de las llamadas *Partes extravagantes,* en cuanto al orden de tomos de la colección especial del autor, pero, en general, auténticas en cuanto a los textos, se halla, ocupando el número dos entre las del volumen, la titulada *Di mentira, sacarás verdad,* como «de Lope de Vega Carpio», pero que es, con ligerísimas variantes, la misma impresa el año antes en Jaén (3). Hasta aquí no hay dificultad: todo se reduce a sustituír el nombre de LOPE por el de Matías de los Reyes, que es su verdadero autor.

---

glón: "*El Engaño en la verdad.* | *Comedia* | *famosa.* | *De Lope de Vega Carpio.* | *Representola Valleio.* | *Hablan en ella las personas siguientes.*" Las signaturas son A-C[2]; las dos primeras, no de cuatro hojas, como años adelante, sino de ocho; la C tiene cuatro. Termina ocupando todo el vuelto de la hoja 20, con sólo la palabra "Fin".

(1) Aunque estas piezas se publicaron formando un tomo, lleva cada una de ellas su portada y foliación particular, siendo la primera *Los Enredos del diablo... Impresa en Jaén por Pedro de la Cuesta, año de MDCXXIX.* 4.°; 1 hoja de portada y 28 de texto. La segunda, titulada *El qué dirán, y donaires de Pedro Corchuelo,* va dedicada a Lope Félix de Vega Carpio, con fecha de Villanueva de la Serena a 11 de agosto de 1622. La tercera es la titulada *Di mentira y sacarás verdad.* La cuarta, *Dar al tiempo lo que es suyo.* La quinta, *El Agravio agradecido,* y la sexta, *La Vida y rapto de Elías.* Todas llevan el mismo pie de imprenta y el mismo número de hojas que la primera, excepto la quinta, que no tiene más de 24 y la portada.

(2) Su encabezado es éste: *Di mentira* | *y sacaras verdad.* | *Por Matías de los Reyes,* | *natural de Madrid.* | *Dirigida a Pedro María Passano, Contador de la Mesa magistral* | *del partido de la Serena... Con privilegio.* | *Impressa en Iaen, por Pedro de la Cuesta, año de 1629.* Consta de 28 hojas de texto y una más de portada. Firma la dedicatoria en Villanueva a 8 de septiembre de 1622. Son "Figuras de la comedia": Felisardo, rey de Ungría; Clorinarda, reina; Federico, duque; Rosarda, dama, su hija; Justino, alcaide; Octavio, secretario; Arnesto, galán; Mauricio, su criado; Valerio, viejo; Batilo y Ardenio, labradores.

(3) *Parte* | *veynte y dos* | *de las Comedias* | *del Fenix de España* | *Lope de Vega Carpio* | *y las meiores qve hasta* | *aora han salido.* | *A la ilvstrissima señora* | *D. Ana Martinez de Luna, Condesa de Morata, Mcr* | *quesa de la Bilueña* | *... Año* (Escudo de esta señora.) *1630.* | *Con licencia, y privilegio.* | *En Çaragoça:* | *por Pedro Verges.* | *A costa de Iusepe Ginobart, Mercader de Libros.* 4.°; 4 hojas prels., 255 foliadas y una para repetir las señas.

Títulos de las comedias.—Aprobaciones del racionero Andrés Omella y de Diego de Morlanes: Zaragoza, 1629.—Privilegio por diez años a Ginobart: Zaragoza, 20 de diciembre de 1629.—Dedicatoria de éste: Zaragoza, 16 de abril de 1630.—"Un amigo de LOPE al lector."—Texto.

La segunda comedia lleva este encabezado: *Comedia famosa.* | *Di mentira, sacarás verdad.* | *De Lope de Vega Carpio.*

"Hablan en ella las personas siguientes: Eduardo, rey; Clorinarda, Arnesto, Mauricio, Federico, Rosarda, Octavio, Valerio, Ardenio, Batillo, Cazadores."

Pero lo singular y aun extraordinario es que la comedia suelta, *El engaño en la verdad,* a nombre de LOPE, es ni más ni menos que la de Reyes, en cuanto al argumento; pero con palabras diferentes. Acto por acto, escena por escena, episodio por episodio, se van plagiando ambos poetas; y, salvo alguno secundario, hasta los personajes son los mismos, aunque con otros nombres. En resolución: es un mismo asunto, con todos sus pormenores; versificado por dos poetas distintos. ¿Quién fué el imitador? Todas las circunstancias conocidas se inclinan en contra de Reyes. LOPE tenía escrita su comedia en 1603: la de Reyes fué dedicada y acaso compuesta o retocada en 1622. Reyes, que era mucho más joven que LOPE, quizás en 1603 no escribiese aún nada; LOPE ni en su edad madura, ni nunca, tuvo fama de plagiario, pues daba él asuntos a otros por centenares.

Y leyendo atentamente ambas comedias y comparándolas se llega al mismo resultado. En la de Reyes hay cierta mayor perfección en los episodios; se tratan de justificar con más cuidado los cambios de situación moral y material de los personajes; se dan ligeros antecedentes o explicaciones consiguientes a los hechos; todo lo cual o se omite o es más rápido en la obra de LOPE, llevándonos a presumir que el segundo poeta vió la confusión que tal vez podría resultar de la falta de aquellas glosas, y procuró evitarla.

Sería preciso copiar toda la comedia de Reyes para juzgar con exactitud de cuán servilmente siguió las huellas de su antecesor hasta en las ideas y modo de exponerlas. Bastarán, sin embargo, los pasajes bien característicos que hemos puesto por nota en las páginas 213, 219, 227, 231, 240 y 242 del texto.

El último de ellos, en que LOPE se imita a sí mismo (véase el tomo I de esta colección, comedia de *El ganso de oro),* es el que en el presente volumen ocupa las páginas 248 a 250. En él la dama perseguida, disfrazada de labradora, trata de deslumbrar al Duque (Rey en la comedia posterior), herido por la semejanza con la supuesta difunta, empleando su lenguaje rústico y con su ingenuidad aldeana. Compárese dicho pasaje con los trozos de la comedia de Reyes puestos al pie.

Este episodio de la aldeana, tan parecido al citado de *El ganso de oro,* casi declara que la comedia suelta no pudo ser escrita más que por LOPE DE VEGA. Hay, además, la circunstancia de hacer intervenir en la comedia al labrador *Belardo,* en que, como de costumbre, LOPE se introduce a sí mismo, según acabamos de ver más atrás, y hasta con su alusión satírica a cosas de su teatro:

DANTEO. Escoged las fiestas vos
porque no os cuesten de balde,
y convidad los amigos,
que vendrá a ser todo el valle.
BELARDO. Correránse dos novillos.
DANTEO. Ese parecer borralde;
que en bodas no es buen agüero
animal con armas tales.
BELARDO. Haráse un baile.
DANTEO. No es bien
que en las mudanzas del baile
aprendan los que se casan

a divertirse y mudarse.
BELARDO. Gansos quiero que se corran.
DANTEO. Cabezas que por el aire
se cortan, en los casados
azar viene a ser muy grande.
BELARDO. Pues hágase una comedia.
DANTEO. Ese es mayor disparate;
porque hay legos en el pueblo
y cuatro o cinco escolares
que burlan lo que no entienden
y dicen lo que no saben
por que los tengan por sabios
quien los conoce ignorantes.
BELARDO. Pues ¿qué se ha de hacer?
DANTEO. Oídme:
una danza de salvajes.
BELARDO. Y danzarán más de ciento.
DANTEO. Pocos habrá que se escapen.

Pero esta comedia, tal como aparece en la impresión suelta que reproducimos, no es enteramente de LOPE: ha sido retocada y mejor diremos refundida, rehecha por otro poeta muy inferior al Fénix de los ingenios, que ha enmendado los pasajes más interesantes de la obra sustituyendo los versos de LOPE por los suyos enrevesados, pobres de rima y de estilo encrespado y falso. Pudiera creerse que fuese andaluz, a juzgar por el sistema de aspirar la *h*, aun sin necesidad, por ser fácil hacer bien el verso sin echar mano de aquel recurso (1). Los pasajes añadidos son varios de los romances, no todos, y las décimas que, cuando LOPE escribió la comedia, apenas se usaban, a lo menos en la forma espinela.

En las notas al texto hemos señalado, así las numerosas incorrecciones de la obra, como algunos de los pasajes que, a nuestro juicio, pertenecen al anónimo refundidor. En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito, número 15443, que es copia de este raro impreso hecha por don Agustín Durán.

A complicar este ya embrollado asunto viene, por último, el manuscrito antiguo, número 15637 de la Biblioteca Nacional, titulado *El engaño*

(1) En los pasajes que juzgamos sospechosos es donde abunda más este defecto. Véanse los siguientes:

Queriendo yo hija tuya
Nadie le hable ni vea
Eso se podrá hacer
No me haré de rogar
El preso —¡Oh, hideputa!
Vengo a hallar más cuidados
Nunca le hicieron salva
con un hombre habla; espera
que le hallamos herido
porque le hallé llorando
Alberto, ¿qué he de hacer?
¿Qué hemos de hacer, Lisarda?

En cambio es casi constante la no aspiración en los pasajes más seguros:

que si engaña la hermosura
este de quien no hacen cuenta
hoy la razón ha de hacer
tú has de hacer que el pensamiento
han de hablar siempre las piedras
todas las culpas que hallé
Esta herida os ataré
si yo trujera harta gente
No hallé de quien. Mas si están
¡Ay, quién te pudiera hablar!
nada fea y nada hermosa
A la labor de la hacienda
No hallaré bien que pretenda
ni mal que darme hallarás
remediarlo. —Harelo así
que he hallado una joya vuestra
pues a mi hace señora

Y otros muchos que omitimos por innecesarios.

en la verdad y también atribuído a LOPE DE VEGA, si bien el nombre del autor es de letra más moderna (1).

Además, a la primera ojeada se echa de ver que este texto no es el primitivo, sino refundición hecha de uno anterior, que en el acto primero no se advierte fácilmente porque fué escrito y en gran parte versificado de nuevo. No así en los otros dos, que están arreglados sobre el propio texto antiguo, con muchas tachaduras y adiciones marginales.

El asunto es muy diverso de las anteriores comedias. Un caballero sevillano que va al socorro de la Mamora, en Africa, puesta en peligro por los moros, llega a Córdoba, con el objeto de ver, antes de partirse, a una doña Beatriz de Contreras, de quien estaba enamorado sin conocerla más que por la fama de su hermosura. Y llega con tan buena suerte que es la primera dama tapada a quien pregunta por ella, la cual a su vez estaba también curiosa por conocer al don Francisco, sevillano de cuya gentileza tenía harta noticia. Hállale mucho mejor que lo que el vulgo pregonaba, y llevada del amor se presta, en la segunda entrevista, a descubrir el rostro, que deslumbra y seduce al galán, ya bien dispuesto a este resultado. Como la jornada apremia, acuerdan que don Francisco pida la mano de la dama a su hermano don Luis de Contreras; y como se la niega, por ser el novio pobre, resuelven los amantes pasarse sin el permiso, casándose de secreto. En el acto segundo están ante la Mamora el recién casado y su cuñado don Luis, ya grandes amigos. Llegan a Córdoba malas noticias para la dama, así relativas a su esposo como a su hermano y aventúrase a pasar ella misma al Africa, en compañía de una hermosa esclava, en hábito varonil ambas, y salir de las dudas que la afligen. No tardan en hallar a los caballeros y doña Beatriz en descubrirse a su marido, aunque no a su hermano. Este averigua que el otro mozo es mujer, la esclava Leonor, y se enamora de ella violentamente. Las circunstancias fuerzan a don Luis a otorgar a don Francisco la mano de su hermana para cuando regresen a España, si ha de lograr él la de la linda esclava (que luego resulta que no lo es en realidad, sino una gran dama) y entonces se reconocen todos y acaba felizmente la comedia.

Del estudio interno de la obra resulta, a nuestro juicio, que el primer acto fué renovado casi todo por un mal poeta, que convirtió en pedestres romances las redondillas y quintillas que tendría. Además debió de alterar los episodios para que tan rápidamente se vean y se casen doña Beatriz y don Francisco, antes de que éste vaya al socorro de la Mamora, suceso que nos da la fecha en que su primer autor hubo de componer esta comedia, que fué en 1614.

---

(1) Consta de 59 hojas en 4.°; letra del siglo XVII y procede de la biblioteca ducal de Osuna. Tiene dos diferentes letras y muchas tachaduras y enmiendas que demuestran que sobre un texto más antiguo trabajó un refundidor, que, sin embargo, dejó hartos pasajes sin la corrección necesaria.

En los demás actos, si bien hubo grandes alteraciones, parece fueron solamente de pasajes cortos (aparte de unas supresiones del acto segundo), versos aislados y palabras sueltas. Pero como quedaron también otros que era necesario reformar, si el nuevo texto había de tener sentido, aparecen duplicados varios trozos y hasta el nombre de algún personaje, como Leonor, que otras veces es Clara y todo ello produce gran confusión y dificulta la inteligencia total de la obra.

Ahora bien; ¿es de LOPE esta comedia o, a lo menos, la parte antigua de ella? Desde luego no puede ser la misma que tenía compuesta en 1603; porque todo el argumento de esta otra se basa en la expedición a la Mamora, suceso, como va dicho, ocurrido en 1614. Pudo, sin embargo, olvidado de la antigua, que aún no estaba impresa, borrajear otra del mismo título y con nueva fábula. Muchos pasajes de los actos segundo y tercero no parecen indignos de su pluma; pero no es razón bastante para atribuírle una obra, por otra parte tan alterada.

En los indicios la culpa.—Esta pieza se imprimió en la *Parte XXII* de las comedias de LOPE DE VEGA, dada a luz en Zaragoza en 1630, a expensas de un librero llamado José Ginobart, el cual dice muy orondo que "con no poca suerte" llegaron a sus manos dichas comedias de LOPE, siendo así que hay en el tomo tres que no son suyas (1).

En la Biblioteca ducal de Osuna hubo un manuscrito antiguo de esta obra, que, según don Cayetano A. de la Barrera (2), parecía autógrafo y llevaba la fecha de 1620. Pero este manuscrito no pasó, con los demás de aquella colección, a la Biblioteca Nacional y aun parece que no constaba allí en 1882, cuando don José María Rocamora hizo el catálogo de ellos. Afortunadamente, por los años de 1860, o poco después, cuando la Academia Española pensó la primera vez en publicar las obras de LOPE DE VEGA, hizo sacar una copia de *En los indicios la culpa,* que es la que nos ha servido para las variantes y corrección del texto impreso. Pero el copiante omitió la fecha, que quizás estaría en la cubierta, pues su encabezado no dice más que "Com.ª famosa de en los yndizios | La culpa | Las personas q tiene | D. Luis..." etc., como los hemos puesto en la página 255 de este tomo. Al final termina así: "Laus deo | La birgen fue conçebida | sin pecado original."

Este manuscrito no puede ser original autógrafo, como sospechó Barrera, por las groseras erratas y aun errores que contiene y se habrá visto en las notas, pero sí copia muy antigua y probablemente de 1620, juzgando por la ortografía, que el copista de la Academia respetó escrupulosamente, según se observa en los fragmentos que acabamos de transcribir.

(1) Prólogo de la edición descrita en la nota 3 de la pág. XII.
(2) *Catálogo del teatro antiguo español.* Madrid, 1860; pág. 435.

Así, pues, hemos adoptado como base el texto impreso, que designamos con la letra A, si bien, como menos correcto, en general, que el manuscrito, hemos enmendado su lección en los casos de error evidente, indicando al pie la forma primitiva, para que así haya los dos textos.

Como puede notarse por los pasajes que hay en uno y faltan en otro, fueron diferentes los originales que sirvieron para cada cual. Hoy no es fácil discernir si son efectivamente de LOPE los versos que no son comunes a las dos versiones, si bien nos inclinamos a creer que los pasajes que hay en el manuscrito y no en el impreso son auténticos, y los del impreso no conservados en el manuscrito, sospechosos. El lector inteligente resolverá, pues van incluídos ambos.

La pieza es de costumbres de la clase media. Está escrita y versificada con la maestría propia de las obras de la madurez de su autor. No hay un solo verso de arte mayor, ni más que un romance en la relación que hace don Felipe de sus desgraciados amores y algunas quintillas: lo demás está en redondillas. Las peripecias son las corrientes en otras comedias, y los caracteres tampoco sobresalen de los comunes, siendo crédulo en demasía el de don Juan y bien poco digno el de don Luis, personaje o tipo de mal caballero que no abunda mucho en nuestro teatro de aquel tiempo y prueba cuán grande es la variedad que LOPE supo ofrecer en el suyo.

Enmendar un daño a otro.—Esta comedia se imprimió suelta en el siglo XVII, sin año, lugar ni imprenta, pero atribuída a LOPE DE VEGA (1). Esto último parece algo dudoso si se atiende al enredo, que semeja a los de Calderón o de su época y al sistema de componer de entonces, repitiendo una misma idea a manera de coros alternados; por ejemplo en la página 305:

DON DIEGO. Partamos, doña Inés.
DOÑA INÉS. ¡Ay, dueño amado!
¿Que ya no he de verte ya?
DON JUAN. ¿Que no he de hablarte?
DOÑA INÉS. ¡Y que te he de adorar!
DON JUAN. ¡Y que he de amarte!
DOÑA INÉS. ¡Qué pena!
DON JUAN. ¡Qué desdicha!
DOÑA INÉS. ¡Qué tormento!
DON JUAN. ¡Qué triste vivo!
DOÑA INÉS. ¡Qué afligida siento!
DON JUAN. ¡Qué larga vida goza un desdichado!

(1) "*Enmendar vn daño a otro | Comedia | famosa. | De Lope de Vega Carpio. | Hablan en ella las personas siguientes.*" Sin señales de impresión; 17 hojas numeradas, en 4.°, a dos columnas, signaturas A-D² de a 4 hojas y una más para la conclusión. Acaba en el recto de la hoja 17 sin más que con la palabra "Fin". En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito moderno copia de este impreso; carece de valor bibliográfico.

DOÑA INÉS. ¡Qué de vidas le sobran a un enfado!
DON JUAN. Mas no te aflijas.
DOÑA INÉS. Pero no te alteres;
que yo haré que me veas si quisieres.
DON JUAN. Mi amor trazará modo de buscarte, *etc.*

Y a renglón seguido, al principio de la jornada segunda, hallamos estos otros:

D. FERN. (Pienso que no llego tarde.)
D. DIEGO. (Pienso que tarde no llego.)
D. FERN. (No es bien que aguarde don Diego.)
D. DIEGO. (No es bien que Fernando aguarde.)
D. FERN. (Pero ¿no es el que está allí?)
D. DIEGO. (Pero el que está allí ¿no es?)
D. FERN. (Llegar quiero.)
D. DIEGO. (Llego, pues.)
D. FERN. ¿Sois a quien aguardo?
D. DIEGO. Sí.

Esto, en verdad, tiene poco de LOPE DE VEGA. Agréguese a ello la pobreza y monotonía de los metros poéticos, reducidos, casi por completo, al romance octosílabo y a unos pareados endecasílabos en combinación con heptasílabos y la ausencia completa de quintillas y casi de redondillas y la duda adquirirá mayor fuerza. Cierto que en el acto tercero la acción adquiere mayor interés dramático, aumenta la viveza de expresión y hasta se hallan unas regulares décimas; cierto que el desenlace es bien traído y artístico en grado sumo, al descubrirse don Juan para salvar la reputación de doña Ana; pero a todo más podrán estas circunstancias conducirnos a sospechar que LOPE pudo escribir una comedia con este argumento, refundida luego por algún discípulo o imitador de Calderón de la Barca. Hoy por hoy, no tenemos datos para hacer afirmación más concreta.

El esclavo de Venecia.—Comedia inédita. Reproduce el texto un antiguo manuscrito existente en la Biblioteca ducal de Parma, cuya exacta copia debemos o debe la Academia a la incansable bondad de su ilustre Correspondiente el profesor de la Universidad de Génova don Antonio Restori.

Hállase la obra en un precioso códice, que además contiene otras comedias de LOPE DE VEGA, alguna de las cuales (*La divina vencedora*) figura ya en esta colección y entrarán, a lo menos en parte, para el cotejo y notas las demás (1). *El esclavo de Venecia* es la primera del tomo y está escrita toda de mano de un gran devoto de LOPE y coetáneo suyo, como

(1) Pertenece el tomo a una colección de comedias de LOPE que el señor Restori había descrito hace años (Véase: *Una collezione di commedie di Lope de Vega Carpio. In Livorno, 1891;* págs. 24 y siguientes.) y ahora nos ha completado. Lleva el núm. XXXVII y contiene seis comedias por este orden: *El Esclavo de Venecia, El Antecristo, El Negro del mejor amo,* comedia *de la Noche Toledana, La Corona derribada, La Divina vencedora. El Esclavo de Venecia* ocupa las primeras 61 hojas, y el título se da en esta forma: "La gran comedia del esclabo de beneçia y amante de su hermana. De lope felix bega carpio." La ortografía del texto es por el mismo estilo. Cada acto va, como queda notado en su lugar, firmado por el copiante Martínez de Mora.

fué el librero madrileño don Juan Martínez de Mora, de quien hemos dado ya noticia en prólogos anteriores, y la copia adquiere por dicha razón valor inestimable y autenticidad casi completa.

Menciona esta comedia, pero como anónima, el *Indice* de Medel del Castillo (1), a quien siguió Barrera (2), que no tuvo más noticia de esta obra ni sospechó que pudiese ser de LOPE. Esto último es para nosotros indiscutible y creemos lo será también para todo el que la lea y medite sobre todas las circunstancias que acompañan a esta pieza. Pero igualmente creemos que el texto ha sido retocado, quizá por el clérigo don Francisco de Rojas, a fin de darle el carácter que tiene, en parte, de comedia devota. El pobre e innecesario recurso de sacar de la prisión de Constantinopla al viejo Astor Balón, a costa de un milagro, no es del ingenio de LOPE, que habrá empleado otro medio más natural e ingenioso para el objeto, si en su plan estuvo el llevar a Turquía al padre de Camila. Serán, pues, del licenciado Rojas (que como queda advertido retocó aún la copia de Mora) (3) los romances de la obra que se refieren a religión y que, según se observará, fácilmente se pueden separar de ella sin que padezca la integridad de su argumento, aunque, naturalmente, sería preciso soldar los puntos extremos de lo desprendido.

De todos modos, la comedia es en su casi totalidad de la pluma de LOPE, y no de las malas, por la excelente versificación; por el estilo animado y el lenguaje tan rápido como expresivo; por los bellos caracteres de los personajes y hasta por el tal cual atrevimiento del asunto.

La gran riqueza de metros que hay en la comedia, denotan la experta mano de LOPE, y varios entre ellos, como las rotundas octavas de la página 333, las redondillas de la escena entre Gandalín y su amo (págs. 340 y 341), las liras de la pág. 343, las endechas de las 354 y siguientes, la relación de la batalla de Lepanto (págs. 358 a 360) y otros semejantes, nadie más que LOPE pudo escribirlos.

El esclavo fingido.—De esta comedia existe una impresión que, según el erudito don Juan Isidro Fajardo, en su *Indice de comedias* impresas hasta 1716 (4), pertenece a un tomo o *Parte de las de Lope de Vega* impreso en Sevilla, en época que no determina. Un fragmento de este tomo o de otro semejante que contenía dicha comedia, llegó o debió llegar, pro-

(1) *Indice general de comedias.* Madrid, 1735; pág. 40.
(2) *Catál. bibliogr. y biogr. del teat. esp.* Madrid, 1860; pág. 547.
(3) Véanse las notas de las págs. 337[1], 353[1], 358[2], 362[2] y 363[2]. Como es sabido, el licenciado Francisco de Rojas (distinto de Rojas Zorrilla) fué capellán de la capilla de la Cofradía de Nuestra Señora de la Novena, propia de los cómicos españoles, sita en la iglesia de San Sebastián de esta corte, y compuso una comedia sobre el milagro llamado "de la Novena" que dió origen a dicha Cofradía. Escribió también autos sacramentales.
(4) Ms. núm. 14706 de la Biblioteca Nacional.

cedente de la Biblioteca de Osuna (1) a la nuestra Nacional, pero hoy no existe en ella. Probablemente conoció también dicho tomo Medel del Castillo, pues cita la comedia en la pág. 40 de su *Indice* en esta forma: "El esclavo fingido. De Lope."

Como no hemos podido haber a las manos la obra impresa hemos reproducido, como se advierte en su lugar, un manuscrito antiguo que, procedente de la biblioteca de don Cayetano Alberto de la Barrera, pasó a la Biblioteca Nacional, donde se halla registrado con el número 16.024 (2). No lleva nombre de autor; pero, según Barrera, que vió el impreso de Osuna, es la misma obra. Y como Lope no citó comedia ninguna con aquel título, pensó Barrera que pudiese ser la recordada en *El Peregrino* de 1603 con el título de *El esclavo por su gusto*. Pero la andariega de Fénix se disfraza de esclavo, más que "por su gusto", por seguir a su traidor amante Marcelo. Y aunque en la pág. 371, al comprar Marcelo al fingido Justo y decir al vendedor:

> Agora resta saber
> si el esclavo gusta de ello,

conteste el falso esclavo:

> Yo recibo gloria en ello,
> pues soy de quien he de ser,

no creemos sea bastante razón para fundar aquella hipótesis.

Hay, sobre todo, en contra de ella el poderoso argumento de la escasa o ninguna autenticidad de la comedia (3). No por el asunto, que no es indigno de Lope y se parece a otros suyos, como, por ejemplo, *La esclava de*

---

(1) Era, como hemos dicho en el prólogo del volumen III de esta colección, pág. XIV, un tomo facticio, con el núm. 132, y contenía 12 comedias, algunas sueltas, y un trozo, desde el folio 171 al 270, de un volumen en que se hallaban las tituladas *Nuestra Señora de la Peña de Francia, El León apostólico, El Esclavo fingido* y *Don Manuel de Sousa.*

(2) Consta de 19 hojas en 4.°, letra de principios del siglo XVII. Pero no sólo no es autógrafo en parte, como creyó un tiempo Barrera, sino que tampoco es de dos letras diferentes, como afirmó más tarde en la nota y encabezado de la comedia, según reprodujimos en la pág. 364 por consideración a tan eminente bibliógrafo. Pero la verdad es que todo él fué escrito por la misma mano, que en las tres primeras hojas hizo la letra algo más tendida y ligada que en las sucesivas, aunque siempre clara y hermosa.

Copia de este manuscrito es otra moderna (de hacia 1860) que hay en la misma Biblioteca Nacional en un tomo encuadernado con dos comedias más de Lope tituladas *El Maestro de danzar* y *Hechos de Garcilaso*, también de la misma época y mano. Lleva la signatura y número Ms. 14836.

(3) Quizá nació la idea de atribuír a Lope esta pieza el saber que había otra suya en que una dama se reducía a situación semejante como se ve en *La Esclava de su galán.* Esta comedia no se imprimió hasta 1647 en Zaragoza, formando parte de la *XXV* de su autor. Anterior será *El Esclavo fingido*, impreso, como anterior en muchos años es el texto manuscrito, y de ahí la confusión entre una y otra comedia.

su galán, en que doña Elena se vende por esclava al padre de su amante y luego lo es de éste mismo y lucha por apartarle de otra dama con quien está a punto de casarse, sino por otras circunstancias externas, pero a nuestro ver, decisivas, creemos no sea de LOPE esta comedia, si no es que se quiera suponer en ella un gran trabajo de refundición y arreglo en la forma.

Consideramos como tales la aspiración sistemática de la letra *h* en los casos en que suelen hacerlo los andaluces, pero no los castellanos y ni aun los poetas, no siendo forzados por la falta de sílabas en el verso (1). Un caso bien característico de esta aspiración es igualmente el nombre de Huberto, que hasta en la comedia se escribe "Juberto". Y es lo raro que en el último acto, como si fuese indicio revelador de refundición, se abandona en seis u ocho casos la aspiración, debiendo pronunciarse el nombre cual si se escribiese "Uberto" (2). Ciertas voces, como la de *albañí*, en lú-

---

(1) Pondremos varios casos en que con escaso trabajo pudiera haberse evitado tan poco agradable sonido.

Los cuales me hacen fuerza (pág. 365 [1]).
Ambos de hablar con ella (367 [1]).
Porque habló como quien *(ídem)*.
Buscaron para hablarse (367 [2]).
Para poderse hablar *(ídem)*.
Que hiciérades tal cosa (368 [1]).
Porque ésta hará según le ama (*verso endeca-*
Sí hará; más yo nací (369[1]) [*sílabo*) (368[2]).
¿No nos hiciera huir? (369 [2]).
Una sobrina hermosa (370 [1]).
Eso no haré; mas quiero (371 [2]).
Y estuve harto afligido (372 [1]).
Y ansina lo has de hacer (372 [2]).
Tiene hacienda de su patrimonio (373 [1]).
Que Lucinda me hacía (374 [1]).
Un rostro tiene hermoso (377 [2]).
Y tan justo le hallé (378 [2]).
Lucinda, has (haz) regalalle *(ídem)*.
Por do hablarme solía (379 [2]).
Y escritos le hallaron mil billetes (382 [2]).
Al esclavo se hacía (385 [2]).
Cuanto tienes de hermosa (387 [2]).
¿Qué piensas tú hacer y qué es tu intento? (390 [2]).
Lucinda ha hará, Lisardo amigo (391 [2]).
Que este negocio hagamos (392 [1]).
Cuando te halles burlada (392 [2]).
Y como yo me hallé *(ídem)*.

Hasta hay un caso en que la aspiración se hace a la antigua usanza, escribiendo:

De aquesa misma suerte lo *ficiera* (390 [2]).

Hemos puesto los ejemplos abundantes para que se vea que no era imposición del metro el dar sonido á la *h* y que en muchos casos era defecto muy remediable.

(2) En el nombre de Huberto se aspira la *h* en estos casos:

Hazlo, Juberto, pedazos (377 [2]).
Como lo vido Juberto (384 [2]).
Ponte, Juberto, a este lado *(ídem)*.
Dime, Juberto, en qué día *(ídem)*.
¿Halo dicho ya Juberto? (385 [1]).
Según aquéllo, Juberto (388 [1]).

Deja de ser aspirada en estos pasajes:

Y si no, ¿no está ahí Juberto? (385 [2]).
Con oíllo tan bien sospecho, Juberto (389 [2]).
¿Y de qué suerte, Juberto? ¿De qué suerte? (*Id.*)
Escucha, Uberto, ¿no ves (393[1]).
Hola, Uberto; un hombre veo (*ídem*).
Esa es otra: escucha, Uberto *(ídem)*.
¿No ves que la noche, Huberto (393 [2]).

Como se ve, hasta la pág. 385 se aspira la letra; de la 385 a la 388 fluctúa la prosodia; pero desde la 389 ya no hay aspiración. ¿No es evidente que hubo dos manos en esta obra?

gar de *albañil* (1); metáforas y comparaciones propias de Andalucía (2), y, sobre todo, las falsas rimas, comunes a los hijos de esta región, que hacen consonantes las palabras *esposo* y *gozo, esa* y *firmeza, vejez* e *interés, casa* y *caza, ves* y *vejez,* con alguna otra (3), demuestran que la comedia, tal cual hoy la conocemos, fué escrita o reescrita por otro que LOPE DE VEGA.

En cuanto a la fecha, suponemos con Barrera que se compuso a fines del siglo XVI, por el empleo de ciertas formas verbales arcaicas o ya poco usadas en el siguiente, como las de *dejá,* por *dejad; terná,* por *tendrá; contá,* por *contad; entreterné,* por *entretendré; tené,* por *tened; porné,* por *pondré; mirá,* por *mirad; sabé,* por *sabed; levantá,* por *levantad; ficiera,* por *hiciera; hacé,* por *haced* (4). Y no se crea que pudo ser capricho del escribiente o copista de la comedia; porque en ciertos casos el verso resultaría largo si no se pronunciase la voz tal como aparece escrita, según se observa en éstos:

> *olvidá* aquese cuidado... (pág. 365 [1]).
> *esperá;* emprendéis el fuego... (pág. 366 [2]).
> *padecé* en oíllo vos... (pág. 367 [1]).

---

(1) No es errata de imprenta, porque la redondilla dice:

RUFINO. ¿Quién me trujo a andar a *mí*
por terrado y por terrada,
jurisdicción aplicada
a un gato y a un *albañil?*

(2) En la pág. 393, columna primera, se dice:

JUBERTO. Digo que la traza es brava.
Encomendémoslo a Dios.
RUFINO. ¿No parecemos los dos
atalayas de almadraba?

(3) Hallamos las siguientes:

UBERTO. Grande regocijo y gozo
sin duda en casa hoy se tenga
de que a mi sobrina venga
tan honrado y noble esposo (370 [2])

MARCELO. Si no te cumplieron ésa,
estotra he yo de cumplir.
FENIS. Pues yo te pienso servir
a tu gusto y con firmeza. (372 [2])

MARCELO. ¿Su casa aquésta no es?
Sí. Pues no tiene otra hermana;
que en esta misma ventana
me lo dijo ella una vez. (375 [1])

LUCIANO. Y cuando, por la vejez,
eras, con tanto concierto,
a las cosas de amor muerto
y vivo a las de interés. (378 [2])

RUFINO. ¿Eres, galguillo, de casa?
FENIS. Sí, señor.
RUFINO. Por vida mía,
mi amo lo compraría
para ir las tardes a caza. (380 [2])

LISARDO. Fortuna, dame favor;
que si de Lucinda gozo,
soy el hombre más dichoso
que ha habido en suertes de amor (393 [2])

JUBERTO. ¿Cómo el viejo? Espera un poco.
¿Veslo? Viene. ¿No lo ves?
¡Mal empleada vejez!
RUFINO. ¡Viejo torpe! ¡Viejo loco! (394 [2]).

(4) Véanse las págs. 364 [1], 365 [2], 366 [1], 367 [1], 368 [2], 375 [1], 381 [1], 385 [2], 395 [2], etc.

Y esta redondilla, en que el consonante también lo exige:

Pero ciego de afición
por Lucinda vine *acá:*
no fué razón; mas *mirá*
que amor no guarda razón. (1)

Los esclavos libres.—Esta comedia, que LOPE tenía ya escrita en 1603, pues figura en la primera lista de su *Peregrino* y se deduce por ciertos pasajes de la obra (2) la imprimió en la *Parte XII* de su colección especial, en Madrid y Barcelona en 1618, que igualmente contiene otras comedias suyas reimpresas en el presente volumen. Es pieza ingeniosa e interesante, salvo en el tercer acto, que peca de inverosímil, ya que con sólo declarar Leonardo, como lo hace al final, que era cristiano y no renegado, e hijo del Conde, se hubiera hecho antes el reconocimiento y llegado al desenlace. Pero entonces la comedia no tendría más que dos actos.

Presumimos que llevó el desenlace a Nápoles, en lugar de Perpiñán u otro lugar de España, como pedía el comienzo de la fábula, sólo por tener ocasión de ensartar los repetidos y grandes elogios que dedica al virrey don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna. Y esto nos induce a sospechar que LOPE retocó su obra poco antes de darla a la imprenta. Porque, aun cuando, según la cronología de la comedia, pudiera referirse al virreinato del primer Duque de Osuna, que corrió entre 1582 y 1586, estaba ya un poco lejos para que el poeta le ofrendase el exagerado panegírico que rebosa en este último acto:

Ve a servir al gran Virrey;
pon en un Duque de Osuna
la carga de la fortuna
que tiene sangre de rey.

En él mi esperanza fundo;
mira que el menor *girón*
de aquel divino blasón
puede ser capa del mundo. (3)

---

(1) Pág. 395[2] del presente volumen.

(2) Por ejemplo, el denominar Lucinda Luján a la heroína de la comedia, siendo así que LOPE designó con el nombre de *Lucinda* en muchos de sus versos a su amada la actriz Micaela de *Luján*, en cuya amistad estuvo desde 1600 a 1605 o algo más. Pero esta comedia hubo de ser retocada poco antes de imprimirse, según indicamos arriba, por los pasajes de lisonja que LOPE dedica al Duque de Osuna, que pueden verse en las págs. 426[1], 428[2], en que llega a decir:

LEONARDO. Humillóme el tiempo,
que sube las privanzas a las nubes
y da con las ciudades por la tierra;
mas no quiero pensar que me derriba;
que, cuando fuera rey de toda el Africa,
tuviera por más próspera fortuna
servir al gran virrey, Duque de Osuna.

Véanse también las págs. 429[2] y 433[1].

Nótese que en el último verso de la comedia se da LOPE a sí mismo el nombre de *Belardo*.

(3) Página 426[2].

Este y los demás pasajes van encaminados a una persona viva; y como el tercer duque de Osuna don Pedro Téllez Girón fué nombrado virrey de Nápoles en 1616, parece indudable que de él y no de su abuelo se trata. Pero como la comedia estaba ya escrita en 1603, es evidente que fué retocada en 1616, quizás antes de salir para su destino el Duque y representada por entonces. El hecho, según se ha visto en otros casos, no es infrecuente en LOPE, quien, además, confesó haber rehecho o remozado otras obras, por ejemplo, la *Dorotea, El Verdadero amante* y *La pastoral de Jacinto.*

La escolástica celosa.—Título singular e incomprensible a primera vista, puesto que la escolástica no es más que la doctrina filosófica de Aristóteles adaptada a las creencias de la Edad Media, especialmente a la católica, o bien el espíritu de esa misma doctrina; pero que LOPE aplica aquí a un cursante de la Universidad de Alcalá de Henares, como simbolizando en él todo el escolasticismo de aquellas célebres aulas. Sin duda le pareció vulgar y pobre el título de *El escolar celoso* u otro semejante y prefirió el sonoro y enfático de *La escolástica,* aunque menos exacto y claro.

Imprimióse esta comedia en la *Primera parte* de las de su autor en Zaragoza, en 1604, y después otras muchas veces (1). Hay, además, un manuscrito antiguo, núm. 17.178, en la Biblioteca Nacional (2); es una mera copia de alguna de las ediciones posteriores a 1604 y no sirve para corregir los errores de los textos conocidos ni colma las lagunas que en ellos se deploran.

Pero tal cual ha llegado a nosotros ofrece los caracteres de las obras de la juventud de su autor, hecho que acredita igualmente el de recordarla en su primer *Peregrino,* de 1603. Grandes incongruencias y falta de conexión íntima entre los innumerables episodios; tres acciones paralelas

(1) *Las | comedias del | famoso poeta | Lope de Vega, | Carpio. | Recopiladas por Bernardo Grassa. | Dirigidas al Illustrissimo señor Don Grabiel* (sic) *Blasco de Alagon Conde de | Sastago, señor de las Baronias de Espes y Escuer, Camarlengo del Rey nuestro Señor. | Las que en este Libro se contienen, van a la buelta desta hoja. | Año* (Escudo del Mecenas.) *M.DCIIII.* (1604) | *Con licencia de los Superiores. | En Çaragoça. Por Angelo Tauanno.*

A la vuelta la lista de comedias "Primera parte" y "Segvnda parte". Aprobación del doctor Juan Briz Martínez: Zaragoza, 4 de noviembre de 1603. Licencia del Vicario: Zaragoza, 12 de noviembre de 1603. Privilegio: Zaragoza, 15 de octubre de 1603 (a Tavanno). Dedicatoria firmada por Tavanno. "Prólogo al Lector." Siguen once loas en nueve hojas sin numerar. Texto con foliación hasta el 176. Sigue otra foliación hasta el 191. En otra hoja suelta dice: "Impressas, con licencia | en Çaragoça. | Por Angelo Tauanno. Año, | M.CDIII." (*sic*). 4.°; 12 hojas prels. y 176 + 191 + 1 de texto. La comedia *La Escolástica celosa* es la novena del tomo.

Esta primera edición se reimprimió hasta 1626 lo menos otras quince veces, añadiéndole en algunas ediciones 12 entremeses.

(2) Ms. en 19 hojas en 4.°, letra de principios del siglo XVII.

y casi iguales; caracteres poco definidos e inconsecuentes y desenlace previsto, aunque no muy propio en cuanto a lo principal son sus capitales defectos. Pero en cambio hallamos un estilo y lenguaje llenos de vigor y de gracia, una versificación riquísima, de conceptos y frases poéticas feliçes y en todo una viveza juvenil que, en parte, a lo menos para la lectura, reemplazan la corrección y habilidad técnica de las obras que LOPE compuso entre 1610 y 1632.

El favor agradecido.—De esta comedia, impresa por el autor, en 1621, en la *Parte XV* de su colección particular (1), hay, además, un manuscrito autógrafo, sólo comprensivo, por desgracia, del primer acto, en la Biblioteca Nacional, y fechado en Alba el 19 de diciembre de 1593. Lleva el título de *El favor agradeçido. Tragicomedia* (2). La fecha confirma el verle citado algo después, en el primer *Peregrino,* como obra de la juventud de LOPE. Hemos aprovechado sus pocas pero útiles variantes.

El argumento quizás explique el hecho de haberle atribuído la comedia *Burlas y enredos de Benito,* pues, como puede verse, ambas son iguales en el fondo y en muchos episodios.

Esta de *El favor agradecido,* no obstante su fecha, está escrita y versificada con esmero. Los sucesos se precipitan y van encaminados al favorable desarrollo de la acción; pero no hay contrastes pasionales ni caracteres verdaderos: la pobre princesa Rosaura es juguete de los acontecimientos, y el duque Astolfo no se rehabilita suficientemente. En suma: no

---

(1) *Decima Qvinta | Parte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, Procv- | rador Fiscal de la Camara Apostolica, y | Familiar del Santo Oficio de | la Inquisicion. | Dirigidas a diver- | sas Personas. | Año* (Escudo tipográfico.) *1621. | Con privilegio. | En Madrid. Por Fernando Correa | de Montenegro. | A costa de Alonso Perez, mercader de libros.* 4.°; 4 hojas prels. y 304 foliadas.

Tabla de las comedias.—Tasa: Madrid, 17 de diciembre de 1620.—Fe de erratas (ninguna): Madrid, 15 de diciembre de 1620.—Aprobación del maestro Espinel: Madrid, 24 de septiembre de 1620.—Suma del privilegio al autor por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.—"El Teatro."—Texto.—*El Favor agradecido* es la sexta comedia.

Segunda edición: *Decima Qvinta | ...* (Lo mismo que la anterior.) *Dirigidas a diversas | personas. | Año* (Escudo del Sagitario con la leyenda "*A Deo missa salvbris Sagita.*") | *Con privilegio. | En Madrid. Por la viuda de Alon- | so Martin. | A costa de Alonso Perez Mercader de libros.* 4.°; 4 hojas prels. y 296 foliadas.

Los preliminares como la anterior, excepto que en la tabla de las comedias no dice quiénes las estrenaron. La *Tassa* va fechada a 17 de diciembre "de mil y seyscientos y veynte y vn años", por errata acaso. Lleva las mismas comedias y, por el mismo orden, pero con foliación diferente.

(2) Hállase en un tomo en 4.° con la signatura R-1-52, que contiene las siguientes obras autógrafas de LOPE: 1.ª, *Amor, pleito y desafío,* fechada en Madrid a 23 de noviembre de 1621; 2.ª, *La Doncella Teodor;* 3.ª, *El Fabor | agrade | çido. | Tragicomedia | en Alba 19 de x.bre 1593.* (A la vuelta:) "Los que hablan en este p.° Acto." Tiene bastantes tachaduras y la letra es confusa y descuidada; 4.ª, *Más pueden zelos que amor.* Sólo el acto segundo.

obstante su estrépito de soldados, corsarios, moros y caballeros de San Juan, hay poca acción intensamente dramática.

La Felisarda.—Se imprimió esta comedia en la *Parte XVI* de su autor y de ella se hicieron dos ediciones en 1621 y en 1622, ambas en Madrid (1). Las dos hemos tenido presentes.

En la dedicatoria a don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, después Conde de la Roca, a quien poco antes había también ofrecido la comedia de *Los esclavos libres*, dice Lope que la traza, o sea el argumento de *La Felisarda*, "es de la ilustrísima señora madama Capela, cuando asistió en Palacio a la Reina nuestra Señora que Dios tiene"; es decir, a la reina doña Margarita de Austria, mujer de Felipe III.

Y bien se echa de ver el ingenio de la dama italiana en el extraño y complicadísimo enredo de esta novela dramática, en que entran seres humanos, dioses y encantadores en absurda mezcolanza. Pero en medio de esto, ¡qué fresca y opulenta poesía lírica reina en toda la obra! Véanse las octavas reales de Lelio en la pág. 513; las estancias de la 515, que empiezan

Verdes prados floridos;

las octavas de las págs. 529 y 530 y otros en que no solamente las imágenes y otros adornos poéticos se compiten y aventajan unos a otros, sino que el idioma se desliza con igual suavidad, sin tropiezos ni asperezas y casi, puede decirse, sin consonantes ingratas al oído (2).

La reina Felisarda, que da nombre a la comedia, es uno de los personajes que menos intervienen en ella.

La fe rompida.—Comedia bien de la juventud de su autor, no tanto por verla ya citada en la lista del *Peregrino* de 1603, como por su desafo-

(1) *Decima sexta | Parte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, procv- | rador Fiscal de la Camara Apostolica. | Qvibvsdam enim canibvs | sic innatum est, vt non pro feritate, sed pro consuetu- | dine latrent.* Seneca *de Rem. Fort.* | *Año* (Escudo del Sagitario.) *1621.* | *Con privilegio.* | *En Madrid. Por la viuda de Alonso* | *Martin.* | *A costa de Alonso Perez Mercader de libros.* 4.°; 6 hojas prels. y 284 foliadas.

Títulos de las comedias.—Suma del privilegio al autor por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.—Suma de la Tassa: Madrid, 27 de septiembre de 1621.—Erratas (ninguna): Madrid, 15 de diciembre de 1621.—Aprobación del maestro Espinel: Madrid, 24 de septiembre de 1620.—Prólogo en diálogo.—Texto.—*La Filisarda* es la décima comedia del tomo.

Segunda edición. La misma portada, sin más diferencia que la fecha: 1622. El mismo número de folios, así de los preliminares como del texto. En todo lo demás exactamente igual.

(2) El mismo Lope estaba contento de su obra, pues decía en el prólogo del tomo que la contiene: "For. ¿Son buenas estas comedias? Teat. *Mirad a quién alabáis, El Perseo, El Laberinto* y *Los Prados, El Adonis* y *Felisarda*, están de suerte escritas, que parece que [el autor] se detuvo en ellas."

rado argumento. Se estampó en la *Parte IV* de la colección de Lope, primero en Madrid, en 1614, y después en Barcelona y Pamplona. (1)

Supuesta la enorme inverosimilitud del tema, no aparece mal tramado y tiene escenas muy lindas, como las primeras entre Lucinda y el Rey; las del acto segundo, en que la dama encubierta y disfrazada de hombre conduce y maneja toda la intriga y desconcierta al Monarca con sus palabras equívocas e intencionadas. Es de notar este procedimiento que luego llevó a su perfección el maestro Tirso de Molina, en muchas de sus obras, como *El vergonzoso en Palacio*, *Don Gil de las Calzas verdes*, *La venganza de Tamar*, etc.

Quizá Lope exageró el carácter de la serrana Lucinda para mayor lucimiento de la otra *Lucinda*, de carne y hueso que tan briosamente representaba estos personajes varoniles.

---

(1) *Doze | Comedias de | Lope de Vega | Carpio familiar del | Santo Oficio. | Sacadas de svs originales. | Qvarta parte. | Dirigidas a Don Luys Fernandez | de Cordoua, Cardona, y Aragõ, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque de | Vaena, Marqués de Poza, Conde de Cabra, Conde de Palamos, | Conde de Oliuito, Vizconde de Isnajar, Señor de las | Baronias de Velpuche, Liñola, y Calonge, | gran Almirante de Napoles. | Año* (Escudo del impresor.) *1614. | Con privilegio. | En Madrid, Por Miguel Serrano de Vargas. | A costa de Miguel de Siles librero. | Vendese en su casa en la calle Real de las Descalças.* 4.°; 4 hojas prels. y 296 foliadas. *La Fe rompida* es la undécima comedia del tomo.

Títulos de las comedias.—Tasa: Madrid, 14 de marzo de 1614.—Erratas (ninguna): Madrid, 11 de marzo de 1614.—Aprobación de Tomás Gracián Dantisco: Madrid, 11 de enero de 1614.—Aprobación de fray Juan Bautista (trinitario): Madrid, 20 de diciembre de 1613.—Suma del privilegio por diez años a Gaspar de Porres: Madrid, 5 de febrero de 1614.—Dedicatoria de Gaspar de Porres al Duque de Sessa.—A los lectores.—Texto.

El hecho de ser Gaspar de Porres cómico grande amigo de Lope, el colector de este tomo y el de ofrecerlo al Duque de Sessa, que ya en este tiempo era protector y muy íntimo del poeta, demuestran que nadie más que éste fué el verdadero editor de esta parte cuarta, aunque Lope, por su nuevo estado de sacerdote, quisiese aparecer ajeno a ello. La dedicatoria y prólogo no dejan duda de la intervención directa del autor en la publicación de estas doce comedias que Porres dice que tuvo originales, quizá porque las habrá estrenado.

Segunda edición. *Doze comedias de Lope de Vega Carpio... Qvarta parte. Pamplona, Nicolas Assiayn, 1614.* 4.°; 4 hojas prels. y 296 foliadas. (Salvá.)

Tercera edición. *Doze | comedias de | ... Año* (Escudo.) *1614. | Con licencia del Ordinario. | En Barcelona, en casa Sebastián de Cormellas, al Call | Acosta de Juan de Bonilla, Mercader de libros.* 4.°; 3 hojas prels. y 312 foliadas.

Cuarta edición. Porque Barrera puso en duda su existencia repetidamente (*Catálogo*, pág. 440 y *Nueva biografía de Lope*, pág. 214) y porque no la hallo citada en los bibliógrafos, describiré otra edición de que poseo un hermoso ejemplar: *Doze | comedias de | Lope de Vega Carpio. | Familiar del Santo Oficio. | Sacadas de svs originales. | Qvarta parte. | Dirigidas...* (como en la primera). | *Año* (Escudo del impresor.) *1624. | Con licencia. | En Pamplona, por Iuan de Oteyza, Impressor del | Reyno de Navarra.* 4.°; 4 hojas preliminares y 296 foliadas.

En la segunda hoja hay los *Títulos de las Comedias* y a continuación las *Erratas* (muchas): Pamplona, 16 de agosto de 1624.—Licencia: Pamplona, 16 de agosto de 1624.—Dedicatoria y prólogo "A los Lectores", los de la edición de Madrid.

Las ferias de Madrid.—Otra comedia de la juventud de LOPE, citada en *El Peregrino* de 1603, e impresa en la *Parte II* de las suyas en Madrid, 1609 y después otras 12 veces (1) lo menos.

No atinamos cómo esta incomparable comedia pudo no hallar gracia a los ojos de don Juan Eugenio Hartzenbusch, que la omitió en su colección para la Biblioteca de Autores Españoles. Cierto que no hay en ella una acción regular y seguida con su desarrollo más o menos complicado e interesante. Pero hay otras muchas cosas, que sólo en ella se encuentran, más importantes aún; hay un cuadro de costumbres madrileñas de fines del siglo XVI que podría dar materia a mucho estudio, así desde el punto de vista ético, como el político y social y aun de otros menos graves, pero no menos curiosos. Ya la primera jornada es una acabada revista satírica de tipos y costumbres, por el estilo de las que después hicieron Quiñones de Benavente, Moreto, Zamora y don Pedro Lanini y, en el siglo XVIII, don Ramón de la Cruz; y todo ello con tal gracejo picaresco y tan aguda sátira, que en nada fué superado por aquellos otros autores. En el segundo hallamos unos jóvenes calaveras que nos dicen cómo era la murmuración cortesana de entonces, cómo era su adorno y vestido y cómo divertían las horas cuando trasnochaban. Y en medio de esta caprichosa variedad, un episodio, al comienzo insignificante, va ganando importancia hasta convertirse en principal y acabar en tragedia. El desenlace es inesperado, por inmoral y casi absurdo, como es que el suegro mate a su yerno, inocente, en tanto que su hija, adúltera, tiene al galán consigo en la casa.

La firmeza en la desdicha.—Es obra de la mayor edad de LOPE; así, no aparece citada hasta la segunda lista del *Peregrino,* correspondiente a 1618,

---

(1) *Segvnda parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio.* Madrid, Alonso Martín, 1609. 4.°; 4 hojas prels. y 372 foliadas.

De esta primera edición hay ejemplar, según Rennert, en el Museo Británico. Fué costeada por Alonso Pérez y dedicada a doña Casilda Gauna Varona. La fe de erratas lleva la fecha de Madrid, 18 de noviembre de 1609. La aprobación, del doctor Cetina, es de Madrid, 1.° de agosto de 1609, y otra de fray Alonso Gómez de Encinas, mercenario, de Madrid, a 30 de julio del mismo año.

Se reimprimió en Valladolid y Pamplona el propio año de 1609, ediciones que son rarísimas. He visto las de Madrid, 1610, y Barcelona, 1611. Tengo un ejemplar de la de Bruselas, 1611, y parte de otro que no conozco. Y más corrientes son otras cuatro o cinco que mencionan los bibliógrafos.

La edición de Madrid, 1610, que ha servido de texto y probablemente será igual a la de 1609, dice: *Segvnda parte | de las Co | medias de Lope | de Vega Carpio, | que contiene otras doze cuyos nombres | van en la hoja segunda. | Dirigidas a Doña Casilda de Gauna Varona, muger de | don Alonso Velez de Guevara, Alcalde ma | yor de la ciudad de Burgos.* | (Un grabado.) *Con licencia.* | *En Madrid, por Alonso Martin.* | *Año 1610.* | *A costa de Alonso Perez mercader de libros.* 4.°; 3 hojas prels. y 372 foliadas.

La comedia de *Las Ferias de Madrid* es la última del tomo. Se ha copiado de la edición de Madrid, 1610, y cotejado con las de Barcelona, 1611, Bruselas, 1611, y Madrid, 1618.

e impresa al año siguiente (1). No muy anterior será esta noble y hermosa comedia, en la que sobresale el carácter firme y virtuoso de Teodora, en medio de las borrascas que el autor crea para someterla a duras pruebas. Con habilidad supo LOPE no extremar el aspecto tiránico y vicioso del rey Rogerio, para que sin mengua de la verosimilitud obrasen como obran los dignos caballeros y la heroica dama que son víctimas de su injusta cólera.

Aunque hemos utilizado las tres ediciones de la *Parte XII* de LOPE en que la comedia fué estampada, como estas obras, publicadas por el mismo poeta, lo fueron con bastante esmero, sólo se han corregido algunas erratas que se deslizaron en la primera impresión madrileña.

La Francesilla.—Mencionada en el *Peregrino* de 1603; pero no fué impresa hasta 1620 en la *Parte XIII* del autor (2).

Debe de ser de las más antiguas obras de LOPE porque, en la dedicatoria al doctor Juan Pérez de Montalbán, afirma ser la primera comedia en que introdujo la "figura del donaire", es decir, el *gracioso*, que ya vemos en piezas correspondientes al siglo XVI. Pero no creemos que porque falte el gracioso en otras muchas hayan de llevarse a época anterior a *La Francesilla*, tanto porque quizás el tema no lo requiera en unas como porque el autor pudo voluntariamente omitirlo en otras.

El asunto de *La Francesilla*, algo atrevido y no muy verosímil, como sucede en casi todas estas obras primitivas de LOPE DE VEGA, está, en cambio, desenvuelto con aquella facilidad y alegría poética que campea en las similares que llevamos ya reseñadas en este prólogo.

Habiendo examinado con algún mayor detenimiento la abundante colección de novelas de Mateo Bandello, hemos hallado en la *Parte primera*, novela XLIX, la que ha servido de base a la comedia de LOPE DE VEGA impresa en el tomo III de esta colección con el título de *Los bandos de Sena*

(1) En la *Parte XII* de LOPE, ya descrita al tratar de la comedia *Ello dirá. La Firmeza en la desdicha* es la décima comedia del tomo.

(2) *Trezena | parte de las | Comedias de Lope | de Vega Carpio, Procurador | Fiscal de la Camara Apostolica en el Arço- | bispado de Toledo. | Dirigidas, cada vna de | por sí, a diferentes personas. | Año* (Escudo del Sagitario.) *1620. | Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Alonso | Martin. | A costa de Alonso Perez mercader de libros.* 4.º; 152 más 151 hojas foliadas y con varios errores en su numeración. *La Francesilla* es la décima comedia de este tomo.

Títulos de las comedias.—Tasa: Madrid, 18 de enero de 1620.—Erratas: Madrid, 18 de enero de 1620.—Privilegio al autor por diez años: Lisboa, 7 de octubre de 1619.—Aprobación del doctor Juan de Gómara: Madrid, 18 de septiembre de 1619.—Prólogo.—Texto.

La segunda edición de este tomo se hizo en el mismo año en Barcelona por Sebastián de Cormellas, en 200 hojas foliadas, en 4.º Ambas hemos utilizado en la impresión que sigue en este volumen.

(págs. 535 y sigts.). Pero, como allí hemos advertido, lo esencial del enredo que son los fingidos amores de la encubierta Teodora con Angélica Montano, para lograr los verdaderos con Pompeyo, hermano de Angélica, faltan en la obra italiana. Van además, añadidos un sinnúmero de episodios que no se hallan en la novela, reducida al acto de generosidad de uno de los banderizos, en favor de su enemigo, suceso que también utiliza y esfuerza nuestro Lope.

También hemos logrado ver el original autógrafo de la comedia *El cuerdo loco*, que poseen en Londres los herederos de lord Holland y se ha impreso en el tomo IV de esta colección. Después de la minuciosa lista de variantes que ofrece según la copia del archivero don Miguel Sanz de Pliegos, que hemos dado en las págs. 727 y siguientes del referido tomo, poco de interés podrá recogerse en el nuevo texto. Pero el señor Sanz ha suprimido algunas cosas en los encabezados de las jornadas o actos, tales como el reparto fragmentario del acto primero (1) y añadido palabras que no

(1) En el folio 1 dice este manuscrito: "*El cverdo* | *loco* | Comedia | Passa en Albania | ML (*rúbrica de* Lope) 1602."

La hoja 2 principia así: "Los que hablan eneste prim.º Acto. | El principe Ant.º—Antonio [*Granados*] | El Conde Prospero—Velasco. | El duque Dinardo—Çamora (*tachado*) S.n Tiago. | Rosania, princesa, madrastra de Antonio—Francisca ✠ | Luzinda, hermana del Conde—Luciana [de] Castro. | La guarda. | Seys soldados. | dos pajes. | Vn Maestresala—Fernando. | Vn cabo de esquadra—Rivadeneyra. | Leonido—Santoyo. | Tancredo, caballeros (*ilegible el nombre*). | Tebandro, criado. | Roberto, cozinero—[Jaime] Salbador. | ML (*rúbrica de* Lope)."

Después ya sigue el texto con las variantes anotadas y acaba el acto así: "qualque giorno, qualque giorno | sera la nostra patron. | Fin del prim.º Acto (*rúbrica de* Lope)", en el recto del folio 19. En el siguiente, de otra letra, con rúbrica artística, hay este nombre: "Alfonso Melendez de prado." En el 21, sólo estas palabras: "2º | Acto (*rúbrica de* Lope)." El 22 dice: "Los que hablan en el 2º Acto. | Leonido | Aristeo | Filipo | Rosania | el duq.e Dinardo | el Conde Prospero | Sultan baxa—S.n Tiago Çamora | Antonio | Belardo | Santos | Tirseo | Guardas de Alabarderos. | ML (*rúbrica de* Lope)."

Acaba el acto II en el vuelto del folio 38 con estas palabras: "Fin del 2º acto. | ML (*rúbrica de* Lope)." Sigue una hoja en blanco, y en el 40 se lee: "3º. | ML (*rúbrica de* Lope)." El 41 dice: "Los q.e hablan eneste Acto 3º." La lista copiada en el texto del tomo IV y la rúbrica con la M y la L ya indicadas.

Y termina la comedia, después del último verso, con estas palabras: "En Madrid, a 11 de | Nouiembre de 1602 | MLope de Vega Carpio (*rúbrica*)." En M antepuesta aquí claramente al nombre y unida con él y en las demás rúbricas, según dejamos advertido, queremos nosotros ver la inicial de Micaela. Lope, a imitación de los caballeros de su tiempo, que solían anteponer a su nombre de pila la inicial del de su mujer o dama, quiso estampar el de la que lo era suya a la sazón, pues el nombre de su mujer era Juana. Todo en esta comedia recuerda a la célebre actriz Micaela de Luján, que, sin embargo, no trabajó en ella: el nombre de Lucinda que lleva la protagonista, la evidente alusión a ella que hemos señalado en la pág. 399 del tomo IV, puesta en labios del *Belardo* de la comedia, que,

hay en el original, como las finales que dicen: "Fin del acto tercero y de toda la comedia", y, sobre todo, ha omitido varias de las curiosas censuras que van al final del autógrafo (1) y transcrito mal las demás, sin duda por

como hemos visto multitud de veces, es el nombre poético del mismo LOPE, lo acreditan. Así no es de extrañar que hasta al firmar tuviese presente nombre para él tan caro. En varios lugares de este manuscrito la rúbrica no lleva la M; solamente en los expresamente indicados.

Muchas de las *Lucindas* que hay en las comedias de LOPE son recuerdos de esta mujer tan querida, a la que apenas disfrazó en sus versos líricos y otras obras con el anagramático nombre de Camila (*Mica[e]la*) Lucinda (*de Luján*), dando a la *j* el sonido de *i*, que también tenía en tiempo de LOPE, y convirtiendo la *e* en *c*; o bien llevando la *e* al nombre de *Micaela* y añadiendo para *Luzinda* una *z* libre, que era como LOPE solía escribir este nombre.

(1) Aunque haya que repetir algunas, copiaremos las repetidas censuras lo más fielmente que podamos:

(Fol. 57.) "Examine esta Comedia, entremeses y cantares della el Secret.º Thomas Gracian Dantisco y dé su censura. Vallid a 27 de abrill de 1604. (*Rúbr.*)

"Esta comedia intitulada *El veneno saludable* se podra representar mudado el nombre en Filipo, reservando a la vista lo que fuera de la lectura se ofreciere y lo mismo en el entremes y cantares en Vallid a 5 de Julio de 1604.—El Secret.º Thomas Gracian Dantisco. (*Rúbrica.*)

"Podrase representar esta Comedia Guardando la censura En ella dada y Vallid a 5 de Jullio 1604. (*Rúbr.*)

(Fol. 58.) "Por mandado de los señores inquisidores juezes Apostolicos de Valld vi esta comedia *veneno saludable* y no ai en ella cosa contra nuestra S.ª fe catolica ni contra buenas costumbres yasi me parece q̃ se puede dar Licencia para representarse. Fecha 9 de maio 1607.—Frai greg.º Ruiz.

"Visto por los ss Inquisres de Vallid el parecer de arriba de fray Gregorio Ruiz lector de Theulugia del conv.to de sn Fran.co desta ciudad dieron Lisencia para que se pueda Representar la comedia de atras llamada *Veneno saludable*. Fho (fecho) en Vallid a 9 de mayo de 1607 a.s—D. Juan Martinez de la Vega. (*Rúbr.*)

"Por mandamiẽto del Arçobo mi señor he visto esta Comedia del *Veno* (sic) *saludable* y digo qe se puede representar reseruando para la vista lo que es fuera de la lectura asi lo firmo en Caragoça a 27 octubre año 1608.—El dor domingo Villalua. (*Rúbr.*)

"Por mandado del señor licen.do Gonzaloguerrero Provisor deste Obispado de Jaen e visto esta comedia intitulada *el cuerdo loco o veneno saludable* excepto algunas planas y partes q̃ estan borradas y dicen q̃ no se representan y como toda ella es humana no e hallado palabra ni sentencia q̃ offenda las xpianas y piadosas orejas, por lo qual me parece se le puede dar licenª al autor para representarlo que en este cuaderno ay. no he visto los cantos y entremeses q̃ se suelen entremeter. En Jaen diez de Julio del año de 1610.—El Doctor Salzedo. (*Rúbr.*)

"En la ciudad de jaen a diez dias del mes de Jullio de myll y seisscies y diez a.s su md el licdo g.o guerrero can.o dotoral de la sta yg.a de Jaen provisor della y su obpdo auiendo uisto el testim.o (Fol. 59.) y visita desta comedia que se yntitula *El loco cuerdo* hecha por el D.or Salzedo prior de la ygª de sn ylefonso desta dha ciudad por mandado de su md dijo que daua y dio lizª y facultad a Antonio granados autor de comedias para que la pueda rrepresentar [en] esta ciud y obpado y lo firmó de su nombre.—El lido Goncalo guerrero (*Rúbr.*).—Ante mi Joan de matam.s (*Rúbr.*).

"Representese en Mª 22 de 9bre de 1620.—El Dor Fran.co del Pozo. (*Rúbr.*) (Esta licencia, que, como se ve, es posterior a la que sigue, fué intercalada después entre ella y la que

no conceder importancia a esta clase de documentos. Ilustran, sin embargo, grandemente la historia de nuestra cultura y acreditan la enorme difusión de nuestro teatro durante la primera mitad del siglo XVII.

Esta comedia de *El Cuerdo loco,* con ser de las menos notables de LOPE DE VEGA, se representó multitud de veces, desde su estreno en Madrid, por los años de 1602; en Valladolid, por los meses de abril y julio de 1604 y en mayo de 1607; en Zaragoza, en octubre de 1608; en Jaén, en julio de 1610; en Murcia, en junio de 1611; en Granada, en diciembre de 1615, y hasta en Lisboa, en septiembre de 1617. Es decir, que durante quince años por lo menos fué pieza oída en los más apartados lugares de la península, adonde la vida azarosa y aventurera llevaban al "autor de compañías" Antonio Granados que, según dice la misma comedia, fué quien hubo de estrenarla.

EMILIO COTARELO Y MORI.

---

antecede, como lo prueban los rasgos de la rúbrica, que bajan y cruzan el texto de la siguiente censura. La ciudad designada con la abreviatura M.ª debe de ser Málaga, pues la de Murcia se indica, como hemos visto, Mr.ª)

"Por mandado de los señores ynquisidores juezes Apostolicos de esta ynqon de Murcia, vi esta Comedia llamada *El Cuerdo loco, o veneno saludable* y no e hallado cosa alguna q̄ sea contra nr̄a sta fee Catholica ni contra las buenas Costumbres, y assi mi parecer [es] qe se puede dar licencia para Representarse fecha en s. Fran.co de Murçia a cinco de Junio de 1611.—Fray P.º Galán. (*Rúbr.*)

"Visto por los ss. Inquires Appcos de la ciud y Reino de mr.ª el pareçer y calificaçion del padre frai pº galan calificador del sr Obpo dixeron que dauan y dieron liçenª para qe se pueda Representar esta Comedia llamada *El Cuerdo loco, o Veneno saludable.* En mrª y quatro de junio 1611.—Andres de çisneros. (*Rúbr.*)

"Por mandamiēto del Arçobo mi señor don Pedro manrique he visto esta Comedia del *Beneno saludable* y digo q̄ se puede representar reservando para la vista lo qe es fuera de la lectura a 25 Otub año 1611.—El Dor Villalus (?).

(Fol. 60.) "Esta comedia se puede representar. En grda 3 de dize de 1615.—El Dor Francisco Martínez de Rueda. (*Rúbr.*)

"Podese representar Esta Comedia yntitulada *el Cuerdo loco* com emtremezes i bailes onestos Lxª 9 de Setenbro de 1617.—Paul Fco."

ÍNDICE DEL TOMO V



DONDE NO ESTÁ SU DUEÑO, ESTÁ SU DUELO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA PRADO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El CONDE.
DON DIEGO.
Un PAJE.
BANQUETE, *gracioso*.
AURELIA.
DOÑA JUANA.
SABINA.
DON PEDRO.
ZAMUDIO.
VILLALTA.
El DUQUE DE TERRANOVA.
DON JUAN DE ICUNZA, *Veedor*.
El DUQUE DE PARMA.
Un MAESTRE DE CAMPO.
Un CRIADO.
CRIADOS.

ACTO PRIMERO

(*Salen el* CONDE *y* DON DIEGO.)

CONDE. Extremadamente os veo,
con vuestra suerte dichosa,
contento.

D. DIEGO. Tengo una esposa
a medida del deseo.
La dicha que yo he tenido
ni se escribe ni se sabe.

CONDE. Plegue a Dios que no se acabe,
que ha poco que sois marido.

D. DIEGO. No puede ser, si segura
tengo la dicha y el seso,
porque tengo a un mismo peso
la discreción y hermosura.
Y hermosura y discreción,
la vez que vienen a ser
iguales en la mujer,
en el hombre eternas son.
Junto al gusto vive asida,
que pienso, al consideralla,
que hay en mí, para adoralla,
en el alma poca vida.

CONDE. El mayor bien viene a ser,
de la tierra, haber llegado
a estar siempre enamorado
un hombre de su mujer.
Y vos viviréis de modo,
pasen los años de ciento,
¡plegue a Dios!, el más contento
del mundo.

D. DIEGO. Estarélo en todo;
ofreciéndose ocasiones
de servirte por pagarte
alguna pequeña parte
de tantas obligaciones.

CONDE. Cuando es tanta la amistad
como en nosotros lo es,
no topa en otro interés
que de sólo voluntad.
Esta es igual en los dos:
ya he hecho común mi hacienda.

D. DIEGO. Y mi vida, aunque se venda
por ello, sábelo Dios.

CONDE. Yo bien lo creo. Mas deja
los cumplimientos conmigo,
que dan al mayor amigo
alguna ocasión de queja.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Aquel español soldado
que asentó en tu compañía
su plaza, hablarte quería.

D. DIEGO. Entre al momento.—Extremado
humor gasta; es excelente,
y con estilo galán;
por lo que ha visto en Milán,
discurre graciosamente.

(*Sale* BANQUETE, *soldado gracioso.*)

BANQUETE. Señor, en mi boca emplea
tu mano.

D. DIEGO. Huelgo de veros
donde pueda conoceros
el Conde, que lo desea.

BANQUETE. ¿Es Conde?—A su señoría
quiero pedille la mano,
aunque no tan casquivano
como otras veces solía;
porque hay tantos condes donde
a pie por las calles van,
que, tropezando en Milán,
pienso que es canto y es conde.
No hay sino conde Condumio,
conde César, conde Octavio,
conde Ortensio, (1) conde Fabio,
conde Gomio, conde Gumio,
y no se me encaja dónde
estos condados estén,
aunque de tierra le den
dos palmos a cada conde.
Esta enfermedad traidora
que ambiciosamente mata,
por el mundo se dilata;
y así los condes de agora
ya como esmeraldas son,
que, aunque estimadas han sido,
por ser tantas han perdido
el precio y la estimación.
A casa en Milán llegué
que, sobre flacos cimientos,
vi en ella seis aposentos
y doce condes conté.

CONDE. Llámanse condes también
los hijos y decendientes
de los condes; mas no cuentes
ni una almena que les den.

BANQUETE. En menos tiempo que aquél,
siendo así, a que harán me obligo,
estos doce que yo digo,
otro pueblo de Israel.

CONDE. (¡Por Dios, que viene extremado!
Mayores gracias promete.)
¿Cómo te llamas?

BANQUETE. Banquete.

CONDE. Hasta el nombre me ha cuadrado.

BANQUETE. A ser misteriosa pasa
en mí, pues con él podría
decir yo que cada día
tengo un banquete en mi casa.

CONDE. Y ¿de dónde eres?

BANQUETE. Famosa
es mi tierra.

CONDE. Y tú excelente.

BANQUETE. Es Málaga, antiguamente
llamada Villaviciosa.

D. DIEGO. Y tú la habrás imitado
en eso.

BANQUETE. Estrella he tenido;
pues, aunque pobre, he vivido
tan vicioso y regalado
como el Rey.

CONDE. ¿Cómo, si apenas
vive el rico sin dolor?

BANQUETE. Habiendo sido señor
de muchas bolsas ajenas,
no como dice el refrán
que el buen pagador lo es,
que es mentira.

CONDE. ¿Cómo, pues?

BANQUETE. Con estilo más galán.

D. DIEGO. Sin duda las hurtarás.

BANQUETE. No, ¡por Dios!, que soy honrado,
sino pidiendo prestado
y no pagando jamás.
Así en España vivía.
Oíd los sutiles modos
con que sacaba de todos
el granillo que podía.
Junto a las casas llegaba
de las comedias, y allí,
lo que pagaba por mí
cualquier amigo que entraba,
lo cobraba yo después;
y así, me entraba y salía
hasta tener en un día
con que gastar otros tres,
o esperaba de ordinario
que pasase algún amigo
por la botica, y, conmigo
concertado el boticario,
que estaba enfermo fingía,
por que el verlo le obligase
a que una purga pagase
para curarme otro día.
Caían muchos, y así,
cobrando yo por entero,
tantas purgas en dinero,
eran dulces para mí.
Pero en siendo conocido

(1) El original dice "Ortenso".

por mis modos de antuviar,
me trasplanto a otro lugar;
y, a lo gallardo vestido,
encájome luego un don,
recibo alquilado un paje,
sobrepóngome un linaje
de Castilla o de Aragón,
y atisbando una mujer
que rabie por un marido,
porque lo mismo que ha sido
a su sombra quiere ser,
creyéndole que es doncella,
remilgado y amoroso
le doy palabra de esposo,
y aun me desposo con ella;
pero en viéndola quedar
sin basquiñas y sin manto,
me escurro, y hago otro tanto
con otra en otro lugar.
Y así, de varios jüeces
perseguido y no alcanzado,
debo de haberme casado
cosa de trecientas veces.
Y tanto he sabido hacer,
que alguna vez, ¡cosa brava!,
he vendido por esclava
la que tuve por mujer;
y ahora estoy en Milán
con bravo intento, ¡por Dios!,
amparándome en los dos,
de un Conde y de un Capitán.

CONDE. ¡Bravo discurso!

D. DIEGO. ¡Extremado!
No hay hombre como Banquete.

CONDE. Pero porque se promete
a otra vida otro cuidado.

D. DIEGO. Hará muy mal en mudar
estilo.

CONDE. Para seguir
es mejor.

BANQUETE. Sólo el pedir
será imposible olvidar.

D. DIEGO. En cuanto se ofrezca no
faltaré.

CONDE. A mi cargo tomo
favorecelle.

BANQUETE. (Del cómo
tendré más cuidado yo.)
Mi señora Aurelia viene.

D. DIEGO. Mi esposa.

CONDE. (Y el alma mía.)

D. DIEGO. El sol que comienza el día
menos hermosura tiene.

(Salen AURELIA, *y* DOÑA JUANA, *como que finge a* LEONOR *criada, y* SABINA *con tocas de viuda largas.)*

AURELIA. Quedarte puedes, Leonor.—
Sabina, viuda, conmigo.

D.ª JUANA. (De las desdichas que sigo
se lastima el mismo amor.)

AURELIA. Mas primero me verás
echar un lazo en el cuello
de mi esposo.

D.ª JUANA. Podrá, el vello,
ahogarme.

SABINA. Alegre vas;
esto es el pan de la boda;
pasará el año y el dia,
y hablaremos.

D. DIEGO. ¡Gloria mía,
con serlo del Cielo toda!

AURELIA. Dueño mío, salgo fuera,
y vengo a pedir tu mano
y bendición.

D. DIEGO. Soberano
favor la del Cielo espera,
y en mis brazos ha de ser.
(Abrázanse.)

SABINA. (¡Dichosos recién casados!)

CONDE. (¡Ay, atrevidos cuidados!)

D.ª JUANA. (¡Ay, infelice mujer!)

BANQUETE. (Hagamos tú y yo otro tanto.

SABINA. Quita; a risa me provocas.

BANQUETE. Querría, sobre las tocas,
hurtar el oficio al manto.)

D. DIEGO. (¿Qué estoy viendo? ¿Es ilusión?)
(Ve a DOÑA JUANA.)

AURELIA. Perdone vueseñoría;
pero en la disculpa mía
pienso que viene el perdón.

CONDE. Con que licencia me des
de acompañarte.

AURELIA. Señor...

D. DIEGO. Quedaros, Conde, es mejor.

CONDE. No es posible.

D. DIEGO. Vamos, pues.

AURELIA. No pasaré.

CONDE. Haced dichosa
esta ocasión a que llego,
que bien confiará don Diego
de mí el brazo de su esposa.

D. DIEGO. Para que de mí fiéis

lo que a los dos obligó,
ya quiero quedarme yo
y que vos la acompañéis.

CONDE. Dejaréla en su carroza.

AURELIA. Acetaré esa merced.

BANQUETE. A mí, señora, os tened.

SABINA. ¡Bravo galán!

BANQUETE. ¡Buena moza!

CONDE. Llegad, si os queréis tener.

AURELIA. Aún no, es llano este lugar.

CONDE. (Si yo os viera tropezar,
yo os ayudara a caer.)

(Vanse; queda DON DIEGO *y* DOÑA JUANA.)

D. DIEGO. Doña Juana, ¿sombra ha sido,
o eres tú?

D.ª JUANA. Mi sombra soy.

D. DIEGO. ¿Tú en Milán?

D.ª JUANA. Adonde estoy
tus engaños me han traído.
Como tú tan vanamente
pretensor fuiste en la corte,
en palacio, de mercedes,
y en mi casa de favores;
como el alma me mudaron,
a mi corazón conformes,
lo vistoso de tus galas,
lo tierno de tus razones;
como el tiempo ingrato, ahora
para mí también, que entonces
al gusto de una esperanza
redujo dos corazones;
como palabra me diste
de esposo, y aquella noche,
para lograr los deseos
faltaron las ocasiones;
pasaron después tres días,
y para mí los peores
que dieron a las mujeres
las mudanzas de los hombres.
Como en los aires anduve,
haciendo todas las noches
centinela a mis ventanas,
colgada de sus balcones;
de los ojos de mis padres
me escondía a los rincones
de mi casa, y daba humilde
sordo llanto y mudas voces,
con la industria en el cuidado,
con el alma en los temores
y en el corazón las alas,
siempre a los daños veloces.
Yo misma fuí a tu aposento,
y la huéspeda informóme,
sin dar causa a tu partida,
del cómo, cuándo y adónde.
Halléme desesperada,
ciega, loca, muerta, y dióme
el deseo de alcanzarte
para seguirte invenciones.
Con un escudero mío
lo consulté; aconsejóme
lo más justo; porfiéle,
y a mi voluntad rindióse.
A Génova se partía
su Embajador; parecióme
que hablase con su mujer;
mi viejo escudero hablóle,
y, con nombre de hija suya,
la Embajatriz recibióme
por su criada, dejando
sin alma a mis padres nobles.
Como si soñado hubiera
halléme en Génova, adonde
supe como eras casado.
¿Quién vió desdichas mayores?
Llegó a extremo mi locura,
mis ansias y mis dolores,
que, con mi padre fingiendo,
me salí huyendo una noche;
y él, en llegando a Milán,
hallando medios conformes
a las locuras que sigo,
a ser criada me pone
de tu mujer, en tu casa,
donde, si a tu cuello pone
segunda vez aquel lazo,
no dudaré que me ahogue.

D. DIEGO. ¡Desdichado soy, señora!
Que pretendí tus amores,
que dispuse tus entrañas,
que te debo obligaciones,
que ofrecí de ser tu esposo,
no te lo niego, y que entonces
todas las palabras mías
llegaran a ejecuciones;
mas por las nuevas de Flandes
los soldados pretensores
mandó el Consejo de Guerra
que salieran de la corte,
pena de no ser honrados;
y a mí, que lo soy, tocóme
el partir sin despedirme;
que si viera tus dos soles

llorar, pusiera en peligro
los heredados blasones
de mi padre y mis abuelos.
Este pensamiento noble
me trujo sin mí y contigo,
donde varias ocasiones
mudarán (1) mis esperanzas,
que, en efeto, somos hombres.
Pues que no te debo honor,
no habrán llegado a traiciones
mudanzas de mis deseos
para que los tuyos logre.
Ya me ves que estoy casado
con mujer cuyos favores
estoy adorando yo.

D.ª JUANA. Mil años su sombra adores.
Pero pudieras ahora
dejar sus adoraciones
y consolar mis cuidados.
¡Ah, mudables! ¡Ah, traidores!

D. DIEGO. Calla, porque pasos siento;
después hablaremos. Voime.

(*Vase, y sale* BANQUETE.)

D.ª JUANA. ¡Qué corrida me has dejado!

BANQUETE. ¿Dónde vas? No te acongojes.
Del Capitán las espaldas,
de tu cara los colores,
me advierten que con el tiempo
serán magnas conjunciones;
grandes cosas pronostican.

D.ª JUANA. Déjame.

(*Vase.*)

BANQUETE. ¿De eso te corres,
siendo razón tan de estado
que por que a la casa cobre
amor la criada, el dueño
la zabuque y la retoce?

(*Vase, y salen tres* CAPITANES, DON PEDRO, ZAMUDIO *y* VILLALTA.)

DON PEDRO.

Duque, Gobernador y gran soldado
es el de Terranova.

ZAMUDIO.

A Milán tiene
con gran satisfación.

VILLALTA.

Milán y el mundo
él puede celebrar; es de la casa
de Aragón, y lo muestran sus acciones.

DON PEDRO.

¿Qué tenemos de Flandes?

VILLALTA.

Que el de Parma,
con gran reputación de España y suya,
prosigue aquella guerra.

ZAMUDIO.

Es venturoso
en tener famosísimos soldados
debajo de su mano.

DON PEDRO.

El Duque viene.
Algunos le acompañan, y a su lado
el veedor general don Juan de Icunza.

VILLALTA.

Ese decid que es bravo caballero.

ZAMUDIO.

A España honran, ¡por Dios!, él con la pluma
y su hijo don Diego con la espada.

(*Salen el* DUQUE DE TERRANOVA, *y el veedor* DON JUAN DE ICUNZA *y otros.*)

DUQUE DE TERRANOVA.

Igualen con el tercio esos soldados
que de España vinieron a su costa
y traen cartas en abono suyo.
Con gusto extraordinario he recibido
este pliego.

DON JUAN.

De cosas importantes
las órdenes serán, pues que lo envía
su majestad a toda diligencia.

(*Sale* DON DIEGO.)

DON DIEGO.

¿Qué hay de nuevo, señores?

ZAMUDIO.

A buen tiempo
vienes para sabello, si es que el Duque
dice lo que contiene aquella carta,
del Rey, nuestro señor, a quien Dios guarde.

(*Acaba de leer el* DUQUE *la carta.*)

---

(1) Parece que debe ser "mudaron".

DUQUE DE TERRANOVA.

Su tercio don Francisco Bobadilla
tiene en Saona, y al pasarle a Flandes
manda su majestad que de este Estado
se le añadan seiscientos españoles,
los cuales lleven cuatro capitanes
de lo mejor y más lucido. Ahora
veremos quién se ofrece a esta jornada
con ánimo español, pues que no sólo
en estas ocasiones lo procuran,
pero suelen algunos excusarse
por indirectos (1) siempre conocidos,
indignación de pechos valerosos.

DON PEDRO.

Suplico a vuexcelencia que no sea
yo de los que se quedan.

ZAMUDIO.

Yo suplico
que a mí de los primeros me señale.

VILLALTA.

Premio será, señor, de mis servicios
hallarme en la ocasión de esta jornada.

DON DIEGO.

(¡Perdido soy! Perdona, esposa mía,
que tengo honor.) Suplico a vuexcelencia
no quede yo en Milán.

DUQUE DE TERRANOVA.

Estimo en tanto
esos ofrecimientos, que os ofrezco,
con la licencia que me habéis pedido,
de que su majestad, por cartas mías,
sepa vuestro valor. Preveníos luego,
que ha de ser por momentos la partida.

DON JUAN.

Obligóse mi hijo sin pensallo.

DON DIEGO.

Ocasión fué precisa y causa honrosa.
Mas ¿qué será el ausencia (2) de mi esposa?

(*Vanse, y quedan* DON JUAN *y* DON DIEGO.)

D. JUAN. Hijo, ¿qué has hecho? ¿No ves
el disparate en que das?
¿Haste olvidado que estás
recién casado de un mes?

D. DIEGO. No, padre, desdicha ha sido;
que cuanto obligado estoy,
ni desmiento lo que soy
ni de lo que soy me olvido.
Mas vi la ocasión y halléme
entre tantos obligado
a mostrar que soy honrado;
quise hacello, y arrojéme
con el varonil furor
de mi juventud viciosa.

D. JUAN. Y el dejar mujer hermosa
sin marido, ¿no es honor?
Si tu General quisiera
valerse en esta jornada
de tu persona y tu espada,
el no hacello afrenta fuera,
porque fuera el recelallo
no ser bueno para hacello;
mas sin convidarte a ello
bien pudieras excusallo;
por mirar en lo de acá
aún más honra se aventura,
pues nunca está tan segura
la que en mano ajena está.
Pues Flandes sabe, y Bretaña,
que tú sabes pelear,
acometer y esperar
al enemigo en campaña,
¿no fuera más acertado
que en tu casa, en quien te empleas,
supieran cómo peleas
con un enemigo al lado?
Porque el hombre que se casa
con mujer que no conviene
con su honor, no menos tiene
que un enemigo en su casa.
Y hasta saber si honrada es,
debe seguir sus antojos
con el recato en los ojos,
con el silencio en los pies.
Y aun después de asegurado,
en su valor conocido,
si deja el ser advertido
dejará de ser honrado.
Bien se descubre en el ser
de tu esposa que es tu esposa
tan honrada como hermosa;
mas es hermosa y mujer.
Y aunque sea más honrada,
siempre a mí me ha parecido
una mujer sin marido
como un hombre sin espada;

(1) Acaso en vez de "indirectos" deba leerse "sus defectos".

(2) Más claro estaría diciendo "en mi ausencia".

que aunque le sobre valor
tal vez le falta, ofendida,
la defensa de la vida
o el respeto del honor.

D. DIEGO. Padre, no me aflijas más.
Con mi parecer convienes;
ya veo que razón tienes;
veo que en lo cierto estás.
¡Muerto estoy! Estoy furioso
de lo que me ha sucedido:
como honrado, por marido;
como amante, por celoso.
Pues que sabes cómo estoy,
haz que consolarme puedas
con decirme que te quedas
cuando miras que me voy.
Dime que serás, señor,
en público o en secreto,
de mi mujer el respeto
y el escudo (1) de mi honor;
que mientras yo peleando
honra envíe a tu nobleza,
tu serás la fortaleza
que me la esté conservando.

D. JUAN. Hijo, por tu causa haré
cuanto pueda, por ser mía,
y tu consuelo sería;
pero yo ¿cómo podré
preservarte de unos daños
tan temidos y crueles
tratando de mis papeles
y entreteniendo mis años?
Fuera de esto cuando fuera,
que yo tanto me esforzara,
que por tu casa mirara,
sin tus ojos, no pudiera;
porque en su casa asistiendo,
ve más, sin andar mirando,
un marido adivinando
que un lince mirando y viendo.
Y así, con gran propiedad,
habló claramente, hijo,
quien por estas cosas dijo:
"A lo tuyo, tú."

D. DIEGO. Es verdad.

D. JUAN. Cuando yo, por regalar
a tu esposa por momentos,
aves les pida a los vientos
y peces le pida al mar,
a la luz astros visibles,
a la tierra variedades,
a los hombres amistades,
a los cielos imposibles
y consejos a la fama,
ocuparé en esta empresa
una parte de su mesa,
no la mitad de su cama.
Sobraràle la mitad;
y en la mujer, con razón,
estas sobras faltas son,
y bien grandes.

D. DIEGO. Es verdad.
El alma tengo confusa.
¿Podréme ahora eximir
de esta jornada?

D. JUAN. Morir
primero. Ya no se excusa,
que una palabra rompida
infama, y menos dañosa
es la honra peligrosa
que la afrenta conocida.

D. DIEGO. Pues ¿qué será lo mejor?

D. JUAN. Irte a casa, prevenirte,
obligar, sentir, partirte
y encomendallo al Señor;
que yo voy, y brevemente,
porque ya el tiempo se acorta,
a prevenir lo que importa
al despacho de esta gente.
Adiós.

(*Vase.*)

D. DIEGO. Tráguese la tierra
un hombre tan desechado.
Cuando se casa un soldado
mezcla la paz con la guerra.

(*Vase. Sale* BANQUETE *y* SABINA.)

BANQUETE. Por tus amores me pierdo.

SABINA. De tus locuras me río.

BANQUETE. ¡Bravo talle! ¡Bravo brío!
¡Toda brava!

SABINA. ¿Amurco o muerdo?
¿Soy yo jarameño toro,
o soy perro mallorquín?

BANQUETE. No, mas, siendo serafín,
picas con un pico de oro.

SABINA. Nombre de predicador
me has dado. Estoy por decirte
que querría convertirte.

BANQUETE. Comerme fuera mejor,
pues que me tienes picado;

---

(1) En el original dice "eracio" por errata.

tanto, que a saber me aplico
si es de Toledo ese pico
y esas tocas de qué estado.
Digo sobre cuál hicieron
de ti una dueña extremada;
el de viuda, o de casada,
o el que tan pocas tuvieron,
o el de esposo forajido.
Mas yo pienso que será
esotro de más allá.

SABINA. Y ¿cuál es?

BANQUETE. ¿No está entendido?
Pues que beata no eres,
ni monja, siendo mujer,
mira tú qué puedes ser
más común en las mujeres.

SABINA. ¿A eso llamas, picarón,
estado? ¡Cosa notable!

BANQUETE. Siendo ahora el más estable,
mira si tengo razón.

SABINA. Pierde en mí tales antojos,
que honesta casada he sido.

BANQUETE. ¿Cómo mataste el marido,
con veneno o con enojos?
Con la condición sería;
que la tenéis infernal
las mujeres.

SABINA. ¿Vióse tal?
Pues apacible es la mía.

BANQUETE. Esa enfermedad cruel
le mataría.

SABINA. ¿En qué modos?

BANQUETE. Siendo apacible con todos
y no lo siendo con él;
y saldríale a la frente
esta manera de agravios,
como se sale a los labios
una calentura ardiente.

SABINA. ¡Qué extremada picardía!

BANQUETE. Burlas son todas. ¿Qué quieres?
Tanto quiero a (1) las mujeres,
que ojalá lo fueses mía.

SABINA. Luego ¿tú no eres casado?

BANQUETE. Muchas veces; pero digo
que me casaré contigo.

SABINA. Pues ¿cómo—risa me has dado—
tuvieran lugar mis bodas?

BANQUETE. Ya que no dispensación,
tengo yo resolución
para casarme con todas.
El marido general
me llamaban en España,
como gallo.

SABINA. Digna hazaña,
o por lo menos cabal,
para merecer después
lo que a la justicia plugo
por las manos de un verdugo.

BANQUETE. Tuve yo mejores pies.

SABINA. Señor viene, vete.

BANQUETE. Ahora
verás si digo verdad.

SABINA. La atrevida libertad
mientras deleita enamora.

(*Vase* BANQUETE, *y sale* DON DIEGO.)

D. DIEGO. Ciego vengo. Loco estoy.
¡Ah, fortuna rigurosa!
¿Cómo le diré a mi esposa
que la adoro y que me voy?
¿Qué le diré? ¿Qué dirá
de mí?

SABINA. (Suspenso imagina.)

D. DIEGO. ¿Qué es de mi Aurelia, Sabina?

SABINA. En el oratorio está.
¿Avisaréla que vienes?

D. DIEGO. No, Sabina; no tan presto.
¡Ay, desdichado!

SABINA. ¿Qué es esto?

D. DIEGO. Espera un poco.

SABINA. ¿Qué tienes?

D. DIEGO. Una desventura. Ten...
(¡Que me voy, esposa amada!) (*Ap.*)
Toma esta capa, esta espada.
(¡Que he de dejarte mi bien!) (*Ap.*)
Quita el sombrero de ahí.
(Todo me cansa, me enoja, (*Ap.*)
que al peso de mi congoja
pesa todo sobre mí.)
Llega una silla. (Mas ¿cómo (*Ap.*)
a sosiego me convida
siendo de azogue la vida,
aunque es el alma de plomo?)

SABINA. Señor, ¡por Dios!, que me cuentes
qué tienes.

D. DIEGO. Partirme a Flandes,
Sabina.

SABINA. ¡Desdichas grandes!
Con mucha razón las sientes

---

(1) En el texto, "a todas"; pero el verso resulta largo, como el siguiente, que dice:
"que ojalá tú lo fueses mía".

y con harta más razón
las pudieras excusar;
tan libre te quiero hablar,
que no merezco perdón.
Recién casado de ayer
¿dejas, señor, a tu esposa,
rapaza, alegre y hermosa,
ausente, sola y mujer?
¿Qué has hecho? Emprendido has
el mayor atrevimiento,
teniendo por fundamento
de su amor un mes no más.
De su valor conocido
bien se advierte que es honrada;
pero vive la casada
en la ausencia del marido,
y más si es larga y se sabe,
como pájaro sin redes,
como huerta sin paredes
y cerradura sin llave.
Y así, la que más señala
que es buena, si a quedar viene
sola, por lo menos tiene
ocasiones de ser mala.
Éstas las suele mudar,
y tiene mucho que hacer
la que es honesta mujer
que sola se ha de guardar.
Porque emprenden sus quimeras
sin respeto, sin temores,
en su calle los señores
y en su casa las terceras.
Hasta su mismo retrete
entra, por hacelle tiro,
por la ventana el suspiro
y por la puerta el billete.
Y está con tanta ocasión
de suerte, que, aun yendo a misa,
va siempre como quien pisa
suelo untado con jabón.
Porque su seso rematen
y su honor desautoricen,
las razones que la dicen
son vientos que la combaten.
Mira con tales cimientos
cómo seguro estará
árbol que de suyo da
las raíces a los vientos.
Yo lo sé bien, ¡ay de mí!;
por experiencia lo sé;
que alguna vez resbalé
(y aun sabe Dios si caí). (*Aparte.*)

D. DIEGO. No digas más, que diciendo
verdades me estás matando.
Escuché considerando
y hasme dejado muriendo.
Obligaciones de honor
me han causado estos enojos.

SABINA. Y esto que sale a los ojos,
¿es barro y honra, señor?
Míralo con más sosiego,
y piénsalo poco a poco.

D. DIEGO. Ya de pensallo estoy loco;
ya de mirallo estoy ciego.

SABINA. Si mi señora creyese
que en esta triste ocasión
lo que en ti es obligación
aborrecimiento fuese,
¿no se podría esperar
que, aborrecida y mujer,
pasase al aborrecer
los efetos del amar?
Pues mira cuán desechado
serías siendo sabido
que el esposo aborrecido
pocas veces queda honrado.

D. DIEGO. Sabina, no me atormentes.
Ve a mi esposa, ve al momento;
pero no con poco tiento
esta desdicha le cuentes.
Ve y díselo poco a poco,
y en sabiéndolo vendrás,
que donde estoy me hallarás,
si acaso no muerto, loco.

SABINA. Yo voy.—Quien a la fortuna
fía ausente mujer bella,
lo infelice de su estrella
algo tiene de la luna.

(*Vase.*)

D. DIEGO. Tantas verdades me dicen
para confusiones tantas,
que moriré si el valor
no previene a la esperanza.
¡Qué de discursos que hago!
¡Qué de quimeras me pasan
por el pensamiento loco,
que me aprietan y me acaban!

(*Sale* BANQUETE.)

BANQUETE. ¿Es cierto, señor, (1)

---

(1) En el texto dice: "¿Es cierto, señor, etc.", que pudiera interpretarse: "¿Es cierto, señor, es cierto?"

¿Es posible que te apartas
a Flandes? Para el casado
¿hay más Flandes que su casa?
¿A tu mujer dejas sola,
hermosa y recién casada,
después que probó la miel
y la ha picado la salsa?
¡Mucho te atreves, por Dios!

D. DIEGO. ¿El ser mía no le basta?
(Todos culpan mi partida; (*Aparte.*)
todos mi paciencia gastan.)

BANQUETE. Mal conoces las mujeres.
¡Pesia a tal! Las más honradas
—yo lo sé por experiencia,
como marido de tantas—
han de estar perpetuamente,
como el órgano, templadas;
que si una vez se destemplan,
el dïablo que las taña.
Son los fuelles los alientos
de los maridos; si faltan,
¡por Dios! que queden sus teclas,
si no tañidas, tocadas.
Como un reloj han de estar,
porque así, con vigilancia,
en llegándoles la hora
les da el mazo en la campana.
Es la mujer sin marido
sin trastes una guitarra,
que en las cuerdas queda el són,
pero no la consonancia.
Y a la puerta del barbero
es un espejo sin tapa,
que sólo por la ocasión
se mira en él el que pasa.
Aunque es ejemplar la tuya,
es mujer cuerda de lana.
Escúchame, advierte, mira
una arquitectura extraña.
Amor, dinero y mujer,
mujer, ausencia y mudanza,
una escalera que sube
y otra escalera que baja.
Después que subió la una,
por la otra la casada,
si es que se muda, rodando
la deciende, donde pára.
Señor, señor, muda intento;
ojo al broquel, no te vayas,
que en la corte hay pretendientes
y casadas en sus casas.
Quien no parece, perece.

D. DIEGO. Calla, necio; vete y calla,
porque incluyen esas burlas
unas veras que me matan.
Vete luego.

BANQUETE. Yo me voy.
Iréme, pues tú lo mandas;
pero no a Flandes contigo,
donde son rayos las balas.

(*Vase.*)

D. DIEGO. ¡Grandes son mis confusiones,
notables son mis desgracias,
pues, lo que me dicen todos,
me está repitiendo el alma!
¡Mal haya mi pensamiento
y mi corazón mal haya,
pues turbaron mis sentidos
habiendo en mí sangre hidalga!

(*Sale* DOÑA JUANA.)

D.ª JUANA. ¿Qué pudo ser tal desdicha?

D. DIEGO. (¡Esto ahora me faltaba!)

D.ª JUANA. Don Diego: ¿es posible, es cierto
lo que, a costa de mis ansias,
escucharon mis oídos
de la boca de la fama?
¿A Flandes te vas, señor,
cuando, por ser desdichada,
pues ser tuya no podía,
con verte me contentaba?
Si es que huyes de mis ojos,
mal lo haces, mal me pagas,
que yo, de lo que te quiero,
sólo quererte esperaba.
Pero si fuerza es partirte
por otra diversa causa,
deja que vaya contigo
como paje, como esclava:
te serviré en lo que gustes,
te seguiré donde vayas.

D. DIEGO. Igualmente siento ahora
mis desdichas, doña Juana,
y las tuyas, aunque son
tan diferentes las causas.
Pero yo a Flandes me voy,
y no es honrosa la carga
de una mujer en la guerra:
demás de que fuera infamia,
siendo tú tan bien nacida, (1)
llevarte yo deshonrada,

(1) El original dice "siendo tú también nacida".

en mis manos mal segura,
por caminos y posadas,
y cuando yo, por tu honor,
a no hacello me obligara,
no lo hiciera, porque quiero
a mi esposa como el alma.

D.ª JUANA. Pues si la quieres, ¿por qué,
atrevido, te abalanzas,
y, hermosa, moza y ausente,
la dejas y no la guardas?
¿Qué haces? Mira, don Diego,
que, en la mucha confianza,
se despeñan muchas honras,
y aunque ella la tiene, y tanta
que podría competir
con griegas y con romanas,
ni es ella más bien nacida
ni era yo menos honrada,
y, deslumbrada en tus ojos
y perdida en tus palabras,
tras ti dos veces ligera
vine a Milán desde España,
y, ciega con mis pasiones,
ha poco que te rogaba
que me llevaras contigo
como mujer ordinaria.
¡Míralo mejor, don Diego!

D. DIEGO. Sólo ejemplos me faltaban
para apurar mi paciencia
y para crecer mis llamas,
que de quimeras fabrico,
diferentemente, varias.
Una traza se me ofrece,
si no me engaño, extremada,
porque el pobre y el celoso
trazan mal y siempre trazan.—
Doña Juana, pues me quieres,
¿quieres quedarte en mi casa,
y siendo en ella mis ojos,
cuerdamente desvelada,
si, por desdicha, vieres
en mi esposa alguna falta,
como a mi vista la ofrezcas,
visible, patente y clara,
tú serás esposa mía,
siendo tercero una daga,
y después, cerca está Roma,
la dispensación del Papa?

D.ª JUANA. Harélo así; ve seguro,
dejando en mi confianza
el servirte con lealtad.
¡Quien más teme, más se engaña!

D. DIEGO. Pues sucediendo mi afrenta,
toma de mí la palabra
de tu esposo.

D.ª JUANA. Yo la tomo.

D. DIEGO. Y yo la doy; vete y calla.

D.ª JUANA. ¡Adiós, que tu esposa viene!

D. DIEGO. Su luz, para mí, eclipsada.

D.ª JUANA. (Pues me va en ello el ser buena,
yo haré poco, o la haré mala,
pues mi caudal ha de hacerse
cuando el suyo se deshaga.)

(*Vase* DOÑA JUANA, *y sale* AURELIA.)

AURELIA.

(¡Toda de hielo soy, toda de fuego!
¡Como una tigre llego!)

DON DIEGO.

(Cual mármol me ha dejado
semblante tan hermoso como airado.)

AURELIA.

(¡Estoy para volverme!)

DON DIEGO.

(¡Estoy por retirarme y esconderme!)

AURELIA.

(¿Cómo comenzaré, de quien me deja,
la venganza o la queja?)

DON DIEGO.

(Quedarán por despojos
tan enojados y tan bellos ojos;
pero ya, ¡ay, Cielo santo,
toda su furia se convierte en llanto!)

AURELIA.

Amante, lastimada y ofendida,
vine airada y perdida;
tan loca de esta suerte,
que no sé si a obligarte o a ofenderte;
pero vi tu tristeza,
ya vencido, alevoso, la terneza,
y así, a tus ojos y a tus brazos llego.
¿Que te vas, mi don Diego?

DON DIEGO.

Sí, gloria mía.

AURELIA.

¡Tente,
que me ha muerto ese "sí" tan diferente,
del que, engañada y loca,
ha pocos días que adoré en tu boca!

Es la ofensa de un "sí" más poderosa,
por ser el "sí" una cosa
de todos procurada,
de todos admitida y adorada;
pero, con varios modos,
en mí es desdicha lo que agrado en todos.
¡Ah, cruel, inhumano! ¡Ah, fementido,
de ti engañada he sido!
¿Para qué te has casado?
¿Es discreto el marido, ni es honrado
de su mujer ausente?
¡No es tal, por cierto! ¡Quien lo dice, miente!
Pero, señor, mi libertad es mucha:
perdóname y escucha,
pues todo es adorarte:
mira bien de qué forma, y en qué parte,
tan sola y desdichada,
quedaré viuda hoy, de ayer casada.

DON DIEGO.

¡No me aflijas, por Dios, llorando ahora!
Que quedarás, señora,
viuda de hoy, es cierto,
no de marido ausente, sino muerto,
si es que te afliges tanto
y no me das consuelo en vez de llanto.
Obligación forzosa y conocida
dió causa a mi partida.
Atrevíme fundado
en que no ha de querer tu celo honrado,
siendo cosa tan suya,
que en mi honor mi opinión le desminuya;
si después en los aires he quedado,
quejas y llantos dado
a la tierra y al viento
si revienta en el alma el sentimiento.
Mira bien mis enojos,
pues presentan testigos en mis ojos;
pero si el llanto tuyo lo consiente,
podrás, más fácilmente
de que siento enojarte,
en tu misma hermosura asegurarte,
si ya no es tal mi suerte
que mi pena acredite con mi muerte.

AURELIA.

Ya estoy más satisfecha que ofendida,
más loca y más perdida.
¡Ay, don Diego! ¡Ay, esposo!
Más cruel te quisiera que piadoso,
y no tan mal quedara
si alguna ingratitud me consolara.
A la guerra te vas, sin paz me dejas:
¡oiga el Cielo mis quejas,
pues matando y muriendo,
tú peleando allí, yo acá temiendo,
tendremos de este modo
todo el ánimo tuyo, el miedo todo!
Considera mis ojos de esta suerte,
en que estará mi muerte,
cómo estará mi vida
viendo la tuya del peligro asida;
siendo el rigor del hado
tan desdichada yo, tú tan honrado.
Cuando advirtiendo estoy que te señalas
contrapuesto a las balas,
temo que el hado injusto,
como tuerce las cosas de mi gusto,
no quiera, siendo extraño,
encaminar las causas de mi daño.
¡Dios te guarde de él! ¡Ay de mí! ¡Ay des- [dicha mía! (1)
Tu muerte, ¿qué sería
sucedida y llorada,
si me quita la vida imaginada?
¡Ay, que en esto pensando,
temiendo estaré, siempre agonizando!
Mi bien, mi esposo, ¡llévame contigo!
A seguirte me obligo,
que, aunque es daño tan fuerte
verte en peligro, y peleando verte,
haciéndome estos bienes,
veré, a lo menos, cuándo no lo tienes.
Pero ausente de ti, sin saber cuándo
estarás peleando,
acá, entre mis ideas,
siempre estaré mirando que peleas;
y así, con temor ciego,
nunca tendré un momento de sosiego.
¡Ay, Dios! ¿Qué haré sin ti, de asombros llena?
¿Quién sentirá mi pena,
quién en tales enojos
acallará las niñas de mis ojos,
mi bien, si tú no eres?

DON DIEGO.

Pienso, mi vida, que matarme quieres.
Acabarásme si me afliges tanto;
ya es agüero ese llanto
que ofende mi esperanza;
pero ten en los Cielos confianza,
con cuya providencia
pienso alargar la vida y no la ausencia.

---

(1) Así en el texto. El verso deberá ser:
"¡Dios te guarde de él, desdicha mía!"

Entre tanto, mi gloria, casa tienes
abundante de bienes:
en tus manos los veo;
mediránte con gustos el deseo,
sirviéndote sin tasa,
hasta las mismas piedras de tu casa,
tu oculto pensamiento adivinando;
siempre estará mirando
tus luces soberanas
mi padre, y, con la plata de sus canas,
honrará tu decoro,
haciendo para ti potable el oro.

AURELIA.

¡Ay, don Diego, esta casa será buena
para esconder mi pena!
Entretendré la vida
siempre a las canas de tu padre asida.
Mas todos los regalos,
aunque sean tan buenos, serán malos;
porque tendrá el ausencia tanto brío,
que sin ti, dueño mío,
siempre estarán mis ojos
llorando duelos y creciendo enojos,
porque, en efeto, ¡ay Cielo!,
donde no está su dueño, está su duelo.

DON DIEGO.

¿Qué me dijiste? ¡Ay, Dios, hasme ofendido,
que, con otro sentido,
entre tormenta y calma,
esa saeta me ha llegado al alma!
Tras el fiero rigor de esta partida,
mira por mí en tu vida;
en mi honor no te digo
pues con tal calidad queda contigo
y corre por tu cuenta,
que pienso que decillo fuera afrenta;
y disimula ahora cuerdamente
tu extremo, que entra gente.

AURELIA.

(¡Ay, que muero de enojos
consultados primero con mis ojos!)

DON DIEGO.

(Mis varoniles bríos
apenas pueden enjugar los míos.)

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. Procurad, por vida mía,
sentir con menos extremos,
que señalan vuestros ojos
la partida de don Diego.

AURELIA. ¿Y cuándo será?

D. DIEGO. (¡Ay, de mí!)

D. JUAN. Luego, ahora.

AURELIA. ¿Ahora, luego?

D. JUAN. Pártese como soldado.

AURELIA. Como desdichada quedo.
¡Ay, Dios, que muero en tus brazos!

D. DIEGO. (¡Ay, Dios, que en los aires muero!)

D. JUAN. ¡Hija! ¡Señora! ¡Por Dios,
que admitáis algún consuelo!
No aflijáis a vuestro esposo,
que yo, en su ausencia, os prometo
teneros siempre en mis ojos
como en mis brazos os tengo.

(*Sale el* CONDE *y* BANQUETE.)

CONDE. ¡Amor, victoria, victoria!
Ya por segura la tengo,
pues mujer de ausente esposo,
mil portillos deja abiertos.

BANQUETE. Yo, señor, no voy a Flandes;
contigo quedarme quiero,
alcanzándome licencia
de mi Capitán.

CONDE. Harélo.—
En este punto he sabido
que os partís.

D. DIEGO. Y en este mismo
me hallaréis muriendo, Conde.

D. JUAN. Con más paciencia y más pecho
sufre esta pena.

AURELIA. He perdido
el caudal del sufrimiento.

CONDE. No hay sino sólo valor
en las cosas sin remedio.
(Más me enamoráis llorando, (*Ap.*)
¡ay, divinos ojos bellos!)

(*Sale* SABINA *y* DOÑA JUANA.)

SABINA. Ya han tocado a recoger;
ya afuera aguarda el sargento.

D.ª JUANA. A marchar tocan las cajas;
pero al arma, los deseos.

BANQUETE. (Pues veo que lloran todos, (*Ap.*)
quiero ponerme de entierro.)

D. DIEGO. ¡Padre, padre! ¡Amigo, amigo!
¡Criados, casa, tierra, cielo!
¡De mi lástima movidos,
a mi esposa os encomiendo,
y ella me dé estos abrazos,
para que, con más aliento,
pueda matarme y morir!

AURELIA. ¡De congoja se han hecho
mil nudos en la garganta!
D.ª JUANA. ¡Lo que me afligen los celos
me consuela la esperanza!
D. DIEGO. ¡Adiós!
AURELIA. ¡Adiós!
D. DIEGO. ¡Cielo!
AURELIA. ¡Cielo!
D. DIEGO. ¡Dejad que le dé otro abrazo!
AURELIA. ¡Y quizá será el postrero,
que soy desdichada yo!
D. DIEGO. ¡No aumentes mis sentimientos
pronosticando desdichas!
D. JUAN. ¡Ea, mis hijos! ¿Qué es esto?
¡Divididlos, apartaldos,
si no las almas, los cuerpos,
que se quitarán las vidas!
Ven, señora.
CONDE. Ven, don Diego.
D. DIEGO. ¡Arrastrando me llevad!
AURELIA. ¡Llevadme por los cabellos
donde me resuelva en llanto!
D.ª JUANA. Todo lo mejora el tiempo.
BANQUETE. (¡Por sí o por no, esconderéme!)
CONDE. ¿Los hombres lloran? ¿Qué es esto?
D. DIEGO. Luego, ¿son piedras los hombres?
CONDE. (Porque se parta me muero.) *(Ap.)*
D. DIEGO. ¡Ay, esposa! ¡Ay, honra mía!
CONDE. ¡Ven, por Dios!
D. DIEGO. Iré muriendo;
que estos refranes antiguos
son evangelios pequeños,
y atravesado en el alma,
el que me dijo, me llevo;
sentencia es de muerte, ¡ay, cielo!
Donde no está su dueño, está su duelo.

ACTO SEGUNDO

(Sale el CONDE *y* BANQUETE.)

CONDE. ¿Avisaste?
BANQUETE. Señor, sí.
Sabina me dijo agora
que tú esperases aquí
que saliese su señora.
CONDE. A que amaneciese, di.
En todo me has obligado,
cuidadoso y vigilante,
Banquete.
BANQUETE. El haber hallado
de mi nombre el consonante,
me lisonjea el cuidado.
CONDE. Causa y causas hallé en ti
que anuncian buenos efetos,
si ya no pierden por mí,
que es oficio de discretos.
BANQUETE. ¿El ser alcahuete?
CONDE. Sí.
BANQUETE. Por ti, en el examinado
de discreto alegre estoy;
pero seré desdichado
alcahuete, pues lo soy
de tan necio enamorado;
porque ha que falta don Diego
más de un año, no lo dudo,
y tú, de su esposa al fuego,
te querellas como mudo
y te abrasas como ciego.
¿Qué esperas a declararte
y a estar tan cobarde vienes,
cuando pudiera animarte
aquel metal por quien tienes
en su casa, de tu parte,
desde la dueña de honor,
que es siempre la que le quita,
hasta el esclavo menor,
que tu gusto solicita,
puesto que ignora tu amor?
¡Pese a tal! Hate ofrecido
tu fortuna en tus cuidados,
para arrojarte, atrevido,
una casa con criados
y una mujer sin marido.
Visítasla cada día
recibiéndote en su casa
más clara la luz del día,
porque entre la suya pasa
la que su belleza envía.
Y tú, tan tibio la quieres,
que estás, cuando entre los dos
se hacen sordas sus mujeres,
hecho un bamba. ¡Pues no eres
tan boquirrubio, por Dios!
CONDE. Dices bien, y a mí, en su ausencia,
me riñe mi pensamiento
cuando apura mi paciencia
este injusto encogimiento
y esta corta diligencia.
Mil ánimos me prometo
para esforzar mi ventura;
pero en llegando el efeto,
puede siempre en su hermosura,

más que el ánimo, el respeto;
aunque mi alma, abrasada,
bien pudo ser conocida,
por mis ojos arrojada.

BANQUETE. Daráse por no entendida,
que es discreta y es honrada.

(*Sale* SABINA.)

CONDE. ¿Sale mi vida y tu ama,
Sabina?

SABINA. Mucho me pesa
que no digas que te ama.
Levantóse de la mesa
y recostóse en la cama,
donde la siesta durmió,
con tal belleza, ¡ay, Jesú!,
tan linda me pareció,
que, como si fueras tú,
la estaba mirando yo.
Medio vuelta de este lado,
con este brazo tendido,
hasta el codo arremangado,
y sobre el rostro encendido,
el cabello marañado,
el sol claro obscurecía,
haciendo a sus rayos raya.
Pues ¿qué será lo que había,
mal cubierto con la saya,
tanto pie que descubría?
Con esta belleza estaba
cuando a recordarla (1) entré,
y al decille que esperaba
el Conde, se puso en pie
menos compuesta que brava.
Pidió la ropa y aquello
con que se compuso ya,
y para acabar de hacello
y salir agora, está
componiéndose el cabello.

CONDE. ¡Ay, Sabina; quién la viera
como aquí me la has pintado!

BANQUETE. Pienso que lo mismo fuera.

SABINA. Más resuelto te quisiera
y menos enamorado.
¿Por qué acobardas tu amor?
No sé a qué me lo atribuya,
teniéndome a mí, señor,
y siendo cosa tan tuya
su privanza, que es Leonor.
Ya sé que la debes tanto,
que siente tu sentimiento;
de suerte que yo me espanto,
y tu corto atrevimiento
celebro con tierno llanto.
Anímate poco a poco,
que muy helado te veo.

CONDE. El temor me tiene loco,
pues no me falta el deseo,
ni aun el ánimo tampoco.
Mas si se enojase, di,
el serafín que me abrasa,
¿qué sería, siendo así,
ver las puertas de su casa
tan cerradas para mí?

SABINA. Pues ¿de eso agora te afanas?
¿Eso recelas?

CONDE. Pues ¿no?

SABINA. Si sus manos inhumanas
te cierran las puertas, yo
te entraré por las ventanas.
Donde no hay dueño no hay muro,
o a lo menos nunca en él
habrá portillo seguro.

BANQUETE. Y más si los lienzos de él
son de holanda, yo lo juro.

SABINA. ¡Animo!

CONDE. Atreverme quiero;
tanto esfuerzo me habéis dado;
sólo la ocasión espero.

BANQUETE. Nunca el firme enamorado
teme el tiempo venidero.

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. (¿Qué es esto? ¿Perdidas van
ya las cosas de mi honor?)
¡Oh, Conde!

CONDE. ¡Oh, señor don Juan!

D. JUAN. (Disimular es mejor.) (*Aparte.*)

BANQUETE. (Turbados los dos están.)

D. JUAN. ¿Qué mandáis?

CONDE. A mi señora
Aurelia besar quería
las manos.

D. JUAN. Erráislo ahora.

SABINA. Dijo que ahora saldría.

D. JUAN. Yo la vi ocuparse ahora.
Las señoras de Milán,
ausentes de sus velados,
todas las horas no están
para ocupar los estrados,
porque llorando estarán.
¿Venís en carroza?

(1) En el texto, "recostarla", por errata.

CONDE. Sí.
D. JUAN. (1) Vamos en ella los dos;
hacia palacio vení.
CONDE. Iré a serviros. (¡Ay, Dios,
todo es fuego para mí!)
D. JUAN. ¡Ven tú!

(Vase.)

BANQUETE. Temerario ven.
SABINA. En vuelve le trocaría.
BANQUETE. Para que me vaya bien,
reverenda amante mía,
mirad con quién y sin quién.
CONDE. ¡Loco voy; estoy furioso!
Será este pesar, sin duda,
a matarme poderoso.
BANQUETE. Mira en cuánto eres dichoso,
que hasta su suegro te ayuda.
CONDE. ¿Cómo, si está en centinela
de ordinario, y me acobarda
cuando en esto se desvela?
BANQUETE. Porque a lo viejo la guarda
y a lo imprudente la cela.
Y tanto puede ofender
este celar imprudente,
que en la más cuerda mujer
tercero del pretendiente
el celoso (2) suele ser.
SABINA. Si se declara este viejo,
temo algún inconveniente.

(Vanse. Sale AURELIA *y* DOÑA JUANA.*)*

AURELIA. Quien llora marido ausente,
poco se engaña al espejo.
D.ª JUANA. Cuando el ausencia no es corta,
desengañarse es mejor.
SABINA. Ya con don Juan, mi señor,
se fué el Conde.
AURELIA. Poco importa,
pues sus visitas consiento
por no obligarme a la ofensa,
mientras, engañado, piensa
que ignoro el atrevimiento.
D.ª JUANA. ¿El Conde? Pues ¿cuándo ha sido
sino cuerdo y reportado?
SABINA. Conocíle enamorado,
mas nunca le vi atrevido;
en tu presencia le veo
un ángel en compostura.

(1) En el texto, "DON DIEGO".
(2) En el texto, "tercero", por errata.

D.ª JUANA. Si es que pone tu hermosura
antojos en su deseo,
solamente los antojos
no pueden llamarse agravios,
si cuerdamente los labios
los remiten a los ojos;
y aun esto el Conde limita
cuando adorándote está,
pues ni a los ojos les da
lo que a los labios les quita.
Si advirtieras que retira
muchas razones que entabla,
cuando temiendo te habla,
cuando temblando te mira,
este humilde proceder
le hubieras agradecido,
pues para ser atrevido
soberbio pudiera ser.
Porque es noble, es principal,
es entendido, es brioso,
es galán y es generoso,
es rico y es liberal;
es ejemplo de valor,
es del mundo conocido,
es honrado, bien nacido
y es bien criado señor;
es grande su señorío,
es eminente su estado.
SABINA. Y es un azúcar rosado
en lo dulce y en lo frío;
que, a fe, si no fuera así
y mi consejo tomara,
más adelante pasara
en tu amor.
AURELIA. ¿Estás en ti?
¡Loca, insolente!
SABINA. Señora,
burlando estoy, ¡por tu vida!
AURELIA. Para burla es atrevida;
pero dejémoslo ahora.
SABINA. Ya te irías enojando.
Eres brava.
AURELIA. Soy quien soy.
D.ª JUANA. Yo también temblando estoy.
AURELIA. Pero advertid lo que os mando,
y no sólo os mando, os ruego:
pues me veis su amante esposa,
que no me habléis de otra cosa
sino es sólo de don Diego.
Junto a mí os podéis sentar.
D.ª JUANA. Él es mil veces dichoso.
AURELIA. Que en las cosas de mi esposo

muy de asiento os quiero hablar.
¿Qué hará ahora? ¡Ay, desdichada!
Pues a la guerra se aplica,
terciando estará la pica,
sacando estará la espada.
En algún peligro está.
¡Dios le anime, Dios le guarde!
El alma tengo cobarde.

D.ª JUANA. Quizá sin él estará.

AURELIA. Siempre recelo su daño.

D.ª JUANA. ¿De qué te afliges [ahora?]
¿Piensas que en Flandes, señora,
se pelea todo el año?

SABINA. Eso fuera desvarío.

AURELIA. Yo, que mi esposo no veo,
todos los puntos peleo
con el pensamiento mío.

SABINA. Las veces que da la paz
ociosidad al valor,
también es guerra el Amor,
sus flechas tira el rapaz.
Tú temes que peleando
está tu marido allá,
y él por ventura estará
sirviendo y enamorando,
que me dicen que es usanza
entre aquellas damiselas.

D.ª JUANA. Mal haces, pues no consuelas
muchos ratos tu esperanza.
¡Qué mal en lo cierto estás
de lo que es hombres ausentes!
De las mujeres presentes
tienen memoria no más.
Tú estás acá muriendo
mil veces, y así lo entiendo. (1)

SABINA. Yo lo estoy considerando
mil veces, y así lo entiendo.
Pues sabes que cual los vientos
suelen pasarse los años,
no tengas en tus engaños
cautivos tus pensamientos.
Dales licencia que vuelen
más ligeros y te adviertan
mil cosas que te diviertan
y otras mil que te consuelen.
Logra mejor tu belleza
y de afligirte no trates.

D.ª JUANA. (Fuertes son estos combates;
rendirán la fortaleza.)

AURELIA. Si yo ausente y congojada
me doy tan estéril vida,
es parte por ser querida
y parte por ser honrada;
y así, cuando quiera Dios
que haya olvido en mi fortuna,
méritos doy a la una
de lo que hago con las dos.
Dejadme, pues, cuerda o loca,
con olvido o sin olvido,
tener siempre a mi marido
en el alma y en la boca.

SABINA. El Conde viene.

AURELIA. Excusara
las visitas de este loco.

D.ª JUANA. Podrá divertirte un poco.

SABINA. Quita el luto de la cara,
veráte el Conde más bella.

AURELIA. Sillas. ¿Hola? Pajes llama.

SABINA. (Bien hecha tiene la cama,
si sabe extenderse en ella.)

(*Sale el* CONDE *y* BANQUETE.)

BANQUETE. (Buena excusa te buscaste
para escaparte del viejo.

CONDE. Bien ocupado le dejo.

BANQUETE. Y bien ligero tornaste.)

D.ª JUANA. (Disimula.

AURELIA. No podré
de ofendida y de enfadada.)

CONDE. Pues la licencia pasada
todavía queda en pie,
vueseñoría, señora,
bien me puede perdonar
el tenella para entrar
sin revalidalla ahora.

AURELIA. El tardar cuando la di
perdone vueseñoría.

BANQUETE. (Mezcla con la cortesía
el ánimo, ¡pese a mí!)

CONDE. El señor don Juan gustó
de que yo le acompañara,
que de esperar, cosa es clara,
que no me cansara yo.
¿Cómo vueseñoría ha estado
de salud?

AURELIA. De acero soy.
¿Y vueseñoría?

CONDE. Estoy
en un infelice estado.

AURELIA. Pues la ausencia de mi esposo

---

(1) Este verso, que se repite en el subsiguiente, no es el que corresponde a este lugar, que debe ser consonante en "ando".

no me mata, decir quiero
que soy de piedra o de acero.

CONDE. Yo pudiera ser dichoso
si fuera...

AURELIA. ¿No has recibido
sus cartas?

CONDE. Señora, sí.

AURELIA. Lo que me escribe de ti
no se ha visto ni se ha oído.
¡Lo que estima tu amistad!
¡Lo que la suya te ofrece!
¡Lo que tu trato encarece!
¡Lo que fía en tu lealtad!
Mucho le debes.

BANQUETE. (Por dónde
se le escapa la traidora.)

CONDE. Y así le pago, señora.

BANQUETE. (Gran mentecato es el Conde.—
¡Ah, señor! ¿Así la dejas?
Si del camino se sale,
a ella vuelve; dale, dale
con la voz en las orejas.
Acaba ¡cuerpo de Dios! (*Al oído.*)
¿Qué te suspende y encanta?)

CONDE. Dile que si...

BANQUETE. Cosa es santa.
Dice que os veréis los dos;
de una monja es el recado.)

AURELIA. Banquete, ¿y no es prohibido
llegar a hablarle el oído?

BANQUETE. En mí el Papa ha dispensado,
con tal que diga verdades.

CONDE. Banquete tiene razón,
porque en él donaires son
lo que en otros necedades.

BANQUETE. (Dejallos será mejor,
porque da la soledad
ocasión y libertad.
Ya me ha entendido Leonor.)

(*Hace seña a las criadas, y vase.*)

D.ª JUANA. (Pensamientos adivina
el bellaco, y por los vientos
me llevan los pensamientos.—
Déjalos solos, Sabina.)

(*Vase.*)

AURELIA. Pesada viene la tarde.

CONDE. Abrasa el calor sobrado.

AURELIA. (Medroso tengo el cuidado.)

CONDE. (El alma tengo cobarde.)

SABINA. (Lugar daré a sus enojos
si me voy; así lo haré.
Mucho mira; no podré
escaparme de sus ojos.)

CONDE. ¿En qué diviertes los días,
señora?

AURELIA. Mi bien ausente,
en estar eternamente
llorando desdichas mías.—
(Sabina, escucha.

SABINA. ¿Señora?

AURELIA. No me dejes un momento.)

SABINA. (Entendióme el pensamiento.)

CONDE. Eso es vengarse ahora
de lo que a Banquete oí.

AURELIA. No tratan mis esperanzas
de ofensas ni de venganzas,
ni las empleara en ti.

CONDE. Cuando te hubiera ofendido,
que nunca tal he pensado,
pudiera haberte vengado
con el haberme perdido
una leona, una fiera
en quien tengo el pensamiento
empleado.

AURELIA. ¿Es casamiento?

CONDE. ¡Pluguiera a Dios que lo fuera!
Ya es casada.

AURELIA. ¿Qué fortuna
te arroja a tal pretensión?
¿Dió esa señora ocasión
para atreverte?

CONDE. Ninguna.

AURELIA. Pues ¿qué causas te habrán dado
la que tienes de atrevido?

CONDE. Tener ausente el marido.

AURELIA. ¿Sólo en eso te has fiado?
Mal debiste de entenderlo.
¿No adviertes que la casada,
cuando es de veras honrada,
por sí sola debe serlo?
No decilla tu intención
será prudente consejo.

CONDE. Mil días ha que lo dejo
cobarde en esta razón;
mas con todo eso la digo
con el alma...

AURELIA. Un pecho sabio
finge que ignora el agravio
por no obligarse al castigo.
Así lo hará esa señora,
y debes agradecer
ese cuerdo proceder,
que no es poco usarle ahora.

Si se le quieres pagar,
pon el pie en esa centella
de deshonra para ella
y para ti de pesar,
y advierte que, si es honrada,
no ha menester, ofendida,
para vengarse en tu vida
de su marido la espada;
pues si ve que en tus antojos
desesperada la dejas,
balas hará de las quejas,
rayos hará de los ojos.
Míralo mejor.

CONDE. ¡Ay, cielo!
¿Y qué haré de mi cuidado?

SABINA. (Acabóse. Él ha quedado
hecho un pedazo de hielo.
¿Cuándo no fué temerario
cuaquier hombre de experiencia,
pues la mayor resistencia
esfuerza más al contrario?
¡Ay, bobillo, cómo enseñas
que entre pañales estás!
No se atreverá, por más
que yo le anime con señas.)

CONDE. Después de habello pensado,
tan a costa de mi pecho,
las mercedes que me has hecho,
los consejos que me has dado
tanto en mi amor han podido,
que quedo, por culpa ajena,
si no acabado en mi pena,
en mis temores rendido;
y así un papel que traía
para ponello en la mano
de aquel ángel soberano,
que es dueño del alma mía,
quiero romper al momento.

(Saca un papel del pecho, y al romperle cae un retrato de AURELIA *en el suelo.)*

SABINA. ¿Qué es esto que se ha caído?

CONDE. Su retrato, que ha querido
disculpar mi atrevimiento.

SABINA. (Sin duda es suyo; eso, sí, *(Aparte.)*
ya se atreve y se aventura.)
¡Válgame Dios, qué hermosura!

CONDE. Su extremo vuelve por mí.

AURELIA. (Este es mío, y que es extraño
me importa fingir ahora.)

CONDE. Mi bien, si ya ser, señora, (1)
con la pasión no me engaño,
esos ojos dulces, bellos,
boca, mejillas y frente,
donde están naturalmente
enrizados los cabellos;
esa hermosa compostura
de extremadas perfecciones
y un alma cuyas acciones
compiten con su hermosura,
fueron las causas bastantes,
entre atrevidos empleos,
para disculpar deseos
y para labrar diamantes.
¿No conoces a esa estrella,
aunque desmiente al pincel,
con menos belleza en él
la que yo contemplo en ella?

AURELIA. No; y quizá por ser mujer
a quien no he visto en mi vida
es de mí desconocida.

[CONDE.] Sola tú lo debes ser
de cruel y de inhumana,
que este bien del alma mía
tú le tratas cada día
y le ves cada mañana;
en tus ojos amanece
siempre el sol de esa hermosura.

SABINA. (Bien va: la descompostura
en los hombres bien parece.)

AURELIA. (¿Adónde, pues conocella
no he podido, (1) este traidor
se atreve?)

CONDE. Ahora mejor
que al espejo puedes vella
en las fuentes de mis ojos,
en los ríos de mi llanto,
si ya no te anegan tanto
mi desdicha y tus enojos.
Todo el color has perdido,
señora.

AURELIA. Cierra ese labio,
porque declarado agravio
es grande para sufrido.
Tan fuertes señas me das
que esta mujer conocí,
que confieso que la vi,
pero no la verás más.
De no mirarte prometo
tan infelice mujer,
avergonzada de ver

(1) Este verso parece errado.

(1) Acaso "querido".

que la perdiste el respeto.
Yo huiré de la luz clara
por que no se acuerde el sol
del vergonzoso arrebol
que me ha salido a la cara.
Y porque el hablarte dejo
entre sombras escondida,
digo, Conde, que en mi vida
he de mirarme al espejo,
por excusar, como digo,
esta vergüenza cruel,
y porque si a verme en él
llegase el mayor amigo,
dos caras no vea en mí,
al reflejo del cristal,
que le parezcan tan mal
como las que miro en ti.
Toma el retrato, advertido
de que el tiempo ni la muerte
verán sino de esta suerte
el original rendido. (*Rómpele.*)
Y agradéceme que en pago
de tu atrevimiento, aquí
no he mandado hacer en ti
lo que en el retrato hago.

CONDE. Señora, de hielo soy.

AURELIA. ¡No llegues!

SABINA. (Estoy temblando.)
Mira que vas tropezando.

AURELIA. No es mucho, pues ciega voy.

(*Vase a entrar, y sale* DOÑA JUANA.)

D.ª JUANA. Señora, tu suegro viene.
Ahora en la sala entraba. (1)

AURELIA. ¡Qué haré, pues que me arrojaba
lo mismo que me detiene?

CONDE. Señora, no escandalices.
Sé piadosa.

AURELIA. ¡Eres traidor!
Quiero hacello por mi honor,
mas no porque tú lo dices.

(*Vuelve a sentarse y sale* DON JUAN *y* BANQUETE.)

D. JUAN. ¿Ha mucho que estáis acá,
Banquete?

BANQUETE. (Soy divertido;
y no advierto cuánto ha sido.
¿Qué le diré?) Rato ha.

D. JUAN. (Esto corre por mi cuenta. (2)
En fin, casa sin marido.)
Señor Conde...

CONDE. (Estoy perdido.)

D. JUAN. Volando distes la vuelta.

CONDE. No muy volando, pues no
ha un Credo que aquí llegué.

BANQUETE. (¡Bien, por Dios!)

D. JUAN. No estéis en pie;
sentaréme también yo.
(*Siéntase.*)

AURELIA. Junto a mí.

D. JUAN. (De enojo rabio.) (*Ap.*)
Deshacerse no es razón
por mí la conversación.
(¡Cómo se hace el agravio!) (*Ap.*)

AURELIA. ¡Cómo vienes! Trabajoso
es tu oficio.

D. JUAN. Alegre vengo,
hija, porque cartas tengo
de mi hijo y vuestro esposo.

AURELIA. ¿Cómo está? ¡Guárdele Dios!

D. JUAN. Allá harto bien se entretiene;
lo que de mal sólo tiene
es no teneros a vos.
Mas veldo en este papel.
(*Una carta dale.*)

AURELIA. Será, mientras no le veo,
un azogue mi deseo
y estaré adorando en él.

CONDE. (Mil veces soy desdichado,
aborrecido y celoso.)

D. JUAN. Tomad.
(*Dale un papel.*)

CONDE. Ya estaba quejoso
de que me hubiese olvidado.

D. JUAN. A mí me escribe don Diego
una cosa harto excelente;
pero como vive ausente,
oye sordo y mira ciego.
Quéjase, extremada cosa
si bien la consideráis,
de que vos le visitáis
pocas veces a su esposa;
y el primero viene a ser
que en el mundo se ha quejado
de que no le han visitado
sus amigos su mujer.

BANQUETE. (No está mala la ironía.)

AURELIA. (A mí me mira y al Conde.
¿Qué es esto?)

D.ª JUANA. (¿No ves por dónde
el viejo sus quejas guía?)

---

(1) En el original, "ha entrado": es errata.
(2) "Cuenta" no es consonante de "vuelta". Quizá se escribiría este verso así:
"Esto corre a rienda suelta."

CONDE. Pues sabiendo mi amistad,
¿cómo piensa que la dejo?
SABINA. (El diablo, por ser viejo,
sabe tanto.
D.ª JUANA. Así es verdad.)
BANQUETE. Pues tú sabes lo que pasa,
que le escribas es mejor
como el Conde, mi señor,
cada día está en su casa.
D. JUAN. Harélo así.—Y es tu esposo
de suerte, que apostaré
que, como a mí, sin porqué,
te escribe también quejoso
de que tú recibes mal
al Conde, que no le admites
sus visitas y permites
que se queje.
AURELIA. No haré tal,
pues sabes que soy mujer
de pensamientos tan buenos,
que no hago más ni menos
de aquello que debo hacer.
Y así me voy, porque es irme
lo que debo hacer ahora.
D. JUAN. ¿Dónde vas, hija, señora?
AURELIA. A quejarme y a morirme.

(Vase.)

D. JUAN. Es mujer, presto se enfada;
desenojalla es razón:
aunque con poca ocasión
va ofendida y va enojada.
Voy a hacello. Conde, adiós.

(Vase.)

CONDE. ¿Quién resiste esta inclemencia?
D.ª JUANA. ¡Paciencia, Conde!
SABINA. ¡Paciencia!
BANQUETE. ¡Buenos quedamos los dos!
CONDE. Yo, al menos, quedo sin mí.
BANQUETE. ¿No ves esto? Todo es miel
sobre hojuelas para ti.
CONDE. ¿Cómo, si me abrasa el pecho?
BANQUETE. Porque va Aurelia enojada,
y es la mujer apretada
como anguilla en puño estrecho.
¿No la ves una mujer
tan honrada como bella?
Pues por lo que hacen con ella
ha de dejallo de ser.
CONDE. Eso hiciera mis cuidados
de desdichados, dichosos.
BANQUETE. Suegras y suegros celosos
hacen yernos desdichados.

(Vanse. Sale el DUQUE DE PARMA, *un* MAESTRE DE CAMPO, *con barba;* DON PEDRO ZAMUDIO, DON DIEGO *y* VILLALTA.)

MAESTRE. Presto Amberes será tuya;
rendiráse.
D. DE PAR. Así lo espero,
si no espera que primero
la dé asalto y la destruya.
D. PEDRO. Los rebeldes obstinados
casi rendidos están.
D. DE PAR. ¡Qué fuerzas no rendirán
tan valerosos soldados!
VILLALTA. Por último desengaño,
el contradique querían (1)
cortar.
ZAMUDIO. Y así prevenían
su remedio y nuestro daño.
D. DE PAR. Bien le dejo guarnecido
de soldados que lo son,
y si le ofrece ocasión,
al Capitán le he advertido
de que acometa aunque no
vea causa bien dispuesta
de aquella parte, pues de ésta
iré a socorrerle yo;
y así la gente estará,
pues la ocasión nos convida,
tan dispuesta y prevenida
como suele.
MAESTRE. Ya lo está.—
Este pliego es de Milán.
D. DIEGO. (¡Cielo, de mi amada esposa!)
D. DE PAR. Abrilde.
D. DIEGO. (El alma, medrosa,
mil sobresaltos le dan.)
MAESTRE. Esta es del Duque a don Diego
de Icunza.
D. DIEGO. Beso tus pies.
(Letra de mi padre es,
y es mi cuidado de fuego,
que adivina mi dolor.)
D. DE PAR. ¿Don Diego?
D. DIEGO. ¿Señor? (¿Qué siento?)
D. DE PAR. Con mucho encarecimiento
el Duque, gobernador
en Milán, me dice aquí
que allá daña vuestra ausencia,

(1) En el original, "quisieran".

y si me pedís licencia
que os la conceda.

D. DIEGO. (1) (¡Ay de mí!)

D. DE PAR. Paréceme cosa extraña
que ofreciendo estas facciones
tan honradas ocasiones,
un ejército en campaña
y estando Amberes sitiado,
casi en el trance postrero,
tan honrado caballero
y tan valiente soldado
procure licencia en Flandes
para partirse a Milán.
Quizá allá le correrán
obligaciones más grandes.

D. DIEGO. Ninguna, señor.

D. DE PAR. Don Diego,
en esa carta sabed;
leed la carta, leed.

D. DIEGO. (¿Cómo podré, si estoy ciego?)

D. DE PAR. Y si por cosas pasadas
asistiendo vos acá
veréis que os llaman de allá
ocasiones más honradas,
al momento llevaréis
la licencia que pedís.

D. DIEGO. (¡Ay, corazón!, ¿qué sentís?
¡Ay, ojos!, ¿qué veis, qué veis?
¿Qué haré, Cielo soberano?
¿Qué le diré? ¿Qué leí,
pues sólo me escribe aquí
mi padre de propia mano:
"Donde no está su dueño, está su duelo"?)

D. DE PAR. Pues ¿don Diego?

D. DIEGO. (¡Ay, desdichado!)

D. DE PAR. El color habéis perdido.

D. DIEGO. Señor, mi padre...

D. DE PAR. ¿Qué ha sido,
que respondéis tan turbado?

D. DIEGO. En la carta... no la hacienda...
mi padre, viejo... por mí...
Si vuestra alteza...

D. DE PAR. Decí,
que no hay cosa que os entienda.
Hacienda no os obligara
a dejar cosas de honor,
cosa es cierta.

D. DIEGO. Sí, señor;
mas no, señor.

D. DE PAR. ¡Cosa rara!
¿Qué dice la carta?

D. DIEGO. No
importa cuanto hay en ella.

D. DE PAR. No quiero vella, no.

D. DIEGO. (A vella, (*Ap.*)
¡qué honrado quedara yo!)

D. DE PAR. Pero que os ofenda temo
en cosa tan importante,
pues en hombre semejante
hace semejante extremo.
¿Sois casado?

D. DIEGO. Señor, sí;
mas no el serlo me ha ofendido.

D. DE PAR. No digo tal; pero ha sido
lo mismo que presumí.
Vuestra mujer alcanzó
esta carta en vuestra ausencia,
y si es que pedís licencia
haré despachalla yo,
y vos partiréis llamado
del llanto de una mujer,
porque es imposible ser
buen marido y buen soldado.

(*Vanse, y queda* DON DIEGO.)

DON DIEGO.

¿Qué tierra me sustenta?
¿Qué cielo se escurece en mis enojos?
Mas, pues veo mi afrenta,
en mi honor está el daño, y no en mis ojos.
¿Qué haré? Que aunque me agravia, bien me
el de Parma que suerte [adviert
es aquella razón: "Nunca el casado
puede ser buen marido y buen soldado."
De mi padre he tenido,
en tiempo limitado, estos papeles;
siguiendo se han venido,
tan ligeros, pesados y crueles,
que pudiera matarme el menos fiero.
Así dice el primero:
"Con honesta ocasión, pide licencia,
para librar tu casa de tu ausencia."
En éste el desengaño
comienza de mi suerte rigurosa;
dice, terrible daño:
"Tu mujer vive ausente y es hermosa";
y en éste: "Ricas veo a tus criadas."
¡Mis menguas declaradas!
En el último dice, ¡ay, Cielo!: (1)
"Donde no está su dueño, está su duelo."

(1) En el original dice "AN".

(1) Faltan dos sílabas a este verso.

Pero ¿qué ley consiente
que cuando yo, esgrimiendo el limpio acero,
con el pecho valiente,
me contrapongo al plomo venidero,
siendo, ya en baterías, ya en escalas,
terrero de las balas,
y, después de quitar ajenas vidas,
brotan hidalga sangre mis heridas;
y cuando honrados bríos
tanta opinión me dan, que honrar podría
los decendientes míos,
ausente una mujer, sin culpa mía,
me afrente? ¡Extraña ley, rigor terrible!
¡Y que sea posible
que al mundo infame los cristianos reyes
no le deroguen tan injustas leyes!
¡Ello está introducido!
¿Qué haré? Si de aquí voy, mi honor se infama,
y si quedo ofendido,
no vengo, allá, el agravio que me llama:
precisas son las dos obligaciones.
¡Todo soy confusiones!
Mas ¡ay! que es imposible en mi cuidado
el ser yo buen marido y buen soldado.
¡Ay, inhumana esposa!
¿Cómo es posible? ¿Puede ser que sea
que mujer tan hermosa
hiciese contra mí hazaña tan fea?
¡Pero tú esta desdicha me anunciaste!
¡Tú la profetizaste
cuando me dijo por tu boca el Cielo:
"Donde no está su dueño, está su duelo"!
¡Iré a Milán, traidora!
Pero ¿cómo podré, porque la espada
está desnuda ahora
para ocasión tan cierta y tan honrada?
¡Llevadme el alma, que me abrasa el pecho,
pues no son de provecho,
cielos, el ser valiente y ser honrado
para ser buen marido y buen soldado!

(*Dentro*:)

¡Al arma, al arma, al arma!

DON DIEGO.

¡Qué a tiempo llega el esperado efeto!
¡Hoy mostraré al de Parma
que le soy buen soldado!

(*Sale un* CRIADO *con un peto y un morrión.*)

CRIADO.

Ponte el peto.

DON DIEGO.

¡Quita, quítale allá! No está mi vida
para ser defendida.
¡Hoy ha de vella el mundo más honrada,
descompuesta, atrevida y arrojada!

CRIADO.

¡Señor!

DON DIEGO.

¡No me consumas!
Quita allá el morrión; dame un sombrero
con un monte de plumas,
que ellas serán el blanco y yo el terrero
de tiros a la inmensa muchedumbre,
y con su misma cumbre
verá el mundo que soy, si lo ha dudado,
ya que no buen marido, buen soldado.
¡Esta espada, este brío,
bastan por armas! ¡Hoy ningunas quiero!
Al triste pecho mío
sin armas halle el penetrante acero.
¡Salga bramando el derretido plomo,
pues ya señalo el cómo,
con la bala mayor, la mayor pieza,
de mis hombros divida la cabeza!
¡El dolor de mi afrenta
y lo que debo a la opinión de España,
me encamina y me alienta
a morir peleando en la campaña!
Y así, por valerme y por honrarme,
se juntan a matarme:
de acá las armas y de allá el cuidado.
¡Podré ser buen marido y buen soldado!

(*Tocan, y sale* BANQUETE *y* DOÑA JUANA.)

D.ª JUANA. ¿Qué es del Conde?
BANQUETE. Entra, señor;
seré desde aquí adelante
de esta portada gigante
y mula de este dotor,
y así, segura estará.

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. No del fuego que me abrasa.
D.ª JUANA. En no estando el viejo en casa,
lo demás seguro está;
y como acude a su oficio,
pocas veces está en ella. (1)
CONDE. ¿Qué hace mi enemiga bella?

(1) En el texto, "casa".

D.ª JUANA. Su deleite y su ejercicio
es aumentar su belleza
con el llanto de sus ojos,
enfurecer sus enojos
y encarecer su tristeza.

CONDE. Y yo, Leonor, estaré,
con tan extraños rigores,
abrasando los temores,
purificando la fe,
previniendo la partida,
perdiendo la confianza,
condenando la esperanza
y feneciendo la vida.

D.ª JUANA. Si me pesa sabe el Cielo
de que no estés ya, señor,
aunque abrasado en su amor,
animoso en su recelo,
gozando de su hermosura,
previniendo tus deseos,
celebrando tus empleos
y alabando tu ventura.
Mas de que pierdas los bríos
tan presto, también me pesa,
pues los fines de esta empresa
no son más tuyos que míos,
y con el alma me aplico
a sacarte de esta calma.

CONDE. ¡Pagarélo con el alma,
por vida de Federico!

D.ª JUANA. ¿Ese es tu nombre?

CONDE. Y mi nombre
parece que te ha perdido
el color.

D.ª JUANA. Señor, ha sido
recelar, que no te asombre
el ver que no le sabía
con tan poca providencia;
mas, como por excelencia,
sólo el Conde te decía,
no es mucho habello ignorado.
Pero para en adelante
no parecer ignorante,
saber quiero el de tu Estado;
dímelo, señor.

CONDE. El Conde
Ponciano es el primero
de mis títulos.

D.ª JUANA. (¡Yo muero!)

CONDE. Tu terneza me suspende. (1) (*Ap.*)
¿Por qué humedeces los ojos
con tan extraña ocasión?

D.ª JUANA. Soy tierna de corazón
y me obligan tus enojos,
cuanto más te considero,
más nobleza, más valor,
más príncipe y más señor,
más grande y más caballero.

CONDE. Perdóname; no, señora,
diversa la causa es.

D.ª JUANA. Pregúntamela después,
que voy a servirte ahora.

(*Vase.*)

BANQUETE. ¿De qué lloraba Leonor?

CONDE. Atónito me ha dejado.

BANQUETE. Adivino su cuidado:
sin duda te tiene amor;
porque el haberte servido
sin género de interés,
pues, aunque tú se le des,
ni por pienso le ha querido,
y tener con tal pasión,
cuando escucha tus agravios,
de miel y azúcar los labios,
de alfeñique el corazón,
algo es en ella, sin duda.
Ha mezclado, a lo que creo,
la compasión y el deseo,
y te apetece y te ayuda;
y así, con tan varios duelos,
en esta conformidad,
te sirve con voluntad
cuando te llora con celos.

CONDE. Con extremo me obligó.

BANQUETE. Pues no es, por Dios, poco bella.

CONDE. Más enamorado de ella
que de su ama estoy yo;
mas la tema del salir
un hombre con su intención
es fuego en un corazón.

BANQUETE. Morir quieres o partir.
¿Sabes que pensaba ahora
una cosa harto extremada?
Que alcanzaras la criada,
no pudiendo a la señora,
como criado novel
que el hojaldre apeteció
y a la fin se contentó
con el suelo del pastel.

(*Sale* SABINA.)

CONDE. ¡Oh, Sabina!

(1) No es "suspende" consonante de "Conde".

SABINA. Con Leonor
sale luego mi señora.
Conde mío: ¡agora, agora
importa tener valor
por último desengaño!
Pues ya está probado todo,
procuremos de este modo
o tu remedio o tu daño.
La ocasión ha de obligalla
a quedar sola contigo,
si es posible.

BANQUETE. Yo me obligo,
para dártela, a buscalla.

SABINA. Sola contigo estará:
anima tu pensamiento,
pues es toda atrevimiento,
casa que sin dueño está.
Para el ímpetu primero
de sus honestas acciones,
pídele muchos perdones,
dale del lado el acero.
Ruégale que vengue en ti
el agravio que le has hecho,
muéstrale desnudo el pecho,
tiernas disculpas le di;
haz extremos que la asombres,
haz que matarte querrías
y otras mil bellaquerías
que sabéis hacer los hombres.
Mas si con todo se aíra,
aunque diga: "¡Ah de mi guarda!",
no por eso te acobarda,
ni por eso te retira:
que las mujeres usamos
en semejantes extremos
rehusar lo que queremos
y pedir lo que olvidamos;
y así, harás más atrevido
y más seguro que el sol
lo que añade el español
a su famoso apellido.
"Cierra España"; al arma toca
y ponle menos cruel,
como a los niños la miel,
con un dedal en la boca.
Tendrá dulce fin tu historia
si tu valor persevera.

BANQUETE. Y tendrás, de esa manera,
en un punto, gracia y gloria.—
Un Séneca, un Cicerón
y un Chantre me has parecido
en lo grave del vestido
y en lo docto del sermón.
Para amorosos enredos
de damas cuerdas o locas,
hace el lienzo de unas tocas
más sombra que muchos dedos.

SABINA. Aurelia viene: primero
te retira, y sal después.
¿Ya tiemblas?

CONDE. No es mucho, pues
el mayor contrario espero.

SABINA. ¡Valor, buen Conde, valor!

BANQUETE. Tu salvación encamina
con la admirable dotrina
del padre predicador.

(*Retíranse el* CONDE *y* BANQUETE, *sale* AURELIA *y* DOÑA JUANA.)

D.ª JUANA. Ya eso pasa de tristeza.

AURELIA. Procuraré divertilla.
Dame, dame una almohadilla.

CONDE. (¡Qué soberana belleza!)

BANQUETE. (¿Oyes lo que digo?

SABINA. Sí.

BANQUETE. Pues ponlo en ejecución.)

(*Vase.*)

AURELIA. Espera. ¡Extraña traición!

CONDE. No te ofenda el verme aquí;
que te traigo una embajada,
y con carta de creencia
de tu esposo.

AURELIA. ¿Y sin licencia?

CONDE. De su mano está firmada,
y así, no esperé la tuya,
de lo que pido perdón.

AURELIA. De que es grande tu traición
en eso mismo se arguya,
y él la ignora, porque ha sido
de tu amistad engañado,
y fíate confiado
lo que emprendes atrevido.
¡Vete, Conde, pues me toca
no querer, aun siendo de él,
la embajada ni el papel
de tu mano y de tu boca!

Dentro. ¡Ten, fuera, aparta!

SABINA. Leonor,
ruido es aquél de espadas.

D.ª JUANA. ¿En el zaguán cuchilladas?
¡Salgamos al corredor!

(*Vanse las dos.*)

AURELIA. ¿Dónde vais?

CONDE. Señora mía,
¡espera un poco!
AURELIA. ¿Qué emprendes?
CONDE. Suplicarte.
AURELIA. ¿Qué pretendes?
CONDE. Que fueses mujer quería,
y no tigre ni leona,
sin piedad y con belleza.
AURELIA. ¿Atréveste a mi nobleza?
¿No respetas mi persona?
Mira, Conde...
CONDE. Tus enojos
veo y ciegos mis sentidos,
las paredes sin oídos
y a mí sin alma y sin ojos.
AURELIA. ¿No ves quién soy? ¿Y no ves
que si me ofendes, villano,
será acero de mi mano
hasta el corcho de mis pies?
¡Déjame! ¡Al Cielo prometo
de castigar tu locura!
CONDE. ¡Abrásame tu hermosura!
¡Espera!
AURELIA. ¡Tenme respeto!
CONDE. Sí haré.
AURELIA. ¡Suelta!
CONDE. ¡Ay, Cielo santo!
Pero no le has de emplear
en puente para pasar
por el río de mi llanto.
AURELIA. ¡Traidor! ¿Estás loco?
CONDE. ¡Y ciego!
¡Perdido y furioso estoy!
AURELIA. ¿No te acuerdas de quién soy?
CONDE. ¿No miras que soy de fuego?
AURELIA. ¿Hola? ¿Criados, criadas?
CONDE. ¡Señora...!
AURELIA. ¡Traición, traición!
CONDE. ¡No des voces!
AURELIA. ¡Esas son
las armas de las honradas!

(*Sale* BANQUETE *con la espada desnuda.*)

BANQUETE. ¿Señor?
AURELIA. ¿Qué es esto? ¡Ay, de mí!
¡No sé a qué me determine!
CONDE. Banquete, todos los males
en mi desdicha consisten.

(*Sale* SABINA, *y* DOÑA JUANA.)

D.ª JUANA. ¡Corre, porque viene el viejo
como un león, como un tigre!
SABINA. ¡Más blanco trae el semblante
que las canas! ¡Dios nos libre!
CONDE. ¿Qué fué?
BANQUETE. Buscando ocasión
de obligarte y de servirte,
con dársela a estas criadas
de dejaros y salirse,
por fingir una pendencia
con más propiedad, rompíle
el colodrillo a un lacayo,
él sacó la espada, y vime
entre un millón de almohazas,
criminales y civiles.
Valiérame de los pies
para escaparme y salirme,
mas viendo a don Juan que entraba,
para deslumbralle vine,
donde impidas el alcance
del contrario que me sigue.

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. Ya en esta casa, estas cosas,
sin duda son insufribles.
CONDE. ¡Señor don Juan!
AURELIA. ¡Señor mío!
LOS DOS. ¡Señor!
D. JUAN. Reportaos, oídme;
con más flema quiero hablaros:
Aquí de Flandes me escriben
que el de Parma ganó a Amberes
y los rebeldes se rinden,
y que mi hijo don Diego,
defendiendo el contradique,
fué otro Pirro, otro Alejandro,
otro Héctor y otro Aquiles,
en siete horas que duró
la refriega más terrible
que jamás vieron de España
los aceros invencibles.
Murió allí el Maestre de Campo
de su tercio, y también dicen
que ha de heredalle el bastón:
los parabienes recibe.
Esto ahora os he contado
por que entendáis que me dice
esta honra que me envía
a que yo la deposite,
de la boca de la fama,
en lo antiguo de mi origen,
que no consienta en su casa,
donde mi presencia asiste,
que un hombre se la pretenda

y una mujer se la quite.

AURELIA. Señor don Juan, oye, calla.
Mucho siento que encamines
esas sospechas a mí,
y desconfianzas viles,
que una mujer como yo...
Mira mejor lo que dices,
que la honra de don Diego,
aunque allá la califiquen
con valor y con hazañas,
armas, blasones y timbres;
a tu amparo la encomiende
y de tus canas la fíe,
la defiendas con tu espada,
con tu lengua la acredites,
harto más segura crece
y harto más segura vive
en mi honesta compostura
y en mi confianza firme.
Vuelve en ti si no lo estás,
y daréte, si me sigues,
satisfación, si primero
no muero de pena. ¡Ay, triste!

(*Vase.*)

D. JUAN. ¿Quién me ha puesto en estas cosas?
¡Soy en extremo infelice!

SABINA. (¡Si puedo, del mal que teme
este viejo ha de morirse!)

(*Vanse las dos.*)

CONDE. Pienso que caducas ya,
pues desengaños no admites
en la amistad que a tu hijo
con tantas veras le hice
y en que soy yo tan honrado;
pero en que puedo sufrirte
sin descomponerme ahora,
será justo que averigües
que deseo conservalla.

D. JUAN. Muchos engaños recibes
si, previniendo mis años,
imaginas que me impiden
la agilidad de las fuerzas
para que en ti la ejercite.
No quiero pensar que sea,
y te engañas si lo dices,
amigo del todo fiel,
amigo del todo firme,
quien la mujer de su amigo
tan a menudo visite.
Vete, y hablemos después,
donde diré lo que dije,
que, porque oyendo la causa,
Milán no se escandalice,
no saco la espada ahora
en quien mis ofensas miren,
pues mis canas, a mi enojo,
mayor cordura le piden.

CONDE. Iréme, y, más reportado,
cuando gustares de oírme,
te daré satisfacciones
que mi inocencia averigüen.

(*Vase.*)

BANQUETE. Y yo y todo, aunque enojado,
pues ellos también lo miden,
tan cuerdamente lo hacen,
tan blandamente lo dicen.

(*Vase* BANQUETE.)

D. JUAN. ¡Ay, hijo mal advertido!
¡Ay, caso poco felice!
¡Que "*donde no está su dueño,
está su duelo*" bien dicen;
pues en monte, en campo, en casa
donde su dueño no asiste,
ni el fruto colmado nace,
ni el honor seguro vive!

ACTO TERCERO

(*Sale* DOÑA JUANA *y* DON DIEGO.)

D.ª JUANA. Sígueme quedito y pon
cuerdo ser al dolor fiero:
trata con manos de acero,
pisa con pies de algodón.

D. DIEGO. ¡Ay, Cielo, desdicha es
tan terrible cuanto impropia
que un hombre, en su casa propia,
éntre con fingidos pies!
Pero no es mucho si, en pena
de lo que en su ausencia pasa
porque ha dejado su casa,
cuando vuelve, la halla ajena.
En efeto, ¿vendrá el Conde,
como dices?

D.ª JUANA. Como digo,
vendrá el Conde.

D. DIEGO. ¡Ay, falso amigo!
¡Qué bien trata y corresponde!

D.ª JUANA. Con mil razones te quejas,

mas déjalas al cuidado
de vengarte.

D. DIEGO. Ya he dejado
entre las dudas las quejas,
pues en tan cierta mudanza
de agravios, sólo consiento
en la ira el sentimiento
y en el valor la venganza.

D.ª JUANA. Aquí te tendré escondido,
y cuando ya el Conde esté
con tu esposa, te pondré
en su tálamo ofendido,
adonde, sin que él lo sienta,
el acero de tu hoja,
cubra con su sangre roja
la vil mancha de tu afrenta.

D. DIEGO. Bien dices. Mas, oye, di,
(¡ah, cruel; ah, falsa; ah, fiera!)
¿es ésta la vez primera
que aquí viene el Conde?

D.ª JUANA. Sí.

D. DIEGO. Pues ¿no será más razón,
averiguado su intento,
castigar el pensamiento
y estorbar la ejecución?
¿Quién lo duda? Porque aumenta
el honor que se abalanza
a excusar, con la venganza,
la mancilla de la afrenta.
Quien la mano levantada
ve al contrario, con razón
no esperará el bofetón
pudiendo sacar la espada;
que fuera desdicha inmensa
en cualquier honrado el ver
que le quieren ofender
y consentir en la ofensa.
Bien, me resuelvo, y he sido
dichoso, aunque desdichado,
pues podré quedar vengado
antes de verme ofendido,
doña Juana, y si ha de ser,
a mí me lleva primero
donde, en mi mano este acero,
deje muerta a mi mujer.

D.ª JUANA. ¿Y si al quitalle la vida
con voces al Cielo toca?

D. DIEGO. Primero que abra la boca,
saldrá el alma por la herida,
y después al Conde dale
camino por donde éntre,
con su cadáver encuentre
y con su sangre resbale:
que así, cuando infames bríos
le pongan en tales lazos,
pensando estar en sus brazos,
quedará muerto en los míos.
Ayúdame, que si doy
fin al intento que sigo,
otras mil veces me obligo
a ser tuyo.

D.ª JUANA. (¡Muerta soy!) (*Aparte.*)
¡Señor...! ¡Ay, Cielo divino!

D. DIEGO. No tienes que replicar.

D.ª JUANA. Entra, pues.

D. DIEGO. ¡Bien podrá entrar
quien tan bien sabe el camino!

(*Vase.*)

D.ª JUANA. Casi quedo sin sentido:
tal es la desdicha mía;
pensando que redimía
con esto mi honor perdido,
compuse tales enredos,
enredé tales marañas;
mas ya ofenden mis entrañas
las lástimas y los miedos.
Ya el alma afligida (1) siente
los errores de la vida;
muerta estoy y arrepentida
de que mato a una inocente.
¡Ah, pobre Conde! ¡Mejor
trato debo al tuyo honrado,
tantas veces disculpado
con los yerros de tu amor!
¡Ellos son!

(*Sale* SABINA, *el* CONDE *y* BANQUETE.)

SABINA. Venid con tiento.

BANQUETE. Guarda el broquel.

CONDE. Voy con él.

BANQUETE. Que puede ser un broquel
despertador de un convento.

SABINA. Pisad con plantas de lana.

BANQUETE. Pasito, quedito, Amor,
no nos sienta el ruiseñor.

SABINA. ¡Ríome de mala gana!

D.ª JUANA. ¿Conde?

CONDE. ¿Leonor?

SABINA. Pues promete
mucho mal lo que emprendemos,
¿quieres tú que lo acertemos?

(1) En el texto, "fingida".

BANQUETE. Sí, Sabina.
SABINA. Pues, Banquete,
retírate a mi aposento
y abrásese todo acá.
BANQUETE. Divina cosa será
que estuve en tu pensamiento.

(*Vanse los dos.*)

CONDE. En efeto, no he tardado.
D.ª JUANA. Con el tiempo te has medido.
CONDE. A ser dichoso he venido.
D.ª JUANA. (¡Antes a ser desdichado!) (*Ap.*)
CONDE. ¿Está ya en el Occidente
aquel sol? ¿Púsose ya?
D.ª JUANA. Sí, Conde. (¡Tan puesto está,
que lo estará eternamente!) (*Ap.*)
CONDE. ¡Estoy de contento loco!
Pues ¿qué esperamos, Leonor?
D.ª JUANA. (¿Qué haré? ¡Ay, triste!) Ven, se- [ñor.
CONDE. Ya te sigo.
D.ª JUANA. Espera un poco.
(¿Yo he de llevar donde muera
con tanta crueldad a quien
confieso que quiero bien?
Mas ¿qué he de hacer? Ven, espe- [ra.
CONDE. ¿Qué temes, Leonor? No impidas
contento tan deseado.
D.ª JUANA. (Mi honor, mal asegurado,
¿ha de costar tantas vidas?
¿Soy tigre?) (*Aparte.*)
CONDE. En ti, semejantes
dudas, parecen extrañas.
¿Lloras?
D.ª JUANA. ¡Tengo las entrañas
empedradas de diamantes!
CONDE. (¿Si son causadas por celos (*Ap.*)
estas dudas? Sí, esto ha sido,
porque en ella he conocido
que me tiene amor.)
D.ª JUANA. ¡Ay, Cielos!
CONDE. ¿Qué esperas? ¡No me destruyas!
¿Por qué el temor no desechas?
Ya me causaron sospechas
otra vez lágrimas tuyas,
y tú has ido dilatando
el decirme la ocasión.
D.ª JUANA. (Rendida a la compasión,
me voy ya determinando.
Basta la sangre vertida
de aquella honrada inocente.
Probaré si cautamente
puedo salvar esta vida,
y quede mi honor perdido,
como yo también lo estoy,
pues tan desdichada soy
porque tan liviana he sido.)
CONDE. ¿De qué tratas? ¿Por qué mucho
has dado ahora en recatarte?
D.ª JUANA. Conde, escúchame a esta parte
más segura.
CONDE. Ya te escucho.
D.ª JUANA. Tú en la Corte, ¿no has tratado
de casarte? (¡Ah, desventura!) (1)
CONDE. Y estuve de una hermosura,
por la fama, enamorado.
Un tío que tengo allá
mi casamiento trató;
pero sus padres dejó,
y no saben dónde está.
Es doña Juana de Vargas:
de lo muy granado es;
mas sucedieron después
de este caso historias largas.
D.ª JUANA. Pues, Conde, escucha: yo soy
esa infelice mujer.
CONDE. ¿Es posible? ¿Puede ser?
¡Pienso que soñando estoy!
D.ª JUANA. Y como tu nombre oí,
siendo por él conocido,
mi corazón, afligido
de verte y de verme así,
viéndome a mí causadora
de tu pena y tus enojos,
dió lágrimas a los ojos,
que ya son de sangre ahora.
Pues, lastimada en tu vida,
procuro, si es tal mi suerte,
escaparte de la muerte
que te estaba apercibida.
El cómo he sido tan loca
y en este peligro estás,
más despacio lo sabrás
de mi pena y de mi boca.
Baste decirte que ha muerto
ya don Diego a su mujer,
y lo mismo quiere hacer
de ti.
CONDE. ¡Jesús! Dime, ¿es cierto
que una inocente ha pagado
mis culpas?
D.ª JUANA. No hay que matarte:

(1) En el texto, "¡Ay, desdichada!".

sólo ahora en escaparte
pon solamente el cuidado.

CONDE. Pues ¿qué haré? Quiérome ir.

D.ª JUANA. En eso no hay que pensar,
que quien te ha dejado entrar,
no te dejará salir.
Don Diego tiene tomados
ya los pasos, y aunque abiertas
de su casa las dos puertas,
hay prevenidos soldados.

CONDE. Pues ¿qué haremos?

D.ª JUANA. Esconderte
en buena parte querría,
hasta ver si con el día
lo hiciese mejor la suerte.
Ven conmigo, que por puntos
corre dilación; ven presto.

CONDE. ¡En tus manos estoy puesto!

D.ª JUANA. ¡Los dos moriremos juntos!

(*Vase el* CONDE *y sale* SABINA.)

SABINA. ¿Es Leonor?

D.ª JUANA. ¿Sabina?

SABINA. ¿No
salió el Conde? Ya a esperalle
salió Banquete a la calle;
por la otra parte salió.

D.ª JUANA. ¿Ya salió? ¡Pena terrible!
¡Mataránle, no hay dudar!

SABINA. ¿Qué es aqueso de matar?

D.ª JUANA. ¡Ve a llamarle, si es posible!

(*Vase.*)

SABINA. No lo fuera a salir antes;
pero mis propias pisadas
me dan las penas dobladas,
¡ya las sombras son gigantes!

BANQUETE. ¡Perdido soy!

SABINA. Pasos siento.—
¿Quién es?—¡Ay, triste! ¿Qué ha- [ré?

BANQUETE. ¿Con qué tiento volveré,
di, Sabina, al aposento?

SABINA. ¡Ay, huye!

(*Tópanse.*)

BANQUETE. ¡Válgame Dios!

SABINA. ¡Jesús mil veces!

BANQUETE. ¿Qué hiciste,
Sabina?

SABINA. Banquete, ¡ay, triste!,
muerto nos hemos los dos.
Tan sin acuerdo venía
de miedo, que fué bastante
para arrojarme delante,
pensando que atrás volvía.

BANQUETE. Tú has tenido más ventura
para pasallo mejor,
pues el encuentro mayor
llevó la parte más dura.

SABINA. ¿Qué tienes?

BANQUETE. Dientes escupo
hechos pedazos por ti,
y no se dirá por mí
que el beso a la miel me supo.
Yo he sido, al fin, castigado
cual por la Cava Rodrigo,
que le dieron el castigo
por donde hizo el pecado.
¿Que tan duras son las frentes?

SABINA. ¿Y el daño tan grande ha sido?

BANQUETE. Debo de haber escupido
cosa de trecientos dientes.

SABINA. ¿Cómo volviste?

BANQUETE. Esa historia
aún más peligrosa es.
Con los ojos en los pies
dando vueltas a la noria,
junto a los mismos umbrales,
vi tres o cuatro embozados,
que, en viéndome, alborotados,
pronosticaron mis males.
Levantaron los gatillos
de otros tantos pistoletes,
y a ser yo cuatro Banquetes
me atreviera a resistillos;
pero viéndome uno solo,
sin pistolas y escopetas
y, cual dicen los poetas,
estando durmiendo Apolo,
he hecho una retirada
como el de Pescara bella,
nó tan limpia como aquélla,
pero tan bien acertada.

SABINA. Grandes dudas se me ofrecen.
¿Qué haremos?

BANQUETE. Tú lo has de ver;
resuelve lo que has de hacer,
que los cielos ya amanecen.

SABINA. Ven conmigo, esconderéte. (1)

BANQUETE. Acuerdos son extremados,
sin dientes y con cuidados.
¡Ay, infelice Banquete!

SABINA. Ven quedito.

(1) En el texto, "escondete".

BANQUETE. Y más te toca,
para que no me condene:
darme algo con que llene
los vacíos de la boca.

(Vanse, y sale AURELIA, *mal vestida y destocada, con una ropa de levantar.)*

AURELIA. ¿Por dónde el pesar me guía?
¿Hola? ¿Hola? ¡Ay, desdichada!
¿Si es mi desdicha soñada?
Mas no puede ser, que es mía.
¿Leonor?

(Sale DOÑA JUANA.)

D.ª JUANA. (¿Que está viva? ¡Ay, Cielo!)
Señora, ¿es pena, es dolor
lo que sientes?
AURELIA. Sí, Leonor,
que es muy grande el desconsuelo.
D.ª JUANA. ¡Tan descuidado el vestido,
tan descompuesto el tocado!
¿Cómo a mí no me has llamado?
AURELIA. ¿Cómo? ¿Tú no me has oído,
tan cerca de mi aposento?
Muy bien pudiera obligarte.
D.ª JUANA. Estaría en otra parte,
que algo indispuesta me siento.
AURELIA. ¿Oíste algunas pisadas
esta noche por allí?
D.ª JUANA. ¿Pisadas, señora? En ti
habrán sido imaginadas.
Compón cabello y volante
y eso deja.
AURELIA. ¡Quitá allá,
Leonor; así se estará,
pues que lo más importante
en mí descompuesto está!
D.ª JUANA. No te aflijas, ¡por tu vida!
AURELIA. Quisiera verla perdida
por dejar de penar ya.
¿Qué es de Sabina?
D.ª JUANA. Ya sale.

(Sale SABINA.)

SABINA. (¿Quién en esto me metió?
Ahora perezco yo
si un milagro no me vale.)
AURELIA. Oye: ¿esta noche has oído
como pasos de ladrón?
SABINA. No, señora; sueños son
que turbaron tu sentido.
AURELIA. Decidme: y aquella puerta
que estar cerrada solía,
¿cómo la veo con el día
tan de par en par abierta?
D.ª JUANA. Descuido fué.
AURELIA. Y a esas horas
¿peligro no habrá corrido
en mi honra?
SABINA. (Poco ha sido.)
AURELIA. ¿Qué os turbáis? Mas ¿sois traido-
[ras?
D.ª JUANA. ¡Señora!
AURELIA. ¡Que tal consienta!
SABINA. ¡Señora!
AURELIA. ¡Ay, Cielo! Callad;
pasaré por su maldad
por no publicar mi afrenta.
Dejadme, andad, salíos fuera,
como yo de mí lo estoy.
¡Ay, Cielos!
SABINA. (¡Temblando voy!)
Dª JUANA. (¡Voy muriendo!)

(Vanse.)

AURELIA. ¡Oh, quién muriera!
¿He soñado? ¿Estoy en mí?
¿Fué sombra lo que toqué?
¿Por qué desdicha pasé?
¿Por qué borrasca corrí?
¿No fué un hombre a quien en vano
resistí distancia poca,
quien me tapaba la boca
con su rigurosa mano?
¿No hicieron ajenos labios
en mí las penas mortales,
y después no vi señales
que declaran mis agravios?
Pues afrenta tan impía
¿qué remedio ha de tener?
Mas ¿qué afrenta puede haber
en mí sin la culpa mía?
Mas es tan corta mi dicha,
que en cosas tan de importancia
no me excusa la ignorancia
y me culpa la desdicha.
Pues ¿qué espero a castigarme,
si es mi delito tan cierto?
Sin duda me hubiera muerto
a tener con qué matarme,
porque la vida me enoja.
Mas ¿qué acero podrá tanto
en la ocasión de mi llanto
como puede la congoja?

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. ¿Ahora lágrimas, hija?
AURELIA. ¡Ay, infelice mujer!
D. JUAN. Ya de hoy no puede haber
cosa alguna que os aflija,
pues don Diego está a la puerta.
AURELIA. ¡A qué tiempo! ¡Ay, desdichada!
D. JUAN. ¿Qué es aquesto? ¿Tan turbada
me respondéis?
AURELIA. ¡Estoy muerta!
D. JUAN. Lloráis, y no de alegría.
¿Por qué me tenéis dudoso?
¿Qué tenéis?
AURELIA. Ver en mi esposo
mi afrenta sin culpa mía.
D. JUAN. Hija, ¿qué tenéis?
AURELIA. Señor...
D. JUAN. ¿No me respondéis?
AURELIA. No puedo.

(*Vase.*)

D. JUAN. Lleno de espanto y de miedo
tocan al arma en mi honor.
No vi tan notable extremo.
¡Con cuántas causas me aflijo!
No sé lo que haga. ¡Ay, hijo,
mucho tu deshonra temo!

(*Sale* DON DIEGO.)

D. DIEGO. Señor, cuando vengo a darte
el alma entre las razones,
¿en los más hondos rincones
de la casa he de buscarte?
D. JUAN. ¡Hijo, abrázame!
D. DIEGO. Inhumanas
ternezas das por despojos
con el llanto de tus ojos,
pues ponen luto en tus canas.
Por mi honor debe de ser,
que sin duda que murió.
Bien lo recelaba yo
de mi desdicha, ¡ah, mujer!
Pero pues tan solo estás,
oye, y, con entrañas pías,
si sé las desdichas mías,
de mis menguas hoy verás.
Después de tenerme en Flandes
pendiente el alma de un hilo (1)
mis conocidos agravios
en tus papeles escritos,
y después que puse el pecho
desesperado al peligro
del acero penetrante
y del plomo arrojadizo,
aumenté mi sentimiento,
porque el Cielo añade y quiso,
con tanta opinión ganada,
mancilla a mi honor perdido;
y así, tomando ocasión
conveniente a mi designio,
pude partir, deseando
que fueran por el camino
las postas mis pensamientos,
que poco menos han sido.
Llegué a Milán, donde estoy
ha tres días escondido,
y en ellos, secretamente,
comunícase conmigo
esta a quien llaman Leonor;
cierto caso peregrino
te diré después, que ahora
es muy largo para dicho.
En fin, la noche del día
de ayer pasado, me dijo
—¡con qué congoja lo siento!
¡con qué vergüenza lo digo!—
que aquí esperase ocasión
para ver agravios míos,
y en mi enemiga mujer
y el Conde, mi falso amigo,
los vengase. Preguntéle
si fué tan vil desatino
otra vez ejecutado;
que nunca lo fué, me dijo;
y entonces, más reportado,
que es más valor imagino,
para excusar las ofensas,
anticipar los castigos,
entro a matar a mi esposa,
dejando ya prevenido
cómo partir mis venganzas
entre mis dos enemigos;
y empleando mis dos manos
en tan honrado ejercicio,
en ésta una luz conservo
y en ésta una daga animo.
Así llego blandamente
a mi tálamo ofendido,
y veo, cuando el cuidado
para el efeto apercibo,
a mi esposa, a mi enemiga,
oye el cómo... ¡Ay, padre mío!

(1) En el original, "hielo".

Si fuera visible el alma,
como yo la hubieras visto.
Pidiendo silencio al sueño,
rindiendo al descanso el brio,
dando al descuido el cuidado
y la memoria al olvido,
hallé aquel mundo pequeño
con el calor excesivo
por sus cuatro partes todo
tan bello como diviso,
en las unas dilatado
y en las otras encogido.
Entre delgados cambrayes
parece el marfil bruñido,
leche clara en plata pura,
nieve intacta en limpio armiño;
como en las aguas las flores
hacen celajes y visos,
tan claro el rostro descubre
en su arrebol encendido,
que, aunque por tener cerrados
sus dos luceros divinos,
parece día sin sol,
es más bella que el sol mismo;
los dilatados cabellos,
de hombro a hombro esparcidos,
sus mismos rayos parecen
que, arrogantes y atrevidos,
derriten la blanca nieve,
cuyo cristal, derretido,
a trechos deja mojados
en las mejillas los rizos.
La primer madre no estuvo
alegrando el Paraíso
con cuidado tan honesto
y descuido tan lascivo.
Suspéndeme aquel encanto,
detiéneme aquel prodigio;
mas luego, con más enojo
me atrevo, y me encolerizo
de pensar que una mujer
a quien tan hermosa hizo
el Cielo, en cosa tan fea
emplease el apetito.
Tres veces levanto el brazo
y otras tantas me retiro,
temblando en la mano airada
el acero vengativo,
diciendo entre mí: ¿Qué hago?
Algún impulso divino
vuelve por ella en mi pecho.
Si es verdad lo que me han dicho,
si es para ciertos empleos,
si emplea gustos lascivos,
¿cómo amorosos cuidados
consienten ojos dormidos,
si es esta la vez primera
que se atreve? ¿Qué juicio
descuidada la dispuso,
descompuesta la previno?
¿Y si es testimonio? ¡Ay, Cielo!
¿Qué sería habiendo sido
si ofendido en un engaño
una inocente castigo
a quien quise como el alma
y a quien como el Cielo miro?
Entre ciegas confusiones
a probar me determino
si me ofende; manso llego;
la luz mato, el tiempo aplico
y entre sus brazos me arrojo;
despertéla, y, dando un grito,
retiróse, y yo, mudando
la voz, humilde la digo:
"Vuestro Conde soy, señora",
y todo en un punto mismo,
cayóse en mi cuello el brazo
¡ojalá fuera cuchillo!;
junté mi boca a la suya,
toquéle los labios fríos
y el corazón, que a la puerta
del pecho hermoso y esquivo,
descompasado le daba
aldabadas y latidos.
Así estuvimos gran rato,
y aun pienso que sin sentido
ella, y yo mostrélo bien,
pues hice un gran desvarío;
mas viendo que con la voz
ya más fuerte gritar quiso,
puse mi mano en su boca,
y, entre mortales gemidos,
la dejé y muriendo fuíme
más dudoso y más perdido,
porque advirtiendo que el Conde,
como esperaba, no vino
a pagarme la venganza
y a confirmarme el delito,
considero si aquel brazo
sobre mi cuello caído
fué favor o fué desmayo
o si fué algún parasismo;
si fué la causa el hablalle
el haberme conocido,

y con la misma también
fueron los últimos gritos
por disimular con ellos
las ofensas que me hizo.
En fin, entre tantas dudas
a venir me determino,
donde me des tus consejos;
pero ya en tu llanto he visto
que para apurar mi agravio
injustamente los pido;
para vengalle los quiero;
alumbra mis desatinos,
pues en tus manos estoy,
pues a tu amor los remito.
Dame el ser segunda vez,
que es tan tuyo como mío,
pues te ha tocado el ser padre
de tan desdichado hijo.

D. JUAN. Hijo, con el alma toco
tu desdicha; y, como es justo,
para emplealla en tu gusto
pienso que la vida es poco.
Mas si a Flandes te escribí
fué, hijo, porque en tu ausencia
con piadosa providencia
estas desventuras vi.
Vi las visitas sobradas
que el Conde hacía a tu esposa;
vila a ella tan hermosa
como ricas sus criadas
en espacio no pequeño,
con el gusto tan perdido;
vi una mujer sin marido
y vi una casa sin dueño;
y así, al verse los concetos
de estas memorias despojos,
dan lágrimas a mis ojos,
de esta edad propios efetos.
Mas no quiera el Cielo santo,
si mi crédito aprovecha,
que acredite mi sospecha
la terneza de mi llanto.
Pues ¡por vida de los dos!
que no sé más, y si fuera
que otras certezas tuviera,
te las dijera, ¡por Dios!;
pues sé que sospechas tales
dañan más, y siempre han sido
en un honrado marido
el mayor mal de los males;
y así, en tan triste ocasión,
entre los deudos mayores,
como ciegos los temores,
mudos los consejos son.
Fuera de que ya los viejos,
temerosos de la muerte,
para cosas de esta suerte
siempre erramos los consejos,
cuanto más que para ver
tu honor en qué punto está,
ninguno te los dará
mejores que tu mujer.
Disimulando apercibe,
cuando la tengas delante,
con qué amor, con qué semblante
te regala y te recibe;
que pues su misma conciencia
es mil testigos, y aun más,
en los ojos le verás
la malicia o la inocencia;
con poca cautela tuya,
si lo miras cuerdamente,
verás escrito en su frente
los agravios de la tuya.

D. DIEGO. Ya no tengo que dudar;
mucho en poco me dijiste;
buenos consejos me diste,
y así los quiero tomar.
Escóndete ahí. Estoy loco.
Aurelia viene. ¡Ah, traidora!
Y si disimulo ahora
podrás ver que no haré poco.

(*Escóndese* DON JUAN, *y sale* AURELIA.)

AURELIA. (Ahora, el ser desdichada,
he de pagar con la vida.)

D. DIEGO. La postrera bienvenida
es la vuestra, esposa amada.
¿Cómo ya de alegre loca
no estáis colgada en mi cuello,
sobre la espalda el cabello,
sobre los ojos la toca?
¿Cómo así me recibís?
¿Qué tenéis? ¿De qué lloráis?
¿Cómo apenas me miráis
cuando los ojos abrís?
Y aunque os miro, ¿cómo no
os doy mis brazos?

AURELIA. Tened;
oíd, mirad y sabed
que no los merezco yo.
Don Diego, que así te llamo,
pues no me puedo atrever
a llamarte esposo mío,

tanta mi desdicha fué.
Yo, señor, he procedido
como debe una mujer
que de su marido ausente
es honrada y quiere bien.
Desde el día que sin alma
pude dejarte de ver,
para sólo ver la mía
saqué de mi casa el pie.
En mi compuesto semblante,
en el cuerdo componer
de mis honestos vestidos,
mis sentimientos mostré.
Ni un momento, ni un minuto
dejé sin ti de tener
en mi memoria la tuya,
siempre firme y siempre fiel.
Con el amor sólo tuyo
en un punto y en un ser,
siempre tus daños temí,
siempre los míos lloré.
Las piedras de estas paredes,
si hablaran, dijeran bien,
que tal vez, enternecidas,
casi quisieron caer.
¡Qué de veces con la pena
y con el llanto quedé
tan sin mí, que por mí misma
les preguntaba después
a los aires, a los Cielos,
(que todas las causas ven),
suspirando ¡qué de veces
por mi esposo pregunté,
en todas las ocasiones
que les suele suceder
a una mujer sin marido,
siendo paloma sin hiel!
Con la mayor fortaleza
que en un pecho pudo haber,
conservé con el recato
en la cordura la fe,
y ésta en mí jamás rompida,
como católica, fué
con la boca confesada
y con el alma también.
Mas todo quedó rendido;
que de un engaño al poder
ni le resisten las manos
ni se le escapan los pies;
pues esta noche pasada,
para mí la más cruel
que dió tinieblas al mundo
por quien tantos males ve,
en mi lecho, ya no tuyo,
descuidada me acosté,
y, cansada de llorar
que tú faltases en él,
me dormí. ¡Pluguiera a Dios
que aquel sueño, como fué
desdichado, fuera eterno,
como mi pena lo es!
Pues me hallé...—para decillo
la vergüenza he de vencer—
me hallé en los brazos de un hombre
y desmayada quedé
en ellos. ¿Por qué desdichas
pudiera pasar después?
Pienso que al volver en mí
quise gritar, y grité;
mas con su mano en mi boca
perdí el sentido otra vez.
Cuando le volví a cobrar,
del día al amanecer,
penas de infierno sentí,
gotas de sangre lloré;
y al saber que tú venías
a mi aposento torné,
y hallé esta daga en el suelo,
que allí debió de caer
del Cielo; y cayendo yo
en la cuenta, la tomé
para ponella en tus manos,
y en haciéndote saber
mi desdicha, suplicarte,
como víctima a tus pies,
que tú castigues en mí,
más piadoso que cruel,
la culpa de mi fortuna,
que mía no pudo ser;
mas debe serlo la pena,
porque no es justo que estés
en la mesa y en la cama
con harpías que te den
en tus regalos hastío;
y cuando el mundo te ve
en tantos reinos famoso
y tan honrado de un Rey,
no es justo, señor, tampoco
que entre tus glorias estén
manchando tu limpio acero
flaquezas de una mujer;
que aunque yo no soy culpada,
Dios lo sabe y yo lo sé,
un brazo suelen cortar

porque perdido le ven,
y su dueño no ha encendido
el fuego que tiene en él;
y al árbol que se marchita
por la inclemencia del mes,
hasta la raíz le arrancan,
y no tiene culpa él.
De estos ejemplos te obliga;
toma, toma, matamé;
saca un tierno corazón
infelice, si no infiel.
Castiga en mí la inocencia,
pues mi ofensor, como ves,
quizá porque fué tu amigo,
te ha prevenido con qué.

D. DIEGO. Levanta (¡tierno he quedado!),
y mira con atención
si con esa guarnición
dice la que traigo al lado.
Retírate y, escondida
(si es que puedo con mi honor),
tú misma verás mejor
lo que hago por tu vida.

AURELIA. Conformes son. (¿Qué mudanza
veo en mis cosas? ¡Ay, Cielo!
Confuso tengo el consuelo
y dudosa la esperanza!)

(*Escóndese.*)

D. DIEGO. Con menos pena he quedado
y con más seguridad.
¡Ay, Dios! ¿Si dice verdad?
¡Ay, Cielos! ¿Si me ha engañado?
¡Oh, lágrimas, en fortuna
de mujer! ¡Hechizo extraño!
Pero si en ésta hay engaño
no hay que fiar en ninguna.

(*Sale* DON JUAN, SABINA *y* DOÑA JUANA.)

D. JUAN. Don Diego, ya no hay quien pueda
poner dolo en tu mujer;
mas de éstas lo has de saber
si alguna cosa te queda;
éstas te fueron traidoras.

D.ª JUANA. (Estas son desdichas mías.)

SABINA. (Aquí fenecen mis días.)

D. DIEGO. ¿De qué temes? ¿De qué lloras?
La verdad he de sacaros
del pecho con esta daga;
si la decís, viviréis,
de esto os doy firme palabra.
¿Qué sabéis de mi mujer?

SABINA. Que es virtuosa, que es santa,
que es ejemplo del valor.

D. DIEGO. ¿Qué más sabes?

SABINA. No sé nada.

D. DIEGO. Acaba.

SABINA. Tente, señor.
Sé que las dos, concertadas,
intentamos esta noche,
sin su culpa, su desgracia.

D. DIEGO. ¡Válgame Dios!

D. JUAN. ¡Jesús mío!

AURELIA. (¡Oh, traidoras! ¡Oh, villanas!)

D. DIEGO. Y tú ¿qué dices?

D.ª JUANA. Señor,
que la mujer más honrada
que tiene el mundo es la tuya;
y que yo, por ser tan mala,
procuraba agravios suyos
por lograr mis esperanzas;
y que conociendo al Conde,
con quien ya casi casada
estuve, y a quien dejé
por tu gusto y por tu causa,
quise excusalle la muerte
y no le dejé que entrara
donde tú, con tu mujer,
para matarle esperabas.

(*Sale* AURELIA.)

AURELIA. Esposo, si fuiste tú
el que yo me hallé en mi cama,
los demás recelos tuyos
ni me culpan ni me espantan.

D. DIEGO. Y ¿dónde están los traidores
que entraron ahora? Salgan,
que yo sé que no han salido;
testigo, mi vigilancia.
¿Hola, criados?

(*Salen los* CRIADOS.)

CRIADO 1.º ¿Señor?

D. DIEGO. Sacad todos las espadas;
la casa reconoced.
¡Vive Dios que he de abrasalla
por que salga quien la ofende
y salir con la venganza!
Buscad esos aposentos.

(*Sale* BANQUETE.)

BANQUETE. Señor, señor, si me matas,
poco harás, que ya estoy muerto.

D. DIEGO. Asilde bien, no se os vaya.

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. ¡Señor!

D. JUAN. ¡Válgame los Cielos!
De esta suerte están las casas
que no tienen dueño, hijo.

CONDE. Don Diego, si entré en tu casa,
no ha sido a fin de ofenderte,
porque entré por doña Juana.
Pero acuérdate, don Diego,
que en nuestra amistad pasada
dos veces te di la vida
y que mi hacienda gastabas
como pudieras la tuya;
después, si ocasiones tantas
me hicieron traidor amante,
perdona de amor las faltas.

D. DIEGO. No son dignas de perdón
ofensas tan declaradas.

D. JUAN. Tente, hijo, que sí son;
que para hidalgas entrañas,
a ofensas de pensamientos
estas sumisiones bastan.

D. DIEGO. Con tal que se case el Conde
con doña Juana de Vargas,
pues sabrá disculpas suyas,
y yo le doy mi palabra
que aunque fué por mí atrevida
no dejó de ser honrada,
o espere de mí la muerte
si es que por esto no pasa.

CONDE. Cuando no porque la debo
yo la vida y tú lo mandas,
lo hiciera por verme ahora
el cuchillo a la garganta.
Su esposo soy.

D.ª JUANA. Yo soy tuya.

AURELIA. ¿Quién vió cosas tan extrañas?

BANQUETE. Señor, perdóname a mí.

SABINA. Si conmigo no se casa,
no lo hagas.

BANQUETE. ¿Eso dudas?
He aquí mi mano.

SABINA. Eso basta.

AURELIA. Ahora dame los brazos.

D. DIEGO. Toma los brazos y el alma,
y acabe aquí la comedia,
pues estos ejemplos bastan
para que sirva a mi esposa,
para que asista en mi casa,
porque me diga siempre mi recelo
donde no está su dueño, está su duelo.

FIN

COMEDIA FAMOSA

DE

ELLO DIRÁ

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

OTÓN, *emperador.*
TEODORO.
FEDERICO.
AURELIO.
FABIO.
ROSELO.
FILENO.
OTAVIA.
MARCELA.
AUDALLA, *turco.*
ALÍ.
FÁTIMA.
CELÍN.
ALBERTO.
SELÍN, *turco.*
LAURA.
ELPINO.
CLARIDANO.
SALICIO, *labrador.*
CRIADOS.
SOLDADOS.
TURCOS.]

ACTO PRIMERO

(*Salgan cajas, banderas,* SOLDADOS, TEODORO, *general,* FABIO, *soldado y criado suyo.*)

TEODORO. Haced alto en esta parte.
FABIO. Pára la caja, atambor.
TEODORO. Caja y trompeta se aparte,
por que no se espante Amor
de la confusión de Marte.
FABIO. ¡Oh, cuánto contento encierra
el pisar la propia tierra!
TEODORO. No hay pena que no reporte.
FABIO. Bien pareces en la Corte.
TEODORO. Bien pareciera en la guerra.
FABIO. ¿Conoces este balcón?
TEODORO. Que él me conociera a mí
quisiera en esta ocasión.
FABIO. El dueño dirás, que aquí,
de hierro sus ojos son;
si no es que al mármol apeles,
donde ver a Otavia sueles,
y claveles cubren ya.
Mas ya sale.
TEODORO. Pues habrá
más mármol y más claveles;
que, con más alta belleza
y condición más avara,
ha puesto naturaleza
los claveles en su cara
y el mármol en su dureza.
FABIO. No creo que puede haber
mujer de mármol, que hacer
bien puede el arte claveles,
pues ya se han vuelto pinceles
los dedos de la mujer;
que, como en sus caras ves,
aunque la verdad se queje
por hacer lo que no es,
quieren que el Cielo bosqueje
lo que ellas pintan después.
TEODORO. Mujer como mármol dura
¿no puede haber?
FABIO. Retratada
en fuente, sí.
TEODORO. ¡Qué locura!
FABIO. No es locura, que, aun pintada,
no está del nombre segura.
Dígalo el mozo de Atenas,
que sus amorosas penas
a una estatua persuadió.
TEODORO. De las buenas hablo yo.
FABIO. No son mujeres las buenas.
TEODORO. Pues ¿qué son?
FABIO. Angeles son.
TEODORO. Bien dices.
FABIO. Es la hermosura
blandura, y es la razón,
de que no dura en ser dura,
su hermosura y condición.
TEODORO. Yo he visto muchas bellezas
como un mármol.
FABIO. El decoro
tal vez causa sus finezas;
mas ya los emplastos de oro
resuelven esas durezas.
TEODORO. ¡Ay, Fabio, adoro en Otavia!
Dijísteme que salía,
y mentiste.
FABIO. No me agravia
un General; mas sería

de engañar prevención sabia,
que las más mienten saliendo.
TEODORO. ¿Cómo?
FABIO. ¿No mienten diciendo:
"A esto voy", y es otra cosa?
TEODORO. Ya sale el aurora hermosa,
que el campo se está riendo.
FABIO. Ya he visto sus dos macetas
de claveles en la cara.
¡Oh, amantes, todos poetas!
TEODORO. Esos tafetanes pára
que por el aire inquietas,
alférez, y rinde aquí
esa bandera por salva
de un ángel que reina en mí.

(OVAVIA, *en ato.*)

OTAVIA. Bien venga el sol.
TEODORO. Salió el alba,
y en ella dos soles vi.
OTAVIA. ¡Bravo soldado!
TEODORO. Si fuera
Alejandro, aquí rindiera
el mundo que él conquistó.
OTAVIA. ¿Cómo venís?
TEODORO. Como yo,
si alguien tan firme me espera.
OTAVIA. Sin razón os acobarda
ese temor de quien guarda
más fe que podéis pedirme,
pues no os querrá menos firme
la que tan firme os aguarda.
¡Qué bizarro Capitán!
TEODORO. Señora, ese nombre dan
a los que tan bien se emplean,
que, rostro a rostro, pelean;
pero no a los que se van.
Si yo la espalda volví,
¿qué mucho que esté cobarde
más que bizarro?
OTAVIA. Es ansí,
porque el ausencia acobarde;
pero no a vos, sino a mí.
Y si la espalda volvistes,
Teodoro, no fué conmigo,
porque al enemigo vistes;
que no he visto yo enemigo
que llore de ver que huístes.
¡Muy amiga vuestra soy!
¿Qué me traéis de esta guerra?
TEODORO. Estos despojos, que os doy,
y cuanto cifra y encierra
la obligación en que estoy.
Una cautiva os presento,
con tres esclavos, que son
voluntad, entendimiento
y memoria, obligación
de mi honesto pensamiento.
OTAVIA. ¿Es el alma esa cautiva?
TEODORO. ¿Eso dudáis?
OTAVIA. Luego ¿allá
la llevastes?
TEODORO. Que aperciba
disculpa, tarde será;
de todas mi error me priva;
digo que aquí la dejé.
OTAVIA. Pues ¿qué me traéis?
TEODORO. No sé:
el cuerpo en que la tenía.
¡Ved qué vitoria la mía,
sin traer cosa que os dé!
FABIO. El Emperador, señor.
TEODORO. Otavia, adiós.
OTAVIA. Él os guarde.
FABIO. ¿Es mármol con tanto amor?
TEODORO. Soy el primero cobarde
después de ser vencedor.

(*Sale acompañamiento,* AURELIO *y el* EMPERADOR OTÓN.)

OTÓN. Bien creerás el gran deseo
con que te aguardo, Teodoro.
TEODORO. En los pies, César, que adoro,
todas mis vitorias veo.
Llanas quedan las ciudades
y sus tiranos sin brío.
OTÓN. Al nombre de amigo mío
el de vencedor añades.
TEODORO. Vuelvo a besarte los pies.
OTÓN. Para levantarte Conde
de Rusía.
TEODORO. Corresponde
a tu grandeza; pues
tan justo que se levante
de vuestros pies, gran señor,
el humilde con valor
y el más pequeño gigante.
No tengo qué os ofrecer
más que el dejar bien domados
los soberbios rebelados
a vuestro augusto poder;
y esto no es obligación,
aunque la queráis premiar,
pues para hacellos temblar

bastaba el nombre de Otón,
al cual se ha de atribuír,
después del Cielo, la gloría.

OTÓN. Tu humildad y tu vitoria
hoy vienen a competir
con mi pecho generoso.
Pues no me podrán vencer,
que se correrá el poder
de tu valor envidioso;
y así, te doy la Alcaidía
de Buda y Alba Real.

TEODORO. No osaré, por merced tal,
alargar la humildad mía;
que si al paso me ensalzáis
que me humillo, no tenéis
premios, señor, que me deis
si el agradecer premiáis.

OTÓN. Antes fué justa igualdad
dar dos premios a tu gloria:
el uno, por tu vitoria,
y el otro, por tu humildad.
Cuando más de espacio estés,
me contarás el suceso.

TEODORO. Vencedor vengo, aunque preso
de tu valor a esos pies.

OTÓN. Descansa.

TEODORO. El Cielo te guarde.

OTÓN. Conde, muy bien me pareces.

TEODORO. Tu misma hechura ennobleces.

FABIO. (¿Verás a Otavia?

TEODORO. Ya es tarde.

FABIO. ¿Qué me darás de barato
del Condado de Rusia?

TEODORO. Mil escudos.

FABIO. Este día
doy librea y hago plato.)

(*Váyase el alarde; queden* OTÓN *y* AURELIO.)

OTÓN.

¿Qué te parece del valor del Conde?

AURELIO.

Que fué dichoso.

OTÓN.

¿En el valor hay dicha?

AURELIO.

Pues ¿qué mayor que hallar el que le tiene
Príncipe que conozca lo que vale,
para que tenga el premio que merece?
Porque toda la dicha de quien sirve
está en que tenga entendimiento el dueño.

OTÓN.

¿No más de entendimiento?

AURELIO.

Y, juntamente,
condición generosa.

OTÓN.

El que no premia
los servicios, Aurelio, por su mano,
más parece que Príncipe, tirano.
Tres virtudes le dan suprema gloria
a un Príncipe.

AURELIO.

¿Qué son?

OTÓN.

Las dos, contrarias,
que a castigar y perdonar se oponen;
mas son en Dios iguales; la tercera
es premiar los servicios, que no es trato
del más bárbaro pecho el ser ingrato.

AURELIO.

Blasón fué de los Césares antiguos
castigar los rebeldes y dar premio
a los humildes que ya están sujetos.
Príncipes generosos y discretos
hacen vasallos firmes y leales.
y tú, claro señor, los tienes tales.
que ofrecen reinos a tus pies.

OTÓN.

Tú eres
discreto en alabarme lo que estimo.

AURELIO.

Quien murmura a Teodoro, envidia tiene
cuando gallardo y vitorioso viene.

(*Sale* FILENO, *labrador.*)

FILENO. Si a la presencia de un Rey
y Emperador soberano
puede llegar un villano,
a tus pies estoy.

OTÓN. No hay ley,
si no le ponen cautela
en derecho natural,
que impida entrar el sayal
por antepuertas de tela.
¿Qué quieres?

FILENO. ¿Tienes memoria
de Laurencio, un labrador
vecino de Monteflor?

OTÓN. Y de toda aquella historia,
que los dos solos sabemos.
FILENO. Pues ya, generoso Otón,
juntó de la condición
humana los dos extremos.
OTÓN. ¿Cómo?
FILENO. El nacer, al morir.
OTÓN. Notable pesar me has dado.
FILENO. Si yo lo hubiera pensado,
no lo viniera a decir.
Pidióme tinta y papel
antes de expirar un hora;
dísele, y díjome: "Agora
me deja solo con él."
Como vi que en escribir
tardaba, entré, pregunté
qué hacía, calló; llegué,
y, acabado de morir,
la carta, que había cerrado,
bien apretada tenía;
toméla, y vi que decía
en un renglón apartado:
"Darás ésta a Otón, Fileno,
y llévale, te suplico,
a Marcela y Federico,
mis hijos." Yo, entonces, lleno
de un nuevo temor, hablé
a los dos, que obedecieron
su intento, y juntos vinieron,
aunque no muy fácil fué.
OTÓN. Y ¿están en Alba Real?
FILENO. Sí, señor, y aun a la puerta
de tu casa.
OTÓN. Mal concierta
tanto bien con tanto mal.
Di que entren mientras que leo.
FILENO. Voy.
AURELIO. (1) (Algún notable caso
encubre, pues que tan paso
le lee, y guardarse veo
el Emperador de mí
carta y villanos secretos;
pero los que son discretos
no se desvelan ansí.
La grandeza del señor
no está en que mil reinos junte:
que ninguno le pregunte
es la grandeza mayor;
que no hay dicha en el poder
como no estar obligado
a ser jamás preguntado
ni tener que responder.)

(*Salen* MARCELA *y* FEDERICO, *villanos, y* FILENO.)

FILENO. Entrad, y sus pies besad.
FEDERICO. ¡Tiemblo, Fileno, por Dios!—
Dad vuestros pies a los dos,
cabremos a la mitad.
Tome el izquierdo mi hermana;
yo, por varón, el derecho.
OTÓN. (Bajar a los pies el pecho,
y de vuestra humilde y llana
rustiqueza levantados,
a mis brazos subiréis.)
¿Quién sois?
MARCELA. ¿Ya no lo sabéis
por más de cien mil recados?
Hijos de Laurencio, a quien
visitastes algún día.
OTÓN. Ah... sí; ya no os conocía.
FEDERICO. Como por acá se ven
tantas figuras de tela,
desconocéis el picote.
Pues oye: no se alborote
del cuidado de Marcela;
que de mí, no digo nada,
que no falta un labrador
con quien, a querer, señor,
ya la tuviera casada.
¡Pardiez, que, de voto mío,
más me quisiera mi aldea
que esta máquina, aunque sea
defensa al calor y al frío!
Mucho me enfada, ¡por Dios!,
el ver tantos corredores,
puertas, porteros, señores,
antes de llegar a vos.
Tanta guarda de soízos
vuesa persona acompaña,
que vos parecéis castaña
y ellos parecen erizos.
Si no es abriendo por ellos,
no hay quien os pueda sacar.
MARCELA. Éste, aunque no sabe hablar,
bien supiera hablar con ellos;
que os juro que se subía
a la tribuna el disanto,
y que los libros del canto
como el cura los sabía.

(1) En el original los versos desde "Voy" los dice OTÓN. Quizá diría el original "*Lee* OTÓN" y por error se suprimió el nombre de AURELIO, que es quien permanece en escena, ido ya FILENO, con el EMPERADOR.

No está hecho a la grandeza
que usáis, señor, por acá;
mas creed que mudará
su ruda naturaleza.
Ponelde en cosas de guerra,
que los osos, que los lobos,
no se alaban de los robos
que han hecho por nuesa tierra;
porque, a la fe, que solía
pegarlos de tal manera,
que, nuesa puerta, espetera
de cabezas parecía.

OTÓN. Así parece en el talle
Federico, y así, quiero
hoy hacelle caballero
y con mi persona honralle.
Al Conde este cargo doy,
y es justo, porque tenía
Laurencio mucha hidalguía,
y, muerto, obligado estoy
a sus hijos, que no es bien
que se queden labradores.

FEDERICO. Para allá somos mejores.

OTÓN. Para acá lo sois también.—
Llamad a Otavia, y tendrá
maestra en ella Marcela.

FEDERICO. (Hoy nos ponen a la escuela.
¡El diablo nos trujo acá!

MARCELA. Calla, que bien se te alcanza
lo que podríamos ser.

FEDERICO. Este volver a nacer
me marchita la esperanza.
Si me hace el Rey cortesano
y me da un oficio honroso,
mañana algún envidioso
me dirá que soy villano.
Como si el mejor nacer
no fuese, Marcela, aquí,
de sí mismo.

MARCELA. ¿Cómo así?

FEDERICO. Porque no hay que agradecer
al que grande se nació,
sino al que de humilde padre,
en su valor, como en madre
a sí mismo se engendró.
¿Qué ingenio hallaste, qué gala,
en que un hombre de linaje
se deje vestir de un paje
y servir de un maestresala?
Pon los ojos en su abuelo,
y verás que lo ganó
por valor que Dios le dió.

MARCELA. La nobleza es dón del Cielo;
no la desprecies, que, en fin,
en las cosas de valor,
muestra el señor ser señor
y el ruin hace como ruin.)

(*Sale* OTAVIA.)

OTAVIA. ¿Qué me manda Vuestra Alteza?

OTÓN. Seas bien venida, Otavia.
Hoy, como maestra tan sabia,
mudarás naturaleza.
Quiero, Otavia, que Marcela,
hija de un amigo mío,
ya muerto, aprenda en tu brío
como en la mejor escuela
cuanto conviene a una dama
que ha de nacer desde hoy
en mi casa.

OTAVIA. Cierta estoy
de lo que la estima y ama
Vuestra Alteza, pues intenta
que nazca de nuevo aquí.

OTÓN. Corre obligación en mí,
que mi honor pone a su cuenta.
Sea el traje lo primero;
las costumbres, lo demás.

MARCELA. Triste parece que estás;
pues asegurarte quiero
que tendrás poco que hacer
aunque te parezca ruda.

OTAVIA. No, a lo menos en ser muda,
que no lo debes de ser.
¿Tu nombre?

MARCELA. El medio se lleva
la mar, y la otra mitad,
quien ama, pues es verdad
que cela; con que se prueba
que es Marcela el nombre mío.

FEDERICO. No tengáis, hermosa dama,
a disgusto el ver que os llama
su merced del Rey, mi tío,
para enseñar a Marcela,
que, aunque en un monte criada,
es imagen desbastada;
que, con la primera azuela,
dejó la naturaleza,
para que vuestro primor,
con más perfeta labor,
le diese vida y belleza.
Enseñalda, y no os canséis,
que no la hallaréis ingrata.

OTAVIA. ¿Sois su hermano?

FEDERICO. ¿No retrata
mi estilo el que en ella veis?

OTAVIA. Si ya vienen enseñados,
¿para qué busca maestros
Vuestra Alteza?

FEDERICO. Estamos diestros
en lo que es montes y prados;
que en los palacios reales,
ya veis que no puede ser,
y así, es forzoso tener
maestros al tiempo iguales.
Quiere su merced de Otón
mudar nuestro antiguo ser,
luego será menester
vuestra rara discreción.

OTÓN. (¡Cuánto el oírlos me agrada!
¡Gran esperanza me dan!)

(*Salen* FABIO *y el* CONDE TEODORO.)

FABIO. (Aquí, con Su Alteza, están.

TEODORO. ¡Buen talle!

FABIO. ¡Presencia honrada!)

TEODORO. ¿Qué me manda Vuestra Alteza?

OTÓN. Conde, en mi primera edad
hice en un monte amistad,
no indigna de mi grandeza,
con Fulgencio, (1) un labrador,
mi huésped, tan entendido,
que hasta su fin ha sabido
conservar vivo mi amor;
que del Príncipe el más fuerte,
es cosa tan delicada,
que es discreción extremada
conservalle hasta la muerte.
Murió Fulgencio, y dejó
dos hijos, que están presentes;
téngolos, muertos y ausentes,
vivos y presentes yo,
y más también retratados.
Otavia a Marcela enseñe,
para que desde hoy se empeñe
en más altivos cuidados;
y vos, Conde, a Federico,
letras y armas, que después
sabréis la causa.

TEODORO. No es
decente el tosco pellico,
gran señor, a quien desde hoy
nombre de tu hechura tiene,
y pues de la mina viene,
y yo el artífice soy,
confíele Vuestra Alteza
de mi cuidado, y verá
como mi labor le da
segunda naturaleza;
que Otavia bien sabrá dar
cuenta de Marcela.

OTAVIA. Creo,
por las señas que ya veo,
que nos podrán enseñar.

OTÓN. No tengo más que advertiros,
ni tengo más que fiaros.

(*Vase.*)

TEODORO. Yo tengo, en fin, de enseñaros.

FEDERICO. Y yo tengo de serviros.
Pero el Rey más acertara,
si desea vernos diestros,
trocándonos de maestros.

TEODORO. ¿Cómo?

FEDERICO. Pues ¿no es cosa clara
que aprendiéramos mejor?
Porque ¿quién con más destreza
muda la naturaleza
que Amor?

TEODORO. Mucho puede Amor.

FABIO. (¿Este es villano?)

FEDERICO. Si aquí
de vos Marcela aprendiera
y sus liciones me diera
la divina Otavia a mí,
¿no era más llano aprender?
¿Quién en el mundo enseñó,
sino Amor?

OTAVIA. (Bien digo yo
que los dos podemos ser
discípulos suyos, Conde.)

FEDERICO. Amor enseñó las aves
a cantar versos suaves;
por Amor se corresponde
la tierra al agua, y el agua
al aire, y el aire al fuego,
y aun esa máquina, luego
que el mundo celeste fragua.
Amor fué el primer maestro
que la Retórica tuvo;
nunca el universo estuvo
en hablar y en vestir diestro
hasta que Amor le enseñó,
que esto y mil cosas leí
en un librillo, y así,
tengo por más cierto yo,

(1) Antes le llamó LAURENCIO.

Otavia, que me enseñéis,
porque, trocando las manos,
de dos maderos villanos
dos amantes sacaréis;
de dos amantes, dos reyes;
de dos reyes...

OTAVIA. No prosigas,
que a presumir nos obligas
que no entre cabras y bueyes,
sino entre doseles de oro
se aprenden esas razones;
pero admite las liciones,
Federico, de Teodoro,
mientras que voy a vestir
a Marcela.

TEODORO. (En fin, mi bien,
tienes en la Corte quien
te quiera y sepa decir
los amores que escuchaste.

OTAVIA. ¿Tú sabes quién éstos son?

TEODORO. No más de qué dijo Otón
que son villanos.

OTAVIA. Pues baste.
Trátalos en esa fe
y deja tan locos celos.)

(*Vase* OTAVIA.)

TEODORO. Guarden tu vida los Cielos.

FEDERICO. Marcela, ya el sol se fué;
y pues que con él te vas,
dile que sin luz me deja,
dile que su indio soy
hasta que de Europa vuelva;
dile que ya dejo el ser
del monte de nuestra aldea
y que ya soy de su cielo.

MARCELA. Haré lo que me encomiendas,
por si acaso se ofreciere,
que no ofrecerá, en que puedas
pagarme en el mismo oficio.

(*Vase* MARCELA.)

TEODORO. ¡Qué tierno amador te muestras!
¿Tan presto Otavia te agrada?

FEDERICO. ¿No has visto, Conde, el que llega
cansado, que le parece
cama regalada y fresca
cualquiera sitio en que pára,
cualquier silla en que se asienta?
¿No has visto al que tiene sed
que al arroyuelo, que apenas
cubre la arena con agua
y las márgenes con hierba,
arroja el pecho abrasado?
Y ¿no has visto al que desea
el puerto, cuando camina
en el mar, y al que en la tierra,
la ciudad, que se le antojan
celajes, casas y peñas
las más apartadas nubes?
Pues eso mismo a mi aldea
se le antoja la ciudad,
y a quien viene de la sierra,
la belleza y compostura
de la hermosura primera.

TEODORO. Si tú sabes de esa suerte,
Federico, no pretendas
maestro; mas, pues el Rey
ya por enigma encubierta
a Otavia entrega tu hermana
y a mí tu persona entrega,
sea primera lición,
antes que de armas y letras,
la tomes, y el lado izquierdo,
con la debida nobleza,
ciña la bélica espada,
y el pie la dorada espuela,
no poner en dama alguna
los ojos.

FEDERICO. Que te obedezca
es justo, Conde, y te doy
palabra, como no sea
en Octavia, porque ya
los ha puesto el alma en ella.
Mira si soy obediente,
mira si es justo que tengas
esperanzas de mi ingenio.

TEODORO. (¡Qué bien mezclada inocencia
con tan aguda malicia!)
Ahora bien: yo haré que sepas
qué estilo se ha de guardar.
Vístete, que cuando veas
tu persona en otro traje,
con gusto de galas nuevas,
tendrás pensamientos nuevos.

FEDERICO. Yo te digo que no sean
diferentes del que tengo
si es mayor lá diferencia [sabio,
que hay de un necio a un hombre
que es como el cielo y la tierra.

TEODORO. ¿Nunca has tomado en las manos
espada?

FEDERICO. Ni aun la quisiera.

TEODORO. ¿Qué armas usáis allá?

FEDERICO. Hondas, que, con una vuelta,
en la cabeza de un lobo
saben poner una piedra,
con tanto aplauso del valle,
que, al restallar de la seda,
parece, en lo que responde,
que tienen alma las peñas.

TEODORO. Esas no son, Federico,
las armas de la nobleza,
de los caballeros dignas.

FEDERICO. Por lo menos, son aquellas
que ha tomado la humildad
para rendir la soberbia.
Tres armas, dijo una vez
el Cura de nuestra aldea,
que en las Escrituras santas
eran de grande excelencia:
los muros de Hiericó
los derribaron trompetas,
porque el aire, por el bronce,
acuchillaba las piedras;
la quijada de un jumento
tuvo tan valientes muelas,
que comió más filisteos
que el acero en muchas guerras;
pues la honda del pastor,
que cogió las cinco piedras,
¡ya veis si sobraron cuatro!

FABIO. Mucho de sabio te precias;
no en balde el Emperador
con tu padre, en esa sierra
donde iba a caza y venía,
tuvo amistad tan estrecha;
mas ya que por ser tan cuerdo
el Conde correr te deja,
como por proverbio dicen,
por el libro de tu aldea,
arguye conmigo.

FEDERICO. Yo,
de cortesanas escuelas,
tengo sólo este principio;
mas vaya.

FABIO. Escucha.

FEDERICO. Comienza.

FABIO. ¿Cuándo, Federico, está
más contento un hombre?

FEDERICO. Espera.
Está más contento cuando
tiene y no tiene.

FABIO. Respuesta
notable.

FEDERICO. ¿Entiéndesla tú?

FABIO. Yo no.

FEDERICO. Pues, por que lo sepas,
es cuando tiene salud
y no tiene que le pueda
dar cuidado, como son
alma, enemigos y deudas.

TEODORO. No sé qué piense de ti,
Federico.

FEDERICO. No hay qué puedas
pensar: yo soy un villano.

TEODORO. Pareciérasme de perlas
si no fueras tierno de ojos;
porque ver la vez primera
una mujer y adorarla,
¿de qué bárbaro se cuenta?

FEDERICO. También me acuerdo otra vez
que dijo el Cura una fiesta
que la primera que vió
Jacob a Raquel la bella,
las santas letras decían
que lloró. ¡Mirad si es nueva,
con la ternura de amor,
la fuerza de la belleza!

TEODORO. ¿Y cuál sería la causa?

FABIO. Saber que era su parienta
pudo enternecerla el alma;
mas para mí, yo dijera
que el alma que adivinaba
los catorce años de penas
que por los montes había
Jacob de pasar por ella,
avisó luego a los ojos
por que tuviesen paciencia,
y ellos lloraron o hablaron,
que no tienen otra lengua.

TEODORO. (Fabio: no me agrada nada
el villano.

FABIO. Tú ¿qué piensas
que sucede a este ignorante?

TEODORO. Temor tengo.

FABIO. Pues no temas:
andan en la Corte ansí
muchos que la vez primera
dicen todo lo que saben,
y si mañana los tientas,
dicen lo mismo, y a éstos
una persona discreta
llama cajas de botica,
una cara y cuatro letras,
que, todo el año que pases
y a la tienda el rostro vuelvas
dice lo que dijo ayer,

si no se muda la tienda
o se muere el boticario.)

FEDERICO. Soldado: de mi inocencia
vos tenéis harta noticia;
pero, con licencia vuestra,
también sois vos como algunos
que de ser sabios se precian,
porque saben preguntar
y no saben dar respuesta.
Preguntastes, respondí.
¿No es verdad?

FABIO. ¿Quién os lo niega?

FEDERICO. Pues, ¿no es bien que yo os pregunte
y que sepa vuestra ciencia?:
que si no pareceréis
unos maestros que enseñan
siempre subidos en alto,
que, aunque yerren, por decencia
del lugar, nadie replica.
Pues sabed que en la presencia
de Júpiter una vez
se quejó de la ballesta
el blanco, que cada día
daba en él con varias flechas,
unas altas y otras bajas,
y que él jamás daba en ella.
Júpiter dijo: "Tu oficio
es estar firme; paciencia,
que la ballesta hace el suyo."
Pero a la fe que una fiesta
era de una piedra el blanco
y, al dar una flecha en ella,
al rostro del tirador
la volvió con tanta fuerza,
que se la quebró en los ojos.
Fué a Júpiter esta queja,
y dijo: "Mire el que tira
si el blanco es piedra o es tierra,
que basta que el blanco sufra
tantos tiros con paciencia."

FABIO. Preguntad, pues, que aquí estoy.

FEDERICO. ¿En qué es fuerza que parezca
la tristeza al alegría,
la alegría a la tristeza?

FABIO. Siendo contrarios, no pueden.

FEDERICO. Sí pueden.

FABIO. ¿Cómo?

FEDERICO. Y es fuerza.
Si el alegría se acaba,
¿qué comienza?

FABIO. La tristeza.

FEDERICO. Luego el fin de la alegría
ya es tristeza, cosa es cierta;
si la tristeza se acaba
el alegría comienza;
luego la tristeza tiene
de alegría el fin. Aprenda
vuestro soldado, o si no
vaya a guardar mis ovejas.

FABIO. (No creo en este villano.)

(*Sale* OTAVIA *y* MARCELA *de dama bizarra.*)

OTAVIA. Bien el traje te parece.

FEDERICO. Conde, mi sol amanece.

TEODORO. Pon a los ojos la mano,
que te turbará la vista,
y vente a vestir, no venga
el Rey.

FEDERICO. Basta que yo tenga
alma que su luz resista.

TEODORO. Agora no hay que mirar,
sino sólo obedecer.

FEDERICO. Acabe de amanecer
por que me pueda abrasar.

(*Vanse* TEODORO, FEDERICO *y* FABIO.)

MARCELA. ¿Quién era aquel caballero?

OTAVIA. Era el Conde de Rusía,
hombre a quien Otón confía,
por leal, por verdadero
y valiente capitán,
su Imperio.

MARCELA. Gentil persona.
¡Qué bien en su talle abona
las partes que en él están
de nobleza y de valor!

OTAVIA. Quedo, Marcela; reporta
la lengua.

MARCELA. Pues ¿esto importa?

OTAVIA. Sí, que desdice al honor.
La primera lición sea
no alabar hombre en palacio.

MARCELA. Por mi fe que estás de espacio.
¿También querrás que no vea?
Ley será bien que me den
tus consejos más igual,
para que no diga mal,
que no ofende el decir bien.

OTAVIA. Sí ofende.

MARCELA. ¿A quién?

OTAVIA. A ti propia.

MARCELA. Pues yo me perdono a mí.
Hablar bien reñirme así
es, Otavia, cosa impropia;

pero palabra te doy
de no alabar otro alguno
si no es al Conde.

OTAVIA. A ninguno
licencia jamás te doy.

MARCELA. Pues yo me la tomaré.

OTAVIA. Diré yo tu libertad
al Rey.

MARCELA. Yo tu necedad,
y pediré que me dé
a quien me enseñe mejor,
pues me quitas hablar bien.

OTAVIA. (Ya las malicias se ven
del hábito labrador.)
Alabar de gentilhombre
a un hombre desdice el ser
de una principal mujer.

MARCELA. Si yo alabo sólo un hombre,
¿en qué soy desobediente?
¿No podría ser mujer
de este hombre?

OTAVIA. Bien puede ser;
pero hay un inconveniente.

MARCELA. ¿Cómo?

OTAVIA. Que ya está casado.

MARCELA. ¿Ansí?

OTAVIA. Sí.

MARCELA. Pues desde aquí
me desalabo, y en mí
queda corrido el cuidado
y burlado el pensamiento,
y así, te pido perdón.

(*Sale* OTÓN *y* AURELIO.)

OTÓN. ¡Bella, por vida de Otón!

AURELIO. Bien sale a tu justo intento.

OTÓN. Quiero abrazarte, Marcela.

MARCELA. Con el nuevo traje estoy
más digna, aunque siempre fuí
tu esclava.

OTÓN. Ya se recela
el alma de algún agravio.
Poco durará mi dicha,
que prevenir la desdicha
fué siempre consejo sabio.—
Aurelio, el traje es, sin duda,
quien da perfeción al ser.

AURELIO. Aquí bien se echa de ver.

OTÓN. Todo lo deshace y muda,
y con nueva vista pone
en diferencia tan clara.

AURELIO. No hay hermosura tan rara
que no adorne y perfecione.

OTÓN. No he tenido mejor día;
Aurelio, contento estoy,
pues a mí mesmo me doy
parabién de mi alegría.
Bien merece ya lugar
Marcela en nuestra corona.

AURELIO. Dignamente su persona,
señor, merece reinar.

(*Sale* TEODORO *con* FEDERICO *vestido de galán, sin espada.*)

TEODORO.

Llega a besar sus pies.

FEDERICO.

Deme Tu Alteza
los pies.

OTÓN.

¡Oh, generoso Federico!

FEDERICO.

Dejando la pasada rustiqueza,
a tu sagrado pie mi boca aplico.

OTÓN.

Levanta tu persona a la grandeza
de mis brazos.

FEDERICO.

En ellos te suplico
me des aquel honor que darme puedes
para perficionar tantas mercedes.
Que ya que en traje estoy de caballero,

(*Salen* ROSELO *y* FABIO, *criados.*)

no puedo serlo sin las armas.

OTÓN.

Parte,
Roselo, por un limpio y blanco acero.

FEDERICO.

Pues hoy verás resplandeciendo a Marte.

OTÓN.

Ya con tanto valor te considero
levantar el católico estandarte,
que tiemble el fiero Turco de tu nombre
y de los ecos de tu voz se asombre.

TEODORO.

(¿Qué honras son éstas a un villano, Otavia?

OTAVIA.

Suspensa estoy, Teodoro, y sospechosa;
que las grandezas de su nombre agravia
amando el César la villana hermosa.
El verla presumir de altiva y sabia
me hace pensar, y no es injusta cosa,
que es dama suya, que ocultar quería
mientras la muerta Emperatriz vivía.

TEODORO.

Sin duda en ese monte, Otavia, adonde
iba Otón tantas veces de secreto
la tuvo oculta; pero ya que esconde
la tierra el fénix del valor perfeto,
a su casa la trae.

OTAVIA.

Corresponde
a la causa que dices el efeto.
Mirando se está en ella y en su hermano.

TEODORO.

Pues da en quererte el bárbaro villano.

OTAVIA.

Y la villana a ti.

TEODORO.

¿Qué dices?

OTAVIA.

Digo
que me ha dicho en los ojos que le agradas.

TEODORO.

Buen camino de ser de Otón amigo.

OTAVIA.

¿De dar celos a un rey, Conde, te enfadas?

TEODORO.

Si el más amigo vuelven enemigo,
truecan las amistades en espadas
y el amor en venganza, no los nombres.

OTAVIA.

Nunca sin celos quieren bien los hombres.)

(En una fuente saquen una espada y espuelas y en otra un laurel.)

ROSELO.

Ya para armar a Federico tienes
lo necesario aquí.

OTÓN.

Ponle esa espuela,
Conde.

TEODORO.

Muy justas honras le previenes,
pues basta ser hermano de Marcela.

FEDERICO.

Maestro mío, ya que a honrarme vienes,
no llegues, por tu vida, con cautela;
que agora que a mis pies estás, bien puedo
pensar que tengo al mundo y darte miedo.
Tomo aqueste laurel, y en mi cabeza
le pongo por vitoria igual.

ROSELO.

Detente.

AURELIO.

Mira que ese laurel es de Su Alteza,
y sólo digno de su invicta frente.

FEDERICO.

Perdone, gran señor, vuestra grandeza
mis ignorancias; que como esta gente
espada, espuelas y laurel traía,
pude pensar que para mí sería.

OTÓN.

¿De qué os maravilláis? ¿Está obligado
Federico a saber que de mi frente
es sólo digno este laurel sagrado?

TEODORO.

(¡Terrible agüero!

OTAVIA.

Otón ni ve ni siente.)

OTÓN.

El blanco acero que te ciño al lado
¡oh, Federico! en esa mano intente
ganar la piedra que guardó escondida
la muerta vida que nos dió la vida.

FEDERICO.

Yo os prometo, señor, de conquistalla
si Dios me pone donde pueda vella.

ROSELO.

Aquí ha llegado el capitán Audalla,
gran bajá de Selín.

FEDERICO.

¡Qué buena estrella!
Espada, ya podéis darle batalla;
mostrad el corazón del dueño en ella.

OTÓN.

Dadme el laurel. Vosotros, entre tanto,
id al jardín, que quiero darle espanto.

(*Sale* AUDALLA, *turco.*)

AUDALLA. Generoso, invicto Otón,
César de Alemania y Roma,
cuyas águilas partidas
sustentan la bella Europa,
tan digno del sacro Imperio
y del laurel que te adorna,
que el más apartado Egipto
tu glorioso nombre adora:
Selín, gran señor del Asia,
el rey de Constantinopla
y Jerusalén, adonde
tenéis tan divina joya;
el Emperador del mundo
dice que por muchas cosas
que importaron a la paz
la firmó con las personas
que enviaste a los confines
cuando sus lunas dichosas
daban molestia a tus cruces,
y que la guardó en la forma
de aquellas constituciones;
pero sabiendo que toman
tus soldados tal licencia
que sus lugares le roban
sus palandrias en la mar
y por las seguras costas
a sus caramuzalíes,
especias, sedas y ropas,
rompe la paz y no quiere
treguas, pues por ellas osan
tus Capitanes llegar
adonde tiemblan agora.
Bien pudiera castigarlos
Selín con su poderosa
mano; pero no ha querido
por respetar tu corona,
sin justificar la causa,
y así te advierte que pongas
cuidado por los confines,
porque algunas turcas tropas,
genízaros, albaneses,
para entrallos se conforman,
con deseo de vengar
tantas muertes y deshonras,
tantos robos y insolencias.

OTÓN. Audalla, mi vitoriosa
gente sufre mal el ocio.
Pésame que se disponga
Selín a romper la paz.
Causas busca; mas no importa.
Dile que estimo su noble
cortesía; que éntre y rompa
lo que hallare mal guardado,
que yo enviaré quien conozca
de esos agravios muy presto.

AUDALLA. El hará lo que le toca
y tú lo que te conviene.
Alá prospere tus glorias
y tus hazañas dilate
adonde la blanca aurora
mueve la cuna del sol
entre azucenas y rosas.

(*Váyase, y levántese* OTÓN.)

OTÓN. ¿Conde?

TEODORO. ¿Señor?

OTÓN. Esto pide
diligencia tan forzosa
como veis.

TEODORO. Partiré luego;
que el arrogancia que cobra
Selín de mi ausencia nace.

FEDERICO. Invicto señor, perdona
que a suplicarte me atreva...

OTÓN. Detente, que es peligrosa,
sin experiencia, la guerra.

FEDERICO. Esa verdad me reporta.

OTÓN. Agora quiero que estés
al lado de mi persona,
que Aurelio tendrá cuidado
de la tuya mientras corta
el Conde los cuellos turcos
que en nuestra ausencia blasonan.

(*Váyanse* OTÓN, FEDERICO *y* AURELIO.)

TEODORO. En fin, Fabio, que otra vez
vuelvo a la guerra.

FABIO. ¿Qué cosa
para ti de mayor gusto?

TEODORO. No agora, Fabio, no agora;
que quien se ausenta con celos
inquietamente negocia,
lugar deja a los agravios.

FABIO. No será Otavia tan loca.

TEODORO. ¿No es mujer?

FABIO. Sí que es mujer.

TEODORO. ¿No ha de hablar?

FABIO. Hablar ¿qué importa?

TEODORO. Líbrete Dios de que hable,
que pregunte y que responda,
que la jornada que hay
de las manos a la boca,

esa misma suele haber
desde palabras a obras.

FABIO. ¿Tan vidro son las mujeres?

TEODORO. Amor, cristalina copa,
para que se haga pedazos
cualquiera golpe le sobra,
y esos pedazos son celos,
que al mismo fuego se tornan
para volverla a forjar.

FABIO. ¡Oh, fuego de Dios! No en todas.

TEODORO. Bien dices, pues le merecen
las que son mudables solas.

FABIO. Pues si ésas ha de quemar,
vive Dios que queden pocas.

ACTO SEGUNDO

DE *Ello dirá.*

(*Sale* OTAVIA *y* MARCELA.)

OTAVIA. Por el amor con que sabes
que te sirvo y que te enseño,
te pido este dón pequeño.

MARCELA. A tus palabras süaves
hubiera abierto mi pecho
cuando fuera de diamante;
y no te siendo importante,
Otavia, como sospecho,
me admiro que me conjures.

OTAVIA. En saber esta verdad
he puesto curiosidad.

MARCELA. Nunca, Otavia, la procures;
que de ser una mujer
curiosa en cosas ajenas,
las suyas no son tan buenas
como lo pudieran ser.

OTAVIA. ¿Qué mujer, dime, Marcela,
no tiene mi condición?

MARCELA. Con amorosa afición
la más cuerda se desvela.
Pero yo sé que no quieres
a Otón; luego estos no son
celos.

OTAVIA. Es la condición
curiosa de las mujeres.

MARCELA. El Emperador, Otavia,
me quiere bien; tan honesto
y casto, que aun sólo en esto
pienso que su honor se agravia.
¿Estás contenta?

OTAVIA. Pues di:
¿qué hace lo más del día
contigo?

MARCELA. Extraña porfía.
¿No hay amor honesto?

OTAVIA. Sí.

MARCELA. ¿No se puede entretener
un señor con un privado?

OTAVIA. Sí puede.

MARCELA. ¿Y está mandado
que no pueda ser mujer?

OTAVIA. No, Marcela.

MARCELA. Pues yo soy
con quien Otón se entretiene
de los cuidados que tiene;
que por ventura le doy
más gusto con mi ignorancia
que los sabios con su ciencia;
la celestial influencia
hace aquesta consonancia.
Pregunta por qué me tiene
este amor a las estrellas,
que a fe que lo saben ellas.

OTAVIA. ¿Un Príncipe se entretiene
con una mujer ansí
en los jardines y fuentes?

MARCELA. ¿Pues síguense inconvenientes
de que hable conmigo?

OTAVIA. [Sí.]
Aquesta murmuración...

MARCELA. Pues no murmures, Otavia,
que no es condición de sabia
la envidiosa condición.
Otón me toma las manos
y me regala el cabello
de la frente, cuando en ello
no hay ricos favores llanos
de un hombre que honestamente
quiere a mujer de mis años.
Otón, entrando en los baños,
quiere que yo esté presente
para darle una camisa.
Otón, como a labradora
que los palacios ignora,
celebra con gusto y risa
cualquier donaire que digo
de las cosas de mi tierra.
Nunca conmigo se encierra,
en público está conmigo;
cuando más solos estamos,
es que abriendo se entretiene
los escritorios que tiene
y algunas joyas miramos.

Dame un diamante o cadena,
y él propio me la acomoda
al pecho. La historia toda
que te ha dado tanta pena
se encierra en estas verdades.
¿Quieres más?

OTAVIA. ¡Con qué mentiras!
¡Cómo, curiosa, me miras!
La verdad me persüades.
Yo sé lo que he de creer.

MARCELA. Si con el Conde, que adoras,
pasara yo tantas horas,
celos pudieras tener;
¿pero del Emperador?

OTAVIA. ¿Agora sabes, Marcela,
que la privanza desvela
más la envidia que el amor?

MARCELA. Pues troquemos desde aquí;
dame al Conde y yo te doy
a Otón.

[(*Sale* FEDERICO.)]

FEDERICO. A buscarme voy,
que dicen que vivo en ti.
Pero das, Otavia hermosa,
en huír cómo si fueras
Dafne y en laurel volvieras
las plantas de nieve y rosa.
Si de la sierra fragosa
aún me presumes pastor,
detén el paso al rigor;
que no por seguirte sólo
merezco nombre de Apolo,
mas por que me abrasa amor.
Pero dejando escondida
tal dureza en un laurel,
¿a qué mujer tan cruel
le pesó de ser querida?
Si te muestras ofendida
de mi amor, dime también
qué dejas para el desdén,
si querer es fuerza igual,
bien a quien te quiera mal,
mal a quien te quiera bien.
¡Ay, Otavia! Nunca yo
mudara de traje y cielo,
pues desde sierras de hielo
tanto fuego amor me dió.
Otón el cuerpo mudó;
tú el alma; el tiempo, el sosiego,
y si mis estrellas luego
dieron causa a mis enojos,
apelo a las de tus ojos;
mas son estrellas de fuego.

OTAVIA. Federico, en tu valor
no pongo duda ninguna;
pero es diversa fortuna
la que corre el mar de amor.
No culpes a mi rigor;
tarde llegaste, y que aguarde
a mudanzas... Soy cobarde,
y son conciertos inciertos;
que de amor muchos conciertos
se pierden por llegar tarde.
No es justo culpar de ingrata
mujer que sabe querer.
Si al que después viene a ser
con asperezas maltrata;
si amor al segundo mata,
no ha de dejarse el primero.
Mas darte esperanzas quiero;
que si el Conde me olvidare
te amaré, si me dejare
vida, porque no la espero.

FEDERICO. Aceto, Otavia, el concierto.
Digo que contento estoy,
y te querré desde hoy
con este amor encubierto;
mas mira que ha de ser cierto
quererme si te olvidare.

OTAVIA. Digo que si me dejare
el Conde, te querré bien.

FEDERICO. Cielos, corred, que también
no es bien que el tiempo se pare.
Mudad vuestras influencias,
planetas y estrellas varias;
las que sois de amor contrarias
sembrad iras, diferencias,
enemistades y ausencias.
Ea, celos, favor pido
a vuestro fuego, que ha sido
causa de tantos desvelos;
que más han muerto de celos
que de ausencia ni de olvido.
Ea, Conde; plega a Dios
que correspondas ingrato;
que uses de tan mal trato
que os aborrezcáis los dos.
Ea, mudanzas; y vos,
envidia, ¿en qué os detenéis?
Mas mucho tardado habéis.
Mil años ha que estoy muerto;
mas agora fué el concierto;
perdonad, no os enojéis.

(*Salen* Otón *y* Aurelio. Otón *con una carta.*)

AURELIO.

Advierta Vuestra Alteza
que es afrenta de tantos caballeros.

OTÓN.

Conviene a la grandeza
del Imperio que vamos los primeros.

MARCELA.

¿Qué es esto, señor mío?

OTÓN.

Fuiste para mí ansias, cristal frío.
Templaste, como espejo,
el rostro a mi furor, Marcela hermosa.
Dejo el furor y dejo
la pena; no el cuidado, aunque reposa
en ti todo cuidado.

FEDERICO.

¿No nos dirás, señor, quién te le ha dado?

OTÓN.

Esta carta que miras,
no es papel, es veneno; queda preso
el Conde.

FEDERICO.

No te admiras
sin causa.

OTAVIA.

(¡El Conde, ay Dios! ¡Triste suceso!)

OTÓN.

Alí y Audalla han sido
los que, con emboscada, le han rompido.
¡Bien supo el Turco fiero
deshacer nuestras paces con cautela!
Mas remediarlo espero.
¡Yo iré en persona!

AURELIO.

(Ruégale, Marcela,
que a mí me dé este cargo
por premio justo a mi servicio largo.

FEDERICO.

Aunque no lo es el mío,
ninguno como yo saldrá a la empresa.)
César, sólo confío
en ser tu hechura: ¡quitaré la presa
al bárbaro Arsacida,
o a Alba Real no volveré con vida!
Manda darme la gente
que para esta empresa te parezca
más fuerte y conveniente.

OTÓN.

Puesto que tu persona la merezca,
al águila conviene
que sepa el Asia que volando viene.

FEDERICO.

No me alzaré del suelo
si no me otorgas este don.

OTÓN.

Camina,
Federico, y el Cielo
te dé vitoria de tus brazos digna.

(*Vase.*)

FEDERICO.

¡Dame esos pies mil veces!

AURELIO.

¡Justamente le animas y engrandeces!

FEDERICO.

Otavia, por ti sola,
sin experiencia, aunque animosamente,
la bandera enarbola,
más que la mano, el corazón valiente,
que algún secreto esconde;
¡no volveré si no te traigo al Conde!
Puesto que mejor fuera
que el Conde en cautiverio se quedara,
y que nunca volviera
donde las esperanzas me quitara,
que Amor bien sabe adónde,
¡no volveré si no te traigo al Conde!
Que puesto que parezca
locura dar la vida a quien me mata,
porque ocasión te ofrezca
de parecer a tanto amor ingrata
quien tan mal corresponde,
¡no volveré si no te traigo al Conde!

(*Vase.*)

OTAVIA.

Advierte si estas quejas,
Marcela, son por ti, qué culpa tengo.

MARCELA.

En fin, ¿partir le dejas
sin un favor?

OTAVIA.

A persuadirme vengo
que no hay amor tan loco
como el que obliga a quien le tiene en poco.

(*Salen* TEODORO *y* FABIO; ALÍ *y* AUDALLA, *generales turcos.*)

ALÍ. Con más ánimo pensé
que sufrieras la fortuna.

TEODORO. No por sus mudanzas fué
mi queja, que vez alguna
en su rueda puse el pie.
Ya conozco su mudanza:
sé que la vitoria alcanza
y que la pierde también;
pésame que no me den
sus mudanzas esperanza.

FABIO. ¿No veis al Conde vencido,
cómo, Capitanes fuertes,
industria y no fuerza ha sido?

AUDALLA. Por las industrias que adviertes
se han ganado y se han perdido
en el mundo mil historias:
Italia y Grecia, en sus glorias,
dan voces con el ejemplo.

ALÍ. A la industria hicieron templo
las militares memorias.
¡No siempre se ha de vencer
con sangre!

TEODORO. De mi prisión,
¿qué es lo que pensáis hacer?

AUDALLA. Si tiene Alí mi opinión,
quitar a Otón el poder,
cortándote la cabeza
y enviándola a Selín.

TEODORO. ¿Y esa es gloria y fortaleza?

FABIO. Muestras del bárbaro, al fin,
tu fiera naturaleza,
y es indigno a tu decoro
y al nombre del vencedor
matar al conde Teodoro.

ALÍ. ¡No han de presumir temor,
por el Profeta que adoro!
Si Roma en pie conservaba
a Cartago, porque daba
causa de mayor virtud
su gloria, y la juventud
su emulación animaba,
consérvese, que es razón,
la vida del Conde, Audalla,
porque no presuma Otón
que fué temor el quitalla
de su valiente opinión.
Con Fátima, que venía
a ser de Selín esposa,
irá Teodoro este día
a su mano poderosa
por gusto y opinión mía.
Aumentará su contento,
ella, con su gran belleza,
y él, con su rendido intento.

AUDALLA. La romana fortaleza
fué soberbio pensamiento;
pues fuera mejor quitar
la ocasión de que Cartago
se les pudiera igualar
dando con su eterno estrago
un escarmiento ejemplar.
Y ansí, tengo por mejor
enviar al Gran Señor
de Teodoro la cabeza.

TEODORO. Yo tengo más fortaleza
que Audalla tiene temor.
Haced, turcos, vuestro gusto,
que el emperador Otón,
César de Alemania augusto,
sabrá con esta ocasión
satisfacer su disgusto.
Que, con quitarme la vida,
no le quitáis el poder;
que, como la sierpe herida,
de Hércules han de nacer
mil, donde una se divida.
¡Ea, pues! ¿Qué os detenéis?

FABIO. Turcos, ejemplo daréis
de tanta crueldad a Otón,
que llore vuestra nación
la que con Teodoro hacéis.
No tendrá el César vitoria
en que no os pase a cuchillo
para vengar su memoria.

ALÍ. Yo tengo de resistillo.

AUDALLA. Yo dar este lauro y gloria
a la pasada batalla.

ALÍ. Y yo defender, Audalla,
ese loco pensamiento.

AUDALLA. General, habla con tiento,
y si no lo entiendes, calla,
que Teodoro ha de morir.

ALÍ. ¡Por Alá que ha de vivir,
si pesa al mundo, Teodoro!

AUDALLA. Eres un bárbaro moro,
que pretendes impedir

que Selín me dé el laurel
de esta vitoria.

ALÍ. ¡Tú mientes
como infame! Y aunque en él
hallar galardón intentes
con hazaña tan cruel,
¡no te pienso dar lugar!

AUDALLA. ¿A Audalla mientes? ¡Oh, perro!
(Meten mano.)
¡Hoy te tengo de matar!

ALÍ. ¡Tú verás si ha sido yerro
esta locura intentar!

(Sale FÁTIMA, *turca.)*

FÁTIMA. ¡Gentil valor, por mi vida,
de gallardos Generales
celebrar tan gran vitoria
con desnudar los alfanjes!
¿Vosotros tenéis valor?
¿Vosotros sois Capitanes?
¿Vosotros del gran Selín
levantáis los estandartes
contra las águilas negras
de los bravos alemanes?
¿Vosotros dais este ejemplo
a los soldados que trae
vuestro campo vitorioso?
Haced que el acero envaine
la ira o la envidia luego,
o vuestros bastones dadme,
que yo regiré la gente,
y volved como cobardes
donde priven los enojos
más que la importancia grande
del servicio de Selín.

ALÍ. Fátima, no siempre valen
para con bárbaros hombres
palabras justas y graves.
Audalla pretende ser
quien este ejército mande,
y el Imperio dividido,
¿cómo puede conservarse?
Yo digo que si él te informa,
que no has de estar de su parte;
pero que si lo estuvieres
me rindo a lo que mandares,
sin replicar a tu gusto.

AUDALLA. Yo he permitido que hable
Alí por guardar respeto
a la merced que nos haces.
Fátima, tú vas a ser,
por méritos bien iguales
a los de Selín, su esposa.
Ya mueves a respetarte;
por lo que fuere tu gusto
quiero que mi gusto pase:
infórmate del suceso.

FÁTIMA. Tú puedes luego informarme.

AUDALLA. ¿Ya la vitoria has sabido?

FÁTIMA. Y tuve a dicha notable
llegar a tal ocasión.

AUDALLA. El hombre que ves delante
es Teodoro, el general
de Otón; quisiera alabarte
su valor, y es imposible,
porque es, sin duda, agravialle.
Cinco veces me ha vencido:
como de aquí vivo escape,
no está seguro Selín
en Persia; quiero cortarle
la cabeza y que la lleves
en dote, que los diamantes
de las dos Indias no son
con este presente iguales.
Dice Alí que vaya vivo
para que Otón le rescate,
con que después tenga el Asia
ocasión de lamentarse.
Tú juzga cuál de los dos
acierta más.

FÁTIMA. Quiero hablarle.—
¿Eres tú el Conde?

TEODORO. Yo soy.

FÁTIMA. Apacible rostro y talle
te dió la naturaleza.

TEODORO. Los más de los alemanes
tenemos este decoro.

FÁTIMA. Riñen estos dos Bajaes
sobre tu vida y tu muerte:
quiere Audalla que te maten
y Alí que te lleven preso.

TEODORO. Por mejor tengo matarme;
que yo he de servir a Otón
lo que mi vida durare,
y muerto, estaréis seguros
de que os ofenda.

FÁTIMA. ¡Notables
debéis de ser los cristianos!

TEODORO. Los que en nuestra tierra nacen
tienen aqueste valor.

FÁTIMA. ¡Que tengas por bien matarte
y que no estimes vivir!

TEODORO. Sí estimo, y, porque lo trates,
te prometo libertad;

que puede ser cautivarte
si vuelvo a tomar las armas.

FÁTIMA. ¿Hay locura semejante?
¿Estás cautivo y prometes
libertad?

TEODORO. Hora bien, parte
y solicita mi vida,
que bien puede ser mudarse
la fortuna.

FÁTIMA. ¿Alí?

ALÍ. ¿Señora?

FÁTIMA. Viva Teodoro.

ALÍ. Tú haces
lo que es digno de quien eres.

FÁTIMA. Conmigo quiero llevarle
a Selín.

AUDALLA. En fin, ¿tú quieres
que viva?

FÁTIMA. Audalla, no trates
de la muerte de Teodoro.

AUDALLA. Basta ser tu gusto.

FÁTIMA. Y baste
ser yo mujer.

TEODORO. Esos pies
te pido.

FABIO. Que los estampes
en mi boca te suplico;
ponlos de margen a margen,
que si hay ángeles turquescos
digo que pareces ángel.

(*Toquen.*)

ALÍ. ¿Qué caja es aquélla?

AUDALLA. Escucha...
Cajas son.

ALÍ. De la otra parte
de ese arroyo suenan.

AUDALLA. ¿Hola?
¿Qué gente deciende al valle?
¿Qué caballería es ésta?

(*Sale* CELÍN, *turco.*)

CELÍN. La fama, que por los aires
siempre anticipa las nuevas,
dice que los alemanes,
con un nuevo general,
vienen, Audalla, en tu alcance.
Tantas lanzas vienen juntas,
que, con rojos tafetanes,
parecen como a la vista
campos de espigas iguales
que amapolas carmesíes
tienen a manchas de sangre.
Forman las blancas celadas
una selva de plumajes,
y los lustrosos escudos
que al cuello pendientes traen
tantos espejos al sol,
que, con ser el sol, no sabe
si podrá mirarse en todos
porque juntos no le abrasen
volviéndole los reflejos
que del mismo acero salen.
Pensamos a los principios
que era Otón para vengarse;
mas luego la fama dijo,
por los que vienen delante,
que era Federico, un hombre
sin experiencia y sin partes
de soldado.

TEODORO. ¿Federico?

CELÍN. El mismo.

TEODORO. Fabio, descansen
mis celos.

FABIO. ¿Ya está en estado
Federico que fiarle
pueda su ejército Otón?

AUDALLA. Ahora bien; la gente marche
a tomar aquel collado
que las espaldas nos guarde.

ALÍ. Quien ha vencido a Teodoro,
¿qué teme?

FÁTIMA. No seáis cobardes,
que yo sola he de vencerle.—
Cristiano, si se mudase
la fortuna, no procedas
como ingrato.

TEODORO. Quiero darte
palabra como quien soy.

FABIO. ¡Oh, si Federico entrase
con buena dicha en la guerra!

TEODORO. ¿Qué más dicha que librarme?

(*Entrense, y salgan* OTÓN *y* MARCELA.)

MARCELA. Al paso de tus favores
va creciendo mi humildad.

OTÓN. No tiene la libertad
otros contrarios mayores.
Hasta el Cielo nunca estuvo
seguro, con ser el Cielo,
de la humildad.

MARCELA. Con recelo
vuestra grandeza me tuvo
favoreciéndome tanto;
pero ya segura estoy.

OTÓN. Galán tan seguro soy,
que de tus dudas me espanto.
Siéntate.

MARCELA. ¿Yo, gran señor?

OTÓN. Siéntate, Marcela.

MARCELA. Fuera
necia si no obedeciera
vuestro gusto.

OTÓN. Esto es amor.

(*Sale* OTAVIA.)

OTAVIA. (Con cuidado de saber
si fué mi sospecha cierta,
de aqueste paño cubierta
a los dos tengo de ver;
que en palacio se murmura
que adora a Marcela Otón.)

OTÓN. Débesme tanta afición,
tan honesta y tan segura,
que no puedo encarecella.

MARCELA. Corrida estoy de tener
tales principios.

OTÓN. Ayer,
Marcela, estabas tan bella,
que, a no ser pública parte,
celebrara tu belleza.

MARCELA. ¿Quiere dormir Vuestra Alteza?

OTÓN. Suelo procurar con arte
dar al sueño mis cuidados,
y desvélanme, y aquí
me duermo.

MARCELA. Duérmete ansí,
que tal vez ricos estrados
y camas de oro bordadas
niegan el sueño y descanso;
y una silla, un viento manso,
suelen servir de almohadas:
reclina en mí la cabeza.

OTÓN. La mano me pon en ella,
que podrá ser que con ella
me duerma.

MARCELA. Duerma Tu Alteza.
(Mucho mi mano se atreve.)

OTAVIA. (¡Que aquesto pueda con él!)

OTÓN. Antes, en vez de laurel,
será corona de nieve.

OTAVIA. (¿A qué más puede llegar
privanza de una mujer?
Si no es amor, ¿qué ha de ser?)

(*Salga.*)

¿Puedes agora negar,
Marcela, el amor de Otón?

MARCELA. ¿Cuándo el amor he negado,
sino aquello que ha tocado
a mi honor y su opinión?

OTAVIA. ¿La mano pones adonde
está la sacra corona
del Imperio?

MARCELA. ¿No me abona
mi virtud?

OTAVIA. No sé si esconde
engaño tanta llaneza;
por lo menos, el de Otón
puede ser el de Sansón,
fiándote la cabeza.

MARCELA. No hayas miedo que le quite
la fuerza.

OTAVIA. Dirás que ha sido
envidia el haber querido
verte.

MARCELA. Si amor la permite,
bien me la puedes tener.

OTAVIA. Amo al Conde, ya lo sabes,
aunque sucesos tan graves
me han dado bien que temer;
y como tú le pretendes,
huelgo de verte empleada.

MARCELA. Pues ¿estoy enamorada
de Otón?

OTAVIA. ¿Pues no?

MARCELA. Bien lo entiendes.
Vete con Dios; no despierte
y se enoje.

OTAVIA. Voy contenta
de lo que he visto.

(*Vase* OTAVIA.)

OTÓN. ¿Qué intenta
esta necia de esta suerte?

MARCELA. ¿No dormía Vuestra Alteza?

OTÓN. No, Marcela, no he dormido;
todo lo que pasa ha sido
para mí nueva extrañeza.
¿Cómo, Marcela, en Palacio
nos murmuran a los dos?
¡No lo he pensado, por Dios!

MARCELA. Como te ven tan de espacio
hablando siempre conmigo,
de eso toman ocasión.

OTÓN. ¿Y tú pierdes opinión,
Marcela, hablando conmigo?

MARCELA. En leyes del mundo, sí.

OTÓN. ¿Por qué no me has avisado?

Hubiérame reportado
de hablarte.

MARCELA. No me atreví;
aunque eran más justas leyes,
de muy pocos son, señor,
los que dicen con valor
desengaños a los Reyes.

OTÓN. Palabra te doy de dar
remedio en esta ocasión;
porque, ¡por vida de Otón
que no te han de murmurar!

MARCELA. No se enoje Vuestra Alteza.

OTÓN. No tengo enojo, ¡por Dios!
¿Que así hablaban de los dos?

MARCELA. Si ven sobre tu cabeza,
donde está el laurel sagrado,
mi mano, ¿de qué te admiras?

OTÓN. De ver que funden mentiras
sobre tan justo cuidado.

(*Sale* FABIO.)

FABIO. Bien puedes darme los pies,
que pienso que los merezco
por la priesa que he traído.

OTÓN. ¿Quién eres?

FABIO. Un escudero
del conde Teodoro soy,
que, en guerras y paces, tengo
cuidado de armas y galas.

OTÓN. ¿Queda preso?

FABIO. Estaba preso
entre los dos Generales
del Turco feroz, y al tiempo
que querían enviarle
su cabeza, presumiendo
quitar el temor al Asia
con que este fuerte mancebo
la oprime, llegó el socorro
que tu generoso pecho
envió con Federico,
y en los primeros encuentros
fué dudosa la vitoria;
pero entre el confuso estruendo
de las armas pudo el Conde
romper la guarda, y saliendo
en un caballo a la vista
de los alemanes, luego
que le vieron dieron voces:
"¡A ellos, San Jorge, a ellos!"
Y rompiendo y derribando,
cual suele el airado cierzo
esparcir las secas hojas
de los álamos y fresnos,
llegaron a la batalla
del bravo Alí, donde, asiendo
el Conde a su alférez Zayde,
el guión de lunas lleno:
"¡Vitoria!", dijo, y tras él,
"¡Vitoria!" todos diciendo,
se hizo el mayor estrago
que de romanos y griegos
éstos vieron en Cartago,
y en Troya vieron aquéllos.
El valor de Federico
fué tan grande, que sospecho
que de Pirro y Alejandro
queda el valor por el suelo.
La presa ha sido notable
de oro y esclavos, y entre ellos,
Fátima, que de Corón
iba a Persia, con intento
de ser mujer de Selín.

OTÓN. No digas más, que no puedo
sufrir tan alegres nuevas.
Vuélveme a ver, que te quiero
honrar de lo que mereces.
¿Vienen cerca?

FABIO. No están lejos.

OTÓN. Ven, Marcela, a recibirlos.

MARCELA. ¿Viene bueno el Conde?

FABIO. Bueno.

MARCELA. Este anillo es tuyo.

FABIO. Logre
tus verdes años el Cielo.

(*Vanse* OTÓN *y* MARCELA; *éntre* OTAVIA.)

OTAVIA. Cierta es mi dicha, pues ya,
Fabio, mis ojos te ven.

FABIO. Y la de Fabio también,
pues en tu presencia está.

OTAVIA. En fin, ¿viene mi Teodoro?

FABIO. Viene, y vitorioso viene.

OTAVIA. Fabio, mi alma no tiene
para estas nuevas tesoro.
Sírvete de esta cadena
y cuéntame cómo está.

FABIO. Las cajas lo dicen ya;
que, tras una grande pena,
luce más el alegría.

OTAVIA. Si alegría puede dar
la muerte como el pesar,
hoy me ha de matar la mía.

(*Salen* CELÍN, AUDALLA, ALÍ, SOLDADOS, FEDERICO, TEODORO, *con bastones;* FÁTIMA, MARCELA *y* OTÓN.)

FEDERICO.

Llegad, turcos, al pie del César nuestro.

TEODORO.

Hasta agora habéis sido desdichados.

AUDALLA.

¡Dadnos, señor, los pies!

ALÍ.

El valor vuestro,
con ser vencidos, nos levanta honrados.

OTÓN.

¡Oh, Federico! ¡Oh, Capitán más diestro
que cuantos tiene el mundo celebrados,
que es corto espacio del distrito iberio:
Príncipe os hago del sagrado Imperio!
Y a vos, Teodoro, os premiaré muy presto
del bien que a este servicio corresponde.

FEDERICO.

Bien veis, Otavia, si he cumplido en esto
la palabra que di, pues traigo al Conde.

OTAVIA.

Mi pecho en justa obligación has puesto.

FEDERICO.

Remite el premio, pues que sabes dónde,
si fuere tan dichoso que te olvide.

OTAVIA.

Bien sabes tú lo que el servirte impide.

FEDERICO.

Esta famosa turca te presento,
reina del Asia, porque es justa cosa
rendirla a tu mayor merecimiento.

OTAVIA.

Es prenda de tu mano belicosa.

OTÓN.

Venid donde celebre mi contento
la Corte, que os espera tan gozosa
como merece tan feliz suceso.

(*Todos se vayan y queden* OTAVIA *y* TEODORO.)

TEODORO.

¿No hay quien le dé su libertad a un preso?

OTAVIA.

Ya esperaba, Teodoro de mi vida,
verme sola por verme en esos brazos.

TEODORO.

Descanse en ellos alma tan rendida,
que no hay [otra] prisión sino sus lazos.
¿Cómo has estado?

OTAVIA.

Como está ofendida
de la frígida noche en los abrazos
la blanca aurora, que vencer porfía,
en tanto que a las flores vuelve el día.

TEODORO.

Tú no de otra manera, sol hermoso,
amaneces en mí, desenvolviendo
del encendido rostro luminoso
túnicas de arrebol; risas vertiendo,
levántase el jacinto perezoso,
la rosa carmesí se viene abriendo:
tales mis pensamientos, del desmayo
de tu ausencia, renacen a su rayo.
Cautivo estuve yo, sin alma, un día;
ya dije al dueño injusto: "Advierte, moro,
que soy de Otavia."

OTAVIA.

Y yo ¿qué le diría
desde esta noche en que tu ausencia adoro?
"Advierte, moro, que esa prenda es mía
y que es Otavia del galán Teodoro."
A entrambos cautivó, los dos lo fuimos:
¡gracias a Amor, que libertad tuvimos!

TEODORO.

¿Qué hay nuevo por acá?

OTAVIA.

Que Otón se pierde
por Marcela, la bella labradora.
Ni hay Imperio o laurel de que se acuerde;
y ella también, como es razón, le adora;
ni hay bordado jardín, no hay campo verde,
ni llorando cristal fuente sonora
que juntos no visiten y frecuenten,
ni pie de sauce donde no se asienten.
Quien quiere ver a Otón, halla a Marcela;
quien a Marcela, a Otón.

TEODORO.

¿Y llega a fuego
ese amor que los junta y los desvela?

OTAVIA.

Pues ¿qué ha de hacer un poderoso ciego?
Amor nunca a los términos apela

si por sí mismo puede hallar sosiego.
Yo los he visto juntos.

TEODORO.

¡Por mil años!

OTAVIA.

En los ojos, Teodoro, no hay engaños.

(*Salen* CÉSAR OTÓN *y* AURELIO.)

AURELIO. Aquí está el Conde, señor.
OTÓN. Ya, Conde, que he despachado
con cargos de tanto honor
al uno y otro soldado
del bárbaro vencedor,
resta premiaros a vos.
TEODORO. Donde es el premio el servir,
ya le tenemos los dos:
sólo puedo yo pedir
que os guarde mil años Dios.
OTÓN. Conde, yo tengo que daros
una joya del mayor
valor que puedo entregaros;
que, a ser de menos valor,
no pudiera de ella honraros.
Es joya de mi corona,
con que honrara mi persona
como posible me fuera.
TEODORO. No poco, de esa manera,
Vuestra Majestad la abona.
OTÓN. Creedme que todo el oro
y los índicos diamantes,
no igualan su gran tesoro.
TEODORO. Pues con joyas semejantes
¿queréis honrar a Teodoro?
OTÓN. Sí, Teodoro; vos tenéis
méritos al precio iguales:
vos la joya merecéis.
TEODORO. Beso vuestros pies reales
por la merced que me hacéis.
OTÓN. ¿Aurelio?
AURELIO. ¿Señor?
OTÓN. Traed
la joya.
AURELIO. Por ella voy.
OTÓN. Veréis su valor.
TEODORO. Creed,
señor, que confuso estoy
de que me hagáis tal merced.
OTAVIA. (Nueva confusión me ofrece
aquesta joya de Otón,
pues que tanto la encarece;
que premio con invención
más encubre que parece.
¡Algún peligro me espera!
Con mil temores encuentro
que cualquiera el alma altera,
y, en temiendo el alma adentro,
no hay buen suceso de fuera.)

(*Salen* AURELIO *y* MARCELA *vestida ricamente.*)

AURELIO. Aquí está Marcela bella.
OTÓN. Esta es, Teodoro, la joya.
AURELIO. No hay qué ver después de vella.
OTÓN. Disculpa tuviera Troya
si se perdiera por ella.
Pues, Conde, ¿suspenso estás,
o es que su luz te desvela?
TEODORO. Miro el premio que me das.
OTÓN. Después de darte a Marcela,
no tengo que darte más.
MARCELA. ¿Qué es, señor, lo que me quieres?
OTÓN. Que des la mano a Teodoro;
fuera de que digna eres,
es justo que este decoro
se guarde a tales mujeres.
MARCELA. Obedecerte es muy justo.
OTAVIA. (¿Qué es lo que mirando estoy?)
OTÓN. General, dé aqueste gusto.
TEODORO. La mano, señor, le doy.
(Mas con notable disgusto.) (*Ap.*)
OTÓN. No puedo yo agradeceros
los servicios de otro modo.
Esto, Teodoro, es quereros;
esto es, con dároslo todo,
honraros y ennobleceros.
No os suspendáis; mirad bien
que os doy más que pensé daros.
TEODORO. Señor...
OTÓN. Advertid también
que aquí los ojos más claros
menos que imaginan ven.
Fiad de mí, que os está
muy bien, y que el tiempo esconde
lo que después se sabrá.
¡Buena mujer lleváis, Conde!
TEODORO. Sí, señor. *Ello dirá.*
OTÓN. No hay más que decir que ser
digna la honesta Marcela
de ser de un César mujer.
TEODORO. (¿Hay más extraña cautela
del amor y del poder? (*Aparte.*)
Su amiga me ha dado Otón
para premio y galardón
de tantos servicios hechos.

¡Que ansí los ingratos pechos
cumplen con su obligación!)

OTÓN. ¿No mostráis más alegría
de este honor, conde Teodoro?

MARCELA. Como imitara la mía
el Conde, señor, que adoro,
alegre tuviera el día.
(Triste parece que está.)

OTÓN. (Grande este bien le vendrá.)

AURELIO. (Parece que el rostro esconde.)

OTÓN. ¡Buena mujer lleváis, Conde!

TEODORO. Sí, señor. *Ello dirá.*

OTÓN. Es una prenda tan cara,
digna de hombre tan fiel;
porque menos os honrara
si de mi frente el laurel
a la vuestra trasladara.
Vamos juntos donde os case
el Arzobispo.

TEODORO. (¡Que pase
esta desdicha por mí!
¡Un rayo del Cielo aquí
mis pensamientos abrase!
¡Nunca de esclavo saliera!
¡Nunca el bravo Federico
con el socorro viniera!)

OTÓN. El desposorio más rico
pienso hacer que si en su esfera
casara el cielo a la luna
con el sol.

OTAVIA. (¿Qué puedo hacer
en tan contraria fortuna?)

TEODORO. (No hay resistencia al poder
si no hay en la muerte alguna.)

OTÓN. Conde, lo que pena os da,
sin que vos sepáis de dónde,
mayor contento os dará.
¡Buena mujer lleváis, Conde!

TEODORO. Sí, señor. *Ello dirá.*

(*Todos se vayan y queden* OTAVIA *y* FABIO.)

OTAVIA. ¡Fabio, Fabio! ¿Así te vas?

FABIO. No ha sido sin artificio
el irme de esta manera.

OTAVIA. ¡Ay, Fabio querido! ¿Has visto
mayor desdicha en el mundo?

FABIO. Dios sabe que no he sentido
mayor tormento en mi vida.

OTAVIA. Todo lo que pudo hizo
mi amor; pero mi fortuna
ha hecho lo que ha querido.
¿Qué es del poder de los tiempos?,
Fabio. ¿De qué me ha servido
esperar horas cansadas,
meses largos y prolijos,
años que siglos parecen,
siglos que son infinitos?
¡Mal hayan las esperanzas,
pues ocasiones han sido
de las iras de este amor
que me ha quitado el juicio!
Rabias me abrasan, Fabio,
y peligros, a quien rindo
el sufrimiento del alma
deshecho con tantos tiros,
desdichas, fortunas, tiempos,
horas, meses, años, siglos,
esperanzas, ocasiones,
iras, rabias y peligros.
¡Ay de los bienes míos,
que sólo me han dejado desvaríos!
¡El Conde casado, Fabio,
y con Marcela! Maldigo
las firmezas de su amor.

FABIO. Señora, humilde te pido
tengas lástima de ti,
pues el Conde no ha tenido
la culpa de esta desdicha.

OTAVIA. ¡Ay, engaños atrevidos
de un necio amor, que ha parado
en celos!

FABIO. Hizo su oficio,
que, como la nieve en agua
y el fuego en humo, en olvido
amor, la esperanza en aire.

OTAVIA. ¡Suspiros, haced camino
al fuego de tanto amor!
¡Pensamientos, yo os suplico
que, pues ya las confianzas
tan bajamente han mentido,
no penséis en mi remedio,
pues está el remedio mío
en no pensar en los bienes,
pues ya son bienes perdidos!
Envidia de los ajenos
me mata, bastante indicio
de que los perdí.

FABIO. Señora,
vuelve en ti, que el dolor mismo
se incita y mueve en las quejas.

OTAVIA. ¿Quién eres, sombra?

FABIO. ¡Oh, qué lindo!
¿No me conoces? Yo soy.

OTAVIA. ¡Oh, falso amigo!

FABIO. Tan limpio
pecho, ¿merecé ese nombre?
OTAVIA. Sí, que todos me han vendido:
Conde, Marcela, firmezas,
engaños, celos, suspiros,
pensamientos, confianzas,
envidias, falsos amigos.
¡Ay de los bienes míos,
que sólo me han dejado desvaríos!
FABIO. Señora, ya está casado
el Conde.
OTAVIA. ¡Oh, fiero enemigo!
¡Quitaréte yo mil vidas!
FABIO. ¡Mentí, señora! ¡No digo
que está casado!
OTAVIA. Sí, Otón
esas palabras le dijo.
¿Cómo puede Otón quitarme
lo que claramente es mío?
¡Haz cuenta que eres Otón!
FABIO. ¡Suéltame, que es gran delito
prender a un Emperador!
OTAVIA. Puesto en tu libre albedrío,
¿casarás al Conde luego?
FABIO. ¡No haré, por Dios!
OTAVIA. Los servicios
de Teodoro, ingrato, ¿pagas
con darle tu amiga?
FABIO. Ha sido
muy grande bellaquería.
(¡Vive Dios, si me deslizo!)
OTAVIA. ¿Los Capitanes se pagan
con premios, Rey, tan indignos?
¡Mal hayan los fieros turcos
y los soldados amigos!
Éstos, porque no le dieron
la muerte entre aquellos ríos,
y los otros, porque fueron
leales en los peligros.
¡Mal hayan, amén, las armas
que los genízaros bríos
quebrantaron!
FABIO. Mira, Otavia,
que ofendes el nombre antiguo
de tus clarísimos padres.
OTAVIA. ¡Quedaran en aquel sitio
cautivos, pues tantas guerras
los hicieron tan altivos!
Si las paces traen las penas
y las glorias he perdido,
contra mí fué la vitoria,
¿no es verdad?
FABIO. Yo soy testigo.
OTAVIA. ¡A mí me han quitado el alma!
Marcela de un monte vino
a ser amiga de Otón.
FABIO. Señora, no es ese estilo
digno de quien eres. Mira...
OTAVIA. ¡Oh, perro, mis celos miro!
¿Ves que me abrasan serpientes
y hasme dado por arbitrio
que calle? ¡A puros bocados
te haré...
FABIO. ¡Tente!
OTAVIA. ¡Un áspid libio
son mis celos, y mi amor,
un scítico basilisco!
FABIO. ¡Ay, que me mata!
OTAVIA. ¿Huyes, perro?
FABIO. (El pescuezo me ha mordido.)
OTAVIA. ¡Otón, capitanes, turcos,
soldados, armas, cautivos,
guerras, paces, penas, glorias,
serpientes y basiliscos!
¡Ay de los males míos!
¡Casóse el Conde, perderé el senti- [do!

ACTO TERCERO

DE *Ello dirá.*

(*Sale* OTÓN *y* AURELIO.)

AURELIO.

Conozco que notables me parecen
los méritos, señor, de Federico,
pues tu gusto y favor los encarecen;
mas que mires, primero, te suplico
que ayer vivía un monte para dalle
hija de Rey tan poderoso y rico.

OTÓN.

Casé a Marcela, y tengo de casalle
igual, si no mejor, aunque una aldea
tenga por patria y por linaje un valle.
La causa yo la sé; ninguno crea
que me falta ocasión. La bella Antonia
quiero que su mujer, Aurelio, sea.

AURELIO.

No pienso yo que ha de tomar Polonia
con gusto el dar su Infanta, y que parece
este tu amor confusa Babilonia.
Diste a Marcela al Conde: bien merece

por su virtud y su hermosura al Conde,
casamiento que tanto la engrandece;
Mas Federico con Antonia...

OTÓN.

Esconde
algún secreto, Aurelio, Federico,
que con esa grandeza corresponde.
Que bien merece, pues que yo le aplico,
tan noble casamiento.

AURELIO.

Vuestra Alteza
se entiende.

OTÓN.

En el favor lo significo,
y aun le diera el laurel de mi cabeza.

(*Sale* MARCELA.)

MARCELA. Por última vez, señor,
vengo a besarte las manos.
OTÓN. No hay en los males humanos
otro de mayor rigor.
En fin, Marcela, ¿te vas?
MARCELA. Quiere el Conde, mi marido,
llevarme a su tierra.
OTÓN. Ha sido
lo que no pensé jamás;
que si perderte pensara
de mis ojos, no te diera
al Conde.
MARCELA. Yo bien quisiera
que esta partida excusara;
pero debe de ser justo
ver su tierra.
OTÓN. La razón
es cumplir tu obligación
y dar a tu esposo gusto.
¿Vate bien con él?
MARCELA. Muy bien.
OTÓN. Parece que triste estás.
¿Qué es esto? Indicios me das
Marcela, de algún desdén.
Retírate un poco aquí.
(¿Qué tienes? ¿No estás contenta?
¿O es porque Teodoro intenta
hoy apartarte de mí?
Dime toda la verdad.
¿No te agrada tu marido?
¿No tiene buen talle?
MARCELA. Ha sido
ponerme tu majestad
entre dos montes de hielo
el entregarme a sus brazos;
no porque en mejores lazos
pudiera ponerme el Cielo,
pues me casé enamorada;
mas porque debe de ser
la falta mía, o tener
el Conde el alma ocupada.
Mándasme decir verdad:
no soy, señor a su gusto,
pues no se le doy.
OTÓN. ¡Qué injusto
premio a tanta voluntad!
MARCELA. No me ha tomado una mano
cuanto ha que soy su mujer,
y tenerla y no tener
gusto en un campo tan llano
como es el de un aposento
de dos casados, señor,
o al Conde le falta amor
o a mí su merecimiento.
OTÓN. Dado me has la mayor pena
que pensé tener jamás.
Agora a su tierra vas,
donde, por ventura, ordena
el Conde con más espacio
tratar de cosas de amor,
que debe de hacer valor
el respeto de Palacio.
Y, fuera de esto, la guerra
divertido le traerá;
yo pienso que te querrá
con mucho gusto en su tierra.
Vete, Marcela, en buen hora
con él y mi bendición,
que mal reconoce a Otón
quien no te estima y adora.
No llores; vete con Dios.
MARCELA. No me deja hablarte el llanto.
OTÓN. Ni yo pensé sentir tanto
el dividirnos los dos.)

(*Váyase* MARCELA *y éntre el* CONDE *con* FABIO.)

TEODORO. Ya vengo a besar tus pies
y a que me des tu licencia.
OTÓN. Siento, Teodoro, tu ausencia;
y así, quiero que me des
los brazos una y mil veces.
Marcela se va de aquí,
donde me ha dicho de ti
que estimas lo que mereces.
Estoy muy agradecido,

Conde, a que la quieres bien;
que aunque ella por sí también
lo tiene tan merecido,
quiero yo reconocer
esta misma obligación,
que no hay más vida en Otón,
Conde, que vuestra mujer.
¿Está con sospechas ya
de algún hijo? ¿Estáis contento?

TEODORO. Mucho, señor.

OTÓN. Lo que siento
veros partir, claro está.
En fin, ¿ya tenéis sospecha
de que tendréis sucesión?

TEODORO. Sí, señor. (¡Con qué pasión *(Ap.)*
habla en cosa tan mal hecha!
Hijo debe de tener
en Marcela el Rey, y aquí
por él me pregunta a mí;
pues poco sabe el poder.
¡Pues, vive Dios, que si es suyo
que no corra por mi cuenta,
y que he de vengar mi afrenta,
y que ha de saberse cúyo!
¿Hay cosa tan mal pensada
con un hombre como yo?
¿Este premio mereció
mi voluntad y mi espada?
¿Para aquesto le serví?)

OTÓN. Conde, a vuestra tierra vais;
en la mujer que lleváis
lleváis gran parte de mí.
Dalde, en señal de mi amor,
este diamante; estimalda,
Conde, en mucho y respetalda,
haciéndole más favor,
que nos importa a los dos
que os honréis de merecella,
porque hay un secreto en ella
por donde es mejor que vos.

(*Vase* OTÓN *con* AURELIO.)

TEODORO. ¿Qué sientes de esto?

FABIO. No sé:
todo es confusión y pena.

TEODORO. Si lo entiendo como suena,
bien mi deshonra se ve.
¿Parte en Marcela mejor
que yo es llevarla preñada
de Otón?

FABIO. Mal interpretada
razón, y es notable error;
que Otón es príncipe honesto
y de costumbres reales.

TEODORO. Amor, en sucesos tales,
es muy necio y descompuesto.
Tiénele tanto, que aquí
sólo, Fabio, le faltó
decirme que advierta yo
que su sustituto fuí.
¡Qué atrevido es el poder!
¿No oíste aquella razón
"que no hay más vida en Otón,
Conde, que vuestra mujer"?
Pues calle Otón y verá
lo que le dura la vida,
que mi paciencia ofendida
tomar venganza sabrá.
¿A mí su amiga, y preñada?

FABIO. Loco estás, y ese furor
más nace de ajeno amor
que de ofensa imaginada.
Pero si preñada está
y tan desdichado fueses,
antes de los nueve meses
cabales *ello dirá*.

TEODORO. Está tan ciego y perdido,
que me dice claramente
a mí mismo lo que siente.

(*Sale* OTAVIA.)

OTAVIA. ¿Aquí estás? ¿Aún no eres ido?

TEODORO. ¡Tanto deseo has tenido
de verme lejos de ti?

OTAVIA. Pues ya ¿qué me importa a mí
que estés más cerca o más lejos,
si has quebrado los espejos
donde me viste y te vi?
Antes, cuanto más estás
adonde yo pueda verte,
tanto para aborrecerte
más ocasiones me das.

TEODORO. Por lo menos, no dirás
que tuve culpa en casarme.

OTAVIA. Sí; mas no podrás negarme
que estás casado.

TEODORO. Es verdad;
mas no con mi voluntad,
que pudo el poder forzarme.

OTAVIA. Fuerza o no fuerza, tú tienes
mujer y yo te perdí,
y en no siendo para mí
tarde disculpas previenes.

TEODORO. No pierdes mucho, pues vienes

a ganar a Federico.

OTAVIA. ¡Qué necios celos!

TEODORO. Aplico
remedios a un loco amor.

OTAVIA. El de Marcela es mejor.
Que la quieras te suplico.

TEODORO. No la he tomado una mano,
¡por el cielo que nos viste
de luz!

OTAVIA. ¿Por qué?

TEODORO. Porque fuiste
quien me dijo que el tirano
Otón, tenías por llano,
que era dueño de Marcela.

OTAVIA. Yo no te hablé con cautela.

TEODORO. Comoquiera que haya sido,
mi honor, Otavia, ofendido,
a justa venganza apela.
Quédate adiós, que muy presto
sabrás si el Emperador
se ha de burlar de mi honor,
atrevido y descompuesto.

OTAVIA. Espera.

TEODORO. Ya voy dispuesto
a darle a entender que está
el agravio en quien le da,
no en quien ninguno recela.

OTAVIA. Pues ¿qué has de hacer de Marcela?

TEODORO. ¿Qué he de hacer? *Ello dirá.*

(*Váyase el* CONDE *y* FABIO, *y éntre* FEDERICO.)

FEDERICO. ¿Ha sido la despedida
muy llorada de los dos?

OTAVIA. ¿Haslo escuchado?

FEDERICO. ¡Por Dios,
que me quitara la vida!
Pero sí es bien que te pida
la palabra que me has dado.
A tiempo habemos llegado
que te la puedo pedir
y que la puedes cumplir,
pues ya está el Conde casado.
Bien sabes mi sufrimiento;
que amando todo lo alcanza,
y que puse mi esperanza
poco menos que en el viento.
La fe de mi pensamiento
bien merece esta vitoria,
pues, ignorando la historia
de tantos sucesos llena,
puse el alma en tanta pena
sin esperanza de gloria.
Amar con satisfación
de que es un hombre querido
no es mucho; mas mucho ha sido
sin esperar galardón.
Si las esperanzas son
las que entretienen amando,
yo, que amé desesperando,
¿qué no merezco de ti,
y más la vez que te vi
por otro amor suspirando?
El Conde es ido; ya estás
en tu libertad, ni creo
que le disculpes, pues veo
que pudo quererte más.
En obligación me estás,
pues me mandó Amor que espere
fe de quien por otro muere;
pues no hay más notable amor
que el que, sin mirar su honor,
donde le aborrecen quiere.

OTAVIA. No dudo que agradeciera
tu amor si en esta jornada
no fuera tan desdichada
que al mismo paso perdiera
la esperanza que pusiera
en tu amor si has de casarte.
Por eso no quiero amarte,
que sé que te casa Otón,
y fuera injusta razón
para perderte estimarte.
Bien pensaba yo tener
en tu esperanza sagrado
donde escoger mi cuidado;
pero ya tienes mujer.
A nadie quiero querer;
que si Amor a amar forzó
para perderle, eso no;
y, pues es con tanto azar,
quien se quisiere casar
diga que le quiera yo.

FEDERICO. Otavia, dicen verdad.
Casarme pretende el Rey;
pero no hay tan fuerte ley
que obligue la voluntad.
No menos que majestad
me ofrece Otón; mas en ti
hay mayor bien para mí.
No creas que pueda ser
tener ajena mujer.

OTAVIA. El Conde lo dijo ansí.
No más amor, Federico.
Vete con Dios; libre estoy.

FEDERICO. Si esta palabra te doy,
¿tan poco amor significo?

OTAVIA. Polonia es dote más rico.
No quiero engaño segundo.
En mis desdichas me fundo;
que como mío le nombre
perderéle; que hombre a hombre
casará Otón todo el mundo.

(*Vase.*)

FEDERICO.

¿Estáis contentos de mi engaño, engaños?
¿Hay más en que os engañe el pensamiento?
No lo estamos, Amor, que no hay contento
adonde viven tantos desengaños.

Pensé que mis temores a mis daños
pusieran fin con tanto sufrimiento:
como esas esperanzas lleva el viento
y en flores suelen mal lograr los años.

Diréis que en pretender no he sido cuerdo,
pues engañaba la esperanza mía,
que de solo un favor jamás me acuerdo.

Pero ¿qué mayor dicha ser podía,
pues por lo menos la esperanza pierdo,
que es el mayor contrario que tenía?

(*Música de labradores y baile;* SALICIO, LAURA, CLARIDANO, ELPINO, *el* CONDE, MARCELA *y* FABIO.)

"Viva el mayo y los amores
y viva el Conde;
viva el mayo que florece,
y viva el Conde;
los montes con los laureles,
y viva el Conde;
los jardines con claveles,
y viva el Conde.
Viva el Capitán valiente,
y viva el Conde;
para que los turcos tiemblen,
y viva el Conde.
Su esposa, que con él viene,
por muchos años le goce,
y viva el Conde.
Viva el mayo y los amores,
y viva el Conde;
viva el Conde vitorioso,
y viva el Conde;
que mata turcos y moros,
y viva el Conde.
En estos prados y sotos,
y viva el Conde,
salten venados y corzos,
y viva el Conde;
sus frutos le rindan todos,
y viva el Conde;
y por mil años dichosos
Marcela y él se desposen,
y viva el Conde;
viva el mayo con sus flores,
y viva el Conde."

LAURA. Mil años vivan, amén,
el señor Conde y la Conda.
Dalde todos parabién
por que a los ecos responda
alegre la mar también.
No quede un ave en el valle
que el pico amoroso calle;
canten las fuentes y el viento;
que, si da envidia el contento,
todos pueden murmuralle.

ELPINO. Para bien seáis venido,
matador de turcos fieros;
ni olmo en prado, ni ave en nido,
deja de inclinarse a veros,
de vuestra ausencia ofendido;
y enojárale ¡por Dios!
vuestro discurso importuno,
a no ser disculpa en vos
que a la corte fuisteis uno
y a la villa volvéis dos.

SALICIO. Yo, que con años mayores
más contento tengo en veros,
quisiera ¡oh, claros señores!
de nuestro monte ofreceros
todas las frutas y flores.
Mas pues tan estéril suelo
sólo produce lealtad,
entre montañas de hielo
recebid la voluntad
y pareceréis al cielo.

TEODORO. Estoy muy agradecido
de la que me habéis mostrado.

CLARIDANO. Por todos la mano os pido.

TEODORO. Llevad a mi esposa al prado,
con vuestras almas florido;
entretenedla esta tarde
con vuestro rústico alarde.

MARCELA. Mucho me he holgado de veros.

LAURA. Y nosotros de teneros
por señora.

MARCELA. Dios os guarde.

ELPINO. Venid al prado y veréis
los mancebos con mil juegos

y bailes, con que os holguéis;
que para la noche hay fuegos
que arderse el monte diréis.
Correr quieren dos novillos
ensortijados y hosquillos,
que tan mal la furia aplacan,
que con los bufidos sacan
de los rastrojos los grillos.
Ea, venid, que también
correrán sortija, adonde
las yeguas más gusto os den.

MARCELA. Con vuestra licencia, Conde.

TEODORO. Después iré yo también.—

(*Váyanse todos y quede el* CONDE *y* FABIO.)

Fabio, ya el tiempo llegó
en que conocer pretendo
lo que tengo en tu lealtad.

FABIO. Ya temo tu pensamiento,
porque se anticipa el mío
al más extraño suceso
que ha producido el agravio
desde que vieron los tiempos
la venganza de los hombres.

TEODORO. Marcela...

FABIO. Mira primero
lo que intentas.

TEODORO. No te pido
para estas cosas consejo;
remedio te pido, Fabio.
Marcela, por justo acuerdo,
ha de morir.

FABIO. No sin causa
temiendo estaba el decreto
de tu intento vengativo,
de tu acelerado pecho.

TEODORO. No tanto como tú piensas,
pues ha días que lo pienso
y lo tengo bien mirado.

FABIO. En efeto, ¿no hay remedio?

TEODORO. Fuera de matarme yo,
otro ninguno le siento.
¿No dije que ello diría
a Otón? Pues dirá muy presto,
con la muerte de Marcela,
lo que responderle tengo.
¿En mi casa sucesión
de otra sangre, de hombre ajeno?
No, Fabio; no eres honrado
si me das tan vil consejo.

FABIO. Señor, no sé qué te diga;
en todo peligros veo:
en que viva, pues infama
tu sangre y tus claros hechos;
en que muera, pues Otón,
cuando viniese a entendello,
ha de vengarse en tu vida.

TEODORO. No importa, Fabio. Más quiero
de mi opinión la inmortal,
que dura siglos eternos,
que la que tan presto acaba,
pues todos morir tenemos.
Ve al campo, saca a Marcela
de entre sus vasallos luego;
di que en la orilla del mar
con una barca la espero,
y, en teniéndola a la orilla,
arrójala al mar soberbio,
donde, en círculos de espuma,
dé sepultura a su cuerpo.

FABIO. ¿No podría ser que el mar
dijese nuestro secreto
y la volviese a la orilla?

TEODORO. Entonces decir podremos
que ella propia se echó en él
de amores de Otón.

FABIO. El Cielo
nos favorezca, que voy
temblando.

TEODORO. Fabio, no tengo
hombre en mi casa, en mi tierra,
en mi ejército, en mi pecho,
más confidente que tú.

FABIO. ¡Con qué dolor te obedezco!

(*Vase* FABIO.)

TEODORO.

Dichosa la nación, pues la ha tenido
el mundo alguna vez, y aun tiene agora,
que no sabe qué es honra ni atesora
campos de viento que sepulta olvido.

Muy noble es el honor cuando, adquirido
de armas o letras, los blasones dora,
y más aquel que la virtud decora;
mas no el que en la mujer fundado ha sido.

No blasones, honor, de tus guirnaldas
ni te corones más la indigna frente
de zafiros, diamantes y esmeraldas;

pues eres una cosa, finalmente,
que puede una mujer, a las espaldas
de un hombre, deshacer tan fácilmente.

(*Sale* ROSELO.)

ROSELO. ¿Aquí está el Conde?

TEODORO. ¿Quién es?
ROSELO. ¿No conoces a Roselo?
TEODORO. Roselo amigo, ¿en mi tierra?
¿Tú en mis lugares? ¿Qué es esto?
ROSELO. A llamarte Otón me envía;
Teodoro, a llamarte vengo,
que no se atreve a fiar
de ningún hombre su ejército.
Selín ha entrado en persona
por Alemania soberbio,
de genízaros de Albania,
de persas, turcos y griegos.
Ama a Fátima Selín,
y jura que a sangre y fuego
ha de abrasar esta vez
las águilas del Imperio.
Ya le pidió Federico
la gente; mas su deseo
no fué de Otón admitido,
que dice que los ejemplos
de tu valor no permiten
fiar de otro brazo el reino.
Hoy has de dejar tu esposa.
TEODORO. ¡Y cómo si será cierto,
Roselo, el dejarla aquí!
ROSELO. Con suspiros no lo entiendo.
TEODORO. Por el camino sabrás
mi desventura, Roselo.
ROSELO. ¿Desventura, Conde?
TEODORO. Sí,
que los bienes que tenemos
en la tierra son prestados,
porque no hay, fuera del Cielo,
cosa firme, y es engaño
poner confianza en ellos.

(Vanse. Salen FEDERICO *y* OTAVIA.)

OTAVIA.

¿Quién quieres que resista,
Federico, la fuerza de tus tiros?

FEDERICO.

Otavia, mi conquista
no tiene más valor que mis suspiros;
con ellos te pretende
el alma, que tu injusto hielo enciende.
Diez años estuvieron
los griegos sobre Troya; al fin los años
la vitoria les dieron,
ya fuese por valor, ya por engaños,
que aquel caballo griego
llevaba el alma de armas y de fuego.
No se apartó el Romano
del muro de Numancia hasta ponelle
como la tierra llano,
ni al gallardo Jasón pudo vencelle
el mar jamás rompido,
que le espantaba con feroz bramido.
Ulises no volviera
a su amada Penélope gozoso
si astuto no venciera
con el tostado leño el riguroso
gigante y las sirenas,
de dulces voces y de engaños llenas.

OTAVIA.

El tiempo, Federico,
puso por tierra la feroz Cartago,
y el Imperio más rico
en más humilde y miserable estrago.
mira el tiempo pasado y el que viene.
La antigua Monarquía
de Jerjes, cuyo ejército una puente
Con dos caras que tiene,
sufrir al mar hacía,
cesó de la memoria de la gente,
y en bárbaro distrito
cayeron las pirámides de Egipto.
No soy fiera Numancia,
ni Troya soy; rendíme a tanto ruego;
mas será de importancia,
ya que mi hielo derribó tu fuego,
que Otón dé su licencia.

FEDERICO.

Nunca amor, para amar, tuvo obediencia.
Mas pues así lo quieres,
yo le daré de mis intentos parte.

OTAVIA.

Amando las mujeres
no hay respeto de honor que nos aparte;
pero en siendo rogadas,
miramos mucho en no quedar culpadas.

(Salen AURELIO *y* OTÓN.)

AURELIO.

Tendidas las banderas
marcha el Turco feroz, y del Danubio
espanta las riberas,
y como suele rápido diluvio
llevarse las aldeas,
que cubre de algas y de secas neas,
así de sangre y fuego
las heredades y lugares cubre.

FEDERICO.

Si admitieras mi ruego,
que tal parte del alma te descubre,
yo hubiera castigado
al fiero Turco de soberbia armado.
Ejemplo en mí tenías
para fiarme, gran señor, tu gente.

OTÓN.

Conozco que podías,
Federico, con ánimo valiente
volver al Turco airado
al Asia fugitivo y castigado;
mas dicha y experiencia
de Teodoro me han dado confianza
que le harán resistencia.

FEDERICO.

No te engaña del Conde la esperanza;
y pues en él la tienes,
algo has de hacer por mí.

OTÓN.

Seguro vienes.

FEDERICO.

Dame, señor, a Otavia.

OTÓN.

¿A Otavia?

FEDERICO.

Esta te pido en casamiento.

OTÓN.

Mi amor tu engaño agravia.
Levanta, Federico, el pensamiento
para cosas mayores.

FEDERICO.

¿Mayores?

OTÓN.

Basta que la causa ignores.
Yo te tengo casado
con la gallarda Infanta de Polonia.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO.

Ya Teodoro ha llegado.

OTÓN.

Perdona, Otavia, que el valor de Antonia
es célebre en el mundo.

OTAVIA.

Merced me has hecho.

OTÓN.

Otros intentos fundo.

(*Salen* ROSELO *y el* CONDE, *vestido de luto.*)

TEODORO. Dame, invictísimo Otón,
tus pies a besar.

OTÓN. ¿Qué es esto?
¿Quién de luto te ha compuesto,
Conde, en aquesta ocasión?
¿Recién casado te vistes
de ese color?

TEODORO. No podía
durar en mí la alegría,
porque es violenta en los tristes.

OTÓN. ¡Buen agüero de vitoria
es venir un General
vestido de luto!

TEODORO. Es tal
la pena cual fué la gloria.—
Dile, Roselo, a su alteza
mi desdicha.

ROSELO. No me espanto,
Conde, que te oprima el llanto
y enmudezca la tristeza.—
Sepa Vuestra Majestad
que es muerta Marcela.

OTÓN. ¿Quién?

ROSELO. Marcela.

OTÓN. (Cumplióse bien
mi recelo. ¿Hay tal crueldad?)
¿Marcela es muerta?

ROSELO. Señor,
a la voluntad del Cielo
¿quién resiste?

OTÓN. ¿Qué consuelo
me sabrá dar mi valor?
Rasgue mi frente el laurel
que vió en esfera tan alta,
pues la mejor piedra falta
que resplandeciera en él.
Entre en mis tierras Selín,
y en una jaula mi altivo
pecho le sirva de estribo
o ponga a mi vida fin.
Muerta Marcela no habrá
para mí jamás contento.
¡Ah, Conde, tal tratamiento
el vuestro habrá sido allá!

¡Ah, Conde, que no sabéis
lo que en ella habéis perdido!
Yo espero que arrepentido
antes de mucho os halléis.
Salid de la corte luego,
y agradeced que no hago
en vos un eterno estrago
poniendo, villano, en fuego
vuestra persona y la tierra
vil que no la mereció,
que basta que sepa yo
qué valor Marcela encierra.
No entréis en la corte más,
que no os quiero ver ni oír,
pues no me podréis servir,
si no es de dolor, jamás.

(*Váyase* Otón, Aurelio *y* Roselo.)

Federico. Quisiera hablarte, y no puedo;
pero si como villano
ensangrentaste la mano,
de que con sospechas quedo,
yo tomaré la venganza
a que vuelve el rostro Otón.

(*Vase* Federico. Otavia *y* Teodoro *queden.*)

Teodoro. Todas estas cosas son
mi desdicha y tu mudanza.
A ti te doy la respuesta,
Otavia, que aquí negué,
como a quien la causa fué
de lo que tu amor me cuesta.
¡Ay, Otavia! Yo he librado
de tanta infamia mi honor;
mas debo a solo tu amor
el haberlo ejecutado.
Marcela es muerta por ti.

Otavia. Pésame más, mucho más,
de ver que culpa me das,
pues no está la culpa en mí.
Que si tu honor te obligó,
como causa que es tan fuerte,
y por él la has dado muerte,
no tengo la culpa yo.

Teodoro. ¡Mi honor! Ya confieso, Otavia,
que me ha dado la ocasión
con sospechas de que Otón
injustamente le agravia.
Pero no hubiera tenido
fuerzas, ánimo y valor
si no me las diera Amor
y el cobrar mi bien perdido.
Yo voy por ti desterrado;
pero no será castigo,
si quieres venir conmigo,
satisfación del cuidado
que justamente me debes,
a la tierra en que serás
señora, y donde tendrás,
puesto que en lugares breves,
la corte de mis sentidos,
la grandeza de mi amor.

Otavia. No reparara el honor,
tras tantos bienes perdidos,
en ir a ser tu mujer
como no temiera a Otón.

Teodoro. Otón está en ocasión
que me ha de haber menester;
y aunque de esto agravio infieres,
no le temas enojado,
que más le importa un soldado
que mil hermosas mujeres.
Ven, señora de mi vida,
a una tierra que te adora,
y a ser de un alma señora,
de quien has de ser servida.
Prados, montes, verdes selvas,
todos te están esperando,
y, como a su sol, rogando
que amanecer te resuelvas.
No hay fruta en ramo, no hay flor
en cogollo que no aguarde
tu mano; no estés cobarde
en pagarles tanto amor.
Por ti preguntan las fuentes
y, con labios de cristal,
repiten tu celestial
nombre en sus claras corrientes.
Por ti despiertan las aves
al aurora; mas agora
no es de aquel monte la aurora,
sino del cielo que sabes.
Vamos, que amor que repara
no es amor.

Otavia. Tienes razón;
cuanto puede hacer Otón
en darme la muerte pára.
Pues vamos, que ya querida
de ti y Marcela acabada,
la muerte, Conde, me agrada,
que tú me bastas por vida;
porque vivir de otra suerte
es mentira y es rigor.

TEODORO. Pagaste, Otavia, mi amor.
Agora venga la muerte.

(*Vase. Salen turcos,* CELÍN *y* SELÍN.)

SELÍN.

El mismo Otón, Celín, contra mí viene.

CELÍN.

Dicen que dijo, gran señor, sabiendo
que del Asia bajabas en persona,
que fuera hacer agravio a tu corona
si menos que la suya te buscara.

SELÍN.

Fátima pienso que le cueste cara.

CELÍN.

Bien te la volverá si tú la quieres.

SELÍN.

¿Dónde la tiene allá?

CELÍN.

Con sus mujeres,
aunque sospecho que la dió en presente
el General a cierta dama suya.
Alí y Audalla viven en la corte
sin más prisión que sola su palabra.

SELÍN.

De que los trate bien envidia tengo,
y con deseos desde Persia vengo
de ver el mayor Rey de los cristianos.

(*Sale* MARCELA *en hábito de pastorcilla.*)

MARCELA.

Ya no tengo remedio; di en sus manos
del bárbaro cruel, si alguno puede
serlo mayor que el Conde, pues excede
los del Asia en crueldad.

SELÍN.

¿Qué gente es ésa?

CELÍN.

Tente, mujer.

MARCELA.

¿Qué resistencia temes
de lo que miras?

CELÍN.

Una pastorcilla
de aqueste monte, orilla el mar huyendo,
dió en nuestras manos.

SELÍN.

Di, mujer, ¿quién eres?

MARCELA.

La más dichosa fuí de las mujeres
de aqueste monte ¡oh, Príncipe del Asia!
mientras que un bien, aunque prestado, tuve.
Pasó como en verano presta nube,
y voy sin él por estas asperezas.

SELÍN.

¿Qué tierra es ésta?

MARCELA.

Montes y malezas,
con cuatro labradores que las viven.

SELÍN.

¿Qué se dice de Otón?

MARCELA.

Dicen que viene
contra tu gran poder con cien mil hombres.

SELÍN.

¿Cien mil?

MARCELA.

Y no son muchos; no te asombres,
que Alemania es poblado por extremo,
y no hay hombre que en viendo una bandera
no salga con las armas.

SELÍN.

Celín, temo
la soberbia de Otón.

CELÍN.

Al mar te vuelve
contento del estrago de esta tierra,
que amenaza el invierno las montañas
y es más para temer que cien mil hombres.

SELÍN.

Llama a consejo esos Bajaes.

CELÍN.

¿Mandas
llevar esta mujer?

SELÍN.

Por estas nuevas
la dejad libre.

MARCELA.

Tu grandeza pruebas,
aunque, según me trata mi desdicha,
esconderme en la mar tuviera dicha.

(Todos se vayan. Sale FABIO *en hábito de villano.)*

FABIO. Desde esos pelados riscos
y peñas de arroyos llenas,
que para cubrirme apenas
daban humildes lentiscos,
mirando estuve, Marcela,
tu atrevimiento en llegar
tan a la margen del mar.

MARCELA. Ninguna cosa recela
quien no tiene que perder,
y el no huír de la ocasión
es más desesperación
que atrevimiento en mujer.

FABIO. Desde que el conde Teodoro
me mandó darte la muerte
y te traje de esta suerte,
ya con respeto al decoro
debido al príncipe Otón,
ya con piedad de tus años,
donde por montes extraños
hacemos habitación
en hábito tan diverso,
he deseado saber
qué fin podremos tener,
que me le promete adverso
el ver al Conde ofendido
en esto de mi lealtad,
aunque, si digo verdad,
voluntad del Cielo ha sido
que te defienda y te guarde,
más que lisonja de Otón.

MARCELA. No estés en esta ocasión
¡oh, Fabio amigo!, cobarde,
que grande premio te espera.

FABIO. Tu inocencia y tu valor
me animan; pero es rigor
vivir en esta ribera,
donde el Turco cada día,
como ya lo viste agora,
puede llevarnos, señora,
a Corón o a Alejandría;
y así tengo por mejor
que hacia la corte nos vamos,
pues el traje que llevamos
nos puede encubrir mejor;
tras esto, estamos seguros
del Conde.

MARCELA. El amor ¡oh, Fabio!
me hace olvidar el agravio,
y entre estos peñascos duros
vivir contenta de ver
desde lejos esta tierra
que mi amado Conde encierra.

FABIO. Tú eres valiente mujer.

MARCELA. No me querría apartar
de mi adorado enemigo.

FABIO. Si él sabe que estoy contigo,
tarde me ha de perdonar.

(Sale ALBERTO.*)*

ALBERTO. Estos lo dirán mejor,
que es gente de aqueste monte,
que pienso que voy perdido.—
¿Hola? ¿Qué digo, pastores?

FABIO. ¿Quién llama?

ALBERTO. ¿Voy bien a Estelia?

FABIO. Detrás de ese verde bosque
está una fuente de mármol;
dejad aparte los robles
y echad a la mano izquierda.
Mas si venís de la corte,
¿qué hay de Otón?

ALBERTO. Que ya camina
contra los turcos feroces
con la gente de Alemania
más belicosa y más noble.

FABIO. ¿Al Conde iréis a buscar?

ALBERTO. Cásase el Conde esta noche,
y llevo ciertos recados.

MARCELA. ¿El Conde?

FABIO. ¿El Conde? Responde.

MARCELA. ¿Pues no era el Conde casado?

ALBERTO. Mucho me espanto que ignores,
siendo del monte, que es muerta
Marcela.

MARCELA. (¡Y muerta de amores!

FABIO. Mejor dirás de desdenes.)

MARCELA. Y ¿con quién se casa el Conde?

ALBERTO. Con Otavia, la más bella
mujer que el mundo conoce
desde el oriente del sol
al ocaso en que se pone.
¿Mandáis otra cosa?

FABIO. No.

ALBERTO. Adiós.

(Vase.)

MARCELA. ¡Muerta soy!

FABIO. ¿Qué bronce
sufriera tanta crueldad?

MARCELA. Fabio, el peligro perdone:
yo los he de ver casar.

FABIO. Yo acompañarte, aunque tome

venganza el Conde, si pueden
ser las lealtades traiciones.

MARCELA. Morir quiero, Fabio amigo.

FABIO. ¡Oh, qué ingrato corresponde
el Conde a quien es!

MARCELA. Camina
sin vida, sin luz, sin orden,
que un amor desatinado
por mil imposibles rompe.

(*Salen* LAURA, ELPINO *y* CLARIDANO.)

LAURA. Prevenid los instrumentos
y celebremos, pastores,
el fin de sus pensamientos.

ELPINO. Dichoso el de los amores
que paran en casamientos.

CLARID. ¡Qué contento el Conde está!

LAURA. A la fe, poco quería
a Marcela.

ELPINO. ¿Quién dirá
que es amor el que en un día
como se viene se va?

LAURA. El viudo que es de un año
aún puede decir que amor
no fué en sus bodas engaño;
el de dos años, mejor,
y el de tres, gran desengaño;
pero viudos que un día
entierran lo que encarecen
y casados amanecen,
de esos tales yo diría
que, más que aman, aborrecen.
Poco a Marcela estimó
el Conde, pues la olvidó
tan presto.

CLARID. Laura, no seas
adivina, aunque lo veas.

LAURA. Pues ¿qué he de hacer?

CLARID. Lo que yo,
que es comer en cualquier boda
y llorar en cualquier muerte.

(*Salen* FABIO *y* MARCELA.)

FABIO. Tal está la casa toda
que nadie en vernos advierte.

MARCELA. Aquí, Fabio, te acomoda,
que espero en Dios que del Conde
no será Otavia mujer.

FABIO. Aquí, Marcela, te esconde.

(*Salen de las manos él* CONDE *y* OTAVIA.)

TEODORO. Todo el valle, de placer,
a nuestros ecos responde.

MARCELA. (¿Son éstos?

FABIO. Pues ¿no los ves?

MARCELA. ¡Ay de mí!

FABIO. Ten sufrimiento.)

OTAVIA. ¿Qué puede haber que me des,
Fortuna, de más contento?

TEODORO. Llegad a besar sus pies,
coronados de mil flores,
venturosos labradores
de Estelia, pues por señora
os da vuestro Conde agora
la diosa de los amores.—
Siéntate en aqueste estrado
y dame esa mano hermosa.

MARCELA. (¿Qué haré, Fabio, que ha llegado
mi resistencia amorosa
al más peligroso estado?
¡Sentados, ay, Fabio, están!
¿Las manos se dan! ¿Qué harán
mis celos? ¡Morir!

FABIO. Detente,
que al Cielo, aunque lo consiente,
voces tus agravios dan.)

(*Los músicos.*)

"No hay placer
como, querido, querer;
no hay pesar
como, aborrecido, amar."

(*Una caja dentro.*)

TEODORO. ¡Hola, Alberto! ¡Hola, criados!
¿Agora cajas de guerra?
¡En fiestas de labradores
no me deis armas por fiestas!

OTAVIA. Otra vez vuelve a tocar.

(*Sale* ALBERTO.)

ALBERTO. Dando, señor, sus banderas
al viento, viene gallardo
Otón de Alemania, César,
de haber retirado al mar,
con pérdida y con afrenta
de su gente y su valor,
la fiera turca, soberbia;
y discurriendo la fama
por estos montes y aldeas
de tu nuevo casamiento,
lleno de congoja y pena,
mandó marchar a tu casa
de su campo la nobleza.

TEODORO. ¿Qué haremos, hermosa Otavia?

OTAVIA. Esperar, porque no entienda
que esto ha sido a su disgusto.

TEODORO. ¡Gran peligro me aconsejas!

FABIO. (Marcela, el Cielo te mira
con piedad.

MARCELA. Si mi inocencia
le obliga, venganza espero
del Conde.

FABIO. Ya el César llega.)

(Salen OTÓN, FEDERICO *y* AURELIO, ROSELO, SOLDADOS, *y cajas.)*

OTÓN. ¿Dónde está el Conde traidor?

TEODORO. Traidor, no, que en paz y en guerra,
César, te he sido leal;
pues toda Alemania, César,
sabe que esta espada ha sido
por quien el Asia respeta
las águilas del Imperio.

OTÓN. ¿Qué importa, Conde, que seas
valiente defensor mío,
y yo temido por ella,
si por casar con Otavia
has dado muerte a Marcela?

FEDERICO. Bien dice el César, Teodoro,
y yo tengo justa queja
de ti, pues que, ya casado
con mi hermana, loco intentas
quitarme a Otavia.

TEODORO. No ha sido
Marcela a mis manos muerta,
Federico.

OTÓN. Pues si estás
sin culpa de aquesta ofensa,
dame de Marcela el cuerpo.

TEODORO. El mar entre sus arenas
le sepulta.

OTÓN. Eso es maldad.
¡Viven los Cielos, que vea
el mundo un ejemplo en ti
que exceda cuantas tragedias
desde su principio ha visto!
Y porque de su inocencia
conste mejor la verdad,
di la causa de tus quejas
y sabrás que eres traidor.

TEODORO. Ya que me obligas y apremias
a confesar que la he muerto,
quiero que Alemania entienda
que ha sido con mucha causa,
pues después de tantas guerras,
tantos servicios, Otón,
y obligaciones diversas,
me diste tu misma amiga
por mujer.

OTÓN. ¿De qué manera
lo sabes?

TEODORO. Dígalo Otavia.

OTÓN. ¿Qué viste?

OTAVIA. Vi tu cabeza
de Marcela en el regazo,
y vi no apartarte de ella
ni las noches ni los días.

OTÓN. Aunque he tenido secretos
por peligros de mi vida
la causa, quiero que sepa
toda Alemania este caso
y volver por su inocencia,
mientras Otavia y Teodoro
mienten; que Marcela bella
y Federico no son
los labradores que piensa
Alba Real, porque son
mis hijos, y de Lisena,
del mismo Teodoro hermana,
que crió en aquella aldea
Laurencio, a quien visitaba
por esta causa.

TEODORO. La pena
que me dió mi deshonor
de haber muerto a mi sobrina,
a quien, si tú me dijeras
quién era, diera mil almas.

FEDERICO. Dame, generoso César,
tus pies hoy que sé que soy
tu hijo.

OTÓN. Este Imperio heredas,
Federico.

FEDERICO. Más estimo
tu sangre; mas si deseas
mi vida, porque en tus glorias,
que no en la tuya suceda,
hónrame con darme a Otavia.

OTÓN. Luego que Teodoro muera,
porque no he de perdonarle
si no es que salga Marcela
del mar a pedir su vida.

MARCELA. Pues por que el Conde me deba
la vida, a tus pies estoy.

OTÓN. ¿Quién es?

MARCELA. Tu hija, que ruega
por Teodoro.

FABIO. Y yo soy Fabio,
que, mandándome ponerla

en el sepulcro del mar,
la he guardado entre estas sierras
en el hábito que veis.

OTÓN. Pues todo mi enojo cesa
en tus brazos.

TEODORO. Y los míos
te piden perdón.

MARCELA. Que seas
mío te pido, no más.

OTÓN. Nobles, la verdad es ésta,
y que Federico es rey
de romanos, porque hereda
el Imperio de Alemania.

AURELIO. Aurelio sus manos besa.

OTÓN. Otavia goce su dicha,
y Fabio Mariscal sea
de Buda y Alba Real.

TEODORO. Tú, como César, le premias,
y yo con darle mis brazos.

FEDERICO. Aquí acaba la comedia
de *Ello dirá*, y si volvéis
a oírla, dirá que es buena.

FIN DE LA COMEDIA DE *Ello dirá*.

LA GRAN COMEDIA

LOS EMBUSTES DE FABIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CAMILA.
FABRICIO.
CATULO.
AURELIO.
ERITREO.
CRIADOS.
FABIA, *dama.*
CELIO, *capitán.*
BELARDO.
SOLDADOS.
MARANDRO.
Un PAJE.
LELIO.
VITELIO.
ALBERTO.
ATILIO.
NERÓN, *emperador.*
BRISENA, *dama.*
HEBRANDO, *paje.*
[BELARISO.
Un NIÑO.
DABO.
PAJES.]

JORNADA PRIMERA

(*Salen* CAMILA *y* FABRICIO.)

CAMILA. Bien te descuidas en verme,
Fabricio.
FABRICIO. ¿Quieres dejarme?
CAMILA. Basta, que das en helarme
para de nuevo encenderme.
Pues ya me dejas, Fabricio,
con la boca a la pared,
señal es que tu merced
se enfada de mi servicio.
¡Vete con Dios!
FABRICIO. Calla, loca.
CAMILA. ¿Que calle? ¡Gentil razón!
Tiene puerta el corazón
cuando le cierran la boca.
¿Podrá decir sus enojos
si aquella puerta le vedan?
Sí podrá, pues que le quedan
las ventanas de los ojos.
Lloren mis ojos, ¡ay, ay!
pues sólo hablar no me dejas.
FABRICIO. Tanto más siempre te quejas
cuanto menos razón hay.
No me maltrates las niñas,
donde tan niño me veo:
cúmpleme aqueste deseo
y sufriré que me riñas.
CAMILA. ¿Que no las maltrate, dices,
y que el triste llanto aplaquen?
¡Plega a Dios que me las saquen
cuervos, grajos y perdices!
FABRICIO. Así las aves le toman.
CAMILA. A cazar con ellas vienes,
pues como buho las tienes,
para que otros me las coman.
Deja mis niñas, Fabricio,
que de ellas será mejor
que, llorando al niño Amor,
haga injusto sacrificio.
¡Ay, ay!
FABRICIO. Iréme, por Dios,
por no ver cómo padeces
lo que más bien me pareces.
CAMILA. ¡Vete! ¡Adiós!
FABRICIO. ¡Adiós!
CAMILA. ¡Adiós!
Adonde mueve la planta
Bracamana, helado Scita,
Abarimo, Troglodita,
Indio, Alarbe, Garamanta...
¡Vuelve, no me hagas fieros!
FABRICIO. ¡No volveré!
CAMILA. ¡Venga acá!
FABRICIO. ¿Lloras?
CAMILA. No me quedan ya
sino tanticos pucheros.
FABRICIO. Pues es hacerme pedazos.
CAMILA. Pues llégate acá, león;
sosiégame el corazón.
FABRICIO. ¿Con qué, tigre?
CAMILA. Con tus brazos.
FABRICIO. Agora me manda y pisa
aqueste cuello cien veces,
pues tanta gloria me ofreces

con esa boca de risa.
CAMILA. ¿Hablará más a la tuerta?
FABRICIO. ¡Vive Júpiter, que ha un mes
que no han tocado mis pies
los umbrales de su puerta!
CAMILA. ¿Ni en casa de Teodoreta,
la quebrada de color?
FABRICIO. No, por tus ojos, amor,
que es ciega y es alcagüeta;
y ya la he dado de mano.
CAMILA. ¡Perro!, si quebradas quieres,
hallarás en mil mujeres
este barro zamorano.
FABRICIO. La comparación no entiendo,
que nunca en España estuve.
CAMILA. Yo sí, que la flor que tuve
allí la gasté sirviendo;
que fuí con el Senador
cuando le hicieron Tribuno.
FABRICIO. ¡Que siempre, en nombrando algu-
le llaman con atambor! [no,
Toma ese papel, y adiós.
CAMILA. ¿Cúyo?
FABRICIO. De Vitelio es:
cobra respuesta, y después
nos hablaremos los dos.

(Vase FABRICIO, *y entra* CATULO, *viejo, Senador, y* ERITREO, AURELIO *y* CRIADOS.)

CATULO. ¡Por Júpiter, que se huyó
el mozalbillo, Eritreo.
ERITREO. Que te has engañado creo,
que ni huye ni te vió.
CATULO. Mis ojos ¿engañarélos?
ERITREO. Puedes engañar tus ojos,
pues los cubres con antojos.
SENADOR. ¿De qué antojos?
ERITREO. De tus celos,
que hacen la letra grande,
como se suele decir.
SENADOR. ¿En qué entiendes?
CAMILA. En servir.
¿Mandas algo?
SENADOR. ¿Que te mande?
¡Oh, Camila! ¿Pudo ser
que contra aquella esperanza
hicieses tanta mudanza?
Pudiste como mujer,
como materia imperfecta;
mas presto dispuesta al mal,
que esta regla general
pocas o ninguna excepta.
ERITREO. ¿Cómo a todas las igualas?
SENADOR. ¡Necio! ¿Por qué me condenas?
Digo que hay muchas muy buenas,
pero que hay muchas muy malas.
No siguen el medio igual,
y claramente se ven:
la buena, extremo del bien;
la mala, extremo del mal.
ERITREO. Por cierto, en balde te quejas.
AURELIO. Señor, en balde te matas.
CAMILA. Mal nos quieres, mal nos tratas:
debe de ser que nos dejas.
¿Mudaste la condición
como mudaste la edad?
SENADOR. Mudéla con la maldad
de vuestra infame traición.
No estoy en la senetud,
que os tengo de aborrecer,
porque no puedo tener
lo que da la juventud;
otra cosa me atormenta.
CAMILA. Esta, mi señor, te aqueja.
¿No has oído la conseja
que de la zorra se cuenta?
en dos jarras enramadas,
vió sacudir de los vientos
los racimos y sarmientos
y las uvas sazonadas;
alcanzarlas pretendía;
pero fué gran desatino,
porque un alto, antiguo espino,
en sus brazos las tenía,
y, viendo que era imposible,
dicen que dijo a la gente:
"De aquella fruta presente,
os guardaréis lo posible,
que es aceda y venenosa
y gran daño os puede hacer."
Como tú de la mujer
sabia, cuerda, honesta, hermosa;
que, ya que la edad te doma
y de sus gustos excedes,
cuando comella no puedes,
quieres que nadie la coma.
SENADOR. ¡Hasme indignado, hasme muerto!
No pensé llegar a tal,
y aunque escarbe por mi mal,
se ha mi mal descubierto.—
Aurelio, tenle estos brazos,
y tú también, Eritreo.
CAMILA. ¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?
¿Queréis hacerme pedazos?

Si me quierés castigar,
dime primero el porqué.

SENADOR. Tú lo sabrás, que bien sé
que me queréis acabar.

CAMILA. ¿Tal se sufre y se consiente?
Que no quieras, señor, no,
que carnes que Dios me dió
me las vea tanta gente.
¿Qué me buscas en los pechos?

SENADOR. La ponzoña injusta o fuerte
donde me tratas la muerte.

CAMILA. Pedazos los tienes hechos.
Bien medro. ¡Ay, pobre doncella!
Y ¿adónde las manos mete?

SENADOR. Ya ha parecido el billete,
podéis dejar de tenella:
agora veréis las pruebas
de mi verdad.

CAMILA. No hay que hablar.
Dime: ¿quién ha de pagar
la castidad que me llevas?

SENADOR. Veréis si mis quejas fueron
tan sólo para quejarme,
y veréis si puedo honrarme
de la mujer que me dieron.
¡Ah, papel, que en Corte rabio,
escrito por mi deshonra
en el papel de mi honra,
con la tinta de mi agravio!

CAMILA. Mucho mejor es que sea
escrito discretamente
en el papel de su frente
con el cuerno de Amaltea.

AURELIO. (¿Oíste tal desvergüenza?)

ERITREO. (¡Calla! ¿No tienes temor?

CAMILA. No, porque su mucho amor
me ha quitado la vergüenza;
quiere bien a mi señora:
sufrirá que le azotemos.

AURELIO. ¡Que hace de hacer extremos!
¡Sin duda, mueres agora!

CAMILA. ¿De aquesto te maravillas?
¡Déjale, Aurelio, enojar,
que ella le sabe ablandar
con dos falsas lagrimillas!)

(*Sale* FABIA, *dama.*)

FABIA. ¿Qué alboroto es éste? Pues
¿qué estás leyendo, señor?
Dadme el papel, por mi amor,
que de alguna dama es.

SENADOR. ¡Suelta, infamia de las buenas;
suelta, no rompas! ¡Quisiera
que un dardo, un rayo, rompiera
la ponzoña de tus venas!
Y ya que quiera rompellas,
un rayo que las quemara.
Mas yerro, porque sacara
sangre que bebiera de ellas.
Haslo rompido y deshecho,
y aunque lo deshagas más,
la traición no desharás
que en escribirle me has hecho.
Mira en aqueste pedazo
como dice de esta suerte:
que me deseas la muerte
y que ya se llega el plazo.
¡Oh, Fabia, al fin, mal nacida,
llena de infamia y deshonra!
Basta quitarme la honra,
¿por qué me quitas la vida?
Mas bien haces: de esa suerte
el yerro en fuego apercibe,
que aquel que sin honra vive
dichoso acaba en la muerte.

FABIA. ¡Señor!

SENADOR. ¡No muevas la lengua,
sierpe, víbora!

FABIA. ¡Señor!

SENADOR. ¡Calla, que harás al dolor
que dé voces en tu mengua!
Mas, pues de ella y de su pena
la mayor parte me alcanza,
yo tomaré la venganza
por propia o por mano ajena.
¡Verteré tu sangre, infame!
¡Mancharé el vestido en ella,
lavaré mi honor con ella
al tiempo que se derrame!
Este es el medio mejor,
pues entre tu sangre luego,
como el fénix en su fuego,
ha de renacer mi honor.
Y ese Vitelio que adoras,
ese Vitelio, tu cielo,
ese lascivo mozuelo,
por quien suspiras y lloras;
ese, ¡oh Fabia!... Pero basta.—
Venid conmigo los dos.

FABIA. ¡Oh, Senador, sabe Dios
que te sirvo humilde y casta!

(*Vanse* CATULO *y los* CRIADOS.)

CAMILA. ¡Y cómo si le servimos!

¡Mal año para Lucrecia!
Es tan casta, que es muy necia.
¡Dios sabe lo que sufrimos!—
Mi señora, vuelve en ti,
que ya veo en su locura
abierta tu sepultura
y una horca para mí.
¡Que he de morir ahorcada!

FABIA. ¿Haces donaire medrosa?

CAMILA. ¿Piensas que soy mentirosa?
Ahorcada o despernada,
que un zahorí me lo dijo
por las rayas de una pierna.

FABIA. Por haber sido tan tierna,
agora, ¡oh Cielos!, me aflijo.
Mil veces a este enemigo
le hubiera dado la muerte
quien tuviera a buena suerte
poderse casar conmigo.
Detuve el cuchillo fiero
que agora habré de buscar,
y si él me quiere matar,
adelantarme primero.

CAMILA. Eso sí, llega temprano,
pues tienes a quien lo pidas;
y pues que jugáis las vidas,
gánale tú por la mano.
Determina luego a quién.

FABIA. ¿Quién? Vitelio.

CAMILA. Agora creo
que tienes sólo un deseo;
en llegando a querer bien,
ya debe de estar cumplido,
pues a Vitelio aborreces.

FABIA. ¡Ay, Dios, qué pena me ofreces!
¿Mi Vitelio aborrecido?
Imagina el monte Celio
tan llano como la palma,
y no que pueda mi alma
aborrecer a Vitelio.

CAMILA. Pues ¿por qué quieres hacer
que Vitelio haga este insulto,
pues, si acaso no es oculto,
por fuerza le has de perder?
Hágalo otro enemigo
que aborrezcas y que pueda,
pues libre Vitelio queda
para casarse contigo.

FABIA. Bien dices, razón te sobra,
adivínasme el deseo:
no sea Vitelio el reo;
Lelio le ponga por obra,
que es fanfarrón y gallardo
y se pica de valiente.

CAMILA. Has dicho discretamente.

FABIA. ¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo?
¡Muera el Senador! ¡No viva
tal pestilencia en el suelo!
¡Rescate el piadoso Cielo
esta su hechura cautiva!
¿Dudas de Lelio?

CAMILA. ¡Oh, qué bien!
¿De un joven fuerte y soldado
y muerto de enamorado
a manos de tu desdén?
El negocio se le pinta,
que ansí desea agradarte,
que no está seguro (1) Marte
dentro de su esfera quinta.
¡Bonito es el hablador!

FABIA. ¡Paso, Camila, que viene!

(LELIO, *capitán, y dos soldados,* MARANDRO *y* BELARDO.)

LELIO. Grande es la fuerza que tiene
en mis entrañas Amor.
¿Fabia?

FABIA. ¿Capitán?

LELIO. ¿Qué hace
esa divina aspereza?

FABIA. Miro aquesa gentileza,
que tanto me satisface.
¡Bueno vienes, y galán!

LELIO. ¿Hay bien que con éste venga?
¡Soldados, nadie me tenga!

BELARDO. ¿Adónde vas, Capitán?

LELIO. Voime los sentidos llenos
de dulcísimo furor,
que tan divino favor
no se ha de tener en menos.
¡A volverme loco voy!

MARANDRO. Sospecho que fueras tarde.

LELIO. Con el fuego que me arde,
tan cerca de vos estoy.
Fabia, tan supremo bien
besar vuestros pies provoca:
hacedme digna la boca,
llegará el alma también.
¿Qué queréis que por vos haga,
¡oh Fabia!, vuestro cautivo,
que, del favor excesivo,
sea humildísima paga?

(1) En el original, "Segenio".

Mandadme entrar en batalla
con un Hércules famoso;
haced que este brazo ocioso
a Héctor siente la malla;
hacer una hazaña sólo
que os pueda agradar con ella.
Mandad que alcance una estrella,
mandad que detenga a Apolo;
pedid de aquella agua un vaso
que corre el negro (1) Aqueronte;
pedid que en un alto monte
os haga anchuroso paso,
y pedid, si se os antoja,
aquel rayo tan furioso
que Júpiter poderoso
desde las nubes arroja,
que no hay extraño imposible
que no facilite Amor.

CAMILA. (¡Bueno viene el hablador!)

FABIA. ¿Al amor todo es posible?
Eso tengo por donaire,
de que me puedo reír,
aunque he oído decir
que un rayo rompe en el aire.
Pero, mi Lelio, bien puedes
contentarme con bien poco.

LELIO. Andan por volverme loco,
Fabia, tan grandes mercedes.
¿En qué te sirvo?

FABIA. Podrás,
Lelio, por una encomienda,
sacándome de una tienda
tres o cuatro niñerías.
Mira qué fácil ensayo
de aquesas promesas bellas,
sin Hércules, sin estrellas,
agua, sol, montes y rayo.

LELIO. ¿Burlas, señora?

FABIA. ¿Te espantas?

LELIO. Me espanto. Esa mano toma, (2)
que no tiene erario Roma
que yo no vierta a tus plantas,
y lo tengo a suma gloria.

FABIA. ¡Hola!—Dame tinta y pluma,
que quiero hacer una suma
que lleve para memoria.

LELIO. Di lo que piensas a bulto
y traeráse en mayor copia.

(1) En el original, "nerbio".
(2) En ídem, "toca".

FABIA. Escribirélo yo propia,
por que lo lleves oculto.

CAMILA. Ya está aquí el recado.

FABIA. Muestra.

LELIO. Escribe cosas muy grandes,
que, en ver que tú me lo mandes,
lo tengo a fortuna diestra.
Escribe un sumo tesoro;
pon la púrpura de Tiro,
pon el diamante, el zafiro,
el rubí, la perla, el oro.
Para todo me apercibe,
ya que a servir me señalo,
y si es cosa de regalo,
la misma Fénix escribe.
Haré lo que nadie pueda,
y a las obras me remito.

FABIA. Capitán, ya queda escrito;
toma y con Júpiter queda.

LELIO. Id en buen hora, y veréis
que a serviros voy dispuesto.

FABIA. Si vos, mi Lelio, hacéis esto,
veré lo que me queréis.

(Vanse los dos.)

LELIO. Este dichoso papel,
que, como en obligación,
va firmado el galardón,
¿qué se me ofrece por él?
¡Qué dulce cosa es el dar,
que, en llegando a recibir,
puedo a mi dama pedir
lo que no puede negar!
Aqueste papel me esfuerza,
con que será executada;
que, al fin, mujer obligada,
paga de grado o por fuerza.

(Lea:) "Mi Lelio (¡ah, dichosa palma!):
si tú quieres ser mi dueño...
(¡Desde aquí mi dueño, ¡oh sueño!,
vos sois dueño de mi alma.)
"Mataréis a mi marido,
y seré vuestra mujer."
¡Cielos! ¿Puede aquesto ser?
¿Tengo perfeto sentido?
Sí tengo. Ya entiendo el caso.
¡Venciste, Lelio, venciste,
que al monte de Amor subiste
con seguro y cierto paso!
¡Cuál tiene a Fabia mi honor,
pues, por casarse conmigo,
manda que aqueste enemigo

muera! ¡Oh, supremo favor!—
¡Hola, Marandro, Belardo!

BELARDO. ¿Qué mandas?

LELIO. ¿Habéis sabido
lo que Fabia me ha pedido? (1)

MARANDRO. Que te declares aguardo.

BELARDO. ¿Habemos de ir a robar?
¡Ya conoces los aceros!

LELIO. No, mas a buscar dineros
para poderlo pagar,
que gran riqueza atropella.

BELARDO. ¿Con qué dineros se paga?

LELIO. Con la punta de esa daga
y un poco de sangre en ella.

MARANDRO. ¿Quieres abrir algún techo
de alguna tienda famosa,
muro, (2) pared o otra cosa?

LELIO. No, sino de un pecho; (3)
luego le quiero mostrar,
amigos, que ha de ser hoy,
y en viendo que yo le doy,
los dos le habéis de acabar.

MARANDRO. ¡Haz cuenta que ya la dió!

BELARDO. ¡Júpiter se duela de él!

MARANDRO. Capitán: ¡ponme con él,
que ha tres días que murió!

(*Entra* VITELIO *y* FABRICIO.)

LELIO. Gente suena. ¡Paso, amigos!

FABRICIO. (Del modo que te lo cuento.

VITELIO. ¡Es extraño pensamiento!
¡Los cielos me son testigos!
El Capitán es aquél.)
¡Oh, señor Lelio!

LELIO. ¡Oh, señor!

VITELIO. Creo que este mirador
os hace guerra cruel.

LELIO. Antes procuro la paz.

VITELIO. Con Amor es excusado,
siendo vos tan gran soldado
y él tan pequeño rapaz.

LELIO. Verdad es que en esta tierra
poco su guerra me daña;
más me ofende la de España,
de Marte espantosa guerra.

VITELIO. Pues cómo, ¿hase rebelado?

LELIO. Es indomable furor:
no quiere extraño señor
ni obedecer al Senado.
Allá envían dos tribunos:
yo pienso que voy con ellos.

VITELIO. ¡Y mejor que todos ellos!

LELIO. Tan bien, señor, como algunos.

VITELIO. ¡Plega a Dios que con más gloria,
Lelio, de España volváis!

LELIO. Por que vos de mí tengáis
gran parte de la vitoria.
¡Quedad con Dios!

VITELIO. El os guarde.

(*Vanse* LELIO *y los* SOLDADOS.)

¡Bravato (1) es el fanfarrón!
¿Quién duda que en la ocasión
el primero se acobarde?—
Fabricio, dime: ¿es posible
que Fabia ha perdido el seso?

FABRICIO. Colígelo del exceso
de su amor incomprensible:
matar quiere a su marido
porque con ella te cases.

VITELIO. ¡Paso!, adelante no pases;
las piedras tienen oído.
¡Oh, Fabia, y cuánto te debo!
Mi solo bien, ¿quién te agravia,
que pruebe lo que yo pruebo?
Quien dice que no hay firmeza
en el pecho de mujer,
aquí puede conocer
su reprobada torpeza.
¡Divina y fuerte constancia,
es bien que de hoy más te nom- [bres, (2)
por tu hazaña, su inconstancia!—
Dime: ¿qué parecería
ya con mi Fabia casado?

FABRICIO. Sol que, después de nublado,
muestra la luz que encubría.

VITELIO. ¿Quién es aqueste que hace
niebla, que mi luz agravia?

FABRICIO. El Senador, a quien Fabia
con viva lumbre deshace.
Porque entre la suya envuelve
con más fuerza la de amor,
la niebla del Senador
hoy en sangre la resuelve.

VITELIO. ¡Plega a Dios que este nublado
no llueva sobre la nuestra!

---

(1) En el original, "me mandó?".
(2) En ídem, "meno".
(3) Verso incompleto.

(1) Así en el original. Quizá deba leerse "Bravote".
(2) Falta un verso a la redondilla. Pudiera ser: "y que afrentes de los hombres", o cosa semejante.

(*Sale* CAMILA.)

CAMILA. ¡Oh, mi Vitelio, hoy te muestra
liberal enamorado!
Dame albricias, que ya queda
hecho de Fabia concierto
para que, Catulo muerto,
casarse contigo pueda.

VITELIO. ¡Buenas nuevas! ¿Y es sin duda
que ha de ser hoy?

CAMILA. Hoy será,
que ya el homicida va
la media espada desnuda.

VITELIO. Dime quién es.

CAMILA. No te importa.

VITELIO. Acaba.

CAMILA. Yo no lo sé;
sólo decirte podré
que ya su vida se acorta,
y que le van a matar.
Vitelio, ¿de qué te encoges?

VITELIO. El corazón me recoges
al más estrecho lugar.
¿Dónde?

CAMILA. Donde [le] topare
el resoluto agresor.

VITELIO. Esto es hecho. ¡Ah, fiero amor!,
¿quién habrá que te repare?
Por mi seguro me voy,
Camila, al templo de Marte;
estaré en aquella parte
que algunas fiestas estoy.
Envíame con la nueva
algún paje, en siendo muerto.

CAMILA. Irá, Vitelio, el más cierto.

VITELIO. Pues, alto; tú me la lleva;
no perderás las albricias.

CAMILA. ¿Ansí se va? Venga acá.

FABRICIO. ¿Ves que mi amo se va
y detenerme codicias?

CAMILA. Diga: ¿y él no me promete
que se casará conmigo?

FABRICIO. Digo que lo estoy contigo.

CAMILA. Ea, pues, cachorro, vete;
y, por los ojos que tienes,
de esta pendencia te guardes.

FABRICIO. Mis brazos tienen cobardes
tus enojos y desdenes.
Al templo me voy también.

CAMILA. Bien haces; sigue tu igual.

FABRICIO. Recelo que pare en mal.

(*Queda* CAMILA *sola.*)

CAMILA. Júpiter lo vuelva en bien.
¡Oh, bellaco rapacillo,
hijo de aquella ramera
que te dió la flecha fiera
y no de padre el martillo,
tuyas son estas proezas!
Amor falso, pierdesesos,
hechizo quebrantahuesos,
quiebrapiernas y cabezas:
¡Miren por qué laberinto
nos va llevando a la muerte!

(LELIO, MARANDRO *y* BELARDO.)

LELIO. Fiado en tu brazo fuerte,
el aviso fué sucinto.
No es menester alargarme.

CAMILA. Pues, Capitán, ¿queda hecho?

LELIO. Camila, asegura el pecho.

CAMILA. ¿De qué puedo asegurarme?

LELIO. De que viene al mismo punto,
que Lelio le espera ya,
pues desde el Senado acá
le acompaña el pueblo junto.
Agora trae dos criados;
y aunque seis, Camila, fueran,
he concertado que mueran
a manos de estos soldados.

CAMILA. Señor, allí viene. Adiós. (1)

LELIO. Di, pues nos ves a los dos,
la brevedad de sus días.
Asegúrale su muerte;
mirad que hasta que le dé
no se mueva mano o pie,
que podéis errar la suerte.

(*Sale el* SENADOR *y* CRIADOS.)

SENADOR.
¡Cuánto escándalo queda en el Senado,
viéndome de sus cosas tan remoto,
que, siendo su decreto confirmado,
negóse a Marco el merecido voto!
Tanto puede el enojo que me ha dado
de aquella mi enemiga el alboroto,
con que quiere, sin Dios, sin alma y honra,
mi indigna muerte y su inmortal deshonra.

(*Agora estará* LELIO *sacada la daga, haciendo que acomete a darle, y lo mismo los* SOLDADOS *a los* CRIADOS, *cada uno el suyo.*)

¿Cómo es posible que a Vitelio escriba
que ha mandado a un soldado que me mate

(1) Falta un verso antes de éste.

para que, muerto yo, la vengativa
su casamiento injustamente trate?
Que si a Vitelio adoras, di, lasciva...

LELIO.

(Compraste con la lengua tu rescate;
que si un momento sólo te detienes,
dejas la vida y a la muerte vienes.
Oigamos lo que dice.)

SENADOR.

Di, Eritreo:
¿conoces a Vitelio?

ERITREO.

Nada, o poco;
de vista le conozco, que le veo
mil veces por aquí gallardo y loco.

SENADOR.

Ya de su muerte la ocasión deseo.

LELIO.

(Con un furor tan fiero me provoco,
y así la injuria me ha encendido en rabia,
que a ver a Fabia aquí, matara a Fabia.
¡Falsa mujer! Mandabas que matase
a tu marido por casar conmigo,
y era porque yo solo peligrase
a manos del Senado y del castigo
para que libre y salvo te quedase
ese tu amigo infame y mi enemigo.
¡Ah, cómo he sido loco; pues, en suma,
creí dos rasgos de una falsa pluma!
Dos falsos rasgos que escribió la mano
de una mujer de loco pensamiento;
que ella y su intento malicioso y vano,
como la pluma, se los lleva el viento.)

SENADOR.

Paréceme que el Cielo soberano
quiere favorecer mi atrevimiento.
¿Lelio es aquéste?

LELIO.

(Catulo me ha visto.
¡Fabia cruel, de la intención desisto!)

SENADOR.

(¿Tan presto te has creído?...

LELIO.

(Pues no fuera
furor de la pasión que me entretiene
que una maldad tan clara no entendiera:
si el amor que a Vitelio Fabia tiene
a Lelio en este punto le tuviera,
este negocio que encomienda a Lelio
pusiérale en las manos de Vitelio.)

SENADOR.

(Quiero llegarle a hablar.) La fuerte mano,
Lelio, te ayude de él furiosamente.

LELIO.

¡Oh, Senador; tu paz prospere Jano,
y tu silencio (1) de la guerra aparte!

SENADOR.

Lelio, no he visto yo joven romano
que pueda en noble término igualarte.
¿Eres muy noble?

LELIO.

(Agora lo creyeras
si un poco en el hablar te detuvieras.)
Siempre entendí, señor, que de tu oficio,
y de ese gran valor que te acompaña,
me resultara aqueste beneficio
y honroso cargo que me lleva a España.
¿Qué decreta el Senado?

SENADOR.

Tiene indicio
que aquella tierra que humedece y baña
el claro Betis se rebela a Roma
y que por libertad las armas toma.
Entiendo que provee Celibio Craso
que el rebelión castigue y que reduzga
la gente amotinada.

LELIO.

¡Bravo caso!
¿Está bien dado el cargo?

SENADOR.

Tú lo juzga.

LELIO.

Señales voy notando a cada paso
que algún dolor te oprime y te sojuzga;
si tienes algún mal, dame licencia,
no te fastidie y canse mi presencia.

SENADOR.

¡Ay, Lelio, Lelio! No es la pena mía
tal que se ofenda de tu brazo fuerte;
que, por ventura, Lelio ser podría
quien me librase de afrentosa muerte.

(1) Así en el original. Quizá deba leerse "persona" u otra parecida, pero no "silencio".

LELIO.

(¿Si supo como dársela quería?
¡Oh, Cielos rigurosos! De esta suerte
por un engaño de mujer me (1) veo.)

SENADOR.

Comunicarte quiero mi deseo.
¡Ay, triste! No me atrevo, que es muy grave
y peligroso si lo digo en duda.

LELIO.

(Apostaré que mi negocio sabe.
Falta de sangre, la color me muda.)

SENADOR.

(Bravo rigor entre soldados cabe.
En éste pienso hallar dichosa ayuda.
Este, por poco precio, de esta suerte
a mi mujer dará violenta muerte.
Quiero decirle el caso y ofrecelle
gran suma de dinero.)

LELIO.

(¡Soy perdido!
Quiérome disculpar y deshacelle
todo lo que de mí tiene entendido.)

SENADOR.

(Aquéste el interés ha de movelle;
y como, al fin, es hombre forajido,
no dejará de hacello. Al fin, pretendo
que aquéste mate a Fabia.)

LELIO.

(No le entiendo.
Quiero esperar a ver lo que me dice;
que está sin armas y sin guarda alguna.)

SENADOR.

Agora quiero ver si contradice
¡oh, Lelio! a tu nobleza mi fortuna.
Ya, pues que de tus prendas satisfice
el crédito que debo y la oportuna
ocasión me ha mostrado los cabellos,
quiero cogerla, quiero asirla de ellos.
Lelio, tu gran nobleza me provoca
a que con voz dispuesta y resoluta
con gran furor reviente por la boca
del corazón enfermo la cicuta. (2)
A ti mi honor y mi defensa toca;
tú la sentencia firma y ejecuta,
pues mi falsa mujer, mi mujer, Lelio,
ha sido... ha sido incasta con Vitelio.

LELIO.

(Aquesto es hecho.) ¡Oh, Catulo benigno,
yo me humillo a tus pies! Mas oye: advierte
que si de tu mujer el desatino
quiso obligarme a que te diese muerte,
no lo dije ¡por Júpiter divino!;
que yo lo haría con rigor tan fuerte
si no tuviera intento de avisarte,
cual ya me has visto en una y otra parte.
Desenojarte puedes y premiarme,
que yo te he sido amigo verdadero.

SENADOR.

¿Que te mandaba la cruel matarme?
(Peor está el negocio que primero,
bastante causa tengo de vengarme.
Y pues que Fabia con intento fiero
de éste se quiso aprovechar, la suerte
le ha de trocar, pues le dará la muerte.)
Lelio, bien conozco... Lelio, basta
que de tu voluntad ansí me avises.
No en balde tus abuelos de la casta
decienden del famoso hijo de Anquises.
Si acabas el dolor que me contrasta,
haré que el suelo de tu patria pises
sin que te agravie nadie, y también sabes
que del Erario tengo yo las llaves.
Mira, Lelio: los hombres bien nacidos
han de perder el gusto por la honra;
reniega tú de aquellos atrevidos
que le quieren tener con su deshonra.
Yo en Fabia tengo el alma y los sentidos;
mas ¿qué aprovecha? Fabia no me honra;
pues muera el gusto y el honor, que estriba
en la muerte de Fabia, ¡oh, Lelio!, viva.
Quisiera yo poder matar a Fabia;
mas tanto a Fabia, mi enemiga, adoro,
que cuanto me encendiere enojo y rabia
me puede helar su rostro, y tierno lloro.
Es, como sabes, elocuente y sabia,
y de su ingenio y celestial tesoro
sacara tales cosas que decirme,
que al lince ablande cuando esté más firme.
Por eso quiero que tu brazo airado
le dé la muerte, ¡oh, Lelio!, de secreto,
porque mi corazón, enamorado,
me privará las fuerzas al efeto;
y, pues que sé que vives de soldado,
veinticinco sestercios te prometo.

---

(1) En el texto, "te".
(2) En el original, "sicuta".

Responde agora si te viene al justo
mirar por tu provecho y darme gusto.

LELIO.

Cuando de tu amistad no resultara
darme ocasión que a todos me aventaje,
por tan buen interés me aventurara, (1)
a darte la mitad de mi linaje,
y creo que sin él la ejecutara,
por lo que siento el afrentoso ultraje
que de Fabia recibo con su engaño.

SENADOR.

Tú solo puedes remediar mi daño.

LELIO.

¿Cómo me piensas dar tanta moneda?

SENADOR.

Aquesta noche al punto necesario
iremos con mi gente por que puedas
sacarlo libremente del Erario.

LELIO.

(De aquesa suerte, mi dinero, quedas
mejor que entre las manos del contrario.)
Vamos, que por vengarte estoy ardiendo.

SENADOR.

Con un engaño sosegarla entiendo.—
Aurelio, mientras vamos a la plaza
del Capitolio a hacer nuestro concierto,
con buena industria, disimulo y traza
a Fabia le dirás que quedo muerto;
y, si pudieres, júntame la caza,
que voy de hallarla temeroso y muerto.

AURELIO.

Fía de mí con justa confianza,
que el Cielo favorece tu venganza.

(*Vanse todos, y queda* AURELIO *solo.*)

AURELIO. Juntos la piedad y amor
que a Fabia avise me dicen
lo que intenta el Senador,
y tantos me contradicen
mi obligación y su honor.
Cuanto la piedad enciende
la razón me reprehende;
que entiendo que el Cielo gusta
que muera la vida injusta
que darle muerte pretende.

(*Salen* FABIA *y* CAMILA.)

FABIA. ¿Juntos dices que quedaban?
CAMILA. Juntos, mi señora; y vilos
que ya por detrás llegaban
y que, desnudos los filos,
sus cuellos amenazaban.
AURELIO. (Mi rabia (1) mi lengua toque
y a comenzar me provoque.)
CAMILA. Aurelio es éste que viene.
FABIA. ¡Santos dioses! ¿Cómo tiene
todo desnudo el estoque?

AURELIO.

¡Oh, Fabia! Agora es tiempo que te valgas
de aquese gran valor y entendimiento
para que libre de escucharme salgas.
Hiera (2) tu alma mi lloroso acento
con tal blandura, que lugar te quede
para vivir después del sentimiento.

FABIA.

Aurelio, ¿qué es aquesto?

AURELIO.

¿Cómo puede
mover mi helada lengua el mudo labio
sin que pegada al paladar se quede?
Aquel humilde, aquel famoso y sabio,
del repúblico bien coluna fuerte,
piadoso, amparo del común agravio;
el que los Cielos por contraria suerte
dieron por hijo a Roma, a mí por dueño
y por marido a ti...

FABIA.

Prosigue.

AURELIO.

Advierte.
Saliendo, que parece que lo sueño,
agora del Senado bien seguro,
que nuestra vida humana es sombra, es sueño,
un soldado feroz, un hombre escuro,
un bajo maltrapillo, por el pecho
seis veces le ha pasado el hierro duro.
Mataron a Eritreo, y sin provecho

(1) Con poco se contentaba el asesino. El poeta ignoraba, por lo visto, el escaso valor del sextercio, o quizá escribiría "talento", aunque entonces la cantidad parece crecida. El talento, en tiempo de Nerón, valía más de 15.000 pesetas. En efecto, más adelante dice que eran 25 talentos.

(1) En el original, "Miraua".
(2) En ídem, "Fué".

me dejaron, señora, con la vida,
pues vengo huyendo, huyendo a mi despecho.

FABIA.

Ningún consuelo ni remedio impida
mi justa muerte. ¡Yo soy muerta!

CAMILA.

¡Ay, triste!

Con gran desmayo.

AURELIO.

(¡Oh, Fabia fementida!
No importa, Fabia, no; que si fingiste
ese desmayo, yo también el cuento.)

CAMILA.

¡Ah, mi señora, tu dolor resiste!—
Aurelio, ten el cuerpo, que yo siento
que le ha faltado el alma a la cuitada,
que amaba mucho.

AURELIO.

(Extraño fingimiento.
De eso puedes estar bien descuidada,
que voy a ver a mi señor al templo,
adonde queda Roma alborotada.

CAMILA.

Pues mira, si allá vas, aqueste ejemplo
de mujeres casadas le publica.

AURELIO.

Orando como un Tulio me contemplo.

CAMILA.

Aqueste grande amor le significa;
cuenta aqueste desmayo, y por extenso
el buen ingenio al buen sujeto aplica.

AURELIO.

Pagarle en esto lo que debo pienso.

[(*Vase.*)]

CAMILA. ¡Alma y vida de Vitelio!
¡Viuda mía, recuerda!...
FABIA. Cumplió su palabra Lelio.
CAMILA. Has sido en extremo cuerda.
FABIA. ¡Qué engañado parte Aurelio!
Agora es cuando en el templo
aqueste necio contemplo
que dice con muchas voces:
"¡Oh, Roma, que no conoces
de Penélope el ejemplo!"
¿Quién duda que no me llame
uno Evadne, otro Artemisa,
pues mi engaño les avisa
que la muerte del infame
me tiene muerta... de risa?
¿Has enviado a llamar
a Vitelio?
CAMILA. Ya envié.
FABIA. Pues puédesle asegurar
que en el punto que enviudé,
en ése me he de casar.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Como mandaste, he traído
a Vitelio.
FABIA. Mi marido,
dirás bien, y a tu señor.

(*Salen* VITELIO *y* FABRICIO.)

VITELIO. Los dioses te den favor.
FABIA. Harto me han favorecido.
Pues ya, mi marido muerto,
es bien que te restituya
la prenda que, al fin, es tuya:
cumple, Vitelio, el concierto
y entre los dos se concluya.
Toma esta mano dichosa,
que soy y seré tu esposa.
VITELIO. Espera, mi Fabia, espera.
FABIA. ¿Déjasme de esta manera?
De tu valor recelosa,
aquesa mano te pido,
y la palabra también
de que serás mi marido.
VITELIO. Lo menos de tanto bien
me dejará enriquecido;
pero, mi Fabia, perdona,
que sólo un miedo apasiona
mi alma con tanta fuerza,
que a no te la dar me fuerza;
y a su disculpa me abona.
FABIA. ¿Cómo? ¿La mano me niegas?
¡Por Júpiter, que me obligas
a creer...!
VITELIO. ¡Paso! No digas
que tan de balde te entregas,
pues en balde te fatigas.
Ya, Fabia, todo el amor
se ha trocado en desamor.
Lo que has hecho te agradezco
con decir que te aborrezco
con otro tanto rigor.
Vete, mujer inhumana,
donde no te vea más,

y aquesa mano tirana
que por esposa me das
cortara de buena gana.
¿Cómo pretendes, cruel,
ser a Vitelio fïel,
puesto que bien me has querido,
habiendo muerto un marido
tan honrado como aquél?
Que habiéndole muerto ansí,
ya que a ser tuyo me ofrezca
por el primero que a ti
mejor que yo te parezca,
me darás la muerte a mí.
Bueno es que me deslumbres
tan patentes pesadumbres,
si en la muerte de aquel viejo
tengo, Fabia, un claro espejo
de tus infames costumbres.
No más, que no habrá disculpa
con que ya me satisfagas.
Ya, quien te adora, te culpa. (1)

(*Vase* VITELIO *y* FABRICIO.)

CAMILA. Y también se va el amigo.
Luego de esa condición,
ya no se casa conmigo.

FABIA. ¡Vete con la maldición!
¡Cien mil veces te maldigo!

CAMILA. ¿Hay traición que llegue a aquésta?
¿Qué te parece la fiesta?
¡Buenas quedamos las dos!

FABIA. No sé, Camila, cuál dios
así me aflige y molesta.
¡Ah, tirano, engañador,
injusto, aleve y traidor!

CAMILA. Bien es que traidor le nombres.
Fiad, fiad en los hombres.
Maldiga Dios el mejor.
¡Ah, perros! ¿Quién os entrega
su alma y su libertad?
¡Mal haya tu liviandad
y la mujer que se ciega
y rinde su voluntad!

FABIA. ¡Bien se ha cumplido el concierto!

CAMILA. Cese tu llanto excesivo,
pues es un remedio incierto.

FABIA. No lloro al amigo vivo;
ya lloro al marido muerto.
¡Oh, Camila! Porque fiera
tan grande hazaña se hiciera,
que, aun fingida, no mostrara
alegre el alma o la cara
con las palabras siquiera.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Lelio quiere entrar a verte.

FABIA. Pues no le niegues la puerta;
que pues lo quiere mi suerte
o la suya lo concierta,
pagarle quiero la muerte.
Este, pues, que tuvo amor
y mostró tanto valor,
quiero, Camila, escoger
para más aborrecer
las prendas de aquel traidor.

CAMILA. Bien haces. Prueba ventura,
que, al fin, aquéste te adora.

FABIA. De su amor estoy segura.

(*Sale* LELIO.)

LELIO. Los Cielos, dulce señora,
Logren tu edad y hermosura.
He cumplido lo que debo.

FABIA. Tan bien, que apenas me atrevo
a darte mi vida en pago.

LELIO. Con menos me satisfago.

(*Sale el* SENADOR *tras de ellos.*)

SENADOR. (¿Adónde los pasos muevo?
Posible es que llega el punto
en que mirar determino
sangriento, helado y defunto
de Fabia el rostro divino.)

LELIO. Al fin, queda el pueblo junto.

(*Va sacando la daga* LELIO, *y en volviendo la cabeza* FABIA *tórnala a esconder, algunas veces el* SENADOR *hará extremos.*)

(Con grandes contrarios lucho,
y la razón puede mucho.)

FABIA. ¿Qué dices?

LELIO. Que mucho puede
amor, que todo lo excede.

FABIA. Dulces palabras escucho.
¡Qué cerca estoy de abrazarte!

LELIO. Ninguna cosa es razón
que del intento me aparte.

FABIA. ¿Tiénesme mucha afición?

LELIO. Fabia, soy testigo y parte.
Al alma se lo pregunta.

SENADOR. (¡Ay, triste, que ya la punta
el bello pecho amenaza!)

(1) Faltan dos versos a esta quintilla.

LELIO. Y, al fin, quedaba en la plaza
la piedad del pueblo junta.
FABIA. No me trates de su muerte,
sino ordena de la suerte
que me has de poner en cobro.
SENADOR. (Todo el ánimo que cobro,
Fabia, me afemina el verte.
¡Ay, honra, seas maldita,
que sufres tanto rigor!
[FABIA.] ¿Qué piensas?
LELIO. (Cuanto me incita
el enojo, un tierno amor
el brazo me debilita.)
SENADOR. (¡Oh, triste! ¿En qué se detiene?)
LELIO. Pienso, Fabia, que conviene
finjas que mucho te pesa,
porque el pueblo muy apriesa
a darte el pésame viene,
y traerán a tu marido.
FABIA. Bien has dicho; pues yo quiero
ponerme un luto fingido.
LELIO. Sí; mas recibe primero
el galardón merecido.

(*Llega el* SENADOR *y tiénele el brazo.*)

SENADOR. Tente, Lelio; el brazo ten.
FABIA. ¡Ay, triste! ¿Cómo o por quién
me das la muerte, traidor?

(*Huyan las dos.*)

CAMILA. ¡Ay, señora, mi señor!
LELIO. ¿Parécete aquesto bien?
¿Es este el fingido hablar
del honor que publicabas?
SENADOR. Amor me fuerza a callar.
LELIO. Si no lo había de matar,
¿para qué me lo mandabas?
¡Por Dios, gentil embarazo!
SENADOR. ¡Oh, Lelio, con la pasión
vine a detenerte el brazo!
Hasta allí pudo el honor
traer mi ardiente furor,
que casi muerta la vi;
mas ¡ay! que pasar de allí
no lo consiente el amor.
Grande fué el atrevimiento
y grande en el punto fué
el justo arrepentimiento.
Basta que a Fabia maté
dentro de mi pensamiento.
Si tuve falso concepto
de Fabia, como discreto
he vengado el corazón,
si es que la imaginación
basta para hacer efeto.
Y nadie me reprehenda,
que a mi dulce amada prenda
yo la he castigado bien,
y será loca también
si no propone la enmienda.
De esto quedo satisfecho.
LELIO. Digo que lo has acertado
y que miras tu provecho;
tu mujer has castigado
bien a costa de mi pecho.
Podrá ser que satisfaga
en parte la pena mía.
SENADOR. ¿Qué paga?
LELIO. ¡Bueno sería
que me negases la paga!
SENADOR. Si tú la muerte le dieras,
cumpliera lo concertado.
LELIO. Y yo, si tú no vinieras
a tenerme el brazo airado.
Pagarás, aunque no quieras.
SENADOR. ¿Cómo, si no la mataste?
LELIO. Sí maté.
SENADOR. Bien te engañaste.
LELIO. Probaréte cómo.
SENADOR. Dilo.
LELIO. Juzga tú por el estilo
que en estas causas juzgaste.
Si entrara en tu Tribunal
un hombre a quien se probara
que fué a matar otro igual
y que hasta su cama entrara
alzado el brazo y puñal,
¿condenárasle a la muerte?
SENADOR. Sí, porque ya es hecho fuerte
consentida voluntad.
LELIO. Tú juzgaste la verdad
y aseguraste mi suerte.
Yo he sido el que aquesta daga
alzó con brazo robusto
para ejecutar la llaga.
Jüez, pues eres tan justo,
lo que me debes me paga.
SENADOR. Vete, que burlas.
LELIO. Bien dices;
y tu avaricia notoria
permitiré que autorices
con la ropa senatoria,
de cuyas prendas desdices.
¿Parézcote muy grosero?

¿Piensas, infame sin honra,
que no entiendo, o que no quiero,
que por no darme el dinero
quieres vivir en deshonra?
Bien conozco, avaro triste,
que el brazo me detuviste
sólo por no me pagar;
mas yo te haré tresdoblar
lo que allí me prometiste.

SENADOR. ¿Fieros me haces?

LELIO. Mírame
a esta cara, que algún día...

(*Vase.*)

SENADOR. ¿Quieres que mi gente llame?
Haré que tu valentía
tu propia sangre derrame.—
¿Aurelio? ¿Eritreo?

(*Salen* AURELIO *y* ERITREO.)

AURELIO. ¿Señor?

SENADOR. Pero váyase esta vez
¡por vida del Senador!,
que le he de ser un juez
que no consienta favor.
¿Dónde está Fabia?

ERITREO. En la torre
se ha subido y encerrado.

SENADOR. A buena defensa corre.
Sosiegue el pecho alterado,
que otra mayor la socorre.
Apárese los abrazos;
que, como vid en sus lazos,
mil veces suelen tenerme,
que ya me muero por verme
hecho Narciso en sus brazos.

JORNADA SEGUNDA

(VITELIO, LELIO, BELARDO, MARANDRO *y* FABRICIO.)

VITELIO. Muy espantado me tienes
de aquese extraño suceso.

LELIO. Toda verdad te confieso.

VITELIO. Prosigue. ¿En qué te detienes?

LELIO. Pues viendo que el Senador
me daba claro a entender
que matarle su mujer
era por tenerte amor;
y como claro entendí
que era segunda traición
la nefanda ejecución
encomendármela a mí,
envaino la daga y llego
a hablar al viejo enemigo,
cuyas palabras no digo,
que estoy de coraje ciego.
El cual, con fingida labia
y varios ofrecimientos,
los veinticinco talentos
me dió por matar a Fabia,
quiero decir prometió.
Fuíla a matar por vengarme,
y, cuando llego a arrojarme,
a detenerme llegó.
Huyó Fabia, y yo quedé
lleno de cólera el pecho
y el avaro satisfecho.
Grande enojo le mostré;
dijo que estaba vengado
con sólo intentar su muerte.
Respondíle: "De esa suerte,
basta el haberlo intentado.
Lo que me debes me paga."
Burlóse, fuése, dejóme.
¡Permita Dios que la tome
con la punta de la daga!
Mas no importa lo que hizo.
Remedio pienso poner.

VITELIO. ¿Tanto quiere a su mujer?

LELIO. Parece cosa de hechizo.
¿Sabes qué quiero intentar
querellar del Senador?

VITELIO. ¿A quién?

LELIO. Al Emperador,
que me mandará pagar.

VITELIO. ¿Y dónde tienes testigos?

LELIO. Los dos conmigo vinieron,
que jurarán lo que oyeron.

VITELIO. ¿Quién son?

LELIO. Soldados y amigos.

VITELIO. ¿Y de qué puedes decir
que es la deuda?

LELIO. Fingiré
que el dinero le presté.

VITELIO. Será gracioso fingir.
Callará por que se encubra
su falso trato y enredo.

LELIO. Pues ¿no ha de callar de miedo
que el negocio se descubra?
Pero ya, dejando aparte
sus infamias y sus menguas,
quisiera tener mil lenguas,

Vitelio, para loarte;
porque en negarla tu mano,
teniéndole tanto amor,
mostraste el mayor valor
que cupo en pecho romano.
Hiciste una hazaña grande,
hiciste una honrada cosa,
digna, por ser tan famosa,
que por varias lenguas ande;
venciste un mundo, un abismo
de amor, perdiendo su gloria;
ganaste grande vitoria,
que te venciste a ti mismo.
¿Quedóse muy admirada?
¿Mostróse muy desdeñosa?

VITELIO. Y tan soberbia y furiosa
como víbora pisada.

LELIO. ¿Y podrás pasar sin ella?

VITELIO. Sí podré.

LELIO. Mucho resistes.

VITELIO. Mucho, que memorias tristes
apenas me apartan de ella.

LELIO. Que morirás averiguo
a manos de ese cuidado.

VITELIO. Heme acogido al sagrado
de un amor que tuve antiguo,
por quien su furia sosiega
cuando de seso me saca,
que fácilmente se aplaca
un fuego con otro fuego.

LELIO. ¿Es, por ventura, Brisena?

VITELIO. Fué la mesma, por ventura.

LELIO. Lo que falta de hermosura
tiene a lo menos de buena.

VITELIO. Ha hecho varias finezas
después que me tiene amor.

LELIO. Ha sido el competidor
la cifra de las bellezas;
y entonces amor se enciende
cuando los celos son justos.

VITELIO. Hela dado mil disgustos,
lo que en el alma me ofende,
todo por aquesta ingrata.

LELIO. ¿Vívese donde solía?

VITELIO. Sí; por ver de noche y día
los enemigos que trata,
ni se ha querido mudar,
que no sabe hacer mudanza.

LELIO. Creo que tiene esperanza
que te ha de ver enmendar.
La casa te viene bien
para amartelar a Fabia.

VITELIO. Muy poco, Lelio, se agravia
de mi martelo y desdén.
Es Fabia, Lelio, una garza
que siguen muchos halcones,
y, en doradas ocasiones,
muy de ordinario se enzarza.

LELIO. ¿Como tantos la combaten?

VITELIO. Cuántos no sabré decir.

LELIO. Pues si [se] deja servir.

VITELIO. Lelio, ¡por Dios!, que la maten.

(*Sale* BRISENA, *dama, a la ventana.*)

BRISENA. "Lelio, ¡por Dios!, que la maten";
a fe que es lance de amores.
¿Quién es la garza, señores,
a quien las alas abaten?
Sospecho que la espanté.

VITELIO. No espantáis, porque sois vos
de quien tratamos los dos,
que ya la garza se fué;
a vos sube el pensamiento,
que va volando en el aire.

BRISENA. Tan alto como el donaire.

VITELIO. Y más ligero que el viento.

BRISENA. No le he visto, así me goce.

VITELIO. Si no os fué de provecho,
dejad que vuelva a mi pecho,
que es señuelo que conoce.

BRISENA. ¿Y sin acabar la empresa?

VITELIO. Ese fuera intento loco.

BRISENA. Dejadle en mi pecho un poco
y bajará con la presa.

VITELIO. ¿Por dónde?

BRISENA. Por la ventana,
si no queréis por la puerta.

LELIO. Halcón que tan bien acierta,
que coma de lo que gana.

BRISENA. Bien dice Lelio, señor;
daréle sangre a comer.

VITELIO. Esa me manda ofrecer
a vuestro servicio Amor.

LELIO. Señora, a tan buen halcón,
que con la suya os convida,
ya que le dais su comida,
dadle a comer corazón.

BRISENA. Declaradme aquesa historia.

LELIO. Todos los enamorados
dan sus pechos lastimados
por el trueco de su gloria;
y en esta necesidad,
como se suele ofrecer,
corazón dan a comer

para cazar voluntad;
y otras veces, en rigor,
dineros suelen mostrar,
que es señuelo singular
para las aves de amor.
Dineros y corazón
se ha de mostrar a la dama,
porque lo hace el que bien ama (1)
con interés o afición.
Pero en los lances primeros
hay mujer de condición
que le enfada el corazón
y muere de los dineros.

BRISENA. Por cierto, donosa traza;
basta, que Lelio es discreto.

LELIO. Hame hecho muy discreto
lo que me cuesta la traza;
he sido perro de muestra.

VITELIO. Entraos y mandar podéis
que subamos.

BRISENA. Bien podéis,
que toda la casa es vuestra.

(*Quítese.*)

VITELIO. ¿Qué os parece?

LELIO. Muy discreta,
y que es muy justa razón
que la deis el corazón
a quien el alma os sujeta.

VITELIO. No, más de discreta es;
¿no veis que es de noble casta?

LELIO. Es una mujer, y basta
que os quiera sin interés,
sea de cualquier manera;
sabedla vos conservar,
que a fe que no es poco hallar
mujer que de balde quiera.—
Aurelio es éste, que encierra... (2)
¿Dónde llevas las escalas?

(*Sale* AURELIO.)

AURELIO. ¡Oh, Lelio! Andamos de guerra.

LELIO. Muy bien la vida se pasa.
¿Agora andáis de pelea?

AURELIO. ¿Hay guerra que guerra sea
como la guerra de casa?
El doméstico enemigo
es muy malo de vencer.

LELIO. Y tan malo de entender
y más que el fingido amigo.

AURELIO. Ese enemigo se llama.

LELIO. ¿Adónde vas?

AURELIO. Yo te juro
que voy a escalar un muro
para gozar una dama.

LELIO. Llevarás mi compañía.

AURELIO. Yo te agradezco el favor;
mas llévame el Senador,
que no voy a cosa mía.

LELIO. Hasme dado gran placer
y a risa me has provocado.
Pues cómo, ¿hase enamorado?

AURELIO. Sí.

LELIO. ¿De quién?

AURELIO. De su mujer.

LELIO. ¿Y lleva para alcanzalla
esa escala que te da?

AURELIO. Sí, Lelio.

LELIO. Pues ¿dónde está?

AURELIO. Detrás de aquesta muralla.
Hase encerrado en la torre
con el miedo que le tiene;
piensa que a matarla viene
y del muro se socorre.
El viejo pierde el juicio;
como, al fin, la quiere tanto,
ha hecho con tierno llanto
de sus ojos sacrificio,
rogándola que se abaje,
mas no lo quiere hacer.

LELIO. Bueno es que por su mujer
así se muela y trabaje.
¡Ah, lo que puedes, Amor!

AURELIO. Cierto que te reirías
si vieses las niñerías
que está haciendo el Senador.
Mas vete con Dios, que él sale.

LELIO. ¡Hola! Vámonos, Vitelio.

VITELIO. Voy muerto de risa, Lelio.

LELIO. No hay donaire que le iguale.

(*Vanse, y queda* AURELIO; *entra* CATULO *con* ERITREO, *y otros* CRIADOS *traen unas ropas y joyas, y el* SENADOR.)

SENADOR. ¿Que al fin no ha de aprovechar
que quiera bajar aquí?
¿Que no se duele de mí?
¿Que no la puedo ablandar?
Pues vamos a lo seguro
si tan fuerte se señala.

---

(1) Este verso dice en el original:
"porque el haze el bien ama".

(2) Falta un verso a esta redondilla.

¡Hola, Aurelio! Pon la escala
por esta parte del muro.

AURELIO. Espera un poco, señor,
que se asoma en él tu Fabia.

SEÑADOR. Su sol divino se agravia;
cegaráme el resplandor;
todos debéis de mentirme.

ERITREO. A mostrártela me ofrezco.

SENADOR. ¿Es posible que merezco
miraros con vista firme,
puro sol, divina lumbre,
que casi en el Cielo estáis
y de ese muro doráis
la más que dichosa cumbre?
¡Tened lástima de mí,
que, por ofensa tan poca,
vuestro rayo no me toca
y de helado muero aquí!

(*En lo alto estará desde que se advierte* FABIA, CAMILA *y un* NIÑO.)

¿Que tanto me aborrecéis?

FABIA. No os aborrezco, señor;
pero tengo gran temor
de que matarme queréis.

SENADOR. ¿Estas lágrimas vertidas
no te aseguran mi pecho?

FABIA. Son de muy poco provecho,
porque las viertes fingidas.
Es agua que agora viertes
para verter de mi sangre.

SENADOR. Pues ¿quieres que me desangre
con mil géneros de muertes?
Si he mojado el suelo enjuto,
que me creas te aconsejo,
que es mucho que un árbol viejo
se enternezca a darte el fruto.
¡No quieras mayor abono
que estas lágrimas que vierto,
que son un testigo cierto
de que te adoro y perdono!
¡Muévate el verme llorando,
muévate el ver cómo vengo!
¡Mira qué de joyas tengo,
que te pondrás en bajando!
Estas ropas he comprado
que adorne tu cuerpo bello,
esta cadena tu cuello
y este abrazo regalado.
Cómo, ¿no quieres bajar?

FABIA. No, que me finges amor
y es verdadero el temor
de que me quieres matar.

SENADOR. Pues ¡sus!, poned las escalas.

FABIA. ¡Paso, que, si tal hicieres,
esta prenda que más quieres
haré que baje sin alas!

(*Toma el* NIÑO *para echarle.*)

NIÑO. ¡Señor padre! ¡Ah, señor padre,
recójame, que allá voy!

SENADOR. ¡No, hijo, lejos estoy!
Bien estarás con tu madre.
¡Ay, no me mates con él!
¡Tenle, tenle, que no quiero
que venga tal mensajero
a decir que eres cruel!
Ven acá: ¿si yo quisiera
ya Lelio no te matara,
si esta mano no llegara
y la suya detuviera?
Pues si entonces te libré,
¿por qué no te fías de mí?
¿Por qué te temes ansí
que agora te mataré?

CAMILA. Señora, tiene razón;
que su intento ejecutara
si mi señor no llegara
movido de compasión.
El te quiere y te perdona.
Baja, no estés encogida.

FABIA. Con fianza de la vida
y de segura persona.

SENADOR. ¡Oh, sumo bien! ¡Fabia mía!
Si no basta el fiador
que tienes en este amor,
de Marco Atilio confía:
¿bastará que venga aquí?

FABIA. Él me puede asegurar.

SENADOR. Váyanle luego a llamar,
pues no te fías de mí.

FABIA. Él quiero que me asegure
y las amistades haga.

(*Vanse los* CRIADOS.)

SENADOR. Cuanto a ti te satisfaga,
se determine y procure.

CAMILA. (Como te ama, te entonas;
creo te ha de obedecer
si le mandaras hacer
lo que mandan a las monas.
¡Mucho le debes al Cielo!) (1)

(1) En el original se omiten aquí los pasajes

(*Vanse.* FABIA *en lo alto de la torre con el* NIÑO.)

FABIA. Si aquesto no fuera ansí,
de mi desdicha y de mí
quedara ejemplo en el suelo.
SENADOR. Hijo, ¿no me habláis de amor?
NIÑO. Estoy agora muy alto,
y, pensando en aquel salto,
sin lengua estoy de temor.
Abajo nos hablaremos
y haré lo que me mande.
con un abrazo muy grande.
SENADOR. ¡Oh, medio en tales extremos!
Ya retratas, hijo mío,
de Fabia el ingenio raro,
que me ha costado tan caro
cuando mostrarte confío.

(*Entran los* CRIADOS *con* MARCO ATILIO *y* BELARISO, *su hijo.*)

ATILIO. Extrañeza tiene el cuento. (1)
ERITREO. Y pasa como te digo.
ATILIO. ¡Oh, Catulo!
SENADOR. ¡Oh, Atilio amigo!
ATILIO. ¿En qué os sirvo?
SENADOR. Estadme atento.
De miedo de haberme visto
con enojo violento,
porque el primer movimiento
muy pocas veces resisto,
mi mujer, mi Fabia bella,
allí se quiere encerrar,
y ha jurado no bajar
si tú no juras por ella
que has de hacer las amistades.
ATILIO. Buenos andan los señores.
BELARISO. Ellos son finos amores,
si va a decir las verdades,
y aunque soy mozo, te envidio.
ATILIO. Calla, Belariso, calla,
que del amor la batalla
muy tarde causa fastidio.
SENADOR. Basta, que ya vuestro hijo
hace burla de los viejos.
ATILIO. Con hartos buenos consejos
su libertad le corrijo.
Ahora ¡sus! quiérole hablar.—
¿Señora Fabia?
FABIA. ¿Señor?
ATILIO. ¿Basto yo por fiador?
FABIA. Siempre bastó porfiar.
Como vos vengáis, subí.
ATILIO. ¿Y abriréisnos a los dos?
FABIA. Sí, como venga con vos.
SENADOR. ¿Que mandas que suba?
FABIA. Sí.
ATILIO. Quédate aquí, Belariso.
SENADOR. Hijo, espéranos aquí.
BELARISO. Y que te guardes de mí
de hoy más, Senador, te aviso.
¡Ah, Fabia mala, y aquel
que a tal hombre te entregó,
o el tirano que causó
la envidia que tengo de él!
¡Oh, como es justo suspires
y eclipses los ojos bellos
cuando tus rubios cabellos
y sus blancas canas mires!
No bajes, Fabia, a morir,
o allá mejor te sería
que con esta compañía
sólo un minuto vivir.
Si bajas hecha pedazos
no temas, pobre mujer,
que te pueda suceder
como entregarte en sus brazos.
Pero ¿cómo tengo en poco
la honra de un hombre tal?
Accidentes son del mal,
del mal que me tiene loco.
¡Ay, adorado imposible!
¡Oh, fuego nacido en nieve!
¿Cómo en un tiempo tan breve
eres un tiempo insufrible?
¿Qué me quieres, vano amor,
nacido de cuatro días?
¿Qué buscas en casas mías
tan a costa de mi honor?
Mira que es grande tración
siendo Catulo mi amigo.
Mas ¿quién se pone contigo
a persuadirte razón?

(*Entran* ATILIO, CATULO, FABIA *y* CAMILA.)

ATILIO. Huélgome que en paz estéis,
y por ese abrazo estrecho
me habéis, Fabia, satisfecho
lo mucho que me debéis.—
Haz, Catulo, que te apriete,
y abrázala tú también.
BELARISO. Basta, padre, que estáis bien

---

que, por error de ajuste, se hallan de la página 552 al fin de la primera columna de la 555.
(1) En el original, "viento".

en lo que toca [a] alcagüete.

ATILIO. Pues tórnale a dar sus brazos.

BELARISO. ¿Cómo no te satisfaces,
sino que a todos nos haces
testigos de sus abrazos?

ATILIO. Eres un desvergonzado.
¿Quién te mete en esto a ti?

BELARISO. Más tengo, pobre de mí,
de invidioso enamorado.

SENADOR. Atilio, mucho me obligas
con este bien que me das;
siempre acudes, siempre estás
a remediar mis fatigas.
Este sol de que me adornas
ya no lo agradezco yo
al Cielo, que me le dió,
sino a ti, que me le tornas,
que le gané por tu auxilio.

ATILIO. Bien me sabes obligar.

SENADOR. Hoy os quiero convidar
a ti y a tu hijo, Atilio.

ATILIO. No, no, por vida de aquéste.

SENADOR. Fabia os lo puede mandar.

FABIA. Yo, mi señor, suplicar,
y que muy mucho me cueste;
no hay réplica a tal merced.
Ea, a comer nos entremos.

SENADOR. ¡Hola? Haced que no esperemos.
Lo necesario traed.

ATILIO. ¿Vienes, Belariso?

BELARISO. Voy.—
Aurelio, venme a llamar
cuando quieran comenzar.

AURELIO. Ya sabes que tuyo soy.

(*Vanse todos, y queda* BELARISO.)

BELARISO. Y yo de aquella hermosura
que llevarme el alma prueba,
que es piedra imán que se lleva
el hierro de mi ventura.
Que si la tuve contigo
en merecerte querer,
fué gran yerro pretender
prendas que son de [un] amigo.
Mas esta culpa es ajena;
pues, triste, ¿qué me molesta
si buena ocasión es ésta
para decirle mi pena?
Que en la mesa mis enojos
a Fabia publicaré,
y a falta de voz haré
que le den voces mis ojos.
Tendrélos en una calma
que ella me entienda sin duda,
pues son una lengua muda
de las razones del alma.
Y más que el paso me allana
decirse por cierta cosa
que Fabia es alma piadosa
y por extremo liviana.
¡Oh, pesada necedad,
digna que en mi mal redunde,
que mi esperanza se funde
en su mucha liviandad!
Esto los hombres tenemos;
que si de una dama el lance
seguimos, por darla alcance
que fuese mala queremos;
y en alcanzando su vuelo
todos queremos, en fin,
que, habiéndola hecho ruin,
fuese la mejor del suelo.
¡Oh, Fabia, yo te suplico
seas mala!—Gente viene.

(*Salen* LELIO, VITELIO *y* CRIADOS.)

LELIO. ¡Por Dios, Vitelio, que tiene
Brisena salado pico!
¿Resistir puede el encuentro
de la dama que os abrasa?

BELARISO. (Gente sale de la casa
de mi vecina; yo me entro.
Mis ojos, Amor permita
sepáis hablar de mi mal.)

(*Vase.*)

VITELIO. Yo os digo, Lelio, que es tal,
que su memoria me quita.

LELIO. Si de aquella hermosa mano
estábades tan herido,
por Dios que habéis acudido
al más cierto cirujano.

VITELIO. En la amorosa dolencia,
aunque trata con rigor,
oigo decir que es mejor
el cirujano de ausencia.

LELIO. Muy engañado estuvistes;
que es a costa de más daño,
y si no pasa de un año
os volveréis como fuistes.
No os andéis a padecer
larga ausencia y desventura,
que amor de mujer se cura
con amor de otra mujer.

Dejad de ausencia los celos
y Brisena cure a Fabia,
que es mordedura que rabia
y sanará con los pelos.
Tenéis bastante experiencia;
porque, para concluír,
por el dolor del partir
se ha de excusar el ausencia.

VITELIO. Según eso, yo me alegro,
que mi salud cierta es.

LELIO. Yo os fío que antes de un mes
desechéis el luto negro.

(*Entra* AURELIO.)

AURELIO. ¿A cuándo, señor, aguardas?
Entra, que están en la mesa.
Ya debe de haber entrado.

LELIO. ¿Hola? Espera un poco, Aurelio.

AURELIO. ¿Quién es? ¡Oh, mi señor Lelio!
¿Qué mandas a tu criado?

LELIO. Mucho regalo me haces.

AURELIO. Merécelo tu presencia.

LELIO. ¿En qué paró la pendencia?

AURELIO. Confirmáronse las paces.

LELIO. Fué muy necia confianza.

AURELIO. De otra mejor se socorre.

LELIO. Pues ¿no bajó de la torre?

AURELIO. Bajó con una fianza.

LELIO. ¡Por Dios, que fué desatino!

AURELIO. De los daños, fué el menor.

LELIO. ¿Quién salió por fiador?

AURELIO. Atilio, nuestro vecino.

LELIO. ¿Y él no pidió que señale
fiador que será buena?

AURELIO. Fiad de puño de arena,
que por los dedos se sale.
¿Quién la había de fiar?

LELIO. Nadie con tanta deshonra,
porque no es deuda la honra
que el fiador puede pagar.

AURELIO. Ahora quedan haciendo,
entre sus conciertos, uno
que no ha tenido ninguno
mayores voces ni estruendo.
El pide, y tiene por bueno,
que, cuando con ella coma,
porque se teme que en Roma
se suele usar el veneno,
lo pruebe primero Fabia,
y teme algún mal suceso.

LELIO. Y ella ¿qué responde a eso?

AURELIO. Que sí responde.

LELIO. Es muy sabia;
y así quiere prevenir
de algún cauteloso engaño,
como puede, a vuestro daño,
con el remedio acudir.

AURELIO. Al fin, Lelio, desde agora
Fabia la comida prueba
cuando a la mesa se lleva.

LELIO. ¡Qué señas de hombre que adora!
Mucho la teme perder:
no lo hace por la vida.

AURELIO. Esa la tiene perdida.

VITELIO. Lelio, ¿es hora de comer?

LELIO. Ya se hace. Aurelio, adiós.

AURELIO. Él te guarde, señor Lelio.

(*Vanse todos, y quedan* FABRICIO *y* AURELIO.)

FABRICIO. Oyes, no te entres, Aurelio.
¡Pesiatal, hablemonós!

AURELIO. ¿Qué me manda el buen Fabricio?

FABRICIO. ¿Qué hace Camila? ¿Está
comiendo?

AURELIO. No; fregará,
como tiene por oficio.
¿Qué la querías ahora?

FABRICIO. Que me la echaras aquí.

AURELIO. Más que esto hiciera por ti;
pero está con su señora.
Si pudiere, llamaréla.

FABRICIO. Vete.

AURELIO. Haré lo que me mandes,
que somos amigos grandes
desde muchachos de escuela.

(*Vase* AURELIO.)

FABRICIO. Nuevamente me apasiona.
Basta que quiere el amor
que pierda por mi señor
la cara de esta fregona,
que es la limpieza y aseo
de toda Roma, y por quien,
con el regalo también,
limpio de cuellos me veo.
Contribuye lo que sisa,
y en casa, por más favor,
de las ollas al hervor
me zahuma la camisa.
Mucho pierdo si mi amo
no vuelve a Fabia a querer.

(CAMILA *éntre.*)

CAMILA. ¿Quién me pudiera traer
sino tu dulce reclamo?

FABRICIO. ¡Echate en aquestos brazos,
mi vida, cariaguileña!

CAMILA. Echaréme de una peña
aunque me hiciera pedazos.

FABRICIO. Buena estás.

CAMILA. Daré la vuelta.

FABRICIO. Y hermosa.

CAMILA. No lo pensara;
que no me lavo la cara
en esta negra revuelta.
¡Guayas de tal hermosura!
¡Ya se pasó el tiempo bueno!

FABRICIO. Mira, amores, lo moreno
no quiere más compostura.
Una morena afeitada
parece mal, y es muy necia,
porque la color desprecia
que más a la vista agrada.

CAMILA. No des palabras al aire.
¡Lisonjeas, por ventura?
Bien parece la blancura
si le acompaña el donaire;
mas ningún escrupuloso
en ajenos gustos ande;
blanco o negro, chico o grande,
lo que agrada fué lo hermoso.
Mas dime: ¿qué te parece
del bellaco de tu amo,
a quien ya tanto desamo
como él a Fabia aborrece?

FABRICIO. ¿Que aborrece, dice, a Fabia?
Asegurarte podría
que suspira noche y día
y que algunas veces rabia.
En cualquiera pasatiempo
fingirse alegre procura:
¿piensas que asina se cura
un trato de largo tiempo?
Mil que se adoran verás
decir que ya no parecen,
y cuando más aborrecen,
entonces se quieren más.
Vitelio es hombre discreto
y disimula su pena.

CAMILA. Pregúntaselo a Brisena.

FABRICIO. Que te engañaste prometo,
que a fe que, estando con ella,
por tu señora suspira.

CAMILA. Pues mi señora ya mira
otro que la mira a ella.
Esta flaqueza tenemos:
muy presto nos consolamos,
porque mil hombres hallamos
por uno que aborrecemos,
y Fabia principalmente,
que, aunque la vida le importe,
tan presto como está el Norte,
tiene la vela al Poniente.

FABRICIO. ¿Quién es el nuevo galán?

CAMILA. El hijo de Atilio es.

FABRICIO. Poco la mueve interés.

CAMILA. ¡Anda, que los hombres dan,
porque dais lo que tenéis
y como esclavos servís
y poca cuenta pedís!

FABRICIO. De las maldades que hacéis.

CAMILA. Es verdad; al fin entiendo
que, por desapasionarse,
Fabia pretende humillarse.

FABRICIO. ¿Qué hacen?

CAMILA. Están comiendo.

FABRICIO. ¿Convidáronle a comer?

CAMILA. Sí, y a fe que se convidan
y que los restos envidan
y están cerca de querer;
que se regalan y brindan
de las almas por los ojos:
beben y comen antojos.

FABRICIO. Bien es que a Fabia se rindan
tan fáciles.

CAMILA. Es un viento.

FABRICIO. Pues no es muy cuerda.

CAMILA. Es de lana
y hace la empresa [más] llana
de tu amo el pensamiento.

FABRICIO. ¿Tan poco los años valen
de este amor?

CAMILA. Pasó. ¿Qué quieres?
¡Ansí somos las mujeres!—
Vete, Fabricio, que salen.

FABRICIO. ¡Adiós, perla!

CAMILA. ¡Adiós, mi vida!—
Vengado me he del traidor.

(*Húyese, y salen* BELARISO, CATULO, *y* ATILIO, FABIA *y* CRIADOS, FABIA *traerá una guirnalda de rosas.*)

ATILIO. ¡Por vida del Senador,
que me he holgado en la comida!
Y luego no repliquéis,
que es de mucho amor que os tiene.
¿Qué daño, señora, os viene
que la comida probéis?
Probadla, que en cuatro días
que estéis en buena amistad,

haréis vuestra voluntad
y cesarán niñerías.

FABIA. Señor, no replico en nada;
yo probaré la comida,
haré salva en la bebida,
pues de mi salva se agrada.

SENADOR. Fuera de que, si la toca,
asegura su temor,
tendrá divino favor
de haber tocado a su boca.
¡Bien es que este bien me haga!

FABIA. Digo que soy venturosa,
en que ya me mandas cosa
que te sirva y satisfaga;
y porque quiero agradarte,
por principio determino,
de aquel oloroso vino
que trujo Atilio, brindarte.

ATILIO. Mejor de aquello del Rin.

SENADOR. El de Candía es más suave.—
Aurelio, toma esta llave.

FABIA. Que no te fíes; al fin,
lo de Salerno es mejor.

SENADOR. Pues traigan el de Salerno,
que, aunque sea más moderno,
me agrada el gusto y olor.

ATILIO. Tiene muy bonita punta
y un dejo que es un milagro;
lo del Rin tengo por agro
y a la cabeza se junta.

BELARISO. Sola tu vista no abrasa.

SENADOR. Dulce será tu venida.

ATILIO. Bien sabe sobre comida
probar los vinos de casa;
y más sobre estos enojos
comer y dejar rodeos.

BELARISO. ¡Que he comido de deseos
con la salsa de tus ojos!

(Entran CRIADOS *con taza, toballa y vino.)*

AURELIO. Este es el vino.

SENADOR. Es perfeto.

ATILIO. Lo de Salerno es muy lindo.

FABIA. Con estas rosas te brindo.

SENADOR. Con esas rosas lo acepto;
que a más gloria me provoca,
pues tendrá para bebello
las rosas de tu cabello
y el buen gusto de tu boca.

(Echado el vino, tomará FABIA *dos rosas de la guirnalda, y echarálas en la taza, y beberá primero.)*

FABIA. Las rosas echo, y ya bebo.

ATILIO. ¡Así la viña lo lleve!
(¡Oh, qué borrico, que bebe!)

BELARISO. A fe que el brindis es nuevo.

FABIA. Pues he bebido primero,
echen de lo que he probado,
si es seguro.

SENADOR. Ya han echado;
que eches las rosas espero.

(Toma dos rosas y échalas; el SENADOR *va a beber.)*

FABIA. Echo las rosas.

SENADOR. Pues bebo.

(Tiénele el brazo.)

FABIA. ¡Tente, Catulo, no bebas,
que el vino y la muerte pruebas!

SENADOR. ¿El vino y la muerte pruebo?
¿Cómo puede aquesto ser?

FABIA. ¡Hola! Traedme aquel Dabo.
¿Nò se llama así el esclavo
que condenabas ayer?

SENADOR. Sí llama; traedle luego.
¿Qué quieres hacer con él?

(Vanse los CRIADOS.*)*

FABIA. Mostrarte que soy fiel,
y que eres un hombre ciego.
¡Oh, Catulo, poco sabes!
Agora echarás de ver
lo que sabe una mujer,
porque de entenderlo acabes.
Mira, no hay hombre perfeto
que con muchas letras venza
una mujer si comienza
a dar lugar al sujeto;
que puede nuestra blandura
y el agudo entendimiento
haceros montes del viento
y día la noche oscura.
Pues ya tomaste el estado
que pudieras escoger,
fíate de la mujer
enemigo no excusado;
llévale su condición
y el pecho no la declares,
que mientras menos fiares,
la das mayor ocasión.

SENADOR. ¡Oh, qué admirado me dejas!

ATILIO. ¡Cuáles sentencias dijera
Tulio, si agora viviera,
como tú nos aconsejas!

(*Entran los* Criados, *y traen el* Esclavo.)

Aurelio. Este es, señora, aquel Dabo:
de la cárcel le saqué.
Dabo. ¿Qué mandas?
Fabia. Escuchamé:
bebe aquella taza, esclavo.
Dabo. ¿Para qué mandas que beba?
Fabia. Porque, en cierta diferencia,
es menester tu sentencia,
este vino y esta prueba.

(*Bebe el* Esclavo, *y luego comenzará a hacer visajes hasta que caerá muerto.*)

Dabo. ¡Ay, ay! ¿Qué es esto, señora?
¿Qué me has dado? ¡Yo soy muer-
Fabia. ¿Tendráslo agora por cierto? [to!
Senador. Tendrélo por cierto agora.
¡El es muerto!
Atilio. ¡Ay, compasión;
murió con veneno fino!
Fabia. En tocándole aquel vino
la tela del corazón.
Senador. Llevadle adentro.—Y tú dime:
¿este caso, cómo fué?,
que harta razón hay por qué
por mujer fiel te estime.
Fabia. Esta guirnalda que viene, (1)
mi cabello, un prado ameno,
la mitad tiene veneno
y la mitad no le tiene.
Eché rosas para mí
de las que no le traían,
y de las que le traían
eché rosas para ti:
de donde es bien entender
que es muy vana confianza
guardarte de la asechanza
del pecho de una mujer.
Senador. ¡Ah, cómo tienes razón!
Echarme quiero a tus pies
para que en ellos me des
de mis locuras perdón.
Comeré cuanto me dieres,
pues veo tan claro aquí
que no hay guardarme de ti
cuando tú mal me quisieres.
Atilio. (Digo que estoy espantado.
Belariso. Y yo, señor, casi muerto.)
Aurelio. Aquí, señor, está Alberto,
el alguacil del Senado.

(*Sale* Alberto.)

Alberto. Mi venida no te enoje,
que soy mandado, señor.
Senador. Habla, ¿qué tienes temor?
Alberto. El mismo la lengua encoge.
A pedimiento de Lelio,
por el Senado te emplazo.
Senador. ¿Bastará que vaya al plazo
ese, mi criado Aurelio?
Alberto. No creo baste, señor;
antes agora te digo
que te has de venir conmigo.
Senador. ¿Adónde?
Alberto. Al Emperador;
él mismo el caso ha entendido.
Senador. Y yo entiendo la malicia.
Vamos, que tengo justicia.
Atilio. ¿En qué le habéis ofendido?
Senador. Venid conmigo y sabréis
por el camino este enredo.
Atilio. Vamos, que aguardando quedo
que vos me le declaréis.—
Quédate aquí, Belariso.
Senador. Venid vosotros conmigo.
Belariso. Señor, llévame contigo;
que no me dejes te aviso.

(*Vanse todos, y quedan* Fabia, Camila *y* Belariso.)

(¡Bueno quedo! Casi a punto
de que a morir me resuelva;
puede ser que cuando vuelva
esté del todo difunto.
¡Ah, desventurada suerte!)
Fabia. ¿De qué tienes confusión,
Belariso?
Belariso. ¿No es razón,
Fabia, que tema la muerte?
Fabia. ¿La muerte? ¡Suceso extraño!
[¿De] quién o por quién se trata?
Belariso. Quien me da vida y me mata,
y todo para mi daño.
Fabia. ¿Cómo te mata y da vida?
Belariso. Porque vivo en su favor
y muero con su temor.
Fabia. ¡Qué venturosa homicida!
No pienses que estoy tan loca
que no entienda tu cuidado.
¿Mas que estás enamorado?
Belariso. No lo sabes de mi boca;
apostaré que lo sabes
de los ojos, de amor llenos,
y del alma, por lo menos,

(1) Así en el texto.

de quien te ha dado las llaves.
Téngome por muy dichoso
que entiendas mi pensamiento.

FABIA. Confesaste en el tormento.

BELARISO. Eres jüez riguroso.

FABIA. ¿Yo tu jüez? Más quisiera
serlo de aquella homicida
que te ha quitado la vida,
porque castigo la diera.

BELARISO. Agradézcote el favor;
pero dime: si juzgaras,
señora, ¿qué le mandaras
a quien me mata de amor?

FABIA. Cuando probaras allí
estar muerto de afición,
a la pena del Talión,
que se muriera por ti.

BELARISO. Tu misma causa juzgaste;
tu misma suerte quisiste,
pues tú, mi señora, fuiste
la misma que me mataste.
Y aunque seas la homicida,
yo tengo a dichosa suerte,
porque no me den la muerte,
que me rescates la vida,
y perdona el atreverme,
que amor me fuerza.

FABIA. No más;
basta, que ocasión me das;
mas si mi amor te maltrata,
ya que me has hecho jüez,
no vivirá de esta vez
la homicida que te mata.
Ofrézcome agradecerte,
como procedas muy bien,
aquesa muerte, y también
por ti me ofrezco a la muerte.

CAMILA. ¿Para qué son embarazos
de "yo os quiero más a vos"?
Si os parecéis bien los dos,
¡que os deis quinientos abrazos!
Mi señora es un cordero:
tiene aquesta condición.

BELARDO. Yo la juzgaba león
de mi sangre hambriento y fiero.
Darásme tanta licencia,
que ya me atrevo a llegar.

CAMILA. ¿Eso vas a preguntar,
majadero de conciencia?
¡Cierra, cierra, y no repliques!

(*Llega y abrázala.*)

FABIA. ¡Paso, paso!

CAMILA. ¡No te asombres!
¡Ofrezco al diablo estos hombres
que piden por alambiques!
"Si osaré, no osaré hacello";
que hay alfeñique tan dama
que no se llega a la llama
por no deshacerse el cuello!—
Aurelio torna: entrad dentro,
adonde podréis hablar,
que yo le sabré esperar
y detenelle el encuentro.

BELARISO. Vamos, mi Fabia.

FABIA. Ya voy
muy contenta en que soy vuestra.

BELARISO. Ese yo soy; bien lo muestra
el alma y vida que os doy.

(*Entranse los dos, y sale* AURELIO.)

AURELIO. ¿Aquí te estás a la puerta,
buena pieza?

CAMILA. ¿A qué volvías?

AURELIO. A lo que tú no sabías.

CAMILA. Sepa que hay perro a la puerta;
vuelva por sus ojos bellos,
que de este umbral no se pasa;
está ocupada la casa,
que es hoy día de cabellos.

(*Entrase, y queda* AURELIO.)

AURELIO. ¡Por Dios, que se entró y cerró!
Debe de haber qué hacer;
sin llevar he de volver
lo que mi señor mandó.
Quiero echar por esta calle,
que va más cerca a Palacio,
y dense muy buen espacio,
pues tienen muy bien quien calle.
¡Oh, senador, loco estás!
Pues, en fin, te obliga amor
que quites prenda al honor
que no se cobra jamás.
¡Que no he de ser poderoso
de callar por ningún precio!:
yo debo de ser gran necio,
porque soy gran malicioso.
Por ventura, ¿es buena y casta?
Contentos están los dos;
mas es muy libre, ¡por Dios!,
y aquesto sólo la basta.
Por una cosa creo yo
que él la consiente perder,
pues la permite traer

galas que nunca le dió.
Yo me vuelvo a ser bellaco;
que, ¿quién está satisfecho
que la honra y el provecho
pueden caber en un saco?
Mozo, ¿quién te mete a ti
agora en vidas ajenas?
Por una mala hay mil buenas.
Cerca llegué por aquí;
éste es Palacio; acá sale
Nerón, nuestro emperador,
que lo permite el autor
que de esta industria se vale;
porque si acá no saliera,
fuera aquí la relación
tan mala y tan sin razón,
que ninguno la entendiera.

(Salen Nerón, *emperador;* Lelio, *capitán;* Catulo, Atilio, Vitelio *y* Criados.)

Nerón.

¡Gentil negocio, por mi vida, es éste!
¿Cuál hombre puede ya tener de este hombre
la confianza justa que se debe
a las fingidas muestras exteriores?
Bien dicen que la edad pasó dorada
y que, de verse la Verdad corrida,
al Cielo se volvió, de donde vino.
Mas no permitiré que mientras viva
se diga que con ella juntamente
la Justicia se fué, que pienso agora
hacerla muy de veras, y que vean
que no estimo el valor del reo Catulo.—
¿Es posible que niegues lo que debes,
habiendo dos testigos que lo juren?
Paga, Catulo, paga, o te prometo
de hacer que pagues cuando tú no quieras.

Senador.

Tu Majestad, ¡oh César invictísimo!,
bien puede castigarme; mas yo juro
por las deidades altas de los dioses
que no le debo a aquéste lo que dice.

Lelio.

Sí debes, muy debido y muy probado,
y porque estás en la real presencia
osas, Catulo, hablar tan libremente.

Nerón.

¿En qué te fundas, Senador? ¿No sabes
que si esa dignidad con otras tienes,
no debe nada Lelio a tu nobleza?
Si tú, por conservar nuestra República,
has estudiado letras, también éste
por defenderla ejercitó las armas;
si a ti te cuesta aceite, a aquéste, sangre.

Senador.

La gravedad del caso me obligaba
a encubrirte, señor, la verdad; esto
escucha, pues, y contaréla toda,
fiado en la justicia que yo tengo,
por la cual me darás por justo y libre.
Yo, señor, me casé con Julia Fabia,
hija de Eraso Albino, mujer moza
y desigual en años y costumbres;
con celos que yo tuve de este joven,
hijo de Eraclio, decreté matalla:
busqué por mis dineros quien lo hiciese,
porque el amor me afeminaba el ánimo,
y aquéste se ofreció dalle la muerte
por esa cantidad que agora pide.
Alzada ya la daga, entré corriendo,
de mi casta mujer bien informado,
y el brazo le detuve. Agora advierte
si es justo que le pague, o si es más justo
que, como a matador, tú le castigues.

Nerón.

¡Extraño caso!

Lelio.

Escucha, invicto César,
que no quiero negalle lo que dice;
mas, pues descubre el caso, advierte agora
lo que te queda de saber del caso:
la prometida paga por la muerte,
¿de dónde piensas prometió sacalla?
De los erarios públicos, diciendo
que juntos, de secreto, en el silencio
de la callada noche, con sus llaves
podríamos sacar. ¡Mira si es justo
que muera el robador de la República!

Nerón.

¡Caso notable, por el alto Júpiter!
¡Oh providencia de los altos dioses!
Muera con justa causa, o, por lo menos,
sea llevado Catulo a la cárcel
hasta que por el Senado se provea
la pena que merece tanta culpa.
¿Así cumpliste aquella confianza
que se tuvo de ti, villano, indigno
de aquesa toga que tu cuerpo adorna?

Senador.

¡Señor!

NERÓN.

¡Tirad con él! ¡No me replique
una sola palabra!

SENADOR.

¡Señor!

NERÓN.

¡Calla,
que haré sacarte la maldita lengua!

(*Llevan al* SENADOR.)

¿Cómo es aquesto? ¿Tal maldad se sufre?
¡Mal haya la cabeza que os consiente
tener a vuestro mando las riquezas
para los bienes del común y pueblo,
pues las tenéis a efecto solamente
de haceros ricos, de roballas todas!
Mas yo pienso tomaros residencia,
que cuesta cara.—Ven acá, mancebo:
¿Es verdad que quisiste a aquella Fabia?
¡Guarda, te aviso, guarda, no lo niegues!

VITELIO.

Verdad es que la quise; mas no ha sido
de amor incasto, sino justo y santo;
porque yo pretendí que fuera mía
antes que suya, en dulce matrimonio.
¡Era yo pobre, y pudo más el rico!

NERÓN.

Ven acá, Lelio; tú no te alborotes,
que no pienso que debes justamente
castigo del delito cometido;
eres soldado, y vives de tus armas;
pero ¿por qué razón, sin los dineros,
a dar la muerte injusta te atrevías?

LELIO.

Porque la falsa, aleve, me engañaba,
que me mandó matar a su marido
para poder casarse con Vitelio.
Supe el enredo, y quise la venganza;
mas yo sospecho que imposible fuera,
porque la adoro, si verdad te digo.

NERÓN.

Que todos la queréis es argumento
que lo merece.

LELIO.

Gran señor, bien puedes
estar de su hermosura satisfecho.
Es una Venus y un retrato vivo
de Cleopatra, o la robada Elena;
gallarda en todo, Fabia, por extremo,
cuyo donaire es tal, que yo no puedo
encarecer, ni en mi sentido cabe.

NERÓN.

Hasme movido, Lelio, a mil deseos;
dentro del alma, Lelio, me la pintas
con el vivo pincel de tus razones.
¡Oh, lo que diera por gozar un rato
de esa beldad tan rara y peregrina!
Mas ¿qué no puede la potencia mía
y este ceptro absoluto? Lelio, parte,
y parte tú con él, Vitelio, y juntos,
traedme a Fabia, y no volváis sin ella,
que por el alma de mi padre juro
haceros dar aborrecida muerte.

LELIO.

Iremos cual lo mandas.

NERÓN.

Partid luego.

LELIO.

(¡Oh, nunca yo naciera!)

VITELIO.

(¡Oh, Cielo santo;
maldiga Dios tu lengua!)

(*Vanse los dos.*)

NERÓN.

¡Bueno quedo!
Enamorado de palabras vanas,
que [es] esto que me ha entrado en los oídos,
si suele Amor entrarse por los ojos.
Venid vosotros, tañeréis un rato,
mientras se pasa el tiempo, que a mi alma
tan largo me parece que se espera.
Amor, ¿qué has hecho, cómo te has errado?
Las flechas que en el blanco de los ojos
sueles clavar, has hecho nuevamente
herir al corazón por los oídos.
¡Debes de haber perdido los sentidos!

JORNADA TERCERA

(*Salen* LELIO, VITELIO *y* FABRICIO.)

VITELIO. Bien estarás satisfecho
de lo que has hecho conmigo.

LELIO. No tengo, el Cielo es testigo,
culpa del mal que sospecho.

Ya mi inocencia se sabe,
y la culpa considera,
que cuando yo la tuviera,
muy buena parte me cabe.
Buena parte del dolor
me cabe de este suceso,
y tanto, que pierdo el seso
entre el honor y el amor.
¡Bueno es que sea tercero
de aquella prenda que adoro!

VITELIO. Mi suerte y la tuya lloro; (1)
si desesperas, yo muero.
¡Ah, Lelio, mal haya el día
que a Fabia mis ojos vieron!

LELIO. Y aquel que los suyos fueron
cárcel del ánima mía:
que tú tienes cirujano.

VITELIO. Con buen lance me convidas,
si de las viejas heridas
aún no estoy del todo sano,
que en memorias me deshago.
Pero temo justamente
que la sangre me reviente
con esta fuerza que hago.

LELIO. Yo sólo estimo la honra,
y no sé cómo me atreva
a darle tan mala nueva
a costa de mi deshonra.
¿Cómo yo tengo de hablar
a Fabia de ajeno amor?

VITELIO. ¿Cómo que al Emperador
a Fabia le he de llevar?

LELIO. ¡Que he de llevar, por lo menos,
a Fabia a tales abrazos!

VITELIO. ¡Que la prenda de mis brazos
lleve a los brazos ajenos!

LELIO. De Roma quiero ausentarme
si tan de veras lo toma.

VITELIO. Quiero ausentarme de Roma
y no a su gusto obligarme.

LELIO. Vitelio, yo determino
salirme de Roma al punto.

VITELIO. Yo, Lelio, contigo junto,
quiero tomar el camino.

LELIO. ¡Ah, qué industria imaginaba
si tú la hicieras posible!

VITELIO. Di, Lelio, aquese imposible,
que si en mi mano la pones,
no dudo en la propia vida.

LELIO. Si fuera industria perdida,
piérdanse cuatro razones,
y tú responde a una sola:
¿quieres a Brisena?

VITELIO. Tanto
como el áspid al encanto
y la abeja a la amapola;
tanto me espanta su habla
como el favor de su gusto.

LELIO. La sospecha viene al justo,
y nuestro enredo se entabla;
al fin, nunca te dió pena.

VITELIO. Ni me la da ni la quita.

LELIO. Pues, Vitelio, solicita
que llevemos a Brisena;
que Nerón no la conoce,
y podrá pensar que es ella,
y no la viendo tan bella,
podrá ser que no la goce.
¿Qué te parece?

VITELIO. Un enredo
de tu raro ingenio digno;
y veremos, de camino,
lo que con Brisena puedo,
que será suma fineza;
mas yo lo sabré trazar;
no me acabo de espantar
de tu aguda sutileza.

LELIO. A propósito sucede:
Brisena la calle pasa.

VITELIO. Sin falta viene a su casa.

LELIO. Hagamos que fuera quede.

VITELIO. Háblala luego.

LELIO. Yo voy.

(BRISENA, *con un* PAJE.)

BRISENA. ¡Qué tarde a casa llegamos!

PAJE. Tarde, pero cerca estamos.

VITELIO. Y yo de mi bien lo estoy.
¿De dónde bueno?

BRISENA. De ver
a Flavia, mi hermana.

VITELIO. Basta,
que el amor de vuestra casta
me quiere echar a perder;
ha dos horas que os aguardo.

BRISENA. ¿Por una vez tantos fieros?

VITELIO. Son del deseo de veros,
que, en mirándoos, me acobardo.
Haced que el paje se aparte,
que me importa hablar con vos.

BRISENA. Evandro, vete con Dios.

PAJE. ¿Aguardo en alguna parte?

(1) En el texto, "adoro".

BRISENA. No; bien te puedes volver
y a mi hermana me encomienda.—
¿Queréis que Lelio lo entienda?

VITELIO. Sí, bien lo puede entender.
Brisena, ya de mi amor,
como yo de la fe vuestra,
tenéis conocida muestra.

BRISENA. Antes muy poco, señor;
que me habéis sido del alma
un dulce verdugo.

VITELIO. Entiendo
que ya os burláis, conociendo
que de ésta os rindo la palma.
Sabéis cómo os he querido,
sabéis que (1) os tengo en mis ojos,
porque, si os he dado enojos,
por ajena culpa ha sido.
Mas ya ninguna ocasión
ha de ser, Brisena, parte
para que de vos me aparte,
sin la muerte, el corazón.

BRISENA. Dejemos cosas pasadas.

VITELIO. Agora te doy mil vidas;
que bellas prendas perdidas
fueron, por mi bien, halladas.

BRISENA. ¡Oh, señor, cuánto me debes!
¡Cuánta lágrima y suspiro,
cuando tus maldades miro,
esta helada sangre mueves!
¡Cuántos desprecios me has hecho,
a cuánta rabia me obliga
ver tan loca a mi enemiga
de las prendas de mi pecho!
Mas ninguna cosa es fuerte
de cuantas la razón pide
a que las tuyas olvide
en la vida ni en la muerte.

LELIO. (Bien se funda lo que intenta.

VITELIO. ¡Oh, Lelio, y cuánto me adora!

LELIO. Pues alto, díselo agora;
no aguardes que se arrepienta,
que es palabra de mujer,
y averiguado argumento
que en este mismo momento
mudará de parecer.)

VITELIO. ¡Ah, quién pudiera, Brisena,
tras toda aquesa esperanza,
con segura confianza
darte cuenta de mi pena!
¡Triste de mí, cuál estoy!

BRISENA. ¿Qué novedad es aquésta,
Vitelio, que te molesta?

VITELIO. El ver que tan pobre soy.

BRISENA. Desecha aquesa tristeza,
que si lo dices por mí,
no quiero, después de ti,
Vitelio, mayor riqueza;
galas tengo que traer,
y hacienda con que vivir;
bien te puedes persuadir
que no te puedo ofender;
si te da mala señal,
que se acabarán, sin duda,
si por ti quedo desnuda,
no he de parecerte mal.
¿No es esto lo que decías?

VITELIO. No.

BRISENA. Pues declara tu intento.

VITELIO. Es la pobreza que siento,
Brisena, de cosas mías.
Triste, mi padre está preso
por deudas, y, al fin, no sale;
que a lo que su hacienda vale,
le hacen notable exceso.

LELIO. (Pues ¿qué tiene eso que ver
con el concierto, Vitelio?

VITELIO. ¡Calla, no me impidas, Lelio!

LELIO. No te acabo de entender.)

BRISENA. Quisiérate remediar;
mas daréte lo que tengo.

VITELIO. No, Brisena, yo no vengo...

BRISENA. ¡Paso, no has de replicar!
Toma aquestas pocas prendas.—
Y entra conmigo, Fabricio,
y la plata de servicio
te daré para que vendas.

LELIO. (¡Qué mujer ésta, ¡oh mujeres!,
para las que agora se usan!)

VITELIO. Dos mil razones me excusan;
conozco lo que me quieres;
es grande la cantidad:
esto no basta, Brisena.
Toma tu anillo y cadena;
recibo la voluntad.
De otra manera podrías
remediarme.

BRISENA. ¿De qué suerte?
Dilo, y importe la muerte.
¿Cómo de mí desconfías?
¿Quieres que me venda?

VITELIO. Espera;
no me obligues tanto, no;

(1) En el texto, "como".

que el ver, mi bien, que soy yo,
me avergüenza y desespera,
y más puede avergonzarme
lo que me mandas que diga;
mas no quiera Dios prosiga
en ofenderte y matarme.

BRISENA. Acaba, que eres extraño.

VITELIO. No se determina el pecho
a decirte su provecho
con el miedo de su daño;
mas vaya aparte el temor.
Sabrás, Brisena, que ayer...
¡ay!

BRISENA. Dilo.

VITELIO. Te pudo ver
este nuestro Emperador.
Informóse de quién eras,
y dijéronle que mía,
que eso es hoy cortesanía,
entre las lenguas parleras;
que esto en la Corte se halla,
de ordinario, al maldiciente;
¡mal haya quien lo consiente
y la justicia que calla!
Al fin, me envió a llamar,
y quiere que yo te lleve,
porque mayor muerte pruebe
de cuantas me pudo dar.
Fuera de que es imposible
excusarte de este mal,
porque a un rey, a un hombre tal,
Brisena, todo es posible.
Con la mucha paga puedes
excusar mi desventura.

LELIO. (¡Buena excusa y muy segura!
Digo que a Sinón excedes.)

BRISENA. ¡Ah, Vitelio, hombre sin honra!
¡Cuando tú amor me tuvieras,
por ninguno permitieras
tal maldad y mi deshonra!
Haste afrentado y causado
en mi alma tal rigor,
que todo el pasado amor
en desamor se ha trocado.
¡Vete, infamia de los hombres,
con Fabia, a quien tú deseas!
¡Ni me busques ni me veas,
ni solamente me nombres;
y no me toque a la puerta,
que haré a la puerta matalle!

(*Vase.*)

LELIO. Helo aquí echado en la calle;
¡qué bonico se concierta!
¡Ah, Vitelio, razón tiene!
¡Tú lo has echado a perder!

VITELIO. Di, ¿qué más se puede hacer?

LELIO. Que no te alargues conviene,
no hay disculpa que te cuadre.

VITELIO. Que me des la razón quiero.

LELIO. Dijiste que era el dinero
para soltar a tu padre;
que a fe que si la dijeras
que fuera para sus galas,
que los pies tuvieran alas
más que los vientos ligeras.
Esto es hecho; de aquí vamos,
que a Fabia hablar nos importa,
porque ya el día se acorta
y este negocio alargamos.
¿Qué dudas, pues ha de ser?

VITELIO. No dudo en nada; antes quiero
ser muy honrado tercero
de tan honrada mujer.

LELIO. Yo fío que no lo dude.

VITELIO. Fabricio, quédate ahí,
y miraré por aquí
si alguno a la calle acude,
que esta nueva libertad
tendrá su dime y direte.

LELIO. Vamos, señor alcagüete
de su real majestad.

(*Váyanse, y queda* FABRICIO.)

FABRICIO. ¡Por Dios, extremados van
los dos señores terceros,
en figuras de romeros,
no los conozca Galván!
¿Cuánto les dan por la presa?
Es de buen precio la moza;
guárdense de la coroza, (1)
que es la justicia traviesa.
Debo de estar olvidado,
pues de esta vez no me asombro.
¡Pesia tal!, ¿la soga nombro
en casa del ahorcado?
¡Huélguense vuesas mercedes,
que no es mi vidrio tan fino
que tire piedra al vecino
y le rompa las paredes!
¡Oh, cómo está el mundo lleno
de este ordinario cuidado!

(1) En el texto, "conça".

¡Debe mirar su pecado
quien reprehende el ajeno!

(Brisena, *con manto.*)

Brisena. Huélgome, que se han partido.
Fabricio, ¡hola! ¡Oh, Fabricio!
Fabricio. ¿En qué te hago servicio?
Brisena. ¿Fuése tu señor?
Fabricio. Ya es ido.
Brisena. ¿Quieres tenerme un secreto?
Fabricio. Si a ti no, señora, ¿a quién?
Brisena. Pues, como le guardes bien,
el galardón te prometo.
Vente a Palacio conmigo.
Fabricio. ¿Qué quieres hacer en él?
Brisena. Ser honrada y ser fiel
a tu señor, mi enemigo;
remediar su pena quiero
sin que lo entienda, y diré
que en otra parte busqué
la cantidad del dinero.
La mujer noble y discreta,
Fabricio, cuando resbala
y ha de ser por fuerza mala,
procura serlo secreta.
Fabricio. ¡Ah, Brisena!, ¿quién podría
encarecer tu valor
y ese ingenio, a quien Amor
enseña filosofía?
Cúbrete, ¡pobre de mí!,
que sale de aquella casa
una mujer.

(*Entra* Camila.)

Camila. ¿Esto pasa?
¿Cómo delante de mí?
¡No en mis días, Fabricico! (1)
¡Bellacona, desatápese!
Fabricio. (Vuesa merced calle y tápese,
que tiene endiablado pico.)
¡Déjame pasar, maldita! (2)
Camila. ¿Qué pasa? ¡Mal haya yo
si no se le quite yo
si el rebozo no se quita!
Fabricio. (Vamos, y déjala hablar.)
¡Calla, por tu vida, amor,
que es dama de mi señor!
Malo estaba de juzgar;
a su casa se la llevo.

(1) En el texto, "Fabricio".
(2) En ídem, "marcica".

Camila. Pues, si no se me declara,
él y ella ¿tuvieran cara?
¡No, por la muerte que debo!

(*Vanse los dos, y queda* Camila.)

Ya Vitelio tiene dama;
¡por Dios, pagado se han!
que tiene nuevo galán,
puédolo decir, mi ama:
a fe que no están contentos,
aunque disimulen más,
que a este amor es por demás
aplicar medicamentos.

(*Entran* Fabia *y* Belariso.)

Belariso. Si permites que le alabe,
advierte que me diviertes
con las dulzuras que viertes
de aquesa boca süave.
Fabia, de perderme temo;
manda que de ti me aparte,
que he llegado en adorarte
desde el principio al extremo,
por fuerza me he de perder.
Fabia. Antes engañado vas,
que si en el extremo estás,
no te queda que temer
ni pasarás adelante.
Belariso Como tu fe lo consienta,
pasaré por más tormenta
que la fortuna levante.
Que tienes mil cosas nuevas
estudiadas en amor,
con que al oyente amador
atraes, rindes y elevas.
Eres divino maestro;
premio y laurel se te dé.
Fabia. A lo menos, en la fe
que a mi discípulo muestro,
gran caudal he descubierto
de tu peregrino trato.
Belariso. Y yo en el tuyo un retrato,
de glorias seguro puerto.
Camila. ¿Para qué es tanto (1) almacén
con tanto dime y direte?
¡No sé para qué se mete
tan hondo el que quiere bien!
Las razones estudiadas
tienen mucho de fingidas,
y son más presto creídas

(1) En el original, "estando".

las que se dicen turbadas.
¡Bien haya yo, que no digo
más de un "sí" medio entre dientes!

BELARISO. Hay pasiones diferentes.

CAMILA. Y él, ¿es diferente amigo?
Pues digo, ¿puede él mirar
el pie de aquel Fabricillo,
la cara de Cupidillo,
acabado de azotar,
los vivos ojos y lengua,
la voz graciosa y süave?

BELARISO. Eso y más, Camila, cabe
en cosa de tanta mengua.

FABIA. ¡No haya más, por vida mía!

(*Entran* LELIO *y* VITELIO.)

LELIO. (Temblando llego.

VITELIO. Y yo y todo.)

LELIO. Fabia: a los dos, de este modo,
el Emperador envía.
Negocios pienso que son
de tu marido.

VITELIO. Ansí es:
manda que vamos los tres
a averiguar la traición.

FABIA. Mas no sea que intentéis
alguna para mi daño.

LELIO. Segura vive de engaño.

FABIA. ¿Tan segura me tenéis?
Belariso irá conmigo.
Alto: yo me entro a cubrir;
adelante podéis ir.

LELIO. Irnos queremos contigo;
basta que vayas con él;
aunque, si ésta traición fuera,
claro está que no viniera
Vitelio, ni yo con él;
lleva también tus criados.

BELARISO. Yo basto, no hayas temor.

LELIO. A fe que tiene el señor
parte de nuestros cuidados.

FABIA. Vamos, y tú mira bien
si alguno en la calle está.

LELIO. Ansí, señora, se hará;
manda que el manto te den.

(*Entranse todos. Sale* NERÓN *y* CRIADOS.)

NERÓN.

Váseme haciendo cada punto y hora
un año desigual, un siglo eterno;
tanto mi alma aquella Fabia adora,
que de mi libertad tiene el gobierno;
en ella vive, en mis sentidos mora,
que en fuego me consume el pecho tierno;
si imaginada no hay quien la resista,
ceniza quedará después de vista.

De suerte, Amor, me pintas y figuras
dentro en la idea tu divina imagen,
que mil perfectas vivas hermosuras
no quieren que a la muerte se aventajen,
y tanta gloria en ella me aseguras,
que, por más que se cansen y trabajen
sus invidiosas manos a bordalla,
con más paciencia vuelves a pintalla.

(*Entre un* PAJE.)

PAJE.

Un criado está aquí de aquel soldado
que fué por la mujer.

NERÓN.

(Mi gloria es cierta.)
¿Y viene solo?

PAJE.

Viene acompañado.

NERÓN.

¿De quién?

PAJE.

De una mujer cubierta.

NERÓN.

Entren.

(*Entren* FABRICIO *y* BRISENA.)

FABRICIO.

Aquí, señor, por tu mandato,
viene Fabia.

NERÓN.

No tengas encubierta
la gloria que me das, ni eclipse tanto,
mi sol divino, tan nublado manto.

BRISENA. Cual mandas, vengo, señor,
y, humilde, a tus pies me postro.

NERÓN. No tienes, Fabia, buen rostro;
quitado se me ha el amor.
(¡Por Dios, engañado estaba!
Sin cumplir muere el deseo.
Muy diferente la veo
de como la imaginaba.)
No verte fuera ocasión
de mayor gloria y ventura,

por no perder la dulzura
de aquella imaginación.
¡Oh, locos desvanecidos,
al fin, como amantes ciegos,
por quien publican sus fuegos
y se precian de perdidos!—
Traedme aquí el Senador;
quitadle aquellas prisiones:
hablaréle dos razones.
¿Entendéislo?

PAJE. Sí, señor.

NERÓN. ¡Por Dios, Fabia, que le estás
obligada a la Fortuna!

BRISENA. Mas no habrá mujer alguna
que de ella se queje más.

NERÓN. ¿Por qué, pues, de tantos modos
tantos te quieren ansí?

BRISENA. Porque no te agrado a ti,
que eres mejor que no todos.

NERÓN. Ya, Fabia, como hablas bien,
no me pareces tan mal.

BRISENA. Por favor y merced tal,
muchas gracias se te den.
La hermosura en breve rato
se goza cuanto más es;
lo que enamora después
es el ingenio y el trato.

NERÓN. Aciertas en las dos cosas,
aunque tu causa rodeas;
yo he visto mujeres feas
que, tratadas, son hermosas.
La hermosura desvanece
con la edad o enfermedad;
pero el ingenio es verdad
que el tiempo no le envejece.
Mas no desputemos, Fabia;
de las dos, sea cualquiera:
más hermosa te quisiera,
aunque fueras menos sabia;
no es cuerdo el hombre, antes loco,
que busca mujer discreta.

BRISENA. ¿Por qué?

NERÓN. Porque se sujeta
a quien ya le tenga en poco.
Entenderá su flaqueza,
y con su bachillería
le ofenderá noche y día
a costa de su cabeza.
La mujer ha de tener
un ingenio moderado,
no agudo, libre, alterado,
atrevido y bachiller;
que, en siendo por este modo,
no se puede tolerar;
que quieren luego mandar
y ser cabeza de todo.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. El preso queda a la puerta.

NERÓN. Fabia, cubrirte podrás,
que menos daño harás
cubierta que descubierta.

(*El* SENADOR *y gente.*)

SENADOR. ¿Qué manda tu Majestad?

NERÓN. Mandé desaprisionarte,
Catulo, por sentenciarte.

SENADOR. Cúmplase tu voluntad.
Senténciame; sin embargo,
yo cedo mis diligencias.
¡Hoy me prendes y sentencias
sin admitirme el descargo!
¿Qué mandas hacer de mí?

NERÓN. Un gran castigo te doy;
y por la fe de quien soy
que lo fuera para mí.
Tu mujer mirando estás:
vete con Dios y con ella,
que yo te condeno a ella
por cuatro meses no más;
esto lleva por sentencia.

SENADOR. ¿Tan mala te ha parecido?
Yo la consiento, y te pido
que me alargues la licencia.—
(*Descúbrela.*)
¡Mi Fabia!—Cielos, ¿qué es esto?
¡Aquesta no es mi mujer!

NERÓN. ¿Cómo, cómo puede ser
que me haya engañado en esto?
¿No es tu mujer?

SENADOR. No, señor.

NERÓN. Ya tengo el caso entendido:
¡muy buena disculpa ha sido!—
Prendedme aquel embaidor.
(*Asen a* FABRICIO.)
¡Hola! Vosotros, ¿qué hacéis?
Al que así engañarme quiso,
por toda Roma os aviso
que en el punto me busquéis,
o juro por mi corona
que, si no parece luego,
de cordel, cuchillo o fuego,
no se me libre persona.

SENADOR. ¿A qué propósito has hecho
que salga de la prisión?

NERÓN. Engañóme la traición
de aqueste fingido pecho.—
Y tú, mujer, di quién eres.
¡Habla! ¿Por qué enmudeciste? (1)

BRISENA. La afrenta de las mujeres.
Mas yo he venido engañada
por aquel falso Vitelio
y por el capitán Lelio,
de quien he sido burlada.
Dijéronme que me amabas,
y agora por cierto tengo
que en lugar de Fabia vengo,
pues a Fabia deseabas.

NERÓN. ¿A mí se me sufre hacer
tal burla? ¡Ah, Lelio traidor!—
¡Hola! Dime, Senador:
¿adónde está tu mujer?
¿Hallaránla donde vives?

SENADOR. Señor, vuelve por mi honra;
según eso, a mi deshonra
pensaré que te apercibes.
Tú que eres suma defensa
no me maltrates mi honor.

NERÓN. No, que de un Emperador
honra se llama la ofensa.
Por las mujeres lo advierte;
que ya tienen por disculpa
cualquiera maldad y culpa
que cometen de esta suerte.
Son yerros muy bien pagados,
y aunque tan públicos son,
tienen por satisfacción
que son yerros aceitados. (2)
Y no te fatigue, no,
juzgarme por atrevido,
que alguno la habrá servido
no tan bueno como yo.

SENADOR. Ya, señor, que tanta mengua
de hacerme esta afrenta cobras,
pues me deshonran tus obras,
no me deshonre tu lengua;
que si yo hubiera sabido
de mi mujer cosa incasta,
yo la acabara, y bien basta
lo que tienes entendido.
Yo la he tenido por buena;
y, pues te tengo por bueno,
no hagas con nombre ajeno
tuya la mujer ajena.
Diga toda la ciudad
si tiene contrario indicio;
mira, señor, mi servicio
o mira tu gran bondad.
Eres de virtud el templo,
y ansí, considerarás
que más obligado estás
a dar a todos ejemplo;
que si tu sumo poder
me deja así deshonrado,
no tendrá el pueblo a pecado
quitar la ajena mujer.

NERÓN. No me pienses tú enseñar;
¿no sabes que soy tu Rey?

SENADOR. Sí.

NERÓN. Pues quien hace la ley,
ese la puede quitar.

SENADOR. A su fuerza nadie iguala;
es cosa del Rey ajena
que quite la ley que es buena
y ponga la ley que es mala.
Y si es que al Rey no resiste
quitar ley que pudo dar,
ésta no la has de quitar,
pues que tú no la pusiste;
que no es dado a tu grandeza,
puesto que gobierna el suelo,
quebrantar la ley del Cielo,
razón y naturaleza.

NERÓN. No más, que mucho te alargas.

SENADOR. Es mucho el daño que veo.

NERÓN. Y colérico el deseo
para razones tan largas.
Allá en las aulas podrás,
en estudios y academias,
mostrar cuánto al bueno premias
y el castigo que me das,
y si pretendes enmienda,
compón un libro de aquí
y dirígemele a mí,
que yo haré que se te venda.

SENADOR. Aun eso pudiera ser;
pero tengo más temor.

(*Entran* LELIO, VITELIO, FABIA *y* BELARISO.)

LELIO. Aquí está Fabia, señor,
la que mandaste traer.

NERÓN. (¡Extraño enredo, por Dios!)
La palabra habéis cumplido;
sin duda que habéis temido

(1) Falta un verso a esta redondilla.
(2) Así en el texto. Quizás "afeitados".

perder la vida los dos.
Yo os perdono lo pasado
por el regalo presente.—
¡Oh, Fabia, bien diferente
original del traslado!
¡Gentil y perfecta unión
de miembros y compostura,
que dan a la hermosura
el nombre de perfección!
Tienes un divino agrado;
has confirmado mi amor,
que aún me pareces mejor
que te había imaginado,
porque entonces se le aplica
la perfección o la forma
cuando a la idea conforma
del autor que la fabrica;
y pues sales tan perfeta
como yo te imaginé,
mi alma, mi amor y fe
se rinde, humilla y sujeta.

BELARISO. (Cegaran antes mis ojos
que a ver su muerte vinieran.

LELIO. Y los míos, que pudieran
excusar tantos enojos.)

FABIA. Señor, si a aqueso me llamas,
¿por qué causa has permitido
que nos vea mi marido,
cuya nobleza disfamas?
Muy grande agravio recibo
del bien que quieres hacerme.

SENADOR. No, Fabia; no ha de ofenderme
mientras estuviere vivo.
Pues pretende mi deshonra,
vea en este caso tal
lo que un hombre principal
sabe volver por su honra.
¡Oh, Roma! escucha el agüero
de esta víctima ofrecida,
que ya te ofrezco la vida
y alegre y contento muero.
El Cielo forma sentencia
contra ti, pues en rigor
te ha dado un Emperador
tu cuchillo y pestilencia,
y que te ha de hacer infame
su tirana monarquía. (1)
Veráste con sus hazañas
abatida y infeliz,
y tu indomable cerviz
pisarán plantas extrañas.
Faltará en ti la justicia,
será el malo engrandecido,
veráse el bueno abatido
por envidia o por malicia.
Tendrá perpetuo destierro
de tus hijos la verdad,
será muy peor edad
que la de alambre y de hierro.—
Al fin reinarás tirano.

NERÓN. ¡Hola! Quitadle la vida.

SENADOR. No es tan baja y abatida
que ha de acabar de tu mano.
Mi muerte traigo en la mía.—(1)
¡Adiós, Fabia! ¡Fabia, adiós!

(Queriéndole asir dos CRIADOS, *hará que chupa la piedra de una sortija y caerá muerto.)*

NERÓN. Ved que se acuerda de vos,
Fabia, en el postrero día.

FABIA. Tiene mucha obligación;
yo se la pienso pagar.

NERÓN. Deja, Fabia, de llorar
y muestra buen corazón;
que si pierdes buen marido
bueno le cobras en mí.—
Llevad ese hombre de ahí,
y paso, sin hacer ruido.

FABIA. Señor, gran crueldad es ésta,
que a mi marido me quitas;
aunque más lo facilitas,
al cielo y tierra molesta.
¿Qué puedo fiar de un hombre
que así finge que me ama
en los ojos de una dama?

NERÓN. Eres tú; vino en tu nombre;
díjome que Fabia era.
Mira el rostro.

VITELIO. ¡Por Dios, bien!

LELIO. Brisena, Brisena, ¿quién
te trujo de esta manera?

NERÓN. ¿Conocéisla?

LELIO. Sí, señor.

VITELIO. Dime quién te trujo aquí.

BRISENA. Traidor, remediarte a ti
tan a costa de mi honor.

NERÓN. ¿Lloras, mi Fabia? Advierte
que te quiero mucho.

---

(1) Faltan dos versos para la redondilla, o, lo que es más probable, sobran los dos que hay, pues no afectan al sentido.

(1) En el original "mano".

FABIA. ¡Ay, triste,
que aquel daño que me hiciste
pide lágrimas y muerte!
Bien viste que a mi marido
dió muerte por causa mía
el veneno que traía
en la sortija metido.
Pues ¿qué piensas que he de hacer?

NERÓN. No me digas lo que harás,
Fabia; detente no más;
convierte el llanto en placer
y ven conmigo, que quiero
que deseches los enojos.

FABIA. No lo verán esos ojos,
romano cruel y fiero,
que en esta sortija está
el fin de todos mis llantos.

(Pone la piedra en la boca y cae en el suelo.)

NERÓN. ¡Paso, por los dioses santos!
¡Que se mató! ¡Muerto se ha!
¡Ah, Júpiter enemigo!
¿Cómo quisiste poner
tal furia en una mujer?
¡Dos mil veces te maldigo!
¡Hermosa Fabia! ¡Ah, mi Fabia!
El alma salir porfía
¡ah, señora! ¡ah, gloria mía!
y el hermoso cuerpo agravia.
Ved vueltos los bellos ojos
y ved el sol ya vengado
de aquellos que le han quitado
sus altares y despojos.
Ved muerta la viva grana
y ved la nieve amarilla,
y en una y otra mejilla
la de la muerte inhumana.
Mirad cárdeno el rubí,
la mano ya helada y floja
y, entre esta pena y congoja,
miradme, miradme a mí.
¿Quién creyera tal suceso?
¡Oh, romana ilustre y bella!
Irme quiero por no vella,
que habré de perder el seso.

(Vase NERÓN.*)*

VITELIO. ¡Gloria de mi pensamiento,
dulce prenda de mi pecho,
tú, que muriendo me has hecho
morir viviendo en tormento!
Si hasta agora he yo callado
tu amor poderoso y fuerte,
agora, agora en la muerte
quede al mundo declarado;
que quiero tanto llorar
que la propia sangre acabe.

BRISENA. Mirad lo que en hombres cabe;
aprended a confiar.
¿Quién le vió fingir conmigo
tan locas hazañerías?
Entonces muy bien fingías;
pero no agora, enemigo.
Quisiera con una lanza
pasarle el pecho traidor;
aunque ésta ha sido mayor
y más alegre venganza.
Pues yo, ¿qué le pido al Cielo?
¡Llora, llora, muere, rabia
y pide que te dé Fabia
a tus lágrimas consuelo!
¿Qué mujer se ha de fiar
de pecho de hombre, aunque vea
que ya su muerte desea
y queda para expirar?
Créanme a mí, si me entienden;
que, cuando piensan que adoran,
si en su presencia las lloran
en otra parte las venden.—
Lelio, ¿qué dices de aquesto?

LELIO. Ha sido la confusión
tan grande, que en suspensión
alma y sentidos me ha puesto.—
¡Oh, Fabia!

BRISENA. Todos lloráis,
y yo, que más causa tengo,
¿a tanta desdicha vengo
que mi muerte celebráis?
Causa tengo principal
de dar lágrimas también,
que apenas supe del bien
cuando ya me busca el mal.

LELIO. Brisena, yo estoy de suerte
que, si de aquí no me voy,
te juro, a fe de quien soy,
que me procure la muerte.
Vamos si quieres.

BRISENA. ¡Ay, Lelio! (1)
Desde hoy no receles más,
que es el temor sin provecho.

(1) Aquí faltan versos: pues este es el primero de una redondilla que no sigue. Además el sentido queda cortado.

VITELIO. ¡Con cuánta fuerza en el pecho
de tu firme amante estás!
que si mi vida te agravia,
la muerte, la muerte pido.

(*Sale* FABIA.)

FABIA. No, no, Vitelio querido,
que está viva vuestra Fabia.

VITELIO. Santos dioses, ¿qué es aquesto?
¿Ha vuelto de la otra vida?
Detente, Fabia querida;
vuelve allá, vuélvete presto,
que todo temblando estoy,
o, aguarda, juntos iremos.

FABIA. No hagas tales extremos.
Vida tengo, viva estoy;
que aquella muerte fingí
por que el traidor me dejase.

VITELIO. Aunque tus brazos tocase,
no estoy seguro de ti.

FABIA. Sosiega, Vitelio, el pecho.

VITELIO. Fabia, es gran temeridad.

FABIA. En prueba de que es verdad
recibe este abrazo estrecho.

VITELIO. Señora, el temor me asombra.

FABIA. Extiende, Vitelio, el brazo.

VITELIO. Sin duda que a Fabia abrazo.
¡Vivo cuerpo o muerta sombra,
gloria de mi vida y alma!

FABIA. ¡Dulce Vitelio, mi bien!

VITELIO. Gracias al Cielo se den
y a vos la vitoria y palma.
Otra vez, Fabia querida,
me dad un abrazo fuerte,
que no pensé de la muerte
sacar tan alegre vida.

FABIA. Ya como el fénix me mira.

VITELIO. Y cómo si lo eres, cierta,
que de la ceniza muerta
a nueva vida respira.

FABIA. En esa muerte perdí
la vida que ya pasé,
y en la nueva que saqué
otra salgo para ti.
Ya murieron mis costumbres;
otra soy, y siempre tuya.

VITELIO. Aquí, mi Fabia, concluya. (1)
Dame, señora, tu mano,
y atadas recibe aquéstas.

FABIA. Vitelio, mucho me cuestas;
mas ya de nuevo te gano.

VITELIO. Eres en extremo sabia.

FABIA. Esta mano me remedia.

VITELIO. Aquí acaba la comedia
de *Los Embustes de Fabia.*

FIN

(1) Falta un verso.

COMEDIA FAMOSA

EL ENEMIGO ENGAÑADO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

LAURENCIA.
PINABELO.
LAVINIO.
ARDENIO.
DURANTE.
GERARDO.
CLEARCO.
FELICIANA.
CINTIA.
GOBERNADOR.
BASILIO.
FINEO.
RUFINO.
DORISTO.
ALGUACIL.
ESCRIBANO.

[ACTO PRIMERO]

(Salen LAURENCIA *y* PINABELO, *alterados; él queriendo meter mano, y ella teniéndole de la guarnición.)*

LAURENC. ¡Pinabelo! ¡yo soy muerta!:
aquí mejor es callar.

PINABELO. Que no le quiero matar,
sino ganalle la puerta.

LAURENC. Y si mi hermano, por dicha,
nos ha visto, ¿no es hacer
que esto se venga a entender
para mi afrenta y desdicha
y quizá para mi muerte?

PINABELO. Pues vesle allí donde sale.

(Sale GERARDO, *hermano de ella.)*

GERARDO. Para mí, infame, no vale
ni ascondello ni asconderte.

LAURENC. (¡Huye!

PINABELO. Por tu gusto, al fin.)

(Vase, y deja la capa.)

GERARDO. Pagado me ha con la capa;
al fin, huyendo se escapa:
debe de ser hombre ruín.
No le sigo por temor
de que no me esperará;
que quien en cuerpo se va
tiene sin alma el honor;
y por el mío también,
que aunque no le he conocido,
presto sabré quién ha sido,
que hay quien lo sepa muy bien.
Dos testigos me han quedado:
la infame hermana cruel
y el ferreruelo de aquel
que al honor me lo ha trocado.
La capa es testigo mudo,
aunque hablar podrá en mi mengua,
porque no hay cosa sin lengua
para el mal que temo y dudo;
mas de ella es bien que lo dude,
que quien su dueño se nombra
quiere que vengue en la sombra
lo que en el cuerpo no pude.
Pero vamos a quien tiene
lengua, y lengua bien bastante,
pues a estado semejante
por lengua siempre se viene.—
¡Vil, insolente, atrevida,
digna de afrentosa muerte;
que de honor tan vivo y fuerte
fuiste tan flaca homicida;
tú, que has puesto por tus manos,
aquel de quien no me quejo,
en casa de un padre viejo
y dos honrados hermanos,
escoge: o decir quién es,
o que esta daga te pase;
porque si es tu igual, te case,
o mate si no lo es.
¿Qué miras? ¡Habla! ¿Es tu igual?
¿Callas? Pues lengua te sobra,
habla, que quien tan mal obra
no es mucho que hable tan mal.
¿Qué aguardas de mi paciencia?

LAURENC. ¡Paso! Menos atrevido,
que no eres tú mi marido
para tan larga licencia;
y si callo es porque escucho

tu cólera tan prudente,
que para andar tan valiente
has filosofado mucho.
Mete esa daga y abone
tu honor, que marido no eras,
que, a serlo, mi pecho hicieras
la vaina donde se pone.
Intentar su casamiento
una mujer, ¿es delito
para su hermano?

GERARDO. Ya imito
tu afrentoso pensamiento;
pero di, ya que has querido
fundar tu razón en vano:
¿no es tu honor el de tu hermano
mientras no tienes marido?
Si tú estuvieras casada
tu honor no estaba a mi cuenta,
que del marido la (1) afrenta
no ofende al hermano en nada;
esto es, cuando se llame
el marido hombre de bien,
que si él lo sufre, también
el hermano queda infame;
que entonces está obligado
a suplir por el marido,
pues ya, de vil y abatido,
vuelve el honor que le han dado.
Mas, ¿qué estoy en argumentos?
Di el nombre de este enemigo.

LAURENC. Es eso, Dios es testigo,
querer encerrar los vientos,
o de ellos mismos coger
aves con la propia mano.

GERARDO. ¡Mataréte!

LAURENC. Paso, hermano,
que no soy vuestra mujer.
Vete a jugar, por tu vida,
esta joya a la pelota,
que esa cólera remota
es de un buen gusto homicida.
Quítate allá con tu hermano,
que en esto haré tal enmienda,
que no...

GERARDO. ¡Que esta vil pretenda
sobornar mi honrada mano!
¡Ved la infame en lo que apoya
su intento y mi honor estraga!
¿En puño donde está daga
puede también caber joya?

(1) En el original, "es la".

¿En esa opinión me tienes?
¡Fuera!...

LAURENC. ¡Ay, Dios!

GERARDO. ¡Hoy morirás!

LAURENC. Tente, hermano.

GERARDO. Aquí verás

(*Sale* BASILIO.)

la joya que a darme vienes;
que yo haré un rubí esta daga
de tu sangre. ¡Aguarda un poco!

BASILIO. [Detente, hijo.] (1) ¿Estás loco?
¿Hay loco que aquesto haga?
¡Vive Dios, que si trujera
mi espada, loco de atar,
que te había de matar
como si enemigo fuera!
¿Tu hermana te dió ocasión
a un hecho tan impensado?

GERARDO. Si no me la hubiera dado...

BASILIO. ¿Tu hermana? ¿Por qué razón?
De reñirla, norabuena;
pero ¿de matarla?

GERARDO. Es cosa
muy grave y dificultosa.

BASILIO. ¿Que aún hablas por darme pena?
¿Con qué amigos has andado
esta mañana? ¡Está bueno!

GERARDO. Uno que me dió veneno
tuve en casa convidado,
y a todos alcanza parte.

BASILIO. ¿Que también yo le bebí?
¡Mirad si me afrenta a mí!

GERARDO. Pues es, sin duda, afrentarte:
ni pienses tan atrevido
que llevas tu honor en popa,
que no está lejos la copa
en que tu afrenta has bebido;
y es de vidrio, aunque dorada,
que por eso se quebró;
mas quien afrenta bebió
siempre fué en copa quebrada.

BASILIO. ¿Hay tan grande desatino?

LAURENC. La cólera le hace hablar.

BASILIO. ¡A la fe del buen brindar,
que es bravo poeta el vino!
¡Ved las quimeras y historias!

LAURENC. Yo te diré lo que es esto.

GERARDO. Que esta villana me ha puesto
en dos afrentas notorias.

(1) Estas dos palabras no están en el original. Son del manuscrito de don Agustín Durán.

LAURENC. Véndese aquel ferreruelo
y él la color cudició
y el dinero me pidió.
BASILIO. ¿Dinero a ti? ¡Hidalgo celo!
LAURENC. Juré que no le tenía
y esta joya me quitaba.
GERARDO. ¡Sólo estafador faltaba!
BASILIO. ¿Hay mayor bellaquería?
¡Infamar hombres de bien!
¡A su hermana hacer ramera!
LAURENC. ¡Quién esperalle pudiera!
BASILIO. ¿Y con la daga también?
¡Ved la razón que tenía
bastante para matalla!
GERARDO. Mi honor para el tuyo calla.
BASILIO. ¿Hay mayor bellaquería?
¡Ved qué linda inclinación
de mayorazgo y honrado
en vísperas de casado!
GERARDO. Borracho, infame, ladrón.
¿Hay más?
BASILIO. Que andan por ahí
mil mozos que es un contento,
con tan lindo entendimiento
que me dan envidia a mí.
Unos hablan en caballos;
otros, en armas y espadas;
éstas para ejercitadas
y éstos para ejercitados;
otros aspiran a oficios
de república y honor,
que del hombre de valor
son estos los ejercicios.
¡Y que éste se incline así!
¡Ved, quien en su hermana empieza,
si hará luego otra bajeza,
quizá por matarme a mí!
Pero no, perro, villano;
venga tu hermano el menor,
que si el menor es mejor,
ése es el mayor hermano.
Deje Lavinio el manteo,
deje el estudio y herede
mi hacienda, que se lo puede
satisfacer mi deseo.
¡Sálteme luego de aquí!
GERARDO. ¿Que aun mi disculpa no oirás?
BASILIO. ¿Qué puedes decirme más?
GERARDO. Oyeme por loco.
BASILIO. Di.
GERARDO. Pensarás que desvarío,
pues hago testigo al Cielo,
señor, que aquel ferreruelo
era más suyo que mío,
y que a un hombre lo compraba
dando una joya por él;
sin hacienda te dejaba,
y creo que le quería,
según tuvo mal deseo,
para hacer de él un manteo.
BASILIO. ¿Hay mayor bellaquería?
¿Hay mentira semejante?
GERARDO. ¿Ya soy también el que miente,
que bebe, estafa y consiente?
BASILIO. Quítateme de delante,
y si es suyo el ferreruelo
dásele luego.
GERARDO. Eso no;
que hasta que hable él o yo
hemos de quedar sin pelo.
LAURENC. Señor, que es mío.
GERARDO. ¡Ah, villana!
BASILIO. Dásele allí.
LAURENC. Ya se fué.
BASILIO. ¿Que quiso matarte?
LAURENC. ¡A fe
que honra Gerardo a su hermana!
Ya se le antoja que aquí
hay hombres y ya que no,
y todo, al fin, lo causó
la joya que no le di.
BASILIO. Si eso dijese, del Cielo
lloverán rayos sobre él.
LAURENC. (A lo menos llueva en él *(Aparte.)*
la capa de Pinabelo.)

(*Vanse. Salen* DURANTE, CLEARCO *y* FINEO.)

DURANTE.

¡Con bravo viento parte!

FINEO.

Dios la guíe.

CLEARCO.

Y la desvíe de encallar la barra.

DURANTE.

¿Que es [de] ver la mar suelta y dar al viento
tal fundamento y edificio grave?

FINEO.

Es una nave imagen de la vida:
sale florida de su patrio puerto,
llena de tal concierto y compostura,
que va con hermosura sujetando
el agua que cortando va su punta.

Ver la música junta y armonía
de cuerdas que en un día sirven todas.
¡Qué cosas acomodas, ciencia humana!
Ver trinquete y mesana entre mil lazos
como piernas y brazos, y que empieza
la gavia a ser cabeza, cuyo seso
está puesto en el peso del que rige,
porque así la corrige, como el freno
al caballo más lleno de arrogancia.
Luego, a poca distancia, y tan iguales,
maestros y oficiales advertidos,
son como los sentidos en el hombre.
Caso para que asombre que en un punto
lo sorbe todo junto al mar airado.
Así al hombre, engañado, mozo y fuerte,
le arrebata la muerte.

CLEARCO.

Ya se eleva.
Dejalde o preguntalde cuándo acaba.

DURANTE. No está malo el sermón.

(*Sale* GERARDO, *puesto el ferreruelo de* PINABELO.)

GERARDO. Jurara yo que en la playa
era la conversación.
DURANTE. En tiempo de embarcación,
¿dónde queréis que la haya?
No hay un hombre en Barcelona
que no frecuente la mar.
FINEO. Vos no tenéis que cuidar
de los golfos de Narbona;
¿qué se os da que se le pierda
a nuestro padre una nave?
CLEARCO. Nave es su dama süave;
de ella no más se le acuerda;
más le pesa de un desdén
que de que mil naves juntas
de Marsella en esas puntas
a fondo batidas den;
y recibe más contento
del "sí" que le suele dar,
que no de vellas llegar
sin peligro a salvamento.
DURANTE. Es rico y con padre vivo.
GERARDO. Ese es el mal. ¿No valiera
más para mí que ya fuera
como escritura de archivo?
CLEARCO. El hijo que de eso escapa,
santo le cuento, por Dios.
FINEO. ¿Dónde habéis hurtado vos
a Pinabelo esa capa?
GERARDO. ¿Qué Pinabelo?
FINEO. Un mozuelo
que suele andar por ahí.
GERARDO. No le conozco.
FINEO. Yo sí,
a la capa y Pinabelo.
DURANTE. Puede ser, como es galán
y sin dinero bastante,
que la encaje a algún ropante.
FINEO. Pues ¿y en qué precio os la dan?
GERARDO. ¿Quiés hacer burla de mí?
¿Yo capa al galán comprada?
FINEO. A él no, si no es prestada.
GERARDO. Digo que jamás le vi.
FINEO. Bien, no le conoceréis;
mas la capa suya es propia.
GERARDO. De ellas tengo alguna copia,
y que vos visto me habéis;
pero si me han engañado
decidme qué hombre es ése,
por que después no me pese
de haberla puesto y comprado;
que sería caso feo
traer cosa conocida
y de hombre tal.
FINEO. ¡Por mi vida!
GERARDO. Decid la verdad, Fineo,
que no hay burla en el honor;
no me hagáis ese pesar.
FINEO. De otro os podéis informar.
GERARDO. Y de vos mucho mejor.
FINEO. Digo que sois importuno.
Va de hombre. Es un mozuelo
este dicho Pinabelo
sin renta ni oficio alguno.
Tiene buen talle y pasea
a sus mismos pensamientos;
dicen que le da alimentos
alguna fulana fea.
Es versista hasta cansar;
canta entonado y sin voz;
hace a veces del feroz
y está virgen del matar.
Galas suyas, o prestadas,
no las hay en Barcelona
como adornan su persona,
cola y clines alheñadas.
Muy humilde y aun discreto,
porque entre valientes calla,
y si entre damas se halla
todo es dulzura y concepto.
Sabe granjear amigos,
y a fe que le quieren bien.

GERARDO. No es menester que me den
de su vida más testigos.
¡Oh, mal haya el ferreruelo!
FINEO. ¿Dónde vais?
GERARDO. A casa.
FINEO. ¿A qué?
GERARDO. A quitarle.
FINEO. ¡Bien, a fe!
GERARDO. Esta es permisión del Cielo.

(Vase.)

CLEARCO. Mucho le habéis apretado,
para como él venía,
con la gala que traía
del ferreruelo comprado.
DURANTE. La color le aficionó.
CLEARCO. Vamos a ver si ha partido
la nave *Marfisa.*
DURANTE. Ha sido
la que más tarde embarcó.
FINEO. ¿Cúya es?
CLEARCO. Del padre de éste.
DURANTE. ¡Brava hacienda he de heredar!
Aunque suele hacer la mar
que un hombre a obscuras se acueste.
CLEARCO. La buena dicha la doma.
Vaya y vuelva salva y sana.
FINEO. Dios dé ventura a *Diana,*
que va como una paloma.

(Vanse, y entra GERARDO *y* LAVINIO, *su hermano, en hábito de estudiante.)*

GERARDO.

Pues fué tanta ventura hallarte, hermano,
deja el libro, ¡por Dios!; óyeme atento.

LAVINIO.

¡Qué altamente discurre aquí Aristóteles,
Gerardo hermano, rastreando el ánima
con la divina luz de aquel ingenio!

GERARDO.

Déjale. ¡Dale a Dios, que rabio y bramo!

LAVINIO.

¡Qué cosa, pues, es ver las opiniones
de los graves filósofos antiguos!
Oye, por vida tuya, la de Thales,
que casi llama piedra imán el alma.

GERARDO.

¡Arda la suya en el infierno siempre!
¿Qué me va en eso a mí, Lavinio?

LAVINIO.

Escucha.
Tú que poco latín, hermano, sabes,
habías de leer lo que Aristóteles
escribe de diversos animales,
y aun pienso que entendiera lo de *Coelo.*

GERARDO.

¡Oh, pese al libro y al bellaco intérprete!
En la mar hallará (1) dificultades.

(Asele el libro.)

LAVINIO.

Suelta. ¿Arrojarle quieres?

GERARDO.

¿Soy, por dicha,
algún loco? Tú estáslo con tus libros.
Pero yo ¡vive Dios!, si no le tienes, (2)
que había de haber peces filósofos.

LAVINIO.

Sepamos qué pasión es esta tuya
que tan lejos te lleva de ti mismo. [viado?
¿Qué traes? ¿Qué te han hecho? ¿Hante agra-
¿Has perdido? ¿Has sacado alguna gala
y fáltate dinero para ella?
¿Hate hallado mi padre, por ventura,
haciendo en cera alguna llave falsa?
¿Hallóte algún marido en su aposento
y escapaste, matándole, por dicha?
¿Qué doncella sacaste de su casa?
¿Qué justicia te busca?

GERARDO.

Oye, ¡mal haya
tu retórica inútil!, que no es eso.

LAVINIO.

Pues si esto no es, será que estás sin seso.

GERARDO. Estoilo, y con gran razón,
pues nos dió el Cielo una hermana
que hoy ha puesto en condición,
con ser infame y liviana,
nuestra adquirida opinión.
¡Ah, Lavinio! ¡Quién creyera
que Laurencia tal hiciera!
Hoy en nuestra case hallé
un hombre, que se me fué
quizá porque no lo era.

---

(1) En el texto, "hablará". La corrección del manuscrito.

(2) Así en el manuscrito. El impreso dice: "Pero yo te vive Dios, si no le tienes", que no aclara el sentido.

LAVINIO. ¡Hombre!

GERARDO. Esto no te asombre,
pues sabes lo que es mujer.

LAVINIO. Sé bien sus obras y nombre.
Pero ¿en casa pudo ser
que hombre entrase?

GERARDO. Hombre.

LAVINIO. ¿Hombre?

GERARDO. Hombre o diablo, yo le vi.

LAVINIO. ¿Desnudo?

GERARDO. No, que no fuí
tan desdichado y dichoso.

LAVINIO. A título de su esposo
pudo ser que entrase allí.

GERARDO. De ella, aunque es tan mala, creo,
porque en extremo es discreta,
que no tuvo otro deseo.

LAVINIO. ¡A cuánto el amor sujeta!

GERARDO. ¡Qué flemático te veo!
No estás un dedo de hacer
un soneto o componer
en latín un epigrama
a este amante y a esta dama
que vino su hermano a ver.
Cuando pensé que arrojaras
la sotana y el bonete,
y lo que es libros dejaras,
y de un fuerte coselete
el hidalgo pecho armaras,
¿sales con que amor sujeta?

LAVINIO. Pues ¿qué he de hacer si te hizo
un hombre a tus ojos treta?
Quien allí no satisfizo
su honor, ¿por qué honor le inquie- [ta?

GERARDO. A quien me dejó la capa
y huyendo de mí se escapa,
¿qué le pude yo hacer
si con infame poder
se puso en tierra del Papa?

LAVINIO. Y agora ¿qué es tu intención?

GERARDO. Que le matemos.

LAVINIO. Y luego,
¿cómo queda tu opinión?

GERARDO. ¡A qué linda espada llego!
¡Mi agravio pone en razón!
¡Oh, reniego de estudiantes!
Descalzaráse los guantes
y verá lo que sobre esto
dice Aristóteles.

LAVINIO. Presto
verás que son arrogantes;
que de este guante al de malla
sin consultar pasaré
lo que Aristóteles halla.

GERARDO. Pues quien eso hace, ¿por qué
sufre, disimula y calla?

LAVINIO. ¿Era darte mal consejo,
sin otros muchos que dejo,
que siendo iguales los cases
sin que tu casa afrentases
dando pena a un padre viejo?

GERARDO. ¿Cómo? ¿Igual es un mozuelo
de trabajo, trato y suelo
que no merece una esclava?

LAVINIO. ¿Tan bajo?

GERARDO. Sí.

LAVINIO. ¡Cosa brava!
¿Y llámase?

GERARDO. Pinabelo.

LAVINIO. Ya le conozco, y no es
tan grosero ni villano.
Vele y háblale, y después,
si no te agradase, hermano,
que cien mil muertes me des.
¡Vive Dios! que es un espejo,
si aparte el agravio dejo,
de gala y de bizarría,
y en edad como la mía (1)
puede a un cónsul dar consejo.
Lindo entendimiento y talle,
no hay falta que en él se halle,
si no es con envidia y celos,
porque bendicen los Cielos
los que le ven por la calle.
Tañe, canta, escribe bien
y aun es poeta.

GERARDO. Ahí llegamos.

LAVINIO. Y aun ha estudiado también
su buena parte.

GERARDO. ¿Ahí llegamos?
¿Tienes honra? Tras mí ven.

(Vase.)

LAVINIO. ¿Pudo darme más castigo
mi hado, fiero enemigo,
como que ya a serlo vengo
del alma, donde le tengo,
al más regalado amigo?
Que yo he sido culpa, ¡ah, Cielo!,
por llevar a Pinabelo
a mi casa, que mi hermana
viniese a ser tan liviana!

(1) El impreso dice: "y en piedad como la mía". La corrección es del manuscrito.

Si yo lo fuí, pagarélo;
mas ella tiene disculpa,
porque si lo hermoso agrada
a una mujer, ¿quién la culpa?
La causa ha de ser culpada,
y así yo tengo la culpa.
Mas ¿en Laurencia hay mal celo
puesto que ame a Pinabelo?
No lo he de creer ¡por Dios!,
sino que es casto en los dos
este amor que ordena el Cielo.
Sino que aqueste mi hermano
presume de espadachín,
y es muy loquillo y liviano.
Por mí cayeron, al fin,
y yo les daré la mano.
Ya, pues, obligado quedo
a hacer por él cuanto puedo;
Pinabelo vivirá,
o en estudiantes no habrá
esto que llaman enredo.
Pero el lobo al cuento viene,
no sé si a tratar verdades.

(*Entra* PINABELO.)

PINABELO. Ya que os busque le conviene
entre aquestas soledades,
Lavinio, al que hablaros tiene;
todo es cielo y todo es mar.

LAVINIO. Aqueste fantasear
y discurrir la memoria
me han traído en esta escoria
que el flujo suele arrojar.
¿Qué os dice tanta conchuela
dorada, azul, parda y blanca?

PINABELO. ¡Ved en lo que se desvela!

LAVINIO. ¡Oh, naturaleza franca,
mas no de lo que revela!

PINABELO. Dejad eso, ¡pese a mí!

LAVINIO. Creo que llegáis aquí,
según estáis de alterado,
con negocio más pesado
que imaginé cuando os vi.
¿Qué ha sucedido?

PINABELO. A vos solo,
en amistad y valor
único de polo a polo,
que en el campo de mi amor
soy como en el cielo Apolo,
diré lo que no pensaba.
No ha tres horas que pasaba
por donde amo una doncella
tan honesta como bella,
y supe que sola estaba.
Atrevíme ¡oh, Cielo! a entrar
so color de preguntar
por un mi amigo, y al punto
veo todo el mundo junto
y que me quieren matar.

LAVINIO. ¿De veras?

PINABELO. Como lo cuento.
Dejé la capa al contrario,
y escapé del aposento.

LAVINIO. Si ella es noble, es necesario
poneros en salvamento.

PINABELO. No es lo que os dije flaqueza;
mas tiene tanta nobleza,
que hablando con vos estoy
y pienso que muerto soy.

LAVINIO. Causado me habéis tristeza;
porque no haberla ofendido,
como decís, en un pelo
y no poder ser creído,
es terrible desconsuelo.

PINABELO. ¡Terrible desdicha ha sido!
¿Qué haré? ¿Qué me aconsejáis?

LAVINIO. Que de la ciudad salgáis
y que a Italia os embarquéis.

PINABELO. Bien decís; pero ¿no veis
de los tres que me apartáis?
De vos, a quien tanto os ama
mi alma, Lavinio, y luego
de aquesta ciudad de fama,
y, abrasado en vivo fuego,
de los ojos de mi dama.
Antes a la misma muerte
me pienso, humano, hacer fuerte
que dejar aquestos tres,
que cualquiera de ellos es
la vida que tengo en suerte.

LAVINIO. Luego ¿aquí pensáis estaros?

PINABELO. Aquese es mi pensamiento.

LAVINIO. Yo no tengo otros reparos,
si no es un triste aposento,
buen Pinabelo, que daros,
cual el de un pobre estudiante;
pero tendréisle bastante
a vuestro sustento allí.

PINABELO. ¡Ah, Lavinio; nunca vi
un Niso a vos semejante!
A vuestros pies me he de echar.

LAVINIO. Dejad ceremonias tales.
Esto os doy que os puedo dar,
porque entre amigos leales

la alma no se ha de negar.
Vos podéis, como sabéis,
decir que pasar queréis
a Italia diversa gente,
y vender públicamente
los vestidos que tenéis.
Vendréisos a mi aposento,
donde, al cabo de algún año
que dure este fingimiento,
con nombre y hábito extraño
saldréis.

PINABELO. ¡Lindo pensamiento!
Estaréme un año y dos.

LAVINIO. Eso creo yo de vos.
¡Bien hecha la junta queda!

PINABELO. Pártome a hacer almoneda.
Adiós, mi Lavinio.

LAVINIO. Adiós.

(*Vanse, y sale* LAURENCIA *y* FELICIANA.)

LAURENC. Y le ha de matar, sin duda.

FELICIANA. ¿No te digo cómo va?

LAURENC. ¿Y piensas (1) que el otro está
su persona tan desnuda?
Hombre es Pinabelo, y hombre
que se sabrá defender,
y que debe de tener
en la ciudad este nombre.

FELICIANA. Todo, señora, lo creo,
y de eso tiene testigos;
pero con muchos amigos
tu agraviado hermano veo.
Y en los negocios de agravio
que no admiten desafío
siempre intenta un desvarío
el hombre más noble y sabio.
Mataråle en esa calle,
o pondrá tales espías
que no dure muchos días
ni se logre tan buen talle.

LAURENC. Calla ya, y no me lo cuentes,
que muerto ¡ay, Dios! me lo pintas.

FELICIANA. No vi cosas más distintas
que lo que hablas y sientes.
Finges ánimo y valor
en las palabras, señora,
y dentro del alma agora
todo es congoja y temor.
Piensa remedio y no quieras,
por hacer de la animosa,
que suceda alguna cosa
que después llores de veras.

LAURENC. Dame luego tinta y pluma.
Pero ¿no es Gerardo aquél?

(*Entra* GERARDO, *con armas y broquel.*)

GERARDO. Tales hombres como él
agua infame los consuma.
Mas bien hizo de buscar
ese bastardo remedio;
y no puso tierra en medio,
que puso en medio la mar.
¡Ah, dama de aquel señor
como quien de ella es honrado!:
sepa que se me ha embarcado
a Génova de temor.
Pública almoneda ha hecho
de sus negros vestidillos,
instrumentos y librillos
y otras gracias sin provecho.
Llore por su ausencia un poco;
que yo estoy tal, que llorara
si acompañar no pensara
sus lágrimas como loco,
y por ver mi padre viejo
no le sigo a mi pesar.
¡Sabe el Cielo si en la mar
buenos pensamientos dejo!
¡Ah, mal haya el día primero
que esta espada me ceñí!—
Lleva estas armas de aquí,
Felicia, que rabio y muero,
que no me han aprovechado.

LAURENC. ¿Qué arrojas cascos y cotas
y una mujer alborotas
con tanto hierro arrojado?
¿Conmigo suenas las armas?
¿Conmigo satisfaciones?
¿Luego para mí te pones
todas las armas que te armas?
Allá, con el enemigo,
se han de mostrar los aceros,
o con los soldados fieros
que suelen andar contigo.
Yo de mi almohadilla entiendo;
que por esto no daré
lo que piso con el pie;
antes de vello me ofendo.
¡No ha sido mala la entrada!

(*Entra* BASILIO, *su padre.*)

BASILIO. Pues, loco, ¿así se remedia
la desventura pasada?

(1) En el impreso, "Ya sabes"; la corrección es del manuscrito.

¿Qué armas son éstas del suelo?
¿De qué o cuándo enloqueciste?
¿A qué efecto las trujiste?

GERARDO. Pues ¿han de estar en el cielo?
¿Son acaso las de Marte?

BASILIO. ¡Mirad lo que me responde!

GERARDO. Pues ¿dónde han de estar, di, dón-
no mereciendo otra parte? [de,
Allá, lo que es honra y guerra,
más alto lugar les da;
mas honra que en tierra está
tenga las armas en tierra.

BASILIO. ¿Hay tal locura? ¡Oh, traidor,
quítalas!

GERARDO. No me las pidas,
que son banderas vencidas
que hoy arrastra el vencedor.

BASILIO. Todo es decir disparates.
Sacaréte aquesa espada...

GERARDO. ¡Guarda, que corta engañada
y puede ser que me mates!

(*Entranse.*)

FELICIANA. ¡Buenos van!

LAURENC. ¡Triste de mí!
¡Ajeno ya, Pinabelo
dará mil voces al cielo!
Lleva estas armas de aquí.

FELICIANA. A tu llanto doy lugar
de lástima que te tengo.

(*Vase.*)

LAURENC. Hoy todo mi fuego vengo,
Amor, a entregar al mar.
No hay más; si se junta el cielo
con la tierra, he de seguir,
hasta acabar y morir,
al cobarde Pinabelo.
¡Ah, traidor, miedoso y vario!
¿Ansí el dejarme te pesa?
Para tan feliz empresa
¿era Aquiles necesario?
¡Bien la fe guardar se sabe!
¡No me llevaras contigo!
¡Tanto pesara, enemigo,
que no cupiera en tu nave?
Pero ya de lo que has hecho
veo que engañada soy;
pues en tu nave no voy
no debo ir en tu pecho;
aunque después me entregaras
como tu esclava a vender,
ya que no como mujer,
como hacienda me embarcaras.
¡Ved si quiso más su vida
quien tantas veces decía
que otra vida no tenía!
¡Ah, pasión de hombres fingida!
Todo es encarecimientos;
que, llegados a apurar,
no tienen bien que llevar
sobre sus alas los vientos.

(*Entra* PINABELO, *y hace señas.*)

PINABELO. ¡Ce, ce!

LAURENC. ¿Qué haré sin ti?
cruel enemigo mío,
si escapo del desvarío
que estoy ya trazando aquí?

PINABELO. ¿Ah, señora? ¿He de dar voces?

LAURENC. ¡Jesús! ¿Eres Pinabelo?

PINABELO. Soy quien adora ese cielo.
Laurencia, ¿no me conoces?

LAURENC. ¿Eres sombra (1) que ha engendra-
mi fuerte imaginación, [do
que tales efectos son
del habello imaginado?

PINABELO. No soy sombra, que yo soy.

LAURENC. Pues, ¿tú en mi casa? ¿Qué es es-
Si en tal peligro te has puesto, [to?
vete, o por muerto te doy.
¿Por dónde entraste?

PINABELO. No creas
que sin fundamento ha sido.

LAURENC. El que puede haber habido
es que la muerte deseas.
¡Salte luego, temerario!

PINABELO. Calla, que me trujo aquí
tu hermano.

LAURENC. ¿Mi hermano?

PINABELO. Sí.

LAURENC. ¿A casa de tu contrario?

PINABELO. Conté a Lavinio el suceso,
sin nombrarle dónde fué,
de cuya amistad y fe
sabes, Laurencia, el exceso;
ofrecióme su aposento,
y aceptéle.

LAURENC. ¿Que él ha sido
el que a casa te ha traído?
¡Temerario atrevimiento!

PINABELO. Pues si él, Laurencia, no fuera,

(1) En el impreso y el manuscrito, "hombre".

¿quién hiciera tal locura?

LAURENC. ¿Y no lo fué, por ventura,
salir de la puerta afuera?
¿No te puede ver aquí
algún criado?...

PINABELO. ¿En qué modo?
¡Si yo lo aseguré todo,
mi gloria, cuando te vi!
Lavinio tiene trazado,
con sus pensamientos buenos,
que esté un año, por lo menos,
en su aposento encerrado;
porque, viendo la nobleza
de la parte que ofendí,
dice que me importa ansí
para guardar la cabeza.
Resta que, pues tanto bien
hoy el Cielo me concede,
que por tu parte no quede,
sino que ayudes también.
Hagamos, Laurencia mía,
pues que tan segura puedes,
las quiebras en las paredes
que a Píramo Tisbe hacía.
Brame afuera la leona,
deja a tu hermano indignado,
pues ya piensa que he dejado
para siempre a Barcelona.
Busca por dónde me hablar
y poder darme un papel,
porque sin esto y sin él,
¿qué vida puedo pasar?
Yo estoy libre de Gerardo,
y donde gozarte puedo,
si acaso, amiga, tu miedo
no me quita el bien que aguardo.
¿Hasme de hablar y escribir?

LAURENC. Quien tan bien te sabe amar,
¿no te ha de escribir y hablar?
¿Afrentas me has de decir?
¿Cuándo me vistes con miedo?
No puede en mí haber temor,
que soy mujer con amor,
y, al fin, tenelle no puedo.
Yo haré, mi bien, para hablarte,
aunque lugar no le siento,
que es fuerte aqueste aposento
y no hay resquicio ni parte;
pero sobre él cae el mío,
y es más fácil por el techo.

PINABELO. ¡Oh, qué lindo cielo has hecho,
de quien espero rocío!
Serás el alba y seré
la hierba y plantas dichosas,
y de tus perlas hermosas
vida y virtud cobraré.
Por aquese techo abierto
pienso ver el sol que adoro
bordado de rayos de oro,
aunque de nubes cubierto.
Y de la desdicha mía
tendrá su efecto el agüero,
porque entonces ver espero
estrellas a mediodía.
¡Hazle, por tu vida, grande,
que mucho por él se vea!

LAURENC. Lo justo es mejor que sea,
que no es bien que me desmande;
basta que quepa un papel,
y que, por el mismo estilo
que baje, atado en un hilo,
ates la respuesta en él.
Esto basta, Pinabelo.

PINABELO. ¿Hay enigma tan subida
que con un hilo se mida
lo que hay desde el suelo al cielo?
Rayo será que me abrase
cayendo de donde viene;
pero si tal papel tiene,
¡deje el cuerpo, al alma pase!
Advierte que ningún día
deje el hilo de bajar,
que es comida que he de dar,
como preso, al alma mía.
¿No has visto unos pajarillos
que ellos se suben y bajan
el sustento, y que trabajan
en dos hilos por asillos?
Pues ansí tengo de ser
en la jaula que he de estar:
subir el hilo y bajar
y dar al alma a comer.
Aquel hilo que tejiendo
está la Parca será
éste en cuya falta irá
la vida que ves muriendo.
Mira qué quiero decirte;
no temas, seguro soy.

LAURENC. De mi casa no lo estoy,
que no de hablarte ni oírte.

(Entra LAVINIO, *su hermano.)*

LAVINIO. (¿Hay cosa que igualar pueda *(Ap.)*
con tan grave atrevimiento?

¿No le dejé en mi aposento?
Pésame que tanto exceda.
Si esto hace el primer día,
¿qué puedo de él esperar?
¡Si el otro acertara a entrar,
gentil peligro corría!
¿Qué haré para que me vean,
que viene mi padre a casa?
¡Que ya de locura pasa
que tan atrevidos sean!
Haré que leyendo entré
y que esto me ha divertido.
¡Grande enojo he recibido,
mas yo lo remediaré!)

(*Lee, fingiendo no verlos.*)

"Ut igitur ortus animalibus communi omnibus est, ita mors sermo die ejus specie discrepant."

PINABELO. (Quiero huír, pues no me ha visto,
según divertido viene.)

(*Vase.*)

LAVINIO. (¡Qué necios discursos tiene!
Harto haré si lo resisto.)

LAURENC. ¿Hermano? ¿Qué digo? ¿Hermano
Lavinio?

LAVINIO. ¡Oh, Laurencia mía!
Perdona a la fantasía
o al librillo de la mano,
que leyendo voy así.

(*Vuelve a entrar* PINABELO *con* BASILIO, *el padre.*)

BASILIO. Digo que volváis a entrar.

LAVINIO. (¡Que le ha venido a encontrar
mi padre!)

LAURENC. (¡Ay, triste de mí!)

BASILIO. ¿Sale de aquí este buen hombre?

LAVINIO. Sí, señor, que es sastre mío.

BASILIO. Pues para sastre, yo os fío
que es galán y gentil hombre.

LAVINIO. Quien se quiere vestir bien
a éstos ha de acudir,
que no puede bien vestir
el que no se viste bien.—
Id, Liranio, a mi aposento
y ved aquella lanilla.

PINABELO. Yo le haré una sotanilla
que le dé mucho contento.

BASILIO. En viniendo vuestro hermano
entraremos a comer.

LAVINIO. De aquí adelante ha de ser,
aunque tarde, más temprano.

LAURENC. ¡Qué confusa me has dejado
con este enredo que has hecho!

LAVINIO. No me he visto en poco estrecho;
pero bien se ha remediado.

LAURENC. Este ¿no es aquel tu amigo
a quien llaman Pinabelo?

LAVINIO. Sí es; pero dióle el Cielo,
Laurencia, un grande enemigo,
porque creo que le hallaron
con una doncella noble;
aunque los culpan al doble
de lo que los dos pecaron,
y yo, porque no le maten,
adonde ves le he escondido.

LAURENC. Pocos amigos he oído
que aquí tanta verdad traten.
Haces como honrado en eso;
que este mancebo, en verdad,
tiene fama en la ciudad
de hombre noble y de buen seso.
¡Qué buenas entrañas tienes!
¡Qué hidalgo trato! ¡Qué humano!
Dios te ha de hacer, hermano,
por tu condición, mil bienes.
Guárdale bien, que sería
que le maten compasión.

LAVINIO. Asegura el corazón,
que es el hombre cosa mía;
aquí ha de estar y comer
como un Rey seguramente.

LAURENC. ¡El Cielo tu vida aumente!
¿Soy en algo menester?
Porque joyas y dinero
no he de reparar en darte.

LAVINIO. Cuando falte, vendré a hablarte.

LAURENC. ¿Eso esperas?

LAVINIO. Eso espero.

LAURENC. No, no; luego lo daré.

LAVINIO. Basta cuando te lo pida.

LAURENC. ¡Guárdale bien, por tu vida!

LAVINIO. Digo que le guardaré.

ACTO SEGUNDO

(*Empieza* PINABELO, *en hábito de estudiante, de camino, y* LAVINIO.)

LAVINIO.

Tienes para estudiante de camino
lo que se puede desear.

PINABELO.

No acierto
a dar un paso.

LAVINIO.

Todo lo imagino,
que ha un año que no ves el cielo abierto;
no vinieras del mundo peregrino
viendo a tu Patria como al fin de un año
estás de ver a Barcelona extraño.

PINABELO.

No te espante, que al fin, aunque de gusto,
por gozar de tu rico entendimiento,
triaca en mis tristezas y disgusto,
cárcel de un año ha sido tu aposento;
pero, ya que salir parece justo,
siguiendo en esto y lo demás tu intento,
mira cómo ha de ser el visitarte.

LAVINIO.

Todo se acaba con industria y arte.
Has de informar muy bien a aquel criado,
y, además, en mi casa, llanamente,
di que de Salamanca eres llegado,
en que hablaré contigo largamente;
a mi hermano, que al fin está heredado,
harás caricias, porque si él no siente
gusto de que me tengas compañía,
habremos de apartarnos ese día,
aunque cierto que está ya más humano,
muerto mi padre, Dios le dé su gloria.

PINABELO.

¿Qué nombre he de llamarme?

LAVINIO.

Feliciano.

PINABELO.

Todo lo tengo impreso en la memoria.

LAVINIO.

Pues vete y vuelve luego, que es muy llano
dar fin alegre a vuestra larga historia
si, como te conviene, disimulas.

PINABELO.

Hasta la puerta llego con las mulas.

(Vase.)

LAVINIO.

Bien puede, entre las muchas amistades
que se celebran en la edad pasada,
si todas se conocen por verdades,
ser la de Pinabelo celebrada,
y para exagerar dos voluntades
regidas por un alma enamorada,
en la grande paciencia, ejemplo extraño,
con que en un aposento ha estado un año.
Y es, sin duda, su amor casto y discreto,
pues no ha tenido más de solo un hilo
que ha bajado y subido con secreto
sus pensamientos por discreto estilo.
Esta ha sido la lámpara, en efeto;
y aunque secreto piensan que fué, vilo,
y vi tal vez que de improviso entraba
por el lugar que la invención bajaba;
Que, como el arquitecto el plomo suelta
para que salga justo el edificio,
ansí la voluntad de éstos resuelta,
bajaba plomo por el mismo oficio.
¡No des, Fortuna, en este amor la vuelta;
ten el pie firme y de tu rueda el quicio,
que, aunque soy alcahuete, soy amigo,
y no merezco culpa ni castigo!
Hermano soy; pero no soy de algunos
que reciben dineros ni vestidos,
y siendo a los galanes importunos,
desnudos de opinión, andan vestidos.
Bien sabe Dios que no me dan ningunos,
que antes agora tiene recibidos
el galán de mi hermana cuantos tengo,
pues hasta [a] darle la camisa vengo.
Si esto es pura amistad, disculpa tiene;
si esto es amor y fe, tendrá disculpa.—
Pero Gerardo a tiempo feliz viene.

(Entra GERARDO.*)*

GERARDO.

Ya de que me tardé me pondrás culpa.

LAVINIO.

Hablar contigo en cosa me conviene,
en que ya el tiempo y la razón te culpa,
porque están a tu cuenta y cargo todas.

GERARDO.

¿En qué tan grandes culpas me acomodas?

LAVINIO.

Después que tiene a nuestro padre el Cielo,
no sólo hacienda, hermano, has heredado,
que eso fuera mostrar contrario celo
de aquel a que un hidalgo está obligado.
Heredaste el gobierno y el recelo
que es justo que se dé a nuestro cuidado;
no lo digo por mí, mientras no llego
con mi estudio a aquel fin a que navego.

Dígolo por Laurencia, nuestra hermana,
que es ya mujer y pide su remedio.

GERARDO.

Ya sabes tú la causa cierta y llana
por donde, con razón, no la remedio.

LAVINIO.

¿Es porque está la mar incierta y cana
entre los dos amantes de por medio?
Si es por eso, la mar no nos detenga,
que, a su pesar, yo haré que el hombre venga.
Y a fe que Pinabelo es hombre honrado,
y que, dejando aparte pesadumbres,
le puedes estimar para cuñado,
sin que tanto le humilles y te encumbres.

GERARDO.

¿Es esto lo que tienes estudiado?
¿Son estas tus palabras y costumbres?
¿Aquel infame mozo aquí me nombras,
que cada día veo muerto en sombras?
¿A ese enemigo mío, que bebiera
su sangre, ¡vive Dios!, de mejor gana
que comer un faisán, quieres que diera
esa mujer, que, al fin, ya fué mi hermana?
No se me trate de esto, y considera
que no tenemos sangre más cercana,
y que es bien que se junte donde pueda
decir que igual o mejorada queda.
¿Es éste el gran negocio que traías?

LAVINIO.

Los hombres como tú tan arrogantes,
que así se ríen de palabras mías,
vienen a dar en cosas semejantes.
Tú la darás, tras infinitos días,
a alguno de estos viejos mercadantes,
muy cargado de usuras y mohatras,
que es lo que tú codicias e idolatras.
Será, pues, su hidalguía muy notoria,
más famosa que fué Diana Efesia,
que quizá colgará su ejecutoria,
sin ser paño francés, alguna iglesia.
Tráigate a Pinabelo a la memoria,
blasfemarás diciendo muera, ¡oh, pesia!,
y tendrá ese mozuelo que aquí estuvo
mejor sangre que el rey don Jaime tuvo.
Calla ya, que es vergüenza estar tan loco;
que si es pobre, cual dices, el mozuelo,
hacienda tiene, y aun caudal no poco
en muchas partes, que le ha dado el Cielo.

GERARDO.

Hermano, a tanta rabia me provoco
sólo en oír nombrar a Pinabelo,
que de otra boca que de propio hermano
no lo sufriera mi alterada mano.
Si en esto me has de hablar, tus libros toma,
toma tu ropa, y a otra casa vete,
que hay de Jerusalén voto y de Roma
sobre este caso, no una vez, mas siete.
Tu criado tendrá aparte que coma
sin tu plato, que honrado te promete
mi mano liberal, porque, en efeto,
hasta a tu mula regalar prometo.
Nadie quiero que de él hablarme pueda
en cosa que me da tantos enojos;
y si quieres la parte que te queda,
pártase hasta los últimos despojos.

LAVINIO.

El Cielo larga vida te conceda,
y antes me saquen otra vez los ojos
que a mi hermano mayor ofenda y canse:
tu cólera mi poco seso amanse.
Ponme las manos, dame de uno a ciento
golpes, como a una bestia, con un palo,
que yo no he de dejar tu acogimiento,
ni salir de tu amparo y tu regalo;
tú eres mi padre, a quien servir intento,
y por el mismo que perdí señalo:
yo soy tu hechura.

GERARDO.

Paso, no me obligues...

LAVINIO.

Yo quiero, mi señor, que me castigues.

GERARDO.

Alza, ¡Jesús!, del suelo, que estás loco.

LAVINIO.

¡Castígame!

GERARDO.

Echaréme por el suelo.
Mi Lavinio, ¡ni tanto ni tan poco,
que esa humildad es buena para el Cielo!
No quiero que te tengas en tan poco,
que eres mi hermano y respetarte suelo
por tus letras, que fuera causa sola.—
¿Qué grita es ésta? ¿No hay criados? ¿Hola?

(*Entra* RUFINO.)

RUFINO. ¿Vive aquí el señor...?
GERARDO. ¿Quién?

RUFINO. Creo
que no he de acertar su nombre.
LAVINIO. ¿Qué es lo que quiere, buen hom-
RUFINO. Decirlo, en verdad, deseo: [bre?
el señor...
LAVINIO. (El no lo acierta.)
RUFINO. *Escolasticus non est?*
LAVINIO. *Máxime, Dómine.*
RUFINO. Pues,
quid stamos in relierta?
¿A Virgilio no ha leído?
LAVINIO. Sí leí.
RUFINO. Bien vió al piadoso
Eneas, del mar furioso,
salir roto y destruído. (1)
LAVINIO. Muy bien.
RUFINO. ¿Y lo de Cartago?
LAVINIO. Todo lo sé.
RUFINO. ¿Y que de Elisa
trocó en congoja la risa?
LAVINIO. Ya sé que la dió mal pago,
y como a Italia se fué
y con Turno peleó.
RUFINO. Ansí, ¡por Dios!, acertó.
GERARDO. ¿Si busca a Turno?
LAVINIO. Yo, ¿en qué?
RUFINO. ¿Quién era aquella señora
por quien hicieron batalla?
LAVINIO. Lavinia.
RUFINO. Ved si se halla
todo por ingenio. Agora
a Lavinio busco.
GERARDO. ¡Amén!
¡Que es el hombre de oro fino!
RUFINO. Ansí me llaman Rufino.
GERARDO. Sois, Rufino, hombre de bien.
¿Qué queréis?
RUFINO. Está aquí la mula.
Mi señor, el licenciado...
LAVINIO. (El corazón me lo ha dado,
que con saltos me atribula.)
¿Es Feliciano?
RUFINO. *Idem est.*
LAVINIO. ¡Oh, pesia quien me vistió,
que tan despacio estoy yo!

(*Entra* PINABELO, *vestido de camino.*)

PINABELO. Ya, señor, llegáis después. (2)
Dadme esos brazos que aguardo.
LAVINIO. Que habléis a mi hermano os pido.
GERARDO. Vos seáis muy bien venido.
PINABELO. Las manos, señor Gerardo,
que ha días que las deseo
y que hagamos amistad.
GERARDO. Yo las vuestras, en verdad.
PINABELO. ¡Jesús, Lavinio! ¡Que os veo!
¡Qué hombre que estáis!
LAVINIO. ¿Pues qué? ¿he barbado
más que estaba cuando fuí
vuestro camarada?
PINABELO. Sí.
LAVINIO. El no verme os ha engañado.—
¿Qué hay de nuevo allá?
PINABELO. Mil cosas,
que despacio os contaré.
LAVINIO. No ha mucho que en vos hablé,
y de algunas amorosas,
que de remedio carecen;
mas, al fin, lo han de tener.
PINABELO. ¿Qué le podemos hacer?
Mis partes lo desmerecen.—
Pues, Gerardo, mi señor,
¿hay salud?
GERARDO. Para serviros.
PINABELO. ¿Qué puede un hombre deciros
que adora en vuestro valor?
Que la fama y la opinión,
tan liberal, noble y franca,
que llevan a Salamanca
los que van de esta nación,
de manera han obligado
mi voluntad a quereros,
que desde entonces, sin veros,
os he visto ir retratado.
De este amor he dado muestras,
Gerardo, a muchos amigos,
y aun sospecho que hay testigos
de que adoro cosas vuestras.
Si luego no os escribí,
es porque tiempo aguardé,
y así, un año os engañé,
que de enfadaros huí.
Suplícoos me deis perdón,
que es lo que de vos deseo,
porque imposible me veo
de daros satisfación.—
(*A* RUFINO.)
Oyes, que se me olvidaba:
maletas y mulas lleva
al mesón.
GERARDO. Cosa bien nueva

(1) En los textos, "destraído".
(2) Parece que este verso debe decirlo RUFINO.

contra lo que yo pensaba.
No os lo sufrirá mi hermano.
Su huésped habéis de ser,
y que a mí se me ha de hacer
aquesta merced, es llano.
Decid que les den recado
y esas maletas subid
a mi aposento. ¡Hola! Oíd,
y llamadme algún criado.

PINABELO. ¿Que, en efecto, esto ha de ser?

LAVINIO. No venís de Salamanca;
más necio.

PINABELO. En casa tan franca
más que esto se puede hacer;
por no causar pesadumbre,
más de la que un tiempo os di,
rehusaba estar aquí.

LAVINIO. Dios, por quien es, os alumbre;
no hablaréis sin disparate.
¿Sabéis la casa en que estáis?

PINABELO. Sélo, porque vos gustáis
que en ella mis cosas trate;
y conozco su valor
de más de un año de trato.

LAVINIO. Pues, ¿para qué sois ingrato
a mis entrañas y amor?
¿Qué hay por allá?

PINABELO. Lo que suele:
amigos, jugar, reír,
salir de noche, esgrimir,
y esto que nos cansa y muele:
pasiones de opositor.

LAVINIO. Y rotular. Mas se olvida. (1)

PINABELO. Guardo la que le es debida
a vuestro hermano mayor.

LAVINIO. Las damas faltan ahí,
castañas y tabladillo.

PINABELO. ¿Tenéislo por mal ratillo?

LAVINIO. ¿Malo decís, pese a mí?
Pues, ¿qué tal es ir tras eso
y dar, si son arrogantes,
vaya a los representantes?
Que estoy en ello os confieso.

GERARDO. Como en Salamanca habláis,
todo es para mí latín.

PINABELO. Vos nos reprehendéis, al fin,
de que ha rato que escucháis,
y cosas que no entendéis.

GERARDO. ¡Tengo ya celos, por Dios!

(1) En el impreso está este verso así: "Mas se olvida, y rotular", que no rima. Durán enmendó: "Alguna cosa se olvida".

PINABELO. ¿De cuál será de los dos?

LAVINIO. De vos es; ¿no lo entendéis?

PINABELO. Siempre de mí tenéis celos,
como aun agora se muestra,
por amar yo cosa vuestra.

GERARDO. Vos me los dais, y tendrélos.

PINABELO. Las manos, Gerardo, os beso
por la merced.

LAVINIO. ¡Hola, hermano!
que ha de ver mi hermana es llano.

GERARDO. ¿Vos no veis que esto es exceso
siendo Laurencia, cual es,
por casar?

LAVINIO. Allá se usa,
y de verla no se excusa,
si es que la ha de ver después;
porque es mala cortesía.

GERARDO. Mira que el hombre es galán.

LAVINIO. ¿Tan presto celos te dan?

GERARDO. No son, por tu vida y mía,
sino quitar la ocasión;
que me han dicho que tú fuiste
quien a casa me trujiste
el autor de la traición.

LAVINIO. Una vez que Pinabelo
vino a hablarme, y aun a hablarte,
¿qué pudiera asegurarte
que aquel tu engañado celo
fué causa de tanto mal
como allí se te antojó?
Mas ¿tengo la culpa yo?

GERARDO. Yo, hermano, no digo tal.
Hable a mi hermana mil veces.
Aquí está Ardenio.—Camina,
llama a Laurencia.

LAVINIO. Imagina
que cortesano pareces,
y oye, que la ha de abrazar.

GERARDO. ¿También eso es de la Corte?

LAVINIO. No hablo cosa que no importe.

GERARDO. Todo se debe de usar.

LAVINIO. Es en Castilla la Vieja
la gente llana y segura.

GERARDO. (Mucho el honralle procura;
pero, al fin, bien me aconseja.)

(*Entran* LAURENCIA *y* ARDENIO.)

ARDENIO. Laurencia está aquí.

LAVINIO. Llegad
y hablad, señor Feliciano.—
Porque lo manda mi hermano
que le abracéis, caminad.

LAURENC. Bien sea vuesa merced
a hacernos merced venido.
PINABELO. Yo soy quien la ha recibido
y espero mejor merced;
no entendí que mereciera
la de vuestros brazos.
LAURENC. Creo
que debéis a mi deseo
otro que más tierno fuera,
y también me lo ha mandado
mi hermano.
PINABELO. (¡Gracias a Dios (*Ap.*)
que ansí tenemos los dos
nuestro enemigo engañado!)
GERARDO. Sacad sillas.
LAURENC. ¿Cómo estáis?
PINABELO. Loco de tanto contento.
¿Cómo os diré lo que siento
del favor que me mostráis?
LAVINIO. Tomad silla.
PINABELO. Aquí estoy bien.
GERARDO. Tú, aquí.
LAVINIO. Bien estoy ansí.
LAURENC. ¿Tan bien os halláis aquí?
PINABELO. Aquí está todo mi bien,
que Lavinio es mi pasión.
LAVINIO. Creédselo, que es sin duda.
PINABELO. Quien lo que vos sabéis duda
tendráme en mala opinión.
Haced cuenta que algún preso,
a quien por cordel han dado
la comida, han sentenciado
hoy su delito y proceso
y le han dado libertad,
que tal estoy; pero quiero
dar de ella albricias primero
y prendas de voluntad.
Una pieza os he traído
de Holanda rica, extremada,
dentro en Portugal comprada.
LAURENC. ¡Jesús! ¡Gran merced ha sido!
GERARDO. (¡Qué hidalgo es el castellano!
¡Aficionándome voy!
LAVINIO. Cuando yo tanto lo estoy,
bien podéis estarlo, hermano.)
PINABELO. Flores de Ciudad Rodrigo,
que es lo que se estima allí,
dos cajas vienen ahí
y otras cosas que no digo,
porque todo es niñería.
LAURENC. ¡Gran merced! ¡Bésoos las manos!
GERARDO. (¿Son ansí los castellanos?
¡Qué buen modo y cortesía!)
PINABELO. Cuando por Madrid pasé,
hallé y vi ciertos tocados,
que, por nuevos y no usados,
por serviros, los compré.
Esto os ofrezco también,
y mejor el pecho sano.
GERARDO. (¡Qué hidalgo es el castellano!
LAVINIO. Dígoos que es hombre de bien.)
PINABELO. También al señor Gerardo
truje un broquel y rodela,
que, aunque poco se desvela,
hay allí maestro gallardo,
y sé que son extremados
de piezas y clavazón.
GERARDO. Por ser, señor, cuyos son,
de mí serán estimados:
que en lo demás soy bienquisto.
PINABELO. Traigo una hoja extremada,
que yo sé que tal espada
hasta agora no se ha visto;
ésta y seis medias de seda
os traigo, y a vuestro hermano...
GERARDO. (¡Qué hidalgo es el castellano!)
PINABELO. Que olvidado no me queda,
traigo libros exquisitos
de Humanidad, extremados
y no mal encuadernados.
GERARDO. Daisle sesos de mosquitos.
Es para él cosa rara.
Pero aquí, señor, ¿qué haréis?
PINABELO. Estaré hasta que mostréis
al huésped torcida cara.
LAVINIO. Estaréis toda la vida.
GERARDO. El, al fin, está cansado;
mal rato le habemos dado,
démosle buena comida.—
Id, señor, a desnudaros
y un poco descansaréis.—
Y vos, Laurencia, ¿entendéis?,
hoy no haya vidros avaros;
salgan las conservas todas.
LAURENC. Digo que todas saldrán;
hasta las mismas que están
guardadas para tus bodas.

(*Vase.*)

PINABELO. Pues yo voy a desnudarme,
si me dais los dos licencia.
GERARDO. Comienzo a sentir la ausencia.
PINABELO. ¡Qué bravo lisonjearme!
GERARDO. ¿Lisonjear? Así Dios

me vengue de un enemigo
como es verdad lo que digo.

LAVINIO. (Bien: y están juntos los dos.)

PINABELO. Yo lo creo. Adiós, que os guarde.

(*Vase* PINABELO.)

GERARDO. Adiós.

LAVINIO. Luego, Feliciano,
entro allá.

GERARDO. ¿Qué haré yo, hermano,
para un regalo, que es tarde?
Que el hombre me ha aficionado;
y no es bien que el primer día
de Cataluña se ría.

LAVINIO. ¡Cómo estás apasionado!
Después de faisán por hombre,
perdiz y una ginebrada,
buena vitela empanada
y algún guisado sin nombre;
después de gentil capón,
pastel, torta y manjar blanco,
vino del santo más franco
con anchovas y jamón;
después de alguna saboga
de Tortosa o verderol,
malvasía como un sol,
¿buscar regalo te ahoga?
Esto yo te lo daré
sin las conservas de casa,
y el hipocrás.

GERARDO. ¿Eso pasa?
¿Por dónde te abrazaré?

LAVINIO. Abrázame como hermano,
que sería bravo incesto.

GERARDO. Ven.

LAVINIO. ¡Ah, Dios! ¡En qué me has puesto,
Pinabelo o Feliciano!

(*Vanse, y salen* FINEO *y* CINTIA.)

FINEO. No porque veáis el mar
como una selva cubierto
de naves que toman puerto,
Cintia, os habéis de espantar;
ni el ver arrojar en tierra
los fardeles embreados
por pilotos y criados
que una y otra nave encierra,
os hagan creer que vienen
a Gerardo Indias rendidas;
que son cosas que, entendidas,
algunos misterios tienen.
Soñaréisos que casada
con él sois una princesa;
pues creed que, si se pesa,
toda su grandeza es nada;
que debe más que heredó,
como quien su hacienda entiende.

CINTIA. ¿Quién le compra ni le vende?
¿Helo puesto en precio yo?
La entrada que vos tenéis
por mi padre en esta casa
es la novedad que pasa
de lo que en Gerardo veis.
Que él sea pobre ni rico,
¿qué le va a mi pensamiento,
ni al vuestro en darme tormento,
con que a sus cosas me aplico?
Si a su casa voy, no ha sido
para visitalle a él,
aunque me dijeron de él
que estaba a la muerte herido.
Tengo a su hermana Laurencia
por parte del alma mía,
y no me amanece día
que no me aflija su ausencia.
Quisiera estar siempre allá
para no apartarme de ella.

FINEO. Por cierto, es discreta y bella,
y en tal opinión está,
y no poco en la ciudad
se murmura de Gerardo
que esté tan remiso y tardo
y falto de voluntad
en casarla.

CINTIA. ¿Eso os da pena?

FINEO. Vase en eso poco a poco.

CINTIA. Más sabe en su casa el loco
que el más cuerdo en casa ajena.

FINEO. Es esto cosa muy llana
y que se deja entender:
mas quien no toma mujer,
¿cómo casará a su hermana?

CINTIA. Qué, ¿también a él le queréis
casar por fuerza?

FINEO. Importara
que Gerardo se casara
por las cosas que sabéis.

CINTIA. ¿Yo? ¿Qué sé?

FINEO. Su perdición,
sus mujeres y su juego.

CINTIA. No pase adelante, os ruego,
su ausencia y vuestra pasión;
que es cosa tan entendida
que la envidia os hace hablar,

y de véroslo infamar
estoy cansada y corrida.
Gerardo es hidalgo honrado,
y yo sé más bienes de él
que ponéis faltas en él
para darme a mí cuidado.
Y creed que a la mujer
de alto o de bajo nombre,
desalabar tanto a un hombre
es obligalla a querer.
Al fin, tenéis por oficio
cansarme. Pues perdonad
si con esta libertad
os doy sospechoso indicio,
que tengo que hacer un poco.

(Vase.)

FINEO. ¿No me basta aborrecido,
sino infamado y tenido,
Cintia, por Gerardo en poco?
Descubierta es la pasión
y la celada entendida,
todo en daño de mi vida
y afrenta de mi opinión.
Mas vendrás a mi poder,
que el tiempo hará por mí
que pueda vengarme en ti
como de propia mujer.

(Entra DORISTO, *padre de* CINTIA.*)*

DORISTO.

No había sabido que en mi casa estabas.
Entra si algún regalo tomar quieres.

FINEO.

¿Cuál, mi señor, se iguala al que recibo
con la merced de verte? Que dejando
mil partes que te hacen todo amable,
siempre, señor, he puesto en ti los ojos
para tenerte en el lugar de padre.

DORISTO.

¿Llevan algún secreto esas razones
más de lo que se muestra en su apariencia?

FINEO.

Deseo yo he tenido con extremo...
¿qué digo con extremo?, con más fuerza
que se desean la materia y forma,
que en esto me salieses al camino
y alguna vez en ello reparases.
Si mereciese yo, si yo tuviese
méritos que me diesen tantas alas
que te dijese el pensamiento mío
de la manera que le engendra el alma
y de la edad que ya le tiene el tiempo,
dichoso, y muchas veces, lo sería.
Porque cuando, señor, me desechases
como cosa que indigna se te atreve,
declarado, en efeto, moriría,
que es de los desdichados gran consuelo.

DORISTO.

Gran fuerza tiene en ti, por lo que he visto,
esta imaginación o pensamiento.
Pues como quien de sí desconfiado
en alguna ocasión se arroja presto,
así me acometiste luego en viéndome.
No soy nacido en tan remoto clima,
tan bárbaro no soy ni tan agreste
que no conozca que es tu pensamiento
querer gozar en matrimonio a Cintia;
y aunque agora yo estaba descuidado
de deshacerme de tan buena hija
y no pequeña parte de mi hacienda,
te doy palabra, por tus muchos méritos
y el amistad que con tu padre tuve,
que, habiendo de casarla, será tuya,
y que ninguno en esto te prefiera.

FINEO.

Mil veces a tus pies quiero arrojarme,
y sin besarlos no me alzar del suelo.

DORISTO.

No hagas eso.

FINEO.

¡Oh, padre de mi vida,
que nuevamente me la das y engendras!
¡Oh, Atlante, en quien se afirma mi ventura
y que mi cielo tiene agora en hombros!
¡Oh, esperanza de todo mi remedio!
Si acaso por la hacienda me dilatas
ese infinito bien, yo estoy tan lejos
de querer más que a Cintia, que este día
entrará en tu poder cuanto yo tengo.
Yo te daré las llaves de mi casa,
mis libros te daré; tú me gobierna,
tú me rige, señor, y no permitas
que viva yo sin Cintia tanto tiempo.

DORISTO.

Si tú quisieses serme tan buen hijo
que, como si te hubiese yo engendrado,
vivieses en mi casa, a mi gobierno,
no dudes de que a Cintia gozarías.

FINEO.

Señor, no habrá criado, no habrá esclavo,
no habrá animal tan vil en tu servicio
que con más sumisiones se te humille.
No me hace hablar amor en esto sólo,
tu valor me hace hablar; no me dilates
lo que ya me prometes, si es posible.

DORISTO.

Digo que será tuya, no lo dudes;
y pues con tanta priesa la deseas,
ya voy a dar principio a tu remedio,
que es justo que la parte esté avisada.

(Vase.)

FINEO.

Vaya, señor, en tan dichoso punto
que a tu gusto no ponga inconveniente
aquella matadora de mi alma.
¡Oh, cómo entiendo que se queda al aire
Gerardo, confiado en su lindeza!
La diligencia es madre de la dicha.
Esto es llegar con sol a la posada,
y el que viene después, que duerma al fresco.
Mas ¿este no es Ardenio?—¿Dónde bueno?

(Sale ARDENIO.*)*

ARDENIO.

Vengo de hablar a Cintia.

FINEO.

¿De qué parte?

ARDENIO.

De parte de Laurencia, mi señora;
que habemos hoy tenido en casa un huésped,
y le he traído no sé qué regalo.

FINEO.

¿Ordenólo Gerardo, por tu vida?

ARDENIO.

Si va a decir verdad, él se lo envía,
aunque el recado es cierto de su hermana.

FINEO.

Ya, Ardenio, se acabaron esas cosas,
ya cesaron recados y presentes,
ya es Cintia mi mujer; dilo a Gerardo.

ARDENIO.

¿Cómo, señor? ¿Casado estás con Cintia?

FINEO.

Hámela prometido ya su padre,
y hoy pienso que se harán las escrituras.

ARDENIO.

Mil años os gocéis.

FINEO.

Ansí que, Ardenio,
excusaréis de hoy más estos recados,
que me daría el veros pesadumbre.

ARDENIO.

Por mí, señor, aquéste será el último.
Quédate adiós.

FINEO.

Lo mismo di a Gerardo.

(Vase ARDENIO, *y sale* DORISTO, *el padre.)*

DORISTO.

O que haya sido virginal vergüenza,
o ser como es de condición tan áspera,
o tu desdicha, si es que no la agradas,
Cintia responde que de ningún modo
ha de ser tu mujer; y como en esto
el "sí" del hijo vence y es más fuerte
que el mandamiento y voluntad del padre,
de la palabra dada libre quedo.

FINEO.

¡Maldiga el Cielo el punto en que mis ojos
tan de veras el alma le entregaron,
pues tal efeto mi esperanza tuvo!
¡Tan presto bajo desde el cielo al suelo
por una voz, sin manos, despeñado!
No importa; que a tan grande desventura
en la desesperación habrá remedio.

DORISTO.

¿Dónde vas de esa suerte?

FINEO.

¿Dónde, dices?

DORISTO.

¿Ya por aquesto pierdes la esperanza?
¿Yo no soy padre? Si hoy no la he vencido,
mañana podrá ser. No desconfíes,
que no será de otro, sino tuya.

FINEO.

Dime, señor, palabras de consuelo;
háblame de esa suerte, y no me mates
con la resolución que me trujiste;
que el tiempo humilla los soberbios montes,
y yo entiendo que hará lo mismo de éste.

DORISTO.

Entra conmigo a mi escritorio un poco
por que valido y familiar te vea.

FINEO.
¿Qué importa, si la muerte me desea?

(*Vanse, y salen* LAVINIO *y* PINABELO.)

LAVINIO. No dirás que no se ha hecho
como tú lo deseabas.
PINABELO. Bien se ve que todo estabas,
Lavinio, dentro en mi pecho.
Como eres el alma propia,
o a la que tengo conforme,
no haces cosa disforme
ni a mis discursos impropia.
LAVINIO. Ya podrás por la ciudad
saber de tus enemigos.
PINABELO. Siendo yo y Lavinio amigos,
¿qué importa su enemistad?
LAVINIO. Con todo, aqueso te importa.
Infórmate en qué ha parado,
porque espada de agraviado
mucho aguarda y tarde corta.
Sabrás también si casaron
esa mujer que servías.
PINABELO. Yo entiendo que ha muchos días
que mi suceso olvidaron.
LAVINIO. No hay en eso que fiar,
que el que a otro hace agravio
no puede ser, siendo sabio,
que pueda seguro estar.
Pero, dejando estas cosas,
¡bueno tienes a mi hermano!
PINABELO. ¿Qué dice del castellano?
LAVINIO. Deja palabras ociosas,
pues su amor has conocido,
que darte su hacienda es poco.
Mas ¿dónde hallaste este loco
que tan bien hace el fingido?
PINABELO. ¿No es extremado?
LAVINIO. Eslo tanto,
que te desconocí a ti
en viéndole hablar ansí.

(*Entran* GERARDO *y* ARDENIO.)

GERARDO. Presto al placer sigue el llanto.
¡Qué mala sobrecomida,
amigo Ardenio, me has dado!
ARDENIO. Si esto hubiera imaginado,
antes perdiera la vida.
LAVINIO. ¿Qué es esto, hermano?
GERARDO. Es mi muerte,
es mi fin, mi sepultura.
LAVINIO. ¿Por qué extraña desventura
te lamentas de esa suerte?
GERARDO. Peor estoy que aquel día
que del falso Pinabelo
me quitó el castigo el Cielo...
PINABELO. (¡Bueno estoy, por vida mía!) (*Ap.*)
GERARDO. Y pues que ya Feliciano
—dejo aparte su valor,
por lo que es prendas de amor—
es nuestro tercero hermano,
delante de él lo diré.
Hoy Fineo se ha alabado
que está con Cintia casado.
PINABELO. ¿Que a tan mal punto llegué?
¿Es dama que tú servías?
GERARDO. Era, Feliciano, aquella
que haber de vivir sin ella
como sin alma podrías.
¡Pluguiera a Dios que yo fuera
en busca de un Pinabelo
al más extranjero suelo
de la Citia o Libia fiera
y que no quedara aquí
para ver este suceso!
PINABELO. (Nunca agravio tan impreso
a hombre en el alma vi.)
LAVINIO. Y puede ser que se alabe
de lo que verdad no sea.
GERARDO. ¿Y es discreción que no crea
lo que en mi desgracia cabe?
ARDENIO. Es tan cierto, que se firman
esta noche los conciertos.
LAVINIO. ¿Cómo sabes que son ciertos?
ARDENIO. Porque en su casa lo afirman;
y porque él me dijo a mí
que a mi señor le dijese,
que cuando verdad no fuese
él no se atreviera ansí.
GERARDO. Dice bien. Yo soy perdido.
¡Oh, hermano! ¿qué puedo hacer?
PINABELO. ¡Vive Dios, que no ha de ser
ese hablador su marido!
Que de algo ha de servir
llegaros al castellano.
GERARDO. ¿Darme queréis, Feliciano,
esperanzas de vivir?
PINABELO. Sí que te doy esperanza,
solamente con saber
si te quiere esa mujer.
GERARDO. Dicen que es mujer mudanza;
y si desde anoche acá,
Feliciano, no la ha hecho,
yo sé que estoy en su pecho,
y aun adonde el alma está.

PINABELO. ¿Desde anoche? ¿Tú eres sabio,
siendo principal mujer?
¡Vive el Cielo, que es hacer
a cuantas lo son agravio!
Si una mujer libre fuera
de las que quieren a dos,
no dudara yo, ¡por Dios!,
que aquesta mudanza hiciera;
que, aunque de aquesto te asombres,
en menos que desde ayer
yo he conocido mujer
que quiso ciento y tres hombres.

LAVINIO. ¡Bendígala Dios, amén!

PINABELO. Ansí, que si amor te tiene,
en él a fundarse viene
que esto se negocie bien;
porque el padre es muy forzoso
que a dar el "sí" la ha forzado,
y que tiene al desposado
por más tirano (1) que esposo.
Escríbele con Ardenio
que esta noche, al dar el "sí",
tú la sacarás de allí.

GERARDO. Eso es más fuerza que ingenio.

PINABELO. Oye hasta el fin, que no es justo
procures su vituperio.
Llevarla has a un monasterio,
el que te diere más gusto,
y ande el pleito, que si quiere
la mujer decir que es tuya,
aunque él alegue que es suya,
cualquiera ley te prefiere.

LAVINIO. A mí me parece bien;
porque, fuera de este medio,
no encuentro yo otro remedio.

GERARDO. Y a mí, Lavinio, también.
Pero, ¿dónde hemos de hallar
gente honrada y de secreto
que nos ayude al efeto?

LAVINIO. No la has menester buscar.
Vaya Feliciano allá,
que él solo, hermano, es bastante
con espada o con montante,
que bien diestro en todo está,
y en Salamanca no tiene
hombre tan grande opinión.

GERARDO. ¿Eso más?

LAVINIO. ¡Es un león!

GERARDO. Pues alto: el salir se ordene.—
Feliciano, en tu consejo
me resuelvo.

PINABELO. Y aun aciertas;
déjame a mí con las puertas.

GERARDO. En todo mi honor te dejo;
armarémonos los tres,
que bastamos.

PINABELO. Y sobramos.

GERARDO. Pues, hermano, los dos vamos
a saber si verdad es.—
Y aguárdenos Feliciano.

LAVINIO. Entreténgale Laurencia,
por que tenga más paciencia.

GERARDO. ¿Es uso de allá?

LAVINIO. Es muy llano.

GERARDO. Di, Ardenio, que baje luego,
y partámonos los dos.—
¡Adiós, Feliciano!

PINABELO. ¡Adiós!

LAVINIO. (¡Qué bien los junto y allego!)

(Vanse, y queda PINABELO, *y entra* LAURENCIA.)

LAURENC. A entreteneros me envían;
¿cómo os he de entretener?

PINABELO. Con sólo dejaros ver
mil pensamientos podrían.
¡Gracias a Dios que ha venido
nuestro enemigo engañado
a vivir tan sin cuidado
del que de vos he tenido!
Ved si con los Cielos privo,
ya que tuve estrella ingrata,
que él por Italia me mata
y dentro en su casa vivo.
Toda su imaginación
es matar a Pinabelo,
y permite agora el Cielo
que al mismo tenga afición.
Mirad, pues, Laurencia mía,
si es bien que me la tengáis
y a entretenerme vengáis,
ya que no la noche, el día;
que yo no sé cuándo Amor
darme el galardón presume
de este ardor que me consume;
y ha de ser siempre mayor;
que con ver en lo que paso,
que ya infinito parece,
cuanto más sufro, más crece,
y es más cuanto más me abraso.

LAURENC. Si os entretenéis con penas,
volveránse a entrar las glorias,

(1) Así en los textos; pero estaría mejor "más por tirano".

y más si tocáis historias
de tantos discursos llenas;
que bien veis que culpas mías
no os tienen a vos ansí,
pues también pasan por mí
los años de aquesos días.
¡Hablad en darme las manos
antes que testigos vengan!

PINABELO. Será, cuando ansí me tengan,
quejas y dolores vanos.
Dadme, que con este lazo
como estoy siempre me hallara,
que a fe que no me quejara.
Pero...

LAURENC. ¿Qué?

PINABELO. ¡Dadme un abrazo!
que, ¡vive Dios!, que estoy tal,
que ya me salen colores
para pediros favores.

(*Salen* RUFINO *y* FELICIANA.)

FELICIANA. ¡Ay, Dios!

RUFINO. ¡Que no haré mal!

PINABELO. (¡Noramala acá salieron!)

LAURENC. ¿Qué es eso?

FELICIANA. ¡Si me ha mordido!

LAURENC. ¿No me dirás lo que ha sido?

PINABELO. (¡Ved a qué punto vinieron!)

RUFINO. Traía yo de Madrid,
en una caja metida,
una culebra fingida...

LAURENC. ¿Qué fué lo demás, decid?

FELICIANA. ¿Cómo fingida?—El me dió
una caja presentada,
de estas de Flandes, pintada,
de donde, abierta, salió
una enroscada culebra,
que la cara me ha mordido.

RUFINO. Era de arambre torcido,
que, puesto al fuego, no quiebra,
y hace melindres la boba.

LAURENC. Pues yo confieso de mí
que, el temor de oírlo aquí,
del rostro el color me roba;
pero váyanse a encender
velas, que vendrá mi hermano.

FELICIANA. ¿No es temprano?

LAURENC. No es temprano,
que acaba de anochecer.

RUFINO. Ven y encenderemos.

FELICIANA. Ven.

PINABELO. ¡Que nos junte el enemigo
y nos persiga el amigo!
¿Qué suerte es ésta, mi bien?

LAURENC. Yo espero tiempo tras éste
en que, con mucha bonanza,
logremos nuestra esperanza
sin que este temor nos cueste.
¡Bien dicen que nunca amor
se goza a puertas abiertas!

PINABELO. ¿Cuándo cerraré esas puertas
a la gente y al temor?
Mas ya están entrecerradas,
y yo a tus brazos me inclino.

(*Sale* ARDENIO.)

ARDENIO. Manda, señora, a Rufino
que no burle a las criadas.

PINABELO. (¡Oh, noramala vengáis!)

LAURENC. (O son celos o malicia.)
¿Fué la burla con Felicia,
o de qué los agraviáis?

ARDENIO. No sale jamás de entre ellas,
contra el orden de esta casa,
con juegos de pasa pasa
y otras invenciones bellas;
que trae lagartos, ardillas
y otras sabandijas mil,
con que piensa, muy sutil,
derribándolas, rendillas.
Tras esto, se hace gitano,
y que es astrólogo jura,
diciéndoles la ventura
por las rayas de la mano.

LAURENC. ¿Hay más?

ARDENIO. ¿Aquesto no basta?

LAURENC. Por cierto, ¡gran vituperio!
¡Qué palacio o monasterio!
¿La cocina queréis casta?
Andad, no salgáis aquí.

ARDENIO. (No importa, que yo haré luego
de las manos otro juego.)

PINABELO. ¿Quién no me persigue a mí?

LAURENC. No es esto persecución
siendo al tiempo semejante;
¡no seáis, por Dios, amante,
melancólico y llorón,
sino los brazos me dad,
que nadie lo estorba agora!

PINABELO. ¡Quién viviera a mi señora!

(*Abrázanse, y salen* LAVINIO *y* GERARDO.)

LAVINIO. (¡Tened, hermano, esperad!

GERARDO.

¿Por qué, Lavinio?

LAVINIO.

Estase despidiendo
Laurencia del amigo Feliciano,
y es sin duda mejor que no nos vea,
porque si sabe acaso a lo que vamos,
como hermana y mujer, tendremos lágrimas.)

LAURENCIA.

(¡Mis hermanos son éstos! ¡Gran desdicha,
si nos han visto, corre por nosotros!

PINABELO.

¡Todo es paz de Castilla; no los temas!
Recógete.

LAURENCIA.

¡Oh, si el Cielo los cegase!)

(*Vase* LAURENCIA.)

LAVINIO.

¿Qué hay, Feliciano?

PINABELO.

He estado entreteniéndome
mientras habéis estado en la visita.

LAVINIO.

¡Y aun te entretienes más de lo que es justo!

PINABELO.

¿De qué manera?

LAVINIO.

Somos descorteses
en hacerte esperar.

PINABELO.

¿Qué hay de las bodas?

GERARDO.

Bien nos pueden dar armas.—¡Hola, Ardenio!

ARDENIO.

¿Señor?

GERARDO.

Danos tres jacos y rodelas,
y baja dos espadas, las mejores.

PINABELO.

Ya yo tengo quitada la sotana.

LAVINIO.

Pues yo no soy en esto perezoso.

PINABELO.

(¡Oh, corazón, mirad que hoy es el día!) (*Ap.*)
Esa señora, ¿está avisada?

GERARDO.

Agora
le di el recado a una criada suya,
y dice que a la puerta nos aguarda.

PINABELO.

Pues ¿qué hacemos aquí? Que me revienen
mil corazones dentro de las carnes.

(*Sale* ARDENIO *con armas.*)

ARDENIO.

Armas tenéis aquí.

GERARDO.

Vístete.

PINABELO.

Vístome,
aunque fuera mejor desnudo el pecho.

LAVINIO.

Siempre a una prisa hizo una cinta falta.
¡Mal haya quien te tiene de esta suerte!

PINABELO.

Remediallo y callemos.

LAVINIO.

Esta hoja
lleva a mi cuenta.

PINABELO.

¿Es tiesa?

LAVINIO.

Es de Toledo.

PINABELO.

Dígolo porque siempre, donde hay chusma,
todo lo más es fino espaldarazo.

GERARDO.

¿Estamos ya bien puestos?

LAVINIO.

Por mí, vamos.

GERARDO.

Lleva esta ropa arriba.

PINABELO.

Caminemos.

ARDENIO.

¡Dios os traiga con bien!

GERARDO.

No hables tanto,
que de cualquiera cosa tomo agüero.

LAVINIO.

¡Agüero! ¿Eres Mendoza?

PINABELO.

¡Nunca creas
si no es el daño que por ojos veas!

(*Vanse, y salen* DORISTO, CLEARCO *y* DURANTE.)

DORISTO.

Aunque para hacer las escrituras gusto
de convidaros como a deudos tales.

CLEARCO.

Has hecho en avisarnos lo que es justo
y en negocios que son tan principales.

DURANTE.

¿Muestra Cintia en casarse algún disgusto?

DORISTO.

De ello ha dado con lágrimas señales;
pero ha podido más mi mandamiento.

CLEARCO.

Nunca forzado es bueno el casamiento.

DURANTE.

Muy honrado es Fineo.

DORISTO.

Al otro día,
después del desposorio están contentas
la más helada y la que no quería.

DURANTE.

Justamente del yerno te contentas!

DORISTO.

Ya está vestida, ya tiene alegría.

CLEARCO.

Pues ¿qué dilatas lo que hacer intentas?

DORISTO.

Ando como arrojado de un trabuco.

LAVINIO.

Ya se entraron los viejos y el caduco.

PINABELO.

Pues que es menester, haz la seña luego.

GERARDO.

¡Ce! ¡Ce!

CINTIA.

Ya te aguardaba, señor mío.
(*Llévansela.*)

GERARDO.

Elena en brazos, a pesar del Griego.

DENTRO *dicen*:

¡Que la llevan! ¡Qué extraño desvarío!

FINEO.

Saldré arrojando por los ojos fuego.

PINABELO.

Habrá a la puerta quien te quite el brío.

FINEO.

¿Tú, robador cruel?—¡Prendedlo o muera!

PINABELO.

No puedo agora, hasta que Dios lo quiera.

ACTO TERCERO

(*Salen el* GOBERNADOR, GERARDO, ALGUACIL *y* ESCRIBANO.)

GOBERNAD. Los indicios son bastantes
de que la robastes vos,
y pruébase que los dos,
Gerardo, fuisteis amantes.
Hay criado que ha jurado
que mil papeles os dió.

GERARDO. Confieso quererla yo
y que fuí de Cintia amado.
Mas por solo este deseo
no me ha de ser demandada,
si se fué desesperada
por no casar con Fineo.

GOBERNAD. No me está bien argüir
con vos si es bien hecho o no,
ni a cualquiera reo yo
las leyes le he de decir;
todas ellas os condenan.
Con paciencia y discreción
la verdad y la razón
los enemigos refrenan.
Si éstos han falso jurado,
¿qué daño os puede venir?

GERARDO. La molestia de sufrir
testimonio tan pesado,
y que no quisiera andar
del necio vulgo en la boca.

GOBERNAD. Yo he de hacer lo que me toca,
habéisme de perdonar.
¿Qué gente hay en casa, fuera
de la señora Laurencia?

GERARDO. Saldrán a vuestra presencia
si mandáis.

GOBERNAD. Eso se espera.
Hacedles venir aquí.

GERARDO. Voy.
GOBERNAD. Está ya casi probado
haberla él mismo robado.
¡Y está quejoso de mí!
ALGUACIL. El la debe de tener
en alguna casa oculta.
GOBERNAD. No sé yo qué dificulta
si la tiene en su poder:
que mejor le está a Doristo
casarla con él.
ESCRIBANO. Ya viene
la gente.
GOBERNAD. ¿Esta sola tiene?
LAVINIO. ¿Hay quien jure que te ha visto?
GERARDO. Pues era venir en vano
sin bastante información.
Estos mis criados son
y este Lavinio, mi hermano.
Si alguien queda en casa es gente
que no puede hacer el caso,
que es dueñas y esclavas.
GOBERNAD. Paso,
que lo mejor está ausente.
¿Adónde habéis escondido
un herido que lo fué
aquella noche?
GERARDO. No sé
que tal noche fuese herido.—
¿Hola? Llama a Feliciano.
GOBERNAD. Este es el más importante.
GERARDO. Sabed que es un estudiante
grande amigo de mi hermano.
Es de Castilla y no entiende
el uso de aquesta tierra,
y así, por momentos yerra
y a los más que trata ofende.
Embistiéronle a la puerta
cuatro o cinco de cuadrilla,
que fué grande maravilla
librarse no estando abierta;
y de esto son las heridas,
de que ya está sano.
GOBERNAD. ¡Ah! ¿Sí?
PINABELO. ¿El Gobernador a mí?
¿Hay que me quieras o pidas?
GOBERNAD. Dicen que tú defendiste
de que Cintia se cobrase,
castellano.
PINABELO. ¿Es burla? Pase.
GOBERNAD. Y que en esto herido fuiste.
PINABELO. Ni a Cintia en mi vida vi
ni en tal robo soy culpado:
villanos me han maltratado,
a quien menos conocí,
de quien venganza deseo.
GOBERNAD. Id escribiendo.
ESCRIBANO. Eso hago.
GOBERNAD. Poco en eso satisfago
a Doristo y a Fineo.—
Y vos, Lavinio, ¿no fuisteis
con ellos?
LAVINIO. Digo que no.
GOBERNAD. Pues en verdad que sé yo
dónde el sombrero perdisteis.
LAVINIO. Mal se puede eso probar,
porque un sombrero no es prenda
tan conocida que ofenda
a quien no lo suele usar.
Mi ordinario es el bonete.
GOBERNAD. Está bien.—Y éste ¿quién es?
ARDENIO. Ardenio soy.
GOBERNAD. No me des
más señas. ¡Rico alcahuete!
ARDENIO. ¿Yo, señor?
GOBERNAD. Tú, que has llevado
a Cintia recados.
ARDENIO. ¿Yo?
GOBERNAD. ¿Qué importa que digas no
si este es negocio probado?
¿De dónde eres?
ARDENIO. Soy, señor,
de Perpiñán.
GOBERNAD. ¿Cuánto va
que antes de mil días está
sirviendo al Rey de pintor?
ARDENIO. Yo no lo supe en mi vida.
GOBERNAD. Pues aprenderálo, hermano,
cuando el pincel en la mano
pinte en la mar extendida.—
Y tú, moza, ¿por ventura
viste armarse de concierto
estos hidalgos?
FELICIANA. Por cierto,
que yo no he de ser perjura,
porque no vengo de gente
que negará la verdad
por interés ni amistad.
GOBERNAD. Hablás bien y honradamente.
FELICIANA. Estaba yo en mi aposento
y sentí tanto ruído,
como de hierro caído,
que me asombro si lo cuento;
mas luego perdí el temor
que me tuvo entonces muda,

y dije entre mí: "Sin duda
que se arma mi señor."
Fuí a la cocina en un vuelo
por ver desde allí lo que era,
y vi que era la espetera
que estaba toda en el suelo:
que como cayó de alto
y sobre los platos dió,
desmayada me dejó
del ruido y del sobresalto.

GOBERNAD. Si acaso no te tuviese
por mujer flaca, ignorante,
sin duda que aquí delante
cien azotes darte hiciera.
¡Hermosas armas han sido!

FELICIANA. ¿No he de jurar la verdad?

GOBERNAD. ¡Desvergonzada, callad!

FELICIANA. Pues callo, y estoy corrida.

GOBERNAD. Vos ¿qué hacéis allá detrás?

RUFINO. Adonde me toca estoy.

GOBERNAD. ¿Sois criado?

RUFINO. Siervo soy.

GOBERNAD. ¿Y estudiante?

RUFINO. Y eso más.

GOBERNAD. ¿De dónde sois?

RUFINO. De Castilla.

GOBERNAD. ¿De qué lugar? Hablad, pues.

RUFINO. Soy, señor, de Leganés.

GOBERNAD. Por cierto, una hermosa villa.

RUFINO. ¿No? Pues en verdad que en ella
hombres famosos ha habido.

GOBERNAD. ¿Quién?

RUFINO. Un contador, que ha sido
famoso y de mala estrella,
y yo, que en todas las ciencias
soy maestro universal.

GOBERNAD. Eres necio general
en muchas impertinencias.
De este negocio ¿qué sabes?

RUFINO. *Latet omnino* ¡por Dios!,
que a esas horas bien veis vos
que hay silencio entre hombres graves.
Yo *super* libros estoy
y no me curo de cuentos.

GOBERNAD. ¡Qué graciosos juramentos!
Probando la causa voy.
¿Cómo te llamas?

RUFINO. Mi nombre
tiene mucho que entender.

GOBERNAD. ¿Qué nombre puedes tener
que no entienda cualquier hombre?

RUFINO. Es peregrino vocablo.

ALGUACIL. ¿Qué hace de meter ripio?

RUFINO. Porque tiene su principio
de despedida del diablo,
y el fin del nombre más raro
que al oro le suelen dar.

GOBERNAD. Ya te puedes declarar.

RUFINO. Oye, que ansí me declaro.
Cuando algún diablo se va
¿no va haciendo ¡ru!?

GOBERNAD. Sí hace.

RUFINO. Si el principio satisface,
el fin se satisfará.
¿Cuál epíteto más dino
al oro le darás tú?

GOBERNAD. ¿Yo? Fino.

RUFINO. Pues "fino" y "ru",
¿qué dirá?

GOBERNAD. Dirá Rufino.

RUFINO. Pues ese es mi nombre.

GOBERNAD. Basta,
que tiene el hombre primor;
mas es un poco hablador,
y que le viene de casta.
Feliciano y la criada
solos en casa se queden;
los demás conmigo pueden
venir.

GERARDO. Serviros me agrada.—
Entrate tú, amigo, allá,
y esto a Laurencia le di.

GOBERNAD. Ea, pues, vamos de aquí,
que Cintia segura está.
Yo aseguro no se pierda.

GERARDO. Feliciano, oye.

GOBERNAD. ¿Es secreto?

GERARDO. (Si éste me prende, en efeto,
que es peligro se me acuerda
llevar conmigo estas prendas.

PINABELO. Andas tan bien como sueles.

GERARDO. Dale a Cintia estos papeles.

PINABELO. Haré lo que me encomiendas.

GERARDO. Y ese cordón de cabellos
con este verde listón,
que si no hubiese prisión
volveré a vella y por ellos.

PINABELO. Vete y déjame hacer;
que aventuraré mil vidas.

GERARDO. Bien lo han dicho estas heridas,
no es más prueba menester.)
Vuesa merced me perdone.
Ya podemos ir de aquí.

GOBERNAD. No llevéis, Gerardo, ansí
testigo que no os abone.

(*Vanse. Queda* PINABELO *solo.*)

PINABELO. ¡Raros y extraños excesos!
Yo no puedo imaginar
en qué tengo de parar
según andan mis sucesos.
Este, enemigo me llama
y jura quitar mil vidas,
cuando me dan mil heridas
por defender a su dama.
El está bien obligado:
creo que ha de haber concierto
entre el amigo encubierto
y el enemigo engañado.
Porque ya el no perdonarme
brava ingratitud sería.
Creo que se acerca el día
de probarle y declararme.
Pero Cintia viene aquí.—
Mal sufrís el esconderos.

(*Sale* CINTIA.)

CINTIA. Salgo, Feliciano, a veros
por saber nuevas de mí.
Mi Gerardo ¿qué se ha hecho?

PINABELO. Llevóle el Gobernador.

CINTIA. ¡Bien me lo dijo el temor
y el alma dentro del pecho!
¿Preso irá?

PINABELO. Presunción es,
porque hay brava información.
Temiendo, pues, su prisión
me habló en secreto después
y estos papeles me dió,
por lo que resultar puede
cuando agora preso quede.

CINTIA. Querrá que los guarde yo.

(*Se asoma* LAURENCIA.)

LAURENC. (Siempre tuve estos recelos;
que Pinabelo es galán.
Hablando a solas están.
Declarados son mis celos.
Desde que a Cintia escondida
tiene mi hermano en su casa,
de este mal que el alma abrasa,
se me consume la vida.)

PINABELO. Mételos dentro del pecho,
porque es sagrado lugar
donde no te han de mirar.

CINTIA. Bien has dicho.

PINABELO. Bien has hecho. (1)

CINTIA. Ayúdame, por que estén
bien escondidos.

PINABELO. Están
(*Ayudándola a ponerlos en el pecho.*)
tan bien, que no los verán
los linces, que tanto ven.

CINTIA. ¡Cuál vienen al pecho estrechos!

LAURENC. (¿Qué he visto? ¿Hay mayor maldad?
¿Que con tanta libertad
osó tocarle los pechos?
¿Qué hago que no deshago
los pechos y el falso dueño?
¡Ah, fe de los hombres: sueño,
siempre nos dais este pago!)

PINABELO. Este cordón de cabellos
me dió con este listón.

CINTIA. Aunque conozco el cordón,
los cabellos no son ellos.
Sin duda a alguna mujer
de celos se los quitó,
y él en su lugar buscó
otros que poder poner.
¿Hay semejante maldad?

PINABELO. Bien dicen que la mujer
es de ordinario, en creer,
la misma facilidad.
Espera, cotejaré
con los tuyos los cabellos,
que si no son como ellos,
digo que en hombres no hay fe.

CINTIA. Puede ser que mis recelos
fabriquen esta montaña.
¡Hasta en cabellos engaña
esta ceguedad de celos!
Por mi fe, los mismos son.

LAURENC. (¡Los cabellos la ha cortado!)

CINTIA. De haberme desengañado
te quedo en obligación.

LAURENC. (¡Que los pechos le tocase
y los cabellos le diese!)

CINTIA. Quien a los celos creyese
ni un cabello le fiase.

PINABELO. Gerardo tarda; no aguardo
que venga, ni tú le esperes.

CINTIA. Pues si tú a la cárcel fueres
dale este abrazo a Gerardo,
y quédate adiós...
(*Abrázanse.*)

(1) En los textos, "dicho", que no rima.

PINABELO. Adiós.
[CINTIA.] Que yo me vuelvo a esconder.
LAURENC. Holgádome he de saber
que estéis tan tiernos los dos.
¡Bravo favor y regalo
para ser negoció ajeno!
PINABELO. ¡Por Dios, que es eso muy bueno!
LAURENC. ¡Por Dios, que ha de ser muy malo!
Pues ¿cómo que en ocho días,
herido y muerto en la cama,
has conquistado esta dama?
¿Es ciencia o hechicería?
Aunque mejor lo atribuyo
a su mucha liviandad,
si va a decir la verdad,
que no al lindo talle tuyo,
que no eres lindo, por cierto.
PINABELO. Si son burlas, ya son muchas.
LAURENC. Puras verdades me escuchas,
aunque mentiras me han muerto.
PINABELO. ¿Verdades? ¡Tú vienes loca!
LAURENC. No vine aquí sino cuerda;
mas para que el seso pierda
harta razón me provoca.
Dame luego los cabellos
que la cortaste.
PINABELO. ¿Yo? ¿A quién?
LAURENC. A los ojos que lo ven
¿lo niegas por no perdellos?
Dámelos al punto aquí,
o daré voces al Cielo
que digan que Pinabelo
está en mi casa.
PINABELO. Eso, sí;
da con el secreto en tierra
por tus quimeras y antojos.
LAURENC. Todo lo han visto mis ojos.
PINABELO. La vista mil veces yerra.
Mira que te has engañado.
LAURENC. ¿Luego también negarás
que al pecho tocado la has
y que un abrazo te ha dado?
PINABELO. Hasta saber lo que es eso,
no has andado bien compuesta.
LAURENC. Por lo que tanto me cuesta
¿no quieres que pierda el seso?
¿Esa es, traidor, la amistad
que le debes a mi hermano?
PINABELO. Escúchame.
LAURENC. Todo es llano
y publica tu maldad.
PINABELO. Si te digo lo que ha sido
y quedas bien satisfecha,
¿no perderás la sospecha?
LAURENC. Yo lo he visto, fementido;
yo te la echaré de aquí,
y a mi hermano le diré
lo que he visto y lo que sé
para vengarme de ti.
PINABELO. ¡Laurencia!
LAURENC. Que no hay Laurencia.

(Vase.)

PINABELO. ¡Laurencia, señora mía!
¿Con cuál desdicha podría
dejar de haber competencia?
Agora, al fin, vil fortuna,
¿me guardaste este pesar?
¡Bien te suelen comparar
con los cuartos de la luna!
Agua me diste al postrero
por que mis ojos la viertan.
Bien con éste se conciertan
el segundo y el primero,
que bello sol he gozado
sin agua o mal tiempo alguno.
Pero este fin importuno
fué del principio pasado.
¿Qué haré para remediar
tan gran locura de celos?
¡Ah, Cintia! Nunca los Cielos
te me dejaran hablar,
o, al tiempo que te cobré,
los contrarios me mataran.

(Entran GERARDO *y* LAVINIO, *y dice:)*

GERARDO. Todos lo mismo declaran.
Pleito seguro tendré.
LAVINIO. Mejor sería decir
la verdad, si ha de parar
en que te quieres casar.
PINABELO. Huelgo de verte venir,
y en eso yerra tu hermano;
hasta saber lo que pasa,
no pida el romper la casa
ese viejo; pues es llano
lo que el Códice declara
De raptu virginum.
LAVINIO. Todo
lo he mirado.
PINABELO. Y ¿en qué modo
con la verdad se repara?
LAVINIO. Porque le está bien al viejo
mejorarse con mi hermano.

PINABELO. Agora digo que es sano
el admitir tu consejo.
GERARDO. Mientras eso averiguáis
a mi Cintia voy a ver,
que no hay ley donde hay querer,
y aquí de leyes tratáis.
PINABELO. Ve en buen hora, que ya hice
lo que quedó concertado.
GERARDO. Siempre tú me has obligado.
PINABELO. Mi voluntad satisfice.
LAVINIO. ¿Cómo va de las heridas?
PINABELO. Ya veo que están curadas,
que fueron de mujer dadas
y de hombre recibidas.
LAVINIO. De eso estoy bien satisfecho;
y estalo tanto Gerardo,
que antes de mañana aguardo
que resulte en tu provecho.
PINABELO. ¿De qué suerte, mi Lavinio?
LAVINIO. Que te pese puede ser,
que mal puedo yo saber
tu voluntad y desinio,
aunque no es cosa posible.
PINABELO. Dímelo, que es claro y llano.
LAVINIO. Viendo Gerardo, mi hermano,
que pagarte es imposible
las muchas obligaciones
y esas heridas también,
y porque te quiere bien,
que esto es abreviar razones,
te quiere dar a Laurencia,
para paga, en matrimonio
y en dote su patrimonio,
que a fe que no es mala herencia.
PINABELO. ¿Estás burlando conmigo?
LAVINIO. Hoy quedó determinado;
llamarme puedes cuñado.
PINABELO. Cuñado, señor y amigo,
y besarte dos mil veces
esos pies.
LAVINIO. Alza del suelo.
¿Eso has de hacer, Pinabelo?
PINABELO. Eso y mucho más mereces.
Estoy loco, estoy de modo
que el corazón me revienta.
LAVINIO. Cuando caigas en la cuenta
podrás pagármelo todo.
Y quédate agora adiós,
que voy a dar otro aviso.
PINABELO. ¿Qué Eurialo ni qué Niso
ha de igualarse con vos?
(*Vase* LAVINIO.)

PINABELO.
Ya no eres vil, espléndida fortuna,
ni madre de cruel desconfianza;
ya no tienes infame semejanza
con los nublados cuartos de la luna.
Ya no eres a los fines importuna
del que principio favorable alcanza,
pues que das posesión a mi esperanza
cuando me vi sin esperanza alguna.
Hoy sale de mi pleito la sentencia
última y en favor; hoy me conceden
la fortuna y el tiempo a mi Laurencia,
para que los que penan ciertos queden
que el tiempo, la esperanza y la paciencia,
aunque se tardan, cuanto quieren pueden.

(*Entra* GERARDO.)

GERARDO.
Si al cielo viese en el templado mayo
bordado el manto azul de estrellas puras,
de tempestad seguro no estaría.
Si viese el mar tranquilo como el cielo,
sin delfín que sus aguas remolcase,
sino con un combate sosegado,
de tormenta seguro no estaría.
Si de un príncipe fuese tan privado
que jamás me negase afable el rostro
y mandase su hacienda y sus entrañas,
de mudanza seguro no estaría.
¡Oh, falso amigo! ¡Oh, falso castellano!
Tú eras el sereno y claro cielo,
tú el mar tranquilo, tú el afable príncipe.—
Mas, hele aquí... No importa que me escuche.

PINABELO.
De Lavinio he sabido que ha llegado
a su punto el amor que me tenías,
y que este grande mío y el deseo
que tuve de servirte y agradarte
hoy con inmensa paga remuneras.
Indigno soy de emparentar contigo;
de las virtudes, méritos y partes
de tu hermana Laurencia soy indigno;
pero si ya tu amor llegó a este punto
cuando del mío vienes satisfecho,
en Feliciano tienes un esclavo,
y a tus pies.

GERARDO.
No te humilles, que esas cosas
me han hecho a mí fiar de algún mal pecho.

PINABELO.
¿Cómo me hablas con torcido rostro?

¿Qué color es aquése y qué semblante?
¿Hete ofendido en algo, por ventura?

GERARDO.

Hasme ofendido, ingrato Feliciano,
no menos que en el alma y en la vida.

PINABELO.

¿Yo a ti, Gerardo, ofensa en honra y alma?

GERARDO.

Tú a mí.

PINABELO.

Pues yo las pierda entrambas juntas,
porque no hay maldición que se le iguale,
si aun con el pensamiento te he ofendido.

GERARDO.

¡Ah, Feliciano! ¡Quién pensara aquesto!
¡Qué triste fin has dado a tal principio!
¡Qué amigo en mí has perdido! Estoy que ra-
pensando que traidor tal hombre sea. [bio
Apenas de vergüenza no te miro;
tanto, que te sacara esa vil sangre
si no se hubiera en mi favor vertido,
por cuya falta de la mía pensaba
darte en Laurencia la que más podía;
mas ya ni aun verte ni escuchar tu nombre.

PINABELO.

Si no supiera ser condición tuya,
con voz más alterada respondiera.
No tienes otra falta, ¡vive el Cielo!,
sino esa fiera cólera insufrible
y ese espíritu bajo de venganza.
Bien (1) sé lo que buscaste a un Pinabelo
para matarle porque agravio te hizo,
y hiciste temerarias diligencias,
y que no puede el curso de los años
hacer que tan pequeña ofensa olvides.
Sepamos qué es la mía.

GERARDO.

Dime: ¿es justo [hermano.
que un hombre que es mi huésped, que es mi
y que vierte su sangre en mi defensa
trate de amores con mi esposa Cintia?
¿Que el pecho toque y el cabello corte?
Y aquí no hay que negar. Laurencia propia
me dice que lo vió, y aun en decillo
me aseguró que tú no la mirabas,
cosa que alguna vez me dió sospecha.

(1) En el impreso falta el "Bien", necesario para el verso. Está en el manuscrito.

Pasóme las entrañas, y no pienso
que Cintia de aquí salga como debe
y quede el falso amigo, mas que entrambos
se junten y se vayan donde quieran...
¿De qué te ríes? ¿Por ventura burlas
de cosas que me llegan a la honra?

PINABELO.

Río de ver por qué camino extraño
en lo que dice se engañó Laurencia.
Y por que sepas la verdad de todo,
yo la hablé para darle tus papeles;
llegué para ayudarla, y, con respeto,
toqué a su pecho y no de otra manera.
Diciéndome después que los cabellos
no eran los suyos, por disculpa tuya
llegué al cabello para cotejarlos;
el abrazo después por despedida
fué para que a la cárcel lo llevase;
y si llegó conmigo a tal llaneza,
fué porque le es notoria la de entrambos.
Esto es verdad, y nunca, por tu vida,
pues eres cuerdo, afrentes tus amigos,
ni menos a tus cosas, hasta tanto
que sepas la verdad.

GERARDO.

¡Válgame el Cielo!
¡Qué extraño enredo y qué notorio engaño!
Por vida de la cosa que más quiero,
y luego tuya, si no son iguales,
que si Laurencia ya no fuera tuya,
que había de encerrarla en monasterio
para siempre jamás a vida o muerte,
o hacer en ella algún cruel castigo.
¡Que me haya hecho afrentar a las personas
que en esta vida más respeto y quiero!
¿Tú piensas que eres solo el castigado
de mi maldita cólera y mi lengua?
¡Vive Dios, que le he dicho a Cintia cosas
que le costaron infinitas lágrimas!
Desmayada en su aposento queda;
mas, ¡ay de mí!, ¿no es ésta?—¿Dónde bueno,
esposa mía, con aqueste manto?
Sin duda, apostaré, que se os olvida
que os he robado y tengo aquí escondida.

CINTIA. Voy adonde pueda hallar
el crédito que perdí
cuando, perdiéndome a mí,
deshonra vine a ganar.
Voy a llorar, que mi honor
por un hombre aventuré,

que le vino a faltar fe
cuando tuvo más amor.
Voy huyendo un mercader
que, sin haberle faltado,
a la cárcel me ha llevado
soñando que pudo ser.
Voy huyendo un pecho honrado,
si este honrado no es incierto,
que le di crédito abierto
y él me le dió limitado,
y voy huyendo del nombre
de un hombre que en el creer
ha tenido de mujer
más parte que no de hombre.
Al fin, salí por Gerardo
y a Feliciano he querido.
¡Qué dos honras he perdido,
sin la tercera que aguardo!
Una en salir de mi casa
y otra en dejar por quien fué,
y la que esperar podré
ya creo que por mí pasa.
Pues desesperada voy
donde vean que salí,
para que vuelva, ¡ay de mí!,
de la manera que estoy.

GERARDO. No llores, Cintia querida,
que ya estoy desengañado,
y yo haré de este pecado
la penitencia debida.
De Feliciano he sabido
todo lo que allí pasó;
si Laurencia se engañó,
¿qué culpa habré yo tenido?
No os parezca liviandad
el darle crédito ansí,
que es mi hermana, y yo creí
que me dijera verdad;
que si otro me lo contara
que menos mi sangre fuera,
no sólo no lo creyera,
pero sé que le matara.
De los disgustos pasados
podéis darme penitencia,
que yo haré que de Laurencia
quedemos los dos vengados.

CINTIA. Ya tarde perdón alcanzas,
que no he de tener amor
a un hombre que de mi honor
no tiene dadas fianzas.
No quedaré si hasta el cielo
la voz te viese poner.

PINABELO. (Todo aquesto ha de llover
sobre el pobre Pinabelo.
¡Por qué extraño pensamiento
de una loca y otra ingrata
la suerte me desbarata
mi deseado casamiento!)

CINTIA. Que no hay decirme ternezas;
que no hay abrazarme ya.

GERARDO. Pertinaz tu pecho está.
¡Qué presto a matarme empiezas!

CINTIA. Si de algún hombre deseo
de mi casa imaginaste
que me sacó, saber baste
que dejé por ti a Fineo.
No me abraces.

(*Sale* LAURENCIA.)

LAURENC. ¡Bien están
la dama y el desposado,
uno con otro abrazado,
dando celos al galán!
¿Es eso echar de la casa
quien tu amigo solicita?

GERARDO. ¡Fiera, que a Medea imita
y que donde llega abrasa;
lince de vista engañada
que vió lo que no entendió;
falso antojo que engañó
y al tocar fué poco o nada;
enfermo con calenturas
que despierto ve quimeras;
necio amigo, que por veras
mintiendo matar procuras;
araña vil, que acostumbra
ponzoña hacer la flor tierna;
luz encerrada en linterna
que a mil ciega y a uno alumbra;
hombre en cariños inciertos,
que de mil sombras se duele;
león de Albania, que suele
dormir con ojos abiertos;
pájaro que hasta la red
trae mil de su nación;
letra escrita con carbón
que hace burla en la pared...
vete delante de mí,
o verás como en ti hago,
por ventura, el mismo estrago
que en mí has hecho!

LAURENC. Vuelve en ti,
que si engañado te han
de nuevo te desengaño;

que Cintia busca tu daño
y es tu amigo su galán.

GERARDO. ¡Perra, pasaréte el pecho!

(*Saca la daga.*)

LAURENC. ¿Daga, traidor?

(*Sale* LAVINIO.)

LAVINIO. ¿Qué ruido
es éste?

LAURENC. ¡Hermano querido!

LAVINIO. ¿Daga para ti? ¿Qué has hecho?

GERARDO. ¿Qué quieres mayor maldad
que de Cintia y Feliciano
dice...?

LAURENC. Repórtate, hermano.

GERARDO. Y se afirma que es verdad.

LAVINIO. ¿Qué puede de ellos decir?

GERARDO. Dice que se quieren bien.

LAVINIO. ¿Hay más?

GERARDO. Y dice también...

LAVINIO. Agora no quiero oír,
porque yo sé la ocasión;
y culpo en esto a mi hermana,
que puede, como liviana,
pedirte humilde perdón.

PINABELO. De vos, señora Laurencia,
formo queja en que digáis
lo que no veis y ofendáis
la de Cintia y mi inocencia.
Que unos papeles le daba
de Gerardo, que en el pecho
le pusiese satisfecho,
que esto de mí se fiaba,
y el llegar de los cabellos
fué cotejar el cordón,
por darle satisfación,
que dijo que no era de ellos.
El abrazo que me dió
a la cárcel le llevaba,
porque ni a mí se me daba
ni le recibiera yo.
Y pues soy tan desdichado,
hoy a Castilla me iré,
donde escarmentar podré
en el ejemplo pasado;
y ansí, a Lavinio y su hermano
pido licencia.

GERARDO. ¿Licencia?

LAVINIO. ¡Qué aquesto ordene, Laurencia,
tu pensamiento liviano!
Llégate, deténle allí,
y pedirásle perdón.

LAURENC. Si no sabéis lo que son
mujeres, sabedlo en mí.
No pudiera merecer,
señor, el perdón que os pido
a no haberle merecido
por errar como mujer.
Confieso, y por grande error,
que vi aqueso desde lejos
y de donde los espejos
hacen el rostro mayor.
No deis pena a mis hermanos,
ni os vais a Castilla ansí,
que se vengarán de mí
y pondrán en mí las manos.

PINABELO. Si vos me pedís perdón
con lágrimas, yo ¿qué haré?
Digo que me quedaré,
aunque esté sin ocasión,
o con ella, hasta el día
del jüicio por la tarde.

LAURENC. ¡Mil años el Cielo os guarde!
¿Qué decís vos, Cintia mía?
¿No me habéis de perdonar?

CINTIA. Con que estéis desengañada,
os tengo ya perdonada.

LAURENC. También me habéis de abrazar.

(*Entran el* GOBERNADOR, DORISTO, FINEO, *el* ALGUACIL [*y*] RUFINO *y* ARDENIO, *atados juntos.*)

GOBERNADOR.

No hay que llamar; entrad, que yo lo mando.

GERARDO.

¡Justicia es ésta!—Cintia, arriba presto.

CINTIA.

¡La voz he conocido de mi padre!

(*Vase.*)

GOBERNADOR.

Todos juntos están aquí; no falta,
señor Doristo, más que vuestra hija.

DORISTO.

Podrá Gerardo dármela.

FINEO.

Eso creo.

GERARDO.

Mirad, Fineo, bien lo que habéis dicho.

FINEO.

Yo digo la verdad, y si formara
agravio en esto, como no lo formo,

por no ser Cintia mi mujer, os juro
que os hubiera quitado treinta vidas.

GERARDO.

Sois un necio, y delante...

PINABELO.

¡No hay delante!
¡Miente quien no dijere que es un necio!

GERARDO.

Necio será Fineo.

DORISTO.

¿Quién lo dice?

FINEO.

¡Por vida de un villano, estudiantejo,
que yo os coja más lejos de justicia
y a puros palos...!

PINABELO.

Satis est jam bestia.

FINEO.

¡Yo os haré hablar romance!

PINABELO.

Jam est satis,
¡que a bestias como tú, yo sé enfrenallas!

GOBERNADOR.

¡Bien se guarda respeto a mi persona!
Cese esto, no haya más; dense las manos.

FINEO.

¿Yo manos?

GOBERNADOR.

O ponerlos en la cárcel.
¡Lindo término es ése!

FINEO.

Yo me rindo,
y desde aquí la doy.

GOBERNADOR.

Y los dos juntos.

PINABELO.

¡No le está mal que yo le dé al mancebo!

GOBERNADOR.

Id, alguacil, y buscaréis la casa.

GERARDO.

¿Mi casa ha de buscar?

GOBERNADOR.

Los dos atados
han confesado la verdad de plano,
con sola media vuelta de una cuerda.

GERARDO.

¿Tú has dicho tal, Ardenio?

PINABELO.

¿Y tú, Rufino?

RUFINO.

¡Pesia a mi abuela! *Quid volebas, Domine?*
¡Yo soy hombre de letras delicado!
Confesando el que viene a mis espaldas,
¿había de negar?

GERARDO.

Pues, ¿cómo, Ardenio,
tú has hecho tal bajeza?

ARDENIO.

Si sabía
que la verdad es fin de tu negocio,
sufrir tormento en balde, ¿no es locura?

GOBERNADOR.

El ha dicho muy bien.

ALGUACIL.

Aquí está Cintia.

DORISTO.

¡Hija cruel, nacida en dura estrella,
y más en la de Venus que de Cintia,
aunque de Cintia te ha cabido el nombre!
¿Parécete que es justo lo que has hecho?
¿Parécete que has dado buena cuenta
del honor heredado de tu madre,
y que a tu padre has puesto en buena infamia,
llevado por las bocas de la gente
con nombre de culpado e inocente?

CINTIA. Bien es que me culpe yo;
pero poco os ofendí,
pues que, pidiéndome el "sí",
os dije siempre de no.
Por fuerza, padre, intentaste
el casarme con Fineo,
y sabiendo mi deseo
a aqueste error me obligaste.
Que no ha sido más error
que el dejaros, pues aguardo
desposarme con Gerardo,
a quien tuve y tengo amor;
y así, a Fineo suplico
que tenga aquesto por bien.

FINEO. Vos escogistes muy bien
marido galán y rico,
y yo no quiero mujer,
aunque el pleito me la diera,

que a otro hombre amor tuviera
ni se hallara en su poder.

GOBERNAD. Discreto ha andado Fineo,
y vos lo andaréis, Doristo,
si, viendo lo que habéis visto,
cumplís a Cintia el deseo.
Dádsela luego a Gerardo;
pues Fineo el pleito deja.

DORISTO. No haya de Gerardo queja,
que ya en mis brazos le aguardo
y por mi yerno le acepto.

GERARDO. ¡Dadme esas manos, señor!
Perdona a Cintia el error,
que ha sido un error discreto.—
Y agora, por alegría,
Laurencia le dé la mano
al amigo Feliciano.

LAURENC. Yo soy más vuestra que mía.

LAVINIO. Para que esto quede en paz,
el señor Gobernador
quite a Gerardo un error
en que ha estado pertinaz:
que por agravio bien poco,
en Barcelona no quiere
que éntre Pinabelo, y muere
el pobre por ella loco.
Yo sé que es vuestro sobrino
y gustaréis del perdón.

GOBERNAD. Huélgome que esta ocasión
a tal coyuntura vino,
que por mí lo habéis de hacer.

GERARDO. No me lo habéis de nombrar,
que no le he de perdonar,
o vuestra amistad perder.

DORISTO. (Mucho ha de poder un suegro.)
Hijo, ¡ved que os lo suplico!

GERARDO. Sólo con su muerte aplico
a mis bodas luto negro.
También vos me perdonad.

LAVINIO. Hermano, ¿y si yo lo pido?

GERARDO. Serás un necio.

LAVINIO. Ya ha sido
la tercera necedad.

(*Se le acerca* LAURENCIA.)

LAURENC. Yo llego, aunque temerosa.

GERARDO. Pues desecha esos cuidados.

RUFINO. Todos estáis engañados;
haced que llegue su esposa.

GOBERNAD. ¡Yo muera si no se aparta
del enojo!

DORISTO. ¡Buen consejo!

RUFINO. ¡Sí, señor, que es San Alejo,
que a todos negó la carta!

CINTIA. Esposo mío, esta es
la primer cosa que os pido:
sea mi amor preferido
a vuestro ciego interés.

LAVINIO. ¿De rodillas le consientes
estar, Gerardo, a tu esposa?

GERARDO. (¿Hay cosa más enfadosa?)
¡Déjame, no me le mientes,
que un hombre hay sólo en el suelo
por quien a todo me allano!

LAVINIO. ¿Y quién es?

GERARDO. Es Feliciano.

LAVINIO. Ruégale por Pinabelo.

PINABELO. Por Dios te ruego, Gerardo,
que a Pinabelo perdones.

GERARDO. Bastan aquesas razones,
con que mi enojo acobardo:
yo perdono a Pinabelo.

PINABELO. Pues sábete que yo soy,
que ha un año que en casa estoy.

GERARDO. ¡Jesús vivo!

GOBERNAD. ¡Santo Cielo!

RUFINO. Tampoco yo soy Rufino,
sino su lacayo Orfeo.

GERARDO. ¿Que tal oigo? ¿Que tal veo?
De más perdón eres digno.
De nuevo te doy los brazos
y nuestra amistad confirmo.

PINABELO. Firma paces.

GERARDO. Paces firmo
en el papel de tus brazos.

GOBERNAD. Contadme lo que ha pasado.

LAVINIO. Hay de fiesta y de tragedia.

PINABELO. Aquí acaba la comedia
del *Enemigo engañado*.

COMEDIA FAMOSA

DE

LOS ENEMIGOS EN CASA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DOÑA ISABEL.
DON VASCO.
Un PORTERO *de cabildo.*
HONORIO.
DON PEDRO.
DON FERNANDO.
CELIO, } *pajes.*
OTÁÑEZ, }
MENDO. }
El MARQUÉS DE CÁDIZ.
DON RODRIGO.
LA MARQUESA.
El ASISTENTE DE SEVILLA.
CARRILLO, *criado.*
Un ESCUDERO.
DOÑA LEONOR.
DON LUIS.
FINARDO.
DON FÉLIX.
ELVIRA, *esclavilla*
Un CAPITÁN.
Un VALENTÓN.
BELARDO.
[CRIADOS.
SOLDADOS.
UN NIÑO.]

ACTO PRIMERO

(*Salen* DON VASCO, HONORIO *y un* PORTERO *de cabildo.*)

HONORIO. ¿Está don Fernando aquí?
PORTERO. Agora en la sala entró.
HONORIO. No hay cosa que tiemble yo,
ni de más disgusto en mí.
VASCO. Ten paciencia, que no es justo
que aquí entiendan tu pesar.
HONORIO. Creo que me ha de causar
el verlos tanto disgusto,
que el oficio he de vender
y salir de este cuidado.
VASCO. En eso vas engañado;
porque en dejando de ser
Veinticuatro en la ciudad,
tus enemigos esfuerzas;
y dar al contrario fuerzas,
amigos y autoridad,
¿quién lo tendrá por cordura?
HONORIO. Tomad, portero, la espada.
VASCO. Tomad ésta.
HONORIO. Si envainada
la viera en él, por ventura
que la ciñera mejor.
VASCO. Quien no disimula y sabe
cerrar su enojo con llave
para la ocasión mejor,
perderáse de ignorante.
HONORIO. Estos bandos heredé.
VASCO. El vuestro mi padre fué,
y tengo siempre delante
el odio y enemistad
que a este linaje tenía;
pero, sin perder la mía,
quitarle la autoridad
tuve siempre a discreción.
Entrad y disimulemos,
que antes de mucho tendremos
tiempo, lugar y ocasión.

(*Váyanse, y salgan* DON FÉLIX *y* CARRILLO, *su criado.*)

FÉLIX. ¿Entró mi padre, portero,
en el Cabildo?
PORTERO. Ya entró.
FÉLIX. No saldrán tan presto.
PORTERO. No.
FÉLIX. Pierdo la ocasión si espero.
CARRILLO. Después le podrás hablar;
mira que salir quería
doña Isabel.
FÉLIX. ¡Qué porfía
de amor, que me ha de matar!
Amo, Carrillo, la hija
de un hombre que, por ultraje
del honor de mi linaje,
no hay cosa que más le aflija
que verme lucir a mí;
tanto a mi padre aborrece.
Mira tú que le merece
quererla y amarla (1) ansí,
o como, cuando beber

(1) En el original, "quererle y amarle".

mi propia sangre quisiera,
me dará la suya.

CARRILLO. Espera
milagros que suele hacer
el tiempo en desconfianzas,
que dicen que la fortuna
nunca miente en cosa alguna
mejor que en las esperanzas.

FÉLIX. Pues ¿puede ser que estos bandos
del padre de mi Isabel,
tan ciego, airado y cruel,
y los Atienzas y Ovandos
puedan cesar algún día?

CARRILLO. ¿Son piedras los hombres?

FÉLIX. No;
pero conózcome yo
y amor la desdicha mía;
que entre un millón de mujeres
que en esta ciudad miré,
de esta sola me agradé.

CARRILLO. Si fué tu estrella, ¿qué quieres?
Ya sabes tú que el amor
no es elección ni consiente
fuerza, porque es accidente.

FÉLIX. Mi muerte fuera mejor.
Pero retírate aquí,
que del Cabildo ha salido
don Fernando.

(*Salen* DON FERNANDO *y* DON PEDRO, *Veinticuatro.*)

CARRILLO. ¡Y qué perdido
de color!

FÉLIX. ¿De color?

CARRILLO. Sí.
Y con él viene también
el Veinticuatro, su hermano.

FÉLIX. ¿Si han reñido?

CARRILLO. Ten por llano
que no han salido por bien.

FERNANDO.

Dadme esa espada, Ojeda, que os prometo
que el que mandó que aquí sin ella entrasen
no era poco repúblico y discreto.

PEDRO.

Dadme la mía a mí.

FÉLIX.

(Que éstos dejasen
el Cabildo a tal hora...

CARRILLO.

No es sin causa.)

FERNANDO.

¡Que tales cosas a mis ojos pasen!

PEDRO.

La necedad su atrevimiento causa;
que ¡vive Dios!...

FERNANDO.

¡Espada no tuviera!

PEDRO.

Con qué fingida risa, con qué pausa
el sombrero os quitó.

FERNANDO.

No se pudiera
juzgar si le quitó, pues sólo un dedo
le levantó, cual si celada fuera.
No me pude sufrir ni estarme quedo;
los guantes me quité de las airadas
manos, que detener apenas puedo.
Echélos en el suelo y dos patadas
les di con tal furor, que vi en algunos

(*Salen* HONORIO *y* DON VASCO.)

mudar color.

HONORIO.

Pidamos las espadas.

VASCO.

Estuvieron los Cerdas importunos
en no dejarnos ir.

FÉLIX.

(Mi padre es éste.)

HONORIO.

Cuidado ha sido no salir ningunos.

PEDRO.

Las espadas se ciñen.

FERNANDO.

Aunque cueste
mil vidas, he de hablarlos. Llega, hermano,
y mi casa y quietud paciencia preste.

PEDRO.

¿Es término, señores, cortesano
no levantar dos dedos el sombrero?
¿Pone la voluntad plomo en la mano?
¿Habemos de buscar un relojero
que levante esas pesas que ha bajado
la calidad, que no subió el dinero?

HONORIO.

(¿Ha hablado con nosotros, o pensado
que habla con los necios sus iguales?

VASCO.

¿Cuándo este necio fué más bien hablado?)

HONORIO.

¿Sabéis que con los hombres principales
se ha de hablar con respeto, mayormente
los que con ellos son tan desiguales?

VASCO.

Quitar la gorra a tan humilde gente
no conviene a tan nobles caballeros.

FERNANDO.

El que dijere que me iguala, miente.

VASCO.

Responden al agravio los aceros.

CARRILLO.

(Saca la espada.

FÉLIX.

No podré, Carrillo,
que es padre de mi bien, si éste es mi padre.)

(*En comenzando a reñir, dos a dos, salga el* MARQUÉS DE CÁDIZ *y el* ASISTENTE, *y gente.*)

MARQUÉS.

Ténganse, caballeros.

ASISTENTE.

¡Fuera! ¡Ténganse!

MARQUÉS.

¡Ténganse, digo!

HONORIO.

Cuando no bastara
la del Marqués, tu autoridad sobrara.

ASISTENTE.

Muestren las armas.

FERNANDO.

Estas son las mías.

ASISTENTE.

Si no bastare para dar remedio
a tanta enemistad a tales bandos
que tiene la ciudad para perderse
el castigo que hiciere de mi parte,
al Rey escribiré que lo remedie.

MARQUÉS.

Por vida mía, que pues ha llegado
ocasión en que yo, si yo merezco
que me hagan merced estos señores,
esté presente a sus enojos y iras,
que el señor Asistente por bien tenga
que trate de las paces y interponga
mi autoridad para que todo cese
y se trate de tales amistades,
que duren desde aquí por mil edades.

ASISTENTE.

Si a vuestra señoría le parece
que los podrá quietar y ellos conocen
la merced que les hace, con deseo
de su quietud remitiré la causa
a su juicio y dejaré en sus manos
lo que me toca a mí.

MARQUÉS.

Pues yo os suplico
no haya prisión aquí ni se dé cuenta
al Rey de ningún modo, que yo quiero
que corra por la mía.

HONORIO.

Cualquier cosa
que a mi hermano y a mí sobre este caso
mande el señor Marqués, obedecemos.

FERNANDO.

Y nosotros lo mismo respondemos.

MARQUÉS.

Pues denme la palabra, caballeros,
de ser amigos y dejar los bandos,
casando, para ser todos parientes,
las hijas y los hijos del linaje
en llegando ocasión, que esto es servicio
de Dios, a que vivimos obligados;
al Rey, que estos oficios les confía
de la ciudad cuyo gobierno tienen,
siendo cual es, cualquiera de los cuatro,
en su noble Cabildo Veinticuatro.

PEDRO.

Yo digo que la doy.

FERNANDO.

Y yo lo mismo.

HONORIO.

Yo también por los dos.

MARQUÉS.

Dense los brazos.

ASISTENTE.

Dad a estos caballeros las espadas,
y adviertan que me han dado esta palabra,
y que la pediré como soldado
y Capitán del Rey en campo armado.

MARQUÉS. (1)

Vénganse con nosotros don Fernando
y don Pedro.

FERNANDO.

Verá el Marqués que he sido
el mayor servidor de su apellido.

MARQUÉS.

Todos son caballeros principales,
y harán como quien son.

VASCO.

¡Buenos quedamos!

HONORIO.

Pues ¿qué habemos perdido?

VASCO.

Y ¿qué ganamos
quedando, por lo menos, desmentidos?

HONORIO.

Miraras eso tú cuando prendernos
el Asistente quiso.

VASCO.

Mejor fuera
que en una torre presos nos pusiera.

HONORIO.

Ya es hecho; ya hemos dado la palabra.

VASCO.

Que no hay palabra si hay agravio.

CARRILLO.

(Llega,
que yo sé que tu padre te había visto
antes de la pendencia.

FÉLIX.

Voy contento
a darle el parabién de ser amigos,
que era mi muerte el verlos enemigos.)

El contento que me ha dado
ver que de tantos enojos
haya la causa cesado,
remite el alma a los ojos,
donde le traigo cifrado.
Quiero dar el parabién,
después de vos, padre mío,
a mi buen tío también.

VASCO. A ser padre, como tío,
yo te respondiera bien.

FÉLIX. Pues ¿de qué estáis ofendido?

VASCO. ¿Tan pequeña ofensa ha sido
ver a tu padre en la mano
la espada contra un villano,
afrentado y desmentido,
y hallándote en la quistión
tener la tuya envainada?

FÉLIX. No tenéis, señor, razón;
que no estuviera mi espada
cobarde en esta ocasión
si desiguales os viera;
pero estando dos a dos,
pienso que agravio os hiciera.

HONORIO. ¡Buena disculpa, por Dios,
si yo su lacayo fuera!
Cuando de un padre la vida
a peligro suele estar
y la honra está ofendida,
el que es hijo ¿ha de mirar
con cuál espada se mida?
Si se hallare alguna historia
desde el principio del mundo
que de esto deje memoria,
yo seré el padre segundo
de un hijo de tanta gloria.
¡Con qué cortés invención
disfraza la cobardía!
Pienso que en esta ocasión
dudosa hacerme quería
de su madre la opinión;
que hijo que con la espada
mira riñendo a su padre
y se la tiene envainada,
sospechas pone en su madre.

FÉLIX. ¡Señor!...

HONORIO. No respondas nada.
Si tú mi sangre tuvieras,
¿no se te alterara allí?

FÉLIX. No pienso que hablas de veras.

VASCO. Pues ¿qué ha de decir de ti?
¿Por qué no te vas? ¿Qué esperas?
¿Disculpa le quieres dar?

HONORIO. Vete, cobarde, y no sólo
de este famoso lugar;
destiérrate al otro polo,

(1) En la 1.ª edición de Madrid, es el mismo ASISTENTE quien dice este verso y el siguiente.

infama el agua del mar,
pues, cuando montes excede,
no cubre infamia tan vil.

VASCO. Bien habéis dicho; no quede
un mancebo tan gentil
adonde afrentarnos puede,
pues lo ha de hacer otro día
con otra igual valentía.

HONORIO. Si a mi casa vuelves más,
en este acero verás
que no es tu sangre la mía.
Enviárate a Granada;
pero no es para la guerra
quien en la defensa honrada
de su padre, y en su tierra,
no sabe sacar la espada.
Vete en casa de un amigo,
y este tu criado, igual
en pensamientos contigo,
pues también, como leal,
me dejó con mi enemigo,
te llevará, con que luego
te vayas donde quisieres.

FÉLIX. Señor, que me oigas te ruego.

VASCO. ¿Que te escuche un padre quieres
de tan justo enojo ciego?
¡Vete de aquí!

FÉLIX. Pues no puedo
daros disculpa, yo voy
donde mandáis.

HONORIO. ¡Lindo miedo!—
¿Carrillo?

CARRILLO. ¿Señor?

HONORIO. Estoy...

CARRILLO. (Para mi muerte me quedo.)

HONORIO. Estoy de suerte...

CARRILLO. No sé
cómo disculpa te dé...

HONORIO. Ven acá, así Dios te guarde.
¿Es este mozo cobarde?

CARRILLO. Cobarde, si el Cid lo fué.

HONORIO. ¿Ha tenido por ahí
alguna quistión?

CARRILLO. Señor,
no ha tres noches que le vi
con tan gallardo valor,
si tengo crédito en ti,
que con espada y broquel,
con lindo despejo y talle,
como otro don Manuel,
echó de toda una calle
seis hombres.

VASCO. Y diez con él.

CARRILLO. No estaba sino a su lado
un buen hijo, un hombre honrado,
que por su parte ayudó.

HONORIO. Y ¿quién era ese hombre?

CARRILLO. Yo.

VASCO. ¡Qué buen testigo!

HONORIO. ¡Extremado!

VASCO. Ellos debieron de huír.

CARRILLO. Eso no puedo sufrir,
señor don Vasco, y ¡por Dios!
que los dos con otros dos,
y aun dos mil, pueden reñir.

VASCO. Pues ¿cómo en esta ocasión,
la más justa y más honrada,
don Félix vió la quistión
puesta en la vaina la espada?

CARRILLO. Por una negra afición.
Bien sé que en esto hago mal
y que callar es mejor;
pero no es ser desleal
recuperar el honor
de un hombre tan principal.
Don Félix, señor, adora
la hija de tu enemigo,
que es una hermosa señora;
helóse en verle contigo
sacada la espada agora.
Verdad es que si durara
la pendencia la sacara;
mas como el Marqués llegó,
a su suegro le guardó,
como a su padre, la cara.

HONORIO. ¿Cómo a su suegro? ¿Es casado?

CARRILLO. No, señor.

VASCO. ¿Halo tratado?

CARRILLO. Tampoco.

HONORIO. Pues ¿qué pretende?

CARRILLO. Tratarlo, si no te ofende,
y amigos habéis quedado.

VASCO. Déjame hacer esto a mí.

HONORIO. Pues en esto ¿qué has de hacer?

VASCO. Oyeme en secreto.

HONORIO. Di.

CARRILLO. Poco se puede perder
en haberlo dicho aquí;
que las amistades hechas
de enojos y pesadumbres
cesan todas las sospechas
y las difíciles cumbres
de este imposible deshechas.
Cesen bandos, haya paz;

Amor, amistades haz;
parará la guerra en bodas
si a parentesco acomodas
un odio tan pertinaz.
Sin duda que esta quistión
ha sido para más bien.

HONORIO. ¡Extraña resolución!

VASCO. No hay en el mundo quien
pueda ofender tu opinión
haciendo lo que te digo.

HONORIO. ¿Carrillo?

CARRILLO. ¿Señor?

HONORIO. Escucha.
¿Cuál es el mayor amigo
de Félix?

CARRILLO. O es grande o mucha
la amistad de don Rodrigo.
Si es para buscalle, allí
sé yo, sin duda, que está.

HONORIO. Estas palabras le di:
"Tu padre hizo paces ya
con los contrarios aquí;
y para fortalecer
el concierto, por mujer
a doña Isabel te dan,
que sólo aguardando están
a que firmes un poder;
que no quiere que al efeto
del desposorio secreto
estés presente."

CARRILLO. Yo iré,
y albricias le pediré.

HONORIO. Carrillo, tú eres discreto;
no tengo que te advertir.
Dado el poder, irse puede;
que cuando haya de venir
haré que avisado quede
para que pueda partir
con galas de desposado
como hijo de quien es.

(*Váyase.*)

CARRILLO. Hoy a tu linaje has dado
nuevo valor.

VASCO. Esto es
venganza de un pecho honrado.

HONORIO. ¿Quién se casará con ella?

VASCO. Yo; y, llevándola a mi casa,
verás cómo vengo en ella
la cólera que me abrasa,
y que es de Troya centella.
No se habrán hombres vengado
por tan estrecho camino.
A eso voy determinado.

HONORIO. Es el honor desatino
en el corazón airado.

(*Salen* DOÑA ISABEL *y* LEONOR, *en una huerta.*)

ISABEL. ¿Hay alguno que nos vea?

LEONOR. Las yedras y los jazmines
con que estos frescos jardines
la primavera hermosea.

ISABEL. ¿Podré sacar el papel?

LEONOR. Aquí segura podrás,
que hay una mujer no más,
pero está vuelta en laurel.

ISABEL. De eso estoy segura yo;
que en mi vida he sido ingrata
a quien de quererme trata,
y con saber que nació
obligado a aborrecerme
por odio de su linaje.

LEONOR. Advierte que aguarda el paje.

ISABEL. Será responder perderme.
Leo, en fin.

LEONOR. Y yo te escucho.

ISABEL. "Belisa, un padre cruel..."

LEONOR. ¿Qué es Belisa?

ISABEL. Es Isabel;
y no se disfraza mucho,
porque es el nombre a la letra
comenzando por el fin.
Mira otra vez el jardín.

LEONOR. Si algún lince no penetra
las paredes, yo no veo
ojos, sino solas hojas.

ISABEL "Me pone en tantas congojas,
que traigo loco el deseo;
pues si considero el tuyo
lleno de tanto rigor,
trágico fin de mi amor
en sus crueldades arguyo."
¡Ay, Dios! ¿Si quiere dejarme?

LEONOR. No es eso sino sentir
lo que os han de hacer sufrir.

ISABEL. Es imposible casarme,
Leonor, por su voluntad;
que de tales enemigos
no son los libros testigos
ni de esta ni de otra edad.
Aborrécense en extremo
y persíguense envidiosos.

LEONOR. Pasos siento.

ISABEL. Los celosos

de mi padre, Leonor, temo.
Toma, y esconde el papel.

LEONOR. Si es él, me le trago entero.

(*Salen* DON FÉLIX *y* DON RODRIGO.)

FÉLIX. En fin, despedirme quiero
de mi querida Isabel,
y a la guerra que en Granada
tiene el Rey irme a probar
si sé, por dicha, sacar
entre enemigos la espada.

RODRIGO. No os espantéis de que esté
vuestro padre tan airado.

FÉLIX. Este mi sujeto amado
causa, don Rodrigo, fué
de no acertar a sacar
contra su padre la espada.

RODRIGO. La mano está disculpada.

FÉLIX. No me dejó disculpar.
Mil veces la fuí a poner
en el puño, y otras tantas
me tuvo Amor; ni aun las plantas
quiso dejarme mover.
Mas pienso que si pensara
que mi padre me había visto,
que, aunque quedara malquisto,
contra los dos la sacara.
Del águila, don Rodrigo,
dicen que sus hijos prueba
al sol, y esta misma prueba
hizo mi padre conmigo.
Que el águila, a quien enoja
el no tener certidumbre
si los ofende su lumbre,
de su nido los arroja.
Aguila mi padre ha sido;
sacó la espada, sol fué,
y, como no la miré,
hame arrojado del nido.
Dice que no he de volver
a su casa eternamente.

RODRIGO. Junto aquella hermosa fuente
he visto...

FÉLIX. No hay más que ver.
Esta es mi Isabel, Rodrigo.
Aquí habemos concertado
vernos.

ISABEL. ¿Quién viene a su lado?

LEONOR. Aquel su gallardo amigo,
que no me parece mal.

FÉLIX. ¿Puedo llegar, mi Belisa?

ISABEL. ¿No te lo dice esta risa?

FÉLIX. Dice, aurora celestial,
que sale el sol de tu cielo,
y en su risa y arrebol
veo que trae agua el sol
y mi tempestad recelo.
Pensé venir a tus ojos
para descansar contigo
de lo que pasó conmigo,
y fué para darte enojos,
pues vengo a notificarte
mi ausencia.

ISABEL. Pues ¿vaste?

FÉLIX. Sí,
aunque no me voy de ti,
que sólo el cuerpo se parte.

ISABEL. ¿Búrlaste?

FÉLIX. Pesadas son
burlas de ausencia entre amantes.

ISABEL. Pues ¿qué causas hay bastantes?

FÉLIX. Oye, mi bien, la ocasión.
A la puerta del Cabildo
llegué a buscar a mi padre,
cuando vi salir el tuyo,
que Dios muchos años guarde.
Salió don Pedro, tu tío,
con él; retiréme aparte;
ciñéronse las espadas
sin advertir en mirarme.
Mi padre y su hermano luego
salieron por otra parte;
las suyas también se ciñen,
mirándome sin hablarme.
Los cuatro, en fin, hablan, riñen,
porque no quiero cansarte
en decirte las palabras,
pues que ya sus bandos sabes.
No puse mano a la espada
por respeto de tu padre,
o por amor que te tengo,
que hace el amor respetarse.
Salió presto el Asistente,
y, con el Marqués de Cádiz,
los cuatro hicieron amigos,
digo, firmaron las paces:
que tengo por más posible,
que hacer estas amistades,
los lobos y los corderos
en un redil albergarse;
vivir en un nido juntos
los pescados y las aves,
y en un álamo, de noche,
las alondras y alcotanes;

dos soberbios o envidiosos,
dos profesores de un arte,
un necio con un discreto,
que es imposible juntarse.
Fuéronse todos, y, en fin,
quedando, sólo a matarme,
don Vasco y mi padre fiero;
pues apenas quise hablalle
cuando me dijo: "¿Aquí vienes,
villano, cruel, infame;
hombre que pone sospecha
en la lealtad de tu madre,
pues sacando yo la espada
no se te alteró la sangre?
Vete de mi casa luego;
no entres en ella, cobarde."
Fuíme por no le decir
una disculpa tan grande
como era tenerte yo
por alma, y que el alma hace
oficio de presidente,
que los oficios reparte
a potencias y sentidos,
y que, queriendo arrojarme,
me llegó un recado tuyo
que me dijo que templase
las leyes del nacimiento
con las del amor, que trae
desde el principio del mundo
origen tan admirable,
que dijo Dios que podía
dejar su padre y su madre
el hombre por la mujer,
porque es carne de su carne.
Dejé a mi padre por ti,
y agora es fuerza dejarte
por mí, que, yendo a Granada,
satisfación quiero darles
de que soy hombre que puedo
sacar la espada y matarme,
porque sólo para eso
será mi ausencia bastante.

ISABEL. ¿Cómo podré responder
a tan grande sinrazón,
pues no hay en el corazón
las fuerzas que he menester?—
¡Ah, mi señor don Rodrigo,
llegaos acá, que bien puedo
atropellar cualquier miedo!

RODRIGO. Soy de don Félix amigo
y muy vuestro servidor.

ISABEL. Don Félix se va a Granada
porque quiere más su espada
que cuanto vale mi honor.
¿Paréceos que puede ser
amor este desatino?

RODRIGO. Ya le digo que es camino
en que más puede perder
que aventurar a ganar.
Que si es dar satisfación
a su padre, no es razón,
pues él no puede agraviar,
ni el juez con lengua o vara,
ni con jineta el soldado,
ni con la lengua el airado
padre, porque todo pára
en debida autoridad
y en propia naturaleza.

FÉLIX. Cuando por vuestra nobleza
disculpáis mi necedad,
¿dónde tengo de vivir?

RODRIGO. En mi casa retirado,
que soy un amigo honrado
que en ella os sabré servir,
y que pretendo la gracia
de Leonor, que guarde Dios,
si emparentamos los dos
por fin de tanta desgracia.

LEONOR. ¡Ay, don Félix! ¿Dónde os vais?
Si por dar satisfación
de valiente, no es razón;
mirad que en Sevilla estáis;
matad dos hombres o tres;
no busquéis moros allá.

(*Sale* CARRILLO.)

CARRILLO. ¿Y don Félix?

ISABEL. Aquí está.

CARRILLO. ¡Señor del alma!

FÉLIX. ¿Quién es?

CARRILLO. Carrillo soy, pesia a mí,
que puedo serlo en la cara
de la hermosura más rara.
¡Albricias!

FÉLIX. La causa di.

CARRILLO. Las paces se han confirmado
con casaros a los dos.

FÉLIX. ¿A quién?

CARRILLO. ¡Qué lindo, por Dios!
A Isabel con un letrado
y a ti con una irlandesa.

RODRIGO. Mira que con Isabel
te casan.

FÉLIX. ¿Tan de tropel

mi airada fortuna cesa?
Carrillo, ¿es esto verdad?

CARRILLO. Y que vengo a que me des
un poder, porque a las tres,
tú ausente, y en la ciudad, (1)
han de quedar desposados
don Vasco y este ángel bello.

FÉLIX. ¿Ella con él?

RODRIGO. De un cabello
cuelgan de amor los cuidados:
don Vasco, con tu poder,
se ha de desposar por ti.

FÉLIX. ¿Queda concertado así?

CARRILLO. Acaba ya de temer,
que es vergüenza tanto miedo.

LEONOR. Mi padre y don Pedro.

ISABEL. ¡Ay, Dios!

CARRILLO. Por aquí salid los dos.

FÉLIX. ¡Que aun despedirme no puedo!
Doite el alma desde aquí.

ISABEL. ¿Luego nunca me la has dado?

FÉLIX. Es otra alma que he engendrado
después de la que te di.

(*Vanse. Salen* DON FERNANDO *y* DON PEDRO.)

FERNANDO.

Aquí pienso que están.

PEDRO.

Sobrina mía,
yo he de ganar albricias; pero quiero
que no disimuléis, porque sería
dilataros el bien.

ISABEL.

La causa espero.

PEDRO.

De nuestras amistades llegó el día.
Vuestro padre, Isabel, es caballero;
dió la palabra a un príncipe, ya es hecho;
limpiado habemos de pasión el pecho.
Vos sois la oliva de estas paces; tanto,
que hoy con don Félix quedaréis casada.

ISABEL.

Sólo, señor, respondo que me espanto
de ver paz tan dudosa confirmada.

FERNANDO.

Porque después se regocije cuanto
es digno a nuestras prendas, hija amada,
hoy por poder os desposáis.

ISABEL.

Mi celo
miró en tus paces el Autor del Cielo.

FERNANDO.

Sólo falta, Leonor, tu casamiento.

LEONOR.

Aun agora, señor, es muy temprano.

FERNANDO.

No faltará ocasión si el fundamento
son estas paces, en que tanto gano.

PEDRO.

Pide el coche, sobrina, y al momento
vuelve a tu casa.

ISABEL.

¡El Cielo soberano
os confirme en las paces comenzadas!

FERNANDO.

¡Hoy envainan tus bodas mil espadas!

(*Váyanse, y salgan el* MARQUÉS DE CÁDIZ *y la* MARQUESA DOÑA JUANA *y* CRIADOS.)

MARQUÉS. Fueron, Marquesa, tan fuertes
los bandos que os he contado,
que en la ciudad han causado
mil escándalos y muertes.
Dicen que origen tuvieron,
para que durasen tanto,
de unos hidalgos que al santo
Fernando entonces sirvieron
conquistando esta ciudad,
y que, haciéndoles favor
sobre ambiciones de honor
y oficios de autoridad,
hicieron mil desafíos,
en que murieron algunos,
cuyos hijos importunos
heredando sangre y bríos,
han continuado de suerte
que apenas se pasa el mes
sin heridos dos o tres,
y, por dicha, alguna muerte.
Fuí a Cabildo, y quiso Dios
que en el mismo se apuntasen
y que, en saliendo, sacasen
las espadas, dos a dos,
los que las cabezas son

(1) Este verso y el anterior parecen equivocados, pues no forman claro sentido.

y más ricos y enemigos.
Al fin, yo los hice amigos,
con que estorbé su prisión;
quedaron apaciguados,
y, a lo que se vió, contentos,
y para hacer casamientos
y emparentar concertados,
que en esto la paz estriba;
y hase trazado de modo,
que hoy queda en silencio todo,
si no es que cubierta viva
alguna oculta centella
en las cenizas del pecho.
El casamiento se ha hecho
de una gallarda doncella,
hija de aquel don Fernando,
y don Félix, un mancebo
que fuera Narciso nuevo
si se estuviera mirando.
Este es el hijo de Honorio;
pienso que le conocéis.

JUANA. Servicio a Dios habéis hecho
y a la ciudad muy notorio,
a quien estos bandos tienen
en tal peligro.

MARQUÉS. He sabido
que está todo apercebido,
y el desposorio previenen
para esta noche, que ha dado
el don Félix su poder
para que se pueda hacer
presto y con menos cuidado.
Desposaráse con ella
don Vasco, del Félix tío,
y porque es amigo mío
el padre de la doncella,
vos y yo somos padrinos;
hacedme gusto que vais.

JUANA. Si vos de por medio estáis,
cesarán los desatinos,
y más ya tan confirmadas
las paces con casamiento.

MARQUÉS. El bien de esta gente intento,
y que las cosas pasadas
en silencio se sepulten.

JUANA. ¡Quiera Dios que sea bastante
para que de aquí adelante
secretos odios se oculten!

MARQUÉS. Toda su quietud y honor
consiste en el casamiento.

JUANA. De grande aborrecimiento
suele nacer grande amor.

(*Salen* DON VASCO *y* DON FÉLIX.)

VASCO.
Esto pasaba entre esta infame gente.

FÉLIX.
Pues vuélveme el poder si no aprovecha.

VASCO.
Tu padre le tomó, y allá le tiene,
y aun pienso que le ha dado a tu enemigo.

FÉLIX.
¿Que se volviese atrás de su palabra?

VASCO.
Dicen que te casaba con Teodora,
hija suya bastarda, y que no era
doña Isabel.

FÉLIX.
¡Extraña desventura!
¡Cuán poco el bien en desdichados dura!

VASCO.
Helado me quedé cuando me dijo
que tomase la mano de Teodora,
y desde aquí me está temblando agora.

FÉLIX.
¿La mano de Teodora? ¿Estaba loco?
¿Mi amor y calidad tiene en tan poco?

VASCO.
En tan poco los tiene, como digo.

FÉLIX.
¡Qué poco hay que fiar del enemigo!

VASCO.
Por lo que sucediere, Félix mío,
revoca aquel poder.

FÉLIX.
¡Yo le revoco
de mi desdicha muerto, de amor loco!
Tan enseñado a males he vivido
que no pensé jamás que me quedara
alguno que sentir.

(*Sale* CARRILLO.)

CARRILLO.
Un escribano
me pregunta por ti.

VASCO.
Parte, don Félix,
y revoca el poder.

FÉLIX.

Voy de tal suerte,
que revocara el ser, si ser pudiera,
y el autor de mi ser no se ofendiera.

CARRILLO.

¿Qué tenemos?

FÉLIX.

Ya es nada el casamiento.

CARRILLO.

¿De qué manera?

FÉLIX.

Dícenme que agora
me daba don Fernando una Teodora.

CARRILLO.

¿Quién es Teodora?

FÉLIX.

Cierta bastardilla
de una mujer que es fábula en Sevilla.

VASCO.

(¡Qué bien se va trazando mi venganza!)

(*Sale* DON FERNANDO.)

FERNANDO.

¿Adónde está don Félix?

VASCO.

¿No le viste?
Ya revoca el poder.

FERNANDO.

¡Qué bien hiciste!

VASCO.

Revocado el poder, haré esta noche
el desposorio, y llevaré en un coche
la novia, con gran fiesta, a mi posada,
donde hasta la mañana esté guardada.
Por la mañana, dos caballos toma
y a don Félix a Córdoba te lleva,
para que yo le vuelva a don Fernando
su hija y revocado el poder.

FERNANDO.

Creo
que no se ha imaginado tal venganza.

VASCO.

Si culpan a don Félix decir puedes
que supo que era gente mal nacida.
Dará al Marqués esta disculpa y luego
correrá por Sevilla su bajeza,
y tú, satisfaciendo a tanto agravio,
te vengarás sin sangre, como sabio.

FERNANDO.

Vamos a ver si el escribano acaba,
que pienso que la novia te esperaba.

VASCO.

Con la revocación dentro del pecho
que hace, sin pensar en este engaño,
creyendo que a Teodora darle quiso,
con Isabel me casaré esta noche,
y no de otra manera.

FERNANDO.

Bien has dicho.

VASCO.

Yo quiero caminar a lo seguro.

FERNANDO.

Y yo vengarme hasta morir procuro.

(*Salen* LEONOR *y* DOÑA ISABEL.)

ISABEL. ¿Vengo buena?

LEONOR. A mi contento,
así lo viniera yo,
pues que don Rodrigo habló
contigo en mi casamiento.

ISABEL. Déjame tú desposar
con don Félix de mis ojos,
que le daré mil enojos
hasta venirte a casar;
que él, como su grande amigo,
solicitará el deseo
de tu Rodrigo, que creo
que mueres por don Rodrigo.

LEONOR. Si una vez te ves allá
en el reino de tu amor,
sin memoria del temor
con que me dejas acá,
segura estoy que mi nombre
aun apenas se te acuerde.

(*Sale un* ESCUDERO.)

ESCUDERO. Puesto que estoy algo verde,
no tan mozo y gentil hombre
como me quisiera hallar
para alegrar esta boda...

ISABEL. ¿Qué hay, Trigueros?

ESCUDERO. Que ya toda
viertes oloroso azahar,

y que estás hecha una tienda
de guantes de ámbar y flores.

ISABEL. ¿Ya vos me decís amores?

ESCUDERO. Mientras que viene tu prenda.

ISABEL. ¿No veis que el señor don Vasco
se desposa por poder?

ESCUDERO. En mi vida pude ver
este don Vasco y don asco.
Pues don Félix, ¿dónde está,
que me daba lindo escudo?

ISABEL. Venir agora no pudo;
pero mañana vendrá.

LEONOR. Los Marqueses han venido;
tu padre viene con ellos.

ISABEL. ¿Están bien estos cabellos?

LEONOR. Como un sol.

ISABEL. ¿Y este vestido?

LEONOR. No tienes que preguntar.

(*Salen con acompañamiento los* MARQUESES *y* DON FERNANDO *y* DON PEDRO.)

FERNANDO. Era, aunque fuera muy rica,
a tales huéspedes chica.

ISABEL. Dadme esos pies a besar.

MARQUÉS. Alzaos, señora, del suelo,
pues sois la paz de esta guerra,
que no ha de estar en la tierra
prenda que viene del Cielo.

ISABEL. ¡Al Cielo me levantáis,
señor, con tanto favor!

JUANA. Celos tengo del amor
que a doña Isabel mostráis;
mas no dejaré por eso
de darle un gran parabién.

ISABEL. Con vuestro amparo mi bien
se aumenta con mucho exceso.

ESCUDERO. Don Vasco ha llegado ya.

PEDRO. Haced plaza al desposado.

(*Salen* DON VASCO *y* HONORIO.)

MARQUÉS. Vos seáis muy bien llegado.

VASCO. ¿Tanto bien estaba acá?
Parece que me turbé
no siendo yo el desposado;
mas del poder que me han dado
la necedad heredé.

HONORIO. La novia es tal, que podría
hacer mayores efetos.

ISABEL. Padre y tío tan discretos
suplen la ignorancia mía.

FERNANDO. Por muchos años y buenos
vengáis, Honorio, a mi casa,
ya vuestra, pues hoy se pasa
tan buen dueño, por lo menos,
a ella para mi bien.

HONORIO. Del que yo gano, Fernando,
cuantos me ven me están dando
con envidia el parabién.

ESCUDERO. El Cura aguarda, señor.

MARQUÉS. Pues, señores, ¿qué aguardamos?

JUANA. Dadme vos la mano, y vamos.

ISABEL. Para besarla es favor.

(*Vanse, y salen en hábito de noche* DON RODRIGO *y* DON FÉLIX *y* CARRILLO.)

RODRIGO. Nunca con tanta razón
broqueles hemos traído.

FÉLIX. De miedo y armas cargados
a ver un ángel venimos.

RODRIGO. ¿Piensas que podrás hablar
si aquesta noche ha sabido
que te engañaba su padre
y no la casa contigo?

CARRILLO. Antes, por esa razón,
no habrá ventana o resquicio
por donde no intente hablarte,
para saber lo que ha sido
y para tener consuelo.

FÉLIX. Dice la verdad Carrillo.
¡Oh, fementido Fernando!,
¿tú eres hombre bien nacido?
¿Ansí cumples la palabra
dada a mi padre, a mi tío,
al Asistente, al Marqués,
a Sevilla, a su Cabildo,
a doña Isabel, a mí,
a tu amor, al Cielo mismo?
¡No puedo disimular!
¿Qué haremos, que estoy perdido?

RODRIGO. No sé lo que te aconseje.

FÉLIX. ¡Por vida de don Rodrigo
que lleguemos a la puerta!

RODRIGO. Si éstos están prevenidos
no excusamos pesadumbre.

CARRILLO. ¿Pesadumbre? ¡Oh, qué lindico!
¿No ven que vengo aquí yo
con cuatro dedos de vino?
Déjenme reconocer.

FÉLIX. Llega a este muro divino,
llega a estas almenas de oro.

CARRILLO. ¡Qué temerario ruïdo!

FÉLIX. ¿Es de armas?

CARRILLO. Antes parece
de fiesta y de regocijo.

RODRIGO. ¿Fiesta y regocijo?
CARRILLO. Sí.
FÉLIX. Este borracho ha bebido
algún vino glorioso.
RODRIGO. Dice verdad, ¡por Dios vivo!
FÉLIX. Cantando están. No lo entiendo.
RODRIGO. Gente sale.
FÉLIX. ¿Qué habrá sido?

(*Salen el* ESCUDERO, *que ha bebido, y unos pajes,* CELIO, MENDO, OTÁÑEZ.)

ESCUDERO. ¡Fuera, pícaros! ¿Qué es esto?
OTÁÑEZ. Trigueros se fué a los trigos.
ESCUDERO. ¿Conmigo burlas? ¡Afuera!
CELIO. Dale, Mendo.
ESCUDERO. ¡Ah, picarillos!
MENDO. Juguemos al abejón.
ESCUDERO. Sí; pero esténse queditos.
CELIO. Ea, pues, póngase en medio.
ESCUDERO. Miren, señores, que aviso.
OTÁÑEZ. Ponle el pie por esa parte
yo por esta...
ESCUDERO. Ya les digo
que doy a todo cristiano
y que con todos me tiro.
CELIO. Cayó en tierra.
ESCUDERO. Muerto soy.
FÉLIX. ¡Ah, hidalgos! ¡Ah, reyes míos!
¿Qué fiestas hacen en casa?
¿Es por dicha algún bautismo?
OTÁÑEZ. Sábelo todo Sevilla,
y vos solo, peregrino,
¿no sabéis que han hecho paces
aquellos bandos antiguos
de los Atienzas y Ovandos
y que es don Félix marido
de doña Isabel, mi ama?
FÉLIX. Don Félix, señores, quiso;
pero don Fernando, no.
OTÁÑEZ. ¿Cómo no, si habemos visto
los desposorios agora?
FÉLIX. ¿De quién?
OTÁÑEZ. Don Vasco, su tío,
con ella se ha desposado,
y han sido sus dos padrinos
los dos Marqueses de Cádiz.
CELIO. ¡Hola! ¡Aho! ¿Estáis dormido?
Asele tú de esa pierna,
que, si yo de ésta le tiro,
le hemos de hacer carretón
de los que amuelan cuchillos.
ESCUDERO. ¡Ah, traidores! En cangrejo
un hombre habéis convertido.
OTÁÑEZ. ¿Hay cuchillos a amolar?
ESCUDERO. El braguero me han rompido.
FÉLIX. Don Rodrigo, ¿qué es aquesto?
RODRIGO. Que tu tío te ha mentido,
o, revocado el poder,
volvieron a ser amigos
y se ha vuelto a desposar.
FÉLIX. ¿Son los que salen los mismos?

(*Toda la boda salga, y los* MARQUESES.)

JUANA. No os habemos de dejar
la novia, que concluído
ha de quedar esta noche.
FERNANDO. Yo he cumplido lo que he dicho.
MARQUÉS. Doña Isabel ha de ser
de don Félix su marido
por nuestra mano esta noche.
FERNANDO. Yo obedezco y no replico.
JUANA. A su casa se la llevo,
que es de la madrina oficio,
y dure un siglo la paz.
FÉLIX. (¿No escuchastes lo que dijo?
RODRIGO. ¿Qué hay que escuchar? A tu casa,
y desposada contigo,
llevan a doña Isabel.
FÉLIX. Yo he de perder el sentido.
¿Están en el coche ya?
Mírale presto, Carrillo.
CARRILLO. Ya suben. ¿De qué te espantas?
FÉLIX. De que no pierdo el juicio.
Echemos por esta calle.
RODRIGO. ¿Aún temes?
FÉLIX. Pues ¿no hay peligro?
RODRIGO. Sin enemigos, ¿adónde?
FÉLIX. Desdichas son enemigos.

ACTO SEGUNDO

DE *Los enemigos en casa.*

(*Sale* DOÑA ISABEL.)

ISABEL. ¿A quién habrá sucedido
la desventura que a mí,
pues con tal dicha nací
¡oh, nunca hubiera nacido!
anoche, o perdí el sentido?
Con don Vasco desposada
aquí vine acompañada,
donde don Félix, mi esposo,

me aguardaba cauteloso
y yo le amaba engañada.
Llegué, diéronme aposento,
no me quise desnudar
por más honesta esperar
la luz de mi pensamiento.
Turbóse mi entendimiento,
dando las diez y las doce,
porque quien amor conoce
ya sabe qué es esperar,
y más cuando ha de llegar
la ocasión en que le goce.
Cuando ya sentí la una
dióme en la imaginación
una triste prevención
de mi presente fortuna.
Quedé sin fuerza ninguna
dando las dos y las tres,
y tan sin alma después
que, cuando el alba salía,
de loca, me parecía
que andaba el mundo al revés.
¡Qué de veces acechando
por la llave de la puerta
miraba mi gloria incierta,
ya creyendo, ya dudando!
Tal vez el aire, sonando,
a su voz me parecía;
tal vez sus pasos sentía,
hasta que, por desengaño,
por las puertas de mi engaño
se entró de repente el día.
¡Oh, cruel esposo mío!
¿Estos eran tus deseos?
¿Conmigo tratos tan feos?
¿Con mi amor tanto desvío?
¿Tan presto en hielo tan frío
tu fuego se convirtió?
Si otra mujer te agradó,
¿de qué ha servido engañarme?
Pero quiero reportarme;
él viene, la puerta abrió.

(*Sale* Don Vasco.)

Vasco. Estarás muy admirada
de que tu ingrato marido
no haya esta noche venido,
y de esperarle, cansada.
La primera desposada
sin esposo en ti contemplo.

Isabel. ¡Qué bien mis desdichas templo!
Mas desde que vine aquí
que sería conocí
de desdichadas ejemplo.
A don Félix esperé
hasta que sentí tus pasos,
revolviendo varios casos
con que el deseo engañé.
Hasta agora no acabé
de desengañar mi engaño;
pero, en viéndote, mi daño
es tan cierto, que te nombra
de mi tragedia la sombra
y de mi amor desengaño.
A desposadas dichosas
despiertan música y fiestas,
y, para salir compuestas,
las criadas, codiciosas,
galas ricas y olorosas;
cuadras cubiertas de estrados,
y a mí, en tus pasos airados,
quiere Amor que me despierte
el verdugo de mi muerte
con los cordeles doblados.
¿Qué tienes que me decir,
que revientas por hablar?
Si me vienes a matar,
no me puedo resistir:
supe amar, sabré sufrir;
mas quien amó su enemigo
bien merece este castigo,
porque quien de ellos se fía,
¿qué bien esperar podría
sino el que usasteis conmigo?

Vasco. De mí no debes quejarte,
sino de tu esposo.

Isabel. Yo
aún no sé quién me ofendió.

Vasco. El es el todo y la parte.
Las nuevas que puedo darte
es que cuando supo ayer
que eras para ser mujer
de un caballero tan cierto,
desigual, mudó el concierto
y, al fin, revocó el poder.
Yo, como no lo sabía,
contigo me desposé;
trájete aquí, que pensé
que tu marido sería;
no quiso porque tenía
el poder ya revocado,
por ser, como fué avisado,
que eras, hermosa Isabel,

mal nacida, ¡hecho cruel!,
pero sumamente honrado.
No pudo todo el amor
hacer que se case mal
un hombre tan principal;
venció, en efeto, el honor.
Tú no eres limpia, en rigor.
Anoche quise enviarte
a tu padre, y por no darte
tan presto tal pesadumbre,
aguardé del sol la lumbre.

ISABEL. No puedo, infame, escucharte.
¿Para qué al sol aguardabas
si no ser limpia sabías,
pues con la noche cubrías
lo que en la luz declarabas?
Pero como imaginabas
la invención que habías de hacer,
tiempo hubiste menester,
y toda la noche ha sido,
en que ese mozo perdido
ha revocado el poder.
¡Abreme la puerta luego,
abre, que me muero aquí!
¡Abre de presto, ¡ay de ti!,
que te abrasará mi fuego!

VASCO. Que aguardes tanto te ruego
cuanto el coche pongan.

ISABEL. Mira
que me provocas a ira.
Déjame, que daré voces.

VASCO. Mal, Isabel, me conoces.

ISABEL. ¿Hay tal enredo y mentira?
¿Hay tan extraña invención
como la que habéis pensado?
¡Qué bien os habéis vengado
dando mi amor ocasión!
Trazas de villanos son,
fingida fué el amistad,
todo ha sido falsedad,
todo ha sido trato doble;
mirad si mi padre es noble
en que ha tratado verdad.
¡Abre presto!

VASCO. Este poder
puedes contigo llevar.

ISABEL. Allá sé yo que he de hallar
el poder que he menester.
Burlasteis (1) una mujer,
que en efeto sois mujeres.

VASCO. Muy libre doncella eres.

ISABEL. Porque me casé contigo;
que a ser verdad, enemigo,
yo te hiciera tal afrenta,
que a la que tu sangre intenta
fuera notable castigo.

(*Vanse, y salen* HONORIO *y* DON FÉLIX.)

FÉLIX. ¿Esto se podía usar
con tan nobles caballeros?

HONORIO. ¿Pues a mí me haces fieros?

FÉLIX. Y te quisiera matar.

HONORIO. ¡Villano!

FÉLIX. Nací de ti,
¿cómo no seré villano?

HONORIO. Pienso que afrento la mano
si llego a ponerla en ti.

FÉLIX. Más lo quedará mi cara.

HONORIO. ¿Vienes loco?

FÉLIX. Loco estoy
de ver que sin culpa soy
culpado en maldad tan clara.
Con engaño me habéis hecho
que revocase el poder,
como si en una mujer
fuese un mentís satisfecho.
Mi tío se desposó
habiéndole revocado,
sólo por haber pensado
que ansí su afrenta vengó.
Encerrada la ha tenido
donde, por voces que he dado,
ni del traidor fuí escuchado
ni de mi mujer oído.
Toda la noche pasé
enterneciendo sus rejas,
que, con lágrimas y quejas,
su hierro y piedra ablandé.
Las estrellas celestiales
sus rayos escurecer
vi mil veces, por no ver
un hombre entre tantos males.
Romper intenté las puertas;
mas sosegóme el traidor
con decir que era mi honor
que no estuviesen abiertas.
Con esto la luz del día
de su puerta me quitó;
tardó el sol, mas no tardó
si encerrado le tenía.
Fuíme, y véngote a buscar
para que me des consuelo,

(1) En el texto, "Burlastes".

y en tus entrañas de hielo
no das a mi amor lugar.
Que en vez de venir conmigo
para que me den mi esposa,
dices que es más justa cosa
vengarte de tu enemigo.
¿Véngaste de él o de mí?
Di, ¿con quién eres cruel?
¿Por qué, si te ofendes de él,
haces la venganza en mí?
Pues, desengáñate, padre,
si padre llamarte debo,
nombre que por fuerza apruebo
por la virtud de mi madre,
que si no me mandas dar
hoy mi querida Isabel,
y más que Nerón cruel
quieres tu hacienda abrasar,
que he de matar a mi tío
y luego matarme a mí.

HONORIO. Nunca pensé que de ti
oyera igual desvarío.
Revocas, muy necio, ayer
el poder que a Vasco diste,
y luego a voces quisiste
que te diese tu mujer.

FÉLIX. El me engañó, que a Teodora
dijo que darme quería.

HONORIO. A Isabel le volvería
Vasco a su padre al aurora;
que el no abrirte fué muy justo,
para no darte ocasión
a que perdiese opinión
una mujer por tu gusto.
Salte de Sevilla luego,
que sé que te han de buscar
para matarte, y es dar
viento al mar y leña al fuego.
Vete a Córdoba o Granada;
yo iré contigo si quieres.

FÉLIX. Para cobardes mujeres
tuvistes anoche espada,
no para los hombres, no;
que os desmintieron como hombres,
y ansí merecéis los nombres
que esta vil hazaña os dió.
Mujeres sois, en efeto,
pues os vengáis en mujer,
que aun no supistes tener
tan vil agravio en secreto.
El alma me habéis quitado,
que el sentido es lo de menos.
Túveos hasta ayer por buenos,
de ser vuestra sangre honrado;
pero ya serán mejores
vuestros propios enemigos,
porque yo no quiero amigos
desmentidos y traidores.

HONORIO. Si a mis enemigos vas
llévate ese bofetón;
tendrás conmigo opinión
si en llegando se le das.
Y vete luego de aquí,
porque si saco la espada...

FÉLIX. La mía tendré envainada
porque he nacido de ti;
pero quisiera poder
deshacerme y engendrarme
en mí mismo, por quitarme
este ser, si es tuyo el ser.
No es el dar un bofetón
un padre a un hijo deshonra,
y más si en consejos de honra
el hijo tiene razón;
que es darme en la cara a mí
que tu mano llama y toca
a la puerta de la boca
al alma que vive aquí,
por que la sangre le vuelva
de este cuerpo que me diste,
que el agravio que me hiciste
no hay sangre que no revuelva.
Tómala, pues tu traición
que es tan mala me declara;
vesla aquí, toda en la cara,
al golpe del bofetón;
que como la sangre suele
al corazón acudir,
quiere a la cara venir,
que es donde la afrenta duele.

HONORIO. Yo sé que no merecías
mi sangre.

FÉLIX. ¡Sángrame, pues;
armas tienes con que des
fin a tu rabia y mis días!

HONORIO. Salte de Sevilla, digo.

FÉLIX. Presto verás lo que hago.
Yo seré, para tu estrago,
capitán de tu enemigo.

HONORIO. Quiérome quitar de aquí,
que me va el furor cegando.

FÉLIX. Ya es mi padre don Fernando.

HONORIO. ¡Si vuelvo, infame, ay de ti!

(Vase el padre.)

FÉLIX.

Mató, para vengar a Filomena,
Progne su hijo, y la homicida espada
al padre, que comió su carne airada,
mostró, por postre, en la sangrienta cena.
Agora, huyendo por la tierra ajena,
se queja arrepentida, aunque vengada,
y en ruiseñor su hermana transformada,
canta en los bosques su tragedia y pena.
Ansí mi padre, por venganza suya,
hace en su sangre tan cruel matanza,
que no hay Medea de quien tal se arguya.
Mas llegará del Cielo la venganza,
pues no hay lugar donde de Dios se huya,
que desde el Cielo hasta el Infierno alcanza.

(*Vase, y sale* DOÑA ISABEL *con manto.*)

ISABEL. Sola cual mujer ninguna
desposada amaneció,
que sola pudiera yo
correr tan cruel fortuna.
Vengo adonde ayer salí
acompañada y honrada;
pero más acompañada,
si lo son penas, volví.
Porque de esas traigo tantas,
que de honor parece exceso
que puedan tan grave peso
sustentar tan flacas plantas.
¿Ha vuelto jamás mujer
de diez horas desposada,
por más que fuese engañada,
como yo? No puede ser.
Ahora bien, quiero llamar
antes que más entre el día.
No hay una piedra; aún podría
piedra a mis dichas faltar.
¡Mas, ay, Cielos, quién pudiera
llamar con el corazón,
que es piedra en esta ocasión
con que mi padre me oyera!
¡Ay, puertas, por quien salí!
¿cómo no os enternecéis?
Pero por no abrir lo haréis
a mujer que vuelve ansí.
¡Ah de casa! Están dormidos.
Es de mañana. ¡Ah, dichosos,
que mis males rigurosos
no han tocado sus sentidos!
¡Ah de casa!

(*El* ESCUDERO *en alto.*)

ESCUDERO. ¿Quién vocea?
¡Mala Pascua le dé Dios!
ISABEL. Trigueros, hola, ¿sois vos?
ESCUDERO. Pues ¿quién queréis vos que sea?
ISABEL. Abrid a doña Isabel.
ESCUDERO. Ya el vino se me pasó.
ISABEL. Abrid, mirad que soy yo.
ESCUDERO. ¡Qué necedad tan cruel!
Doña Isabel, mi señora,
con su marido acostada,
¿andaba desesperada
por esta calle a tal hora?
¡Vaya en mal hora quien es!
ISABEL. Fuése. ¡Ah, Cielos! ¿Esto más?
Trigueros, hola, Trigueros.
ESCUDERO. Mas ¿cuánto va que he de haceros
que os volváis con Barrabás?

(ELVIRA, *esclava, en lo alto.*)

ELVIRA. ¿Con quién es tan de mañana,
Trigueros, la pesadumbre?
ESCUDERO. Más quisiera media azumbre
de mi santo, Elvira hermana.
La puerta nos apedrea
una mujer o demonio,
que basta por testimonio
que a tales horas lo sea.
ELVIRA. ¿Mujer?
ESCUDERO. Mujer. ¿No la ves?
ELVIRA. ¿Qué busca? ¿Quién es, señora?
¿Qué es lo que quiere a tal hora?
ESCUDERO. Doña Isabel dice que es.
ISABEL. Tu señora soy, Elvira.
ELVIRA. En la voz ella parece.
ISABEL. Sí, que yo soy quien padece.
Abre. Este es mi rostro, mira.
ELVIRA. ¡Ay, Trigueros; mi señora!
ESCUDERO. ¿Estás borracha?
ELVIRA. Ella es.—
¿Doña Leonor? ¿Doña Inés?
¿Julia? ¿Casilda? ¿Teodora?—
Espera, señora mía,
que señor se ha levantado.
ESCUDERO. ¡Vive Dios, que me he turbado!
No la vi, no es bien de día.
Algo le habrá sucedido.
Voy a señor como un rayo.
ISABEL. Toda en pensar me desmayo
tu rostro, padre ofendido.

(*Sale* Don Fernando.)

Fernando.

¿Qué es esto?

Isabel.

¿Con qué cara podré hablarte,
padre mío y señor?

Fernando.

Pues, hija mía,
¿tú sola y en mi puerta antes del día?

Isabel.

¿Quién, si no yo, tan desdichada fuera,
que a tus años tan triste amaneciera?

Fernando.

Bien dices, que el postrero de mis años
será este día. ¿Cómo ansí tan sola?
Pero ¿qué te pregunto, pues que vienes
de en casa de unos bárbaros villanos?

Isabel.

Harto ha sido venir libre a tus manos.
Lleváronme, cual viste, acompañada
de los Marqueses y de deudos tuyos,
a casa de don Vasco; despidiéronse,
y yo estuve sentada en un estrado
casi hasta media noche, con cuidado
de mi traidor marido fementido,
mas mintiendo en la fe no es mi marido.
Vino don Vasco, y, con fingida risa,
me asió la mano y me llevó a una cuadra
donde estaba una cama, que vacía
la vimos yo y la noche, amor y el día.
Cerróme por de fuera, y en voz baja
me dijo que en aquélla me acostase.
Fuése, quedé llorando vergonzosa
por engañada más que por esposa.
Así pasé bañada en amoroso
llanto hasta el alba, que salió a reírse
de quien a su enemigo quiso tanto;
dióme su risa y yo le di mi llanto.
Decirte mis cuidados y congojas;
pintarte el levantarme y el sentarme,
el ir a las ventanas por momentos,
el escuchar poniendo los oídos
en los resquicios de la puerta, es cosa
más para imaginada que contada,
aunque de nadie fuera imaginada.
Vino don Vasco tras del alba. ¡Mira
qué sol me amaneció! Pero ¿qué menos
tan negra y triste noche merecía?
Al fin, como la noche trajo el día.
Díjome que don Félix, avisado
de que éramos nosotros mal nacidos
mientras vino a tu casa a desposarse,
el poder revocó que le había dado;
y, ausente de Sevilla, me dejaba
para que me casases con quien fuese
de mi bajeza igual, y a que saliese
de su casa, cual ves, me dió licencia.
Venganza me dé Dios y a ti paciencia.

Fernando.

Quisiera a voces, hija, lamentarme
de la mala fortuna tuya y mía;
mas la culpa que tuve en confiarme
aun de quejarme al Cielo me desvía.
Tus lágrimas pudieran obligarme
y de este hombre sin Dios la tiranía
a salir por Sevilla y poner luego
con mis parientes a sus casas fuego;
pero considerando que esta afrenta
requiere más acuerdo en la venganza,
demos lugar al alma que lo sienta
mientras que de estos bárbaros la alcanza.
No ha corrido en la mar tanta tormenta,
cuando por las estrellas se abalanza
poniendo escalas de agua al cielo mismo,
nave ya estrella y ya profundo abismo,
como esta noche triste habrás pasado.
Entrate a desnudar.—¿Hola?

(*Sale* Leonor, Elvira *y el* Escudero.)

Leonor.

¿Qué es esto?

Fernando.

Una hazaña que ha hecho el desposado,
con que su nombre con los nueve ha puesto.
Así a doña Isabel nos ha enviado.

Leonor.

Hermana mía, ¿tanto mal tan presto?

Elvira.

¡Señora de mis ojos!

Escudero.

Hija mía,
ni creí vuestra voz, ni al sol, ni al día.

Leonor.

¿Esto ha usado contigo aquel villano?

FERNANDO.

Lleva, Leonor, de aquí tu hermana triste,
porque mirar rigor tan inhumano
de nueva furia el corazón me viste.

LEONOR.

Dame esos brazos y esa blanca mano,
que a aquel traidor con tanto amor le diste.

ISABEL.

Vamos, hermana, que me faltan fuerzas.

LEONOR.

Las mismas piedras a venganza esfuerzas.

(Llévanla, y salen DON PEDRO, DON LUIS *y* FINARDO.)

PEDRO.

¿Qué es esto, hermano? ¿Qué notable llanto
es éste de tu casa? ¿Quién se ha muerto?

FERNANDO.

Ya les suplico que no lloren tanto;
mas como yo lo soy, el llanto es cierto.

PEDRO.

¿Tú? Dios te guarde.

FERNANDO.

Sí, que el Cielo santo,
ofendido, por dicha, del concierto
de aquellos mal nacidos enemigos,
me ha dado con razón tantos castigos.

LUIS.

¿Han hecho alguna cosa como suya?
¿Han tomado venganza en vuestra prenda?

FERNANDO.

De que en mi casa está, su mal se arguya.

PEDRO.

¿En vuestra casa?

FERNANDO.

Quedo, no se entienda.

PEDRO.

Pues ¿cómo, hermano? ¿En una hija tuya
toman venganza, y quieres que no encienda
nuestra razón el Cielo con suspiros
y la ciudad con armas y con tiros?—
Parientes: convocad vuestros amigos;
ármense todos, demos en la casa
de estos bárbaros fieros enemigos.

LUIS.

Presto verás con qué furor se abrasa.

FERNANDO.

No es justo de la afrenta hacer testigos
ni que sepa Sevilla lo que pasa.
Más agraviado soy y soy más viejo.
Mi consejo tomad.

PEDRO.

Que no hay consejo.

(Sale DON FÉLIX *y* CARRILLO.)

FÉLIX. Para mostrar mi inocencia,
generosos caballeros,
y que no he sido culpado
en la traición que os han hecho,
a Dios remito el juïcio
y por vuestras puertas entro
a dar a vuestra justicia
sin resistencia mi cuello.
¿Qué miráis? Don Félix soy;
yo soy, que a mostraros vengo
la verdad del amor mío
con la sangre de mi pecho.
Don Vasco me dijo ayer
que don Fernando, en desprecio
de mi honor, como a Jacob
Labán su idólatra suegro,
por Raquel me daba a Lía;
y a Teodora, que aborrezco,
por doña Isabel, mi esposa,
que es mi esposa cuanto al Cielo.
Hízome por este engaño
revocar el poder luego,
y vínose a desposar
para engañaros, diciendo
que yo la culpa tenía
porque muchos me dijeron
que no érades bien nacidos
y que era afrentar mis deudos.
Aquí estoy, señores míos;
si queréis creerme, os ruego
que me deis mi amada esposa,
a quien tanto adoro y quiero,
que yo viviré con ella
en vuestra casa, contento
de mejorarme de padre,
que la ventaja os confieso,
tanto, qué porque hoy al mío
dije los méritos vuestros,
con un bofetón me puso
las armas de vuestro sello.
Si no me queréis creer,
y acaso entendéis que vengo

de cobarde arrepentido
o por la fuerza del miedo,
sacad las espadas todos;
sangre en estas venas tengo
de Honorio, vuestro enemigo;
no penséis que me defiendo.
Matadme. ¿Qué me miráis?
Manos y espada os ofrezco;
mas solamente os suplico
que, en fe de mi amor eterno,
al umbral de vuestra casa
deis sepultura a mi cuerpo.

FERNANDO.

¿Qué os parece de cosa tan extraña?

PEDRO.

Que juntos le pasemos aquel pecho.

FERNANDO.

Tened, por Dios, que no es honrada hazaña.

CARRILLO.

(Aquí te han de matar, señor, ¿qué has hecho?

FÉLIX.

Vete, Carrillo.

CARRILLO.

Un hombre te acompaña
que morirá contigo satisfecho
de que emplea la vida justamente.)

PEDRO.

Pues ¿quieres tú que el mundo nos afrente?

LUIS.

Déjamele matar.

FERNANDO.

Don Luis, ¿qué es esto?

FINARDO.

Pues ¿qué piensas hacer?

FERNANDO.

Tente, Finardo.

CARRILLO.

(¡En qué peligro tu persona has puesto!

FÉLIX.

A morir vine aquí, la muerte aguardo.)

PEDRO.

Si el Cielo a tu venganza está dispuesto,
no te acobardes tú.

FERNANDO.

No me acobardo;
pero bien puedo yo, sin afrentarme,
de este linaje bárbaro vengarme.

LUIS.

Pues ¿qué llamas afrenta, si la muerte
de este mancebo recupera el daño?

FERNANDO.

Tracemos la venganza de otra suerte,
y dure aquesta muerte todo un año.

FINARDO.

¿De qué manera?

FERNANDO.

Una cadena fuerte,
con un candado que no sufra engaño,
le pongamos al pie y en prisión viva,
donde mil muertes sin morir reciba.
Yo le pondré con este su criado
donde nadie de casa sepa de ellos
hasta que muera a mi placer vengado,
asiendo la ocasión por los cabellos;
que, en fin, con Isabel está casado,
aunque lo niegan y revocan ellos;
y como el tiempo tantas cosas muda,
parece que es bien que viva en duda.

LUIS.

Bien dice don Fernando.

PEDRO.

Plega al Cielo,
don Luis, que alguna vez no se arrepienta.

FINARDO.

Ama a su hija, y es piadoso celo,
pues con esta prisión cubre su afrenta.

FERNANDO.

Muestra esas manos, mísero mozuelo.

FÉLIX.

Y el corazón en ellas os presenta
el amor que a Isabel siempre he tenido;
desde que se las di las he rendido.

PEDRO.

Con esta liga atarle puedes.

FÉLIX.

Ata,
que más fuerte prisión amor me puso.

FERNANDO.

Ata ese mozo tú.

CARRILLO.

Fortuna ingrata
su desventura y mi prisión dispuso.

PEDRO.

Agradeced, villanos, que no os mata.

FÉLIX.

De que vida me deis estoy confuso.

FERNANDO.

Entrad, que tiempo habrá.

FÉLIX.

Por amor muero.

CARRILLO.

Tú por amor, y yo por majadero.

(*Métenlos atados, y salen* DON VASCO, DON RODRIGO *y* HONORIO.)

VASCO. ¿Que de Félix no sabéis
ni a vuestra casa ha venido?

RODRIGO. Si vosotros le ponéis
adonde pierda el sentido,
¿qué le buscáis, qué queréis?
Pienso que desesperado
habrá el camino tomado
de Córdoba o de Granada.

HONORIO. ¿Que no os dió parte de nada,
ni os ha visto ni buscado?

RODRIGO. Ni me ha buscado ni visto.
¿Qué había de hacer aquí,
odioso al mundo y malquisto,
que apenas de verlo así
el justo llanto resisto?
Hace Vasco por engaño
que, revocando el poder,
se ponga a tan grande daño,
dando a tan noble mujer
tan infame desengaño.
Llévala a su casa luego,
y a Félix no deja entrar,
de venganza injusta ciego;
vuélvela sin dar lugar
a ella al dolor, de él al ruego,
y búscale por Sevilla.
¿Cuándo será maravilla,
aunque a cielo y tierra enoje,
que en el Betis no se arroje
desde la puente o la orilla?
¡Ah, señores, qué mal hecho
ha sido y qué mal pensado!

HONORIO. Ya nos reñís sin provecho.

VASCO. Mal nos culpáis si ha quedado
hoy nuestro honor satisfecho,
y mirad qué gente ha sido,
pues han callado su afrenta.

RODRIGO. No la pondrán en olvido,
que en mármol dicen que asienta
el agravio el ofendido
y en el agua el que ofendió,
y así, el uno se borró,
y el otro, quedando vivo,
acordóse el vengativo
y al descuidado mató.

VASCO. Mucho volvéis, don Rodrigo,
por esa gente.

RODRIGO. No soy
más que de Félix amigo.
Siento que sin él estoy,
como él el no estar conmigo.
Lo mal hecho vitupero,
que en una mujer no fué
venganza de caballero.

VASCO. Hombre soy yo.

RODRIGO. No se ve
en un ejemplo tan fiero.

VASCO. Hablad bien.

RODRIGO. Haced vos bien
y ninguno hablará mal.

VASCO. Yo hablo y hago también.

RODRIGO. No temáis que por igual
ejemplo crédito os den.

VASCO. Muy descompuesto me habláis.

RODRIGO. ¿Qué otra cosa merecéis,
si a vuestra sangre matáis,
traidora amistad hacéis
y una mujer deshonráis?

VASCO. ¡Quien eso dijere, miente!

RODRIGO. Ansí respondo a traidores.

HONORIO. Tente, don Rodrigo, tente.

RODRIGO. ¡Oh, si fuérades mejores!
Pero aunque la espada afrente,
¡tíñase en sangre tan baja!

VASCO. ¡Muerto soy!

RODRIGO. ¡Huíd, villanos,
que a correr os doy ventaja!
¡Siempre descansan las manos
donde la lengua trabaja!—
Herido pienso que fué.

(*Salen* DON FERNANDO *y* DON PEDRO.)

PEDRO. ¿Qué es aquesto, caballero?

RODRIGO. Para dos liebres saqué

la espada; no soy ligero,
y atrás, cual veis, me quedé.

PEDRO. Mirad que dicen allí
que está muerto el uno de ellos.

RODRIGO. Pues por vos muerte le di,
que de vuestro honor con ellos
don Fernando hablaba aquí;
y el muerto don Vasco es,
si es que de mi espada es muerto.

FERNANDO. ¿Don Vasco?

RODRIGO. Culpad sus pies;
vuestro peligro os advierto
y que hablar podéis después.

FERNANDO. A mi casa he de llevaros,
donde estaréis con secreto,
que bien sabré regalaros.

RODRIGO. Que la acetara os prometo;
pero no quiero obligaros
a cuidar en mi persona;
iglesias hay.

FERNANDO. Mi opinión
pienso que en esto me abona;
yo os he cobrado afición,
la buena ausencia aficiona.
Por mí la quistión ha sido,
mi casa os ha de esconder;
que la honréis, señor, os pido.

RODRIGO. Mientras que pueda saber
lo que hay de don Vasco herido,
iré a recebir favor.

FERNANDO. Ese me hacéis vos mayor
por honrarme y defenderme.

RODRIGO. Basta, que voy a esconderme
en los ojos de Leonor.
Muestra ocasión los cabellos,
pues la puedo hablar y ver.
¡Guardadme bien, ojos bellos!
¡Mas no me podrán prender
si tengo sagrado en ellos!

(*Sale* DOÑA ISABEL *y* ELVIRA.)

ISABEL. ¿Qué me cuentas?

ELVIRA. Esto pasa.

ISABEL. ¿Esclavos mi padre aquí?

ELVIRA. Digo que meterlos vi
con grande secreto en casa,
y que mientras fuiste a ver
la huerta los han herrado.

ISABEL. ¿Para qué los ha comprado
si los procura esconder?
No es eso sin ocasión;
todo pienso que amenaza
venganza, y para la traza
esos dos esclavos son.

ELVIRA. Pues ¿qué han de hacer?

ISABEL. Algún día
matarán quien me mató.

ELVIRA. ¿Dices a don Félix?

ISABEL. No,
que aún vive en el alma mía.
Mira cuál era mi amor,
pues siendo tal su crueldad,
tengo a su vida piedad
y no la tengo a mi honor.

ELVIRA. ¿A don Félix quieres bien
después de crueldad tan fiera?

ISABEL. No te espantes que le quiera,
pues le aborrezco también.
Que querer y aborrecer
puedan en un alma estar
es lo que te ha de espantar.

ELVIRA. Los esclavos quiero ver.

ISABEL. ¿Y si mi padre se enoja?

ELVIRA. No lo sabrá.

ISABEL. Aquéstos son.

ELVIRA. La tahona es su prisión.

ISABEL. Toda prisión me congoja.

(*Salgan* DON FÉLIX *y* CARRILLO *con unas cadenas.*)

CARRILLO. Pues ¿atréveste a salir?

FÉLIX. ¿Qué mal me pueden hacer?

CARRILLO. Que nos pongan a moler.

FÉLIX. Aquí habemos de morir.

CARRILLO. Tú que estás enamorado,
no sentirás la tahona,
porque el amor galardona
con el trabajo el cuidado;
pero yo, que sin amor
ando la rueda, estoy loco.

FÉLIX. Y yo por Belisa en poco
tengo el trabajo mayor.

ISABEL. Elvira, qué es lo que veo?
¿No es éste don Félix?

ELVIRA. Yo
digo a los ojos que no
y que sí digo al deseo.

ISABEL. ¡Ay, Dios, que sin duda es él!
¡Temblando estoy de miralle!

ELVIRA. Mira que te engaña el talle.

FÉLIX. ¡Cielos! ¿No es ésta Isabel?

ISABEL. ¿Quién le trajo preso aquí?

FÉLIX. ¡Señora del alma mía!

ISABEL. ¡Desvía, infame, desvía!
¿Pues tú te llegas a mí?

FÉLIX. Pues, esposa, si el traidor
de don Vasco te ha cerrado
toda la noche que he estado
con mil lágrimas de amor
enterneciendo las puertas,
y al alba te envía así,
sin querer que para mí
se viesen jamás abiertas;
si en sabiendo que aquí estás
vengo a que me den la muerte,
y me ponen de esta suerte,
¿qué quieres, mis ojos, más?
¿Cuál mujer a un hombre debe
tales finezas de amor?

ISABEL. Entre el amor y el temor,
el alma apenas se atreve.
¿Luego tú no eres culpado?

FÉLIX. Pues si yo culpado fuera,
¿por dicha, a morir viniera?
¡Ay, Dios, qué noche he pasado!
Mira mi rostro, ofendido
de mi padre, que las manos
puso en mí, y de mil tiranos
parientes mírame herido.
¡Mira con cuánta lealtad
vine a morir a tu casa,
mira la crueldad que pasa,
aunque por ti no es crueldad!
Yo estoy en una tahona.

CARRILLO. ¿Y yo, ensarto aljófar?

FÉLIX. ¡Mira
que estoy expuesto a la ira
de quien a nadie perdona!
¡Tu esposo soy, firme, fuerte
en la muerte y en la vida!
¡Déjame que me despida
de tus brazos en la muerte!

ISABEL. ¿Que todo ha pasado así?

CARRILLO. ¡No, que a jugar a los cientos
venimos los dos!

FÉLIX. ¿Qué intentos
más firmes quieres de mí?
¿Debo más que haber venido
a morir, pues mil espadas
he visto desenvainadas,
no habiéndolas ofendido,
de tus deudos a mi pecho,
incitando su crueldad,
que, por tenerme piedad,
bestia en tu casa me han hecho?
¿Qué dudas? ¡Tu esposo soy!

ISABEL. ¡Ay, mi don Félix!

CARRILLO. Elvira,
que han hecho amistades mira,
y que yo sin dueño estoy;
a su ejemplo, has de abrazarme.

ELVIRA. Ya te abrazo.

CARRILLO. Si hoy pudieres,
de lo que arriba comieres,
alguna cosa bajarme...
¡duélete, Elvira, de mí,
que rabio de hambre!

ELVIRA. Sí haré;
de comer te bajaré.

CARRILLO. Y yo comeré por ti.

ELVIRA. Yo andaré por ti la rueda
de la tahona importuna.

CARRILLO. Y yo a la de la Fortuna
tendré con tu mano queda.

ISABEL. Vete, que viene mi hermana.

FÉLIX. ¿Verásme esta noche?

ISABEL. Sí.

ELVIRA. ¡Huye!

CARRILLO. ¡Acuérdate de mí
cuando comieres sin gana!

(*Sale* DOÑA LEONOR.)

LEONOR. Toda la casa he buscado
por hallarte.

ISABEL. ¿Qué alegría
es ésta en tan triste día?

LEONOR. Pierde, Isabel, el cuidado
de vengarte.

ISABEL. ¿Cómo así?

LEONOR. Don Vasco es muerto.

ISABEL. ¿Matóle
don Pedro?

LEONOR. No; pero vióle
matar.

ISABEL. ¿A quién?

LEONOR. Oye.

ISABEL. Di.

LEONOR. Dióle muerte don Rodrigo
de nuestro padre en defensa;
y aunque mi padre no piensa
por la causa que es su amigo,
le ha traído a retraer
a nuestra casa.

ISABEL. Es la cosa
más alegre y más dichosa
que nos pudo suceder.

LEONOR. Ha de estar con gran secreto.

ISABEL. Otro secreto hay, Leonor,
dentro de casa mayor.

LEONOR. De guardalle te prometo.
ISABEL. Más despacio le sabrás.
LEONOR. Ya traen a don Rodrigo.
¡La Fortuna fué conmigo
piadosa!
ISABEL. Y conmigo más.
LEONOR. Yo tengo a Rodrigo aquí.
ISABEL. Y yo a don Félix, mi bien.
ELVIRA. Y yo a Carrillo también.
LEONOR. ¿En casa?
ISABEL. Sí.
LEONOR. ¿Cómo ansí?

(*Salen* DON RODRIGO, DON FERNANDO *y* DON PEDRO.)

FERNANDO. Por la pared de esta puerta
a San Salvador se pasa;
si llamare el Asistente,
que aquí no llega otra vara,
fácilmente pasaréis.
LEONOR. (¡Qué contenta voy, hermana,
que viva aquí don Rodrigo!
ISABEL. De esta vez con él te casan.
LEONOR. No hay mal que por bien no venga.
ELVIRA. Comida a los presos falta.
Voy, porque quiere Carrillo
ocupar los de su cara.)
RODRIGO. La merced que he recebido,
señor don Fernando, es tanta,
que la agravio si la quiero
satisfacer con palabras.
PEDRO. Mi hermano os quiere en extremo.
Dad lugar para que vaya
a saber qué hay del herido.
RODRIGO. La puerta tened cerrada.
FERNANDO. Eso dejadme el cuidado,
que pondré portero y guarda.

(*Váyanse los dos.*)

RODRIGO. ¿Por qué notables caminos
me trajo la suerte varia
a obligar a don Fernando
y él a meterme en su casa?
¡Aquí sí que sin papeles,
sin balcones, sin ventanas,
veré y hablaré a Leonor!

(CARRILLO *se asome.*)

CARRILLO. ¡Elvira, Elvira!
RODRIGO. ¿Quién llama?
CARRILLO. ¿No traes algo que coma?
RODRIGO. ¡Ce, ce! Esclavo, dos palabras.
CARRILLO. Libre solía yo ser;
mas como las ruedas andan
del reloj de la Fortuna,
ella las sube y las baja.
RODRIGO. ¿Es Carrillo?
CARRILLO. ¿Es don Rodrigo?
RODRIGO. ¿Tú en esta casa?
CARRILLO. No pára
nuestra desdicha en mí solo.
RODRIGO. ¿Cómo ha sido esta desgracia?
CARRILLO. En esta tahona queda
don Félix, que a las espadas
de sus enemigos puso
su vida.
RODRIGO. Dile que salga.
CARRILLO. El te ha oído, y sale ya.—
¡Señor, señor!
FÉLIX. ¿Con quién hablas?
CARRILLO. Con don Rodrigo, tu amigo.

(*Sale* DON FÉLIX.)

FÉLIX. ¡Don Rodrigo de mi alma!
RODRIGO. ¿Qué es esto, amigo don Félix?
FÉLIX. Un alma desesperada
en un abrasado pecho;
pero mi inocencia es tanta,
que me reserva la vida,
aunque en lo que ves trabaja.
Aquí ha bajado Isabel,
y estando certificada
de que no he tenido culpa
en aquella infame hazaña,
promete verme esta noche.
CARRILLO. Y a mí Elvirilla, su esclava,
traer algo de comer,
que ayuno desde hoy al alba. (1)
FÉLIX. ¿Cómo te han dejado entrar
estos hombres en su casa?
RODRIGO. He muerto un hombre por ellos,
y no permiten que vaya
a otra parte a retraerme.
FÉLIX. ¿Cuándo, quién y por qué causa?
RODRIGO. La causa ya queda dicha;
el cuándo, fué esta mañana;
el quién, no puedo decir.
FÉLIX. ¿Es mi padre?
RODRIGO. No.
FÉLIX. Pues basta,
como de él abajo sea.
RODRIGO. El vive, Félix.

---

(1) Así en el texto; quizá diría mejor, "que ayuno estoy desde el alba".

FÉLIX. ¡Abraza,
Rodrigo, otra vez mi pecho!

(En alto DOÑA ISABEL, DOÑA LEONOR *y* ELVIRA.)

ISABEL. ¡Ah, caballeros!
RODRIGO. ¿Quién llama?
CARRILLO. Tres mujeres de los tres.
FÉLIX. Y las tres tienen tres almas.
ISABEL. ¡Félix mío!
FÉLIX. ¡Isabel mía!
LEONOR. ¡Rodrigo!
RODRIGO. ¡Leonor amada!
CARRILLO. ¡Elvira!
ELVIRA. ¡Carrillo mío!
CARRILLO. Seis, dos a dos, linda danza.
ISABEL. Gran ventura ha sido aquésta.
FÉLIX. Bien la merecen mis ansias.
LEONOR. ¿Que sois mi huésped, Rodrigo?
RODRIGO. Al Amor debo las gracias.
ELVIRA. Carrillo, tu pozo soy.
CARRILLO. Alta estás y sogas faltan.
Dale, por Dios, a Carrillo
que ejerciten sus quijadas.
ISABEL. (A peligro nos ponemos,
hermana: di que se vayan.)
LEONOR. Que se vayan, caballeros,
aunque nos lleven las almas,
que esta noche nos veremos.
RODRIGO. Vamos, que temo que salga
quien nos vea.
FÉLIX. ¡Adiós, señoras!
ISABEL. ¡Adiós!
CARRILLO. Oye una palabra.
FÉLIX. ¿Qué quieres?
CARRILLO. Antes de un mes
verán éstos lo que gana
quien mete sin discreción
los enemigos en casa.

ACTO TERCERO

DE *Los enemigos en casa.*

(Salen el MARQUÉS DE CÁDIZ *y* SOLDADOS *y un* CAPITÁN.)

MARQUÉS. Puesto que pasar quisiera
a Cádiz, y era razón,
sin que en aquesta ocasión
Sevilla me detuviera,
pues ha tres años y medio,
como la guerra no cesa,
que no he visto a la Marquesa,
por dar, si puedo, remedio
a estos bandos, en que ya
mi persona está empeñada,
quiero que también la espada
ejercitemos acá,
pues el ruego no aprovecha,
fuera de que el Rey me ha escrito
que cómo lo solicito,
si está el amistad deshecha.
¿Llamastes al Veinticuatro?
CAPITÁN. A don Fernando llamé,
y de tu parte avisé
que a verte venga a las cuatro.
MARQUÉS. Con notable enojo estoy.
CAPITÁN. Ya don Fernando ha venido.

(Sale DON FERNANDO.)

FERNANDO. El que más culpado ha sido
dirás, gran señor, que soy;
pero en dándome tus pies,
quedarás bien informado.
MARQUÉS. Tres años habrán pasado,
y aun pienso que más de tres,
que hice entre vos y Honorio
paces para mil edades.
Que hice estas amistades
fué al rey Alfonso notorio,
y se mostró agradecido
por carta que me escribió;
partíme a Granada yo,
y en la guerra le he servido,
adonde he sido informado...
FERNANDO. Antes que vuseñoría
prosiga, darle querría
disculpa.
MARQUÉS. Estoy enojado,
Veinticuatro, con razón,
que el Rey me ha vuelto a escribir,
pues que a Sevilla venir
me es fuerza en esta ocasión,
castigase a los culpados
de estos linajes, y quiero
no ser letrado severo,
porque tienen los soldados
escritas todas sus leyes
en la vaina de la espada.
Máquina en esto cifrada,
servís a Dios y a sus Reyes;
yo os pienso pedir con ella

la palabra que me distes
cuando estas paces hicistes.

FERNANDO. Y yo pondré el cuello en ella
si a ejecutar os provoco
el golpe con mi inocencia.
Oíd.

MARQUÉS. No tendré paciencia.

FERNANDO. Sí tendréis; oíd un poco:
Tres años habrá, señor,
que estos bandos sosegastes
y que, dándoos la palabra,
se confirmaron las paces,
Honorio y yo, porque somos
cabezas de estos linajes,
de casar a nuestros hijos;
yo, de que tendréis bastante
información en Sevilla,
pretendí que se casasen
doña Isabel y don Félix,
y con diligencias tales
llegó el día en que esta gente,
para ofenderme y vengarse
de palabras que no obligan
como las armas se saquen,
quisieron que por poder
mi hija se desposase;
dióle a don Vasco don Félix...
Pero no hay para qué os canse,
pues visteis el desposorio
y a doña Isabel honrasteis. (1)
La mañana de aquel día,
que luego os fuistes a Cádiz,
antes que el alba saliese
me enviaron los cobardes
mi hija, que aun no traía
un escudero ni un paje,
diciendo lo que sabéis,
y que no era bien casarse
con mujer tan mal nacida
un mozo de aquellas partes.
Callé mi afrenta, y el mozo
es ido donde no saben
más ha de tres años de él;
pero aquella misma tarde
hirió de muerte a don Vasco,
por defenderme y honrarme
don Rodrigo, un caballero
de Félix amigo grande.
Llevéle a mi casa, y esto
fué causa que murmurasen
que le mandé a don Rodrigo
que le hiriese o le matase.
En sanar tardó dos meses
don Vasco, al fin de los cuales
se les antojó prender,
aunque ellos no lo mandasen,
a don Rodrigo en mi casa,
al Asistente o Alcaldes.
El huyó, fuése a la guerra;
lleváronme a mí a la cárcel,
donde estuve quince meses
por esto y porque buscase
a don Félix, que decían
que le maté por vengarme,
porque ni vivo ni muerto
pueden hallarle sus padres.
Juzgad vos quién tiene culpa:
yo, que la inocente sangre
de mi hija di a un traidor
que pretendió deshonrarme,
o ellos, que dicen que he muerto
a su hijo, sin que hallen
testigos, señal ni indicio
por donde puedan culparme.
Si con aquesto os parece
que he faltado por mi parte,
juez sois, la espada es vara;
mi cuello es éste: cortalde.

MARQUÉS. Huelgo de haberos oído.
Y algo de aquesto sabía
de quien en mi compañía
hoy a Sevilla ha venido,
que es don Rodrigo, que ha hecho,
como quien es, en Granada,
lo que un Héctor con la espada;
y aunque vos tengáis derecho
a mayor satisfación,
habemos de dar remedio:
mirad que estoy de por medio.

FERNANDO. No perdiendo mi opinión
ni el honor que he profesado,
aquí, señor, me tenéis.

MARQUÉS. Fiarme el honor podéis
por amigo y por soldado.
¿Don Vasco no fué por quien
está Isabel afrentada?
Pues escuchad, si os agrada,
que por aquí se hará bien:
las paces de don Rodrigo
también quiero hacer con él:
démosle a doña Isabel.

(1) En el texto, "honrastes", y en el verso anterior, "vistes".

FERNANDO. ¿A don Vasco?
MARQUÉS. Al mismo os digo.
FERNANDO. ¿Pues es posible, señor,
que así por mi honor volvéis?
MARQUÉS. Pues ¿cómo mejor podéis
recuperar vuestro honor?
Esto se ha de hacer así,
y mirad que yo os lo pido
y el Rey lo manda.
FERNANDO. ¡Esto ha sido
vengaros también de mí!
MARQUÉS. Ahora bien: yo voy a hablar
a los dos.
FERNANDO. Id en buen hora.
MARQUÉS. Prevenid esa señora,
que hoy los tengo de casar.

(*Váyase el* MARQUÉS *y su gente.*)

FERNANDO. ¿Adónde habrá sufrimiento
para desdichas iguales?
Muerte, si aquí no me vales,
¿cuál otro remedio intento?
¡Haz que el alma que tal ve
esta cárcel desocupe!

(*Sale* DON PEDRO.)

PEDRO. En este momento supe
que te ha llamado el Marqués.
¿Qué habéis hablado los dos?
FERNANDO. Quejas, palabras rompidas
que se han de pagar con vidas,
y aun esto pluguiera a Dios.
Al fin se ha determinado,
por hacer también amigo
con don Vasco a don Rodrigo,
que ha sido con él soldado,
que viene en su compañía,
que le dé a Isabel.
PEDRO. ¿A quién?
FERNANDO. A don Vasco.
PEDRO. ¿Y que también
la vuelva al siguiente día?
FERNANDO. Sí hará, que sabe el camino.
PEDRO. Antes con un lazo al cuello,
y de su mismo cabello,
que la mates determino.
¡Pesia al Marqués, no pudiera
hallar remedio mejor!
FERNANDO. ¡Ay de mi perdido honor!
PEDRO. ¿Otra vez das a una fiera
una cordera inocente?
FERNANDO. Pues ¿qué remedio tendré?
PEDRO. Escucha y te le diré,
aprendido de esa gente.
Di que supiste de mí
que estoy con ella casado,
que en secreto lo he tratado.
FERNANDO. ¿Tú con tu sobrina?
PEDRO. Sí.
FERNANDO. ¿Y ha de ser verdad?
PEDRO. Pues ¿no?
Dar luego quiero en doblones
para las dispensaciones
todo lo que cuestan, yo.
FERNANDO. Bien; pero ¿cómo ha de ser
estar don Félix aquí?
¿Hase de quedar así?
PEDRO. Todo lo puedes hacer
de una vez con discreción;
que, de lo que te ha ofendido,
tres años que le has tenido
preso no es satisfación.
FERNANDO. Pues ¿qué he de hacer?
PEDRO. Darle muerte.
FERNANDO. ¿Cómo?
PEDRO. ¿En tu casa no está?
FERNANDO. Sí. Mas ¿quién se la dará?
PEDRO. Yo le traeré.
FERNANDO. ¿De qué suerte?
PEDRO. Con dinero conducido.
FERNANDO. ¿Y si lo dice?
PEDRO. A él le va.
FERNANDO. Don Félix contento está,
aunque preso le he tenido,
con esperanza de ser
de Isabel marido.
PEDRO. Advierte
que si no es dándole muerte
no puede ser mi mujer.
FERNANDO. ¿Por qué?
PEDRO. Porque tiene duda
si aquel poder revocó
don Félix en tiempo o no.
FERNANDO. Dame, como hermano, ayuda
para salir de cuidado.
¡Muera don Félix!
PEDRO. En él
el deshonor de Isabel
queda en secreto vengado;
que ha tanto que no parece,
que no se ha de echar de ver.
FERNANDO. Hoy ha de ser tu mujer.
PEDRO. Mi voluntad la merece.

(*Salen* Doña Leonor *y* Elvira.)

Leonor. Sin albricias me dijiste
que don Rodrigo ha venido.

Elvira. No es tarde, aunque te las pido
después que ya lo supiste.
Con el favor del Marqués
ha osado entrar en Sevilla.

Leonor. Aunque será maravilla
que el amor ni el interés
de mí le acuerden, Elvira,
de su venida y salud
me huelgo.

Elvira. De tu inquietud,
quien sabe amar no se admira.
Mas ¡ay, señora! ¿Si es él
este gallardo soldado?

(*Sale* Don Rodrigo, *muy bizarro de plumas y galas.*)

Rodrigo. ¿Puede entrar un olvidado
donde no hay memoria de él?

Leonor. Olvidado por su parte,
no a lo menos por la mía,
y dígalo el alegría
del alma, que sale a hablarte.
¡Gran soldado! ¡Bravas plumas!

Rodrigo. El Amor me las prestó,
porque no pudiera yo,
si más que la mar espumas
me diera plumas Orán,
venir sin las de mi amor
donde con tanto furor
mis enemigos están.

Leonor. Antes no pienso, Rodrigo,
que aquesta venida os debo,
ni que fué peligro apruebo
el temor del enemigo,
pues a sombra del Marqués
os tenemos en Sevilla.

Rodrigo. Desdenes no es maravilla
después de tres años.

Leonor. ¿Tres?
Tres mil diréis.

Rodrigo. Es verdad.
Pero sintiéndolos yo,
mas vos no.

Leonor. ¿Cómo que no?
Agravias mi voluntad.

Rodrigo. ¿Qué hay de Isabel? ¿Está buena?

Leonor. En una heredad está,
y sospecho que hoy vendrá.

Rodrigo. ¿En qué paró la cadena
de Félix, mi buen amigo?
¿Dónde es ido?

Leonor. ¡Bien, por Dios!
A proceder como vos,
supiéramos, don Rodrigo,
de tres a tres años de él.
En casa está de la suerte
que le dejastes.

Rodrigo. ¡Qué suerte
tan lastimosa y cruel!

Leonor. No le tengáis, os suplico,
en opinión de ignorante,
ni su prisión os espante.

Rodrigo. ¿Mozo tan gallardo y rico
sufre tres años, Leonor,
de prisión en una casa?

Elvira. Bien decís. Muy mal lo pasa.
¡Es lástima! ¡Qué dolor!
El y su paje de espada
comen mejor que el Marqués,
y no les falta después
su poquito de posada.
Si ellos estuvieran presos
como en Argel, fuera cosa
cruel, fiera y lastimosa;
mas con tan altos sucesos
no se ha tenido prisión.
Después se lo contarás,
que viene Isabel.

(*Salen* Doña Isabel, *con capotillo y sombrero, y* Belardo, *villano, con una cesta.*)

Isabel. Harás,
Belardo, con discreción
lo que habemos concertado.

Belardo. ¿Ella no es traza? Pues calla,
que bien sabré ejecutalla
con un poco de cuidado.
Aunque un cierto sacristán
dicen que me da las trazas
de aquestas nuevas trapazas
que en verso cantando van,
ni pienso que estoy tan flaco
de invención, pues pobre soy,
que cuanto en público doy
de mi caletre lo saco.
Pardiez que son embaidores
y que hasta el nombre lo niega;
mas no es bien que siendo vega (1)

(1) Como se ve, una vez más habla de sí Lope.

sus trazas me diese flores;
para mí me las querría.
Madre mía, digo yo:
¿quién al sacristán metió
en dejar su sacristía?
Cuando con lances diversos
no me pueden ofender,
taujía quieren hacer
de mis trazas y mis versos.
Quien no acierta para sí
ni aun se acierta a conocer,
bien ves que no puede ser
que acertase para mí.
¡Trazas dice que me dió!
Advierta, señor compadre,
que esto me enseñó mi madre
y estotro me supe yo.

ISABEL. ¿Luego esta traza no es mía?

BELARDO. Del niño digo que sí,
porque yo no le parí,
que es traza que no sabía;
pero del traerle a casa,
pardiez, de Belardo es.

ISABEL. Calla, que hay gente.

BELARDO. Después
sabréis todo lo que pasa.

ISABEL. ¡Hermana!

LEONOR. ¡Señora mía!

RODRIGO. ¿Isabel?

ISABEL. ¿Es don Rodrigo?

RODRIGO. El mismo.

ISABEL. Para conmigo
bien entra, Leonor, el día,
que he menester buen agüero.
Mi padre, Elvira, ¿está aquí?

ELVIRA. No, señora.

ISABEL. Pues de mí
sabéis lo que a Félix quiero
y que ha dos meses que estoy
ausente en una heredad,
que le vea me dejad.

RODRIGO. Con vos, mi señora, voy,
que es mucho mayor mi ausencia,
pues que es de tres años.

ISABEL. Vamos,
que si a mi padre aguardamos
perderé la diligencia.—
(Belardo, cuenta en la traza.

encubierto con el nombre de Belardo. ¿Quién sería el *sacristán* envidioso y maldiciente? ¿Sería Góngora? ¿Sería Armendáriz?

BELARDO. Como de esas tengo escritas.

ISABEL. ¿Son muchas?

BELARDO. Son infinitas,
y ninguno me las traza.) (1)

Halló la flauta Pan, Palas la oliva,
Tritolemo el arado y Aristeo
la miel, y la trompeta halló Piseo,
Ceres cómo la tierra se cultiva.
Zoroastes el arte encantativa,
el conservar el fuego Prometeo,
el eclipse de sol el sabio Atreo
y Endimión el de la luna altiva.
Venus halló el amor, Dafne el desprecio,
Trejilo el carro en Grecia y otras partes
y a Dédalo la sierra le dió precio.
La escultura de piedra halló Anaxartes;
pero traza de hacer discreto a un necio,
ni el tiempo, ni los hombres, ni las artes.

Mas gente siento venir.
Poner quiero en el umbral
la cesta y en el portal
persona y traza encubrir
por si no topan con ella;
mas imposible será,
que Amor de su parte está
y le ayuda buena estrella.

(*Salen* DON FERNANDO *y* DON PEDRO.)

FERNANDO.

Y en viendo que la aparto para hablalla
solos nos dejaréis.

PEDRO.

Iréme al punto,
que delante de mí no es bien tratarlo.

FERNANDO.

Entremos, pues, que dicen que ha venido,
con que me excusa de enviar por ella.

PEDRO.

¿Qué es esto que al umbral de vuestra casa
os han echado?

FERNANDO.

Cesta y paños veo.

PEDRO.

¡Por Dios, que pienso!...

(1) Así en el texto. Quizá diría en el original, "chaza".

FERNANDO.

No penséis, que creo
que es criatura también, como otras veces.

PEDRO.

¿Es criatura?

FERNANDO.

Pues ¿no?

PEDRO.

Tú lo mereces,
que crías las demás que te han echado,
y con eso se atreven cada día.

FERNANDO.

Pues ésta no será de esa manera.
Llamar quiero.—¿Criados? ¿Hola, gente?

(*Salen un* ESCUDERO *y* ELVIRA.)

ESCUDERO.

¿Qué mandas?

FERNANDO.

¿Qué criatura es ésta?

ESCUDERO.

¿Cómo?

FERNANDO.

¿Qué criatura es aquesta de esta cesta?

ESCUDERO.

Mis años puedo darte por respuesta,
y si ésta no bastare, enfermedades,
que impiden mucho más que las edades.

FERNANDO.

¿Qué es esto, Elvira?

ELVIRA.

Yo, señor, ¿qué entiendo?
Tú lo sabrás mejor.

FERNANDO.

Luego ¿son mías?
Eso es muy bueno al cabo de mis días.

(*Salen* DOÑA ISABEL *y* DOÑA LEONOR.)

ISABEL.

¿Qué es esto, señor mío?

FERNANDO.

Isabel mía,
seas bien venida; estoy con pesadumbre.—
¿Hola?

ESCUDERO.

¿Señor?

FERNANDO.

Tomad ese muchacho
y llevádsele a Honorio o a don Vasco,
que entiendo que por sólo darme pena
no hay cosa que no inventen. Id volando.

ISABEL.

¿Qué muchacho, señor?

FERNANDO.

Al tiempo cuando
entraba de la puerta los umbrales,
le hallé pobre de dicha y de pañales. —
Llévenle luego.

ISABEL.

Espera, por tu vida.
Señor, hazme placer; pues ha venido
Belardo del aldea, que le lleve
y allá le dé a criar.

FERNANDO.

Pues ¿qué te mueve?

ISABEL.

No más de que al miralle se ha reído.
Hazme aquesta merced, pues yo la pido.

FERNANDO.

Sea en buen hora.—Tú, Leonor, al punto
le da a Belardo, y críenle en la huerta.

LEONOR.

Yo voy, señor.—¡Qué lindo! Dios le guarde.

ISABEL.

Yo voy también a dársele.

FERNANDO.

Detente,
que tengo que te hablar.

PEDRO.

Y yo, Fernando,
tengo que hacer.

FERNANDO.

Pues id con Dios, don Pedro,
y buscad aquel hombre brevemente.

PEDRO.

Dejadme a mí, pues basta que lo intente
para nuestro remedio.

FERNANDO.

Isabel, oye;
óyeme como a padre, estáme atenta.

ISABEL.

(Temblando estoy. ¿Si sabe mi secreto?)

FERNANDO.

¿Qué dices?

ISABEL.

Que silencio te prometo.

FERNANDO. Hija, las cosas se han puesto
en estado que me importa,
con la prevención más corta,
decirte que estoy dispuesto
a darte...

ISABEL. Prosigue presto.

FERNANDO. A tu tío por mujer.

ISABEL. Dispuesto no puede ser,
pues vienes determinado.

FERNANDO. Harto mejor has hablado
que supe darme a entender.
No repliques a mi gusto,
ansí Dios tu vida aumente,
que te hará bien obediente.

ISABEL. Obediente en lo que es justo.

FERNANDO. No respondas con disgusto
en lo que me va el honor.

ISABEL. Digo que envíes, señor,
por esas dispensaciones.

FERNANDO. En nuevas obligaciones
pones, Isabel, mi amor.

ISABEL. Y de don Félix, ¿qué harás?

FERNANDO. Mira qué en breve lo digo.
Matarle como a enemigo,
y menos después tendrás.

ISABEL. En eso no acertarás;
que tres años de prisión
bastantes castigos son.

FERNANDO. Ya no lo puedo excusar,
ni tú debes replicar
sabiendo mi condición.
A Félix y su criado
un hombre robusto y fuerte
dará esta noche la muerte
violentamente, pagado.
No te desvele el cuidado,
si de mi sangre te abrasa
tanto agravio como pasa.

ISABEL. Oye.

FERNANDO. Después lo dirás,
que no quiero que estén más
los enemigos en casa.

(*Vase.*)

ISABEL.

Cuando pensé que estaba la fortuna
de hacerme mal tan sin razón cansada,
apercibe otra vez la fiera espada
como si hallase resistencia alguna.
Estrellas, cielo, sol, planetas, luna,
¿cómo no detenéis su mano airada
si la inocencia dicen que os agrada
y la malicia os cansa y importuna?
En mi vida, de Félix tan querida,
está su vida, porque vive en ella;
por mí se mueve, de mí vive asida.
Matad mi vida y quedará sin ella;
que si a Félix queréis quitar la vida,
no puede ser si me dejáis con ella.

(*Salen* DON FÉLIX *y* CARRILLO.)

FÉLIX. A tus lastimosas quejas
salgo, querida Isabel,
rota la prisión cruel
donde tan presto me dejas.
Dos meses de ausencia son
los que he vivido sin ti,
que he estado fuera de mí
para romper la prisión.
Tan presto cuando te veo
de mi presencia te vas,
que aun pienso que aquí no estás
y que me engaña el deseo.
Haz, pues eres el sol mío,
lo que el sol; estate un día,
que en la abrasada alma mía
no reina clima tan frío.
Allá cuentan de la tierra
sujeta al Setentrión,
que enteros seis meses son
por los que el sol se destierra.
Y si yo he de ser ansí,
está seis meses de día,
que después, Isabel mía,
harás esta noche en mí.
Si yo con la libertad
que tienen otros viviera;
si libremente anduviera
por el campo y la ciudad,
divirtiera los sentidos
de tu amorosa afición;
pero en aquesta prisión,
¿qué importan ojos ni oídos?
No veo si no te veo,
no oigo si no te escucho,
y esto, mi Isabel, no es mucho.

Ciego soy de tu deseo;
que un ciego, dentro de sí,
forma en la imaginación
las cosas, no como son,
mas como él las pinta allí.
¿Lloras? ¿Qué es esto? ¿Qué tie-
Háblala, Carrillo, llega. [nes?—

CARRILLO. ¿Agora de llanto ciega
después de dos meses vienes?
¡Ah, señora, vuelve en ti!
Esta vida, y aun la mía,
nos viene de tu alegría.

ISABEL. ¿Qué quieres, triste de mí?
Mi padre, determinado
a tan grave desvarío,
me ha dicho que con mi tío
me ha casado.

CARRILLO. ¿Qué es casado?
Pues ¿puédeste tú casar?

FÉLIX. ¿Y de eso son los enojos?
¿Por eso pueden tus ojos
tales eclipses pasar?
¿Hay más de salir de aquí
buscando alguna ocasión,
y este amor, pues es razón,
y cuanto hay de ti y de mí,
decírselo al Asistente
o al Marqués, pues ha venido?

ISABEL. Mayor mal ha sucedido.
No quiera Dios que lo intente.

FÉLIX. ¿Es matarme?

ISABEL. Concertado
para esta noche quedó.

CARRILLO. ¿Entro en esa danza yo?

ISABEL. Así está determinado.

CARRILLO. Saltemos estas paredes;
rompe esas puertas, salgamos;
¿en ese peligro estamos?

FÉLIX. Tú, amigo, romperlas puedes,
que yo aquí quiero morir.

CARRILLO. Como a lechones nos tratan,
que nos engordan y matan.

ISABEL. ¿No será mejor decir
a mi padre la verdad?

FÉLIX. Tienes, señora, razón;
porque romper la prisión
y alborotar la ciudad
no me parece cordura.
Búscame alguna pistola.

CARRILLO. Eso, sí; busca una sola,
ansí Dios te dé ventura,
y el pobre Carrillo muera.

FÉLIX. De tu flaqueza me admiro.

CARRILLO. Búscame, señora, un tiro
que arroje de un golpe fuera
dos quintales, por lo menos,
de plomo o hierro colado.

ISABEL. Pienso que mi padre ha entrado.

FÉLIX. Vete tú, y Elvira denos
las armas que tú quisieres.

ISABEL. Primero me han de matar
que te ofendan.

(*Vase* DOÑA ISABEL.)

CARRILLO. No hay que dar
mucho crédito a mujeres.

FÉLIX. Cuando yo amaba a Isabel
mis locuras perdonabas,
que, amando, me disculpabas
de ser conmigo cruel.
De los peligros huías
porque estabas sin amor,
que de su loco rigor
poca experiencia tenías.
Mas agora que adorando
estás a Elvira, Carrillo,
amando, me maravillo
que estés de morir temblando.

CARRILLO. Señor, decir el que ama
moriré, mataré, haré,
es bueno para el que esté
solicitando a su dama;
pero pasados tres años
de conjunción cada mes,
fuerte capítulo es
hacer a la vida engaños.
Búrlese con el dinero
una mujer, y aun con otro,
porque, en fin, eso y esotro
es del amor lo postrero;
pero cosa del gaznate
y esto de *requiem* es cosa
de sufrir dificultosa;
ni lo digas ni se trate.
¿Haste muerto alguna vez
que tan animoso estás?

FÉLIX. Si quieres bien, tú serás
de mi corazón jüez.
Ven, que nos defenderemos.

CARRILLO. ¿Y a no poder más?

FÉLIX. Morir.

CARRILLO. ¡Qué fácil es de decir
después *cerotem faciemus!*

(*Vanse, y salen el* MARQUÉS *y* HONORIO *y* DON VASCO *y gente.*)

MARQUÉS.

No la quiero pedir de otra manera,
aunque sé que pedírosla pudiera,
pues que por vuestra parte se ha quebrado.

VASCO.

Vos venís, gran señor, mal informado.

HONORIO.

Yo he sido siempre amigo de aquel hombre.

MARQUÉS.

No se conoce, pues calláis el nombre.

HONORIO.

¿Es amistad haberme muerto a Félix?

MARQUÉS.

El jura, y juramentos tan extraños,
que en ellos no podrán caber engaños.

HONORIO.

Pues ¿qué se ha hecho?

MARQUÉS.

Habrá pasado a Italia
desesperado, y él vendrá algún día,
pues no fué parte en el engaño vuestro,
de que corrido, y con razón, me muestro.
Mas no es tiempo de andar averiguando
si es culpado Honorio o don Fernando.
Yo he concertado aqueste casamiento,
y quiera Dios que sea con más dicha.

VASCO.

Yo, señor, no te digo lo que siento;
mas pues doña Isabel ya es mujer mía,
y Amor con todos cuantos son discretos,
o que a lo menos saben sus efetos,
está tan disculpado, agora digo
que venganza no fué de mi enemigo,
sino amor de Isabel y envidia mía
de ver que ya don Félix la tenía.

MARQUÉS.

Según eso, pues vos estáis contento,
confírmese esta paz con casamiento.

VASCO.

Digo, señor, que vamos a su casa,
donde veréis con cuántas humildades
se firman de esta vez las amistades,
que mi hermano querrá lo que yo quiero,
y lo que vos mandáis, que es lo primero.

HONORIO.

Ya deseo que estéis, pues es tan justo,
de mi justa obediencia satisfecho.

MARQUÉS.

Servid a Dios y al Rey con limpio pecho
y no tengáis suspensa con enojos
esta ciudad, de quien los dos sois ojos.

HONORIO.

Vamos, y lo veréis.

MARQUÉS.

Venid conmigo.

VASCO.

Sólo me hiciera de Fernando amigo
el amor de Isabel. ¿Hay tal ventura,
que vengo yo a gozar de su hermosura?

(*Vanse, y salen* DON FERNANDO *y* DOÑA ISABEL.)

FERNANDO. La escritura has de firmar
ya que el notario ha venido,
o he de quitarte la vida.

ISABEL. Riguroso estás conmigo.
Sospecho que has de obligarme
a hacer algún desatino.

FERNANDO. ¿Que desatino es matarme? (1)
¿Tan desigual es tu tío
a tus años y a tu talle,
que en calidad es lo mismo?

ISABEL. Matarte, no; pero darte
ocasión que por castigo
me des tú la muerte a mí.

FERNANDO. Si la hubieres merecido.

ISABEL. Espera, ansí Dios te guarde;
y pues darte el Cielo quiso
entendimiento y edad,
oye sin pasión.

FERNANDO. Replico
que no te quiero escuchar.

ISABEL. Pues no harás en eso oficio
de padre ni de hombre cuerdo.

FERNANDO. ¿Y si te escucho?

ISABEL. Eso pido.

FERNANDO. Di.

ISABEL. ¿Casásteme con Félix,
de tus enemigos hijo?

FERNANDO. Casé, que no te casara.

ISABEL. Fué, cuanto a Dios, mi marido.

FERNANDO. ¿Fué?

(1) Parece equivocado este verso.

ISABEL. ¿No le engañó don Vasco?
FERNANDO. Sí que le engañó.
ISABEL. ¿No vino
a darte satisfación
para morir atrevido?
FERNANDO. Vino.
ISABEL. ¿No le echaste preso
sin culpa?
FERNANDO. Estaba ofendido
de su padre.
ISABEL. Pues yo no
de mi esposo; que a su tío
ni a su padre no miré,
autores de aquel delito,
y así, desde aquella noche...
FERNANDO. ¿Qué dices?
ISABEL. Que le he tenido
por mi esposo.
FERNANDO. Norabuena.
ISABEL. Y así, como a esposo mío...
FERNANDO. ¿Cosa de veras?
ISABEL. Señor,
cuando hallaste a Fernandico,
éste que crías en casa,
a tu puerta...
FERNANDO. ¡Tente!
ISABEL. Digo
que era hijo de los dos,
que, con aquel artificio,
quisimos que le criases.
FERNANDO. ¿Fernandico es vuestro hijo?
¿Este que anda por aquí?
ISABEL. Sí, señor; y Felicicos,
el que está en brazos del ama.
FERNANDO. ¿Otro niño?
ISABEL. Y el más lindo
es éste que hallaste hoy,
que en la huerta le he parido
fingiendo que estaba enferma.
FERNANDO. ¡Tres niños!
ISABEL. Hemos tenido
poco lugar.
FERNANDO. ¡Bien, por Dios!
En tres años hay tres niños,
¿y os ha faltado lugar?
Estoy que pierdo el juicio.
Infame, ¿no los pudieras
matar?
ISABEL. ¡Son tus nietecicos!
FERNANDO. No son. ¡Ah, Dios! ¡Cuánto yerra
quien mete sus enemigos
en casa, pues traje dos
y a tres años tengo cinco!
ISABEL. Pues si enemigos sembraste,
¿qué pensabas coger, higos?
FERNANDO. ¡Desvergonzada!
ISABEL. ¡Ay de mí!
FERNANDO. ¡Si no huyera!...

(*Vase, y sale* ELVIRA.)

ELVIRA. Don Rodrigo
te espera.
FERNANDO. No estoy agora
para hablarle.
ELVIRA. Iré a decirlo.
FERNANDO. Vuelve.
ELVIRA. ¿Qué es lo que me mandas?
FERNANDO. ¿Qué sabes tú de estos hijos?
ELVIRA. ¡Ay, señor; si ya lo sabes,
misericordia te pido!
Palabra y firma me ha dado
de ser mi esposo Carrillo.
FERNANDO. Que no te pregunto eso.
ELVIRA. ¿Qué, señor? ¿Lo de los niños?
Tres son, como mi señora:
Francisquito, un morenillo
que suele andar con Fernando,
y el otro, aunque no le has visto,
es Antoñico, señor,
y el otro llaman Francisco.
FERNANDO. ¿Que tú has parido también?
ELVIRA. Aconsejóme Carrillo
que pariese, si pudiese,
en todo caso en domingo,
y he tenido mucha cuenta
que no fuese en martes.
FERNANDO. Digo
que los enemigos hacen
en casa lindo ejercicio.
Ya eran cinco, y ya son ocho.
¡Vive Dios, que no examino
a Leonor por que no añada
otros tres de don Rodrigo!
ELVIRA. Don Rodrigo ha estado ausente,
que si aquí hubiera asistido
a los nueve de la fama
llegaran tus enemigos.
FERNANDO. ¡Vete con la maldición!
ELVIRA. ¡Señor, señor!
FERNANDO. ¿Que he tenido
esta cosecha en mi casa?
Yo los traje, yo castigo
mis enemigos así,
pues quéjeme de mí mismo.

(*Sale* DON PEDRO *con un* VALENTÓN.)

VALENTÓN. ¿Es esta la casa?
PEDRO. Sí;
pero conviene callar.
VALENTÓN. ¿Dónde se han de trabajar
aquestas muertes?
PEDRO. Aquí.
VALENTÓN. Sepa qué tengo que hacer,
cuántos son, y vengan luego.
PEDRO. No habéis de venir tan ciego.
VALENTÓN. Aguárdame una mujer
por quien tengo que matar
su marido y tres cuñados,
que pienso que son honrados
y tendrán que negociar.
PEDRO. Yo os pondré con esta gente.
VALENTÓN. ¿Es éste?
PEDRO. Tened la mano.
VALENTÓN. A no me hablar...
FERNANDO. ¿Qué hay, hermano?
PEDRO. Aquí viene aquel valiente.
VALENTÓN. ¿Es vuesa merced alguno
de aquestos que han de morir?
FERNANDO. Bien pudiera no vivir.
VALENTÓN. Pues no se queje a ninguno,
que en dándole dos mojadas
no habrá menester doctor.
FERNANDO. Ya, hermano, de nuestro honor
son las cosas acabadas.
Echad este hombre de aquí.
PEDRO. ¿Luego ya no es menester?
FERNANDO. No, que otro yerro ha de ser,
y ése ha de ser para mí.
PEDRO. Gentilhombre, aquesto es hecho.
VALENTÓN. Luego ¿doile?
PEDRO. Estaos quedito.
VALENTÓN. De ésta la nariz le quito.
PEDRO. Antes no sois de provecho,
porque se ha determinado
mirar mejor la razón.
Servíos de este doblón.
VALENTÓN. ¿Un doblón a un hombre honrado
por dos muertes?
PEDRO. Si se hicieran
os valieran cien ducados.
VALENTÓN. Pues muertos o perdonados
los dos, que nunca lo fueran,
¿qué más costa me tenían,
si cuando los concerté
para mí ya los maté?
PEDRO. Cóleras son que se enfrían.
Veis aquí un escudo más.
VALENTÓN. No lo puedo hacer, por Dios.
Eche siquiera otros dos.
FERNANDO. Pues, don Pedro, ¿qué le das?
PEDRO. Deseo echarle de aquí.
FERNANDO. Id en buen hora.
VALENTÓN. Sí haré;
pero otra vez yo sabré
dónde tengo de venir.
¿Trae hombre dos muertes hechas
y vase a quién le vendrán?
FERNANDO. Idos con Dios.
VALENTÓN. Ya se irán.
FERNANDO. Ciertas fueron mis sospechas.
VALENTÓN. Pues por el agua de Dios...
FERNANDO. ¿Hola? Llama un alguacil.
VALENTÓN. Yo os cogeré, viejo vil.
FERNANDO. ¡Matalde!
VALENTÓN. Salgan los dos.
PEDRO. Acábame de contar
qué es esto.

(*Sale un* ESCUDERO.)

ESCUDERO. Aquí está el Marqués.
FERNANDO. Yo te lo diré después,
y después no habrá lugar.

(*Salen el* MARQUÉS *y* HONORIO *y* DON VASCO *y* DON RODRIGO.)

MARQUÉS. Hoy es, señores, el día
que han de quedar confirmadas
estas paces para siempre.
Denme todos la palabra.
FERNANDO. Yo la doy de parte mía.
PEDRO. Yo, señor, la tengo dada.
HONORIO. Yo vengo a ser vuestro amigo.
FERNANDO. Estos brazos os aguardan.
VASCO. Yo, como hijo, señor,
que el señor Marqués me casa
con doña Isabel, os pido
las manos.
FERNANDO. Verdad es llana
que la palabra le di;
pero fué con ignorancia,
porque ya doña Isabel
de secreto está casada.
VASCO. ¿Casada?
MARQUÉS. Mirad, Fernando,
que los que con nobles tratan
han de proceder...
FERNANDO. Señor,
no sé si a Vasco le agrada
llevar a doña Isabel
con tres hijos.

MARQUÉS. ¡Cosa extraña!
¿Tres hijos? ¿De quién o cómo?
Mirad que queda tratada
la paz con este concierto,
y, para más abundancia,
a don Rodrigo he traído,
que de perdonarle es causa
casar a Isabel con Vasco.

RODRIGO. Señor, mirad que no salga
más guerra esta paz de aquí.

FERNANDO. Llama a Isabel y a su hermana,
a Elvira y a sus maridos.

ESCUDERO. Yo voy.

FERNANDO. En mi propia casa
metí el fuego en que se quema.

VASCO. El alma tengo turbada.

FERNANDO. Salgan los hijos también.

VASCO. ¿Hijos también?

FERNANDO. Si no bastan
los padres, puedan los hijos
desempeñar mi palabra.

(*Sàlen* LEONOR *y* DOÑA ISABEL *con* DON FÉLIX *de la mano,* ELVIRA *con* CARRILLO, *y venga un* NIÑO *con ellos, y* BELARDO *con los dos empañados en los dos brazos.*)

HONORIO. ¿Qué es esto?

FERNANDO. Los desposados,
que ha tres años que se hablan,
pensando yo, como necio,
que en prisiones los guardaba.

HONORIO. ¿Es don Félix?

FÉLIX. Sí, señor.

HONORIO. Puesto que de paces trata,
señor, vuestra señoría,
¿cómo quiere que se hagan,
si me ha tenido a don Félix
tres años preso en su casa,
don Fernando, de esta suerte?

FERNANDO. Juzgad, señor, esta causa
cuando un censo o una hacienda
tiene un hombre a quien engaña
si al dueño del principal
justos réditos le pagan.
Tres años tuve a don Félix;
¿de qué se queja y se agravia?
Hijo por año le vuelvo.
¿No pago bien?

MARQUÉS. Lo que basta.

FERNANDO. Pues si me pide a Carrillo,
otros tres, si no me engaña,
tiene de Elvira.

CARRILLO. Y aun pienso
que anda en cuatro la potranca,
que allá los tiene Belardo.

BELARDO. Allá he criado, a Dios gracias,
una colmena de hijos
de la enjambre de esta casta.

VASCO. Señor, pues que ya Isabel
con Félix está casada,
no me nieguen a Leonor.

RODRIGO. Sí negarán.

VASCO. ¿Por qué causa?

RODRIGO. Porque es mi mujer.

PEDRO. Callad,
y no repliquéis palabra,
que os sacarán cuatro niños.

MARQUÉS. Del Cielo es esta venganza;
él lo ha permitido ansí;
las sangres están mezcladas,
y con tan hermosos nietos;
fiestas y paces se hagan
a los nuevos desposorios.

FÉLIX. Aquí la comedia acaba.

FERNANDO. Guardaos de tener, señores,
los enemigos en casa.

FIN DE LA COMEDIA DE *Los enemigos en casa.*

ENGAÑAR A QUIEN ENGAÑA

COMEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

El REY DE NAVARRA.
El PRÍNCIPE DE NAVARRA.
El ALMIRANTE DE ARAGÓN
DON CARLOS, *su hijo.*
DON LOPE.
DON FERNANDO.
ALBA, *infanta de Aragón.*
LAURA, *dama.*
CLARA, *criada.*
TACÓN, *gracioso, criado.*
Un CRIADO.
ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO PRIMERO

(*Salen* DON CARLOS *y* TACÓN.)

CARLOS. No es buen remedio, Tacón.
TACÓN. Para el mal que tú padeces,
no hay cosa como olvidar.
CARLOS. ¿Y si no puedo?
TACÓN. Excelente
remedio para ese efecto;
y sanarás, si tú quieres,
que es dueño la voluntad
de amorosos accidentes.
Lo primero es conferir
que sin prolijos ungüentes (1)
de distintas confituras,
digo, de aquestos afeites,
no hay mujer que se asegure
al dejar hablar ni verse.
Considera su hermosura,
con las faltas que le advierte
el matiz de aquel engaño
que te encanta y desvanece,
y vendrás a sanar luego
si el tiempo memorias vence.
Con ser Alba la que adoras,
si al alba, señor, la vieses,
¡qué de nublados verías
con vislumbres diferentes!
Antojos en la color,
eclipses en el deleite,
menos majestad de rostro,
con términos más corteses.
Y, en fin, humano el imperio
que de allá a dos horas puede,
colocado el artificio,
ser aviso a los pinceles.
CARLOS. Prolijo de disparates
has de estar continuamente.
¿No ves que aquel alba hermosa,
fábrica en copia tan breve,
es forma de altiva mano,
donde la elección de Apeles,
turbado el conocimiento,
sus retratos duda y teme?
¿No ves que, envidioso el sol,
cuando en sus rayos se atreve,
desvanecido permite
que su deidad la venere?
¿Viste el alba?
TACÓN. No, señor.
CARLOS. Ya me enfadas.
TACÓN. Pues qué, ¿quieres
que responda que la he visto
cuando en la rosa amanece?
CARLOS. Si en aquel botón que apenas
el aliento del sol bebe,
y que después, dando al viento
sus matices diferentes,
lo que era globo o bosquejo
a ser estrella se atreve,
así el alba, al mismo tiempo
que la aurora verla quiere,
y su majestad descubre
los celajes que previene,
y a competir con el sol

(1) En los textos, "urgentes", que no hace sentido.

sale después, donde infiere
mi amor que una misma cosa
es al salir que al ponerse.

TACÓN. Finísimo enamorado.
Fallo, como juez, que puedes
quedar condenado a engaños
y a penar eternamente.
Fallo que sufras deseos,
desengaños y desdenes,
pechugueras para el pecho
de esquinada escarcha o nieve;
dolores en la cabeza,
romadizos suspirantes
y, aguardando a ver tu dama,
un "¡agua va!" cuando viene.

CARLOS. Ya me cansas.

TACÓN. Yo lo creo;
que es cosa muy corriente,
cuando se ofrece el remedio,
por no pagarle, ofenderse.
Pero aquí viene la luz
que te alegra y te divierte.

CARLOS. Mejor dirás, ¡ay, desvelos!,
quien me ocasiona la muerte.

(*Sale* ALBA, *infanta.*)

ALBA. (¡Cielos, al paso primero,
la causa de mi dolor!)
¿Carlos?

CARLOS. Sólo tu favor
es por quien vivo y por quien muero (1)
y cuando tan rigurosa...
(Desvelos, ¿adónde vais?
¿Qué rigores animáis?)
efetos, al fin, de hermosa, (2)
tentáis una fe rendida,
que imaginó su desvelo
ser robador de ese cielo,
sombra fué desvanecida.
En vos, en mi tierna edad,
puse firmeza, esperanza,
y hoy muda mi confianza
vuestra misma voluntad.
El alma y la vida os di
en llegando a contemplar
que fué imposible no amar
desde el instante que os vi.
Si fué desvanecimiento
la culpa tuvisteis vos,
Amor, pues pudo en los dos
alimentar un tormento.
Hoy a manos de rigores,
hecho el corazón pedazos,
vuestro sol en otros brazos,
como dueño los favores. (1)
Mañana el Príncipe llega,
tu esposo amante, ¡ay, rigor!;
hoy crece más mi dolor
viviendo esta pasión ciega.
Y tan firme llega a ser
esta pena en mis enojos,
que el alma dice en los ojos
lo que sabe padecer.

ALBA. Carlos, yo os miré, y quereros
fué en mí posible, y quisiera
ser mía para que fuera
eterno el logro de veros.
Consagrara en esos ojos
la fe que les ofrecí,
a ser justa acción en mí
tan liberales despojos.
Pero el dominio mayor
de mi libre voluntad,
imperando majestad,
sujetan a su rigor.
Si finge el entendimiento
no amarte, imposible ha sido
acreditar el olvido
cuando es verdad el tormento.

CARLOS. Cielos, ¿por qué tantos rayos,
si la resistencia es tal
al más débil animal
causáis tan fieros desmayos?
Tres veces vi el sol dorado
con harpón, cometa de oro,
lamer la guedeja al toro,
y otras tres vestir al prado
de diferentes colores,
cuando yo amante fiel
fuí yedra a tanto laurel
entre ejércitos de flores.
Exhalación soy nacida,
que en un punto nace y muere,
flor a quien el rayo hiere
y pierde al punto la vida.
¡Quién te vió, ay, cielos airados!
decir: "Carlos, yo he de ser..."
Mas es más dolor traer

(1) Así en los textos; pero sobra una sílaba. Sobrará el segundo "por".

(2) Este verso dice en los textos "efecto, al fin, de hermosura", que no rima con "rigurosa".

(1) Así en los textos; pero el sentido es obscuro.

tu favor a mis cuidados:
que es rigor tan advertido;
que si el que ama no se muere,
finge la acción, o no quiere,
o le ha faltado el sentido.
Y así yo, con tu licencia,
el remedio he de elegir,
que si es forzoso el morir,
quiero que sea en tu ausencia.

ALBA. Carlos, el valor que siente
se acredita en el rigor;
mas ¿cuál es pena mayor,
la ausencia o el mal presente?
Yo juzgo, a mi parecer,
que el ausencia es mayor mal,
y que en el curso mortal
mayor no le puede haber,
fundada en que el padecer
viene a estribar en ausencia
del bien, en cuya violencia
sus pesares solicita:
ser infierno se acredita
en no ver de Dios la esencia.
Porque si posible fuera
que un alma ya destinada
para la infernal morada
a Dios en su pena viera,
de su dolor careciera
contenta, alegre y gozosa.
Luego la que está celosa,
viendo lo que amando está,
menores penas tendrá
y será, al fin, más dichosa.

CARLOS. Digo que es pena mayor
tener delante los ojos
el bien cuando causa enojos
acreditando el dolor;
porque el más constante amor,
no viendo nada ha sentido
y viendo el dolor ha sido
rayo que el sentido abrasa,
éste a ser infierno pasa
y aquél acaba en olvido.
Que el daño que no alcanzó
la memoria no atormenta,
ni el dolor mortal violenta
cuando oculto se miró.
Mas ¡pobre del que se halló
presente a rigor tan fuerte,
porque muere con advierte, (1)
vive como desdichado,
ama como no estimado
y, en fin, el vivir es muerte!

ALBA. Pues si eso es así, elegir,
Carlos, el medio mejor;
mi hermano es sólo señor
que os puede dejar partir.
Partid, tratad de vivir
si el remedio halláis así,
dejad la memoria en mí.
(¡Oh, qué amante acomodado!) (*Ap.*)
Carlos, Carlos, buen cuidado,
y mirad que soy quien fuí.

(*Vase.*)

CARLOS. Nace una palma vistosa
y, trepando el muro fuerte,
escalar el cielo advierte
cuando, soberbia de hermosa,
menospreciando la rosa,
sube con ligero vuelo;
y hollando el ardiente velo
parte, acreditada yedra,
dejando la última piedra,
a ser narciso del cielo. (1)
Cuando osada y atrevida,
al mismo tiempo que sube,
si fué perfume a una nube
descendió desvanecida
cuando del planeta herida,
que antes fué su propio autor,
fatigada de su ardor,
cosa casi no pensada,
de donde salió formada
baja desmentida flor.
De mi voluntad mi fe
así el principio se mira,
pues en su afecto conspira
la gloria que acredité.
Mi esperanza la flor fué,
que a una condición tirana
rendí, y esperando humana
su voluntad impedida,
soy flor que dura mi vida
de la noche a la mañana.

TACÓN. ¿Das lugar a la pasión
cuando ves que está la Infanta
tan firme, que se adelanta
a más justa estimación?

---

(1) Así en los textos. No sabemos enmendarlo.

(1) Realmente, sólo delirando podría Lope escribir versos como los de esta escena.

¿Pareció de cara hermosa
al decir afectos tales
cuando entre rojos corales
bebe cristales la rosa?
¿Has visto el alba al nacer
que suda el diáfano humor
para que salga mejor
su esposa al amanecer?
Pues así me ha parecido
casi que lloraba, ¡ay, Cielos!
Mas ¡qué bien bordan desvelos
de lágrimas un vestido!
Pero el Rey sale, señor.

CARLOS. ¡Ah, tirano de mis glorias,
verdugo de mis memorias
y, en fin, muerte de mi amor!

(Sale el REY *y* DON LOPE, *hablando los dos.)*

REY. Laura es Fénix de Aragón
y no admite competencia.

LOPE. No castigues mi inocencia.

REY. Conociendo mi pasión,
don Lope, es justo saber
que sólo muy bellos ojos
quiere el alma por despojos,
siendo ilusión el poder.

LOPE. Carlos está aquí, señor.

TACÓN. ¿No llegas a hablar al Rey?

CARLOS. (¡Ay, de honor precisa ley! *(Ap.)*
¡ay, justa pensión de amor!)

REY. Carlos, ¿sin haberme visto
tanto tiempo?

CARLOS. Lo ha causado
de la salud el cuidado;
(¡qué mal mi pasión resisto!) *(Ap.)*
que jamás la voluntad
está empleada más bien
que en el servicio de quien
es dueño de mi humildad.

REY. (Don Lope, yo te prometo *(Aparte.)*
que, a no ser tanto mi amor,
de Carlos, el justo honor
atropellara el respeto
de mi voluntad, que es tal,
tan firme y tantos enojos
me dan de Laura los ojos,
que hallan competencia igual
la inclinación de los dos.

LOPE. Carlos todo lo merece.

REY. En fin, ¿esta noche ofrece
la victoria Leonor?

LOPE. Vos
seréis, señor, dichoso
gozando tanta hermosura.

REY. Mi amor llega a ser locura.

LOPE. El lance es dificultoso,
por ser Carlos caballero
tan de tu sangre y tu casa.

REY. Amor que a locura pasa,
todo lo atropella.

LOPE. Espero
algún daño.

REY. Yo daré
el remedio.

LOPE. ¿Qué ha pensado
vuestra alteza?) (1)

CARLOS. (Tacón, yo he determinado
pedir licencia.

TACÓN. ¿Por qué?

CARLOS. Por ausentarme y estar
donde no vea el suplicio
de mi injusto sacrificio.

TACÓN. El Rey no te la ha de dar,
y así, excusa de pedir.)

LOPE. (Siempre a los Reyes, señor,
les dió el Cielo más favor
para saber discernir.
El acuerdo es extremado:
que menos que a tal grandeza
no rindiera su cabeza
Laura.

REY. Yo, enamorado,
logre esta vez el deseo,
y después, lo soberano
se acreditará en mi mano.

LOPE. Digna es Laura del empleo
que tú le has dedicado.)

REY. Carlos, vuestra persona,
viendo lo que en vos se abona
mi gusto, he determinado
que vos conozcáis en él
la parte mayor, y así,
habéis de acudir por mí,
por noble, bizarro y fiel,
a lo que Lope os dirá.
El cuidado importa, Carlos.

(Vase.)

CARLOS. Tus preceptos, en guardarlos,
nadie me aventajará.

LOPE. Esta noche han de venir

(1) Estas dos palabras sobran para el verso y no hacen falta para el sentido.

dos damas a este palacio,
y en este primer espacio
las tenéis de recibir.
El Rey manda las llevéis
al jardín, sin preguntar
quién son, y allí aguardar
hasta que él vaya podéis.
Esto importa a la obediencia.
Avisar voy.

CARLOS. Es forzoso.

(*Vase.*)

TACÓN. ¡Buen lance para un celoso!
Pide ahora la licencia.

(*Asómese* ALBA *al paño, escuchando.*)

ALBA. (¡Engaños de la paciencia,
pensiones de la afición,
sosegad! ¡Aquí está Carlos!)

TACÓN. El Alba otra vez, señor;
amor la alienta; hazte grave.
Habla con resolución,
que amagos de la altivez
son espuela del Amor.

(*Sale* ALBA.)

CARLOS. ¡Señora!

ALBA. ¿Carlos aquí?
¿Os dió ya el Rey, mi señor,
licencia? Qúe oí le hablasteis.
¿Cuándo es la partida?

TACÓN. Hoy.

CARLOS. Calla, ignorante.

TACÓN. Yo digo
la verdad.

ALBA. Pues di, Tacón,
¿pidió Carlos [la] licencia?

TACÓN. Sí, señora, y respondió
el Rey...

ALBA. Dilo, acaba.

TACÓN. Escucha.
Al cabo de un gran sermón
de aquello "A mi hacienda importa
ausentarme...

CARLOS. ¿No es error
que escuche tu alteza un necio,
cuando es tal mi confusión,
el riesgo tan conocido,
tan gran pérdida tu honor,
tu majestad conocida,
noble tu resolución,
tus finezas ya lisonjas,
firme mi amante valor,
tu empleo y mi muerte cerca,
¿duda en la resolución?
Advertido está el acierto,
pues de ausentarme cobró
la vida entre los peligros
un desahogo interior,
una excusa de los riesgos,
aunque dudosa la voz;
pronunciando estos avisos,
dudo si fuí lo que soy. (1)

ALCA. Carlos, si me escucha alguno...

TACÓN. Aquí no más de Tacón,
y soy tan sordo que apenas
oigo la pronunciación,
que las palabras se pierden.

ALBA. No he de ser la misma yo
que ocasione aquesta ausencia.
Pues ¡ay, incapaz amor,
que imposibles atropellas!
Ten confianza mayor,
que vivo en la fe que ofreces;
pero dime la ocasión
que siendo constante y firme
te anima y te da valor.

CARLOS. ¿No es bastante causa triste
el articular la voz
con un nudo a la garganta,
susto mortal de esta acción,
al pronunciar este afecto,
al distinguirle ¡ay rigor!
queda vivo la alteza arroyo (2)
que lisonja de la flor,
murmura con las arenas,
que al prado límites dió,
y que ofendidos los Cielos
de ver su demostración,
como ingrato del paraje
con acelerado horror
convierte su cristal puro
hielo y que el curso paró?
Así, al decirte la causa
que promueve esta pasión,
murmura mi misma pena
a espaldas de su rigor.
Y el discurso que se esconde
de ver su demostración,
hace que turbe la lengua

---

(1) En los textos, "duda si fuí aquello que soy", que, sin mejorar el sentido, es verso largo.
(2) Así en los textos.

las palabras, porque son
áspides de mis deseos,
siendo hielo de la voz,
quedan suspensas y mudas,
siendo muerte de esta acción.

ALBA. Eso, Carlos, me contenta.
Tema el daño, que es Amor,
que a riesgos tan evidentes
jamás el premio faltó.

CARLOS. ¡Vivas más que el tiempo mismo!

ALBA. Adiós, Carlos.

CARLOS. Alba, adiós.—
Tacón, ¿qué dices?

TACÓN. Licencia,
que un adagio me enseñó:
"Quien se muda, Dios le ayuda."

CARLOS. No en aquesta confusión.

TACÓN. Pues ¿qué intentas?

CARLOS. Ser constante
y vuelva a vivir amor.

(Vanse. Salen LAURA *y* CLARA *con mantos.)*

LAURA. Clara, no hay que persuadirme.
Mujer soy; sólo quisiera
ser deidad, por que no fuera
capaz para arrepentirme.
Si aquesta resolución
te parece liviandad,
aspira a la majestad
de ser reina de Aragón.
Mientras la causa experimenta (1)
el daño mortal criatura,
en su misma pasión dura
porque la hiere y violenta.
Si el fuego a un leño se aplica
siempre el fuego está abrasando,
y, naturalmente hablando,
su mismo ser multiplica.
Pues si entre (2) amor inmortal
de día y de noche veo
enajenado el deseo,
¿cómo ha de cesar el mal?

CLARA. Pues ¿qué intenta el Rey hacer,
ya que en su palacio estamos,
si a mi señor encontramos?

LAURA. Mi hermano mismo ha de ser
el que nos ha de llevar
adonde el Rey ordenare.

CLARA. Grande atrevimiento; pare
esta ignorancia en lograr
la gloria de tus deseos...

LAURA. El cochero y los criados,
¿los dejaste ya avisados?

CLARA. Sí, señora. Los trofeos
de este amor ruego a los Cielos
sean tan a tu elección,
que el ser reina de Aragón
sea eclipse a tus desvelos.

LAURA. A esta parte te retira,
que aquí habemos de aguardar.

CLARA. Oír y ver y callar.
Gente viene.

LAURA. Quién son mira.

CLARA. Tu hermano, señora. Encubre
bien el rostro con el manto.

(Sale CARLOS *y* TACÓN, *de noche.)*

CARLOS. Cuando me abrasa el encanto
que el alma mi fe descubre,
me entretiene el Rey así.

TACÓN. Si es forzoso obedecer,
no hay, señor, sino hacer
lo que te tocare a ti.
Si no miro mal, ya están
las dos que buscáis tapadas
prevenidas y avisadas.

CARLOS. Ellas, sin duda, serán.

TACÓN. Llega, pues; habla con ellas.

CARLOS. Licencia el Rey no me dió
para hablarlas.

TACÓN. Y yo,
¿no puedo, sin conocellas,
decir a la compañera
un millón de disparates?

CARLOS. De obedecer sólo trates,
que es la profesión primera
de honor.

TACÓN. Yo no he tratado
jamás de caballerías.
Mis humanas correrías
estimo y he profesado,
y así de la obligación
en que me pones salí,
que no ha de culparme a mí
la falta de la opinión.

CARLOS. De una obligación prendado
vengo, señora, a serviros,
y si sois vos, advertiros
que el Rey me tiene mandado
que sirva, acompañe y lleve
al jardín; y por la parte

(1) Sobra una sílaba.
(2) Quizá "en mí" y no "entre".

donde estáis, el talle, el arte
que la nube obscura embebe,
juzgo que sois vos, y así
seguid mis pasos, que yo
hago lo que me mandó
quien puede.

LAURA. (Ya vi (1)
el riesgo en que estoy metida.

CLARA. Pues ahora ten valor.

LAURA. ¡Ay, lo que cuesta el amor!
¡Si el menor riesgo es la vida!)

CARLOS. ¿Qué decís, señora?

LAURA. Nada.

CARLOS. Aquí, señora, entraréis
mientras que el dueño tenéis
de Aragón.

TACÓN. Señora tapada, (2)
si de sobra acaso viene,
quédese un poco atrás.
¿Es muda?

CLARA. Pienso que más.

TACÓN. ¡Bizarro tallazo tiene!

CARLOS. Ya cumplí lo que me toca.

(Entranse las dos.)

TACÓN. Y ahora, ¿qué hemos de hacer?

CARLOS. Aguardar al Rey, por ver
lo que manda.

TACÓN. Punto en boca;
que parece que midió
los pasos, tiempo y lugar,
y ya viene por lograr
la gloria que te encargó.

(Sale el REY *y* LOPE, *de noche.)*

REY. Tiempo, si valor tuvieras,
mi pensamiento igualaras;
pero no atrás te quedaras
por más priesa que te dieras.—
Don Lope, ¿si habrá venido
el encanto que deseo?

LOPE. Ya juzgo que a Carlos veo.

CARLOS. (Si él es, efecto ha tenido.

TACÓN. Gente, señor, aparece.

CARLOS. ¿Será el Rey?

TACÓN. No me parece
que tiene talle de rey.) (3)

REY. (¿Si es aqueste Carlos?

(1) Verso corto.
(2) Verso largo. Quizá diría Tacón: "Señá tapada".
(3) Falta el primer verso de esta redondilla.

LOPE. Será fácil cosa, (1)
llegando a reconocerle,
[el] saber quién es.) ¿Quién va?

(Llega LOPE *embozado.)*

CARLOS. El que saberlo pretende,
¿quién es?

REY. El Rey.

CARLOS. ¡Gran señor!

REY. ¿Carlos?

CARLOS. El que apetece
sólo las glorias (2)
de servirte eternamente.

LOPE. (Celosas desconfianzas *(Aparte.)*
donde el ánimo se atreve
a contrastar imposibles
siendo plumas de amor leve.)

REY. ¿Lope?

LOPE. Señor, ¿qué intentas?

REY. Llegar adonde amanece
el sol en púrpura rosa
cuando sus rayos alegres,
siendo anuncio para el día,
cándidos celajes vierte.

LOPE. Muy enamorado estás.
Ya juzgo que Aragón tiene
reina.

REY. Así lo entiendo.

LOPE. En fin, ¿a Carlos pretendes
dejar por custodia tuyo?

REY. ¿Quién hacerlo como él puede?
Que así aseguro de Laura
los ciertos inconvenientes.
Su padre está recogido.
Hasta aquí feliz la suerte
se muestra a mis pretensiones.

LOPE. Ruego al Cielo que lo aciertes.
Yo me voy, con tu licencia.

REY. Lope; entretenerte puedes;
que quedando yo con Carlos
seguro estoy.

(Habla el REY *y* CARLOS; LOPE, *como que se va, vaya diciendo hasta esconderse en la otra puerta:)*

LOPE. (Ya me advierten
los Cielos el desengaño
de tan infelice suerte.
El Rey, amoroso amante,

(1) Pasaje defectuoso por el metro y la rima.
(2) Verso corto. Pudiera leerse: "tan solamente las glorias".

el imposible promete
en palabras que, dudosas,
verdaderas se desmienten.
Si Laura ha de ser mi esposa,
si así tratado lo tiene
su padre... ¿Qué es esto, Cielos?
¿A quién tal lance sucede?
¿Si conseguirá el ser reina?
Padeciendo eternamente
la pérdida de sus ojos,
¿viviera en la pena alegre?
Pero en duda, la elección...)

CARLOS. El servirte eternamente
glorioso blasón es mío.

REY. En esta puerta entretente
hasta que yo salga.

(*Vase.*)

TACÓN. Hombre
a la mar. He aquí vienen
dos hombres. Di, ¿qué has de hacer?

CARLOS. Defender briosamente
la puerta. Pero al jardín
del Rey ¿quién intentar puede
tal acción? ¿Tú no sabrás
pelear con uno?

TACÓN. Mienten, sí,
cuantas imaginaciones
han podido convencerte
a que yo he de pelear.
Tú reñir con ellos puedes,
que yo ni lo he imaginado.

LOPE. (Ya el Rey del jardín parece
que eclipsa pintadas flores,
ya que entre lazos aleves
a la voluntad del alma
en Laura a la gloria advierten.
¡Paciencia, o matadme, Cielos!)

TACÓN. Aquí algún rumor se advierte.
Esto es lo que yo temo.

CARLOS. Cuando mi brazo valiente
tienes a tu lado, ¿tiemblas?

TACÓN. Pues pregunto: ¿es contingente
que el golpe que a mí me tiren,
si hay dos para el ofenderte,
que tú lo excuses, señor?

CARLOS. Sé que la destreza puede
con una mano librarte
y con otra defenderte.

TACÓN. ¿Y si el otro también sabe
esas tretas y apetece
con ambas manos el daño?

CARLOS. ¡Por Dios, que me desvaneces!

LOPE. (Ya no hay resistencia, Cielos.
La llave maestra puede
abrir [la] puerta al jardín;
la industria todo lo vence.
A Carlos he de embestir,
y el valor con celos puede
atropellar imposibles;
que no hay, Amor, que vence (1)
soberanas atenciones
cuando los celos encienden
volcanes de confusión.
Al ruído ha de oponerse
el Rey, y podré, entre tanto,
pues la obscuridad promete
confusas, lóbregas sombras,
hacer que Laura se ausente
fingiendo que el Rey lo manda.
Esto importa. Amor, valedme.)

TACÓN. Señor, que se llega un bulto.
Un gigante me parece.
¡Quién fuera David agora!

CARLOS. Necio, estás impertinente.

TACÓN. Es uno, y a ti te toca;
que vino cómodamente
sin Cirineo en su ayuda.

(*Llega* LOPE *con la espada en la mano.*)

LOPE. Antes que a enojarme llegue,
aquesa puerta me importa
que dejéis.

CARLOS. ¿Quién lo pretende?

LOPE. Ahora lo echaréis de ver,
y que pude resolverme
cuando ya de los peligros
tuve los riesgos presentes.

TACÓN. Vusted no tiene conmigo
qué pedir ni en qué meterse,
que yo vengo con quien vengo.

CARLOS. A un imposible te atreves.

LOPE. Como yo soy imposible,
sólo imposibles pretende
vencer este altivo brazo.

CARLOS. Hombre o demonio, ¿quién eres?
¿qué solicitas?

LOPE. Mataros,
si la entrada se defiende.

TACÓN. Señor, ya digo que yo
soy neutral y que no tiene
en qué meterse conmigo.

---

(1) Así en el original. Quizá "respete".

REY (*dentro*). ¿Quién es el traidor aleve

(*Entranse* CARLOS *y* LOPE *acuchillándose y* TACÓN *sin sacar la espada.*)

que este reino oculto inquieta?
¿Cómo inadvertidamente
este venerado imperio
profanas?

(*Sale el* REY *y* TACÓN.)

TACÓN. El que se atreve
no he conocido quién es.
Soy Tacón, que, al responderte,
desconocílo yo mismo.

REY. ¿Tacón es?

TACÓN. Apenas puede
confesar sus movimientos,
pues la turbación pretende
que, olvidado de mí mismo,
sólo tu piedad espere.

CARLOS (*dentro*). Aunque sean tan veloces
tus pies que a las plumas dejen
atrás, te he de conocer;
mas la obscuridad desvanece (1)
el pensamiento, y perdido
estoy de su vista ausente.
Mas aquí pienso que está.—
Di quién eres, o la muerte
será el fatal precipicio
de tu presunción aleve.

REY. ¿Carlos?

CARLOS. Pues ¿tu alteza aquí?
En los ojos de esta fuente
que adornan jazmín y yedra,
cinamomos y laureles,
se escondió. ¿Quién fué la causa
que tu clausura se inquiete?

REY. (¿Dónde camináis, desvelos?
Mas no, que si Carlos fuese,
con menos justa modestia
cobrara su honor.) No quede
retiro en todo el jardín
que no se busque. (¿Quién puede
creer lo que ha sucedido?)

(*Vanse. Queda* TACÓN *escondido y sale* LAURA *y* LOPE.)

LOPE. Por aquesta parte llegue,
que está más oculto el coche.

LAURA. ¿Que el Rey manda que me ausente,
don Lope?

LOPE. Sí, [mi] señora.

(1) Verso largo.

TACÓN. (Parece que vuelve gente;
y es un ejército entero.)

LOPE. Un hombre, si no desmiente
la obscuridad de la noche,
hacia esta parte parece,
y es fuerza que se desvíe.

TACÓN. (¡Que se llegan! ¿Quién me mete
en usar galanterías?
¿No era mejor esconderme?)

LOPE. Déjeme vusted la calle.

TACÓN. La calle tenerla puede
vuesa merced cuanto guste,
que a intentar no se atreve
mi pecho tan grande carga.

LOPE. No es tiempo de que graceje,
sino, pues le doy que escoja,
irse o pagar con la muerte.

TACÓN. ¡Jesús, de muy buena gana,
pues no hay cólera que anime
lo contrario! Ya me voy.

LOPE. Eso es lo que le conviene.

LAURA. (¡Qué confuso barbarismo
Amor a mi engaño ofrece!
¡Porfiar hasta ser reina!)

LOPE. (Amor, tú me favoreces.)

(*Vanse.*)

TACÓN. Yo salí bien de este engaño.
¿A quién sino a mí suceden
lances tan dignos de esfuerzo?

(*Sale* ALBA *al balcón.*)

ALBA. En aquesta parte hay gente.
El ruido del terrero
ha sido grande, y pretende
el deseo ver si es Carlos.

TACÓN. En aquel balcón parece
que tenemos otro empleo.
Paséome a lo valiente,
despojo todo temor,
y venga lo que viniere.

ALBA. ¿Ce?

TACÓN. ¿Quién pretende ahora,
cuando la noche promete
tal obscuridad, ser día?

ALBA. ¿Es Tacón?

TACÓN. (¡Que luego fuese
conocido cuando quise
ser un gran señor!) ¿Quién puede
ser si no yo quien aguarde
a que esos rayos alegres
me manden en qué les sirva?

ALBA. ¿Tu señor?
TACÓN. El Rey y él pretenden (1)
examinar el jardín
porque dentro de él ver quieren
un hombre, rayo o demonio
de estos de brazo valiente,
acero a lo matador,
que a ellos dos siendo ellos veinte...
ALBA. ¡Qué ensarta de disparates!
TACÓN. No te espantes, que aquí vienen
otros bultos. (Y yo tiemblo.)
ALBA. Si es Carlos, dile que espere,
que le quiero hablar; y adiós.

(*Vase. Sale el* REY *y* CARLOS.)

REY. El imperio de los reyes,
la majestad de su nombre
a semejantes vaivenes
los sujeta la fortuna.
CARLOS. Pues que las damas se fuesen,
¿qué fué la causa, señor,
el temor de conocerlas?—
¿Quién está aquí?
TACÓN. Yo, señor.
REY. ¿Viste salir dos mujeres
por aquí, Tacón?
TACÓN. Sí vi.
(Gracias doy al Rey de reyes
que una vez se vió en comedia
"viste" a que [se] respondiese
con propiedad, sin buscar
a Plinio que lo sentencie.)
Yo las vi entrambas, señor,
y un hombre impertinente,
por que le diese lugar...
REY. ¿Qué
te hizo?
TACÓN. ¿Qué habia de hacerme
estando de esta manera?
REY. ¿Llevóselas?
TACÓN. No hay quien pueda
confesarte lo contrario.
REY. ¡Gallardo brío!
TACÓN. ¡Excelente!
REY. Ya se abrasa el alma en celos.
CARLOS. Tu majestad recogerse
puede, porque ya es muy tarde.
REY. ¡Qué mal puede recogerse
quien tiene un volcán de celos
en el alma!

(1) Verso largo. Pudiera leerse: "Y el rey pretenden".

CARLOS. Lo prudente
tiene en ti más propiedad.
REY. Carlos, cuando el harpón hiere
de Amor, sujeta al cuidado
y la majestad de reyes,
y si a amor se añaden celos,
no hay sujeto que veneren.
Carlos, vos mirad si vuelve.
TACÓN. ¿A qué tiene de volver
si se llevó las mujeres?
REY. Dices la verdad, Tacón.
(Amor, ¿qué género es éste (*Aparte.*)
de tormento y confusión?
Siendo Laura la que puede
prestar al sol hermosura
y es quien es, ¿cómo se atreven?
Desvanecidos engaños,
¿lo que se ve ha de creerse?
Sí; confuso y triste estoy,
paciencia. ¡Cielos, valedme!)

(*Vase.*)

TACÓN. Albricias, señor, albricias...
CARLOS. (Pues ¿ofrecértelas puede
un pensamiento que vive
con amagos de la muerte?)
TACÓN. Porque la Infanta...
CARLOS. ¿Qué dices?
TACÓN. Que la Infanta verte quiere,
que así me lo mandó a mí.
CARLOS. ¿Intentas desvanecerme?
TACÓN. No, que ya está a la ventana. (1)

(ALBA *a la ventana.*)

ALBA. ¿Ce? ¿Es Tacón?
TACÓN. Tacón es,
que sólo a serviros viene.
ALBA. (Cuidadosa vengo, Amor,
por ver lo que ha sucedido;
¡qué imperio tan atrevido
consuela tu loco ardor!)
TACÓN. Animo; llega, señor.
¿Fáltate el atrevimiento?
El celestial firmamento
¿no miras claro, brillante?
Llega con quejas de amante
y avisos de sentimiento.
CARLOS. Las aves reconocidas
ya a vuestros ojos están,

(1) Falta un verso después de éste para la regularidad del romance.

diciendo a voces que os dan
en sacrificio las vidas.
Gloria es el verse vencidas
cuando su canto escucháis,
porque las lisonjeáis
en el atención, señora,
y así a un alma que os adora
vida con la muerte dais.

Yo, que de razón soy parte,
vuestros ojos sigo ahora,
y si os examino aurora
vence este crédito el arte.
Deidad del cielo os reparte
para poder celebraros,
si estuvo el ver en amaros,
los desaires en perderos.
¡Dichoso el que ha de teneros
sin llegar a enamoraros!

¡Dichoso el que ha de llegar
a ser de tan bellos ojos
lazo, venciendo despojos
que amor no pudo alcanzar!
¡Dichoso el que ha de lograr,
en tan apacible suerte,
la gloria que en vos se advierte
con una afición rendida,
pues dándole a Enrique vida
le dais a Carlos la muerte.

ALBA. Carlos, siempre agradecida
de vuestra fineza estoy,
aquélla que vistes soy
constante y reconocida.
Estimad más vuestra vida,
que os prometo que ha costado
más de un amante cuidado.
¿Os hirieron?

CARLOS. Sólo Amor.

ALBA. Yo os agradezco el favor.

(*Vase.*)

CARLOS. Yo a vuestra alteza el cuidado.
¿Qué importa que su favor
dé a mis deseos aliento,
si la presencia del viento
aún tiene imperio mayor?
¿Qué importa que tenga amor
si, abrasado en mis desvelos,
muero a manos de mis celos
viendo que es fuerza el vencer
del Príncipe su poder?
¡Paciencia, o matadme, Cielos!

ACTO SEGUNDO

(*Sale el* PRÍNCIPE DE NAVARRA *y* DON FERNANDO, *de camino.*)

PRÍNCIPE.

Al margen de ese arroyo,
en el blando regazo de esas ondas,
a quien abril compuso
de hermosura y agrado
lo que negó a la selva y quitó el prado,
con tanta variedad en los colores
que, bordando lisonjas a porfía,
cada mancha que el suelo recibía
tan diversos lograba los matices,
que viven ramilletes
sirviendo al sol de alfombras y tapetes
a quien florido prado
marciten (1) en arneses y bridones
tan hijos ya del noto,
que, igualando su ser en la carrera,
poco estrecho parece larga esfera,
pues lisonja del viento,
fueron emulación de su elemento,
sosegad, don Fernando,
en tanto que, celoso del deseo,
doy pena al cuidado,
tan hijo de mi empleo,
que en justa duración del mal usado
vive tan a mi costa en sus enojos,
que infierno es ya lo que esperé despojos.
Mis infantes valientes,
en quien mi enojo y mi poder se fía,
del sol rayos ardientes,
cubran la linfa de esta fuente fría;
serán dibujo hermoso
a la ciudad, a nuestro ejército brioso.

FERNANDO.

Cuando de paz dichosa
con Aragón convocas el deseo,
en una edad hermosa
das lugar a la gloria de Himeneo,
¿armado te previenes,
jinetes juntas y recelos tienes?
Y ya que Zaragoza
ves coronar la frente de rubíes,
y vestido de rosa y alhelíes
parece el rojo dios en su carroza,
y a ver tu esposa vienes,
¿gimes la ausencia de perdidos bienes?

---

(1) Así en los textos.

PRÍNCIPE.

Sí, que Amor pudo errante
no consentir lo que padezco amante,
y así mi confidencia
es tanta, don Fernando, que el ausencia
ha de dudar, aunque presente asisto,
que mal mi amor a mi pesar resisto.
No determino la prisión del alma
sin que primero la amorosa calma
de Lisi, en quien adoro,
vea si priva su mayor tesoro.
Dadme paciencia, Cielo.
Viva el amor y dé muerte al desvelo,
en tanto que yo veo
si de la Infanta de Aragón mi empleo
divierte mi cuidado.
En tanto, disfrazado,
asistiré a su lado cuidadoso,
mi embajador serás; lance forzoso,
de un accidente fiero,
que siento amante y que constante espero.
¡Esta resolución vive en el alma!
Logre mi amor su enamorada palma,
si no de Alba los ojos
privan la fe y excluyen los enojos.
Permite este recato
no conocerme en [no] tener retrato.
Con segura licencia
entra mi Infantería
a ser un sol antípoda del día
en Aragón, en tan seguro engaño,
que no habrá quien prevenga el desengaño,
pues finge mi decoro
guerra a Castilla cuando freno al moro.
El Rey concede mi aprobado intento
y su ejército da plumas al viento
cuando yo, en nuevo abismo,
no conozco mi ciego barbarismo.
¡Aléjense apacibles,
venciendo mi rigor los imposibles,
mis valientes soldados,
de Júpiter afectos animados,
en cuyos tornasoles
arneses lucen y eclipsando soles!

FERNANDO.

¡Dura acción acredita a vuestra alteza!
Alba es eclipse a la mayor belleza;
el mismo sol lo diga,
pues de su luz la misma luz mendiga.
Pero si obedecerte
hoy mi lealtad me advierte,
acredito su invento.
¡Que tanto pueda este interior tormento!

PRÍNCIPE.

Ya ves que mi deseo
duda el afecto de tan alto empleo,
que intento, disfrazado,
dar alivio al cuidado;
que si Alba es premio hermoso
que divierta el incendio riguroso.
Y puede ser, Fernando,
que algún aleve, cuando
estoy a tu servicio conducido,
diga quién soy. Presume que he venido
con alguna cautela
a ser de aleve trato centinela,
no te admires que quiera
tener con mi valor esta frontera;
que es asegurar el daño
prevenir el futuro desengaño.

FERNANDO.

Tu valor a tu ingenio no prefiere.

PRÍNCIPE.

Todo lo mira quien errar no quiere.
Odios al de Aragón tiene Navarra;
quiere que esté mi prevención bizarra
tan cerca a Zaragoza, tan unida,
que, al primer movimiento de mi furia,
ejecute el rigor logros de injuria.
Pues el Rey lo consiente,
¡viva el valor y el atrevido intente!—
Claudio, dame un caballo;
en Zaragoza entremos
a ver la vida en variedad (1) de extremos.

FERNANDO.

Ya el sol ardiente tira
por sus rayos la eclíptica que mira;
llega a ver tu esperanza
en más seguro fin.

PRÍNCIPE.

La confianza
no excluye mis enojos.—
¡Amor, déjame ver con libres ojos!

(*Vanse. Sale el* REY *y* DON LOPE.)

REY. De la suerte que te digo
mi pena se ha acreditado,

---

(1) En los textos, "vanidad", que no hace sentido

dando cuidado á cuidado
sin conocer mi enemigo.
Desvelado en mi temor
y apacible en el tormento,
doy lugar al pensamiento
que acredita este rigor.
Si de Carlos no tuviera
tan justa satisfacción,
muriera de confusión
y más el dolor sintiera.
Salir Laura del jardín
con un hombre acompañada...

LOPE. Parece ilusión soñada.

REY. Ella es la verdad, al fin.
Celoso desasosiego
atormenta el pensamiento,
siendo Laura el alimento
de tan amoroso fuego.
Si acaso sube el recelo
a imaginación de ofensa,
no hay segura recompensa
para tan hermoso cielo.
¡Cielos, no aumentéis desvelos
cuando es preciso el cuidado,
que es menor el mal dudado
que examinados los celos!—
Don Lope, á Laura verás
y de parte de mi amor
cuenta la pena y dolor
y el sentimiento dirás,
y, en fin, que esta noche espero
verla en su casa o vencer
de este desvelo el poder,
si no es que primero muero.

LOPE. Tanto amor parece en ti
descrédito de valor.

REY. No hay poder contra el Amor,
que tiene su imperio en mí.

LOPE. Pues de Carlos, ¿qué has de hacer?
Él te sirve de tercero.

REY. Ocuparle en el terrero,
que es lo más que puede ser.
Esto le importa á mi gusto.

LOPE. A mí, sólo obedecerle.
(¡Cielos, qué infelice suerte!) (*Ap.*)

REY. Sea justo o no sea justo,
esto elige mi deseo.

LOPE. (Amor, ¡qué nuevo cuidado
al pensamiento le has dado!)

REY. ¿Qué dices?

LOPE. Que de tu empleo
nadie goza mayor parte.

REY. Esto importa; parte luego.

(*Vase.*)

LOPE. Ya todo un volcán de fuego
por las venas se reparte.
¡Amor, tu rigor detén;
ver quiero mi desengaño,
porque no es tan grande el daño
cuando no se espera el bien!
Vencer en Laura el desdén
fuera enamorar la arena
y esperar su luz serena
ver sosiego en mi memoria,
pues si no espero su gloria,
menos sentiré mi pena.
Válgame industria y porfía
hasta vencer su rigor,
que el no emprender con amor
indicio es de cobardía.
Mas ¿qué importa mi osadía
cuando tan seguro indicio
de mi muerte está propicio,
que, si le alcanzo, recelo
que será verme en su cielo
para mayor precipicio?

(*Vase. Sale* LAURA *y* CLARA.)

CLARA. ¿Por qué tan triste, señora?

LAURA. No sé, Clara, lo que tengo.

CLARA. Amor será.

LAURA. No lo dudo.

CLARA. Amor que apetece efectos.

LAURA. No sé, Clara; sólo sé
que, apeteciendo el empleo,
muero á manos de un cuidado,
dudando lo que apetezco.
Yo ayer mañana imperioso
imposible en este efecto,
animé resoluciones,
dando el honor escarmientos.
Fuí anoche, como tú sabes,
atropellando el deseo
tanto imposible gigante,
tanto inconveniente cierto,
guiada de una majestad,
de mi amor dichoso empeño,
que, a no ser de aquesta suerte,
no animara el libre exceso.
Cuando a lograr la esperanza,
entre temores resuelto
mi valor, las diversiones
que viste, Clara, padezco,

llegar don Lope y decirme
que el Rey manda que al momento
a mi casa me retire;
yo, confusa, obedecerlo.
Don Lope hallarme turbada;
lo que pasó en el terrero
y lo demás que tú sabes,
me tienen en un aprieto,
que, animando mi valor
y asegurando remedios,
muriendo del bien que vivo,
no vivo del mal que muero.

CLARA. ¿Y qué imaginas?

LAURA. Ser firme;
que a la causa el duelo
permite aqueste decoro
es forzoso mejor medio.
Sólo en lances tan notables
se ha de atropellar el riesgo;
por sólo reinar se excluyen
los más seguros respetos.
Julio César, por reinar,
perdió al decoro el acierto.
Yo, en mi propia obligación,
animo el brioso empeño,
y así, guiada del amor,
Clara, ambiciosa peleo,
por ser tan dueño de mí,
que ningún peligro temo.

CLARA. Señora, tu padre viene.

LAURA. Que me cansa te prometo.

CLARA. Divierte ahora tus penas.

LAURA. ¿No ves que su pensamiento
ofreciéndome a don Lope,
hace mayor mi desvelo?

(*Sale el* ALMIRANTE.)

ALMIR. Mi Laura, sólo un cuidado
me ha traído a tu aposento,
tan lleno de confusiones,
que apenas los pasos muevo,
solícito y cuidadoso,
sin el juvenil aliento,
ya cadáver más que forma
que ofrece triunfos el tiempo.
Antes que holocausto sea
del último fin, pretendo
ver, Laura, tus bellos ojos
en el lazo de Himeneo.
Ya otra vez te he tratado
de tu primo el casamiento:
hoy tiene más pronto el fin;
hoy, con más seguro acierto,
veré el triunfo que me anima
y el mayor bien que deseo.
Ya ves lo bien que te está,
por bizarro, por discreto,
el valimiento del Rey
por tan noble caballero.
No sé que tenga respuesta,
que, pendiente de tu acento,
fluctúa el alma. ¿Qué dices? (1)

LAURA. Que tu elección obedezco.

ALMIR. ¡Dame mil veces tus brazos,
que hoy he visto en el tormento
de mis ya cansados años
los verdores que apetezco!
Esto se hará brevemente;
la licencia al Rey pretendo
pedir mañana. ¡Adiós, Laura!
¡Mil siglos te guarde el Cielo!
¿Qué gusto hay como mirar
que tú guardes mis preceptos?
¡Volver te quiero a abrazar
por el gusto que me has hecho!

(*Vase.*)

LAURA. Ya es más riguroso el mal;
tal, que por su causa intento
afligir el pensamiento,
vivir con pena inmortal,
porque el alma racional,
ya dispuesta a la elección,
si halla imposible la acción
cuando el objeto se inclina,
el tiempo que no termina
es más alma la pasión.
El Rey me habló, le estimé,
y amor tan firme ha vencido,
que esperanza he conducido
con créditos de mi fe;
porque, aunque nunca le hablé
con tierno afecto, ¡ay rigor!,
sé quién es, y de mi amor
juzgo imposible el intento,
y engañando el pensamiento,
hago la pena menor.

CLARA. Si acaso, dime ahora,
el Rey, como puede ser,
estimase otra mujer,
¿qué intentas hacer, señora?

(1) Difícil será creer que Lope pudo escribir tan incorrectos versos.

LAURA. Amar mientras que se ignora,
cuando ya aspiro a reinar.
CLARA. Eso es morir.
LAURA. Es amar.
CLARA. Modera el rigor violento.
LAURA. ¡No hay remedio a mi tormento!
CLARA. Pues morir y porfiar.
LAURA. Así, mi afecto siguiendo
mi padre, y su fe engañando,
iré el riesgo dilatando
que en el alma estoy sintiendo.
Miro el bien, la pena entiendo,
deseo, espero dudando,
el bien y el mal recelando.
En tan confusa violencia,
tan buena es la indiferencia,
que la estoy idolatrando.
Aquí me sirve de vida
lo que divierto la pena;
el pesar que la enajena
gloria es en mí conocida.
Porque si luego, rendida,
he de conocer el daño,
siendo el rigor tan extraño,
la duda intento seguir,
por ver que es mejor vivir
con buena fe en el engaño.
CLARA. Don Lope, señora, viene,
o (1) mejor diré tu daño.
LAURA. Mi amor, para aquese engaño,
nuevos afectos previene.

(*Sale* DON LOPE.)

LOPE. No os parezca atrevimiento
ver que os diga de esta suerte
que vengo a buscar mi muerte
perseguido de un tormento.
Y es tan grande su rigor,
que, aunque me promete vida,
me da la muerte escondida
con una capa de amor.
Matadme o dadme la vida
cuando existe en vuestra mano,
que no espero bien, si gano,
que vos seáis mi homicida.
Veis en mí, en extremos tales,
en una parte mi amor,
y al Rey, amante traidor,
con aparentes señales.
La violencia de mi engaño,
cuando el desengaño veo,
hace mayor el empleo,
aunque miro el desengaño.
Vuestro padre, en este instante,
el "sí" por vos me ofreció,
cuando en dudas concibió
mi pecho esa luz constante. (1)
¡Excluíd la vanidad
de aquesta imaginación!
¡Goce yo la posesión
de esa divina beldad!
LAURA. Admirada, y con razón,
de vuestro extremo he quedado,
porque no sé que haya dado
a aquese amor ocasión.
Caminante a lo ligero,
vuestra pretensión se imita
o cifra en arena escrita (2)
borrada al tiempo primero.
Es (3) de Amor transformación
del amante, en lo que ama;
delirio Ovidio le llama;
yo, un accidente o pasión.
Y en mí falta lo afectuoso
y el olvido se acredita;
poco importa o solicita
vuestro deseo amoroso.
Ya en mí tenéis conocido
este imperioso fervor
que aspira a logro mayor.
Que sirváis al Rey os pido,
y adiós, si no tenéis más
que decir. ¿Que he de escucharos?

(*Vase, y detiénela* LOPE.)

LOPE. Jamás pretendí enojaros.
LAURA. ¿Qué queréis?
CLARA. ¡Cruel estás!
LOPE. El Rey...
LAURA. ¡Oh, qué bien empiezas!
LOPE. (Tened paciencia, valor.)
Me dijo que del favor
de sus constantes finezas
os quiere esta noche dar
segura satisfacción.
Guía una amante pasión
que anoche pudo escuchar
el serviros. (¡Santos Cielos, (*Ap.*)

(1) En los textos, "si".

(1) En los textos, "usar tu inconstante" y "esas tus inconstante".
(2) En los textos, "en corona oscura".
(3) En los textos, "Soy".

tened lástima de mí,
que habré de salir de aquí
muerto de amor y de celos!)

LAURA. ¿Qué modo puede tener
el venir Su Majestad?

LOPE. El modo, esa voluntad
lo tiene de disponer.

LAURA. ¿Y mi hermano?

LOPE. En el terrero
lo tendrá el Rey ocupado.

LAURA. Mi padre estará acostado
a las doce. Vos primero
podéis, don Lope, llegar,
que Clara abrirá la puerta.

(*Vase.*)

LOPE. ¡Qué breve Amor se concierta!
¡Industria, vencer y amar!

(*Vase. Sale el* REY, *el* PRÍNCIPE DE NAVARRA, DON FERNANDO, CARLOS, TACÓN *y* ALBA, *con acompañamiento.*)

FERNANDO. Esta es la causa, señor,
de que el Príncipe no venga.
Y como es forzosa acción
de quien al tálamo llega
llegue libre de accidentes,
quiso asegurar la queja
del camino en el descanso.

REY. Cuando mi reino le espera
con tan bien nacido gusto,
con entrañas tan sinceras,
con amor tan apacible,
y con tan hermosa prenda
como mi hermana, fué agravio.

FERNANDO. Eternice sus finezas
la inmortalidad del tiempo,
que toda su fama (1) mesma
se acreditan en Enrique
paz de tan sangrienta guerra;
llega gozoso a mirarse
en los brazos que deseas,
con gusto de hallar, señor,
en vos amistad más nueva,
que en los tiempos que se os rinden
en anales se celebran.
Trae el más vistoso ejército
que en aparatos fomenta
de Marte la majestad,
de Júpiter la violencia.

REY. De esta vez verá Castilla
el castigo que le espera,
que con el mismo ejercicio
Aragón a Enrique espera.
Todo es plumas, todo es galas,
todo arneses y escarcelas,
por que al Príncipe siguiendo
sea norte de la guerra.
(Amor, ya llego al suplicio. (*Aparte.*)
¡Quién hoy un villano fuera
que, sin crédito de honor,
su fama diera a la ausencia!)

(*El* REY *a* FERNANDO *a solas.*)

(Ya en los ojos dice el alba
ver tu sol alegre espera.
¡Cielos, remediad mis males!)

ALBA. (Carlos, la color depuesta, (*Ap.*)
en los avisos del alma
sus tiernos pesares muestra.
Sienta el querer ausentarse
como riesgos no padezca.
Pero no, Amor apacible,
se ejecuten tus violencias,
que es logro de mi afición
y iré a la parte con ellas.)

FERNANDO. No habrá más gloria en Navarra
que cuando llegue su alteza
a ser el sol de sus muros
y el cielo de sus esferas.

PRÍNCIPE. Fernando, no duda el alma (*Ap. a él*)
Lisis vivo amor fomenta
el hechizo de esos ojos.

REY. Dejar quiero a vuestra alteza
en su cuarto.

ALBA Son favores
de su [real] mano.

REY. Desea
mi amor veros en el trono
que las águilas prosperan. (1)

FERNANDO. ¿Qué te parece, señor?

PRÍNCIPE. Que con el mover la lengua,
con escuchar sus razones,
mal segura recompensa
tiene ya en su incendio amor.

FERNANDO. Ruego a Dios que de Alba seas.

(*Vanse y quedan* CARLOS *y* TACÓN.)

CARLOS.

Fálteme el gusto, soberanos Cielos,
el bien, la paz, amor, el alegría,

(1) En el ms. de Londres, "forma misma".

(1) En los textos, "amparan", que no rima.

y sólo tenga la paciencia mía
ansias, penas, enojos y desvelos. (1)
Engaño, antojos, quejas y porfía,
y escuche al son de la cadena impía
desdenes y congojas, llanto y celos.
Tristezas quiero, Amor, y [quiero] engaños,
porque veo en la fe del bien que adoro
dudas, sustos, temor, males y daños.
Y si por firme gozo el bien que adoro,
cesarán los temidos desengaños
que dudo, sufro, callo, peno y lloro.

TACÓN. No sé cómo te remedie,
cómo te ofrezca consuelo.
Tierno Jeremías eres
y no es tu llanto su ejemplo.
¿Quieres hacer lo que yo
te dijere y te aconsejo?

CARLOS. Excusa tus vanidades,
tus discursivos gracejos.

TACÓN. Olvida.

CARLOS. ¿Cómo olvidar?

TACÓN. De esta suerte: haciendo
un propósito muy firme
de olvidarte a tu desvelo,
o finge que ya no quieres.

CARLOS. No es posible, cuando tengo
el alma en fuego inmortal;
negar mi dolor no puedo.
Haz cuenta que finjo ya
y que en el mismo desvelo
me abraso. ¿Qué importa, dime,
que niegue cuando padezco?
No es posible, Tacón, no,
cuando así estoy padeciendo,
lisonjear el dolor
siendo inmortal el afecto.
Abrásame mis potencias;
¿digo entonces que no siento?
¿Qué importa mentir la boca
si pena el entendimiento?
Aplica el fuego a una mano
y desmiente tú el incendio,
verás si el fuego te abrasa.

TACÓN. Toma para ti el consejo.
Mas el Rey y Lope salen;
Acates es de su imperio.

(*Sale el* REY *y* LOPE.)

REY. Sólo con esta respuesta
tiene mi pesar remedio.—
Carlos, mañana entra aquí
el Príncipe. En vos he puesto
la disposición, el modo,
por que asegura el despejo
de vuestro claro discurso
el más ajustado acierto
para recibirle.

CARLOS. En todo
vuestra grandeza da aumento
a mi humildad.

REY. Esta noche
me aguardad en el terrero
hasta las doce, que yo
iros a buscar pretendo.
Fineza es de amigo, Carlos,
y un rey para amigo es bueno.

CARLOS. Tantos favores, señor...

LOPE. (Favor soberano: ¡Cielos! (*Aparte.*)
No lograrás tu esperanza,
que Amor me dará remedio.)

CARLOS. Obedecerte es en mí
la gloria que yo apetezco.

(*Vase el* REY *y* LOPE. *Sale* ALBA.)

ALBA. Con más atención, pesares;
penas, llegad poco a poco;
no os atropelléis, desdichas,
que valor hay para todo.
Si tratáis de darme muerte,
lisonjead el ahogo,
llegue en su lugar cada uno,
no os turbéis unos con otros;
que si pesares, desdichas,
iras, engaños, enojos,
llegáis en un mismo tiempo, (1)
habrá resistencia, y siendo
corteses en el despojo,
habrá tiempo de matarme
y agradeceré el soborno.

TACÓN. La Infanta, señor, la Infanta.

CARLOS. A cada instante zozobro
en un mar de confusiones,
siendo en amoroso golfo
derrotado bajel yo
entre Caribdis y escollos.

ALBA. ¿Carlos?

CARLOS. ¿Señora?

ALBA. ¿Qué hacéis?

CARLOS. Sintiendo el golpe ambicioso
de la que su corazón,

(1) Falta un verso después de éste para el soneto.

(1) Falta un verso después de éste.

sin respeto a su decoro,
muerde, dando a mis pesares
vida y muerte al bien que lloro.

ALBA. ¿Qué es la causa?

CARLOS. Estar cautiva
la libertad y el reposo.

ALBA. ¿Qué forma es de cautiverio?

CARLOS. Esta, si atiendes un poco.
Cautiva el alma en rigor
en ser violento consiste
cuando amante y firme asiste
haciendo el daño mayor.
Es toda pena menor,
leve toda crueldad (1)
del crédito de mi daño,
juzgo es rigor más extraño
carecer de libertad.
A ésta ha privado el sentido;
pero, amoroso y constante,
en los afectos de amante
miro todo el bien perdido.
Esclavo de amor he sido
por sólo llegar a amaros;
si estuvo el bien en miraros,
los desaires en perderos,
cautivo sin mereceros
y sin premio de obligaros.
De mi libertad ausente
tan ajeno de mí estoy,
que dudo si Carlos soy,
siendo el que adora el que siente.
Sólo en el rigor presente
tan constante y firme estoy,
que tras su rigor me voy
y, de su engaño vencido,
por vos no sé lo que he sido,
por mí no sé lo que soy.

ALBA. Pues ¿qué importa que dudoso
tu afecto te juzgue ahora
esclavo, si el bien que ignora
logras con ser más vistoso?
¿Has visto diamante hermoso
cuyo esplendor eminente
parece cometa ardiente
y luego desvaneció
y al mismo punto quedó
roca de luz aparente?
Así ha sido tu violencia;
porque, con rigor mirada,
es una invención airada
de la amorosa inclemencia.
Pero al punto la apariencia
del rigor de las crueldades
la trueca en comodidades.
Puesto que en mi pecho estás,
mira tú, pues, si serás
más libre en dos voluntades.

CARLOS. Ruego a los Cielos que vivas
la edad del lauro (1) inmortal,
por que del hado fatal
triunfos a tu edad escribas;
mas forzoso es que recibas
de mí el parabién postrero,
cuando amante y firme muero.

ALBA. Ahora no puede ser.

CARLOS. Pues ¿cuándo?

ALBA. Por merecer,
a las doce en el terrero.

CARLOS. (Seguir pienso un imposible.) (*Ap.*)

ALBA. (Yo un imposible vencer.) (*Aparte.*)

CARLOS. Ya está en el riesgo el poder.

ALBA. Todo al amor es posible.

CARLOS. Es el contrario terrible.

ALBA. Yo soy firme. Yo sé amar.

CARLOS. Yo servir.

ALBA. Yo desear.

CARLOS. Yo adorar.

ALBA. [Y yo querer.]

CARLOS. Yo los peligros vencer.

ALBA. Yo tus finezas pagar.

(*Vanse. Sale el* PRÍNCIPE *y* FERNANDO, *de noche.*)

FERNANDO. Galán sale vuestra alteza.

PRÍNCIPE. Me permitió el pensamiento
que el traje se conformase
a medida del deseo.

FERNANDO. ¿Hoy confuso, hoy amoroso,
hoy con süaves acentos,
quejas a un ausente engaño,
suspiros de amante incendio,
y tan divertido ya?

PRÍNCIPE. Sí, que olvida el pensamiento
de los rigores de amor
los soberanos afectos.

FERNANDO. Ya, si no me engaño, estamos.

PRÍNCIPE. Dime, ¿adónde?

FERNANDO. En el terrero.

PRÍNCIPE. A mi gusto has elegido
para estas horas el puesto.

---

(1) Falta aquí un verso a esta décima.

(1) En los textos, "laurel", con lo que el verso resulta largo.

FERNANDO. Huélgome de verte así.
Gente viene a aqueste puesto.
PRÍNCIPE. Serán los que galantean.
FERNANDO. No lo dudo.
PRÍNCIPE. Así lo creo.

(*Sale el* REY *y* DON LOPE, *de noche.*)

REY. Sin duda Carlos está
aguardando en el terrero.
LOPE. Allí dos bultos diviso.
Llegaré a reconocerlos.
REY. No es menester, sino avisa
a Laura.
LOPE. Ya te obedezco.
FERNANDO. Dos hombres de largo pasan,
y el uno a esta parte atento
mira; el otro llega a casa
del Almirante.
REY. Deseos,
lograd más bien mi esperanza.
FERNANDO. Ya el otro se ha entrado dentro.

(*Toca* LOPE *a la ventana y sale* LAURA.)

LAURA. ¿Quién llama?
LOPE. Un muerto (1)
en lo interior, y un vivo
en obedientes afectos
os viene a servir, señora.
LAURA. ¿Es el Rey?
LOPE. Por mis desvelos,
¿no me conocéis?
LAURA. ¿Es Lope?
LOPE. Sí, señora. El Rey perdiendo
la vida hasta hallarla en vos...
(Aquí [yo] la vida pierdo.
¡Cielos, valedme!)
LAURA. ¿Qué dices?
LOPE. Que ya voy... (Celos, (2)
animad mi justo engaño.)
LAURA. Clara está a la puerta.
LOPE. (Cielos,
favoreced mi osadía.)
Ya voy y con el Rey vuelvo.
FERNANDO. (Ya vuelve otra vez el bulto.
PRÍNCIPE. Así, Fernando, divierto
mis penas. Atiende, escucha.
FERNANDO. Está dividido el puesto,
y no pude entender nada.)

(1) Falta un verso antes de éste que, por su parte, es corto.
(2) Verso corto.

LOPE. Clara, al momento que llego
me respondió. Díjome
que está [todavía] dispierto
el Almirante; que aguarde
vuestra alteza aquí un momento.
Y por no ser conocido,
al parque puede, atendiendo
a su amorosa pasión,
divertir un poco el tiempo,
y yo aquí me quedaré
para avisar.
REY. Obedezco
órdenes que son de amor.
Don Lope, vuelve de presto.

(*Vase.*)

LOPE. Ya se fué el Rey, y el engaño
le ha de ofrecer al deseo
el empleo de mi gusto.
Si es traición, amor y celos
la disculpa. Goce a Laura,
y venga la muerte luego.

(*Toca a la puerta y responde* LAURA.)

LAURA. ¿Es el Rey?
LOPE. El mismo soy.
LAURA. Entre vuestra alteza quedo,
que aún no duerme mi padre.

(*Vanse. Sale* CARLOS *y* TACÓN, *de noche.*)

CARLOS. Confusión en que padezco,
engaños en que idolatro,
rigores en que me empleo,
dad más vida a mis pesares,
muerte no, que será exceso.
FERNANDO. (Otros dos bultos se llegan;
y el otro, si mal no entiendo,
ya no parece señor.
Estos pasan al terrero.)
TACÓN. Señor, ¿no ves que nos miran?
CARLOS. ¿Qué importa que miren, necio?
TACÓN. ¿Y si hacen la puntería?
CARLOS. ¿Siempre cautivo del miedo
has de vivir?
TACÓN. He jurado
no tener atrevimiento
a ser de nadie homicida,
y yo, señor, te confieso
que temo encontrar con quien
dé a lo contrario el empleo.
CARLOS. Este cuarto es de la Infanta.
TACÓN. ¡Válgame Dios! ¿Y qué haremos,
que miran?

CARLOS. Calla, cobarde.
TACÓN. Yo me conformo con serlo,
que así podrá ser que venza
con corteses argumentos.
(Toca CARLOS *al balcón.)*
PRÍNCIPE. (Si no me engaño, Fernando,
a los balcones postreros
tocaron.
FERNANDO. Muy bien lo oí.
PRÍNCIPE. Y que éste es el cuarto entiendo
de la Infanta.
FERNANDO. ¿Qué te importa?
PRÍNCIPE. Abrásase el alma en celos.)

(Sale ALBA *al balcón.)*

ALBA. ¿Es Carlos?
CARLOS. ¿Es Alba?
ALBA. Sí.
PRÍNCIPE. (Atienden bien, que el silencio
de la noche lo permite.
Un balcón he visto abierto.)
ALBA. ¿Carlos?
FERNANDO. ("Carlos" entendí.)
CARLOS. ¿Alba?
PRÍNCIPE. ("Alba" de aquí respondieron.
¡Paciencia, celos, valedme!
FERNANDO. ¿Qué es lo que haces?
PRÍNCIPE. Tengo celos.
FERNANDO. Pues ¿qué intentas?
PRÍNCIPE. Divertir
aqueste amor de este puesto.
FERNANDO. Atiende un poco.)
CARLOS. Yo soy
el desdichado primero
que, pagado en las finezas,
muere en peligros tan ciertos.
ALBA. Yo, Carlos, soy la que, amante,
tan justos pesares siento.
¡Mi hermano...
PRÍNCIPE. (¡Ya no hay paciencia!)
TACÓN. ¡Hacia aquí dos caballeros
se llegan, señor! ¡¡Señor!!
CARLOS. ¿Qué dices, cobarde, necio?
TACÓN. Ya te lo dicen a ti.
PRÍNCIPE. Tratad de dejar el puesto,
o ¡vive Dios!
CARLOS. ¿Os burláis?
Que es dudoso el responderos.

(Va saliendo el REY *y párase al paño.)*

REY. Detenerse Lope tanto,
¿qué puede ser? No lo entiendo.
PRÍNCIPE. Ya os digo que lo dejéis,
que importa.
CARLOS. Estoy en el puesto
aguardando justamente
a mi soberano dueño;
y primero que yo deje
de su causa el primer centro,
veréis fluctuar la vida
en tan debidos empeños,
que dudéis si siendo rayo,
hijo del ardiente fuego,
exhalación os aviso
que dando ocasión ofendo.
PRÍNCIPE. Yo soy ardor invencible
que a fabulosos incendios
castigo de aquesta suerte.
(Acuchíllanse.)
CARLOS. ¡Qué mal conocéis mi acero!
ALBA. ¡Ay, Dios, y qué airoso es Carlos
en todos sus movimientos!
El Cielo guarde tu vida.
REY. Este es Carlos, y pretendo
favorecerle, que es justo.
(Entranse acuchillando todos.)
TACÓN. Meta usted paz, caballero.

(Sale LOPE, CLARA *con luz, y* LAURA *en enaguas y la ropa terciada.)*

LAURA. Jamás de tu aleve amor
juzgué tal atrevimiento.
LOPE. Dióme amor valor, y quise
morir en tus ojos bellos,
antes que lograse amante
el Rey lo que esposo pierdo.
LAURA. Yo daré el justo castigo.
LOPE. ¡Señora! ¡Mi bien!
LAURA. Si cuerdo
no os reportáis, daré voces,
que el valor que está en mi pecho
sólo aspira a la grandeza
que vos, traidor y grosero,
divertís.
LOPE. Menos rigor,
que tan soberano incendio
disculpa yerros de amor.
LAURA. No hay disculpa a tales yerros.
CLARA. Señora, si no me engaño,
tu padre de su aposento
sale.

(Dentro el ALMIRANTE.)

ALMIR. ¿Clara? ¿Roperto?
CLARA. ¿Qué piensas hacer, señora?

LAURA. Mata esa luz al momento
y al retrete te retira.

LOPE. ¿Y yo?

LAURA. Buscad el remedio,
que yo, siendo la que soy,
contra tales desaciertos
estoy segura en mi cuarto.
Soy quien soy, mi padre es cuerdo.

LOPE. En esta parte me oculto,
que, aunque el Almirante es viejo,
su valor siempre ha de ser
lo que fué.

(*Escóndese, y sale el* ALMIRANTE.)

ALMIR. ¿Si ha sido sueño
el ruïdo de mi casa?
No; ¡ay, mal nacidos recelos,
que pasos son los que escucho!

(*Sale* CARLOS *con espada y broquel.*)

CARLOS. ¿Tú, señor, tan descompuesto,
y a estas horas?

ALMIR. Carlos, tú
has sido la causa de ellos.

CARLOS. ¿Yo? ¿De qué modo, señor?

ALMIR. Con el demasiado estruendo
en tu venida.

CARLOS. Señor,
aunque ocasionado, atiendo
a tu clausura [el respeto.]

ALMIR. Más graves pesares siento.

CARLOS. ¿Qué tienes? ¿De qué te afliges?

ALMIR. Mirar la casa pretendo.
Tóquete a ti aqueste cuarto.

(*Vase.*)

CARLOS. ¿Hay más penas? ¿Hay más ries- [gos?
Desvelos, ¿qué me queréis?
¿Mi padre con el silencio
de la noche de esta suerte?
¿Yo ocasionado a recelos
en el terrero? ¡Ay, desdichas!
¿Otro mayor mal? ¡Desvelos,
no me despeñéis de altivos!
Buscar a esta parte quiero.

(*Sale* DON LOPE.)

LOPE. Antes me hablaréis a mí.

CARLOS. ¿Pues en mi casa? ¿Qué intento
os mueve, Lope? Decid.

LOPE. Forzoso es obedeceros.

CARLOS. (Cielos, ¿más desdichas faltan?)

LOPE. Bien conocéis que os merezco
por deudo, que soy de Laura
esposo en primer empeño
del gusto de vuestro padre.

CARLOS. Partes son que las confieso.

LOPE. El Rey pretende usurparos
lo que los Cielos os dieron.

CARLOS. Lope, detened la lengua,
pronunciad sagaz y cuerdo
libertades que homicidas
son de un sagrado respeto.

LOPE. Yo soy quien soy, y esto basta,
cuando mi honor con el vuestro
corren parejas, don Carlos;
y si mal seguro en ello
no estáis, aquesta no es parte
adonde satisfaceros
está bien; y en otra adonde
muera a manos de un desvelo,
veréis que siendo quien soy
hallamos el desempeño.

CARLOS. En Miraflor os aguardo.

LOPE. No es, Carlos, facción de riesgos
para que el valor anime
lo brioso del acero;
y así, en palacio mañana
os aguardo, pues es cierto
que la ocupación del Rey
me culpa y disculpa a un tiempo.

CARLOS. ¿Qué enigmas son las que escucho?

LOPE. Carlos, esto importa. Deudo
soy vuestro, y de Laura aborrecido.

CARLOS. Esta es la puerta, yo espero.

LOPE. Yo os buscaré el desengaño.

CARLOS. ¡Qué lance tan fuerte, Cielos!

ACTO TERCERO

(*Sale el* REY *y* DON LOPE.)

REY. Esta es violencia de amor,
y mi pena es tan mortal,
que para decir mi mal
apenas tengo valor.
Cuando acredité posible
la gloria de la esperanza,
una impensada mudanza
hizo el afecto imposible.

LOPE. Yo, señor, en Laura vi
tanta voluntad y fe,
que, como amante, dudé
la esperanza que temí.

Y tanto, que amé dudando
al paso que fuí sintiendo.

REY. Esa condición no entiendo.

LOPE. Quien por ti vive anhelando,
quien por ti espera gozar,
favor por ti ha de tener,
penas por ti padecer,
por ti sufrir y esperar.

REY. Mucho estimo la fineza.

LOPE. Es crédito de mi fe.

REY. De tu precio, Lope, sé
que se ajusta a mi grandeza.

LOPE. En fin, Carlos atrevido,
valiente y bizarro anduvo.

REY. Todas esas partes tuvo:
ser sagaz, cuerdo, entendido.

LOPE. Yo, señor, como aguardaba,
solo el ruído escuché
en su casa, porque fué
al instante que dejaba
su fuerte competidor.

REY. ¿Y qué pudiste alcanzar?

LOPE. Lo que yo pude escuchar
fué que su padre, señor,
confuso y alborotado,
o ya del haber salido
Clara a verme, o del ruido
que Carlos había causado,
el lecho el viejo dejó,
y, la casa examinando,
fué el noble valor mostrando,
y con Carlos encontró...
Pero él viene [aquí.]

(*Sale* CARLOS.)

CARLOS. La misa
vuestra alteza está aguardando.

REY. Valiente sois, Carlos.

CARLOS. Cuando
es la razón precisa,
y en tu servicio, señor,
muestra el ánimo el deseo;
que no hay tan seguro empleo
como servir por amor.

REY. Sois mi amigo, sois gallardo.

LOPE. (¡Qué confuso y triste estoy!)

(*Vase.*)

REY. La vuelta al instante doy.

(*Vase.*)

CARLOS. Aquí, señor, os aguardo.

(*Sale* TACÓN.)

TACÓN. Gracias a Dios que te veo;
glorias a Dios que te hallo,
que te toco y que me miras.
Pues ¿ceño me das en pago
del haber sido estantigua
de todo aqueste palacio,
correvedile de salas,
de un cuarto hasta veinte cuartos?

(*Sale* LOPE.)

LOPE. Yo vengo, Carlos, a veros.

CARLOS. Es tan confuso el cuidado
en que vivo desde anoche,
¿Sabes lo que he imaginado?
no di al licencioso empeño
del sueño el tierno agasajo
que pide su acogimiento.

TACÓN. Después que te he deseado
tanto tiempo ¿no me miras?
¿Sabes lo que he imaginado?
Que después que has dado en cuer-
tus términos conmutando, [do,
corteses en lo ceñoso,
me niegas el rostro y brazos.

CARLOS. Tacón, no estoy para gracias.

TACÓN. Pues ¿crees tú, padre santo,
que te pido me concedas
indulgencia para un año,
o de cien mil, porque nunca
dan menos los Padres Santos?
O ¿dispensas que me case
con una hermana o hermano,
que la prebenda (1) del oro
es artífice extremado?
¿Esto no es así, señor?

LOPE. ¡Por Dios, que estás extremado!
Déjanos un poco solos.

TACÓN. No puede ser, que mi amo
anda en pendencias, y yo,
como astuto y fiel criado,
sus pasos he de seguir.

LOPE. ¿No está más seguro el campo
acompañándole yo?

TACÓN. No, que de ti acompañado,
cumpliendo tu obligación,
habrás de estar por bizarro,
por animoso y valiente,
como otro Marte, a su lado.

---

(1) En el manuscrito de Londres, "prendenga".

Y así, de sus enemigos,
si son muchos los contrarios,
está en pie la competencia;
que yo esos riesgos no aguardo,
sino que, dando la espalda,
no al verdugo, al embozado
que me sigue, me le escurro,
y él, con impulso malvado,
me sigue, y así, yo entonces
hago un gran gusto a mi amo,
pues que delante le quito
lo que tú estás conservando.

CARLOS. Yo te perdono, Tacón;
pero en el primer patio
me aguardas.

TACÓN. Yo te obedezco.
(Mas ¡por Dios!, que he de escucharos
en esta puerta escondidos.)

(Escóndese.)

CARLOS. Ya estamos solos los dos,
ya que queréis que en Palacio
nos viésemos.

LOPE. Es así;
vos confuso, vos turbado,
yo también con una causa.
Escuchad atento, Carlos:
dad a mi lengua el oído,
sin que oséis, precipitado,
dar al enojo la rienda,
que los ánimos bizarros
permitan, pues que yo soy
igualmente interesado.

CARLOS. Con el prólogo previenes
mayores penas que aguardo.
Da la muerte de una vez;
no en retóricos ambagios
me des, en vaso de plata,
el veneno disfrazado.

TACÓN. (¡Válgame Dios, lo que escucho!
Mucho sintiera haber dado
ejecución al deseo
de ausentarme.)

LOPE. Yo soy, Carlos,
bien lo sabes, no lo ignoras,
del Rey seguro cuidado,
de sus memorias el centro,
de sus penas el descanso,
tal vez guía de su gusto,
término que a los privados
les dió la fuerza de estrella.
Cuando este puesto ocupamos
con este seguro, ¡ay, Dios!,
aquí dudoso mal hago,
mal, en mostrarme cobarde,
cuando, imposibles frustrando,
he sido otro griego Ulises
contra un cíclope tirano.
El Rey, cuidadoso amante
de Laura, si enamorado
tanto de sus bellos ojos,
que amoroso he consultado
tal vez por segura joya
de sus sienes y sus años,
me comunicó sus quejas,
me permitió a sus cuidados
diese alivio, y, en fin, ¡Cielos!,
de su amor el secretario
fuese, el instrumento mismo
por do, (1) en tiernos agasajos,
viese en amoroso efecto
de sus memorias el blanco.
Tú fuiste la primer causa,
tú fuiste custodia en tanto
riesgo de su defensa,
que, tu honor atropellando,
vendías tu mismo honor
con el soborno de engaños.
Tú fuiste aquel que al jardín
la cordera mansa en brazos
del lobo pusiste, ¡ay, Dios!;
yo el pastor que en mi cuidado
solicité la defensa,
pues, celoso, atropellando
inconvenientes forzosos,
excusé el fatal asalto;
yo fuí quien a tu valor
incitó, el que, bizarro,
excusó del riesgo a Laura,
pues a su vista llegando,
finjo manda el Rey ausente.
Lo demás de aqueste caso
ya sabrás; cómo pasó
este secreto, este engaño,
porque el Rey no ha visto a Laura;
vive de mí confiado.
Anoche dispone, ¡ay, Cielos!,
entrar a verla en su cuarto;
a ti te manda que asistas
en el terrero, entre tanto
venimos los dos. Yo llego,
con Laura en la reja hablo;

(1) En los textos, "donde", que hace largo el verso.

hallo franca puerta, finjo
al Rey sucesos contrarios,
digo que tu padre vela;
y al par que el Rey, retirado
por mi consejo, imito (1)
su nombre, y en casa entrando,
ve tu hermana mi traición,
y tu padre, alborotado,
se levanta, como viste.
Llegas tú, hállasme cuando
ya yo tus pasos seguía,
de honor y celos tiranos
rendido. Más justo es, sí,
más bien parecido, Carlos,
que, pues yo he de ser su esposo,
de Laura goce los brazos,
y no un Rey, que, aunque se obliga,
no es posible ejecutarlo.
Esta fineza me debes,
gloria de mi pecho hidalgo,
cuidado de lo que adora.
Y si ahora lo alentado
de tu valor no permite
estar satisfecho el caso,
elige en su desempeño
el más seguro descanso,
que a todo riesgo y peligro
es forzoso asegurarlo.

CARLOS. (¡Qué bien que se satisfacen (*Ap.*)
el Rey a Laura adorando
y Carlos la bella Infanta
en el terrero ocupando!
¡Va el Rey a ver lo que estima!
Aquí se cumple el adagio
o refrán tan bien traído
de *engañar a quien engaña.*)—
Hallo que es tan verdadero,
don Lope, vuestro descargo,
que en lo que dudas permito,
más pronto está el desengaño.
¡Cielos! ¡Mi hermana! ¿Es posible?
Mas, ¿a quién no ha sobornado
la ambición de sacra alteza,
del regio imperio el ornato?
¿Qué decís?

LOPE. Que saldrá el Rey
porque ya se habrá acabado
la misa.

CARLOS. Tenéis razón.
Trataremos más despacio
lo que conviene.

LOPE. Está bien.

CARLOS. Adiós, don Lope.

LOPE. Don Carlos,
adiós.

(*Vase.*)

TACÓN. ¿Puedo ya hablar?

CARLOS. Sí.

TACÓN. Parece que te has mudado
de color.

CARLOS. Tuve un cuidado.

TACÓN. ¿Y ese es bastante que a ti
te divierta la color
y enajene el pensamiento
en los peligros de amor?

CARLOS. ¿Qué era lo que me querías?

TACÓN. Dígote que un caballero,
que de su buen modo infiero
y de tantas bizarrías
como usó, lo he decretado,
me dió un papel que te diese,
y yo para mí eligiese
del oro el metal sagrado;
que le pusiese en tu mano
me pidió, y así cumpliendo
la ley de lo que estoy viendo,
te le doy; soy cortesano.

(*Toma* CARLOS *el papel y lee para sí, mirando a* TACÓN.)

(Ya parece que le veo
demudado en la atención,
con la cara de sayón
y el cuerpo de Cireneo.
En las señas de la frente
conozco que he hecho mal.
¡Maldiga Dios el metal,
que tanta traición consiente.)

(*Sale el* REY *con una carta leyendo y* CARLOS *hace lo mismo.*)

REY. (¿Carlos a mi secreto honor (1)
aleve? ¿Carlos atrevido,
y yo de su hermana amante?
¡Con qué pena tan constante,
Cielos, que lucha el sentido!
¿Que anoche el Príncipe fué
con el que Carlos reñía?

(1) En los textos, "admito".

(1) Este verso sobra. Probablemente empezaría la redondilla así: "Carlos aleve, atrevido".

Tan divertido estaría,
que aquí a Carlos no miré.)

TACÓN. (Señor, el Rey te ha mirado.)

CARLOS. ¡Gran señor!

REY. Tacón, despeja.

(CARLOS *oculta el papel.*)

TACÓN. (Ambos con (1) rostro de queja,
y sólo los dos, cuidado
me dan. ¿Qué tengo de hacer?
El Rey me mira y aguarda
que me enseñe una alabarda
el modo de obedecer.)

(*Vase.*)

REY. ¿Qué es lo que contiene
el papel que has ocultado?

CARLOS. De tu respeto obligado,
le guardé; acción no tiene
para poderle ocultar.

REY. ¿Es de alguna dama? (¡Cielos!,
¿que en tan amantes desvelos
dé mi rigor tal lugar?)
Si tiene firma, prometo
por mi Corona real
no verla.

CARLOS. No hay caso igual
que a tu real respeto
no se pueda descubrir.
Son unos versos, señor,
de un nuevo Homero.

REY. ¡Fervor
divino! Por divertir
el tiempo, quiero atendellos.

CARLOS. No hay cosa que a tu grandeza...

REY. ¿Ya la duda y la entereza
os indican sin leellos?

(*Toma el* REY *el papel.*)

CARLOS. (Lo que pudo la Fortuna,
levantó mi osada suerte;
hoy, ¡infeliz!, la pervierte,
siendo túmulo la cuna.)

(*Lee el* REY.)

"Carlos, a ser capaz tu persona al empeño de mi enojo, acreditara la venganza el duelo de los celos, si le pudo merecer mi grandeza; tu castigo gozarás en tu desvanecimiento. El mismo aviso he dedicado al Rey que los demás disgustos de mi reino y el de Aragón la guerra los concluya, pues está a vista de Aragón mi ejército.—*El Príncipe de Navarra.*"

(1) En los textos, "tienen", que alarga el verso.

REY. ¡Don Carlos!

CARLOS. Señor, turbado
al pronunciar la respuesta,
si no con dudas el alma,
toda de dudas cubierta.
Porque, como mejor sabes
tú mismo, señor, te empeñas
que te aguarde en el terrero
hasta que venga tu alteza.
Llegan hombres que no sé
quién son, y es civil bajeza,
volviendo el pecho invencible
a su animada potencia,
que el Príncipe de Navarra,
disfrazado, a Aragón venga,
cuando, con brazos abiertos,
en tan alto empleo espera.
Yo soy Carlos de Cardona,
que defendí tus fronteras,
quien vence tus enemigos,
quien de africanas banderas
los templos de esta ciudad
adorna en lugar de telas.
¿Yo bravo y yo presumido?
¿Yo desvanecido? Piensa,
señor, que aunque soy tu hechura
y es mi sangre tal que puedas
no ver la tuya con otros,
que es mi mayor excelencia,
crédito de tu vasallo,
lealtad que en mi pecho reina,
que, a faltar esta elección
y conocer que había en ella
alguno que te ofendiese,
no la dejara en las venas.
¿Es bien que venga a Aragón
Enrique de esta manera
y te amenace porque
le concediste licencia
para que su Infantería
se alojase en estas tierras,
y de tu corte, señor,
están algunos tan cerca
que se miran los arneses?

REY. (¡Cielos! Carlos manifiesta
el alma en lo que pronuncia;
imposible es que en él quepan
aleves ingratitudes,
tiranas correspondencias.
¡Ay! ¿Cómo allanas, Amor,
con tan evidentes muestras,
dificultades que forman

esta información secreta?
A mí sólo me conviene
hacer que pública ofensa
de Carlos mi mano animo;
con esta otra, a la defensa.
Sale Laura: amante soy.)
Carlos, vuestra casa sea,
hasta que os mande otra cosa,
prisión, o vuestra cabeza
será el riesgo del empeño.

CARLOS. Yo obedezco a vuestra alteza,
y contento en la prisión.

(*Sale* DON LOPE.)

LOPE. ¿Qué causa, Carlos, condena
tu pecho a prisión?

CARLOS. Don Lope,
del Cielo son inclemencias.

REY. ¿Don Lope?

LOPE. ¿Señor?

REY. Don Carlos,
en esta cuadra primera
aguarde, hasta que yo mande
lo que importa.

LOPE. Ya está en ella.—
A tiempo venís, señor,
que el Rey a Carlos ordena
que se entregue a la prisión.

(*Vanse* CARLOS *y* LOPE *y sale el* ALMIRANTE.)

ALMIR. ¿Con aqueste pesar trueca
el Cielo mis regocijos?
Cuando a pedir la licencia
para que se case Laura
vengo, ¿tan penosas nuevas
escucho? ¡Cielos, valedme!
¿He de volverme?

REY. No, llega.

ALMIR. Está divertido el Rey.

REY. (En dos afectos pelea (*Aparte.*)
el alma: el uno de amor
y el otro de honor; pues venza
el honor. Mas está en duda
el delito. ¡Oh, qué violencia
de los hados!)

ALMIR. Vuestra alteza
me dé los pies.

REY. En mis brazos
es muy justo que os merezca.

ALMIR. Señor, no dice el favor
de vuestra mano la muestra
de la pena que me aflige.

REY. Almirante, ¿qué tristeza
tenéis? Levantad del suelo.
No aquesas nevadas hebras
reguéis. Decid: ¿qué tenéis?

ALMIR. Forzoso es que tu grandeza
diga mi mal, que ha bien poco
que era gustosa decencia
de mi amor. Venía a verte,
y ya, trocado y severa
la Fortuna, lo pervierte.

REY. ¿Qué es la causa?

ALMIR. Vuestra alteza
manda a Carlos que esté preso
cuando yo de aquesa pieza
los últimos pasos daba;
que pudo el acento apenas
de repetidas razones
entrar por estas vidrieras
del alma, que son avisos
que antes que el afecto llegan.
Llegara a pedir, señor,
a tu cesárea clemencia,
como a un absoluto dueño,
como a la causa que engendra
en mí el debido respeto,
tu primitiva clemencia
para que se case Laura,
y hallo esotra triste nueva.
Pero primero, señor,
que tu alteza me conceda
este segundo favor,
como padre y viejo, puedan
con vos mis tiernos suspiros,
mis mal repetidas quejas,
saber qué ha sido la causa
de prender a Carlos.

REY. ¿Cesan
con eso vuestros enojos?

ALMIR. ¿Quién duda, señor, que cesan?

REY. Sólo mi gusto, Almirante,
y en Carlos no es prisión ésta
cuando en mi palacio asiste.

ALMIR. Los años viva tu alteza
que aquel ave que a sí misma
en mirra e incienso quema
sus alas, y de sus polvos
renace en su forma mesma.
Y no sólo este favor
mi amor de tu mano espera.
Ya ves mis cansados años,
y que previene más cerca
el último fin que el logro

de otras verdes primaveras,
y morir sin ver a Laura
casada será una ofensa
de mi cuidado, señor,
y así, yo, con tu licencia,
casada la tengo [ya].

REY. ¿Hay quien a Laura merezca
en Aragón?)

LOPE. (Aquí pierdo (*Aparte.*)
el sentido. Aquí navegan
mis pensamientos al puerto,
y en vez de bonanza, encuentran
huracanes de desdichas,
que el noto y el austro alteran.)

ALMIR. Es don Lope, gran señor,
quien mi voluntad desea
darle por esposo.

REY. ¿Don Lope?
Ya, Almirante, están tan cerca
las bodas de la Infanta,
como veis, y por que pueda
mostrar en algo el deseo
que tengo de viva deuda
a vuestra sangre, pretendo
que ambas en un tiempo sean.
Traed a Laura a Palacio;
con mi hermana esté, porque ella
conozca que mis deseos
sólo su aumento desean.

ALMIR. Besad, hijo, al Rey la mano
por una merced tan nueva.

LOPE. ¡Tus pies beso, gran señor!
¡En larga eternidad veas
tus barras triunfar del mundo!

REY. Id, Almirante, por ella,
que es dar dos veces dar luego.

ALMIR. Es justo que te obedezca.

(*Vase.*)

REY. Solos estamos los dos.
Despejad, Lope, las puertas.

LOPE. Ya te obedezco, señor.

REY. ¿Cuál es la mayor ofensa
de una sencilla amistad?

LOPE. La ingratitud.

REY. Y aquésa
¿de qué nace?

LOPE. De ambición,
de amar una cosa mesma
o de inclinación tal vez,
que es fuerza de las estrellas.

REY. Pues, don Lope, si mi amor,
si el poder de mi grandeza,
si los afectos del alma
nuestro gusto señorean,
¿cómo, ingrato; cómo, aleve,
Laura, que es la mayor prenda
del alma la que eterniza
una voluntad suprema,
admitís para el empleo
de himeneo? Mas si fuera
igual en los dos el puesto,
y una la correspondencia,
y comunicando yo
con vos aquesta flaqueza
de amor, vos, inadvertido,
cuando no por competencia,
por ser vapor que se opone
a la luz de más belleza,
no pudiendo el galanteo
vencer la amorosa prenda,
y empleos de aqueste modo
acredita su violencia,
por quitar gustos de amor
lo que lo constante niega,
y gozar del sol los rayos
de este modo consiguieras,
¿era fin que ejecutasen
los celos sus inclemencias,
los agravios?

LOPE. Sí, señor.
Pero atienda vuestra alteza
y verá que de un agravio
saco mayores finezas
que un bruto diamante a quien
le dió una roca, una peña
el nacimiento; tal vez
hace a la vista primera
los efectos engañosos
y purificado queda
con el buril que le traba
de un peñasco activa estrella.
Así yo, señor, atiende,
bruto a tus oídos, piensa
que soy un diamante en quien
puso la naturaleza
partes reales y fe
que ajustan correspondencias.
Con lo que oirás ahora
propia está la consecuencia,
pues el buril de tus obras
purificó mi rudeza.
El Almirante bien sabes
que es mi tío; Laura es bella,

que no hay deudo más cercano
que pudiese merecella.
O ya por tu valimiento,
o por mi mucha nobleza,
tratóme a mí el casamiento;
si un "no" a su gusto ofreciera,
¡qué disgustos asentaba;
que ocasionaba de quejas!
Mas concedí, como oíste,
con tal que de tu licencia
puse el empeño y primero
sabiendo yo que en tu idea
vive Laura y que imposible
es que tú la concedieras.
Y así, cuando agravios formas
de mi segura advertencia,
hallas soy puro diamante
y en tu agravio mi fineza.
Mas si yo te he servido,
mira, señor, a quién premias,
pues te sacrifica errando
tan constantes obediencias.

REY. Yo confieso que ofendí
vuestra amistad, que debiera
tener más justo concepto
de tu amor y tu nobleza.
Dame, don Lope, los brazos.

LOPE. Mira, señor, no te ofenda
con ellos, que soy ingrato.

REY. Vengarse de quien desea
semejantes atenciones,
no es de amor segura prueba.
Amigos somos, don Lope.

LOPE. Mil siglos viva tu alteza.
Pero ¿qué clarín y cajas
la paz de tu reino altera?

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO. El Príncipe de Navarra,
con aparatos de guerra,
asaltando tres castillos
y ganando tus fronteras,
a tus impulsos se atreve;
y están las armas tan cerca,
que sus clarines y trompas
a las cajas hacen señas
de embestir a Zaragoza.

REY. A caber en mi grandeza
pesar, me le hubiera dado
de este suceso la nueva.
¿Navarra se opone así?
¿No sabe que ardiente esfera
de lucidos escuadrones
tiene Zaragoza, prueba
de vencimientos altivos,
tanto, que si le ofendiera
la majestad de algún dios
que vive en ardiente esfera
ciega mariposa rayos
al sol de mi luz muriera?

LOPE. Tú, señor, pusiste a Carlos
en este instante en tu ausencia
y en prisión, y es a quien toca,
ser de Navarra cometa,
pronosticando ruïnas
con la fuerza aragonesa.

REY. Con más atención, enojos;
pesares, menos licencia;
amor, qué breves disculpas;
honor, si engañoso aciertas
ejecutivos agravios,
me aseguras la fineza
de Carlos; aquesto es cierto;
Carlos al Príncipe venza.

LOPE. ¿Qué dice tu majestad?

REY. Lo que fabrica la idea
bien se oculta a la amistad.

LOPE. Me pareció que tu alteza
dijo salga Carlos.

REY. ¿Qué?

LOPE. "Carlos al Príncipe venza."

REY. Dices bien. De aquesa sala
Carlos llegue a mi presencia.

LOPE. Voy, señor, a obedecerte.

REY. ¿Que tan dueño de la guerra;
tan dueño de la campaña
el Príncipe se gobierna,
que mis fronteras le miran,
mis soldados le sujetan
y rayos de mi valor
no le abrasan? Mas si fuera
la competencia en los dos,
una la facción revuelta,
a solas nuestros aceros
tan breve el castigo fuera,
que la ejecución del tiempo,
hijo de la ligereza,
uno, avisado a su curso,
al otro se desmintiera.

(*Sale* LOPE *y* CARLOS.)

LOPE. Esto es lo que pasa, Carlos.

CARLOS. A tus plantas, señor, llega
quien es tu hechura.

REY. Don Carlos,
vuestro valor esta empresa
pide; preso [ya no] estáis;
el Príncipe me hace ofensa,
a vos os toca el castigo,
el Cielo triunfante os vuelva.

(Vase.)

CARLOS. ¿Qué sucesos son aquéstos?
¿El rigor y la clemencia
se mezclaron?

LOPE. Así es.

CARLOS. Lope, yo me voy, que es fuerza.
Ya el pífano avisa el parche;
ya el amor y honor esperan,
dos triunfos a un mismo tiempo.
Esta parte, que es más tenua,
os toque a vos, que yo voy
donde la muerte me lleva
a merecer imposibles
o ver el fin de mis penas.

(Vase. Sale la INFANTA.*)*

ALBA. Divertida entre las flores
en una miré mi amor,
que sólo tuvo de flor
los aparentes colores.
Flor oyó los ruiseñores
porque, al salir la mañana,
nació al ver el sol ufana,
y apenas sus rayos vió,
cuando cadáver se halló
efecto de flor humana.
Así mi amor, breve flor
en don Carlos divertida,
sólo consigue de vida
aquel primer esplendor.
Pero apenas el ardor
de tanto planeta advierte,
cuando ¡ay, rigurosa suerte!
esta, pues, belleza humana,
si fué flor por la mañana,
duerme en brazos de la muerte.
De este modo el alma mía
más símbolo es de la flor,
pues en el primer ardor
desfalleció su osadía.
Si fué flor la que quería
beber del alba el cristal,
yo sí que soy racional
flor, que apenas tuvo ser,
cuando, queriendo nacer,
tuve afecto de mortal.
Y aunque miro el desengaño,
en mí su pena apercibo;
miro el dolor en que vivo,
y amante admiro el engaño.
Gloria me parece el daño
y lisonja mi dolor;
siendo símbolo a la flor,
por Carlos mi amor padece.
Amor, el remedio ofrece,
o dame la muerte, Amor.

(Sale el REY *y* LOPE *por una puerta y por otra el* ALMIRANTE, LAURA *y* CLARA, *y gente.)*

ALMIR. A un tiempo vengo a serviros
y a un tiempo la vida a daros;
cual deidad, sacrificaros
la gloria de mis suspiros.
A un tiempo Carlos, señor,
de honor el alma vestida,
os va a consagrar la vida,
hijo, al fin, de mi valor.
Allí las cajas y trompas
avisan a la batalla;
aquí, por serviros, se halla
Laura en cortesanas pompas.
A nadie le ha sucedido
lo que a mí, pues os entrego
dos hijos a un tiempo, y llego
a ser padre y ser marido.
Y así, aquí doy a tu alteza
la joya que más estimo.

REY. (Poco adoro, pues reprimo
mi amor con tanta belleza.)

LOPE. (Cielos, ¿qué medio ofrecéis
al daño que me lleváis?
O mi vida no estimáis
o mi pena concedéis.)

ALMIR. Dé la mano vuestra alteza
a Laura.

ALBA. En mis brazos quiero
aposentarla primero,
que aquí la naturaleza
cifró todo su poder.

LAURA. Vuestra majestad la mano
me dé.

REY. No, lo soberano
se ministra donde el ser
limita la vanagloria,
y vos, al suelo rendida,
si no es indicio homicida,
la vida os da la victoria.

LAURA. Levánteme vuestra alteza
adonde logre mi vida,
cuando no desvanecida
me consagre a mi rudeza.

REY. No es bien que lo temeroso,
Laura, se acredite en vos.
Casaros queréis las dos;
casamientos son forzosos;
digo de mi hermana y vuestro,
que sean con brevedad.

LOPE. No muestre tu majestad
tanta voluntad tan presto,
que el Almirante, señor,
es noble y es entendido.

REY. Lope, como estoy rendido,
todo mi afecto es amor.

ALMIR. La vida que me dió el Cielo
hoy de más afecto ha sido,
pues Carlos os ha servido,
Laura me quitó el desvelo.
Porque apenas tus soldados
de honor y valor vestidos
de tal general regidos
(perdona afectos criados
de paternal condición), (1)
cuando a una vez aclamaban
en Carlos y en tu justicia,
y a un tiempo espero, señor,
ver, para mayor victoria,
Carlos rendiros la gloria
y triunfo de vencedor.
Clarines, cajas y trompas,
con el súbito alboroto,
muestran que ha vencido Carlos.

(*Cajas, y salgan todos los que pudieren,* DON FERNANDO, CARLOS *y el* PRÍNCIPE.)

CARLOS. A tus pies augustos postro
mi humildad y vencimiento,
y cuando tanto mayor
mi suerte estando a tus pies...
(¡Mi padre y hermana! Enojos,
suspended la turbación. (*Aparte.*)
¡Valedme, Cielos piadosos!
¿Qué es esto, en tan breve ausen-
[cia?)

REY. Ya estoy, Carlos, deseoso
de escuchar tu vencimiento.

CARLOS. Oyeme, pues, quinto Alfonso.
Cuando los ardientes rayos
del planeta luminoso
más benignos se prometen,
se conceden más piadosos,
y cuando de su carrera
por este celeste golfo,
campo de cristal, pasea
en nevado promontorio,
y al mirar del Oceano
en competencia o soborno
de su deidad nubes densas
le ofrece majestuoso,
entonces, invicto Rey,
aqueste epitafio hermoso,
que lisonja de sí mismo
es árbitro de sí propio,
dejé, señor, tu presencia.
No como otras veces oigo
al salir tus estandartes
entre lástimas, sollozos,
quejas por ausentes dueños,
suspiros, penas, enojos,
y esta vez sólo escuché,
en un susurro sonoro,
créditos de vencimiento,
gloria en pesar tan forzoso,
anuncios que en tu servicio
era la victoria el logro.
En fin, con tu campo marcho,
viendo en tus infantes sólo
un eco, que repetía
del empeño a que postro
el triunfo; pero son tales
tus infantes animosos,
que cada uno prometió
la victoria por sí solo.
Y apenas dejo las puertas
de este edificio soberbio
del Alcázar, donde habita
el que muere y vive a soplos,
cuando a la vista del prado,
cuyo ramillete de olmos
bastidor de primavera
y lisonja del agosto,
vió la marcial palestra
que, con afecto ambicioso,
por hurtar rayos al sol,
fué todo soles del soto.
Y al tiempo que ya lucía
con cambiantes rayos rojos
esa lámpara del día,
digna majestad de Apolo,
puse en orden mis soldados,
y Enrique, como glorioso

(1) Este verso y los dos siguientes ni forman redondilla, aun incompleta, ni tienen sentido.

o capaz del vencimiento,
más libre que cuidadoso,
hace lo mismo; y al tiempo
que los ecos del sonoro
parche avisan que se embistan,
al encuentro impetuoso
verías que tuvo el sol,
o de lástima o de enojo
de ver el seguro empeño,
casi oculto el bello rostro.
Y por que no se alabase,
prudente o vanaglorioso,
que a la vista de tu corte,
de tus murallas y fosos
dió el asalto, yo, primero
que oyese los silbos roncos,
de incendios articulados,
volcán se vió lo que sólo
empezó la batería,
las flechas y el libre plomo,
presunción vana de aire,
cometa fué luminoso
de las flechas de ambas partes.
Fué tanto el feliz aborto,
que impelidos del aire,
entretejidos los trozos,
fueron del sol celosías
por donde, con más decoro,
viese de este vencimiento
el encuentro impetuoso.
El campo discurro altivo;
a los soberbios me opongo,
que el rigor en los humildes
es del vencedor oprobio.
Tantos temieron mi brazo,
que, si el acero dispongo
a la ejecución, murieron
muchos del amago solo,
o, sin duda, que la muerte,
viendo el ímpetu brioso,
ambiciosa de matar,
dando a su segur los logros,
me dejó la ejecución
por parecer que en mí solo
estaba más pronto el fin
que no en el rigor de Cloto.
Soborno fué a mi valor,
que si pudo ser el odio
de mi brazo, aun a la muerte
pudo causarle alboroto.
Tantos, señor, ¿no te admiras?,
murieron en el destrozo,
que sirvieron de trincheras
a mi campo victorioso;
y comparada la gente
con los instantes, no ignoro
que maté dos hombres yo
por cada un instante solo.
En este tiempo a altas voces
Enrique, que cauteloso
se prometió el vencimiento,
le cantó el ehojo elogios.
Me llama, y yo, que le escucho
en un andaluz cerdoso,
hijo de la cuarta esfera,
digna emulación de sólo
quien del cordón al copete
de espuma o de sangre rojo,
siendo nieve se formaba,
nada entre soberbio golfo,
tanto, que aun el bruto mismo,
de esas acciones celoso,
viendo su fama en la espuma,
tuvo de razón asomos,
le embisto, señor; venía
en un escocés airoso,
tan galán, que pudo, altivo,
hollar los ardientes polos;
tan ajustado a la industria
de su ímpetu, de su modo,
que una forma parecían
asidos el uno al otro.
Yo en mi brioso andaluz,
que, sujeto y cuidadoso
al aviso de la rienda,
midió grano a grano el polvo,
tan leve en la presunción
y tan valiente en lo pronto,
que era cometa con alma
y rayo por lo furioso.
Eran, pues, si dos montañas,
avisadas del enojo,
sabe Dios, señor, si viendo
al Príncipe tan furioso,
tan bizarro, tan valiente,
a ser posible el decoro
de ese respeto en mi pecho,
venciera lo generoso.
Pero como tu servicio
y mi honor delante pongo,
monte animado parezco
si él Monjibelo ambicioso.
Tal fué el golpe de los dos,
que, estremecidos los globos

celestes, titubeó
todo el pavimento hermoso.
Ambos, del soberbio golpe,
los sentidos sin decoro,
rotas las soberbias lanzas,
que fueron duros escollos;
los escudos maltratados,
casi los aceros rotos,
siendo el triunfo del peligro,
fuimos de la tierra asombro.
Volvió su alteza a su escudo,
el mío gozo, y tan otro
me hallé, perdóneme Enrique
y su cesáreo decoro,
que antes que el altivo brazo
ministrase al desahogo,
tuve, con su vencimiento,
triunfos con que me corono.
La vitoria cantó el campo,
examinaron despojos
los tuyos en los vencidos,
que pienso vuelven tan pocos
que den la nueva en Navarra,
que será bien que nosotros
la diésemos, si es soberbia,
ya su cierto mauseolo
y mi fama lo publica.
Esta es, dueño generoso,
la vitoria, ésta la acción
a que hoy me enviaste y postro
a tus pies, que es un servicio
que tiene el mundo invidioso.

REY. Pena por el vencimiento
con que a vuestra alteza hallo.
Cuando le admita seguro
nuevo favor a mis brazos.

CARLOS. Me contemplo en mi gloria. (1)

PRÍNCIPE. Es el mayor agasajo,
pues descrédito que miro
hace más altivo a Carlos.
Es logro del que es vencido
ser el vencedor bizarro,
y así, señor, yo concedo
lo que está capitulado,
dando la mano a la Infanta.

REY. ¿Qué importa que esté la mano
de vuestra alteza tan pronta?
Si no discurre avisado
en su papel su recelo,
y si fué el aviso malo
lo de si fué o no fué
del honor justo embarazo.
No importa que sea buena
para vuestra alteza, en tanto
que el vulgo (si lo ha sabido)
acredita lo contrario.
Y así, pues tuvo valor
para merecerle Carlos,
como vuestra alteza dice,
favores de Alba, la mano
le dé de esposo, que, en fin,
es mi sangre y la he ganado
haciendo a un tiempo dos logros.
Vuestra alteza puede, en tanto,
volverse a su tierra, adonde
si pareciese acertado,
volver a ver a Aragón,
podrá bien, pues vive Carlos.

CARLOS. Señor, tu favor admito.

ALBA. Es acuerdo soberano,
y confieso a la elección
lo piadoso de los hados.

ALMIR. Señor, en tan dulce día
permite a Laura el estado
que he pedido.

REY. Al instante.
Laura, ¿vos queréis casaros
con don Lope?

LAURA. Vuestra alteza
tiene el gusto decretado
de mi obediencia.

REY. Es así,
cuando mi hermana consagro
a mi misma sangre, yo
puedo también dar la mano
a Laura.

LAURA. Con mi silencio
te responda.

ALMIR. ¡Cielos santos,
todos son favores vuestros!

TACÓN. Porque no tienen criados
ningunos de estos señores,
Clara, he de ser tu velado.

LOPE. Sólo yo padezco penas;
sólo yo, de amor prendado,
vine a ver cierto el refrán
de *engañar a quien engaña*,
pues no le valió a mi ingenio
artificiosos engaños,
porque el poder y el amor
son poderosos contrarios.

FIN

(1) Este incorrecto pasaje está así en el original.

EL ENGAÑO EN LA VERDAD

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA VALLEJO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

MARCELA, *duquesa de Ferrara.*
LEONARDO.
OTAVIO, *viejo.*
MILÁN, *lacayo.*
SERAFINA, *dama.*
CARLOS, *duque de Ferrara.*
BELARDO, *labrador.*
DANTEO, *villano.*
OTÓN.
GUARDA.
LISARDA, *labradora.*
ALBERTO.
ELICIO, (1) *escribano.*
[VERDUGO.
CRIADOS.]

JORNADA PRIMERA

(*Dicen dentro:*)

¡Huíd, que de las montañas (2)
furioso baja un león!
¡Huíd, huíd, cazadores,
al valle, hacia el valle!

(*Sale* MARCELA, *duquesa de Ferrara, sola, huyendo y turbada.*)

MARCELA. ¡Ay, Dios!
¿Adónde podré esconderme?
que me ha turbado el temor.
Sola me dejaron todos:
Federico, Otavio, Otón,
Pompeyo, Florelo, Fabio;
Leonardo también huyó,
que en el peligro evidente
muy pocos tienen valor.
¡Yo soy muerta!

(*Salen* LEONARDO, *galán;* OTAVIO, *viejo, y otros dos, o tres, las espadas desnudas.*)

LEONARDO. De una fiera
infame ha sido el temor,
pues arrastró la nobleza
hoy a los ojos del sol.

(1) Este personaje está nombrado dos veces en la lista.

(2) Para que se pueda juzgar de la exactitud de lo que en el *Prólogo* afirmamos en cuanto a la relación de esta comedia con la de Matías de los Reyes, impresa a nombre de LOPE, con el título de *Di mentira, sacarás verdad,* en la *Parte XXII* extravagante de LOPE DE VEGA (Zaragoza, 1630), copiaremos algunos trozos de esta comedia. Véase ya su comienzo:

CAZADOR 1.º ¡Guarda el león, que al veloz
viento en ligereza iguala!
CAZADOR 2.º Rabia escupe, fuego exhala
de aliento y vista feroz.
REY. Seguid todos a Su Alteza,
que es peligrosa ocasión;
no ofenda el fiero león
a mi vida en su belleza.
CAZADOR 3.º ¡Huyamos a la espesura,
que defendernos podrá!
UNOS. ¡Guarda el león!
OTROS. Por acá.
REINA. ¿Aquésta llaman holgura?
Renúnciola desde aquí
para mientras yo viviere.
ARNESTO. Vuestra Alteza no se altere,
que tiene defensa en mí.
REINA. Nada puede asegurarme,
que es gigante en mí el temor.
ARNESTO. Peligro mucho mayor
podrás, Reina, confiarme.
REINA. Llevadme al punto de aquí.
DUQUE. Vuestra Alteza se reporte.
REINA. Volvedme luego a la Corte
si queréis que vuelva en mí.
Buscad al Rey al momento
y prevenidme litera,
que no puedo aquesta fiera
echar de mi pensamiento.
ARNESTO. (A mi Rosarda no veo; (*Aparte.*)
su defensa al Cielo pido.)
REINA. Tal temor he recibido
que estoy viva y no lo creo.
¿Cómo no veo mujer
de las mías? ¿Dónde están?
DUQUE. Siguiendo, sin duda, irán
la flaqueza de su ser.
Habrán huído.
REINA. Buscadlas.
DUQUE. No hay flaqueza que temer,

No temas, señora. Vuelve
a tu Adonis cazador,
de cuyos brazos confío
mayores hazañas yo.

MARCELA. ¡Tío Otavio!

OTAVIO. ¡Mi Marcela,
sangre de este corazón,
duquesa y señora mía!

MARCELA. Aún no puedo dar la voz,
según temo y según siento.

OTAVIO. Ya, señora, huyó el león
temeroso de tus ojos,
si de nuestras armas no.

MARCELA. ¿Adónde el Duque estará?

OTAVIO. Buscándote, que el amor
mal asegura en la ausencia,
que es el peligro mayor.

MARCELA. Témole, Otavio.

LEONARDO. ¿De qué,
si el príncipe, mi señor,

---

que bien las podrá esconder
este monte entre sus faldas.

REINA. Pues buscadlas, sin embargo;
recorra el monte mi guarda.

ARNESTO. ¡Ay, mi querida Rosarda!
Yo de ti sola me encargo.
Mauricio, de mi recelo
tienes premisa bastante;
cerca el monte en un instante
y haz lo que sabes.

MAURICIO. Harélo.

(Vase.)

REINA. Venid todos á mi lado
hasta que al Rey encontremos.

DUQUE. Todos sirviéndote iremos.

REINA. Mucho temor he cobrado.

(Vanse, y sale MAURICIO.*)*

MAURICIO. Por este bosque sombrío
el camino he de seguir;
pero, al Rey veo venir
y al dueño del que lo es mío.
Aquí en esta senda estrecha
los escucharé escondido
por saber si cierta ha sido
su recelosa sospecha.

(Sale el REY *deteniendo a* ROSARDA.*)*

REY. Dad ya de mano al temor,
pues a vuestro lado vengo.

ROSARDA. Y aun por esa causa tengo
ese cuidado, señor;
que puede mi mala suerte
serme tan contraria aquí,
que por defenderme a mí
el león os dé la muerte.
Defiéndase vuestra vida,
que la mía importa nada.

REY. Estáis, Rosarda, engañada.

ROSARDA. Antes, señor, advertida;
que en buena razón y ley,
aunque más vengáis a amallos,
más que las de mil vasallos
vale la vida de un Rey.
Veros solo me da pena.

REY. Desengañaros querría
que, en razón de compañía,
sólo la vuestra hallo buena.
Vos sois mi remedio ya.

ROSARDA. Tal valor no me prometo,
que soy mujer, en efeto.

REY. Pues en eso el caso está.

ROSARDA. La vitoria es muy impropria
en el mujeril valor.

REY. Y ésta más, pues no es menor
que venceros a vos propria.

ROSARDA. Con tanto cuidado estoy,
que nada entenderos puedo.

REY. Bien podéis perder el miedo;
desto mi palabra os doy.
Justo es ya desengañaros;
advertid que este rüido
fué por mi orden fingido,
por tener lugar de hablaros.
Que la Reina, que ha notado
el fuego de mi afición,
por más ligera ocasión
nunca dejara mi lado.
Y pues mi suerte ha querido
lograr mi engaño amoroso
y a punto tan venturoso
mi deseo ha conducido,
permitid, bella Rosarda,
dar licencia a mis suspiros,
para que pueda deciros
lo que mi lengua acobarda.
Volved, señora, esos ojos,
dueños del triunfo mayor;
ved que a esos pies rinde Amor
Rey y reinos en despojos.
Pues sois ya dueño del alma,
mi reino lo menos es,
que el principal interés
es ganar del alma palma.
En fe de esto me prometo,
y de vuestra cortesía,
que la altiva intención mía
surtirá dichoso efeto.
Comenzad, pues, a dar muestra
de la estima deste amor.
Dadme una mano.

ROSARDA. Señor:
¡Jesús!, detened la vuestra.
Tanta lisonja excusad;
que no acabo de entender
lo que puede pretender
de mí Vuestra Majestad.

REY. Lograr tan dichoso empleo,
aunque mi reino aventure.

ROSARDA. Vuestra Alteza se procure
templar en caso tan feo;

es para las fieras hombre,
para los hombres león?

MARCELA. ¿Adónde fueron mis damas?

OTAVIO. Donde el temor las llevó.

MARCELA. ¿Y Serafina, tu hija?

OTAVIO. Pienso que el Duque acudió
a socorrerla.

LEONARDO. (¡Ay de mí!
¡Ay, celos!)

MARCELA. Celosa estoy,
que si engaña la hermosura
poderosa es la ocasión;
de Elisa Dido y Eneas
retrato las cazas hoy,
y que las cuevas del monte
todas en mi agravio son.

LEONARDO. (¿El Duque y mi Serafina
a solas? ¡Celos, rigor,
furias, tormentos, infiernos,
crueldad, desesperación,
llevadme a mí donde están!
No me llevéis, que es menor
en duda cualquier ofensa
y el desengaño traición.
No quiero desengañarme,
pues tengo por opinión
que el engaño y la esperanza
una misma cosa son.
Serafina, al fin, es noble,
y el Duque... Mas ¿dónde voy
cuando me abrasan sospechas
y me acobarda el temor?)

MARCELA. Venid conmigo, Leonardo,
y venid, Otavio, vos,
que lo que no quería hallar
ahora buscando voy.

LEONARDO. (¿El Duque y mi Serafina
a solas? ¡Celos, rigor,
fuerzas, (1) tormentos, infiernos,
crueldad, desesperación,
llevadme a mí donde están!)

(Sale MILÁN, *lacayo, tropezando, y cayendo, y con la espada desnuda.)*

MILÁN. ¡Oh, pesia a quien me parió!
¡Qué cuchillada le di
y qué uñarada me dió!
¡Ténganme, cuerpo de tal!

LEONARDO. ¿Qué es esto, Milán?

MILÁN. Señor,
hacer lo que hicieron todos,
si menos cobarde yo;
reñí con ese leoncillo
y, en efeto...

OTAVIO. ¡Buen humor!

LEONARDO. (Milán, busca al serafín
que para mi mal formó
con deidad Naturaleza,
mudable la inclinación.
Vuela.

MILÁN. ¿Sin alas?

LEONARDO. Pues corre
el monte desde el balcón
donde se asoma la aurora

---

porque si acaso porfía
poner su intento en efeto,
he de perder el respeto
a tanta descortesía.
(Hasta aquí disimulé,
sin darme por entendida;
y ya, aunque pierda la vida,
sospecho que no podré.)
¿Qué es esto, señor? ¿No advierte
Vuestra Majestad que soy
hija...?

REY. Mi palabra os doy
de que está echada la suerte.
Hija sois de Federico,
el Duque; yo no lo niego;
pero estando de amor ciego
mal a discursos me aplico.
Reportarme no podré
con lugar, tiempo y ventura,
pues cualquiera me asegura
lo que un siglo deseé.

ROSARDA. Dice que me tiene amor,
y es engaño manifiesto,
que un afecto deshonesto
no es amor, sino furor.
Quien ama es fuerza que ame
de quien amare el honor;
porque ese otro no es amor
sino un apetito infame.
Advierta que si desprecia
mi valor por ser mujer,
que forzada vendré a ser
famosa como Lucrecia.
Y cuando tan vil destrozo
en mi casto honor se vea,
si un capitán Timoclea,
yo echaré un rey en el pozo.

MAURICIO. ¿Quién vió en mujer tal constancia,
que, por lo que ha sucedido,
hizo en honra del marido
más honrosa repugnancia?
Yo quiero con mi presencia
evitar daño mayor.

(1) En el original, así; pero antes, que repitió estos mismos versos, dijo "furias", que parece más propio.

por ver madrugar al sol.
Corre las torres soberbias
desde el gigante Nembrot
a la vanidad egipcia. (1)

MILÁN. No soy tan gran corredor,
si bien con serlo de cambios
he visto yo más de dos
que para correr al mundo
les dió su vida ocasión.
Buscaré a tu Serafina.
¿Quieres más?

LEONARDO. La dilación
me ofende.

MILÁN. Sígueme tú,
que yo con tus alas voy.)

MARCELA. ¿Dónde vas?

MILÁN. A asegurarte
de no nada que es león, (2)
éste de quien no hacen cuenta
ni discreción ni valor,
y yo la hiciera más bien
de una bota y de un jamón,
que para correr los montes
son alas de un bebedor.

MARCELA. Vamos, que ya hace caso,
ciega, la imaginación,
y es dar lugar al efecto
bárbara ley del error.

(*Vanse, y sale* SERAFINA, *dama, y* CARLOS, *duque de Ferrara.*)

CARLOS. Cese, mi bien, el temor,
pues hay amor que os defienda.

SERAFINA. Que a vuestra grandeza ofenda
es lo que temo, señor.
Yo vuestra ofensa (3) recelo.

CARLOS. Ninguna ley (4) me acobarda
con un serafín de guarda
y un sol mayor que el del cielo.
Otro pensamiento mueve,
si no es desdén, tu tristeza,
que soy yo, y a la grandeza
nadie con la luz se atreve.

SERAFINA. Mal podrán tus fuerzas solas.

CARLOS. Serafina, así es verdad;
pero la mayor crueldad
se vence mejor a solas.
Y aunque la ocasión esfuerza
los términos del vencer,
hoy la razón ha de hacer
lo que pudiera la fuerza.
Que es noble la calidad
que con la piedad se abona,
y amor no tiene corona,
si no es la de la piedad.

SERAFINA. Con tanto cuidado voy,
que oírte, señor, no puedo.

CARLOS. No te canses.

SERAFINA. Con el miedo
en lo que dices no estoy.

CARLOS. Si a mí tu ser me asegura,
en vano, mi bien, te alteras,
que reconocen las fieras
respetos de la hermosura.
Mi suerte es bien que mejores
cuando honras cielos y suelo
con nuevas luces al cielo
y al suelo con varias flores.
No temas la fiera incierta,
que, por darme esta ocasión,
fingido ha sido el león.

SERAFINA. Y mi desventura cierta.
Poco me quita el temor
la seguridad del daño,
que en el poder el engaño
hace el peligro mayor.

CARLOS. El de mi muerte podría
lastimarte.

SERAFINA. Fía de mí,
que por mi honor y por ti
daré...

CARLOS. Serafina mía,
eso sólo pido yo;
mi muerte teme y recela.

SERAFINA. Vida por honra daréla;
mas honra por vida, no.
Procede, pues eres sabio,
hoy con la razón que extrañas,
que para nobles entrañas
no hay fiera como el agravio.
Manos y (deseos) enfrena;
aunque en tu intento señalo
que no pretende ser malo,
sino saber si soy buena;
mas si ha sido culpa mía
yo la castigaré en mí,
y verá mi padre en ti
de qué príncipe se fía.

---

(1) Este verso y los dos anteriores no hacen sentido claro. Debe de faltar algo.

(2) Quizá estaría mejor este verso así:
"de lo nada que es león".

(3) Durán, en su copia, enmendó "afrenta".

(4) Quizá deba leerse "Ninguna aquí".

Míralo, Carlos, mejor,
que en tu injusto proceder
soy sangre de tu mujer,
tengo padre y guardo honor.

CARLOS. No tiene amor recompensa
si no es gozar.

SERAFINA. Ni el valor
tiene obligación mayor
que satisfacer su ofensa.

(*Salen* LEONARDO *y* MILÁN.)

MILÁN. (Llegas en buena ocasión.
¡Que el Duque tal fuerza intente!
Mas ¿qué fortuna no miente
ni qué amor guarda razón?

LEONARDO. Hoy que mis ofensas hallo
a los ojos, ¿qué haré, amor,
que el príncipe es mi señor,
yo noble, mas su vasallo?
¡Muera el tirano!

MILÁN. ¿Qué intento
es éste?

LEONARDO. Vengar mi agravio.

MILÁN. Nunca sin acuerdo el sabio
ejecuta el pensamiento.

LEONARDO. ¿Qué he de hacer, piadosos Cielos?

MILÁN. Repórtate, que te importa.

LEONARDO. No es hombre quien se reporta
cuando averigua sus celos.

MILÁN. Yo lo quiero remediar,
que esto va perdido.)

SERAFINA. Advierte
que me he de dar yo la muerte. (1)

MILÁN. ¡Oh, qué albricias me ha de dar
la Duquesa, mi señora,
de haberte hallado!—Leonardo,
aquí está el Duque gallardo.

CARLOS. (Vengáis vos y él en mal hora.)
¿La Duquesa?

MILÁN. Espera un poco,
que aunque está del temor ciega,
tan cerca viene, que llega.

LEONARDO. (Y yo, de celoso, loco.)

CARLOS. ¿Que no se fué la Duquesa
a Ferrara?

LEONARDO. No, señor.

MILÁN. Presto llegará.

LEONARDO. El amor
montes rompe y atraviesa.

CARLOS. Vísteme, Leonardo amigo,
con Serafina, que en vano
quise tocarla una mano.

LEONARDO. (Viera el Cielo tu castigo
si la ley de la lealtad
no viera (1) mi fe.)

SERAFINA. (Aunque el Cielo
trajo a Leonardo, recelo
que no creerá mi verdad.—
Oye, Milán.

MILÁN. ¡Pesia mí,
en qué terrible ocasión
nos has (2) puesto!

SERAFINA. Si es traición.
¿Leonardo vió culpa en mí?)

CARLOS. (Siempre de ti confié,
Leonardo, el alma.

LEONARDO. Yo espero
servirte.

CARLOS. Pues lo que quiero...

LEONARDO. (Es aportillar mi fe;
y Dios te libre que el noble
dé entrada a un atrevimiento.)

CARLOS. Tú has de hacer que el pensamiento
Serafina rinda y doble;
que fío de tu cuidado,
de tu ingenio y mi favor.
¿Qué me respondes?

LEONARDO. Señor...

CARLOS. (Parece que le ha pesado.)

LEONARDO. Si es prima de mi señora,
Serafina.

CARLOS. (Aquí hay maldad,
y he de saber la verdad.)
¿Qué importa? Llévala ahora:
si de voluntad no quiere,
forzada, y en la espesura
la ejecución asegura
del pleito que me difiere.
Yo ejecutaré mi intento,
aunque pese.

LEONARDO. (No, tirano;
que tú has puesto ya en mi mano
riendas a tu atrevimiento.)

CARLOS. (Llévala, amigo, entre tanto
que yo a la Duquesa... Fío
de tu lealtad.)

(*Vase* CARLOS.)

(1) Aquí falta una acotación que diga "*Preséntase* MILÁN", o cosa parecida, pues hasta entonces había permanecido oculto.

(1) Durán: "viese".
(2) Durán: "nos ha".

LEONARDO. (¡Llanto envío
al mar, siendo el mar mi llanto!)
SERAFINA. ¿Es posible que se fué
esta fiera, este enemigo?
¿Qué es esto? ¿Sin él, contigo,
mi Leonardo?
LEONARDO. No lo sé.
SERAFINA. ¿Eso me dices a mí
si viste lo que pasó?
LEONARDO. Pues ¿por qué lo digo yo
si no es por lo que yo vi?
SERAFINA. Al Duque la pretensión
¿quién se la podrá quitar?
LEONARDO. Tú, si supieras tomar
más justa resolución.
Mas es príncipe, y es ley
que se le guarde el respeto. (1)
MILÁN. Cualquier villano os prometo
que es de sus gustos el rey.
SERAFINA. Milán, ¿por qué callas, di,
si es verdad que me escuchaste?
¿O también te conjuraste
con tu amo contra mí?—
Bárbaros montes y breñas,
testigos de esta verdad,
mayor fué mi ceguedad
que vuestras silvestres peñas:
decilde a mi bien las medras
de males tan rigurosos,
que no para los dichosos
han de hablar siempre las piedras.
MILÁN. ¿No viste tú aquel valor
con que resistió su furia?
El que no olvida la injuria
no diga que tiene amor.
Tan temeraria y resuelta
anduvo en el propio "no",
que si fuera el Duque yo
llevara una gentil vuelta.
LEONARDO. Deja los donaires. Vuelve
donde va el Duque, entre tanto
que mi alma bebe el llanto
del sol y el vapor resuelve.
MILÁN. Voy; mas no habéis de reñir
los dos.

(*Vase* MILÁN.)

LEONARDO. Con cuidado parte.—
Yo vengo para llevarte
adonde me veas morir.
Mandóme el Duque; en efeto,
tercero quiere que sea.
SERAFINA. ¿Hay quien mi desdicha crea?
¿Tú quieres? ¿Tú eres discreto?
LEONARDO. Mal discreción y recelos
juntan las derechas palmas,
pues enmudecen (1) las almas
adonde hablan los celos.
SERAFINA. Deja sospechas y fía
que sólo tu amor me mueve,
mi Leonardo; el tiempo es breve
y grande la tiranía
del Duque. Mira y advierte
qué es lo que habemos de hacer.
LEONARDO. Serafina, obedecer
la sentencia de mi muerte.
SERAFINA. Y yo volver a llorar
descréditos de mi fe.
LEONARDO. Ea, mis ojos, que ya sé
cuánto te puedo fiar.
No más lágrimas, señora;
la luz vuelva a su arrebol,
que no ha de llorar el sol
para que se ría la aurora.
Mira, mi bien, que esas perlas
pueden ofender al cielo
porque se las das al suelo,
indigno de merecerlas.
Deja de llorar y dame
resolución que convenga.

(*Sale* CARLOS *aparte*.)

CARLOS. (Amor que celos no venga
gran parte tiene de infame.
Quise probar de Leonardo
el pecho, que sospeché
no sé qué y sí sé qué,
pues ya lo he visto. ¿Qué aguardo
que no deshago este monte,
que no abraso y que no quemo
mil mundos?)
LEONARDO. Ya Polifemo
desamparó este horizonte;
seguro [a] abrazarte llego
de su tiránica guerra.
CARLOS. (Si no os cubriere una sierra
os abrasará mi fuego.)
LEONARDO. Dame esos brazos, ¿qué haces?
Vuelve esos hermosos ojos,

(1) Durán: "guarde respeto".

(1) Durán: "endurecen".

que premia injustos enojos
la gloria de hacer las paces.

SERAFINA. ¿A pedir premio te inclina
lo que mereció castigo?

LEONARDO. Vea yo que soy tu amigo,
mi divina Serafina.

(*Abrázanse.*)

CARLOS. (¿Cuál desacierto no viene
ahora en ocasión buena?
Tenga la gloria en la pena
que tan merecida tiene.)

(*Dale por las espaldas con la daga, y cae.*) (1)

LEONARDO. ¡Ay de mí!

CARLOS. ¡Muere, traidor!

SERAFINA. ¿Qué has pretendido, alevoso,
dando la muerte a mi esposo?—
¡Dulce Leonardo! ¿Ah, señor?—
¿Qué ha sido tu pretensión,
tirano, de ley exento?

CARLOS. Castigar en ti el intento
y en Leonardo la traición;
pues yo por mis ojos vi
ofenderme y agraviarme,
que sé de un golpe vengarme
de ese traidor y de ti.

SERAFINA. ¡Amado esposo! ¡Mi bien!—
¡Ya murió! ¡Tristes abrazos!

CARLOS. Pon el laurel de esos lazos
donde parezca más bien.
Con gusto he llegado yo
a ver en lo que me ofreces,
en ti, el pago que mereces,

---

(1) En *Di mentira* se desarrolla así este episodio:

"REY. ¿Qué tengo más que esperar?
La mano le dió, y los brazos
hacen a su cuello lazos;
en ellos le he de matar. [*Dale.*]

ARNESTO. ¡Ay de mí!

REY. ¡Muera el traidor!

ROSARDA. ¡Oh, suceso riguroso!
¿Por qué me has muerto a mi esposo?
¿Qué me persigues, señor?

REY. Para dar con una herida
muerte a tu gusto y mi agravio.

ROSARDA. ¿Qué tigre fiero, homicida,
dió nutrimento a tu labio,
que así le imita tu vida?
Cual su hijo has heredado
sus vengativas entrañas.
Para conservar tu estado
con muy heroicas hazañas
a reinar has comenzado.
Sin duda que son honradas
haráste eterno con ellas,
pues las más aventajadas
son solicitar doncellas
y hacer viudas las casadas.
Mi marido es el que heriste
por la espalda; hazaña rara,
por honrado le tuviste,
supuesto que cara a cara
a herirle no te atreviste.
Y si no fué cobardía,
sería, y bien lo sospecho,
temor que te obligaría
mirar muchas que en su pecho
por ti recibido había.
Mas la causa verdadera
de darle contra las dadas
esta nueva herida fiera,
fué porque entre las honradas
esta infame no cupiera.
Bastantemente has triunfado
de mi suerte; déjame
o acaba lo comenzado,
que no has de hallar en mi fe
portillo desmantelado.
Si he sido hasta aquí constante
a tu pretensión, advierte
que ya soy bronce o diamante,
y si hay sujeto más fuerte
seré yo su semejante.
Con sangre decir he oído
que el diamante se enternece;
pero con la que has vertido
mi dureza prevalece
y estás más aborrecido.
Quítate, pues, de delante,
que estoy transformada en furia
y ánimo precipitante,
y querré vengar mi injuria
con satisfacción bastante.
Mira que el valor de Arnesto
en mí, que su esposa he sido,
contra tu infamia está puesto,
y mirándose ofendido,
a vengarse está dispuesto.

REY. Con proceder más discreto
vuestro lenguaje atrevido
se modere que, en efeto,
aunque vuestro amante he sido,
soy digno de más respeto.
A un hombre que ha profanado
mi palacio castigué;
y estoy harto reportado,
pues no castigo a quien fué
cómplice de su pecado.

(*Sale el* DUQUE.)

DUQUE. A mi Rosarda querida
y al Rey descubrir no puedo;
defienda una y otra vida
el Cielo, que un justo miedo
la mía tiene oprimida.
Pero si no me he engañado
y hacia allí la vista aplico,

y en él, el que mereció.
¿Era, villana, mejor
indigno un criado mío
que yo, que el alma te fío?

SERAFINA. No era a lo menos traidor,
y tú pretendes en vano;
que si a Leonardo he querido,
en él quise a mi marido
y en ti aborrezco a un tirano.

(*Sale* OTAVIO, *solo.*)

OTAVIO. Señor... Mas ¿qué desiguales
males miro?

CARLOS. No te asombres,
que vida larga en los hombres
largos promete los males.
No te parezca que arguyo
de falso, que si os dejé

---

al uno y otro he hallado.
¿Rey y señor?

REY. Federico,
a muy buen tiempo has llegado.
El día que me entregaste
tu hija depositaste
en mí todo su valor;
y así a mirar por su honor
desde entonces me obligaste.
Hoy pretendí ejercitarme
en lo que toca este oficio,
y vine a verificarme
de la verdad de un indicio,
y fué bastante a inquietarme.
Pues ves tu vida abrazada
de un hombre a quien di la muerte,
la causa está averiguada;
sólo está tu buena suerte
en que está por mí vengada.
Aquí mi oficio acabó,
Duque amigo, porque no
sabré guardar a Rosarda,
porque si ella no se guarda
mal sabré guardalla yo.
Tiene mucha libertad
para ser doncella tierna;
quizá la severidad
y la corrección paterna
tendrá más autoridad.
Llevarla a tu casa intenta,
y si aumenta otra afrenta
a la pasada, no es mía,
porque desde aqueste día
ha de correr por tu cuenta.

(*Vase.*)

DUQUE. Señor, señor, ¿qué es aquesto?
¿Fuése? ¿Qué rigor de estrella,
qué planeta contrapuesto
mi antiguo honor atropella
con daño tan manifiesto?
Hija, por mi mala suerte
engendrada en triste punto,
a mis razones advierte,
si ya no es que en sí el difunto
te transforma y te convierte.
En lo que digo repara;
vuelve, levanta la cara;
pero no, mejor estás,
que levantándola harás
tu culpa mucho más clara.
No te vea el rostro yo,
ya que tu lengua acertó
a estar este rato muda,
que me consuela la duda
de si eres Rosarda o no.

ROSARDA. Padre y señor, ¿qué te espanta?

DUQUE. ¿Cómo puede tu garganta
tal razón articular?
¿Yo tu padre?

ROSARDA. Si he de hablar
verás mi culpa no tanta;
éste que me ves llorar
era tu yerno y mi esposo.

DUQUE. ¿Esto te puedo escuchar?
¿Qué padre hay tan piadoso
que se pueda reportar?
¿Quién vió tal atrevimiento?
¿Tú sin mi orden casada?
¿Cómo no tomo descuento
de tu liviandad?

ROSARDA. En nada
erré en este casamiento.
Porque en él busqué tu igual,
que es cuanto tu paternal
diligencia hacer pudiera,
y busqué quien resistiera
un apetito real.
Y para evidencia clara
de que lo que digo es cierto
en lo que miras repara,
que acaso fueras el muerto
si fueras quien me guardara.
Este Rey, este traidor,
que tan grande defensor
de tu honor se ha publicado,
si es que algún honor te ha dado
fué por quitarte el honor.
Con honrada hipocresía
te canoniza, señor,
su alevosa tiranía,
calificando su error
a costa de la honra mía.
Aunque mi disculpa es buena
no me prevengas perdón,
porque de pedirle ajena
estoy en esta ocasión,
porque es gloria en mí la pena.
Ya la vida no codicio
muerto mi esposo y señor,
y así me haréis beneficio
si en aras de vuestro honor
hacéis de mí sacrificio.

hoy para ocuparme fué
en vengar mi honor y el tuyo. (1)
Yo llegué a ver su malicia
y en sus brazos vuestra afrenta,
y aun no es bien que allí consien-
delito igual mi justicia. [ta (2)
El cuerpo le he de quitar
y echalle en esta espesura.

(*Echale al vestuario.*)

SERAFINA. ¿Cómo, que para llorar
aun me ha de faltar ventura? (3)
¡Mátame, traidor!

OTAVIO. No creo
que tanto mal llego a ver.
Cielos, ¿cómo puede ser
que me engañe en lo que veo?
¿Puede haber ley que consienta
que yo lo sufra? Es error,
que en las manchas del honor
la sangre quita la afrenta.

CARLOS. Tened, que yo no permito
en mi presencia. ¿No veis
que soy yo a quien ofendéis,
que he castigado el delito?
En él ya está castigado
y en ella, que en la mujer
el castigo suele ser
la confusión del pecado.
Dadme palabra y jurad
de no hacerle ofensa, Otavio.
¿Qué decís?

OTAVIO. Señor, mi agravio...

CARLOS. De mí vuestro honor fiad.
¿El ser quien soy no os advierte
que pues yo los castigué
todas las culpas que hallé
vengué con aquella muerte?
Jurad.

OTAVIO. La palabra os doy
contra mí.

CARLOS. Vaya con vos,
y tratadla bien.

(*Vase el* DUQUE.)

SERAFINA. ¡Ay, Dios!
¿Que tan desdichada soy?

OTAVIO. Solo a buen tiempo me dejas;
mucho de mi fe confías,
que si son grandes mis días
no son menores mis quejas.
No el peso de muchos años
te asegure en mi cordura,
que no hay prudencia segura
al golpe de tantos daños.
Bien estás, sí, en un desierto
dando abrazos a tu error,
que no tiene el deshonor
más viva imagen que un muerto.

SERAFINA. Vuelve tú el rostro no enjuto
de la piedad que pretendo,
airado para vengarme,
lloroso para consuelo.
Este que viste es mi esposo,
Leonardo, mi esposo, es muerto;
que siendo yo hija tuya
no había de llorar por menos.
Este Dionisio cruel,
este volcán, este incendio,
de quien estrellas seguras
apenas conoce el cielo;
el que de tu confianza
hizo en sus ojos veneno,
no para matar tu honor,
que vive a pesar del tiempo,
con los ojos me escribía
atrevido, al fin, con ellos,
que son papel donde el alma
traslada sus pensamientos.
Resistir su alevosía
no pude, porque en el suelo
un poderoso traidor
nunca reboza (1) deseos.
Hoy que la injusta ocasión
le dió a mi pesar cabellos,
fingió el león, que criados
se miran en su provecho.
Testigos son estos montes
y cristalinos espejos,
que, murmurando tu injuria,
a ver mi valor (2) corrieron.
Que fué por mi resistencia
tan indignado y soberbio,

(1) En el original este verso lo dice SERAFINA; pero es evidente que corresponde al DUQUE.

(2) Este verso estaría mejor:

"y así no es bien que consienta".

(3) Esta redondilla está alterada, pues riman cruzados los versos (primero y tercero y segundo y cuarto). Por eso el sentido queda obscuro.

(1) Durán: "revoca".

(2) Durán: "dolor".

que, de temor, entre nubes
quiso esconderse el sol mesmo.
Sin él me juzgaba apenas
cuando Leonardo, tu yerno,
llegó, buscando la muerte
en la bondad de su dueño.
Volvió celoso el tirano,
sin Dios, sin ley, sin respeto,
y atravesóle un puñal
desde la espalda hasta el pecho.
Matóle como alevoso,
y el fin del injusto intento
no fué por buscar tu honor,
sino por vengar sus celos.

OTAVIO. ¡Pluguiera a Dios que tu muerte
fuera del daño el efeto,
que menos para matarme
pudiera su sentimiento!
¿Tú te casaste sin mí?
¡Malhaya el hombre tan necio
que da palabras que llora
después su arrepentimiento,
que yo quitara esa vida
que de mis ojos destierro!
¡Vete, villana!

SERAFINA. Señor,
vengarme y vengarte espero;
pues de matarme te privan
palabras y juramentos,
yo me mataré a tus ojos.

OTAVIO. Y yo las armas te ofrezco.
Toma esa daga, enemiga;
(*Arrójale la daga.*)
pues no pudieron tus yerros,
muere con los de tu padre,
deuda que a mi honor le debo.

SERAFINA. Hoy tu voluntad, si justa,
verá ejecución y efeto
después que de mi venganza
se satisfaga tu acero.

OTAVIO. ¿Que no te matas?

SERAFINA. Perdona,
que hacer tres venganzas pienso:
a mi esposo, a ti y a mí,
que una obligación tenemos.

OTAVIO. Quítate de mi presencia;
vete, enemiga, que temo
he de matarte, y no es justo
que rompa yo el juramento.
¡Vete, infame!

SERAFINA. Ya me voy.
(Préstenme ocasión los Cielos,
que fuerzas dan los agravios
y valor basta el que llevo.)
(*Vase.*)

OTAVIO. ¿Dónde iré yo por no verte,
que en tu presencia revuelvo
los libros de mis desdichas
y de mi afrenta el proceso?

(*Vase, y sale* BELARDO, *labrador, como que ha tropezado en* LEONARDO.)

BELARDO. ¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto
en que tropecé y caí?
¿Es muerto? Pienso que sí,
y que yo lo seré presto.

LEONARDO. ¡Ay, Serafina!

BELARDO. Habló
el muerto. ¡Válgalo el diablo,
cuando de miedo no hablo!
Mas también se levantó.
(*Levántase* LEONARDO.)

LEONARDO. Mi bien, templad la herida
con esa nieve süave,
que sé (1) el remedio que sabe
como ha de darme la vida.

BELARDO. ¿Yo su bien? ¡Gentil regalo!—
¡Ah, señor, volved en vos
y ahora acordaos de Dios,
que, por Dios, que estáis muy malo.

LEONARDO. Perdí el sentido y perdí
entre la sangre el acuerdo;
yo pienso que el alma pierdo,
pues no está mi bien aquí.

BELARDO. Soy Belardo, un labrador.

LEONARDO. Ya sé mi desdicha brava.
¿Una dama que aquí estaba?

BELARDO. Yo no la he visto, señor.

LEONARDO. ¿Que tan olvidado estoy?

BELARDO. Mas que os dejaron por muerto,
que lo pareciades cierto.

LEONARDO. Y parece que lo soy. (2)
¿Tan presto un muerto se olvida?

BELARDO. Si es mujer, ¿qué había de hacer?
Tanto les dura el querer
como a los ricos la vida.
¿Queréis que esta herida os ate?
Que se os va sangre que espanta.

---

(1) Deberá leerse mejor:
"que es el remedio que sabe".

(2) Quizá mejor:
"Y parecí lo que soy."

LEONARDO. Ojalá se fuese tanta
que anegue y a mí me mate;
ya tantas glorias perdidas
como tengo que llorar,
muy bien se pueden soltar
los ojos y las heridas.

BELARDO. Por fuerza os la llevarían
a esa dama.

LEONARDO. Y sus recelos
hacen que vuelvan los celos
con el temor que solían.

(*Sale* DANTEO, *villano*.)

DANTEO. Hola, Belardo; a nosamo
venga y la labranza aburra,
que allí le traigo la burra
bien más ligera que un gamo;
que por pasos no contados
le lleve, y le certifico
que no le truje (1) el borrico
por ser los asnos pesados.
Venid, pues sois el Alcalde.

BELARDO. Esta herida os ataré
con mi ceñidor.

(*Atasela*.)

DANTEO. A fe
que no os la dieron de balde.
¿No sois de la corte vos?
No estará mal merecida.

LEONARDO. No por escapar la vida,
amigo, testigo es Dios,
sino sólo por saber
de aquel ángel.

BELARDO. Yo os prometo
de que allí estéis tan secreto
que ninguno os llegue a ver.

DANTEO. Pardiez, hermano, yo creo,
pues vos tan bien lo escotastes,
que comistes y que hablastes.

BELARDO. Trae la pollina, Danteo.

DANTEO. Toda la corte a porfía
paga el trabajo y sudor.

LEONARDO. ¿Quién es este labrador?

BELARDO. De él como de mí te fía;
es otro yo en la fortuna
y en el secreto otro yo.

DANTEO. ¿Mas que soy el sí y el no
sin conocer dicha alguna?

(1) En el original, sin duda por errata, dice "trauxe". Durán, "traje".

LEONARDO. ¿Ninguno sabrá, en efeto,
que viva o muera, de mí?

BELARDO. Haré imposibles por ti.

DANTEO. No es poco guardar secreto.
Vos quedáis hoy enterrado;
ningún miedo os alborote.

LEONARDO. Cubridme con un capote,
iré más disimulado.

DANTEO. Y aun más arropado irás.

LEONARDO. Al fin sois noble, Belardo;
por vos mucho bien aguardo.

BELARDO. El que yo pueda tendrás.—
A aquella parte te arrima,
Danteo.

DANTEO. Yo apostaré
que os dieron este traspié
los falsos de alguna prima.

(*Vanse, y salen el* DUQUE CARLOS *y* OTAVIO.)

CARLOS.

Que estés, pretendo, prevenido, Otavio,
que del suceso la verdad no sienta
ni sepa el mundo, que el mayor agravio
en cuanto no se sabe no es afrenta;
remedia el daño, que el prudente, el sabio,
no sólo el mal que corre por su cuenta,
mas del que llegó a ser neutral objeto,
redimió (1) la maldad con el secreto.

Dignamente el (2) silencio alabó un santo,
y yo el secreto alabo dignamente,
que no causa terror ni pone espanto
lo que no se averigua finalmente.
Otavio, para el mundo todo cuanto
está encubierto, si al honor ausente
no deshace el valor ni quita, en suma,
del coronado pájaro una pluma.

Vos estáis ya vengado; Serafina,
restaurada en su honor; yo, satisfecho,
que del traidor la herida, si más digna,
por obras falsas de la espada al pecho,
no del que bebió sangre Catilina,
con más justa razón roto y deshecho, (3)
creerán, si hallado fuere en el desierto,
que por otra ocasión ha sido muerto.

Vuelva, pues, vuestra hija, que en mi casa
estará con su prima la Duquesa,

(1) Quizá también deba decir "remedió". Durán corrigió "remedio".

(2) En el texto, "al".

(3) Este verso y los dos anteriores parecen alterados, pues no tienen sentido claro.

más que del oro de soberbia escasa,
que de humildad los simulacros besa.
Casarse quiso, y quien al fin se casa,
no la flaqueza, el ánimo confiesa;
y yo en la causa que abonar procuro,
que merece el perdón afirmo y juro.

OTAVIO. Señor, si en tu proceder
quieres mi honor conservar,
no tengo yo qué ofrecer,
que a ti te toca el mandar,
como a mí el obedecer.
Guardar pretendo el secreto
con más rigor en mi historia
de mí propio, que, en efeto,
ha de borrar la memoria
quien quiere guardar secreto.
No me acordaré del caso,
pues le conviene a mi honor,
en cuyas llamas me abraso.

CARLOS. El cuerpo de este traidor
vamos a quitar del paso.

OTAVIO. (Casi tus engaños toco
en esta solicitud,
con que a rigor me provoco,
que es mucho para virtud
y para deudo (1) no poco.
Cielos, desdichas tan graves
¿qué término han de tener?)

CARLOS. Será manjar de las aves.

OTAVIO. Tú sabes lo que has de hacer,
pues lo que merece sabes.

CARLOS. Otavio, ¿dónde dejáis
a Serafina?

OTAVIO. Yo creo
que se habrá muerto.

CARLOS. ¿Dudáis,
o me la negáis?

OTAVIO. Deseo
que mi lealtad conozcáis;
presto sabréis dónde queda.
(No encubre el fuego la llama
aunque del humo suceda.)

CARLOS. (Alma, sosegar, que ama,
no hay seguridad que pueda.
Si la ha muerto, hoy me acobarda
el fin que no temo en vano
de aquella imagen gallarda,
porque el honor es tirano
y la crueldad quien le guarda.)

(1) Quizá "deuda". Acaso LOPE haya escrito: "y para deudá muy poco".

(*Salen* BELARDO, *con vara de justicia, y* DANTEO *y* ELICIO, *sacan asido a* MILÁN.)

BELARDO. Asilde bien, maniataldee,
que, por Dios, que es gran malicia.

DANTEO. Resistíos a la josticia,
y os ahorcará el Alcalde.

MILÁN. ¡Villanos!

ELICIO. Villanos son
los hombres que hacen traiciones,
que los nobles corazones
conocen mal la traición.

BELARDO. ¿Vos la sangre no mirastes?

MILÁN. Pues ¿qué importa?

DANTEO. Puede ser,
y fué por reconocer
si era la que vos sacastes;
y no os queráis her señor.

ELICIO. Ni esta muerte nos neguéis,
que, par Dios, que parecéis
o ladrón o salteador.

DANTEO. Y serlo todo podría;
que hombres sin renta ni oficios
tienen estos ejercicios
por el pan de cada día.

CARLOS. ¿Qué gente es ésta?

OTAVIO. Un villano
que debe de ser Alcalde
de aquella aldea.

BELARDO. Apretalde;
no le dejéis hueso sano.

OTAVIO. ¡Ah, buena gente!

BELARDO. Sin duda
que deben de ser complices.

ELICIO. Prendeldos de las narices;
yo os daré favor y ayuda.

BELARDO. A la josticia os tened.

CARLOS. ¿De dónde?

BELARDO. De Peñaflor,
del Duque, nuestro señor,
por virtud de su merced.

CARLOS. ¿Qué pretendéis?

BELARDO. Ahorcar
a cuantos tope y no tope,
que he venido de un galope
a pie desde mi lugar
a averiguar la traidora
y falsa muerte...

CARLOS. ¿De quién?

DANTEO. De un defunto hombre (1) de bien,
que muertos se usan ahora.

(1) Durán: "home".

MILÁN. (El Duque y Otavio son.
Algún grande mal recelo.)
¿Quién es el muerto? Yo apelo
al Cielo de esta prisión.
CARLOS. ¿Vístelo tú?
ELICIO. Yo le vi.
DANTEO. Y aun le vimos todos tres.
CARLOS. ¿Sabéis acaso quién es?
BELARDO. Mas ¿qué se burla de mí?
ELICIO. Prendelde vos y burlalde.
BELARDO. ¡Mas lo que ha repreguntado.
DANTEO. El que tanto se ha picado
ajos ha comido, Alcalde.
BELARDO. Si yo trujera harta gente,
ellos fueran maniatados.
OTAVIO. Advertid, hombres honrados,
que es el Duque.
ELICIO. ¿Mas que miente?
BELARDO. Arrodíllate, Danteo,
y tú, Elicio.
CARLOS. (1) Levantad,
Alcalde, y, con brevedad,
satisfaced mi deseo.
Decid, del muerto ¿qué hicistes?
BELARDO. Enterrámosle, señor.
CARLOS. Ese fué notable error,
pues quien era no supistes.
BELARDO. No hallé de quién. Mas si están (2)
en que en enterralle erré,
yo le desenterraré
y ellos le conocerán.
ELICIO. Yo no le enterré ni vi.
(¿Quién en esto me metió?)
MILÁN. (¿Mas que venga a pagar yo
por todos?)
CARLOS. ¿Qué señas, di,
tenía el muerto?
BELARDO. ¡Pesia mí!
Como él estaba vestido,
de espalda al pecho herido...
CARLOS. (Con tal voluntad le di.)
¿Dónde le enterraste?
BELARDO. Allí.
¿No ve desde aquí la ermita?
ELICIO. Tiene pila, agua bendita,
y altar mayor y no y sí. (3)

(1) El texto dice "Otavio"; pero es evidente que al Duque Carlos corresponden esas palabras.
(2) En el original, "está"; que no rima con "conocerán".
(3) Así en el texto: no sabemos lo que quiere decir este "no y sí".

CARLOS. (Igual tuvo la ventura
que el Cielo en él castigó,
pues tan humilde te (1) dió
el mundo la sepultura.
¿Este hombre no es criado
del traidor?
OTAVIO. Sin duda es él.)
¿Por qué está preso?
ELICIO. Es, cruel,
el que al buen hombre ha matado.
BELARDO. La sangre miraba, y cierto
que ella en verle rehervía,
o murmuraba o decía
que este traidor le había muerto.
[CARLOS.] Y sin duda él le mató. (2)
MILÁN. ¿Yo matar? ¿A quién, señor?
CARLOS. No disimules, traidor.
MILÁN. Piojos no mato yo,
cuanto más a un hombre honrado.
CARLOS. (También éste me engañó
con la Duquesa; mas yo
le sacaré de pecado.)
Nadie le hable ni vea
hasta que yo envíe por él.
BELARDO. Seré en guardarle fiel.
CARLOS. Parte con él a tu aldea.
MILÁN. Como le escuchan atentos
me encargas ese proceso, (3)
que mejor guardan un preso
que fiestas ni mandamientos.
¿Quién será este muerto cruel
por quien voy preso?
DANTEO. Galán,
ea, que allá se lo dirán
cuando reviente el cordel.

(*Vanse, y quedan el* DUQUE *y* OTAVIO, *y salen la* DUQUESA, OTÓN *y* GUARDA.)

MARCELA. (¿Otavio y el Duque a solas?)
No estoy sin causa confusa,
ni sé desde cuándo se usa
dejar las mujeres solas.
CARLOS. Qué juïcio no adivino
prevendrá desdicha igual.
MARCELA. Para mí la peor señal

(1) Durán: "le".
(2) A juzgar por la respuesta de MILÁN, este verso debe decirlo CARLOS.
(3) Estos dos versos quizás estarían mejor así:

"MILÁN. ¡Cómo le escuchan atentos!
No encargues ese proceso;".

es pensar que se previno,
y que así venía de acuerdo.

CARLOS. No vais, señora, apurando
más mi sufrimiento cuando
entre desdichas le pierdo.

MARCELA. Ese (1) sólo que resulta
de la caza.—¿Dónde está
tu hija?

OTAVIO. ¿Quién lo sabrá?

MARCELA. ¿Mas si eres de la consulta
y fué tuya la invención
y el alboroto fingido,
que ya yo sé que lo ha sido
lo que pareció león?

CARLOS. Señora, no vengas tal
cuando nosotros lloramos
mil pérdidas.

MARCELA. ¿Ahí llegamos?
¿Hizo el león algún mal?
Aunque aquel león de hoy
si hizo algún daño, sospecho
que sólo ha sido a mi pecho.

CARLOS. Ved que de burlas no estoy.

MARCELA. Pues yo lo debo de estar.—
Otavio, ¿qué es de tu hija?

OTAVIO. ¿Hay más dolor que me aflija?
¿Qué me quieres preguntar?
Si te ha acompañado a ti,
¿cómo puedo saber de ella?

MARCELA. Ni yo tuviera querella
si no te hallaras (2) aquí.
¿Qué ha de decir quien te viere
en la amistad que te hallo?

OTAVIO. Yo hago como buen vasallo,
y el Duque lo que él quisiere.

CARLOS. (¿Si dió este bárbaro muerte
a Serafina? Reviento
de pesar.)

OTAVIO. (Mi sufrimiento
que no soy quien soy me advierte.)

MARCELA. ¿Qué es de tu hija, villano?

CARLOS. ¿Adónde está? ¿Qué la has hecho?
que de tu cruedad sospecho
algún suceso inhumano;
y si es verdad, imagina
que has de morir, ¡vive Dios!

MARCELA. ¡Oh, qué lindo! ¿También vos
dais voces por Serafina?

(1) Acaso "Es el". Durán: "Eso solo".
(2) En el texto, "hallara".

¡Qué disimulo tan bueno
y qué acertado concierto!

OTAVIO. (Honor, pues yo no me he muerto,
no es tuyo aqueste veneno.)

CARLOS. (¡Loco estoy!)

MARCELA. Toda la traza
cayó en el suelo.

CARLOS. ¿Aún porfías?

OTÓN. (¡Triste Otavio!)

OTAVIO. (¡Ay, honras mías,
qué desdicha os amenaza!)
Marcela, tu sangre soy,
y la que tú tienes mía
mil mundos honrar podría.
Oyeme.

MARCELA. Escuchando estoy.

OTAVIO. Para que te sirva a ti
te di a mi hija.

MARCELA. ¿Y ha sido,
por dársela a mi marido,
bien el quitármela a mí?

OTAVIO. No, en rigor de injusto juez,
más mi sufrimiento tientes,
que responderé que mientes
diciéndomelo otra vez.

MARCELA. ¿Hay tal maldad?

OTÓN. El porfía
en morir.

OTAVIO. Busco ocasión.

OTÓN. De la desesperación
nace mayor la osadía.
Su muerte viene a buscar.

MARCELA. ¿Cómo hablas tan osado?

OTAVIO. Porque quien no está culpado
no tiene por qué callar.—
Tú, príncipe, que en rigor
me pides a Serafina,
que no la he muerto imagina,
mas que la mató mi honor.
Mi honra deposité
en tu casa, que creí
que hallaba príncipe en ti
y un basilisco hallé.
Y si de ti me he fiado
fué porque tuve esperanza,
que guarda la confianza
más que el recato y cuidado.
Al (1) fin, púdeme engañar,
porque eres en tus errores
el jüez que dice amores

(1) Durán: "Y al".

a quien viene a pleitear.
Y mi hija antes quisiera,
con corazón no vencido,
un hidalgo por marido
que no un rey que no lo fuera.

(*Sale* SERAFINA, *con una daga encubierta.*) (1)

SERAFINA. No vengo a pedir perdón
de lo que no cometí,
ni de no haber culpa en mí
vengo a dar satisfación;
ni porque excusas prevengo
a mi muerte o mi destierro,
ni a desalabar mi yerro,
que antes de buscarle vengo.
Que como contra mi honor
por él en culpa no caigo,
no me pesa del que traigo,
sino de que no es mayor.
Mas de lo que el alma trata
en este trance forzoso,
poco hierro es poderoso,
que ya poco hierro mata.
Y es justo, si en esto encierro
el misterio que os altera,
que con poco hierro muera
quien mata por poco yerro...

(*Dale al* DUQUE.)

CARLOS. ¡Ah, cruel! ¿Y de esta suerte
me pagas?

MARCELA. ¡Muera esta furia! (1)
¡Matalda!

SERAFINA. ¡Vengué mi injuria!
¡Venga en buen hora la muerte!

CARLOS. Deteneos, no la matéis.

MARCELA. ¿Que aún la quieres defender?

CARLOS. Prendelda, que esto ha de ser
por que otra muerte le deis.

SERAFINA. Un tormento riguroso
trazad a mi pecho fiel,
que moriré alegre en él,
pues he vengado a mi esposo.

MARCELA. Pues con harta claridad
su intención mostró este hierro,

---

(1) En *Di mentira* se interpreta esta situación así:

"(*Sale* ROSARDA *con una daga.*)

ROSARDA. (En vano volví al lugar
donde a mi esposo dejé,
pues le han llevado, y no sé
dónde le podré hallar.
Temo de mi desventura
que alguna fiera guió
y en sus entrañas le dió
la fúnebre sepultura.
Pero, pues mi triste suerte
de su vista me ha privado,
ir a buscarlo he trazado
en la puerta de mi muerte.
Un hecho heroico me llama
para ganar nombre eterno:
y así, aunque con brazo tierno,
le tengo de hacer de fama.
Al Rey tengo de matar
para incitar de esta suerte
a que luego me den muerte
en este mesmo lugar.
Aquí el Cielo me ha ofrecido
la ocasión que más deseo,
pues a mi enemigo veo.)
¡Muere, falso, fementido! (*Dale.*)

REY. ¡Ay de mí! Muerto me han.

REINA. ¡Muera la fiera! ¡Matadla!
¡De un venablo atravesadla!

ROSARDA. Ahí mis glorias están.

REINA. ¿Es Rosarda? ¡Caso fiero!

DUQUE. ¿Aquesto he llegado a ver?

REY. ¿Por qué me has muerto, mujer?

ROSARDA. Sólo porque morir quiero.

REINA. No fué mi sospecha vana.

REY. No la matéis; aguardad.

REINA. ¿Para qué es tanta piedad
con una fiera inhumana?

REY. Llevadla presa a la Corte;
prended al Duque también.

DUQUE. Eso está mandado bien;
haz que el cuello se nos corte.
Hermosa engendré a Rosarda,
que ya es Elena de Hungría:
matadme, que culpa es mía
que Hungría se abrase y arda.

ROSARDA. No hay para qué me prender.
Matadme al punto; eso pido,
que he vengado a mi marido
y no tengo más que hacer.
¿Qué miráis? ¿Qué os suspendéis?
¿Vióse mayor ceguedad?
Yo maté a Su Majestad;
tantos vasallos, ¿qué hacéis?
Reina, pues ves que no huyo
el castigo riguroso,
pues que vengué a mi esposo,
¿por qué no vengas al tuyo?

REINA. ¡Matadla!

REY. Nadie la ofenda.
Vamos, que estoy peligroso.

ROSARDA. ¿Que mi enemigo forzoso
así mi vida defienda?
Pues advertí que si tanta
piedad usáis con mi suerte,
que en su oficina la Muerte
cordel tiene, y yo garganta."

(1) Durán: "esa".

cuando hablaba del yerro
que no vió mi ceguedad.—
Otón, la herida mirad.

OTÓN. Mal se puede ahora ver.

CARLOS. Eso se podrá hacer,
señora, allá en la ciudad.
Para allá en casa se guarde,
que no es la herida mortal.

SERAFINA. ¿Que has acertado tan mal,
oh, brazo vil y cobarde?
Sigue del romano el hecho,
pues yo a sucederle llego,
que si te faltase fuego
brasas te dará mi pecho.

(*Vanse, y quedan* SERAFINA, OTAVIO, OTÓN *y* GUARDA.)

CARLOS. Venid, señora.—Tú, Otón,
trae con cuidado los (1) presos.

OTÓN. De unos en otros sucesos
os despeñó la ocasión.

SERAFINA. ¡Ay, padre, temo tus daños!
Dame a mí toda tu pena,
no porque no he sido buena,
mas por ser menos mis años.

OTAVIO. No hay aquí razón piadosa;
calle el paternal amor,
que en tribunal del honor
no se ha de hablar de otra cosa.
Serafina, aquesto es hecho;
no hay en ello más que hablar,
sino sólo acomodar
a lo por venir el pecho.
Temor ninguno te ocupe;
persevera en una fe.

SERAFINA. Fía que morir sabré
muy mejor que matar supe.

OTÓN. Dios sabe lo que he sentido
aquesta desgracia.

OTAVIO. Otón,
déte pesar la ocasión,
que esotro remedio ha sido.
Mas lo que has de hacer por mí
es que, preso en cualquier parte,
de mi hija no me aparte.

OTÓN. Cuanto pueda haré por ti.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

(1) Durán: "esos".

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* LEONARDO *y* BELARDO.)

BELARDO. Gracias a Dios que te veo.

LEONARDO. Mil veces quiero abrazarte.

BELARDO. ¿Que estás para levantarte?
¿Que se cumplió mi deseo?

LEONARDO. Sano estoy, no vivo.

BELARDO. Esquivo
estás con mi voluntad.

LEONARDO. Un hombre sin libertad
no puede llamarse vivo.
Yo soy tu hechura, y no es mía
la vida que a ti te debo.

BELARDO. Por obligarme de nuevo
deja esa filosofía,
que has hallado en mis cuidados
criados de fe y verdad.

LEONARDO. Con mucha dificultad
se hallan estos (1) criados.

BELARDO. De la corte eso se crea;
mas acá todo es llaneza.

LEONARDO. Trasladóse la nobleza
a la verdad del aldea.
Mas dejando esto por llano,
Danteo, que me ha curado,
¿dónde estudió?

BELARDO. No ha estudiado,
y es médico y cirujano.
Mucho ha visto, y la experiencia
diz que habilita a una peña,
y lo que aqueste arte enseña
es lo más cierto y no es ciencia.
Naturaleza asegura,
y sin su ayuda me fundo,
que no hay médico en el mundo
que sane una calentura;
y en casos de cirugía,
desde el pie hasta la cabeza,
obra la Naturaleza
mil milagros cada día.
Con aceite del candil
y con ensalmos nos cura,
y aún da que hacer al cura
si se le pierde el carril.
No era mortal tu herida;
la falta de sangre fué
el mayor mal.

LEONARDO. Yo quedé,
por tu industria, con la vida,

(1) Durán: "esos".

y ésta ofrecida ha de estar
siempre a su deuda. En efeto,
aquí viviré secreto.

BELARDO. No tienes que recelar.
La enfermedad, el cuidado
y el aldeano vestido,
si galán desconocido
te tienen y muy trocado.

LEONARDO. ¿Qué nuevas hay de la corte?
Tiemblo en nombrarla, y recelo
que ha de permitir el Cielo
que el Duque no se reporte,
y Serafina, mi bien,
pague la desdicha mía.
¡Ay, Belardo!

BELARDO. En Dios confía
y mejor ánimo ten.
Mejor tus cosas se harán.

LEONARDO. Su estado saber deseo.

BELARDO. Allá amaneció Danteo
con una carga de pan,
que fué a llevársela a Otón,
de quien yo soy panadero,
y a fe que es buen caballero.

LEONARDO. Para ti (1) todos lo son.

BELARDO. Con él fué también Lisarda,
mi sobrina, por comprar
algo para el ajuar,
que casarse presto aguarda.
Mas ya los tienes aquí.
Al uno y al otro veo.

(*Salen* DANTEO *y* LISARDA, *labradora.*)

LEONARDO. Dame los brazos, Danteo.

LISARDA. (Si me los pidiera a mí
cómo se los diera yo
con el alma. Mas quién fué
una mora, no lo sé,
que a un moro herido curó
y en sanando se casaron.
¡Si me sucediera a mí
esto con Leonardo ansí,
a quien mis manos curaron!)

DANTEO. "Romerico, tú que vienes
donde mi señora está,
dime las nuevas de allá."
Leonardo, buenas las tienes;
buena está tu Serafina,
y bien cerca de esta aldea.

(1) En el texto, "Para sí".

LEONARDO. ¿Qué estrella mi bien desea
y a mi fortuna se inclina?

DANTEO. Oye lo que pasa. Luego
que la herida pequeña (1)
del Duque, reconocida
por los que el arte profesan,
quitó al temor del peligro
todas las cobardes señas,
se coronó la ciudad
de luminarias y fiestas,
tanto como por el Duque,
por las esperanzas ciertas
del buen suceso de Otavio
y tu Serafina bella.
Que, a pesar de la fortuna,
cuya nunca estable rueda
apenas toca el valor
y la hermosura apenas,
y a pesar de alguna envidia
que el mismo sol la tuviera,
a no estar pescando entonces
para su garganta perlas;
y a pesar del sordo engaño
y celos de la Duquesa,
acreditó la esperanza
el eco de aquestas nuevas,
temió el Cielo que Faetón
dejaba otra vez las riendas
a los fogosos caballos,
y así escondió sus estrellas
en los brazos de la aurora
por entre elevadas peñas;
ya se levantaba el día,
que en puro cristal se acuesta, (2)
cuando la Duquesa quiso,
que no hay con celos paciencia,
que muriese Serafina.

LEONARDO. Ni en mi sufrimiento fuerzas.
¿Que en ese peligro estuvo?

DANTEO. Cuanto es mayor la tormenta
se estima en más la bonanza.

BELARDO. Prosigue.

DANTEO. La cruel sentencia
que pronunciaron los celos
revocó Amor en su audiencia.

LEONARDO. Por que se acabe mi vida
entre temor y sospechas;

(1) Quizás este verso se escribiría así:
"que fué la herida pequeña".

(2) Este romance no parece de LOPE. Otros pasajes hay que también habrán sido interpolados.

que si el Duque la perdona
y Serafina le acepta,
la han de obligar los favores
a reconocer la deuda.

BELARDO. Su padre tiene valor.

LEONARDO. La vida, amigo, es hacienda
que, como no ha de cobrarse,
se siente mucho el perderla.

DANTEO. Quita la imaginación
de esos recelos y piensa
que el alcázar de la dicha
tiene peligrosa puerta.
Al fin, por quitarse el Duque
la propia ocasión de verla,
que no hay médico de amor
tan bueno como la ausencia,
mandó a Otón que en Torrefría,
sin más guarda ni defensa
que su casa y sus criados,
a Otavio y su hija tenga,
y esta mañana han venido
a la torre, que es aquella
que desde aquí se parece.

LEONARDO. ¿Que está mi gloria tan cerca?
¿Atrevimiento me falta?
Mataré las centinelas,
abrasaré campo y torre
del cimiento a las almenas.
Verá Troya y no el caballo
preñado de gentes griegas,
si no el fuego de este pecho.
De sus deidades Eneas, (1)
sacaré a Otavio en mis hombros
y hará Serafina esfera
del sol mis brazos y ellos
al cielo igual competencia.

BELARDO. Sosiega, amigo Leonardo;
fortuna tienes más buena,
pues podrás cuando quisieres
sin esos peligros verla
si yo soy su panadero
de Otón y tú el pan le llevas.

LEONARDO. Siempre te debo la vida
con obligaciones nuevas.

BELARDO. No se hable en esto más.
Para mañana te apresta,
que has de ver a Serafina
sin que conocerte puedan,
y tú hallarás (1) ocasión
de hablarla.

LEONARDO. Armas secretas
llevaré, que entre enemigos
es necio quien va sin ellas.

BELARDO. Lisarda, para tus bodas
¿qué traes de la corte?

LISARDA. Penas;
casarme y arrepentirme,
que es lo que se usa en ella;
y si después de casada
le he de levantar quimeras
a mi marido, yo vengo
a no casarme resuelta.

BELARDO. ¿Y mi palabra?

LISARDA. ¿Qué importa
si es la del cura más buena?

DANTEO. Mucho hay que decir en eso.

LISARDA. Belardo, el preso se suelta.
Tío, que está en el tejado
sin grillos y sin cadenas.

LEONARDO. ¿Qué preso es éste?

BELARDO. Después
lo sabrás.—Danteo, cierra,
no se vaya.

(*Vanse* BELARDO *y* DANTEO.)

LEONARDO. Vamos todos.

LISARDA. No has de ir tú, Leonardo; espera,
que ha sido engaño, en efeto,
para que hablarte pueda.
Desde que mi tío te trujo
herido, no te trujera,
me pegaste a mí la herida
cuando tú sanaste de ella.
De Elicio, mi desposado,
Leonardo, no se me acuerda
después que de tus heridas
me enamoraron las quejas.
Aquel "¡ay!" que te dolía
me dejaba a mí tan tierna,
que daba yo más de mil
por uno que a ti te oyera.
Y si ésta para pagarme
no te parece que es deuda,
la cama te hice yo
estando herido en ella.
Yo te he guisado el puchero,
te puse y quité la mesa,
y aun también hice el remedio

(1) En el texto decía:
"De sus deidades a Eneas".

(1) Durán: "y si hallares".

que las cigüeñas enseñan.
¿Quiéresme, Leonardo mío?

LEONARDO. ¿Qué es esto, Lisarda? Suelta.
¿Así pierdes el respeto
a tu tío?

LISARDA. Aunque me pierda
a mí propia he de adorarte.

LEONARDO. Pues yo haré, si eres tan necia,
que te castigue Belardo.

LISARDA. Y yo que rabiando mueras.
Que una aldeana celosa
es una silvestre fiera,
y como ignoran respetos
los más graves atropellan.
Serafina da ocasión
para que tú me aborrezcas,
y yo se la daré al Duque
para que quien eres sepa. (1)

(*Vase* LISARDA.)

LEONARDO. ¿Vióse desdicha mayor?
No sé qüé remedio tenga;
que, celosa y despreciada,
cualquier cosa hará mal hecha.
¡Ah, secreto mal fiado
de mujer! Yo voy tras ella
y fingiré que la quiero,
aunque una y mil veces mienta.

(*Vase, y salen* SERAFINA *y* CARLOS, *el Duque.*) (2)

CARLOS. A tus manos he venido
segunda vez, Serafina;
que has de matarme imagina
a hierro y no con olvido.
No llore yo aborrecido
y llore todo mi estado
de un príncipe desdichado
la muerte o castigo injusto,

---

(1) La conclusión no parece lógica. Toda esta escena en romance debe de ser de ajena mano.

(2) Esta escena se halla tratada en *Di mentira* de este modo:

"REY. En el cuerpo y alma herido
vengo a buscar mi remedio,
porque mi suerte ha querido
que te dé mi vida el medio
en la mano que me ha herido.
Muy extremado es Amor
con todos los de su gremio,
pues quiere con tal rigor
qué reputemos por premio
un agravio y disfavor.
De que habiéndome ofendido
con tan grande sumisión
a pediros he venido
de vuestra culpa perdón
podréis haberlo inferido.
A vuestra disposición
rindo el cuello muy contento;
vengad vuestra indignación,
castigad mi atrevimiento,
pues que no hay contradicción.
Considerad vuestro empleo,
mirad si se vió otra vez
tal género de trofeo
como mirar el jüez
arrodillado ante el reo.

ROSARDA. ¡Jesús, Señor! ¿Vos aquí?
(Esta, sin duda, es traición.)
Pues que visteis mi valor,
¿qué pretendéis ya de mí?
¿Puédese compadecer
en las leyes del honor
que deis al mundo a entender
que de vuestro real valor
triunfe una flaca mujer?
¿Qué obstinación es ya ésta?
¿No ha bastado el desengaño
que a los dos tan caro cuesta?
Pues advertid que a otro daño
mayor me hallaréis dispuesta.
Mirad que en razón muy fuerte
mi atrevimiento fundé,
y que si no os di la muerte
porque el golpe no acerté,
podrá ser que aquí le acierte.
Segunda vez os requiero
excuséis estar conmigo;
que en mi pasión persevero,
porque soy vuestro enemigo
y éste el consejo primero.

REY. ¿Que aún no os habéis persuadido?
¡Grande rigor!

ROSARDA. No es muy grande,
si con la razón le mido.

REY. ¿Que el verme así no os ablande?

ROSARDA. Más me habéis endurecido.

REY. ¿Posible es que no temáis
la muerte que puedo daros?

ROSARDA. ¡Qué mal en la cuenta dais!
Antes procuro incitaros
por que no la dilatáis.
Yo reverencio a mi esposo,
que, aunque difunto, presente
le tengo.

REY. Y fué tan dichoso,
que, aunque difunto y ausente,
tiene a su Rey envidioso.
Mas pues los muertos amáis,
cual tierra trataros quiero.

ROSARDA. No sé si en ello acertáis;
que, aunque tierra, dar no espero
el fruto que deseáis.

REY. Podrá el fuego de mi amor
talar los cedros altivos

que yo, en saber que es tu gusto,
he de morir consolado.
Dirá, al fin, que es sinrazón
que uno como yo ha querido,
que habiéndome tú ofendido
te venga a pedir perdón.
Y es que he buscado ocasión,
y con el tiempo lugar,
para poderte enseñar,
pues es lición del cuidado,
que de un amor agraviado
aprendas a perdonar.

SERAFINA. No puedo, Carlos, creer
que eres tú, ni que soy yo
quien ayer tu pecho hirió
ni tú quien me mató ayer.
¿Puédense compadecer
la maldad tuya en mi daño
y lo que enseñas? No extraño
la ocasión en que me pones,
que en cátedra de traiciones
el maestro es el engaño.
¿Tan presto se te olvidó
tu delito? Tú aborreces
la vida que no mereces
o no sabes que soy yo. (1)

CARLOS. Si esa mano me hirió
y quiere el Cielo que en vez
de agresor seas jüez,
hazme este bien soberano,
hiérame otra vez tu mano
y acérqueseme otra vez.
(Asela la mano.)

SERAFINA. ¡Vive Dios, falso, tirano,
que cuando esa fuerza intentes
pedazos te harán mis dientes!
¡Suéltame, alarbe, la mano!
¡Suelta, suelta, vil, villano!

CARLOS. No puedo, que en llanto tierno
me anega un dolor eterno;

---

de vuestro altivo rigor
y cuantos vegetativos
simbolicen disfavor.
Como el roble de dureza,
almendro de la inconstancia,
la zarza de la aspereza,
la palma de la jactancia
y encina de la entereza.
Quizá que habiendo arrasado
al monte de las pasiones,
que este rigor os ha dado,
produzcan mis pretensiones
el fruto que he deseado.

ROSARDA. Producir como pensáis
es imposible que puedan
si bien lo consideráis,
pues las raíces se quedan
de las plantas que taláis.

REY. Pues, Rosarda, concluíd;
una de dos ha de ser:
o habéis de amar o morir.

ROSARDA. Pues que me dais a escoger,
la muerte vengo a elegir;
con vuestro gusto me ajusto,
porque desta suerte espero
ir a ver mi esposo justo.

REY. Pues ya que muráis no quiero,
por no daros ese gusto.
Vos haréis mi voluntad,
pues no hay aquí quien lo impida.

ROSARDA. Mire Vuestra Majestad
que estimo en poco la vida
puesta con mi honestidad.
No se fíe en mi flaqueza
ni más valor me atribuya
que hay en mi naturaleza,
que no guardaré la suya
por defender mi cabeza.
Mujer soy determinada,
y tengo ya en mi castigo
la esperanza situada;
si se atreve, no me obligo
a que estaré reportada.
Mi estuche tiene cuchillo
con que cuando se me atreva
procuraré resistillo.

REY. No es la resistencia nueva
en vos; no me maravillo.
(Vale a tomar las manos, y ella se defiende.)
Pero si resuelta estáis,
muramos juntos los dos.

ROSARDA. Será si no os reportáis.
¡Justicia venga de Dios
en tal mal Rey!

REY. Mal habláis.

ROSARDA. Daré voces.

REY. Es en vano.

ROSARDA. ¿Padre? ¿Señor?

REY. No te alteres.

ROSARDA. Suéltame, Rey, que al romano
Tarquino tanto prefieres
en alevoso y tirano.

(Sale el DUQUE, *y* JUSTINO *deteniéndole; el* REY *se componga, y* ROSARDA *se ponga un lienzo en los ojos.)*

DUQUE. ¿Rosarda voces?

JUSTINO. No es nada;
oíd, Duque, lo que digo.

DUQUE. Esta es traición declarada;
suéltame, fingido amigo."

(1) Quizás estaría mejor este verso:
"y no sabes quién soy yo".

y en ocasión tan forzosa
esta mano es poderosa
a sacarme del infierno.
Llegue su nieve a mis labios.

SERAFINA. ¡Oh, fiero, infame! ¡Oh, traidor!

CARLOS. Tan loco nació mi amor
que crece con los agravios,
y es opinión de hombres sabios
el no perder la ocasión.

SERAFINA. Si Cielo y rayos no son
contra delito tan ciego,
fuego de mis ojos, fuego
abrasará tu intención.

(*Sale* OTAVIO *y* OTÓN.)

OTAVIO. Suéltame, fingido amigo.

OTÓN. ¿Qué es aquesto? ¿A quién dan (1) [voces?

OTAVIO. La causa que tú conoces
y encubres como enemigo.—
Señor, mil veces bendigo
al Cielo y mi buena suerte,
pues he merecido verte
libre de la injusta herida,
por que yo viese tu vida
antes que vieses mi muerte.

CARLOS. Yo he considerado, Otavio,
la calidad de mi ofensa;
mas con piedad tan inmensa
como es inmenso el agravio.

SERAFINA. Cierra el fementido labio
si es que a perdonar se inclina.

CARLOS. Yo perdono a Serafina
y a ti te doy en mi estado...

OTAVIO. La muerte, que en tu pecado
fuera mil veces más digna.
En aquestas ocasiones,
testigo quizá un tercero, (2)
ni que me perdones quiero
ni que a mi hija perdones.

OTÓN. Otavio, no son razones
esas de un hombre tan cuerdo.

OTAVIO. Siempre seré de este acuerdo,
aunque vos sois de otro humor,
que doy la vida al honor
y la que aborrezco pierdo.

SERAFINA. Cuando me atreví a herir
tu pecho, debes juzgar

(1) En el texto, "da".
(2) Este verso parece equivocado, pues no forma sentido. Durán enmendó "quizá a un tercero", que no lo mejora.

que fué, más que por matar,
con deseos de morir.

OTAVIO. Y también has de advertir
de mi culpa, que fué inmensa,
porque la ley no dispensa,
aunque el príncipe sea aleve,
cuando el vasallo se mueve
con ánimo de su ofensa.
Y es tan infeliz tu estado,
a cuya acción te remito,
que ha llegado a ser delito
no ser mayor mi pecado. (1)

CARLOS. Tú estás tan desatinado,
que ya fuera culpa en mí
no hacer (2) un castigo en ti
ejemplar.

OTAVIO. Eso codicia,
que en mi hija harás justicia
y merced me harás a mí. (3)

CARLOS. No puede tenerle, espera, (4)
de esa petición el fruto,
que verás si la ejecuto,
y en tu hija la primera.

(*Vanse* CARLOS *y* OTÓN.)

OTAVIO. Mi honor esa muerte espera;
y cree, pues me la fías,
que entre tantas tiranías
delante de mí ha de ir;
antes que yo ha de morir,
si a tus manos no, a las mías.

(*Vanse, y salen* ALBERTO, *criado del* REY; BELARDO, DANTEO, LEONARDO *y* LISARDA.)

ALBERTO. Alcalde, el preso sacad;
confiese con juramento,
que le habéis de dar tormento
si no confiesa verdad.
El Duque lo manda así,
y yo vengo a ejecutallo.

BELARDO. Allá están para sacallo,
que no ha de mandarme a mí.
Que por su mano fué muerto
no tenéis que lo dudar.

(1) Tampoco este verso está claro.
(2) En el texto, "no auer", o sea "haber"; lo que es errata.
(3) En el original dice este verso OTÓN, por error evidente.
(4) Otro verso sin sentido. Quizá diría:
"No puede tener espera,".

LEONARDO. (Muy otro debo de estar,
pues no me conoce Alberto.)
LISARDA. (¿Qué te parece, enemigo,
si a éste (1) dijese quién eres?
LEONARDO. ¿Ya no te adoro? ¿Qué quieres?
LISARDA. Que no hables más que conmigo,
que siempre a mi lado estés
y que al descuido me mires,
que algunas veces suspires
y que me pises los pies.
Que no (2) nombres a esa dama
que quieres.) (3)
LEONARDO. (Aprieta el cordel.
¿Vióse cárcel más cruel
para quien como yo ama?
Y he de fingir y callar,
que es villana, y si se enoja
mudará el viento la hoja
y tendremos que llorar.
Secreto puesto en mujer...)

(*Salen el* ESCRIBANO, ELICIO, *villano,* (4) *y sacan a* MILÁN *con prisiones.*)

ELICIO. La confesión le he tomado
y como un perro ha negado.
DANTEO. Quizá lo debe de ser.
MILÁN. ¿Qué quieren hacer de mí
tras tanta hambre y prisión?
BELARDO. (Hasta ver esta ocasión
este caso te encubrí.
A éste truje preso, advierte,
cuando por tu discreción
fuí a hacer la averiguación
y se confirmó tu muerte.
LEONARDO. Este es un criado mío;
aunque hombre bajo, fiel.)
ELICIO. Que cante al són del cordel,
eso también se lo fío.
BELARDO. (Si él te hirió, (5) ¿para qué
es esta averiguación?
LEONARDO. Alguna nueva traición
querrá inventar.
BELARDO. No lo sé.)
(*Apercíbele para el tormento.*)
MILÁN. Tomad escarmiento aquí
los que servís a un pelón,
que os pondrán en la ocasión
y os dejarán como a mí.
Servid siempre al dadivoso,
aunque en su empeño se hable,
no sirváis a un miserable,
¡por Dios todopoderoso!
LEONARDO. (Mucho su trabajo siento.
BELARDO. ¿Cómo se podrá estorbar?
LEONARDO. Ahora yo lo he de intentar.)
MILÁN. ¿Cosa es de burla un tormento?
ALBERTO. Haga su oficio el verdugo,
pues niega lo que es tan claro.
VERDUGO. A él le costará tan caro,
que quede como un besugo.
LEONARDO. Confesad, hombre de bien,
que la verdad es de Dios.
MILÁN. Confesad, hermano, vos
cuando a vos tormento os den.
¿Qué hará el tragadero, amigo,
si yo una muerte confieso?
LEONARDO. Dios remediará el suceso.
MILÁN. Entre tanto, nones digo.
BELARDO. Tira, tira.
MILÁN. ¡Ay!
ALBERTO. Di verdad.
LISARDA. (¿Que te mueve aquel tormento
y el que yo padezco y siento
no mueve en ti la piedad?
LEONARDO. Déjame ahora, por Dios.
LISARDA. ¿Eso me dices?
LEONARDO. Perdona,
mi Lisarda.)
ELICIO. (¿Hay maza y mona
tan juntos como los dos,
Lisarda y Leonardo? A osadas
que han de ver si un escribano
se venga bien de su mano,
aunque hay plumas desdichadas!)
ALBERTO. Di la verdad. ¿Quién dió muerte
a Leonardo?
MILÁN. Nones, non.
Aflojen, que no es razón
tratarme a mí de esta suerte.
ELICIO. Di la verdad.
MILÁN. Yo le di
mil puñaladas, matéle.

(1) Durán: "ese".
(2) En el texto original dice "Que no me nombres", con que el verso resulta largo. Durán corrigió: "Que no me nombre a esa dama", con lo que el verso quedó sin sentido.
(3) Así en el texto: quizá diría "que quiés"; porque con "quieres" resulta el verso largo. Durán enmendó, también sin razón, "qué quiere".
(4) En esta acotación parece que el ESCRIBANO y ELICIO son dos personas diferentes; pero según el texto son una misma.
(5) Aquí "él" se refiere al Duque, y no al criado Milán; porque la conversación entre Belardo y Leonardo es secreta.

Aflojen, miren que duele.
ALBERTO. Bájale ya.
ELICIO. Eso, sí,
confesad, que no me admira.
ALBERTO. Escribid.
LEONARDO. (Pierdo el juïcio.)
MILÁN. ¡Qué propio es de vuestro oficio
escribir una mentira!
Métanme allá y denme vino.
ALBERTO. Cúrenle y denle a beber.
LEONARDO. (¿Que el tormento puede hacer
confesar tal desatino?)
Yo voy con él, porque quiero
regalarle y consolarle.
DANTEO. Y yo habré de ir a curarle,
que diz que soy el barbero.

(*Vanse cada uno como va hablando.*)

LISARDA. Y yo me voy tras Leonardo.
ELICIO. Tente, fiera, que ya pruebo
tu rigor.
ALBERTO. Y yo me llevo
la confesión.
LISARDA. Yo no aguardo
palabras de majaderos.
ELICIO. Pues por vida de estas pocas,
mujeres, (1) las que sois locas,
que en mi mano habéis de veros.

(*Vanse, y salen* CARLOS *y* MARCELA, *solos.*)

CARLOS. Señora, bravo rigor
es el que en vos estoy viendo.
MARCELA. Pues ¿yo qué os digo, señor?
CARLOS. ¿Vos pensáis que no os entiendo?
MARCELA. Esa es la señal peor.
CARLOS. La muerte pensáis que di
a Leonardo, y no es así;
preso está quien se la dió.
MARCELA. ¡Jesús, mi señor! Pues yo
nunca de vos lo creí;
ni que estuvisteis ayer
en el castillo.
CARLOS. ¿Yo?
MARCELA. No,
que no se puede creer,
pues Serafina os hirió,
que la fuésedes a ver.
CARLOS. (Todo lo sabe, esto es cierto.)

(*Sale* ALBERTO.)

ALBERTO. Dame tus pies.
CARLOS. ¿Qué (1) hay, Alberto?
ALBERTO. La confesión que de plano
hizo el matador villano
de Leonardo.
CARLOS. (¿Hele yo muerto?)
ALBERTO. Apenas en la garrucha
se vió, cuando confesó.
MARCELA. (Duque, vuestra culpa es mucha;
que quien le hirió y le mató
Dios sabe bien, si me escucha;
porque de varios caminos
se despeña en desatinos
quien dora una alevosía.)

(*Vase la* DUQUESA.)

CARLOS. Por ti gozaré algún día
mis intentos peregrinos.
Una sentencia firmada
quiero darte en que te diga
que des muerte a mi enemiga,
la traza en ti reservada.
Diré que en la torre muera
por ser mujer, y tú allí,
por darme este gusto a mí,
lo dispondrás de manera
que en el común pensamiento
quede muerta; en la Duquesa
ansí la sospecha cesa
y yo lograré mi intento.
Del padre la apartaré
con tal medio, en conclusión. (2)
Con aquesta confesión (3)
verán que yo no maté
a Leonardo, y creerá el mundo
que Serafina mintió,
y fué en su muerte, y que yo
en esto la suya fundo.
ALBERTO. Si en mí no hubiera sentido
ni te oyera cual mereces,
me lo has dicho tantas veces
que ya lo hubiera entendido.
¿Cómo he de fingir su muerte,
cómo al padre he de engañar,
por dónde la he de sacar
y cómo he de obedecerte?

---

(1) En el texto dice "mujer"; pero el verso queda corto.

(1) Durán suprime el "¿Qué".
(2) Durán: "confesión".
(3) Durán: "conclusión". Ambas correcciones son injustificadas.

¿Adónde la he de tener
por que se encubra este yerro?
¿Cómo he de fingir su entierro?
Ya sé cómo lo he de hacer;
que de un secreto valiente
me valdré en esta ocasión.

CARLOS. Ciertas mis venturas son
con un criado tan prudente.

(Salen LEONARDO *y* LISARDA, SERAFINA *y* OTAVIO, *y* LEONARDO *con un costal de pan al hombro y* LISARDA *con una cesta.)*

LEONARDO. ¿Dónde he de echar este pan
y quién lo ha de recebir?

LISARDA. Más adentro hemos de ir,
y diz que allá lo dirán.

SERAFINA. ¿Es buen pan?

LISARDA. (Llégate a mí.

LEONARDO. ¿Qué más quieres que me junte?)

LISARDA. Eso a mí me lo pregunte
que lo masé y lo cocí.
Está muy bien sazonado.

LEONARDO. (¡Ay, quién te pudiera hablar!)

SERAFINA. ¿Y sois los dos de un lugar?

LISARDA. Pues ¿no?, si es mi desposado.

OTAVIO. ¿Casados estáis los dos?

LISARDA. Y en la iglesia conjunidos.

OTAVIO. ¿Casados y arrepentidos?

LEONARDO. Sí, por la gracia de Dios.

LISARDA. (¿Qué dices?

LEONARDO. Que estoy casado
por gracia de Dios.

LISARDA. Si fuera
eso verdad, ya te hubiera
aquí delante ahogado.
No la mires.

LEONARDO. ¿No sabías
a lo que venía, Lisarda?
¿Quién me impide y acobarda?
¿No son estas glorias mías?
¿No es mi Serafina hermosa
el serafín que me abrasa?
¿Ya no es el cielo esta casa
y mi fortuna dichosa?
Llegaré. ¡Ay, amor, espera!)

SERAFINA. Buen talle tiene.

LISARDA. Verá,
ya lo sabíamos acá
sin que ella nós lo dijera.

SERAFINA. (Celosa es la labradora.)

OTAVIO. Llégate acá, labrador.

SERAFINA. (No he visto talle mejor.)

LISARDA. (Mal me haga Dios, que le adora.)

SERAFINA. ¿Traes cuajada?

LISARDA. Mas nonada,
dos quesos aquí hallarán.

LEONARDO. Donde esas manos están
¿para qué buscáis cuajada?

LISARDA. ¿Cuáles?

LEONARDO. Las tuyas, Lisarda.

OTAVIO. ¿Quiéresla mucho?

LEONARDO. Es mi bien.

LISARDA. Y soy tu mujer también.
(¡Celos, la dama es gallarda!
Yo haré que no vuelva más
Leonardo a ser panadero.)

LEONARDO. Que más que al alma la quiero.
Después la conocerás,
pues en peligro cruel
por su respeto me vi.

OTAVIO. ¿Peligro de muerte?

LEONARDO. Sí,
y aun aquí no estoy sin él.

SERAFINA. (No sé yo este labrador
qué tiene...)

LISARDA. (¡Qué linda arenga!)

SERAFINA. (Que me pesa de que tenga
a esta mujer tanto amor.)

(Sale OTÓN *y habla al oído a* SERAFINA *y a* OTAVIO.)

OTAVIO. ¿La Duquesa?

OTÓN. Aquesto pasa.
Venid.

OTAVIO. Vamos norabuena.

(Vanse los tres.)

LEONARDO. Poco es mi fuego y mi pena,
pues esta torre no abrasa.
¿Para qué la llevarán?

LISARDA. El Duque dijo.

LEONARDO. ¡Ay de mí!

LISARDA. Yo nombrar al Duque oí.

LEONARDO. Todos de concierto están.
Para el Duque la ha llevado
Otón. ¡Ah, infame tercero!
¡Ah, infames celos!, ¿qué espero?

LISARDA. (El alacrán le ha picado.)

LEONARDO.

Si en lágrimas mi mal menos se alivia,
mira a tu cuenta las mortales sumas
antes, honor tirano, que presumas
deidad en trono que el furor entibia.
Con negra tinta de engañosa jibia
tiñes de amor las ya quebradas plumas,

y sobre el fuego de leteas espumas
al alma has hecho ponzoñosa Libia.
Porque no creas, honor, que soy espúreo,
pues ya con la venganza no te apremio
a ser un propio ser conmigo mismo,
seré el objeto del rigor sulfúreo
hasta que de mi pena y llanto el premio
asombre tierra, mar, cielo y abismo.

(*Salen* MARCELA *y* OTÓN *y otros* CRIADOS.)

MARCELA. Otón, no la mato yo,
cuando sus traiciones dores,
porque al Duque escucha amores,
sino porque al Duque hirió.
El daño, que no el favor,
de mi marido castigo.

OTÓN. Pues semejante castigo
acuerdo quiere mejor.

MARCELA. En dos razones me fundo:
celos y herida hay aquí;
celos vengo cuanto a mí,
y la herida, cuanto al mundo.

OTÓN. Cree que el Duque, mi señor,
lo sentirá de manera,
que yo, por lo menos, muera
a manos de su rigor.

MARCELA. Lo que yo quiero ha de ser,
no tienes que replicar;
tú me tienes de matar,
Otón, aquesta mujer.

OTÓN. Antes perderé la vida.
No lo permitas.

LEONARDO. (Ya, Cielos,
borra el dolor de los celos
el de otra mayor herida.
¿Qué horror, qué llanto y pesar
me hiela del pie al cabello?
¿Qué lazo me han puesto al cuello
que aun no puedo respirar?)

(*Salen* SERAFINA *y* OTAVIO.)

OTAVIO. Ya mi hija ha confesado;
llegue su muerte, que es hora.

SERAFINA. Perdona, prima y señora,
los disgustos que te he dado.

MARCELA. Esto es justo, Serafina.
Tú me perdona, y de Dios
perdón tendremos las dos,
que su justicia es divina.

LISARDA. (Aunque confuso cuidado
temor me llegue a poner,
como muera esta mujer
lo doy por bien empleado.)

LEONARDO. (¿No es esta mi espada? Eterno
tribunal, yo he de estorbarlo
si vienen a ejecutarlo
los príncipes del infierno.)

OTÓN. (Armas os daré yo, Otavio,
que bastaremos los dos
contra todos.

OTAVIO. No, por Dios,
procedes como hombre sabio;
que quien mi amistad profesa
si armas había de hacer,
contra el Duque habían de ser,
que no contra la Duquesa.
No temes mi dolor, no,
sino el del Duque, y yo quiero
que no prives por tercero.

OTÓN. Solo no he de poder yo.

OTAVIO. Muera mi hija porque mal
te venga a nacer de aquí
y entiendan todos de ti
que todo lo guardas mal.)

MARCELA. ¿Está el castillo cerrado
cual mandé?

OTÓN. Señora, sí.

MARCELA. ¿Las llaves?

OTÓN. Veslas aquí.

MARCELA. Llegaos todos a ese lado;
veamos cuál de vosotros
tiñe en su sangre las manos.
¿Qué os acobarda, villanos?

OTÓN. Lo que es valor en nosotros.

MARCELA. Llegá, Orlando, Federico,
César.—¿Cómo? ¿Que no puedo
quitaros el torpe miedo?

OTÓN. No te indignes, te suplico,
porque somos caballeros,
y al Duque le pesaría.

MARCELA. ¡Viles!, pues la ofensa mía
hoy no ha podido moveros,
yo le quitaré la vida,
que obran los celos ahora.

LEONARDO. En tu grandeza, señora,
será ofensa conocida.
Aunque no parezco hidalgo
esa decencia condeno,
y si en mi lugar soy bueno
no menos que todos valgo;
pero por servirte a ti
a mi padre mataría.
Yo lo haré, de mí te fía.

MARCELA. Mucho más fiaré (1) de ti.
LEONARDO. (Pues aquí me trujo el Cielo
en semejante ocasión,
suyos, y milagros son,
haré lo que pienso, harélo.)
MARCELA. Otavio, aquesto ha de ser;
id con Dios, dadnos lugar.
OTAVIO. Lo que vengo a desear,
¿por qué no lo puedo ver?—
Hija, ¿cómo de esa suerte
vuestra firmeza se muda?
¿Queréis que me quede duda
de que temisteis la muerte?
Pues si he de sentir el mal
más que tú en aqueste estrago,
o yo en ser fuerte mal hago
o tú en temer haces mal.
SERAFINA. No están en ningún extremo
nuestros pechos diferentes:
ni hablas tú porque no sientes
ni callo yo porque temo.
Mas en niñez o en (2) vejez,
aunque es tan cierta esta prueba,
a todos es cosa nueva,
como no han muerto otra vez.
LEONARDO. (Si no pudiese (3) salir
con mi traza imaginada,
(*Saca la tabla y garrote y cordel.*)
para matar traigo espada
y vida para morir.)
MARCELA. Cómo ha de estar eso ordena.—
La silla puedes tomar.
SERAFINA. No me haré de rogar,
que no me la das por buena.
MARCELA. Ese negocio se acabe,
que temo, al fin, la venida
de quien el hecho me impida,
porque ya el camino sabe.
OTAVIO. Llega, amigo.
LEONARDO. (Tiemblo tanto,
que ser descubierto temo.)
LISARDA. (Confusa (4) estoy por extremo
y alegre entre pena y llanto.)
LEONARDO. Que importa mucho le digo
que vaya aquesto bien puesto.
SERAFINA. ¡Inmenso Cielo!, ¿qué es esto?) (5)
Aguárdate un poco, amigo.—
Dame tú tu bendición.
OTAVIO. ¡Ay, hija, Dios te la dé!
LEONARDO. Perdona, que soy mandado.
SERAFINA. Ya, amigo, te perdoné.
Haz tu oficio.
LEONARDO. (Más valor,
Serafina, has de tener;
no te alteres ni te mudes:
Leonardo soy.
SERAFINA. ¿Cómo? ¿Qué?
LEONARDO. El Cielo me trujo aquí
por que la vida te dé;
que cómo escapé la vida
y a aqueste punto llegué
a pesar de otras desdichas,
de espacio sabrás después.
Finge que el cordel te ahoga,
que yo, mi bien, fingiré
que mueres tú, que estás muerta.
SERAFINA. ¿Leonardo eres?
LEONARDO. Sí, mi bien.
SERAFINA. No lo dudo yo. ¡Ay de mí!
A buen tiempo te hallé
para que me des la muerte.
LEONARDO. Mi bien, fingida ha de ser.) (1)
MARCELA. Necio, ¿qué le estás diciendo?
LEONARDO. De lo que sé lo mejor.
MARCELA. Mira que de tu temor
se está la pobre muriendo.
SERAFINA. Antes no me turba ya
el mal, sino la ventura
que puedo vivir segura.
MARCELA. Ea, villano, acaba ya.
LEONARDO. Con mucha razón te fías
de mis manos, no las suyas,
que no ato yo las tuyas,
antes atas tú las mías.

---

(1) Durán enmendó "fié", sin causa.
(2) Durán suprimió el "en", sin necesidad.
(3) Durán corrigió "pudiere".
(4) En el original, "confuso", por errata.
(5) En el texto este verso lo dice también LEONARDO, pero creemos tal exclamación deberá salir de labios de SERAFINA al ver tan de cerca a su amante; porque en los de LEONARDO no tiene sentido, pues ya sabe harto de lo que se trata. Sin embargo, las palabras que luego pronuncia SERAFINA no justifican por entero la interpretación propuesta; pero consiste que el pasaje desde el verso

Dame tú tu bendición

ha sido muy alterado, puesto que el metro, de redondillas que venían siendo, se interrumpe para intercalar el corto romance hasta el verso

Mi bien, fingida ha de ser,

y volver luego a las redondillas.

(1) Los 22 versos anteriores no pueden, en justicia, atribuírse a LOPE.

MARCELA. Ponle en el rostro una toca.
LEONARDO. Dices bien; así asegura
el miedo y la compostura.
MARCELA. Dejó de fingirse loca. (1)
SERAFINA. Padre, adiós.
OTAVIO. Hija, el valor
para esta ocasión conviene.
Dios te socorra, que tiene
igual clemencia y amor.
LEONARDO. Esto es hecho.
MARCELA. Bien lo mira. (2)
LEONARDO. Véase por la experiencia.
OTAVIO. Dios haya de ti clemencia.
OTÓN. (¿A quién tal crueldad no admira?)
A la puerta de la torre
llama Alberto.
MARCELA. Entre en buen hora.
OTÓN. ¿Entrará?
MARCELA. Entre, que ahora
tarde el príncipe socorre.—
¿Qué vienes aquí a buscar?

(*Entra* ALBERTO.)

ALBERTO. Hable por mí ese papel,
cuya sentencia, si cruel,
hoy tengo de ejecutar.
MARCELA. (Aseguró mi sospecha
sentencia tan rigurosa.)
Si no vienes a otra cosa,
esa muerte ya está hecha,
sabiendo yo para qué
venías.
ALBERTO. ¿Qué es lo que veo?
MARCELA. Del Duque cumplí el deseo,
su sentencia ejecuté.
ALBERTO. Al fin, sin orden ha sido.
MARCELA. Haz cuenta que tú llegaste
antes y la ejecutaste;
que nada se habrá perdido, (3)
cuanto más que diré yo (4)
que por aquesta sentencia
lo ejecuté. Ten paciencia.
ALBERTO. Dame el papel.
MARCELA. Eso no,
que yo le quiero guardar.
Vamos de aquí. Tú asegura
que en la misma sepultura
que pidió se ha de enterrar.
OTÓN. De piedad estoy corrido.
Mi casa quiero sacar
de aquí, que no he de dejar
un criado.

(*Vanse, y quedan* OTAVIO, SERAFINA, LEONARDO *y* LISARDA.)

LISARDA. Ya se han ido.
OTAVIO. Bien será, pues solo quedo
y bronce, al fin, parecí,
parecer padre. ¡Ay de mí!
LISARDA. Un poco tengo de miedo.
OTAVIO. Quiero hablarte, hija mía,
pues hasta que te perdí
ni tuve ni conocí
el mucho bien que en ti había.
¡Hija de mi alma!
SERAFINA. ¡Padre!
OTAVIO. ¡Santo Dios!
LISARDA. Ya es cosa cierta.
Juraré que habló la muerta.
¡Por el siglo de mi madre,
qué terrible confusión!
SERAFINA. ¡Padre mío!—¡Ah, labradora!
LISARDA. Conmigo las quiere ahora.
LEONARDO. Otavio, la turbación...
LISARDA. Algún traidor que la aguarde.
LEONARDO. Espera, no huyas, Lisarda.
LISARDA. Aunque el temor me acobarda,
no es amor el que es cobarde. (1)
LEONARDO. Otavio, yo soy Leonardo.
Cómo estoy vivo sabrás
y tu hija, a quien estás
escuchando.
OTAVIO. El fin aguardo.
LEONARDO. Creo que nos han dejado
solos en la torre.
SERAFINA. Vamos
donde de espacio sepamos
de todos tres el cuidado. (2)

---

(1) Este verso prueba que el pasaje interpolado cambió el sentido de esta dramática escena. SERAFINA, al reconocer a su amante, debió de prorrumpir en exclamaciones extrañas para la DUQUESA y todos los presentes, a punto de juzgar que se hubiese vuelto loca o que lo fingía para huír de la muerte. ¡Lástima que no conozcamos el giro que LOPE haya dado a este momento culminante del drama!

(2) Durán corrigió, olvidando la rima: "Míralo bien."

(3) En el original dice este verso, por errata:
"que nadie te habrá perdido".

(4) Durán enmendó "yo diré", olvidándose de la rima.

(1) Falta la acotación de que huye LISARDA.

(2) Véase ahora cómo el autor de *Di mentira* interpretó esta dramática escena:

JORNADA TERCERA

(*Salen* CARLOS, *duque*, *y* MARCELA, *duquesa*, *y* ALBERTO.)

CARLOS. Justicia ha sido bien hecha.

MARCELA. Y tan conveniente ha sido,
que ya el pueblo, corregido,
mil escarmientos sospecha.

CARLOS. Mi remisión murmuraban.

ALBERTO. Al fin, murió sin que yo...

"(*Sale la* REINA, ARNESTO *y* ALABARDEROS.)

REINA. En arma el castillo puesto,
sabes, Justino, que soy
tu Reina propia, ¿qué es esto?
Ciega de cólera estoy;
quitadle las armas presto.

JUSTINO. Miradlo, Reina, mejor;
mirad que Su Majestad
sentirá mal de este error.

REINA. Todas las puertas cerrad.
¡Mal conocéis mi valor!

GUARDA 1.º Todo, Reina, está cerrado.

REINA. ¿Y las llaves?

GUARDA 1.º Estas son.

REINA. Poneos todos a ese lado.

ARNESTO. ¡Qué notable confusión!
¿Cómo es esto? ¿Helo señado?
¡Vive Dios, que determina
darnos la muerte a los dos!
¡Ay, hermosura divina!

REINA. ¿Haste puesto bien con Dios?,
que tu muerte se avecina.

ROSARDA. ¿Cuándo merecí, señora,
que vuestra real presencia
venga a ser ejecutora
de la dichosa sentencia
que esta vuestra esclava adora?
Disposición hay en mí
para trance más terrible;
mi cuello tenéis aquí
y un pecho muy invencible,
que es el que jamás rendí.
Sólo quiero aseguraros
que de la pasión que hoy
el pecho pudo inquietaros
estoy libre, pues estoy
aquí por sólo estimaros.
Y pues la muerte deseo,
dadme la que más os cuadre.

REINA. Así, Rosarda, lo creo;
despídete de tu padre.

ARNESTO. (¿Cómo vivo, si tal veo?
Una gran demostración
estoy por hacer aquí,
para darles ocasión
de que me maten a mí
primero.)

REINA. En resolución,
servirme no habéis querido
por no disgustar al Rey.

GUARDA 2.º Ese valor nuestro ha sido
y conservación de ley.

REINA. Pues verdugo hay prevenido.
Pasa, labrador, delante.
¿Atreveráste a dar muerte
a esta mujer?

ARNESTO. (Si es bastante
para matarme esta suerte,
dígalo el que es más amante.
De lo que aquí ha sucedido
he venido ya a inferir
que no he sido conocido
y que me puede encubrir
el dizfraz de este vestido.
Pues la ocasión me convida
con engaño tan dichoso,
yo rescataré su vida,
que no ordenó el poderoso
Cielo en vano mi venida.)

REINA. ¿No me respondes?

ARNESTO. ¡Pardiobre!,
que en esto estó poco duecho.
¿Tiene corazón de robre?
¿No me dirá qué le ha hecho
aquesta doncella pobre?
¿No le abranda su hermosura?

REINA. Si tú no quieres pagar
por ella, hacerlo procura.

ARNESTO. Escuche...

REINA. No hay que escuchar.
Duque amigo, esto ha de ser;
despedíos de Rosarda,
porque tenemos que hacer.

DUQUE. Nada mi pecho acobarda
cuanto queráis emprender.
Antes quiero ser testigo
del valor que hay en Rosarda;
que lo que llamáis castigo
es martirio en quien aguarda
el triunfo de su enemigo.
Ejecutad vuestro intento,
que yo no lo impediré;
antes, estoy tan contento,
que mi brazo ofreceré
cuando faltare instrumento.

REINA. Está bien. El instrumento
que prevenir os mandé
me traed aquí al momento.

(*Traen una silla de madera negra, con palo y cordel, como para dar garrote a* ROSARDA.)

GUARDA. Esto mandaste traer.

REINA. Siéntate, y tú haz tu oficio.

ARNESTO. Estaba por no lo her,
que esto es muy en perjuicio
del padre que me dió el ser.
Sentaos, pues, vos.

ROSARDA. ¡Ay de mí!
¡Muéreseme el corazón!
Padre, llegaos hacia mí
y echadme la bendición.
Llevaremos gusto así,
y perdonadme tras esto;

CARLOS. En decirme que murió
tus relaciones se acaban.
Tú cumpliste mi sentencia
y yo quedo satisfecho.

MARCELA. Vos lo habéis mandado y hecho,
señor, con igual prudencia: (1)
Temerán vuestro rigor;
que es bien que un príncipe justo

---

que, en efeto, yo he causado
todo el daño en que estáis puesto,
aunque en razón de pecado
que no le hubo es manifiesto.
También, padre piadoso,
os tengo de suplicar
que me mandéis enterrar
donde está Arnesto mi esposo,
que será grande consuelo
estar gozando de Dios
nuestras almas en el Cielo,
y que nuestros cuerpos dos
estén juntos en el suelo.

DUQUE. Comiénzate a consolar,
que, tras de mi bendición,
eso te quiero otorgar.

(ARNESTO, *aderezando los cordeles detrás de la silla, diga así:*)

ARNESTO. (¿Quién, entre tanta pasión,
tanta gloria pudo hallar?
¡Quién descubrirse pudiera!).

ROSARDA. Dadme el abrazo postrero.

ARNESTO. Estaos desa manera
acuitando un siglo entero.
Tiraos, buen viejo, afuera.
¡Verá cuál me está mirando!
¿No miráis que la señora
mucha priesa me está dando?
Apartaos allá en buen hora;
vamos todos negociando.

DUQUE. Prosigue tu oficio, amigo;
sin duda que es trance fuerte
éste, pues que yo me obligo
a sentirle de esta suerte;
en vano el dolor mitigo.
Si los duros pedernales
sintiendo mi pena están
con evidentes señales,
¿por qué no se ablandarán
mis entrañas paternales?

(*Hinque la rodilla en tierra, como que le llega a pedir perdón, y háblela en secreto.*)

ARNESTO. (Señora, en esta ocasión
es menester que mostréis
vuestra mucha discreción;
con que atenta me miréis,
conoceréis mi intención.
Vuestro Arnesto mismo soy;
no hagáis ninguna mudanza;
vivo, como veis, estoy,
y con muy grande esperanza
de daros la vida hoy.
Venturosa es nuestra suerte,
pues soy el ejecutor
de este trance agudo y fuerte.

ROSARDA. ¡El Cielo me dé favor!
¿Son fantasmas de la muerte?)

(*Desmáyase, quedando la cabeza sobre el hombro de* ARNESTO.)

REINA. ¿Qué es eso?

ARNESTO. Se ha desmayado.
Traigan agua presto, presto.

JUSTINO. El color se le ha mudado.

ROSARDA. (¡Ay, querido esposo Arnesto,
qué tarde a verte he llegado!

ARNESTO. ¿Es aquesta la osadía
que en vos para morir vi?

ROSARDA. Es que como pretendía
partir a gozar de ti,
de buena gana moría.

ARNESTO. Pues si me queréis gozar,
fingid en esta ocasión
que quedáis muerta.

ROSARDA. Esforzar
procuraré el corazón,
si el amor me da lugar;
porque tan sobresaltada
me tiene el gozo, que creo
que no sabré fingir nada.)

REINA. ¿Qué le dices?

ARNESTO. Mi deseo:
una oración extremada
con que quitar suelo yo
el más profundo desmayo.

ROSARDA. ¡Ay de mí!

ARNESTO. Ved si volvió
en su ser, ¡voto a mi sayo!,
que el conjuro aprovechó.

DUQUE. Hija mía, ¿qué se ha hecho
tu valor?

ROSARDA. Si aquí he temido
la muerte, estad satisfecho,
que este temor ha nacido
del gozo de mi provecho.
No dilates un momento,
amigo, tu pretensión;
tuerce el garrote.

ARNESTO. Eso intento,
dama, con vuestro perdón.

JUSTINO. Mucho esta desdicha siento.

ARNESTO. Decid Jesús.

DUQUE. ¡Qué rigor!

ROSARDA. ¡Jesús, Jesús, Jesús pío!
¡En vuestras manos, Señor,
pongo el espíritu mío!

(*Hace que tuerce el garrote, cúbrela con el velo y suena un golpe dentro.*)

JUSTINO. ¿A quién no mueve a dolor?

ARNESTO. Esto, señora, está hecho.

REINA. Con ese velo la cubre
el rostro. (Ya he satisfecho
el veneno que se encubre
de celos dentro en mi pecho.)"

(1) En la copia de Durán falta este verso.

anteponga siempre al gusto
las leyes de su valor.
Rebelde el pueblo, se enfrena
con esa misma igualdad,
que si es mala la crueldad
la severidad es buena.
Hoy habéis asegurado
vuestros estados y a mí,
que nunca de vos creí
verme en tan dichoso estado.

CARLOS. ¿No creeréis que ha sido engaño
vuestra sospecha?

MARCELA. Y que os debo
la vida, aunque no es de nuevo.

ALBERTO. (¿Hay suceso más extraño?
¿Cómo le podré decir
al Duque lo que pasó?)

CARLOS. ¿En la ermita se enterró?
Muy cuerda anduvo en pedir;
que no merecía mejor
entierro. Mas, por mi vida,
señora, si sois servida...

ALBERTO. (Al Duque tengo temor.)

CARLOS. Vuestras damas prevenid,
sabréis después para qué.
Id con Dios.

MARCELA. (Yo apostaré
que le he entendido.) Advertid...
(El quiere echarme de aquí,
que aún no está desengañado.)
que nos tenéis con cuidado.

CARLOS. Presto lo sabréis de mí.
Adiós.

MARCELA. (Lo que se apresura.) (1)
Adiós.

(*Vase* MARCELA.)

CARLOS. ¿Fuése esa mujer?

ALBERTO. Sí, señor.

CARLOS. Podré saber
sucesos de mi ventura.
Dame esos brazos, amigo;
llega a abrazarme, que hoy pruebo
lo mucho que a ti te debo
y lo que has de ser conmigo;
que es tu industria y tu cordura
de mayores honras digna.
¿Dónde queda Serafina,
mi gloria?

ALBERTO. En la sepultura.

CARLOS. Aun burlando es crueldad
quererte aquí entretener
con eso.

ALBERTO. ¿Qué puede ser
si es, en efeto, verdad?
No dudes, murió.

CARLOS. En efeto,
tú lo fingiste de suerte
que se acreditó su muerte.
¡Oh, lo que importa un discreto!
¿Llevó bien este suceso?

ALBERTO. Con grande ánimo murió.

CARLOS. Advierte que no soy yo
a quien has de decir eso.

ALBERTO. Señor, ¿qué puedo decir
en tan desdichada suerte?

CARLOS. ¿Oyenos alguien? Advierte
que nadie te puede oír.
¿Hízose, amigo, algún daño?
¿Queda en parte donde yo
pueda verla?

ALBERTO. Señor, no.

CARLOS. ¿Qué porfías en tu engaño?
Necio estás.

ALBERTO. Oyeme ahora,
y mátame o ten paciencia,
que ejecutó tu sentencia
la Duquesa, mi señora;
porque yo la hallé en la torre
y ya muerta la tenía.

CARLOS. Poca es la paciencia mía
si tu piedad no socorre.

ALBERTO. Señor, la verdad es ésta,
que no me había de burlar.

CARLOS. ¡Vive Dios, que ha de llorar
el mundo lo que me cuesta!
¿Muerte le dió la Duquesa? (1)

---

(1) En la copia de Durán falta esto que dice Marcela, con que la redondilla queda sin un verso.

(1) En *Di mentira* se trata así este incidente:

"(*Salen el* REY *y* OCTAVIO.)

REY.

De modo está la Reina persuadida
a la invención sutil de nuestro ingenio,
que de los celos que engendró se olvida.
Fíngeslo por camino tan extraño,
que con ser dueño yo de este secreto,
estoy para decirte que me engaño.
Ahora me agradezco el buen conceto
que hice en este caso, confiando
mi esperanza de un hombre tan discreto.
Pero al intento principal tornando,
¿de qué modo recibe mi enemiga
la vida que le voy solicitando?

ALBERTO. Tu sentencia tiene allá,
que me la tomó.

¿No se humana por verlo? ¿No la obliga
tal muestra de afición? ¿Está más fiera?

OCTAVIO.

No sé, por Dios, señor, lo que te diga.

REY.

No dudes en decirlo. ¿Persevera
en su rigor?

OCTAVIO.

Señor, discreto eres;
con tu cordura un gran rigor modera.

REY.

¿Está más desdeñosa?

OCTAVIO.

No te alteres
si dijere...

REY.

¿Qué dices?

OCTAVIO.

Que Rosarda
es muerta ya.

REY.

¿También burlarme quieres?
No está aquí con nosotros Clorinarda.

OCTAVIO.

Dígote que murió.

REY.

Que ya lo veo,
en cuanto al mundo, que su muerte aguarda;
mas cuanto a mí bien sabes que no creo
lo que ha engañado a tantos. Dime, acaba,
lo que saber del caso ya deseo.
¿Estaba rigurosa? ¿Conservaba
su proceder esquivo? ¿Qué decía?
Apostaré que mi piedad culpaba.
¿En qué quinta, en qué casa, en qué alquería
quedó depositada la hermosura
con cuyo resplandor se alumbra el día?

OCTAVIO.

Quedó...

REY.

¿Dónde quedó?

OCTAVIO.

Con tu cordura
modera la pasión.

REY.

Tú estás turbado;
sin duda que hay alguna desventura.

OCTAVIO.

Lo que pasa, señor, he publicado.
Rosarda es muerta.

REY.

¿Muerta?

OCTAVIO.

Como digo.

REY.

¿Quién la mató?

OCTAVIO.

La Reina.

REY.

¿Haslo soñado?

OCTAVIO.

De su muerte, señor, como testigo
te puedo asegurar."

CARLOS. Verá
cuán poca disculpa es ésta. (1)
¡Por vida!...
ALBERTO. Repórtate.
CARLOS. ¡Por el Cielo soberano!
ALBERTO. Señor...
CARLOS. Quítate, villano,
o negligente, o sin fe;
y pues a mí me quitaron
la vida por ley expresa,
hoy morirá la Duquesa
y cuantos la acompañaron,
porque en el respeto hallo
del príncipe que han (2) de ser
los hijos y la mujer
de quien aprenda el vasallo.
ALBERTO. ¿Y qué podrá parecer
al mundo en esa violencia
que hoy revoques la sentencia
que tú pronunciaste ayer
y tú mismo has publicado
que lo mandaste?
CARLOS. ¿Hay rigor
como morir un señor
por respetos de su estado?
¿Qué puedo hacer cuando lloro
mi desdicha? ¡Ah, injustas leyes
de príncipes y de reyes
sujetos a su decoro!
Mas trazarélo de suerte
que se vengue el alma mía.
Angel divino, confía
que he de castigar tu muerte.—
Su padre ¿cómo llevó
esta ejecución?
ALBERTO. No sé;
muy animoso le hallé,
y aun pienso que se holgó.
Aquí le tiene también
la Duquesa, y libre entiendo.
CARLOS. Pues que no muera pretendo,
que fuera hacerle bien;
que su honor o necedad
quizá la ocasión ha sido,

---

(1) Durán, sin atender a la rima, corrigió "ese".
(2) Durán enmendó "ha".

y pobremente vestido
hoy saldrá de la ciudad.
Todas sus tierras y hacienda
le he de confiscar, y, pobre,
con (1) sus vanidades cobre
el pundonor que pretenda.
Que en el mundo, os certifico,
no hay cosa que así se sienta
como en el noble la afrenta
y la pobreza en el rico.
Quien no conoció ni sabe
del bien que puede perder;
mas hoy pobre y rico ayer,
ningún dolor es tan grave.
Si es soberbia la riqueza,
el pobre vive afrentado,
porque es el más bajo estado
el de la infame pobreza.
Civilmente ha de morir
pidiendo para el sustento
limosna, que no hay tormento
ni muerte como pedir.
En palacio no entre Otón,
pues tuvo tan mal cuidado
con la torre.

ALBERTO. Fué forzado.

CARLOS. Está es mi resolución.

(*Vanse, y salen* LEONARDO, SERAFINA, *de labradora,* BELARDO, LISARDA, ELICIO *y* DANTEO.)

LEONARDO. ¿Qué te parece, Belardo,
de mi bien?

BELARDO. Que Serafina,
por hermosa y peregrina,
es quien merece a Leonardo.
Mucho el Cielo os socorrió
en tan dichosa ocasión.

LEONARDO. Yo tuve resolución
de librarla o morir yo.

SERAFINA. No hablemos en eso ahora,
que vuelvo a tener temor.

LEONARDO. No temas, hermosa flor,
peregrina labradora,
que pues yo no estoy penando,
libre estás.

SERAFINA. Dichosa suerte,
mi bien, que he llegado a verte
sin temor.

BELARDO. Considerando
que a su hija me dió Otavio
en confianza, he querido

(1) Durán enmendó "de".

que hasta que seas su marido
su fe no padezca agravio.
No hay sino prestar paciencia
hasta que el cura os la dé,
señor Jacinto.

LEONARDO. Ya sé
que estamos a tu obediencia.
Mas considera que es poco
de mi locura el indicio,
pues si no pierdo el juïcio
tú me has de tener por loco.

BELARDO. No hay más extremos que hagas
ni más finezas que pruebes;
tú pagas bien lo que debes
y debes bien lo que pagas.
Vendrá Otavio por que os vais
de tierra tan mal segura.

LEONARDO. Si hoy empieza la ventura, (1)
Belardo, mal receláis,
que en empezando a subir
por lo menos viene a ser
que en los daños del caer
tengamos más que sentir.

ELICIO. (Danteo, este laberinto
no hay quien le entienda ni crea.
A mí la sobrina fea,
y la hermosa, a Jacinto.
No, Danteo, esto no es cosa.

DANTEO. Antes le has de agradecer,
que mujer propia ha de ser
nada fea y nada hermosa.

ELICIO. Flor me tiene ya sin mí.)
Buena prima traes contigo.

LISARDA. Comiéndola al enemigo.

ELICIO. ¿Al fin es tu prima?

LISARDA. Sí,
y pienso que la primera
por quien mis males aguardo,
que ya (2) Jacinto o Leonardo
casarse con ella espera.
(¡Que supiesen enredar
aquella muerte fingida
para quitarme la vida!
Mas yo lo he de remediar:
antes que lleguen las bodas
descubriré yo la flor.
No lo ha acertado (3) en ser flor,
porque se marchitan todas.)

(1) En Durán, "la locura".
(2) En el texto, "yo", por errata.
(3) En el original, "No lo acertado", por la usual contracción de sílabas.

BELARDO. Mis dos sobrinas, Danteo,
caso con Jacinto y Elicio, (1)
y hacerles fiestas codicio
conformes con mi deseo.

DANTEO. Cuando las bodas son buenas
la propia fiesta es casarse,
y si son malas en vano
fiestas el mundo les hace.
Fiestas celebre el dichoso
que de las prisiones sale,
y el que viene al cautiverio
no más que paciencias gaste.

ELICIO. Y si como yo, por fuerza,
viene un hombre a ser cofrade
del santo arrepentimiento,
¿qué paciencia habrá que baste?

DANTEO. Mas si queréis todavía
que el pueblo, por ser su Alcalde,
honre a vuestras dos sobrinas,
honradas bien por sus talles,
escoged las fiestas vos
por que no os cuesten de balde,
y convidad los amigos,
que vendrá a ser todo el valle.

BELARDO. Correránse dos novillos.

DANTEO. Ese parecer borralde,
que en bodas no es buen agüero
animal con armas tales.

BELARDO. Haráse un baile.

DANTEO. No es bien
que en las mudanzas del baile
aprendan los que se casan
a divertirse y mudarse.

BELARDO. Gansos quiero que se corran.

DANTEO. Cabezas que por el aire
se cortan, en los casados
azar viene a ser muy grande.

BELARDO. Pues hágase una comedia.

DANTEO. Este es mayor disparate,
porque hay legos en el pueblo
y cuatro o cinco escolares
que burlan lo que no entienden
y dicen lo que no saben
por que por sabios los tenga
quien los conoce ignorantes.

BELARDO. Pues ¿qué se ha de hacer?

DANTEO. Oídme:
una danza de salvajes.

BELARDO. Y danzarán más de ciento.

DANTEO. Pocos habrá que se escapen;
y si no, un paloteado
pienso que será importante,
que sacan palos vestidos,
hablallos en su lenguaje.
Y ¿cuándo serán las bodas?

LISARDA. Para mí en aciago martes.

ELICIO. Y para mí será en viernes,
pasión que nunca se acabe.

LEONARDO. Hermosa Flor.

SERAFINA. Dejá cuentos,
no hagáis de mí donaire,
que ha muy poco que soy flor.

LEONARDO. Decís bien, porque sois ángel.

(*Sale* MILÁN.)

MILÁN. Arrastrando una cadena
viene Milán a buscarte,
que el Alcalde, como es noble,
su casa me dió por cárcel,
manco de tocar las cuerdas.

DANTEO. Pues ¿no? ¿Por qué no cantaste?

MILÁN. A quien no cree en el tormento,
de seis se la doy que calle.—
¡Ay, señora de mi vida!

LEONARDO. (El callar es importante.
Luego sabrás lo que pasa.)

ELICIO. ¿Queréis que se vaya, Alcalde,
el preso?

MILÁN. ¡Oh, hideputa;
qué ánima de peraile!
A fe que escribís, amigo,
con plumas de gavilanes.

LEONARDO. (Vete, que yo voy tras ti,
por que no sospeche nadie
que es Serafina, que cerca
está el fin de nuestros males.

MILÁN. Por ti estoy descoyuntado.

LEONARDO. Yo acudiré a regalarte.

MILÁN. ¡Ay del que culpas ajenas
paga con sus propias carnes!)

(*Vase* MILÁN.)

BELARDO. Hasta que a puerta de iglesia
os junten las voluntades,
la mía quiere, y es bien,
que a todos cuatro os aparte.
Tú, que eres el escribano,
vete a procesar verdades.

DANTEO. Cortadas, quizá, a medida
de las que confiesa un sastre.

---

(1) Verso largo. Quizá se escribiría primero:

Con mis sobrinas, Danteo,
casó a Jacinto y Elicio,

BELARDO. Y tú, Jacinto, en mi granja
acude con los gañanes
a la labor de la hacienda,
no comas el pan de balde.
Lisarda cuide de casa,
y Flor, que en el campo nace,
los ánsares por el río
guarde en su florida margen.
SERAFINA. (Cerca está la granja, amigo;
aceta, no seas (1) cobarde,
que del cristal la corriente
me ha de llevar a buscarte.
LEONARDO. Como tú vayas, bien mío,
no hay otra gloria que aguarde.)
BELARDO. Serafina, esto conviene.
SERAFINA. Téngote en lugar de padre.
LISARDA. (Una por una mi tío
los divida y los aparte.
¡Ah, traidor!
LEONARDO. No puedo más.
LISARDA. Pues yo podré. (2)
LEONARDO. No te canses,
pues sabes que soy casado
y que tú quieres casarte.)
SERAFINA. (Celos me da la villana.)
ELICIO. (Hermosa Flor de estos valles...
SERAFINA. Elicio, allí está tu esposa.
ELICIO. Mejor estuviera en Flandes.)
LEONARDO. (Tu esposo está allí, Lisarda.
LISARDA. Mas que estuviera en la calle.
Yo te buscaré en la granja,
traidor, y si te burlares
será contra tu cabeza.)
ELICIO. (Yo, Flor, buscaré tu imagen
en el abril de tus plantas
y al brillar de los cristales
te pienso hacer una causa
si no quieres remediarme.)
BELARDO. Dale la mano a Lisarda,
Elicio.—La mano dale,
Lisarda.
LISARDA. ¿Qué dice, tío?
ELICIO. ¿Habló conmigo el Alcalde?
LISARDA. Hasta estar matrimoniados
no, tío, no quiero hablarle.
ELICIO. Ni yo es bien, sin matrimonio,
que a vuestra sobrina hable.
DANTEO. Ellos están convenidos
y en conformidad iguales.

(1) Durán escribió "estés", en lugar de "seas".
(2) En el texto, "padre", por errata.

BELARDO. Vamos todos, y a su oficio
cada cual vaya esta tarde.

(Vanse, y salen el DUQUE *y* ALBERTO.*)*

CARLOS. No la variedad que ofrece
el campo, ni ver el sol
que entre uno y otro arrebol
con nueva luz aparece,
ni el aurora que amanece
por dejar el lado anciano;
no el verde monte ni el llano
con sus tapetes de flores,
ni el Toro y los dos pintores
del agradable verano
divierten mi pensamiento;
antes, con mayor rigor
dan nueva fuerza al dolor
y animan más el tormento.
Más mis desventuras siento,
Alberto, en la soledad,
y, si he de decir verdad,
en esos floridos prados
vengo á hallar más cuidados
que dejo allá en la ciudad.
ALBERTO. ¿Qué mucho si en tantos males
el sol, cuando los permita (1)
no tantos signos visita
como tú tristes señales?
Nunca de estos montes sales
donde el caso sucedió.
Muda de lugares.
CARLOS. No
le podré dejar ansí,
porque el mal sucedió en mí
y quien le siente soy yo.
Hasta que de mí me aleje
penaré.
ALBERTO. ¿Luego no hay medio?
CARLOS. Sí; pero será el remedio
que yo propio a mí me deje.
ALBERTO. No hay razón que te aconseje,
que en todo vives extraño.
¡Mas qué propio desengaño
de fortuna hemos hallado!
CARLOS. ¡Dichoso el que en pobre estado (2)
huye del mundo el engaño!

(1) Este verso no tiene sentido. Ni estas décimas ni las otras de la comedia son obra de LOPE.
(2) Falta la acotación que diga que sale OTAVIO, de ermitaño. Quizá este verso y el siguiente sean suyos, y por eso dice el DUQUE luego: "Dale limosna", creyendo es un mendigo.

Dalle limosna.

ALBERTO. Parece que huye.

CARLOS. Llámale.

ALBERTO. ¿Hermano?

(*Sale* OTAVIO *de ermitaño.*)

OTAVIO. Ya vuelvo, que no es en vano (1)
la ocasión que se me ofrece.

ALBERTO. Tomad limosna.

OTAVIO. Enmudece
la vida, aunque el fin alcanza
de tan injusta mudanza. (2)

ALBERTO. Tomad limosna.

OTAVIO. Eso no;
que no es lo que busco yo
limosna, sino venganza.

ALBERTO. Otavio aquí se presenta.

CARLOS. Al fin, villano, padeces,
si no el dolor que mereces,
de tus delitos la afrenta.

OTAVIO. No es el mal que me atormenta
necesidad que publiço;
mas que adviertas te suplico,
aunque enmudezcan tus labios,
que quien sirve a sus agravios
no puede quedar más rico.
Antes quiero que se entienda,
y es bien que tú lo permitas,
que pues los hijos me quitas
no he menester la hacienda.
No hallaré bien que pretenda
ni mal que darme hallarás,
aunque en los bienes que estás
y males de mí no ajenos,
siempre suelen tener menos
los que los merecen más.
De una ermita, entre villanos,
soy guarda, porque, en rigor,
en ella guardo el honor
que se libró de tus manos;
y no son intentos vanos,
pues ya vi desenterrar
los huesos, para enseñar,
siempre huyendo la ocasión,
que de una mala intención
los muertos se han de guardar.

CARLOS. ¡Que hable con tal libertad!

ALBERTO. No hay cosa que tanto sobre
como libertad en pobre
y en rico necesidad.
Con pobreza y mucha edad
nunca se vió lengua atada.

CARLOS. Aquésta (1) vieras cortada
si no llegara a saber
que en el viejo y la mujer
sirve la lengua de espada.
¿Fué bien, si es bien que te aflija,
dar como caduco viejo,
si no el cordel, el consejo
que dió la muerte a tu hija?

OTAVIO. ¿Y es bien, por que se corrija
de amor el intento injusto
contra el pensamiento justo
que en mis esperanzas hallo,
quitar honor al vasallo
por dalle riendas al gusto?
Mas no velé yo importuno
tan poco entre sus antojos
que no tuviese más ojos
que el tardo pastor de Juno.
Ya mi dolor no es ninguno,
pues honra en mí no liviana
contra voluntad tirana
escuchando otros enojos,
el foso hace de mis ojos
y del valor barbacana.

CARLOS. Del ser de hombre estás ajeno;
hablar puedes libremente.

OTAVIO. ¡Oh, qué de afrentas consiente
un señor cuando no es bueno!

CARLOS. No tu libertad condeno,
porque te juzgo en estado
que vives desesperado.

OTAVIO. Más en tu engaño se alcanza,
que siempre tiene esperanza
el corazón que es honrado.

CARLOS. ¡Qué enfadado (2) y qué enfado-
[so!
Limosna le da (3) y no más.—
Váyase.

OTAVIO. Mucho me das;
al fin, como poderoso,
dasme con que ser famoso
en esta ocasión que alienta
mis pensamientos.

---

(1) Este verso indica que, efectivamente, había salido antes.
(2) Versos sin sentido, éste y los anteriores.

(1) Más bien debiera decir "Aquesa".
(2) Durán enmendó "cansado"
(3) Durán corrigió "dela" no sabemos por qué. Quizá querría escribir "dale".

ALBERTO. Intenta
toma, y recíbelo aparte, (1)
llevar con que sustentarte.
OTAVIO. A mí el honor me sustenta.

(*Vase* OTAVIO.)

CARLOS. Cansóme este mentecato;
que ya por loco le dejo,
por desesperado y viejo.
ALBERTO. ¿Quieres divertirte un rato?
El tiempo te da barato;
que entre estos chopos y ramos
cuyo rumor escuchamos
he visto una zagaleja
con quien amor se aconseja. (2)
¿Gustarás oírla?
CARLOS. Oigamos.

(*Sale* SERAFINA *con un palo, como guardando sus ánsares.*) (3)

SERAFINA. Decidme: ¿cómo os paráis,
ondas de cristal, si vais
adonde espera mi bien?
Anades que en su corriente
bañaros queréis, teneos,
que hay alas en mis deseos

---

(1) Así este verso, que no hace sentido.

(2) ¡Qué pobreza de rima y qué mal gusto y peor gramática los de estas décimas!

(3) Véase cuán semejante es esta escena a la correlativa de *Di mentira*:

"(*Sale* ROSARDA *como pastora, con una honda, cayado y zurrón.*)

REY. ¡Por Dios que me ha suspendido!
Mas oye, escúchate ahora:
¿Fué por dicha esta pastora,
que con zurrón y cayado
es ahora en este prado
lo que antes del sol la aurora?
ROSARDA. ¿Gente cortesana aquí?
¿Quién serán? ¡Válgame Dios!
¿Si podrán, viéndome así,
conocerme? Ellos son dos.
REY. ¿Qué he de hacer, triste de mí?
¿No tiene rostro divino?
¿No es su talle peregrino?
¿No es hermosa a toda ley?
ROSARDA. ¡Ay de mí, que éste es el Rey!
Trocar quiero aquí el camino.
REY. O es ella, o Naturaleza
de Rosarda y su belleza
hizo el divino retrato.
ROSARDA. ¡Oh fuerza del tiempo ingrato!
OCTAVIO. Engáñase Vuestra Alteza.
REY. No estés, Octavio, cansado;
que ella es.
OCTAVIO. Si yo la vi
muerta, como ya he contado,
¿he de creer que está aquí
apacentando el ganado?
REY. Yo quiero hablarla, y saldrás
de la duda en que has caído,
pues tan pertinaz estás.
ROSARDA. Hacia mí el paso han movido.
¡Triste Rosarda!, ¿qué harás?
Quiero que conforme al traje
sea el proceder y lenguaje;
que con aquesta invención
haré que la presunción
que de mí hiciere se ataje.
REY. ¡Ah, pastora!, ten la planta.
ROSARDA. ¿Qué quiere con priesa tanta?
REY. Hablarte.
ROSARDA. Téngase dende,
y atienda si no lo atiende,
que las ánades me espanta.
REY. No hayas temor de perdellas;
oye, sosiégate ahora,
que yo proprio iré por ellas.
ROSARDA. Retírese allá en mal hora;
que no ha de dar cuenta dellas.
REY. ¿No permitirás hablarte?
De tu rustiquez me espanto.
No tienes que recelarte.
ROSARDA. Pues a fe si cojo un canto
que le he de hacer que se aparte.
REY. ¿Cómo?
ROSARDA. Que lo ahorcará.
REY. ¿Quién?
ROSARDA. El alcalde, mi tío.
REY. Son tus donaires y brío
cuanto encarecer podrá
el corto talento mío.
Si al Rey tienes, yo me abstengo.
ROSARDA. ¡Hola! ¡Arre allá! ¿Yo al Rey?
¡Malos años para el Rey!
REY. ¿Qué dijiste?
ROSARDA. A toda ley,
a lo que dije me atengo.
OCTAVIO. Ved si dudaba yo en balde.
REY. Diréselo al Rey así.
ROSARDA. Id en buen hora y hablalde;
pero ¿qué se me da a mí?
buen tío me tengo alcalde.
REY. Hacedme un gusto.
ROSARDA. ¿Y qué es?
REY. Que solamente una mano
para besarla me des.
ROSARDA. Echas pullas, cortesano,
que he visto en el tiempo avés
sopitosos a la he,
pues aún no os he dado el pie
y pedís que os dé la mano.
Aún menos sois que villano.
REY. Bella pastora, no sé;
tu divino resplandor
deslumbró mi entendimiento;

y os hallarán (1) fácilmente.
(¡Ay, triste! ¿Qué es lo que veo?
¿No es el Duque?)

ALBERTO. ¡Ah, labradora!

SERAFINA. (Con la turbación ahora
que estoy bien trocada creo.
Algún daño se me entabla.
Pero ¿qué temo?)

CARLOS. (Imagina
que si ésta no es Serafina
es un retrato que habla.

ALBERTO. Ello es cosa que me espanta.)
¿Ah, pastora?, dile algo.

SERAFINA. Desvíese allá, hidalgo,
que las ánades me espanta.

CARLOS. No hayas temor de perdellas.
Llégate acá, labradora.

SERAFINA. Desvíese allá en mal hora,
que no ha de dar cuenta de ellas.

ALBERTO. ¿No permitirás hablarte?
Llégate tú acá otro tanto.

SERAFINA. Pues a fe, si cojo un canto,
que yo haga que se aparte.

ALBERTO. A mi honrado pensamiento
no te muestres tan cruel.

SERAFINA. Con otros mejores que él
sé tener yo atrevimiento.
Gritaré si llega al río,
y caro le costará
si por dicha viene acá...

ALBERTO. ¿Quién?

SERAFINA. El Alcalde, mi tío.

ALBERTO. Yo entiendo, y no son engaños,
según tan osada vienes,
que al Duque en el cuerpo tienes.

SERAFINA. ¿Al Duque yo? ¡Malos años!

ALBERTO. No lo has dicho, a fe, de balde.
Sabrálo el Duque de mí
si no...

SERAFINA. ¿Qué se me da a mí?
Buen tío me tengo alcalde.

ALBERTO. No tienes que tener brío,
que el Duque te ha de matar.

SERAFINA. No haga sino llegar
y ahorcarále mi tío.

CARLOS. Llégate acá, labradora,
y dime si eres casada.

SERAFINA. Solamente apalabrada;
no hay otra cosa hasta ahora.

CARLOS. ¿Quiéreste casar conmigo?

SERAFINA. No.

ALBERTO. Resuelto responder.

SERAFINA. Querrás bien a otra mujer
y andaré a malas contigo.
Mis gansos quiero seguir.

ALBERTO. Tente.

SERAFINA. ¡Miren qué descansos!
¿No ven que se van mis gansos?
Déjenme.

(*Vase* SERAFINA.)

CARLOS. Déjala ir,
que pienso que va a esa casa
o granja. Tras ella vamos.

ALBERTO. Vamos y quien es sepamos,
que esto de curioso pasa.

CARLOS. ¡Por Dios, que me entretuviera
algún rato!

ALBERTO. Es peregrina,
y aunque no sea Serafina,
por parecerle siquiera,
la verdad, picado estás.

CARLOS. ¿No ves a quién se parece?

ALBERTO. Ella por sí lo merece,
y por Serafina más.

CARLOS. Hacia la granja se esconde;
no la perdamos de vista.

ALBERTO. Fácilmente se conquista
mujer que escucha y responde.

(*Vanse, y salen* LEONARDO *y* SERAFINA.)

LEONARDO. Nunca le hicieron salva
al día para alegrarle
las aves, ni a coronarle
de flores madruga (1) el alba;

---

dejé guiarme de amor;
él es ciego, y yo sin tiento;
de ambos ha sido el error.

ROSARDA. No sé tantas teologías;
con estas ánsaras mías,
tan soldemente me entiendo;
me quillotro yo en oyendo
cortesanas boberías.
El demoño acá los trajo.
¿Hanlo tomado a destajo?
Déjense ya deste enfado.
¿No miran que mi ganado
se me va ese río abajo?

REY. Iremos por él los dos;
no es justo que os canséis vos,
pues vuestra pena es tan mía,
que darme muerte podría.
Zagala, así os guarde Dios,
por vos muero."

(1) En el texto, "hablarán", por errata.

(1) Así en el original; parece debiera decir "madrugó"; pero como todo en estas décimas es in-

ni vió su aljófar tan salva (1)
de otro más puro arrebol,
ni de su propio crisol,
dorando montes y señas,
de entre celajes y peñas
salió más hermoso el sol
como este prado y ribera,
este monte, aquesta huerta
de eternas flores cubierta
adoran su primavera.

(*Salen el* DUQUE *y* ALBERTO.)

ALBERTO. (Con un hombre habla; espera,
sabremos cómo se llama
y quién es.
CARLOS. Si no es su dama,
mujer será de un dichoso
que ya me tiene celoso.
ALBERTO. Con más comodidad ama.) (2)
LEONARDO. Flor divina, hermosa Flor,
que vienes por verme, ¡ay, Cielos!
SERAFINA. No me traen sino los celos
de mi prima.
LEONARDO. ¡Vida, amor!,
¿no se acabó ese (3) rigor?
¿Ya no pasó ese nublado?
SERAFINA. Supe que cogía en el prado
flores....
ALBERTO. (Celosa la pinto.)
SERAFINA. Y a guardar vine a Jacinto,
que es flor de mayor cuidado.
ALBERTO. (Tu dama se llama Flor
y Jacinto su galán.
CARLOS. ¡Que gozar pueda un gañán
el bien que estimara Amor!)
LEONARDO. Si se vistió del color
de mi alma tu deseo,
¿qué aguardan tus brazos?
CARLOS. (Creo
que mi sufrimiento calma.)
SERAFINA. Recibe abrazos del alma.
CARLOS. Villanos...
LEONARDO. (¡Ay, Dios!, ¿qué veo?
¿No es el Duque?
SERAFINA. Amigo, sí,
que al arroyo le encontré...
LEONARDO. ¿Habló?
SERAFINA. Y aunque le engañé,
aquí se vino tras mí.)
CARLOS. ¿Está aquí el Alcalde?
LEONARDO. No.
SERAFINA. (Algún mal suceso espero.)
CARLOS. Pues vele a llamar.
LEONARDO. No quiero.
CARLOS. ¿Sabes quién soy?
LEONARDO. ¿Qué sé yo?
¿Mi casa había de dejarle
para robarla?
CARLOS. En buen hora
quédese esa labradora
en guarda y ve tú a llamarle.
LEONARDO. Eso fuera ya peor.
Entienda este laberinto:
ni Flor queda sin Jacinto
ni Jacinto irá sin Flor.
CARLOS. ¡Mátame aquese (1) villano!
LEONARDO. Mal podréis aunque seáis dos.
SERAFINA. ¡Jacinto!—¡Señor, por Dios!
CARLOS. Si tú me tienes la mano
fácilmente la atarás;
obligome a tus prisiones.
LEONARDO. Alleguen los fanfarrones,
verán el (2) que vale más.
SERAFINA. (Vete, amigo, y fía de mí,
que es ofender mi decoro;
temo el peligro que lloro
si te conocen aquí.
Vete, que conmigo quedo
segura como contigo.
LEONARDO. Yo no a ti ni a mi enemigo,
mas a mí me tengo miedo.)
ALBERTO. (Buena señal el cuidado
me parece y la porfía,
que echarle de aquí quería;
picóse si te has picado.
CARLOS. Ya no se puede esperar,
Alberto.
ALBERTO. Cordura ten,
que amor llevado por bien
es mucho más de estimar.
CARLOS. Por que a Serafina iguale
en estado, he imaginado
de darle su propio estado,
pues lo mismo puede y vale;
y así pesar podré hacer

---

correcto, no se puede decir cómo pudo haberse escrito primero.
(1) Verso sin sentido.
(2) Así en el texto.
(3) Durán, "este".

(1) Durán, "aqueste".
(2) Durán, "verán lo".

a la Duquesa y a Otavio,
y de mi gusto el agravio
se vendrá a satisfacer.

ALBERTO. Y aun decir podrás también
que es ella propia, pues tanto
te parece, que es espanto.

CARLOS. Has dicho, Alberto, muy bien.
Yo la pondré en su lugar
si vale la traza mía.

ALBERTO. Gentil engaño sería.

CARLOS. Procúrame tú ayudar.)

(*Salen* OTAVIO, BELARDO *y* DANTEO.)

OTAVIO. (El Duque anda por aquí,
y es necesario, Belardo,
que alguna desdicha aguardo,
remediarlo.

BELARDO. Harélo ansí.
Esconderánse. (1)

DANTEO. ¿No adviertes
que está con ellos?

BELARDO. Gran mal.

OTAVIO. Hoy me da el tiempo señal
que han de ser una tres muertes.)

SERAFINA. ¿Resuélvete en que nos vamos?

LEONARDO. Y en morir yo me resuelvo.

SERAFINA. Guarden la casa, señores,
que volveremos muy presto.

CARLOS. ¡Vive Dios, que he de matarle!
(*Tiénele* BELARDO.)

BELARDO. Ten, señor.

CARLOS. ¡Viven los Cielos!

LEONARDO. Dejalde llegar, Belardo,
que yo no le tengo miedo.

BELARDO. Pues tu grandeza, señor,
¿se ha de poner con un necio
labrador?

CARLOS. Corrido estoy;
remediarélo si puedo.

SERAFINA. ¡Qué mucho! ¿Príncipe es?
Perdóneme.

CARLOS. Hablarte quiero
y hacerte, Flor, gran señora.

SERAFINA. Señor, páguetelo (2) el Cielo.

CARLOS. Con cuanto dijere yo
concede.

SERAFINA. Si es mi provecho...

ALBERTO. Es para hacerte señora.

SERAFINA. Poco es menester para ello.

(1) En el texto, por errata, "esconderánte".
(2) Durán, "págueselo".

CARLOS. ¿Belardo?

BELARDO. Señor, ¿qué mandas?

CARLOS. Tú, tus criados y deudos
conceded todos conmigo.

BELARDO. Sin saber qué es, lo concedo.

CARLOS. Pierde del enojo, Otavio.

OTAVIO. Contigo ninguno tengo,
que eres mi príncipe.

CARLOS. Albricias
me dad, que bien las merezco;
que he hallado una joya vuestra,
y es de inestimable precio.

ALBERTO. Señor, ¿ves este villano,
Jacinto? El verdugo fiero
fué de Serafina.

CARLOS. Espera;
repara tú en lo que veo:
¿no se parece a Leonardo?

ALBERTO. Jurara yo que es el mesmo.

CARLOS. Por que también nos ayude
avísalle qué pretendo,
pues quiere (1) aquesta villana,
salir ansí con mi intento.)
Otavio, ésta es Serafina;
yo vuestra hija os entrego.

OTAVIO. (¡Ay de mí! Ya sabe el Duque
toda la verdad del cuento.

BELARDO. Por eso quiso matar
a Leonardo.

OTAVIO. (¡Cruel suceso!)
¿Búrlaste, señor, de mí
cuando la esperanza pierdo?
Yo la vi muerta.

CARLOS. Fué engaño.

LEONARDO. Hablaré como un jilguero
y diré cuanto me has dicho
y lo que yo sé más cierto.

CARLOS. Habla, Serafina.

SERAFINA. Padre,
tu hija soy.

OTAVIO. No lo creo;
muerta te vieron mis ojos.

SERAFINA. Libróme piadoso el Cielo.
Dame esos brazos.

CARLOS. Belardo,
¿no es la verdad todo esto?
¿No fué fingida su muerte?

BELARDO. Sí, señor.

ALBERTO. Gracioso cuento.

CARLOS. Pero dígalo el verdugo.

(1) En el texto, "quiero".

DANTEO. (Acabóse, aquesto es hecho;
todo lo sabe, ¡por Dios!)

LEONARDO. Procedí como discreto.
Fingía que daba vueltas
con el garrote, y un dedo
tuve, por no lastimarla,
entre el cordel y el pescuezo.

ALBERTO. (¡Qué bien finge el bellacón!)

SERAFINA. ¿Y yo no hice los efetos
de ahorcada? Qué os parece,
¿he andado bien?

CARLOS. Por extremo.
(Advierte que esta señora
fué una dama.

SERAFINA. Ya lo entiendo:
que queréis que yo sea ella
sólo porque le parezco.

CARLOS. Y por que mi dama seas.

SERAFINA. Eso es lo que yo no puedo.
¿Queréis llevarme a la corte?
No puedo ir, que tengo dueño.

CARLOS. ¿Quién es?

SERAFINA. Jacinto, mi esposo.)

CARLOS. (Deshízose el embeleco,

ALBERTO. ¿Por qué? Cásale con ella
y di que es Leonardo, el muerto;
que pues le parece tanto
será mejor el suceso.

CARLOS. Un marido es cosa recia.

SERAFINA. No será estotro (1) muy recio;
que no es de los mal sufridos,
y si le hace caballero
le serviré la merced
yo con su consentimiento.

CARLOS. Dice bien; hágase ansí,
que en dar pesar me he resuelto
a Otavio y a la Duquesa.)

SERAFINA. (Mire, señor, oiga atento:
¿parézcome a Serafina?

CARLOS. Eres su retrato mesmo.

SERAFINA. Pues a mí me hace señora,
diga en qué la diferencio.
Los hombres y las mujeres
¿somos más o somos menos
que lo que el príncipe quiere?

ALBERTO. Digo que es divino acuerdo.)

OTAVIO. (¿Qué es esto, amigo Belardo?

BELARDO. Otavio, yo no lo entiendo.

DANTEO. ¿Qué hay que entender? Pues sin
los conoció el Duque fiero [duda
y la verdad, temerosos,
se la confesaron ellos.)

CARLOS. Belardo, ¿este no es Leonardo?

BELARDO. Sí, señor; Leonardo es, cierto,
que yo le curé la herida.

ALBERTO. (A fe que el Alcalde es diestro.)

DANTEO. (Ved si es lo que yo decía.

OTAVIO. Danteo, mis males temo.)

CARLOS. ¿Y tú, villano?

DANTEO. Señor,
yo ninguna culpa tengo
si le curé por ensalmo.

ALBERTO. (Todos fingen por extremo.)

CARLOS. ¿Leonardo?

LEONARDO. Señor, perdona,
que fueron de amor los yerros.

OTAVIO. (Ya no hay bien que esperar pueda.)

CARLOS. (Bien le has instruído, Alberto.)

DANTEO. (Pienso, Belardo, que el diablo
nos metió en esto.

BELARDO. Danteo,
callar y esperar el fin.)

(*Sale* LISARDA.)

LISARDA. (Pues está aquí el Duque, hoy quiero
que muera esta Serafina
y que se acaben mis celos.)

(*Sale* ELICIO *por otra puerta.*)

ELICIO. (Hoy sabrá el Duque quién es
aqueste Jacinto enjerto,
y Flor quedará por mía.)

LISARDA. Sepa, señor...

CARLOS. ¿Qué hay de nuevo?

LISARDA. Que soy Lisarda, sobrina
del Alcalde.

CARLOS. Yo lo creo.
¿Qué queréis decir?

LISARDA. Señor,
para acaballo de presto,
que no es Flor Flor, ni mi prima,
sino Serafina, y vengo
a decir que aquella muerte
fué fingida.

ALBERTO. (Bien, por cierto.)

CARLOS. Ya yo, Lisarda, lo sé.

LISARDA. Que lo castigue pretendo.

ALBERTO. (El Alcalde la ha instruído,
que dicen que es muy discreto.)

ELICIO. Yo so Elicio, y secretario
del lugar y del Concejo,
y como él es el señor,

(1) Durán: "esotro".

no debo guardar secreto:
este Jacinto es Leonardo.

CARLOS. Ya lo sé.

ELICIO. Trújole, luego
que le hallamos herido,
el Alcalde.

CARLOS. Eso es cierto.

ELICIO. Yo lo tengo averiguado
y le enseñaré el proceso.
Delito es para ahorcarle.

ALBERTO. (A propósito vinieron
estos dos.)

ELICIO. Sí, juro a Dios,
que es Leonardo.

CARLOS. Yo lo creo.
(Con buena gente encontramos.

ALBERTO. Todos parecen maestros
de mentir.)

LEONARDO. ¡Mi Serafina!

SERAFINA. ¡Mi Leonardo!

ELICIO. Estos requiebros
¿puedes soportar, señor?

LISARDA. Señor, ¿que pasas por eso?

CARLOS. Otavio, todo mi enojo
se acabó, y a vuestro yerno
Leonardo y a vuestra hija (1)
les hago merced y ofrezco
vuestros lugares y hacienda.

OTAVIO. Yo la sentencia obedezco.

CARLOS. Yo quiero ser su padrino.

OTAVIO. Todo me parece sueño.

CARLOS. Mucho hago, Serafina.

SERAFINA. No es poco lo que te debo.

OTAVIO. La Duquesa, mi señora.

(*Salen* MARCELA, OTÓN *y* MILÁN.)

CARLOS. Llegáis, señora, a buen tiempo,
que Serafina y Leonardo,
que ya juzgaron por muertos,
vivos están y se casan,
a quien yo merced he hecho
de los lugares de Otavio.

MARCELA. ¿Vivos están?

CARLOS. Y os prometo
que me he holgado en el alma.
Soy su padrino.

MILÁN. En efeto,
vive (2) Leonardo, mi amo.

(1) Por errata, en el texto, "vuestro hijo".
(2) Durán conservó la errata, escribiendo "vivo".

CARLOS. Eso es, sin duda.

MILÁN. Y quedo
libre de la confesión
a que me obligó el tormento,
y tú obligado, señor,
a darme para el sustento,
pues no lo puedo ganar,
manco de todos los dedos.

CARLOS. Doite docientos ducados
de renta.

MILÁN. Vivas eternos
años.

CARLOS. ¿Cómo le soltaste?

MARCELA. Yo le hice quitar los hierros
porque le hallé llorando. [sos? (1)

MILÁN. ¿Nunca han de cantar los pre-

MARCELA. (¿Qué invención nueva es aquésta?
Que vive Leonardo pienso;
mas Serafina, no hay duda
sino que murió.) Pues llego
a tiempo, seré madrina
con vos; mas con juramento
que no han de entrar en la corte.

LEONARDO. Así lo juro y prometo,
que desde aquí a mis lugares
no me detenga.

ALBERTO. No es bueno
el juramento.

CARLOS. Jacinto...

LEONARDO. Leonardo soy, y he propuesto
lo que cumpliré mañana.

CARLOS. ¡Villano, infame, grosero!

LEONARDO. Trátame bien, que soy noble.

MARCELA. ¿Cómo, señor? Pues ¿qué es esto?

CARLOS. Sabed, señora, que es burla
y que se deshaga quiero;
porque son pobres villanos
de este campo y de este pueblo.—
Belardo, di la verdad.

BELARDO. Yo, señor, nunca te miento.

CARLOS. Ya no hay burla.

BELARDO. Verdad digo.

CARLOS. Di lo que pasa, Danteo.
Elicio y Lisarda, decid
la verdad.

ELICIO. Dicho la habemos,
que no hemos de desmentirnos.

CARLOS. ¿Hay tan notable suceso?
Todos vienen conjurados.

(1) Más propio parece que dijera:
"¿Siempre han de cantar los presos?"

ALBERTO. Mas si aquesto fuese cierto...
CARLOS. Otavio, ¿no son tus hijos?
OTAVIO. Yo por mis hijos los tengo,
en cuya fe doy mis brazos
para coronar sus cuellos,
No quieras, señor, quitarme
lo que me concede el Cielo.
CARLOS. Que no lo son.
OTAVIO. No lo sean;
yo estoy contento con ellos.
LEONARDO. *El engaño en la verdad*
es cuanto has dicho y has hecho.
Ya nos tienes perdonados.
MARCELA. Todo el caso comprehendo.
Vos os hicisteis la burla.
CARLOS. ¡Vive Dios, que pierdo el seso!
Alberto, ¿qué he de hacer?
ALBERTO. ¿Qué? Perdonarlos de nuevo
y que se vayan con Dios.
MARCELA. Saber el modo deseo
cómo vivió Serafina.
CARLOS. Eso después lo sabremos;
y ahora a la corte vamos,
donde se casen.
LEONARDO. No pienso
entrar en ella.
DANTEO. Ni yo,
si os casáis, os lo aconsejo.
MARCELA. En este lugar se harán
las bodas, con presupuesto
que se han de ausentar mañana.
OTAVIO. Eso es lo que pretendemos.
MARCELA. También a Otón, señor.
CARLOS. Yo
le perdono.
OTÓN. Tus pies beso.
ELICIO. ¿Qué hemos de hacer, Lisarda?
LISARDA. Elicio, que nos casemos;
que, a más no poder, a un calvo
se suele tomar por dueño.
DANTEO. Ea, Belardo, prevenid
las fiestas, bailes y juegos,
que son de marca mayor
las bodas y (1) los enredos.
MILÁN. Todos le van a hacer fiestas
al lugar de mis tormentos.
BELARDO. Animo habrá para todo.
Vamos, y acabad con esto
El engaño en la verdad.
LEONARDO. Mañana también la haremos.

FIN

(1) Durán: "las bodas y aun los enredos".

COMEDIA FAMOSA

DE

EN LOS INDICIOS, LA CULPA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO (1)

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES: (2)

DON JUAN DE TOLEDO.
DOÑA CLARA DE ARELLANO.
DOÑA INÉS DE VIBERO.
DON FELIPE (3) DE ARAGÓN.
DON LUIS.
Un MÚSICO.
GONZALO.
TEODORA, *criada.*
CELIO.
GUZMÁN.
[CAMPUZANO.] (4)

ACTO PRIMERO (5)

DE LA FAMOSA COMEDIA DE *En los indicios, la culpa.*

(*Salen* DON LUIS *y* GUZMÁN.) (6)

D. LUIS. En diciendo que es mi gusto,
¿qué te queda que argüír?

GUZMÁN. Nada, en llegando a decir
que es tuyo; pero es injusto,
y se puede reprobar,
porque un alma distraída
con una fe de por vida
y una esperanza al quitar
no sólo das que decir;
mas puedes dar que temer.
¿Qué quieres de una mujer
que aún no te ha querido abrir
de la más alta ventana
el más pequeño resquicio
para dar siquiera indicio
de que admite más humana,
estos días que has rondado,
las noches que has asistido,
los desvelos que has tenido
y las músicas que has dado?
Corrida está el alba fría
de habernos hallado aquí
tantas mañanas a ti
sujeto a una tiranía,
y a mí tan dado a un desvelo
eterno, por dependencia
de tu amor y mi violencia,
sin méritos para el Cielo. (1)
Amar lo que puede ser
posible en el alcanzar,
vaya; que, al fin, es amar
lo que se ha de poseer.
Pero querer infundir
alma en una piedra dura,
no es amor, sino locura
opuesta a buen discurrir. (2)
Doña Clara de Arellano
espera a (3) su esposo ausente,
tan valeroso y prudente,
que te has de cansar en vano
y no has de poder sacar
más que el (4) arrepentimiento
de este (5) malogrado intento.

D. LUIS. Pues saque o no, en porfiar
he de fundar mi esperanza,

(1) En B faltan estas palabras.
(2) En ídem dice: "Las personas que tiene." Por no repetir, entiéndase que todas las demás variantes lo son de este texto.
(3) Dice "Don Filipe".
(4) El orden de los personajes varía en esta forma: "Don Luis, Don Juan, Don Felipe, doña Clara, Doña Inés, Teodora, Gonzalo, Guzmán, Campuzano, Celio, Un Músico."
(5) "JORNADA PRIMERA."
(6) "*Su criado.*"

(1) Faltan los 12 versos anteriores.
(2) Faltan estos cuatro versos que anteceden.
(3) En A falta la preposición.
(4) "del".
(5) "tu".

que siempre el desconfiado
pierde, por considerado,
lo que el confiado alcanza.
¡Vive el Cielo! que hasta ver
estas piedras reducidas,
estas (1) paredes perdidas
y rendida esta mujer,
que tengo de porfiar,
perseverar y asistir,
sólo a fin de reducir
con la fe del esperar.
¿Qué murallas diamantinas
tengo (2) sitiadas yo,
de quien el tiempo admiró
las invencibles ruïnas?
¿A qué valiente Anibal
contra su patria conspiro?
¿A qué Cipïón retiro
para hacerme yo inmortal?
Doña Clara ¿no es mujer?

GUZMÁN. ¿Quién puede en eso dudar?

D. LUIS. Pues déjame conquistar
si me quieres ver vencer.

(*Cantan dentro.*) (3)

GUZMÁN. Esta voz conozco yo.

D. LUIS. Y yo también. Llamalle (4) aquí,
y dirá un tono por mí.

GUZMÁN. (Necio es el que pretendió
comprar con gracias ajenas
el alivio de sus males,
pues nunca fueron iguales
con el remedio las penas.
Bien le quisiera apartar
de esta loca pretensión;
pero sirvo, y es razón
obedecer y callar.)

(*Entra* GUZMÁN, *y sale por otra parte el* MÚSICO.) (5)

D. LUIS. Siempre la música advierte
y altera los corazones,
y he de ver si mis pasiones
las alivio de esta suerte. (6)

MÚSICO. Serviros en todo debo.

D. LUIS. Sólo que me perdonéis
os suplico, y que cantéis
un tono amoroso y nuevo.

(*Cante lo que quisiere el* MÚSICO. (1) *Sale* GUZMÁN.)

GUZMÁN. Una ventana han abierto.

D. LUIS. Un alma quisiera darte.

GUZMÁN. Eso fuera anticiparte
en dar sin dar en lo cierto,
porque hasta agora, señor,
no podemos discurrir
si es la intención del abrir
por desdén o por favor. (2)

MÚSICO. ¿Irá otro tono?

D. LUIS. El intento
está conseguido ya,
y este diamante será
parte de agradecimiento.

MÚSICO. Mil años sin un disgusto
vivas contento en tu amor. (3)
(Linda cosa es ser cantor
de la capilla del gusto.)

(*Vase el* MÚSICO, *y sale* DOÑA CLARA *a la ventana.*)

D.ª CLARA. ¿Señor don Luis?

D. LUIS. ¿Quién llama?

GUZMÁN. (¿Es ella?

D. LUIS. Pienso que sí.
Hoy ha de cantar por mí
gozosos triunfos la fama.)
¿Quién es?

D.ª CLARA. Más cerca os llegad,
que importa que solo vos
me escuchéis.

D. LUIS. (Gracias a Dios
que venció mi voluntad,
siendo yo el dichoso aquí. (4)
¡Vitoria, por mi esperanza! (5)
Tras tanta desconfianza,
¿tanto bien? ¡Estoy sin mí!)
Ya, señora, me tenéis
cerca del cielo en que estáis;
y si como me llamáis
para vuestro me escogéis,
con causa decir podré
que el tardar vuestros favores
sólo ha sido hacer mayores
los méritos de mi fe.

---

(1) "esas".
(2) "al fin".
(3) "un Músico".
(4) "Traile".
(5) "*Vase y sale el* MÚSICO *por otra puerta.*"
(6) Los cuatro versos anteriores faltan en A.

(1) "*Canta el* MÚSICO *lo que quiere y sale* GUZMÁN."
(2) "amor".
(3) "vivas dichoso en tu amor".
(4) "ansí".
(5) "¡Vitoria que es m. e."

Y ansí, con el alma os pido
el premio de este cuidado,
más por lo que habéis tardado
que por lo que he padecido. (1)

D.ª CLARA. Señor don Lüis, sabida
vuestra fe, estoy obligada
de vos, que, al ser estimada,
debo ser agradecida;
pero es bien tener amor
a mi ser proprio, y no es justo
que corresponda a mi gusto
y me olvide de mi honor.
Dos meses ha justamente
que se fué mi ausente esposo,
y vos, libre y deseoso,
solícito y diligente,
con músicas y recados,
con billetes y paseos,
aumentáis vuestros deseos
y acrecentáis (2) mis cuidados.
Pero por que no os quejéis
y digáis que os he tenido
en vuestro amor divertido,
quiero que os desengañéis;
y en esto podré premiaros,
porque el bien que puedo (3) haceros,
siendo impusible quereros,
es sólo desengañaros.
Yo soy mujer principal,
estimo el ser que he tenido,
tengo amor a mi marido,
siento bien, escucho mal,
y así, con resolución
os pido y suplico aquí
que no os inquietéis por mí
ni perturbéis mi opinión;
porque más fácil sería
hallar que tengan sosiego
juntos el agua y el fuego,
un ser la noche y el día,
igualdad en el obrar
la razón y la fortuna,
los efetos de la luna
firmeza y razón (4) el mar,
que esperar de mí un favor
en que pueda anteponer
mi atrevimiento a mi ser
y vuestro intento a mi honor.

D. LUIS. Esperad.

D.ª CLARA. Fuera esperar (1)
que no os quiero persuadir,
si, saliendo a despedir,
me detuviese a escuchar.

(Vase.)

D. LUIS. ¿Señora?

GUZMÁN. Fuése y cerró.
Breve y compendiosamente
te ha despedido.

D. LUIS. ¡Impaciente
queda el alma, y muerto yo!
¿Que cerró y se fué, Guzmán?

GUZMÁN. Sí, señor; cerró y se fué.

D. LUIS. Pues ¿con qué premia una (2) fe?
¿Con quien esperando están
mis inquietos pensamientos
el premio que han merecido?

GUZMÁN. Con haberse despedido
de sus rebeldes intentos.
Esta mujer es, señor,
invencible, y ha pagado
con haber desengañado
los desvelos de tu amor.
Y pues de tu parte has hecho
cuanto puedes, y es tu amigo
su esposo, y para contigo
puedes estar satisfecho
de que no te quedan ya
más diligencias que hacer,
que dejes esta mujer
te suplico.

D. LUIS. Antes verá (3)
esta máquina estrellada,
transparente vidriera (4)
el sol, deshecho en su esfera
en otra región helada,
que yo deje de asistir,
de persuadir y rogar,
hasta ver si es el obrar
diferente que el (5) decir.

GUZMÁN. Pues si ella resueltamente
te ha despedido, ¿qué esperas?

---

(1) Faltan en A los cuatro versos anteriores.
(2) "aún aumentáis".
(3) "pienso".
(4) "quietud".

(1) "mostrar", lección preferible.
(2) "mi".
(3) En A, "verás", que no rima.
(4) Falta en A este verso, y en su lugar dice: "como hay carros de cera,".
(5) "del".

D. LUIS. Cortísimo amante fueras,
y aun pienso que impertinente.
Acometer y esperar
es la mayor valentía;
que quien bien ama, porfía
hasta morir o alcanzar;
y en mí hago la experiencia,
porque juzgado en rigor
es como rayo mi amor,
que hiere en la resistencia.

(*Sale* CAMPUZANO, *escudero* (1), *con tocador y linterna.*)

CAMPUZ. Pues el serenito es bueno
para una salud escasa:
las dos sienes me traspasa,
como si fuera barreno.
Que (2) hubo de darle a deshora
este accidente; yo fío,
según tiene el pulso frío,
que no vive mi señora
hora y media; no, (3) en verdad,
y yo vengo sin sentido,
o pienso que me he perdido
con la mucha oscuridad;
y es española arrogancia,
para tales ocasiones,
el no usarse lamparones
en las calles, como en Francia.
Lucifer es quien gobierna
estos lances; pienso yo
que en aire se transformó
por soplarme la linterna.
Una taberna ha de haber
hacia esta parte de aquí,
que la sed me hizo a mí
reparar en ella ayer.
Esta ha de ser una esquina,
y ésta una tienda; ésta es
la ventana: una, dos, tres.
Dios, por su bondad divina,
la puerta me deje hallar.
¡Lindamente me han pescado!
¡Aquí muero capeado,
sin podello remediar!

GUZMÁN. (Quedo, que un hombre anda aquí
tentando por las paredes.

D. LUIS. Traspiés serán, y tú puedes
recogello.)

GUZMÁN. ¿Quién va?

CAMPUZ. ¿A mí
es esto?

GUZMÁN. ¿Quién va?

CAMPUZ. No sé.
La capa es mala, en verdad,
pero no la voluntad
de servir a vuesancé.
Tres años ha que costó,
de un negro en el baratillo,
once reales y un cuartillo,
y fuí el engañado yo.
(Apccarla me conviene.)

GUZMÁN. (El hombre es loco, señor,
o gasta extremado humor.
Por capeadores nos tiene.

D. LUIS. Hay tantos en el lugar,
que no me espanto.) ¿Quién es?

CAMPUZ. (¡Ah, quién tuviera los pies
de un mozo para volar!) (1)
Ella está como un harnero,
y su mayor calidad
fué servir la navidad
de tapar un agujero.

D. LUIS. En efeto: ¿somos ya
para con vos capeadores?

CAMPUZ. ¡No lo quiera Dios, señores!

D. LUIS. No os turbéis, que no querrá.
¿Qué buscáis tan a deshora
por aquí?

CAMPUZ. Soy escudero
de doña Inés de Vivero,
y muérese mi señora,
y como es su prima hermana
doña Clara de Arellano,
busco su casa.

D. LUIS. (¡Tirano,
monstruo en crueldad, tigre hircana,
hoy de vos (2) me vengaré!)
Esta casa que miráis
enfrente es la que buscáis.

CAMPUZ. Guarde Dios a vuesancé. (3)

D. LUIS. (A las manos me ha venido
la ocasión que he deseado.

(1) "vejete".
(2) "Y".
(3) "media noche, en verdad".

(1) "arrancar".
(2) "ti".
(3) "vuesarcé".

¡Mi amor has de ver premiado
y este imposible vencido! (1)

GUZMÁN. Llamando está.

D. LUIS. Golpes son
estos que a la puerta da
en que ya cifrado (2) está
el fin de mi pretensión.

GUZMÁN. ¿Qué intentas?

D. LUIS. Gozar pretendo,
arrojado y atrevido,
lo que por bien no he podido.

GUZMÁN. Sólo mira...

D. LUIS. Yo me entiendo.)

CAMPUZ. ¡Abran esta puerta aquí,
o diré... Mas soy cristiano,
¡téngame Dios de su mano!

(*Responde* (3) *de dentro* TEODORA, *y sale* DOÑA CLARA *a la ventana, alborotada.*)

TEODORA. ¿Quién llama? ¿Quién está ahí?

D.ª CLARA. Apártate.—¡Aquesto pasa
de sobra de atrevimiento,
y es culpa en mí si consiento
que me alboroten mi casa!
Nunca pensé que el amor
tocara en descortesía.

CAMPUZ. Para la embajada mía,
en esté gentil humor.

D.ª CLARA. ¿Quién es?

CAMPUZ. Campuzano soy.

D.ª CLARA. ¿A qué vienes a tal hora?

CAMPUZ. A decir que mi señora
se muere.

D.ª CLARA. ¡Ay de mí! ¡Ya voy!
(*Cierre.*) (4)

D. LUIS. Ea, Guzmán; esto es hecho.
Ella sale, y he de ver
si rindo con mi poder
la dureza de su pecho.
Muchos pierden la ocasión,
Guzmán, por su cobardía.

GUZMÁN. Y muchos, por su osadía,
pierden también su opinión.
Mil ejemplos te trujera
de mujeres resistidas,
que han cortado (5) muchas vidas,
si la tuya no estuviera
tan resuelta en este error... (1)

D. LUIS. Sólo vengo acompañado
de ti por ser mi criado,
pero no mi consultor.
En esto he de hacer mi gusto.

GUZMÁN. Y en todo puedes creer
que tengo de obedecer,
aunque diga que no es justo;
que bien sé que el agradar, (2)
con merecer y sufrir,
consiste en el advertir,
pero no en el reprobar.

D. LUIS. Déjame errar, que ya sé
lo que me has aconsejado,
y en todo estás (3) disculpado.

GUZMÁN. Pues con eso, callaré.

(*Salen* DOÑA CLARA *y* TEODORA.)

D.ª CLARA. Cierra volando esa puerta,
Teodora.—¿Tan mala está?

CAMPUZ. Según la dejé, será
milagro que no esté muerta.
¡Téngala Dios en su gloria,
que ya tenía quebrado
un ojo, y habrá pasado
de esta vida transitoria!

TEODORA. Harto moderáis (4) la gracia
que en el lenguaje tenéis,
también con eso podéis
decir tristura y falacia. (5)

D.ª CLARA. ¿Cerraste?

TEODORA. Señora, sí.

D. LUIS. Esto, Guzmán, se ha de hacer.

GUZMÁN. Antes soy de parecer
que no la embistáis aquí,
que también hace su parte
el cuidado con que va,
y cuando vuelva podrá
con más quietud escucharte.

D. LUIS. Puedo perder la ocasión
si esta noche se resuelve
a quedarse allá y no vuelve;
pero háceme (6) tu razón.

---

(1) En A, "y es imposible".
(2) En A "confiado", que parece peor lectura.
(3) "*Habla*".
(4) "*Entrase*".
(5) "costado".

(1) "amor".
(2) En A, "agrauar", por errata.
(3) "estoy".
(4) "moderna es", en ambos textos.
(5) En A, por errata, dice:
"decir tris, tara y solacia".
(6) "hace".

fuerza para (1) hacerlo así;
sus pasos siguiendo iré
y a que salga esperaré.

GUZMÁN. Y yo a que vuelvas en ti.

(*Vanse, y salen* DON JUAN, DON FELIPE *y* GONZALO, *gracioso,* (2) *de camino.*)

D. JUAN. Cuando en mi casa no hubiera
bastante capacidad,
es tanta mi voluntad,
que en otra que no lo fuera
también os aposentara;
que a quien su casa me dió
la mía le debo yo.

D. FELIPE. Esa merced aceptara
a no haber hecho tener
posada ya prevenida.

D. JUAN. Es ofensa conocida,
y me pudiera correr
si de vos imaginara
que habláis de veras conmigo
en esto, siendo mi amigo.
¡Por vida de doña Clara!
que habemos de entrar los dos.

D. FELIPE. Mirad...

D. JUAN. No hay que resistir;
si no entráis, me tengo de ir
a la posada con vos.

D. FELIPE. ¿Qué prevención puede haber
tan tarde?

D. JUAN. Si conocierais (3)
a doña Clara, creyerais (3)
lo que dudáis. Es mujer
que desde el punto y la hora
que recibió carta mía
en que dije que venía
con un huésped (4) hasta ahora,
habrá estado tanteando
de las horas los momentos,
con todos sus pensamientos,
previniendo y esperando.
Apenas habré tocado
a esta puerta cuando esté (5)
a la ventana...

D. FELIPE. Esta fe
acrecienta en (6) vuestro estado
la dicha que habéis tenido;

(1) "y he de".
(2) Falta esta palabra.
(3) En los textos, "conociera" y "creyera".
(4) "güésped".
(5) Falta este verso en el manuscrito.
(6) En A, "acredita vuestro e.".

que una mujer cuidadosa
es, siendo noble y hermosa,
el alma de su marido,
y así, obedezco.

D. JUAN. Y yo llamo.
(*Llama* DON JUAN.)

GONZALO. (Bailo de puro placer.
¡Linda vida he de tener
siendo aquí huésped mi amo!
A verte tripa rellena,
que pocas veces ha sido,
limitado y encogido
el gasto de casa ajena.
¡Por Dios, que es mucho llamar
para haber encarecido
el cuidado que ha tenido
doña Clara en esperar!
A esotra puerta, a fe mía,
que lo duermen lindamente
a honra y gloria del ausente.
No diré esta boca es mía;
pero pienso en mi conciencia
que un hospedaje me han dado
tan fino, que es golpeado
como raja de Florencia.
Los antípodas pudieran
oír los golpes que da
si el sol no estuviera allá
y descuidados durmieran.)

D. JUAN. No es posible que haya gente
en esta casa, ¡Ay de mí!

DENTRO (1) ¿Quién llama? ¿Quién está ahí?

GONZALO. De esa otra casa de enfrente
han respondido.

D. JUAN. ¿Qué haré?
¿Qué pensamiento he de hallar
que me pueda disculpar
en mi mal fundada fe?
¿Ausente de su marido,
falta de su casa ahora
una mujer? ¡Ah, traidora!
No es posible; hanse dormido.
(*Llama.*)

DENTRO. Hidalgo, si es canteleta,
váyase y créame a mí (2).

GONZALO. ¿Quién te mete en eso a ti?

DENTRO. ¡Hola! ¡Dame una escopeta!

D. JUAN. ¿Quién vió pena tan confusa?

GONZALO. Nuestro hospedaje imagino
que ha pensado este vecino

(1) En A, "*Dentro* CELIO".
(2) "Hidalgos — váyanse — créanme".

que está dentro de la inclusa.
Su escopeta está pidiendo.
¡Sabroso fin de jornada!
Otra *quì volta* (1) no es nada,
que al alba irán respondiendo. (2)

D. FELIPE. ¿Quieres, bárbaro hablador,
que los dientes te deshaga
con el pomo de esta daga
en la boca?

GONZALO. No, señor,
que sería yo el primero
que esto en el mundo ha querido.

D. FELIPE. Pues calla.

GONZALO. Estoy afligido
de vernos sin cama.

D. JUAN. (Hoy muero
en la mayor confusión
que puede un hombre tener.
Honor, ¿qué habemos de hacer
los dos en esta ocasión?
Afrentado estoy de suerte
que quisiera haber llamado,
en estos golpes que he dado,
a las puertas de la muerte.)
¿Dónde hablaron?

GONZALO. Aquí fué.
Pero llega con cuidado,
advertido y recatado,
que hay escopeta.

D. JUAN. Sí haré.

(*Sale* CELIO.)

CELIO. Digo que yo no me puedo
engañar. Don Juan habló.—
¿Quién llama a esa puerta?

D. JUAN. Yo.

CELIO. ¿Quién es?

D. JUAN. Don Juan de Toledo.

CELIO. Vos seáis tan bien venido
como habéis sido esperado.

D. JUAN. Y vos, Celio, bien hallado.
Hanse en mi casa dormido
y es fuerza llamar así;
perdone la vecindad.

CELIO. Está la dificultad
en que imagino...

D. JUAN. (¡Ay de mí!)

CELIO. Que debe de haber salido
mi señora doña Clara,

(1) "bolsa".
(2) "habrán respondido".

porque antes que os escuchara
oí también el ruído
de otro que llamaba apriesa
y a voces, señor, decía
que su prima se moría,
que aun de decillo me pesa. (1)

D. JUAN. (¡Villana imaginación
de haber ofendido en ti (2)
su opinión! ¡Nunca sentí
alterado el corazón!)
Traigo un huésped, y querría
ir a traerla.

CELIO. Iré yo
con vos, que ya se mudó
de la casa en que vivía.

D. JUAN. Por eso es fuerza aceptar
la merced que me ofrecéis,
que sin vos, que la sabéis,
será imposible acertar.

CELIO. Vamos.

D. JUAN. Esperadme aquí,
que luego al momento vuelvo.

D. FELIPE. A obedecer me resuelvo.

D. JUAN. (Ya, con esto, vuelvo (3) en mí.)

(*Vanse.*)

GONZALO. ¡Buenos habemos andado! (4)
Caminante grulla soy;
cuando otros duermen, yo estoy
vigilante y desvelado.
Que duerman en tiempos tales,
a sueño tendido y largo,
los que tienen a su cargo
las sisas y rentas reales;
que duerman los majaderos
que han prestado sus haciendas
con palabras y sin prendas
a señores escuderos,
y no yo, que no he prestado
ni tengo rentas del Rey...
¡Por el pacífico buey
del Nacimiento!

D. FELIPE. Fundado
estás siempre en el dormir
y el comer.

GONZALO. Pues ¿qué he de hacer,

(1) Falta en A este verso.
(2) "ansí".
(3) "he vuelto".
(4) "quedado".

si en el dormir y el comer
está fundado el vivir?

D. FELIPE. ¿Con qué pudieras ahora
divertirte?

GONZALO. Con estar
en las camas del lugar
repartido sola una hora.
No me hartara de reír
de ver, aunque fuera a escuras,
la variedad de figuras
que se juntan a dormir.
¡Qué de dientes escupidos
debajo las almohadas;
qué de cabezas peladas
que se quitan sus (1) vestidos
para volarse (2) mejor;
qué de maridos viciosos, (3)
con los cuerpos deseosos
y las almas sin amor!

D. FELIPE. El casamiento, Gonzalo,
tiene mucho de enfadoso.

GONZALO. El ser en esto forzoso (4)
es lo que tiene de malo.
No hay tormento en el infierno
como una mujer celosa,
muy pagada y amorosa,
con "vuélvete acá" (5) muy tierno.

D. FELIPE. No volverse.

GONZALO. Si bastara,
bueno es; mas hay mujer
revestida en Lucifer
si no le vuelven la cara.

D. FELIPE. Pues ¡por Dios, que será enfado!

GONZALO. No, mas de enfado no son
los martirios del Japón
como el de un hombre casado.

D. FELIPE. ¿Qué remedio, dime, habría
para poder trampear
tal disgusto y apelar
a la primer luz del día
un desdichado marido? (6)

GONZALO. Reñir sólo al desnudarse
y sólo desenojarse
después de haberse vestido.

D. FELIPE. ¿Cómo te parece a ti
que en una cama estarán
dos que igualmente se están
aborreciendo hasta allí?

GONZALO. Tendrán los cuerpos iguales
y en distintas almohadas
las cabezas apartadas,
como águilas imperiales.
Ser buho es mucho mejor
un hombre, que amanecer
al lado de una mujer
muy fea y con tocador.

D. FELIPE. Gente viene.

GONZALO. Aquí tendremos
su poquitico de ronda.
¿Quieres, señor, que me esconda?

D. FELIPE. Pues nosotros ¿qué debemos
para que te escondas?

GONZALO. Nada.
Pero hay ronda criminal
que hace culpa original
el traer un hombre espada.

D. FELIPE. Eso es cuando arrendaban
las varas, porque solían,
si el número no cumplían,
desquitar lo que pagaban.

GONZALO. Mujeres son.

D. FELIPE. Pues será
doña Clara.

GONZALO. Ansí lo creo.

D. FELIPE. Espérate, que no veo
a don Juan.

(*Salen* DOÑA CLARA, TEODORA, CAMPUZANO, DON LUIS y GUZMÁN.)

D.ª CLARA. Bien podéis ya
volveros vos desde aquí.

CAMPUZ. Guarde Dios a vuesancé. (1)

D. LUIS. (Ya el escudero se fué,
Guzmán.

GUZMÁN. Pues ahora sí
que podrás llegar mejor.)

D.ª CLARA. Abre, Teodora.

D. LUIS. Detente.

D.ª CLARA. ¿Quién eres, hombre?

D. LUIS. Quien siente
tu desdén y tu rigor.
Un amante aborrecido (2)
soy, sin causa (3) despreciado;

(1) "los".
(2) "volverse".
(3) "briosos".
(4) "el ser esto en él forzoso".
(5) En A falta el "muy".
(6) En A dice GONZALO este verso.

(1) "vuesarcé", y así en los demás casos.
(2) "agradecido".
(3) "culpa".

un deseoso olvidado
y un cuidadoso ofendido;
y soy quien, cansado ya
de amar y de padecer,
me he venido a resolver.

D.ª CLARA. Mira...

D. LUIS. De mi parte está
la ocasión.

D.ª CLARA. Y en mí el honor;
que con causa se han opuesto (1)
a ese intento descompuesto
mi virtud y mi valor.
Y si en fe te has atrevido
de que está mi esposo ausente,
siempre vive en mí presente
para no ser ofendido;
y si de algo está corrida
el alma, es sólo de ver
que no tiene que perder
por su honor más que una vida.
Porque cuando yo tuviera
más que arenas tiene el mar,
las supiera aventurar
y ofenderle no supiera;
y en culpas tan defendidas,
siendo tus ojos jüeces,
muriendo infinitas veces
lograré infinitas vidas.

D. LUIS. De la razón te enajenas.

D.ª CLARA. Pues ¿qué pretendes?

D. LUIS. Entrar
en tu casa y granjear
el galardón de mis penas.

D.ª CLARA. No abras, Teodora.—Advierte
que dentro tiene mi esposo
armas suyas, y es forzoso
que en ellas veas tu muerte.

D. LUIS. Yo he de entrar, esto ha de ser.

D.ª CLARA. Sólo mira que ha de estar
en tu gusto el intentar
y en el mío el ofender.
¡Vive Dios, injusto amante,
falso, alevoso, enemigo,
que has de ver en tu castigo
mi enojo siempre constante!

D. LUIS. Mi intención ya es declarada;
perdonad, porque, en rigor,
soy amante con amor.

D.ª CLARA. Yo mujer determinada.

D. LUIS. Abre esa puerta, Teodora.

TEODORA. Primero me verás muerta
que abierta por mí la puerta
sin gusto de mi señora.

(*Llega* DON FELIPE.)

D. FELIPE. ¿No hay justicia?—Caballero,
dos palabras, si gustáis,
os suplico que me oigáis;
porque, aunque soy forastero,
la ofensa de una mujer
ha de obligar igualmente
al que se hallare presente
y al que la llega a querer. (1)
Cuanto habéis dicho he oído,
y aunque nace vuestra culpa
de vuestro amor, la disculpa
de un pensamiento atrevido
nunca fué bien recebida.
En tales casos yo os ruego
que mostréis con más sosiego
la intención menos vencida;
que si con no porfiar
no quedáis muy satisfecho,
os queda mayor (2) derecho
para mejor obligar.

D. LUIS. Forastero, o ciudadano,
o lo que sois, id con Dios,
que habrá también para vos.

GONZALO. Caritativa es la mano.

D. LUIS. Lo que hasta aquí fué vencer (3)
será agora castigar
si no os vais sin replicar.

D. FELIPE. Eso es lo que quiero ver.

D. LUIS. Escúchame y lo sabrás... (4)

D. FELIPE. Ya es tarde, no escucho nada,
que nunca saco la espada
para sacalla no más.

GONZALO. Huye, fámulo, que ya
toca a recoger tu amo.

(*Riñen, y vase retirando* (5) DON LUIS.)

---

(1) "D.ª CL. ... Y de la mía,
villano, mi propio honor;
y con causa se han opuesto";
donde se añade un verso que no es necesario.

(1) Así en el original: quizá deba leerse "entender".
(2) "mejor".
(3) No parece propio de este verbo.
(4) "Escucha y de mí sabrás..."
(5) "*retírase*".

GUZMÁN. Escucha.
GONZALO. Antuvión me llamo,
y nadie seguro está
de un lacayo que no duerme.

(*Entranse acuchillando,* GONZALO *tras* GUZMÁN, *y* DON FELIPE *tras* DON LUIS.) (1)

D.ª CLARA. Este hombre sin duda ha sido
algún ángel que ha venido
desde el Cielo a socorrerme.
TEODORA. Entrate en casa, señora.
D.ª CLARA. Primero tengo de ver
a quién debo agradecer
tan noble hazaña, Teodora.
En toda mi vida he visto
reñir tan airosamente.
TEODORA. También pienso que el sirviente
es de los de Dios es Cristo.
De poco tira también
sus ciertas puntas, señora.
No sé quién no se enamora
de un hombre que riñe bien.

(*Salgan* DON FELIPE *y* GONZALO *con las espadas desnudas.*)

GONZALO. ¿Qué lleva?
D. FELIPE. Una cuchillada.
¿Y el tuyo?
GONZALO. Tras un revés
le hice volver los pies
con sola una tarascada.
La vaina el uno dejó.
Hombre de bien pienso que era.
Dorada está la contera,
si no es que me engaño yo.
D.ª CLARA. Caballero, en cortesía
os suplico me digáis
quién sois, que así me (2) obligáis.
Inadvertencia sería
dejaros de conocer,
fácil de mí en disculpar,
que si os preciáis de obligar
yo también de agradecer.
D. FELIPE. Yo pienso que doña Clara
os llamáis.
D.ª CLARA. Ese es mi nombre.
Y vos ¿quién sois?
D. FELIPE. Soy un hombre
que por vos aventurara
mi honor, mi vida, mi ser;

(1) "*Vase*".
(2) En A, "asina".

y, aunque todo lo perdiera,
mucho más pienso que fuera
lo que hoy quedara a deber
por la obligación, que puedo
decir que tengo a un amigo
que es de esta verdad testigo.
D.ª CLARA. ¿Quién es?
D. FELIPE. Don Juan de Toledo.
D.ª CLARA. ¿De Barcelona vendréis,
que es adonde ahora está?
D. FELIPE. En Madrid le tenéis ya.
D.ª CLARA. ¿Qué decís?
D. FELIPE. Presto podéis
verle en vuestra compañía.
Como en casa no os halló,
fué a buscaros.
D.ª CLARA. ¡Triste yo!
¡Muerta soy, Teodora mía!
D. FELIPE. Ya de un vecino ha sabido
que vuestra prima, señora,
estaba muriendo ahora
y que a su casa habéis ido,
y en el camino os erró,
porque él a buscaros (1) fué.
D.ª CLARA. ¡Ay, triste de mí! ¿Qué haré? (2)
No sepa (3) que tengo yo
culpa en lo que ha sucedido (4)
si él no lo sabe de vos. (5)
D. FELIPE. Yo os fío que de los dos (6)
no lo sepa.
D.ª CLARA. Así os lo pido,
y de rodillas, señor,
os lo ruego humildemente,
porque aun dudas no consiente
la pureza de mi amor.
D. FELIPE. En casa os podéis entrar,
que el huésped que os escribió (7)
que con él viene soy yo,
y aquí me mandó esperar.
D.ª CLARA. Eternamente tendréis
una servidora aquí. (8)

(*Vase* DOÑA CLARA.)

(1) "traeros".
(2) En A este verso dice:
"¡Triste de mí!, ¿qué haré?"
(3) "si piensa".
(4) "culpa del haber reñido".
(5) "el que se fué aquí con vos?"
(6) Por errata, en A, dice este verso DOÑA CLARA.
(7) "güesped".
(8) "en mí".

D. FELIPE. Y vos un criado en mí, (1)
de quien serviros podéis.
TEODORA. También de su valentía
estoy algo aficionada. (2)
Bien retira con la espada.
GONZALO. Y aun sin ella, infanta mía.
Y si de verme reñir
se ha podido aficionar,
bien me lo puede pagar.
TEODORA. ¿En qué?
GONZALO. En casa de dormir. (3)

(*Vase* TEODORA, *y salen* DON JUAN *y* CELIO.)

D. JUAN. ¿Es don Felipe?
D. FELIPE. Yo soy.
Ya vuestra esposa ha venido.
D. JUAN. La merced que he recibido
estimo en mucho. Aquí estoy
para que os sirváis de mí.
CELIO. Mil años os guarde Dios,
que bien pienso hallar en vos
la que siempre recibí.

(*Vase.*)

D. JUAN. Entremos; descansaréis.
GONZALO. Albricias, cuerpo, que entráis
adonde, si no cenáis,
por lo menos dormiréis.

(*Vanse, y salen* GUZMÁN *y* DON LUIS, *herido.*) (4)

GUZMÁN. Si estás, señor, mal herido,
¿para qué vuelves aquí?
D. LUIS. Mis celos hacen en mí
lo que el valor no ha podido.
Forastero se fingió
el que ha reñido conmigo,
y debe de ser su amigo,
pues que en su casa se entró;
aunque me sepa morir
no me tengo de curar
hasta volverme a vengar.
¡Vive Dios! que ha de salir
o que de echar en (5) el suelo
las puertas, si no es que el Cielo
me lo procure impedir,
y que habemos de perder,
si yo salgo vencedor,
si no la vida, el honor (1)
de esta adúltera mujer.
GUZMÁN. Detente, señor, y advierte
que te vas a despeñar.
D. LUIS. De esta vez he de comprar
mi venganza con mi muerte.—
Villano, el que heriste soy;
deja esos injustos brazos,
de cuyos infames lazos
engañado amante soy,
y sal, que otra vez te espero.
Sal, forastero fingido,
para ofender atrevido
y para amar lisonjero.
GUZMÁN. Tu misma sangre te dé
lástima de ti, señor.
D. LUIS. Ya con celos no hay temor.
Estas puertas romperé.

(DON JUAN, *dentro.*) (2)

D. JUAN. ¿Quién me alborota a tal hora
mi casa?
D. LUIS. (¡Yo soy perdido!
GUZMÁN. ¿Qué has hecho, que es su marido?)

(*Salen* DON JUAN, DON FELIPE, TEODORA, DOÑA CLARA *y* GONZALO.)

D. LUIS. Señor... como... cuando... ahora...
(Turbado estoy. ¿Qué diré?
GUZMÁN. Finge que te has desmayado
con la herida que te han dado,
que yo lo remediaré.)
GONZALO. ¿Hay tal noche? ¿Hay tal llegar?
Parece este albergue mío
hospedaje de navío,
que convida a marear.
GUZMÁN. ¡Ah, señor, pienso que ya
está sin habla!
D. JUAN. ¿Quién es?
GUZMÁN. El que vieras a tus pies
a no tenerle yo. Está
don Luis, mi señor, herido
y ahora (3) desvariando.
Estaba apriesa llamando (4)
a tus puertas, sin sentido,

(1) "aquí".
(2) En A, "inficionada".
(3) Por errata, en A, "he de dormir".
(4) Falta esta palabra.
(5) "por".

(1) "el desdén y poco amor".
(2) "*Dentro dice* D. J."
(3) "agora", y así en los demás casos.
(4) Falta en A este verso.

por valerse de tu espada
contra tres hombres; que aquí,
en esta calle, ¡ay de mí!,
le han dado una cuchillada.

D. JUAN. Si en este punto he llegado,
¿de quién tan presto ha sabido
mi venida?

GUZMÁN. (El me ha cogido, (*Ap.*)
y también estoy turbado.)
Por esta calle pasó
muy poco ha, y al pasar
por ella te oyó llamar
y en la voz te conoció.

D. JUAN. ¿Tiene la herida hacia aquí?

GUZMÁN. Yo pienso que a esotra parte.
Esta noche reina Marte
y el triunfo sale de allí.

D. JUAN. Señor don Luis, ¿qué es aquesto?
Aun de otra herida mayor
no pensé que tal valor
se desmayara tan presto.

GONZALO. (O es ésta ilusión soñada,
o es el mismo que has herido.

D. FELIPE. Lo mismo me ha parecido.

GONZALO. Dorada es también la espada.
En la vaina lo he de ver.)

GUZMÁN. Ya está, señor, más en sí.

D. JUAN. Fiad, don Luís, de mí,
que no habéis de anochecer
mañana, si vivo yo,
sin que vos estéis vengado
por mi espada, y castigado
el que atrevido os hirió.
Y ahora en mi casa entrad
y os curaremos en ella.

GUZMÁN. (El diera ya, por no vella,
su resuelta voluntad.)

D. LUIS. Sabe Dios lo que me pesa
de veniros a cansar;
pero ya es forzoso entrar.

D. JUAN. El que mi amistad profesa
ha de confiar de mí
su pecho en la adversidad.

GUZMÁN. (Dios, por su inmensa bondad,
me saque con bien de aquí.)

(*Vanse, y quedan* DON FELIPE *y* GONZALO.)

GONZALO. Los que acuchillamos son.
La guarnición y contera
son de una misma manera.

D. FELIPE. ¡Jesús! Pues ¿con qué intención
se viene este hombre a amparar
del mismo a quien ha ofendido?
Mas ya doy en lo que ha sido:
él, sin duda, me vió entrar,
y, como ignoró que aquí
estaba don Juan, creyó (1)
que era algún amante yo
de doña Clara, y así
presumo ¡viven los Cielos!
que se resolvió a llamar
sólo con fin de vengar
juntos su herida y sus celos;
y como don Juan salió
y con él se halló empeñado,
se ha fingido desmayado
y dice que otro le hirió.

GONZALO. Esto es, sin duda. Pues bien, [ño?
¿qué hemos de hacer ya hecho el da-

D. FELIPE. ¿Qué? Trocar su mismo engaño (2)
por otro engaño también.
Porque, si bien se repara,
mis intentos sólo van
a deslumbrar a don Juan
y a obligar a doña Clara.

GONZALO. Pues eso ¿cómo ha de ser?

D. FELIPE. Sígueme y calla.

GONZALO. Ya callo.

D. FELIPE. ¿De qué sirve preguntallo
si tú mismo lo has de ver?

GONZALO. ¿Y no se usará en el yermo (3)
este modo de hospedar? (4)
Roncando tengo de estar
y no he de creer que duermo.

(*Vanse, y sale* DON LUIS, DON JUAN, DOÑA CLARA, TEODORA *y* GUZMÁN.)

D. JUAN. La herida es mucho menor
de lo que pensé que fuera.

D.ª CLARA. (Y de lo que yo quisiera. (*Aparte.*)

D. LUIS. ¡Ah, inhumana!

D.ª CLARA. ¡Ah, traidor!)

D. JUAN. Justo es haber estimado
que de mí os hayáis valido.

GUZMÁN. (El primer hombre ofendido
que a su enemigo ha vendado.) (5)

---

(1) "pensó".

(2) "GONZALO. Eso es, sin duda.
D. FELIPE. Pues bien,
ya que hemos hecho el daño,
es trocar su mismo engaño,".

(3) En A, "un yermo".

(4) "obligar".

(5) En el original, "vengado", que no hace sentido.

TEODORA. (Señora, ¿este atrevimiento
disimulas?
D.ª CLARA. Sí, Teodora;
que aunque ves que callo agora
es por mi recogimiento, (1)
por no aventurar aquí
mi opinión y la quietud
de don Juan, y no es virtud
hacerme esta ofensa a mí.)
D. JUAN. Sentaos aquí, por mi vida.
D. LUIS. (Mala opinión he cobrado
con el desmayo pasado.
D.ª CLARA. Y con la intención fingida.) (2)
D. JUAN. Que no hallé, sabe Dios,
y que lo creáis es justo,
cosa de mayor disgusto
que hallaros herido a vos,
porque un verdadero amigo
parte del alma será.
D.ª CLARA. (Cuando es leal, claro está.)
D. JUAN. Y que no os aflijáis, digo,
que Dios sabe lo mejor;
porque en El no cabe engaño,
y quizá con este daño
se excusará otro mayor.
D.ª CLARA. Don Felipe se quedó
en la calle, y con cuidado
estoy por no haber entrado.
D. JUAN. Téngole por hombre yo (3)
que se habrá ido a buscar
los que con vos han reñido.
Notable descuido ha sido
el mío no hacerle entrar.
D.ª CLARA. (Si yo dijera (4) el error
lo fuera también en mí.
Buena quedara yo aquí
a solas con un traidor.)
D. JUAN. Dejadme, que luego vuelvo.
D.ª CLARA. Tras vos tengo de salir,
y ansí, en no dejaros ir
me determino y resuelvo.

(*Sale* DON FELIPE *y* GONZALO.)

GONZALO. (Lindamente lo has pensado.
De todo estoy advertido.)
D. JUAN. ¡Por Dios, que me habéis tenido
con disgusto y con cuidado!
¿Dónde fuistes?
D. FELIPE. A vengar
la herida fuimos los dos,
y a no dejaros a vos
cosa que os pueda inquietar.
Tres hombres cerca de aquí
hallé (1) que del caso hablaban
y aquesta vaina llevaban.—
¿Es de vuestra espada?
D. LUIS. Sí.
D. FELIPE. Y sin más información
de decir el que os hirió:
"El que se la dió fuí yo,
y dísela con razón."
"Pues por qué no os alabéis
—dije—quedará vengada."
Y díle otra cuchillada
como la que vos tenéis.
Los dos se fueron, y aquel
que estaba herido cayó
junto a mis pies, a quien yo,
más piadoso que cruel,
levanté y llevé a curar,
porque así me lo pedía,
que aún tiene la cortesía
en estos casos lugar.
Y la ocasión me ha contado
de haber reñido con vos,
y estoy con causa ¡por Dios!
de vuestra culpa admirado.
Dice que siendo su amigo
de este lugar se ausentó,
y supo, cuando volvió,
que, como injusto enemigo,
faltando a vuestro valor
y a la amistad que debéis,
su mujer le pretendéis
en ofensa de su honor.
Y de vuestra parte he dado
palabra que la disculpa
será enmendar esta culpa
con olvidar lo pasado.
Y así, mirad lo que hacéis
si arrepentido no estáis,

(1) Esta redondilla está en A así en sus dos últimos versos:

"¡Ay de ti, que ahora
declararé yo tu intento!"

(2) En A este verso lo dice DON LUIS.
(3) En A, en lugar de los diez versos anteriores, hay sólo estos dos:

"D.ª CLARA. Don Felipe, ¿dónde está?
D. JUAN. Es hombre valiente, y digo".

(4) "os dijera".

(1) "oí".

que en mí, si no os enmendáis,
otro enemigo tendréis,
porque, demás de que está
puesto en razón lo que intenta,
la venganza de su afrenta
corre por mi cuenta ya.

D. JUAN. Un hombre que tan leal
siempre a mi amistad ha sido,
¿en esta culpa ha caído?
Cierto, no creyera tal.

D. LUIS. (Sólo el callar puede ser
conmigo disculpa aquí.)
De corrido estoy sin mí,
y no sé qué responder.

D.ª CLARA. Perdonadme que yo os digo
la verdad desnuda y clara.
Merecíais que os matara
como injusto y falso amigo,
y que procuréis dejar
vuestro intento os pido yo,
que el que una vez os hirió
también os sabrá matar.

D. FELIPE. La mano el otro me ha dado;
yo lo mismo a vos os digo.

GONZALO. (Miren por dónde es su amigo
después de habelle pegado.)

D. FELIPE. Con vos, si es que os queréis ir,
acompañándoos iremos.

GONZALO. (Otro viajito tenemos.
Volaverunt el dormir.)

D. JUAN. En casa, pues de esta suerte
estáis, esperad el día.

D. LUIS. Mejor estaré en la mía.

D.ª CLARA. (Como yo, traidor, sin verte.)

GUZMÁN. (Del forastero atrevido
me libre Dios desde ahora.)

(*Llévanle, y quedan* DOÑA CLARA *y* TEODORA.) (1)

TEODORA. Basta, que el huésped, (2) señora,
es valiente y comedido.

D.ª CLARA. Tan iguales llego a ver
su osadía y su prudencia,
que se hacen competencia
su valor y su saber;
y que no he visto, es forzoso
decirte, Teodora mía,
tan resuelta valentía
ni enredo más ingenioso.

FIN DEL ACTO PRIMERO (1)

ACTO SEGUNDO (2)

DE *En los indicios, la culpa.*

(*Salen* DOÑA CLARA, DOÑA INÉS *y* TEODORA.)

D.ª INÉS. Cuando me hubiera traído
sólo el gusto de saber
todo lo que ha sucedido,
pudiera convalecer
de cuanto mal he tenido.
¿Posible es que se atrevió
don Luís y que intentó
tan antigua grosería?

D.ª CLARA. Quedó en su descortesía
tan bien castigado y yo
tan contenta, que quisiera
que mil errores hubiera
cometido con cuidado
para verle (3) castigado
de más culpas que tuviera.

D.ª INÉS. El reprender su intención
poniendo en ajena ofensa
la suya fué discreción.

D.ª CLARA. Tan igualmente obra y piensa
el valiente corazón
de este noble caballero,
que cuando sus partes quiero
contar, más confusa estoy,
porque no sé a cuál le doy
con causa el lugar primero.
Si juzgo en su valentía
lo que aquella noche hizo
su espada en defensa mía,
hallo que me satisfizo
su alentada gallardía;
y cuando miro en su intento
el discreto pensamiento
con que supo castigar,
reprehender y culpar, (4)
admira su entendimiento;

(1) "*Llévanle*".
(2) "guesped", y así en los demás casos.

(1) "FIN." "*La Virgen fué concebida — sin pecado original.*"
(2) "JORNADA SEGUNDA."
(3) En A, "haberle".
(4) "disculpar".

y así, confieso igualmente
que por discreto y valiente
merece ser estimado
con particular cuidado.

D.ª INÉS. Pareces, prima...

D.ª CLARA. Detente,
si en ofensa de mi honor
presumes que puedo dar
lugar a ningún error,
que en este modo de amar
sólo es virtud el amor.
En un pecho agradecido
ha juntado y corregido,
con su noble (1) inclinación,
las leyes de la razón
son las flechas de Cupido.
Ya le he llegado a deber
cuanto mi afición hiciere,
y así le pienso querer
todo aquello que no fuere
en ofensa de mi ser.

D.ª INÉS. Por lo menos, el distrito
de Amor pisas.

D.ª CLARA. Ya lo veo;
pero sus culpas limito,
porque falta en mi deseo
la parte del apetito.
Finezas de una amistad
con recíproca lealtad
letras (2) son que da el amor
y las (3) aceta el honor
antes que la voluntad.

D.ª INÉS. Si tú puedes navegar
de amor terminando el mar
y con la rienda en la mano,
mucho sabes, y es en vano
el quererte aconsejar.
Pero meter donde hay fuego
pólvora con fe segura...
y que aquí juzgues, te ruego,
un principio de locura
que mira el fin del sosiego.

D.ª CLARA. ¿Qué dudas en mi lealtad?

D.ª INÉS. Nada.

D.ª CLARA. ¿Y de mi calidad?

D.ª INÉS. Fácil será la respuesta,
que en materia bien dispuesta
el principio es la amistad.

(1) "doble".
(2) "cetros".
(3) "los".

(Esto hago porque a mí (*Aparte.*)
aún me pareció mejor
que a ella cuando le vi,
y puede hacerme el Amor
dichosa con sólo un "sí".
Y como mi calidad
y hacienda darme han podido
alguna seguridad,
no le quiero divertido
en ajena voluntad.)

D.ª CLARA. ¿Hasle visto?

D.ª INÉS. Por mi calle
pasó ayer.

D.ª CLARA. Y de su talle,
¿qué dices?

D.ª INÉS. Bonito, a fe;
bien hecho de pierna y pie,
pero no para alaballe.

D.ª CLARA. El que en Madrid, prima mía,
llega a mostrar gallardía,
una superior belleza
debe a su naturaleza;
que hay talles de quien podría
decir que después de hacellos (1)
tan airosamente bellos,
puliendo y perficionando,
tras ellos se anda admirando (2)
lo mismo que puso en ellos.
Parece que vive en calma
tu gusto o que se desalma,
pues sin él te juzgo ya,
con cada paso que da
parece que pisa un alma.

D.ª INÉS. La mía empieza a temer
que por tu causa ha de ser;
que tal vez por el oído
entra el Amor persuadido
a inclinar y a resolver.
Quedo, que éste es su criado.

(*Sale* GONZALO.)

D.ª CLARA. ¿Qué hay, Gonzalo? ¿Has almorza-
[do?

GONZALO. Con aforro.

D.ª CLARA. ¿Cómo ha sido? (3)

GONZALO. Cené poco, y he pedido
otro almuerzo adelantado.

D.ª CLARA. ¿Qué hace tu amo? (4)

(1) Falta en A este verso.
(2) En A, "andan mirando".
(3) "No que he sido desgraciado".
(4) "dueño".

GONZALO. Está
esperando cartas hoy,
que es a (1) lo que viene y va.
D.ª CLARA. Y ¿dónde vas?
GONZALO. A ver voy
si han puesto la lista ya.
D.ª CLARA. ¿El está tan triste acá?
A esa cuenta habrá nacido
de tener el alma allá.
Un amante bien querido (2)
no vive si ausente está.
GONZALO. Sólo en una carta sé
que tiene ahora fundado
el crédito de su fe.
D.ª CLARA. (Entreténme ese criado
hasta que vuelva. (3)

(Vase.)

D.ª INÉS. Sí haré.)
Y dime ¡por vida mía!,
aquí para entre los dos,
¿tienes tú melancolía?
GONZALO. Por el Santísimo Dios
que nos alimenta y cría,
que ando en Madrid sin sentido,
mareado y aturdido.
D.ª INÉS. ¿Por qué?
GONZALO. Porque cuanto creo
es mentira y cuanto veo
falso, aparente y fingido.
Pero yo voy a traer
las cartas.
D.ª INÉS. Eso ha de ser
cuando no me quede a mí
qué preguntar.
GONZALO. Pues ¿nací
obligado a responder?
D.ª INÉS. Esto es aquí cortesía,
y esotro no lo sería.
GONZALO. Tiene puesto en la estafeta
mi amo el gusto.
D.ª INÉS. Imperfeta
y resuelta grosería
en los hombres que nacieron
de padres que respondieron.
GONZALO. Un padre que yo tenía
a un mentís aun no quería
responder, ni de él (1) lo oyeron.
D.ª INÉS. Por fuerza haré que te den
a entender que te está bien.
GONZALO. Esto más, (2) que no sabía
que estafas de cortesía (3)
hay en la corte también;
juro a tal (4) que me he de estar
preguntando y respondiendo
tres horas sin replicar.
D.ª INÉS. De tus tristezas pretendo
saber en qué han de parar.
GONZALO. En acabarse o morir.
D.ª INÉS. Procúrate divertir.
GONZALO. ¿En qué?
D.ª INÉS. Luego ¿no hay en qué?
GONZALO. Sí hay; pero en todo sé
que hay enfados que sentir.
Si a San Felipe a parlar
voy, por no ver sitiar
cada día en relación,
me iré primero al Japón
a dejarme degollar.
Si a la pelota, aun allí
hay peligro y embarazo,
sobre métanse de aquí
dan a un hombre un paletazo (5)
que queda fuera de sí.
Si a jugar voy mi dinero,
me desuella un garitero,
y para cada real
hay (6) un mirón criminal
con más ojos que un harnero.
Si a los trucos, un partido
hecho entre dos habladores
me deja desvanecido;
si a la argolla, hay sopladores
y saco lo que han barrido.
Si viendo esgrimir estoy,
con mi puntica de diestro,
mártir por las piernas soy
del montante del maestro;
y si a la comedia voy,
donde alegrarme podría,
por no ver el primer día,
de su comedia sentado,

(1) "en".
(2) Este verso y los cuatro siguientes los dice en A DOÑA CLARA.
(3) "mientras vuelvo".

(1) "se".
(2) "Es temor".
(3) En A falta el "que".
(4) "pues dice".
(5) "pelotazo".
(6) "halla".

un poeta confiado,
me iré primero a Turquía.

D.ª INÉS. Enamorarte es mejor.

GONZALO. No es sino mucho peor,
que aquí, para enamorar,
primero se ha de buscar
el dinero que el amor.

(*Salga* DOÑA CLARA.)

D.ª CLARA. Ya las tengo.

D.ª INÉS. Ahora sí
que te puedes ir por mí.

GONZALO. Ya me da el irme cuidado,
que me había calentado
y quisiera estarme aquí.

(*Salga* DON FELIPE *solo.*)

D. FELIPE. Pues ¿aquí te estás ahora?

GONZALO. Sí, señor, que mi señora
doña Inés me ha detenido.

D.ª INÉS. Que le perdonéis os pido.

D. FELIPE. Ahora que ya no inora
el alma su ocupación,
no solamente procura
perdonar su remisión,
pero envidia tal ventura,
disculpando su intención.
Con mano más liberal
va restituyendo el mal
a beldad (1) tan conocida,
si no en más alma, en más vida,
su perfeción natural,
y del pasado acidente
constituye el rostro hermoso
en su espíritu valiente. (*Aparte.*)

D.ª INÉS. A no ser tan generoso
vuestro pecho, fácilmente
pudiera, desvanecida,
desconocer lo que soy.
De mi salud adquirida
justo parabién me doy,
porque la veo ofrecida
a vuestro servicio.

D. FELIPE. Está
tan introducida ya
mi dicha en tantos favores,
que no admito los mayores,
aunque estimo a quien los da.
Goce vuestra juventud
tantos años (1) de salud
que pueda, por dependencia
de esta dichosa asistencia,
asegurar mi quietud.

D.ª INÉS. Nunca en mi vida he pensado
que os pudiera dar cuidado.

D. FELIPE. Por prima de mi señora
doña Clara, y porque ahora
me habéis de nuevo obligado
con la amistad que me hacéis,
seguramente podéis
mandarme.

D.ª INÉS. (Pluguiera a Dios (*Aparte.*)
que yo os pareciera a vos
como vos me parecéis.
La causa saber querría
de su ausencia y de su amor.

D.ª CLARA. Curiosa estás.

D.ª INÉS. Prima mía,
por divertirme mejor
de una gran melancolía
lo hago, que los que estamos
enfermos nos desquitamos
del padecer y el callar
en saber y en preguntar
después que nos levantamos.

D.ª CLARA. ¿Qué dice del forastero,
mi señora doña Inés,
el alma?

D.ª INÉS. Lo que primero:
bonito, pero no es. (2)

D.ª CLARA. ¡Jesús! ¿Bonito y con pero?
Perdición.

D.ª INÉS. No hay que tratar...

D.ª CLARA. Con sólo haberme entendido,
me has dado que sospechar;
con la contraria has querido
disuadir y deslumbrar,
y te has echado a perder,
porque es un desprecio injusto
disfraz del apetecer.

D.ª INÉS. El que fuere de mi gusto,
mi esposo, prima, ha de ser.)

D.ª CLARA. Una enferma me ha pedido
que os diga que la digáis
la ocasión que os ha traído
a Madrid, sin que encubráis
la verdad, si hubiere sido
algún extremo amoroso.

---

(1) "verdad".

(1) "siglos".
(2) Así en el texto original.

D. FELIPE. Estoy tan enamorado,
que es dicha hacer deseoso
memoria de mi cuidado
en tribunal tan piadoso.
Una tarde...

D.ª CLARA. ¿Os suspendéis?

D. FELIPE. Como ya empezó la lengua
fiestas del alma, paróse
a combatir sus potencias;
pero en la menor razón
de quien bien ama y desea,
es ignorancia el dudar,
que asiste el alma con ella.
Viendo entrar en Barcelona,
desde su muelle, una fiesta
la napolitana escuadra
de diez y siete galeras,
vi en un coche cinco damas,
jerarquía lisonjera
de una deidad que avisaba
con rayos de luz la tierra,
a quien parece que el mar
hizo con alas traviesas
espumoso atrevimiento (1)
de marítimas diademas,
y tal quedé, que temía
que, a no transformarme en ella,
quedaría en mi inorancia
profanada su belleza.
Seguí el coche, por saber
dónde esta deidad se encierra,
de aquel sol el epiciclo
y de aquel fuego la esfera. (2)
Opuse mi sufrimiento
a su primera respuesta,
mi asistencia a su desdén
y a su rigor mi paciencia.
Y ya de suerte vivía
con la esperanza la ofensa,
que hizo su gusto en mí
segunda naturaleza.
Tres primaveras había
dado ya la providencia
del tiempo, en giros del sol
por signos y por planetas,
antes que yo en mi esperanza
amorosamente viera
verde alfombra, vida alegre,
dulce alivio y fe sin quejas.
Dejóse, de sí olvidada,
obligar un día, que ésta
es en las guerras de amor
la mayor estratagema,
y desde allí empecé a ver
el iris de la tormenta,
y por celajes de nácar,
dulce risa en blancas perlas.
En su casa me dió entrada,
que nunca halló quien desea,
después ya de resistir,
dificultad en las puertas.
En la suya hallé una noche
una criada, y en ella,
librada (1) de mis intentos
la resolución postrera,
asido a sus movimientos,
como el que sin vista lleva,
por seguro de sus pasos,
la fe de que el otro acierta,
llegué al limbo de una cuadra,
donde fué la vez primera
que se vió sin luz la gloria
y la del sol en tinieblas,
y hallé en dos hermosas manos
una blanda resistencia,
aunque breve, dilatada,
si lo juzga quien desea.
Con voces (2) de amor rendido
y con labios de alma inquieta
quise vencer prometiendo
y rendir sin hacer fuerza.
En torcidas relaciones,
ya tímidas, ya resueltas,
luchaba yo en mis deseos,
y con su amor su vergüenza,
cuando a la dulce porfía
de este argumento sin lenguas,
de esta inquietud sin descanso
y de este esperar sin pena,
por los vigilantes pasos
de su esposo hicieron señas
las almas de que buscaba
en mi ventura su ofensa.
Pidiendo una luz a voces,
sacó la espada sangrienta,
a nuestro daño inclinada,
y vile resuelto apenas,

(1) "ofrecimiento".
(2) En A, "abreviado en breve esfera", que parece peor texto.

(1) En A, "librados".
(2) En A, "brazos".

cuando, abrazado con él,
con menos superior fuerza
a más rigurosos brazos,
trasladé mis diligencias,
y aunque estaba de su parte
la culpa de mis torpezas,
de su misma daga herido,
cayó, atravesado, en tierra.
En tanto, mi dueño hermoso,
la siempre viva en mi idea,
la que por un ser divino
pasó a su naturaleza,
confusa dejó su casa,
haciendo como discreta
del sagrado de un convento
el puerto de esta tormenta.
Y así, quedamos a un tiempo:
su esposo, herido en su ofensa,
ella sin él y sin mí
y yo sin dicha y sin ella.
Y considerando yo
que su calidad pudiera
vengar por ajenas manos
en mi descuido su ofensa, (1)
dejé a Barcelona, y vine
adonde hoy el alma inquieta
de mi ausente dueño aguarda
las bien esperadas nuevas.
Y porque es medio gustoso
del que alguna nueva espera
hacer menos el camino
del que ha de venir con ella,
humildemente os suplico
perdonéis, pues sois discreta,
el serviros sólo ahora
con esta buena asistencia.

D.ª CLARA. Tan amante os considero,
que no os quiero detener.

D. FELIPE. Difícil fuera el poder
si a un tiempo adoro y espero.

(*Vase.*)

D.ª INÉS. ¡Oh, nunca llegara el día
que en su casa te dió entrada
resuelta y determinada!

D.ª CLARA. Pues ¿qué es esto, prima mía?

D.ª INÉS. No sé.

D.ª CLARA. Yo sí; tú has querido
en tu amor disimular,
y ha venido a reventar (1)
por donde le has detenido.
Tu prima soy y tu amiga;
comunícame tu intento.

D.ª INÉS. Si lo has visto en lo que siento,
¿qué más quieres que te diga?
Así eternamente veas
a tu siempre amado esposo
de tus brazos deseoso,
si es que los suyos deseas,
y haciendo a tus gustos salva,
sean de vuestras dos vidas
las noches bien admitidas
y mal recibida el alba.
Que disculpes, prima mía,
mi resuelta voluntad,
sin que esta facilidad
te parezca demasía;
que si es verdad que el amor
fundó su mayor poder
solamente en resolver
los principios de un error,
éste puede estar contigo
justamente disculpado.

D.ª CLARA. De suerte me has obligado
en declararte conmigo,
que, no sólo pienso ser
tu tercera, pero fía
que has de ser por causa mía
su legítima mujer;
que mil ducados de renta
y tu calidad no son
de menos estimación.

D.ª INÉS. Es verdad. En eso intenta
consolarse (2) mi cuidado
medido con mi deseo;
mas temo, porque le veo
tiernamente apasionado. (3)

D.ª CLARA. Con eso hago por ti
algo que, si eso no fuera,
él es solo quien debiera
agradecérmelo a mí.
Tú has de obedecerme en todo
si por mí tu dicha esperas;
que quien hace el bien de veras,
da la traza y busca el modo.
A dos veces que le hurtemos
las cartas de la estafeta,

(1) "afrenta".

(1) En A, "resultar".
(2) En los dos textos, "consolarme".
(3) "aprisionado".

en esta pasión inquieta
tibios verás sus extremos.
En el golfo de la corte,
con cualquiera fácil viento
navega el entendimiento
por muy diferente norte;
y como es inquieto el mar
y anda un alma distraída (1)
y aun de sí misma se olvida
cansada de flutuar.
Falte la correspondencia,
y verás que en cuatro días
hace a sus melancolías
diferente resistencia;
y no desconfíes de él,
que yo de por medio estoy;
que no he de ser la que soy
o te has de casar con él.

D.ª INÉS. Déjame ahora besar,
por tan dichoso interés,
mil veces, prima, tus pies,
y empezaréte a pagar
mis esperanzas cumplidas;
que hoy comienzo a poseer,
con sólo un alma y un ser,
el ingenio de dos vidas.
Ya mi corazón volvió
a su primera quietud,
y con más firme salud
he convalecido yo.

D.ª CLARA. Goces con vida segura,
en mayor felicidad,
amagos de eternidad
tu siempre viva hermosura.

D.ª INÉS. Veamos qué le escribía
la retirada al convento.

D.ª CLARA. Parece ese pensamiento
hurtado al que yo tenía.

D.ª INÉS. Dos son.

D.ª CLARA. Con otra vendrá
encubierta y disfrazada.
Esta que viene cerrada
sin sobrescrito será.

D.ª INÉS. En mal papel escribió.

D.ª CLARA. Lo mismo me ha parecido
a mí. Lágrimas han sido
que al escribir la vertió.
Muchos papeles así
me costó mi casamiento.
Escucha.

(1) "divertida".

D.ª INÉS. Mi pensamiento
todo tengo puesto aquí.

[(*Lea:*)]

D.ª CLARA. "Porque pueda este papel
ser de mis ansias testigo,
el alma va en lo que digo
y mis lágrimas en él.
Mi esposo aspira, cruel,
a vengar su deshonor;
pues es tan grande mi amor
y tengo tanta prudencia, (1)
que por llorar vuestra ausencia,
me olvido de su rigor.
Dos males, mi bien, han sido
los que a un mismo tiempo lloro:
tener ausente el que adoro
y presente al ofendido;
y así, que os volváis os pido, (2)
encubierto, a Barcelona;
que, pues en nada me abona
lo peligroso y lo injusto,
bien será que a vuestro gusto
dispongáis de mi persona."

(*Deja de leer.*)

Ahora sí tienes ya
que poderme agradecer,
pues fué remedio el coger
esta carta, y no se irá;
porque apenas la leyera,
como (3) según ha mostrado
en su amor y su cuidado,
a Barcelona se fuera.

(*Dentro* GONZALO:)

GONZALO. ¡Aquí de Dios, que me matan
sin tener culpa!

D.ª INÉS. ¿Qué es esto?

GONZALO. ¡Acude, señora, presto,
que tus pasos se dilatan!
¿En qué pudieran parar,
sino en esto, cien preguntas
muy cansadas y muy juntas,
sin dejarme resollar?
¡Ah! nunca hubiera, señora,
interrogatorio injusto,
la impertinencia del gusto (4)
para detenerme un hora.

D.ª INÉS. ¿Qué tienes?

GONZALO. ¿Qué he de tener,

(1) Falta en A este verso.
(2) Falta en A el "os".
(3) En A, "cuando".
(4) Así en los textos.

cuando soy tan desgraciado,
que es fuerza hacer mi sagrado (1)
las faldas de una mujer?
A este templo me he venido,
y si acaso está cerrada
la puerta, no importa nada,
pues es templo de Cupido. (2)

D.ª INÉS. Suéltame. (3)

GONZALO. No hay que argüir,
que aquí dieron la ocasión,
y, asido de este aldabón,
me tengo de resistir.

(*Salga* DON JUAN *deteniendo a* DON FELIPE.)

D. JUAN. ¿Qué le queda a un ignorante
si esto hace un hombre cuerdo?

D. FELIPE. Nada, supuesto que pierdo,
por culpa de este bergante,
mi esperanza, condenado
a más pena.

D. JUAN. ¡Vive Dios,
que no creyera de vos
que dierais, tan enojado,
principio a tantos errores!
Advertid que es demasía.

GONZALO. Y muy gran descortesía
delante de estos señores
poner las manos en mí.

D. JUAN. No debe de ser tu culpa
capaz de humana disculpa.
¿Qué has hecho?

GONZALO. Dígalo aquí
mi señora doña Inés,
que, porque no respondía
a cuanto saber quería,
me culpó de descortés.
Y de curiosa y discreta
me detuvo embelesado,
y entre tanto le han hurtado
las cartas de la estafeta.

D.ª INÉS. No sólo estaba eso ya
por nosotras perdonado,
pero el error disculpado,
so pena de que será
disimulada y fingida
la merced que nos hacéis,
pues perdonádole habéis
la culpa esta vez reñida.

D. FELIPE. Si cuando salió de aquí
sin ir a otra parte fuera,
a tiempo llegado hubiera
para no matarme a mí.
Nunca de ti me fiara.

GONZALO. No las hubieran hurtado,
y hubiérame a mí costado
ojo y medio de la cara;
y quien tal hizo se vea
en Turquía y sin los dos.

D.ª CLARA. (Mala Pascua te dé Dios (*Aparte.*)
a ti y a quien tal desea.)
Quizá os habréis engañado.

D. FELIPE. Si en la lista escrito está
mi nombre, y no hay cartas ya,
porque se las han llevado, (1)
¿en qué me puedo engañar?

D. JUAN. Sólo aquí (2) advertiros quiero
que también tiene el cartero
su carta de marear.
Muchas coge a letra vista
que no suelen parecer.

D. FELIPE. Estas no lo pueden ser (3)
de las que están en la lista;
y lo que me da cuidado
es que el haberlas cogido
malicia fundada ha sido
de alguno que, interesado,
mis pasos viene siguiendo
desde Barcelona aquí.

D. JUAN. Así lo entiendo.

D. FELIPE. ¡Ay de mí!

D.ª CLARA. (Tu negocio se va haciendo.
En peligro que es tan cierto
gran recato es menester,
si es que se puede temer
un enemigo encubierto;
y paréceme acertado
que de casa no salgáis
hasta que de allí sepáis
si el ofendido ha enviado.)

D. JUAN. ¿De quién sabéis el suceso
de Barcelona?

D. FELIPE. De mí.

D.ª CLARA. A las dos nos dijo aquí
su desdicha.

D. JUAN. Yo os confieso
que así lo hiciera.

---

(1) En A, "hacerme".
(2) Falta en A este verso.
(3) En A dice DOÑA CLARA esta palabra.

(1) "hurtado".
(2) En A, "en que".
(3) En A, "no es posible ser".

D. FELIPE. Sería
temor fundado en la fe.
D. JUAN. Recelos, cuando hay de qué,
nunca fueron cobardía.
D.ª CLARA. Así veáis conseguido
todo el bien que deseáis,
que de casa no salgáis,
siquiera porque os lo pido.
D. JUAN. ¡Qué bien muestra su nobleza
el efeto natural
con que lo pide!
D.ª INÉS. ¡Qué mal
lo entienden, brava agudeza! (1)
(Si está en casa sin salir,
no es posible ser ingrato
a mi amor.)
GONZALO. Si puede el trato
convencer y persuadir,
yo también, señor, te ruego
lo mismo, pues te conviene,
por los parientes que tiene
en Barcelona don Diego.
Y si en no hacerlo porfías, (2)
cartujo casero soy,
con tu licencia, desde hoy,
siquiera por quince días.
D. FELIPE. Cuando alguien haya venido,
¿qué temes?
GONZALO. Que allá pensó
don Diego que tengo yo
la culpa que no he tenido,
y será en el que ha llegado
común de dos la intención,
si es que trae la instrución
puñalada de criado.
D. FELIPE. Un cobarde mira así
con antojos sus errores,
y así, los juzga mayores
de lo que ellos son en sí. (3)
GONZALO. Justo es que tema un lacayo
todo antuvión criminal
cuando no es universal
la ventura del soslayo.

(1) "manifiesta su grandeza".
(2) En A falta el "en".
(3) Esta redondilla dice en A:

"Los que cobardes no fían
con antojos sus errores
los juzgan ya por mayores
de los que ellos ser solían."

Yo pienso que no le agrada
ninguna cosa al demonio
tanto como un testimonio
y el "¡ay!" de una puñalada;
porque no es tan penetrante,
que parte sin confisión
el alma; dos cosas son
que las lleva de portante,
como hacas del señor (1)
en noche de mucho frío.
D. FELIPE. Siempre el miedo fué judío.
GONZALO. Y muy cristiano el temor.
D.ª CLARA. Pedilde vos que no salga
de casa, así os guarde Dios.
D. JUAN. ¿Sois mi amigo?
D. FELIPE. Sólo a vos,
y a condición tan hidalga,
sujeto siempre la mía.
D. JUAN. Pues que hiciera y se estimara
lo que ha dicho doña Clara. (2)
D. FELIPE. ¿Parezca o no cobardía?
Ahora bien, por vuestro gusto,
me dispongo a obedecer.
D.ª INÉS. (Y yo desde hoy a tener
más esperanza y más gusto.)
D. JUAN. Sois el amigo mejor
que se vió en la edad primera.
D.ª INÉS. (Y tú la mejor tercera
que pudo tener mi amor.)
GONZALO. (Si de ésta escapo y no muero,
aunque el volver más me importe,
yo echaré calza a la corte
como a pollo por enero.)

(*Váyanse todos y quede solo* DON JUAN, *y salga* GUZMÁN.)

GUZMÁN. Un recado os vengo a dar
de parte de don Luís,
mi señor.
D. JUAN. Si no os cubrís,
no os lo tengo de escuchar.
GUZMÁN. Ni de mi humildad desdice
el hacerlo. Yo estoy bien.
D. JUAN. Estaréme así también.
(*Cúbrense.*)
GUZMÁN. Don Luís, mi señor, dice

(1) En A este verso y el anterior dicen:

"que la llevan de portante
como a casa de señor".

(2) Faltan en A los tres versos anteriores.

que a solas os quiere hablar
en un negocio importante.

D. JUAN. Ya ese recado es bastante
para darme que pensar,
cuando él pudiera venir.
Mas si es porque yo esté
solo, solo esperaré.

(*Vase.*)

GUZMÁN. Así lo voy a decir.

D. JUAN. ¡Válgame Dios! ¿Qué será?
Pendencia (1) debe de ser
con quien le hirió y a valer
de mí otra vez se vendrá.
Pero no, que si eso fuera,
no me enviara recado
ni a decir con su criado
que aquí a solas estuviera.

(*Sale* DON LUIS *y* GUZMÁN, *y dice aparte:*)

D. LUIS. (Ya pienso que has entendido.
Tú has de arrojar el papel
cuando esté hablando con él.

GUZMÁN. De todo estoy advertido.)

D. LUIS. Guárdeos el Cielo.

D. JUAN. Y a vos
os aumente estado y vida.
¿Cómo estáis de vuestra herida?

D. LUIS. Bueno ya, gracias a Dios.
Y a vos, de recién llegado,
¿cómo os va?

D. JUAN. Como a quien vino
a su casa y del camino
ya con gusto ha descansado.

D. LUIS. ¿Hay quien nos pueda escuchar?

D. JUAN. Bien podéis seguramente
hablar.

D. LUIS. El que es más prudente
es más fácil de engañar;
que como no asiste el daño,
cauteloso el pensamiento
le coge al entendimiento
a traición cualquier engaño.
Yo pienso, don Juan, que habéis
conocido mi amistad,
deseos y voluntad
de serviros.

D. JUAN. Bien podéis
pensar que estoy satisfecho
creyéndolo siempre así,
porque me ha constado a mí
la lealtad de vuestro pecho.

D. LUIS. En la cantidad que soy
rico y noble sabéis bien.

D. JUAN. Rico y noble sé también
que sois.

D. LUIS. Pues al caso voy.
De doña Inés ser esposo,
haciendo un alma los dos,
que porque sé que sois vos
con ella el más poderoso,
os suplico que toméis
la mano en solicitar
las suyas y granjear
en mí un esclavo queréis,
dándome también licencia
de poder galantear,
sólo a fin de granjear (1)
su gusto con mi asistencia.
Que supuesto que ha venido
a vuestra casa, no quiero,
sin que me la deis primero,
tomarla en ser atrevido.

D. JUAN. Tanto me habéis obligado
con lo que pedido habéis,
que hallo en la que me hacéis
mi buen deseo premiado.
Vos sois el que viene a dar,
y yo el que viene a recebir,
pues me venís a pedir
lo que yo os puedo rogar.
Lo cobarde de mi intento
pienso que habéis conocido,
y al paso le habéis salido
a (2) mi mismo pensamiento.
Y pues que conozca es justo
que es nuestro proprio interés,
de mí sabrá doña Inés
vuestras partes y mi gusto.

D. LUIS. Esto se ha de dilatar; (3)
primero que ella supiera
mi intención, pienso que fuera
mucho mejor empezar
sirviéndola, merecer
en su gracia su favor;
que un sí, (4) donde no hay amor,
cerca está de no lo hacer.

---

(1) En A, "sentencia", por errata.

(1) Falta en A este verso.
(2) "con".
(3) En A este verso lo dice DON JUAN.
(4) "ansí".

D. JUAN. Muy bien pienso que decís;
que tal vez puede en un pecho
más el gusto que el provecho,
y como sabio advertís. (1)
Asistid, galantead
y servid, que en todo quiero
ser, don Luis, vuestro (2) tercero
de tan noble voluntad.
Y en teniendo (3) doña Inés
dispuesta su (4) inclinación,
le diré vuestra intención.

D. LUIS. Si no es besándoos los pies,
no os pago en esta amistad
lo que me habéis ofrecido,
porque aún no habéis conocido
lo que hay en mi voluntad. (5)

D. JUAN. Id con Dios, y estad seguro
que yo os ayudaré aquí,
aunque fuera contra mí.

D. LUIS. (Esto es lo que yo procuro.)
Cuanto más lo encarezcáis,
mucho inoráis el favor,
porque se extiende mi amor
a más de lo que pensáis.

(*Mientras ha estado hablando* DON LUIS *con* DON JUAN, *ha de haber echado* GUZMÁN *a sus pies un papel cerrado, y váyanse y queda* DON JUAN.) (6)

D. JUAN. ¿Papel, y cerrado, aquí,
y sin sobrescrito está?
¡Válgame Dios! ¿Qué será?
¿Si me lo han echado a mí?
Pero a mí, ¿cómo o por qué?
Acobardado parece
que el espíritu me ofrece
temores que en mí juzgué. (7)
Aunque sin causa, me dió
este papel que temer,
que nadie puede saber
de mí tanto como yo,
y si... Pero digo mal;
bien puede venir aquí
lo que yo no percibí. (1)
El alma tengo neutral
y a leer me he persuadido;
que, si le rompo cerrado,
también me ha de dar cuidado
todo lo que no he sabido.

(*Lee*:)

"Don Felipe de Aragón
te pretende a tu mujer;
consulta lo que has de hacer
con tu mismo corazón."
Papel infame, ¿a qué aspira
tu acusación criminal,
si el proceso (2) original
que te engendró fué mentira?
Lámina de bronce duro
para la imaginación;
voz sin alma, que a traición
tiras a un pecho seguro;
mudo con lengua entendida
para pronunciar agravios;
boca arrojada sin labios
falsamente introducida;
alevosía cubierta,
aventurado rigor,
sin disfraz para el honor
y para el crédito incierta,
¿qué quieres de mí y conmigo,
si sé que no puede ser
que me ofenda mi mujer
ni que lo intente mi amigo?
Pero espera, pensamiento,
que muchos se han ofendido (3)
que engañados han vivido (4)
con su mismo entendimiento.
La inorancia de un engaño
consiste en no lo creer, (5)
que yo puedo no temer,
pero posible es el daño.
Y si te juzgué en rigor,
en dudar ni en no querer,
son torpezas del saber
y descuidos del honor. (6)
Demás de que el hombre sabio
que en lo que puede ser (7) piensa,

---

(1) En A, por errata, "advertir".
(2) "el".
(3) "tiniendo", y así en los demás casos.
(4) "la".
(5) Faltan en A este verso y el anterior.
(6) "(*Vase. Mientras está hablando echa a sus pies* GUZMÁN *un papel cerrado. Vanse, y queda* DON JUAN *solo.*)"
(7) En A, "señores que juzgo en fe".

(1) "redimí".
(2) "intento".
(3) En A, "ofrecido".
(4) En A, "que engañados han sido".
(5) "lo entender".
(6) Falta en A esta redondilla.
(7) "ya".

reparar debe la (1) ofensa
aunque no crea (2) el agravio.
Desde que este hombre llegó
contra mi honor se padece;
a su regalo parece
que esta mujer se inclinó;
tanto, que a mí me ha faltado
el que yo solía tener,
y esto no se puede hacer
sin particular cuidado.
En cuanto por él se (3) ha hecho
se ha mostrado apasionada.
¡Ah, malicia descuidada,
qué inorante que me has hecho! (4)
¡Que me haya pedido a mí
que yo mismo le dijese (5)
que de casa no saliese,
y que encareciendo aquí
el afecto (6) natural
que al pedírmelo mostró
no haya conocido yo
los indicios de mi mal!
¡Qué diferentes que han sido
el descuido y el cuidado,
lo que inoro descuidado
cuando agora lo he creído! (7)
Ea, corazón, a vos
se remite este papel;
cuidemos desde hoy por él
de nuestro agravio los dos.
Empecemos a juzgar
las almas por las acciones,
la intención, (8) las razones
y el amor en (9) el mirar.
Y el delito comprobado,
que lave, es justa razón,
la mancha de mi opinión
con la sangre del pecado.

(*Sale* Doña Clara.)

D.ª Clara. (¡Válgame Dios! ¿Qué será
el estar don Juan aquí
una hora hablando entre sí?
¡Jesús, sin color está!)
¿Qué es, señor, lo que sentís
que tan sin color estáis?
¿Qué tenéis? ¿En qué pensáis?
¿Qué es lo que os quiere don Luis
que de aquí salió y os deja
tan confuso y tan turbado?

D. Juan. (Ya el corazón, alterado, (*Aparte.*)
ni hablar ni fingir me deja.)

D.ª Clara. ¿No puedo saberlo?

D. Juan. Tiene
fundado en eso su intento.

D.ª Clara. (Fuerza es callar lo que siento.)

D. Juan. (Disimular me conviene.)

D.ª Clara. Pues, señor, si os persuadís
al amor que me debéis,
yo os suplico que excuséis
la amistad de don Luis
en todo cuanto (1) podáis;
que no sé qué antipatía
tengo con él, que quería
que de él por mí os eximáis. (2)
Y aunque no os doy causa aquí
para no quererle bien,
las almas tienen también
su república por sí,
donde está siempre imperando
la lealtad del corazón,
y sin decir la oración
advierten sólo inspirando. (3)
Don Felipe sí es amigo
de quien podéis serlo vos.

D. Juan. (¿Hay tal maldad ¡vive Dios!
que le acredita conmigo?)

D.ª Clara. Con éste se ha confrontado (4)
mi sangre por lo que os quiero.
No hay en Madrid caballero
tan dinamente estimado;
y tal es, que ya con él
en nada hace falta a vos.

D. Juan. Así lo creo, ¡por Dios!;
buen amigo tengo en él.
(Ea, pensamiento mío,
tierra vamos descubriendo;
los indicios van creciendo
al paso que desconfío.

---

(1) "una".
(2) "vea".
(3) Falta el "se".
(4) En A, "y que ign. me has h."
(5) En A, "pidiese".
(6) "efeto".
(7) En A, "cuidadoso lo he creído".
(8) "en el hablar".
(9) "por".

(1) En A, "lo que".
(2) En A, "desimáis".
(3) En A, "enseñando".
(4) En A, "confirmado".

Pero aún no es tiempo; detente,
que a más la razón te obliga,
porque es necio el que castiga (1)
por indicios solamente.)

(*Sale* DON FELIPE, *y dentro* GUZMÁN *y tras él* GONZALO.)

GUZMÁN. ¡Detente!
TEODORA. ¡Huye!
D.ª CLARA. ¡Ay de mí!
Si es don Felipe.
D. JUAN. (¡Ah, traidor,
qué bien ahora mi temor
juzga lo que juzgo en ti!) (2)
D. FELIPE. ¡Detente!
GONZALO. Aparta, señor,
y que es verás este día
respeto y no cobardía
el tenerte a ti temor.
Agradeceldo al sagrado
que para los dos ha sido.
D. FELIPE. Debes de estar sin sentido.
GONZALO. Así siente un enojado.
Y de modo siento en mí,
que no estoy ni puedo estar
dos dedos de reventar
en no desfogando aquí.
D. FELIPE. Salte allá fuera.
D. JUAN. Primero
sabré, con vuestra licencia,
la causa de esta pendencia.—
¿Qué es esto?
GONZALO. Este majadero,
criado de aquel señor
que se la quiso pegar
a su amigo, sin mirar
en su amistad y en su honor,
ha más de tres cuartos de hora
que sin temor ni respeto
en un rincón, y en secreto,
ha estado hablando a Teodora,
muy puesto de medio lado
su sombrerito enfadoso,
ojiabierto y muy glorioso
el semblante enamorado.
El señor medio figura,
que, juro a tal, que no viene
a ser hombre entero y tiene
las tres partes de criatura. (1)
Si siente que la criada
es algo resbaladiza,
¿por qué no toma ceniza
en aquella cuchillada
que alcanzó?
D. FELIPE. (¡Majadero,
que está aquí el señor don Juan!)
Y vos id con Dios, galán,
y que advirtáis sólo quiero
que cuando él fuera por sí
remiso en el castigaros,
no lo seré yo en cortaros
las piernas si entráis aquí.
Y que así se lo digáis
también a vuestro amo quiero,
que él es tan buen caballero
que os dirá que no vengáis.
Y él por sí os sabrá advertir
de lo injusto de este error,
porque no hay culpa mayor
que ofender y reincidir.
GUZMÁN. Yo, señor...
D. JUAN. No digas nada
en tu disculpa, que aquí
solamente para mí
la has menester, y probada
está de suerte conmigo,
que entrar pueden disculpados
en mi casa los criados
del que es tan leal amigo.
Y si alguno ha imaginado
que nadie ofender pretende
mi casa, ése es quien me ofende
con sólo habello pensado.
¡Ay de aquel que a mi opinión
atrevido se opusiere (2)
y de mi ofensa hiciere
capaz su imaginación!
(No pienso que han entendido
las sospechas de mi honor,
porque es proprio de un error
entorpecer el sentido.)
Vete con Dios, y desde hoy
entra y sal cuanto quisieres,
sin que más licencia esperes
que a la que ahora te doy.

---

(1) "porque es nuevo el castigar", que no rima ni tiene buen sentido.
(2) "(*Sale* GUZMÁN *huyendo y tras de él* GONZALO *y* DON FELIPE, *deteniéndole*.)" Es la acotación anterior que en el manuscrito está aquí.

(1) "locura".
(2) En ambos, "pusiere".

que a tan sencilla amistad
y lealtad tan ajustada,
no ha de haber puerta cerrada
ni estorbo en la voluntad.

GUZMÁN. Bien se debe a su respeto
esta intención.

D. FELIPE. (Por hablar
reviento.

GONZALO. Eso fuera dar
al traste con el secreto.)

D. FELIPE. Mal me sabéis entender;
que yo, don Juan, le he reñido
porque se mostró atrevido
y me volvió a responder. (1)

D.ª CLARA. Dice muy bien don Felipe;
que donde puede haber daño
bien será que sin engaño
el remedio se anticipe,
y solamente podéis
fiaros de su lealtad.

D. JUAN. Si conozco su amistad,
con el tiempo lo veréis; (2)
y ninguno en su disculpa
causas ajenas disponga,
sino mire por sí y ponga
su corazón en su culpa.

[(*Vase.*)]

D.ª CLARA. ¿Qué es esto?

D.ª INÉS. ¿Qué puede ser?
Yo no lo entiendo.

D. FELIPE. Ni yo.

D.ª CLARA. Esta razón no miró,
si bien se sabe entender
al sentido literal,
que algo escondido hay allí.

D.ª INÉS. Pues ¿quién tiene culpa aquí?

D. FELIPE. Como tiene por leal
a don Luis, habrá sentido
el reñir a su criado.

D.ª CLARA. La culpa de haber callado
su traición lo ha merecido.

D. FELIPE. Por excusar mayor daño
lo hice, y no tiene (3) ya
remedio; pero si está
en el tiempo el desengaño,
el mismo tiempo ha de hacer
nuestras partes, avisado (4)
don Luis y condenado (1)
a sentir y a padecer
su cautelosa intención;
que a un pecho desleal
siempre está siendo fiscal
la culpa de su traición. (2)

(1) Falta en A esta redondilla.
(2) En A, "sabréis".
(3) "diera".
(4) En A, "acusando".

ACTO TERCERO (3)

DE *En los indicios, la culpa.*

(*Salgan* GONZALO, GUZMÁN *y* TEODORA.)

GUZMÁN. Con licencia de don Juan
entro y salgo en esta casa.

GONZALO. Si él supiera lo que pasa,
Dios sabe, hermano Guzmán,
la dificultad que hubiera
en el entrar y el salir.
El ser fuerza proseguir
con la maraña primera
nos tiene atadas las manos
y las lenguas con mordaza;
mas no fíen de la traza
vuestros intentos villanos.
No perdáis, Guzmán, el miedo
de rondarnos la posada,
que por (4) otra cuchillada
no nos faltará otro enredo.

GUZMÁN. Yo siempre (5) iglesia me llamo:
discúlpame la obediencia.

GONZALO. Pues tened, Guzmán, paciencia;
que si me manda mi amo
que os muela, os he de moler.

GUZMÁN. Y eso ¿en qué estará fundado?

GONZALO. En que también soy criado
y tengo de obedecer.
¿Qué ajedrez os ha mandado
que entréis en casa a deshora
sólo a soplarme a Teodora,
como el lance mal jugado? (6)

TEODORA. (Juntos Gonzalo y Guzmán.
¡Qué lindo par se ha juntado

(1) En A, "condenando".
(2) "*Laus Deo. La Virgen fué concebida — sin pecado original.*"
(3) "JORNADA TERCERA."
(4) En A, "para".
(5) En ambos textos, "sirvo", que parece impropio".
(6) "(*Entra* TEODORA.)"

para hacerle a un encubado
compañía, y siempre están
como gato y perro!) ¿A quién
le toca el reñir agora?

GONZALO. ¿Cuál es de los dos, Teodora,
al que tú quieres más bien?

TEODORA. Si es que eso va preguntado
al uso (1) de por acá,
a los dos, porque no hay ya
galán que no esté forrado (2)
uno en otro como capa
de dos bayetas.

GONZALO. (3) ¿Abrigo
queréis vos? Pues no conmigo,
Penélope de socapa.

TEODORA. Lo que en la corte se usa
digo, pero no mis veras,
que tú solamente dieras
en el alma garatusa,
a no querer ser mi esposo
Guzmán, y por serlo brama.

GONZALO. Desposado de Jarama
tendremos si entra en el coso.
Si es matrimonial tu amor,
yo renuncio (4) mi derecho;
hágale muy buen provecho.

TEODORA. ¿Al fin renuncias, traidor?
Al que muestras diere aquí
de más discreto, ese quiero
que sea en mi amor primero
y que viva y reine en mí. (5)

GONZALO. Eso de prueba carece;
mas si las costumbres son
parte de la discreción
y es uno lo que parece,
jamás yo consejo he dado
sin que me lo hayan pedido,
ni con quien haya querido (6)
porfiar he porfiado.

TEODORA. ¡Bravo indicio de discreto!

GUZMÁN. Yo no he prestado a señor,
ni de ningún hablador (7)
he fiado mi secreto.

TEODORA. Mejor. (8)

(1) En A, "el fruto de por acá".
(2) En A, "aforrado".
(3) En A, "GUZMÁN."
(4) En A, "remito".
(5) "y que reine agora en mí".
(6) En A, "ni a nadie que no ha querido".
(7) En A, "ni de hombre muy hablador".
(8) "Mayor".

GONZALO. Jamás (1) con ultraje
supe hablar, menospreciando
los que se andan informando
grandezas de su linaje.

GUZMÁN. Nunca serví de testigo
contra el ser de ajena fama.

GONZALO. Ni yo he enseñado (2) mi dama
jamás a ningún amigo;
y para más abreviar,
si esto todo no ha bastado,
nunca mohatra he sacado
ni me he querido casar.

(*Salen* DOÑA CLARA *y* DOÑA INÉS.)

D.ª INÉS. Mala determinación,
Gonzalo, es ésta.

GONZALO. Señora,
informo.

D.ª INÉS. ¿A quién?

GONZALO. A Teodora.

D.ª INÉS. ¿De qué?

GONZALO. De mi condición.

D.ª CLARA. ¿Qué le hallas al casarte
que le haces tanto cargo?

GONZALO. El argumentillo es largo,
y no quisiera cansarte.

D.ª CLARA. Enfados hay, es verdad; (3)
mas bueno es tener, Gonzalo,
quien cuide de su regalo,
a un hombre en la adversidad,
si le duele la cabeza.

GONZALO. Bueno es; pero peor
tener quien cause el dolor.

TEODORA. El es una gentil pieza.

GONZALO. ¿Qué dolor llegar pudiera
a un rostro cada mañana
y pagar cada semana
seis reales de lavandera?
¿Y hay quien tal pague y que vi-
Temblándolo estoy ahora. [va? (4)
Pues ¿qué, si acaso, señora,
es la unión engendrativa?
Cuando no oirá (5) un casado
sino sólo la memoria
de la ropa sucia, ¿es gloria
el librarse de este enfado,

(1) "Siempre".
(2) En A, "yo enseñado mi dama".
(3) En A, "Enfados hay que sentir", pero no rima.
(4) "Que hay quien tal pague y viva".
(5) En A, "oyera".

diez y siete tocadores,
un cosido de rodillas,
tres valonas, seis mantillas
y catorce metedores;
dos lienzos, seis avantales,
cuatro escofietas labradas;
item más, cinco almohadas
y treinta y siete pañales?
Y después de estas mohinas,
seis camisas que se ofrecen
tan sangrientas, que parecen
túnicas de diciplinas.
Pues ¿qué, si hay niños crecidos, (1)
y es la señora aplicada,
muy honrada y muy mirada
en que no anden distraídos?
¿Lo que es verla levantar (2)
al caporal sacrificio
de mañana, dando indicio
de que quiere reventar,
y tras de seis desacatos, (3)
decir medio suspirando,
gimiendo y arrepunjando:
"Perico está sin zapatos"?

D.ª INÉS. Para lo que yo procuro,
tengo aquí un gentil tercero.

D.ª CLARA. Dejadnos solas.

GONZALO. Yo quiero
saber si quedo seguro.

TEODORA. Discretos tan igualmente
me habéis los dos parecido,
que no ha de ser escogido
ninguno por lo presente.
Demás de que puede ser
que informéis apasionado,
y así, para ser juzgado,
mayor prueba es menester.
A aquel que con más primor
le hiciere al otro un engaño,
ése (4) ha de ser todo el año
el absoluto señor.

GUZMÁN. Por mí, vaya.

GONZALO. El ser mujer
en la experiencia has mostrado.

TEODORA. ¿Y fúndaslo?

GONZALO. En que has fundado
en un engaño el saber.

(*Vanse* TEODORA, GUZMÁN y GONZALO.)

D.ª INÉS. Cada día crece más
este fuego en que me abraso,
y siento que al mismo paso
vuelve mi esperanza atrás.
El alma, prima, le he dado
por los ojos, y parece
que injuriosamente crece
su inorancia en mi cuidado;
en que claramente veo
que le hace, el no entender,
estorbo el no me querer,
y me canso en mi deseo.

D.ª CLARA. Pues mil ducados de renta
y tu sangre, partes son
para que su corazón
caiga en tu amor y en la cuenta. (1)

D.ª INÉS. Dame tú que no tuviera
el alma en otro lugar;
y en un (2) seguro esperar
ni dudara ni temiera;
pero en dos cosas incluyo
la fuerza de mi temor:
que es el (3) rendirle a tu (4) amor
y que se olvide del suyo.

D.ª CLARA. De esas (5) dos es infalible
remedio el tiempo. ¡Paciencia!

D.ª INÉS. Está muy triste en (6) ausencia,
y paréceme imposible.

D.ª CLARA. En el golfo de la corte
con cualquiera fácil viento
navega el entendimiento
por muy diferente norte.
Y amor es inquieto mar
y anda un alma distraída,
que aun de sí misma se olvida
cansada de flutuar.
Falte la correspondencia,
y verás que en cuatro días
hace a sus melancolías
diferente resistencia. (7)

---

(1) "niñez crecida".
(2) "Lo que es verla a todos ratos".
(3) Faltan en el manuscrito los cuatro anteriores versos.
(4) En A, "éste".

(1) Sólo en A esta redondilla.
(2) "con".
(3) "fué".
(4) "mi".
(5) "las".
(6) "en su ausencia".
(7) Los doce versos anteriores había dicho ya DOÑA CLARA en la pág. 274... aquí parece repetirlos deliberadamente.

D.ª INÉS. Y yo ¿qué he de hacer?
D.ª CLARA. Callar,
obligando y mereciendo;
que este amor curso va haciendo
y ha de volver (1) a menguar.
¿Qué hace?
D.ª INÉS. Escribiendo está
a Barcelona.
D.ª CLARA. El coger
estas cartas ha de ser
importante; que si allá,
en su (2) amorosa inquietud
de su dama, que no ha escrito,
inorante en su delito,
culpará su ingratitud,
y podrá ser que, ofendida,
se enoje y no escriba más, (3)
y él también, y así podrás
fácilmente ser querida.
D.ª INÉS. Lindamente lo has pensado;
alabo, prima, el intento.
D.ª CLARA. Pues sólo a tu casamiento
y al estorbar un pecado
lo debes, que yo por mí
bien poco inclinada soy
a enredos.
D.ª INÉS. Pensando estoy
si ha de ser posible aquí
que le podamos tomar
las cartas.
D.ª CLARA. Gonzalo viene.
D.ª INÉS. ¿Que he de hacer?
D.ª CLARA. Callar conviene.—
¿Adónde vas?

(*Sale* GONZALO.)

GONZALO. A llevar
cartas al Correo.
D.ª CLARA. ¡Jesús, mil veces!
GONZALO. ¿Qué has visto?
D.ª CLARA. Que estás, Gonzalo, malquisto
con tu misma vida creo.
Si el que las otras tomó
trae comisión de mataros,
mal hacéis de aventuraros; (4)
y pienso, y pienso bien yo,
que haya de estarte esperando
en la estafeta, por ver
adónde entras al volver;
y si al venirte espiando
le da gana de abreviar
porque le quede que hacer
menos, se ha de resolver
si es hombre y te ha de matar;
justo es que a mí me parezca...
D.ª INÉS. Ansí en el alma me toca.
GONZALO. Dios ha inspirado tu boca
para que yo no perezca.
¿No es bueno que no he podido
alegrarme en todo el día?
Toda la tristeza mía
era esto, hoy he nacido.
A los oídos parece
que me decía: "No vayas."
Si no lo estorban las sayas,
el pie que menos merece
de los dos tuyos, señora,
besar me deja.
D.ª CLARA. El que inora
¡qué desairado agradece!
Mientras las lleva un criado,
sólo que te escondas quiero.
GONZALO. Ser tu humilde esclavo espero,
pues mi vida has restaurado.
Aun bien que no hay lista ahora
donde pueda ver si yo
las he llevado o si no;
tú has sido mi redentora,
que si las fuera a llevar,
tras lo que he sabido aquí,
esta es la hora que a mí
me llevaban a enterrar.

(*Vase.*) (1)

D.ª CLARA. ¿Qué dices?
D.ª INÉS. Que a ingenio tal
se rinde ya el (2) pensamiento;
que es al fin tu (3) entendimiento
digno de bronce inmortal.
D.ª CLARA. Con ésta cubierta yo
no más descuido.
D.ª INÉS. ¿Por qué?
D.ª CLARA. Porque la otra me eché
en la manga y se cayó.
D.ª INÉS. ¿Qué importa?

(1) En A, "venir".
(2) "la".
(3) En A, "se vengue en no escribir más".
(4) En A, "a los dos, y anda a buscaros".

(1) Falta en A esta acotación.
(2) "rinde mi".
(3) En A, "que es tal entendimiento".

D.ª CLARA. Púdola hallar
don Felipe en nuestro daño,
porque en (1) ella aqueste engaño
es fácil de interpretar.
D.ª INÉS. Bien dices, que en todo estás.
D.ª CLARA. En los engaños ajenos,
por no advertir en lo menos,
se suele perder lo más.
D.ª INÉS. Esa que no está cerrada,
¿del amigo será?
D.ª CLARA. Sí.
También la otra rompí,
que de éstas no quiero nada.

(*Sale* CAMPUZANO.)

CAMPUZ. ¿Ha de salir vuesancé
esta tarde?
D.ª CLARA. Campuzano,
¿vos no veis que es muy temprano?
Después os avisaré.
Idos con Dios, y por mí
una cosa habéis de hacer.
CAMPUZ. En todo he de obedecer,
que para eso nací.
D.ª CLARA. Que os ha de preguntar creo,
Gonzalo, que adónde vais.
CAMPUZ. ¿Y qué diré?
D.ª CLARA. Que lleváis
unas cartas al Correo.
CAMPUZ. Sin que falte una hebilleta,
lo diré, a fe de quien soy.
Para con Gonzalo voy
con cartas a la estafeta.

(*Vase.*)

D.ª CLARA. Como se entró el escudero,
también pudiera don Juan
y don Felipe, que están
en casa.
D.ª INÉS. Veré primero
si parecen. ¡Ay de mí,
don Juan viene!
D.ª CLARA. Pues no leo.

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. (Todo cuanto miro y veo
son indicios contra mí.
Las dos se han alborotado
sólo de verme venir.
Aquí me importa fingir
y llegar más descuidado.)
Parece que estáis con pena.
¿No estáis buena?
D.ª CLARA. No, señor.
D. JUAN. (Más lo acertara mi honor
si dijera no sois buena.)
Idos de aquí.
D.ª CLARA. (¿Qué he de hacer,
que no lo entiendo?
D.ª INÉS. Ni yo.
¿Hasle tú ofendido?
D.ª CLARA. No.
D.ª INÉS. Pues no tenéis qué temer.)

(*Vanse, y queda solo* DON JUAN.) (1)

D. JUAN. Honor que se espera aquí,
si el pleito está fulminado,
¿qué indicios habéis hallado
que no sean contra mí?
¿En qué fundáis no querer
que al castigo me anticipe,
si el día que don Felipe
me quiso dar a entender
que recibido no había
cartas, hallé ésta cubierta
en mi casa, y descubierta
su traidora alevosía?
Y siendo ansí, ¿qué recelo
en mi agravio, si ya en él
hace lenguas de papel
contra mi bajeza el suelo?
En un billete me dió
la acusación del delito,
y ya en este sobrescrito
es desengaño en que yo
pude estar remiso ya,
de lo que con esto adquiere;
que le vuelva en sangre quiere
lo que en el papel me da.
Su (2) primera acusación
ya me avisó, cara a cara,
que mi afrenta consultara
con mi mismo corazón
y así lo pretendo hacer.
Consultor mío, aquí estás;
resuélvete: más podrás
como noble responder
que infama. Si en eso piensa

---

(1) "porque con".

(1) "(*Vanse las dos.*)"
(2) En A, "La".

tu valor, soy tu enemigo;
que al que consulta el castigo
poco ha sentido la ofensa.
Esto es hecho; así conviene.
¡Mi mujer muera!

(*Sale* TEODORA.)

TEODORA. (¡Ay de mí!
"¡Muera mi mujer!", oí.
¡Buena gala le (1) previene!
Ya en esto no hay que dudar,
que el que una vez lo imagina
y entre sí se determina,
de veras quiere matar.
Y quiero, por sí o por no,
decirle lo que escuché,
porque si muere, tendré
culpa en no avisarla yo.

(*Vase.*)

D. JUAN. Hoy, adúlteros traidores,
pagáis con pechos villanos
a la crueldad de mis manos
vuestros injustos errores.
¡Las joyas de esta (2) homicida
me llevaré a reino extraño,
por hacer menor el daño
del peligro de la vida!
¡Y tú, huésped fementido,
dino de tan feo ultraje,
paga en sangre el hospedaje,
pues en lealtad no has querido!

(*Salgan* DOÑA CLARA *y* DOÑA INÉS. TEODORA *al paño.*) (3)

TEODORA. (Plega a Dios que si no dijo
"¡Muera mi mujer!", que aquí (4)
un rayo me parta a mí.
D.ª CLARA. Prima, de lo que me aflijo (5)
no es porque causa le he dado;
pero hay ofensas creídas
por culpas mal entendidas,
y puede darme cuidado.
D.ª INÉS. Ser puede que haya sabido
que don Luís te pretende.

(1) En A, "se".
(2) En A, "de tu".
(3) En A faltan las palabras "*al paño*".
(4) En A falta el "que"; lo pone en el verso siguiente.
(5) En A, "de lo que colijo".

D.ª CLARA. ¿Cómo, si es él quien defiende
su pretensión, persuadido
de que la calle pasea
enamorado de ti,
y él propio me ha dicho a mí
que ser tu esposo desea, (1)
disculpando su intención
y aprobando el casamiento?
D.ª INÉS. Según ese pensamiento,
para conmigo es traición.
TEODORA. ¡Jesús, qué pálido está!
D.ª CLARA. Llega tú y pregúntale.
Pero, no; yo llegaré,
que aunque me amenaza ya
su castigo y su rigor
en mi no aprendida culpa,
parte es (2) también de disculpa
el hablarle sin temor.)
¿Qué es, señor, lo que tenéis,
que tan sin color estáis?
¿Qué ofensas imagináis,
o qué desdichas teméis?
D. JUAN. Dejadnos solos, que tengo
que hablar en secreto.
TEODORA. (¡Ay, Dios,
si solos quedan los dos!
D.ª INÉS. No temas, que yo prevengo
tu remedio.
D.ª CLARA. ¿Qué es temer?
Conmigo quedo animosa,
porque nunca fué medrosa
la inocencia en la mujer.)

(*Váyanse* DOÑA INÉS *y* TEODORA.) (3)

No sólo se han ido ya,
pero la puerta han cerrado.
D. JUAN. (¡Vive Dios, que me ha turbado
el ánimo con que está!)
D.ª CLARA. Solos estamos los dos,
y he venido a resolverme,
porque, para defenderme,
tengo de mi parte a Dios.
Y este valor me concedo,
que indicios mal comprobados
hacen más fe acobardados
y los introduce el miedo.
Que vos con vos resolvéis
mi muerte he sabido, y quiero

(1) Falta en A esta redondilla.
(2) "para él también me".
(3) En A añade: "*queden solos* DON JUAN *y* DOÑA CLARA.)

saber yo de vos primero
lo que de mí no sabéis.
Sin causa (1) os determináis
contra mi pecho inocente,
y ya que tan fácilmente
otra vez os resolváis,
justificad el intento,
porque de (2) vuestro rigor
quedaros pueda el dolor,
y no el arrepentimiento.
Y advertid que en mi cuidado
esto debéis estimar,

(*Sale* TEODORA *y* DOÑA INÉS.) (3)

pues aun no os quiero dejar
la culpa de haber errado.

(*Da voces dentro* DON FELIPE.) (4)

D. FELIPE. Don Juan, don Felipe soy.
¡Abridme aquí, o, vive el Cielo,
que eche esta puerta en el suelo!

D. JUAN. (¡Que cuando dudando estoy
la culpa de esta mujer,
halle otro indicio en los dos
nuevamente! ¡Vive Dios,
que la viene a defender
y que en esta pretensión (5)
se (6) fundó su atrevimiento!
Disimulad, pensamiento,
hasta mejor ocasión;
que, hasta vengarse cruel
debe el prudente callar;
que lo que tarda en matar
vive la bajeza en él.)

(*Salgan* DON FELIPE, DOÑA INÉS *y* TEODORA.)

D. FELIPE. ¿Qué es aquesto?

D. JUAN. ¿Qué ha de ser?
Si vos lo sabéis, yo no.

D. FELIPE. ¿Y vos, señora?

D.ª CLARA. Ni yo,
que sólo quise saber,
sólo de mi esposo aquí,
lo que de mí ha sospechado.

D. FELIPE. ¿Conmigo tan recatado,
don Juan? Nunca presumí
que pudiera el corazón, (1)
a los (2) que son tan leales
amigos, en casos tales
no declarar su intención. (3)
Cuando esta casa tenéis
confusa y alborotada,
y vos, a puerta cerrada,
atrevido os resolvéis,
¿vuestro enojo me negáis?

D. JUAN. Advertid que no he cerrado
la puerta yo, que, engañado,
con enojo me juzgáis.

D.ª CLARA. Dice bien; yo la cerré.

D. FELIPE. Según esto, vos, señora,
os engañáis.

D.ª INÉS. Teodora
la causa de todo fué, (4)
que a don Juan dice que oyó
decir: "¡Muera mi mujer!",
y esto, junto con querer
quedarse a solas, me dió
motivo a poder pensar
que él es quien cerrado había
esa puerta y que quería...

D. JUAN. ¡Jesús! ¡Aun de imaginar
en ello estoy sin sentido!
A ver a un amigo voy,
que lo es tanto, que le estoy
justamente (5) agradecido,
y una joya le quería
llevar, que es de doña Clara,
y como el alma repara
en lo que ella sentiría,
discurrí en mi pensamiento,
y, al fin, dije: "Esto ha de ser,
aunque muera mi mujer
de enojo y de sentimiento."
Ansí, engañado se han.

D.ª CLARA. Esta es la llave, mi bien.
Daldas todas, y también
el escritorio en que están.

(*Vase* DON JUAN.)

---

(1) "culpa".
(2) "y porque a".
(3) Esta acotación sobra, pues la puerta está cerrada y no la abre don Juan hasta que llama don Felipe.
(4) En A, "(*Dentro* DON FELIPE.)"
(5) En A, "protección".
(6) En A, "lo".

(1) En A falta este verso.
(2) En A, "que los".
(3) En A, "pudieron tratarse así". No rima.
(4) En A este pasaje dice:

"D. FELIPE. Según eso, vos, señora,
os engañasteis ahora.
D.ª INÉS. Teodora la causa fué."

(5) En A, "juntamente".

GONZALO. Lo de aquel inquisidor
de Toledo encaja aquí.
Tenía un hidalgo allí,
con fragantísimo olor,
un naranjo, y a él un día
antojósele enviar
por un poco de azahar,
y el que el recado traía,
en su casa no le halló,
y por no se detener,
que era hora de comer,
dicho a su mujer dejó,
cansado ya de esperar,
que de parte del señor
don Fulano, inquisidor,
le buscaba un familiar.
Pero apenas del recado
el hidalgo se informó,
cuando en pie se corrompió,
sin poder comer bocado.
Cuanto hizo y cuanto dijo
en su vida y nacimiento,
revolvió en su pensamiento
con un discurso prolijo, (1)
y llegando averiguar .
después a lo que venía,
y que por más volvería
volviéndosele antojar,
el hidalgo respondió:
"¡Juro a Dios, no he de tener (2)
otra vez a qué volver!"
Y el naranjo le envió.
Y a ti el cuento te acomodo.
pues tú, por no tener más,
no sólo las joyas das,
pero el escritorio y todo.

D. FELIPE. Desairadísimo error
ha sido el que aquí ha causado
el inorante cuidado
de un engañado temor.

(Vase.)

TEODORA. ¡Corrida estoy y sin mí!
Sabe el Cielo lo que siento...

D.ª CLARA. ¡Mal haya el atrevimiento
y yo porque te creí!

(Vase.)

(1) Faltan en A este verso y el anterior.
(2) En A, "juro a tal que no ha de haber".

D.ª INÉS. Nunca en nada acierta quien
se resuelve en lo que inora.

(Vase.)

TEODORA. ¿Falta ya más?

GONZALO. Sí, Teodora:
mi salmorejo también.

TEODORA. Pues date priesa a engañar
a Guzmán, y no a reñir,
que me tengo de aburrir,
Gonzalo, y me he de casar.

(Vase.)

GONZALO. Trocado el sentido fué,
que el que ha de ser tu marido
ha de ser el aburrido.
Pero yo le engañaré;
ya traigo para el engaño
cierta invención, que ha de ser
la trampa en que ha de caer
sin que conozca su daño.
¡Ea, raro ingenio mío!
hoy quiero que me ayudéis,
que vos a mí me debéis
lo que yo de vos confío.
Dormido me he de fingir
y roncar a media rienda,
porque así Guzmán entienda
que por aquí ha de venir.
Si como está imaginado
por mí ha de suceder,
engañarme ha de querer,
y ha de quedar engañado.
En la estacada está ya.
¡A lindo tiempo ha venido
amoroso y derretido!

(Echase a dormir, y sale GUZMÁN *y* TEODORA.*)*

GUZMÁN. ¿Qué es esto? Durmiendo está,
sin duda.

TEODORA. ¿Gonzalo?

GUZMÁN. ¡Quedo!

TEODORA. Su amo le está llamando.

GUZMÁN. ¿Qué importa, si está roncando?

TEODORA. Imposible es que haya un credo
que quedó despierto.

GUZMÁN. Espera
si quieres verle engañado.
El lienzo se le ha quedado
fuera de la faltriquera,
y en él pienso que hay dinero.

TEODORA. Pues ¿en qué le has de engañar?
GUZMÁN. De aquí puede resultar
algún engaño, y ver quiero
si lo ordeno y lo dispongo.
TEODORA. Poco apretado está el nudo.
GUZMÁN. ¡Por Dios vivo, que es escudo!
Como él estaba lo pongo.
TEODORA. Mira que éste es socarrón.
GUZMÁN. ¿En qué engañarme podrá,
si tengo el escudo acá (1)
y él duerme como un lirón?
Llámale.
TEODORA. ¡Extraña modorra!—
¿Gonzalo? ¿Hijo? (Sospecho
que este bellaco se ha hecho
mortecino como zorra.)
¡Hola! ¡Aho!
GONZALO. ¿Hay tal porfía
en recordar a un cristiano?
TEODORA. Vuelve en ti.
GONZALO. ¿Qué luterano
no duerme un poco de día,
y más cuando está afligido?
TEODORA. ¿Qué aflición tienes ahora?
GONZALO. ¿Qué aflición tengo, Teodora?
¡Nunca yo hubiera nacido!
Veinte escudos que tenía
de mi amo le he jugado
con un fullero taimado,
pensando que no sabía.
Por la compuesta le alcé,
y tanto del juego inoro,
que, de veinte escudos de oro,
con uno me levanté.
GUZMÁN. ¿Uno? ¡Jesús! ¡No se cuenta
del Cid tan gran valentía!
Hombre que perdido había
diez y nueve, ¿se contenta
con uno, sin probarle él? (2)
¡Esta es muy gran chilindrina!
GONZALO. Hícelo de alicantina
y levantéme con él.
GUZMÁN. En mi vida me he dormido
de pena teniendo yo,
Gonzalo, un escudo, no.
¡Sueño de tu sueño ha sido!
¿Un escudo de oro tú?
A que es mentira apostara
el un ojo de la cara.

(1) "ya".
(2) En A, "o eres novel?"

GONZALO. Pues, hombre de Bercebú,
si en un lenzuelo lo até
con esta mano y con ésta,
¿para qué haces esa apuesta
contra lo mismo que sé?
GUZMÁN. Porque puedo yo apostar
y aventurarme a perder.
(Sólo por aquí ha de ser
por donde le he de engañar.)
GONZALO. Mira, Guzmán, que sé yo
que tengo el escudo.
GUZMÁN. Digo
que va de apuesta conmigo.
GONZALO. ¿A que no le tengo?
GUZMÁN. No.
GONZALO. ¿Cuánto va?
GUZMÁN. (¡Pobre Gonzalo!
De esta vez, como a inocente,
se la pego lindamente.
De la vista le señalo.)
¿Qué va?
GONZALO. El quedar condenado
a decir de aquí adelante
que es necio y que es inorante
el que fuese el engañado.
GUZMÁN. ¿Qué más?
GONZALO. Que quede él excluído
en el amor de Teodora,
con una mamona ahora,
porque quede más corrido.
TEODORA. (¡Qué bien le carga la mano!
¡De discreto pierde el nombre!)
GUZMÁN. (Como en el juego del hombre,
puedo decir: "Yo me gano.")
¿Serás firme enamorada
del que aquí ganare?
TEODORA. Sí.
GUZMÁN. Pues va de apuesta.
GONZALO. ¡Ay de ti!

(Saque GONZALO *el lienzo y en la otra punta un escudo.)*

GUZMÁN. Pues, ¿cómo es esto?
GONZALO. No es nada.
A ésta llaman la dormida
los del arte militar.
GUZMÁN. ¿Hay tal modo de engañar?
TEODORA. (Casi en parte estoy corrida.)
GONZALO. ¡Oigan! ¡Y cuál se ha quedado!
GUZMÁN. Pues ¿cómo es esto, señores?
Luego yo, en estos amores,
¿vengo a ser el engañado?

GONZALO. En ese otro ñudo estaba
este escudo que tomé.

GUZMÁN. ¿Esa fué la trampa?

GONZALO. Y fué
lo mismo que yo esperaba.
De vuestros ciegos intentos
os resultó vuestro daño,
porque fué engaño de engaño,
y es como cuento de cuentos.
¡Ea, hermano Guzmanito,
ponga el rostro y la persona
en orden para mamona!

TEODORA. ¡Gonzalo!

GONZALO. ¡Por Dios bendito,
que está ya determinada!

GUZMÁN. ¡Antes nos hemos de hacer
pedazos!

GONZALO. Eso ha de ser
después ya de estar sellada.

(*Sale* DON FELIPE.)

D. FELIPE. ¿Qué es aquesto?

GONZALO. La mamona
de una apuesta que he ganado.

TEODORA. Bástale el haber quedado
corrido como una mona.
Yo soy el jüez aquí
y le absuelvo de la culpa
de la mamona, en disculpa
de haberme perdido a mí.
Para él no es de interés
esta que quitarle intentas.

GUZMÁN. Pues con las mil y quinientas
tengo de apelar después.

GONZALO. Bueno está ya.

D. FELIPE. Hacedme gusto
de no entrar aquí, Guzmán,
aunque os lo mande don Juan.

GUZMÁN. El obedecerte es justo.

D. FELIPE. ¡Haceldo así, o, vive el Cielo,
que del corredor más alto
habéis de bajar de un salto
arrepentido hasta el suelo!

GUZMÁN. ¿Volatín en seco? ¡Malo!

(*Vase.*)

TEODORA. Para conmigo, desde hoy
carta de pago te doy,
que tú eres mi bien, Gonzalo.

(*Vase.*)

D. FELIPE. Hoy me voy a una posada.
Pon mi ropa en orden luego.

GONZALO. Sólo que digas te ruego
en qué lo fundas.

D. FELIPE. En nada.

GONZALO. Dímelo, señor.

D. FELIPE. No veo
con el gusto que solía
a don Juan, y no querría
cansarle, que en Madrid creo
que esto del aposentar,
por ser en cualquiera casa
la comodidad escasa,
suele a las veces cansar.
A nada de cuanto digo
responde derechamente,
y parece que no siente
como verdadero amigo.
Y esto, con no haber tenido
carta de mi ausente dueño,
me quita, Gonzalo, el sueño
y me trae sin sentido.

GONZALO. ¿Que aún te dura todavía
esa pasión? (1)

D. FELIPE. Y de suerte,
que sólo podrá la muerte
borrarla del alma mía.

GONZALO. Pues si tanto se atropella
ese amor introducido,
yo mataré a su marido
y casaráste con ella. (2)

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. (¡Oh, traidores! ¡Vive Dios,
que aquí se están conjurando (3)
contra mi vida y trazando
mi muerte juntos los dos!)

(*Salgan* DOÑA CLARA *y* DOÑA INÉS.)

D.ª CLARA. ¡Notable gusto, Gonzalo,
me ha dado el engaño a mí!

D. JUAN. (Otro indicio más aquí,
y éste ya (4) del todo malo,
pues que publica gustosa
el engaño de aquel día
de las cartas.)

D.ª CLARA. A fe mía
que fué la traza ingeniosa.

---

(1) En A, "esa porfía".
(2) Esta redondilla sólo en A.
(3) En A, "conspirando".
(4) En A, "ya es".

GONZALO. Don Felipe, mi señor,
quiere irse a una posada.

D.ª INÉS. (¡Ay, prima, aquí es acabada
la esperanza de mi amor!)

D.ª CLARA. ¿Irse de mi casa? No.
Más posible se me hiciera
que don Juan de ella se fuera.
No puedo creerlo yo.—
Con iros menospreciáis
la voluntad que ofendéis,
que a esta casa le debéis
más amor del que pensáis.

D. JUAN. (Los dos perderán la vida.
¡Aquí no hay más que esperar!
Las joyas voy a tomar
y a prevenir mi partida.)

(Vase.)

D. FELIPE. No parece que don Juan
anda gustoso estos días,
y algunas melancolías
suyas indicios me dan
que le canso.

D.ª CLARA. De ese modo,
yo le canso solamente,
pues conmigo es diferente
de lo que solía en todo;
pero quiérole decir
vuestra intención, por que enmiende
su condición, si pretende
obligar y persuadir.

D. FELIPE. Esperad, señora.

D.ª INÉS. ¡Ah, prima!

D.ª CLARA. Mal tu intento satisface.

D. FELIPE. Tenedla vos.

D.ª INÉS. Esto hace
quien con el alma os estima.

(Vanse.) (1)

D. FELIPE. ¿Qué hay, Gonzalo?

GONZALO. ¿Qué tenemos?
¿Reina Barcelona?

D. FELIPE. No,
que ya ese amor se trocó
por otros nuevos extremos.

GONZALO. Luego ¿no es ese tormento
el que tú has disimulado?

D. FELIPE. No, amigo, y, de avergonzado,
no publico lo que siento;
por haber encarecido
mi ya olvidada afición
no declaro mi pasión
y callo lo que he sentido.
Por doña Inés me resisto
en mi (1) amor.

GONZALO. Pues, ¡vive Dios!,
que estáis de un color los dos.
¿Es posible que no has visto
en sus ojos su afición?

D. FELIPE. Nunca mis venturas creo.
Mas diréle mi deseo
en la primera ocasión.

(Vanse, y sale DON JUAN *con un papel.)*

D. JUAN. No hay rincón que no me dé
indicios de mi deshonra.
¡Ay, desdicha mía! ¡Ay, honra!
En el escritorio hallé
este papel, que confirma
de don Felipe el cuidado.
¡Ah, traidor! ¡Qué recatado!
Con flecha viene y sin firma.
(Lea:)
"Después que por mí pasáis
tantos disgustos, bien mío,
más de vuestro amor confío.
Viviendo yo, no temáis,
si es que temerosa estáis
de vuestro esposo cruel,
porque en mi pecho fiel
júntase el alma a los dos. (2)
Os guarda una vida a vos
y una muerte para él."
Don Luis viene.

(Sale DON LUIS *y* GUZMÁN.)

D. LUIS. (En efeto,
que te engañó su criado,
pues otro traigo pensado
más ingenioso y discreto,
con que don Juan y su amigo
se ausenten de aquesta casa,
porque el fuego que me abrasa
haga premio a mi castigo.)
Los que de su amigo tienen
tan a su cargo el honor,
siempre le miran mejor
que los que no le previenen.
¿De mí os habéis de fiar
en esta ocasión?

(1) A añade, "*y queda* DON FILIPE *y* GONZALO".

(1) En A, "su".
(2) En A, "juntas el alma".

D. JUAN. Sí haré.
D. LUIS. A un hombre desafié,
a quien vos debéis matar.
De vuestra parte le dije
que en el Angel le esperáis;
que como obligado estáis
y mi voluntad se rige
por vuestro honor no (1) he querido
que nadie llegue a pensar
que el valor puede faltar
en vos, estando ofendido.
Engañado, irá a llevaros
vuestro enemigo un papel:
su culpa veréis (2) en él,
y en qué os obliga a vengaros.
D. JUAN. (Si replico, ha de pensar
que en mí es falta de valor.
Y así, escojo por mejor
el ir al campo y callar;
demás de que puede ser
que otro desengaño sea
de los que el alma desea
de este hombre y esta mujer.)
Que sois amigo os concedo,
y en la obligación que estoy,
a esperar al Angel voy.

(Vase.)

D. LUIS. Id con Dios. ¡Notable enredo!
GUZMÁN. Yo lo inoro.
D. LUIS. No me espanto,
que tú le irás entendiendo
como yo le vaya haciendo.
GUZMÁN. ¡De tus traiciones me espanto!

(*Salgan* DON FELIPE *y* DOÑA CLARA.)

D. LUIS. ¿Cómo estáis tan descuidado,
señor don Felipe, aquí,
cuando don Juan...
D. FELIPE. (¡Ay de mí!)
D. LUIS. Va al campo desafiado?
D. FELIPE. ¿Con quién?
D. LUIS. Con un caballero
que es su amigo, y yo quisiera
que, para que se volviera,
fuerais vos el medianero,
que su contrario le da
muy grande satisfación
(*Dale un papel.*)
en éste, y si con razón
se juzga, él se volverá.
D. FELIPE. (De esto, sin duda, han nacido
las tristezas de estos días.)
Voy por él.

(Vase.)

GUZMÁN. (Con la de Urías
le daba, a ser su marido.)
D.ª CLARA. Esta es la cosa primera
en que me habéis obligado,
y en la que mi fe ha mostrado
su resolución postrera.
D. LUIS. Bronce animal, alma en nieve,
¿hasta cuándo ha de durar
el resolverte a negar
lo que tu pecho me debe?
D.ª CLARA. ¿Luego hasta ahora te dura
tu mal fundada intención?
D. LUIS. ¿Cómo, si en mi corazón
es inmortal tu hermosura,
me podré olvidar de ti
en tan justa voluntad?
D.ª CLARA. Confiriendo tu lealtad
con el dolor que hay en mí,
y quedarás satisfecho,
que en tu defensa y abono;
cuanto has dicho te perdono
por sólo lo que hoy has hecho.

(Vase.)

D. LUIS. En achaque de que espero
a don Juan he de esperar
aquí la noche y lograr,
Guzmán, el lance postrero.
En el papel que ha llevado
don Felipe, sin disculpa
lleva por suya mi culpa
y va con ella engañado.
Don Juan inorante espera;
uno y otro es valeroso,
y ya en el campo, es forzoso
que el uno de los dos muera.
Y así, en esta casa haré
más segura mi asistencia,
y con menos resistencia
porfiando venceré.
GUZMÁN. Mira...
D. LUIS. No hay que replicar,
que mi engaño me asegura
que aquel que no se aventura
dicen que no pasa el mar.

(1) "amor he".
(2) En A, "sabréis".

(*Vanse. Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. ¡Válgame Dios! ¿Quién será
el hombre que espero aquí?
Don Felipe viene allí.
¿Si tray papel? Sí trairá.
Parte de mi honor le alcanza
a don Luis, y así ha querido,
porque mi afrenta ha sabido,
solicitar mi venganza.

(*Sale* DON FELIPE *con el papel que le dió* DON LUIS.)

D. FELIPE. Pues ¿cómo es esto, don Juan?
Cuando en mí un alma tenéis
de quien fiaros podéis,
¿son otros los que me dan
nuevas de vuestro disgusto?
El mismo que os desafía
este papel os envía.
Culpado en él por injusto
su atrevido proceder
y perdonando esta culpa,
en leyendo su disculpa
nos habemos de volver.

D. JUAN. (El no sabe a lo que viene
porque está en la suya ciego;
veré lo que dice, y luego
haré lo que me conviene.)
(*Lea*:)
"El que este papel te da
a tu mujer te pretende.
Mátale, pues que (1) te ofende.
que a eso solamente va."

D. FELIPE. No pongáis dificultad
en creer ese papel,
porque cuanto dice en él
el que os escribe es verdad.

D. JUAN. Pues esto es lo que he de hacer.
Sacad la espada conmigo.

(*Mete mano* DON JUAN *solo, y* DON FELIPE *anda mirando* (2) *por detrás si hay alguno.*)

D. FELIPE. ¿Contra quién?

D. JUAN. Contra un amigo
sin dicha en saberlo ser.

D. FELIPE. ¿Qué es esto, don Juan?

D. JUAN. ¡Traidor,
el remitir a mi mano
contra ese pecho villano
la venganza de mi honor!

(1) "porque".
(2) En A, "DON FELIPE *ha de andar buscando*".

D. FELIPE. Yo no he de sacar la espada
sin saber en qué os ofendo.

D. JUAN. Con éste dejar pretendo
vuestra culpa comprobada.

(*Arrójale el papel que halló en el escritorio de* DOÑA CLARA.)

D. FELIPE. Esta es la carta que yo
a Barcelona escrebí.

D. JUAN. ¿Que vos me ofendéis a mí
no dice ese papel?

D. FELIPE. No.

D. JUAN. Troqué el papel torpemente.
Algún engaño hay aquí.
(*Dale otro.*)
Y éste, ¿no lo dice?

D. FELIPE. Sí;
pero el que lo dice miente.
Don Juan. en el campo estamos;
con prudencia averigüemos
la ocasión que aquí tenemos
para reñir y riñamos.
¿Cómo está en vuestro poder
la carta que yo escribía?

D. JUAN. Pues ¿y cómo la tenía
en el suyo mi mujer?

D. FELIPE. Ella misma lo dirá,
que en eso estoy inorante.

D. JUAN. (Casi con solo el semblante
me va convenciendo ya,
que parece que le abona.)
¿A cuál marido decía
Gonzalo que mataría
por vos?

D. FELIPE. Al de Barcelona;
que como a su esposa bella
me ve tan rendido ya,
dice que le matará
por que me case con ella.

D. JUAN. (Si todo lo que he pensado
de esta misma suerte ha sido,
culpas de apariencia han sido
y yo he vivido engañado.)

D. FELIPE. Si pruebo que en esta ofensa
él solo ha sido el traidor
y que es contra vuestro honor
todo cuanto dice y piensa,
¿qué diréis?

D. JUAN. Que de los dos
él es el injusto amigo,
haciendo en él el castigo
que determinaba en vos.

D. FELIPE. Un hombre que le he de hacer
que él mismo envíe a llamar,
del caso os ha de informar
y os ha de satisfacer;
y cuando esto no sea así (1)
ni lo que he dicho suceda,
el mismo valor os queda
para vengaros en mí.

D. JUAN. ¿En qué funda don Luís
el decir que me ofendéis?

D. FELIPE. Esto (2) es lo que no sabéis
por lo que no discurrís.
El camino que ha llevado
su intento tengo entendido:
dividirnos ha querido
por dar fin a su cuidado.
Si el principio de este error
queréis saber lo que ha sido,
seguidme.

D. JUAN. (Ya estoy metido
en otro abismo mayor;
pero es justo averiguar
la traición que puede haber,
que no se ha de resolver
el que tiene que dudar.)

D. FELIPE. Don Juan, ¿en qué os resolvéis?

D. JUAN. En que al lugar nos volvamos
a probar su culpa.

D. FELIPE. Vamos,
que yo sé que la sabréis.

(*Vanse, y salgan* DOÑA CLARA, DOÑA INÉS, TEODORA, DON LUIS *y* GUZMÁN.)

D.ª CLARA. Con gran cuidado me tiene
la tardanza de mi esposo.

D. LUIS. (Mil veces yo venturoso
si por mi enredo no viene.
Apresura, sol, el paso
de tu carrera, pues veo
hecho oriente mi deseo
por la parte de tu ocaso;
y tú, noche temerosa,
confusa madre del miedo,
llega, que sin ti no puedo
ver mi esperanza dichosa.)

D.ª CLARA. Descortés habéis andado
en estaros aquí ahora. (3)

D. LUIS. Yo asisto siempre, (1) señora,
adonde está mi cuidado.

D.ª CLARA. Pues resueltamente os pido
que os olvidéis de mi amor,
que hacéis la ofensa mayor
perseverando atrevido;
y el haber disimulado
con vos, don Luís, hasta aquí,
no ha sido virtud en mí,
sino haberme yo fundado
sólo en que inore mi esposo
vuestro injusto pensamiento;
que aunque atajar este intento
fuera el medio más honroso,
mujer que da a su marido
ocasión a que se pierda,
una de dos: o no es cuerda,
o le tiene aborrecido.
Idos con Dios, que vendrá,
y si queréis esperalle,
mejor lo haréis en la calle,
supuesto que sabe ya
don Felipe la intención
con que en esta casa entráis.

D. LUIS. ¿Resuelta, en efeto, estáis?

D.ª INÉS. Tiene mi prima razón,
y que os vais de aquí es muy justo.

D. LUIS. Pues bien podéis perdonar
las dos, que aquí me he de estar
esta noche por mi gusto;
y nadie culpa me dé,
que yo sé que no vendrán
don Felipe ni don Juan
aunque hasta el alba me esté.

(*Salgan* DON JUAN, DON FELIPE *y* GONZALO.)

D. FELIPE. En buena parte le hallamos.

GONZALO. También Guzmán está aquí.

D. LUIS. (¡Perdido soy, (2) ay de mí!)

GUZMÁN. (Al traste pienso que damos.)

D. FELIPE. Para un negocio en que yo
a don Juan tengo que hablar,
quiero que inviéis a llamar
aquel hombre que os hirió.

D. JUAN. (¡Vive Dios, que no está en sí!
De su culpa va informando.) (3)

GUZMÁN. Yo, señor, iré volando.

D. FELIPE. ¿Adónde, si estoy yo aquí?

---

(1) En A no hay "esto".
(2) En A, "eso".
(3) "Poco amigo habéis andado,
pues os estáis aquí agora."

(1) "Va mi corazón".
(2) "estoy".
(3) En A, "a informar".

O habéis de perder la vida
u el hombre ha de parecer,
porque de él se ha de saber
la causa de vuestra herida. (1)

GUZMÁN. (El huír sólo es remedio. (2)
Vete, que te han de matar.)

D. LUIS. Tú la puedes declarar.

(Vase.)

GONZALO. Sí, que él pone tierra en medio.

D. JUAN. ¡Espera, aguarda, villano!

D. FELIPE. No le sigáis, que aquí está
un testigo que dirá
la verdad.

GUZMÁN. Detén la mano.

D. FELIPE. Como la diga sí haré
y desde aquí te perdono,
porque tienes en tu abono
el servir.

GUZMÁN. Yo la diré.
Tú eres quien le hirió, señor,
aunque el caso disfrazaste,
aquella noche que usaste
de tu prudencia y valor.
En esta casa quería
entrar atrevidamente,
lleno de un vano acidente
que en su loco amor tenía.
Y, ofendido y despreciado,
contra ti un papel echó
aquí.

D. JUAN. Y, engañado yo,
en él fundé mi cuidado.

D. FELIPE. Pues vete y avísale
que se vaya del lugar,
porque en él le he de matar
si le encuentro.

GUZMÁN. Sí diré.

(Vase.)

GONZALO. Pues ¿de esa suerte le dejas
ir? (3)

(1) En A faltan los seis anteriores versos.
(2) "Huír, es remedio aquí."
(3) En A no hay "ir".

D. FELIPE. ¿Qué quieres (1) hacer de él?

GONZALO. Cortalle, y no soy cruel,
no más de las dos orejas.

D. JUAN. ¡Ay, amigo de mis ojos,
mil veces beso tus plantas,
perdonándome otras tantas
mi inorancia y tus enojos!

D. FELIPE. Tu buen celo te disculpa;
que en mi noble proceder,
sólo pudiera tener,
en los indicios, la culpa.

D. JUAN. ¿Quién a vos la carta os dió
que a Barcelona escribía
don Felipe?

D.ª CLARA. Prima mía,
aquí entras agora.

D.ª INÉS. Yo.
Perdone amor mi delito,
la carta que él escribía
y la que de allá venía
cogí.

D. JUAN. Este fué el sobrescrito.

D. FELIPE. A saberlo yo, señora,
por vuestro amor, del pasado
estuviera ya olvidado;
pero, vuestro desde ahora,
la mano de esposo os doy.

D.ª INÉS. Y yo el alma con la mía.

TEODORA. ¿Y tú, Gonzalo?

GONZALO. A Turquía
a ser soltero me voy;
y cuando fáciles modos
de ser soltero no hubiera,
no me casara, siquiera
porque lo han pensado todos.
Y así, daré por disculpa,
si con mujer he dormido,
que solamente he tenido
en los indicios la culpa.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE *Los indicios la culpa.* (2)

Laus Deo.

(1) En A, "Pues ¿qué quieres".
(2) "La Virgen fué concebida sin pecado original."

ENMENDAR UN DAÑO A OTRO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON FERNANDO.
DON JUAN.
DOÑA ANA, *dama.*
DOÑA INÉS, *dama.*
ALOJA, *criado.*
DON RODRIGO, *viejo.*
DON DIEGO.
ELVIRA, *criada.*
Dos CRIADOS.

JORNADA PRIMERA

(*Salen* DON JUAN *y* DOÑA INÉS, *de camino, y* DON DIEGO, *como en su casa.*)

D. DIEGO. Seáis, don Juan, bien venido.
D. JUAN. Vos, don Diego, bien hallado.
D. DIEGO. Días ha que he deseado
veros.
D. JUAN. Habéislo debido
a mi mucha voluntad.
D. DIEGO. Bien, don Juan, de vos lo creo.
D. JUAN. Despacio hablaros deseo.
D. DIEGO. Sentaos, pues, y descansad.
¿Podremos saber quién es
aquesta dama?
D. JUAN. Con vos
nada hay secreto, por Dios.
Es mi dueño, es doña Inés,
de lo noble de Sevilla,
Pacheco por apellido.
D. DIEGO. Pues ya que la he conocido,
quiero ofrecer el servilla
como a prenda que estimáis.—
Conoced, señora, en mí
un nuevo esclavo, que aquí
tendréis para que os sirváis.
D.ª INÉS. Aunque de don Juan sabido
tenía vuestro valor,
hallo que es mucho mayor
de lo que lo ha encarecido.
D. DIEGO. Confieso, don Juan, que estoy
dudoso viéndoos presente.
D. JUAN. Pues oíd, que brevemente
cuenta de mi pena os doy.
El natural ardimiento
hallado siempre en los bríos
de la mocedad, que alienta
más que al acierto al peligro,
fué ocasión, primo don Diego,
de que dejase advertido,
habrá ya un año, a Madrid;
la causa sabéis vos mismo,
y así, por eso, la paso;
que volver aquí a deciros
que di muerte a don Gonzalo
cuando ya lo habéis sabido,
o era (1) gana de cansaros
o hacer gala del delito.
Fuí a Sevilla, y en Sevilla
encontré algunos amigos
de Madrid; ya vos sabéis,
señor don Diego, el alivio
que es ver gente de la patria;
a lo que importa prosigo.
Vi en Sevilla muchas damas,
cuya gala, cuyo brío,
cuya beldad, cuyo adorno,
cuyo aseo, cuyo aliño
de manera me tuvieron
que el no mostrarme rendido
fué que, queriendo elegir,
hallé en cualquiera tan digno
sujeto de ser amado,
que, dudoso e indeciso,
quise a ninguna y a todas,
porque en todas repartido,
sabiendo que quiso el alma,
dudó el alma lo que quiso.

(1) Así en los textos: mejor diría "será".

Así, doña Inés Pacheco
vino a ser de las que digo,
si lo reparáis, el sol,
el mar, el rayo, el armiño.
Vila, y ya conoceréis,
cuando así la he encarecido,
que el verla y el adorarla
fué todo en un tiempo mismo.
Comencé a galantearla
sin reparar, atrevido,
en lo grande del empeño,
que en mi opinión no es distinto
festejar el más común
sujeto que el más altivo;
no trato aquí del honor,
cuanto a la belleza digo.
Quien ama es la voluntad,
y ésta siempre se ha movido
por las acciones ajenas;
de modo que si yo obligo
la voluntad de la dama,
que haya de amarme es preciso,
sin que importe el ser hermosa,
que sólo tiene dominio
la hermosura para hacer
amarse; mas, como he dicho,
para amar nunca le tiene;
y así, en ninguna hemos visto
que aborrezca por hermosa
lo que de obligada quiso.
Así fué, pues brevemente
favor le tocó el desvío,
confianza le vió el miedo,
fineza se halló el peligro.
El tener un noble hermano,
y otras cosas que no digo,
atropellé de manera,
que, amante, ciego y perdido,
entré en su casa una noche:
¿quién dijera que lo mismo
que era logro de mi amor
fuera de mi amor cuchillo?
¿Qué importa que hermosas flores
adornen grosero risco,
si entre la misma fragancia
está el áspid escondido?
¿Qué te importa, ave inocente,
al arrullo o al gemido
acudir, juzgando hallar
dulce halago y tierno pico,
si con reclamo engañoso
y si con eco mentido
el astuto cazador
ha de burlar tus disinios?
Y ¿qué importa que el amor,
con la ocasión que os he dicho,
animase mis temores
y arrullase sus desvíos,
si fué la dicha tan breve
y tan corto el regocijo,
que apenas festejo he hallado
cuando le lloré perdido?
Pues don Fernando, su hermano,
llegó en este tiempo mismo
a su cuarto, tan secreto,
que hasta que dentro le vimos
no le pudo apercibir
el más atento sentido.
Mató la luz doña Inés
y, finalmente, pudimos,
mientras llamó los criados,
entre las voces y el ruido,
salir de su casa; y viendo
que era forzoso el seguirnos,
escondidos en Sevilla
dos meses casi estuvimos,
porque es la necesidad
muy mañosa en los peligros.
Aquí nos dieron noticia
que a Madrid había venido,
e imaginando que ya,
cansado de no haber visto
en Madrid lo que buscaba,
por otra parte habrá ido,
quise volverme a la Corte,
y, como deudo y amigo,
me he venido à vuestra casa
hasta que sea servido
el Cielo que se dispongan
mejor los sucesos míos.
Dióme don Luis, vuestro hermano,
cartas para don Rodrigo,
su suegro, en que le suplica
tenga a doña Inés consigo
su hija doña Ana, y así,
ya mi suceso os he dicho.
La que veis es doña Inés,
esto lo que me ha traído
a Madrid y a vuestra casa,
para que, en un tiempo mismo,
en vos don Diego se vea
lo liberal aplaudido,
en mi suerte las mejoras,
lo piadoso en don Rodrigo,

en doña Inés las finezas
y en los dos lo agradecido,
y halle mi amor de este modo
amparo, defensa, alivio,
vida, esperanza, remedio,
paz, seguridad, abrigo,
contento, piedad, reposo,
aliento, favor, arrimo,
y, finalmente, publique,
alegre y rconocido,
que hubo para tantas penas
defensa en solo un amigo.

D. DIEGO. Vos, don Juan, lo sois tan grande,
que cuando escucho advertido
que venís de mí a valeros,
hallo en vuestros pasos mismos
que venís a darme vida,
a dar a un tormento alivio,
ser a una muerta esperanza,
pues hoy, el Cielo propicio,
en vuestra fortuna, libra
reparo a los daños míos,
mi quietud en vuestros riesgos,
mi dicha en vuestros peligros
y en vuestros males mis bienes.

D. JUAN. No os entiendo.

D. DIEGO. Ya me explico.

Dió el Cielo a don Rodrigo
en dos hijas dos cielos, poco digo,
porque al cielo tal vez, aunque adornado
de luces, se le opone algún nublado,
y cuando esto no sea, su hermosura
tiene, si día alegre, noche obscura,
y si entre hermosos rayos amanece,
también en negras sombras se escurece;
y es pensión demasiado a una belleza
traer tan sucedida la tristeza,
que en su mismo deseo
su dicha sea de su afán correo.
Mas Violante y doña Ana
gozan una beldad tan soberana,
que nunca, no, turbadas,
ni del cielo sus luces eclipsadas,
tan siempre luz parecen,
tan nunca sus bellezas anochecen,
que extendí poco el vuelo
del alabanza con llamarlas cielo,
pues ni nublado su beldad permite,
ni hay noche que lo hermoso les limite.
Dió Violante la mano,
habrá seis meses, a don Luis, mi hermano,
que hoy en Toledo vive, y yo contento,
como deudo a doña Ana (estáme atento),
en visitarla di, di en galantearla,
de servirla traté, traté de amarla;
pero ella, rigurosa al escucharme,
ofenderme trató, trató matarme.
Yo ruego, ella no atiende;
yo obligo, ella me ofende;
yo sirvo, ella desdeña;
yo tierno, ella una peña;
yo amante, y ella ingrata;
la adoro, me maltrata;
la estimo, me aborrece;
crece mi amor y más su rigor crece,
y tan a un mismo paso
ella se hiela cuando yo me abraso,
que parece que había
sido el amar y aborrecer porfía,
y que, para excederme,
se ensayaba en mi amor a aborrecerme.
Este es, amigo, mi gustoso empeño;
este el rigor de mi adorado dueño,
doña Inés el remedio de mi vida;
pues si de mi dolor compadecida
a doña Ana mis ansias explicase
y, piadosa, mi amor le ponderase,
podrá vencer la pena con que lucho,
que una mujer con otra vence mucho.
Esto es, don Juan, lo que pediros quiero,
y que pues veis que muero
y doña Inés gustáis que esté con ella,
procure que este ardor, esta centella,
temple el rigor en algo;
que si por ella vitorioso salgo
o algún favor merezco,
la vida en premio de este gusto ofrezco.

DOÑA INÉS.

Vos veréis de mi parte que procuro
serviros, y podéis estar seguro
que he de hacer que agradezca ese deseo.

DON DIEGO.

Muy bien, señora doña Inés, lo creo.—
Dadme el pliego, don Juan, que a don Rodrigo
le quiero dar.

DON JUAN.

Sois deudo y sois amigo.

(*Vanse, y salen* ALOJA *y* DON FERNANDO.)

D. FERN. ¿Quién habrá que entender pueda
esto que por mí ha pasado,

pues aun el saberlo es
más ocasión de dudarlo?
Que a doña Inés y a don Juan
a Madrid venga buscando
para lavar con su sangre
los horrores de mi agravio;
que llegue a Madrid, y apenas
salga por sus calles, cuando,
más velozmente que suele
discurrir el viento el rayo,
desaparecer el humo,
turbar la vida un espanto,
en lo hermoso de unos ojos
de un mirar, en lo bizarro
quedase tan en un punto
el corazón abrasado,
que aún no recelo el peligro
cuando ya examino el daño.
Doña Ana de Guzmán, hija
de don Rodrigo, a quien traigo
de don Vicente Manrique
un pliego solicitando
favorezca mis intentos,
es la que entre dulces lazos
triunfó de la libertad,
del albedrío y de cuanto
imperio gozaba el alma
antes de haberla mirado.
Pero, feliz yo mil veces,
pues a un mismo tiempo salgo,
si de sus rayos vencido,
victorioso de sus rayos.
Mil veces dichoso, digo;
pues si de sus ojos saco
hoy el veneno, también
la triaca en ellos hallo.
Favoréceme doña Ana,
y aunque parece abreviado
el tiempo para poder
hallar disculpa el recato,
o conformidad de estrellas,
o la inclinación de entrambos,
o ser el afecto tanto,
turbó el discurso, o, en fin
(que esto es lo más acertado),
mi ruego (que puede mucho
un ruego bien escuchado)
alcanzó en muy pocas horas
lo que otros en muchos años.
Danme ocasión para verla
las cartas, porque esperando
que don Rodrigo esté fuera,
seguramente entro y salgo,
pues cuando venga y me halle
bastante disculpa traigo.
Dilátolo, si bien ya
no puede estar dilatado,
porque me avisó doña Ana
que le han dicho los criados
que un forastero le busca,
y está ya con tal cuidado,
que no sale fuera un punto.

ALOJA. Ni tus discursos alcanzo,
ni tus intentos penetro,
ni tus fundamentos hallo.
¿No basta que de Sevilla
me sacases posteando
en un rocín de a seis varas,
tan buído de espinazo,
que, a ser devoto, pudiera,
sin costar mucho trabajo,
todas las noches rezar
por sus huesos el rosario?
¿No basta que en tu defensa
lleves ahora este brazo,
este brío, este denuedo,
con quien fué Herodes un manco,
un médico dos de queso
y una niñería el rayo;
pues no ignoras que he sabido
en la ciudad, en el campo;
solo, acompañado, en bulla,
a escuras, a pie, a caballo,
con uno, con dos, con treinta
y con todo el calendario,
andar muy bizarro siempre...
como me los den atados?
¡Pero enamorado ahora!
Y después de enamorado
en una posada que
es purgatorio ordinario
de los míseros pleiteantes,
y donde los dos pasamos,
tú incomodidad, yo hambre,
ni comiendo ni cenando
con traza, que una gallega,
que, después de desollarnos,
quiere que la rueguen mucho
si es menester traer algo.
Si no lo trae, no comemos;
si lo trae, viene sisado,
porque en la cuarta falcidia
es un Bártulo y un Baldo.
Si no lo guisa, se ayuna;

si lo guisa, el tal guisado,
como si fuera valiente,
anda siempre empelotado.
Sólo cuando va por vino,
por hacernos agasajo,
nos baila el agua delante,
mejor se la lleve el diablo.
Pues luego una cama, donde
juegan cañas cada noche
las chinches y escarabajos.
Luego una pulga bullendo,
luego un tábano zurriando,
y, sobre todo, al hacer
la cuenta, quedar llorando,
dejando a un cristiano en cueros.
¿Esta es vida, pese al diablo?
Mas metidos en la fuga,
pienso que ya en casa estamos
de doña Ana, y, con Elvira,
hacia aquí se sale hablando.

(*Salen* Doña Ana *y* Elvira.)

D. Fern. ¡Doña Ana, señora mía!

D.ª Ana. ¡Oh, mi señor don Fernando!
¿Cómo os entrasteis así?

D. Fern. Vengo ya determinado
a dar a tu padre el pliego.

D.ª Ana. Pues presto a mi padre aguardo;
aquí podéis esperarle.
Hablaremos entre tanto
en nuestro amor, si gustáis.

D. Fern. Es, doña Ana, hacer agravio
al mío dudar del gusto.

D.ª Ana. ¿Cómo es posible agraviaros,
Fernando, quien en querer
excederos supo tanto?

D. Fern. No, doña Ana; mucho más
os estimo yo.

D.ª Ana. Es engaño.

D. Fern. Yo os quise cuando os miré,
yo os adoré cuando os vi,
tan presto, que conocí
que todo en un tiempo fué.
Si por veros os amé,
y otro tanto he de quereros
cada vez que vuelva a veros,
vos misma considerad
si podrá mi voluntad
confesar el excederos.

D.ª Ana. Yo me incliné cuando os vi,
yo os estimé siendo amada,
fineza no tan usada,
pero tan debida sí.
De modo que si yo aquí,
agradecida, os ofrezco
el alma, mejor merezco
esa alabanza que os dais,
pues vos solamente amáis
y yo amo y agradezco.

D. Fern. Quien tiene que agradecer
poco acredita el amar,
que el que ha llegado a obligar
ya ha llegado a merecer.
De forma que viene a ser
en vos casi obligación
amarme, y, en conclusión,
siempre dejáis que dudar
si es agradecer o amar,
si es paga o es afición.

D.ª Ana. De cualquier suerte, señor,
viene más mi amor a ser:
pues si es paga agradecer,
ya he pagado vuestro amor;
nada os debo ya, en rigor;
pues si con lo agradecido
igual el amor ha sido,
como vos me concedéis,
ahora me deberéis
todo lo que os he querido.

D. Fern. Basta ya, doña Ana mía;
no quiero más porfiar,
que aun en materia de amar
es grosera una porfía.
Cuanto mi amor defendí,
a vos se muestra postrado,
que quiere considerado,
que solicita advertido,
ganaros en lo rendido,
ya que no puede en lo amado.

D.ª Ana. Yo conozco que bastante
razón la que decís es
a que rinda de cortés
lo que defendí de amante;
porque el sustentar galante,
Fernando, que no podéis
mi amor exceder, veréis
que es porque quede entendido
que si más os he querido,
es porque más merecéis.

Aloja. Y para el señor Aloja,
¿no hay algo de lo querido
de barato habiendo sido,
por su brazo y por su hoja,
hombre que en toda ocasión,

con sevillanos valientes,
supo hacerse sordo a un "mientes"
e insensible a un bofetón?

ELVIRA. ¡Buena hazaña!

ALOJA. ¡Que se engaña,
vive Dios, he de decir
quien dijere que el sufrir
no es ya la mayor hazaña!
¿Qué premio no ha conseguido,
qué pretensión no ha alcanzado
un ministro bien callado
y un marido bien sufrido?
Sólo por vivir anhelo;
sufrir quiero y no matar.
¿Quién labra torre en el mar?
¿Quién fía su vida al duelo?

(*Sale* DON DIEGO, *al paño.*)

D. DIEGO. (Con el seguro que vi
de deudo y con la ocasión
de este pliego, mi afición
a doña Ana busca aquí.
Pues cierto. Mas ¡ay de mí!
¿Qué es lo que mis ojos ven?
Pero no es justo que estén
dudosos de ofensa igual,
pues nadie quiere tan mal
si no es cuando quiere bien.
Escuchar un rato quiero,
que no es vano mi cuidado,
pues otras veces he hallado
por aquí este forastero.
Si al tiempo que un gozo espero,
en él una pena apuro,
ya en ella el gozo procuro,
para ver si mi amor cobra
lo seguro en la zozobra,
pues zozobra en lo seguro.
Suelen los celos hallar
lo que los ojos no ven,
porque hay agravios también
formados de imaginar;
pero en mí vienen a estar
tan trocados los desvelos,
que estos precisos recelos,
que estos forzosos enojos,
primero los ven los ojos
que los avisen los celos.
Y así, quiero averiguarlos
antes que llegue a decirlos,
que es ir sin tiempo a pedirlos
mucha gana de encontrarlos:
o callarlos o vengarlos
es lo que debe hacer quien
pretende acertar más bien.
Y así, entre dudarse y verse,
si se dudaren, saberse,
y vengarse si se ven.)

D.ª ANA. Siempre esta casa, señor,
la conoceréis por vuestra,
para que de ella os sirváis.

D. FERN. Tanto honor recibo en ella,
que aun una vida no basta
a satisfacer tal deuda.

D. DIEGO. (¡Por cuánto, Cielos, por cuánto
fuera vana mi sospecha!
Pero la de un desdichado
¿cuándo dejó de ser cierta?)

D.ª ANA. Tiéneme tan obligada
vuestro trato, que quisiera
hacer mucho más por vos;
y así, cuando ocasión sea,
con mi padre...

D. DIEGO. (Ella le quiere;
que, aunque son razones éstas
de cumplimiento, este hombre
¿con qué fundamento entra,
no queriéndole, en su casa,
cuando su padre está fuera?)

D. FERN. De suerte, doña Ana hermosa,
agradecida se muestra
a esos favores el alma...

(*Sale* DON DIEGO.)

D. DIEGO. (Ya el esperar más es mengua.)

ELVIRA. ¡Don Diego!

D. FERN. (¿Cómo se ha entrado
este hombre de esta manera?

D.ª ANA. Ahora la causa sabrás.)

D. DIEGO. (¡Fuego el corazón revienta!
Mas disimular importa;
hasta que su intento sepa.)
Pues, ¿doña Ana?

D.ª ANA. Pues, ¿don Diego?

D. DIEGO. A don Rodrigo quisiera
hablar.

D.ª ANA. Fuera está de casa.

D. DIEGO. Y aqueste hidalgo que en ella
veo, ¿podremos saber
qué busca?

D.ª ANA. También intenta
hablar a mi padre a solas.

D. DIEGO. Y vos, en tanto que llega,
le entretenéis, ¿no? Doña Ana,

mujeres de vuestras prendas,
cuando ello sea muy bueno,
que no hay duda que lo sea,
siendo quien sois, no acostumbran,
mientras su padre está fuera,
recebir visita alguna.

D.ª ANA. La seguridad de aquésta
lo permite así, don Diego.

D. DIEGO. Y lo dice la llaneza.

D.ª ANA. Advertid que es demasía
que apretéis de esa manera
cuando no tenéis razón
para hacerlo.

ALOJA. (Aquí se pegan
como unos perros; y yo,
por que nadie de mí entienda
que he reñido con ventaja,
me estoy mirando la fiesta.)

D. FERN. Caballero, ni doña Ana
deja lugar a que pueda
calumniar en sus acciones
la malicia más atenta,
ni yo...

D.ª ANA. No paséis de ahí,
porque no quiero que crea
don Diego que he menester
satisfacerle, ni entienda
que a título de cuñado
le permito esta licencia.

D. DIEGO. (¡ Vive Dios, que ardo de enojo !) *(Ap.)*

D. FERN. (¡ Vive Dios, que estuve cerca *(Ap.)*
de arrojarme! Pero importa
en tal caso la prudencia.)

D. DIEGO. Digo, doña Ana (¡ Ay de mí,
aun a hablar acierto apenas !), *(Ap.)*
que las pasiones del alma
no se explican con la lengua;
que hay muchas causas por donde
me toque a mí la defensa
de esta casa; pero ahora
todas están satisfechas,
pues como dueño no es mucho
que asista este hidalgo en ella.

D. FERN. Paréceme, caballero,
pues habláis de esa manera,
que otra más fuerte razón
que el parentesco os inquieta;
y si es así, como pienso,
hallaréis en mí tan cierta
satisfación, que no dudo
de que cese en vos la queja;
porque no me persüado
que si de otra suerte fuera
hablarais tan arrojado
a doña Ana en mi presencia,
pues por ser quien soy me toca,
como noble, el defenderla.

D.ª ANA. ¿Cómo otra razón? Vos sois
quien más mi opinión desprecia
pensando aqueso de mí,
que aun me ofende la sospecha.

D. DIEGO. (Bachiller me ha parecido
el forastero, y si piensa
adelantarse a mis celos,
cumplirá lo que desean.)
Deciros yo las razones
que tengo, es impertinencia;
pues ni me importa el decirlas,
ni os aprovecha el saberlas.
Responderme que a ser otra
más que el parentesco, hicierais
que quedara satisfecho,
es cortesana respuesta;
mas pensar, siendo mi gusto,
que ninguno me impidiera
el decir esto a doña Ana,
tenga el título que tenga,
es tan lejos de posible,
que, al que estorbarlo quisiera,
a cuchilladas...

D.ª ANA. (¡ Ay, triste,
mucho don Diego se empeña !)

D. FERN. Yo he estado muy reportado
atendiendo a que no venga
a resultar un disgusto,
por doña Ana; mas si llega
vuestra demasía a tanto,
mejor ocasión que ésta
habrá en que os daré a entender
el valor que en mí se encierra.

D.ª ANA. ¿Qué es esto? ¿En mi casa, ¡ ay, Cielos !,
don Diego, de esta manera?—
¿Y vos, señor?

D. DIEGO. La razón...

D. FERN. La obligación...

D.ª ANA. ¡ Yo soy muerta !

D. DIEGO. (Para en saliendo lo dejo.

D. FERN. Para en saliendo se queda.)

ALOJA. (Eso sí, ¡ cuerpo de Cristo !,
que entre tanto que se llega,
daremos los dos un corte
que no importe dos alberjas.)

(*Sale* DON RODRIGO.)

D. RODR. (¡Válgate el Cielo por hombre!
¡Que en todo Madrid no pueda
saber de este forastero!
¡Que siempre a buscarme venga
cuando estoy fuera de casa!)
Mas ¿qué novedad es ésta
que a mi casa os ha traído,
don Diego?

D. DIEGO. Cuando supiera
que teníais que mandarme,
no faltara un punto de ella.

D. RODR. ¿Qué busca este hidalgo aquí?

D. FERN. Esta es, señor, la respuesta.
(*Dale un pliego.*)
(Leed secreto, que importa.)

D. DIEGO. Todos a una cosa mesma
venimos. Don Luis, mi hermano
y vuestro hijo, me ordena
que éste en propia mano os dé.
(*Dale otro.*)

D. RODR. Y de salud, ¿cómo quedan
él y Violante?

D. DIEGO. Muy buenos.

D. RODR. Por muchos años la tengan.

ALOJA. (¿Hay más cartas? ¡Vive Dios,
que el hombre es una estafeta!)

DON RODRIGO (*lee*).

"La seguridad que siempre he tenido de la (1) que me hacéis y la amistad que tan antigua profesamos, me alienta a valerme de vos en esta ocasión. Don Fernando Pacheco, mi deudo, tiene una hermana que, poco atenta a sus obligaciones, se salió de su casa con un caballero de Madrid llamado don Juan de Chaves; va siguiéndolos con nuevas de que llevan el camino de esa Corte. Suplícoos, el tiempo que en ella estuviere, le favorezcáis como cosa que os encomiendo. De Sevilla, vuestro amigo, *Don Vicente Manrique.*"

Bien está. Leer quiero estotra.
Ahora os daré la respuesta.

(*Lee.*) "Don Juan de Chaves, mi primo, estando, como sabéis, ausente de esa Corte por la desgracia de don Gonzalo, se enamoró en Sevilla de una dama, y, huyendo mayores inconvenientes, la sacó de casa de un hermano suyo. Vuélvese a Madrid con intento de estarse en casa de mi hermano; y así, entre tanto que se ordena otra cosa, os suplico esté doña Inés con doña Ana, mi hermana, con el recato y silencio que pide tener un hermano noble y ofendido."

(¿Hay suceso semejante? (*Aparte.*)
¿Hay confusión como ésta?
¿Hay caso más intrincado?
¿Hay más graciosa quimera?
Don Vicente, a quien no puedo
faltar, en ésta me ruega
favorezca a don Fernando,
que a vengar viene la ofensa
de don Juan y de su hermana,
y por otra parte en ésta
me pide don Luis, mi yerno,
que a doña Inés favorezca
y que la tenga en mi casa
escondida; de manera
que, ofendido y ofensor,
en un mismo tiempo intentan
que a uno ayude contra otro.
Y si a mí Fernando llega
a que a doña Inés busquemos,
el acompañarle es fuerza;
y también lo es, si la busca,
ampararla y esconderla
dentro de mi misma casa.
¿Vióse cosa tan opuesta?
¿Qué he de hacer? Que aun el discurso
tanto en la duda tropieza,
que, embarazado y cobarde,
no se atreve a entrar en ella.
Pues ¿qué he de hacer? ¿De qué modo
lo dispondré que no venga
a ser ayudar al uno
para otro ocasión de queja?
Pero ya he pensado modo.
Doña Inés al punto venga
a mi casa; mas de suerte
que hasta que su esposo sea
don Juan, no ha de visitarla,
porque quiero que me deba
de aquesta forma Fernando,
si no el remediar su ofensa,
por lo menos estorbarla,
y cumplo de esta manera
con don Luis y don Fernando,
con don Vicente y con ella.)
Pídeme aquí don Vicente...

(1) Parece que falta la palabra "merced".

D. FERN. Ya, señor, sé lo que os ruega.
D. RODR. Pues no tengo que deciros:
de mi casa, de mi hacienda,
de mi persona, de todo
lo que aquí importaros pueda,
como propio disponed,
y tened por cosa cierta,
si está en Madrid vuestra hermana,
que, aunque escondida la tenga
en el más oculto sitio,
en la parte más secreta,
lo he de saber ¡vive Dios!
con la seguridad mesma
que si estuviera en mi casa.
(Y cómo si estará en ella.)
D. FERN. Quisiera, a vuestros pies puesto...
D. RODR. La primera diligencia
es disimular, Fernando.
Vedme después, porque espera
don Diego que le responda.
D. FERN. Vuestra vida un siglo sea.
(¿Cuándo te veré, doña Ana?
D.ª ANA. A la noche en esas rejas.)
D. DIEGO. (Oís, Fernando?
D. FERN. Ya entiendo.)
D.ª ANA. (¡Ay de mí, mi muerte es cierta!)
D. DIEGO. (En Santa Bárbara aguardo.
D. FERN. Bien está.
D. DIEGO. Pues así queda.)
ALOJA. (¿Oyes, Elvira?
ELVIRA. Sí, Aloja.
ALOJA. Oye muy enhorabuena.)

(*Vanse* DON FERNANDO *y* ALOJA.)

ELVIRA. (En Santa Bárbara dijo.
D.ª ANA. Yo haré que mi padre entienda
su locura, esto conviene.)
D. RODR. Oíd, don Diego.
D. DIEGO. ¿Qué ordenas?
D. RODR. Que partáis por doña Inés;
pero primero que venga
le prevenid a don Juan
que esto ha de ser de manera
que no ha de entrar en mi casa
hasta que su esposo sea.
Porque, demás de que importa
a mi decoro, otra nueva
causa tengo que me obligue,
que ni vos podéis saberla,
ni don Juan.
D. DIEGO. De cualquier modo,
es justo que os agradezca
por los dos este favor.
D. RODR. Yo haré que al punto prevengan
el cuarto. Bien podéis ir.
D. DIEGO. (¡Muerto voy!)
D.ª ANA. (¡Yo quedo muerta!)

(*Salen* DON JUAN *y* DOÑA INÉS.)

DOÑA INÉS.

Mucho tarda don Diego.

DON JUAN.

No encontraría a don Rodrigo luego,
y, como sabes, a doña Ana adora,
y así, si ha hallado ahora
ocasión para hablarla,
bien cierto es, doña Inés, que ha de lograrla;
pues lo que más desea enamorado
un hombre, es que le escuchen su cuidado,
porque si no, atormenta
al alma aquel instante que se cuenta.

DOÑA INÉS.

¡Ay, don Juan; qué de penas por quererte
atropella mi amor de aquesta suerte!

DON JUAN.

¡Ay, doña Inés; qué de ellas, por amarte,
está el alma deseando de aliviarte!

DOÑA INÉS.

No es mi pesar, don Juan, quien me lastima.

DON JUAN.

No es mi pena quien más mi pena anima.

DOÑA INÉS.

La tuya es la que siento.

DON JUAN.

La que en ti miro es mi mayor tormento.
Pero don Diego llega.

DOÑA INÉS.

Ahóra sí que el corazón sosiega.

(*Sale* DON DIEGO.)

DON JUAN.

Pues, don Diego, ¿qué ha habido?
¿Qué es lo que don Rodrigo ha respondido?
Parece que venís algo alterado.

DON DIEGO.

Hallé a doña Ana en su común enfado.

DON JUAN.

¿Y don Rodrigo?

DON DIEGO.

A doña Inés espera;
pero esto de manera
que mientras en su casa la tuviere,
si no es, don Juan, que vuestra esposa fuere,
no la habéis de ir a ver.

DON JUAN.

Condición fuerte.

DOÑA INÉS.

Esto más le faltó a mi triste suerte.

DON JUAN.

Sin ver a doña Inés vivir no puedo.

DOÑA INÉS.

Si a don Juan no he de ver, difunta quedo.

DON JUAN.

¡Oh, cómo el alma de pesar revienta!

DOÑA INÉS.

El intenta matarme si esto intenta.

DON DIEGO.

¿Qué resolvéis, don Juan? Porque me aguarda.

DON JUAN.

¡Oh, cómo mi congoja me acobarda!
¿Qué os parece, mi bien?

DOÑA INÉS.

A vuestro gusto
siempre sujeta estoy, justo o injusto.

DON JUAN.

Como el vuestro procuro.

DOÑA INÉS.

Con que vos le tengáis, está seguro.

DON JUAN.

Por vos aquesta vez he de guiarme.

DOÑA INÉS.

(El está recelando disgustarme,
porque ve que conviene
dividirnos, y si este temor tiene,
hoy verá cómo intento,
a costa de mi vida, su contento.)
Negar, don Juan, que en mil angustias peno
al tiempo que a no verte me condeno,
es negar que te adoro, cuando a voces,
aún más que lo publico, lo conoces;
mas pensar que importando a tu decoro
no me sabré vencer, aunque te adoro,
es yerro conocido,
es desaire a mi ser no permitido;
porque es poco galante
quien la opinión no atiende de su amante;
y si a la tuya importa,
a ejecutallo la razón me exhorta
rigurosa conmigo.
¡Qué de penas me cuesta lo que digo!

DON JUAN.

Tanto el no verte siento,
y de tal suerte tu decoro intento,
que al oír tus razones,
aunque también el dividirte abones,
el amor de otra parte,
no faltando un instante de adorarte,
de suerte me atormenta,
que estoy dudando en mí lo que más sienta;
pues si siento a mi amor contento dejas,
de que te vayas forma mi amor quejas.
Mira la suerte cuál mi pena anima,
pues lo que me está bien más me lastima.

DON DIEGO.

Ya está bien ponderado.
Partamos, doña Inés.

DOÑA INÉS.

¡Ay, dueño amado!
¿Que no he de verte ya?

DON JUAN.

¿Que no he de hablarte?

DOÑA INÉS.

¡Y que te he de adorar!

DON JUAN.

¡Y que he de amarte!

DOÑA INÉS.

¡Qué pena!

DON JUAN.

¡Qué desdicha!

DOÑA INÉS.

¡Qué tormento!

DON JUAN.

¡Qué triste vivo!

DOÑA INÉS.

¡Qué afligida siento!

Don Juan.

¡Qué larga vida goza un desdichado!

Doña Inés.

¡Qué de vidas le sobran a un enfado!

Don Juan.

Mas no te aflijas.

Doña Inés.

Pero no te alteres,
que yo haré que me veas si quisieres.

Don Juan.

Mi amor trazará modo de buscarte.

Doña Inés.

¡El alma en tal desdicha se me parte!
¡Adiós, don Juan!

Don Juan.

¡Adiós, querido dueño!

Doña Inés.

¡Hoy muero, triste!

Don Juan.

¡Hoy a morir me enseño!

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* Don Diego *por una puerta y* Don Fernando *por otra.*)

D. Fern. (Pienso que no llego tarde.)
D. Diego. (Pienso que tarde no llego.)
D. Fern. (No es bien que aguarde don Diego.)
D. Diego. (No es bien que Fernando aguarde.)
D. Fern. (Pero ¿no es el que está allí?)
D. Diego. (Pero el que esta allí ¿no es?)
D. Fern. (Llegar quiero.)
D. Diego. (Llego, pues.)
D. Fern. ¿Sois a quien aguardo?
D. Diego. Sí.

(*Sacan las espadas, y sale* Don Rodrigo.)

D. Rodr. (Hacia aquí, si no me engaño,
parece que sentí ruido
de espadas. Tarde he venido
a estorbar tan grave daño.
Mas riñendo están los dos.)
(*Métese en medio.*)
¿Qué es aquesto, caballeros?
De los valientes aceros
cese el rigor, que, por Dios,
que ya que he venido aquí,
no ha de pasar adelante
el disgusto, si es bastante
razón que os lo ruegue así.
D. Fern. (¡Que viniese don Rodrigo!)
D. Diego. (¡Que ahora don Rodrigo venga!)
D. Fern. (¿Quién duda que culpa tenga
mi contrario?)
D. Diego. (Mi enemigo;
él, sin duda, le avisó.)
D. Rodr. ¿Qué es esto? ¿No os reportáis?
Don Fernando, ¿qué aguardáis?—
Don Diego, el pedirlo yo
¿no obliga?
D. Fern. Ya os obedezco.
D. Diego. Por vos estoy reportado.
D. Rodr. Ya estoy del caso informado,
don Diego; y aunque agradezco
que el recato de mi casa
tan vigilante miréis,
vos la razón no sabéis
que entre mí y Fernando pasa
para que éntre allá, y así
por más justa razón hallo
que calléis, pues que yo callo,
tocándome más a mí.
D. Diego. Si vos estáis satisfecho,
esta, señor, es mi mano;
pues una sospecha allano
que me atormentaba el pecho.
D. Fern. Y yo, pues no fué de amor
su enojo, su amigo quedo.
D. Rodr. Ya que en paz os miro, puedo
declararme aquí mejor.
D. Fern. (¿Que don Diego no la amaba?)
D. Diego. (¿Que Fernando no la ha amado?)
D. Rodr. Ya el disgusto está acabado;
mas porque dudoso estaba
el saber quién me avisó,
y cada uno podrá
quizá colegir allá
que del contrario nació;
y fuera injusta razón,
cuando andáis tan alentados,
no quedar asegurados
cada cual de la opinión
del otro, digo que Elvira
os oyó desafiar,
hasta escuchar el lugar;
y como a don Diego mira
como deudo de mi casa,

a doña Ana cuenta dió,
y doña Ana me avisó;
esto es todo lo que pasa.

D. FERN. Seguro estoy de don Diego.

D. DIEGO. De Fernando estoy seguro.

D. RODR. Pues ya con eso procuro
que al lugar volvamos luego.

D. FERN. Los dos os habemos de ir
acompañando.

D. RODR. Es en vano.

D. DIEGO. Hemos de ir.

D. RODR. Tanto honor gano,
que no quiero resistir.

(Vanse, y sale DON JUAN *como de noche.)*

D. JUAN. Golfo apacible de sombras,
en cuya eclipsada luna
si una luz al mundo falta
otra a mi amor se asegura.
Lóbrego adorno del aire,
parda suspensión, si muda,
parado afán del vivir,
lograda al trabajo excusa.
Hoy un impedido afecto
en tu escuridad estudia
facilitar a las sombras
lo que a la luz dificulta.
Hoy que doña Inés en casa
de don Rodrigo se oculta;
hoy que el verla se me niega
y el hablarla se me excusa,
quiero examinar si acaso
de estas rejas en alguna
lo que un recato me niega
un silencio me asegura.

(Sale DOÑA INÉS *a la reja.)*

D.ª INÉS. Rendir del león la fiereza,
empañar al sol las puras
luces que la tierra adornan,
sujetar la forma dura
del diamante, a quien el golpe
halaga más que no injuria,
difícil es, mas posible,
pues hay cuartana a la furia,
pues hay nubes a los rayos
y al diamante sangre pura;
mas dividir dos afectos,
dos voluntades tan una,
aun para el golpe del tiempo
viene a ser empresa mucha.

D. JUAN. (Si la que abrió es doña Inés,
cesó en el alma la angustia.)

D.ª INÉS. (Si es el que miro don Juan,
halló el alma lo que busca.)

D. JUAN. ¿Es doña Inés?

D.ª INÉS. ¿Es don Juan?

D. JUAN. Soy una flor que vincula
su ser, su vida, su adorno
sobre esas dos luces tuyas;
soy una enlazada yedra
que va creciendo segura
sobre verdes esperanzas,
en fe de qué tú la ayudas;
fénix soy que cuantas veces
se ve mi forma caduca
en ausencia de tus rayos,
renace en presencia tuya;
pues ya soy, pues, muro ya,
flor me prestas hermosura,
yedra me ofreces arrimo,
fénix mi vida asegundas.

D.ª INÉS. Yo soy tórtola que, ausente
de su amante mal segura,
con el arrullo le llama
y con el vuelo le busca,
siendo viviente penacho
de cuantos olmos ocupa.

(Sale ALOJA, *solo.)*

ALOJA. (Sagrado de pecadores,
indulto de aves nocturnas,
de murciégalos senado
y consistorio de brujas;
crepúsculo de mochuelos,
aurora de las lechuzas,
noche, en que se dice todo,
como entre los tíos, cura;
como entre ladrones, sastre,
y como entre moros, Muza.
Aquí me envía mi amo
a que entre tanto que ajusta
unas cuentas con don Diego,
haciendo el acero pluma,
haciendo tinta la sangre
y papel la sepultura,
mire por su honor y el mío;
porque si alguno procura
hacer por aquí papeles
le dé una valiente zurra
de cuchilladas; que como
sabe que no sufro burlas,
para cualquier lance de estos
a propósito me juzga.

Mas ¿qué miro? ¡Vive Dios,
que la pandilla me gusta!
¿Rejita? Malo va esto.
¡Infame, traidora, astuta
mujer, Elvira, criada,
que esto en el mundo se sufra!
¡Vive Dios, digo otra vez!
Que me toma tan gran furia,
tan gran saña me combate,
tamaño enojo me hurga
viendo cuál anda mi honra,
que un punto estoy, no estoy una
tilde de echarme con todo...
digo a dormir, porque nunca
me aficioné a espadachín;
que esto de a cualquier pregunta
responder con la espadita
metiéndolo todo a bulla,
no es cosa para los hombres
de mi porte y mi cordura.
Pero si riño, se sabe;
si callo, es paciencia mucha;
si me vuelvo, es cobardía;
si me estoy, quizá se atufa.
Morir es cosa terrible;
vivir, no es muy mala burla;
verlo, aprender a marido;
pasarlo, peor que una purga.
Sólo entre tantos pesares
y entre tantas desventuras,
dormir más, por querer más,
es el remedio que ajusta.)

D.ª INÉS. Pues yo sé que no me excedes
en amar, y aunque tan tuya
es el alma, siempre más
puedo quererte.

D. JUAN. Confusa
es para mí esa razón,
porque del modo que una...
Pero aguarda, gente viene.

D.ª INÉS. Pues que te vean excusa,
y así, entre tanto que pasan,
en ese portal te oculta,
y después, porque mi amor
ocasión de verte busca
más despacio, tendré abierto
por ese jardín.

D. JUAN. Escucha.

D.ª INÉS. Allá te aguardo, don Juan.

(*Salen* DON RODRIGO, DON FERNANDO *y* DON DIEGO.)

D. JUAN. Este portal me asegura
de que puedan conocerme.
¡Amor, mis dichas ayuda!

(*Escóndese en el portal de* DON RODRIGO.)

D. FERN. (Cielos, ¿creeré lo que vi? (*Aparte.*)
¿Un hombre en la reja, Cielos,
ocasionando mis celos
y ofendiendo mi amor? Sí.
Y ahora de don Rodrigo
en el portal se escondió,
y por sagrado eligió
la casa de su enemigo.)

D. DIEGO. (Hablando estaba en la reja (*Ap.*)
y en el portal se ha escondido.
¡Que cuando me hallo ofendido
haya de callar mi queja!)

D. RODR. (Un hombre está en mi portal (*Ap.*)
que en mi reja hablar le vi,
y estoy dudando entre mí
lo que haré en desdicha igual.
Si le quiero conocer,
mi sospecha averiguando,
a don Diego y don Fernando
es fuerza darlo a entender.
Si no lo vieron, error
será publicar mi agravio,
porque peligra en el labio
muchas veces el honor.
Y es desaire averiguado
en un hombre bien nacido
que se sepa lo ofendido
y se calle lo vengado.
Y pues satisfecho estoy
que ninguno ha de entender
que si lo llegara a ver
callara, siendo quien soy,
y pudo alguna criada
ser, y no fuera razón
aventurar mi opinión
adonde la ofensa es nada.
Más atentamente trato
no saber ahora quién es,
y averiguarlo después
con prudencia y con recato.)

D. FERN. (¿Si don Rodrigo lo vió?)

D. DIEGO. (¿Si don Rodrigo lo ha visto?)

D. FERN. (¡Qué mal el pesar resisto!)

D. RODR. (¡Que esto disimule yo!)

ALOJA. (Un ejército de gente
anda alrededor de mí.
No me han visto, pues de aquí
se apartan. Noche excelente.)

D. Rodr. Mil años os guarde el Cielo
para que los dos me honréis.
(Honor mío, mucho hacéis
en vencer este recelo.)

D. Fern. Sólo serviros procuro.

D. Diego. Serviros sólo deseo.

D. Rodr. Adiós, señores. (No creo
mi agravio, aun siendo seguro.)

(Entrase, y despídense los dos.)

D. Diego. Adiós, don Fernando.

D. Fern. Adiós.

Aloja. (Lindamente me he escapado.)

D. Juan. (Ya don Rodrigo se ha entrado,
y se despiden los dos.)

(Coge Don Diego *una puerta del tablado y* Don Fernando *otra.)*

D. Fern. (Puesto que el irme fingí,
fué por echar a don Diego,
que se funda mi sosiego
en reconocer aquí
quién es quien mi amor ofende.)

D. Diego. (Por que se fuese Fernando
irme fingí, y esperando
estoy a ver quién pretende
mi amor ofender aquí.)

Aloja. (Tres entraron, han salido
dos, luego queda escondido
en el portal otro, sí;
pues a agazaparme vuelvo.)

D. Juan. (Sola está la calle ya;
nadie a salir me verá,
y así, a salir me resuelvo.
Mi amor, a la puerta guía
del jardín, y doña Inés
me espera, pues tarde es.)

Aloja. (Salió el tercero y las lía.
Levántome, y por aquí
irme a casa me conviene.)

D. Fern. (Salió, y hacia mí se viene.)

D. Diego. (Salió, y se viene hacia mí.)

(Echa Don Juan *por donde está* Don Fernando *y* Aloja *por donde está* Don Diego.)

D. Fern. (Quiero dejarle pasar,
pues ya no puede, en rigor,
írseme, y será mejor
dejarle de aquí apartar;
pues si quiere resistir
que le llegue a conocer,
fuerza el reñir ha de ser,
y no está bien el reñir
en la calle de su dama,
a quien a su honor atiende,
pues mordaz el vulgo ofende
después su nombre y su fama.)

(Vase Don Juan, *y* Don Fernando *tras él.)*

Aloja. (¿Qué hará un hombre que se halla
a estas horas en la calle,
y en Madrid, en noche escura,
con mucho miedo y sin nadie,
que si la ocasión se ofrece,
que si se acontece el lance,
el pie le saque del lodo?
Que los hay en Madrid tales,
que no fuera poca dicha
tener quien de ellos me saque.
Ahora yo quiero hablar claro,
pues que no me escucha nadie.
Señores, yo soy gallina,
esto es verdad; Marihernández,
respeto de mí, fué un Héctor;
Pilatos conmigo, un Marte.
Escojamos un remedio
tal, que, si alguien me encontrare,
no me dé lo que no pido.
Supongamos que me sale
un hombre ahora rebozado
y que me dice: "No pase
adelante, que no gusto."
Buen remedio replicarle:
"Yo fuí siempre muy cortés
con personas principales",
aunque sea un calvo, un zurdo,
un tuerto, un cuñado, un sastre,
que el miedo es muy honrador,
y volver por otra parte
antes que a decirlo torne,
aunque rodee diez calles,
pues por muy tarde que llegue
llegará mucho más tarde.
Y la opinión ¿qué dirá?
Dirá que soy un vinagre.
Pues dígalo norabuena,
que mejor puedo pasarme
sin opinión muchos siglos
que no sin vida un instante.
Ya voy en lo que he de hacer.
No se me da de seis Martes,
ni aun de todos los del año,
como la razón no falte,
un pepino. Mas ¿qué miro?

Parece que se me hace
a pedir del miedo todo.)

D. DIEGO. ¿Quién es?

ALOJA. (¿"Quién es", dijo? ¡Tate!
¿Qué se responde a "quién es"?
¡Que para todo pensase
si no es a "quién es" respuesta
y luego hube de encontrame
con "quién es"!)

D. DIEGO. ¿A qué esperáis?

ALOJA. ¿Prometéisme que al instante
que os haya dicho quién soy,
porque me aguardan y es tarde,
me dejaréis ir?

D. DIEGO. Sí haré.

ALOJA. Pues va mi nombre, escuchadme.
Yo soy, sin ser muy valiente,
un sujeto tan notable,
que con un barquillo solo
al hombre más arrogante
le suelo dar muchos tragos;
tengo tales calidades,
que estoy mejor con el frío,
y, por que más os espante,
sin que sea jamás vino,
soy muchas veces vinagre.
Y, hablando un poco más claro,
soy un mixto que se hace,
de miel, canela y especies,
poco menos que jarabe,
y, por que no estéis dudoso,
soy Aloja. Dios os guarde.

D. DIEGO. (¿Aloja? Este es el criado
de Fernando, y aquí nace
nuevamente otra sospecha.
Desdichas, ¿hay más pesares?

ALOJA. Con todo eso, si me das
licencia que te acompañe,
a tu lado seré un César,
seré un Héctor, seré un Marte...
(Seré un villano, un gavilla
y un non de los Doce Pares.)

(*Vanse cada uno por su parte, y vuelve a salir* DON FERNANDO.)

D. FERN. Nada me sucede bien.
Que celoso procurase
saber quién era aquel hombre
y que, deseando apartarle
de aquí por el alboroto,
por una puerta se entrase
que está al volver de esa esquina.
¡Viven los Cielos, que arde
en coraje el corazón!
Pero segunda vez abren
la reja. ¡Oh, si aquí pudiese
averiguar mis pesares!

(*Sale* ELVIRA *a la reja.*)

ELVIRA. ¿Es don Fernando? Sí, él es.

D. FERN. Yo soy, ingrata...

ELVIRA. No pases
adelante. Elvira soy.

D. FERN. (¿Si fué ésta la que denantes (*Ap.*)
hablaba por esta reja
y está doña Ana ignorante
de la culpa que la acuso?)

ELVIRA. Mi señora quiere hablarte,
y no aquí, por quien lo mira,
y así me manda...

D. FERN. Adelante.

ELVIRA. Que por el jardín te abra.
Sosegado está su padre.
Ve a la puerta, que allá espero.

D. FERN. Aguarda.

ELVIRA. ¿Cómo que aguarde?

D. FERN. ¿No ves que no sé la puerta?

ELVIRA. La primera que encontrares.

(*Vase.*)

D. FERN. ¿La primera puerta dijo?
Sí, que no pude engañarme,
y por ella ¡vive el Cielo!
(aquí hay un engaño grande)
entró el hombre a quien celoso
seguí. ¡Terrible es el lance!
Que está dentro, es cosa cierta.
Pues ¿cómo puede pensarse
que una mujer principal
meta a un tiempo dos galanes
en su casa cuando sólo
se seguirá, de encontrarse,
infamar su propio honor,
que aun en la mujer más fácil
no es creíble tal despeño?
Pues ¿qué salida he de darle
a esta pena, a este disgusto,
a esta ofensa, a este desaire?
Mujer no hay más que doña Ana;
pues para criada, el arte,
el olor, la bizarría,
el desenfado y el talle
era mucho. Si resuelvo
que de doña Ana es amante,
y que está con ella, ¿cómo

viene con ello llamarme
para hablar conmigo ahora?
Pues ni de él puede pensarse
que pase por tal desprecio,
ni de mí que no le mate
si le encontrase con ella.
Pues ¿cómo ha de aventurarse
a dos riesgos tan patentes?
Cualquiera duda es bastante
a perder el juicio. Cielos,
permitid que se desate
desde ese globo celeste,
abriendo sonda en el aire,
un rayo que me sepulte,
un incendio que me abrase.
Resuelto estoy de entrar dentro;
pues si acaso le ocultase
doña Ana en ofensa mía,
no es posible asegurarse
tanto cuando esté conmigo,
que en el modo, en el semblante,
en la inquietud y el cuidado
su traición no me declare,
que se disimula mal
cuando la ofensa es tan grave.
A esto me resuelvo, en fin.
Hoy he de saber si vale
más ignorar el agravio
que llegar a averiguarle.

(*Vase, y sale* DON RODRIGO, *solo.*)

DON RODRIGO.

Cuidadosos recelos,
temores de mi honor, ya que no celos;
una hija que a mi cargo el Cielo deja,
hallar hablando un hombre por mi reja;
pues doña Ana, segura
de que estoy recogido, si procura,
atrevida o liviana,
volver segunda vez a la ventana,
como mi intento ignora,
tengo por cierto que ha de ser ahora.
Y así, de tanta escuridad fiado,
quiero, aquí retirado,
de la duda o el daño,
esperar, escondido, el desengaño.

(*Arrímase, y sale* ELVIRA *con* DON FERNANDO *de la mano.*)

ELVIRA.

Nadie nos ha sentido,
y ha rato que está el viejo recogido,
y así no hay que temer.)

DON RODRIGO.

(No fué mi intento
vano ¡viven los Cielos! Pasos siento.
Aquí a esperar me arrimo.)

DON FERNANDO.

(Mucho hago, celos, pues así os reprimo.)

ELVIRA.

(Hacia aquesta pared. Mas ¿qué he tentado?)

(*Encuentra con* DON RODRIGO.)

DON RODRIGO.

¿Quién es? ¿Quién va?

ELVIRA.

(En la red habemos dado.

(*Andan como buscándose uno a otro.*)

Mi señor. Yo me escapo.)

DON FERNANDO.

(¡Lance fuerte!)

DON RODRIGO.

(Mi agravio he de saber de aquesta suerte.)
¡Hola, gente! ¡Hola, presto!
Una luz. ¡Hola, presto! ¿Qué es aquesto?

DON FERNANDO.

(Esconderme conviene;
mientras él en llamarlos se detiene,
este cuarto adelante.)

DON RODRIGO.

Presto. ¡Hola! ¡Luz! ¿Hay flema semejante?

DON FERNANDO.

(Aquí he hallado una puerta,
y ha sido dicha el encontrarla abierta.
¡Oh, si salir pudiese
antes que don Rodrigo aquí me viese!)

DON RODRIGO.

Esta puerta he cogido;
pero ya por esotra habrá salido.

(*Salen dos* CRIADOS *y* ELVIRA *con luz.*)

CRIADO.

¿Qué voces das, señor?

ELVIRA.

¿Qué ha sido esto?

DON RODRIGO.

Aún peor que yo pensaba se ha dispuesto.
¿Cómo la vida a tal pesar resisto?
Amigos, en mi casa un hombre he visto.
Miento, que si le viera,
dos mil pedazos mi valor le hiciera.

Las dos puertas guardad como leales;
nadie dejéis que pise sus umbrales.
Ve tú a la del jardín.—Tú a esotra acude.
Ninguno de vosotros tema o dude.

CRIADO.

Quien calla y obedece, siempre acierta.
Voy, señor, a mi puerta.

OTRO.

Y yo a mi puerta.

(*Vanse los dos* CRIADOS.)

DON RODRIGO.

Tú dame aquesa luz, y a tu aposento
retírate.

ELVIRA.

(Bellaco va este cuento.)

(*Vanse, y salen* DOÑA ANA *y* DON FERNANDO, *alborotado.*)

DOÑA ANA.

¿Que te encontró mi padre?

DON FERNANDO.

Esto ha pasado.

DOÑA ANA.

Pues bien, ¿cómo a mi cuarto has acertado?

DON FERNANDO.

Sin saber lo que hacía.

DOÑA ANA.

Sucesos son de la desdicha mía.
¡Ah, fortuna tirana!

(*Llaman.*)

Mas golpes dan.

DON RODRIGO.

Abrid aquí, doña Ana.

DOÑA ANA.

Mi padre llama; escóndete.

DON FERNANDO.

Es engaño,
si ya me ha visto.

DOÑA ANA.

¿Puede ser daño
más, Fernando, que hallarte?
Pues no le busques tú, deja buscarte.

(*Escóndese, y entra* DON RODRIGO *con una luz y la espada en la mano.*)

Pues, señor, ¿tú a estas horas de esta suerte
en mi cuarto, alterado? ¡Lance fuerte!
¿En la mano la espada? ¡Grave pena!
Del rostro toda la color ajena,
zozobrado el aliento,
con torpe voz y con oído atento,
las acciones inciertas,
como que hablar pretendes y no aciertas;
pensando mucho, pronunciando poco,
terrible pesar toco,
acciones que reserva un hombre sabio
o para una desdicha o un agravio.

DON RODRIGO.

Un hombre dentro de mi casa he hallado.
Vos sois muy moza, yo soy muy honrado.
Saber quién es me importa, y así intento
discurrir lo primero este aposento.

DOÑA ANA.

(Ya Cielos, no hay salida
que pueda aquí importar para mi vida.)

DON FERNANDO.

(Quiero salirle al paso.)

(*Cierra* DOÑA ANA, *y quita la llave.*)

DOÑA ANA.

(Ahora bien, dilatemos así el caso.)

DON RODRIGO.

¡Ah, hija infame! ¿Qué has hecho?

DOÑA ANA.

Sólo intentar que quedes satisfecho,
sólo que te asegures
que mi inocencia y tu recelo apures;
pero esto de manera
que no sea, señor, yo la primera
en quien esa sospecha o ese antojo
ciegamente ejecutes con enojo.
Porque no quiero, no, que si has juzgado
que aquí te han agraviado,
por tan fácil me tengas,
que a sospechar en mí primero vengas,
pues hallando el delito de repente,
juzgarme sin más causa el delincuente,
a dar a entender pasa
que soy la más liviana de tu casa,
y no es razón que así tu error te arguya,
cuando no por quien soy, por hija tuya.
Y no es esto querer que no le veas,
porque para que creas
que en sangre tuya tal acción no cabe,
ya te entrego la llave;

(*Dale la llave.*)

pero con condición de que primero
que llegues a mi cuarto de ti espero

que habrás toda la casa visitado;
y, no habiéndole hallado,
podrás, sin agraviarme,
enojarte, ofenderme y aun culparme.
Mira si estoy bien libre que le haya,
pues yo misma aseguro que se vaya.
Y sola esta razón ha de vencerte,
porque ésta es la más fuerte.
Doña Inés, de su hermano,
con intento liviano,
¿no profanó la casa
hoy y sabes que en el mesmo ardor se abrasa?
Ea, señor, conoce que si ha habido
hombre en tu casa, que ella le ha metido;
que mujer que en la suya no fué buena
mal mirará el decoro de la ajena.

DON RODRIGO.

Mucho aquesta razón me ha satisfecho.

DOÑA ANA.

(¡Ah, si mi engaño fuese de provecho!)

DON RODRIGO.

(Ya me espantaba yo que sangre mía
una acción tan infame hacer sabía.
Ello nada aventuro,
pues si estuviese aquí queda seguro
de que salirse pueda, y así parto
a visitar de doña Inés el cuarto.)
Quédate aquí.

(*Vase.*)

DOÑA ANA.

Aquí aguardo.—
¿Ya no se fué? Pues bien, ¿qué me acobardo?
Ya le envié de aquí diestra,
y esta llave maestra
que para el cuarto tengo,
por remedio a mis penas les prevengo.—
Salid, Fernando ¡qué notable suerte!,
antes que a dar mi padre vuelta acierte.

DON FERNANDO.

(En fin, voy con mi duda.) Adiós, doña Ana.

DOÑA ANA.

A Elvira enviaré allá a la mañana.

(*Entrase, y salen* DON JUAN *y* DOÑA INÉS, *cubriéndole, y* DON RODRIGO, *alborotado.*)

D.ª INÉS. ¿Hombre en mi cuarto a estas horas?
D. RODR. Eso examinar intento.
D. JUAN. (¡Perdido soy si aquí ve
que la palabra le quiebro!)
D. RODR. Yo he de mirar todo el cuarto.
D.ª INÉS. Oye.
D. RODR. ¿Qué intentas?
D.ª INÉS. Intento
que adviertas que no te toca,
ni por padre ni por deudo.
D. RODR. No tienes que prevenirme,
porque ya resuelto tengo
lo que he de hacer, y no admito
advertencias ni consejos.
Aparta.
D.ª INÉS. En fin, don Rodrigo,
¿te resuelves?
D. RODR. Sí resuelvo.

(*Mátale* DON JUAN *la luz.*)

D. JUAN. (Pues no me ha de ver aquí.)
D. RODR. Bárbaro, loco, ¿qué has hecho?
¡Mataréte! Pero en vano
mi enojo vengar intento
sin luz. La puerta del cuarto
es ésta, pues yo la cierro
y vuelvo por luz.

(*Cierra la puerta, y vase.*)

D. JUAN. La puerta
ha cerrado.
D.ª INÉS. Así lo entiendo;
pero otra en el cuarto hay
que al corredor sale, y pienso
que está abierta. Pero, guarda,
pasos en el cuarto siento.
D. JUAN. Pues ¿qué haremos?
D.ª INÉS. Retirarnos,
don Juan, ese cuarto adentro,
hasta ver en lo que pára.
D. JUAN. A tu gusto me sujeto.

(*Vanse, y sale* DON FERNANDO *tentando.*)

D. FERN. ¿Hay suceso semejante?
¡Que estén los criados puestos
en las dos puertas! ¿Qué haré,
que no sé adónde me vuelvo?
Sólo por estar escuro
me he entrado aquí. Mas ¿que veo?
Con una luz don Rodrigo
viene por el cuarto mesmo;
y por aquí está cerrado.

(*Sale* DON RODRIGO *con luz.*)

D. RODR. (¡Que de la cólera ciego
de esta puerta me olvidase!
Pero ¿no es el que estoy viendo?

El es.) Ahora, traidor,
pagarás tu atrevimiento.

D. FERN. Si estáis resuelto...

D. RODR. ¡Fernando!
(Admirado.)
(¿Es ilusión lo que veo?
¿Con doña Inés don Fernando?
¿Cómo persuadirme puedo
a tal suceso si sé
que ha venido aquí resuelto
desde Sevilla a matarla?
Mas ¿cómo dudarlo tengo
si le hallo con ella misma?
Decir que no tuvo tiempo
para vengarse, es engaño.
¿Qué será? ¡Válgame el Cielo!
Sin duda los dos procuran
(ahora he dado en lo cierto:
no puede ser otra cosa)
que, haciéndose el casamiento
con don Juan, cese el enojo.
Mas ¿cómo, si fuera esto,
se recataran de mí?
¿Declararéme con ello?
No, que pues de mí se guardan
algún fin tiene, y más cierto
será, pues ya lo he entendido,
con equívocos consejos
decirle cuán bien le está;
que don Juan es caballero
y rico, y si por ventura
se mejoran sus sucesos,
aunque es noble don Fernando,
le está bien el casamiento.)

D. FERN. (¿Hay suspensión semejante?
Tras tal cólera tan presto
reportado. ¿Qué será?)

D. RODR. Estadme, Fernando, atento.
Dejando quejas a un lado,
que con justa razón tengo,
porque lo que aquí procuro
es acomodar remedio,
que lo demás poco importa,
pues ha de parar en esto,
digo que, pues la igualdad
de hacienda y de nacimiento
es tanta, y por hecho ya
no tiene remedio el yerro,
lo que importa es atajarle;
que no siempre lo sangriento
importa al honor, y así,
yo de mi parte me ofrezco
a hacer lo más que pudiere,
Fernando, en servicio vuestro.

D. FERN. (Sin duda cuando doña Ana
le hablaba le dijo ¡ay, Cielos!
que quiero yo ser su esposo;
y así don Rodrigo, viendo
que el hallarme aquí remedia,
haciéndome de ella dueño,
que me case me previene.
Pero ¿cómo puedo hacerlo
hasta averiguar mis dudas?
Aunque ya pensado tengo
lo que le he de responder.)
Por que veáis que deseo
en todas las ocasiones
serviros y obedeceros,
como a los dos esté bien,
mañana, señor, ofrezco
que el casamiento se haga.

D. RODR. (¡Alto! Dijo casamiento.
Adiviné lo que era.)
Pues yo os aseguro de eso.

D. FERN. (¡Qué mal lo que he visto sabe!)

D. RODR. (¡Qué bien penetré su intento!)
Mirad que ha de ser mañana.

D. FERN. Siendo lo que decís cierto.

D. RODR. No habrá duda en lo que digo.

D. FERN. Ni la habrá en lo que os ofrezco.

D. RODR. Por propio estimo el favor.

D. FERN. Yo por dichoso el empleo.

D. RODR. Yo os quedo deudor de un gusto.

D. FERN. Yo soy quien la vida os debo.

D. RODR. Sois noble.

D. FERN. Soy vuestro esclavo.

D. RODR. En fin, ¿quedamos en esto?

D. FERN. Mañana os volveré a ver.

D. RODR. Pues mañana aquí os espero.

JORNADA TERCERA

(Salen DOÑA INÉS *y* DOÑA ANA.)

D.ª INÉS. Pasó, como te lo digo,
anoche.

D.ª ANA. ¡Suceso extraño!

D.ª INÉS. Tan aventurado al daño
se resolvió don Rodrigo.

D.ª ANA. (Notable mi dicha fué;
con esto se aseguró
y a mi cuarto no volvió.)

D.ª INÉS. Ahora, doña Ana, que
mi suceso te he contado,

mi pena te he referido,
mi inquietud has conocido
y mi duda reparado,
importa que tu valor,
que tu ingenio, tu amistad
venza una dificultad
en que peligra mi amor.
Si por noble y por mujer
hoy te duele mi pesar,
si has sabido qué es amar,
que es muy fácil de saber,
y si en piadosa te empleas
cuando de noble te abono,
oye cómo te ocasiono,
doña Ana, a que más lo seas,
para que, con una acción,
quedemos las dos aquí
yo agradecida de ti
y tú a mí en obligación.
Don Rodrigo, escrupuloso
contra mi amoroso afán,
no da licencia a don Juan
de verme hasta ser mi esposo.
Yo le adoro de manera
que fundo en verle mi vida,
y la juzgara perdida,
doña Ana, si no le viera.
Pensar que sólo el respeto
de tu padre ha de bastar
para dejarle de amar
cuando es tan grande el afecto,
es un intento tirano
y un pensamiento cruel,
pues no ha de poder más él
que mi honor y el de mi hermano.
Y si para eso se fía
de que en su casa me ampara,
con sólo que no le amara
pudiera estarme en la mía.
Y así, porque le he de amar
si dos mil riesgos espero,
y a tu padre excusar quiero
que se llegue a disgustar;
porque tampoco es razón
el solicitar su enojo
y que pueda en mí un antojo
más que no una obligación,
como cuerda, como amiga,
para que tu piedad sea
eterna, y para que crea
que mi desdicha te obliga,
traza, dispón, solicita
que pueda ver a don Juan;
y si te enoja mi afán,
y si mi afición te irrita
y el ayudarme te enoja,
desde ahora, desde aquí,
triunfando el disgusto en mí,
venciendo en mí la congoja,
de tu casa, de tu amparo
desisto, pues tal me veo,
que ni los temores creo
ni los peligros reparo.
Hoy mi vida busca aquí
remedio a tanta porfía;
hállele, si no por mía,
porque se ampara de ti.

D.ª ANA. (Ni sabe lo que me pide, *(Aparte.)*
ni yo qué he de responder,
porque, o ingrata he de ser,
o el ser piadosa me impide.
Por una parte el honor
de mi amante me detiene,
y por otra no conviene
usar con ésta un rigor.
Si ayudarla solicito,
ingrata a Fernando ofendo,
porque le está cometiendo
quien da favor al delito.
Dorar, callando, esta culpa,
es intento poco sabio,
que, cometiendo el agravio,
no es el callarle disculpa.
Y así es bien el no ofendelle,
aunque ofrezca el encubrille,
que mal dudará en decille
la que no temió al hacelle.
Pues también a una mujer
en amar tan empeñada,
tan ciega, tan declarada,
que se ha llegado a valer
de mí dejar de esta suerte
de amparar, era dejar
de ser noble y procurar,
con mi crueldad, su muerte.
Y si piadosa reparo
lo que debo hacer aquí,
basta que le busque en mí
para que halle en mí el amparo.
Esto ha de ser. Diga el mundo
hoy que mis dudas refiero,
que fué la piedad primero
y que fué mi amor segundo.)

D.ª INÉS. Pues ¿cómo, doña Ana, di,

dudas hoy en responder?
¿Esto te llego a deber
cuando me valgo de ti?
Ea, la duda atropella,
vence la dificultad,
que logra mal la amistad
que duda al tiempo de hacella.

D.ª ANA. Antes, con haber dudado,
puesto que hacerlo prevengo,
pienso, doña Inés, que tengo
mi amor más acreditado.
Pues si hay causa que me obliga
para dudar y temer,
que tú no puedes saber
ni es justo que yo te diga,
y tras la dificultad
tu amistad viene a vencer,
ésta sí que viene a ser
más muestra de voluntad.
Y así, mira en lo que puedo
ayudarte desde hoy.

D.ª INÉS. Postrada a tus pies estoy;
tan agradecida quedo
a esta fineza.

D.ª ANA. Levanta.

D.ª INÉS. Hoy nueva vida recibo
por ti contra el hado esquivo;
tal es mi amor, mi fe tanta.
Dios te guarde.

D.ª ANA. ¿Vaste ya?

D.ª INÉS. A don Juan voy a escribir
que no deje de venir
esta noche por acá.

(*Vase* DOÑA INÉS *y sale* ELVIRA.)

ELVIRA. ¿Ah, señora? Escucha, aguarda.

D.ª ANA. Pues bien, Elvira, ¿qué hay?

ELVIRA. Prevenirte de un disgusto,
avisarte de un pesar
sin andar en digresiones,
porque cuando está capaz
de remediarse es error
el llegarlo a dilatar,
pues cuanto más se detiene
se impide el remedio más.

D.ª ANA. Pasa adelante.

ELVIRA. Pues sabe
que yendo ahora a buscar
a Fernando a su posada,
me dijo Aloja que están
de partida.

D.ª ANA. ¿Para dónde?

ELVIRA. Para Sevilla será.

D.ª ANA. Y ¿cuándo?

ELVIRA. Esta misma tarde.

D.ª ANA. Detente, no digas más,
que no hay ánimo que baste
cuando es el disgusto tal.
¡Ay, don Fernando! ¡Ay, ingrato!
¡Ay, amante desleal!
¡Ay, cauteloso enemigo!
¡Ay, fementido galán!
y ¡ay, desdichada mujer,
pues ninguna tanto hay,
que se le ausente su amante
cuando adorándole está,
y que no se caiga muerta
en llegándolo a escuchar!
¿Qué he de hacer, triste de mí?
¿Qué remedio podré hallar
que le esté bien a mi honor?
¿Cuál alivio hallaré, cuál
que consuele de esta pena?
Pues quejarme es publicar
mi agravio; callarle, es ir
a la parte con mi mal;
para venganza no hay modo,
porque el hacerse matar
es tomarla de mí misma;
que aunque la civilidad
de su ingratitud a voces
sé que pidiéndolo está,
mujer qu acertó a vengarse
poco supo qué era amar.
Darme la muerte tampoco
puede a mi honor importar,
que nunca un puñal enmienda
lo que erró la voluntad.
Decirlo a mi padre, menos,
pues sólo vengo a granjear,
con que sepa mi desdicha,
el darle un disgusto más.
Cielos, una de dos sea:
o permitidme el hallar
remedio a tantas desdichas,
o esos rayos desatad
que hieran en este pecho
que ofrezco de par en par
por logro a su ejecución,
por triunfo a su crueldad.
El bien o el mal sólo os pido;
pues ¿cómo entre el bien y el mal
ni permitís el remedio
ni la muerte ejecutáis?

Y tú, ingrato dueño mío,
ya que a Sevilla te vas
huyendo de quien te adora
porque te adora no más,
oye estas últimas quejas,
si es que las puedo formar,
aunque si te han de mover
sé que no las oirás.
Y así, pues cruel me dejas,
y así, pues te estimo leal,
pues ingrato me desprecias
y pues firme te he de amar,
maltrata, ofende, desprecia,
injuria, aborrece y haz
más pesares a esta vida
que siempre tuya será,
que hay en ese cielo estrellas,
arenas en ese mar,
en ese pecho traiciones
y en este mío lealtad;
que yo, ciega, firme, amante,
resuelta, perdida, leal,
constante, loca, empeñada,
sin juicio y con voluntad,
siempre firme, amante siempre,
podré a voces publicar
que te quise lo más bien
y me tratas lo más mal,
y cuando más me ofendiste
entonces te adoré más.

ELVIRA. Señora, advierte, repara
que el llegarte a apasionar
tanto es yerro, cuando puedes
por algún camino hallar
remedio que importe mucho.

D.ª ANA. ¡Ay, Elvira, dime cuál!

ELVIRA. Si a don Diego se lo escribes,
yo sé que le ha de obligar
con ruegos o con razones.

D.ª ANA. Pues ¿cómo, Elvira, si está
receloso de Fernando?

ELVIRA. Como no le digas más
de que a una amiga le importa,
que luego no faltarán
excusas a su sospecha.

D.ª ANA. Bien dices. Llégame acá
el recado de escribir.

ELVIRA. Aquí está el recado ya.
(*Pónese a escribir y dice* ELVIRA:)
¡Ah, tristes mujeres, siempre
la peor parte os lleváis!
¡Ah, falsos hombres, qué presto
cuando queréis os mudáis!
Nuestra verdad es mentira,
vuestra mentira es verdad;
la que en nosotras por culpa,
gala en vosotros juzgáis.
Si una es mala, eso era cierto;
si buena, no pudo más;
si se aliña, es con cuidado;
si no, está contenta ya;
si calla mucho, es taimada;
si habla, rabia por hablar.
Lleven los diablos, amén,
cuantos oyéndome están.

(*Salen* DON FERNANDO *y* ALOJA.)

D. FERN. (De esta vez, afecto mío;
de aquesta vez, voluntad,
he de saber... Mas ¿qué miro?
Doña Ana escribiendo está.)

ELVIRA. (Fernando se ha entrado. ¡Ay, triste!
¿Cómo la podré avisar?
¡Ce, señora, don Fernando!)

D.ª ANA. Quita ese papel allá.

D. FERN. Ya es tarde para escondelle.
¿A quién escribiendo estás?

D.ª ANA. (¿Hay semejante desdicha?)
Como supe...

D. FERN. Bien está.

D.ª ANA. Que a Sevilla...

D. FERN. Ya lo entiendo.

D.ª ANA. Te partes... (Estoy mortal.)
A don Diego le escribía...

D. FERN. Que te venga a visitar,
porque ya no estorbo yo.
¿No es aquesta la verdad?—
Vamos, Aloja, de aquí.

ALOJA. ¿Dónde, señor?

D. FERN. A tratar
lo que le importa a mi honor.

D.ª ANA. ¿Que me dejas? ¿Que te vas?
¿Y sin decirme la causa?
Mas ¿qué causa me dirás
si no la tienes?

D. FERN. ¿No, ingrata?
Escúchame y lo sabrás.
Después que desde tu casa
con don Diego (¡Muerto estoy!)
al campo salí y tu padre
a despartirnos llegó,
volvimos hasta tu casa
a acompañarle los dos,
y al llegar vi que en tu reja

un hombre, no fué ilusión,
no fué sombra, no fué engaño,
no fué antojo, no fué error,
sino verdad evidente,
sino segura traición,
sino averiguada ofensa
y descubierto rigor,
tal como pudo pedirla
en tan rigurosa acción
el ser tú mujer ¡ah, ingrata!
y el ser desdichado yo,
escondióse en el portal,
y mil veces ¡vive Dios!
ciego, irritado y amante,
tuve determinación,
aunque tu padre lo viera
(tan crecido fué el dolor),
de quitarle allí la vida;
que aunque sé que tu opinión
y tu vida aventuraba,
no hay cordura, no hay razón
que baste cuando se juntan
los recelos y el valor.
Venció la cordura, en fin;
libré a mejor ocasión
mi venganza, y esperé,
luego que tu padre entró,
a que del portal saliese;
y, en fin, por mirar tu honor
y no alborotar la calle,
ardiendo en coraje, doy
lugar que pase; a este tiempo
por esa puerta se entró
del jardín, y yo después,
cuando Elvira me avisó
y supe que era en tu casa,
guiado de mi furor
entré a vengarme, tu padre
a este tiempo me encontró;
y después que me ocultaste
y que de allí se apartó,
volví a encontrarle otra vez.
Creció de nuevo el temor,
por ver mayor el empeño;
pero tan poco duró,
que con que fuese tu esposo
cesaba su indignación.
Fuéralo entonces, sin duda;
¡oh, que de ello malogró
tu desacierto! Pues luego
el recelo me avisó
de aquel hombre que vi entrar,
que fué bastante ocasión
a que no me resolviese,
porque muchas veces son,
las que en el amor finezas,
delitos en el honor.
Pero, con todo, atendiendo
al disgusto, a la pasión
de tu padre, le ofrecí,
como esté bien a los dos
(¡qué necio fuera en cumplirlo!),
en darte la mano hoy.
Y cuando vengo a decirte
el estado de mi amor
y a prometerte, encontrando
bastante satisfación,
cumplir con tu padre, hallo
en tu mano otra traición,
otro más nuevo delito,
otro más patente error
y, en fin, otro amante más
y otra pena más atroz.
Esto es por lo que me ausento,
y sé que en obligación
me estás, porque si en tu padre
es fuerza buscarme hoy,
y en mí lo es el no casarme
porque importa a mi opinión,
y para esto no hay más medio
que decir lo que pasó
o irme, y si se lo digo,
estima tanto su honor,
que ha de quitarte la vida,
y con dejarte te doy
para tu amor más lugar,
pues podrás, en conclusión,
gozar en paz a tu amante
sin cuidado y sin temor,
que donde hay muchos galanes
siempre poca paz se halló.
Esta, doña Ana, es mi pena,
aquesta tu sinrazón,
esto por lo que me ausento,
aunque sé que a morir voy,
pues no hay mayor dolor
que es estar ofendido y con amor.

D.ª ANA. ¿Esa, en efeto, es la queja?

D. FERN. Esta es mi pena mayor.

D.ª ANA. Pues oye cómo en tus dudas
fundas mi satisfación.
Tú dices que viste anoche
que un hombre en mi casa entró,
y que al mismo tiempo Elvira

de mi parte te avisó
que a verme entrases; ahora
verás si tengo razón.
Sentemos aquí primero
que mujeres como yo
no aman más de por amar;
pues, siguiendo tu opinión,
digo que después de amarte
a otro objeto se inclinó
el alma y que me rendí
a esa bárbara pasión,
cosa que juzgo imposible:
que la que una vez amó,
los desaires de su amante
los tiene por perfección;
y así, por vencerte más,
paso por aquese error.
Digo que a nuevo galán
rendí después mi afición
y dejé a ti de quererte;
pues, dime, ¿por qué razón
pude rogarte que entrases?
¿Por buscar una ocasión
en que arriesgar a mi amante?
¿Por malograr el favor
que estaba usando con él
y aventurar mi opinión?
Demás, de que cuando entraste
y mi padre te encontró,
te escondí dentro en mi cuarto;
y es cierto que tu temor,
o tu recelo, entre tanto
que mi padre se volvió,
le buscaría por él;
pues querer decir que yo
le escondiera en otra parte
es vana imaginación;
pues quien sin quererte a ti
tan grande fineza usó
como esconderte en su cuarto,
fácil de entender dejó
que por el galán que amaba
lo hiciera mucho mejor.
¿Ves como es tu mesma duda
la mayor satisfación?

D. FERN. Esa razón era buena
cuando fuera una ilusión,
un antojo, una apariencia,
una sospecha, un temor,
un recelo, una premisa,
una duda, una atención
y, en fin, un agravio en sombra
de si pasó o no pasó;
pero ver entrar un hombre,
y hombre que primero (¡ay, Dios!)
estaba hablando en tu reja,
y que en efecto se entró
por la puerta del jardín,
que es la sospecha mayor;
que puertas en los jardines,
mirado con atención,
la comodidad las labra
y las frecuenta el amor.
Dime, ¿a qué entraba este hombre?
¿Hay prima? ¿Hay hermana? No;
que aun esta usada disculpa
no puede valerte hoy.
Y ahora escribir a don Diego...
Basta, doña Ana, por Dios,
que lo que juzgas descargo
toca en desestimación;
y así, mientras no me digas
quién era y a lo que entró,
no me has de ver en tu vida.

D.ª ANA. Tente, aguarda.

ELVIRA. Mi señor.

D.ª ANA. ¿Hay más desdichas que espere?

ELVIRA. Que llega.

D. FERN. Doña Ana, adiós.

D.ª ANA. En fin, Fernando, ¿te vas?

D. FERN. En fin, doña Ana, me voy.

D.ª ANA. ¿Qué te obliga?

D. FERN. Mi venganza.

D.ª ANA. ¿Quién te guía?

D. FERN. Tu rigor.

D.ª ANA. ¿Yo no te adoro?

D. FERN. No, ingrata.

D.ª ANA. ¿Y que no he de verte?

D. FERN. No.

D.ª ANA. ¡Muera, pues soy desdichada!

D. FERN. ¡Muera, pues infeliz soy!

(*Vase.*)

ALOJA. Y tú, Elvira, adiós te queda,
que también celoso voy.

ELVIRA. ¿Por qué causa?

ALOJA. ¿Qué más causa
que el estarlo mi señor?
Porque se pegan los celos
como sarna, sarampión,
tiña, lepra, lamparones,
peste, tabardillo y los
demás achaques que curan
los hermanitos de Antón

Martín, y no es maravilla,
ni te cause admiración,
que los celos me pegase
quien el amor me pegó.

(*Vase, y salen* Don Rodrigo *y* Don Diego.)

Don Rodrigo.

En efecto, don Diego,
hoy quedaremos todos con sosiego;
porque hoy don Juan casado
y hoy también por la muerte perdonado,
todo el disgusto cesa.

Don Diego.

Acción de solo vuestro pecho es esa.

Don Rodrigo.

¡Hija!

Doña Ana.

Padre y señor, mi pena es mucha,
y de manera el sentimiento lucha
a vencerme, que entiendo...
(Pero disimular ahora pretendo.)

Don Rodrigo.

Parece que alterada,
inquieta, mal segura, alborotada
me habláis. ¿Qué ha sucedido?

Doña Ana.

(¿De qué mujer se habrá jamás oído
que por respeto ajeno...
Mas ya sin tiempo mi piedad condeno.
Disimular importa,
ya que examino que es mi suerte corta.)
Hoy, señor, me dijiste
cómo Fernando (¡ay, triste!)
estaba con intento
de hacer de doña Inés el casamiento
con don Juan; y, en efecto, como amiga
de doña Inés, permíteme que diga
que de suerte me holgaba,
que parece era yo quien se casaba.
A este tiempo he sabido
que, aleve y fementido,
a Sevilla se parte, y que sin falta
a la palabra falta
que a ti te dió, y te deja
hoy con tan justa queja;
y a doña Inés, que como a hermana quiero,
ver sin el gusto que deseaba espero,
debí de alborotarme,
y no hay por qué culparme
cuando a un tiempo miraba
que a un padre y a una amiga disgustaba.

Don Rodrigo.

¿Que Fernando se ausenta
y que engañarme intenta?
¡Vive el Cielo, si llego
antes que parta, que de enojo ciego!

Don Diego.

¿Qué haces?

Don Rodrigo.

Ir a buscarle,
ir a que se detenga o a matarle.

Don Diego.

A tu lado me tienes.

Don Rodrigo.

Antes me he de enojar si tras mí vienes;
que no quiero que diga,
cuando a arrestarme la razón me obliga
resuelto y enojado,
que le voy a buscar acompañado.

(*Vase.*)

D. Diego. Ya que tu padre se fué,
¿dará lugar tu rigor
a que te diga mi amor
el estado de su fe?
¿Podré, doña Ana, podré
publicar que más te adoro
cuando tu rigor no ignoro,
cuando tu impiedad no dudo,
cuando mi pena no mudo
y más mi desdicha lloro?

D.ª Ana. No es tiempo ahora, don Diego,
de escuchar esas ternezas,
que se oyen mal las finezas
adonde falta el sosiego.
Id tras mi padre, que luego
tendréis para eso lugar;
que aunque él procure estorbar
que ahora le acompañéis,
a él le toca que os quedéis
y a vos el irle a buscar.

(*Vanse, y sale* Don Fernando, *de noche.*)

D. Fern. Ya que doña Ana segura
estará de que me ausento,
averiguar aquí intento
si otra voluntad procura.
Bien sé que el amor murmura
aquestos nuevos desvelos
después de tantos recelos;
pero no hay de qué admirar
que a un triste le ha de costar
cuidado aun hallar sus celos.

(*Sale* DON JUAN, *de noche.*)

D JUAN. Avisóme doña Inés
para que venga esta noche,
diciéndome que en la reja
estará Elvira con orden
de que al instante que llegue,
por que más mis dichas logre,
me abrirá por el jardín.

D. FERN. (Pasos siento, y viene un hombre.
De la escuridad me amparo.)

(*Llégase* DON JUAN *a la reja y asómase* ELVIRA.)

ELVIRA. ¿Es don Juan?

D. JUAN. ¿Elvira?

ELVIRA. Voime
a la puerta.
(*Quítase.*)

D. JUAN. Allá te aguardo.)

D. FERN. Llegó a la reja, pasóse
y por el jardín ¡ay, Cielos!
le han abierto. Daré voces.
Elvira, Elvira; ¡ah, traidora!
¡Oh, qué bien se conoce
que en busca de una desdicha
no hay paso que no se logre!
Abre, Elvira, o ¡vive el Cielo!
que aunque la calle alborote...

(*Sale* DOÑA ANA *a la reja.*)

D.ª ANA. ¿Qué es aquesto? Mas ¿qué miro?

D. FERN. ¿Qué ha de ser? Tus sinrazones,
mis ofensas, tus crueldades,
mis desdichas, tus rigores,
mis agravios, tus cautelas,
mis afrentas, tus traiciones.
Niégame ahora ¡ay de mí!
que tienes en casa un hombre.
Ya le he visto, y sólo quiero,
pues que mi razón conoces,
pues que convencida estás
que en tu vida... Pero voime,
que aunque pudiera vengarme
y irritado cuanto noble
darle muerte a ese alevoso
que dentro en tu casa escondes,
por tu padre... Mas ya tardo.

D.ª ANA. Aguarda, Fernando, oye.
(Sin duda que doña Inés (*Aparte.*)
abrió a don Juan, y que entonces
Fernando le vió. ¡Ay de mí!
¿Hay más penas que me ahoguen,
más desdichas que me cerquen,
más dolores que me acosen
y más ansias que me aflijan?)

D. FERN. No he de esperar tus razones.
Mas ya que no hay imposible
a que mi honor no se arroje,
abre, ya voy a la puerta.

D.ª ANA. Valió la industria, valióme.
Tenga yo lugar de hablarle,
que de camino, aunque estorbe
mi piedad a mi opinión,
a Elvira le diré a voces
que a don Juan y a doña Inés
de aqueste peligro informe.

(*Vanse, y salen* DON JUAN *y* DOÑA INÉS.)

D.ª INÉS. En efeto, que doña Ana
a ayudarnos se dispone,
que por ella puedo verte,
y nuevas obligaciones
añade a las que debemos.

D. JUAN. Gente viene. ¿No lo oyes?
Elvira.

(*Sale* ELVIRA.)

ELVIRA. Don Juan, señora,
al punto, al punto te esconde,
que mi señora, su padre,
que suben ya, ¿no los oyes?

D. JUAN. No hay dicha que azar no tenga.

D.ª INÉS. No hay gozo que no zozobre.

(*Escóndase al paño, y salen* DON FERNANDO *y* DOÑA ANA, *deteniéndole.*)

D.ª ANA. Ya que estás aquí, señor...
(¿Qué haré en tantas confusiones?
Si entrar le deja el amor
la lealtad a estos dos rompe,
que, fiados en mi amparo,
de él en mi casa se esconden.)

D.ª INÉS. (¿No es Fernando?

D. JUAN. ¿No es tu hermano?

D.ª INÉS. ¿Si habrá sido trato doble
de doña Ana y ahora...? ¡Ay, Cielos!

D. JUAN. Doña Inés, no te alborotes;
que teniéndome a tu lado
ningún riesgo hay que te importe.)

D. FERN. Yo no vine aquí a escucharte,
sino a que mejor te informes
otra vez de mi valor,
y a que, ciega, no te arrojes.

D.ª ANA. Bien conozco tu valor,

que, a dudarle, soy tan noble,
que no te hubiera querido;
pero fué mi intento entonces
solamente detenerte,
y así este instante me oye.

D. FERN. Volveréme si eso intentas.

D.ª ANA. No te pido que me abones
ni que te quedes te pido;
sólo, sí, que dos razones
me escuches, cosa que a nadie
se ha negado.

D. FERN. ¿Al duro bronce
quieres mover? No he de oírte.

D.ª ANA. Pues ni quiero que te tornes,
ni quiero que de aquí pases,
y quiero que, aunque te enojes,
me escuches. Bien, ¿qué has de ha-
supuesto que ya se pone [cer
mi amor al mayor empeño?
Suspende este instante el golpe,
y aunque después no hagas caso,
escúchame.

D. FERN. Aunque malogre
este rato, ya te escucho.

D.ª ANA. (El corazón se me rompe,
el aliento se me turba,
el ánimo se me encoge,
la lengua se me entorpece
y, en fin, todas las acciones
tan turbadas las advierto,
las hallo con tal desorden,
que al publicar mis desdichas,
que al referir mis pasiones,
por querer informar todas
no hallo ninguna que informe.)

Tú veniste a esta Corte, estáme atento,
no ignoro mi desdicha ni tu intento,
en seguimiento de don Juan de Chaves;
pero esto ya lo sabes.
Encontraste conmigo,
bien se te acordará de lo que digo;
miréte atenta, atento me miraste;
no sé si te obligué, tú me obligaste.
Que me amabas dijiste,
¡oh, cómo veo ahora que mentiste!
Creílo entonces, porque como estaba
ciega la voluntad, sólo deseaba
hallar cualquiera rastro de disculpa,
si pudo nunca ser amarte culpa;
y así, cuando supiera
que engaño tuyo era,
te adoraba de suerte
que engañarme dejara por quererte.
En fin, verdad o engaño,
aventurada al daño,
arrestada al suceso,
empeñada al exceso,
atrevida al enojo,
inclinada al arrojo,
ciego el discurso, la razón perdida,
mudo el aviso, la atención dormida,
el riesgo descubierto,
el peligro más cierto,
en tan ciega porfía,
lo que no es resistir, todo lo haría.
Esto a mi amor le debes,
si no es que ya a negármelo te atreves,
porque el primer motivo de un ingrato
es desmentir la obligación del trato;
y aunque es culpa tan grave
negarla quien la sabe,
si a no pagarla estás determinado,
en negarla andarás más acertado;
porque, bien discurrido,
aún es más permitido,
debiéndola, el negarla
que confesar deberla y no pagarla.
Mi Fernando, señor, ¿tú de esa suerte
procurando mi muerte?
Vuelve, repara atento
mi pena, mi dolor, mi sentimiento,
mis ansias, mis sollozos, mis gemidos
con piadosos oídos.
Si alguna falsa sombra
o te altera, o te asombra,
o te turba, o te inquieta
cuando así a tus recelos te sujeta,
considera advertido
las finezas que aquí te he referido,
y otras que no se saben,
tantas, que apenas en el alma caben;
y luego, asegurado,
hallarás, mi Fernando, ese cuidado,
porque no cabe tan contrario efeto
como amar y ofender en un sujeto.
Si porque ese temor más no te arguya
quieres que diga a voces que soy tuya,
tuya soy, y quisiera
que dilatarse aquesta voz pudiera
del uno al otro polo
por que no quede en él un hombre solo
que ignore que rendida
vive a tu amor mi vida;

y así, sabiendo todos mis desvelos,
no se atreva ninguno a darte celos.
Si rendida te importa
mi vida, hiere, corta,
ea, que el corazón tanto desea
ver prenda tuya en sí, que aunque esto sea
ejecutar rigores,
más que estimar halagos y favores,
por ser tuyo contento
hará lugar a ese puñal sangriento.
Todo esto que mi amor aquí porfía
es voluntad, es gala, es bizarría.
Mas pensar tú, grosero,
cuando tocando estás lo que te quiero,
que no ha de ser bastante
fineza tan constante
a asegurarte hasta mirar mi casa
tan de lo justo pasa,
que no lo permitiera,
Fernando, si mil veces te perdiera,
porque quiero que debas
la verdad a mi amor y no a tus pruebas.
Ea, sepamos lo que más te obliga,
si mi amor te mitiga,
si tu duda te altera,
si mi afecto te espera,
si tu enfado te dura,
si mi fe te asegura,
si tu rigor te inquieta
y, en fin, si te sujeta
una ofensa dudada
más que tanta verdad asegurada.

D. JUAN. (¿Hay más notable suceso?
¡Que amante Fernando sea
de doña Ana y haya estado
en Madrid sin que lo sepa!
¡Que le haya dado yo celos!
¡Y que doña Ana, resuelta,
sólo por no descubrirnos
se arroje de esta manera
a disgustar a su amante!
Mucho esta piedad me enseña.)
D.ª ANA. Fernando, pues ¿qué respondes?
D. FERN. Bien fácil es la respuesta.
D.ª ANA. (¡Ay, don Juan, lo que me debes!
¡Ay, piedad, lo que me cuestas!)
¿Qué dices?
D. FERN. Digo, doña Ana,
que si no es que al hombre vea
no me he de satisfacer.
D.ª ANA. Advierte en lo que te empeñas.
D. FERN. Esta es resolución.
D.ª ANA. Mira
que después no te arrepientas.
D. FERN. O me he de ir o le he de ver.
D.ª ANA. Pues, Fernando, si ya llega
tu temeridad a tanto
que mis verdades desprecias,
que mis razones no atiendes
y pueden más tus sospechas
que tantas satisfaciones,
aunque la vida me cuesta,
no se ha de decir que fuí
con mi estimación tan necia
que logró tu grosería
lo que perdió mi fineza;
y así, vete.
D. FERN. Ya me voy.

(*Sale* DON JUAN *y* DOÑA INÉS, *deteniéndole.*)

D. JUAN. Pues no te vayas, espera.
D.ª INÉS. ¿Qué has hecho?
D.ª ANA. ¡Terrible arrojo!
D. FERN. Pues, traidores, ¿aquí?
(*Empuñando las espadas.*)
D. JUAN. Deja
que te diga a lo que salgo,
que para eso tiempo queda,
y quien se arroja al peligro
nunca al peligro se niega.
Y así, si doña Ana ahora
por ampararme se alienta
a perderte, y en perderte
tantas desdichas confiesa,
yo, que soy noble y conozco
que razón injusta fuera,
cuando por mí se aventura
no aventurarme por ella,
quiero que si con mi daño
aquí el suyo se remedia,
se enmiende un daño con otro.
Ahora este acero te espera.
(*Sacan las espadas.*)
D. FERN. Hoy vuestras infames vidas
han de lavar mis ofensas.
D.ª ANA. No, Fernando, no es razón
que yo su agravio consienta.
D. FERN. Aparta.
D.ª ANA. En vano porfías.
D. FERN. Mira que mi honor se arriesga.
D.ª ANA. Tu honor quiero asegurar.
D. FERN. ¿Mi honor? Pues ¿de qué manera?

D.ª ANA. Tú veniste aquí celoso
y, bizarro y arrestado,
hoy don Juan ha procurado
mi quietud y tu reposo.
De modo que si él piadoso
te asegura esos recelos,
te excusa tantos desvelos,
a otra piedad te convida,
que bien merece una vida
quien asegura unos celos.
Y nombre de ingrato alcanza
el que al tiempo, a la ocasión
que halla una satisfación
solicita una venganza;
y así, en esta confianza
segura, Fernando, digo,
que si él piadoso contigo,
por excusar un pesar,
sale el castigo a buscar,
tú no has de usar del castigo.
Porque infamia llega a ser
y proceder desatento
en quien usa el rendimiento
ejecutar el poder;
y si con llegarse a ver
su esposo queda postrada
la ofensa más acertada,
será acción en que ha quedado
un amor asegurado
y una ofensa perdonada.
Mi bien, Fernando, señor,
yerro es de amor el que halláis,
pues si no le perdonáis,
¿para qué tenéis amor?
Ea, cese ya el rigor,
la piedad os comprehenda
para que mejor se entienda
que en aplacaros me fundo,
y por que publique el mundo
que un daño a otro daño enmienda.

D. FERN. Tal es el gozo de ver
hoy mi amor asegurado,
y el tuyo tan obligado
se llega a reconocer,
que si ofensa pudo ser
dudar tu verdad allí,
ya la satisfago así
para que entienda tu fe
que lo que allá te negué
te estoy ofreciendo aquí.
Con que vengo a gradecer
hallar aquí mi enemigo,
para que mi amor contigo
más galante pueda ser;
y así, por que eches de ver
que obligarte solicito,
repara bien que acredito
más mi amor con lo que hago,
pues no paso en ti un amago
y perdono en mí un delito.

(Envainan las espadas y salen DON RODRIGO *y* DON DIEGO.)

D. RODR. Fernando, ¿vos en mi casa
y buscándoos yo con queja
de que os ibais a Sevilla?

D. FERN. Más es, señor, mi obediencia.

D. RODR. Bien se ve, pues hallo ya
los dos en presencia vuestra;
y pues me disteis palabra,
si gustáis que ahora sea
la boda, cumplidla aquí.

D. FERN. Por vos perdonados quedan.
(Danse las manos.)

ALOJA. ¿Cómo es esto? ¿Así se casa
un gallego de su tierra
para dar un antuvión,
y cuando la ocasión llega
del montantazo y el zas
se están con esta llaneza?
¡Vive el Cielo que sucede
a pedir de la comedia!

D. FERN. Y yo, si en algo, señor,
os obligué, en recompensa,
dando a doña Ana la mano
haréis que a Sevilla vuelva
con honor y con esposa.

D. RODR. Ya por mí tiene licencia.

D. FERN. Por felices doy mis celos.

D.ª ANA. Yo, por dichosas mis penas.

D. DIEGO. Y yo muchos parabienes,
que justamente se emplean
en tal día.

ALOJA. Mas qué presto
estas cosas se conciertan.
¿Quiéresme, Elvira?

ELVIRA. Sí, Aloja,
aunque vinagre te vuelvas.

ALOJA. Y con esto y que don Diego
de nones para otra queda,
Enmendar un daño a otro
será razón que fin tenga.

FIN

LA GRAN COMEDIA DE

EL ESCLAVO DE VENECIA

Y AMANTE DE SU HERMANA

DE

LOPE FÉLIX VEGA CARPIO

PERSONAS

ASTOR BALÓN, *viejo.*	GANDALÍN, *gracioso.*	CELIDORO, *general.*	SOLDADOS TURCOS.
CAMILA, *su hija.*	MULEY, *turco.*	SELÍN, *gran turco.*	NUESTRA SEÑORA.
RICARDO, *cautivo.*	MAHAMET, *turco.*	ZARA, *turca.*	*Dos* SENADORES.
			[*Un* MÚSICO.]

[JORNADA PRIMERA]

(*Disparan dentro, y habrá gran ruido de guerra, como que se da batería y asalto, y salen dos turcos, que son* MULEY *y* MAHAMET, *con espadas desnudas, tras de* ASTOR BALÓN, *general de Famagosta, y él retirándose con la espada desnuda y el bastón quebrado, y ensangrentado el rostro, y a la postre* CELIDORO. *Dicen primero dentro los dos* MOROS:)

DENTRO. ¡Famagosta por Selín!
¡Vitoria, turcos, vitoria!
Llore, como Nicosía,
su ruína lastimosa.

(*Agora salen como está dicho.*)

MAHAMET. Rinde la espada o la vida.
ASTOR. La vida será más honra,
porque sin honra la vida
es muerte, y muerte afrentosa.
CELIDORO. Tened, valerosos turcos,
y no borréis vuestras glorias
dando muerte al General
de la insigne Famagosta.
ASTOR. ¿Quién eres, turco piadoso,
que darle la muerte estorbas
al hombre más desdichado
que vieron Grecia ni Roma,
pues ya le enfada la vida?
CELIDORO. Soy quien gobierna las tropas
del Gran Señor; soy quien pone
terror a todas las costas,
desde Roma hasta Mesina
y desde Venecia a Rodas;
soy Celidoro.
ASTOR. A tu fama
se le aventajan tus obras,
y me holgara que a tus manos
se acabe mi vida corta,
porque esa gloria me queda
de morir con tanta honra.
CELIDORO. Muy herido estás.

(*Afírmase con* CELIDORO.)

ASTOR. Pelea,
que ánimo y honor me sobra
para probar el valor
de mi antigua sangre heroica.
CELIDORO. No podrá cortar mi alfanje
en carne tan generosa,
y parece que esa sangre
el corazón me alborota,
y con ocultos impulsos
me enternece y aficiona.
No sé qué siento en mirarla,
que pienso que cada gota
me sale de las entrañas,
bronce un tiempo y cera agora,
y parece que el ser debo
a esas canas generosas,
que mis iras y crueldades
truecan en misericordias.
Verdad es que en los cristianos
cierta inclinación piadosa
arrebata mi albedrío
y a amparallos me provoca;

pero no con tal vehemencia
como me ha causado agora
ver esa sangre que viertes
con el valor que pregonas.
Y ¡vive Alá! que trocara
el bastón con que me honra
Selín por ser hijo tuyo,
cuya nobleza notoria
hace el valor de ese pecho
y esas canas, que provocan
a lástima y a piedad;
y, a poderlo hacer sin nota,
dejara de proseguir
la conocida vitoria,
y por tu respeto sólo
perdonara a Famagosta,
cuyos altos homenajes
hoy a mis plantas se postran.
Mas haré lo que más pueda
por que en libertad te pongas,
y será que en una nave,
sin que nadie te conozca,
puedas partirte a Venecia.

ASTOR. Será mayor mi deshonra
si yo quedo vivo cuando
he perdido a Famagosta,
siendo su caudillo, y cuando
tanta noble gente postra
la vida por la defensa.

CELIDORO. La vida es cosa preciosa,
y, a pesar de la fortuna
que te persigue ambiciosa,
quiero que la goces.

ASTOR. Guarde
el Cielo la tuya.

CELIDORO. Goza
la libertad que te ofrezco,
y que te cures importa,
que de todo habrá en la nave
prevención. El alma llora,
valiente cristiano Marte,
en ver la sangre que brotas,
cual si fuera sangre mía,
y el Cielo, que la confronta,
sin duda sabe el secreto.

(*Ruido de cajas.*)

Alá te guarde, que tocan
segunda vez; a embestir
voy, que importa mi persona;
pon la tuya en salvo al punto.

ASTOR. Ve con Dios.

CELIDORO. Alá te ponga
en seguro y salvo puerto,
que mis entrañas de roca
has vuelto de blanda cera.

(*Vanse los* MOROS.)

ASTOR. Tienes entrañas piadosas.
Dios te dé luz en el alma
para que tu bien conozcas.—
Más valor era morir
que aquesta vida afrentosa.
No iré a mi patria, aunque pueda,
donde mi infamia notoria
me estará dando garrote.
Adonde no me conozcan
gastaré mi corta vida
y haré vida religiosa
para que el alma se gane,
pues se ha perdido la honra.

(*Vase. Salen* CELIDORO *y* CAMILA, *dama, acuchillándose.*)

CELIDORO. ¡Detente, fuerte Belona,
si no eres Venus, que en Chipre,
como el fénix del Arabia,
de ti misma renaciste!
¡Detente, Palas bizarra,
que basta que sólo mires
para rendir libertades
que altivos orgullos rinden!
Sin duda alguna eres Flora,
la diosa de los jardines,
y entre las murtas y flores
cautivas las almas libres.
Y como es Chipre tu patria,
por sus heroicos pensiles
defiendes a Famagosta,
ciudad tuya y corte insigne.
Deja ese rayo de acero,
pues que tus ojos despiden
rayos que abrasan el alma
y al sol turban con eclipse.
Ríndete a mi fuerte brazo
y la gloria no me quites
de esta vitoria, pues ya
tantos varones sublimes
y valientes capitanes
besan mis plantas, humildes. (1)
Aunque [a] esas plantas rendirme
y adorar esa deidad,

(1) Falta un verso después de éste que aclare el sentido de la transición.

que cual carácter imprime
el alma que se sujeta,
para que las sacrifique
a las aras de tu altar,
que ya sólo por ti vive.
Ea, milagro de Alá,
rayo de la Europa, dime
la resolución que tomas;
que si a mi piedad te rindes
y si mi amor favoreces,
harás que el Asia te invidie;
oro pisarán tus plantas;
topacios, piedras, rubíes,
sembrados en ricas telas
de damascos y tabíes,
adornarán tus alfombras,
y tendrás para servirte
treinta turcas, todas nobles,
de ilustre y antigua estirpe,
y en mis doradas carrozas,
con blancas yeguas, cúal cisnes,
podrás pasear alegre
las calles de mis jardines,
y en mí tendrás un amante
con una voluntad firme,
un galán que te enamore
y un marido que te estime.

CAMILA. Yo no soy mujer humana;
muy mal podrás persuadirme
con rigores ni ternezas
cuando soy rabiosa tigre;
que aunque no he perdido hijo
en este trance infelice,
perdí un padre, espejo mío,
en mis años juveniles.
Pierdo la hacienda y la patria,
y la vida, que me aflige,
quiero perder en venganza
de aquesta sangre que tiñe
la hierba de la campaña
y aquestas murallas tristes,
sitio de placer un tiempo
por sus hermosos (1) pensiles,
ya teatro de tragedias
de sangre ilustre y humilde,
pues tu rigor no perdona
a las edades pueriles,
ni juventudes lozanas
con bellezas infelices
ni senectudes caducas
que no ofrezcan por rendirse
el cuello a la dura muerte,
que pudieran tener libre
si mantuvieras el trato,
que era razón el cumplirle;
mas fué palabra de moro,
que ninguna tiene firme.
¡Infame trato mantienes!
pues con cautela fingiste
que a Candía, con la hacienda,
podíamos pasar libres,
y apenas en la ciudad
entrastes, cuando hicistes
lo mismo que en Nicosía
y en todo el reino de Chipre.
En ti he de vengar la muerte
que causaste, monstruo horrible,
sediento de sangre humana.
Haz cuenta que soy Tomiris,
que a vengar sale a sus hijos,
y que eres Ciro y Caribe,
el cruel rey que terror
fué de Persia y sus confines.
Verás, aunque soy mujer,
que a los pechos varoniles
aventaja mi valor,
y quiero que me acrediten
las obras, no las razones.

CELIDORO. (Beldad y valor compiten.) (*Aparte.*)
Aguarda, bella cristiana,
que no es razón que castigues
mi valor con tus palabras
y licencias mujeriles.
Alí, general del mar,
usó el mal trato que dices,
que yo, cual piadoso Eneas,
en hombros saqué a otro Anquises
de la crueldad del incendio
que en la nueva Troya viste.
El fué el Sinón engañoso,
el falso y astuto Ulises,
que metió el paladión
con sus cautelas sutiles
dentro los soberbios muros
que hoy su homenaje le rinden;
que yo mi palabra estimo,
como es razón que se estimen
las palabras de hombres nobles
que ocupan puestos sublimes.
Por Alá, bella cristiana,
que me pesa que publiques,

(1) En el original, "heroycos", calificativo impropio.

tan a costa de mi honor,
infamias que no permite
el valor que vive en mí,
que es, por ser mío, invencible.
Mas mi piedad te perdona
porque, engañada, veniste
a hacer de tu fama alarde
con tus hechos varoniles;
que hombres como Celidoro
nunca usaron tratos viles,
que acredito mis hazañas
siempre con hechos felices,
por que la fama los cante,
que ella sola en bronce escribe,
eternizando memorias
que mi valor acrediten.
Y pues ya te he satisfecho,
agora quiero advertirte
lo que más puede importarte
para que te certifiques
que hallaste un pecho leal,
aunque infamias presumiste
de quien tal nombre aborrece,
que la fama eterna vive.
Ya no queda quien te ampare
que cristiano se apellide;
aunque quiera mi piedad
hacer tu hermosura libre
y los turcos sin respeto,
tengo por cosa infalible,
que profanen tu deidad
aunque tu valor resiste,
yo, con respeto y decoro,
adoro aquese imposible
y esa beldad soberana,
sin que a otra ninguna incline
mi voluntad, pues a ti
con sus potencias se rinde
el alma, que es tuya toda,
si ya por tuya la admites,
y a ley de noble te juro,
si en tu gracia me recibes,
que jamás contra tu gusto,
si trecientos años vives
conmigo, intentaré cosa
que te ofenda y desobligue;
y aquesto pena de infame
y que el Cielo me castigue
si no guardare tu honor
como hermano y como firme,
y como leal amante
quererte, amarte y servirte;
y si mi amor no agradeces,
aunque el amor lo prohibe,
serás prenda de Selín,
gran turco, aunque no te estime
como tus partes merecen,
que cualquier belleza insigne
por grandeza le presentan.
El mejor camino elige:
serás esclava o señora.

CAMILA. Pues que mi estrella infelice
en este trance me pone,
cumpliendo lo que me dices,
te suplico que me ampares,
que, dispuestas a servirte
por evitar mayor daño,
voluntad y armas se rinden;
pero el día que no cumplas
todo lo que prometiste,
mi mansedumbre verás
trocada en furiosa tigre,
que para guardar mi honor
soy muro y roca invencible.

CELIDORO. Seré la misma firmeza
en las promesas que hice,
y el tiempo será testigo,
que ninguna cosa finge
en casos dificultosos.
Siempre importan los ardides,
y de uno es fuerza valernos,
que no nos será difícil;
tú has de vestirte de moro,
que ansí podrás encubrirte,
y pensarán que de paje
en aquel traje me sirves.

CAMILA. ¡Bien me parece la traza!

CELIDORO. (¡Oh, Alá! ¡No habrá que pedirte
más si gozo esta hermosura *(Ap.)*
con vitorias tan felices!)
¿Cómo es tu nombre?

CAMILA. Camila.

CELIDORO. Celindo podrás decirte
de aquí adelante.

CAMILA. A tu gusto
lo acomoda.

CELIDORO. Vienes triste.

CAMILA. Tú puedes considerarlo.

CELIDORO. Confío en Alá que olvides
presto la patria y tristeza,
que con tal rigor te aflige.

CAMILA. Eso será con la muerte,
que sin ella no es posible.

CELIDORO. Milagro de Alá, dejemos

tristezas; ven a vestirte.

CAMILA. ¡Adiós, murallas soberbias,
ya por mi desdicha humildes!
¡Adiós, alcázares altos
y pirámides insignes!
¡Adiós, regios simulacros;
adiós, hermosos (1) pensiles,
que una desdichada hija
de esta ciudad, infelice,
sin hacienda y libertad,
de vosotros se despide!

(Vanse. Salen GANDALÍN, *gracioso, cautivo, y* ZARA, *turca.)*

ZARA. ¿Conoces este cautivo
que se ocupa en el jardín?

GANDALÍN. ¡Por vida de Gandalín,
que cómo con él y vivo
después que vino a esta tierra
por mi desdicha y mi daño,
cautivado por engaño,
no en reñida y buena guerra!

ZARA. Ya sé que su compañero
has sido desde que vino
a mi poder, y imagino
saber de ti lo que quiero:
si conoces su nación
es lo que saber pretendo.

GANDALÍN. Yo le conocí en naciendo.

ZARA. Tendrás la satisfación,
si darme gusto codicias,
que deseas.

GANDALÍN. (¡Pesia mí, *(Aparte.)*
hoy me ha de hacer gran Sofí!)

ZARA. Daréte el alma en albricias.

GANDALÍN. ¿Qué es lo que saber procura
de aqueste esclavo leal
esa beldad sin igual,
esa divina hermosura?
Si la patria saber precia
de este mancebo gallardo,
su nombre proprio es Ricardo;
su rica patria, Venecia.
Es un Adonis cristiano,
aunque malogrado vive
si de nuevo no recibe
favores de aquesa mano.

ZARA. Si le acompaña nobleza
como gala y discreción,
espejo de su nación
le crió naturaleza.

GANDALÍN. Puede prestar calidad
a las más ilustres casas;
ansí sus dichas escasas
le dieran la libertad.

ZARA. Siendo tan noble y galán,
sin duda estará casado
en su tierra.

GANDALÍN. No ha tratado,
por vida del preste Juan,
de casarse, que salió
muy joven de aquella tierra
que de su bien nos destierra
y conmigo se crió.
Esta es la verdad, en fin,
porque en verdad y secreto
no hallarás otro sujeto
que se iguale a Gandalín.

ZARA. Toma, amigo, este diamante
y di a Ricardo que aguardo
aquí.

GANDALÍN. Ya en llamarle tardo.
¡Vivas más que un elefante!
(Si la fortuna no topa *(Aparte.)*
y baraja algún azar,
ya bien me puedo engolfar,
pues que llevo viento en popa.)

(Vase.)

ZARA.

¡Alado dios, vendado niño ciego,
que postras altos cetros y coronas,
al más pobre y humilde no perdonas
y a todos haces guerra a sangre y fuego!
Yo, que en las olas de la mar me anego,
¿qué defensa hallaré cuando blasonas
que temen tu poder las cinco zonas,
privando a los más libres de sosiego?
Pues derribas, destrozas, atropellas
majestades, imperios y tiaras,
consuelo es para mí, aunque no me alabo,
que quedo libre en ver que altivo huellas
las libertades pródigas y avaras,
el ver que me sujeta a mí un esclavo.

(Sale RICARDO, *mozo galán, de cautivo.)*

RICARDO. ¿Qué mandas, señora mía,
en que te pueda servir?

ZARA. Está cerca de morir
una enferma, cosa mía,
y vengo por un remedio,

(1) Otra vez escribe aquí el original "eroycos".

con el cual podrá sanar,
y éste se puede aplicar
estando tú de por medio.
No requiere purga acerba
esta enfermedad; en fin,
tú has de darla del jardín,
para sanar, cierta hierba.

RICARDO. Jamás he sido herbolario,
aunque entre estas flores vivo.
¿Qué ha de entender un cautivo
sino su mal ordinario?

ZARA. La Fortuna te ha ofrecido
ocasión para olvidar
males y para medrar
si tú eres agradecido.

RICARDO. Jamás me precié de ingrato,
que los amos que he tenido
en extremo me han querido
por mi proceder y trato.
Y agora que mi fortuna
me ha traído a tu poder,
ya no tendré que temer
rigor ni desdicha alguna,
que eres ángel en beldad,
y el trato será del Cielo,
a cuya clemencia apelo
implorando tu piedad.

ZARA. (Discreto es como galán;
ansí fuese agradecido.
¡Oh, Amor!, ¿en qué me has metido?
Luchando conmigo están
la vergüenza y el temor,
que, a imitación de las flores,
me saca el rostro colores
y ha de salir vencedor.
Y podré sacar al cabo
de este rendimiento mío
que sujeto mi albedrío
a un cristiano que es mi esclavo;
aunque no hago mal empleo,
que es galán discreto y noble,
si el corazón no es de roble
en pagar mi buen deseo.)

RICARDO. ¿Qué hierba ha de ser, señora,
la que tengo de buscar?

ZARA. Hierba que pueda curar
esta enferma que te adora.
(Ya Amor, que en mi pecho vive,
corrió a la vergüenza el velo.)

RICARDO. (Mi mal de nuevo recelo, *(Aparte.)*
que mayor me lo apercibe
mi fortuna y suerte escasa,
y siempre adversa conmigo,
pues el mayor enemigo
es siempre el que vive en casa.)

ZARA. Y pues el remedio está
en tu mano, mi Ricardo,
muy presto sanar aguardo;
aquesa mano me da,
que entre estas murtas y palmas
y deshojados claveles,
que es lo que cultivar sueles,
cultivas también las almas.
No tengo más que decir,
pues te declaro mi pecho,
que tu esclava Amor me ha hecho
sin poderme resistir.
Ya sé que eres principal,
y que es tu patria Venecia,
y que la fama se precia
de hacer la tuya inmortal.
De Gandalín lo he sabido,
y estoy informada bien;
no me pagues con desdén,
en lugar de agradecido.

RICARDO. Señora, mira primero
que soy tu esclavo.

ZARA. Mi dueño
eres.

RICARDO. La lealtad que enseño
considera.

ZARA. Considero
que no hay lealtad en Amor,
pues él me atropella ansí.

RICARDO. Podrá quejarse de mí
con razón, el Gran Señor.

ZARA. Con más razón podré yo
quejarme de tu crueldad.

RICARDO. No es mía mi libertad.

ZARA. ¡Quien a mí me la quitó
al mundo puede rendir!
(Hace que llora.)
¿Te extrañas porque te ruego?

RICARDO. (¿Quién tales rayos de fuego
ha de poder resistir?) *(Aparte.)*
Señora, aqueste es respeto
que se debe a tu persona.

ZARA. Ya el respeto no blasona,
que lo tiene Amor sujeto.

RICARDO. Mira que caen al jardín
los balcones de Palacio.
Trataremos más despacio
esto con honesto fin;
sólo te digo, señora,

que estoy muy agradecido
de verme favorecido
de tal beldad. Mas agora
no puedo corresponder
a las leyes de tu gusto,
que al Dios que adoro no es justo
que ansí llegue a ofender.
Todo lo que sin ofensa
sea de la ley que sigo
haré.

ZARA. Cásate conmigo,
y que no le ofendes piensa.

RICARDO. Ansí le pierdo el decoro
cuando a tu fe se lo guardo.

ZARA. No se lo pierdes, Ricardo,
si sigues la que yo adoro.

RICARDO. Dos cosas, señora, pides
imposibles para mí,
que la ley en que nací
es la que seguir me impides,
y de eso no has de tratar,
que antes perderé mil vidas
que no hacer lo que me pidas
en ese particular;
porque es la vida del alma
la que eternamente dura,
y es conocida locura
perder tan divina palma.

ZARA. También gozarla procuro
y la antepongo al vivir.

RICARDO. Otra ley has de seguir
y camino más seguro
para gozar tal tesoro
que no hay más que desear;
que no te podrás salvar
en la ley que vive el moro.

ZARA. Pues, Ricardo, no resisto;
tú eres mi dueño y mi rey:
di cuál es la mejor ley.

RICARDO. La mejor es la de Cristo.

ZARA. Mi amor se lleva la palma,
pues sujeto a tu elección
tienes vida y corazón
y ya me has trocado el alma.

(*Sale* GANDALÍN.)

GANDALÍN. Ricardo, el Gran Señor llama.

ZARA. (¡Enhoramala vengáis! (*Aparte.*)
¡Qué buen rato me quitáis!
¡Poco reposa quien ama!)

RICARDO. Quédate adiós, que otro día,
en el jardín o en palacio,
trataremos más despacio
de tu ventura y la mía.

(*Vanse los dos.*)

ZARA. ¡Adiós, dueño de mi vida,
que por ti me he de regir,
y podrán por mí decir:
"Quien bien ama, tarde olvida."
Mi fortuna va en bonanza,
como la nave en el mar:
no tengo que recelar
si se logra mi esperanza.
Mi guía has de ser y norte,
Ricardo, pues tu ley sigo,
y a ser cristiana me obligo
sin que mi ley me reporte,
que algunas inspiraciones
antes de agora he tenido,
que la ley en que he vivido,
es (1) llena de confusiones,
y (2) la que mi bien procura,
para remediarme a mí
sin duda ha traído aquí,
para mi suerte y ventura,
este gallardo cristiano,
que el instrumento ha de ser
que yo venga a conocer
a Cristo, Rey Soberano.
Ya tengo el alma cristiana,
pues con voluntad rendida,
el alma ofrezco y la vida,
con fe pura, firme y llana,
al Dios que adora Ricardo,
y ya claramente he visto
que Ricardo adora a Cristo,
a quien yo seguir aguardo.
Y aunque le pese a mi tío,
el Gran Señor, no habrá cosa
que me impida el ser su esposa;
y ansí, con heroico brío
buscaremos ocasión,
con vigilancia y secreto,
para poner en efeto
nuestra determinación.
Dos cosas de eterna palma
consigo en tan buen empleo:
que se logra mi deseo
y vengo a salvar el alma.

---

(1) En el original, "y".
(2) En ídem, "a".

(Vase. Tocan chirimías, y salen GANDALÍN *y* RICARDO *tendiendo una alfombra y puniendo almohadas.* TURCOS *de acompañamiento, y* MULEY *y* SELÍN, *Gran Turco, y un* MÚSICO, *con instrumento, canta lo que sigue:)*

MÚSICO. "El venturoso Selín,
gran monarca y Gran Señor,
a quien viene estrecho el mundo
desde el Danubio al Cedrón;
el que griegas y egipcias
monarquías sujetó,
y la corona otomana
dilata con tal valor,
que el húngaro y veneciano
tiemblan sólo de su voz,
el alemán y el francés
y hasta el soberbio español."

SELÍN. Selín sólo me llamad;
no me llaméis Gran Señor
hasta que lo sea del mundo.
¿Fué mejor César que yo;
tuvo más nobles principios,
o fué su esfuerzo mayor?
Si él con el romano Imperio
adquirió tan gran blasón
que tuvo al mundo en su mano
por fortuna o por valor,
yo, en la gran Costantinopla,
donde soy Emperador,
sin mil títulos y reinos
que a mí se sujetan hoy,
pretendo ser respetado
por universal señor
de todo cuanto circundan
rayos del dorado sol.
¿Por qué ha de haber Rey de Espa-
cuando estoy reinando yo, [ña
ni Pontífice romano,
ni alemán Emperador?
Si Solimán en Viena
a Carlos Quinto temió,
y tan vergonzosamente
se retiró sin honor,
blasone con esa hazaña
como Monarca español,
afortunado en batallas
más que César y Cipión.
Si al cosario Barbarroja
en Túnez desbarató,
también perdió sobre Argel
de toda España la flor,
y con mi voz solamente
soy de las costas terror,
azote de los soberbios
y del mundo rayo atroz.
¡Bien he vengado la afrenta
con que Solimán huyó!
¡Yo haré que a mis lunas tiemblen
el águila y el león! *(Tocan cajas.)*
¿Qué cajas son éstas?

MULEY. Llega
Celidoro.

SELÍN. El corazón
se alegra en oír su nombre.
¡Entre el Bajá defensor
de mi Imperio!

MULEY. (¡Yo reviento *(Ap.)*
de invidia, pena y dolor!)

RICARDO. (¿Cuándo, gallardo mancebo, *(Ap.)*
ha de llegar ocasión
que te diga desengaños
de tu ley, sangre y nación?
¿Cuándo llegará aquel día
que te despierte mi voz
de aqueste embeleco el sueño,
que te usurpa la razón?)

GANDALÍN. (¿Cuándo tengo de trocar
alcuzcuz, pasa y arroz
por lágrimas de Candía,
por *presulto* y salchichón?)

(Tocan cajas, y sale CELIDORO, *con bastón de general, y* CAMILA *en hábito de moro, y acompañamiento.)*

CELIDORO.

Dame, Monarca invicto, aquesas plantas.

SELÍN.

Llega a mis brazos.

CELIDORO.

Con mercedes tantas
levantas mi humildad a las estrellas.

SELÍN.

Tu nombre heroico está más alto que ellas.
¿Cómo vienes, restaurador famoso,
del Imperio otomano?

CELIDORO.

Con dichoso
suceso, pues favor tan alto escucho
de tu grandeza.

SELÍN.

Tú mereces mucho
y no puedo pagarte lo que debo,

aunque tan gran valor honre de nuevo,
si no pongo en tus sienes la corona,
honra digna al valor de tu persona.
Si el reino indivisible
pudiera en algún modo ser partible,
contigo le partiera
y la mitad, con gusto, de él te diera.
Mas ya el amor del pecho,
gallardo Celidoro, rey te ha hecho:
tuyo es aqueste Imperio más que mío,
pues eres dueño tú de mi albedrío.

CELIDORO.

Señor, a quien adoro y reverencio,
las honras que me hacéis con el silencio
agradezco callando, y las imprimo
en el alma, en señal que las estimo
como a mercedes de la heroica mano
de un Monarca tan alto y soberano.

SELÍN.

Agora toma asiento y las vitorias
me cuenta, nuevo Marte.

CELIDORO.

Nuevas glorias
me aumentan tus mercedes y favores.

SELÍN.

Mereces, Celidoro, otros mayores.
(¡Encúmbrale, Fortuna, a las estrellas! (*Ap.*)
Mas ya su fama está más alta que ellas,
pues a Muley le costará la vida
si su ambición no diere gran caída.)
(*Siéntase.*)

CELIDORO.

Llegó a Chipre tu armada vencedora,
preñada de despojos y riquezas,
que en sus famosos vasos atesora
de costas, de islas y de fortalezas,
cuyas ruínas hoy lamenta y llora,
con ardientes gemidos y ternezas,
la fuerte y defendida más que todas,
la inexpugnable y valerosa Rodas.

Llegó a ver los jardines y frescura
que el mundo, con razón, celebra tanto,
cuya fertilidad y compostura
causan a la razón común espanto,
porque es la variedad y la hermosura
tal, que no puede encarecerse cuanto
merece tal grandeza de pensiles,
amenos y frondosos, siempre abriles.

Tomaron tierra los soldados fuertes,
a quien el mundo ya les viene estrecho,
tan sedientos de fama y de dar muertes,
que el corazón revienta dentro el pecho,
y a cada cual, por belicosas suertes,
más les mueve la honra que el provecho,
y así, en los ordenados escuadrones,
todos son Anibales y Cipiones.

Un fuerte fabricamos en la orilla
del mar, cuyos soberbios torreones
eran del mundo otava maravilla,
émulos de Babel sin confusiones.
Cuando el sol sus almenas dora y brilla
parece que se queda en sus rejones, (1)
donde, en sus bien fundados y altos muros,
están nuestros soldados más seguros.

Salieron venecianos valerosos
a impedirnos el paso, de manera
que en algunos encuentros vitoriosos
se quisieron juzgar en su ribera;
mas nuestros fuertes turcos valerosos,
que su fama inmortal toca la esfera,
con tal furia y denuedo acometieron,
que rayos desatados parecieron.

Entraron por la isla rica y bella,
matando muchas ninfas, que en beldades
imitaron a Venus, y a Poncella (2)
en valor, con rigores y crueldades,
sin perdonar casada ni doncella
en los lugares, villas y ciudades,
y entre ellas, con crueldad y furia impía,
ganamos la famosa Nicosía.

Allí quedaron todos los soldados,
ricos del saco, esclavos y despojos,
en la codicia y la crueldad cebados,
volviendo los cimientos blancos, rojos,
de la sangre que corre salpicados,
y flores destroncadas a manojos,
trocadas en claveles y rubíes,
aunque eran blancos, vueltos carmesíes.

Y talando las mieses, cual langosta,
de los fértiles campos y jardines,
corriendo de la una a la otra costa,
el reino a quien el mar pone confines.
Llegamos a la insigne Famagosta
con deseo de ver prósperos fines

(1) Quizá deba leerse "regiones".
(2) Sin duda quiere aludir a Juana de Arco, llamada por muchos autores "la Poncella de Orleans". Zamora tiene una comedia de este título que será refundición de otra muy anterior. "Poncella", en general, es forma anticuada de "doncella".

de la conquista que, con tal fortuna,
acabó de llenar tu media luna.
  Hicieron valerosa resistencia
los venecianos, fuertes y animosos,
y estuvo la vitoria en competencia
entre muchos encuentros muy dudosos,
porque su artillería, con violencia,
vomitaba volcanes prodigiosos,
causando en nuestro campo mil desmayos,
que, en vez de balas, arrojaban rayos.
  Cerco pusimos a sus fuertes muros,
Alí Bajá (1) por mar, y yo por tierra,
con mil ardides entre asaltos duros,
para facilitar mejor la guerra.
Cuando se imaginaban más seguros,
llegó el postrer asalto, "¡Cierra, cierra!",
postrando muros y lugares sacros,
alcázares y antiguos simulacros.
  Pusimos su arrogancia por el suelo,
sus altos homenajes y obeliscos,
cuyas puertas tocaban casi al cielo;
rindiéronse en las sierras y altos riscos
los que las habitaban; sin consuelo
taladas plantas, mieses y lantiscos,
las güertas y pensiles de alegría,
el fuego convirtió en ceniza fría.
  De esta suerte rendimos la braveza
de los fuertes y astutos italianos,
volviendo aquesta ensancha a la grandeza
de tus altos Imperios otomanos,
que cien años tuvieron por cabeza
los valientes y bravos venecianos.
Ya no blasonará la Señoría
con títulos de Chipre y Nicosía.
  Ya quedan en las plazas y cantones
fijadas en tu nombre medias lunas,
tremolando en los muros tus pendones,
que publican tus prósperas fortunas,
entregado el gobierno a seis varones
que son de la lealtad firmes colunas,
hasta que tú le invíes de tu mano
Virrey como Monarca soberano.
  Alí Bajá (2) partió con sus galeras
cargadas de despojos y riquezas,
sembrando en gallardetes primaveras,
con doble guarnición y dobles piezas;
fué corriendo las costas y riberas,
humillando soberbias y bravezas;
al canal de Lepanto parte aprisa,
y ya tiene tu armada en la prebisa. (1)
  Yo a darte la feliz y alegre nueva
vengo de la vitoria conseguida,
y aunque muchas heridas serán prueba
que se ganó con riesgo de mi vida,
como el valor [y] heroico pecho lleva,
cualquiera en tu servicio recibida
estimo por mercedes y favores,
y en mayor grado las que son mayores.
  Manda, señor, a aquesta humilde hechura
tuya que parta a conquistar el mundo,
porque en tu nombre llevo la ventura
de César, y seré César segundo
en añadir blasones con fe pura
a tu Imperio y poder, en quien yo fundo
mis esperanzas y mi fuerte acero
para hacerte señor del mundo entero.

SELÍN. No tengo con qué pagarte,
y ansí, los brazos te doy.
¡Manda en mi Imperio desde hoy,
fuerte Alcides, fuerte Marte!
¡Tú has de dar y quitar leyes!
Mi Imperio has de gobernar,
que ansí se debe estimar
hombre que sujeta a reyes.

CELIDORO. Tu hechura soy; tú levantas
mi humilde ser a tu esfera.

SELÍN. Lo que te debo quisiera
pagarte.

CELIDORO. Beso tus plantas.

MULEY. (¿Hay suerte más venturosa? (*Ap.*)
¿A un esclavo tal favor?
No hay privado sin traidor,
que es la privanza invidiosa,
y yo no puedo sufrir
estas honras y favores,
veneno en pechos traidores.)

RICARDO. (¡Quién te pudiera decir (*Aparte.*)
lo que con el alma lloro,
pobre joven engañado,
de sangre ilustre engendrado
cristiana y en la ley moro.)

SELÍN. Mi Imperio goza de paz,
sin haber quien se me atreva
ni contra mí guerra mueva.
Sólo el Persa, pertinaz,
a mi grandeza se opone,
y con bárbara porfía

(1) El original parece decir "Buza" y no "Bajá", pero sería errata.
(2) Aquí dice más claramente "basa".

(1) Así en el original.

con guerra me desafía:
y para que no blasone
con tan soberbia arrogancia,
sepa que mi Imperio tiene
quien su grande orgullo enfrene
y a quien tiembla Italia y Francia.
Pruebe el rigor de tu acero
el Persa bravo y feroz,
y conozca que a tu voz
tiembla todo el mundo entero.
Lleva tus fuertes soldados;
enseñados a vencer,
podrán, sin acometer,
dejar atemorizados
sus soberbios escuadrones.

CELIDORO. Haré que el Persa se asombre;
venceré al mundo en tu nombre,
que llevo turcos leones.
El decir y el obrar juntos
comen conmigo a la mesa.
Con tu licencia, a ésta empresa
me pienso partir al punto;
que me corro, ¡vive el Cielo!,
que te pierda así el decoro,
cuando vive Celidoro,
ninguna nación del suelo.

SELÍN. Descansa agora.

CELIDORO. Señor,
el descanso para mí
es sólo servirte a ti
con lealtad y con amor.

SELÍN. Pues gustas partirte luego,
no lo pretendo impedir.

CELIDORO. Lo que me tardo en partir
se dilata a Persia el fuego.

SELÍN. Este mancebo galán
¿quién es?

CELIDORO. Un nuevo soldado
que me sirve de criado,
y puede ser capitán
por el esfuerzo y valor.

SELÍN. Quédese a servirme aquí,
que me he aficionado de él.

CAMILA. (¡Fortuna adversa y cruel, *(Aparte.)*
no me persigas ansí!)

CELIDORO. (¿Qué he de hacer tan obligado?
¿Cómo le podré negar *(Aparte.)*
lo que pide, sin quedar
por ingrato reputado?)

SELÍN. ¿Qué dices?

CELIDORO. Que le crié
desde niño y me ha servido
de paje y yo le he querido
por su lealtad, trato y fe,
y no me hallaré sin él,
aunque a servirte me animo.

SELÍN. Yo por ser tuyo le estimo,
por galán, por noble y fiel.
Mientras tú vences al Persa
me servirá.

GANDALÍN. El moro es lindo.

SELÍN. ¿Cómo es su nombre?

CELIDORO. Celindo.

CAMILA. (¿Qué quieres, fortuna adversa?)
(Aparte.)

MULEY. (Esto infiere poco amor,
(A SELÍN aparte.)
poca fe, poca amistad,
poco respeto y lealtad
al recibido favor.)

SELÍN. Pues ¿qué dices, Celidoro?

CELIDORO. Señor, con esto concluyo:
que se haga el gusto tuyo,
aunque en el alma le adoro.

SELÍN. En el amor que le enseño
conocerás si le estimo.

CELIDORO. (Como carácter imprimo *(Ap. los dos.)*
en el alma el favor. Dueño
tienes, Celindo, tan grande,
que no sé si has de saber
servirle sin ofender
mi amor.

CAMILA. Aunque se desmande
el decoro y desvanezca
por verme en tan alto estado,
no seré tan mal criado
que tu afición desmerezca.)

SELÍN. Vamos, Celidoro amigo,
(Levántase.)
y Alá te vuelva a mis ojos
con los persianos despojos
triunfando de mi enemigo;
que yo tendré buen cuidado
con el paje que me dejas.

CELIDORO. Mira que no halle quejas
(A CAMILA aparte.)
de que no eres fiel criado.

CAMILA. El tiempo es quien desengaña.

CELIDORO. Y es el que todo lo muda.

CAMILA. En ser yo fiel no habrá duda.

CELIDORO. Emprendes notable hazaña.)

(Vanse todos, y habiendo CELIDORO acompañado a SELÍN hasta la puerta, se queda solo.)

Pára, fortuna, la rueda,
porque en las vueltas que das
vuelves mis dichas atrás;
ten firmeza, estate queda.
Pero ¿quién habrá que pueda
llamarte firme, fortuna,
si al que subes a la luna
al abismo haces bajar?
Luego bien puedo probar
que en ti no hay firmeza alguna.

Subí al cielo de Selín,
tocó mi mano su esfera;
mas soy a su fuego cera
y derretiréme al fin.
Quitóme mi serafín
y del cielo me destierra;
él en paz, yo en cruda guerra
batallando mis sentidos,
enemigos atrevidos
que embisten por mar y tierra.

Ira el corazón destila
contra tirana potencia,
que con poder y violencia
mi fuerte pecho aniquila.
Fuerte y discreta es Camila;
mas ¡ay! que contra el poder
no hay discreción en mujer
que no atropelle y derribe;
quien pobre y sujeta vive
mal se podrá defender.

Honras fueron y favores
trocadas en vituperio;
prométeme él medio Imperio
y quítame otros mayores.
Que los imperios de amores
son los que el gusto pretende;
éstos gozarme defiende,
pues contra derecho y ley
con el imperio de rey
los tiraniza y ofende.

Nunca me diera el bastón

(En voz alta, furioso.)

para mi fortuna adversa
contra el arrogante Persa
en semejante ocasión;
nunca Selín el blasón
de Celidoro encumbrara,
que honra que cuesta tan cara
mejor estaba sin ella,
pues pierdo el gusto en tenella,
que nunca en honras repara.

(Sale Camila, *sola, a las voces.)*

Camila. ¿Cómo das voces ansí,
que alborotas el Palacio?

Celidoro. Tal estoy, que me desgracio
que esto me digas aquí.
¿No he de quejarme, ¡ay de mí!,
si me echaron del jardín
y tú, bello serafín,
a cuya vista estoy ciego,
tienes la espada de fuego
y te quedas con Selín?

Camila. ¿Qué importa, si mi valor
dondequiera me acompaña?
Cuanto y más que el traje engaña
y te asegura el temor.

Celidoro. Tiene ojos de lince Amor
y libertad el poder.
Tú eres hermosa y mujer,
yo ausente, Selín galán
y las riquezas imán,
y es fuerza que han de atraer.

No tengo más esperanzas
de gozarte como esposo;
pero parto receloso,
la vida puesta en balanzas.

Camila. Pues tan buen discurso alcanzas,
te aseguro, Celidoro,
que honestamente te adoro.
Dios te traiga vitorioso,
que yo te haré mi esposo
si tú dejas de ser moro.

Y por que partas seguro
esto te quiero advertir:
que primero he de morir
que Selín mi pecho duro
conquiste. Aquesto te juro;
que si él es Rey con poder,
si me procura ofender
y me quiere atropellar,
yo seré roca del mar
en firmeza, aunque mujer.

Celidoro. Mereces, por firme, palma.
Con eso iré satisfecho.

Camila. Tú vives solo en mi pecho.

Celidoro. Tú tienes mi vida en calma.

Camila. Dueño eres de vida y alma.

Celidoro. Tú mía, si eres constante.

Camila. Seré en firmeza diamante.

Celidoro. Alá, vida de mis ojos,
te guarde.

CAMILA. Con mil despojos
te traiga.
CELIDORO. Siendo tu amante. (1)

(*Vanse, con que se da fin al primero acto de la gran comedia de* EL ESCLAVO DE VENECIA Y AMANTE DE SU HERMANA, *de Lope de Vega Carpio.*) (2)

JORNADA SEGUNDA

DE

El Esclavo de Venecia y galán de su hermana.

(*Salen* SELÍN, *Gran Turco, y* MULEY.)

SELÍN. No trates de Celidoro,
Muley, que es amigo mío,
y me ofenden tus razones.
MULEY. Gran Señor, lo que yo digo
es que tienes nobles turcos
y, por ventura, más dignos
de tus heroicos favores
que un esclavo.
SELÍN. Yo le estimo
por su valor y lealtad;
y es corto a tales servicios
el galardón que le doy
cuando mis Imperios miro
aumentados por su mano,
seguros y defendidos.
MULEY. Valientes soldados tienes,
y quejosos, imagino,
por esta causa.
SELÍN. La envidia
tiene, Muley, por oficio
oponerse a la virtud.
Yo sé bien de quién me fío.
No me hables en eso más,
que me enojaré contigo.
MULEY. Tu gusto, señor, es ley,
y así, en nada te replico.

(*Sale un* TURCO, *soldado.*)

TURCO. Mahamet, con un cristiano
venerable, aunque de brío,
licencia aguarda.
SELÍN. Di que entre.
TURCO. Voy al momento a decirlo.

(*Vase. Entran* MAHAMET *y* ASTOR BALÓN, *como preso.*)

MAHAMET. Guárdete Alá, gran Selín,
y dame tus pies invictos
y al valiente general
de Famagosta.
ASTOR. El caudillo
de Famagosta infelice
te besa los pies rendido.
SELÍN. ¡Oh, valiente Astor Balón,
por tu fama conocido,
por tu lealtad celebrado
y por tus hechos temido!
En extremo me he holgado,
capitán, de haberte visto,
no porque fortuna adversa
te haya hecho mi cautivo,
sino por tener un hombre
tan valeroso conmigo.
Y si me quierés servir
te daré honrosos oficios,
a tu valor convenientes
y de tu persona dignos.
ASTOR. A ese pecho generoso
me confieso agradecido,
y a poderlo hacer sin nota
aceptara el beneficio
y las honras que me ofreces;
pero un hombre bien nacido,
aunque fortuna le siga
y aunque esté más oprimido,
no ha de negar ley ni patria,
que es el honor como vidro,
y con un pequeño golpe
se quiebra el vaso más rico.
Yo soy noble y soy cristiano,
y si la fortuna hizo
lo que quiso con mi suerte,
como es libre el albedrío,
no le puedo contrastar
porque es firme, por ser mío,
y tengo hecho el pecho a prueba
de los golpes y los tiros
de la fortuna incostante,
y ya de nada me admiro.

(1) En la primitiva copia decía "para gozarte". Pero como esto no rimaba, el licenciado don Francisco de Rojas corrigió con acierto "siendo tu amante", que poco más o menos sería lo que escribiese Lope, aunque mejor estaría, "Siempre tu amante".

(2) Después de esta palabra siguen la firma "D. J.º martínez de mora"; las palabras "fin" y "original" y una hoja en blanco.

Lo que sea sin ofensa
de la patria y ley que sigo
puedes mandarme, señor,
y verás cómo acredito
mi voluntad con las obras,
gran señor, en tu servicio.

SELÍN. Trataremos más despacio
tu negocio.

ASTOR. Lo que he dicho
diré en cualquiera ocasión.

SELÍN. Bien está.

MAHAMET. Monarca invicto,
Alí, gran bajá, me envía
con este noble cautivo,
y a darte cuenta del caso
de su prisión.

SELÍN. Ya he sabido
que se ganó Famagosta
y que está Chipre por mío.

MAHAMET. Pues oye agora el suceso
de su famoso caudillo.
Alí, general del mar,
topó en un pobre navío
al valiente Astor Valón,
que se te escapaba herido,
enderezando a Venecia,
al parecer, su disinio;
al cual le dió Celidoro
libertad, y a darte aviso
vengo de aquesta traición
por que no ignores delitos
contra tu heroica grandeza
y por que tengan castigo
atrevimientos que crían
hombres bajos en sí mismos,
usando mal del favor
recibido en los oficios.

MULEY. (¡Qué a mi propósito habla *(Ap.)*
Mahamet! Ya este edificio
ha comenzado a temblar,
y caerá, a lo que imagino.)

SELÍN. ¡Celidoro a mí traidor!
¿Qué dices?

MAHAMET. Cuanto aquí he dicho
es la verdad, gran señor.

ASTOR. No merece ese apellido
Celidoro. De piedad,
viéndome a mí tan herido
y la ciudad ya rendida,
mandó entrarme en un navío,
donde pudiera curarme,
con nombre de su cautivo;
mas yo, viendo la ocasión,
fabriqué entre mí un arbitrio
que, si se lograra, pienso
me fuera de algún alivio.
Quise pasarme a Venecia,
atropellando peligros,
a llorar mis desventuras,
aunque sin honra y corrido
por haber perdido el nombre
de mis heroicos principios;
por la libertad y vida,
el honor, que tanto estimo,
menospreciaba; yo tengo
la culpa, y ansí el castigo
ofrezco para pagar
el gobierno mal perdido
de Famagosta infelice,
de quien fuí noble caudillo.
Pagaré la ingratitud
que, en lugar de agradecido
a la piedad generosa,
al valor esclarecido
del gran Celidoro debo,
que, por mostrarla conmigo,
padece su honor ultraje.

SELÍN. Discúlpasle como amigo;
mas no es disculpa bastante
para lo que ha delinquido.
(Algunas sospechas tengo,
porque a Celidoro he visto
inclinado a los cristianos,
y sospecho que Celindo
lo es, y en hábito turco
le traía en su servicio.
Con él le pienso dejar
y, en un cancel escondido,
averiguar las sospechas
y recelos que he tenido.)
A Celindo me llamad.

MULEY. Aquí tienes a Celindo.

(Sale CAMILA *en hábito de turco, como antes.)*

CAMILA. ¿Qué es, gran señor, lo que mandas?

ASTOR. (¡Cielos! ¿qué es esto que miro?)
¿Mi hija en aqueste traje?) *(Ap.)*

SELÍN. A este cristiano cautivo
regala, que es principal,
y de cualquiera honra digno.

ASTOR. Otra vez beso tus plantas
por favor tan excesivo.

CAMILA. (Mi padre es, no hay que dudar.
Huélgome de verle vivo, *(Aparte.)*

aunque esté sin libertad.
Disimule el regocijo
el alma, que se alborota
alegre de haberle visto.)
Gran señor, lo que me mandas
haré con gusto infinito,
y por merced y favor
esta confianza estimo.

SELÍN. Venid vosotros.—Y tú
ten cuidado en lo que he dicho.

CAMILA. Serviréte con el alma
y la vida.

(Vanse todos. Quedan ASTOR BALÓN *y* CAMILA, *y* SELÍN *vuelve a salir al paño y escucha lo que dicen.)*

ASTOR. (¿Hay más martirios *(Ap.)*
para aqueste desdichado?
¡Que a esto mis años prolijos
guarden esta triste vida!
Quisiera ser basilisco
y matarla con la vista,
o la vista haber perdido
para no ver con mis ojos
afrenta y agravios míos.)

CAMILA. ¿Conócesme?

ASTOR. No quisiera,
ingrata, vil, conocer
una hija a quien di el ser,
por que mi ser no tuviera.
Fuiste una víbora fiera
matando, al nacer, tu madre.
¡Pluguiera a Dios que a tu padre
hubieras muerto también,
infamia del mundo, a quien
no hay otro nombre que cuadre!
Ya que el honor que heredaste,
liviana, estimaste en poco,
¿por qué con ánimo loco
la fe de Cristo dejaste?
Pero al punto que olvidaste
el casto y divino honor,
hiciste el yerro mayor:
que, por el gusto del Rey,
niegas honor, patria y ley,
añadiendo error a error.
¿Tú en traje de infame moro?
¿Tú turbante y capellar
y te atreves a mirar
a quien perdiste el decoro?
¿Tú dejas la fe que adoro
como mujer indiscreta
por la de un falso profeta
con errores semejantes,
que entre gentes ignorantes
sembró tan maldita seta?
¿Tú tienes de Astor Balón
sangre? No es posible, no,
que pude engendrarte yo,
afrenta de tu nación.
¿Tú del heroico blasón
de mi familia deciendes?
No puede ser, pues ofendes
la patria, el padre y a Cristo.
De ser tu padre desisto
si ser mi hija pretendes.—
Cruel fuiste, Celidoro,
en defender esta vida,
que si estuviera perdida
defendiendo al Dios que adoro,
fuera feliz; ahora lloro
vida que muriendo vivo.—
No siento el estar cautivo
ni perder a Famagosta;
el verte tan a mi costa
es mi dolor excesivo.

CAMILA. No puedo dejar de darte
satisfación, padre amado,
que, como naciste honrado,
no puedo, en razón, culparte;
pero podrás consolarte
cuando la razón entiendas.
No me pesa que me ofendas
con tus sentidas razones,
que con tus obligaciones
cumples cuando así me enmiendas.
Ya por muerto te lloré
entre la ceniza fría
de Famagosta aquel día
que tan infelice fué.
Cuando tu muerte pensé
vengar entre la canalla,
en la sangrienta batalla
me encontré con Celidoro,
y, guardándome el decoro
que allí de noble juró,
a seguille me obligó
vistiéndome en traje moro.
Sólo su gusto he seguido
en trocar el nombre y traje,
y, sirviéndole de paje,
a la corte me ha traído.
Como noble ha prometido
guardar decoro a mi honor,
aunque le ha incitado amor;

y a lo que aquí te he contado
cumple como turco honrado
su palabra con valor.
El honor santo y precioso
conservo de aquesta suerte,
que no le espanta la muerte
a mi pecho valeroso,
por no eclipsar el famoso
timbre de mis ascendientes;
que vive eterno en las gentes
la memoria en casos tales,
y yo daré a los anales
historias y a los presentes
ejemplo en nuestras edades.
Que conservar el honor
mujer moza con valor
entre ruegos y crueldades,
resistiendo gravedades
y licencias del poder,
gran valor es menester;
ajena de libertad
estimar la castidad
conservando honor y ser.
De aquesta suerte resisto,
aunque con cautela, en fin,
mi honor casto de Selín
y en secreto adoro a Cristo.
Que soy tu hija habrás visto,
pues conservo con valor
el casto y precioso honor
a los ojos de Selín.

SELÍN. (Y tú, bello serafín, *(Ap. al paño.)*
me has vencido ya de amor.)

CAMILA. Vamos y descansarás,
que algún remedio ha de haber
en tanto mal.

ASTOR. En placer
el dolor trocado me has,
porque el alma, que es lo más,
sé que no tienes perdida.
Piérdase el hacienda y vida,
el honor y el alma no.

CAMILA. Lo que he sido he de ser yo
siempre.

ASTOR. Ven, hija querida.

(Vanse, y sale SELÍN, *que ha estado escuchando.)*

SELÍN. Ya el recelo que he tenido
de Celindo averigüé,
que yo siempre imaginé
que era su traje fingido.
El falso trato he sabido
del ingrato Celidoro;
nunca un cristiano es buen moro,
y ha borrado sus blasones,
que hombre que hace dos traiciones
contra lealtad y decoro
del Rey, hará ciento y mil.
Ya, Muley, tu aviso alabo.
Esclavo, en fin, falso esclavo;
vil cristiano y trato vil,
con qué cautela sutil
mezclaba su valentía.
Hechizado me tenía,
mas pagaráme el ingrato
el falso y aleve trato,
la traición y alevosía.
Libertar a Astor Balón
por que su gusto no impida,
y, en traje de hombre vestida,
que fué segunda traición,
traer su hija a ocasión
de cubrirme con el velo
este bello ángel del cielo,
es lo que más he sentido.
Soy poderoso ofendido,
echaré su torre al suelo.

(Vase. Sale RICARDO *y* GANDALÍN, *esclavos.)*

RICARDO. ¿Cuándo, amigo Gandalín,
ha de llegar ocasión
de dejar esta prisión,
el azadón y el jardín?

GANDALÍN. Si yo una turca tuviera
que estimara mis pedazos,
como tú, entre estos perrazos
con muy gran gusto estuviera.
Tú eres poco agradecido
al favor de Zara bella,
que es, señor, como una estrella
y por ti pierde el sentido.
Cuando la hables, por tu vida,
le digas si hay por ahí
una turca para mí,
aunque sea algo traída;
porque en la necesidad
bien se gasta el pan moreno.

RICARDO. Ese discurso condeno,
Gandalín, por necedad.
¿No reparas en la ofensa
que se hace a Dios de ese modo?

GANDALÍN. Señor, a Roma por todo.

RICARDO. Que nos ha de juzgar piensa,
y de cualquier pensamiento

cuenta estrecha se ha de dar.
GANDALÍN. Dios manda multiplicar
por que haya en el mundo aumento.
RICARDO. Del matrimonio sagrado
esa ación se ha de entender.
GANDALÍN. Yo no me quiero meter
en si es grave o no el pecado;
que no fuera yo el primero
que por los gustos de amor
fuera flaco y pecador,
cuando todo el mundo entero,
en lo justo y en lo injusto,
gente ignorante y discreta,
a todos Amor sujeta
y siguen su ley y gusto.
Tú lo llevas por lo santo,
y aún pecas en necedad.
¡Plegue a Dios tu cortedad
no nos trueque el gozo en llanto!
Porque viendo su afición
Zara bella mal pagada,
después de estar declarada,
con tal determinación
puede mudar el amor
que te ha mostrado tener,
que es condición de mujer,
con odio, enojo y rigor.
Y ansí, en viendo la ocasión,
pues dice que eres su espejo,
Ricardo, yo te aconsejo
que tomes la posesión.
Que lo que en ti es compostura
o continente pureza,
podrá pensar que es tibieza
y perderás coyuntura.
Perderemos los regalos
que de su mano tenemos,
y quizá por ti vendremos
a tener regalo en palos.
RICARDO. Aunque eres tan indiscreto,
para te satisfacer
me has de obligar a romper
y a descubrirte un secreto.
Si no le guardas, la vida,
Gandalín, te ha de costar.
GANDALÍN. Callaré hasta reventar.
RICARDO. Yo pienso ser tu homicida
si lo descubres. Advierte
que también te va interés
en lo que trato.
GANDALÍN. Di, pues.
No por temor de la muerte
la callara Gandalín,
sino por ser yo quien soy.
Esta palabra te doy,
que nunca usé trato ruin.
RICARDO. Pues sabrás que Zara hermosa,
en beldad nueva Diana,
se quiere volver cristiana
y yo hacerla amada esposa.
Tanto ser cristiana precia,
que aguardamos ocasión
para la navegación
y pasarnos a Venecia.
Yo tengo el intento mismo
que tiene mi Zara bella,
que he de casarme con ella
en recibiendo el baptismo.
No temas que de mi trato
se queje con disfavor,
que no agradezco su amor
ni que al favor soy ingrato.
Esto, Gandalín, te digo,
y, cuando llegue el efeto,
de llevarte te prometo
hasta Venecia conmigo.
Procede con discreción,
que algún día tendrán fin
tus trabajos, Gandalín,
y aquesta larga prisión.
GANDALÍN. ¡Por Dios, que me vuelvo loco
con tan buenas esperanzas!
No hagas, fortuna, mudanzas,
que hay que fiar de ti poco.
Que aunque tenemos regalo
por orden de Zara hermosa,
es, señor, terrible cosa
no haber licor, bueno o malo.
Mas yo me desquitaré,
cuando me vea en Venecia,
de lo que el turco desprecia,
que es lo que plantó Noé.
Esto y no comer tocino
es lo que llevo más mal,
que es un gusto sin igual
un brindis de lindo vino;
aunque ninguno hallo malo,
no, por vida de mi padre,
que he sido lindo cofadre
mientras me duró el regalo.
Uno mejor que otro, sí;
pero vino malo, no.
¡Bien haya quien tal plantó!
De contento estoy sin mí.

Acábese este destierro,
apréstese la partida,
dejemos tan triste vida
entre tanto turco perro.
No perdamos ocasión,
que es mudable la fortuna,
y nos dejará a la luna
si se muda la afición.

RICARDO. Tu astucia y aviso alabo;
mas es fuerza dilatar
la partida hasta avisar,
como amigo a cierto esclavo
que está de la corte ausente,
y he deseado ocasión,
cumpliendo mi obligación,
goce la ocasión presente.

GANDALÍN. A tu gusto lo acomoda.

RICARDO. Ven, Gandalín, y callar,
que en saberlo negociar
está la ventura toda.

(*Vanse. Salen* SELÍN *y* CAMILA; SELÍN *asido de los brazos de* CAMILA, *y ella resistiéndose, forcejando.*)

SELÍN. Ya pasa de desdén eso,
y a la fuerza lo remito.

CAMILA. Las fuerzas son de tiranos.

SELÍN. Cuando tus desdenes miro,
me obligas a que las use
y a ser descortés contigo.

CAMILA. Mal conoces el valor
de que se arma el pecho mío,
que es mi honor un fuerte muro
que no consiente portillo;
que antes que logres tu intento
cortará a mi vida el hilo
la muerte, que por la honra
en nada la vida estimo.

SELÍN. ¿De qué sirve blasonar,
cristiana, con tanto brío,
si la fuerza ha de acabar
lo que el ruego no ha podido?
Si eres Lucrecia romana,
haz cuenta que soy Tarquino,
que el amor y poder juntos
son dos fuertes enemigos.

CAMILA. Seré Judit valerosa,
que, aunque a mi pueblo no libro,
libraré el honor precioso.

SELÍN. ¡Necia estás!

CAMILA. ¡Y tú atrevido!

SELÍN. ¿No eres mi esclava?

CAMILA. Soy noble,
que basta.

SELÍN. Yo no te quito
la nobleza.

CAMILA. No hay nobleza
si el casto honor se ha perdido,
que es el que vive inmortal.

SELÍN. ¿Y piérdeslo más conmigo
que con Celidoro?

CAMILA. El guarda
con fe pura y celo limpio
decoro a mi honestidad;
y si este traje he vestido
fué por estar encubierta
de lo que siempre he temido.
Deja tanta tiranía,
que primero el monte Olimpo
allanarás, que conquistes
el honor que te resisto.

(*Forcejan.*)

¡Soy tigre fiera de Hircania,
y soy pisado áspid libio!

(ASTOR BALÓN *al paño, escuchando.*)

¡Tengo garras de leona,
tengo ojos de basilisco,
que bastan a darte muerte
con la ira que te miro!

SELÍN. ¡Yo tengo poder y amor
para contrastar tus bríos,
y gozaré esa belleza!

(*Sale* ASTOR BALÓN *con la daga desnuda.*)

ASTOR. ¡No será mientras yo vivo!

SELÍN. ¿Qué pretendes, vil esclavo,
arrogante y atrevido?

ASTOR. Matar esta desdichada
hermosura, que ha nacido
para afrenta de mis canas;
que si la vida le quito
antes de perder su honor,
no me dejará ofendido;
quedarás sin ocasión
de usar tratos tan indignos
de las personas reales,
cuyos ejemplos seguimos
los inferiores. No borres
el honor que has adquirido
por un gusto feo y torpe.

SELÍN. Tú debes haber perdido
el juicio.—¡Ah de mi guarda!

(*Sale* MULEY *y otro* TURCO *con alabarda.*)

MULEY. ¿Qué mandas, señor invicto?
SELÍN. A este cristiano llevad
luego al más fuerte castillo,
y en una mazmorra obscura,
con fuerte cadena y grillos,
le poned, que por Alá
que antes que el sol a los indios
alumbre segunda vez,
le tengo de empalar vivo
a la vista de esta ingrata,
que ya en odio he convertido
el amor que le tenía.
Y ella esté en el cuarto mío,
con cuarenta hombres de guarda.
MULEY. Gran señor, obedecido
serás en todo.
ASTOR. El honor
te encomiendo.
CAMILA. ¡Padre mío,
piedra seré en resistencia;
que por mi honor y por Cristo,
estimo la vida en poco!
Ver la vuestra en tal peligro
es lo que me aflige.
ASTOR. Yo
iré contento al suplicio
por verte con tal valor.
Haz cuenta que sacrifico
a las aras de tu honor
mi vida.
CAMILA. Yo haré lo mismo.
ASTOR. ¡Adiós, hija!
CAMILA. Padre, ¡adiós!
ASTOR. ¡Virgen Santa, en Vos confío,
que sois Abogada nuestra
y sois Madre de afligidos!
SELÍN. ¡Camina, loco cristiano,
a la prisión!
ASTOR. Ya camino,
y a dar cuenta de mi vida
a mi Criador me apercibo.
(*Llévanle.*)
SELÍN. (¡Por Alá que estoy rabiando (*Ap.*)
de verme tan ofendido;
más tendré con la venganza
algún género de alivio!)

(*Vanse. Sale* ZARA *sola.*)

ZARA.

¡Oh, Amor, no me dilates
tanto tus gustos, que por alambique
los das y sus quilates,
cuando a grandes favores los aplique,
como el bien no poseo,
jamás me satisfacen el deseo!
Si bien con esperanza
de gozar tanto bien me aliento y vivo,
sin rendirse a mudanza
el firme amor de mi galán cautivo,
que el cuerpo y alma gana:
el cuerpo, el gusto; el alma, ser cristiana.
¿Cuándo llegará el día
de la alegre quietud que el alma precia,
que yo trueque a Turquía
por la insigne riqueza de Venecia,
a quien por patria aguardo,
que ya es mía por ser de mi Ricardo?
Dice que cierto esclavo
que está ausente le impide la partida;
yo en este punto acabo
de aprestar mi riqueza; apercebida
me hallará a cualquier hora,
como ya lo está el alma que le adora.
¡Oh, Gandalín!

(*Sale* GANDALÍN *solo.*)

GANDALÍN.

Señora,
por quien alegre paso el cautiverio,
en quien la bella aurora
amanece a alumbrar este hemisferio,
¡en buena hora te vea,
porque el jardín contigo cielo sea!

ZARA.

¿También eres discreto?
¡Bien sabes, Gandalín, decir amores!

GANDALÍN.

Soy precioso sujeto,
y más cuando se estiman mis favores;
mas soy tan desgraciado,
que en mi vida mi amor fué bien pagado.

ZARA.

¡Esa es desdicha extraña!

GANDALÍN.

Desdicha es, mi señora, de manera,
que a mí, cierta picaña,
me hizo, por desdicha, de Cervera,
haciendo un falso ensayo,
trocando su afición en un lacayo.

Yo, que soy mal sufrido,
al punto descarté la falsa sota
antes de ser marido;
que no es poco poderlo hacer sin nota
de infamia el que honra precia
viendo que es la mujer liviana o necia.

ZARA.

Razón, Gandalín, tienes.
¿Adónde está mi bien y mi Ricardo?

GANDALÍN.

No paga con desdenes
tu firme voluntad.

ZARA.

¿No es muy gallardo?

GANDALÍN.

La misma gallardía;
se cifra en él nobleza y cortesía.

ZARA.

¡Oh, qué gusto me has dado!
Mas dime: ¿dónde está? ¿Cómo no viene?

GANDALÍN.

Señora, está ocupado
en un cierto negocio que conviene,
creo, al real servicio;
mas no sabré decirte en qué ejercicio.

ZARA.

Pues, Gandalín amigo,
quédate adiós y dile a mi Ricardo
cómo he estado contigo
tratando de su amor y cómo aguardo
que pague como honrado
el deseo que debe a mi cuidado.

(*Vase.*)

GANDALÍN. ¡Por Dios, que estuvo el secreto
casi a punto de salir!
Bercebú puede sufrir
tan gran tentación y aprieto.
¡Válgate el diablo por Zara,
y qué hacía de brindar,
y yo para vomitar
el secreto! Pero cara
tentación hubiera sido
si no me fuera a la mano.
¡No quedara güeso sano
en mi cuerpo! No he podido
sufrir con mayores veras.
¡Arredro vaya el pecado!
Nunca estuve tan tentado
de hablar; mas no parto peras
con mi señor en tal caso,
que, como suelen decir:
ni aun de burlas el partir
suele salir bien. Yo paso
temeraria penitencia
con el freno del callar;
mas castigan por hablar.
Señora lengua, paciencia.

(*Vase. Da una vuelta un bofetón, y en él* NUESTRA SEÑORA, *y a los pies, de rodillas,* ASTOR BALÓN *con una cadena al hombro y un rosario en la mano, vestido de esclavo. Todo con música.*)

MARÍA. ¿Astor Balón?
ASTOR. Sacra Aurora,
Madre de Dios y doncella,
puerta del Cielo y estrella
del mar, divina Señora,
¿tal favor a aqueste esclavo?
¿Cuándo tal bien merecí?
MARÍA. En Venecia estás por mí.
ASTOR. Vuestras grandezas alabo,
amparo de pecadores.
Judit fuerte, hermosa Ester,
¿cuándo podré agradecer
tan soberanos favores?
Pues de esclavo me libráis,
seré siempre esclavo vuestro,
que en esto, Señora, muestro
los yerros que me quitáis.
Tendré esta rota cadena
por escudo y por blasón,
y el rosario por tusón,
¡oh Virgen, de gracia llena!
MARÍA. Harás labrar un convento
en este mismo lugar,
pues que le puedes fundar
y cuidar de su sustento;
sea la Orden de Francisco,
aquel serafín humano,
en este apacible llano,
al pie de aqueste alto risco.
Estos favores alcanza
el que en servirme se emplea;
y el apellido de él sea
la Virgen de la Esperanza.
ASTOR. Pondrélo por obra luego,
como siervo agradecido.
¡Vuestro favor, Virgen, pido,
pues tan dichoso a ser llego!

MARÍA. Ningún desvelo te aflija;
cumple lo que te he mandado,
que yo he de tener cuidado
con el honor de tu hija.

ASTOR. ¡Otro favor nuevo gano
con nueva tan deseada!
¡Oh sacra Virgen sagrada,
Madre del Rey Soberano!

MARÍA. Queda en paz.

(Da la vuelta la tramoya, y queda ASTOR BALÓN *en el tablado, y cúbrese la apariencia, con música.)*

ASTOR. Señora mía,
¿cómo con tal prisa os vais?
Pero con razón dejáis
tan inútil compañía.
¡Gastar pretendo mi hacienda,
no, Virgen, con mano escasa,
en fabricaros la casa
que por Vos se me encomienda!
Haré una rica capilla,
adonde, reverenciada,
esté la imagen sagrada
de la Virgen sin mancilla.
¡Ya va mi nave en bonanza,
que es el bien que el alma precia!
Ya en tus riberas, Venecia,
hay Virgen de la Esperanza.
Sin dilatallo un momento,
pues la riqueza me sobra,
Virgen, a poner por obra
voy vuestra casa y convento.

(Vase. Salen SELÍN *y* MULEY.*)*

SELÍN. Tráeme, Muley, esa ingrata,
esa sirena cristiana,
que, con crueldad inhumana,
mi heroica grandeza trata.
Pues mi fuego no mitiga
el desdén que en ella he visto,
quiero ver si la conquisto
con regalos; que si obliga
mi pecho de aquesta suerte,
librará de la prisión
a su padre Astor Balón,
y librarle ha de la muerte;
mas si insiste en darme enojos
y no me quiere agradar,
vivo le pienso empalar
delante sus bellos ojos.

MULEY. Voy a servirte, señor.

(Vase.)

SELÍN. Ya, sin duda, habrá trocado
su pecho determinado,
temerosa del rigor.
Pensé olvidar su belleza
viendo su desdén cruel,
y Amor aprieta el cordel
con notable fortaleza
y con ímpetu violento,
sin haber quien se lo impida:
tiene en un hilo mi vida
en el potro del tormento.

(Sale CAMILA *de moro, como antes.)*

CAMILA. ¿Qué me mandas, gran señor?

SELÍN. Tú a mí me puedes mandar,
pues se viene a sujetar
a ti mi heroico valor.
Confieso, bella cristiana,
que anduve muy atrevido
cuando, el decoro perdido
de esa beldad soberana,
confiado en el poder,
a la fuerza remitía
de mi amorosa porfía
el contrastar y vencer
lo que pudiera el Amor
facilitar por buen modo.

CAMILA. Ya te he respondido a todo,
pues conoces mi valor.

SELÍN. A tu padre librarás
de la muerte que le espera
si esa condición de fiera
truecas. Tú sola serás
la querida y regalada,
a las demás preferida.

CAMILA. No por restaurar la vida
de mi padre, que estimada
es de mí, como es razón,
tengo de manchar la fama,
que en esto el valor me aclama
por hija de Astor Balón,
y si mil padres tuviera,
y cada cual con mil vidas,
las diera por bien perdidas
antes que el honor perdiera.

SELÍN. No por verme tan compuesto
me respondas de esa suerte.

CAMILA. ¡No me da temor la muerte
por mi honor casto y honesto,
que ansí doy ejemplo al mundo
y a las romanas matronas!

SELÍN. ¡Llorarás lo que blasonas!

CAMILA. En lo que he dicho me fundo.

(*Dentro* CELIDORO *y* MULEY, *en voz alta.*)

MULEY. No se puede hablar agora
al Gran Señor.

CELIDORO. ¿Por qué causa?

MULEY. Porque hay cierto impedimento.

CELIDORO. ¿Tú me defiendes la entrada?

MULEY. Soy mandado.

CELIDORO. ¿Para mí
ha de haber puerta cerrada?

(*Salen los dos.*)

SELÍN. ¿Qué es esto?

CELIDORO. Yo, que he venido
de ganarte una batalla,
y Muley me impide el paso
para llegar a tus plantas.

SELÍN. Pues ¿cómo rompes el orden (*Muy severo.*)
que tengo dado a la guarda
y entras sin licencia mía,
esclavo vil?

CELIDORO. ¿Con quién hablas?

SELÍN. ¡Contigo, traidor!

CELIDORO. Mis hechos
no merecen esa paga.
Yo soy leal y lo he sido
a pesar de la canalla
infame que te ha informado
mal de mis lealtades claras;
mas yo cogeré algún perro
que a las orejas te ladra,
donde le saque la lengua
atrevida con que habla
en ofensa de mi honor,
cuando Persia, Europa y Asia,
y el mundo, sabe el valor
de mi brazo y de mi espada.
Si es invidia de mis hechos,
¿cuándo no ha sido invidiada
la virtud y la lealtad
de viles lenguas y falsas?
Si es por no galardonar
mis conocidas hazañas,
no en lugar de premio pagues
con afrentosas palabras,
que razones semejantes,
en boca de altos Monarcas,
son balas de piezas gruesas
que con sólo el aire matan.
Cuando te conquisto reinos,
¿este galardón me aguarda?
¿Yo traidor? ¿yo vil esclavo?
¡Miente la lengua villana
que en tal ocasión me pone!
¿Yo, que en ocasiones tantas
estimé la vida en poco,
como lo dice la fama,
sólo por librar la tuya
pudiera intentar infamias
ni traiciones contra ti?
El defensor me llamabas
de tu vida y de tu Imperio,
y agora, que con más causa
me lo pudieras llamar,
¿sólo de afrentarme tratas?
¿Olvidaste la fineza
que en la sangrienta batalla
de Alba Real, en Hungría,
casi ya desbaratada
tu gente, y puesta en huída
la poca que te quedaba,
al retirarte, embistió
una tropa de corazas
y mataron tu caballo,
y tu vida amenazaba
el conocido peligro?
Puesta en la tierra la espalda,
quebrado el lucido alfanje
y destrozadas las armas,
y yo, viendo tu persona
en el aprieto que estaba,
menospreciando el peligro
de las pistolas y lanzas,
entré, haciendo el pecho a prueba
de botes de pica y balas,
y dándote mi caballo,
hice a pie senda tan ancha,
que le dieron paso franco
las enemigas escuadras.
Pusiste en salvo la vida,
dejando yo salpicadas
con la sangre de mis venas
las hierbas de la campaña,
y salí con ocho heridas
que se imaginó al curallas
que en la más pequeña boca
se estaba asomando el alma.
En señal de agradecido
a mi honor y a mis hazañas,
me honraste con el bastón.
En empresas señaladas
ganéte muchas vitorias;

llegó a tanto mi privanza,
que la mitad me ofrecías,
con mano pródiga y franca,
de tu heroica Monarquía,
de tu grandeza otomana.
Mas subísteme a tu esfera
porque de un vuelo bajara
desde el cielo de tus glorias
al abismo de desgracias.
Más me quitas que me diste,
pues con sola una palabra
mi honra afrentas y dejas
borradas mercedes largas
que, liberal, me hiciste,
mas son mercedes humanas
sujetas a la fortuna,
sin firmeza y sin constancia.

SELÍN. Para que no formes quejas,
traiciones averiguadas
te tengo dos, cuando menos,
que no me podrás negarlas.

CELIDORO. ¿A mí traiciones?

SELÍN. A ti.—
Ve, Muley; haz que me traigan
a Astor Balón, por que vea
que no me ofendo sin causa,
pues siendo Gobernador
de Famagosta, a su patria
le enviaste; pero Alí,
que es leal, en la fragata
que le diste me le envía
preso, con custodia y guarda.
Esta es una traición; otra,
la de esta bella cristiana,
que en traje de hombre encubrías,
ciego en su amorosa llama.

CELIDORO. Libertar a Astor Balón
no es traición; piedad se llama,
y usarla con los rendidos
es de piadosas entrañas;
y encubrir la honestidad
de esta cristiana gallarda,
fué decoro a su deidad
por que no la profanaras.

SELÍN. Deshaciendo tus quimeras,
humillaré tu arrogancia
empalando a Astor Balón
delante su hija ingrata,
y después hará la fuerza
lo que los ruegos no acaban.

CAMILA. Cuando me quites la vida,
podrás ofender mi fama.

CELIDORO. Nuevos alientos me das (*A ella.*)
viendo tu hermosura casta
firme, y sabiendo que el ser
te dieron las nobles canas
de Astor Balón. Ven, Camila,
que con tu valor y espada
a mi lado, el mundo todo
en mi ofensa no me espanta.
Lo que hay que fiar del mundo
he visto en esta mudanza,
pues truecan ansí los reyes
los favores en desgracias.
Ejemplo tomen en mí
los que ciega la privanza,
que el tiempo es sabio maestro
y quien mejor desengaña.

(*Sale* MULEY *como pesaroso.*)

MULEY. ¡Gran desdicha!

SELÍN. ¿Qué hay, Muley?

MULEY. Que están las puertas cerradas
del castillo y calabozo
donde Astor Balón estaba,
y él no parece.

SELÍN. ¿Qué dices?

MULEY. Dicen, gran señor, las guardas
que vieron a media noche
un resplandor que cegaba
la vista más que los rayos
del sol.

SELÍN. ¡Qué quimera extraña!

MULEY. Algunos hechizos son
de aquesta nación cristiana,
y así, con sus invenciones,
de las prisiones se escapan.

CAMILA. Tú eres el vil hechicero,
pues con tus enredos tratas
eclipsar los claros rayos
de claras y nobles famas.

MULEY. Hablas como mujer libre.

CELIDORO. Aunque como mujer habla,
es en el valor muy hombre,
y tú mujer, pues que tratas
de chismes y de quimeras
y enredos, y son tus armas
las que las mujeres usan,
que se valen de palabras;
mas yo cortaré algún día
esa lengua que me agravia,
sin que te valgan lisonjas
y sin que Selín te valga.

SELÍN. ¡Prended aquese villano

atrevido, que amenaza
la lealtad con altiveces
y soberbias arrogancias;
que quien las alas le dió
sabrá quitalle las alas,
humillando su soberbia!
Y esa atrevida cristiana
prended también.

CELIDORO. Cuando tengo
este brazo y esta espada,
con el valor de Camila,
¿quién emprenderá esa hazaña?
¿Quién se atreverá a prenderme
que tenga de vivir gana?
Ven, Camila, que a mi lado
viene segura tu fama
y tu persona; no temas
aunque venga toda el Asia.

CAMILA. Si eres Marte, yo Belona,
y en tu valor confiada
te seguiré, que en tu trato
tu gran nobleza declaras.
Defendiendo fama y honra,
pienso morir como honrada,
y dar a la fama plumas
con que escriba mis hazañas.

CELIDORO. ¡Eres discreta y hermosa,
honesta, fuerte y gallarda!

CAMILA. ¡Tú eres galán y valiente!

CELIDORO. ¡Sígueme, bella cristiana!

(*Vanse los dos.*)

SELÍN. ¡Hola! ¡Prended a este aleve,
soldados! ¡Ah de mi guarda!

MULEY. Sosiégate, gran señor,
que en su prisión habrá traza
sin aventurar las vidas.

(GANDALÍN *al paño, escuchando.*)

SELÍN. Dila, pues.

MULEY. Con una carta,
disimulando tu enojo,
puedes volvelle a tu gracia,
y fingiendo que le haces
Virrey de la isla ganada
de Chipre, se olvidará
de las afrentas pasadas,
y avisar a los soldados
que, entrando en la Capitana,
se conjuren y le arrojen
al mar, o que a puñaladas
le maten y a tu poder
traigan la bella cristiana
que tus favores desprecia,
donde, por fuerza u de gracia,
harás tu gusto, que, muerto
Celidoro, es cosa clara
que estimará tus amores
viéndose sin esperanzas
de su amor.

SELÍN. Muy bien has dicho.
Voy a escribir.

MULEY. (Ansí acaba
el mayor contrario mío.
Vendré a tener su privanza,
que nunca en Palacio medra
el que lisonjas no trata.)

(*Vanse, y sale* GANDALÍN, *que ha estado escuchando.*)

GANDALÍN. ¡Pobre de ti, Celidoro!
¡Oh fiera y falsa canalla,
con qué fingida cautela
su infamia y su muerte tratan!
No he visto turco en mi vida
que me aficione con tantas
gracias como Celidoro.
Del peligro que le aguarda,
le he de avisar, ¡vive Dios!,
porque es de gente tacaña
matar a un hombre a traición
de partes tan estimadas.
Yo me inclino a Celidoro;
no sé qué secreta causa
me mueve, y aunque el peligro
amenaza mi garganta
si saben que soy el fuelle
que sopló en aquesta fragua,
¡vive Dios, que he de soplar!
Quizá encenderé una llama
que me caliente y que sea
nube de una gran privanza.
A gran peligro me pongo:
premio o castigo me aguarda.
¡Por Cristo que me aventuro,
que el hacer bien nunca daña!

(*Vase. Con que se da fin a la segunda jornada de* EL ESCLAVO DE VENECIA Y AMANTE DE SU HERMANA.) (1)

(1) Repítense a continuación la firma "J.º martínez de mora" y las palabras "fin" y "original".

Jesús, María, Josef.

JORNADA TERCERA

DE *El Esclavo de Venecia y amante de su hermana.*

(*Salen* CELIDORO *y* CAMILA.)

CELIDORO.

¿Cómo se libraría
de la prisión tu padre, que en Turquía
no ha sido descubierto,
ni ha faltado bajel ninguno al puerto,
ni se sabe en qué parte
se oculta su persona?

CAMILA.

Nuevo Marte,
lo que de eso presumo
que es quien le libertó de poder sumo.
La Virgen soberana,
fuente de gracia, que es donde el bien mana,
tengo yo por sin duda
que al salir del peligro le dió ayuda.

CELIDORO.

Tu ley, Camila, alabo,
que ansí de la prisión libra a un esclavo.
Mas ¿qué Virgen es ésa
a quien tu lengua de alabar no cesa?

CAMILA.

Es la Virgen María,
alba del sol, lucero, norte y guía.
¡Ay, Celidoro amigo,
si conocieses la verdad que sigo,
cuán venturoso fueras
dejando setas falsas y quimeras!
Presunción he tenido
que no eres turco, porque siempre he oído
llamarte esclavo a todos.

CELIDORO.

Alá, Camila, por diversos modos
me ha dado inspiraciones
que sigo ley con muchas confusiones,
y siempre a los cristianos
estimo y he querido como hermanos.
No sé quién soy, Camila;
que mi valor apoca y aniquila
ver que el principio inoro,
ni sé si soy cristiano, turco o moro,
y mueren encogidos
pensamientos que nacen atrevidos
en este altivo pecho,
a quien el mundo todo viene estrecho;
porque hombres de honor faltos
jamás tuvieron pensamientos altos.
Sabrás, Camila bella,
que cierta inclinación que me atropella
el ánimo y sentido
me trae desvelado y afligido,
que apenas me resisto
de una sombra o visión que en sueño he visto
que me da pena mucha.

CAMILA.

Cuéntala, por tu vida.

CELIDORO.

Atenta escucha.
Cuando llegué con la armada
a las amenas frescuras
de Chipre, dando en la playa
fondo las galeras turcas;
mientras que se fabricaba
entre dos soberbias puntas
de dos peñascos un fuerte
donde pudiera segura
defenderse nuestra gente
de la prevención que junta
tenían los de la isla,
que temiendo la futura
rüina todos en armas
se ponen, la más caduca
senetud las armas toma
dando ejemplo a la robusta
edad, y con documentos
que pudiera envidiar Numa
Pompilio, el magno Pompeyo
y la Monarquía augusta,
en esta apacible playa
estaba una noche obscura
durmiendo en mi capitana,
y entre las doce y la una
vi una mujer en la popa
de incomparable hermosura,
toda vestida del sol,
cuyo resplandor alumbra
más que sus dorados rayos,
con un manto azul, que turba
la vista, lleno de estrellas,
y los pies sobre la luna,
coronada la cabeza
como reina, y crespa y rubia
una dorada madeja
servía de bordadura

a los hombros, dando al sol
envidia sus hebras puras.
A respeto provocaba
su belleza y compostura;
ojos serenos y graves,
con cuyas luces alumbra
más que dos ricos carbuncos;
sus bellos labios figuran
un rubí hermoso, cortina
de dos hileras menudas
de perlas, y las mejillas
a la nieve en la blancura
y a la rosa, que el cogollo
desfleca hermosa y fecunda
entre juncias y espadañas
y entre jazmines y murtas,
un tierno niño en los brazos
con una insignia que anuncia
que es El el Señor del orbe,
pues por la bola se juzga
el mundo en la redondez,
y un rótulo que dibuja
su majestad y grandeza
no sujeta a la fortuna.
"Yo soy Rey de reyes—dice—
y criador de criaturas;
soy Señor de los señores,
y no ha de tener fin nunca
mi reino, porque es eterno,
y ansí eternamente dura."
Quedé confuso y sin pulsos
contemplando su hermosura
y sus partes soberanas,
que alguna deidad ocultan,
a quien con miedo y respeto
miraba y la lengua muda,
con temeroso silencio
con el alma la saluda,
cuando con voz mansa y grave
estas razones pronuncia,
que, lleno de confusiones,
mi turbado oído escucha,
diciendo: "¿Por qué persigues
tu nación y por qué injurias
la noble sangre que tienes?
¿Por qué a tu patria le usurpas
los blasones que ha ganado,
eclipsando la luz pura
de la verdad que alumbraba
esta isla y otras muchas?
¿Sed tienes de ganar fama
a costa de sangre tuya?
Mira que te precipitas;
entre esas honras que buscas,
la joya de más estima,
que sangre inocente y justa
labró, (1) tienes tan manchada,
tan asquerosa y tan sucia,
que, de hermosa, rica y bella
y un armiño en la blancura,
en negro color trocada
está con sombras obscuras.
Inocentemente vives
con esperanzas confusas,
que las honras que apeteces
son frágiles y caducas.
Busca al verdadero Rey,
que el tiempo pierdes y ofuscas,
como bárbaro, el sentido
en cosas que poco duran.
Es toda la vida un sueño,
y el sueño estampa y figura
de la muerte, y mientras duermes
en el sepulcro te juzga.
Tu vida es toda un letargo,
pues que no despiertas nunca
del grande engaño que tienes
siguiendo empresas injustas.
Deja altiveces humanas,
vanas honras y locuras,
que como sombras se pasan;
honras que han de durar busca.
Sirve a mi Hijo que es Rey
que, al que sirve con fe pura,
premia con eternas honras,
cuya privanza es segura.
No se paga de lisonjas;
con fe y verdades desnudas
se agrada, y conoce bien
el que le sirve o le injuria.
Más sabio es que Salomón,
aunque tuvo ciencia mucha,
que el dón de sabiduría
mucho a los reyes ilustra.
Es ejemplo de virtud,
porque en El se cifran juntas
todas las virtudes, y es
la verdad y bondad suma.
Misericordioso y manso,
perdona una vez y muchas
las injurias que le hacen
si se enmiendan de las culpas

(1) En el original, "labor", que no hace sentido.

que contra su gran poder
cometen, y con blandura
se aviene con sus vasallos,
que, primero que ejecuta
el rigor de su justicia,
les amonesta y anuncia
su notable precipicio
y el fin de su desventura
por los tinientes que tiene,
que pregonan y promulgan
las leyes que ha establecido,
sin que ignorancia presuman,
que a dos solas se reducen,
y puedo decir que a una,
que es no ofender a su Rey,
siendo su basa y coluna
la fe pura y observancia
de su ley preciosa y justa."
Absorto quedé, Camila,
y el alma triste y confusa
de este prodigioso caso.
En tan temerosas dudas,
desde entonces en mi pecho
la razón y el valor luchan.
Si fué ilusión o verdad
(y no sé a qué lo atribuya),
una nube arrebató
la soberana pintura
que te he contado, y quedé
ciego con su ausencia, a cuya
honestidad me incliné
con respeto y con mesura,
debidos a su deidad
y por la relación suya,
a servir al Rey su Hijo,
que sin lisonja procura
que le sirvan los vasallos,
cosa que tan poco se usa.
Pareciéronme sus leyes
y sus costumbres muy justas,
y ansí le tengo por justo,
pues ansí a la ley se ajusta.
Pero los sueños, Camila,
siempre se creen en duda,
y porque aquéste fué sueño,
su crédito dificulta
mi valor, que siempre es uno,
en buena o mala fortuna,
que sólo a Alá se sujetan
y a tu divina hermosura.

CAMILA. Verdades son, Celidoro,
las que me cuentas. Dios quiere
que del sueño de tu engaño
y tu ceguedad despiertes.
Esa Mujer que has contado
de virtud tan excelente,
es Madre de Cristo y es,
siendo madre, virgen siempre;
y aquel Niño milagroso
que el mundo en sus manos tiene,
en cuanto al linaje humano
es de Abraham descendiente.
Es igual en todo al Padre,
pues su esencia y poder tiene,
que en su entendimiento mismo
Dios le engendró eternamente;
y sin dejar de ser Dios,
para remediar la gente,
tomó nuestro humano ser
para que morir pudiese
como hombre, pagando deudas
ajenas.

CELIDORO. ¿Cómo se entiende
eso de morir pagando
Cristo deudas que no debe?

CAMILA. Escúchame, Celidoro,
si la verdad saber quieres.
Hizo Dios a imagen suya
al hombre, y por que tuviese
compañía, a la mujer
crió con gracia excelente.
Dotóle de ciencia infusa,
hizo que le obedeciesen
aves, peces y animales,
y que a todos nombre diese.
Crióles en gracia y dióles
un jardín hermoso, alegre,
lleno de fruta y frescuras,
que por morada tuviesen.
Dióles licencia que coman
de cuantas frutas hobiese
en el jardín; sólo un árbol
les vedó, y que si comiesen
de él perderían la gracia
y la vida juntamente.
No les puso otro precepto,
otro mandato ni leyes,
y quebrantáronle al punto
soberbios y inobedientes.
Perdieron gracia y morada,
y a todos los decendientes
alcanzó de Adán la culpa,
sin que las puertas se abriesen
del Cielo para ninguno

aunque santo y justo fuese.
Desde el Limbo a Dios clamaban
que su rigor y ira cese,
y que se acabe el destierro
que tantos años padecen.
Movido Dios de los ruegos
de varones penitentes,
trató de la paz del hombre,
aunque fué ingrato y rebelde.
Tenía Dios preservada,
desde *ab initio*, en su mente,
una doncella que todas
las virtudes comprehende,
que después de Dios no hay santo
ni ángel que a su virtud llegue.
Y ansí a Dios agradó tanto,
que para hija la quiere.
Despachó un embajador
desde la Corte celeste,
y en Nazaret de Judea,
en un recluso retrete,
leyendo la profecía
que el bien del hombre promete,
en contemplación divina,
en que se ocupaba siempre,
el alado paraninfo
la halló y saludó alegre,
diciéndola que ha hallado
gracia con Dios y que quiere
que, por misterio divino,
su amado Hijo se engendre
en sus entrañas humildes,
que el Santo Espíritu viene
a alumbrarla con su gracia
y su luz resplandeciente,
y que aquesta es obra suya,
no de varón, y ansí puede
ser madre, quedando virgen;
y Dios a hacerse hombre viene,
sin dejar el ser de Dios,
para que ansí se remedie
todo el humano linaje.
Dió el "sí" humilde y obediente
la Virgen, y al mismo instante
se encarnó Cristo en su vientre;
fué su santo relicario
y custodia nueve meses,
y después, peregrinando,
para cumplir con las leyes,
en un portal de Belén
nació, y un pobre pesebre
sirvió de cuna y de cama
la paja. Allí con motetes
celestiales le saludan
ángeles, cantando alegres
gloria al Cielo y a los hombres
paz y gracia juntamente.
Por una estrella guiados
vinieron desde el Oriente,
a adoralle por gran Rey
y a obedecerle, tres reyes;
y en señal de vasallaje
le ofrecen ricos presentes,
oro fino, incienso y mirra,
y por su Rey le obedecen.
Dando ejemplo a los mortales
hizo vida penitente,
y, cumpliendo la Escritura,
padeció afrentosamente,
de edad de treinta y tres años,
para que el hombre viviese;
y mostró el Cielo señales
de que su Criador padece.
Abriéronse los sepulcros,
la luna y sol se escurecen
y, dándose unas con otras,
las duras piedras se mueven.
En pies, manos y costado
dejó abiertas cinco fuentes,
manando misericordias,
con que la sed se remedie,
y para lavar la mancha
que por Adán comprehende
a sus hijos, y de esclavos
a todos libres los deje;
y abriendo al Cielo las puertas
al fin deseado llegue
el hombre, que es ver a Dios,
si sus pisadas siguiere.
Tres personas y una esencia
en la Trinidad se entiende,
que a Padre, Hijo y Espíritu
un ser sólo comprehende;
un Dios solo, una substancia,
con un poder igualmente,
que es el verdadero Dios
y es sólo el Rey de los reyes,
a quien te mandó servir
María, Reina excelente,
Madre del Rey soberano
a quien la vida y ser debes.
Todos nacemos en culpa,
y esta culpa a quitar viene
el baptismo y deja en gracia

al que le recibe, y siempre
vivirá en gracia de Dios,
si por su culpa no pierde
aquesta joya estimada,
y el que en gracia de Dios muere
va a gozar bienes eternos
y ve a Dios eternamente.

CELIDORO. Tu ley, Camila, me agrada
y lo que dices del Rey;
la de Mahoma no es ley,
sino seta mal fundada.
Desatino y barbarismo
es seguirla, caso es llano;
yo me inclino a ser cristiano
y a recibir el bautismo.
Humanas honras desprecia
mi engañada fantasía;
con tu dulce compañía
iré contento a Venecia.
Allí, con gusto y reposo,
pretendo pasar la vida
contigo, prenda querida,
si merezco ser tu esposo.

CAMILA. Agora sí me pareces
galán, prudente y discreto;
que me agradas, te prometo,
mi señor, más que otras veces.
Ganarás eterna palma
si emprendes esa ventura;
tendrás mi mano segura,
y aseguras vida y alma.

CELIDORO. Siendo tú mi norte y guía
no puedo, mi bien, errar;
por ti me vendré a salvar,
pues por ti dejo a Turquía. (1)

(*Sale* GANDALÍN.)

GANDALÍN. (¡Por Dios, que está acompañado
con el gallardo Celindo! (*Aparte.*)
No he visto turco más lindo,
aunque hobiera perdonado
el ver agora su cara.
Mas llamaré a Celidoro
aparte. ¡Quién le topara
solo! Pero ya he venido,
no me he de ir sin le avisar,
pues que le puede importar
la vida.) Licencia pido,
(*Llega.*)
valeroso Celidoro,
para hablarte dos razones
en secreto, y que perdones
suplico.

CELIDORO. Aunque el caso inoro,
no tienes que recelar
del turco que ves presente,
porque es mi amigo y pariente
y hombre que sabrá callar.

GANDALÍN. Alto, pues, yo me aventuro,
aunque a gran riesgo me pongo;
pero al peligro antepongo
el afecto y amor puro.
Va de aviso. Escucha atento
lo que mi lengua atrevida
relata, porque mi vida
librar de esta suerte intento.
Yo, señor, en el jardín
oí que el traidor Muley
daba por consejo al Rey
que diese a tu vida fin.
En tu daño se desvela,
y así aconseja el traidor
te nombre gobernador
de Chipre, con gran cautela.
Que con eso olvidarías
las injurias y la afrenta
recibida, haciendo cuenta
de la honra que adquirías;
dando aviso a los soldados
de la fuerte capitana
que te echen con furia insana
al mar y, determinados,
te maten a puñaladas,
y luego a cierta cristiana
de hermosura soberana,
tus defensas acabadas,
lleven al cruel Selín;
que, si a resistir se esfuerza,
dice ha de vencer la fuerza,
aunque es hecho de hombre ruin.
Yo dije: "Tu nombre infamas
con tan grande vituperio;
no mereces el Imperio,
aunque Emperador te llamas."
Y por pagar la afición
que te tengo, de improviso
prometí de darte aviso
y cumplir mi obligación.

(1) En esta larguísima y poco oportuna escena se ve que anduvo una mano que no fué la de Lope, que era muy breve y gráfico en esos cursos de religión para uso de moros de buena voluntad. Probablemente sería alguno como el clérigo Rojas, que enmendó varias obras del gran poeta.

Libra tu vida con traza
y calla, porque amenaza
a mi nuez un grande aprieto.
(Temiendo estoy el juïcio (*Aparte.*)
del riguroso Selín,
¡por vida de Gandalín!
por ser hablador de vicio.
Pero cumplo lo que debo;
que, a fe de cautivo honrado,
que le estoy aficionado,
que es muy gallardo mancebo.)

CELIDORO. Dime, ¿no es tu compañero
cierto cautivo gallardo
que se ha de llamar Ricardo?

GANDALÍN. Sí, señor.

CELIDORO. Dile que espero
a la orilla de la mar,
y vendráste tú con él;
pagarte he el aviso fiel,
y a él le quiero pagar
el afición que me enseña;
que siempre que me miraba
noté que a solas lloraba,
que enterneciera una peña.
A solos los dos aguardo,
que el alma os estima y precia,
para pasarme a Venecia
con este turco gallardo.

GANDALÍN. Vivas más años, amén,
que un cuervo; vivas más años
que tiene un gitano engaños,
y más que Matusalén.

CELIDORO. Procede con discreción.

GANDALÍN. Que me agravias te prometo;
soy jubilado en discreto
y soy segundo Catón.
Adiós, hasta que vengamos.

CELIDORO. Ven volando.

GANDALÍN. (Ahora bien:
haz bien, no busques a quien,
que haciendo bien, bien ganamos.)

(*Vase.*)

CELIDORO. No en balde, Camila bella,
a los cristianos me inclino.
Mira con qué riesgo vino
éste, y por todo atropella,
no más de por darme aviso
para que guarde la vida
que a Cristo tengo ofrecida.

CAMILA. Sin duda El librarte quiso.

CELIDORO. Vamos, que si es cauteloso
y falso el traidor Muley
negando amistad y ley,
a un traidor otro alevoso.

(*Vanse. Salen* ZARA *y* RICARDO.)

ZARA. Muchas dilaciones,
Ricardo, son éstas,
con que amor gigante
teme y se recela.
Gran pensión le paga
a Amor el que espera,
que los días y horas
por siglos los cuenta.
La desconfianza
que mi pecho engendra
crece por momentos,
la esperanza mengua.
Los inconvinientes,
el que ama de veras,
con valor y brío
vence y atropella.
Oprimen el alma
injustas sospechas,
dudando la paga
de tantas finezas.
Cría atrevimientos
en el pecho que entra
Amor ciego y niño,
que, armado de flechas,
si de lejos teme
embiste de cerca.
No pierde ocasiones,
porque la vergüenza,
como anda vendado,
la tiene encubierta,
y si alguna tiene
jamás usa de ella.
Si Amor es cobarde
y muestra flaqueza,
señal es que muere
su fuego y centella.
Recelos avivo;
yo soy la sujeta,
yo soy la cautiva,
pues vivo en cadena.
Tú eres el alcaide
de mi fortaleza,
y con gran rigor
la prisión aprietas.
Libertad procura
cualquier alma presa,

y la triste mía
está viva y pena.

RICARDO. Sin razón, mi Zara,
de mi amor te quejas,
que es el pecho mío
centro de firmeza.
No infames mi amor
con frías tibiezas,
cuando es un volcán
que se abrasa y quema.
Ya sabes, mi Zara,
que te hice promesa,
habiendo ocasión,
llevarte a Venecia,
y, siendo cristiana,
que has de ser mi prenda,
mi adorada esposa;
y mi fe te empeña
cumplir la palabra
que te tengo puesta,
pena de hombre vil.
Deja, Zara bella,
que avise a un amigo
que tiene nobleza
y vive en destierro
de su amada tierra.

ZARA. El alma a su centro
has hecho que vuelva;
ya desconfianzas
y temores cesan.

(*Sale* GANDALÍN.)

GANDALÍN. Albricias, Ricardo.

RICARDO. Pues ¿qué buena nueva
traes, Gandalín,
con tal gusto y priesa?

GANDALÍN. (Por Dios, que al secreto (*Aparte.*)
rompía las treguas
si no reparara
en la grave perra.)

RICARDO. Siendo entre nosotros,
enterrado queda.
Bien puedes hablar.

GANDALÍN. ¿Aunque Zara bella
lo escuche?

RICARDO. Bien puedes,
yo te doy licencia.

GANDALÍN. Pues desbucharéle,
que a fe que me cuesta
haberle guardado
sin echarle fuera
grandísimos sustos;
mas el miedo enfrena
si cerca amenaza
la más fácil lengua.
Va de rompimiento.
Celidoro queda
con Celindo solo
y dice que espera
a orilla del mar
para que a Venecia
con él nos partamos.
Lleva a Zara bella.
Coge del copete
la ocasión, que vuela,
no te deje a escuras.
Yo vengo a gran priesa
a ser el Mercurio
de esta alegre nueva.
¿Qué haces, Ricardo?
¿Qué dices? ¿Qué piensas?
Pon faldas en cinta.
Troquemos la guerra
por la libertad
que ya nos espera.
Ya Constantinopla
por Venecia trueca,
que, aunque es tierra rica,
no tiene tabernas,
ni gasta tocino
la gente turquesca,
porque su Alcorán
no les da licencia.
Ea, ¿en qué reparas?
Si duermes, recuerda.
La ocasión da voces,
mira no la pierdas.
Démosles gatazo
a estos perros. Sea
el robo de Zara
mejor que el de Elena.
Ea, que la nave,
con jarcias y velas,
en la playa aguarda.
Mil albricias vengan,
que bien las merezco.

RICARDO. A mis brazos llega,
Gandalín amigo,
que ya el Cielo ordena
que tantos trabajos
en bien se conviertan.
Pues que Celidoro,
sin saber quién sea,
el Cielo le alumbra

y a Turquía deja,
sabrá de mi boca
quién es en Venecia.
Por él dilataba
lo que el alma precia,
aguardando tiempo
en que le dijera
cosas que le importan
y que es bien que sepa.

ZARA. Pues ya llegó el día
en que le dijeras
lo que deseabas,
que es ir a tu tierra,
y en sus ceguedades
dejar esta seta
falsa de Mahoma
que las almas ciega,
vamos, mi Ricardo;
llevaré riquezas
de muchos quilates;
que aunque haya en Venecia
tantas, no harán daño.

GANDALÍN. Eres muy discreta.

ZARA. Toma esta sortija
por las buenas nuevas.

GANDALÍN. Ruego a Dios que vivas
la edad de una suegra.
Adiós, alhelíes,
rosas, azucenas,
lechugas, melones,
cardos, berenjenas,
perejil, culantro,
cebollas y berzas;
ajos, zanahorias,
nabos, hierbabuena,
rábanos, patatas,
escarolas frescas,
garbanzos y habas,
arroz y lentejas.
Adiós, pasas, higos,
peras y camuesas,
pepinos, cohombros,
guindas y cerezas.
Adiós, azadón.
Adiós, noria y güerta.
Adiós, que me voy
a mi amada tierra,
que entre tantos galgos
no hay quien vivir pueda.

(Vanse, y descúbrese SELÍN, *corriendo una cortina echado sobre una alfombra y almohadas durmiendo, y dice entre sueños.)*

SELÍN. ¡Detente, Marte cristiano!
No ejecutes en mi vida
el rigor de aquesa mano;
no quites con una herida
dueño al Imperio otomano.
Advierte que soy Selín.
No intentes mi triste fin,
fuerte y gallardo español,
Austria bravo, hijo del sol,
nuevo Neptuno o delfín.
Conténtate del estrago
que has hecho en mi fuerte armada
en ese sangriento lago
de tanta gente granada
que con la vida hace pago.
Tantas galeras ganadas,
tantas rotas y anegadas,
con tantos nobles cautivos,
que los que se escapan vivos
llevas las manos atadas.
Tu furia de rayo pasa.
Conténtate con lo hecho
contra mi fortuna escasa,
no quieras pasarme el pecho
dentro de mi misma casa.
¡Favor! ¡Que me matan! ¡Hola!
Celidoro, vuelve, amigo,
y mi estandarte enarbola,
que mi vida está contigo
segura; tu espada sola
es bastante a defenderme
del daño que quiere hacerme,
aunque con temor le pinto,
el hijo de Carlos Quinto.
Vuelve, amigo, a defenderme.
Si te he agraviado, perdona,
que el que es vasallo de ley,
como tu fama te abona,
olvida agravios del rey
por defender su corona.
Ea, amigos, que me matan
y mis fuerzas desbaratan
los cristianos escuadrones,
que sus pintados leones
mis medias lunas maltratan.

(Sale un SOLDADO *turco.)*

SOLDADO. ¿Por qué das voces, señor?
¿Quién a ofenderte se atreve?
¿Quién inquieta tu valor?
¿Quién esa guerra te mueve
que te causa tal temor?

SELÍN. ¡Válgame Alá! ¡Qué quimeras
(Despierta y levántase.)
formaba el sueño! De veras
el temor me amenazaba,
que tal efeto causaba
el miedo en ideas fieras.
Un don Juan de Austria soñé
que mi poder deshacía,
y mi muerte recelé.
Fué sueño, fué fantasía,
pues veo que me engañé.
Con todo, es tal el temor
que aniquila mi valor,
y como si verdad fuera
me da pena esta quimera.

SOLDADO. ¿De qué temes, gran señor,
cuando ansí tu fama crece,
que el mundo te viene estrecho,
pues a tus plantas se ofrece?
¿Temor cabe en tu real pecho
cuando el orbe te obedece?

(Vase.)

SELÍN. Bien dices: no hay que temer
que me puedan ofender
cuantos gozan luz del sol,
desde el soberbio español
al rey de mayor poder.

(Sale otro SOLDADO *turco.)*

SOLDADO. Señor, perdona y escucha
una desdichada nueva.

SELÍN. (Ya en mi pecho el temor lucha. *(Ap.)*
Hagamos del valor prueba
si la desventura es mucha.)

SOLDADO. Llegaron a la marina
un Celindo y Celidoro
y tu liviana sobrina,
que, perdiéndote el decoro,
a un vil cautivo se inclina;
a un Ricardo que el jardín,
con el falso Gandalín,
cultivaba; a un vil cristiano
que, con ánimo villano,
ha robado un serafín.
Y como era General
el astuto Celidoro,
nadie imaginara tal,
que te perdiera el decoro
ni de él entendiera mal. (1)

(1) En el texto repite la voz "tal".

Dímosle entrada segura
¡gran desdicha y desventura!
en la real capitana,
pues con crueldad inhumana
intentó tan gran locura.
Dijo: "Su culpa condena,
por justo derecho y ley,
pues su malicia lo ordena,
a muerte al traidor Muley",
y le colgó de una antena (1)
diciendo: "Acaben ansí
traiciones que contra mí
tantas veces intentaste.
Si alto estado deseaste,
en alto te ves aquí."
Y luego con gran cautela,
entrando en un bergantín,
se hacen al mar y a la vela,
declarándonos el fin
que su pretensión desvela;
diciendo: "A Venecia voy,
que desengañado estoy
del engaño en que vivía.
Decí a Selín que algún día
conocerá lo que soy."

SELÍN.

¡Aguarda, fementido, *(Furioso.)*
esclavo vil, villano, mal nacido!
No huyas viento en popa,
astuto toro con la bella Europa
más hermosa y discreta,
que no es Venecia venturosa Creta
para que en su frescura
libre puedas gozar de su hermosura.
Ruego a Alá que los vientos
soplen tan vivos como mis tormentos
y mi pasión esquiva,
y la nave atrevida y fugitiva
vuelva a la playa sana
con el Paris aleve y la cristiana.
Ve, amigo, con gran prisa
y a Alí, mi general, al punto avisa.
Camina por la posta,
que corra hasta Venecia golfo y costa
si mi amistad profesa,
que estimo en más que a Chipre aquesta em- [presa.

SOLDADO.

Voy a servirte al punto.

(Vase.)

(1) En el original, "almena".

SELÍN.

Camina, amigo, que el infierno junto
se encierra en este pecho,
que en ellos ira y fuego está deshecho.
¡Ah, Celidoro aleve,
que tu cautela a mi valor se atreve
consintiendo en tu nave,
por que el tormento y el dolor me acabe,
a mi sobrina ingrata,
que ya negar su patria y su ley trata!
Aunque Camila bella
más el gusto que Zara me atropella.

(*Sale* MAHAMET.)

MAHAMET.

Prevén el corazón y ánimo fuerte
para una gran desdicha, y dame muerte
en oyéndola luego.

SELÍN.

¡Lluevan desdichas hoy!

MAHAMET.

Que escuches ruego.

SELÍN.

De tu tardar me espanto.

MAHAMET.

Tu fuerte armada pereció en Lepanto.
Don Juan de Austria famoso,
hermano de Filipe valeroso,
rey de la brava España,
tus galeras venció.

SELÍN.

¡Desdicha extraña!

MAHAMET.

Ochalí, renegado,
con sus galeras sólo se ha escapado,
y las demás rendidas
quedaron todas, y otras sumergidas.

SELÍN.

¡Cierra esa boca, infame, (*Furioso.*)
antes que aquesa sangre vil derrame!—
¡Oh, Mahoma enemigo,
que así me oprimes con igual castigo,
de tu poder reniego!
Trágueme el hondo abismo en vivo fuego,
pues vivo en cruda guerra;
abra su centro y trágueme la tierra,
o caigan de la esfera
rayos de fuego en que abrasado muera.
¡Con qué razón temía
tanta tragedia y desventura mía!
Verdad el sueño ha sido
que me tuvo confuso y oprimido (1)
Nunca tiempo llegara
que ansí a mi costa me desengañara.—
Ven, Mahamet, si codicias
premio de aqueste aviso, las albricias
te esperan con la muerte,
que no mereces premio de otra suerte.

MAHAMET.

¿Para qué quiero vida
si la honra y la hacienda está perdida?

(*Vanse, y salen* [*dos* SENADORES] *de Venecia y* ASTOR BALÓN.)

SENAD. 1.° Valeroso Astor Balón,
cristiano Alcides segundo,
Marte que fuistes testigo (2)
de la pérdida del turco,
cuéntanos la historia.

ASTOR. Dadme
atención.

SENAD. 2.° Gustaré mucho
oírla.

ASTOR. Yo de contarla,
por ser nueva de tal gusto,
que la pérdida de Chipre,
aunque no de todo punto,
se repara [en] mucha parte
con esta vitoria y triunfo.

SENAD. 1.° La relación aguardamos.

ASTOR. Ya la empiezo.

SENAD. 2.° Atento escucho.

ASTOR. Partió el señor don Juan de Austria,
el hermano del segundo
Filipo, invicto monarca,
Salomón prudente y justo,
de Mesina con la armada
más gruesa que ha visto el mundo
después de Jerjes y Dario;
a quien Pío Quinto, el Sumo
Pontífice, el estandarte

---

(1) En el original, "atrevido", que no forma sentido.

(2) El hecho de suponer testigo de la batalla de Lepanto a Astor Balón prueba que las escenas en que se le da por cautivo en Constantinopla y libertado milagrosamente no pertenecen al plan primitivo de la obra y fueron añadidas por el que dió a ésta el giro de comedia devota.

dió de la Liga, que muchos
pretendieron, pero no
le mereció otro ninguno,
que es, aunque mozo, prudente,
galán, discreto, robusto,
afable, honesto, severo,
sagaz, generoso, astuto,
rama de aquel fuerte tronco
que, por vivir más recluso,
trocó a una celda el Imperio
en menosprecio del mundo.
Al valiente Marco Antonio
Colona tiniente suyo,
dando invidia al mismo Marte
y honrando a Roma, le cupo,
por ser tan diestro soldado,
el puesto heroico y segundo,
y a nuestro gran Barbarigo,
a quien otro César juzgo,
el tercero, a quien por deudo
acompañé con gran gusto.
El piélago cristalino
cortaba el nuevo Neptuno
con más número de naves
que Aníbal contra Sagunto
tuvo en la playa española
para contrastar sus muros.
Llevaba la fuerte armada,
sin otros patajes muchos,
docientas y más galeras,
seis galeazas, de cuyos
leños se formaba un monte,
haciendo en el agua surcos;
cuarenta y cuatro fragatas,
que, cortando el cristal puro,
de una ciudad que volaba
eran fábrica y asunto.
Tuvo el señor don Juan de Austria
nueva que tenía el Turco
su gruesa armada en Lepanto,
que, con soberbia y orgullo,
iba buscando la nuestra
ostentando altivo rumbo,
cuyo número excesivo
en el piélago profundo
cubría con pardas sombras,
descogiendo el lienzo crudo
la más apacible playa
que gobierna el dios Neptuno.
Docientas y treinta y cuatro
galeras reales, en cuyos
vasos la nobleza turca
iba embarcada, con muchos
galeones y fragatas
y otros bajeles menudos.
A siete días de otubre
los dos ejércitos juntos
se miraron en Lepanto
de cerca, quietos y surtos.
Parece que el mar, ufano,
quiso salir de su curso,
admirando tal grandeza
con silencio quieto y mudo.
Los escuadrones cristianos,
bien ordenados y a punto
en tres fuertes batallones,
con escolta y con recurso,
iban llamando a batalla
a los arrogantes turcos,
que en ver nuestra fuerte escuadra
temen el daño futuro.
En un bergantín pequeño
los escuadrones dispuso
el valiente don Juan de Austria,
que el mismo César no pudo
animar con más valor
sus escuadrones augustos.
Y con ser la vez primera
que vió el mar al más astuto
capitán, aventajaba
como si todo el discurso
de su vida hubiera andado
embarcado, dando anuncios
de la vitoria, animando
al más cobarde, y desnudo,
y con un Cristo en la mano,
y con valor como suyo,
les hizo un razonamiento
en que el honor les propuso
en defensa de la fe,
y el que queda allí difunto
queda absuelto a culpa y pena
por un legado del Sumo
Pontífice Pío Quinto,
varón excelente y justo.
La devoción les encarga
del rosario, y que seguros
vencerán con tales balas,
mayor poder que el del Turco.
Y entrando en su capitana
dar la batalla propuso
al Turco en nombre de Cristo
y de su Madre, y al punto
Alí Bajá, general,

sus escuadrones dispuso.
Acometieron furiosos
los dos ejércitos juntos
más gruesos que miró el mar
en su piélago profundo.
Trabóse la batería
con rayos de fuego puro,
más que Júpiter arroja
de su trono. El denso humo
pareció niebla, y las balas,
granizo, y entre el confuso
bélico estruendo de Marte,
sirviendo el mar de sepulcro
de tanto helado cadáver,
tiñeron el cristal puro
con la sangre que brotaron
por pechos, brazos y muslos
tantas bocas que abrió el plomo.
Entre paveses y escudos
el señor don Juan y Alí
se combatieron con mucho
ímpetu y valiente brío,
haciendo trinchea y muros
los muertos sobre los remos
de sus galeras, y estuvo
la vitoria muy dudosa;
que en el piélago profundo
la sangre que derramaron
aumentó nuevo diluvio.
Rindió nuestra capitana
a la del soberbio Turco,
y un valeroso español
mató al fuerte Alí, y al punto
tuvo nueva de quién era,
y, valeroso y robusto,
dijo: "Quiero ver si corta
aqueste acero desnudo
en cabezas de bajaes."
Y, cortándola, la puso
sobre una pica, diciendo:
"¡Vitoria!", y el guión suyo
derribó, y en su lugar,
con celestiales impulsos,
un devoto Crucifijo
arboló. Absortos y mudos,
cobardes y temerosos,
viendo el caudillo difunto,
todos los turcos desmayan,
las armas rinden al punto;
otros, echándose al mar,
dando la vida en tributo
al azulado elemento
en sus cóncavos obscuros,
dan a los peces sustento
y las almas al profundo.
Echó la cristiana armada,
sin ser de provecho alguno,
cuarenta galeras turcas
a fondo, y los muertos turcos
son más de cuarenta mil.
Quince mil cristianos hubo
que, gozando libertad,
dejan el remo importuno.
Ciento y setenta galeras
sanas y sin daño alguno,
se ganaron, de fanal
treinta y nueve y tiros muchos;
veinte galeazas gruesas
con fuertes piezas de duro
metal, riqueza infinita;
los cequíes no hay discurso
ni (1) número por ser tantos.
Murieron Alí, el astuto
bajá; Pantán y Jafer,
Azán, hijo del verdugo
de las costas, Barbarroja,
de Turquía, cuyos lutos
y tragedias llorarán
los presentes y futuros.
Partió de allí nuestra armada
llena de pomposos triunfos,
repartiendo los despojos
por su rata a cada uno,
de suerte que quedan todos
con satisfación y gusto.
Llegó el señor don Juan de Austria
a Mesina, donde el vulgo
le bendice, y donde goza
el laurel precioso augusto
de la vitoria mayor
que jamás capitán tuvo.
Yo vengo a daros aviso
con gozo y contento mucho,
y si perdí a Famagosta,
aunque no fué por descuido,
de aquestas alegres nuevas
agora soy el Mercurio.

SENAD. 1.° Sólo de ti, Astor Balón,
pudiera escuchar Venecia
nueva de tanta alegría.

SENAD. 2.° Ya enfrenará la soberbia

(1) En el original, "a".

Selín, que tan arrogante
blasonaba.

ASTOR. Sólo en esta
batalla ha perdido más
que ha ganado en cuantas guerras
y vitorias ha tenido.

(*Sale un* SOLDADO.)

SOLDADO. De una fragata turquesca,
o bergantín, cinco turcos
agora han saltado en tierra,
que con insignia de paz
hicieron primero señas,
y por mí a pedir envían,
para entrar y hablar, licencia.

SENAD. 1.° Di que entren.

SOLDADO. Voilo a decir.

(*Vase.*)

ASTOR. Algún cautivo de prendas
vendrán, sin duda, a buscar.

(*Salen* CELIDORO *y* CAMILA *en traje de moros, y* RICARDO, ZARA *y* GANDALÍN, *todos de moros.*)

CELIDORO. Guárdeos el Cielo, cristianos.

SENAD. 1.° Y a ti te guarde y mantenga.

ASTOR. ¡Oh, gallardo Celidoro,
huélgome verte en mi tierra!

CELIDORO. Con Camila, que ya sé
que es tu hija, y [con] Zara,
vengo a besarte la mano.

ASTOR. Hoy todos mis males cesan.
Llegad los dos a mis brazos,
que el alma ignora a cuál tenga
más inclinación; a ti
por tu buen trato y nobleza,
(*Abrázalos.*)
o a Camila por ser rama
de este tronco helado.

CELIDORO. Deja,
valeroso Astor Balón,
las generosas ternezas
y escucha mi pretensión.

ASTOR. En ser tuya será buena.

CELIDORO. Yo pretendo ser cristiano
porque tu ley me contenta,
porque la vida del alma
a tu Camila le deba,
y en recibiendo el baptismo
he de casarme con ella,
que es concierto entre los dos,
con tu gusto y tu licencia.
Yo la estimo, adoro y precio.
Su honra ha estado a mi cuenta,
y como noble he guardado
el decoro a su belleza
que pide su honestidad.

ASTOR. Pues no me mató la pena,
no me mate el alegría,
que tiene el amor gran fuerza.
Yo soy el que en ello gano,
y quisiera que una reina
fuera mi hija Camila
para que te mereciera.

RICARDO. Astor Balón valeroso,
república de Venecia,
oíd un caso notable,
que ya es fuerza que se sepa.

SENAD. 1.° Todos escuchamos.

SENAD. 2.° Di.

RICARDO. Rompa el silencio mi lengua.
Siendo yo de catorce años
me vine a holgar de estas güertas
que esta ribera del mar
tiene frondosas y amenas.
Una tarde, para mí
desdichada, pues en ella
perdí patria y libertad,
los padres, deudos y hacienda,
otros mancebos y yo,
con gran regocijo y fiesta,
dábamos su tiempo al tiempo,
y, en el fin de una merienda,
nos asaltó de improviso
una fragata turquesca,
matando mis compañeros,
que, puniéndose en defensa,
quisieron perder las vidas
antes que darse a la fuerza
de aquellos fieros piratas,
que me llevaron por presa
con un niño de cuatro años,
sin perdonar la inocencia
del tierno infelice infante,
y, dando al viento la vela,
nos llevaron a la corte
del gran Selín, y en cadena
pusieron mi libertad
y al tierno infante le enseñan
la seta del Alcorán
que dejó al falso profeta
Mahoma, y en tiernos años
dió de su valor gran muestra.
Llamóle el Turco bajá,

fióle muchas empresas,
siendo cruel enemigo
del rebaño de la Iglesia.
Era toda la privanza
de Selín, y por secretas
causas se desavinieron,
quizá porque Dios lo ordena;
deseé mil ocasiones
para decirle quién era,
y nunca mi corta dicha
me quiso dar una buena.
Lloraba yo en ver su engaño,
haciendo los ojos lenguas
para avisarle; mas nunca
me quiso entender las señas,
que amor solamente dicen
suele entenderse con ellas.
Llegué entre tantas desdichas
a los jardines y güertas
del gran señor, donde hallé
alivio en tantas miserias,
que fué aquesta noble turca,
que ya por nuestra ley deja
su seta, llena de engaños,
y con su piedad ordena
libertarme, y yo la hice
de ser su esposo promesa
en recibiendo el bautismo,
que es noble, discreta y bella.
Deseaba la ocasión,
antes que a mi amada tierra
viniera, para avisar
a mis paisanos; mas niega
las ocasiones Fortuna
a aquel que más las desea,
y dilatando a mi Zara
las amorosas finezas,
lo atribuía a desvíos,
a desdenes y tibiezas.
Mas ya Fortuna cansada
de seguirme, dió la vuelta
en mi favor, con que olvido
cuantas dió contra mí adversas;
con un esclavo me avisa
lo que por puntos desea
mi inclinación generosa
para pasarse a Venecia.
Como estaba prevenido,
partí con mi Zara bella
y este esclavo, y en la nave,
lleno de gusto y riqueza,
gozando la libertad,
vengo con mi amada prenda,
con el Bajá y Gandalín (1)
y con Camila discreta,
a ver los dichosos muros
de mi deseada tierra.—
El nombre de Celidoro

(*A* Celidoro.)

en Carlos Balón le trueca,
que el ser debes a estas canas
que con tal valor veneras.
Tú eres el turco engañado,
perseguidor de la Iglesia,
como otro segundo Pablo,
hasta caer en la cuenta.
Hermano eres de Camila,
y el Cielo quiso que honesta-
mente la hayas adorado,
porque por ella vinieras
a conocer la verdad,
que tiene tan grande fuerza,
que aunque esté más oprimida,
aunque adelgaza, no quiebra.

Astor. ¿Qué dices, cautivo amigo?

Gandalín. (2) La verdad Ricardo cuenta,
hijo de César Otavio.

Astor. Conocida es tu nobleza.

Celidoro. No sin causa aquella sangre
me dió compasión y pena
cuando te di libertad
envuelto en llanto y tristeza.

Astor. La sangre sin fuego hierve,
y la tuya, con terneza,
viendo derramar la mía,
quiso salir de las venas.
¡Dame mil veces los brazos!

(*Abrázale.*)

¡Enlázame, verde hiedra,
que por muerto te lloré
a manos de alguna fiera,
como Jacob a Josef,
y ansí, tu vista me alegra,
antes de ir a Famagosta,
adonde nació tu bella
hermana.

Celidoro. Camila hermosa,
que al sol con tu luz afrentas,

---

(1) Antes de este verso hay tachado el que dice "con Celidoro y Camila"; lo que demuestra que se dió nueva forma a esta relación, pues antes sólo nombra "esclavo" a Gandalín.

(2) En el original dice "ric" (Ricardo); pero es errata.

porque no puedo gozarte,
de ser tu hermano me pesa.

CAMILA. ¡Dame los brazos agora!

CELIDORO. ¡No me abraces, tente, espera,
que aumentarás en mi pecho
el amor, que es bien que muera!

CAMILA. ¿Cómo, padre, os escapastes
de aquella furia turquesca?

ASTOR. La Emperatriz Soberana,
la siempre Abogada nuestra,
el amparo de los hombres,
la que es de los Cielos Reina,
la siempre Virgen María,
Madre de Dios y doncella,
me libró con su poder
de la prisión y cadena,
y en su compañía santa
me hallé libre en Venecia,
y me mandó edificar
en esta amena ribera
una casa y monesterio,
donde, vestidos de jerga,
hijos de Francisco habiten,
el que estimó la pobreza
más que la seda y holanda
y el mundo y sus redes deja
con una imagen divina
que tras sí los ojos lleva:
la Virgen de la Esperanza,
cuya capilla frecuenta,
por devota y milagrosa,
gente de partes diversas,
adonde pienso gastar
la vida que Dios me deja
en hábito religioso,
dando a Dios gracias inmensas,
que acabaron mis trabajos.

CELIDORO. Y yo, haciendo penitencia,
seguiré tu compañía.
¡Llore y gima en una celda,
alabando al Rey divino,
el que persiguió [a] la Iglesia! (1)

CAMILA. Yo monja de Santa Clara
entraré, pues Dios ordena
que no goce el bien que adoro,
goce el alma su riqueza.

SENAD. 1.º Yo he de apadrinar a Zara
en bautismo y boda.

ZARA. Y ella,
en fe que el alma lo estima,
ser vuestra esclava perpetua
por tan gran merced.

SENAD. 2.º Y yo
la he de dotar en mi hacienda,
por ser mi deudo Ricardo.

RICARDO. Que, humilde, los pies os besa.

GANDALÍN. Y del pobre Gandalín,
¿no habrá quien memoria tenga?

RICARDO. Yo te daré con que vivas
de mi hacienda y de mi renta.

GANDALÍN. Cantaremos la aleluya,
pues se pasó la Cuaresma.
El pellejo he de poner
como un atambor de guerra,
para enmendar lo perdido,
en la taberna primera.

ASTOR. Vamos a darle las gracias
a la Soberana Reina,
que, como es nuestra esperanza,
todo el bien nos viene de ella.

RICARDO. Todo ha tenido buen fin.

CELIDORO. Pues bien será que le tenga
el amante de su hermana
y el esclavo de Venecia.

(*Vanse, con que se da fin a* EL AMANTE DE SU HERMANA Y ESCLAVO DE VENECIA, *comedia famosa.*)

"D. J.º martinez de mora.—fin—original."

Alabado sea el Santísimo Sacramento.

---

(1) Este verso fué escrito por el licenciado Rojas, después de tachar el que decía "fuerte amparo de la iglesia".

EL ESCLAVO FINGIDO

COMEDIA ATRIBUIDA A LOPE DE VEGA

MS., COPIA ANTIGUA (ÚLTIMOS AÑOS DEL SIGLO XVI O PRIMEROS DEL SIGUIENTE), DE DOS DIVERSAS LETRAS (1)

FIGURAS SIGUIENTES:

MARCELO, *galán.*
FENIS, *dama.*
LISARDO, *galán.*
LUCINDO, *galán.*
RUFINO, *su criado.*
JUBERTO, *criado.*
Otro CRIADO.
Un MOZO *de caballos.*
LUCIANO, *padre de* LUCINDO.
LUCINDA, *su hija.*
El GOBERNADOR *de Milán.*
[ALBERTO.]

PRIMERA JORNADA

(*Sale* FENIS, *dama, y* MARCELO, *galán.*)

MARCELO. Dejá el llanto y suspirar,
no lo lloréis todo vos;
si el partir toca a los dos,
algo habré yo de llorar.
Si os da pena la partida
y el ver, Fenis, que me ausento,
esa misma pena siento
que vos en tal despedida.
Pero consuélame, os juro,
que hay fuerza, y que ésa me mueve;
mas el viaje es muy breve
y el camino tan seguro.
No vertáis lágrimas bellas,
que aunque os doran la color,
pensar que son de dolor
borran la gloria de vellas.
FENIS. ¡Ay, Marcelo!
MARCELO. ¿Qué sentís?
FENIS. Otro mal mayor que ausencia;
otra pena, otra dolencia.
MARCELO. Fenis, ¿no me lo decís?
¿Qué os aflige?
FENIS. Celos son.
MARCELO. ¿Celos, mi Fenis? ¿De quién?
FENIS. Eso vos lo sabéis bien.
MARCELO. No sé yo por qué razón.
FENIS. Porque si sabéis que os amo,
sabréis bien que tengo celos.
MARCELO. Esos llamaldos recelos.
FENIS. Sí son; mas celos los llamo;
y no es tanto el mal de ausencia
como el mal de aquéstos es.

(1) De esta comedia no existe a nuestro alcance más ejemplar antiguo que el manuscrito que poseyó el insigne don Cayetano Alberto de la Barrera. Conservamos el título y encabezado que lleva, así como la nota de introducción, que puso el mismo Barrera:

"He dado noticia, en la ilustración que precede a la anterior comedia *El Maestro de danzar*, del hallazgo de este manuscrito, y salvado el error que cometí dándole por *autógrafo en parte* de *Lope de Vega Carpio*. Su portada, las tres primeras hojas, el principio de la cuarta y al fin una enmienda supletoria de cuatro versos omitidos por el otro copiante en la segunda jornada, son de la mano misma que escribió la copia de *El Maestro de danzar*, que antecede. El resto, de letra mucho menos cursiva y con más faltas ortográficas.

Imprimióse la comedia *El Esclavo fingido* en un problemático tomo de comedias de *Lope de Vega Carpio* (y otros autores), que hubo de imprimirse en *Sevilla*. Infiérese la existencia de ese tomo, en primer lugar, de la mención que *don Juan Isidro Fajardo*, en su *Indice* general de *Títulos de todas las comedias que en verso Español y Portugués se han impreso hasta el año de 1716*, hace de *nueve* de ellas con esta remisión: *De Lope en "Comedias de Sevilla"*; en segundo, de hallarse seis de las mismas, entre las cuales ésta de *El Esclavo fingido*, formando parte del tomo 132, colecticio, de la biblioteca del Duque de Osuna y del Infantado.

¿Será, en efecto, debida esta pieza dramática a la pluma del *Fénix de los Ingenios*? ¿Es, acaso, la citada por él en la primera lista de *El Peregrino*, con el título de *El Esclavo por su gusto*?

Obsérvase en ella, contra la probabilidad de que pueda ser obra de *Lope*, que el autor debía de tener la pronunciación andaluza, pues que hace consonar a *vejez* con *interés*. Es de notar, asimismo, que el manuscrito no lleva nombre alguno de autor."

MARCELO. Es verdad; pero al revés
nace en otras la dolencia;
que nace de un ver de ojos,
de una sospecha fundada,
porque si nacen de nada
no son celos, sino antojos.

FENIS. Ya se me deja entender
que los causa alguna causa,
y la causa que los causa
es ver que os queréis volver.
Y pues que de haber llegado
os queréis volver, señor,
está claro que otro amor
hay que os lleva apresurado.
Y puede no ser ansí;
mas el volveros tan presto
me ha forzado a entender esto.

MARCELO. ¿Tal pensáis, Fénis, de mí?
¿Que aqueso habéis entendido?
¿Que aqueso habéis sospechado?
No sé si dé en enojado
o me vaya de corrido.
No quiera, mi Fenis, Dios
que yo tenga tal deseo,
ni estos ojos con que os veo
miren otra como a vos,
ni el alma que os entregué
tome ajena posesión,
ni mi amor ni mi afición
pierda su firmeza y fe.
Olvidá aquese cuidado,
que aqueso es hablar al viento,
y lo que se piensa a tiento
es pensamiento excusado.
Ya os dije que mi partida
y el volverme ahora a Milán
es por negocios que están
muy pendientes de mi ida;
los cuales me hacen fuerza
a que me aparte de vos,
y sábelo, Fénis, Dios
cómo me ausento por fuerza.
No quedéis tan desabrida
ni tengáis tal pensamiento,
que será darme un tormento
que dure hasta la venida.

FENIS. Marcelo, si no hay poder
que aquesa voluntad tuerza,
paciencia, que donde hay fuerza
derecho se ha de perder.
Pero ya que os vais, señor,
y a punto estáis de partir,
os quiero aquí referir
el discurso de mi amor,
y seráme conviniente;
que ausencia es de condición
que en la menor ocasión
hace perjuro un ausente;
y mi alma lo codicia,
porque terná por ganancia
que no aleguéis ignorancia
a un olvido de malicia.

MARCELO. Contá, señora, la historia,
si os conviene, en la ocasión;
llevaráos mi corazón
y el discurso mi memoria.

FENIS. Bien sabes, Marcelo amigo,
que [en] Milán, adonde partes,
mi padre es Gobernador
y dos veces lo fué en Flandes;
y aquí, en Génova, nació,
que lo saben bien tus padres,
tan honrado como rico,
que no debe nada a nadie,
y por las letras subió
a muy honrosos lugares,
teniendo siempre su casa
como la tiene y tú sabes,
y que en medio de esta honra,
paseando tú estas calles,
viste un día de San Juan,
habrá más de seis San Juanes,
su hija en una ventana,
menos gallarda que grave,
no allí para enamorar,
menos para enamorarse.
Y no sé si mi llaneza,
o la honra de mis padres,
o si tu estrella y la mía
hizo que te enamorases;
y enviándola billetes,
importunada de pajes
y no menos de quien eres,
vino una noche a hablarte,
adonde le prometiste,
con juramentos muy graves,
que te casarías con ella,
que bastó para fiarse;
y debajo de esta fe
te vino a entregar las llaves
de su alma y de su honra,
prendas que no suelen darse
si no son al mismo esposo,
y aun después de desposarse.

Que si antes te las di yo
fué para más obligarte,
y esta obligación, señor,
querría yo que llevases
puesta siempre en la memoria
para que no me olvidases;
que si aquesta obligación
pones, ausente, delante,
sé que te ha de enternecer
el pecho, aunque sea de jaspe.
Y de estos celosos miedos,
mi Marcelo, no te espantes,
que, como te adoro y quiero,
hago el oficio de amante;
y como te he referido
al fiado me compraste,
he de vivir con recelos
hasta que al contado pagues.

MARCELO. Excusado era, mi cielo,
que contarais esa historia
a quien tan en la memoria
la tiene, como Marcelo.
Pero habrá, Fenis, servido
de oílla tan por extenso,
del gozo en que quedo inmenso
de habérosla a vos oído.
Y por la fe de los dos
que podéis, señora, aquí
quedar segura de mí,
como yo lo estoy de vos;
y con aquesto licencia
me daréis.

FENIS. Adiós, Marcelo,
y quiera, señor, el Cielo
que os vea presto en mi presencia.

MARCELO. Con aquesa confianza
voy, mi Fenis, consolado.

FENIS. Y yo con ese cuidado
entreterné mi esperanza.

(*Vase* MARCELO.)

¡Ay, Marcelo, que tu ida
no sé si ha de ser mi muerte,
porque me dejas de suerte
que apenas juzgo que es vida!
Celos me abrasan, ¿de qué?
No sé de qué, Fenis triste,
pues claro en Marcelo viste
tanto amor, firmeza y fe.
Pero son miedos que suelen
causar siempre este dolor,
y, como nacen de amor,
aprietan un alma y duelen.

(*Sale* LISARDO *solo.*)

LISARDO. Bella Fenis, guárdeos Dios.

FENIS. Lisardo, ¿qué hay por acá?

LISARDO. Saber si Marcelo está
a punto de irnos los dos.

FENIS. Agora se va de aquí
y aun del todo despedido.

LISARDO. De aquesa suerte él ha ido,
sin duda, en busca de mí.
Adiós. ¿Hay en Milán algo
en que yo os pueda servir?

FENIS. Que deis orden de venir
muy presto [a] aquese hidalgo.

LISARDO. Si aqueso en mi mano fuera,
señora, él volviera presto,
y aunque sin llegar al puesto
donde vamos le volviera;
que yo os prometo, por Dios,
que me disgusta su ida,
y me diera su venida
el mismo gusto que a vos.

FENIS. Eso, a lo que se me ofrece,
paréceme enemistad.

LISARDO. No es sino mucha amistad,
aunque enemistad parece;
y con tanto, adiós, señora.

FENIS. Esperá; emprendéis el fuego,
Lisardo, y camináis luego.
Sosegaos un poco agora
y decid qué enima es esa,
que no la acierto a entender.

LISARDO. Señora, no podrá ser,
que es larga y yo voy de priesa;
por aqueso no lo digo
y porque a vos no os importa.

FENIS. Sea larga o sea corta,
de decillo habéis, amigo.

LISARDO. Fenis, no me lo mandéis;
que, como a Marcelo toca,
no podrá decir mi boca
sin que vos os disgustéis.

FENIS. Decildo, así tengáis vida
y eterna dicha os dé Dios,
porque si os importa a vos
yo excusaré su partida.

LISARDO. Tanta obligación me exhorta,
que habré de decillo aquí,
por lo que me importa a mí
y por lo que a vos os importa;

pero habéisme de tener
gran secreto si os lo digo.

FENIS. Si no lo tuviere, amigo,
no me dé el Cielo placer.

LISARDO. Tené paciencia al oíllo,
porque os ha de dar cuidado,
que habéis, señora, escarbado
y habéis hallado un cuchillo
que degollará a los dos;
pero ya yo sufro y callo,
y pues padezco en contallo
padecé en oíllo vos.
Luego que a Milán llegamos
yo y Marcelo en compañía,
no con pequeña alegría
una posada tomamos.
Enfrente de ésta moraba
un hombre de gran caudal,
y al parecer principal,
según su trato mostraba.
Este una hija posee
que te juro, Fenis bella,
que nadie alcanzará a vella
que servilla no desee.
Y un fuego tan sin segundo
encendió en ambos a dos,
que cualquiera de los dos
bastara a abrasar el mundo.
Marcelo encubrió su pecho
a mí, y encubríle el mío,
fingiendo entrambos un frío
en el fuego más deshecho.
Y procurando ocasión
ambos de hablar con ella,
Marcelo al fin vino a vella
y a mostralle su afición;
y declarando su amor
parecióle el hombre bien,
porque habló como quien
supo pintar su dolor.
Por esto y porque merece
ser de damas bien querido,
tu Marcelo fué admitido
donde tanto su amor crece;
y también porque el amor
de las doncellas es llano,
que es símil a un avellano
que está cargado de flor;
que cuando la flor es nueva
y en abundancia más tiene,
el primer viento que viene
ése es quien la flor se lleva.
Viendo el contrario en mi amor
di en quitalla de conmigo,
sirviéndole más de amigo
que no de competidor.
Yo aplacando mi pasión
y ellos creciendo en amarse,
buscaron, para hablarse,
más a menudo ocasión.
Halláronla, y apacible,
cual la pudieran buscar
para poderse hablar;
pero más era imposible.
Y así en muchas coyunturas
quiso que le acompañase,
y que a mi pesar gustase
del olor de sus dulzuras.
Yo, Fenis, hacíalo así
por no decille de no,
y aun algunas veces yo
me acordaba allá de ti.
Mas en este instante vino
una carta, en que avisaba
su padre que le importaba
que se pusiese en camino;
y él, maldiciendo su estrella,
se alborotó de tal suerte,
que quisiera ver su muerte
antes que el mandato de ella.
Mas al fin se reportó,
y, como quien firme ama,
a la noche con la dama
la carta comunicó;
mas ella le aconsejó
que otro día se partiese,
y que a su padre le diese
el gusto que le pidió,
y que en esto entendería
si era o no su amor fingido,
en si la echaba en olvido
o si por vella volvía.
Con esto quedó atajado
y de ella se despidió,
adonde le prometió
volver luego apresurado.
Vino, como has visto, y ciego,
en eso poco que ha estado;
con su padre ha negociado
cómo lo despache luego.
Y agora vuelve, cual ves,
con mucha priesa y fervor,
más con cuidado de amor
que de otro algún interés.

Aquesto todo, señora,
pasa y es como he contado.
¡Santo Cielo! ¿Qué os ha dado?
¡Fenis! ¡Fenis! En mal hora

(*Desmáyase* FENIS.)

la descubrí este secreto.
¿Ah, Fenis? No vuelve en sí.
No sé qué me engañó a mí
a ponella en tal aprieto;
tanto siente este dolor.
¡Plegue a Dios no se me muera!
Será la mujer primera
que veré muerta de amor.

(*Vuelve en sí* FENIS.)

FENIS. ¡Ay, cruel!

LISARDO. Fenis hermosa,
reportaos, volved en vos,
que si entendiera, por Dios,
que hiciérades tal cosa,
aunque importara la vida
no dijera de ello un pelo.

FENIS. Lisardo, ¿que de Marcelo
tanto esa dama es querida?
Decí si hay más.

LISARDO. Pues ¿no basta
lo que os he dicho?

FENIS. Y aun sobra,
que cortada hay harta obra
para un alma que lo lasta.
Lisardo, impórtame a mí,
y también te importa, amigo,
que tú me lleves contigo
a Milán, y será ansí:
que yo me he de ir a poner
cierto vestido de esclavo,
y con una ese y clavo
que lo soy daré a entender.
Puesta, como he dicho, ansí,
que para encubrirme baste,
dirás que tú me compraste
porque me parezco a mí;
y si por lo que me quiso
quisiere de ti comprarme,
podrás, en efeto, darme,
disimulando, te aviso;
y siendo la venta hecha
los tres a Milán iremos,
y avivarás los extremos
que mi corazón sospecha;
porque, sin serle cruel,
pienso allá urdir una trama
con que goces tú esa dama
y yo me quede con él.

LISARDO. Si os atrevéis vos a tanto,
señora, yo gusto de ello.

FENIS. Pues yo me parto a ponello
por obra; sal tú entre tanto
y en esa calle me espera,
que yo tengo vestidura
y hay muy buena coyuntura,
que mi gente es ida fuera.
Adiós, Lisardo.

LISARDO. En efeto,
Fenis, ¿tengo de esperar?

FENIS. ¿Suelo, Lisardo, burlar?
Tené de mí más conceto.

(*Vase* FENIS.)

LISARDO.

Yo iré con este enredo muy contento,
porque ésta hará, según le ama,
que su Marcelo pierda el nuevo intento
y yo venga a quedarme con la dama,
porque conozco en ella atrevimiento
para urdir y enredar cualquiera trama;
y siendo amor y celo el que la guía,
su dicha ha de criar la dicha mía.

(*Vase, y salen* LUCINDO *y* RUFINO, *su criado.*)

RUFINO. Señor, ya en Génova estás,
y allá en Milán me dijiste
que para lo que partiste
llegado acá lo dirás.
Yo no he de pasar de aquí
si no me dices tu intento,
que es molestia andar a tiento
tanto tiempo tras de ti.
Si venimos a matar
a alguno, iré apercebido;
quitaréme este vestido,
buscaré con qué me armar,
acicalaré la espada,
porné en orden mi conciencia
por si acaso en la pendencia
me dan alguna estocada.
Sabremos quién es el hombre
y harémosle avisar,
por que al llegalle a matar
de repente no se asombre.
Hasta en esto soy fïel,
y más que haciendo esto ansí
ni él se quejará de mí
ni yo me quejaré de él.

LUCINDO. ¿Al fin, sin ir avisado,
no osarás reñir, valiente?

RUFINO. No sé reñir de repente,
que soy diestro de pensado.
Mal sabes, señor, lo que es
llevarme ansina a reñir;
echará el hombre a huír
y culparásme después.

LUCINDO. Una repente ocasión
me mete en cólera a mí.

RUFINO. Sí hará; mas yo nací
con estotra condición.
Dame, señor, a entender
dónde y cómo hemos de ir,
y me atreveré a reñir
con el mismo Lucifer.
Y cuando voy descuidado
me parece un hombre un perro
y dos golpes de un cencerro
que echa un rayo el cielo airado.

LUCINDO. De temor te darán fiebres.

RUFINO. Y aunque me suelen durar...

LUCINDO. ¿Naciste en algún palmar?
Que eso es condición de liebres.

RUFINO. Podrá ser, señor, ansí,
porque no conocí padre,
y me han dicho que mi madre
tenía un trato por ahí.

LUCINDO. Ese trato no es de bobas.

RUFINO. Ea, malicias del alma.
¿No podía coger palma
para tratar en escobas?

LUCINDO. Puede ser, no hay que dudar.
Sabrás, amigo Rufino,
que yo he hecho este camino
porque me vengo a casar.
En Milán, nuestra ciudad,
sabrás que el Gobernador
y mi padre, y tu señor,
tienen muy grande amistad.
Tiene una hija doncella,
que aquí asiste con la madre,
y por la amistad del padre
quiere casarme con ella.
Y por ver si es tan hermosa
como allá me han referido,
desde Milán he venido
a Génova, no a otra cosa.
Traigo cartas para el tío,
que es del padre de ella hermano,
por donde tengo por llano
el verla, bien yo lo fío.
A esto vengo, a esto he llegado
apresurando el camino.
¿Estás contento, Rufino?
¿Cumplo lo que te he mandado?

RUFINO. ¿Que eso agora me amonestas?
No sé qué te iba a decir,
porque me has hecho venir
sin la capa de las fiestas;
pues si la trujera agora
sin duda pudiera ser
que hallara yo otra mujer
en casa de esa señora
que me amara por la posta,
y allí con más alegría
se hiciera todo en un día
y ahorrárame la costa.

LUCINDO. ¿También te quieres casar?

RUFINO. Pues ¿qué tengo de hacer?
Pues que tú tomas mujer
quiérola también tomar.

LUCINDO. Pues no estés de eso afligido,
que si la que voy a ver
tiene tan buen parecer
como me han dicho, un vestido
te mando y la más hermosa
que hubiere dentro en su casa.

RUFINO. Aquesa merced no escasa
me será paga dichosa.

LUCINDO. Aquesa casa que ves
la que busco es; llega y llama.

RUFINO. ¿Vive aquí, señor, la dama?

LUCINDO. Ya te he dicho que ésta es.

RUFINO. ¿Por quién he de preguntar?

LUCINDO. Alberto, si no me engaño.

RUFINO. Mira bien si ese es el nombre,
no yerres y salga un hombre
y nos suceda algún daño.

LUCINDO. ¿Qué daño podrá venir
de un hombre solo, pobrete?

RUFINO. Armado y con un mosquete
¿no nos hiciera huír?

LUCINDO. Llega y llama, acaba ya.

RUFINO. ¿Sabráme decir si hay perro?
Que si lo hay, podré, por yerro,
dejarme una pierna acá.

LUCINDO. ¿Qué hallas de enconvinientes?
¿Tienes miedo de llamar?

RUFINO. Todo aquesto han de mirar
los hombres que son prudentes.
Piensa que la valentía
que consiste en arrojar...

(*Entra* FENIS *en hábito de esclavo.*)

FENIS. ¿A quién vienen a buscar, galanes?

RUFINO. ¡Santa María!

LUCINDO. Más huyes que una mujer. ¿De qué te saliste afuera?

RUFINO. El perro entendí que era y que me salía a morder.

LUCINDO. ¿Eres de esta casa, amigo?

FENIS. No; mas de esta casa fuí.

LUCINDO. Bien sabrás quién vive aquí.

FENIS. De eso soy muy buen testigo.

LUCINDO. ¿Vive aquí Alberto, un hermano de cierto Gobernador que está en Milán?

FENIS. Sí, señor.

LUCINDO. ¿Que aquí vive...?

FENIS. Es cierto y llano.

LUCINDO. Una sobrina hermosa que aquéste tiene?

FENIS. Murió.

RUFINO. Sepamos si le quedó viva en casa alguna moza.

LUCINDO. ¿Cuánto ha que perdió la vida?

FENIS. Muy poco tiempo, y adiós, que no puedo estar con vos más.

RUFINO. He aquí nuestra venida echada toda a perder.

(*Vase* FENIS *sola.*)

Señor, ya que se murió, si alguna moza quedó no nos vamos sin mujer. Parece que te has turbado.

LUCINDO. Turbado estoy y aun mohino, porque ya venía, Rufino, de esta dama enamorado, y dame más displacer por lo que me han dicho de ella, pues no pude merecella que la mereciera ver.

RUFINO. Ese es el menor afán. Sepamos dó está enterrada, y por poco más que nada la mostrará el sacristán.

LUCINDO. Y según soy desdichado, aun ahí no la veré. No sé si me volveré sin darle al tío este recado; pero ya que estoy aquí las cartas le quiero dar. Rufino, vuelve a llamar.

(*Llega a la puerta* RUFINO, *y sale* ALBERTO *con un* CRIADO.)

ALBERTO. ¿Por quién se pregunta ahí?

RUFINO. Ahi lo dirá mi señor, que yo no lo sé, por cierto.

LUCINDO. Traigo cartas a un Alberto de cierto Gobernador de Milán.

ALBERTO. Yo soy aquése, y hermano del que decís.

LUCINDO. Créolo, y no lo fingís, señor, porque se os parece. Aquesta carta me dió, y que os la diese en la mano.

ALBERTO. Y ¿queda bueno mi hermano?

LUCINDO. Señor, muy bueno quedó. (Cuando lea (1) que venía con su sobrina a casar, sin duda que ha de llorar su muerte y la dicha mía. Casi toda la ha leído y no ha hecho un sentimiento.)

ALBERTO. No pudo mayor contento haberme, señor, venido. Dadme esos brazos, que quiero abrazaros como a hijo.

LUCINDO. (Por Dios, muy buen regocijo para el despacho que espero.)

ALBERTO. Grande regocijo y gozo sin duda en casa hoy se tenga de que a mi sobrina venga tan honrado y noble esposo.

LUCINDO. Mucho mayor el mío fuera si mi fortuna causara que de su vista gozara un día antes que muriera. ¿Qué tanto habrá que murió?

ALBERTO. ¿Quién, señor?

LUCINDO. Mi cara esposa.

ALBERTO. Viva está, buena y hermosa.

LUCINDO. Sin duda que me engañó el perro del esclavillo.

RUFINO. ¿Quieres que busque ese esclavo y que le quite aquel clavo derribándole el carrillo?

ALBERTO. ¿Que tal os han dicho, a fe?

---

(1) En el original, "llegue", lo cual no forma sentido.

LUCINDO. Díjome por cosa cierta
que era esa señora muerta
un esclavo que ahí hallé,
y aun salía de esta casa.
ALBERTO. Aquí (1) nunca esclavo ha habido.

(*Sale un* Mozo *en calzones blancos y camisa.*)

MOZO. Oye lo que ha sucedido;
señor, oye lo que pasa.
ALBERTO. Habla, que oyéndote estoy.
MOZO. Señor, Fenis me ha engañado,
que el vestido me ha tomado
y con él se ha ido hoy.
ALBERTO. ¿Qué es lo que dices, traidor?
MOZO. Que me pidió mi vestido.
Habiéndoselo vestido,
sin vella se fué, señor;
por burlarte está escondida.
ALBERTO. Calla, tonto.
MOZO. Cosa es cierta.
RUFINO. Señor, vuelva a creer que es muerta,
que tanto monta si es ida.
ALBERTO. Vamos, yo daré con ella.
LUCINDO. Esta burla no la alabo,
que sospecho que el esclavo
que me habló que era ella.

(*Vanse, y sale* MARCELO *y* LISARDO, *y* FENIS *en hábito de esclavo.*)

LISARDO. Marcelo, qué, ¿me he tardado?
MARCELO. Tanto, que estaba afligido.
LISARDO. Sabrás que me he detenido
porque este esclavo he comprado.
MARCELO. ¿Este, Lisardo? ¿De quién?
LISARDO. Comprélo de un forastero.
MARCELO. ¿Qué costó?
LISARDO. Muy buen dinero.
MARCELO. Ese merece muy bien.
LISARDO. ¿A Fenis no se parece?
MARCELO. Esa es mi propia advertencia,
que no se le diferencia
sino en el clavo y la ese.
LISARDO. Pues a discreción te alabo.
MARCELO. ¿Cómo has nombre?
FENIS. Justo.
MARCELO. A fe,
Justo, harto injusto fué
ponerte esa ese y clavo.
FENIS. El siervo que tiene cúyo
y se conoce por tal,
¿en qué hace, señor, mal
si señala lo que es suyo?
MARCELO. ¡Cielo santo!
LISARDO. ¿Qué te espanta?
MARCELO. ¿De qué? De que pareció
a Fenis cuando habló.
LISARDO. ¿De eso, Marcelo, te encantas,
parecerse a alguna gente?
MARCELO. ¿De dónde eres?
FENIS. De Milán,
porque en esa tierra están
las causas del mal presente.
MARCELO. Y dime, ¿por qué ocasión
te vendió tu señor, Justo?
FENIS. No fué más que por un gusto
que nació de una afición.
MARCELO. ¿Luego era enamorado?
FENIS. De los de veleta al viento,
que hoy aman el pensamiento
que ayer les había enfadado.
LISARDO. ¿No gustas, Marcelo, de él?
MARCELO. Tanto, que me vuelve loco,
y tú y yo sabemos poco
según lo que muestra él.
Tiene el rostro como estrella,
y como a Fenis parece,
dos mil veces se me ofrece
que estoy hablando con ella;
y por parecerle a él
quisiera haberle comprado.
LISARDO. Haz cuenta que le has pagado,
Marcelo, y sírvete de él.
MARCELO. Eso no haré; mas quiero
darte ganancia y tomallo.
LISARDO. Eso menos; yo he de dallo
sin interés de dinero.
MARCELO. Si eso es fuerza, norabuena;
mi Lisardo, yo lo aceto,
y de pagallo prometo
en otra cosa tan buena.
Agora resta saber
si el esclavo gusta de ello.
FENIS. Yo recibo gloria en ello,
pues soy de quien he de ser.
MARCELO. Declárame aquese cúyo.
¿Cúyo eres?
FENIS. Tuyo soy.
MARCELO. Y lo serás desde hoy.
FENIS. Bien sabré, señor, ser tuyo.
MARCELO. No te pienso enajenar.
FENIS. No me tiene eso afligido,
que ya me he visto vendido

---

(1) En el original, "Ay".

del que me volvió a comprar.
MARCELO. Discreto es el esclavillo.
LISARDO. (Fenis, no te aclares tanto.)
MARCELO. Quería, en el entretanto
que para partir ensillo,
me cuentes por qué ocasión
te compraron y vendieron.
FENIS. La razón porque esto hicieron
ésta fué, y no fué razón:
el dueño a quien por mi mal
mi fortuna me entregó,
palabra de esposo dió
a una dama principal;
y aqueste mismo galán,
a cabo de cierto tiempo,
fué a Milán por pasatiempo
y enamoróse en Milán.
Y yo, que con él andaba,
viendo tan gran novedad,
por tener mucha amistad
a la que acá se quedaba,
[le] reprendí su afición
llamando necio su antojo;
y él, tomando de esto enojo,
me vendió sin más razón.
Tuve mucha inquietud
y estuve harto afligido;
mas quise más ser vendido
que ver una ingratitud.
MARCELO. ¿No notas el cuento suyo?
LISARDO. Sí, y no es mucho; se me ofrece
que si ése a Fenis parece
que parezca el cuento al tuyo.
MARCELO. ¿Que todo aqueso pasó?
FENIS. Ninguna cosa te niego.
MARCELO. Pues hémonos visto el juego
yo y ese que te vendió;
que yo amo una señora
de las bellas que aquí están;
mas otra que vi en Milán
mi alma tanto la adora,
que si una vida le diera
aquésta que mora aquí,
mil vidas que hubiera en mí
por esotra las perdiera.
Y así te requiero, Justo,
si bien me quieres servir,
que no has de contradecir
cosa acerca de mi gusto.
Si me has de reprender,
como cuentas que pasó,
por lo que se te vendió
te volveré yo a vender.
FENIS. Vive de eso descuidado,
que no te disgustaré;
que una vez que me arrojé
harto enojo me ha costado.
MARCELO. Si no te cumplieron esa,
estotra he yo de cumplir.
FENIS. Pues yo te pienso servir
a tu gusto y con firmeza,
amando lo que tú amares,
queriendo lo que tú quieres
y holgando con tus placeres,
llorando con tus pesares.
MARCELO. Y ansina lo has de hacer.
FENIS. (¿No bastó, falso, engañarme,
sino en mi daño enseñarme
a callar y obedecer?)
MARCELO. Lisardo, partamos luego,
que me muero por partir.
LISARDO. Vamos. (Callar y sufrir,
no se nos entienda el juego.)

(*Vanse, y sale* LUCINDO *y* RUFINO.)

LUCINDO. ¡Buen lance habemos echado,
Rufino, en el casamiento.
RUFINO. Pues yo voy, señor, contento
de que no te hayas casado.
LUCINDO. Yo, Rufino, estoy corrido,
y hay razón por que lo esté:
lo uno por quien se fué,
lo otro porque he venido.
RUFINO. Señor, harto peor fuera
si antes dos días llegaras
y aquel día te casaras
y otro día se nos fuera.
Volvámonos a Milán,
y ten por suerte dichosa
haberse ido esta hermosa
por uñas de gavilán;
que si esto supo hacer
siendo doncella encerrada,
no sé, después de casada,
qué pudiera suceder.
LUCINDO. Tienes, Rufino, razón;
mas yo voy apasionado
por su padre, que es honrado,
y me quiebra el corazón;
y dame pena la pena
que queda en casa del tío,
que por mí, a gusto mío
hallaré mujer más buena.
RUFINO. Eso bien me consta a mí;

mas ¿hémonos de ahorcar
si ella se salió a holgar
y no va el riesgo por ti?

LUCINDO. Rufino, a Milán volvamos,
que en eso bien me aconsejas.

RUFINO. Y por vida de estas viejas,
que si en Milán nos casamos
nos han de dar un fiador
para que estén a derecho.

LUCINDO. Será, Rufino, bien hecho.

RUFINO. Si no, otra traza mejor:
si yo me vengo a casar,
he de asegurar la mía
como la mercaduría
que se carga por la mar.

LUCINDO. Eso me da más contento,
por que no se vaya y dure;
mas no habrá quien la asegure
aunque dé ciento por ciento.

(Vanse, y salen LUCIANO *y su hija* LUCINDA, *solos.)*

LUCIANO.

Según el tiempo que ha que fué Lucindo
a celebrar en Génova las bodas,
hija Lucinda, ya estará casado;
contento mucho con mujer hermosa,
porque me certifica quien la ha visto
que es de las bellas que han nacido en Génova;
y siendo ansí, Lucindo estará loco
de verse con mujer hermosa y noble;
que como en abundancia, al Cielo gracias,
tiene hacienda de su patrimonio
con que podrá pasar el mundo a gusto,
no quiso más buscar que estas dos cosas,
y por la orden misma estoy resuelto
a buscarte en Milán, Lucinda, esposo.
Menos rico ha de ser que mozo y noble,
de sangre illustre y de prosapia alta;
que para el dote que contigo mando
hay bien donde escoger de noble sangre.
No soy de la opinión de algunos padres
que, con cudicia de los yernos prósperos,
dan a la hija de catorce años
esposo de noventa o poco menos,
con que las pobres viven de ordinario
cargadas de oro y de disgusto llenas.

LUCINDA.

Como padre, señor, harás tu gusto
y como hija yo he de obedecerte;
pero paréceme, si te parece,
que dejes de tratar de aqueso agora,
porque, demás de no perderse tiempo,
quiero gozar alguno en compañía
de mi hermano Lucindo y de su esposa.

LUCIANO.

Si ese es tu gusto, cúmplase, Lucinda,
y soy de parecer que para cuando
con su esposa se venga a nuestra casa
le hagas, como hermana, algún presente,
que es hecho honrado entre cuñadas nobles.

LUCINDA.

Eso a mi cargo está; yo te agradezco
el aviso, señor.

LUCIANO.

Adiós, Lucinda.

(Vase LUCIANO, *y queda* LUCINDA *sola.)*

LUCINDA. Muy mal podrá dar presente
quien hizo presentación
del alma y el corazón
al galán que tiene ausente.
En escogerme marido
te cansas, padre y señor,
que un niño llamado Amor
me lo tiene ya escogido.
Marcelo del corazón,
yéndote de mi presencia
solamente un mes de ausencia
llevaste de comisión.
Pues ya tarda tu venida.
¿No te dije, en mi presencia, (1)
que alargarme un día de ausencia
me quitabas seis de vida?
¿Si te has muerto, dulce amado?
¿Si te olvidaste de mí?
No, que más creeré de ti
que eres muerto que olvidado.
Mas aquí mucho me tardo;
a la ventana me iré,
que allí donde el bien dejé
contemplando en él lo aguardo.

(Vase, y sale FENIS *y* MARCELO.)

MARCELO. Esta es la calle dichosa,
Justo, donde mora el cielo
adonde tiene Marcelo
el alma de amor gloriosa.

(1) Este verso debe de estar equivocado; quizá "tu presencia"; aunque siempre sería expresión pleonástica.

Esa casa, Justo amigo,
donde está ese corredor,
del discurso de mi amor
ha dado muy buen testigo.
Estas ventanas hermosas
es donde con mi Lucinda,
más que el sol mil veces linda,
deslindábamos mil cosas;
y para más gloria mía,
esas las dulces paredes,
madrinas de las mercedes
que Lucinda me hacía.

FENIS. Digo, Marcelo señor,
que tiene buen parecer,
y le debe de tener
su dueño mucho mejor.

MARCELO. No quiero cansarte más
en pintarte cómo es bella,
que si tú mereces vella
sé que la encarecerás.
Con esto sólo la alabo:
con que si Justo la viese,
sobre aquese clavo y ese
te pondrá otra ese y clavo.
No hay cosa al descuido en ella,
que, mirada con cuidado,
no deje a un libre herrado,
haciendo yerros por ella.

FENIS. Señor, no la quiero ver,
que basta el hierro que tengo,
pues que por él sólo vengo
a callar y obedecer.
Si ella con sus ojos bellos,
señor, los hierros quitara,
todo un año la mirara
hasta sentirme sin ellos.

MARCELO. Fué modo de encarecer,
Justo, su beldad crecida;
que una diosa que da vida
no puede yerros hacer.

FENIS. Vamos, señor, pronto a vella;
si da vida su beldad,
daráme a mí libertad,
que es harto menos que ella;
si su valor no es esquivo
no podrá decir de no.

MARCELO. Lleva tú la fe que yo,
que no volverás cautivo.

(*Pónese* LUCINDA *a la ventana.*)

LUCINDA. Lucinda, ¿es aquél Marcelo?

MARCELO. Alleguemos. Justo, presto,
que en la ventana se ha puesto
mi sol. ¿No ves rubio el suelo?

FENIS. Rubio el suelo ya lo veo.
(¡Ay, Marcelo, quién pensara
que tu amor se me trocara
en locura y devaneo!)

MARCELO. Pues tan a punto ha salido,
sin que me conozca quiero
que contemplemos primero
lo que tanto he encarecido.
Cubre el rostro.

FENIS. (¡Oh, caso extraño!
Bien tu amor con el mío templas,
pues do tu gloria contemplas
voy a contemplar mi daño.)

LUCINDA. (Marcelo es, no hay que cansarme,
y si lo es yo me espanto
de que se reboce tanto.
O burla o quiere engañarme.)

MARCELO. (Por que puedas contemplalla,
haz aquesto, Justo. ¿Viste?

FENIS. Como es sol, como dijiste,
apenas pude miralla.

MARCELO. Dices bien, que la costumbre
del sol es siempre cegar,
y en eso quiere imitar
al sol, a quien da su lumbre;
mas yo puedo contemplallo,
pues para mis desenojos,
me ha dado el amor los ojos
de águila para mirallo.

FENIS. Contempla tú su arrebol
y mi vista en esto excusa,
que tengo ojos de lechuza
y no puedo ver el sol.

MARCELO. Apártate, Justo, a un lado
que quiero a Lucinda hablalle,
pues que está sola la calle.)

LUCINDA. (Basta que me ha dilatado
Marcelo su vista un poco.)

FENIS. (Loco está quien tal pensó,
y mucho más loca yo
en venirme tras un loco.)

LUCINDA. La burla que me habéis hecho,
Marcelo, habéis de pagar.

FENIS. (Quiero ponerme a escuchar
un poco de mi derecho.)

MARCELO. Un mes ha, Lucinda mía,
que de este lugar partí,
y dentro de él prometí
que a serviros volvería.
Gran dicha ha venido a ser,
demás de serla el quereros,

que habiendo hoy venido a veros
hoy os acertase a ver.
Tendré por favor subido,
si algo de mi gozo os toca,
que le echéis por esa boca
a Marcelo un bienvenido.
Con él quedará pagado,
y será paga mayor
de cuantas ha dado Amor
al más rico enamorado.

LUCINDA. Apartaos, señor, de ahí
y mirá con quién habláis,
que no soy la que pensáis.

FENIS. (Bueno es esto para mí.)

MARCELO. (O burla o vengo sintiendo.)

FENIS. (Mas si Marcelo se errase
y por dicha no acertase
con su gloria y mi tormento...)

LUCINDA. (En gran confusión lo he puesto,
y la burla ha de pagar.)

MARCELO. (Bien me puedo yo engañar;
mas no hay engaño en aquesto.
¿No es Lucinda ésta, Marcelo?
Sí, si yo Marcelo soy.
¿No es esta calle en que estoy
la que llamaba mi cielo?
¿Su casa aquesta no es?
Sí. Pues no tiene otra hermana,
que en esa misma ventana
me lo dijo ella una vez.
Sin duda que está burlando
por ver si recibo enojo.)
Mi Lucinda, ¿ha sido antojo
el modo que estoy hablando?

LUCINDA. Metéisme en gran confusión.
Antes que mi padre os halle,
preguntá en estotra calle,
quizá os darán más razón.

FENIS. (De veras va aqueste juego,
y a mí gran gusto me ha dado.)

MARCELO. (¿Pusible es que estoy errado?)

FENIS. (No es mucho que yerre un ciego.)

LUCINDA. (Loco se torna el pobrete.
Mi Marcelo, ten paciencia;
por fiestas de tu presencia
voy haciendo este juguete.)

MARCELO. (No siento mucho ni poco
engaño, por más que pienso.)

LUCINDA. (Gusto de vello suspenso.)

FENIS. (¿Si viene Marcelo loco?)

MARCELO. (¿Mas si por aqueste esclavo
no se ha osado descubrir?)

LUCINDA. (De esta vez me he de reír
por dar a la burla cabo.)

MARCELO. (¿Yo vengo desatinado,
o sueño aquesto que veo?
¿No es Lucinda? No lo creo.
¿Qué es aquesto, Cielo airado?)
Una cosa sola agora
querría que me digáis.
Lucinda, ¿en aqueso dais?
¿No me respondéis, señora?

(*Sale* LUCIANO, *y* LUCINDA *vase de la ventana por que lo ve.*)

LUCIANO. ¿A qué os han de responder,
galán?

MARCELO. Señor, preguntaba
dónde por aquí moraba...

LUCIANO. ¿Quién?

MARCELO. Un cierto mercader
que este esclavo me comprase.

LUCIANO. De ser ansí tiene talle.
Mas ¿no había otro en la calle
a quien se lo preguntase?

MARCELO. No vi de aquí otra persona
a quien se lo preguntar.
¿Pude en aqueso agraviar?

LUCIANO. (Aunque su razón lo abona,
le siento un poco turbado.)

MARCELO. (Bravamente me deslizo.)

LUCIANO. ¿Por qué le vendéis? ¿Qué os hizo?

MARCELO. Hame un poco disgustado;
por esto lo venderé
y porque soy forastero
y me ha faltado el dinero.

FENIS. (Mejor dijeras la fe.)

LUCIANO. (Con gran liberalidad
comprárselo determino,
y por aqueste camino
sabré si aquesto es verdad.)
Si no es mucho precio, yo
haré que se quede acá.

FENIS. (En poco me estimará
quien por poco me olvidó.)

MARCELO. No pido mucho valor;
ciento y sesenta ducados
me han de dar por él contados.

FENIS. (¿Esto es de veras, señor?)

LUCIANO. ¿Y de dónde es natural?

MARCELO. De Génova.

LUCIANO. ¿Leal y fiel?

MARCELO. Cuanto se pidiera en él.

FENIS. (Y cómo si soy leal.)

LUCIANO. Mucho precio me pedís.
De ahí ¿qué podréis bajar?

MARCELO. En docientos lo he de dar,
como he dicho.

LUCIANO. Ya subís;
pediste ciento y sesenta
y agora decís docientos.

MARCELO. No he dicho sino trescientos.

LUCIANO. (Cayendo voy en la cuenta.
Aquí hay alguna maldad;
él no lo quiere vender,
por donde me da a entender
su mentira y falsedad.
Y ha de quedar en mi casa
por cualquier dinero al cabo,
para saber del esclavo
toda la maldad que pasa.)
Mucho dinero es trecientos.
Docientos quiero contar.

MARCELO. Señor, no lo puedo dar
menos de los cuatrocientos,
que es un esclavo gentil
y tiene gallardo talle.

LUCIANO. (Quiero cerrar y tomalle
antes que me pida mil.)
Antes que más me pujéis,
mío es por ese dinero.

MARCELO. Pues quiero decir primero,
por que después no os quejéis,
que de nada os lo aseguro.

LUCIANO. Con tal condición lo aceto.

FENIS. (¡Oh, terrible y bravo aprieto!)

MARCELO. (Disimula y ve siguro
de que volverás a mí.)

LUCIANO. ¿Hola, mozos? Salí acá
y meté ese esclavo allá.—
Y vamos los dos de aquí,
donde os pagaré en contado.

FENIS. Fenis, ¿esta es buena vida?
Ayer comprada, hoy vendida
por uno que me ha olvidado.

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* MARCELO *y* LISARDO)

LISARDO. ¡Ah, Marcelo! ¿Qué te has hecho?

MARCELO. ¿Qué me he hecho, caro amigo?
Esme el Cielo buen testigo
que voy de enojo deshecho.

LISARDO. Amigo soy verdadero.
Cuéntame lo que ha pasado.

MARCELO. Que el esclavo me han comprado,
y aquí va todo el dinero.

LISARDO. ¡Oh, pesia quien me parió!
Marcelo, ¿que has hecho tal?

MARCELO. Por excusar cierto mal
burlando se efetuó.

LISARDO. La venta no ha de pasar,
aunque arriesgue ser perdido.

MARCELO. Mayor mal que aquese ha habido.
¿Quieres, Lisardo, escuchar?

LISARDO. Ese es para mí terrible.

MARCELO. Esta casa que miramos
¿no es adonde dejamos
a Lucinda?

LISARDO. Sí.

MARCELO. ¿Es posible?
Mira si es eso al revés.

LISARDO. Es muy cierto.

MARCELO. Caro amigo,
yo también lo propio digo;
mas dícenme que no es.

LISARDO. ¿Quién lo dice?

MARCELO. Mi Lucinda.

LISARDO. ¿Adónde la viste?

MARCELO. Aquí.

LISARDO. No sé si vienes en ti,
Marcelo.

MARCELO. Aqueso deslinda,
porque yo vengo trocado;
ver una que aquí hablé,
Lucinda, a quien entregué
lo que a Fénis he quitado.

LISARDO. Nada de eso me contenta.
Dime dónde se vendió
el esclavo, porque yo
no he de pasar por la venta.

MARCELO. Lisardo, una, dos y tres;
en entrando por allí,
¿parécete que es aquí?

LISARDO. Digo que sí.

MARCELO. Pues no es.

LISARDO. No sea, con Barrabás.
Dime ya dónde vendiste
el esclavo o qué lo hiciste.

MARCELO. Esto nos importa más.
Escucha, Lisardo, un poco.
La que me niega ser ella
parece tanto con ella,
que es ella, o yo vengo loco.

LISARDO. Marcelo, ya voy creyendo
que venís loco, por Dios.

¿Adónde dejasteis vos
este esclavo?

MARCELO. No lo entiendo.
Lisardo, no vengo loco.
Caminemos por aquí,
diréte a quién lo vendí,
y cree que no vengo loco,
sino que lo sucedido
me ha hecho desvariar.

LISARDO. ¡Que el esclavo vino a dar?
Yo voy de enojo perdido.

(*Vanse. Entra* FENIS *y* LUCIANO.)

LUCIANO. Con mucha facilidad
te he de dejar por difunto,
perro, si punto por punto
no me cuentas la verdad.

FENIS. ¿Qué te he de decir, señor?

LUCIANO. Si aquéste que te vendió
cuando a Lucinda habló
le trataba algo de amor.

FENIS. De amor palabra no oí.

LUCIANO. Perro, ¿en vuestros trece estáis?
Por quien soy, si más negáis
lo que he preguntado aquí,
que os he de hacer desnudar
y con un rebenque grueso
no os tengo de dejar hueso
en el cuerpo por contar.

FENIS. (Fenis triste y sin ventura,
¿quién de ti entendiera tal,
que por remediar un mal
dieras en la sepultura?
Por una necia afición
me puse hierro una vez,
que no pasa de la tez,
mas ya llega al corazón.)

LUCIANO. Dejémonos de llorar
y decidme lo que pido.

FENIS. Señor, si tú has entendido
que sé más, hazme acabar,
que yo no vi ni entendí
más de lo que dicho tengo.

LUCIANO. Necio soy, pues me detengo
con tanta blandura aquí.—
¿Hola, criados?

(*Sale* JUBERTO, *criado, y otro* CRIADO.)

CRIADO. ¿Señor?

LUCIANO. Ahora, perro, lo veréis.

FENIS. (En este trance ponéis
a los que os sirven, Amor.)

LUCIANO. El uno desnude a éste
y el otro un rebenque traya.

FENIS. (Ya esto pasa de la raya.)

LUCIANO. Perro, que tan tieso fueste.

FENIS. (¿Qué he de hacer, afligida?
Si digo la verdad, Cielo,
hago en daño de Marcelo,
y si no, soy conocida.)
Señor, injusticia es ésta.

LUCIANO. Como defiende éste a brazos:
hazlo, Juberto, pedazos,
que mi dinero me cuesta.

FENIS. Cese tu inhumanidad,
que yo te haré saber
la verdad.

LUCIANO. Así ha de ser.
¿Prometes decir verdad?

FENIS. Sí, señor.

LUCIANO. Suéltalo, pues.

FENIS. Pues haz salir estos dos;
no lo oiga más que tú y Dios,
que sabe muy bien lo que es.

LUCIANO. Y os habéis de esperar
fuera, por si me engañare
y verdad no declarare,
que os vuelva al punto a llamar.

FENIS. (Ayúdame, santo Cielo,
con algún remedio hoy,
para el peligro en que estoy,
sin que descubra a Marcelo.)

LUCIANO. Acaba, ¿en qué estás pensando?
¿Repasas algún engaño
para librarte del daño
con que te he ido amenazando?

FENIS. La verdad has de saber;
porque, sabida, señor,
haga en ti menos rigor
sólo porque soy mujer.

LUCIANO. ¿Mujer?

FENIS. La más desdichada
que nació entre las mujeres.

LUCIANO. ¡Santo Dios! Si mujer eres
la disculpa tienes dada.
(Mujer es, sin duda alguna.)
¿Eres libre? Habla, acaba.

FENIS. Libre soy.

LUCIANO. ¿Quién te hizo esclava?

FENIS. El amor y mi fortuna.

LUCIANO. No llores, que el ser mujer
me obliga a serte piadoso.
(Un rostro tiene hermoso,
buen talle y buen parecer.

Con qué diferentes ojos
la miro que la miraba.)
Hermoso esclavo o esclava,
quitádome has mis enojos.

FÉNIS. Sabrás que yo soy, señor,
de Génova natural,
hija de hombre principal,
de estima, punto y honor.
Amé a un hidalgo de un trato
de fe viva y pecho llano,
y volvióseme un villano
de fe muerta y pecho ingrato.
Troqué, sin mirar mi honor,
en éste el traje de dama,
porque en la que firme ama
más que esto puede el amor.
Púseme aquel mismo día
este artificioso hierro,
no pensando que era yerro
lo que por amor se hacía.
Trájome aquí como estoy
y dejóme aquí en Milán
en poder de este galán
de quien me compraste hoy.
Mira qué bien me pagó
la fe que tuve con él,
que en lugar de ser fïel
infielmente me vendió.
Llorando mi mal tan fiero
y las desventuras mías,
he servido muchos días
por esclavo verdadero.
Y en lo que toca, señor,
a lo que has imaginado
de tu hija, andas errado,
porque no trató de amor.
Y a lo que entonces oí
pienso que jamás la vió,
sino cuando preguntó
lo mismo que él dijo allí.

LUCIANO. Creo, amiga, tu razón.
(Lucïano, ¡quién pensara
que los clavos de su cara
sellaran tu corazón!
Cuando con mayor contento
gozaba mi quïetud
y la antigua senetud
me prestaba sufrimiento;
cuando el cansado vigor
y la carga de los años
sepultaban los engaños
con que nos ciega el amor,
y cuando por la vejez
eras, con tanto concierto,
a las cosas de amor muerto
y vivo a las de interés,
sientes tú de un fuego esquivo,
Lucïano, arder el pecho;
sin duda que Amor ha hecho
por que entiendas que eres vivo,
y por que en tal ocasión
el humano pecho crea
que por caduco que sea
mora en su juridición.)

(*Entra* LUCINDA.)

LUCINDA. Padre y señor, de hoy comprado
el esclavo ¿ya se ofrece
ocasión con que merece
ser de veras castigado?

LUCIANO. Lucinda, no ha sido nada.
Convino, para proballe
cierta cosa, amenazalle.

LUCINDA. ¿Y ésa está ya averiguada?

LUCIANO. Ya lo está, y quedo con gusto
de haber a Justo comprado.

LUCINDA. Cara tiene de hombre honrado.

LUCIANO. Bien finge el nombre de Justo,
porque agora sin razón,
Lucinda, le amenacé,
y tan justo le hallé
que me ganó el corazón.

LUCINDA. Acertado fué compralle.

LUCIANO. Entiendo que lo ha de ser.
Quedaráse en tu poder.
Lucinda, has (1) regalalle,
que porque sé que es fïel,
a mí me dará contento
que no entre en tu aposento
otro paje sino él.

LUCINDA. Que se haga así, señor.

LUCIANO. Quedá adiós, Lucinda mía.

(*Vase.*)

LUCINDA. Él vaya en tu compañía.
(¡Qué mal se encubre el amor!
Recibo, padre, consuelo
de que me entregues a Justo,
que me servirá a mi gusto
por ser prenda de Marcelo.)

FENIS. (Aquesto faltaba, Cielos,
para darme más fatiga,

(1) Debería decir "haz".

entregarme a mi enemiga
para que me acaben celos.)

LUCINDA. ¿Por qué causa te vendió
Marcelo?

FENIS. De él lo sabrás.

LUCINDA. ¿No lo sabes?

FENIS. No sé más
del daño que me causó.

LUCINDA. Parado te has amarillo
después que te hablé.

FENIS. Sí habré.

LUCINDA. ¿Por qué causa?

FENIS. Bien lo sé;
mas no acertaré a decillo.

LUCINDA. Bien ladino eres y agudo.

FENIS. Pues tengo un humor extraño;
que para decir mi daño
fuí siempre un discreto mudo.

LUCINDA. Habla claro y dime a mí
por qué causa te vendió.

FENIS. Por un gusto que le dió;
no sé si nació de ti.

LUCINDA. De mí no, que ese es error.

FENIS. Mira, Lucinda, qué dices,
que en aqueso contradices
la fe que diste al amor.
Aprende a serle fïel
de mí, pues que me vendió,
y olvido a quien me compró
por amallo sólo a él.

LUCINDA. Si tanto amor le has tenido,
mal hizo, Justo, en venderte.

FENIS. Vendióme por no perderte.

LUCINDA. En confusión me has metido.
Dame eso bien a entender.

FENIS. Yo me aclararé, señora.
Marcelo me vendió agora
por tenerme en tu poder,
Para que, si se ofreciese
llevalle de ti un recado,
tuviese en casa criado
que fïelmente lo hiciese;
y siendo la causa aquésta,
haber respondido aquí
que fué la venta por ti,
no ha sido escura respuesta.

LUCINDA. ¿Que esa traza salió de él?

FENIS. Sí, señora, de él salió.

LUCINDA. Y di, cuando hoy me habló,
¿vió que burlaba con él?

FENIS. ¿Cómo si lo vido? A fe
perdiera, a no vello, el seso.

LUCINDA. ¿Que lo vió? Yo gusto de eso,
aunque bien disimulé.
Y pues tanto eres fïel,
ruégote que a mi querido
le lleves el bien venido
y me disculpes con él.
Dirásle que me burlaba
por pagarme del rebozo
con que me dilató el gozo
cuando en la ventana estaba,
y que esta noche me vea
por do hablarme solía.

FENIS. Harélo, señora mía,
por que mi fialdad (1) se vea.

(*Entra un* PAJE.)

PAJE. Señora, en aqueste punto
llegó Lucindo, tu hermano.

LUCINDA. ¡Válgame Dios! ¿Tan tempra-
Alguna cosa barrunto. [no? (2)
¿Quién ha venido con él?

PAJE. Sólo Rufino ha venido.

LUCINDA. Si es así, no ha sucedido
como imaginaba él.

PAJE. El y tu padre, señora,
vienen.

LUCINDA. ¿Oyes, Justo amigo?
No olvides lo que te digo.

FENIS. No olvidaré, mi señora.

(*Entra* LUCIANO *y* LUCINDO *y* RUFINO.)

LUCINDA.

Seas, hermano y señor, muy bien venido.

LUCINDO.

Y vos, Lucinda hermana, bien hallada.

LUCINDA.

¿Solo y tan presto? Admiración me pone.

LUCINDO.

Pocas veces según que se imagina
salen, hermana, en este mundo cosas.

LUCIANO.

Acaba de decir, que estoy suspenso
en sólo imaginar lo que me cuentas.

LUCINDO.

Como te digo, al punto que llamamos,
de aquese que está aquí, que si le viera

(1) Mejor diría "fieldad", o sea fidelidad.
(2) En el original, "trenpano".

en Génova pensara que era el propio,
éste nos dijo que era Fenis muerta.
Quise volverme; mas por dar las cartas
volví a llamar, y en esto vino Alberto;
dile la carta y en el mesmo punto
de casa sale un paje dando voces
dándonos cuenta que era Fenis ida
en hábito de hombre con sus ropas;
mas luego creyó Alberto que era engaño.
Entra en su casa, busca y no la halla.
Con este indicio sale alborotado,
sospecho que a buscalla o dar noticia
de su desdicha a sus parientes todos.
Corrido yo de ver lo que pasaba
al punto me partí, y esto a la letra
pasó del mismo modo que lo he dicho.

FENIS.

(Fenis, lo que ha contado ¿no es tu historia?)

LUCIANO.

En el alma lo siento por su padre.

LUCINDA.

Y yo también, por ser mujer, lo siento.

LUCIANO.

Después lo sentiremos más despacio.
Entra, Lucindo, y del camino largo
reposa y trueca el caminante traje.

LUCINDA.

Dice mi padre bien; vamos, Lucindo.

LUCINDO.

(Rufino, ¿no juraras que era aquéste
aquel esclavo que nos burló en Génova?

RUFINO.

Digo, señor, que es él.

LUCINDO.

Pues disimula;
y sin que nadie de la casa entienda
nuestra malicia, llévalo a mi estancia.

RUFINO.

Déjame el cargo, que si acaso es éste,
le hemos de mantear, para que pague
la burla que nos hizo.

LUCINDO.

Con secreto.

(*Vanse, y queda* FENIS *y* RUFINO.)

FENIS. (De mi amo conocida
y de Marcelo olvidada,
deshonrada siendo honrada
y de celos combatida,
¿adónde has de ir a parar,
di, Fenis, de aquesta suerte,
sino a una infelice muerte,
de mujeres ejemplar.

RUFINO. ¿Ese es galguillo de casa?

FENIS. Sí, señor.

RUFINO. Por vida mía,
mi amo lo compraría
para ir las tardes a caza.

FENIS. Aun de eso no sirvo yo,
porque una vez que cacé
de las presas se me fué
la caza que Amor me dió.

RUFINO. Curiosa maña; dejalda;
pues sepa que le engañaron
si piensa que le compraron
para perrico de falda.

FENIS. Amigo, no pienso tal,
aunque de falda lo he sido;
pero si vos sois servido
seré perro de portal.

RUFINO. Por Dios, que eres hombre honrado,
no te sabes enojar;
téngote de acomodar
donde yo estó acomodado.
¿Bebe algo?

FENIS. Poco y breve;
es aire y no vale un higo.

RUFINO. Calle, que yo le haré, amigo,
que sepa lo que se bebe.
¿Sabrá reñir una friega
a coces y a bofetada?

FENIS. Aprendello he, camarada.

RUFINO. Valentón es, ¿quién lo niega?
No me ha de mirar a alimpia (1)
ni a Félix flauta ni maya,
sino friega porque caya
con cuellos y ropa limpia.
Moza que güela a tocino,
que se viene como un rayo
a los brazos de un lacayo
con dos arrobas de vino.
Y si por peras cogombros
pronuncia por su desgracia,

(1) En vez de "alimpia" pudiera también leerse "celimpia". Quizás "Olimpia", nombre de mujer.

la zorra tiene por gracia
y se le sube a los hombros.
Son limpias y provechosas,
y de cualquiera manera
que el hombre las halle y quiera,
no paran en pocas cosas.

FENIS. Sabé que andáis en aqueso
en lo cierto, camarada.

RUFINO. Una mujer entonada
es carne con mucho hueso;
tiene más púas que un sidro,
más dobleces que cebolla;
al fin, no es para mi olla,
porque la tengo de vidro.

(*Entra* MARCELO *y* LISARDO.)

LISARDO. Marcelo, no has de hacer
más de lo que en esto quiero.
Yo le he de dar el dinero
y el esclavo ha de volver.

MARCELO. Este es menosprecio. No.

LISARDO. No es ningún menosprecio,
que es mío, y por aquel precio
se lo puedo sacar yo.

FENIS. (Este es Marcelo y Lisardo.)
Mientras hablo éstos aquí,
¿queréisme esperar allí?

RUFINO. Sí, por cierto; aquí os aguardo.

MARCELO. ¿Por un esclavo a Marcelo
le quieres dar ese enojo?

LISARDO. Marcelo, no es éste antojo,
antes es cierto recelo.

MARCELO. Aguarda. ¿No es Justo aquél?

LISARDO. El es.—¿Dónde bueno, amigo?

FENIS. A verme, señor, contigo,
que he dado en serte fiel.

MARCELO. ¿De qué forma?

FENIS. Porque he hecho
lo que Marcelo no pudo.

MARCELO. ¿Cómo?

FENIS. Con un genio agudo
saqué a Lucinda del pecho
que se burlaba contigo
y que te quiere y adora,
y esto sólo vengo agora
a comunicar contigo.

MARCELO. Justo, quiérote abrazar,
que me has ganado una vida,
tan por el cabo perdida
que estaba para expirar.

LISARDO. (El mensaje es harto extraño
por lo que de ésta esperaba.)

FENIS. (Fenis, esto te faltaba,
ser tercera de tu daño.)

MARCELO. Luego, Justo, ¿según esto
de mucha importancia ha sido
haberte al padre vendido?

FENIS. De mucha, pues por aquesto
la verás sin embarazo,
y ganas, como dijiste,
esa vida que perdiste
y yo me llevo un abrazo,
que juro, por vida mía,
que por ser tuyo, señor,
lo tengo por más favor
que el que Lucinda te envía.

MARCELO. Pues no es paga con que espero
que tu amor me satisfaga.

FENIS. Para mí, Justo, es la paga
de más precio que dinero.

MARCELO. Yo tengo un billete escrito
y lleva de quejas bien
de aquel glorioso desdén,
aunque me amargó infinito.
Llevarásle este billete
por respuesta del recado.
Creo que se me ha olvidado
en casa, sobre el bufete.
Hazme el favor de esperar
aquí, que yo le trairé.

(*Vase* MARCELO.)

FENIS. Yo, señor, te esperaré.

LISARDO. ¿Es veras esto o jugar?
¿De qué te sirvió, señora,
esa costosa invención
si tercias en su afición
y llevas billete agora?
¡Por Dios, Fenis, que andas linda!
¿Esa es la traza y modelo
para quitalle a Marcelo
los amores de Lucinda?
Si es traza, ella es traza nueva.
Para casarte con él
tercia y llévale el papel,
que muy buen camino lleva.
Ya que sucedió venderte
a su padre, ¿no pudieras,
sabiendo de ella las veras,
de aquesa ocasión valerte,
dando a Lucinda a entender
que Marcelo la burlaba,
y a Marcelo que ya estaba
ella de otro parecer?

FENIS. Eso camino llevara,
que puede mucho un desdén;
mas, Lisardo, ¿fuera bien
que yo a Marcelo engañara?
Mal conoces mi lealtad.
Lisardo, do hay afición
se paga una sinrazón
con una buena amistad.
Sin género de malicia,
sufriré y tendré paciencia,
porque mi fe y mi inocencia
mirarán por mi justicia.

LISARDO. Si con esa confianza
le sirves tú de alcahuete,
al cuarto o quinto billete
puedes perder la esperanza.
Fenis, andas engañada,
porque por serle fïel
vendrás a perdello a él
y tú quedar deshonrada.

FENIS. Bien me aconsejas en esto;
pero déjalo a mi cargo,
porque otra ocasión no aguardo
mejor que ésta.

(*Sale* MARCELO.)

MARCELO. ¿Vuelvo presto?

FENIS. Tan presto, que me ha espantado.

MARCELO. Justo amigo, vesle aquí,
y no has de perder de mí
tu lealtad y tu cuidado.

FENIS. Yo tengo mucha esperanza
de no perdello, señor.

MARCELO. Y yo por ti de mi amor
tendré mucha confianza;
y entiende, Justo, de mí
que yo nunca te vendiera
si ocasión no se ofreciera,
como tú lo viste allí.
Y pues vino tan a cuento
por lo que me ha sucedido,
de que así te haya vendido
no estés, Justo, descontento;
que al remate de mi ced (1)
tan libre como yo eres.

FENIS. Señor, has (2) lo que quisieres,
que yo te sirvo a merced.
¿Mandas más?

MARCELO. Que la respuesta
me traigás con brevedad.

FENIS. Con mucha facilidad
si ella en darla fuere presta.
Adiós, señores.

MARCELO. Adiós.

(*Vase* FENIS, *y quedan los dos.*)

Lisardo, ¿qué te parece?

LISARDO. Que el esclavillo merece
más de lo que pensáis vos.

MARCELO. Vámonos, que con mi empresa
saldré, con tan buena ayuda.

LISARDO. Si así va, no pongo duda.
(Y por vos, Fenis, me pesa.)

(*Vanse, y salen* RUFINO *y* JUBERTO, *lacayos.*)

JUBERTO.

¿Puedes llevar, Rufino, di, a paciencia
que un esclavo de ayer entrado en casa,
no sé por qué, con un amor extraño
nuestro amo Luciano y hija, hijo
le estiman, acarician y regalan?

RUFINO.

Juberto, estoy de eso hecho un perro;
que, como sabes tú, sirvo a Lucindo
diez años hace hoy o poco menos,
y de él no he recebido una palabra
menos que "Ven acá", "haz esto", "¿hola?",
y a este perro herrado advenedizo,
con un alegre rostro, acariciándole,
le dice: "Haz aquesto, Justo amigo",
tomándole las manos y otras veces
tomándole la barba de regalo;
pues el viejo, dirás, puesto a la mesa,
por momentos le da el mejor bocado.

JUBERTO.

Pues otra preminencia que me espanta:
que gusta el viejo que el esclavo sólo
entre en el aposento de Lucinda;
y, plega a Dios, según el favor grande
que con ella y con él el mulo tiene,
no haga algún galguico dentro en casa.

RUFINO.

Merecerálo bien el viejo loco.
Mira a qué eunuco da su hija en guarda
o a qué dueña de tocas reverendas.

JUBERTO.

Rufino, yo no puedo ver aquesto;
yo estoy corrido o, por mejor, celoso

(1) Como el autor era, a lo que parece, andaluz, escribiría así "sed".
(2) Así en el original.

del trato y la amistad que se le hace;
yo me he de despedir.

RUFINO.

Si te despides,
tampoco yo he de estar una hora en casa.

JUBERTO.

Pero ¿no es necedad perder un cómodo,
por cosa que podemos remedialla,
tan bueno como el nuestro?

RUFINO.

¿Qué remedio
se puede dar a inremediables cosas?

JUBERTO.

Levantémosle a éste un testimonio
para donde le azoten y le vendan.

RUFINO.

Para lo mucho que en la casa priva,
si no es el testimonio de importancia,
será cansarnos y quedar corridos.

JUBERTO.

Espera; si afirmamos que le vimos
abrazado una tarde con Lucinda
dentro de su aposento, ¿es de importancia?

RUFINO.

De mucha, si te atreves a jurallo.

JUBERTO.

Como atestigües tú, yo me prefiero
a dar noticia de ello a Luciano.

RUFINO.

Pues yo de atestiguallo estoy resuelto.

JUBERTO.

Vente conmigo, y porque a punto estemos
por que no se descubra la mentira,
trataremos el día, cómo y cuánto.

RUFINO.

Yo torpe soy un poco de memoria;
pero si lo repaso cuatro veces
y ello se encaja aquí, pierde cuidado.

(*Vanse, y salen* LUCIANO *y el* GOBERNADOR, *padre de* FENIS.)

LUCIANO.

Señor Gobernador, pues ¿no hay indicios
por donde sospechar se pueda adónde
esta doncella fué de esa manera?

GOBERNADOR.

Indicios hay, señor, según me escribe
mi hermano, que allá ha hecho diligencias,
por donde se imagina que esta infame
ha venido a Milán con un Marcelo,
hijo de un mercader, porque le vieron
pasearle la calle muchas veces
y escritos le hallaron mil billetes.
Toda la diligencia que es posible
he hecho en la ciudad por dar con éste;
pero permite el Cielo que no halle
rastro ninguno de esta ingrata hembra,
cuchillo de mi honra. ¡Ah, Cielo santo!
Cuando pensé gozar la paga y premio
con el contento de un honrado yerno,
de su crianza y paternal trabajo;
cuando mis ojos contemplar habían
en ella los ausentes de su madre,
con el retrato vivo de su rostro,
su virtud y prudencia retratada,
nace mi deshonor de donde habían
de producir mil frutos de mi honra,
al ojo ves[e] la notable infamia.

LUCIANO.

Señor Gobernador, no se apasione.
Encomendallo a Dios es lo que importa.

GOBERNADOR.

Y El haga aquello que por bien tuviere;
y pues que aquesta tarde no hay negocios
que puedan estorbarme esta visita,
quiero que la gocemos más despacio.

LUCIANO.

Entre vuesa merced; tengo un negocio
para esta tarde de importancia mucha.
Vuestra merced perdone, que supuesto
otro día supliré esta falta.

GOBERNADOR.

Vuestra merced no deje su negocio,
que yo doy la merced por recebida,
y vea si hay algo en que servirle pueda.

(*Vase el* GOBERNADOR.)

LUCIANO. Mucho puede amor conmigo,
pues mi intento ha sido y es
encubrir por su interés
su propia hija a mi amigo.
¡Quién, Luciano, entendiera
que por esclavo comprada
tuvieras enamorada

que estuvo a pique de nuera!
¿De qué sirve mi prudencia
si con ella y con mi edad
no pongo a mi enfermedad
un poco de resistencia?
Qué bien habla la razón
en derecho de su dedo,
si como aproballa puedo
diera alivio a mi pasión.
Bien me corrijo y me riño;
mas de nada sirve luego,
porque sigo un niño ciego
que me tiene ciego y niño.

(*Salen* Rufino *y* Juberto.)

Juberto. Señor, oye lo que pasa:
sabrás por cosa muy cierta
que a una maldad encubierta
tienes dentro de tu casa.
Luciano. ¿Qué decís?
Rufino. Que hay gran maldad
y queremos declaralla
por que puedas remedialla
y entiendas nuestra lealtad.
Juberto. Ese esclavo que has comprado
con tu hija trata amores
en pago de los favores
que siempre en casa le has dado;
y priva tan a contento
con ella el perro infiel,
que abrazados a ella y él
los vimos en su aposento.
Desde el día que tuvimos
de su maldad esta lumbre,
por no darte pesadumbre
hasta hoy te la encubrimos.
Y por que el fuego no emprenda
en ellos daño mayor,
es bien lo sepas, señor,
aunque el enojo te ofenda.
Luciano. ¿Que eso alcanzasteis a ver?
Rufino. Vímoslo, y es cosa clara.
Luciano. (Malo, si no me costara
que el bello esclavo es mujer.
Esta es mentira y traición.
Pero Lucinda, engañada,
podrá estar aficionada
entendiendo que es varón;
que su beldad lo merece,
y, por no aclararse a ella,
querrá dar a la doncella
muestra de lo que padece.)

Juberto. (Ah, Rufino, ¿repasaste
el cómo y adónde y cuándo?
Rufino. Aquí lo voy repasando.
¿En qué día me apuntaste?
Juberto. Un domingo por la siesta.
Rufino. ¿Y estaban?...
Juberto. Sobre el estrado.
Rufino. ¿Ella echada y él echado?
Juberto. Ambos.)
Lucino. (Paréceme ésta
invención, y si esto es cierto,
tal vez sea lo que imagino.)
¿Viste tú aquesto, Rufino?
Rufino. Como lo vido Juberto.
Pluguiera a Dios que aquel día
que lo vi fuera enterrado,
porque soy hombre quitado
de cuentos y chismería.
Luciano. Yo bien pienso que es ansí;
mas yo he de hacer una prueba
de los dos, que no es muy nueva,
mas muy conviniente aquí.
Ponte, Juberto, a este lado,
y tú, Rufino, a esta parte.
Rufino. (El diablo lleve la parte
sé de lo que ha estudiado.)
Luciano. (En aquesto quiero ver
si se conforman los dos.)
Rufino. (Viernes, no. ¡Válame Dios,
yo lo echo todo a perder!)
Luciano. Dime, Juberto, ¿en qué día
viste aqueso? Acaba, di.
Juberto. En un domingo lo vi,
ya después de mediodía.
Luciano. Decime, Rufino, vos:
¿en qué día fué esto?
Rufino. Cierto
que un día yo y Juberto
lo vimos ambos a dos.
Luciano. No pregunto aqueso, no.
¿Qué día fué?
Rufino. Ya lo he entendido:
en el día que él lo vido
en aquése lo vi yo.
Luciano. A enojo en éso me mueves.
¿Qué día fué cuando allí entrastes?
Rufino. O era lunes o era martes,
u era miércoles o jueves.
Luciano. (Ello va cual yo recelo.)
Cuando los viste abrazados,
¿estaban en pie o sentados,
en la cama u en el suelo?

JUBERTO. Vímoslos muy claramente
sobre el estrado los dos,
y al punto que quiso Dios
que entrásemos de repente,
el esclavo se escondió;
y ella, en verse salteada,
colérica y enojada
por la puerta nos echó.
Volvímonos a salir...
LUCIANO. ¿Tal pasa, Cielo divino?
JUBERTO. Señor, ahí está Rufino,
no me dejará mentir.
LUCIANO. ¿Rufino?
RUFINO. ¿Señor?
LUCIANO. Al punto
me cuenta lo que dijiste.
¿Adónde y cómo los viste?
RUFINO. Diréle punto por punto.
¡Halo dicho ya Juberto?
LUCIANO. Como lo pinta lo sé.
RUFINO. Agora verá vuecé,
por lo que digo, si es cierto.
Mas paréceme, señor,
que lo podemos dejar,
porque es infamia escarbar
mucho en las cosas de honor.
Haz a ese esclavo vendello
y no escarbes más ni caves,
que basta aquesto que sabes
sin saber más para hacello.
LUCIANO. (Con consejos me entretiene.)
Decíme, Rufino, vos
cómo vistes a los dos;
yo sé lo que me conviene.
RUFINO. Ansí, pues, yo lo diré.
A ese esclavo y a mi ama
los vide sobre la cama
cuando con Juberto entré.
LUCIANO. ¿Echados?
RUFINO. Mi señor, no,
sino delante sentados;
pero estaban abrazados,
que lo vi muy cierto yo.
LUCIANO. ¿Qué hicieron, vista la entrada?
RUFINO. Levantóse el esclavillo
turbado, el rostro amarillo,
y dijo: "¿Qué hay, camarada?"
Dije: "Ya lo puede ver."
Y ella escondíase al punto,
y él, como he dicho, difunto,
dijo: "Vamos a beber."
Sacónos y, con amor,
echó ocho de lo bueno,
pensando que tenía freno,
con un traguillo, a su error.
Y pues lo quisiste oír,
esto pasa y esto es cierto,
y si no, ¿no está ahí Juberto?
¿Hame de dejar mentir?
LUCIANO. (Aquesta es grande maldad,
y no sé con qué intención
han urdido esta traición
con tanta facilidad.)
Así, amigo, ¿que eso pasa?
¡Ingratos, falsos, traidores,
traidores infamadores
de la honra de mi casa!
Con vosotros hablo, ¿oís?
¿Pensáis que no echo de ver
el modo de proceder
con que esa traición urdís?
¿Qué pensábades sacar
de una maldad como aquésta
tan torpemente compuesta
que ella os vino a condenar?
Aquesto os movió quizá
un deseo de mi afrenta,
y hicistes mal la cuenta,
que sobre los dos cairá.
JUBERTO. (Confesallo nos conviene.)
Esta es mentira, señor;
que envidiosos del favor
que este esclavo en casa tiene,
entre los dos ordenamos
aqueso que te dijimos.
RUFINO. Señor, perdón te pedimos,
que como necios erramos;
que por que echaras de casa
al esclavo se hacía.
LUCIANO. ¡Donosa bellaquería!
Levantá, que si otra os pasa
redundará en vuestra afrenta.
Y de esto que ha sucedido
no me deis a hombre nacido,
en burlas ni en veras, cuenta.
RUFINO. Nacido ni por nacer
no sabrá cosa, señor.
LUCIANO. Por tocar esto a mi honor
esta vez así ha de ser.
(*Vase.*)
RUFINO. Bueno va, Juberto amigo.
JUBERTO. Muy bien, Rufino, ha salido;
pero yo lo he merecido
en envolverme contigo.

RUFINO. ¿De qué pone ese entredicho?
JUBERTO. ¿De qué? Pues ¿tienes disculpa?
RUFINO. Pues ¿de qué tengo yo culpa?
¿No dije todo mi dicho?
JUBERTO. Harto necio, torpe y bajo,
pues que nos echó a perder.
RUFINO. Vamos, Juberto, a beber
y échese este enojo abajo.

JORNADA TERCERA

(*Sale* FENIS.)

FENIS.

¿No es bueno que Lucindo,
hijo de Luciano,
ha venido también a conocerme,
y el padre, que es lo lindo,
trabaja, y es en vano,
para en gustos de amor entretenerme?
Y Lucinda traerme,
tras ponerme los cuernos,
al lado por tercera,
y yo que a todo quiera
tierna con vellos tiernos
acudir sin engaño
y por hacerles bien hacerme daño.
Adiós, firmeza ciega;
adiós, lealtad dañosa;
adiós, verdad, de pocos estimada,
que vuestra fe me ciega,
y si soy más temosa
quedaré sin Marcelo y deshonrada.
De hoy más, pues si engañada
quiero engañar a todos
y salir con la mía.
No viene de los godos,
porque el de más pujanza
es el que por engaños más alcanza.
Lucinda está resuelta
de salir con Marcelo,
y para aquesta noche concertados.
Yo armaré una revuelta
que, si me ayuda el Cielo,
he de llevar a puerto mis cuidados.
Cielo, fortuna y hados,
cansaos de perseguirme,
pues con tanta paciencia
sufro vuestra inclemencia;
a todo estoy tan firme,
que nunca me han mudado
los golpes inclementes que me han dado.

(*Entra* LUCINDO, *su hermano, solo.*)

LUCINDO. Dos cosas ha descubierto
el amor entre los dos:
una, que sois Fenis vos;
otra, que me tenéis muerto.
Y lo que dije primero
claro está que sois mujer,
que en vos se os echa de ver,
como en mí lo bien que os quiero.
FENIS. ¿Cómo? ¿Todavía os dura,
señor, ese frenesí?
LUCINDO. Donaire hacéis de mí,
pues que juzgáis por locura
que os adoro.
FENIS. Yo soy hombre.
LUCIANO. ¡Pluguiera a Dios que lo fueras
y que todo lo tuvieras
como el traje y como el nombre!
¿Quién a la Naturaleza
por torpe no la juzgara
si diera a un hombre una cara
de ese donaire y belleza?
Y cuando cara tan bella
[a] un hombre el Cielo le diera,
¿qué inhumano permitiera
echalle hierros en ella?
Según los desdenes fieros
y baste aquesto a obligaros,
que amor que me mostró amaros
me ha mostrado a conoceros.
Y si toda esta razón
a creerme no os obliga,
quiero, Fenis, que lo diga
una devota estación
que hice a Génova la vez
que os vi con ese vestido,
y con semblante fingido
nos engañastes después.
El que aquesto caminó
solamente por gozaros,
¿fingirá en sinificaros
lo que os sinifico yo?
Y quien llevó por tercero
a vuestro padre y el mío
y en cartas a vuestro tío
lo que yo os quise y os quiero,
¿burlaba veras, quimeras,
muy sin qué ni para qué?
Quimeras eran de fe
y burlas más que de veras.
FENIS. En gran confusión me ha puesto
ver tu amor tan verdadero;

mas ¡ay! que otro sin tercero
llegó, Lucindo, más presto.
Como todo aquesto entiendas,
imposible es yo creer
que tú con ese querer
casar conmigo pretendas.
Porque esas cosas me infaman,
y los hombres de valor
estiman más el honor
que el gusto de lo que aman.
Y así, amar gran yerro es
aquésta que dos se puso
por uno que la dispuso
a fingir lo que no es.

LUCINDO. Bien sé, Fenis, entender
que el hierro que miro aquí
que no se puso por mí
y que nació de querer;
pero a mí me satisface
amaros, Fenis, con él,
que no ha de parar en él,
si es hierro, quien yerro hace.

(*Entra* LUCIANO, *solo.*)

LUCIANO. Un amigo tuyo ahí
te busca.

LUCINDO. ¿Quién puede ser?

(*Vase.*)

LUCIANO. Corre, velo tú a saber.—
Por que se fuera de aquí
lo hice, Fenis hermosa,
que ando muy desconsolado
sin vos y con mi cuidado.

FENIS. Otra afición más graciosa.

LUCIANO. Fenis, por mi mal comprada,
¿no te ablanda mi dolor?

FENIS. No trates, señor, de amor,
que es eso cosa excusada.

LUCIANO. Di qué cosa puede haber
si el amor no me ha excusado.

FENIS. Por esclavo me has comprado.
Si soy acaso mujer
no quiero que trates de ello
ni de que lo soy te acuerdes;
y mira, señor, que pierdes
mucho honor tratando en ello.

LUCIANO. Mira que el amor me fuerza
y atreve esta liviandad.

FENIS. Sé que amor es voluntad,
y en la voluntad no hay fuerza.

LUCIANO. ¿No te hizo fuerza a ti
y te sacó de tu casa?

FENIS. Mi voluntad fué la brasa
con que ese fuego encendí,
que no lo hiciera sin ella;
y puedes, señor, creer
que si falta en la mujer
es por demás pretendella.

LUCIANO. Al fin, que vine a comprar
mi muerte en comprarte a ti.

FENIS. No mueras, señor, por mí.
¿No lo puedes tú excusar
con tu sabio entendimiento
y con tu buena razón?

LUCIANO. ¿No ves que sobra afición
ya y falta sufrimiento,
y que un punto no sosiego,
que me abrasa tu beldad?

FENIS. Con tantos años de edad
¿hay tantas llamas de fuego?

LUCIANO. Fenis, muéstrate piadosa.

FENIS. Suelta la mano, señor.

LUCIANO. Muéstrate tan tierna, amor,
cuanto tienes de hermosa.

(*Entran* JUBERTO *y* RUFINO.)

RUFINO. (Juberto, escucha. ¿No ves
retozando a Luciano
con su esclavo?

JUBERTO. Y de la mano
le está haciendo...

RUFINO. Escucha, pues.)

LUCIANO. Sosiégate un poco agora,
que poco ha que estoy aquí.

FENIS. Paréceme un año a mí.

LUCIANO. A mí un momento, no ha un hora.
Muéstrame ese alegre gesto.

FENIS. (No se puede esto llevar;
yo me quiero aventurar
y dar al traste con esto.)

JUBERTO. (¿Entiendes algo, Rufino?

RUFINO. No, si más no nos llegamos.)

FENIS. Señor, pues solos estamos,
aclararme determino.
Yo nunca jamás creí
que tan de veras me amabas,
y por pensar que burlabas
me burlaba yo de ti.
Y agora que echo de ver
cuán verdadero es tu amor,
me doy por tuya, señor;
mas una cosa has de hacer.

En tu casa hay un criado
que, sospechando quien soy,
se me ha descubierto hoy
que está de mí enamorado.
Y porque me amenazó,
si a su intento no acudía,
que en casa publicaría
a voces quién era yo,
fingí un semblante contento
y dije: "Cierta me tienes
si esta noche al alba vienes
en secreto a mi aposento."
Fuése, y muy regocijado,
diciendo que acudiría.

LUCIANO. Pues por vida tuya y mía
que ha de ir bien apaleado.

RUFINO. (Yo no oigo nada, Juberto.

JUBERTO. No sé agora qué me oía
de "por vida tuya y mía".

RUFINO. Guarda, fuera; algún concierto
hacen. Lleguémonos más.)

LUCIANO. Digo que lo haré, amor.

FENIS. Tenme por tuya, señor,
si [a] aquéste palos le das.

RUFINO. (Agora oigo a contento.)

LUCIANO. El Cielo me desampare,
amor, si no le esperare
hasta el día en tu aposento.

RUFINO. (Según aquello, Juberto,
concertado tienen de ir
a su aposento a dormir.

JUBERTO. Fuego en aquese concierto.

RUFINO. Y si de esta suerte va
no estaré yo más aquí,
porque comenzará allí
y vendrá a acabar acá.)

(*Entra* LUCINDO, *solo.*)

LUCINDO. (Sin duda que se burlaba
mi padre, y no sé por qué;
ninguna persona hallé
ni por mí se preguntaba.)

JUBERTO. (Rufino, vente tras mí
antes que te vea Lucindo.

RUFINO. Vamos.)

(*Vanse.*)

LUCINDO. (¿No será muy lindo,
para que nos deje aquí,
engañalle con su engaño?)
El que por mí preguntaba
dice que a ti te buscaba.

LUCIANO. No es yerro ese tan extraño.

LUCINDO. Mira, señor, que te espera.

LUCIANO. No pienso quién podrá ser.

(*Vase.*)

LUCINDO. (Burlóme, y quise volver
con su burla a echarle fuera.)

FENIS. (Por el siglo de mi padre
que me he de burlar de Amor,
y viene a cuento el favor
que agora le di a su padre.)

LUCINDO. Algún secreto tenía
mi padre, Fenis, con vos.

FENIS. Creo que a una estáis los dos
para la desdicha mía.

LUCINDO. ¿Cómo así?

FENIS. Y tengo sospecha
de que entre los dos, por gusto,
sobre la capa del justo
no tengáis apuesta hecha.

LUCINDO. ¿Luego mi padre ha entendido
que sois mujer?

FENIS. Tan de veras,
que vendré a partir las peras
con mi amo, de atrevido.
Por evitar su tormento,
mientras saliste a la calle
le di palabra de hablalle
esta noche en mi aposento.

LUCINDO. ¿Que en eso da el viejo loco?
Pero di, ¿cómo alcanzó
tanto en tan poquito, y yo
en tanto tiempo tan poco?

FENIS. Pocas liebres has echado,
Lucindo, si eso te espanta.

LUCINDO. Sí me espanta y más me encanta.
¡Cuán mal, Fenis, me has pagado!

FENIS. ¿Piensas que soy ya su amiga
y que entrará en mi aposento?
Esto fué un comedimiento,
y ya sabes que no obliga.

LUCINDO. Pues ¿qué has de hacer ahí?

FENIS. Irme a tu aposento a estar
y al mío tú en mi lugar
al viejo aguardes por mí.

LUCINDO. ¡Por Dios, donosa invención!
¿De qué puedo yo servir?

FENIS. Si queréis, Lucindo, ir,
será muy puesto en razón.
Al punto que le veáis,
y aun él de veros se asombre,
le diréis como en mi nombre

ha mucho que le esperáis.
LUCINDO. Sin duda os queréis burlar
de mí, tras serme cruel.
¿Qué he de hacer yo allí con él?
FENIS. Si no queréis escuchar
no os podré aclarar mi intento.
Tras de aquesto le diréis
que encerrada me tenéis
dentro de vuestro aposento;
y por tenerme amistad
conmigo os habéis casado,
y él, corrido y espantado
por saber si esto es verdad,
vendrá donde yo estaré
y delante de él diréis
que por mujer me tenéis,
y yo lo mismo diré.
El quedará satisfecho
y yo con vos desposada,
y mi honra asegurada
y seguro vuestro hecho.
LUCINDO. ¿Que por todo ese orden quieres
darme, Fenis, tal favor?
FENIS. Con esto hago, señor,
lo que quiero y lo que quieres.
Con esto hago tu gusto
y a tu padre desengaño,
y yo sin temor de daño
do a mi esposo lo que es justo.
LUCINDO. Es traza curiosa y alta
con que todo se resuelva.
FENIS. Antes que tu padre vuelva
me voy de aquí.
LUCINDO. No haya falta.
FENIS. Si no la hay de tu parte,
de la mía no la habrá.
De quien palabra te da,
Lucindo, puedes fiarte.

(*Vase* FENIS.)

LUCINDO. Basta, que de escarmentada
se ha hecho esta dama artera.
Ella quiere ser casada;
mas a mí, aunque más la quiera,
ser su esposo no me agrada.
Porque, como ella apuntó,
vendré a ser muy necio yo
y dino de gran deshonra
en echarme a cuestas honra
que tan mal ella guardó.
Por lo que tiene de hermosa
y lo que amar me fatiga
hiciera cualquiera cosa
respeto de ser amiga
y no respecto de esposa.
Mas muy a cuento ha venido
aquesto que tiene urdido,
pues quito a mi padre de ella
y hago mi gusto en ella
con título de marido.
Porque aunque su amor me ofusca
y ella a su gusto lo aliña,
no más que mi gusto busca,
porque para más no es viña
ni tiene más que rebusca.

(*Vase, y sale* RUFINO *y* JUBERTO.)

JUBERTO.

Muy bien viste el torpe viejo
el concierto que hizo con su esclavo.

RUFINO.

Con oíllo, tan bien sospecho, Juberto, (1)
que fué algún sueño que soñé esta noche.
¿Es posible que un viejo tan compuesto,
de tanta autoridad y prendas de honra
tan infame y cevil pecado intente?
Nunca creyera tal de Luciano.
Al fin, Juberto, no sin causa eran
las caricias que el viejo le hacía
y la privanza grande del esclavo.

JUBERTO.

Aun esto también fué quizá la causa
por donde no creyó nuestra mentira;
y ten por cierto que si acaso el viejo,
como ha mostrado, no le amara tanto,
que él nos creyera y dentro de una hora
diera con el esclavo en el mercado.
¿Quieres que nos venguemos del afrenta
que tú y yo aquese día pasamos?

RUFINO.

¿Y de qué suerte, Juberto?

JUBERTO.

¿De qué suerte?
Con subirnos los dos en el terrado,
de donde todo el patio señorea
y aun se parece bien toda la calle,
y al mismo punto que salir veamos
a lo que tiene concertado el viejo,

(1) Verso largo. Hay que leer "Huberto", y no "Juberto", como está escrito.

iremos avisar a la justicia
y cogerálos juntos.

RUFINO.

Mala burla.

JUBERTO.

¿Merece otra tan notable ofensa
como se hace a Dios en casos tales?

RUFINO.

Dices, Juberto, bien, y te prometo
de ayudarte esta noche.

JUBERTO.

Calla y sígueme.

(Vanse, y sale LISARDO *y* MARCELO.*)*

MARCELO.

Lisardo amigo, venturoso he sido.
Lo que error pensé salió acertado,
pues ya una carta Justo me ha traído.
En el alma sentí verlo apartado
de mí por lo que sabe y lo que atiende. (1)

LISARDO.

Bien ese sentimiento te ha pagado.
(Pues tan de veras en el remedio entiende,
que habrá por causa suya de acabarse
lo que Marcelo de su amor pretende.)
Mas ¿no fué atrevimiento confiarse
Lucinda luego de él?

MARCELO.

Lisardo, aqueso
tiene disculpa con que disculparse.
Que si la venta supo y el suceso
que con su padre me pasó aquel día,
antes anduvo muy discreta en eso.
Que de verlo vender sospecharía (2)
que lo vendía para el propio efecto
y que era traza y ordenanza mía.
Vuestra disculpa es y te prometo
que ver en los principios tal ventura
tuve del caso luego buen conceto.

LISARDO.

Y ¿qué te envía a decir?

MARCELO.

Que hay coyuntura
de entrar aquesta noche en su aposento.

LISARDO.

Admírame de ver tanta blandura.
¿Qué piensas tú hacer y qué es tu intento?

MARCELO.

Entrar, Lisardo, y recibir las prendas
para tener más cierto el casamiento.

LISARDO.

Dete el Cielo favor con lo que emprendas;
pero, Marcelo, verte así casado
no me da gusto, quiero que esto entiendas.
No porque el padre no es en sumo grado
tan noble y rico como ya sabemos
y en sangre y parentesco aventajado,
sino porque es razón que nos casemos
con voluntad de nuestros padres.

MARCELO.

Presto
querrás poner a mi negocio extremos.
Lisardo, no me trates mal en esto,
especialmente si apartarme quieres
de esta gloria y bien tan manifiesto.

LISARDO.

Marcelo amigo, haz lo que quisieres,
ya te lo dije, y es la vez primera,
y no segundaré, pues tanto mueres.

MARCELO.

Haráslo, amigo, así de esa manera,
que en cosas que tocaran a tu gusto
de aquesa misma suerte lo ficiera.

LISARDO.

Digo que lo haré y que es muy justo
que, siendo dos amigos como hermanos,
el uno al otro dé contento y gusto.

MARCELO.

¿No traía el billete ahora en las manos?

LISARDO.

Mira si en la posada le dejaste.
(Basta, que mis intentos salen vanos.
Di, necia Fenis, di si profesaste
poner en este amor inconviniente,
¿por qué aqueste billete no rasgaste?)

---

(1) En el original, "entiende".
(2) Enmendado el "sospecharía", antes "se sospechara"; pero no se borró el "se", con lo cual el verso y el sentido quedaron mal.

MARCELO.

Lisardo, no le hallo, y al presente
sospecho le dejé sobre una mesa.
Espera aquí, que poco estaré ausente.

(*Vase* MARCELO *y queda* LISARDO.)

LISARDO.

Marcelo amigo, si tu bien me pesa
es porque Lucinda triunfa de mi vida (1)
y rabio por quitarte aquesa presa.
Pero, Fenis cruel, si tu venida
fué por quitar a tu Marcelo de ella,
¿qué billete fué aquéste y qué traída?
De celos muero y rabio ya por vella.
Lo que ha de desatar compone y ata;
su infamia busca y gusta de tenella.

(*Sale* FENIS.)

FENIS.

Lisardo, ¿qué se hace, qué se trata?

LISARDO.

¡Por Dios, Fenis, que andáis muy avisada!
¡Muy bien el nuevo amor se desbarata!
Mas débeseos de dar muy poco o nada,
que bien se echa de ver en el cuidado
con que el billete dais y la embajada.

FENIS.

Lisardo, justamente me has culpado
saber por él lo que hay.

LISARDO.

¿No lo supiste?

FENIS.

No, porque, como viste, iba cerrado.

LISARDO.

Sabrás que por tu mal se lo trujiste
y por tu mal malhaya la traída
y aun la hora y momento en que lo diste.

FENIS.

Lisardo, ya me tienes suspendida.
Si sabes lo que hay, dímelo presto,
que remedio tendrás si tengo vida.

LISARDO.

Escribe que a las doce venga al puesto
donde suele hablar y entrará en casa,
y quiere con amor echar el resto.
Mira lo que será si ella se abrasa
como lo pinta en el papel que vía
y él de abrasado ya está hecho brasa.

FENIS.

Extraño amor, extraña fantasía.
Lucinda lo hará, Lisardo amigo;
mas halo de impedir la traza mía;
por la cual a Lucinda yo me obligo
de engañalla esta noche y de traella
a mi aposento, donde esté contigo.
Fingiéndote Marcelo, harás con ella
que, cuando venga a estar desengañada,
tengas en tu poder lo mejor de ella.
Y yo, a esa misma hora señalada,
fingiendo ser Lucinda con Marcelo,
las faltas supliré de la engañada.

LISARDO.

Galana traza es esa. Quiera el Cielo
darnos ayuda para aquese trance.

FENIS.

De ese sólo, Lisardo, me recelo.
Y por qué vaya más fundado el lance,
diréle que a las doce venga al puesto,
por que viniendo tarde no te alcance.

(*Sale* MARCELO *con el papel.*)

MARCELO.

Ya le hallé, Lisardo. ¿Vuelvo presto?—
Justo, ¿qué hay por acá?

FENIS.

Vuelvo a avisarte.
para que no haya algún descuido en esto.
Hasta las doce puedes descuidarte,
porque a las doce en punto mejor hora
para lo que te escribe de su parte.

MARCELO.

¡Oh, Justo amigo! Dile a mi señora
que al punto de las doce seré cierto.

FENIS.

No hay más de qué avisarte por agora,
sino que será cierto su concierto
si tú no haces falta.

MARCELO.

¿Falta, amigo?
No la verás si acaso no soy muerto.

FENIS.

El Cielo quede, mi señor, contigo.

---

(1) Verso largo. También el anterior dice "si de tu".

MARCELO.

Mucho me obliga, Justo, ese cuidado,
y no lo has de perder de mí, te digo.

LISARDO.

Basta, que el esclavillo me ha importado;
en buen hora, Marcelo, le compraste.

MARCELO.

Y en mejor le vendí bien descuidado.

LISARDO.

Vamos de aquí, pues ya el papel hallaste.

(*Vanse, y entra* LUCINDA *sola.*)

LUCINDA.

Di, Lucinda, el honor y el ser honrada
no corresponde al intentado hecho
ni cabe en la nobleza de mi pecho
ser donde hay que pensar determinada.
Buena razón. Más vale poca o nada;
que el pecho que de amor está deshecho,
rompiendo por las leyes del derecho
a su albedrío hace el alma osada.
¿A qué honor, a qué honra o señorío
no has hecho, niño Amor, hacer mudanza
del pecho más honrado y más prudente?
¡Oh, amor gigante; oh, caudaloso río,
que si de madre sales no hay pujanza
que resista el caudal de tu corriente!

(*Entra* FENIS, *sola.*)

FENIS. Muy sin falta, mi señora,
vendrá esta noche Marcelo.
LUCINDA. ¡Oh, mi Justo! Gran consuelo
me ha dado tu vista agora,
porque estaba recelosa
no te hubieses descuidado.
FENIS. No he tenido otro cuidado
porque me va alguna cosa.
LUCINDA. ¿Hate acaso prometido
Marcelo la libertad?
FENIS. Y con gran siguridad
si viene a ser tu marido.
LUCINDA. De mi parte te la ofrezco,
y la mereces muy bien.
FENIS. El Cielo, señora, es quien
sabe si yo la merezco.
LUCINDA. ¿Cómo te parece a ti
que este negocio hagamos?
FENIS. Que a media noche le abramos
y éntre, me parece a mí.
LUCINDA. ¿Atreveráste tú a abrir?
FENIS. Con grande facilidad
habrá esa comodidad,
idos todos a dormir.
LUCINDA. Y para que más nos cuadre,
¿adónde estará a contento?
Ya sabes que a mi aposento
se entra por el de mi padre.
FENIS. Al de Lucindo os iréis,
que hoy duerme fuera de casa.
LUCINDA. Digo que es muy buena traza.
FENIS. Y para que os descuidéis
andaré yo hecho espía
yendo y viniendo a la puerta,
para tenella más cierta
por que salga antes del día.
LUCINDA. ¿Cuándo, di, te pagaré
traza tan bien ordenada?
FENIS. (Cuando te halles burlada
y como yo me hallé.)
LUCINDA. Pues ya se va haciendo hora,
mi Justo, no os descuidéis.
FENIS. En todo, como veréis,
estaré a punto, señora.

(*Vase* LUCINDA *sola.*)

FENIS.

Ya, sol, tu claridad me importuna;
venga la escuridad, la noche venga,
que en ella pienso dar sin falta alguna
a cada amante amor que le convenga.
Cielo, ayúdame, y vos también, fortuna,
por que mi traza fin dichoso tenga,
y no miréis a que a Marcelo engaño,
pues es daño que evita mayor daño.

(*Vase* FENIS, *y suben al terrado* RUFINO *y* JUBERTO.)

JUBERTO. De aquí hemos de atalayar,
Rufino, que está muy bueno.
RUFINO. En efecto, que al sereno
esta noche hemos de estar.
JUBERTO. No hay lugar que mejor halle
para lo que pretendemos,
porque desde aquí podemos
juzgar el patio y la calle.
RUFINO. ¿Quién me trujo a andar a mí
por terrado y por terrada,
jurisdición aplicada
a un gato y a un albañí? (1)

(1) Pronunciación andaluza.

Plega a Dios que no alborotes
algo con este concierto,
con que Rufino y Juberto
lleven docientos azotes.

JUBERTO. Digo que la traza es brava.
Encomendémoslo a Dios.

RUFINO. ¿No parecemos los dos
atalayas de almadraba?
Escucha, Uberto, (1) ¿no ves
hacia el patio un hombre?

JUBERTO. No.
Un pilar sí veo yo.

RUFINO. Es verdad, un pilar es.

JUBERTO. ¿Son las once?

RUFINO. Ya son dadas.

JUBERTO. Mira hacia el corredor:
¿qué es aquéllo?

RUFINO. Pecador,
son dos sábanas colgadas.

JUBERTO. Todo se me antoja ya
que es el viejo que deseo.

RUFINO. ¡Hola, Uberto! (1) Un hombre veo
venir por la calle acá.
¿Veslo?

JUBERTO. Sí, y aun se ha parado
solo y sin compañía alguna;
ayúdale su fortuna.
Será algún enamorado.

(*Entra* LISARDO.)

LISARDO. De una gloria soberana
hoy enriquezco el deseo;
pero ya es hora y no veo
cosa alguna en la ventana.

(*Salen a la ventana* FENIS *y* LUCINDA.)

FENIS. No es tan tarde, mi señora,
ni hase mucho detenido.

LUCINDA. Si es aquél, presto ha venido.

LISARDO. Lucinda y mi gloria, ¿es hora?

RUFINO. (Esta es otra; escucha, Alberto, (2)
que a casa llega a hablar.

JUBERTO. Amores son, no hay dudar. (3)
Otro bajo hay descubierto.)

LISARDO. Ella es, allegar quiero.

FENIS. Señora, aguarda, ¿no ves
a Marcelo?

LUCINDA. Amigo, ¿él es?

FENIS. ¿Ce? ¡Qué digo! Caballero,
¿a quién busca?

LISARDO. A vos, señora.

FENIS. (El es. ¿Qué quieres que hagamos?

LUCINDA. Justo amigo, que le abramos.)

FENIS. Aguarde un poquito agora.

JUBERTO. (¿Oíste?

RUFINO. No pude oír.

JUBERTO. Rufino, tampoco yo;
mas la ventana cerró,
y pienso que le va abrir.)

LISARDO. Fortuna, dame favor,
que si de Lucinda gozo
soy el hombre más dichoso
que ha habido en suertes de amor.

JUBERTO. (¿Que Lucinda tiene amores?
¡Admirado estoy, por cierto!

RUFINO. ¿No ves qué la noche, Huberto,
es capa de pecadores?)

(*Abre* FENIS *la puerta y mete de la mano a* LISARDO *adentro.*)

FENIS. Entre quedo y hable poco,
y eso con mucho cuidado.

JUBERTO. ¿No viste cómo se ha entrado?

RUFINO. Digo que me torno loco.

JUBERTO. Mira la moza si teme,
pues lo mete dentro en casa.

RUFINO. Si el padre, viejo, se abrasa,
¿es mucho que ella se queme?

JUBERTO. Rufino, este es buen amor,
y yo envidia le tuviera.

RUFINO. Mas que no es la vez primera
que entra en casa este señor.
¡Quién se la ve, la doncella,
doncella del colodrillo!
Siempre aquel rostro amarillo
me pareció mal en ella.
Reniega tú de mujer
que se come medio jarro,
que no lo hace por el barro,
sino por dar a entender
que la barriga es bacera, (1)
y con enfermo color
entra a curalla el dotor
y sánala la partera.

JUBERTO. Escucha, que vuelve a abrir
otra vuelta la ventana.

---

(1) Nótese la distinta forma que se da a este nombre, según se aspira o no la H de Huberto.

(2) Así en el original; pero claro es que se trata de Juberto, Huberto o Uberto.

(3) En el original, "andar".

(1) Quiere decir "vasera", porque ceceaba el poeta o el copiante.

(Aparece a la ventana FENIS *vistiéndose de mujer.)*

FENIS. Aquesta ropa galana
me cumple agora vestir;
que puesta, sin duda alguna,
podré, pues que soy mujer,
a Lucinda parecer.
Favoréceme, fortuna,
que si tengo el favor tuyo,
de mi firmeza confío
que he de ganar lo que es mío
y a Lisardo dar lo suyo.
Clavo y ese, no hay lugar
de estar ya en mi poder,
que como os pude poner
os puedo agora quitar.

JUBERTO. (¿Oyes?

RUFINO. Oigo, mas no entiendo.

JUBERTO. Ni yo he podido entender.

RUFINO. Con el galán debe ser
la plática, a lo que entiendo.)

(Entra MARCELO.*)*

MARCELO. Con qué gusto un amador
a un peligro se abalanza,
y más cuando su esperanza
le promete algún favor.
Amor ha hecho atreverme
a lo que Lucinda ordena;
si me pierdo, suerte es buena
en tal ocasión perderme.

JUBERTO. (Mira, otro enamorado.

RUFINO. Veamos adónde va.
Por Dios, Alberto, que está
todo el barrio enficionado.)

FENIS. (Sin duda es este Marcelo.
Cumpliendo voy mi deseo.)

MARCELO. (Parece que un bulto veo,
y parece que es mi cielo.)

RUFINO. (A la ventana ha llegado.
No hay casa para dos.)

MARCELO. Ah, mi Lucinda, ¿sois vos?

FENIS. Sí, y esperando os he estado.
Entrá, que ya bajo allá.

MARCELO. Espero que me aviséis.

FENIS. Entrá, señor, bien podéis,
que la puerta abierta está.

(Entrase dentro.)

JUBERTO. Entrado se ha.

RUFINO. ¡Santo Dios!
La que más que un galán cobra
a fe que ha cortado obra
donde cosen más que dos.

JUBERTO. Digo que no hay que fiar.

RUFINO. De día atrancar la puerta
y a media noche está abierta
como escuela de danzar.

JUBERTO. Su honra de hoy más no alabo.

RUFINO. Ahora no puedo creer
que entran por esta mujer,
sino que el viejo y su esclavo
meten esta camarada,
y han dado a Bercebú.

JUBERTO. ¿No oíste a Lucinda tú?
Tu sospecha no me agrada;
que está con tal aparejo
no es mucho que haga esto.

RUFINO. Para echar agora el resto,
fuera bien salir el viejo.

JUBERTO. ¿Cómo el viejo? Espera un poco.
¿Veslo? Viene. ¿No lo ves?
¡Mal empleada vejez!

RUFINO. ¡Viejo torpe, viejo loco!

JUBERTO. Por el portal se metió.

RUFINO. Al esclavo va derecho.

JUBERTO. Ya no me sosiega el pecho.
Vamos al punto tú y yo
a la justicia a llamar.

RUFINO. Y cuando preso se lleve,
por seis reales que me debe
le tengo hacer embargar.

(Vanse, y sale FENIS *cubierto el rostro, y* MARCELO, *solos.)*

MARCELO. No es razón que esté encubierto,
Lucinda, ese rostro hermoso
al que ha sido tan dichoso
que le hayáis la puerta abierto.
Descubrí, no deis en eso,
que yo conozco, creed,
que me hacéis mucha merced,
pero es grande el contrapeso.
Sospecho que estáis corrida
de haberme subido a tanto,
y que aquesto os tenga a canto
de estar de ello arrepentida.
Mas yerro en sospechar
que la que tan bien entiende
lo que Marcelo pretende
puede arrepentida estar.
Descubrí, Lucinda mía,
no me mate este deseo,
que si yo ese rostro veo
no echaré menos el día.

FENIS. Veslo aquí, falso, cruel;

ese es quien te abrió la puerta;
tu fe viva y tu fe muerta
verás contemplando en él.
Aquí verás quien tú eres,
cruel Marcelo, y quien yo he sido;
veráste en él fementido
y a mí ejemplo de mujeres.
Mira si por ti imitó
Fenis el fénix del cielo,
pues con tus llamas, Marcelo,
el ser de mujer perdió.
Más le valiera morir
si agora por te querer
cual fénix vuelve a su ser,
pero no para vivir.
¿Para aquesto te partiste?
¿Para aquesto me engañaste?
¿El seguro es que dejaste?
Él te dé la fe que diste.
Amas a Lucinda, en fin;
casar con ella deseas,
y antes que el fin de eso veas
verás, Marcelo, mi fin.
¿Pues con haberme burlado
pagas lo que te he querido?
¿Para aquesto te he tenido
en el alma retratado?
Mas de ese villano trato
me vengará mi pasión
con sacarme el corazón
por no tener tu retrato.
Verte has vengado de mí
por la burla que te hago,
y yo llevo el justo pago
que por amar merecí.

MARCELO. Tente, Fenis, no permitas
con tu muerte mi deshonra.

FENIS. Si no me vuelves la honra,
¿por qué la muerte me evitas?

MARCELO. Si el yerro que cometí
quiere en eso castigarme
para delante quitarme
el bien que no merecí,
por lo que hubo entre los dos
ruego, si piedad tenéis,
que con esa me acabéis
antes que os ofenda a vos.
Porque recia cosa es,
mi gloria, si habéis mirado
que por salvar al culpado
se dé la muerte el jüez.
Yo confieso que os amé
y confieso que me amasteis,
y que el honor arriesgasteis
por sustentarme la fe.
Pero ciego de afición
por Lucinda vine acá.
No fué razón; mas mirá
que amor no guarda razón.
Hacé perdón general
si esto os disculpa, o si no
páguelo, mi Fenis, yo,
pues que hice todo el mal.

FENIS. Pues quiso, Marcelo, Dios
que hubiese en vos tal disculpa,
yo os perdonaré esta culpa
con que vos perdonéis dos:
una, este atrevimiento
que por amor te he tenido;
otra es que tercera he sido
hoy en cierto casamiento,
donde Lucinda y Lisardo
de hoy más para en uno son.

MARCELO. ¡Oh, terrible confusión!
¿Por qué modo?

FENIS. Por gallardo.

(*Entra* LUCINDA *y* LISARDO.)

LUCINDA. Suelta, engañador.

LISARDO. Agora
no es razón que os esquivéis.

LUCINDA. Suelta, tirano.

LISARDO. No huiréis,
y os satisfaréis, señora.

FENIS. Si piensas que estoy burlando,
veslos allí.

MARCELO. ¡Caso extraño!

FENIS. Quiero llegar, que el engaño
es causa que estén bregando.

LUCINDA. Si no os vais, señor, de aquí
daré gritos a mi gente.

FENIS. Pues sois, Lucinda, prudente,
sosegaos y oídme a mí.
Yo soy vuestro esclavo Justo
y agora vuelvo a mi ser;
soy de Marcelo mujer,
y éste vuestro esposo al gusto.
Gusta de casar con él,
que os prometo, por el Cielo,
que os ama más que Marcelo
y hay prendas y sangre en él.

LUCINDA. ¡Santo Dios! ¿Que mujer eres?—
Marcelo, ¿es aquesto así?

MARCELO. No puedo negar que sí.

LUCINDA. ¡Ah, confianza de mujeres!

(*Entra* LUCINDO *y* LUCIAUO.)

LUCINDO.

Por que entiendas, señor, que estoy casado
con la que digo y la que tú pretendes,
agora la verás en mi aposento.

LUCIANO.

¡Oh, Lucindo traidor! ¿Qué gente es ésta
que me has metido dentro de mi casa?

LUCINDO.

O son ladrones que entran a robarnos,
o gente que ha venido al desposorio.

(*Entra el* GOBERNADOR, RUFINO *y* JUBERTO.)

Pero escucha, señor, ¿qué gente es ésta?

LUCIANO.

¿Qué es esto, Cielo? ¿Esto hay en mi casa?
Señor Gobernador, ¿qué es lo que busca?

GOBERNADOR.

A vuestra merced busco.—Asilde luego.

LUCIANO.

¿Por qué razón? ¿He hecho algún delito?

GOBERNADOR.

Y harto torpe, que me ha puesto espanto.
¿Qué es de un esclavo que tenéis en casa?

LUCIANO.

Señor Gobernador, si pende de eso,
yo diré la verdad, que de ella costa
que yo no tengo culpa en el negocio.

RUFINO.

(El quiere confesar sin que le apremien.)

LUCIANO.

Yo la compré, pensando que era esclavo,
de un cierto forastero que aquí vino,
y en esa posesión ha estado en casa;
y agora me parece que Lucindo,
conociendo ser Fenis, está a punto
de casarse con ella y la demanda.

GOBERNADOR.

¿Cómo es eso de Fenis?

LUCIANO.

Fenis, tu hija,
que en hábito de esclavo está en mi casa
y a pique de casarse con mi hijo.

MARCELO.

Dice, señor, verdad. Fenis es ésta
y yo el que le causé hacerse esclavo.
Marcelo soy y hijo de Marcelo,
que tú conoces, natural de Génova;
no te disgustes de que sea mi esposa,
pues sabes bien las partes de mi padre.

GOBERNADOR.

¡Oh, caso extraño! ¡Oh, caso milagroso!
Siendo eso ansí, yo gusto que lo sea.—
Y, Luciano, a vos yo os doy por libre,
aunque fué la prisión por otro indicio.

LUCINDO.

(Pensé burlalla y quédome burlado.)

MARCELO.

Demás de esto, señor, pasa otra cosa:
que Fenis, por pagar el tratamiento
tan bueno que Lucindo y él le han hecho,
ha casado a Lucinda con Lisardo,
que no es menos que yo en caudal y sangre.
Suplícote que con su padre acabes
que lo tenga por bien.

GOBERNADOR.

Yo lo suplico,
que le conozco bien, y es casamiento
que a entrambas partes puede estar a cuento.

LUCIANO.

Que yo lo aceto, pues lo quiso el Cielo.

JUBERTO.

(Llega, Rufino, y pide que nos paguen,
pues por nosotros esto ha sucedido.

RUFINO.

Con cien azotes para entrambos basta.)

GOBERNADOR.

Lo que ha pasado téngase en secreto,
y, celebradas las dichosas bodas,
da con aquesto fin nuestra comedia.

FINIS

LOS ESCLAVOS LIBRES

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

DON JUAN ANTONIO DE VERA Y ZÚÑIGA

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO,
COMENDADOR DE SIERRABRAVA

"La fábula de Tisbe y Píramo me envió con una carta el excelentísimo señor Duque de Sesa, escrita del ingenio de V. merced, con tan elegantes versos y figuras poéticas, que cuando no hubiera conocido por otras obras la hermosura, variedad y fertilidad de su entendimiento, por esta sola le conociera y estimara por único. No he querido comunicarla a los de esta profesión, porque hallo pocos que digan lo que sienten o que sientan lo que dicen, y entrambas cosas desobligan de una misma suerte. No se entiende por los primeros lo que dijo el filósofo: *Ea quae sunt in voce, sunt notae earum passionum, quae sunt in anima.* Y por los segundos dijo Platón que a los que no saben qué alaban o qué vituperan: *Non est adhibenda fides.* Para mí basta haberla leído a los que, como yo, juzgan sin envidia, aunque con mayores letras y entendimientos. No viene mal al arrogante juicio de la ignorancia lo que dijo Cicerón de Demócrito, que, estando ciego, no distinguía lo blanco de lo negro: *At vero bona, mala, aequa, iniquia, honesta, turpia, utilia, inutilia, magna, parva poterat,* y que sin la variedad de los colores podía vivir bienaventuradamente; pero que sin el conocimiento de las cosas era imposible. Espero los discursos del libro que V. m. llama *El Embajador,* materia no emprendida de ingenio en ninguna de las lenguas clásicas, a lo menos que haya llegado a mis ojos, y digno sujeto del claro conocimiento que V. m. tiene, para darle de iguales dificultades y empresas, consejo que dieron siempre los que saben: porque si *ex nihilo, nihil sit,* no es justo que se humille ningún Homero a pintar *Batraecomiomachias,* mientras no hubiere escrito *Ilyadas,* que cuando Virgilio compuso el *Moreto,* y describía a Cybale, *Afra genus, tota patriam testante figura,* ya tenía dada a luz la *Geórgica* y comunicada mucha parte de la *Eneyda.* Con estas prevenciones, creerá V. m. que quiero ofrecerle alguna cosa digna de su gentil espíritu, y es sólo una comedia intitulada *Los Esclavos libres.* Esta, aunque lo parezca en todo, pide a V. m. sombra, si al Sol puede pedírsele; pero como él la causa por medio de los cuerpos opuestos, así V. m. se la podrá dar, sirviéndole de eclipse mi rudeza, porque yo no pido a V. m. que dé luz en mi escuridad, sino que ampare en mi defecto, para decir con Euripides: *Jupiter mihi auxiliator, non metuo.*—Capellán de V. m., LOPE DE VEGA CARPIO."

LAS FIGURAS QUE HABLAN:

ARBOLÁN.	SULTÁN.
LUCINDA.	DON FRANCISCO DE ALVARADO.
El CAPITÁN LUJÁN.	JULIO.
El ALFÉREZ LEONARDO.	*El* CONDE FABRICIO.
AVENDAÑO.	CELIA.
CARPIO.	ROSALES.
DUEÑAS.	ZÁRATE.
GÓMEZ.	SALINAS.
ENRIQUE.	PEREDO.
SOLDADOS.	SALDAÑA.
MANFREDO.	CÉSAR.
RICARDO.	*Un* MARINERO.
El DUQUE DE OSUNA.	CÓMITRE.
ZULEMA, *moro aljamiado.*	*Tres* MOROS.
BELAIDA.	CRIADOS MOROS.
ZARTE.	ALABARDEROS.
AMIR.	*Tres o cuatro* PAJES.
MENDOZA, *cautivo.*	

Representóla Granados.

ACTO PRIMERO

(*Salen* ARBOLÁN, *moro, y* LUCINDA, *cautiva, en los brazos.*)

LUCINDA. ¡Ay, de mí! ¡Suéltame, moro; suelta! (1)

ARBOLÁN. ¿Cómo, si te adoro, cristiana, te he de dejar?

---

(1) En el texto, "suéltame", que alarga el verso.

Cuando hay tormenta en la mar
suele arrojarse el tesoro;
(*Póngala en el teatro.*)
pero yo, que sin tenella
gozo de esta bella Europa
más que la robada bella,
¿cómo, con el viento en popa,
quieres que te arroje en ella?

LUCINDA. ¡Ay, mi padre!

ARBOLÁN. Deja agora
de lamentarte, señora.

LUCINDA. ¿Cómo puedo en dolor tanto?

ARBOLÁN. Mira que es el mismo llanto
de las perlas del aurora;
que esas lágrimas no hay verlas
sin ir el alma a cogerlas.
Deja, señora, el llorar;
mira que creciendo el mar
sale a recibir sus perlas.

LUCINDA. ¡Antes pienso que darán
veneno a sus peces luego!
¿Cuál es tu nombre?

ARBOLÁN. Arbolán.
Ya por uno y otro fuego
toca al arma Perpiñán.
¡Ah, moros, llegad la barca!

(*Salen tres* MOROS *del mar.*)

LUCINDA. ¡Triste de mí!

ARBOLÁN. Aquí te embarca:
verás mi patria, Biserta.

LUCINDA. Tu ganancia está más cierta
en la fuerza de Tabarca.
¡Llévame, Arbolán, allí!

ARBOLÁN. Todo el oriental tesoro
no es ganancia para mí,
que dar el sol por el oro
es darte por precio a ti.
Si tú le puedes criar,
¿qué más tesoro?—¡Alto, esclavos!
Haced los ferros zarpar;
largad remos, coged cabos,
tended lienzo, herid el mar,
tocad trompetas y cajas.

MORO. No está el viento muy seguro
para bogar con ventajas.

ARBOLÁN. Llevando yo sol tan puro,
haga los mástiles rajas.

LUCINDA. ¡Ay, esposo!

ARBOLÁN. ¿Qué dijiste?

MORO. (Debe de ser desposada.)

ARBOLÁN. No vayas, cristiana, triste,
pues vas a ser regalada
y a ser esclava saliste.—
¡Cómitre, esclavos infames,
desplegad esos velames,
que yo espero que mi frente
de esas hebras, sol de Oriente,
más que de laurel enrames!

LUCINDA. Mas el mar atemoriza.

ARBOLÁN. Antes parece que el mar
tu venida soleniza.

LUCINDA. ¡Lágrimas me han de anegar!
(CÓMITRE, *dentro:*)

CÓMITRE. ¡Iza, canalla!

TODOS. ¡Iza, iza!

(*Suene el pito y la embarcación, y salga el* CAPITÁN *y tres soldados,* AVENDAÑO, CARPIO, DUEÑAS.)

CAPITÁN.

Perderé de pesar la vida. ¡Ah, cielos,
mi propia hija!

CARPIO.

Gran descuido ha sido.

CAPITÁN.

¡Qué terribles cuidados y desvelos
para el ajeno bien siempre he tenido!

DUEÑAS.

No suele más cruel toro con celos
herir los bosques con feroz bramido
que orilla el mar su desdichado esposo.

CAPITÁN.

Más pierdo yo.

AVENDAÑO.

¡Suceso lastimoso!

CAPITÁN.

¡Plega a los cielos, bárbaro arrogante,
que se alce el mar hasta su manto mismo,
y que desde las nubes al instante
bajes a las arenas de su abismo;
que el esclavo más vil se te levante
de todo aquel rendido cristianismo
que por los bancos de tus bordes atas,
con todas tus galeras y fragatas!

¡El espalder te mate, o vuelva a España,
donde, sirviendo un avariento dueño,
tenga el quitarte por gloriosa hazaña,
de día, el sustento, y por la noche, el sueño!
¡Veas en peñas de una playa extraña,
de la gavia a la quilla, abierto el leño
en que agora... Mas ¿cómo te maldigo,
cuando todo mi bien llevas contigo?

(*Salen dos soldados,* GÓMEZ *y* ENRIQUE, *con* ZULEMA, *moro aljamiado.*)

GÓMEZ.

No hemos tenido poca dicha en esto.

ENRIQUE.

¡Pasa, perro, adelante!

ZULEMA.

¡Estar, soldado,
más ben en lo que hacemos!

CAPITÁN.

¿Qué es aquesto?

GÓMEZ.

Sólo este moro habemos cautivado,
que, sin mudarse un punto de aquel puesto
donde el miedo le dejó turbado,
allí, sin mover paso, se detuvo,
hasta que herido y sin aliento estuvo.

CAPITÁN.

Pequeño es el consuelo en tanta pena;
mas no es pequeño, por saber del moro.
Tomad, Gómez y Enrique, esta cadena.

GÓMEZ.

Pierdes y das.

CAPITÁN.

Perdí el mayor tesoro.
¡Moro cruel, que de un penol de entena
cuelgue ese cuello!

ZULEMA.

Hablalde con decoro,
que estar noble si estarlo vos, cristiano.

CAPITÁN.

¿Quién es el moro de mi bien tirano?
¿Qué nombre tiene, dónde y cómo vive?

ZULEMA.

Sinior, estar algayo de Biserta;
ser bariente del Rey, aliá le esgribe,
e con rescate la tenemos certa.

CAPITÁN.

¿Y qué nombre?

ZULEMA.

Arbolán liamar.

CAPITÁN.

Ya vive
con esperanza mi esperanza incierta.
¿Querrála dar por ti?

ZULEMA.

Por un soldado,
con el dolor estar de vos torbado.
¿Un hija que de vos tener cautiva
trocar por me? ¡Bon conto le tenemos!
Plegadle a Dios, senior, que oro reciba,
que estar hermosa, en mucho le queremos.

CAPITÁN.

¿Cómo consiento que este perro viva,
llevando en alta mar velas y remos
de otro como él a mi Lucinda bella,
pues no puede servir en cambio de ella?
Atalde a ese árbol, y aunque en ello tomo
corta venganza de mis claras luces,
sembralde el pecho del ardiente plomo
que despidan los fuertes arcabuces.

(*Vase el* CAPITÁN.)

ZULEMA.

¡Ah, sionor Gabatán! Mataldе, ¿cómo
estar razón?

AVENDAÑO.

Cuando los brazos cruces
y te vuelvas cristiano, aún no se excusa.

ZULEMA.

¿Esto estar bona guerra, esto se usa?
(*Atenle.*)

CARPIO.

¿Buena guerra, villano, con ladrones?
¡Piratas sois vosotros, no soldados!

ZULEMA.

En fin, ¿morer tenemos?

CARPIO.

¿Qué te pones?

ZULEMA.

Dejar decer Mahoma dos razones.
(*Pónganle los arcabuces alrededor, apuntándole.*)

AVENDAÑO.

Di presto.

ZULEMA.

Los tesoros enterrados,
Mahoma, amego, en esta playa...

GÓMEZ.

Presto.

ZULEMA.

Guardalde un poquito.

DUEÑAS.

Escuchad esto.

ZULEMA.

No permitas, senior, que allí quedarse
berdidos en la arena de cristianos;
revela donde estar, para sacarse,
aliá en Biserta, a mi mojer y hermanos,
que ben podrán vener, e si ocultarse
entre estas beñas, henchir bien las manos
de tanta blata y oro como queda:
esto perder, Soliema me conceda.
Matalde agora.

CARPIO.

(Tente, no tiremos.
¿Habéis oído lo que dice el moro?

DUEÑAS.

¡Quedito, vive el Cielo, que tenemos
notable cantidad de plata y oro!
Que le hemos muerto, al Capitán diremos,
y podremos mostrar este tesoro.

ENRIQUE.

A Mahoma pidió que a sus hermanos
lo revelase.)

ZULEMA.

¿No tiriar, cristianos?

AVENDAÑO.

Ya no tiramos; antes, moro amigo,
queremos darte vida.

ZULEMA.

¿De qué suerte?

AVENDAÑO.

¿Qué tesoro es aquése?

ZULEMA.

El que yo digo
estar para mi padre. ¡Dadme muerte!

ENRIQUE.

Si queremos usar piedad contigo
y reservarte de este trance fuerte,
¿no ves que es disparate, pobre moro,
dejar entre la arena ese tesoro,
que Mahoma no sabe lo que pides,
ni entiende ya ni siente lo que hablas?
Si este partido a tu peligro mides,
harto mejor tu salvación entablas.

ZULEMA.

No lo poder hacer. Mera que impides,
crestiano, el bon intento.

AVENDAÑO.

Entre dos tablas
se halló otra vez, como éste, otro tesoro
que a su mujer dejó enterrado un moro,
y habían ya pasado sesenta años,
¡y mira que es risa aquesto de Mahoma!

ZULEMA.

(¡Oh, cómo engañar bien estos pecaños,
que no puede el beber a quien no doma!)
¿Cómo, en fin, han de gozar hombres extraños
tanto oro e blata?

ENRIQUE.

El camino toma
y dinos dónde está.

ZULEMA.

Seguidme.

GÓMEZ.

Vamos.

CARPIO.

¿No dejaste señal?

ZULEMA.

Sí.

AVENDAÑO.

¿Qué?

ZULEMA.

Unos ramos.

(Vanse, y sale LEONARDO, *alférez, con su rodela y espada.)*

LEONARDO. Si me pudiera vengar,
atrevido mar, contigo,
vieras mi enojo y pesar.
Eres agua, en fin, ¡oh, mar!,
siempre del fuego enemigo.
Amor es fuego, en efeto;
tú, de elemento contrario,
quieres tenerle sujeto,
siempre cruel, siempre vario,
alterado y inquieto.
¿Qué amante en ti se fió
que no anegases su llama?
¿Quién socorro te pidió
para llegar a su llama (1)
que no tuviese el que yo?
¡Oh, villano, donde para
toda la soberbia y guerra,
pues si Dios no te enfrenara,

(1) Parece errata. Quizá deba leerse "dama".

apenas hubiera tierra
adonde el hombre habitara!
¡Oh mar, de traiciones lleno,
en tempestades ayer
y hoy como el Cielo sereno,
gran bestia debes de ser,
pues que Dios te puso freno!
¿Cómo le diste favor
a un bárbaro entre estas calas,
pues con tan poco temor,
haciendo sus lienzos alas,
rompió las alas de Amor?
Mi esposa, que ayer venía
de Castilla a Perpiñán,
donde su padre vivía,
conocido Capitán
de Francia y de Berbería,
para casarse conmigo,
que soy su alférez y amigo,
cautiva lleva por ti
un moro, a quien desde aquí
con el pensamiento sigo.
No fueran piedras y losas
los cristales de tus salas,
o las alas poderosas
de Amor, pues le pintan alas,
por tus ondas espumosas.
Mar, ¿qué es esto? ¿En qué te em-
contra Amor un Alejandro [pleas
en todo lo que deseas,
que ya anegas a Leandro
o ya te llevas a Eneas?
¡Dame mi prenda querida,
fiero mar!

(*Salen* ZULEMA *y los* SOLDADOS *con azadas.*)

AVENDAÑO. Parece, moro,
que hasta el hablar se te olvida.
¿Dónde está aqueste tesoro?
¿Qué es de la plata escondida?
Que nos has hecho cavar
en uno y otro lugar
desde que el alba salió.
ZULEMA. Aquí le haber posto yo,
y creciendo el mar, llevar.
CARPIO. ¿Cómo llevar? ¡Diga el perro
dónde está el oro escondido
o trocarésele en hierro!
ZULEMA. Un día de logar pido
para pensar.
GÓMEZ. ¡De ésta cierro!
ENRIQUE. Aguarda, que él lo dirá.
ZULEMA. Me soy flaco de memoria;
algo de comer me da
e yo decer. ¿Qué vitoria
matarme?
GÓMEZ. Di dónde está.
CARPIO. Aquí traigo en el zurrón
con que corremos la mar
en semejante ocasión,
lo que le podremos dar.
ZULEMA. ¿Qué traer?
CARPIO. Vino y jamón.
ZULEMA. Jamón ¿qué ser?
CARPIO. De la pierna
del tocino.
ZULEMA. ¿Del tocino?
ENRIQUE. ¿No lo comerá?
ZULEMA. ¿Estar terna?
CARPIO. Como un agua.
ZULEMA. ¿E ser el vino
bono?
CARPIO. Es de rica taberna.
ZULEMA. Darme: probamos jamón.
CARPIO. Pues tu ley, ¿no lo prohibe?
(*Danle que coma.*)
ZULEMA. Caliar con la maldición
en cuanto en ella se esgribe.
Nonca he oído tal razón:
jamón, no; tocino, sí.
AVENDAÑO. Buen moro, come.
ZULEMA. ¡Estar bono!
E el vino, ¿estar por ahí?
(*Danle la bota.*)
ENRIQUE. Vino pide.
GÓMEZ. Yo le abono.
ZULEMA. ¿No tener botilia?
CARPIO. Sí.
ZULEMA. Pues probamos un gotilia.
CARPIO. Toma y di de este tesoro.
(*Bebe.*)
ZULEMA. ¿Empinamos el botilia?
CARPIO. ¡Ala, ela! ¿Es para hoy, moro?
ZULEMA. ¡Qué bon terra estar Sevilia!
DUEÑAS. (Quedo, que está allí Leonardo.
AVENDAÑO. ¿Quién?
DUEÑAS. El alférez.
ENRIQUE. ¿Qué importa?
LEONARDO. ¿Qué es esto?
CARPIO. ¡Oh, Alférez gallardo!
LEONARDO. ¡Qué bien los cristales corta
del mar, con el bien que aguardo
a gozar en la otra vida,
soldados, el fiero moro!

ENRIQUE. Este es de ellos.
ZULEMA. ¿Hay quen pida
tesoro con el tesoro
de esta cordial bebida?
¡Valerme Alá!
LEONARDO. ¿Qué hace aquí,
que mil muertes no le dais?
DUEÑAS. Tenémosle agora ansí
por cierta cosa.
LEONARDO. ¿Buscáis
más gente escondida?
GÓMEZ. Sí,
que éste la sabe muy bien.
ZULEMA. ¡Ah, senior! ¿Quén estar vos?
LEONARDO. Alférez soy.
ZULEMA. Yo tambén.
Andar al guerra los dos;
mas no saber contra quén.
LEONARDO. ¿Qué tiene?
DUEÑAS. Vino ha bebido;
y, para verdad hablar,
le habemos aquí traído
porque en aqueste lugar
tiene un tesoro escondido.
Pidió, por la gran flaqueza,
de comer y de beber.
LEONARDO. ¿Comió?
CARPIO. Poco; agora empieza.
LEONARDO. El vino debe de haber
hecho asiento en la cabeza.
Si os había de mostrar,
soldados, ese lugar,
¿para qué le disteis vino?
ZULEMA. ¿Por dónde estar el gamino?
GÓMEZ. Pues ¿dónde vas?
ZULEMA. A embarcar.
¿No sentir salva que hacer?
AVENDAÑO. Mejor es ir a dormir.
ZULEMA. ¿Estar toya aquel mojer?
El deseo de vivir
moro enseñar a beber.
ENRIQUE. Duerma el moro el disparate
que hicimos en darle vino,
y después de esto se trate.
LEONARDO. Di, moro; ese arráez que vino
¿querrá por ella rescate?
ZULEMA. Sí, senior; enviar a mí.
LEONARDO. No maltratéis este moro.
Decid que yo os le pedí
al Capitán.
DUEÑAS. ¿Y el tesoro?
ZULEMA. El tesoro estar aquí.
ENRIQUE. ¿Dónde?
ZULEMA. Aquí.
GÓMEZ. Señala, pues.
ZULEMA. Dalde otra vez el botilia.
CARPIO. Vesla aquí.
LEONARDO. No se la des.
ZULEMA. Por amor de mí, un gotilia.
LEONARDO. Allá beberás después.
Vamos, que con este moro
tengo de hallar mi tesoro.
ENRIQUE. Regalémosle hasta tanto
diga de él.
ZULEMA. Tanto cuanto
no poder errar el oro.

(Vanse, y salen ARBOLÁN *y* LUCINDA.)

ARBOLÁN. Permite ya que se atajen
tantas penas; no permitas
que al infierno de amor bajen.
Haré en tu nombre mezquitas
y pondré en ellas tu imagen;
cubriré de perlas y oro
tu altar, Lucinda, y al moro
de nuestro Alcorán y seta
haré dejar su profeta
por el ídolo que adoro.
Cubrirán telas de Italia
tu cuerpo; arderá en tu honor
ámbar, que afina el algalia,
con cuantas hierbas de amor
tiene el monte de Tesalia.
Verán mis rojos faroles
el catalán y andaluz;
traeré esclavos españoles
que estén sirviendo la luz
de tus eclipsados soles.
Verá Valencia en sus playas
mis remos y gallardetes
en sus márgenes y rayas,
aunque salgan sus jinetes
y griten sus atalayas.
Y si te quieres volver
mora, te tendré a ti sola
por mi querida mujer
a la costumbre española
y al cristiano proceder.
¿Qué estás suspensa? ¿Qué miras?
¿Por qué, mi bien, te retiras
de mí con tanto desdén?
Si tienes aqueste bien,
dime por qué bien suspiras.
Ese a quien dabas tus manos,

¿qué gracias o qué tesoros [nos?
tiene? ¿Qué amigos? ¿Qué herma-
¿No somos hombres los moros
como lo son los cristianos?
Pon mis intentos en obra;
porque si tu amor no cobra
fuerza en ocasión tan alta,
o entendimiento te falta
o a mí desdicha me sobra.

LUCINDA. ¿Qué te cansas, Arbolán,
si sabes que mis desdenes
siempre aumentándose van,
o cómo esperanzas tienes
que piadoso fin tendrán?
Deja pretensiones vanas.
Pues tienes cuatro mujeres,
bellas turcas [y] africanas,
¿por qué darlas celos quieres
con las cautivas cristianas?
¿Qué tiene, moro, que ver
el haberme cautivado
con hacerme tu mujer?
Mira que es diverso estado
del que merezco tener.
Ponme vestidos serviles;
ponme en los oficios bajos
y de tu casa más viles,
por que con estos trabajos
me deshagas y aniquiles;
parezca yo tu cautiva,
que es a lo que vengo aquí.
¿Cómo quieres que reciba
contento de verme ansí
mientras sin mis padres viva?
Antes, si te doy contento
y deseas procurarme
algún bien, es buen intento
darme trabajos y darme
eterna pena y tormento;
que si el servir a las damas
sólo es procurar su gusto
en sus gustos o en sus famas,
en que tú me des disgusto
veré yo lo que me amas.

ARBOLÁN. ¿Ha hecho Alá alguna fiera
tan dura que pedir quiera
trabajos a quien la adora?
Pero yo quiero, señora,
servirte de esa manera.
Y pues no hay trabajo alguno
como amarle al que aborrece
y serle siempre importuno,
yo te amaré, pues que crece
mi amor sin premio ninguno
Pues no hay trabajo mayor,
sufre, señora, mi amor.
Yo te amaré, te veré,
te serviré y te hablaré,
y en ti crecerá el rigor.
No tienes que responderme,
que, pues trabajos me pides,
¿qué mayor que no quererme
y amarte yo, si los mides,
con aborrecerme y verme?

LUCINDA. Arbolán, tampoco quiero
que me quieras ni me veas
si ofender con eso espero,
en darte lo que deseas,
el ausente por quien muero;
que, en fin, si te doy placer
con dejarte amar y ver
lo que deseas y amas,
algún pensamiento infamas
de mi honesto proceder.
Y, al fin, un siempre escuchar
"yo te quiero" a los oídos,
suele un no sé qué engendrar,
que a los más endurecidos
tal vez los obliga a amar.
Allá estaré yo mejor
con tus cautivas bruñendo
en una y otra labor,
que no viéndote y oyendo
transformaciones de amor.
Pregunté a una dama hermosa
qué era aquello que engendrar
puede más fuerza amorosa,
y dijo: "Ver y tratar
muchas veces una cosa."
Pues yo no te quiero ver,
si del verte muchas veces
puede algún amor nacer.

ARBOLÁN. Mil ocasiones me ofreces
que fuerzan a aborrecer;
y pues por tantos caminos
impides el de mi amor,
hoy verás los desatinos
que nacen de un disfavor
contra tus ojos divinos.—
¿Zarte? ¿Amir?

(*Salen* ZARTE *y* CRIADOS *moros.*)

ZARTE. ¿Señor?

ARBOLÁN. Traed

un alquicel de cautiva,
y a esta esclava le poned.

LUCINDA. ¿Es posible que reciba
de tu mano tal merced?
¿Es posible que has mudado,
Arbolán, de pensamiento?
¿Es posible que me has dado
este primero contento
y este postrero cuidado?

(*Traigan ropas y quítenle las suyas* AMIR *y* ZARTE.)

ZARTE. Desnuda, acaba.

LUCINDA. Sí haré.

AMIR. Esto ganas por ingrata.

ARBOLÁN. Ansí es bien, Amir, que esté
una mujer que me mata
por su amor y por su fe.

LUCINDA. De regocijo estoy loca.

ZARTE. ¿A tal gusto te provoca
el verte de esta manera?

LUCINDA. Grande, pues le arroja fuera
el corazón por la boca.

(*Sale* BELAIDA, *mora.*)

BELAIDA. ¿Qué es esto, señor, que hacéis
con la cristiana cautiva?

ARBOLÁN. Ya, mi señora, lo veis.
Quiero que sirva y que viva
en lo que vos la ocupéis.
Mude, que es razón, de traje,
por que el arrogancia baje
a la tierra de esos pies,
que allá contará después
noblezas de su linaje.
Pedíale que os sirviera,
y con mucha autoridad
se mostró rebelde y fiera.

BELAIDA. Yo haré que tenga humildad
o que en el castigo muera.—
Perras cristianas, villanas,
allá pobres y aquí reinas;
locas, arrogantes, vanas.

ARBOLÁN. Donde tú, señora, reinas,
laurel de las africanas,
¿quién no ha de tener por llano
que eres en grandeza sola?
(¡Ay, dulce desdén cristiano!)
(*Aparte.*)

BELAIDA. ¿De dónde eres?

LUCINDA. Española.

BELAIDA. No era el arrogancia en vano.
¿De qué parte?

LUCINDA. De Castilla.

BELAIDA. ¿De qué lugar?

LUCINDA. De Espinosa
de los Monteros.

BELAIDA. Es villa,
por sus hidalgos, famosa.

ARBOLÁN. (Su hermosura maravilla.) (*Aparte.*)

BELAIDA. ¿Tienes padre?

LUCINDA. Un Capitán.

BELAIDA. ¿De qué apellido?

LUCINDA. Luján. (1)

BELAIDA. ¿Adónde la espada empuña?

LUCINDA. Sirve al Rey en Cataluña.

BELAIDA. ¿En qué lugar?

LUCINDA. Perpiñán.

BELAIDA. ¿Y tú cautivaste allí?

LUCINDA. Sí, señora.

BELAIDA. ¿De qué suerte?

LUCINDA. Ibame a casar...

BELAIDA. Ansí...

LUCINDA. Y hallé primero la muerte.

BELAIDA. ¿Es muerte servirme a mí?

LUCINDA. Vida fuera haber gozado
mi dulce padre y esposo.

BELAIDA. ¿Cómo fué tan descuidado?

LUCINDA. Porque nunca fué dichoso
quien ha de ser desdichado.
Salí a un jardín junto al mar,
donde, Arbolán, escondido,
me pudo ver y robar.

BELAIDA. ¿Y sólo esta presa ha sido
la que te obligó a tornar?

ARBOLÁN. Y si ésta por muchas vale,
¿no es bien que a muchas se iguale?

BELAIDA. ¿Cómo?

ARBOLÁN. En precio.

BELAIDA. ¿No perdiste
nada?

ARBOLÁN. ¿Ayer no lo supiste?

BELAIDA. Sé que muy cara te sale.

ARBOLÁN. ¿Por qué?

BELAIDA. Por la mucha costa
de un viaje, y de Zulema,
que allá dejaste.

ARBOLÁN. Era posta
de nuestra fuerza, y se extrema
siempre en ser diestro en la costa.

---

(1) Lucinda era el nombre poético que daba Lope a Micaela de Luján, y ese mismo apellido le da en esta comedia. La alusión parece evidente y sirve para datar aproximadamente la comedia.

¿Qué mucho si le perdí?
Llévate allá la cautiva
y no me trates ansí.

BELAIDA. Yo haré de suerte que viva
donde me vengue de ti.

(*Vanse* BELAIDA *y* LUCINDA.)

ZARTE. Fuése airada.

ARBOLÁN. ¡Ay, Zarte, muero
por la cautiva cristiana,
y ningún remedio espero!

ZARTE. Esta gente no se allana
si no es al castigo fiero.
Un cautivo hay en tus baños
astuto, sabio y maestro
en todas suertes de engaños
y en estas cosas tan diestro,
aunque no es de muchos años,
que trae revueltas mil moras.
Háblale y dile que adoras
esta mujer, y verás
cómo si la ve no más
tus pensamientos mejoras.

ARBOLÁN. ¿Que es tan astuto?

ZARTE. Es Ulises,
es un medio encantador.
Tú saldrás, como le avises,
de la Troya de tu amor
como sobre Eneas Anquises.

ARBOLÁN. Hablarle quiero.

ZARTE. Pues ven,
que vendrá de trabajar.

ARBOLÁN. ¡Ay, cautiva de mi bien,
no me tengo de cansar
de contrastar tu desdén!

(*Vanse, y salen* ZULEMA *y* LEONARDO.)

LEONARDO. Oye, amigo, la ocasión
por que te he dado la vida.

ZULEMA. Senior Férez, gradecida
le tener me corazón.
¡Oh! joro a Dios que me toma
en tal blegación los dos
de querelldes, que por vos
descalabramos Mahoma;
a tenerme por bon gente,
que no decer quí ne allí.
Esto que jurar aquí
cumplimus eternamente.

LEONARDO. Que yo te dé a ti la vida,
Zulema, por mi interés,
no es de estimar; mas lo es
el ser de ti agradecida.
Cuando vi que eras astuto
y que en medio de las luces
de mil fuertes arcabuces,
con rostro de llanto enjuto,
fabricaste la invención
de aquel tesoro escondido,
que casi el fuego encendido
detuvo el plomo al cañón,
y como después bebiste,
para darles a entender
que fué ocasión el beber
de errar lo que les dijiste,
caí que un hombre tan diestro
a propósito sería
para que la prenda mía
de su poder vuelva al nuestro;
que, como tú me has contado,
es un bárbaro Arbolán,
que revienta de galán
y muere de enamorado...

ZULEMA. ¡Vos haberme conocido!
Ser astuto e ser sagaz,
que querer andar de paz.

LEONARDO. Quiero, trocando el vestido,
ir con el traje africano
a Biserta y pretender
librar mi amada mujer
con un engaño greciano.
Di tú que morisco soy
de los que echó de Granada
de don Juan de Austria la espada,
y que en Aragón estoy
casi desde que nací,
porque la lengua no sé,
que ésta ya la aprenderé,
Zulema amigo, de ti;
di que soy hombre valiente,
de lo mejor de su ley
y del granadino Rey
me podrás hacer pariente,
que con esto y alabarme
de que libertad te di,
podré en Biserta, por ti,
con Arbolán amistarme,
y una vez hecha amistad,
tú verás un alto enredo.

ZULEMA. Ben estar en todo.

LEONARDO. ¿Puedo
fiarme de tu lealtad?

ZULEMA. ¡Valga el diablo vosancé!
¡E cómo poder fiar!

Mas ¿cómo andar por el mar?

LEONARDO. Ayer, cuando esto pensé,
supe que andaba Sultán
en la costa; haremos señas
desde lo alto de estas peñas,
donde se escondió Arbolán,
y acostándose a la orilla,
nos pasarán a Biserta.

ZULEMA. Estar el industria certa.

LEONARDO. Pues si está cierta, seguilla.
Voy a buscar un vestido;
pero temo de tu intento.

ZULEMA. De me hacer un juramento
que estar, vive Alá, complido,
que no poder asolver
el Faquí mayor de Meca.
Mocho el volontá me seca
ver el vostra que temer.
Por la más alta costilia
del Profeta que adoramux
en Africa e que colgamux
del viga por maravilia,
e por todo el Alcorán,
mera que dego, e que asombre,
que no le decer to nombre
ni descubrirte Arbolán.

LEONARDO. Pues, en esa confianza,
me voy a vestir de moro,
y tú a enseñarme el tesoro
del centro de mi esperanza.

ZULEMA. ¡Hola, Férez! Oile a un poca
de razón; bara el camino
llevar un bota de vino.

LEONARDO. ¿Beberáslo?

ZULEMA. Con la boca.

(*Vanse, y salen* ARBOLÁN, ZARTE *y* MENDOZA, *cautivo.*)

ARBOLÁN. ¿Cómo es tu nombre?

MENDOZA. Mendoza.

ARBOLÁN. ¿Eres hidalgo?

MENDOZA. No sé;
sólo sé que me crié
desde niño en Zaragoza,
y después en la ciudad
de Barcelona, más hombre;
mas ni hidalguía ni nombre
importan a la lealtad,
que es muy propio de cautivos
no decir verdad jamás,
o hacerse menos o más,
o ya humildes o ya altivos.
Di para lo que me quieres
y deja mi estimación.

ARBOLÁN. Dicen que la condición
sabes bien de las mujeres.

MENDOZA. Ciencia fué que me costó
estar en Biserta. Di.

ARBOLÁN. Una esclava tengo aquí
que allá en tu tierra nació;
digo, en España.

MENDOZA. Está bien.

ARBOLÁN. Quiere allá a un hombre.

MENDOZA. Eso es malo.

ARBOLÁN. Tratéla con gran regalo
y pagóme con desdén.

MENDOZA. ¿Estará muy brava?

ARBOLÁN. Es cosa
que no se puede creer;
es víbora, no es mujer.

MENDOZA. Empresa dificultosa;
pero daréte un consejo.

ARBOLÁN. ¿Cómo?

MENDOZA. Quítale el amor
de su esposo.

ARBOLÁN. No hay rigor
que baste: es su luz, su espejo.

MENDOZA. Por fuerza no podrá ser.

ARBOLÁN. Pues ¿qué industria bastará?

MENDOZA. Mientras ella amare allá,
acá no podrá querer.
En España los maestros,
cuando enseñan a danzar,
primero intentan quitar
algunos malos siniestros
que los discípulos tienen
de quien mal los ha enseñado,
y el mal siniestro quitado,
a tomar su compás vienen.
Quita a esa esclava el amor
y de su bien la esperanza,
verás, Arbolán, que danza
al compás de tu favor.

ARBOLÁN. Tú me aconsejas muy bien,
como eso posible sea.

MENDOZA. Haz que esa mujer me vea
y que las señas me den
de su padre y de su esposo.

ARBOLÁN. El padre es un Capitán.

MENDOZA. ¿De dónde?

ARBOLÁN. De Perpiñán.

MENDOZA. ¿El nombre?

ARBOLÁN. Luján.

MENDOZA. Famoso.

ARBOLÁN. Es su Alférez su marido.
MENDOZA. ¿Cómo se llama?
ARBOLÁN. Leonardo.
MENDOZA. Llámala y aquí la aguardo,
y tú escúchame escondido.
ARBOLÁN. ¡Demonio debes de ser!
MENDOZA. Zarte aquí se ha de quedar
y Amir la vaya a llamar.
ARBOLÁN. Llama, Amir, esta mujer.
ZARTE. Yo ¿qué he de hacer?
MENDOZA. Darme palos
hasta no más cuando veas
que viene.
ZARTE. ¡Por Dios, que empleas
tu espalda en lindos regalos!
MENDOZA. Zarte, el dolor más terrible,
con la voluntad no duele:
lo que con fuerza se suele
sufrir, eso es insufrible.—
Escóndete tú, señor,
luego que la hayas hablado.
ARBOLÁN. Ya me tienes con cuidado.
MENDOZA. Y a mí me le da tu amor.
ZARTE. Y a mí los palos que tengo
de darte sin ocasión.
MENDOZA. Baja tú la mano al són.
ARBOLÁN. ¿Lucinda?

(*Sale* LUCINDA.)

LUCINDA. A servirte vengo.
MENDOZA. ¡Ay, ay, ay!
ZARTE. Perro cristiano,
¿qué lloras, que aún no te toco?
MENDOZA. (¡Hola, Zarte! Amaina un poco,
que asientas mucho la mano.)
¡Triste de mí! Aquesta ¿es vida?
¡Estoy por desesperar!
ARBOLÁN. A esto te hice llamar,
mujer desagradecida;
así los esclavos trato:
esto espero hacer contigo.
Ya el amor volvió castigo
tu villano pecho ingrato.
¡Dalde, y lo que pasa vea!
ZARTE. ¡Ah, perro!
MENDOZA. ¡Ay, ay, ay de mí!
ARBOLÁN. Yo me voy; bien está así.
LUCINDA. Tu esclava soy.
MENDOZA. (¿Que yo sea
de piedra has imaginado?
¡Cruel ha estado el juez!
De darme una sola vez
habíamos concertado.)
ARBOLÁN. (Zarte, por aquí te esconde.)

(*Vase* ARBOLÁN *con* ZARTE.)

MENDOZA. ¿De manera que por vos
me han dado agora?
LUCINDA. Por Dios,
cautivo amigo, responde;
sufre esos palos por El
y a cuenta de su Pasión.
MENDOZA. Y ella, que dió la ocasión
con ser Arbolán cruel,
¿no sufriera siete o ocho,
que come bien, y pudiera
mejor que yo, que en galera,
cómo haba cocha y bizcocho?
¿No le ha hecho aquí desdén
en pago de sus regalos?
Que no paguemos con palos
treinta y seis hombres de bien.
LUCINDA. Pésame de haber nacido
para haceros tanto mal.
MENDOZA. Tiempla ese rigor mortal
con algún favor fingido,
que es lástima que por ti
de esta suerte padezcamos,
y más si a España tornamos
este otoño con Pialí.
LUCINDA. ¿Quién es ése?
MENDOZA. Un Capitán
de Arbolán, que nos prendió.
LUCINDA. ¿Dónde cautivaste?
MENDOZA. ¿Yo?
LUCINDA. Tú.
MENDOZA. Cautivé en Perpiñán.
LUCINDA. ¡Válame Dios!
MENDOZA. ¿Qué te espantas?
LUCINDA. ¿Cuándo?
MENDOZA. Pasó por allí,
después de Arbolán, Pialí,
y entre compañías tantas,
y de tan buenos soldados,
treinta y seis hombres llevó,
que en sus fragatas echó
a su remo condenados.
LUCINDA. ¿Por qué?
MENDOZA. Porque el Capitán
estaba allá en Monserrate
a ofrecer cierto rescate.
LUCINDA. ¿Cuál?
MENDOZA. El capitán Luján,
de quien yo soldado fuí;

salimos por el gobierno
de un mozalbete, su yerno,
que era su Alférez allí,
y estaba desesperado
por el robo de su esposa,
que me dicen que era hermosa
y con ingenio extremado.
Y echósele bien de ver,
que en los moros se metió
tanto, que...

LUCINDA. ¿Murió?

MENDOZA. Murió.

LUCINDA. ¡Ay, desdichada mujer!

MENDOZA. Qué, ¿sois vos?

LUCINDA. No, pero siento
su desdicha.

MENDOZA. ¿Con tal voz?

LUCINDA. ¡Ay dolor duro y atroz!
¡Ay notable sentimiento!
(¿Si podré disimular?)
Ese mancebo gallardo,
¿cómo se llama?

MENDOZA. Leonardo.
Pero quiéroos suplicar
que templéis ese desdén
con Arbolán desde agora,
que nos tratan mal, señora,
porque no le queréis bien.
Apenas acá algún día
no le mostráis afición,
cuando por vuestra ocasión
pasamos una crujía.
Estamos en ese puerto
de hierro y hambre cargados
de un cómitre gobernados,
eternamente despierto,
y de la tierra de Judas;
mirad vos cómo podremos
pasar entre hierro y remos
con estas buenas ayudas.
Hoy me sacaron a tierra
a darme esta colación.

LUCINDA. ¡Afuera, vil corazón,
que esta es declarada guerra!
Del tiempo y de la fortuna,
muerta soy. ¿Qué sirve estar
con tanto disimular,
sin esperanza ninguna?
¡Hoy romperé la cadena,
hoy he de ser mi homicida,
porque acabar con la vida
es acabar con la pena!
¡Loca estoy, daré mil voces!
¡Ayudadme, Cielo santo,
pues se mueven a mi llanto
los animales feroces!
¡Ay mi bien, ay mi Leonardo!
¡Ay mi esposo, ay señor mío!
¿Por qué vivo, en qué confío,
pues que ya verte no aguardo?
¡Oh, villano mensajero
de la muerte de mi vida!
¡Tú, con la lengua homicida,
más que con el mismo acero,
tienes con que yo me mate!
¿Remediarás lo que has hecho?,
que sólo pasarme el pecho
es de mi vida rescate.
¿Tienes muestra?

MENDOZA. Aguarda un poco,
que no es de tu entendimiento
ese injusto sentimiento
y ese pensamiento loco.
¿Qué haces? ¿Estás en ti?

LUCINDA. ¿Cómo quieres que en mí esté?
Después que el alma se fué,
¿quién ha de quedar en mí?
¡Cielos, que murió Leonardo!
¡Que esto sufra! ¡Que esto vea!
¡Que esto pase! ¡Que esto crea!
Temo, espero, tiemblo y ardo.
No quiero vida ni muerte,
sino vivir y morir
por sufrir y no sufrir
dolor tan áspero y fuerte.
¡Ay, Leonardo!

(*Vase* LUCINDA, *y salen* ARBOLÁN *y* ZARTE.)

ARBOLÁN. ¿Qué es aquesto?

MENDOZA. El primer dolor sentido.

ARBOLÁN. Traidor, ¿qué has hecho?

MENDOZA. No he sido
traidor.

ARBOLÁN. Desnúdale presto.—
¿Estas eran tus quimeras?
¿De esta manera te burlas?—
Los que le diste de burlas
quiero que le des de veras.

MENDOZA. Espera, tente. ¡Ay de mí!
Escucha.

ARBOLÁN. Engañarme quieres.

MENDOZA. Oye, todas las mujeres
amando sienten ansí.
Lloran, suspiran, padecen,

penan, llaman, adivinan,
faltan, sienten, imaginan,
mueren, rabian y enloquecen.
Pero aquel día llorado,
como este que viendo estás,
otro no se acuerdan más
que si no hubiera pasado.
Yo digo que la cabeza
me cortes, pues desconfías,
si pasare de dos días
de Lucinda la tristeza.

ARBOLÁN. Creo que tiene razón.
Esto será sentimiento.

MENDOZA. Déjame seguir mi intento.
Lágrimas de mujer son
tempestades de verano,
que al instante vuelve el sol;
prometimiento español
y juramento africano,
amistad de calabrés,
ofrecimiento de amor,
fortuna de jugador
y cólera de francés;
cometa que vive y arde
el instante que aparece,
humo que se desvanece
y amenazas de cobarde;
nieve al sol, al fuego cera,
espuma en mar, furia en ciego,
dinero en tabla de juegó
y amor en mujer ramera.

ARBOLÁN. Zarte, yo estoy satisfecho
de aqueste astuto cristiano.
Mi remedio está en su mano;
bien ha hecho lo que ha hecho.
En fin, ya tiene por cierto
que es muerta su misma vida.
Pues si un ausente se olvida,
¿qué puede esperar un muerto?
Del padre nos olvidamos.
Con un día de dolor
el más legítimo amor
en interés le fundamos.
Porque el gusto que yo espero
de lo que amo es interés,
que me mueve, como ves,
a querer bien lo que quiero.
Ve con él, por vida mía,
y dale bien de comer.

MENDOZA. ¿Quieres que te vuelva a ver?

ARBOLÁN. Vuelve al expirar del día.—
Haz que le traten muy bien.
Resérvale de galera.

MENDOZA. Yo haré que te adore y quiera.

ARBOLÁN. ¿Y que la goce?

MENDOZA. También.

ZARTE. Por Alá que eres traidor,
hechicero o nigromante.

MENDOZA. No soy sino un estudiante
de la facultad de Amor.
Dame de comer.

ZARTE. Apresta
buenos alientos.

MENDOZA. Sí haré,
y no es de balde, a la fe,
que buenos palos me cuesta.

(*Queda solo* ARBOLÁN.)

ARBOLÁN.

Gózase el labrador en buenos años
y el navegante al fin de su camino,
descansando en su patria el peregrino
y el pobre humilde en reparar sus daños.
El que escribe de propios o de extraños
los famosos sucesos, cuando vino
a coronarse del laurel divino,
adonde llora Dafne sus engaños.
Pero ni el labrador ni el que navega,
el peregrino, el pobre entre mil bienes,
ni el escritor cuando merece fama,
se igualan al amante cuando llega,
después de conquistar dos mil desdenes,
a merecer los brazos de su dama.

(*Salen el alférez* LEONARDO, *vestido de moro, y* ZULEMA.)

ZULEMA. Estamux próspero vento,
y a bon porto haber venido.

LEONARDO. Milagro del Cielo ha sido
el llegar a salvamento.
¿Que esta es Biserta, Zulema?
¿Que está aquí mi bien?

ZULEMA. Caliar...

LEONARDO. ¡Ay, que estoy loco!

ZULEMA. E tomar
este vostro ben por tema.
Mas agarda vosancé,
que estar el Caíde aquí.

LEONARDO. ¡Oh, Cielo!

ZULEMA. No me levantar del suelo,
Caíde, hasta besarte el pie.

ARBOLÁN. ¿Es Zulema?

ZULEMA. ¿No me ves?

ARBOLÁN. ¡Válate Alá! ¿Cómo es esto?

ZULEMA. Haberme en libertad puesto
este bon moro.
LEONARDO. Esos pies
me manda dar, Capitán.
ARBOLÁN. Los brazos es más razón.
LEONARDO. Bien debes a mi afición
esa merced, Arbolán.
ARBOLÁN. Tu calidad y valor
saber deseo, por darte
de mi alma y casa la parte
que mereces.
LEONARDO. Gran favor.—
Dile, Zulema, pues sabes,
quién soy y el deseo que tengo.
ARBOLÁN. ¿Que te has libertado?
ZULEMA. Vengo
a que pagues y que alabes
a esto me amigo mucho.
ARBOLÁN. Cuéntalo, pues.
ZULEMA. Decer yo
el todo como pasó
si vosancé escucha.
ARBOLÁN. Escucho.
ZULEMA. La fértel Andarlucía
e la forte Cartagena
tener en medio Granada,
provincia entre reinos reina.
De ésta estar al Mediodía
Alpojarras, e sobre éstas
fundar sus primeras casas
los moros de las fronteras.
Desde el tempo de Rodrigo
veven por aquestas serras
mucho famoso africano,
que estar linda, hermosa e fresca.
Crearse la pasa, el hego,
el mijo, el trego, la avena,
el cabra, que andar al pasto,
tener abundantes herbas;
el caballo ser feroz,
él solto correndo el vega,
junto el cual ciodad fondar
tener grande fortaleza.
Albaicín estar en alto;
el Alhambra competencia
hacer con las maravilias
e con el Cázar de Tebas.
Zacatín estar lo llano,
con mil cifios, (1) con mil tendas,
e Bibaraubín (2) també́n,
que estar forza entre la cerca.
Pero toda aquesta gloria
quitar a Granada bella
reyes Sabel e Hernando
en hartos anios de guerra.
Salir Granada Rey Checo;
dexar Xenil, dexar Vega,
dexar el Generalife,
porta Almazán, porta Elbera;
cantar Alhambra hanina,
lleno de mortal tristeza.
Poner cristianos so croz
e sos banderas por ella;
mas aunque estar oprimidos
los moros de esta manera,
sempre gardar ocasión
para echar crestianos de ellas.
En fin, habrá algunos anios
que con su mayor nobleza
don Fernando de Valor
tomar esta justa empresa,
alzándose con Granada,
guerra al rey Helipo ententa;
que, a no ser nuestra desdicha,
él se quedara con ella.
Fenalmente, el Rey crestiano
envía con mocha presa
un hijo de Carlos Quinto,
sempre Augusto e sempre César;
un hermano soyo, en fin,
mozo de lenda presencia,
forte como un Rodamonte,
que hervindo el sangre comenza.
Ríndese el moro cobarde
a partido, e los desterran
por Castilia e Aragón,
por Zaragoza e Valencia.
Los padres de aqueste moro,
que decender del profeta,
mera el que digo e estar nobles,
andar en esta miseria;
nacer este moro hedalgo
e, aunque estar rico en Cervera,
no querer tener el alma
al cristianilio sojeta.
Haber ido a Perpiñán,
que estar cosas de su hacenda,
e verme llorar cativo
e rastranius el cadena.
Contarme su pretensión
e decerme que en Biserta
tener él volontá soya

(1) Quizá "ficios", por *edificios*.
(2) Será Vivarrambla.

e vever el alma en pena.
Dar por me centos docados
e ponemus en las beñas,
liamando las galeotas
de Soltán, que andar Marbelia;
meternos dentro e vener
a boscar alma, que certa
se saber que tú, xonior,
dentro en to casa tenerla.
Darle bon acogimento,
valente Arbolán, en ella,
e mí tenelde por hombre
que esta mentira concerta.
Liamarse el moro Medoro,
porque Angélica la bella
se liamar so libertad.
El te decer el que resta.

ARBOLÁN.

Gran contento me ha dado haber sabido
que seas tan noble y que a mi casa vengas.
Vuélvote a dar los brazos.

LEONARDO.

Si conoces
la voluntad que de servirte traigo,
bien es que de esa suerte me recibas.

ARBOLÁN.

Yo estoy ahora, amigo, divertido
en cierta pretensión de una cristiana
que en Perpiñán le he cautivado el cuerpo
y en Perpiñán me ha cautivado el alma.
Está furiosa y loca de unas nuevas
que le han traído de su muerto esposo.
No puedo detenerme aquí contigo,
porque me importa darle algún remedio.—
Ve, Zulema, y di a Zarte que a Medoro
le dé en mi casa, como a noble huésped,
un cuarto aderezado de brocados
con ricas sillas, mesa y cama.

LEONARDO.

El Cielo
te guarde y rinda esa cautiva hermosa.

ARBOLÁN.

Adiós, adiós.

(*Vase* ARBOLÁN.)

LEONARDO.

¿Qué te parece de esto?

ZULEMA.

No va que vosancé estar morto.

LEONARDO.

Dice
que está loca Lucinda, que han llegado
nuevas de que estoy muerto.

ZULEMA.

Caliar poco
e no decelde nada hasta sabemus
qué ser esta locura.

LEONARDO.

Yo querría
no decirle quién soy, antes negarlo.

ZULEMA.

Dexarme hacer a mé.

LEONARDO.

Porque ya tengo
celos de que la goza aqueste Alcaide;
y si es que la gozó, Zulema amigo,
no quiero yo mujer gozada de otro.

ZULEMA.

Decer como bon galgo e ser honrado.
Joro a Dios e sabeldo como astoto.
Mojer gozada e cornos, garda el poto.

ACTO SEGUNDO

(*Sale* ARBOLÁN *y* LEONARDO, *en hábito de moro.*)

ARBOLÁN. La obligación del amor
es la que has de conocer.
LEONARDO. Y de las obras, señor,
confieso que debo ser
eternamente deudor.
ARBOLÁN. Es tanta la voluntad,
que es bien que a toda amistad
lleve, Medoro, la palma,
porque las obras del alma
tienen mayor calidad.
Y, para prueba, querría
decirte en esta ocasión
los secretos de la mía,
porque mi mucha afición
mucho de tu amor confía.
Y son hidalgos intentos,
que sin usar cumplimientos,
cosa que entre necios pasa,
quien te dió parte en su casa
te la dé en sus pensamientos.
LEONARDO. Creces y aumentas de suerte
el amistad recebida

con lazo de amor tan fuerte,
que es poco darte la vida,
que te ofrezco hasta la muerte.
Mas pues nuestras voluntades
con tan altas obras sellas,
vendré a tener por verdades
que al nacer nuestras estrellas
conciertan las voluntades.
Está cierto de la mía
a quien tu secreto fía,
si para servirte valgo,
porque ser del alma hidalgo
es la mayor hidalguía.

ARBOLÁN. Medoro, yo corto el mar
con ocho armadas galeras
que hacen la costa temblar,
porque suele despojar
las españolas riberas.
Con cuatro de éstas surgí
una noche en Perpiñán,
porque las otras le di,
como sabes, a Sultán,
que en ellas veniste aquí.
Robé a un Capitán famoso
una gallarda cristiana;
y más rico que dichoso
volví a la playa africana
preso de su rostro hermoso.
Vencedor, le di la palma,
porque a un mismo tiempo fué
que, estando mi vista en calma,
yo el cuerpo le cautivé
y ella cautivóme el alma.
Trájela aquí, conquistéla
con mil regalos, roguéla
que me amase, y, siendo en vano,
hablé un cautivo cristiano,
que me dió cierta cautela.
Y fué que la dió a entender
que un Leonardo, esposo suyo,
era muerto, parecer
que ni por contrario arguyo
ni era inútil en mujer.
Lloró, enloqueció, ha estado
para morir; yo, turbado,
hice echar en la galera
el esclavo, aunque pudiera
después haberle premiado.
Porque viendo que cobrar
no puede lo que perdió,
ya se deja ver y hablar,
y de que le hable yo
ya no recibe pesar.
Este es agora el estado,
Medoro, de mi suceso;
pero este amor ha causado
que pierda Belaida el seso,
de quien he sido adorado.
Quiero que a entender le demos
que tú la quieres, y juntos
la esclava visitaremos,
a quien sus celos por puntos
se quejan haciendo extremos.
Si ella saliese a ocasión
que la hable, fingirás
que la tienes afición,
y con esto le darás
de mi amor satisfación.
Mira lo que fío de ti.

LEONARDO. Dichoso en extremo fuí
en que ocasión se ofreciese,
Arbolán, que te sirviese.
Llama a esa cautiva aquí,
que no sólo servir quiero
de sosegar la pasión
de Belaida en mal tan fiero,
mas en tu misma afición
servir de amigo y tercero.
Tú verás cómo la allana
mi industria y vence el olvido
con que se muestra inhumana,
porque, en fin, cristiano he sido
y esa cautiva es cristiana.

(*Sale* ZULEMA.)

ARBOLÁN. Hola, Zulema.

ZULEMA. ¿Xenior?

ARBOLÁN. Llama a Lucinda.

ZULEMA. Ya andamus.

LEONARDO. (¡Oh, vil mujer sin amor!)

ZULEMA. ¿Locinda, xenior, llamamus?

LEONARDO. (Temblando estoy de furor.
Aunque tenerme por muerto
parece que la disculpa;
pero aunque fuera muy cierto,
ser con un moro la culpa
este liviano concierto...
¡Ay, cuántos males proceden
de un mal! ¿Qué haré? ¿Qué diré,
que aquí conocerme pueden?
Y ella, ¿qué hará si me ve?)

(*Salen* ZULEMA *y* LUCINDA.)

ZULEMA. Decer que el demás se queden.

LUCINDA. ¿Qué me quiere?
ZULEMA. No saber.
ARBOLÁN. ¡Oh, Lucinda!
LUCINDA. Alcaide noble.
LEONARDO. (Mirad lo que vengo a ver.
¿Qué fuerza habrá que no doble
del sabio tiempo el poder?)
ZULEMA. (¿Qué hay, Férez?
LEONARDO. Gran mal, Zulema.
ZULEMA. ¿Cómo?
LEONARDO. Mi Troya se quema.
Lucinda cree que estoy
muerto.
ZULEMA. Saber que hasta hoy
haberle durado el tema,
e ya estar poco más blanda.
LEONARDO. No sé cómo pudo ser.
Mas oye lo que me manda.
ZULEMA. Joro a Dios sempre creer
que el mojer presto se ablanda.
LEONARDO. Quiere que finja querella
y ella a mí, por que sosiegue
los celos que tiene de ella
Belaida.
ZULEMA. Decer que llegue
e fenger no conocella.
Gardar diablo vosancé
e no declaramus nada,
e depós saber bor qué.)
LUCINDA. ¿Mi señora tan airada?
ARBOLÁN. Notable noche pasé.
Que yo fingí que dormía,
y entre suspiros y llanto
oí que de ti decía
que aunque merecías tanto
más por su amor merecía.
Probaba a desenojalla
y no pude persuadilla,
que amor con celos no calla;
mas hoy pienso reducilla,
a lo menos engañalla.
Este moro es el que digo
que tú has de fingir amar.
Es en extremo mi amigo,
pues de él me atrevo a fiar
estos amores contigo.
Mira, mi bien, que le hables
y que de manera entables
satisfación a sus celos,
que pongan treguas tus cielos
a sus locuras notables.
LUCINDA. Harto lo son las quimeras
con que conmigo te burlas.
ARBOLÁN. ¿Cómo ansí?
LUCINDA. Por ver que quieras
que ame este moro de burlas
y que te quiera de veras.
Mas pues he de obedecerte,
dile que se llegue a hablarme.)
ARBOLÁN. ¿Medoro?
LEONARDO. ¿Llamaste?
ARBOLÁN. Advierte.
LEONARDO. (Cielos, ¿si podré ocultarme
con este traje y mi muerte?)
ARBOLÁN. Esta es la bella cautiva
de quien rendí los desdenes.
LEONARDO. Con mil causas ansí viva
entre las muchas que tienes:
contigo Lucinda priva.—
¡Oh, española, por Mahoma
que es briosa esta nación!
¿Qué no puede, rinde y doma?
LUCINDA. (¡Ay, Dios, qué extraña visión,
qué espíritu forma toma
de aquel mi muerto Leonardo!)
LEONARDO. ¿Qué es, señora, lo que miras?
LUCINDA. Que eres...
LEONARDO. ¿Qué soy?
LUCINDA. Muy gallardo.
LEONARDO. De algo que miras te admiras,
y que lo digas aguardo.
LUCINDA. Tengo un hermano, ya muerto,
a quien pareces.
LEONARDO. No aciertas
poco, que yo lo estoy cierto,
que unas esperanzas muertas
me han muerto y me han encubierto.
Solía yo tener vida
que alentaba y animaba
una esperanza perdida;
pero ¿qué bien no se acaba
en una ausencia ofendida?
Así que aciertas, sin duda,
Lucinda, en llamarme muerto.
LUCINDA. Estoy, mirándote, muda.
LEONARDO. Tan muda estás, que estoy cierto
de lo que la ausencia muda.
Algo en verme consideras,
algo en mi vista reparas,
algo temes, algo esperas,
porque si no te mudaras
no pienso que enmudecieras.
LUCINDA. Si yo no hubiera sabido

que un gran dolor que he tenido
de sentido me privó,
diérale crédito yo
esta vez a mi sentido.
Pero como le perdí
y éste no se cobra bien,
aunque en verte mi bien vi,
bien puede ser que también
este bien me engañe a mí.
¿Cómo te llamas?

LEONARDO. Medoro.

LUCINDA. ¿De dónde eres?

LEONARDO. De Aragón.

LUCINDA. ¿Que eres moro, en fin?

LEONARDO. Soy moro.

LUCINDA. Moro, en tanta confusión,
lo que pareces adoro.
¿Es posible que no eres?

LEONARDO. ¿Quién?

LUCINDA. Un muerto que vivió
en esta alma.

LEONARDO. ¿Cómo quieres,
Arbolán, que temple yo
desatinos de mujeres?
¿Esta dices que está cuerda?
¡Por Alá, que está más loca!...
De aquel su amante se acuerda.

ARBOLÁN. No es la memoria tan poca
que en poco tiempo se pierda.—
Lucinda, ¿a tu tema vuelves?

LUCINDA. ¿Es posible que me engaño?

LEONARDO. Presumo que te resuelves,
Alcaide, en tratar tu daño
si con ésta me revuelves;
que dice que yo parezco
a su bien, y yo, Arbolán,
las cristianas aborrezco.

ARBOLÁN. Aquí verás qué galán
para estas burlas te ofrezco;
apenas te puede ver.

LEONARDO. Apenas pudiera ser
si se olvidara con penas;
pero hay penas que son buenas
para doblar el querer.

ZULEMA. Belaida vener, xenior.

ARBOLÁN. Requebraos, por mi vida,
que la tengo gran temor.

ZULEMA. (¿Hay mayor beliaquería?
¿Hay tal embuste de amor?
Muere Leonardo por ver
Locenda, e el mismo Arbolán
aquí el acaboto ser.)

(*Sale* BELAIDA.)

BELAIDA. (Juntos, en efeto, están.)

ZULEMA. (Estar celosa el mojer.)

BELAIDA. ¿No te has de hallar sólo un punto
sin tu esclava?

ARBOLÁN. Ya, señora,
tiene su bien todo junto.

BELAIDA. Pues ¿cómo?

ARBOLÁN. A Medoro adora.

LEONARDO. Soy de su esposo difunto,
según me ha dicho, un traslado;
tengo su ser, talle y lengua,
y habémonos concertado
en que yo calle su mengua
y ella el haberla engañado.
Favorece mis intentos
de tal manera Arbolán,
que con mil atrevimientos
soy de Lucinda galán
y le digo mis tormentos.
(Por tu vida, que este amor
esfuerces tú por tu parte.)

LUCINDA. ¡Ay confusión, ay temor!
¿Cómo el verte y el hablarte,
esposo, amigo, señor,
y no saber si lo eres?

BELAIDA. Si tú, Medoro, la quieres,
y ella a ti, yo haré por ti
lo que verás.

LEONARDO. ¿Cómo ansí?

BELAIDA. Oye, Alcaide, y no te alteres.
Tú no quieres la cristiana,
según me has dicho.

ARBOLÁN. Es verdad,
y que es tu sospecha vana.

BELAIDA. De Medoro el amistad
cualquiera imposible allana.

ARBOLÁN. Téngole grande afción.

BELAIDA. Pues véndele la cautiva,
que, fuera de que es razón,
me has de poner, mientras viva,
en eterna obligación.
Con tal liberalidad
todos quedamos contentos:
Medoro, de tu amistad;
tú, de mis merecimientos,
y yo, de tu voluntad.
¿Qué dudas?

ARBOLÁN. Dudo que es poco
para tus cosas tan altas,
pues en cualquiera que toco,
a lo que te quiero faltas,

que estoy, por quererte, loco.
Para probar mi lealtad
contigo y luego el decoro
de mi justa voluntad,
y a un hombre como Medoro
hacer, Belaida, amistad,
manda otras cosas mayores;
pero, pues te sirves de ésta,
para que no me desdores
con lágrimas, que te cuesta
de tus mejillas las flores,
doy la esclava, y diera cuantas
pidieras con esos celos.

BELAIDA. Echarme quiero a tus plantas.

ARBOLÁN. Enojáranse los cielos,
que sobre ellos me levantas.—
Ya, Medoro, esclava tienes.

LEONARDO. Señora, dirás, y esposa.

BELAIDA. ¿Tienes casa, o la previenes?

LEONARDO. Tener casa es justa cosa
el que tiene tantos bienes.

BELAIDA. Es muy justo que autorices,
tus bienes de tantos modos,
si por tu prenda lo dices.

LEONARDO. Mis bienes son muebles todos,
que Amor no tiene raíces.
Yo la llevaré conmigo.

BELAIDA. (¿Medoro? *(Aparte.)*

LEONARDO. ¿Señora?

BELAIDA. Amigo,
sácame de aquí esta fiera;
sea enemigo allá fuera
y no en mi casa enemigo.

LEONARDO. Tú verás cómo la quito
de los ojos de Arbolán.)

ARBOLÁN. Que la lleves no permito,
porque no diga Sultán
que es contra su amor delito,
que está ya de la privanza
de Medoro harto envidioso;
pero viva en confianza
de que es y será su esposo.

LEONARDO. No es poco bien la esperanza.
(Yo, señora, me contento.)

BELAIDA. Ven, Alcaide, a mi aposento.

ARBOLÁN. Qué, ¿aún no me quieres dejar?

BELAIDA. Y aun quisiera efetuar
esta noche el casamiento.—
(No sosiegan mis cuidados,
ya que no os dejo casados,
si no os abrazáis.

LEONARDO. No sea
adonde Arbolán lo vea
y quedemos enojados.

BELAIDA. Pues eso es lo que yo quiero.
Abrazaos.)

LUCINDA. Cielos que adoro,
¿no es éste mi esposo? ¡Ah, fiero!

(Abrázanse los dos, y dicen abrazados:)

LEONARDO. ¡Ah, traidora!

LUCINDA. ¡Ah, traidor moro!

LEONARDO. ¡Ah, mudable!

LUCINDA. ¡Ah, lisonjero!

LEONARDO. ¡Ah, fementida!

LUCINDA. ¡Ah, cruel!

LEONARDO. ¡Ah, ingrata!

LUCINDA. ¡Ah, enemigo mío!

ARBOLÁN. Mucho te huelgas con él.

LUCINDA. Abrasada me desvío,
como rama de laurel.

BELAIDA. Juntando mucho sus ramas,
dicen que fuego se enciende.

LUCINDA. Pudieras verlo en mis llamas.

LEONARDO. Por ti, a lo menos, se entiende
que como ingrata desamas.

BELAIDA. Vente conmigo, Arbolán,
que pienso que te entristeces.

ARBOLÁN. Notables celos te dan;
pues no ves lo que mereces,
ciegos tus ojos están.
Vamos, y juntos se queden,
si así sosegarte pueden.

BELAIDA. Ven y creeré que eres mío.

ARBOLÁN. Cuanto más sufrir porfío,
menos lugar me conceden.—
¿Zulema?

ZULEMA. ¿Xenior?

ARBOLÁN. Dirás
a Medoro que no abrace
mi hermosa cautiva más,
y quédate a ver qué hace.

ZULEMA. ¡Oh, ya acechamux detrás!

ARBOLÁN. ¿No ves cómo le abrazó?
Sin duda, le quiere bien.

ZULEMA. A vosancé le engañó:
estar celoso de quen
en so vida el mojer vió.
¡Andalde, e dexar a mí!

ARBOLÁN. Pues voime en tu confianza.

(Vase.)

LUCINDA. ¿Fuése aquel bárbaro?

LEONARDO. Sí.

LUCINDA. Pues deja que mi esperanza

tome, mi bien, puerto en ti;
déjame esos brazos bellos
descansen éstos en ellos.

LEONARDO. Tente, cristiana, que, ausente
Arbolán, no lo consiente
su fe y la nobleza de ellos.
Mientras él estaba aquí,
por Belaida te abracé,
que está concertado ansí;
pero si Arbolán se fué,
¿cómo te llegas a mí?
¿Hasme visto tú en tu vida
otra vez?

LUCINDA. Prenda querida,
de esta alma ¿por qué te encubres?
¿Por qué en los ojos descubres
sin causa el alma ofendida?
Si los cubren tus querellas,
mira que sus niñas bellas,
como niñas, me han parlado
que eres mi bien disfrazado
y que está mi vida en ellas.
No es posible que eres muerto,
que es más llano que la palma
que eres mi bien encubierto;
mira que me dice el alma:
"Llega, abrázale, que es cierto."
¿Cómo puedes tú ser moro?
¿No es ese el rostro que adoro?
No niegues lo que se ve.
¡Anda, mi bien, que ya sé
que eres el moro en que moro!
Cuanto al traje, es un abismo
de engaños este concierto;
mas el rostro, es barbarismo
no querer que, descubierto,
no sea tu rostro mismo.
¡Moro mío, dulce moro,
pues ya te llamas Medoro,
hazme tu Angélica y muera
entre esos brazos!

LEONARDO. Espera,
que guardas mal el decoro
del dueño que te ha gozado.

LUCINDA. ¿Gozado? ¿Luego eso ha sido
por lo que me has despreciado?

LEONARDO. Tu locura he conocido,
tu frenesí confirmado;
loca estabas, loca estás;
de locos no hay que hacer caso.

LUCINDA. ¿Es posible que te vas?

LEONARDO. ¡Apenas, celos, dais paso
que Amor no le vuelva atrás;
pero sin satisfación
de mi honor no la he de hablar!

(*Vase* LEONARDO.)

LUCINDA. ¿Hay más cruel condición?
Mas débome de engañar,
y es, por ventura, ilusión.
¿Aquí estabas?

ZULEMA. No temer,
Locinda, que estar amego
de Medoro, e ben saber
que todo el que hacer contego
de mala gana él hacer.
Yo cautivar de Loján,
què estar padre a vosancé,
y allá, el vida que me dan,
el Férez pagar con fe
e traemux con Soltán;
mas Leonardo haber sabido
que Arbolán haber tenido
no sé qué contos con vos.

LUCINDA. Zulema, testigo es Dios
de que jamás le he ofendido.
Esto que dice Arbolán,
¿por qué razón le alborota?
¿Sus ojos no lo verán?

ZULEMA. Porque él pensar que estar pota,
vosancé, del Gabatán.

LUCINDA. ¡Ah, traidor! ¿Negarse quiere
de cobarde, que su vida
a mi peligro prefiere?

ZULEMA. Del Férez estar querida,
e que por vosancé muere;
mas haberme dicho a mí
que por aqueste temor
él se querer ir de aquí.

LUCINDA. ¿Dejarme quiere? ¡Ah, traidor!
¿Eso pasa?

ZULEMA. Estar ansí.

LUCINDA. ¡Pues yo diré que es Leonardo!
¡Arbolán, tu casa, mira,
ya de traidores la guardo!
¡Armate de ofensa y de ira
contra un cristiano bastardo,
Arbolán!

ZULEMA. ¡Caliar la boca,
picarilia, o, ¡vive Diox!,
que hacemus el que provoca
jurar amistad los dox
y estar firme como el roca!

LUCINDA. Pues ¿qué haré?

ZULEMA. Yo te decelde:
fíngete morta de espanto
e poder ver el que hacelde,
porque sen peligro tanto
estar el Férez rebelde.

(*Siéntese en las almohadas y finja desmayarse.*)

LUCINDA. ¿Quieres que me siente aquí?

ZULEMA. Asentarti en esta alfombra
e dexalde hacer a mí.

(*Sale* LEONARDO.)

LEONARDO. ¿Qué me quieres, como sombra,
Amor, que te andas tras mí?
Pelota de viento he sido;
de este puesto me has jugado,
mas tal golpe he recebido,
que en la pared he topado
y vuelto donde he salido.

(*Llore* ZULEMA.)

ZULEMA. ¡No creo que haber Alá
hecho más triste que a mí!

LEONARDO. Zulema llorando está.
¿Qué hay, Zulema?

ZULEMA. Que por ti,
Lucinda...

LEONARDO. ¿Qué?

ZULEMA. Muerta está.

LEONARDO. ¿Qué dices?

ZULEMA. Con el dolor

(*Llore.*)

del negarli quén tú eras,
se me haber morto, senior.

LEONARDO. ¿Muerta? ¡Oh, malditas quimeras!
¡Celos, infamia de amor!
De aquella mano la toma.
¿No le dió un hora de tregua
la que tantas vidas doma?

(*Llore.*)

ZULEMA. Ya, ya no estàr media legua
del baraíso de Mahoma.

LEONARDO. Aún tiene, amigo, calor
y no es el pulso acabado.

ZULEMA. ¿Bor qué haber morto, senior,
el mejor mojer que ha dado
a España el mondo valor?

LEONARDO. ¡Ay, Zulema, no me impidas
que estas manos homicidas
me acaben! ¡Oh, Amor!, ¿qué esperas?
¡Merezco mil muertes fieras,
merezco perder mil vidas!
¿De qué sirvió haber venido
con el traje disfrazado?
Por mi mal, mi bien ha sido,
pues vino el mal declarado
y sólo el bien fué fingido.
No vuelve. ¡A matarme torno!

ZULEMA. ¿Volver vos? ¿Perdelde el tino?

LEONARDO. ¡Oh, estrella del cielo adorno!

ZULEMA. El morte no estar camino
que haber mulas de retorno.

LEONARDO. Pues ¡alto! ¡Mi muerte es cierta!

(*Dé voces.*)

¡Arbolán, Lucinda es muerta!
¡Yo soy Leonardo, Arbolán,
el alférez de Luján,
que vine a verla a Biserta!
¡No soy muerto, que mi vida
es la que agora se ha muerto!
¡Toda esta traza es fingida!

(*Despierte.*)

LUCINDA. Temerario desconcierto;
mi voz las tuyas impida.
¡Mi bien, mi bien, señor mío!

(*Ría* ZULEMA.)

LEONARDO. ¿Habló?

ZULEMA. Con el boca hablamux.

LUCINDA. ¿Tú has de hacer tal desvarío?

LEONARDO. ¿Estás viva?

ZULEMA. ¿No miramux?

LEONARDO. ¡Ay, dueño de mi albedrío!,
celos han hecho el enredo
que ves.

LUCINDA. Mi Leonardo, ¿puedo
abrazarte?

LEONARDO. ¡Sí, mi bien!

(*Abrácense, y sale* ARBOLÁN.)

ARBOLÁN. (¿Qué es lo que mis ojos ven?
¡Bueno, por mi vida, quedo!)
Zulema, ¿qué te encargué?

LEONARDO. (Arbolán nos vió.)

ZULEMA. Pensé,
como te sentir venir,
que era xeniora, e decir:
"Brazad vos a vosancé,
porque los ver abrazados."

ARBOLÁN. Pues, necio, ¿sin verlo bien?

LEONARDO. Hablando de tus cuidados,
yo por templar su desdén
y ella los celos pasados
estábamos, como ves,
cuando, sintiendo tus pies,
Zulema dijo: "Ya viene
Belaida; abrazaos, que tiene
mil celos."

ZULEMA. Ser yerro.
ARBOLÁN. ¿Pues?
ZULEMA. Yo pensalde que acertar.
ARBOLÁN. Medoro, fingir amar
a Lucinda te rogué.
LEONARDO. Pues esto fingido fué.
ZULEMA. Y ¿qué importarle el brazar?
ARBOLÁN. Importan mil celos fieros;
no quiero abrazados veros,
que pueden haber nacido
de aquel abrazo fingido
mil deseos verdaderos.
Entrate, Lucinda, allá.
LUCINDA. No pensé que te ofendía.

(*Vase* LUCINDA.)

LEONARDO. (Celoso Arbolán está, (*Aparte.*)
que celos es luz que da
rayos en la fantasía.)
ARBOLÁN. (¡Oh, palabras lisonjeras!, (*Aparte.*)
siempre, Amor, así te burlas;
las mías fueron terceras,
mandélos querer de burlas
y ya se quieren de veras.
Esto es principio de amor,
esta cristiana es liviana,
éste mi amigo el mayor,
y no es bien que una cristiana
le ocasione a ser traidor.
¡Extraños son mis recelos!
Bien dicen, y no se engaña
quien ha visto entrambos cielos,
que el amor nació en España,
y en el Africa, los celos.
Sabe el español amar
y sabe el moro guardar;
el cristiano sólo arder,
el africano temer;
servir uno, otro celar.
Acá cerramos las puertas,
allá las dejan abiertas;
acá a nadie se confían,
allá de amigos se fían,
con fianzas siempre inciertas.
Acá no hay luz en las salas,
allá están de rejas llenas,
troneras de tantas balas;
acá por fuerza son buenas,
allá por vicio son malas;
aunque pierdan la salud,
pasan aquí su inquietud;
y así, la que allí es honrada,
merece ser estimada,
porque es por propia virtud.
Yo he de echar de aquí a Medoro,
que nunca los fines lloro
cuando el principio remedio;
poner quiero el mar en medio
de él y la prenda que adoro.—
¿Medoro?
LEONARDO. ¿Alcaide?
ARBOLÁN. Sultán
es remiso para ser
marítimo Capitán.
Una jornada has de hacer;
mira si te honra Arbolán.
Tú, que márgenes y costas
tienes tan bien conocidas,
sus atalayas y postas,
quiero que sus playas midas
hasta sus calas angostas;
escóndete en sus recodos,
que tú sabrás bien los modos
como se trata esta guerra,
pues naciendo en esa tierra
tendrás práctica de todos;
saca esas cuatro galeras
de espalderes reforzadas
a vela y remo ligeras;
lleguen de viento preñadas
a las cristianas riberas,
que si mi empresa enarbolas
y das la proa a las olas
rompiendo campos de sal,
temblarán de tu fanal
las márgenes españolas.
Estoy ya determinado
que esta noche, cuando esté
todo el puerto sosegado,
el lienzo al viento se dé,
de la entena desatado.
Cuelguen las aferravelas
de los cabos de las velas,
que yo me quiero poner
sobre ese peñasco a ver
de la manera que vuelas.
LEONARDO. Creces mis obligaciones
de suerte, que dos mil hierros
en alma y rostro me pones.
Dame esos esclavos perros,
verás obrar mis razones.
No quiero ser arrogante
hasta que a Biserta vuelva;
pero déjame que espante

con los pinos de esta selva
desde Tortosa a Alicante,
que oirás decir maravillas.

ARBOLÁN. Alá te vuelva, Medoro,
vitorioso a estas orillas.

LEONARDO. Tocarán, a fe de moro,
en el mismo Grao las quillas.

ARBOLÁN. Vámoslo a tratar.

LEONARDO. Camina.
(¡Ay, mi Lucinda divina!)

ARBOLÁN. (¡Oh, celos, ya voy seguro!)

(Vanse, y queda ZULEMA.)

ZULEMA. Mal sin tener que procuro,
juro a Diox estar mohina;
tenerle gran blegación
al Férez, que darme veda
vener con esta envención,
borque so prenda quereda
libertamux de prisión;
e agora embiar al mar
Arbolán al buen Leonardo.
¡O diablo que te lievar!

(Salen SULTÁN *y* ZARTE.)

SULTÁN. Tiempo, Zarte amigo, aguardo,
que hoy me quisiera embarcar.
Vine a Biserta corrido.

ZARTE. ¿De qué?

SULTÁN. De no haber traído
una gran presa a Arbolán.

ZARTE. ¿Es Zulema?

ZULEMA. Ya, Soltán,
hablalde en tempo berdido.

SULTÁN. ¿Cómo?

ZULEMA. Esta noche Medoro
llevalde cuatro galeras
e prometelde un tesoro.

ZARTE. Ello es sin duda; ¿qué esperas?

SULTÁN. ¿Qué ha visto en aqueste moro,
que tanto priva con él?

ZARTE. Eso causan las estrellas.

SULTÁN. Quisiera vengarme de él;
será Medoro con ellas
más valeroso y fiel.
¿Cómo a un moro advenedizo
de cuatro galeras hizo
su teniente?

ZARTE. ¿Qué te espanta,
si a costa de pena tanta
su voluntad satisfizo?
A la cautiva le dió.

SULTÁN. Eso, Zarte, bien sé yo
que fué engañar su mujer.

ZULEMA. Soltán, yo tener que hacer.

SULTÁN. ¿Vas allá?

ZULEMA. Pensar que no;
mas si mandar, ¿qué podemos?

SULTÁN. Ve con Alá.

ZULEMA. E vosancé
guardamos tampoco.

ZARTE. Demos
un remedio que yo sé,
con que el cargo le quitemos.

SULTÁN. ¿Cuál es?

ZARTE. Decir que le envía,
a Belaida, por gozar
de Lucinda, a quien fingía
amar para sosegar
las sospechas que tenía.
(Quedo, que vienen aquí.)

(Salen LUCINDA *y* BELAIDA.)

LUCINDA. ¿Aún te duran las sospechas?

BELAIDA. Sí, que son de celos hechas,
cristiana, y nacen de ti.

LUCINDA. Pues ¿háblame ya Arbolán?
Siempre he de estar a tu lado.

BELAIDA. Los ojos de mi cuidado
desvelados siempre están,
y descansa más contigo.—
¡Oh, Sultán!

SULTÁN. Oí tus quejas
y enternecido me dejas.

BELAIDA. Tengo este fiero enemigo,
y aunque me da mil enojos,
tráigole en ellos por vellos
como enfermedad en ellos,
que anda por fuerza en los ojos.

SULTÁN. Pues tengo que te decir,
si aquí un poco te retiras...

BELAIDA. Con amor mis cosas miras.
(Los dos aparte.)

SULTÁN. (Débote amar y servir.
Arbolán envía a Medoro
a España con sus galeras,
viendo que obligarle quieras
a que le dé su tesoro,
que él estima más que a ti.

BELAIDA. Luego ¿tiene celos de él?

SULTÁN. Que se deshace.

BELAIDA. ¡Oh, cruel!
¿Celos tiene?

SULTÁN. Pasa ansí.

BELAIDA. Pues ¿cómo esta noche toda,
por su vida y por la mía,
juró que no la hablaría?

SULTÁN. Porque con esto acomoda
sus gustos sin darte cuenta,
y porque es pública fama
que a su mujer en la cama
no hay casado que no mienta.

BELAIDA. ¿Que la habla?

SULTÁN. ¿Eso dudas?

BELAIDA. ¿Podrélo ver?

SULTÁN. Y tan loco,
que tus ojos tiene en poco
si de miralle los mudas.
Haz una cosa: yo haré
que veas que está contigo
y la requiebra.

BELAIDA. ¡Oh, enemigo!
¡Hombre, en fin, y hombre sin fe!
¿A mis ojos?

SULTÁN. Bien podrás.

BELAIDA. Pues si ve que yo le veo,
¿no templará su deseo?

SULTÁN. Oye y la industria sabrás.
Cuando estéis juntos aquí,
en descuidándote un poco,
como está de amores loco,
la hablará detrás de ti;
porque de los que lo vemos
no se le da nada a él;
si vuelves a estar con él,
hace diversos extremos
o quédase muy sereno.

BELAIDA. Pues si yo lo quiero ver
y lo mismo puedo hacer,
mal veré si es malo o bueno.

SULTÁN. Pues la industria es para eso.

BELAIDA. ¿Cómo?

SULTÁN. Di que te has quitado
o traes mal puesto el tocado,
o en alguna parte preso,
y pide un espejo.

BELAIDA. Bien.

SULTÁN. El, mirándote ocupada,
irá a hablar su prenda amada,
y aun a abrazalla también;
pues si para los abrazos
de ti se ponen detrás,
en el espejo verás
los efectos y los brazos.

BELAIDA. Ya lo entiendo. ¡Extraño enredo!)

(*Salen* ARBOLÁN *y* LEONARDO.)

ARBOLÁN. Ya sabes lo que has de hacer.

LEONARDO. Y yo sé bien que has de ver
lo que en tu servicio puedo.
Si hasta Toledo el mar fuera
o el Tajo en mar se tornara,
de traerte no dudara
la gente de su ribera.

ARBOLÁN. (Belaida está aquí.) ¡Oh, mi bien!

LEONARDO. Y Lucinda, que es el mío.
(¿Sabes como me desvío (*Aparte.*)
de tus ojos y con quién?

LUCINDA. ¿Qué dices?

LEONARDO. Lo que has oído.
Con el cargo de Sultán
me envía a España Arbolán,
y hoy me voy.

LUCINDA. Pierdo el sentido.

LEONARDO. Es sin remedio.

LUCINDA. ¡Ay de mí!
¡Cuándo volverás?

LEONARDO. No sé.

LUCINDA. ¿No me hablarás?

LEONARDO. No podré.)

ARBOLÁN. Hoy se ha de partir.

BELAIDA. ¿Ansí?
Huélgome que a España vaya;
mil cosas me ha de traer.

ARBOLÁN. No dudes que piensa ver
del Grao la arenosa playa.—
¿Medoro?

LEONARDO. (No puedo hablarte,
que me llama.

LUCINDA. Adiós.

LEONARDO. Adiós.)

ARBOLÁN. Quiero que hablemos los dos
sobre esta partida aparte.

LEONARDO. ¿En qué te sirvo?

ARBOLÁN. (Entretén
a Belaida, porque quiero
hablar a Lucinda.

LEONARDO. (¡Hoy muero!)

ARBOLÁN. Medoro, entreténla bien,
que la trae siempre consigo
y apenas me deja hablalla.

LEONARDO. Ve, pues.

ARBOLÁN. Querría abrazalla.
Ponte bien delante, amigo.

LEONARDO. Digo que la guardaré.)
Mi señora, ¿qué mandáis,
pues ya tan segura estáis
de las prendas de mi fe?

(LEONARDO *habla con la* MORA, *mirando siempre a* LUCINDA, *celosa.*)

¿Qué me pedís de Valencia?
Para vos soy mercader.

BELAIDA. ¡Ay!

LEONARDO. ¿Qué es eso?

BELAIDA. El ser mujer,
que es lo mismo impertinencia.—
Tráeme un espejo, Lucinda,
que se me cae el tocado.

(*Vaya* LUCINDA.)

ARBOLÁN. (Mira por dónde ha estorbado
que este desdén no se rinda
al deseo de mis brazos.
Pero, en fin, ha de volver.
¿Si la hará el cristal tener?
¡Plega a Alá se haga pedazos!)

(*Vuelve con el espejo.*)

LUCINDA. Aquí está el espejo. (Aquí
también lo está el de mi alma.)

ARBOLÁN. (Ardo y tiemblo, estoy en calma.
Amor, ¿qué será de mí?)

LUCINDA. ¿Quieres que le tenga?

BELAIDA. No;
retírate allá detrás.

LEONARDO. Señora, ¿no vale más
que ella...?

BELAIDA. Manos tengo yo.

LEONARDO. (En fin, se vuelven a hablar.
De celos me muero, Cielos.)

BELAIDA. (¡Cielos, yo muero de celos!
Mi muerte voy a mirar.)

LEONARDO. (¡Ay, que abrazarla porfía!)

ARBOLÁN. (Acaba, dame tus brazos.)

(*Dice* BELAIDA, *mirando al espejo:*)

BELAIDA. (El traidor tiende los brazos;
la cautiva los desvía.)

LEONARDO. (¡Ay, que por fuerza los toma!
¡Ay, que ya toca su pecho!)

BELAIDA. (Abrazóla, aquesto es hecho.
Daré voces, por Mahoma.
Mas quiero ver si ella gusta
de que la abrace Arbolán.)

LEONARDO. (Todavía hablando están
y no se aparta la injusta.)

BELAIDA. (El la ruega y le ha pedido
la cinta que trae al pecho;
ella le muestra despecho,
él se muestra desabrido.
Ya vuelve a pedir la mano,
ya se la toma por fuerza.
¿Es posible que me esfuerza
a ver esto Amor tirano?
La mano quiere besalle.
¡Ay de mí, que la besó!
Perderé mil vidas yo
primero que aquesto calle.)

(*Vuélvase a ellos.*)

¡Ah, perro, que bien te veo
todo lo que has hecho aquí!
En el espejo lo vi.
Bien conozco tu deseo.

(*Suelta el espejo.*)

Salga luego de mi casa
la infame cristiana.

ARBOLÁN. Mira
que son los celos mentira.

BELAIDA. ¿Mentira es ver lo que pasa?
Ya vi cómo la abrazaste
y la fuerza que la hiciste,
vi que la mano le asiste
y también que la besaste.
Ya sé que a Medoro envías
de celos que tienes de él.

ARBOLÁN. Tras ser loca estás cruel.
Mi amor con tu celo enfrías.
¡Vive Alá que he de partirme
a España, pues loca estás,
y que no me has de ver más!

(*Vase* ARBOLÁN.)

BELAIDA. Mi bien, oye. No hay oírme.
¿Ah, señor?—Corre, Sultán,
corre, [corre.]

ZARTE. No se vaya.

SULTÁN. El va, sin duda, a la playa.

(*Vase* SULTÁN, *y* ZARTE *tras él.*)

BELAIDA. ¡Hoy se me va mi Arbolán!
Decid que no le diré
nada en mi vida y que quiero
que vaya Medoro.

LEONARDO. (Espero
que aún mayor daño tendré.)
Señora, ¿tú estás celosa?

BELAIDA. Y aun muerta estoy.

LEONARDO. Pues advierte
que tendrá vida esa muerte
con sólo hacer una cosa.
Yo quiero a Lucinda bien;
dámela con gran secreto,
y llevarla te prometo
donde tus celos estén
seguros de sus enojos.

BELAIDA. ¿Llevarásla en las galeras?
LEONARDO. Llevaréla adonde quieras,
hasta en el mar de mis ojos.
Darésela al Capitán
por rescate, o a su esposo,
si es vivo.
BELAIDA. Estará quejoso
de tu amistad Arbolán.
LEONARDO. No importa, que con el oro
que por la esclava traeré
yo sé que le aplacaré.
BELAIDA. Bien dices. Pero, Medoro,
no sé yo si ella querrá.
LUCINDA. Muérome por ir con él.
LEONARDO. ¿Cómo entrará en el batel,
no la conozcan allá?
BELAIDA. Yo la vestiré de moro,
y ansí entrará disfrazada.
LEONARDO. Notable industria.
LUCINDA. Extremada.
LEONARDO. ¡Ay, mi bien!
LUCINDA. ¡Ay, mi Medoro!
¡Llévame al esposo mío!
LEONARDO. Hoy te llevaré a sus brazos
o el mar ha de hacer pedazos
mi vida en su centro frío.
Hoy ocuparás mi popa
y irá contigo Medoro
más enramado que el toro
que robó la bella Europa.
BELAIDA. Pues vamos, y le diré
que yo quiero que tú vayas.
LEONARDO. Mil esclavos de las playas
de Valencia te traeré.
BELAIDA. Que ésta me lleves allá
es sólo lo que querría.
LEONARDO. Pues ésta haz cuenta que es mía
y que en mis brazos está.
¿No me darás ya licencia
para abrazarla?
BELAIDA. Pues ¿no? (*Abrázala.*)
LEONARDO. Por Dios, que es poco que yo
te traiga toda Valencia.

(*Vanse, y salen cuatro soldados con arcabuces,* ROSALES, PEREDO, SALINAS, ZÁRATE, *y dos caballeros del hábito de San Juan,* DON JULIO *y* [DON] FRANCISCO DE ALVARADO.)

DON FRANCISCO.

Atrevimiento ha sido.

DON JULIO.

No creyera
que fuérades jamás de aqueste voto.

DON FRANCISCO.

Tomar tierra, don Julio, fué forzoso,
arrojados de la áspera tormenta;
que más vale vivir, aunque cautivos,
que no morir a manos del mar fiero.

ROSALES.

Ya, señor don Francisco de Alvarado,
que por ser español, os han seguido
los que veis con un ánimo tan fuerte,
no entréis la tierra adentro, que es locura;
demás, que ya la mar se desenoja
y pienso que se alarga la galera.

SALINAS.

Vuelva vuesa merced al batel luego;
que si se alarga, quedaremos todos
en esta tierra inculta y arenosa,
que no es de promisión, por vida mía.

ZÁRATE.

¿De qué sirve esperar si calma el viento
la furia que hasta aquí nos ha arrojado?

PEREDO.

Querrá que perezcamos don Francisco.

DON FRANCISCO.

Bueno está, seor Salinas y Rosales;
y creedme, por Dios, que nadie estima
más que yo vuestras vidas, y he mostrado
en muchas ocasiones lo que digo.
Tomar tierra hasta agora fué mi voto.
Si el mar se quieta, dejaré la tierra.

DON JULIO.

Esperad, que, por Dios, que se descubre
otra galera cerca de la nuestra.

DON FRANCISCO.

¿Si es de la Religión?

DON JULIO.

No pongáis duda,
que se ven desde aquí las cruces blancas.

ROSALES.

Zárate, ¿no es aquella otra galera?

ZÁRATE.

¿Cómo otra? Y otras dos, señor Rosales.
Cuatro están juntas ya.

SALINAS.

¡Qué linda vista!
Toda la escuadra de los diez se junta.
¡Alto, a la mar!

DON FRANCISCO.

Sin duda que son todas.
Desatad esa barca.

DON JULIO.

Dios nos guíe
y de todo peligro nos defienda.

(*Véanse las gavias y árboles de las galeras en lo alto y un* MARINERO *en una de ellas, y diga, después de algún ruido*:)

MARINERO.

Bien sé que no me engaño en lo que digo.

DENTRO.

Míralo bien.

MARINERO.

Galeotas son de moros.

DENTRO.

¿Cuántas?

MARINERO.

Una, dos, tres y aun cuatro he visto.
Digan al Conde que lo son, sin duda,
y parece que vienen de Biserta
y el rumbo a España.

DENTRO.

Mira que te habla
su señoría.

MARINERO.

Digo que se acercan
y que no nos han visto, y que son cuatro.

DENTRO.

No sean las de España o las de Italia,
que dicen que pasaban gente a Nápoles.

MARINERO.

Yo digo que son moros, y que he visto,
no sólo claras las latinas velas,
pero casi vestidos y colores.

DENTRO.

Pues alto. Izá, canalla. En corso vamos.
Si la alcanzo te mando cien escudos.
Izá, canalla.

MARINERO.

Ya nos han sentido.

DENTRO.

El viento ayuda.

OTRO.

Gran ventura ha sido.

(*Hágase el ruido de estas ocasiones. Salen el* CAPITÁN LUJÁN *y el* CONDE FABRICIO.)

FABRICIO.

Huélgome, Capitán, de haberos visto
como si viera al Coronel, mi hermano.

CAPITÁN.

Fuí en Italia, señor, siempre bienquisto
desde que vine con el duque Albano.

FABRICIO.

¿Cómo va en Perpiñán?

CAPITÁN.

Señor, no asisto
en esa fuerza ya, que este verano
fuí a la corte a llevar papel y heridas
y la razón de que perdí dos vidas.

FABRICIO.

¿Dos vidas? ¿De qué suerte?

CAPITÁN.

Había tratado
casar una hija sola que tenía
con un hidalgo honrado y gran soldado,
Alférez de mi propia compañía,
y antes de haberse ¡oh, gran dolor! gozado,
me la robaron de una huerta un día
moros que se ocultaron en dos calas,
dando sus velas a los vientos alas.
El mísero mancebo, que en diez días
la amaba más que en trato de diez años,
fuése, perdido por diversas vías,
con un esclavo autor de mil engaños.
Así, Conde, perdí las prendas mías,
y así, llorando mis presentes daños,
vengo a Nápoles, ya cansado y viejo,
y a España, por no ver mis males, dejo.

FABRICIO.

Bien dicen que se juntan desdichados,
Luján amigo, en todas ocasiones.
Dos hijos me dió el Cielo y mil cuidados.
El uno, peregrino en mil naciones,
porque diez y seis años son pasados
que se partió siguiendo los pendones
del César Carlos a Alemania la alta,
y desde entonces de mi casa falta.
El otro es una hija, que no caso
hasta saber del mayorazgo nuevas,
y sólo el Cielo sabe lo que paso,
y tú, pues otra igual desdicha pruebas.

Los días voy midiendo, el tiempo taso,
con más preguntas que la esfinge en Tebas.
¡Quiera Dios, Capitán, que en algún día
tú cobres esa prenda y yo la mia!
Mira si mandas algo de esta casa
mientras estás en Nápoles.

CAPITÁN.

Bien creo
que nunca ha sido al español escasa.
Agradezco, señor, tu buen deseo.
Guárdete el Cielo.

(*Vase el* CAPITÁN.)

FABRICIO.

En viendo lo que pasa
por otras partes, como en ésta veo,
consuelo mis desdichas en la ausencia
de mi Leonardo, y tengo, en fin, paciencia.

(*Sale* CELIA, *hija del* CONDE.)

CELIA. ¿No sabe vusiñoría
cómo se han desembarcado
diez galeras de San Juan
con gran cantidad de esclavos?
Toda Nápoles, señor,
corre a la playa loando
la vitoria que han tenido
los Caballeros Cruzados.
Cuatro galeras prendieron
con un famoso cosario,
aunque nuevo en el regillas,
la experiencia lo ha mostrado.
Medoro Arráez se nombra,
un valeroso africano,
y dicen que es en extremo
parecido a tu Leonardo.
Llévame, señor, a ver
el retrato de mi hermano,
y cómprale, si es posible,
para consuelo de entrambos.

FABRICIO. Las nuevas me han dado gusto.
¿Adónde los cautivaron?

CELIA. Cerca de Biserta, dicen.
Ven, señor, a verlos.

FABRICIO. Vamos,
que si a tu hermano parece
ese africano gallardo,
por cien mil escudos de oro
no dejaré de comprarlo.

ACTO TERCERO

(*Salen* LUCINDA, *en hábito de moro,* LEONARDO *y* ZULEMA.)

LUCINDA. No ha podido ser mayor
nuestra desdicha, Leonardo.

LEONARDO. Mayor, señora, la aguardo.

ZULEMA. ¿Mayor la aguardar, senior?
¿E cómo poder estalde
mayor, que estamux cautivos?

LEONARDO. ¿Tú no ves que el salir vivos
no ha de comprarse de balde?
Pero mayor desventura
de ésta se puede seguir
si nos han de dividir
para otra prisión más dura.

LUCINDA. ¡Esa desdicha nos falta!

ZULEMA. ¡Ese estropezo faltar!

LEONARDO. ¡Que viniésemos a dar
con diez galeras de Malta!
¡Que les fuese favorable
el viento!

LUCINDA. A sus blancas cruces
serenas mostró sus luces
el Cielo.

LEONARDO. ¡Caso notable!
Pero ¿por qué a nuestras lunas
había de dar favor?

ZULEMA. ¿Que tú lamentar, senior,
de estas pequenias fortunas?
¿No estar terra de cristianos
ésta que pisar?

LEONARDO. Sí es.

ZULEMA. Pos si aquí ponelde el pes,
estar ventura en las manos.
Decer que cristiano estar.

LEONARDO. ¡Ay, Zulema, que no ha visto
la fortuna que conquisto
hombre en la tierra o la mar!
Soy cristiano, verdad es,
y de alto y noble linaje;
pero vine en este traje
con las galeras que ves,
donde, desnuda la espada,
teñí sus blancos aceros
en algunos caballeros
de la Religión cruzada.
Y después de resistir
las galeras de Arbolán
como honrado capitán,
con ánimo de morir,
fuí cautivo como moro

y aquí a Nápoles traído,
donde, altamente nacido,
recibí la fe que adoro.
Pero si digo quién soy
dirán que soy renegado,
y que entre moros he estado
de la manera que estoy.
Y como cautivo he sido
en guerra y enemistad,
y no con mi voluntad
a nuestra fe reducido,
puesto en estrecha prisión,
sin más delito que el traje,
infamaré mi linaje
y moriré sin razón.
De suerte que soy cristiano
y no lo puedo decir.

ZULEMA. Decemux cómo fengir.

LEONARDO. ¡Ay, Zulema, será en vano!
¿Con quién lo podré probar?

ZULEMA. Conmego, que estar hegalgo.

LEONARDO. ¡Qué bien con mi intento salgo!
¿Qué tengo ya que esperar?
Aquí nos han de vender
por moros, siendo cristianos.

LUCINDA. Sucesos tan inhumanos
no sé cómo pueden ser;
que en el mundo no hay historia
que como la nuestra sea.

LEONARDO. No sé, Amor, quién te desea.
Mil penas tiene tu gloria.
¡Que venga yo a ser esclavo
moro en la misma ciudad
donde nací!

LUCINDA. La verdad
se ha de descubrir al cabo.
No te aflijas, señor mío.

LEONARDO. ¿Cómo tendré gusto agora?
Hoy nos venden, y hoy, señora,
de tus ojos me desvío.
Si juntos pudiera ser
que nos vendieran a un dueño,
fuera mi desdicha sueño
y gloria mi padecer.
Mas si nos han de apartar,
¿cómo tengo de sufrir
ver el alma dividir
y ver el cuerpo quedar?
El ser cautivo por moro,
puesto que yo soy cristiano,
poco importa, pues es llano
que la fe de Cristo adoro.
Pero si vivo sin ti,
¿cómo es posible que viva?

LUCINDA. ¿Que soy dos veces cautiva
y que esto es posible? Sí,
que soy yo por quien sucede;
que si yo misma no fuera,
¿cómo suceder pudiera
lo que en mis desdichas puede?
Entre moros soy cautiva
y lo soy entre cristianos.

LEONARDO. Finjámonos ser hermanos,
nobles y de sangre altiva;
quizá nos comprará alguno.

ZULEMA. ¿E Zoliema no hacer conta?

LEONARDO. No pienses que me remonta
de tu amor amor ninguno.
Sabe Dios lo que me pesa
esta desgracia por ti;
lo que padeces por mí
mi obligación lo confiesa.
Antes perderé la vida
que desampare la tuya.

ZULEMA. E cuando yo de ti hoya
Alá permitir berdida.

(*Salen* DON FRANCISCO DE ALVARADO *y los* SOLDADOS.)

FRANCISCO. Mándame que le presente
al Virrey los dos mejores.

LEONARDO. (Estos son nuestros señores.)

ROSALES. Aquel Arráez valiente
y el otro moro, su amigo,
puedes al Virrey llevar.

SALDAÑA. De que le vi pelear
a mi costa, soy testigo.

FRANCISCO. ¿Que siempre habéis de estar juntos?

LEONARDO. Con mi hermano estoy, señor.

FRANCISCO. Pues, señor galgo, ese amor
se va acabando por puntos.
¿Cómo se llama?

LEONARDO. Medoro.

FRANCISCO. ¿Y tú, galgazo?

ZULEMA. Zoliema.

ROSALES. Quien este perro no quema
debe de ser también moro.

ZULEMA. ¿Quemarme? ¿E bor qué quemar?

ROSALES. Porque no come tocino.

ZULEMA. ¿Tocino?

ROSALES. Ni bebe vino.

ZULEMA. ¿Ne? Vino bonico estar
a tenelde algún poquilio.

ROSALES. Luego ¿cómeslo?

ZULEMA. Aprobamux,
e sabelde si çomamux.
SALDAÑA. ¿Y bebes vino?
ZULEMA. Un traguilio.
FRANCISCO. Este moro es extremado.
¿Estás herido?
ZULEMA. Yo, no.
FRANCISCO. ¿Y enfermo?
ZULEMA. 'Estar sano yo,
senior, Mahoma loado.
FRANCISCO. Extiende esos brazos.
(*Abre los brazos y da a los* SOLDADOS.)
ROSALES. ¡Ay!
ZULEMA. ¿No lo mandar extender?
Pos el que mandalde, hacer.
SALDAÑA. Es recio entre cuantos hay.
FRANCISCO. Paséate.
ZULEMA. ¿Estar caballo?
¿Merar el dente tambén?
FRANCISCO. Tú, ¿estás bueno?
LEONARDO. Estoy sin bien.
ZULEMA. Este moro estar vasalio
del Rey de Argel; no vender,
que el Rey logo rescatar.
FRANCISCO. Al Virrey se ha de llevar.—
Abre esos brazos a ver.
LEONARDO. ¿Ya no los vistes abiertos
cuando, puesto sobre un cable,
hice defensa notable
entre tantos cuerpos muertos?
FRANCISCO. Abre ya.
LEONARDO. ¡Paso, cristianos!
FRANCISCO. Qué ladino es el perrón.
LEONARDO. Aquestos los brazos son;
vosotros sabéis las manos.
FRANCISCO. Paséate por ahí.
SALDAÑA. Con qué gravedad lo hace.
LEONARDO. Eso nace...
FRANCISCO. ¿De qué nace?
LEONARDO. De que con ella nací.
FRANCISCO. Ea, Rosales, llevad
aquestos dos al Virrey.
LEONARDO. Esto de la guerra es ley;
pero hacedme una amistad.
FRANCISCO. ¿Cómo?
LEONARDO. ¿A quién nos presentáis?
FRANCISCO. Al señor Duque de Osuna.
LEONARDO. Téngolo a buena fortuna
que a tan gran señor nos dais;
pero pues dos han de ser,
llevad a mí y a mi hermano.
FRANCISCO. No hay tratar.
LEONARDO. ¿Por qué, cristiano?
FRANCISCO. Porque éste es medio mujer
y es contigo desigual
para llevar una silla.
LUCINDA. No te cause maravilla,
si es mi hermano.
ZULEMA. E estar carnal.
LUCINDA. Que si en alguna pendencia
se acuchillan dos hermanos
a mil leones albanos
pueden hacer resistencia.
Y ansí podremos los dos
llevar esa silla bien,
y serviremos también
mucho mejor.
FRANCISCO. Bien, por Dios.—
Ea, llevad los que digo.
Vayan Zulema y Medoro.
LEONARDO. Sin mi hermano, a fe de moro
de no ir.
FRANCISCO. ¡Perro enemigo!
Dalde mil coces.
ROSALES. Camina.
LEONARDO. Muerto me habéis de llevar.
FRANCISCO. Pues, perro, haréte matar.
ROSALES. Este galgo desatina.
FRANCISCO. ¡Matalde!
LEONARDO. Matadme, pues.
LUCINDA. Hermano, no te resistas,
que si tu muerte conquistas
mira que dármela es.
Ve a servir al gran Virrey,
pon en un Duque de Osuna
la carga de tu fortuna,
que tiene sangre de rey.
En él mi esperanza fundo;
mira que el menor *girón*
de aquel divino blasón
puede ser capa del mundo.
Ve, que yo te buscaré
dondequiera que estuviere.
LEONARDO. Voy, Zaide, como quien muere.
Dame esos brazos.
LUCINDA. Sí haré.
LEONARDO. ¿Buscarásme?
LUCINDA. Con los ojos.
LEONARDO. ¿Olvidarásme?
LUCINDA. No puedo.
LEONARDO. ¿Quedas triste?
LUCINDA. Sin ti quedo.
LEONARDO. Y ¿qué sientes?
LUCINDA. Mil enojos.

LEONARDO. Yo soy furia.
LUCINDA. Yo veneno.
LEONARDO. ¿Que he de ir?
LUCINDA. ¿Que te has de partir?
LEONARDO. ¿Qué tengo de hacer?
LUCINDA. Sufrir.
LEONARDO. ¡Buen señor sirvo!
LUCINDA. Muy bueno.
LEONARDO. Está firme.
LUCINDA. Soy tu amigo.
LEONARDO. ¿Mudaráste?
LUCINDA. No podré.
LEONARDO. ¿Qué te sustenta?
LUCINDA. Esa fe.
LEONARDO. Adiós.
LUCINDA. El vaya contigo.
ZULEMA. Zaide amego, adiós.
LUCINDA. Tú toma
mis brazos también.
ZULEMA. Ben das,
e por se no te ver más,
encomendarme a Mahoma.

(*Llévanlos.*)

FRANCISCO. El Conde habéis de decir,
Rosales, que los envía.
LUCINDA. ¡Quién me dijera este día!
¡Partirse el alma es morir!
FRANCISCO. ¿Sientes mucho que se ausente?
LUCINDA. Sí, señor; somos hermanos,
y en tierra, aunque de cristianos,
siento el no verle presente.
FRANCISCO. ¿Quieres tú servirme a mí?
LUCINDA. No, señor, que sois soldado
y me diera gran cuidado
el veros partir de aquí.
FRANCISCO. ¿Qué importa? Yo te daré
mil galas y pocas penas,
y sin hierros y cadenas
a España te llevaré.
Mira que soy Alvarado,
de mi nobleza confía.
LUCINDA. Si pierdo la compañía,
señor, de mi hermano amado,
creed que me huiré de vos
o que os tengo de matar.
FRANCISCO. Eso sí que es negociar.
¡Muy buen esclavo, por Dios!
LUCINDA. Pues si la verdad os digo,
¿de qué os mostráis agraviado?

(*El* CONDE FABRICIO *y* CELIO, *criados.*)

FABRICIO. En extremo me ha pesado
de que no fuesen conmigo.
Y tienes, Celia, razón
que se parece a tu hermano
aquel gallardo africano.
CELIA. Del Duque de Osuna son,
que se los ha presentado
el General.
FABRICIO. Yo quisiera
llegar a tiempo, que hubiera
algún esclavo comprado.
Que cuando llevar le vi
la sangre me alborotó,
que se me representó
vivo mi Leonardo allí.
Verdad es que no tenía
pelo de barba y ya está
como le ves.
CELIA. ¿Será ya
de esta edad?
FABRICIO. Esta tendría.
FRANCISCO. ¿Qué buscaba por acá
vueseñoría?
FABRICIO. Quisiera
que un moro se me vendiera,
que a servir al Duque va,
porque me pareció bien.
FRANCISCO. Aquí un morillo ha quedado,
que, aunque es algo afeminado,
es de su sangre también.
FABRICIO. ¿De qué manera?
FRANCISCO. Es su hermano.
FABRICIO. ¿Su hermano?
LUCINDA. Sí soy, señor.
FRANCISCO. Es, en efeto, el menor.
FABRICIO. ¿De dónde eres, africano?
LUCINDA. De Biserta soy.
FABRICIO. ¿Quién fué
tu padre y de aquel esclavo?
LUCINDA. Hijos somos de Aliazabo,
moro de sangre en su fe.
FRANCISCO. ¿Sabes bien que éste es tu herma- [no?
LUCINDA. De padre no lo sé yo;
que una madre nos parió
es en Biserta muy llano.
FABRICIO. ¿Celia?
CELIA. ¿Señor?
FABRICIO. No pensaba
decirte lo que ya digo;
pensé que el Cielo, en castigo,
un hijo infame me daba,
y que aquel Leonardo era
que muchacho imaginé

que renegó de su fe;
¡mira qué extraña quimera!
Y como dice este moro
que es su hermano, he sosegado
mi pecho.

CELIA. ¿Eso habías pensado
contra tu mismo decoro?
Anda, señor, no lo creas.

FABRICIO. Este esclavo he de comprar
que más me pienso informar.

CELIA. Deseo lo que deseas.

FABRICIO. Señor español, yo quiero
ese moro; ¿qué queréis
por él?

FRANCISCO. Que a esa dama deis
para tocas el dinero
y le llevéis norabuena.

FABRICIO. Venid conmigo.

FRANCISCO. Sí haré.

CELIA. ¿Moro?

LUCINDA. ¿Señora?

CELIA. No esté
tu pensamiento con pena
de hierros en pies ni cara.

LUCINDA. Beso, señora, esos pies.
¿Vivís aquí?

CELIA. ¿No lo ves?

LUCINDA. (¡Fortuna, esta rueda para!
¡Oh, mar, no mudes el aire,
la nave va bien regida!)

CELIA. (No he visto en toda mi vida
moro con tanto donaire.)

(Vanse, y salen cuatro o seis alabarderos en dos bandas, y el DUQUE DE OSUNA, *los* SOLDADOS *y* ZULEMA *y* LEONARDO.)

DUQUE.

Aceto los esclavos; decí al Conde
que le beso las manos y que me haga
merced de que comamos juntos.

ROSALES.

Siempre
fué el Conde aficionado a su excelencia
y deseó servirle.

DUQUE.

Tengo en mucho
los esclavos, por ser de su vitoria.

SALINAS.

Pasad, moros, allí.

DUQUE.

¿Cómo es tu nombre?

LEONARDO.

Medoro me llamaban en Biserta.

ROSALES.

Este fué el Capitán de las fragatas:
es valiente, es cosario y es ladino,
y aun algunos presumen renegado.

DUQUE.

Ven acá. ¿Renegaste?

LEONARDO.

No he tenido
más ley que la que ves.

DUQUE.

Yo te prometo
que te haga castigar.

LEONARDO.

Verdad te digo.

DUQUE.

¿Eres noble en tu tierra?

LEONARDO.

Mis principios
lo parecieron; humillóme el tiempo,
que sube las privanzas a las nubes
y da con las ciudades por la tierra;
mas no quiero pensar que me derriba,
que, cuando fuera Rey de toda el Africa,
tuviera por más próspera fortuna
servir a un gran virrey Duque de Osuna.

DUQUE.

¿Quién eres tú?

ZULEMA.

Senior, no estar ladilia
como este que él compaña.

ROSALES.

Di ladino.

ZULEMA.

No estar ladrilio ne saber to lengua,
y así, sólo decelde a su esquinenza
que estamux moros e que haber nacedo
por donde todos nacen en mi terra.

SALINAS.

Tiene donaire el moro, y es valiente,
y como un Rodamonte temerario.

ZULEMA.

Como esa vez haber rodado monte.

DUQUE.

Háganlos de vestir.

SALINAS.

Guárdete el Cielo.

DUQUE.

Decilde al Conde que me voy a misa
y que a comer le espero.

(*Vase el* DUQUE.)

ROSALES.

¡Ea, Zulema,
que buen amo tenéis!

ZULEMA.

¡E cómo bueno!

LEONARDO.

Si viéredes allá, señor soldado,
a Zaide, aquel mi hermano, de mi parte
le diréis que me avise, si le venden,
en qué parte de Nápoles habita.

SALINAS.

Eso haré, porque sois, Medoro, hidalgo.
Quedaos con Dios.

(*Vanse los* SOLDADOS.)

LEONARDO.

El mismo os acompañe.—
Ya Zulema, servimos; ya tenemos
dueño y señor los dos.

ZULEMA.

Ya tener doño
e no esperar volvermus a Beserta,
e joro a Dios que se no estar contego,
que poner el garganta en una corda.

LEONARDO.

¡Ay, Zulema, que tú lloras tu patria
y tienes compañeros en tu pena!
¡Triste de mí, que, de mi bien ausente,
pierdo el juicio y perderé la vida!
¡Yo cristiano y esclavo entre cristianos!
¡Yo esclavo, siendo libre, y que no pueda
decir cristiano soy! ¿Hay tal suceso?
¿Hay tal desdicha?

ZULEMA.

¡Ah, mi senior, tenelde
bon ánemo, por Dios, que el sufrimiento
ser pétima de nobles corazones!
Yo rogar a Mahoma socorrer ti,
e presto remediar el que pasamus.

LEONARDO.

Hágalo Dios, Zulema, que Dios puede;
que aqueso de Mahoma es disparate.

ZULEMA.

¡Oh, Leonardo, merad que por las leyes
decer que padre a hejo, hermano a hermano
poder matar! Hablalde con el tento,
e no decer Mahoma estar beliaco.

LEONARDO.

¡Ay, Zulema!, ¿qué haré? ¿Cómo podremos
ver mi Lucinda?

ZULEMA.

Acá tratar de espacio.

LEONARDO.

¡Oh, gran casa de Reyes!, ¿cómo es esto?
¿Cristianos en ti sirven como esclavos?

ZULEMA.

E no te lamentar de la fortuna:
al nube seguir sol; al noche, el día;
bon amo estar Xamón Doqui de Osuna.

LEONARDO.

¡Ay!, ¿cuándo te veré, Lucinda mía?

(*Salen* ARBOLÁN *y* SULTÁN.)

ARBOLÁN.

Como digo, Sultán, vengo siguiendo
al traidor que robó mi prenda amada.

SULTÁN.

Todo el disinio, General, entiendo
de tu violenta y trágica jornada.

ARBOLÁN.

Salvoconducto les pedí, diciendo
que a rescatar de la perdida armada
vengo los moros que cautivos fueron
y en Nápoles agora se vendieron.

Hallé en el puerto dos de mis galeras,
las otras dos echó el cristiano a fondo;
vi rotas en pedazos mis banderas,
mis lunas visitando lo más hondo;
llámanme algunos en cadenas fieras
atados a los bancos; no respondo
ni hago más que llorar ver mis soldados
libres ayer y hoy al remo atados.

Salto en las arenas de la playa y veo
aquel Mendoza, que, espalder, solía
mirar en mi galera, que el angeo
apenas hombro y pecho le cubría,
con vestido español, galán paseo,
que Milán telas, plumas Berbería,
parece que le dieron, compitiendo,
círculos de pavón al aire haciendo.

Hablo con baja frente hasta la arena,
a quien hablaba el cómitre a la espalda,
con la mano de duras mimbres llena,
pálido el rostro, de color de gualda;
conóceme, y doliéndole mi pena,
deja aparte una bélica guirnalda
de un corro de españoles y los brazos
extiende a darme y dióme mil abrazos.

SULTÁN.

Era español, en fin; era Mendoza.

ARBOLÁN.

Contóme, finalmente, que saliendo
Medoro, con bisoña gente moza,
la derrota de España fué siguiendo,
y aunque de verse en libertad se goza,
la verdad, sin soberbia prosiguiendo,
me refirió, Sultán, que tuvo el moro
valor y ánimo igual a su decoro.
Diez galeras de Malta le siguieron,
con mil pechos que honraba la cruz blanca;
luego las velas a los vientos dieron;
como la garza del halcón arranca,
caza con viento próspero les dieron
gente española, italiana y franca,
y el conde Rosiñol, francés, que iba,
por general, de esfuerzo y sangre altiva.
Dispáranse cañones y mosquetes,
ciérrase el cielo de humo, y de él, las luces,
lloran agua en el mar; a los trinquetes
saltan mil castellanos y andaluces,
rómpense banderolas, gallardetes,
cansados de encender los arcabuces,
que, asidos de los bordes y las velas,
ya esgrimen las espadas y rodelas.
Desde el estanterol a la crujía,
dicen que el renegado y vil Medoro,
defendiendo la popa, discurría
dónde llevó, sin duda, mi tesoro;
mas siendo tan cruel la batería,
como en el coso agarrochado toro
dicen que se rindió, y a honor y gloria
de la cruz de San Juan, cantó vitoria.

SULTÁN.

¿Díjote, acaso, si murió?

ARBOLÁN.

No es muerto,
que después que a la tierra le sacaron
con Zulema, su amigo, desde el puerto,
al Virrey presentado le enviaron.

SULTÁN.

¿Que esclavo es del Virrey?

ARBOLÁN.

Sin duda es cierto.

SULTÁN.

No menos triste fin pronosticaron
las soberbias indignas de hombres viles;
¡y llamábasle tú segundo Aquiles!

ARBOLÁN.

El llevarme robado mi tesoro
fué causa que el de Malta le encontrase.

SULTÁN.

Tú, ¿qué piensas hacer?

ARBOLÁN.

Buscar el moro
antes que el sol al Occidente pase.

SULTÁN.

Harás muy bien; pero ¿sabrá Medoro
dónde quedó Lucinda?

ARBOLÁN.

Si negase
dónde la puedo hallar, ¡viven los Cielos!,
que le quemase en fuego de mis celos.

SULTÁN.

¡Bella es esta ciudad!

ARBOLÁN.

No mira Apolo
cosa más bella desde el Pez al Aries.

SULTÁN.

En el palacio, ¿no entrarás?

ARBOLÁN.

Yo solo,
aunque mi parecer, Sultán, contraries.

SULTÁN.

Antes sospecho que se mude el Polo
que de este amor en la firmeza varies.

ARBOLÁN.

Yo he de cobrar mi esclava.

SULTÁN.

¿De qué modo?

ARBOLÁN.

Amor, Sultán, estratagema es todo.

Como es hijo de Marte, y Marte airado
es el dios de la guerra, y en la guerra
todo es industrias, este Amor vendado
todas las artes de engañar encierra,
yo he de hablar al Virrey.

SULTÁN.

Pues ¿qué has trazado?

ARBOLÁN.

Para saber si tiene en esta tierra
Medoro a mi Lucinda, oye una cosa
a mis ojos extraña y ingenisa.
Diréle que Zulema y que Medoro
le vienen a matar desde Biserta,
pagados de Selín con gran tesoro,
y que esto con hechizos se concierta:
que una mujer cristiana que este moro
trajo escondida y de nación incierta,
los está fabricando de secreto.

SULTÁN.

Dime de tanta máquina el efeto.

ARBOLÁN.

Para que se averigüe, ¿no está claro
que la ha de hacer buscar con diligencia
un señor absoluto?

SULTÁN.

El caso es raro,
y que la hará venir a su presencia.
Pero, hallada Lucinda, ¿qué reparo
piensas poner en tanta diferencia?
¿Cómo te la han de dar, si está culpada,
que habrá de ser, por fuerza, castigada?

ARBOLÁN.

Eso sabrás después.

(ZULEMA *sale y tres o cuatro* PAJES *del Virrey.*)

SULTÁN.

(¡Oh, Alá! ¿No es éste
Zulema?

ARBOLÁN.

El mismo.)

ZULEMA.

¡A me pecar feleres,
hijos de pota!

PAJE 1.°

¡Ah, perro Zulemilla!
Mahoma fué arriero.

ZULEMA.

¡Mentir, potos!
Mahoma no tener cifio (1) ninguno.

PAJE 2.°

¡Pícale, don Luís!

ZULEMA.

¡Ay!

PAJE 3.°

¡Daca, perro,
el zancarrón!

ZULEMA.

¡Ah, bajes pecarilios,
ban y catorce, cama de curdeles,
vela da dox!

PAJE 2.°

¡Perrazo, daca luego
el zancarrón!

ZULEMA.

¡Tomalde, alcabotilios!

PAJE 1.°

¿Coces tiras, bellaco?

ZULEMA.

¿No pederme
el zancaxo? Tomamus.

PAJE 2.°

¡No, perrazo!,
sino aquel zancarrón que cuelga en Meca.

PAJE 3.°

¿Sabéis cómo está allí?

ARBOLÁN.

(Sultán, entremos
sin que nos vean, ¡que por Alá santo
que mate alguno!

SULTÁN.

Vamos.)

PAJE 2.°

¿De qué suerte,
Guzmán, en Meca está el pernil mohoso
del señor don Mahoma?

PAJE 3.°

Enamorado
dicen que andaba este bestial Profeta

(1) Véase la nota de la pág. 410, primera columna. Ahora el "cifio" significa *oficio*.

de una judía, y el marido y padres
cogiéronle entre puertas como a perro
y diéronle paliza temeraria;
viéndole muerto, hiciéronle pedazos,
reservando una pierna y la cadera,
rogando a la judía que dijese
que una noche, gozándola, se había
subido al Cielo, y que ella, por tenerle,
le asió de aquella pierna, que en reliquias
le dejó, y se llevó lo más del cuerpo;
creyéronlo los moros, y escapáronse
de ellos, con este engaño, los judíos;
tomaron, pues, la pierna, y allá en Meca,
entre piedras imanes la pusieron,
cuya virtud la tiene y la sustenta,
aunque ellos piensan que es milagro.

ZULEMA.

¡Ah, berros,
de Mahoma decer beliaquerías!

PAJE 2.º

¿Y lo del trigo cuando predicaba,
que enseñó una paloma que viniese
a comelle los granos en la oreja,
y ellos pensaban que le hablaba entonces?

PAJE 1.º

¡Que son cosa de risa esos milagros!
De un corral hizo dos este Profeta
con una tapia en medio.

PAJE 2.º

¡Ese fué bravo!
Otra vez se comió de caracoles
un plato, y le dejó lleno de cáscaras.

ZULEMA.

¡Hacer moy ben si estar con so caldilio!
Bécaros potos, ¿qué decer de moros,
e los más de vosotros decendentes
estar de ellos?

PAJE 3.º

Yo no; Guzmán me llamo.

PAJE 1.º

Yo, Toledo.

PAJE 2.º

Yo, Viedma.

ZULEMA.

Aliá en Espania,
logo decer: "Yo estar Bazán, Toledo,
Borto Carrilio, Gárdenas, Gozmanio,
Borríquez, Pemintel, Sandoval, Cerda",
e estar ayer so agüelo en un cantilio
echándole soleras al alcalzas.
¡Ya conocemus ben españolicos!

(Sale LEONARDO, *ya de esclavo, con el correón al cuello de la silla y el palo de ella.)*

LEONARDO.

Vuesas mercedes dejen este moro
por hacérmela a mí, que es hombre noble,
y no merece tanta burla y fiesta.

PAJE 2.º

¡Oiga la gravedad de estotro perro!
Métele un alfiler, Viedma.

LEONARDO.

¡Oh, villanos!
¡Vive Dios, si me quito la correa...!

ZULEMA.

¡Pegar, por vida vosa!

LEONARDO.

Espera un poco.

PAJE 2.º

¡Ay!

PAJE 3.º

¡Ay!

PAJE 1.º

Perro bellaco, ¡vive Cristo,
que te he de hacer pringar al mayordomo!

ZULEMA.

¿Prengar? Mejor comemus el toceno
que vos, beliaco, e se prengar querelde,
prengamus en el pan.

LEONARDO.

Mira, Zulema,
que si estos pajes dan en perseguirte
y tú no lo remedias, no tendremos
seguro sueño aun en las mismas camas.

ZULEMA.

¿Yo, qué colpa tener?

LEONARDO.

Mucha, que te entras
en el tinelo y comes cuanto hallas;
pides dinero, juegas a los naipes,
sufres humazos, libramientos, cosas
cuya conversación pára en desprecio.

ZULEMA.

Senior Leonardo, el vino estar colpado,
que me saber moy ben.

LEONARDO.

Pues si te agradan
las cosas de cristianos, la ley toma.

ZULEMA.

E ¿qué dirá Mahoma?

LEONARDO.

Yo te juro
que él no te diga nada.

ZULEMA.

E vos, ¿qué hacelde
se yo volver cristiano? ¿hacer lo mesmo?

LEONARDO.

Yo, Zulema, no puedo, que no puede
tomar otro bautismo el bautizado;
sólo puedo esperar que a mi fortuna
ponga remedio el gran señor de Osuna.

(*Sale* LUCINDA *de esclavo, muy gallardamente vestida.*)

LUCINDA. ¿Pensabas que no te había
de visitar?

LEONARDO. ¿Quién es?

LUCINDA. Yo.

LEONARDO. ¿Lucinda?

LUCINDA. Mi bien, ¿pues no?

LEONARDO. ¡Abrázame, oh prenda mía!

ZULEMA. E Zuliema, ¿no abrazamux?

LUCINDA. ¡Oh, Zulema!

ZULEMA. A bona fe
que bon amo ha vosancé,
mejor que a nosotros damux.
¡Oh, cómo estar ben vestida!

LUCINDA. ¡Qué quieres!, ventura ha sido.

LEONARDO. En fin, mi bien, te han vendido,
siendo el alma de esta vida.
¿A quién, dónde y cómo estás?

LUCINDA. Con un gran señor estoy,
donde regalada soy
como sus hijos, y más.

LEONARDO. ¿Quién es?

LUCINDA. El conde Fabricio.

LEONARDO. ¡Válame Dios! ¿Vivo es?

LUCINDA. ¿Conócesle?

LEONARDO. No me des
de quién es mayor indicio
que verte tan bien tratada,
tan alegre y tan contenta...

LUCINDA. Saca el honor de la afrenta,
a veces, fortuna airada;
mi amo me quiere bien,
y aun su hija.

LEONARDO. Bueno es eso.

LUCINDA. Pierde por quererme el seso,
y aun las criadas también.
"Zaide, ayer me dijo, creo,
que me casara contigo
si fueras cristiano."

LEONARDO. Digo
que has hecho un famoso empleo;
pero ¿qué no hechizarás
con esos ojos?

LUCINDA. El Conde,
en fin, a quien es responde.

LEONARDO. (Fortuna, ¿qué espero más? (*Ap.*)
Mi padre es éste que cuenta;
mi hermana, la que le ama;
una sangre y una llama
nos abrasa y atormenta.
¡Basta, que los dos hermanos
la venimos a querer!)

LUCINDA. ¡Que esclavos vengan a ser
cristianos entre cristianos!
Da alguna traza, mi bien,
con que se sepa quién eres.

LEONARDO. ¿Qué traza, Lucinda, quieres
que mis desventuras den?
A peligro nos ponemos
de quedar por renegados;
pero estemos confiados
en la fe y ley que tenemos;
que El nos mostrará el camino
como salir de este enredo.

LUCINDA. Huélganse de ver que puedo
y quiero comer tocino;
yo, por hacerlos placer,
hago mil truhanerías,
con que gano aquestos días
de vestir y de comer.
Vete allá, que te he guardado
mil regalos que te dar,
que me dejo regalar
por que vivas regalado,
y por que, siendo mujer,
otra no te dará celos.

LEONARDO. (Tantos laberintos, Cielos,
¿qué margen han de tener?)

LUCINDA. Dos camisas que me dió,
para ti las tengo allí.

ZULEMA. ¿E no tener para mí

algo que ponerme yo?
Merar que veda estar elia
acá; joro a Diox que estar
sen qué comer, sen cenar,
con un ración de un cuartelia;
e decer que no beber
moro vino e no le damux;
cuando sen cenar costamux,
decer dotrina, decer;
e no sabeldo el dotrina,
de hambre no poder dormir,
yo aunque palo el sacodir,
sempre andamux al cocina.

LUCINDA. ¿Qué palo es éste, mi bien,
y qué correa en tu cuello?

LEONARDO. De una silla.

LUCINDA. En sólo vello,
tiemblo.

ZULEMA. Ayudamux tambén,
que, un detrás y otro delante,
con el silia andar ansí,
arre quí y arre colí,
al borreco semejante.

LUCINDA. ¿Es posible que has venido
a tanto mal?

LEONARDO. Estos son
soldados de pretensión;
quieren servir y han servido;
vete a casa, no te vean.

LUCINDA. Dirételа.

LEONARDO. Ya la sé.
(Que allí nací y me crié.) *(Aparte.)*

LUCINDA. Voime.

LEONARDO. Y más si te desean;
vete, que un patio en palacio
tiene siempre muchos ojos.
Allá iré con mis enojos
y descansarán de espacio.

(*Sale el* CAPITÁN LUJÁN, MANFREDO, *italiano;* RICARDO *y* CÉSAR.)

CAPITÁN. Parece que habéis tomado
gran pesadumbre, señores,
lo que he hablado.

MANFREDO. Esos rigores
son muy de español soldado.

CAPITÁN. Esta es casa de español
y puedo hablar de españoles,
y más de tan altos soles,
donde está tan alto el sol.

RICARDO. ¿No me diréis en qué topa
esta porfía?

MANFREDO. Prefiere
este español, porque él quiere
a cuantos hoy tiene Europa,
al Duque de Alba en la guerra,
y yo alabo al de Pescara.

CAPITÁN. Cuando yo no le alabara,
me culparan en mi tierra;
alabo al Marqués y digo
que fué un grande capitán.

LEONARDO. (¡Cielos!, ¿no es éste Luján?

ZULEMA. ¿Quén?

LEONARDO. Luján, Zulema amigo;
el padre de mi Lucinda.

ZULEMA. ¡Por Mahoma, que ser él!

LEONARDO. Estos tres riñen con él.)

MANFREDO. No hayas miedo que se rinda,
aunque más guerras y empresas
del de Pescara contéis.

CAPITÁN. Es gran razón que alabéis
tantas vitorias y presas;
hágase lenguas la fama
con que alabe al gran Marqués,
que el décimo digo que es
de los que famosos llama;
pero, si soy español,
digo, con su buena salva,
que del Duque de Alba es alba
y que el Duque de Alba es sol.

RICARDO. Vos ¿sois soldado?

CAPITÁN. He servido
como honrado Capitán
en Flandes y en Perpiñán;
honroso cargo he tenido,
y a Portohércules voy
a ser castellano agora.

MANFREDO. Y un soldado ¿tanto ignora?

RICARDO. ¡Viven los Cielos, que estoy
por hacerle desdecir!

CAPITÁN. Señores italianos,
miren que los castellanos
no lo solemos sufrir.

RICARDO. Sois un viejo impertinente.

CAPITÁN. ¡Mentís!

RICARDO. ¡Matalde!

LEONARDO. ¡Eso no,
perros, que estoy aquí yo!

(LEONARDO, *con el palo de la silla, se pone en medio.*)

MANFREDO. ¡Oh, infame esclavo, detente!
¡Tente, moro!

ZULEMA. ¡No hay tener!

¡Pega, senior!

RICARDO. ¡Muerto soy!

CAPITÁN. ¿Muerto? Por aquí me voy.

ZULEMA. Morto, ¿qué habemus de hacer?

LEONARDO. Huír quisiera, y no puedo.
¡La guarda viene!

(Salen las ALABARDAS.)

GUARDA. ¡Oh, traidor;
por el Duque, mi señor,
que te mate!

(Salga el DUQUE *con el* CONDE FABRICIO.)

DUQUE. ¡Tened quedo!
¿Qué es esto?

GUARDA. Ha muerto a Ricardo
este moro.

DUQUE. ¿Hay tal maldad?
¿Es noble?

GUARDA. Es de calidad
y caballero gallardo.

DUQUE. Pasalde el pecho.

(Pónenle las alabardas al pecho, y el CONDE FABRICIO *se ponga de rodillas delante de él.)*

FABRICIO. Señor,
suplico a vuesa excelencia
temple esa dura sentencia,
que, aunque es moro, es gran rigor.

DUQUE. Conde, ¿no es éste un esclavo?

FABRICIO. Sí, señor.

DUQUE. ¿Y moro, en ley?

FABRICIO. Verdad; pero vos sois Rey,
en quien la piedad alabo;
óigale primero.

DUQUE. Di,
¿por qué mataste aquel hombre?

LEONARDO. Un viejo, de cuyo nombre
ser Capitán entendí,
con estos italianos
el justo honor defendía
del Duque de Alba, y tenía
noble lengua y cuerdas manos;
acometieron los tres
matarle; yo vi las canas,
puse mis razones, vanas,
en medio, y éste que ves,
que es un palo de tu silla,
que siendo tuyo este palo
a cualquiera vara igualo
de justicia de Castilla,
no le tuvieron respeto;
maté al uno de los tres
por honra del palo, que es
de tu persona, en efeto.

DUQUE. El moro se ha disculpado;
por eso no es bien que muera.
¡Hola, vaya a la galera!
Y esotro moro ¿es culpado?

ZULEMA. No estar culpado; mas ser
moy certo en cuanto le igualo,
que, a tener el otro palo,
lo mesmo podiera hacer.
Lievar tambén al galera;
no querer quedar acá,
que adonde Medoro va,
estar de razón que muera.

DUQUE. A éste dejalde aquí
y a esotro llevad.

FABRICIO. Señor,
usarán de gran rigor
si lo ven llevar así;
yo le llevaré y podré
guardalle del vulgo.

DUQUE. Sea
como el Conde lo desea.
¡Hola! Esotro preso esté.

GUARDA. Vamos, Zulema.

ZULEMA. ¡Ay de mí!
Medoro, quedar con Dios.

DUQUE. Conde, adiós.

FABRICIO Dirá de vos
la fama mil bienes.

(Todos se van, y quedan LEONARDO *y el* CONDE)

Di,
gallardo moro, ¿qué has hecho
en este pecho de un hombre
que apenas sabe tu nombre,
que ansí me has movido el pecho?
Aquella alabarda fiera
el alma me atravesaba,
y aun aquí el dolor me acaba
de ver que vas a galera.
¿Quién eres? ¿Qué puedo, di,
hacer por ti, que en ti veo
lo que mueve mi deseo?
Mira, moro, el tuyo en mí.

LEONARDO. Señor, aunque yo no sé
quién sois, vuestro talle y cara
y la piedad que me ampara
me fuerza que cuenta os dé
desde el primer fundamento
de mi mal.

FABRICIO. Comienza a hablar.
LEONARDO. ¿Habéisme de remediar?
FABRICIO. Sí, por Dios.
LEONARDO. Estad atento.
Nací en aquesta ciudad,
rica, populosa y clara,
de padres nobles.
FABRICIO. ¿Qué dices?
LEONARDO. Que nací en la ley cristiana.
FABRICIO. (Sin duda que es el que pienso.
¿Qué es lo que mi pecho aguarda,
que no le digo quién soy?
Mas no es razón; teneos, alma,
que si es mi hijo y dejó
su ley por la seta falsa
del vil Mahoma, no es justo
que me cause tanta infamia,
y mejor es encubrillo
hasta ver en lo que pára,
que el determinarse presto
largo arrepentirse causa.)
LEONARDO. ¿Qué habláis, señor, en secreto?
FABRICIO. El caso extraño admiraba
de ver que cristiano seas.
LEONARDO. Oíd.
FABRICIO. Adelante pasa.
LEONARDO. Nací del conde Fabricio.—
¿Qué es, señor, lo que os desmaya?
FABRICIO. Hijo, el ver que de tal padre
naciese desdicha tanta.
LEONARDO. Esforzaos, y no sintáis
tanto la ajena desgracia.—
Murió mi madre, que fué
española y castellana
y prima de la Virreina.
FABRICIO. ¿Qué Virreina?
LEONARDO. La pasada,
que vino en su compañía.
FABRICIO. Ya me acuerdo. ¡Cosa extraña!
LEONARDO. El Conde anduvo de amores
con una dama gallarda
que, sin ser su mujer propia,
para mí ha sido madrastra;
tan malas obras me hizo,
que me salí de su casa,
pobre, solo, sin dineros,
y casi a pie entré en España.
Ibase a Flandes entonces
el famoso don Juan de Austria,
hijo del gran Carlos Quinto,
emperador de Alemania;
seguíle como soldado,
que con la tercera paga
me salió el primero bozo,
que bien pudieran las canas.
Halléme en todas las guerras,
rebeliones y marañas,
con el Príncipe de Orange,
vertiendo esta sangre honrada;
llegó aquel infausto día
que don Juan cayó en la cama
para tener con la muerte
otro campo de batalla...
Murió en Bouges aquel mozo
de cuyo rostro temblaban
las cuatro partes del mundo:
lloró España y cantó el Asia;
un caballero español
su cuerpo muerto embalsama,
de suerte que, hecho pedazos,
cupiera en cualquiera caja;
pero después, estas partes,
de tal suerte se juntaban,
que volvía a estar entero,
con su vestido y sus armas.
Así le llevó a Filipo,
y yo fuí aquesta jornada
con el capitán Luján,
que pienso que está en Italia;
a Perpiñán me llevó
y de mucha gente hidalga
fuí Alférez, y tan su amigo,
que en dos cuerpos vive un alma.
Tenía sola una hija
en Espinosa, que llaman
de los Monteros, y quiso
conmigo Luján casarla;
acetélo, envió por ella;
llegó, enamoréme, y basta
decir que la amé en seis días
para que sepas sus gracias.
Holgábase en las orillas
del mar Lucinda gallarda;
prendióla Arbolán, un moro
de los cosarios de fama;
tomé el mismo traje yo,
y robéla de su casa,
dándome él cuatro galeras
con que a Valencia alteraba.
Allí fuimos los dos presos
de diez galeras de Malta,
y a mí, y a un moro, y a ella,
nos trajeron a esta playa;
diéronme al Duque, y Lucinda

que en traje de moro estaba,
vendieron al padre mío,
que allá la tiene en su casa.
Señor, si sabéis del Conde,
si es vuestro amigo, si basta
ser cristiano, véala yo
antes que a galera vaya.

FABRICIO. Es notable tu suceso,
y tu vida tan extraña,
que a lágrimas me ha movido
por ti, el Conde y por la patria.
Yo conozco, amigo, al Conde,
y si él tiene allá tu dama,
yo haré que la veas primero;
vente conmigo a su casa.

LEONARDO. ¡Vos sois mi amparo, señor;
vos, mi padre!

FABRICIO. (No te engañas;
la sangre llevo revuelta.)

LEONARDO. ¡Ay mi bien!

FABRICIO. Sígueme y calla.

(Vanse, y sale el DUQUE *con su* GUARDA, *y los moros* ARBOLÁN *y* SULTÁN.)

DUQUE.

¿Hay tan gran maldad? ¡Vayan al punto
por aquella mujer!

GUARDA.

Si está en galera
el esclavo, señor, que de ella sabe,
¿dónde o cómo se ha de ir?

DUQUE.

Llamad esotro.

GUARDA.

Aquí en casa está preso.

DUQUE.

Traelde luego.—
Pues ¿qué movió, africanos, a ese moro
para querer matarme?

ARBOLÁN.

Es muy preciado
de los libros del duelo de la honra;
que es español y renegado, y dice
que en España le hiciste cierta afrenta.

DUQUE.

Y que matarme intentan estos moros.

(GUARDAS *y* ZULEMA.)

GUARDA.

Zulemilla está aquí.

DUQUE.

Moro villano,
¿dónde está una mujer que traes contigo,
que dicen que es cristiana?

ZULEMA.

No sabemux,
que haber vendido ya.

DUQUE.

Venga un tormento,
que él dirá la verdad.

ARBOLÁN.

¿No me conoces?

ZULEMA.

¡Válgate el diablo a vosancé! ¿Qué es esto?

ARBOLÁN.

Di luego la verdad.

ZULEMA.

Sinior, se todo
saberse ya, saber que estar Locinda
en casa de Fabricio.

DUQUE.

¿Quién, el Conde?

ZULEMA.

El Conde.

DUQUE.

¿Y aun con eso defendía
que no matase al moro, si es culpado
el Conde?

GUARDA.

Puede ser.

DUQUE.

Traed al Conde
y a todas las personas de su casa,
sin que dejéis un paje solo en ella,
y vayan cien soldados con la guarda.

(Vaya la GUARDA.)

¡Perro! ¿Tú darme muerte?

ZULEMA.

E ¿quén decemus
que yo matar a te?

DUQUE.

¿Quién? Estos moros,
que vienen de Biserta a sólo esto.

ZULEMA.

¡Joro a Dios que mentimos el que dece!

SULTÁN.

Zulema, ya tus burlas se acabaron;
hoy colgará de un palo tu cabeza
y ocupará tu cuerpo tres caminos.

ZULEMA.

¡Mal anio para vox, perro biliaco!

(*Dos* SOLDADOS *que traen preso al* CAPITÁN LUJÁN.)

SOLDADO.

Pasa adelante.

DUQUE.

¿Qué alboroto es éste?

SOLDADO.

Al capitán Luján hemos prendido.

CAPITÁN.

Señor, si por volver por nuestra patria
y dar a la nación lo que es tan justo
merezco muerte, replicar no quiero.

DUQUE.

¿Vos sois Luján?

CAPITÁN.

Yo soy; vuestra excelencia
se informe de quién soy y mis servicios
y cómo en Perpiñán moros cosarios
me robaron mis hijos, de que tengo
papeles.

ZULEMA.

¿Qué papeles? Conocemux
al Gabatán, e estar verdad que dece.
Zolema ser; ¿no conocer Zolema?

(*Al* CONDE *traigan preso, a* LUCINDA, *a* LEONARDO *y a* CELIA *las* GUARDAS.)

GUARDA.

Aquí, señor, lo principal que había
en la casa del Conde te traemos.

FABRICIO.

Señor, ¿por qué me prendes?

DUQUE.

Estos moros
dicen que tienes en tu casa misma
una mujer que, con mis dos esclavos,
me vienen a matar.

FABRICIO.

Señor, yo tengo
este esclavo en mi casa.

ARBOLÁN.

No es esclavo,
que ésta es mujer.

LUCINDA.

Verdad, yo soy Lucinda,
cristiana y hija de un cristiano hidalgo,
que el capitán Luján por nombre tiene.

CAPITÁN.

¡Esta es mi hija!

LUCINDA.

¡Padre de mi alma!

DUQUE.

Ven acá, moro. ¿Cómo tú venías
a matarme, con ésta concertado
de darme hechizos?

LEONARDO.

Arbolán, ¿es tuyo
aqueste enredo?

ARBOLÁN.

(Todo se declara.
¿Qué haré, Sultán?

SULTÁN.

Sufrir lo que viniere.)

LEONARDO.

Señor, yo soy cristiano y no soy moro;
que habiéndome este moro cautivado
mi esposa, de Luján, como veis, hija,
la fuí a sacar, hurtando lengua y traje;
pero cuando volvía fuí cautivo
de aquellos caballeros, y el silencio
que he tenido en callar que soy cristiano
fué miedo de pensar que me tendrían
por renegado viéndome en su traje
y pelear en sus galeras.

CAPITÁN.

¡Cielos!
¿Eres Leonardo tú?

LEONARDO.

Yo soy Leonardo.

FABRICIO.

Pues, Leonardo, más falta. Su excelencia
sepa que éste es mi hijo.

DUQUE.

¿Vuestro, Conde?

FABRICIO.

Mío, señor, que le perdí muy niño.

DUQUE.

¡Notable historia!

FABRICIO.

Capitán, yo huelgo
de que mi hijo vuestro yerno sea.

CELIA.

En fin, Lucinda, me has burlado.

LUCINDA.

Celia,
perdonad, y abrazadme como hermana.

DUQUE.

En tanta confusión de padres y hijos,
yo no sé qué os decir más de entregaros
estos moros traidores.

ARBOLÁN.

Yo confieso
que, enamorado de Lucinda, hice
el enredo que veis, y que soy digno
de la muerte.

ZULEMA.

E yo dego que querelde
ser crestiano.

DUQUE.

Y yo ser padrino tuyo.

LEONARDO.

Arbolán, yo, que soy cristiano y noble,
si gusta su excelencia, darte quiero
libertad y tenerte por mi huésped,
de la suerte que allá yo lo fuí tuyo.
Daréte un gran presente que le lleves
a Belaida en mi nombre y de Lucinda.

ARBOLÁN.

¡Tus pies quiero besar!

LEONARDO.

Aquí, senado,
da fin aquesta historia verdadera,
que su autor llama *Los Esclavos libres,*
de cuyas faltas grandes, yo, Leonardo,
pido perdón en nombre de *Belardo.* (1)

FIN

(1) Nombre poético de LOPE.

LA FAMOSA COMEDIA

DE

LA ESCOLÁSTICA CELOSA

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES: (1)

JULIA, *dama.*
CELIA, *dama.*
TEBANDRA, *dama.*
CARDENIO, *estudiante.*
VIRENO, *su amigo.*
VALERIO, *galán.*
MARCIO, *galán.*
OSTILIO.
PLÁCIDO.
OCTAVIO, *estudiante.*
LEONARDO, *estudiante.*
PORCELIO, *estudiante.*
OLIMPO, *criado de* CARDENIO.
FABRICIO.
PERSIO. (2)
HONORIO.
LICONIO. (3)
[*Un* PAJE.]

JORNADA PRIMERA

(*Sale* CARDENIO *con manteo y sotana, y* VIRENO, *su amigo, y* JULIA, *dama.*)

CARDENIO. Vos, señora, habéis llegado
donde podéis descansar.
JULIA. Por fuerza ha sido el lugar
y el despediros forzado.
Bien de espacio hemos venido;
mas no hay plazo que no alcance.
CARDENIO. Yo le llamo en este trance
lazo de mi bien perdido.
¡Qué corto camino tiene
la voluntad en el gusto!
JULIA. Y ¡cuán largo es el disgusto
que por cortos pasos viene!
Quiérome entrar, no me sienta
mi madre. Cardenio, adiós.
CARDENIO. Cuando se enoje con vos
poned su enojo a mi cuenta,
y esperad, por Dios, un poco.
JULIA. Mal su condición sabéis.
CARDENIO. Señora, no me culpéis,
que estoy por extremo loco.
Volvedme a dar esa mano.
JULIA. Y con el alma os la doy.
CARDENIO. Con tal mano desde hoy
ricas esperanzas gano.
¡Oh, mano, en cuyo poder
está mi vida o mi muerte!
Mano poderosa y fuerte,
donde es ganar el perder;
mano hermosa y vengativa,
agraviadora y süave;
mano libre y dulce llave
de la voluntad captiva.
¡Oh, mano, que de esta vez
con el alma misma os toco!
VIRENO. Ella vendrá poco a poco
a ser mano de almirez.—
Entrate, Julia, en tu casa,
no escuches este perdido.
JULIA. Segunda vez me despido.
CARDENIO. ¡Oh, mano, en mi bien escasa!
Aguarda, mano cruel,
mano vengativa y fiera,
mano que gustas que muera
hombre que vive sin él, (1)
mano de Scévola fiero
y de un robusto Nerón.
VIRENO. Más propia comparación
fuera hacella de mortero.
Acaba; déjala entrar,
que la reñirá su madre.
CARDENIO. Más debe a su mismo padre,
que tiene el primer lugar.
VIRENO. ¿Quién es su padre?
CARDENIO. El Amor,
que es padre de cuanto hoy vive,
y de quien forma recibe
toda materia en rigor.
Amor engendra, amor cría,
amor conserva y sustenta;
el amor el mundo aumenta,
sin amor se acabaría.

(1) Constan estas dos últimas palabras sólo en la edición de Zaragoza, 1604.
(2) Este personaje se llama en el texto "TEODOSIO".
(3) A éste llama después LICELIO.

(1) Este verso no hace sentido. Quizá diría el anterior:

"Mano que ha gusto en que muera".

Ama el hombre, el pez y el ave,
la fiera, la planta, y todo
ama y quiere de tal modo
que su género no acabe.

VIRENO. Entrate, Julia.

JULIA. Porfía
a tenerme

VIRENO. Pues advierte
que por sólo detenerte
te habla Filosofía.

JULIA. Adiós, Cardenio.

CARDENIO. Señora,
de tu estudiante te acuerda.

JULIA. Tu amor me inquieta y recuerda.

CARDENIO. Mi bien, ¿qué has de hacer ahora?

JULIA. Dormir pienso, por tu vida,
que estoy desasosegada.

CARDENIO. ¡Quién te viera, Julia amada,
al dulce sueño rendida,
o quién fuera el mismo sueño
y esas estrellas cubriera.
porque en este punto fuera
de tus bellos ojos dueño!
Vete y llévame la vida.

JULIA. La mía te queda aquí.

CARDENIO. ¿Que vas [a] acostarte?

JULIA. Sí.

CARDENIO. ¿Luego?

JULIA. Voy medio dormida.

(*Vase* JULIA.)

CARDENIO. ¡Fuése, entróse, aquí quedé!
Vireno, mi bien se va.

VIRENO. ¿A quién no provocará
a risa tu amor?

CARDENIO. No sé,
sino es a un hombre discreto,
a un cuerdo, a un bien entendido.

VIRENO. Mejor dirás a un perdido,
a un majadero, en efeto.
¡Pesar de mí! ¿Tú naciste
en Toledo, cuyo clima
por el más feliz se estima
del ingenio que ofendiste?
¿Tú entre gente te has criado
que profesa discreción?
¿Esas las liciones son
y el crédito celebrado?
¿Tú, que predicar solías
a los amigos desdén
y que para querer bien
antídotos escribías,
no los tomas para ti,
y con ese ciego amar
ocasión les quieres dar
a que se burlen de ti?

CARDENIO. ¿Quién esa verdad te niega?
Una cosa es escribillo,
Vireno, y otra sentillo.
El que mira mejor juega.
¡Triste de mí, que mirando
vi sobre la tabla el lance,
y puesto en el mismo trance
ciego estoy, a escuras ando!
Amo a una extraña mujer
que tiene en la condición
por alma un camaleón,
imposible de saber.
Con esto a engañarme viene,
pues el alma es como viento,
mira tú qué entendimiento
sabrá la color que tiene.

VIRENO. Sí; pero bueno sería
que, templando tanto amor,
conocieses el color
de tu fuego o nieve fría.
El que ama, si es discreto,
siempre, amigo, ha de tener
sospechosa a la mujer
si es su amor falso o perfecto.
La razón por que ésta ha dado
en fingir lo que ha fingido,
es porque te ha conocido
perdido de enamorado.
Tanto, que aunque agora quieras
fingir que no le amas tanto,
tu risa tendrá por llanto,
tus burlas tendrá por veras.
Y más, que es mujer discreta
y tiene algo de taimada;
que aun pienso que está ocupada
de otro viento la veleta.

CARDENIO. ¿Qué he de hacer? Ya le miré,
ya le amé, ya me perdí.

VIRENO. Volver, si es posible, en ti
y que menos loca esté.
Si a su puerta te anochece
y mientras la noche calla
lloras tú y el sol te halla
despierto cuando amanece,
¿qué ha de hacer sino dormir?

CARDENIO. ¡Oh, consejos de hombre sano!

VIRENO. Sano, y de Castilla, hermano;
quiero lograrme y vivir;

¡qué bonito que era yo
para andar en estos pasos,
rondando casas y casos!
¡Pesar de quien me parió!
¿Yo toda la noche estar
como cuero de aire lleno?
A dos horas, del sereno,
me pudieran enterrar.
¿Yo escribir? ¿Regalar yo?
¿Yo estar mudo? ¿No comer?
¿Yo esperar desde un ayer
un hoy que nunca llegó?
A los bobos; que mi cama,
después que he cenado bien,
antes que las ocho den
es mi señora y mi dama.
¿De un sabio oído no has,
entre varios pareceres,
que usaba de las mujeres
por necesidad no más? [migo

CARDENIO. ¡Oh, bruto! ¡Oh, bestia! ¡Oh, ene-
del mayor bien, que es amor!
A mi mal era rigor
ese infame, que maldigo.
¿Qué vale ese fin, qué vale
sin requebrar ni rogar,
sin llorar, sin esperar,
sin ver si sale o no sale,
sin tomar la hermosa mano
temblando de amor y miedo,
sin sufrir aquel "no puedo"
y aquel "¡ay, Dios, qué villano!";
aquel fingirse cruel,
llamándole loco y ciego
y aquel allanarse luego?

VIRENO. Anda, que eres moscatel.
¿Hay cosa como llegar
cuando hay hambre en la comida,
sin que pida ni despida
y oír tañer sin templar?
Esta es mucha sutileza.
Sueño, comida y mujer
son tres cosas que han de ser
de común naturaleza.
¡Vive Dios, no sufra yo
un melindrillo estudiado
y un "téngase, que me enfado",
y un... al fin que dé un no,
por cuanto tiene Florencia!
¡Oh, bienhaya una fregona
que al hablar con la persona
le hace la reverencia!
Vamos, mi señor Macías,
y mudará de sotana.

(Entra VALERIO *y* OSTILIO.)

VALERIO. Vila entrar esta mañana
y hela visto muchos días.
Con esto los celos crecen
y no se mengua el amor.

OSTILIO. Ya tus descuidos, señor,
esto y mucho más merecen.
Quien ama siempre ha de estar
con el cuidado en la mano,
como quien sirve a tirano,
que siempre le ha de agradar.
¿Tiene buen rostro y buen talle
ese estudiante?

VALERIO. Bastante
a que no mate ni espante.

VIRENO. (¿No ves que hay gente en la calle?
¿No nos hemos de ir de aquí?

CARDENIO. Vireno, ¿estará durmiendo
Julia?

VIRENO. Sí.

CARDENIO. No hagas estruendo,
que duerme mi vida allí.)

(Vanse.)

VALERIO. Gente se va de la reja. (1)

OSTILIO. Alguien pasaba, y paróse.

VALERIO. No es posible que repose,
Amor, quien de ti se queja.
A quien los celos enojan
imita, triste, afligido,
a quien bueyes ha perdido,
que la sombra se le antojan.

OSTILIO. Mejor pudieras decir
al que bueyes ha ganado,
que un celoso imaginado
al coso puede salir.
¡Cómo Julia te ha engañado!

VALERIO. ¿Y eso no es fácil de hacer?

OSTILIO. ¿Cómo?

VALERIO. Siendo ella mujer
y yo hombre que la ha amado. (2)

OSTILIO. Mira que en todo el lugar
tiene ya la discreción
de este estudiante opinión,
y en mujer no hay que fiar.

---

(1) Decía "calle"; pero se enmendó en las ediciones sucesivas.
(2) En todas las ediciones, "amo".

VALERIO. Julia es mía.
OSTILIO. Eso es verdad;
pero no te cause enojo
ver que la rija un antojo
de cualquiera novedad.
VALERIO. Calla, necio. Llega y llama,
que en mi antigua posesión
su esperanza y mi opinión
es como estopa en la llama.

(*Sale* JULIA *a la ventana.*)

OSTILIO. Julia abrió, llégate a hablar.
VALERIO. ¡Oh, mi Julia!
JULIA. ¡Oh, mi Valerio!
No fué el salir sin misterio.
VALERIO. Púdote el alma avisar,
digo la mía, que vive
dentro de mi (1) mismo pecho.
JULIA. Sin duda el milagro ha hecho
la que de ti luz recibe.
¿Cómo estás?
VALERIO. Estoy quejoso,
loco, ignorante, impaciente,
solícito, diligente.
JULIA. ¿Quieres decir?...
VALERIO. Soy celoso.
JULIA. ¿Tú celos? Y ¿de quién, di,
si sabes que yo te adoro?
VALERIO. De un estudiante de oro
que ayer a tu cuello vi.
JULIA. ¡Jesús! ¿Tan jarifo era?
VALERIO. El lo debe de pensar.
JULIA. No creas que en tal lugar
con tantas ropas cupiera.
Y ¿para qué buenos son
con tantos cargas y cargos?
VALERIO. Los hombres de faldas largos
son cortos de dilación.
Temo, Julia, que se valga
de la industria y del buen seso,
y de sus faldas el peso
a la cabeza me salga.
¿No ves las melancolías
de unas sotanas muy santas?
Pues no encubre industrias tantas
un libro de tropelías. (2)
¿Ves aquel encogimiento?
Pues en quedando en jubón
más salta a cualquiera son
que una pelota de viento.
Mal conoces tú estudiantes
que pasan burlas y veras,
que a fe que son de primeras,
más que de letras pasantes.
Guárdate de él.
JULIA. Es un necio.
VALERIO. Menos te vengo a creer,
que es muy propio en la mujer
estimar y hacer desprecio.
Mucho te habrá regalado.
¿Hate dado algún soneto?
JULIA. Ya no corre el ser discreto,
que son letras de cornado.
No entiendo filosofías;
sólo te quiero, mi bien.

(*Entra* CARDENIO; VIRENO, *en hábito de noche, y dice* CARDENIO:)

CARDENIO. (Puesto que durmiendo estén...
VIRENO. ¿Qué no podrás si porfías?
JULIA. Apártate de la reja,
que suena gente en la calle
CARDENIO. (Un hombre, y no de mal talle,
donde me quejo se queja.)
VALERIO. (Quiérome aquí desviar.)
CARDENIO. (Vireno, Valerio es éste.
Aunque la vida me cueste
he de ocupar su lugar.
VIRENO. Pues llega y la reja ocupa,
que dos somos para dos.)
VALERIO. (Eso merece, por Dios,
quien su lugar desocupa.
Ostilio, obligado quedo
a quitar los dos de aquí.
OSTILIO. Yo sin espada salí
y tengo un poco de miedo.
Vamos y llama un amigo
y no sufras este agravio.
VALERIO. ¿Estará en su casa Otavio?
OSTILIO. Sí.
VALERIO. Sígueme.
OSTILIO. Ya te sigo.)

(*Vanse.*)

CARDENIO. Cruel, que para mi mal
duermes y para el ajeno
estás despierta al sereno,
escucha esta voz mortal;
escucha las ansias mías,
que bien sé que estás despierta.

(1) Así en los textos; pero mejor sería "tu mismo".
(2) En ediciones posteriores, "eutrapelías".

JULIA. ¿Quién llama a mi reja y puerta?
CARDENIO. Un hombre que amar fingías,
un cuerpo con alma ajena
que un tiempo con ella estuvo,
pues la que primero tuvo
ya es alma que vive en pena.
Una sombra del que fuí,
una desdicha que fué,
un lince que ya no ve
y un ciego que agora vi.
JULIA. Que eres loco te confieso,
y tengo por cosa llana
que en dejando la sotana
arrimas con ella el seso.
¿Dices de un hombre que estaba
en aquesta puerta ahora?
CARDENIO. Sí, que es Valerio, señora,
y sospecho que te hablaba.
JULIA. Sospechas mal, que la calle
a nadie negar se puede.
Basta que por tuya quede
y que yo no quiera hablalle.
Anda, vete, que estás loco.
VIRENO. Ya yo, Julia, se lo digo.
JULIA. ¿Es Vireno?
VIRENO. Y un amigo
que no le castiga poco.—
Vete [a] acostar, que eres necio.
CARDENIO. ¿De aquí me podré apartar?
JULIA. Con esto, me entro a acostar.

(*Entrase* JULIA *de la ventana.*)

VIRENO. Tú das causa a este desprecio.
Fuése y cerró la ventana.
CARDENIO. ¡Oh, mi amada celosía, (1)
mirándoos me mire el día,
hálleme en vos la mañana!
No me apartaré de aquí.
VIRENO. Quítate, loco, ignorante.
CARDENIO. No ha de haber quien me levante
de aquí un punto.
VIRENO. Estáte ahí.
CARDENIO. Echarme he en este suelo
hasta que la dulce salva
que hace a la tierra el alba
me despierte el sol del cielo.
VIRENO. Pues sosiega a tu placer
mientras me voy poco a poco,
que quien acompaña a un loco
cerca está de enloquecer.

(*Vase.*)

CARDENIO.

Echado en este suelo, ¡oh, luces bellas,
cuya piedad en mi remedio invoco,
con los suspiros de mi alma os toco,
que os igualan también en ser centellas!
¡Oh, Bocina famosa, lumbre entre ellas,
y tú, Lucero, que no amaste poco,
si estrella eres de Venus, yo soy loco,
que a media noche cuento las estrellas!
¡Oh, Carro celebrado! ¡Oh, lumbres puras!
¡Oh, Norte hermoso, que en el alta corte
del cielo estuvo, donde estáis seguras!
De mi estrella la luz al sol importe;
ante (1) su claridad serán obscuras,
la Bocina, el Lucero, el Carro, el Norte.

(*Sale* VALERIO, OCTAVIO, OSTILIO, *arrodelados.*)

VALERIO. Quedó en la reja.
OCTAVIO. Ya entiendo;
pero de esta valentía
presto verás si me ofendo.
CARDENIO. (Este viene en busca mía
con tantas armas y estruendo.
Muchas armas ha traído
para un hombre tan vencido
de las manos de un recelo,
que se ha echado por el suelo
de confesarse rendido.
Callar quiero y escuchar,
que tiempo habrá conveniente.)
OCTAVIO. (No ha conservado el lugar.
¡Por mi vida, que es valiente!—
Aunque duerme he de llamar.)
¿Ce? ¿Ce?
JULIA. No estoy tan dormida
que no te escuche, mi vida,
mi alma y todo mi bien.
CARDENIO. (Mala pedrada te den,
falsa, mujer fementida.
Mirad lo que hay que fiar.)
VALERIO. ¿Qué se ha hecho el fanfarrón
que ocupaba este lugar?
JULIA. Hícele cierto sermón,
y fuese.
VALERIO. ¿Adónde?
JULIA. A acostar.

(1) Dice "celogía". En las ediciones posteriores, "celoxía".

(1) En los textos, "antes", por errata.

VALERIO. ¿Pusístele, acaso, miedo?
JULIA. Dije de ti lo que puedo.
VALERIO. Mal has hecho en desvialle
esta noche de la calle.
JULIA. ¿Cómo así?
VALERIO. Corrido quedo;
que no porque me autorices
es bien que se me haya ido.
JULIA. ¿Y que de veras lo dices?
VALERIO. ¡Bueno! Había prometido
a tus rejas sus narices,
y Octavio se aniquila
de ver que en balde se afila
la espada, que le afrentáis.
CARDENIO. (¿Narices? ¡Por Dios, que estáis
entre Caribdis y Scila!
¡El diablo que las sonara,
aunque romadizo hubiera!)
OCTAVIO. ¡Que yo a tiempo no llegara
para que un paso le hiciera
de oreja a oreja en la cara!
CARDENIO. (¡Lleve el diablo el pasadizo
y quien tales pasos hizo!—
¡Vive Dios, que es cobardía
no volver por la honra mía!)
VALERIO. Todo mi bien se deshizo.—
Bien os podéis, Julia, entrar.
JULIA. No os dé celos este necio.
CARDENIO. (¡Mirad si me sabe honrar!)
JULIA. Sólo a vos estimo y precio:
en el alma os doy lugar.
CARDENIO. (¡Y yo te la daré a ti
donde me la das a mí!)
VALERIO. Adiós, Julia.—Octavio, vamos.
OCTAVIO. ¿Que tantas armas sacamos
para una liebre?

(*Vanse.*)

CARDENIO. (¡Ay de mí!)
Detente, Julia.
JULIA. ¿Quién es?
CARDENIO. Cardenio soy.
JULIA. ¡Oh, mis ojos!
CARDENIO. ¿Tus ojos?
JULIA. Mis ojos, pues.
CARDENIO. ¿Tus ojos o tus enojos?
JULIA. Menos cuando más me des.
CARDENIO. ¿Ha venido alguien aquí?
JULIA. Aquel Valerio, aquel loco,
vino a preguntar por ti.
CARDENIO. ¡Que me tengas en tan poco
que así te burles de mí!
¡Ingrata! Yo oí mi nombre
en tu boca, y no te asombre
no querelle defender,
porque por tan vil mujer
no es bien que se pierda un hombre.
¿Era yo aquel que querías?
¿Era yo aquel adorado?
¡Qué bien dorarme sabías
el hierro que ha traspasado
las nobles entrañas mías!
¡Tu maldad he descubierto!
Todo lo sé, todo es cierto;
las piedras tienen oídos.
¡Vuelvan esos atrevidos
que de palabra me han muerto!
¡No más mujer sin amor,
que yo la sabré buscar
donde me estimen mejor!
¡Quiero el hábito dejar
testigo de tu rigor!
En él dejaré mis daños
y tus pesados engaños
como culebra el pellejo,
que un desengaño es consejo
para remediar los años.
De mi amor honrado indigna,
ya no amante, mas diamante;
pero no es piedra tan fina
mujer que es tan falsa amante.
Liberal en prometer
y escasa para cumplir,
mujer mil veces mujer,
para mil veces decir; (1)
hermosa para ser cebo
de las falsas esperanzas,
que agora burladas llevo;
instrumento de mudanzas,
a quien la que intento debo.
¿No respondes, inhumana?
¡Cruel, mudable, liviana!
JULIA. ¡A un estudiante tan necio
no quiero hacer más desprecio
que darle con la ventana!

(*Vase.*)

CARDENIO.

¡Cierra, que también yo cierro el pecho,
adonde no hallará lugar tu alma

---

(1) Falta un verso a esta quintilla y otro a la anterior en todos los textos. Queda, por tanto, obscuro el sentido.

mientras tu agravio (1) viva en mi memoria!
¡Oh, noche, la postrera de mi vida,
si en ti llegase ya mi eterno sueño
y me buscase la dichosa muerte!
Pues Julia me engañó, ¡venga la muerte!
Entre a vivir en tu agraviado pecho,
de que su amor fué engaño, sombra y sueño.
¡Sirena de mi bien, vuélveme el alma,
que si te cansa mi enojosa vida,
a quitármela basta tu memoria!
¡Salid, gusto, salid de mi memoria,
que quiere en su lugar entrar la muerte,
cansada el alma de tan flaca (2) vida!
Rasguen mis manos mi abrasado pecho
para que salga a descansar el alma
y la parte mortal en dulce sueño.
El pecho va sin alma, y de la vida
triunfó la muerte; sueño fué mi gloria;
déjame en paz o mata mi memoria.

(*Vase, y sale* VIRENO *y* CELIA.)

CELIA. De vuestra relación temo
quedar con algún cuidado.
VIRENO. Yo os prometo que, tratado,
es apacible en extremo.
Verdad es que la afición
me pudo en esto engañar.
CELIA. (Siempre es puerta el escuchar
para entrar al corazón;
mas Dios me libre de verme
metida en este disgusto,
ni de despertar el gusto
cuando el pensamiento duerme.)
VIRENO. ¿Qué estás hablando entre ti?
CELIA. Las partes de este tu amigo.
VIRENO. Soy de su trato testigo,
y antes de ahora lo fuí.
Por mucho que de él te diga
no digo la menor parte.
CELIA. Eres sospechoso y parte.
VIRENO. Ninguna cosa me obliga,
Celia, sino la verdad.
CELIA. Que le alabes te permito.
VIRENO. Podré, pues no solicito,
señora, tu voluntad.
CELIA. Pluguiera a Dios así fuera
como la tiene captiva.
VIRENO. No hay esclavo que así viva,
no hay captivo que así muera.

(1) En las ediciones posteriores se imprimió, por errata, "alma", en lugar de "agravio".
(2) En las ediciones sucesivas, "alta".

CELIA. ¿Quién es el dichoso Argel
que tal esclavo merece?
VIRENO. Mujer que no le aborrece,
mas no se muere por él.
CELIA. ¿Tiene buen entendimiento?
VIRENO. En eso le habrá faltado.
CELIA. Amor a ningún amado
perdona agradecimiento.
Si tiene ocupada el alma
mal puede hacerle favor,
porque entonces ese amor
es como la nave en calma.
VIRENO. Pienso que está lastimada
de algunos tiempos atrás.
CELIA. De esta suerte mal podrás
dejar tu intención culpada.
Que mujer que quiere bien
a quien le paga el amor,
al hombre de más valor
ha de mostrarle desdén.
¿Quién podrá con igualdad
reducir vuestra aspereza,
quereros bien con franqueza
y no queréis con crueldad?
El que más nuestro honor precia
quiere a la mujer que ame
que hasta gozalla sea infame
y, gozada, una Lucrecia.
VIRENO. Juzgas sin haberme oído. (1)
CELIA. ¿En qué culpas esta dama,
si por amar a quien la ama
pone a tu amigo en olvido?
Que antes es digna de palma.
VIRENO. Porque quiere bien a dos;
y, dándole un alma a Dios,
tiene para todos alma.
CELIA. ¿Por qué Cardenio quería
mujer que obligada está?
VIRENO. ¿No ves que lo supo ya
que remedio no tenía?
A la fuerza de su amor
han nacido aquesos celos.
CELIA. Antes los celos son hielos
del amoroso calor.
VIRENO. Más creo que se te alcanza.
CELIA. Pues dime, ¿qué son los celos?
VIRENO. Martirios, penas, recelos,
inquietud, desconfianza.
Conserva para el amor,

(1) En el texto, "ido", por errata. Enmendada en los posteriores.

gusto para el amistad,
es bien a la libertad
y a la esperanza y temor. (1)
Son un desengaño sabio (2)
del pensamiento dormido;
son relojes del olvido
con despertador de agravio; (3)
son un claro amanecer
que pára la tarde en agua;
son como el agua en la fragua,
que mata para encender;
son unos sabios antojos,
son un azote de sueño,
son una espía sin dueño
y una atalaya sin ojos.
Y, aunque es semejanza nueva,
es lanterna su costumbre,
que vemos mover la lumbre
y no vemos quién la lleva.
Finalmente, es un furor
de que ninguna se escapa,
y es de noche aquella capa
con que se disfraza Amor.

CELIA. Harto bien los has pintado.

VIRENO. En Cardenio lo he leído,
porque esto y más he aprendido
del libro de su cuidado.
Que es ver al pobre estudiante
resolverse a no querer,
y en un instante volver
de lo pasado ignorante.
Un sin hablar puesto en ella,
adorar su puerta y calle,
y que no hay velle ni hablalle
sin pensar hablalla y vella.
El está, que yo lo lloro,
sin una dragma de seso.
¡Cuál era yo para eso!
Mejor la requiebre un toro.
¿Yo melindre? ¿Yo desdén?
¡Bien haya quien me parió
que tal condición me dió!
En mi vida quise bien.

CELIA. Di, Vireno, ¿por ventura
podré yo de mí fiar
que podría remediar
de Cardenio la locura?

VIRENO. Triaca tiene el veneno,
epítima los desmayos,
la noche del sol los rayos
y el mal propio el bien ajeno.
En el gusto no hay compás
ni freno en el albedrío,
porque el alma es como río
que no ha de volver atrás.

CELIA. Hora bien, yo quiero hacer
que la aborrezca Cardenio.

VIRENO. Será hazaña de tu ingenio
y digna de tal mujer.
¿Quién, Celia, que tú no fuera
tan alta empresa tomara?

CELIA. Gustando libre me hallara
que gloria se me siguiera.
Llegue la arrogancia mía
a que un hombre enamorado
siga mi nuevo cuidado,
deje su nueva porfía.
¿Qué me darás si mañana
no se acuerda de su nombre?

VIRENO. Daréte de cera un hombre
como a imagen soberana;
pondré su grillo en el templo,
honor de tu alma altiva,
y una tabla en que se escriba
la memoria de tu ejemplo.

CELIA. Hora bien, déjame hacer,
que a buen punto se encamina.

VIRENO. Tú serás su medicina,
encantadora mujer.

(Vase VIRENO, *y entra* MARCIO, *galán enamorado de* CELIA.)

MARCIO. Estas son, rapaz Amor,
hazañas de tu disgusto.
Pasos que di con tal gusto
¿vengo a dar con tal dolor?
Amé y fuí correspondido
como jamás lo fué hombre.
Una mujer, Celia en nombre,
infierno, fuego y olvido.
Mas debíme de engañar,
confiando neciamente.

CELIA. ¿Sabes que tienes presente
la ocasión de tu pesar?

MARCIO. Sé que tengo, Celia hermosa,
a mis ojos vuestro cielo
cubierto de nieve y hielo,
de jazmín, clavel y rosa.
Sé que tengo al viento vario,
de tu mudanza testigo,

(1) Así en todos los textos.
(2) En las ediciones posteriores, "salvo".
(3) "Agravios" en todos.

del gusto el mayor amigo,
del alma el mayor contrario.
Un mar lleno de sirenas,
un placer lleno de enojos,
un paraíso a mis ojos
y un infierno de mis penas.
¿Paréceos que lo sé bien?

CELIA. Más os falta en esa lista.

MARCIO. ¿Qué?

CELIA. Un desengaño a la vista,
hijo de un gusto y desdén.
¿Vos no tenéis ya trazada
vuestra forzosa partida?

MARCIO. Sí, aunque el alma de la vida
parte a la primer jornada,
porque no tenga paciencia
para ver mi mal presente,
y al fin pasado [y] ausente
hace al dolor resistencia.
Por no esperar mi contrario,
por no perder mi reposo,
por no sufrir un dichoso
y verme a mí temerario,
por eso doy traza así
en procurar mi remedio,
poniendo más tierra en medio
que hay viento del cielo [a] aquí.

CELIA. Al fin ¿es resolución?

MARCIO. Como la tuya olvidarme.

CELIA. ¿Quieres las prendas tornarme
que fueron de mi afición?

MARCIO. ¿Tengo más de aquel retrato?

CELIA. Este me vuelve no más.

MARCIO. Mírale bien, y hallarás
el retrato de tu trato.
Mas por no tenerte en calma,
aguarda, traeréle, fiera,
y ojalá que así te diera
el que me queda en el alma.
Y yo me iré donde veas
que deseo darte gusto.

(*Vase.*)

CELIA. Más deseas mi disgusto
y más tu gusto deseas.
Gentil color has hallado
que tu partida disculpa.

(*Entra* TEBANDRA, *con manto.*)

TEBANDRA. (Todo el mundo, infame, culpa
yerro tan mal empleado.
¿Si he de hallar a Celia aquí?)
¿Señora?

CELIA. Tebandra mía,
¿halló mi ventura un día
en que te acuerdes de mí?

TEBANDRA. ¿Cuándo yo de ti me olvido?

CELIA. Aunque enojada, te abrazo.

TEBANDRA. Merezca ese tierno abrazo.

CELIA. Sólo con haber venido.—
Revuelta vienes un poco.—
¿Hola? Quitadle ese manto.

TEBANDRA. Tal revuelve ver con llanto
muerto un pensamiento loco.

CELIA. ¿Cómo muerto? ¿Qué has tenido?
¿Hate Fabricio enojado?

TEBANDRA. Hame en el alma afrentado
y en el honor ofendido.

CELIA. ¿Cómo?

TEBANDRA. Bien ves que la entrada
que en mi casa y alma tuvo
sólo en confianza estuvo
de verme con él casada.

CELIA. Pues ¿niégalo?

TEBANDRA. No lo niega;
mas ¿qué más agravio espero
que fingirse caballero
a una mujer loca y ciega;
en nombre de otro haber hecho
aquesta burla a mi honor?

CELIA. ¿No es quien dijo?

TEBANDRA. Es un traidor,
de falso y fingido pecho,
porque el dueño de aquel nombre
ha venido agora aquí.

CELIA. Pues ¿quién es ese?

TEBANDRA. ¡Ay de mí!
Un falso, un villano, un hombre.
Dícenme que es un soldado,
bien quebrado es para mí,
pues el honor que perdí
no espero velle soldado.

CELIA. Paso; no lloréis, ya es hecho,
ahí como mujer burlada,
que no faltará una espada
que le pase el falso pecho.
¿Que no era, en fin, caballero?

TEBANDRA. Es, mi Celia, quien te digo.

CELIA. Da tu licencia al castigo,
que yo te daré el acero.

TEBANDRA. ¿Y si ya le quiero bien?

CELIA. Más le debes a tu honor.

TEBANDRA. Todo lo perdona Amor.

CELIA. ¿Y los agravios también?

TEBANDRA. Esos quisiera vengar.
CELIA. ¿Qué mejor que con su muerte?

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Cardenio ha venido a verte;
licencia pide y lugar.
CELIA. Entre en buen hora.

(*Entra* CARDENIO.)

CARDENIO. No creo,
pues en ella os vengo a ver,
que mejor la pueda haber
para el alma y el deseo.
CELIA. Galán venís de mudanza.
CARDENIO. Ya en mis hábitos dejé
una mal fundada fe
y una burlada esperanza.
Entre dos piedras metido,
como culebra, he dejado
aquel hábito pasado,
que era un estrecho vestido.
Cesando el mal, los enojos,
ya sale el alma contenta
de la pasada tormenta
al puerto de vuestros ojos.
Que luego me prometí,
cuando os miré, que sería,
Celia, el cielo, el sol, el día
de la noche en que me vi.
Ya de su tormenta y calma
salgo a puerto de consuelo,
que con norte de tal cielo
llevo muy segura el alma.
CELIA. No se quedó en el vestido
la retórica, a lo menos.
CARDENIO. Son vuestros ojos serenos
luz del alma y del sentido.
Aunque en el mismo lugar
que vos nacisteis nací
y muchas veces oí
vuestras partes alabar,
una sola os vi, señora,
y en ella vi que la fama
es resplandor de la llama
del sol que en vos hallo agora.
Ofensa fué encareceros,
que el cielo que haceros sabe
quiere que el alma os alabe
con sólo callar y veros.
CELIA. (Tebandra, ¿qué te parece?
TEBANDRA. Bien me parece, en verdad;
y que pues dan voluntad
correspondencia merece.
¿Hombre es nuevo en el lugar?
¿Quién es, que pide favor?
CELIA. Es un enfermo de amor
que yo tengo de curar.
TEBANDRA. Yo le veo ya de talle
que habrá bien poco que hacer.
CELIA. En llegándome a querer
he de ponelle en la calle.
TEBANDRA. Guarda, no intentes entrar
donde no puedas salir,
que es muy fácil de decir
y difícil de acabar.)

(*Entra el* PAJE *de* MARCIO.)

PAJE. En esta caja te envía
Marcio, señora, el retrato.
CELIA. Es conforme a su buen trato
y extremada cortesía.
A buen tiempo viene, a fe,
por que Cardenio le vea.
CARDENIO. ¿Es retrato?
CELIA. De una fea.
CARDENIO. No será vuestro.
CELIA. ¿Por qué?
CARDENIO. Porque sois el cielo propio
y de ella cifra en el suelo,
y todo lo que no es cielo
es vuestro retrato impropio.
Abrid esa caja, erario
de tan divino tesoro.
CELIA. Ya la temo.
CARDENIO. Ya la adoro
y me afirmo (1) en lo contrario.
Yo sé que es ángel.
CELIA. Yo fiera.
CARDENIO. Yo cielo.
CELIA. Yo una mujer.
CARDENIO. Decidme: ¿quién podrá ser
quien os lo dió?
CELIA. Fué quien era.
CARDENIO. ¿Ya no es?
CELIA. Por eso ha hecho
tal prueba de despreciarme,
jurado que ha de enviarme
hasta el que tiene en el pecho.
CARDENIO. No hará, que no es tan posible,
como el que viene pintado.
Abrid.
CELIA. ¡Ay!

(1) En ediciones sucesivas, "afrento".

CARDENIO. ¿Qué habéis hallado?
CELIA. Otro retrato imposible.
CARDENIO. Mostrad.
CELIA. Una piedra tomo.
CARDENIO. ¿Piedra?
CELIA. Una piedra me envía.
CARDENIO. Retrato de dura y fría.
CELIA. ¿Paréceme mucho?
CARDENIO. Y ¡cómo!
Celia, pues el alma os dió,
que tan al vivo se ve,
extremado pintor fué
el que en piedra os retrató.
Si un ángel hermoso hiciera,
vuestra hermosura imitara;
mas para el alma no hallara
cosa que piedra no fuera.
Al vivo estáis imitada;
bien mostró el pintor su ciencia,
o a lo menos la experiencia
de esa condición helada.
Hizo colores y tabla
su pecho el color discreto;
pintó una piedra, en efecto,
tan viva, que es piedra y habla.
Pero como no podía
ser tan dura artificial,
buscando la natural
halló la que os parecía.
CELIA. ¿Tan dura, en efecto, soy?
CARDENIO. Experiencia tiene el hombre,
pues os dió de piedra el nombre,
que yo de mi cielo os doy.
Aunque haceros pedernal
ya fué darnos a entender
que oculto podéis tener,
Celia, el fuego natural.
Aunque es tal su condición,
que, si da fuego, primero
será gastado el acero
del más sufrido eslabón.
Quedará el alma abrasada
donde ese fuego cayere,
si aceros con vos tuviere
y vos como piedra helada.
CELIA. No lo seré para vos,
ni me imaginéis tan dura,
que esa piedra os asegura
la firmeza de los dos.
Y guardadla por indicio
de que es muro de tal yedra;
será la primera piedra
de nuestro eterno edificio.
Las piedras y hierbas tienen
con las palabras virtud;
si vos pretendéis salud
todas las tres os convienen.
Hierba en la flecha de amor,
piedra en mi piedra retrato,
palabra en que a vuestro trato
queda obligado mi honor.
Sanad de la enfermedad
de Julia, que os lastimó,
si soy epítima yo
para vuestra voluntad.
Y porque me quiere hablar
Tebandra, quedad con Dios.

(*Entranse* CELIA *y* TEBANDRA, *y sale* VIRENO.)

CARDENIO. Fuerais mi epítima vos
si tuviera que curar;
mas ya estoy de Julia sano
y de esas manos herido.
VIRENO. ¿Qué tenemos? ¿Cómo ha ido?
CARDENIO. Milagrosamente, hermano.
Ya tengo la piedra echada
para el primero cimiento,
y aquélla de mi tormento
de cuello y hombros quitada.
VIRENO. ¿Hate hecho algún favor?
CARDENIO. Este retrato me ha dado.
VIRENO. Muestra.—A fe que es extremado,
si le parece, en rigor.
CARDENIO. Estuve en extremo tierno.
VIRENO. ¿Y Julia?
CARDENIO. ¿Quién tal me nombra?
VIRENO. ¿No era tu sol?
CARDENIO. Ya es mi sombra.
VIRENO. ¿No era tu cielo?
CARDENIO. Es mi infierno.
VIRENO. ¿No era tu vida y memoria?
CARDENIO. Ya es mi olvido y mi sueño.
VIRENO. ¿Y Celia?
CARDENIO. Mi sol, mi dueño,
mi cielo, mi luz, mi gloria.
Al altar de su hermosura
el alma y vida consagro.
VIRENO. ¿Tan presto?
CARDENIO. Ese es un milagro
de una celestial blandura.
VIRENO. Di que la mujer después
es pluma y viento sin peso.
A fe que eres lindo en eso.
Tantas quieres cuantas ves.

"Echaréme en este suelo
hasta que a la dulce salva
que haga a la tierra el alba
me despierte el sol del cielo.
No nos hemos de ir de aquí.
Vireno, ¿estará durmiendo?"

CARDENIO. ¿Burlas, di?

VIRENO. "No hagas estruendo,
que duerme mi bien allí."
"Aguarda, mano cruel,
mano vengativa y fiera,
mano que gustas que muera
hombre que vive sin él. (1)
Mano de Scévola fiero
y de Nerón el tirano..."
¿Qué será agora esta mano,
de almirez o de mortero?

CARDENIO. Será la cosa más vil.

VIRENO. ¿La de Celia?

CARDENIO. De azahar llena,
nieve, alabastro, azucena,
jazmín, cristal y marfil.

VIRENO. Y de manteca.

CARDENIO. También.

VIRENO. ¡Qué cascos para un poeta!
Vamos, mi señor Veleta.

CARDENIO. ¡Ay, Celia!

VIRENO. ¡Ay, tonto!

CARDENIO. ¡Ay, mi bien!

VIRENO. Crea, por su vida y mía,
sin tenerlo por donaire,
que tiene el alma de aire
y el seso de argentería.

JORNADA SEGUNDA

(*Sale* JULIA, *sola.*)

JULIA. La mujer que ha sido amada
y aborrece a quien le amó,
ya sé de experiencia yo
que viene a ser olvidada.
Tiempo fué que aborrecí
a quien más que a sí me amaba,
porque entonces no pensaba
que amor se mudaba así.
En viéndome aborrecer
quise con el alma y vida,
porque amar aborrecida
es condición de mujer.
Amor que no agradecí,
regalos que no estimé,
quejas que nunca escuché,
lágrimas que nunca vi;
tiernos suspiros ardientes,
memorias enamoradas,
matan al alma pasadas
que no pudieron presentes.
Hácense mis ojos ríos
en ver que aquellos enojos
ya se dicen a otros ojos
más dichosos que los míos.

(*Sale* OLIMPO, *criado de* CARDENIO.)

OLIMPO. Cardenio, a quien enviaste
esta mañana un recado,
viene a verte.

JULIA. ¿Yo he enviado
a hablalle? Tú te engañaste.
Pues ¿quién te lo dijo a ti?

OLIMPO. Volveráse, que no viene
tan de buena gana.

JULIA. Tiene
razón de venir así.
Dile que le han engañado.

OLIMPO. Y albricias le pediré,
que yo sé que ha puesto el pie
en tus umbrales forzado.

JULIA. Espera; di que entre.

OLIMPO. Voy,
señora, si os sirvo en eso.

JULIA. Que estoy rendida confieso,
porque aborrecida estoy.

(*Entra* CARDENIO.)

CARDENIO. A gran ventura he tenido
que se ofrezca en que me mandes.

JULIA. Otras venturas más grandes
habrás, Cardenio, tenido;
que no es ésta la mayor,
antes ya la menor es.

CARDENIO. ¿Cómo menor?

JULIA. Sí, después
que no me tienes amor.
Así, no te había mirado.
A fe que vienes galán.

CARDENIO. Tus ojos ya no tendrán
de verme, Julia, cuidado.

JULIA. Mil cosas dejaste juntas
con el hábito.

(1) En el texto, "en él". Se enmendó en las sucesivas impresiones; pero siempre queda mal, como hemos ya dicho.

CARDENIO. Dejé
una mal fundada fe
y unas memorias difuntas.
Dejé una dulce locura
con un manifiesto engaño,
por vestirme un desengaño
y una posesión segura.
JULIA. ¿Cómo? ¿Que ya es posesión?
CARDENIO. Digo de mi libertad,
después que mi voluntad
no conoce sujeción.
JULIA. Para lo que yo he sabido
es bueno que hables así.
CARDENIO. Más sé yo mismo de mí
que alguno que te ha mentido.
JULIA. A ver la mano.
CARDENIO. ¿Qué quieres?
JULIA. Ver en la alteración
del pulso si es afición.
CARDENIO. ¡Oh, Julia! ¿Médico eres?
JULIA. ¿Escóndesla? Por mi fe,
que debiste de pensar
que te la quería tomar.
CARDENIO. ¿Yo, mi señora? ¿Por qué?
Ni vos aqueso pensáis,
ni es cosa que yo deseo.
JULIA. ¡Buena ropilla!
CARDENIO. Yo creo
que del vestido os burláis.
Es, al fin, hábito nuevo.
JULIA. ¿Por qué os desviáis de mí?
CARDENIO. Si no es por lo que temí,
es por lo que no me atrevo.
JULIA. ¿Quién os abrió el cuello?
CARDENIO. Acaso
la que no me quiere mal.
JULIA. Estiradlo, no está igual.
CARDENIO. Deteneos; paso, paso;
dejad al nuevo seglar,
que otro habrá menos curioso.
JULIA. ¿De qué estáis tan receloso?
¿Pensáis que os he de abrazar?
¿Yo abrazo a vos? ¿Yo abrazaros?
¡Cosa excusada! (1)
CARDENIO. Y yo
digo que digáis que no
cuando tal venga a rogaros.
JULIA. ¿Qué tenéis entre el cabello?
A ver...
CARDENIO. ¿Qué queréis saber?
Vos debéis de querer ver
qué falta encubro con ello.
Si buscar habéis querido
las armas que me dejáis,
en balde las procuráis,
pues no las he consentido.
JULIA. Pues que tanto huís de mí
no os quiero más componer,
por que no os echen de ver
que otra mano anduvo aquí.
Dos cosas quiero pediros:
la una, que no digáis
que os hablé...
CARDENIO. Segura estáis
de que en eso he de serviros,
que también me importa a mí.
JULIA. ¿Reñirá Celia si sabe
que habéis venido?
CARDENIO. No cabe
tan alta ventura en mí.
No son mis merecimientos
dignos de besar sus pies,
que es Celia un cielo.
JULIA. ¿El quién es?
CARDENIO. Cielo de mis pensamientos.
Si cada uno previene
un alma que le dejar,
bien puedo cielo llamar
a quien tantas almas tiene.
JULIA. Por eso mejor será
que la llames sucio infierno,
porque su tormento eterno
también tiene almas allá.
Mas infierno o cielo sea,
que en eso no me va nada,
y no hay mujer siendo amada
que pueda parecer fea,
es lo segundo que os pido
que mis papeles me deis.
CARDENIO. De eso descansar podréis,
que ya los he yo rompido.
JULIA. Eran muchas crueldades;
vivas estarán.
CARDENIO. No hay tal.
JULIA. Yo sé que sí, porque mal
se pueden romper verdades.
CARDENIO. Según eso, bien pudieron,
que yo sé que no lo son,
y digo, en resolución,
que estas manos las rompieron.
JULIA. Fiádmelos.
CARDENIO. No haré tal.

(1) En los textos, por errata, "cosa escura".

JULIA. Aquí me quedo en retrato.
CARDENIO. ¿Para qué, si ya remato
con el mismo original?—
Olimpo, vamos de aquí.
JULIA. ¿Vuesa merced irá a ver
a su Celia?
CARDENIO. Podrá ser.
JULIA. Y ¿qué le dirá de mí?
CARDENIO. Guardaréme de eso bien;
mas cuando de esto tratara,
vuestras partes alabara.
JULIA. ¿Ya sois tan honrado? Bien.
CARDENIO. Vamos.
JULIA. ¿Que en esto dais?
¿Quiéreos mucho?
CARDENIO. ¿Querréis hoy
porque ya me estime?
JULIA. Estoy...
CARDENIO. Ninguna cosa digáis
que en su alabanza no sea,
porque es un ángel ¡por Dios!
JULIA. ¿Quién?
CARDENIO. Celia.
JULIA. Y un necio vos,
y ella más cuando ella os crea.—
¿Qué haré, afligida de mí?
¿Con quién me consolaré?
A vella fué; ya se fué.
Su retrato traigo aquí.
Salí, villano cruel,
imagen de aquel mudable; (1)
pero no es justo que hable
más sin que me vengue de él.
Estuche traigo y cuchillo;
ya no hay respeto que guarde.
¿Cómo me miráis, cobarde,
y no os ponéis amarillo?
Sacaros quiero los ojos,
que quisiera el corazón,
que yo sé que aquésos son
los que me han causado enojos.
Y en esta hechicera boca
lengua quisiera que hubiera,
por que castigo tuviera
de tratar verdad tan poca.—
¿Quién es el que viene aquí?

(*Entra* VALERIO.)

VALERIO. ¿Qué te escondes? ¿Qué te alteras?
JULIA. No hay cosa en que tú pudieras
ser ofendido de mí.
VALERIO. Muestra la manga.
JULIA. Está quedo.
VALERIO. ¿No ves que la resistencia
al amor da más licencia
y al respeto quita el miedo?
JULIA. No lo has de ver, por tu vida.
VALERIO. Por la tuya lo he de ver,
porque el querello esconder
ya fué culpa conocida.
JULIA. De ti lo guardo en razón
de que no es bien que de mí
presumas que te ofendí.
VALERIO. Frívolas disculpas son.
Yo lo he de ver, si me cuesta
darte para siempre enojos.
JULIA. Por vida de aquesos ojos,
que me has de ver descompuesta.
VALERIO. Ea, que es impertinencia.
¿Es papel?
JULIA. No es papel, digo.
¿Tú descompuesto conmigo?
VALERIO. Ya hallé lo que era; paciencia.
¡Oh, qué buen retrato! ¡Bueno!
Este de Cardenio es.
Que a solas con él estés
yo, Julia, no lo condeno;
que como el original
es ya tan malo de haber,
éste que puedes tener
podrá remediar tu mal.
¿Qué oraciones le decías
a esta imagen de tu fe?
¿Qué le dijiste?
JULIA. No sé.
VALERIO. ¿Qué milagros le pedías?
¿Hablabas con el cabello,
o con los ojos o boca?
JULIA. Sí, que estoy por él muy loca.
VALERIO. Sí, que debe merecello.
Basta, aquesto se acabó.
A quien tiene tan mal trato,
de haber dicho me retrato
que su trato me agradó.
Vuesa merced lo posea
y lo goce muchos años.
JULIA. Si han de faltar desengaños,
el romper lo menor sea.
VALERIO. Eso no, guardadlo.
JULIA. Harélo,
pues que vos me lo mandáis.

(1) En todos los textos, "ingrato", que no rima con "hable".

VALERIO. Quedad con Dios.
JULIA. Con El vais.
VALERIO. ¡Ay, ingrata!
JULIA. ¡Ay, cruel!
VALERIO. ¡Ay, cielo!
Vuelve acá.
JULIA. Que no hay volver
después que me has hecho injuria.
VALERIO. ¡Qué bien pintan a la furia
con imagen de mujer!

(*Vase. Entra* VIRENO *y* CARDENIO.)

VIRENO. Después que la posesión
de Celia el Cielo os ha dado,
ya me parece acertado
hablaros por petición.
¿Dónde os habemos de hablar,
Cardenio, vuestros amigos?
CARDENIO. Adonde mis enemigos
tengan mejor que invidiar.
VIRENO. No os he visto en todo un mes.
CARDENIO. Todo lo he pasado en calma.
VIRENO. Basta, que os vais por el alma
como alguno por los pies.
Mucho os debe a quien amáis,
porque estando como digo,
no os acordáis de un amigo,
ni aun de vos os acordáis.
¡Pesia tal! Dejaos tratar
sobre un poco de ese cielo
para los que sobre el suelo
os andamos a buscar.
Si no se ha de hablar con vos
sino cuando Celia quiera,
pondremos una escalera
a su ventana, ¡por Dios!,
y hablaremos por allí
lo que no en plaza ni calle.
CARDENIO. Ningún tiempo puedo hurtalle.
VIRENO. Pues háyale, pesia mí.
El diablo fué la mudanza.
Agora sí que estáis loco.
CARDENIO. Poco lo estoy.
VIRENO. ¿Cómo poco?
CARDENIO. Para tan alta esperanza.
Amo, y soy correspondido,
a un ángel.
VIRENO. No digo yo
que no améis; mas tanto, no,
que perdéis alma y sentido.
CARDENIO. Quien alma y sentido tiene
no diga que sabe amar,
que quien le queda que dar
otro nombre le conviene.
VIRENO. Buena está la calabaza.
¿Hay celos?
CARDENIO. Eso es mejor,
pues para comer amor
suelen servir de mostaza.
VIRENO. Suélese el amor doblar
cuando es la sospecha falsa;
pero doy al diablo salsa
que hace a los ojos llorar.—
¿Qué hay de Julia?
CARDENIO. ¿Quién decís?
VIRENO. ¿En eso estamos agora?
CARDENIO. ¡Ah, sí! ¿No es una señora
de los libros de Amadís?
VIRENO. Sí; de la segunda parte.
¡Brava mudanza!
CARDENIO. ¡Terrible!
VIRENO. No hay cosa humana imposible.
CARDENIO. De ella quiero muestras darte.
Hoy me ha enviado a llamar.
VIRENO. ¿Estuvistes tierno?
CARDENIO. Sí.
VIRENO. ¿Cómo?
CARDENIO. Palabra le di
de eternamente la hablar.
VIRENO. ¡Oh, lo que un desprecio puede!
CARDENIO. Es Celia para dar celos
el mismo sol de los cielos;
su luz y hermosura excede.
Mas ¡ay de mí! que ya siento,
Vireno, aquesta partida.
Acábaseme la vida
a manos de un pensamiento.
VIRENO. Oigo decir que te vas,
y hasta agora no lo creo.
CARDENIO. Pluguiera a Dios.
VIRENO. Y el deseo,
¿no podrá volverse atrás?
CARDENIO. Es forzoso graduarme
y dar a un viejo contento.
VIRENO. ¿Sientes esta ausencia?
CARDENIO. Siento
que quiere el alma dejarme.
Aunque consuelo me da,
fuera de que es de importancia,
ser tan poca la distancia
desde Toledo a Alcalá.
También para conocer
de Celia el amor ausente,

que es piedratoque excelente
del oro de la mujer.

VIRENO. Esa prueba te condena,
y de mujer no me agrada;
que, en fin, en siendo probada
no tiene nombre de buena.
Pero si forzoso es,
paciencia y partir.

CARDENIO. ¿Paciencia?
Si es muerto un hombre en ausencia,
¿hala menester después?

VIRENO. Déjame, y a punto ponte,
que tendrás tarde y mañana
un Rugero a la ventana
y a la puerta un Rodamonte.—
¿Cuándo te irás?

CARDENIO. Esta tarde.
Mientras a vestirme voy
dile en el paso en que estoy
y que a la puerta me aguarde.

VIRENO. Si es paso de devoción
y hemos todos de llorar,
déjame ir a pasear,
que soy maldito llorón.

CARDENIO. Ve y dile lo que te digo,
que por Argos has de estar.

VIRENO. Puedes de mí confiar,
que soy verdadero amigo.

(*Vanse, y entra* MARCIO *y* CELIA.)

CELIA. En ti el retrato enviaste.

MARCIO. El que más te parecía.

CELIA. ¿Tan dura soy?

MARCIO. Y tan fría.

CELIA. ¿Y el otro?

MARCIO. Tú lo borraste;
que cuando me aborreciste
tú borraste tu retrato,
pues en las obras y trato
otra mujer pareciste.

CELIA. ¿En qué te agravia mi ofensa?

MARCIO. Es mi voluntad captiva;
regala una siempreviva
hombre que agradaros piensa.
Cuando amáis, que confesáis
de disparates que hacéis;
el día que aborrecéis,
cuanto habéis hecho negáis.

(*Entra* VIRENO.)

VIRENO. (¿Cómo podré echar de aquí
este enfadoso? ¿Qué enredo
fabricaré?)

CELIA. Yo no puedo
pensar que te quite a ti,
porque el negar es forzado
y el negallo es caso justo;
aunque sea contra el gusto
no creas que ha pasado.

VIRENO. (Ya he fabricado un engaño.
Quiero llegar.) Celia hermosa.

CELIA. ¡Oh, Vireno! Estoy quejosa.

VIRENO. ¿De qué?

CELIA. De que estás extraño.

VIRENO. Beso a vuesa merced las manos (1)

MARCIO. Yo a vuesa merced las suyas.

VIRENO. ¿De qué son las quejas tuyas?

CELIA. De tus cumplimientos vanos.
¿Cómo a verme no has venido?

VIRENO. No he podido, mi señora,
y aun no he hecho poco agora,
porque he andado en cierto ruido.

CELIA. ¿De quién?

VIRENO. Ciertos caballeros
han tenido una cuestión,
y ha llegado la pasión
a desnudar los aceros
porque el uno dijo mal
de un Marcio, a quien afrentaba.

MARCIO. ¿Marcio?

VIRENO. Sí, tal se llamaba,
y aun le llamó tal por cual.
Pero otro le defendió;
y a fe que es espada honrada,
porque respondió la espada
a lo que la lengua habló.

MARCIO. Señor hidalgo, yo soy
ese Marcio.

VIRENO. Si supiera
que vuesa merced lo era,
callara.

MARCIO. ¿Que aquí me estoy?—
Dadme licencia.—¡Oh, villanos!

CELIA. No os vais así.

MARCIO. ¿Cómo no?

VIRENO. Si allá soy menester yo...

MARCIO. No, señor. Bésoos las manos.

VIRENO. ¡Bueno va el necio, por Dios!
Todo el cuento es fabuloso
por echar este enfadoso
para que hablemos los dos.

(1) Sobra una sílaba. En el texto está en abreviatura el tratamiento "v. m." en este verso y en el que sigue.

CELIA. Mucho donaire has tenido.
El parte desesperado.

VIRENO. Más lo queda otro cuitado
que se ha de ver hoy partido.

CELIA. ¿Cómo queda el alma mía?

VIRENO. Calzándose las espuelas
y con el dolor de muelas
de su ausencia.

CELIA. ¡Llegó el día!
¡Ay, Vireno! ¿Qué he de hacer?

VIRENO. Resolverte a sufrir esto,
que bien se consuela presto
el corazón de mujer.

CELIA. ¿Podré vivir sin mi bien?

VIRENO. ¿Y cuál mujer se murió?

CELIA. Yo me moriré.

VIRENO. ¿Quién?

CELIA. Yo.

VIRENO. Vivas mil años, amén;
mejor lo harás que lo dices,
que, al fin, tienes discreción.

CELIA. Yo te pondré en ocasión
que mi muerte solènices.

VIRENO. Grandes son tus pensamientos,
mas ya no hay Porcias romanas,
que se han vuelto porcelanas
y se quiebran por momentos.
Sufre esta justa partida,
pues volverá mejorado
de otro grado.

CELIA. No me agrado,
porque me lleva la vida.

VIRENO. ¿Vesle aquí ya de camino?
¿De qué te afliges y llevas
correo de malas nuevas?

(*Entra* CARDENIO, *de camino, y dice:*)

CARDENIO. Ya vengo, cielo divino,
a partir de vuestro cielo.

CELIA. ¿Que así te vas? (*Desmáyase.*)

CARDENIO. ¡Muerta es!

VIRENO. ¿Desmayóse?

CARDENIO. ¿No lo ves
que dió consigo en el suelo?
¡Que tales burlas (1) no traigan
a quien las mira consuelo!
Sirva de nácar el suelo (2)
en que se tengan y caigan.

VIRENO. Dinos ya borracherías.

CARDENIO. Dime qué tengo de hacer
viendo su cielo (1) llover
sangre de las venas mías.
Celia, mi muerte procuras.
¡Ah, mi señora! ¡Ah, mi bien!

VIRENO. Desmáyate tú también
y quedaremos a escuras.—
¿Lloras?

CARDENIO. Pues ¿no he de llorar?

VIRENO. ¡Oh, qué gentil disparate!
Trae agua.

CARDENIO. Ya no hay que mate.
Lágrimas le puedes dar.
Di, ¿con qué despertará?
Mas muerta debe de ser. (2)

VIRENO. Metámosla un alfiler
por el brazo y volverá.

CARDENIO. ¡Qué gentil sortija de uña!

VIRENO. Pues no te dé eso molestia,
que harto tienes de gran bestia.
Mátame, la espada empuña.
¿Qué dijera Julia de esto?

CELIA. ¿Quién nombraba a Julia aquí?

VIRENO. (¡Con qué Jesús volvió en sí!)

CARDENIO. ¡Oh, Celia, bueno me has puesto!

CELIA. Yo he padecido mi parte. —
Al fin, ¿que te has de partir?

CARDENIO. Pártase el cuerpo a morir,
que el alma nunca se parte. —
¿Haste de acordar de mí?

CELIA. ¿Puedo yo de ti olvidarme?

CARDENIO. ¿Quieres un abrazo darme?—
¿De qué te ríes?

VIRENO. De ti.

CARDENIO. ¿De mí?

VIRENO. Sí, y de Celia a ratos.

CARDENIO. ¿No me abrazas?

CELIA. ¡Ay, mi cielo!

CARDENIO. ¡Ay, mi luz!

CELIA. ¡Ay, mi consuelo!

CARDENIO. ¡Ay, mi bien!

VIRENO. (¡Ay, mentecatos!
Yo era bueno para esto.)

CELIA. ¿Escribirásme?

CARDENIO. Pues ¿no?

CELIA. ¿Cuándo volverás?

---

(1) En las siguientes impresiones enmendaron "perlas".

(2) En la primera edición, "cuello", que no rima con "consuelo"; pero todo el pasaje es obscuro.

(1) En la primera impresión, "cuello", en lugar de "cielo". La corrección es de las ediciones sucesivas.

(2) En la primera impresión, "estar". Se enmendó en las posteriores.

CARDENIO. Muy presto, (1)
aunque no lo podrá ser
puesto que lo fuese hoy.
CELIA. Estas memorias te doy
por si las has menester.
CARDENIO. Para acordarme de ti
no he de menester memorias;
por ser prendas de tus glorias (2)
las estimo y llevo en mí;
que a quien de ti no la pierde
éstas no sirven de nada.
VIRENO. (En mi vida hice jornada
que de mi dama me acuerde.
Solamente considero,
para partir con más gozo,
buen tiempo, buen macho y mozo,
buena alforja y buen dinero;
buenas sábanas dobladas,
buena bota, y de buen vino,
buena cecina y tocino
y tres o cuatro empanadas.)
Ea, ¿estás ya despedido?
CARDENIO. ¿Que me he de partir de ti?
VIRENO. Ea, no llores así,
medio hombre.
CARDENIO. Aún no estoy partido.
Pues ¿es afrenta el llorar?
¿Es de piedra el corazón?
¿No da cuartana al león
y el mal le obliga a bramar?
VIRENO. Pues brama y no llores.
CARDENIO. Vamos.
CELIA. Vireno, ¿vendrásme a ver?
VIRENO. Señora, sí; esto ha de ser
para mañana.—Partamos.

(*Vanse, y sale* FABRICIO *y* TEODOSIO, *soldados bizarros.*)

FABRICIO.

¿Mucho os parece que he tardado?

TEODOSIO.

Mucho,
que el Capitán, Fabricio, cada día
vuestra presencia y trato echaba menos,
y entre vuestros amigos ¡oh! que paso (3)
gran soledad sin (4) vuestra compañía.

(1) Falta un verso a esta redondilla.
(2) En la primera edición, "tu gloria". Se corrigió en las sucesivas.
(3) Quizá "pasan".
(4) En la primera edición, "con", en lugar de "sin". Corregido luego.

FABRICIO.

El amor de la patria es dulce cosa;
mas siéndola la mía el (1) gran Toledo,
ciudad insigne y en lo mejor de España. (2)
Tuviéronme (3) parientes y ocasiones
a quien respeto justamente debo,
no perdiendo a las vuestras la memoria;
y para que entendáis que la he tenido,
Francisco Ruiz en vuestro nombre ha hecho
una espada de solo un corte y filo
que ceñírsela puede cualquier príncipe.

TEODOSIO.

Es famoso maestro, y ese temple
será tenido en mucho en nuestros tiempos.
Bésoos las manos por merced tan grande,
que ya tiene dos cosas esta espada
por las cuales merece grande estima:
el temple de Ruíz y el valor vuestro.

FABRICIO.

El que tendrá de vos será el tercero,
y el que el puesto se aventaja a todos.

TEODOSIO.

Dejando ese propósito, decidme:
¿trujisteis de Toledo alguna pena,
que os veo suspirar de rato en rato,
mirar al cielo, suspender los ojos?
Comunicad conmigo el daño;
pues crece el bien, también el dolor mengua
comunicado. No os agrada cosa
ni hablar os veo en cosa de algún gusto.
¿Hay novedad?

FABRICIO.

Del alma aquesto nace,
que me tiene en Toledo por momentos,
puesto que el cuerpo en Alcalá se aloja. (4)

TEODOSIO.

No me engañaba yo de esa manera,
pues que tardáis en referir la historia,
y más si se conforma a vuestro talle
y a vuestros años y gallardo brío,
porque será de amor.

(1) Más adelante dice "la gran Toledo". Quizá sea aquí errata decir "el gran Toledo", y más cuando añade "ciudad", etc.
(2) Sobra una sílaba: quizá la conjunción "y".
(3) En la primera, "Detuviéronme"; pero el verso es largo. Corregido en las sucesivas.
(4) En los textos, "aleja"; pero es errata.

FABRICIO.

De amor ha sido;
porque como el amor divierte el alma
y suspende las fuerzas el espíritu,
y mueve los sentidos y los ata,
conocido lo habéis en estos míos,
en quien amor ha obrado sus efectos.

TEODOSIO.

Merezca la verdad de este suceso
saberla yo, si puede [a] aqueste pecho
fiársele secretos de un amigo.

FABRICIO.

Muy bien fiaré yo el alma de ese pecho,
y así, sabréis el mal que me lastima
de la manera que pintarle puedo.
Yo os prometo que es extraño cuento.
Vos lo veréis.

TEODOSIO.

Decid.

FABRICIO.

Estad atento.

Salí de la gran Toledo
con un Capitán de fama
antes que al rostro saliese
bozo ni señal de barba.
Pasé a Nápoles y a Roma
con las galeras de Malta;
vi a Sicilia y a Venecia,
Génova, Florencia y Mantua;
vi a Flandes, a Gante, a Londres
y gran parte de Alemania,
y, dando a Calés la vuelta,
anduve parte de Francia.
Pasados eran diez años
cuando di la vuelta a España,
viendo sus campos alegres
desde la antigua Vizcaya.
Entré en mi tierra, Toledo,
lleno de plumas y galas,
que de las Indias de Marte
suelen ser trato y ganancia.
Un domingo de cuaresma,
que van a Santa Susana
por devoción de aquel día
los caballeros y damas,
bajé a ver la hermosa vega
cubierta de gentes varias,
y a ver los rostros que tienen
en todo el mundo alabanza.
Estaba el día sereno,
el sol con luz pura y clara,
bebiendo en el claro río
y haciendo sus aguas plata.
Veíanse los altos montes
y, entre sus peñas y casas,
ya los floridos almendros
parecían blanca escarcha.
Con este gusto en el pecho
enternecíme sin causa,
y vi a mi lado unos ojos
que al descuido me miraban.
Sentí moverse a su norte
las tres potencias del alma,
y seguíla hasta la ermita
con mil razones trabadas.
Sacó la mano del guante
y en la pila, por tomarla,
tomé de sus manos fuego
y ella de las mías agua.
Rezaron, que yo, suspenso,
no supe lo que rezaba,
porque rezaba en la cuenta
con que amor las almas saca.
Salieron, y yo con ellas,
donde, por vellas y hablallas,
fingí que era un caballero
mayorazgo en Salamanca.
Creyóme y aficionóse,
respondiendo a algunas cartas,
por no saber escribir,
por la mano de otra dama.
Llegó el amor a tal punto,
que entré de noche en su casa,
donde todos mis deseos
gozaron sus esperanzas
Pasados algunos días,
cuando más seguro estaba,
la desengañó un amigo
que era soldado de Italia.
Lloró, afligióse, y pidiendo
consejo contra mis armas,
porque la dama le dijo
que me matase a estocadas.
La cama, que es como el potro,
que ninguna cosa calla,
me descubrió de mi muerte
el pensamiento y la traza.
Quise vengarme de Celia,
que así esta dama se llama,
de cuya letra a la mía
a mí me escribió mil cartas.
Mas no hay venganza en mujer,

porque es no tomar venganza.
Dejé a Toledo, en efeto,
y de amor las tiernas ansias;
dejé por mi alojamiento
banderas, armas y cajas.

TEODOSIO.

Suceso raro y extremada industria,
porque la industria ha sido en todo tiempo
estimada por hija del engaño
y acreditada de un famoso Dario,
de un griego Ulises, de un romano César.
Dejad agora ese cuidado y pena
y entretened el pensamiento vario,
que aquí tenemos buen alojamiento,
famoso juego y extremadas mozas.

FABRICIO.

Yo, Teodosio, gozo (1) mis deseos
el fruto que os he dicho y del perderse
estoy por imposible confiado.
Sólo desea de esa injusta amiga
justa venganza, aunque es mujer hermosa.

TEODOSIO.

¿Que os pretendió matar?

FABRICIO.

[Y] de tal suerte,
que es milagro escaparse (2) con la vida.

TEODOSIO.

Es la mujer en la venganza fuerte,
y más solicitada y inducida.

(*Entra* CARDENIO, LEONARDO *y* PORCELIO, *en hábito de estudiantes.*)

PORCELIO. Por cosa nueva se tuvo (3)
vuestro nuevo casamiento.
¿Es verdad?
CARDENIO. Principios hubo;
mas siempre mi pensamiento
lejos de su efecto estuvo,
aunque es Julia muy hermosa,
honrada y hidalga.
PORCELIO. Es cosa
que acá tuvimos creída.
CARDENIO. ¡Gran soldadesca!
LEONARDO. Lucida.
CARDENIO. ¿Qué hace aquí?
PORCELIO. Jugar ociosa.
CARDENIO. ¿No sabéis como he andado
con un pensamiento nuevo
casi en traje de soldado?
Que si éste a tomar me atrevo
es para tomar el grado.
TEODOSIO. ¿Cómo?
CARDENIO. Trato de casarme.
LEONARDO. Eso sí que algo habrá sido.
El parabién podéis darme.
FABRICIO. (De aqueste recién venido
quiero, Teodosio, informarme,
que yo sé que es de Toledo;
sí, porque soy de la tierra.)
Caballero, ¿hablaros puedo?
Aunque entre el estudio y guerra
la diferencia concedo,
debéis hacerme amistad.
CARDENIO. Por vos sólo merecistes
obligar mi voluntad.
FABRICIO. ¿Cuándo en buen hora venistes
de aquella insigne ciudad?
CARDENIO. En este punto llegué.
¿Qué nuevas queréis?
FABRICIO. No sé
si conocéis una dama.
CARDENIO. Decidme cómo se llama,
que por ventura sabré.
FABRICIO. Tebandra es su nombre.
CARDENIO. Creo
que daré satisfacción,
señor, a vuestro deseo,
por ciertos ojos que son
las luces en que me veo;
porque tiene cierta amiga
que a su memoria me obliga.
FABRICIO. ¿Es Celia, una hermosa dama?
CARDENIO. Así mi esposa se llama.
FABRICIO. (Y se llama mi enemiga.)
¡Cómo! ¿Vuestra esposa es?
CARDENIO. Está a lo menos tratado
y tendrá efecto después
que vuelva yo graduado,
que es de mi padre interés.
FABRICIO. (Cielo, ocasión se ha ofrecido
para vengarme también
de Celia, que me ha ofendido.)
Quiéroos dar el parabién.
CARDENIO. Gran bien merecerla ha sido.
FABRICIO. ¿Trátase allá de un soldado
en casa de Tebandra?

(1) Así en los textos; pero el verso es corto Quizá deba leerse "gozaron".
(2) Quizá mejor "escapase".
(3) En los textos, "le tuve", que no rima.

CARDENIO. No. (1)
FABRICIO. ¿Habéisme visto o hablado?
CARDENIO. Creo que os he hablado yo
como al hábito inclinado.
FABRICIO. No quiero saber de vos
otra cosa. Adiós.
CARDENIO. Adiós.
FABRICIO. ¿Ah, caballero?
LEONARDO. ¿Es a mí?
FABRICIO. Sí, a vos.
LEONARDO. ¿Qué queréis?
FABRICIO. Aquí
aparte podemos hablar los dos.
¿Quién es ese vuestro amigo?
LEONARDO. Un hidalgo.
FABRICIO. Buen testigo
de su nobleza y su trato,
parece que soy ingrato
a quien soy si no lo digo.
¿Casarse intentó?
LEONARDO. Es así.
FABRICIO. Pues que sois su amigo vos,
estorbádselo.
LEONARDO. ¿Yo?
FABRICIO. Sí,
porque le está mal ¡por Dios!,
y esto fiadlo de mí,
y no queráis más saber.
LEONARDO. Aqueso deseo entender.
FABRICIO. ¿Más queréis que os diga de ella —
de que un hijo tengo en ella? —
LEONARDO. ¡Buen dote! ¡Gentil mujer!
¿Sustentaréislo eso así?
FABRICIO. Esas lo dirán por mí;
cartas de su letra son.
Adiós.
LEONARDO. Notable ocasión.
FABRICIO. (Venguéme. Vamos de aquí.)

(*Vanse* FABRICIO *y* TEODOSIO.)

CARDENIO. ¿Qué te dijo?
LEONARDO. No fué nada.
CARDENIO. Ea, ¿qué te preguntó?
LEONARDO. Quiso saber mi posada.
CARDENIO. ¿Y esas cartas que te dió?
LEONARDO. ¡Ay de quien no ciñe espada!
CARDENIO. Muestra a ver.
LEONARDO. A quien me honra
he de callar su deshonra.

(1) Verso largo. Quizás escribiría Lope: "en cas de Tebandra?"

CARDENIO. Muestra, que a fe que son hartas.
LEONARDO. Toma, baraja esas cartas
y echa una para tu honra.
CARDENIO. Con ellas la he de perder.
De Celia es aquesta letra.
LEONARDO. Cualquiera puedes leer.
CARDENIO. Ya mi sentido penetra
el daño que puede haber.
LEONARDO. Por Celia, aunque el desengaño
suele hacer notable daño,
el desengaño es mejor,
y peligroso el engaño
en las cosas del honor.
PORCELIO. Angel el soldado ha sido,
que de Cardenio la honra
en las cartas ha traído.
LEONARDO. Ya le toca su deshonra
el alma por el oído.
PORCELIO. Mudado se ha de color;
extraños efectos hace.
LEONARDO. Son muy propios del amor,
y más si el efecto nace
del agravio del honor.
PORCELIO. Un confirmado recelo
cubre el corazón de un pelo.
LEONARDO. Aquí está bien confirmado.
CARDENIO. ¿Qué se ha hecho aquel soldado?
LEONARDO. Ha un hora que es ido.
CARDENIO. ¡Ay, Cielo!
¡Muerto soy, Leonardo amigo!—
¡Oh, Porcelio, muerto soy!—
¿Dónde está aquel enemigo
que de la muerte en que estoy
trajo el veneno consigo?
¿Qué se hizo aquel verdugo
que al airado Cielo plugo
que la vida me quitase
y que de mi cuello alzase
de Celia el sabroso yugo?
¡Oh, soldado, que trujiste
a fuego y sangre la guerra,
que dentro en mi alma asiste, (1)
soldado, a mi noche triste!
¡Fiero soldado, sangriento,
saqueador de mi contento,
alojado a mi pesar,
soldado para quebrar
las alas del pensamiento!
Plegue a Dios que mala espada
te atraviese hasta la cruz,

(1) Falta un verso después de éste.

o que a la primer jornada
dos balas de un arcabuz
te dejen la sangre helada.
Vuélete en alto un barril
o llévete un esmeril
la cabeza de los hombros,
o solos estos asombros
como a mujer flaca y vil.
En salva o meter de guarda
te pasen el corazón
con plomo o con alabarda;
dente, infame, un bofetón
dentro en el cuerpo de guarda.
Vivas siempre desmentido,
siempre inhábil y abatido
para oficio militar,
no eches suerte sin azar
ni jamás seas creído.
Si pretendieres en corte
no se crean tus papeles
ni te den cosa que importe.

PORCELIO. (Ya es razón que le consueles.
LEONARDO. ¿Quién habrá que le reporte?)
¿Ah, Cardenio?
CARDENIO. ¿En qué me tardo?
LEONARDO. Oye.
CARDENIO. Déjame, Leonardo.
¡Oh, vida enojosa y fuerte!
¿por qué si es dulce la muerte
de su rostro me acobardo?
¡Oh! hábito afeminado,
¿quién ha de querer vestillo?
De que no lo (1) haya rasgado
me afrento y me maravillo. (2)

(*Desnúdase.*)

LEONARDO. ¿Desnúdaste?
CARDENIO. Déjame, (3)
que así me desnudaré
los agravios del honor.
Agravios, Leonardo, ansí
que al vestido han ofendido
sin tocar en lo secreto;
que pues que no tuvo efecto
no pasaron del vestido.
Idos, dejadme quejar.
LEONARDO. Y ¿qué dirá quien te viere
si alguno acierta a pasar?
CARDENIO. Dirán: "Aquel hombre muere
de algún celoso pesar."
Estas cartas guardaré,
pues con ellas he perdido,
y otras mías que estimé
por baraja que ha servido,
agora las romperé.
LEONARDO. No las rompas, que es locura.
CARDENIO. Es una falsa escritura
con un signo contrahecho.
Rómpanse y rómpase el pecho,
que fué su estampa segura.
Estas cintas y cabellos
se rompan, pues me enlazaron
de Celia los ojos bellos;
que si un tiempo el alma ataron,
ya el alma se libra de ellos.
PORCELIO. (Temo que se ha de volver
loco Cardenio.
LEONARDO. No hará.
PORCELIO. ¿Por qué?
LEONARDO. Porque ya lo está.
PORCELIO. ¡Qué priesa se da a coger!)

CARDENIO.

Papeles rotos de las propias manos
que os estimaron por reliquia santa,
bien muestra agora el viento que os levanta
que cuando más pesados sois livianos.
Si de mi libertad fuisteis tiranos
por esta fiera que escribiendo encanta, (1)
ya no tendrán conmigo fuerza tanta
palabras locas y conceptos vanos.
Sosiéguense celosos alborotos
sin tener en [tan] poco mi osadía,
torpes las manos y los dientes botos.
Venid así; mas ¡ay! mortal porfía,
que pues os vuelvo a mis entrañas rotos,
hijos debéis de ser del alma mía.

LEONARDO. Has hecho buena locura.
CARDENIO. ¿No tenía yo retrato
de Celia enojosa y dura?
Sí, tengo. ¡Oh, retrato ingrato
de aquella rara hermosura!
LEONARDO. (Bueno va; piedra ha sacado
y retrato le ha llamado.)
CARDENIO. Bien aquel que te envió
al vivo te retrató,
piedra dura, pecho helado.

---

(1) Falta el "lo" en la primera: consta en las sucesivas.
(2) Falta un verso a esta quintilla.
(3) También faltan dos versos a estas dos quintillas que siguen.

(1) En la primera, este verso dice "por la fiera que escribiendo en casa,". Corregido luego.

Piedra que aquella crueldad
me ha traído por indicio,
que echó tiro a mi verdad;
ya no piedra de edificio,
mas piedra de tempestad.
Mirad si he sido engañado
y si Celia se ha burlado
de mi amor puro (1) y sencillo,
pues es piedra del anillo
del matrimonio trazado.
¡Oh, piedra del muro, piedra
donde pensaba arrimar
aquesta amorosa yedra,
¿quién te podrá sustentar?
¡Oh, piedra que al alma empiedra!
Ya soy alma que atormenta,
piedra, tu piedra y rigor,
y aunque eres pequeña en cuenta,
yo sé bien que no es mayor
la que Sísifo sustenta. (2)

LEONARDO. (¡Oh, maldito sea el soldado
y quien os le trajo aquí!
¿Qué haremos?

PORCELIO. Estoy turbado.)

CARDENIO. ¿No hay quien se duela de mí?
Moriré desesperado.
Presto a Celia escribir quiero
de la manera que muero.

LEONARDO. Eso, sí; vístete y vamos,
que muertos de verte estamos.

CARDENIO. ¡Venganza del Cielo espero!
¡Oh, Julia, tus maldiciones
se han cumplido!—¿Qué me pones?

PORCELIO. Acábate de vestir.

CARDENIO. ¡Que el Cielo viniese a oír
tan injustas peticiones!

LEONARDO. ¿Qué dicen esos papeles?

CARDENIO. Mil requiebros, mil ternezas
que una boca de claveles
mandó a unas manos crueles
poner en letras perfetas. (3)
Confiesa ser suya y dice
esto que su honor desdice;
llámale su amigo y gusto,
y a quien le causa disgusto
aflige, enoja y maldice.

LEONARDO. Con este enojo cruel —
para el grado no me agradas
si ansí estudias para él.

CARDENIO. Que no hay grados, sino gradas
para servir al cruel. _
Id delante, que ya voy,
que de ir la palabra os doy.

LEONARDO. ¿Hay desdicha semejante? (1)

(*Vanse los dos.*)

CARDENIO. ¡Válgame Dios, aquí estoy!

Celos bastardos, mal nacidos celos,
obscura cifra y letra en lengua propia,
que debajo de Scitia y de Etiopia
estáis en dos iguales paralelos.
Matadores en forma de consuelos,
de la invidia cruel natural copia,
del disfrazado amor máscara impropia,
ladrones de la capa de los cielos.
Puesto que ha sido vuestra la victoria
de este dolor que el alma me penetra,
tú, Amor, lo sabes, que mi mal (2) escuchas.
Ya no entiendo si soy pena ni gloria,
que os falta para cielos una letra
y para ser infierno os sobran muchas.

JORNADA TERCERA (3)

(*Entran* CELIA, VIRENO *y* TEBANDRA.)

CELIA. Suelta la carta.

VIRENO. ¿Qué importa
si la has leído?

CELIA. Es mi gusto.

VIRENO. Es un gusto muy injusto;
pero el enojo reporta.
Vesla aquí.

CELIA. ¿Que haya en el mundo
hombre que diga de mí

(1) En los textos, "preso", por errata.
(2) En la primera dice:
"la que Sipho sustenía."
Corregido luego.
(3) En la primera, esta quintilla estaba así:
"LEONARDO. ¿Qué dicen esos papelês?
CARDENIO. Mil requiebros, mil ternuras
que una boca de claveles
mandó a unas manos perfetas
poner en letras crueles."
Tampoco la segunda forma es aceptable, pues no consuenan "ternezas" y "perfectas".

(1) Falta un verso después de éste para la quintilla.
(2) Así en la primera. Las posteriores dicen "alma", por errata.
(3) En la primera dice este encabezado: "Comienza la tercera jornada".

que le amo y le escribí?
Tebandra, engaño segundo.

TEBANDRA. Ya le he dicho yo a Vireno
que las cartas mías son,
aunque es tu letra.

CELIA. ¿Hay traición
ni pecho de tantas lleno?
Vireno, viendo engañada
a Tebandra de aquel hombre,
que fingió nobleza y nombre,
hacerla quise vengada.
Su muerte le aconsejé,
y él, por vengar mi traición,
ha hecho aquesta invención;
pero yo la desharé.

VIRENO. Ya he sabido todo el cuento.
Cardenio queda mortal,
aunque tu inocencia igual
y su celoso tormento. (1)

CELIA. Ya veo que está sin culpa
de mi culpa escrita y dicha,
porque es tanta mi desdicha
que ella misma me disculpa.
De los extremos que ha hecho
estoy tan enternecida,
que se me anega la vida
en lágrimas de mi pecho.
Todas aquellas locuras
de sus celosos cuidados
me los dan a mí doblados
y doblan mis desventuras.
¡Ah, traidor soldado! Ayer
diste muerte a mi esperanza,
tomando en mujer venganza
y con armas de mujer.
Si matarte procuré
por lo que a Tebandra toca,
cuanto mi honor me provoca,
¿qué castigo te daré?

TEBANDRA. No te aflijas, por tu vida,
que el Cielo te ha de vengar.

CELIA. Mas me obligará a quitar
lo que sufro aborrecida.
Los tres hemos de ir allá
a hacer este desengaño,
pues el autor del engaño
agora presente está.

VIRENO. Traza el camino y derrota
que a seguirte amor me inclina
a la más remota China
y a la tierra más ignota.
Que Tebandra por tu gusto
yo sé que lo mismo hará.

TEBANDRA. Satisfecha, Celia, está
de que siento su disgusto.
¡Muera aquel falso enemigo
que tantos males me ha hecho!

CELIA. Presto verás a su pecho
tu venganza y mi castigo.

VIRENO. ¿Cómo iremos?

CELIA. No te espantes
de lo que voy a decir:
que nos hemos de vestir
todos los tres de estudiantes.
Hijos habemos de ser
de un caballero los dos,
y tú el ayo.

VIRENO. ¡Bien, por Dios!
Seré el señor bachiller.

CELIA. Maestro te llamaremos.

VIRENO. Tú lo eres de esta invención.
Mas si se ofrece ocasión,
¿qué ciencia profesaremos?

CELIA. ¿No sabes tú algún latín?

VIRENO. Como mi madre, y no más.

CELIA. Alguna cosa hablarás.

VIRENO. Hablaré como un rocín.
Cuando muchacho llegué
hasta las conjugaciones,
y en conjugando ocasiones
atascado me quedé.
Otra vez pasé muy fino
hasta el género volando;
pero dejélo en llegando
al género femenino.
Buena barba tengo yo (1)
para dómine.

CELIA. Extremada.

VIRENO. ¿Cuándo haremos la jornada?

CELIA. Luego, al punto.

VIRENO. Luego no,
que he menester prevenir
los anillos y herreruelos.

CELIA. Busca un coche y prevendrélos.

VIRENO. Por el coche quiero ir.
Ya sois dóminas las dos.

CELIA. Dómine, *venite* presto.

VIRENO. ¿Qué he de responder a esto?

---

(1) Sentido obscuro. Quizá deba leerse:
"aunque es tu inocencia igual
a su celoso tormento".

(1) Falta el "yo" en los textos.

CELIA. Que vendrás.

VIRENO. *Vinere,* adiós.

(*Vanse todos, y sale* VALERIO, JULIA *y* OSTILIO.)

VALERIO. Sospechoso me has dejado,
Julia, con esta invención.

JULIA. El corazón te ha engañado.

VALERIO. Antes es el corazón
profeta de mi cuidado.

JULIA. ¿Qué te dice?

VALERIO. Que tú has hecho,
para descansar tu pecho,
este enredo de tu mano,
por lo que es tu gusto vano (1)
más que tu bien y provecho.

JULIA. Gusto, ¿por qué?

VALERIO. Porque está
este tu ingrato estudiante
que adoras en Alcalá.

JULIA. De eso estaba yo ignorante.
Celosa jornada es ya
prometida en ocasión
por un voto y devoción
hecho al bendito San Diego.

VALERIO. Yo pensé que por el fuego
del alma y del corazón
hecho a la imagen dichosa
de Cardenio.

JULIA. De esos celos
seguro duerme y reposa.

VALERIO. Quien hizo voto a los Cielos,
que le cumpla es justa cosa;
pero en aquesta jornada
dejarás asegurada
mi sospecha, Julia mía,
llevando mi compañía
si mi servicio te agrada.

JULIA. Si por mi madre no fuera,
fuera en aquesta ocasión
donde te hablara y te viera.

VALERIO. ¿Ha de faltar invención?

JULIA. ¿Qué invención?

VALERIO. De esta manera.
Pues que no soy conocido
de tu madre, aquesta noche,
mudando lengua y vestido,
traeré a tu puerta un coche,
en cochero convertido.
Con esto juntos iremos
y a Ostilio hospedaremos
en casa de algún amigo
y yo podré hablar contigo.
¿Qué dices?

JULIA. ¿Si acertaremos?

VALERIO. Esto ¿en qué se puede errar?

JULIA. Pues, alto, la traza es buena.
Parta Ostilio a procurar
posada.

OSTILIO. No tengas pena
que falte casa y lugar.
Yo la tendré prevenida.

VALERIO. Y yo por el coche voy.

JULIA. Haz cuenta que estoy vestida.

VALERIO. Eres mi dueño.

JULIA. Yo soy
tu esclava.

VALERIO. Tú eres mi vida.
El ir contigo tan bien
a mi ventura lo debo;
nombre de Faetón me den,
pues el carro del sol llevo,
que tú eres el sol, mi bien.

JULIA. Antes me apruebo y mejoro
tu atrevimiento bizarro
en llevar el carro de oro,
que no eres quien lleva el carro,
sino el mismo sol que adoro.
Parte y vuelve, que aquí espero.

VALERIO. Delante, como el lucero,
iré al de Venus segundo,
para dar nuevas al mundo
que sale el sol verdadero.

(*Vase* VALERIO.)

JULIA. No son tus sospechas vanas,
que por ver a tu enemigo
en mis esperanzas vanas
hace aqueste amor que sigo
mil dificultades llanas.
Celos me han hecho atrevida
y de mi honor homicida
mis presentes desventuras,
que no da en menos locuras
la mujer aborrecida.

(*Vase* JULIA, *y entra* CARDENIO.)

CARDENIO. Quien no supo qué es amor,
o quien lo supo y no sabe
de una ausencia el dolor grave,
no juzgue de mi dolor.

(1) En la primera, este verso dice:

"por lo que a tu gusto cuadre".

Se corrigió en las sucesivas.

Celos, mudanza y temor
no me digan que consiente
corazón que está presente,
pues ve su mal y su bien;
mas ¡desdichado de quien
está celoso y ausente!

Son mis celos un pesar
del gusto ajeno pasado;
y quien esto no ha probado
no diga que sabe amar.
Que de aquel celoso estar
que agora es competidor,
es ordinario dolor;
mas tener celos de aquel
que ya no se acuerdan de él,
esta es perfección de amor.

(*Entra* LEONARDO *y* PORCELIO.)

LEONARDO. (Estará filosofando
en su materia de celos.
PORCELIO. Sí, que mirando a los cielos
está triste y suspirando.)
¿Qué estás mirando a los cielos,
Cardenio triste, en un ¡ay!?
CARDENIO. Miro el lugar donde hay
descanso eterno y consuelos.
LEONARDO. ¿Vese en el cielo?
CARDENIO. No sé;
sé que de ella a él me quejo
y que es el cielo un espejo
adonde todo se ve.
Y pienso que en él he visto
con hermosura extremada,
por figura imaginada
como Andrómeda y Calisto.
PORCELIO. ¡Bravo astrólogo!
LEONARDO. ¡Extremado!—
Mejor será que reposes,
que a ésas gozaron dioses,
pero a la tuya un soldado.
CARDENIO. ¿En celos pones razón?
Mucha te han dado los Cielos. (1)
LEONARDO. No se pueden llamar celos
los que averiguados son.
CARDENIO. Pues ¿cómo se llamarán?
LEONARDO. El vulgo les puso nombre.
CARDENIO. ¡Desventurado del hombre
a quien ese nombre dan!
LEONARDO. Celos, al fin, es celar,
y celar es encubrir;

(1) En los textos, "celos"; pero será errata.

encubrir quiere decir
más propiamente guardar,
siendo los agravios tiernos
que han de guardar los cuidados;
luego en siendo averiguados
no son celos.
CARDENIO. Pues ¿qué?
LEONARDO. Cuernos.
CARDENIO. Maldígate el diablo, amén.
¿Por qué los llaman así?
Pues de lo que no vi ni oí,
¿es bien que culpa me den?
LEONARDO. Está ya así recibido.
CARDENIO. Dura ley.
LEONARDO. Del mundo es.
CARDENIO. Todas las hace al revés.
LEONARDO. Legislador fementido.
PORCELIO. ¿Cómo va de Celia?
CARDENIO. Estoy
de verla con gran deseo;
pero sé que si la veo
fuerza a mis agravios doy.
¡Paciencia, Leonardo amigo!
A morir ya todo el año
me detendrá aquí su engaño,
destierro de mi castigo.

(*Estánse los tres a una parte, y los tres estudiantes llamados* PLÁCIDO, HONORIO *y* LICELIO (1) *dando vaya a* CELIA *y a* TEBANDRA, *que vienen en hábito de estudiantes, y* VIRENO *en hábito de su maestro.*)

HONORIO. Buenos vienen los novatos.
VIRENO. (Sentencia del Cielo, amén.
¿Quién me trujo a mí también
entre aquestos mentecatos?
TEBANDRA. Afligida voz.
CELIA. Callad
y no os cause pesadumbre,
que lo tiene de costumbre
cualquiera universidad.)
PLÁCIDO. A él digo, al de buena cara.
¿Lloró mucho a la partida?
CELIA. Lloré mi vida perdida
por una desdicha rara.
PORCELIO. (Vaya les dan a los nuevos.
LEONARDO. Es ya vieja condición.
Y por mi vida que son
dos gentilhombres mancebos.)
LICELIO. Mas ¿qué traerán de regalos?
HONORIO. ¡Oh! Eso, los cofres llenos.

(1) Es el que al principio denominó LICONIO.

CELIA. Si son regalos venenos,
hartos traigo y harto malos.
PLÁCIDO. Qué fruncido que está aquél.
HONORIO. ¿Por su madre llora ya?
Ea, presto la verá.
CELIA. Más presto veré un cruel.
PLÁCIDO. ¿Vendrá de martes a martes
su ordinario conocido?
HONORIO. Estos, votos habrán sido
de alguna cátedra de artes,
aunque gramáticos rudos.
LICELIO. ¿Han votado por concierto?
CELIA. Que somos votos, es cierto,
y que es muy posible agudos;
pero hay dos votos aquí
para la muerte de un hombre.
HONORIO. Mas que quieren que me asombre,
¿son para matarme a mí?
A no parecer capón,
pensara que era valiente.
VIRENO. (¿Qué nos quiere aquesta gente,
que andamos en tentación?)
HONORIO. Y el ayo, ¿no alza la cara?
VIRENO. (Yo tengo de perecer.)
HONORIO. Porque ayo podía ser
de los infantes de Lara.
Qué digo, señor gorrón,
¿es el que ha de comprar?
VIRENO. Yo me voy a desnudar,
que es mucha conversación
y no estoy hecho a trabajo.
LICELIO. Pues si la escopeta cojo...
VIRENO. ¿Qué ha de hacer?
LICELIO. Tapalle un ojo
en disparando un gargajo.
VIRENO. Suplico a vuesas mercedes
que sean más comedidos,
que son nuevos los vestidos.
PLÁCIDO. Anima de Ganimedes,
no te queremos dejar.
VIRENO. Dómines, por cortesía.
Obsecro vos.
HONORIO. A fe mía
que sabe latinear.
VIRENO. (Tomaos con aquel latín.
Asombrados han quedado.)
LICELIO. Diga, ¿y eso halo estudiado
almohazando algún rocín?
HONORIO. ¿Ha sorbido mucho caldo
a puerta de monasterio?
VIRENO. (Esto es mucho vituperio.
Tiro el bonete.)
CELIA. Dejadlo.
VIRENO. Si a mi condición no fuera
cosa obscena y cavilosa
tirar gente no famosa,
las arterias os rompiera.
Aligérense de aquí
antes que edificio embrace.
HONORIO. ¡Ta, ta! ¿Bernardinas hace?
LEONARDO. (¿Qué miras?
CARDENIO. Mi muerte allí.)
Vuesas mercedes se vayan,
mis señores licenciados,
que los nuevos son honrados
y se afligen y desmayan.
Perdónenlos esta vez,
porque de la tierra son.
LICELIO. Por vos, Cardenio, es razón.
VIRENO. (¿Qué miras?
CELIA. Vi mi jüez.
VIRENO. Celia, sin duda está aquí
a quien agora buscamos.)
HONORIO. Un rato hacia escuelas vamos.
LICELIO. Agora de allá salí.
Mejor es a pasear
toda la calle Mayor.
Camine, señor doctor.

(*Vanse.*)

CARDENIO. (Cielo, ¿llegaréla a hablar?)
CELIA. (Vireno, yo no he de hablalle
hasta que al soldado vea.)
CARDENIO. (¿Tú crees que de hombre sea
aquel rostro y aquel talle?
LEONARDO. Pues ¿de quién?
CARDENIO. De Celia es.)
VIRENO. (Llega, que es piadoso oficio.
CELIA. Primero veré a Fabricio.)
CARDENIO. Quiérome echar a sus pies.

(*Vanse.*)

LEONARDO. Tente, loco.
CARDENIO. ¡Celia mía!
LEONARDO. Que Celia se le ha antojado
el otro estudiante.
PORCELIO. Has dado
remate a la fantasía.
CARDENIO. ¡Celia mía!
LEONARDO. Tente bien.
CARDENIO. Que es Celia; soltadme, pues.
PORCELIO. ¿Estás loco?
CARDENIO. Celia es,
y Vireno aquél también.

LEONARDO. ¿No ves que es hombre, Cardenio, y que eso parece mal?
PORCELIO. ¡Que diese en locura igual un hombre de tanto ingenio!
CARDENIO. ¿Hay desdicha semejante? ¡Que éstos me tengan así al tiempo que a Celia vi!
PORCELIO. ¿Qué Celia?
CARDENIO. Aquel estudiante.
LEONARDO. No conoces tu locura, pues por esto te tenemos, que el disparate que vemos de que estás loco asegura.
CARDENIO. ¡Vive Dios, que es Celia aquélla!
PORCELIO. ¡Qué brava locura tiene! Una forastera viene y alguna gente con ella.

(*Entra* JULIA, *de camino, y* VALERIO, *de cochero, y* OSTILIO.)

LEONARDO. ¡Oh, si nos diesen ayuda!
JULIA. El lugar me ha contentado.
CARDENIO. ¿Hay hombre más desdichado? ¡Que agora esta gente acuda!
JULIA. Es extremado el lugar; lleno de lindo sustento.
VALERIO. Pues aquel viejo avariento más bien te dejó de hablar.
CARDENIO. ¿Que no me dejáis? ¿Qué es esto?
VALERIO. Voces dan: Aguarda un poco.
LEONARDO. Dadnos favor contra un loco, gente honrada; llegad presto.
OSTILIO. ¿Loco decís? Téngase él.
VALERIO. Mi bien, a tenerle voy.— ¿Qué es lo que mirando estoy?
JULIA. Cielos, ¿no es Cardenio aquél?
VALERIO. Cardenio es ése, señora, y loco, ¿qué haré?
JULIA. Tenelle. ¡A quién no lastima el velle!
VALERIO. ¿Ha mucho que es loco?
LEONARDO. Agora.
CARDENIO. Mi señora, ¡vive Dios!, que no estoy loco.
LEONARDO. Y no poco.
JULIA. ¿De qué dicen que está loco?
CARDENIO. De lo que quieren los dos, que yo mi sentido tengo.
PORCELIO. Bueno, está loco de amor.
JULIA. ¿De quién?
LEONARDO. De Celia.
JULIA. ¡Ah, traidor! ¿Que a ver tus locuras vengo?
CARDENIO. ¿Esto crees?
LEONARDO. No te espante, que a no tenerle aquí atado creo que hubiera forzado un desdichado estudiante.
CARDENIO. ¿Tú no ves que Celia es ese estudiante?
JULIA. ¡Ay de mí, que como Celia está en ti todo es Celia cuanto ves!
CARDENIO. Si con este desengaño yo no cobro mi sentido, injustamente perdido quedaré por un engaño.
VALERIO. Ésta, sin duda, es flaqueza del ordinario estudiar.
CARDENIO. (Por loco habré de quedar.)
OSTILIO. Vahídos son de cabeza. Comer poco, estudiar mucho, es gran batalla del seso.
VALERIO. ¿Dónde irá?
JULIA. Llevadle preso a mi posada.
CARDENIO. (¿Qué escucho? Pues ¿asido y por la calle?)
JULIA. Valerio, parece justo por su honor, si te da gusto, que allí trates de curalle.
VALERIO. Basta ser de nuestra tierra y un hombre tan conocido.
CARDENIO. ¿Qué tierra?, que estoy corrido de que amigos me hagan guerra. Leonardo, ¿tú habías de hacer este enredo contra mí?
LEONARDO. Ya le crece el frenesí; vuestra ayuda es menester.
VALERIO. Caminad a la posada.
CARDENIO. ¿Hay desdichas como éstas? ¡Ay, Celia, cuánto me cuestas!
OSTILIO. Paso, no deis bofetada. ¡Qué buen pago os dió la luna! ¿Habéisla mucho mirado?
CARDENIO. ¡A un cuerdo por loco atado! ¿Qué es aquesto, cruel fortuna?

(*Llévanle asido, forcejeando entre todos, y sale* MARCIO *solo, de camino de Alcalá.*)

MARCIO.

De un ciego amor guiado
y de su mano asido,
en busca vengo de mi Celia bella.
Buen camino es el mío

si un ciego de otro ciego
sus pasos fía y su gobierno deja.
¡Ay, miserable vida
la de un celoso amante
que sigue a quien le huye
y huye a quien le sigue!
Pero disculpa tiene mi locura,
si amar a Celia bella
no fué eleción, sino forzosa estrella.
Bien sé que el viento sigo
y en el arena siembro,
al mar silencio pido,
piedad al tigre fiero,
a un bárbaro razón, sentido a un loco,
a un juez apasionado
justicia de mi pleito,
al infierno descanso,
fruto a una palma que sembré yo mismo;
pero esperarle de ella,
no fué eleción, sino forzosa estrella.

(*Apártanse a un lado, y entra* Celia, *que saca al campo a* Fabricio, *y no lleva más de una daga.*)

Fabricio. ¿No sabré qué me queréis?
Celia. ¿De un muchacho os receláis?
Mala condición tenéis.
Fabricio. Fuera de la puerta estáis,
y en el campo; ¿qué queréis?
Celia. De Mártires es la puerta,
y aunque para mí está abierta,
por lo mucho que lo soy,
vos seréis confesor hoy
con mi confianza muerta.
¿Conocéis a una mujer
llamada Tebandra?
Fabricio. Sí,
solíala conocer.
Marcio. (Cielos, ¿qué es esto que vi,
o que es lo que vengo a ver?
¿No es mi hermosa Celia aquélla
transformada en estudiante?)
Celia. Contra vos formo querella,
soldado vil y arrogante;
yo os he de matar por ella.
Meted mano, fementido,
que ya rabio por hacello.
Fabricio. Si yo no hubiera caído,
por las señas del cabello
rubio, hermoso y recogido,
señora, que sois mujer,
pretendiéraos responder;
mas ¿quién sois, por vida mía?
Celia. No me habléis con cortesía,
que hombre y muy hombre he de ser.
Celia soy; Celia agraviada.
Por vos perdí mi marido,
de quien he sido olvidada
por esa lengua, que ha sido
para mi deshonra espada.
A mis manos moriréis.
Fabricio. Tened la espada, que hacéis
a mi espada afrenta y mengua.
Celia. Teniendo de mujer lengua
¿espada de hombre traéis?
Sois infamia de hombre honrado.
¿Soldado vos? ¿Vos sois hombre
habiendo el hombre afrentado?
Ya no sois soldado en nombre,
sino en afrentas soldado.
Meted mano, que soy tal,
que os habéis de desdecir,
y esto no os parezca mal,
porque bien puede reñir
una mujer con su igual.
Fabricio. Con regalos pensé yo
que enamorarme pudieras
y el rostro que Dios te dió;
pero de palabras fieras
¿cuál hombre se enamoró?
No sé en qué llevas asida
mi alma en lazo tan fuerte,
ya de tus ojos herida,
que más le está dando muerte
que con tu daga atrevida.
Daga, acero ni otra cosa
no dan al alma herida,
sólo esa lengua amorosa
es para quitar la vida
al alma más poderosa.
Por vengarme te ofendí
cuando no te conocí;
pero si satisfacción
¿bastará que ese hombre diga
de la que quieres de mí
que una venganza me obliga
que me desdiga esta tarde?
Celia. No, porque un hombre cobarde
no es mucho que se desdiga.
Fírmame sólo un papel
en que digas este enredo,
que aquí le traigo.
Fabricio. Sin él
más satisfación dar puedo.
Muestra y di la traza de él.

CELIA. Hinca la rodilla aquí
y escribe.

FABRICIO. El intento di.

MARCIO. (¿Hay enredo semejante?
¿Que esto pasa aquí delante
y quede esperanza en mí?
Todo el engaño sabía
cuando vine; mas no tanto
esta locura entendía.)

(*Entra* CARDENIO *alborotado, como viendo que se ha escapado de los que le llevaban asido.*)

CARDENIO. Gracias te doy, Cielo santo,
de ver tu luz, sol y día;
que según fué la locura
de aquella gente conmigo,
no espero tener ventura
de alcanzar el bien que sigo
ni gozar de tu luz pura.—
¿Qué es esto que veo aquí?
¿No es Fabricio el que está allí
y Celia junto con él?
¿Qué es esto, cielo cruel,
tan presto tu infierno vi?
Agora sí que estoy loco;
tener mi sentido en poco
justa razón me provoca,
ya mi esperanza [se] apoca
celos no, que agravios toco.—
¿Qué haces, di, fementida,
con aqueste vil soldado,
a quien quitara la vida
si espada tuviera al lado
como la que trae ceñida?
¡Vive el Cielo!

CELIA. Menos brío.
Tu satisfación es ésta.

FABRICIO. No es sino tu desvarío.
Oye.

CARDENIO. No admite respuesta
sin armas agravio mío.—
¿Ah, caballero?

MARCIO. ¿Qué es esto?
¿Sobre qué se han descompuesto?

CARDENIO. Esta espada, en cortesía,
os pido, que yo la mía
os diera a vos. ¡Presto, presto!

MARCIO. ¡Paso!

FABRICIO. Dádsela, que enfada
ver tantos humos ¡por Dios!

CARDENIO. Dádmela ¡por Dios! prestada.

MARCIO. Mejor reñiré por vos
que no prestaros la espada.
Aunque si es esta porfía
por Celia, que en este día
vengo obligado a seguir,
con los dos he de reñir
porque también Celia es mía.
Con el uno agora, es cierto,
pues sola una espada queda
para cumplir lo que advierto,
por que el otro luego pueda
tomar la espada del muerto.

CARDENIO. Buen tercero sois, por Dios.
Un enemigo tenía;
mas ya sé que tengo dos.

FABRICIO. Yo, pues que Celia no es mía,
ya ni con él ni con vos.
Lo que yo escribía aquí
era una satisfación
del engaño que emprendí,
por vengar mi corazón,
de Celia, a quien nunca vi,
que sólo a Tebandra adoro.

CARDENIO. Si esto es así, mi locura
y haberla ofendido lloro,
y mi honra, en vos segura,
confirmo, apruebo y mejoro.
Y pues ya soy vuestro amigo,
a guardaros fe me obligo
por el amistad jurada.
Dadme prestada la espada
para matar mi enemigo.

FABRICIO. Gran bajeza hubiera sido;
mejor es reñir por vos.

MARCIO. Pues yo con vos ¿qué he tenido?
Sin cólera estoy ¡por Dios!
para quien no me ha ofendido.
Pero ¿con qué fundamento
quiere hacer el casamiento
un hombre que agora estaba
adonde Julia posaba,
su primero pensamiento?

CELIA. ¿Cómo? ¿Que Julia está aquí?

MARCIO. Digo que con él la hallé
y que en su casa le vi.

CARDENIO. Yo confieso que la hablé
llevándome loco allí,
que de camino venía
y yo no la conocía.

CELIA. ¿Esto has hecho? Pues, ingrato,
¿con ese fingido trato
me engañabas?

CARDENIO. ¡Celia mía!
Celia, aguarda.

CELIA. Déjame,
vuélvete a Julia.

(*Vase* CELIA.)

CARDENIO. Enemigo.
[¿Dónde vais?]

MARCIO. Luego vendré,
que mientras a Celia sigo
ni guardo amistad ni fe.

(*Vase* MARCIO.)

CARDENIO. ¡Bueno, Fabricio, he quedado!

FABRICIO. ¿Estarás desengañado
que Celia no te ha ofendido,
que estos celos que has tenido
son de su cielo anublado?
Voy a Tebandra a buscar
y daréle mi disculpa.
Solo te puedes quedar.

CARDENIO. Vete, y quedaré a llorar
mis desdichas y mi culpa.

(*Vase* FABRICIO, *y entra* LEONARDO *y* JULIA *y* VALERIO.)

LEONARDO. No sé qué os diga ¡por Dios!,
sino que no ha sido poco
que entrase a curar un loco
y que yo salga por vos.
Y conoced, Julia bella,
que es doblada mi pasión;
que él salió de la prisión,
pero yo me quedé en ella.
No sé qué vi en esos ojos,
o es basilisco escondido
que da veneno al sentido
y a los más libres enojos.
No os pese, si al alma os toco
con ver que ésta se desmaya,
de que aquel loco se vaya,
pues acá queda otro loco.

JULIA. Leonardo, muy bien entiendo
que el mal ajeno que escucho
es atrevimiento mucho,
y de que lo sea me ofendo.
Dejad ese pensamiento,
que es frenesí que os ha dado,
que decirme ese cuidado
es dar palabras al viento.
Muy bien os podéis volver.

VALERIO. (Aun esto el diablo sería.)
Vámonos, señora mía,
que tenéis mucho que hacer.

LEONARDO. ¿Quién os mete en esto a vos?
A vuestro coche acudí.

VALERIO. Bueno es quien me mete a mí.—
Hola, hermano, andá con Dios.

LEONARDO. Dejadnos solos un rato.

VALERIO. ¡Mal año, bien lo entendéis!

LEONARDO. Yo sé que merced haréis
a quien no diréis ingrato.
Llevaréis este doblón.

VALERIO. ¿Qué doblón? Que no le quiero.

LEONARDO. ¡Oh, que enfadoso cochero!
¿Sois gabacho o sois valón?

VALERIO. Soy el diablo disfrazado.

LEONARDO. Borracho viene, por Dios.—
Mi señora, habladle vos.

VALERIO. ¿Cómo hablar?

LEONARDO. Vete, cuitado,
que te quebraré los ojos.

VALERIO. No lleguéis a la mujer,
que ahí el diablo podría ser.

CARDENIO. ¿Sobre quién son los enojos?

VALERIO. Vámonos de aquí, señora.

LEONARDO. Basta, que este mentecato
es la guarda y el recato
de Julia y mi muerte agora.

CARDENIO. Pues de Julia ¿qué pretendes?

LEONARDO. Hame parecido bien.

VALERIO. Y a mí guardarla también
si por ventura la ofendes.

LEONARDO. ¿Hay más gracioso picaño?

VALERIO. La vida me ha de costar,
o con ella no has de hablar.

(*Entran* TEBANDRA *y* FABRICIO *conformes.*)

FABRICIO. Ya se descubrió el engaño.

TEBANDRA. ¿Cardenio no quedó allí?

CARDENIO. Tebandra noble y bella,
¿qué es de mi Celia?

TEBANDRA. Con ella
estoy, porque ella está en ti.
De celos de aquesa dama
sé yo que de ti va huyendo.

JULIA. Decidla que no la ofendo
y que la engaña la fama.
Que sus celos asegure.

(*Entra* CELIA, VIRENO *y* MARCIO.)

TEBANDRA. No hay seguridad en celos.

VIRENO. Yo sé que han de hacer los celos
que esta amistad viva y dure.
Vos, Marcio, no lo estorbéis.

MARCIO. Como yo le vea casado,
quedaré desengañado.

(*Llégase* VIRENO *a* CARDENIO.)

VIRENO. Pues agora lo veréis.
Pero dejadme llegar.—
Cardenio, ¿qué haces aquí?

CARDENIO. Estoy, Vireno, sin mí,
loco y ciego de llorar.

VIRENO. Agora podrás mejor,
pues Celia, decirlo puedo,
caminando va a Toledo
con Marcio, a quien tiene amor.
Fuése porque había sabido
que con Julia habías hablado,
y así palabra le ha dado
de mujer y él de marido.
Salí tras ellos por ver
si algún remedio tendría;
mas el viento no podía
tan velozmente correr.
Hice seña con la espada
puesta en la mano y desnuda;
pero todo fué, sin duda,
invención antes trazada.
Díjelos (1) cien mil afrentas;
pero nada aprovechó.

CARDENIO. ¿Tan cuerdo te escucho yo
la tragedia que me cuentas?
Muerto soy, sin honra vivo.
¿No hay quien me preste una espa- [da?

MARCIO. Aquí está Celia obligada
a vuestro amor excesivo.
No soy yo quien la llevé,
sino quien la trae agora.

(1) En la primera dice:

"de zelos cien mil afrentas".

Se enmendó en las sucesivas.

CARDENIO. Dejadme, dulce señora,
que mil abrazos os dé
y mano y fe de marido.

CELIA. Yo soy quien ha de ser vuestra.
Viva eterna la fe nuestra.

CARDENIO. ¡Oh, mi Vireno querido!
Como un ángel me presentas
la que el alma me robó.

VIRENO. "¿Tan cuerdo te escucho yo
la tragedia que me cuentas?"
Presto un alma enamorada
rinde un dolor excesivo.
"Muerto soy, sin honra vivo.
¿No hay quien me preste una espa- [da?"

CARDENIO. ¿Qué hay en Tebandra y Fabricio?

MARCIO. Que son marido y mujer.

LEONARDO. Y que yo lo pienso ser
de Julia.

VALERIO. Es hablar de vicio.
¿Vos?

CARDENIO. Escuchá si queréis,
que debe de haber misterio.

LEONARDO. ¿Por qué?

VALERIO. Porque soy Valerio
y no el cochero que veis.—
Mi Julia, dadme la mano.

JULIA. Confieso mi obligación.

LEONARDO. Vana salió mi intención
y mi pensamiento vano.

MARCIO. Conmigo os consoleréis,
que también me quedo así.

CARDENIO. A Toledo desde aquí
acompañarnos podéis.

MARCIO. Eso será justa cosa.

LEONARDO. A hacello estoy obligado.—
Aquí se acaba, senado,
La Escolástica celosa.

FIN

EL FAVOR AGRADECIDO

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA AL

SEÑOR PEDRO DE TAPIA

DEL CONSEJO SUPREMO DE SU MAJESTAD

Fué sentencia de Cicerón en la filípica III: *Que ya que no se pudiese pagar todo lo que se debiese, por lo menos lo que nuestras fuerzas alcanzasen.* Es materia tan dilatada el agradecimiento, que por comunes dejo otros lugares, y con el referido ofrezco a V. m. la comedia cuyo título es *El Favor agradecido,* valiéndome de sólo el nombre para mostrar que el que por tantos años he recibido de ese generoso ánimo en tantas ocasiones, lo fuera con diferentes obras, si las alcanzara el mío, al igual de tan justa voluntad y obligación tan grande y tan debida de derecho al beneficio que me excusa como ley precisa de exagerarla, pues *Frustra ab homine exprimitur, quod ipso jure subintelligitur.* Dió el Cielo a V. m., entre otras muchas partes, la que hace (por opinión de muchos) más agradables a los hombres, que es el hacer bien con alegría; cosa que alude en parte a aquella sentencia sacra que *Hilarem datorem diligit Deus;* pues algunos que están en alto lugar suelen, con la aspereza del semblante, deslustrar al que le esperaba la primera alegría del beneficio, a que por lo menos parezca que no le lleva cabal el que le recibe, sino que le hurta al disgusto del que le ha dado, defecto grande y alabanza sublime: lo contrario en la blandura de las almas nobles. Fácil argumento de lo interior, como lo es el cristal diáfano del licor o de la llama, cuyo color o resplandor le comunica, y pues fué opinión de Plutarco: *Que el alma veía y oía, y que todo lo demás era ciego y sordo.* La mayor demostración de que ella ve y oye es el apacible semblante; de donde se colige que quien carece de esta exterior dulzura, no mueve por el alma las acciones del beneficio. Extraña y nueva manera de alabanza donde había campo tan dilatado en tantas virtudes, nobleza y letras; pero yo no he querido salir del *Favor* por conformarme con el título de *agradecido.* Dios guarde a V. m. muchos años.—Su capellán obligadísimo, LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

MARQUÉS CELIO.
CONDE ESTACIO.
DUQUE ASTOLFO.
PINELO, *criado.*
ROSAURA, *princesa.*
LESBIA, *dama.*
PROPERCIO, } *embajadores*
SALVIANO, } *de Sicilia.*
RAIMUNDO, }
CLARIDENO, } *grandes de*
LEARDO, } *Cerdeña.*
ESFERIO, }
ASTOLFO. (1)
CURCIO, *patrón.*
MULEY SELACO, *rey de Argel.*
ADAJA.
LEACÉN, *moro.*
RODOLFO, *capitán.*
TIBERIO, *príncipe.*
Un SOLDADO.
[SOLDADOS.
MOROS.]

Representóla Vergara.

ACTO PRIMERO

(*Sale el* MARQUÉS CELIO *y el* CONDE ESTACIO, *de noche.*)

CELIO. Por aquí me suele hablar.
ESTACIO. Pues os habla la Princesa,
en tan difícil empresa
¿qué tenéis que conquistar?
Bien podéis decir *vencí;*
y, guardándole el decoro,
estas cinco letras de oro
añadir al *vine* y *vi.*
Porque entre los que han venido
y visto a Rosaura bella,
todos van vencidos de ella;
pero vos la habéis vencido.
CELIO. Sentí que se me inclinaba
cualquiera dichoso día
que en el terrero me vía
o en su antecámara entraba.
Y como el padre murió
y es legítima heredera,

(1) Este personaje es el mismo "DUQUE ASTOLFO" que aparece el tercero en la lista.

a lo que Amor no pudiera,
el interés se atrevió.
Comenzó por interés
este amor, o agora empieza,
que fué poner la cabeza
adonde han de estar los pies.
Atrevíme, como digo,
a publicalle mi amor,
porque, vencido el temor,
es más flaco el enemigo.
Creyóme como rendida,
y rindióse de tal suerte,
que jura que hasta la muerte
es mi alma y soy su vida.

ESTACIO. De esa manera, Marqués,
rey os podemos llamar.

CELIO. Si a Rosaura he de gozar,
ese mi título es.
Rey pienso ser, Conde amigo,
y de Rosaura señor.

ESTACIO. (¡Bendígate el mundo, Amor,
como te alabo y bendigo!
Con estos milagros tales
tu inmenso poder señalas,
pues tan fácilmente igualas
las cosas más desiguales.
No porque el mérito es
del marqués al rey segundo;
mas en las leyes del mundo
desdicen rey y marqués.
Y pues Celio a serlo empieza,
créame que no querría
hablalle con señoría.)
Vaya, señor, vuestra alteza
llegue a la reja, que aquí
le aguarda un vasallo suyo.

CELIO. Yo lo he de ser, Conde, tuyo,
que no soy rey para ti.

ESTACIO. Ya, pues que tú me has llamado,
¿quién duda que por lo menos
me escoges entre mil buenos
para tu amigo y privado?
¿Qué me ha de dar vuestra alteza?

CELIO. No hay que darte, tuyo es todo.

(*Sale el* DUQUE ASTOLFO *y* PINELO, *criado.*)

ASTOLFO. ¿Voy bien?

PINELO. Bien vas de este modo.
¿Llevas casco?

ASTOLFO. En la cabeza.

PINELO. Haráte defensa el seso
de que llevas harto poco,
que no esté lejos de loco
quien lleva este reino en peso.

ASTOLFO. Pretender yo la Princesa,
¿te parece gran locura?

PINELO. Es la falta de ventura
piedra que en los brazos pesa.
¿Qué importa volar al cielo
con las alas del valor,
si la piedra, que es mayor,
te vuelve a humillar al suelo?
¿No eres Duque y no es Rosaura
reina (1) de Cerdeña?

ASTOLFO. Sí;
pero Amor que vive en mí
toda esa falta restaura.
Y bien sabes tú que el Rey
mandó, muriendo, que fuese
su esposo el que ella eligiese,
y que el testamento es ley.
Pues si ha de escoger marido,
y de su gusto ha de ser,
y el gusto de la mujer
es al honor preferido,
¿por qué no podrá quererme
si nadie agora me iguala
en nobleza, talle y gala
y por marido escogerme?
¿Hay agora en esta corte
otro alguno más capaz,
ni que en la guerra o la paz
más a su servicio importe?
¿Quién ha gastado y lucido?
¿Cuál otro se ha señalado
en el torneo pasado
ni más vitorioso ha sido?
¿No gané juntas diez joyas?
Pues ¿por qué no he de vencer
el pecho de una mujer?
Que no es todo el mundo Troyas,
y Troya se conquistó.

PINELO. Digo que ese atrevimiento
es igual al pensamiento
que hasta el cielo te llevó.
Mira al sol, húrtale el rayo,
que la empresa de más nombre
fué fácil y llana al hombre.

CELIO. Basta, Conde, el falso ensayo.
No me llaméis más alteza.

ESTACIO. Pues ¿cómo a un rey señoría?

CELIO. Soy rey por la fantasía,

---

(1) En los impresos, "rey", por errata.

mas no por naturaleza.
ASTOLFO. (Gente hay aquí.
PINELO. Y buena gente,
que las rodelas columbro.
Más del temor me deslumbro
que del acero luciente.
ASTOLFO. Son dos.
PINELO. ¿Cómo dos?
ASTOLFO. Pues (1) ¿ves
más de dos?
PINELO. Son once o doce.
ASTOLFO. ¿Búrlaste?
PINELO. No, ansí me goce,
que vienen de tres en tres.
ASTOLFO. Pues aunque no fuera así,
dos solos veo.
PINELO. Serán
alférez y capitán.
ASTOLFO. ¿Y vendrán tras ellos?
PINELO. Sí.
ASTOLFO. ¿Sí?
PINELO. Sí, digo.
ASTOLFO. Escucha un poco,
que a las rejas han llegado.
PINELO. El uno se ha desviado.
¿Si te han visto?
ASTOLFO. Calla, loco.
CELIO. Haré la seña.
ESTACIO. ¿Cuál es?
CELIO. Desenvainar una espada.

(*Desenvaina* CELIO *para hacer la seña, y el* DUQUE *piense que es contra él; saca la espada y huye* PINELO.)

ASTOLFO. ¡Oh, traidores en celada!
CELIO. ¿Es el Duque?
ASTOLFO. ¿Es el Marqués?
CELIO. Yo soy.
ASTOLFO. Y yo.
ESTACIO. Tener.
ASTOLFO. Basta.
CELIO. ¿Qué pensasteis?
ASTOLFO. Otra cosa.
ESTACIO. ¡Brava pendencia!
ASTOLFO. ¡Donosa!
ESTACIO. ¡Qué poco acero se gasta!
CELIO. Entre amigos, y cual vos,
sobra, pues somos amigos.
ASTOLFO. Vos y yo a dos enemigos.

(1) En los impresos, "Pues, qué, ¿ves": pero el verso es largo.

ESTACIO. Y el Conde para otros dos.
¿Quién huyó?
ASTOLFO. Cierto cobarde.

(*Sale* PINELO *con la espada desnuda.*)

PINELO. Ya, señor, acude gente;
acométselos.
ASTOLFO. Detente,
borracho, que vienes tarde.
CELIO. ¿Era Pinelo?
PINELO. Yo soy.
CELIO. ¿Cómo huíste?
PINELO. ¿Esto es huír?
ASTOLFO. Es, a lo menos, venir
cuando ya rendido estoy.
CELIO. Yo, Duque, lo estoy de vos;
y, al fin, os quiero dejar,
que venir a este lugar
no ha sido sin causa. Adiós.
ASTOLFO. Eso no, que vos venistes,
Marqués, primero al terrero,
y yo ni temo ni espero
horas alegres ni tristes.
Aquí os quedad, que venía
sólo a bucar un amigo.
CELIO. No uséis, Astolfo, conmigo
de esa noble cortesía.
Si acaso tenéis que hacer...
ASTOLFO. Yo os he dicho la verdad.
CELIO. Adiós.
ASTOLFO. Conde, adiós quedad.—
Tú bien te puedes volver.
PINELO. ¿Por qué?
ASTOLFO. Porque para huír,
¿qué sirve que vamos dos?
PINELO. Por cólera iba ¡por Dios!
para volver a reñir.

(*Vanse los dos.*)

ESTACIO. ¿A qué habrá el Duque venido
al terrero tan cortés?
CELIO. A lo mismo que el Marqués,
que no es menos atrevido.
ESTACIO. ¿Presume de casamiento?
CELIO. Eso tengo sospechado.
ESTACIO. No me da el Duque cuidado;
mas dale su atrevimiento.
¡Qué presto acudió a la seña!
CELIO. Si vió relucir la espada,
tener la suya envainada
no era ignorancia pequeña.
No hablemos del Duque más.

ESTACIO. ¿Daos celos?
CELIO. Notablemente.
ESTACIO. No os hablaré eternamente
del Duque.

(*Sale* ROSAURA, *princesa, y* LESBIA, *dama.*)

LESBIA. Segura estás.
Bien puedes hablar.
ROSAURA. ¿Marqués?
¿Celio?
CELIO. Señora, ¿sois vos?
ROSAURA. ¿Estás solo?
CELIO. Aunque veis dos,
uno es solo, y Celio es.
El Conde viene conmigo.
ROSAURA. Pues ¿cómo te puedo hablar?
CELIO. Pues le traigo a este lugar,
créete que es el Conde amigo.
LESBIA. Ay! no te enojes, señora,
y llámale, te súplico.
ROSAURA. ¿Parécete bien?
LESBIA. Tantico.
CELIO. Yo sé que el Conde os adora.
LESBIA. ¡Por vida de la Princesa!
CELIO. ¿Y de mi alma juráis?
LESBIA. Pues ¿cómo no le llamáis?
ROSAURA. Buena libertad es ésa.
LESBIA. Ea, llamaréle (1) si mandas.
ROSAURA. Ahora bien, venga.
CELIO. ¿Ce, Conde? (2)
ESTACIO. ¿Llamas?
ROSAURA. ¡Qué presto responde!
CELIO. (Hoy en buenos pasos andas.
ESTACIO. ¿Cómo?
CELIO. Lesbia se te inclina.
ESTACIO. Mi ventura lo ordenase.
CELIO. Llégate más.
ESTACIO. No me abrase
de Lesbia la luz divina.)
CELIO. Aquí está el Conde.
ESTACIO. Aquí estoy,
señora, a servicio vuestro.
ROSAURA. Conde, aqueste amor que os muestro
estimalde desde hoy.
ESTACIO. No cabe tan alta estima,
señora, en tan bajo pecho,
que a tanto bien es estrecho
todo lo que el mundo estima.

(1) En los impresos, "llámenle".
(2) En los impresos, "El Conde".

Si Celio y vos, aunque dos,
sois un alma y voluntad,
por ser de Celio, mirad,
también tengo parte en vos.
ROSAURA. Por ella y por vuestra parte
os tengo en lo que es razón,
y veréis en mi afición
cuanta en Celio se reparte,
que todo lo que no es
del Marqués desde aquí os doy.
ESTACIO. Y yo todo a vos me doy,
que todo soy del Marqués.
CELIO. Parece que habláis por mí
como si estuviera ausente.
No os quiero tan diligente.
Eso a Lesbia lo decí,
que ella os escucha con gusto
y os ama porque yo os amo.
Hablad, que para eso os llamo,
y amalda, pues es tan justo.
Decilde lo que sentís,
y que es vuestro único bien.
ROSAURA. ¿Quién os mete a vos también
en eso que le decís?
Dejalde, que él hablará
y le dirá lo que siente,
y ella, que en verle presente
no menos alegre está.—
Ea, dile que le adoras;
no te turbes, pues le quieres;
dile aquí cuanto supieres,
que será lo más que ignoras.
Dile que es todo tu bien
y que estás fuera de ti.
LESBIA. No lo digas tú por mí,
que yo lo diré tan bien.
CELIO. Todos estamos celosos.
ROSAURA. Conde, contentaos con esto.
ESTACIO. Hoy la fortuna me ha puesto
en dos extremos dichosos:
el uno, de vuestro amor,
y el otro, de Lesbia bella.
ROSAURA. Aunque os quiere mucho ella,
no sé yo cuál es mayor.
Y porque es bien que entendáis
el que al Marqués he tenido,
sabed que es ya mi marido.
ESTACIO. Celio, un siglo lo seáis,
y vos le gocéis, señora,
con mucho gusto y contento.
ROSAURA. Y quiero que el casamiento
se entienda en el reino agora.

Mañana los Grandes junto
y mi intento los declaro.

ESTACIO. Como ellos lo sepan claro
te han de obedecer al punto,
que es muy bienquisto el Marqués;
y si lo que es celestial
tiene en la tierra su igual,
sólo tu igual Celio es.

CELIO. Gente ha venido a la calle.
Entraos, mi bien.

ROSAURA. Celio, adiós.

LESBIA. Adiós, Conde.

ESTACIO. ¡Que los dos
no hablemos!

ROSAURA. Dile que calle.

LESBIA. Tomá esa cinta, y creed
que quisiera hablaros hasta...

(Quítense de la ventana las dos.)

ESTACIO. El cuándo no dijo. Basta,
que es la primera merced.

(Sale el DUQUE ASTOLFO *y* PINELO.*)*

ASTOLFO. (Pinelo, si los antojos
de mi deseo no son
causa de aquesta ilusión,
la Reina vieron mis ojos,
digo, oyeron mis oídos,
y a Celio con ella hablando.

PINELO. Es Amor que está burlando
las fuerzas de los sentidos.
Alguna dama sería
y éste algún aventurero.

ASTOLFO. Si reconocerlos quiero,
¿has de mostrar cobardía?

PINELO. Fingirme quiero valiente,
que sé que los mismos son.

ASTOLFO. ¿Dirás que es un escuadrón
de armas, caballos y gente?

PINELO. Acomete, que no estoy
sin cólera como entonces.
¿En qué mármoles o bronces
no corta el golpe que doy?)

ASTOLFO. ¿Ah, caballeros? ¿Podremos
llegar todos a las rejas?

CELIO. (Estacio, ¿qué me aconsejas?

ESTACIO. Que ansí les responderemos.)

(Meten mano dos a dos.)

CELIO. ¿Astolfo?

ASTOLFO. ¿Celio?

CELIO. ¿Otra vez?

ESTACIO. ¡Brava esgrima habéis buscado!

ASTOLFO. Tente tú, desatinado.

PINELO. ¡Mueran!

ASTOLFO. Calla.

PINELO. ¡Y otros diez!

ASTOLFO. ¿Agora esas valentías?

PINELO. ¡Mueran!

ASTOLFO. ¡Vive Dios, de darte!

PINELO. Con cólera no soy parte
a reportarme en seis días.

ASTOLFO. Desvíate, bachiller,
que eres músico rogado;
que sin rogarle ha cantado
cuando no fué menester.

PINELO. Pudriréme este coraje,
pues la ejecución me niegas.

CELIO. ¿A tales ventanas llegas
con ese discreto paje?

ASTOLFO. Mejor tú con ese amigo;
que a mí, pues me importa poco,
gusto de que venga un loco
y no un discreto conmigo.
Tú, que aquí tienes secreto,
y por dicha en alta parte,
haces bien de acompañarte
del amigo más discreto.
Que yo, que sin ocasión
a estas rejas he venido,
ni he buscado ni querido
secreto ni discreción.
Y mira en los pasos que andas
y el pensamiento que tienes,
que al cielo más alto vienes
y al sol los rayos demandas.
Y aunque podellos regir
es digno de tu valor,
Faetón fué mucho mayor
y subió para morir.
No seas sol que nos descubra
su oriente sereno y raso,
y después, en triste ocaso,
con noche eterna se cubra.
que te tengo voluntad
y de tu daño me pesa.

CELIO. Si la voluntad es ésa,
Duque, no es buena amistad;
porque cuando yo tuviera
tal pensamiento conmigo,
a quien es, cual vos, amigo,
no envidia, contento diera.
Consejo a quien no le pide
nunca es darle discreción,
y más si con la razón

poco se gobierna y mide.
Querer vos adivinar
mi pensamiento y secreto,
si fué término discreto
también lo podéis juzgar.
Y cuando mi pensamiento
fuera de empresa tan loca,
¿por qué parte a vos os toca
el llamarle atrevimiento?
¿Qué parentesco os incita?
¿Qué acción, qué derecho o ley?
¿Qué testamento del Rey
o qué amor os solicita?
¿Rosaura no ha de escoger
el marido que quisiere?
Pues cuando a mí me escogiere,
¿quién como yo puede ser?
Cuanto más, que esta es respuesta
de vuestra mala intención,
que mis méritos no son
dignos de empresa como ésta;
mas cuando los tenga alguno,
si no le igualo, le excedo.

ASTOLFO. ¡Paso, Marqués, hablad quedo,
que no os excede ninguno!
Vos sois el mejor de todos,
justamente pretendéis;
vos la empresa merecéis,
vos la igualáis de mil modos
Vos seréis Rey, vos marido
de Rosaura, vos amado
del reino, vos respetado
de sus grandes, vos querido
y todo con gran razón,
y así, mirad qué mandáis.
Quedaréme aquí si os vais,
aunque no con ocasión,
que no la tengo, ni tuve
envidia de vuestro bien.

ESTACIO. El Duque responde bien.

ASTOLFO. Por responder mal estuve.
Pero váyanse esta vez,
que yo sé cuándo me toca
ser de una empresa tan loca
parte agraviada y jüez.
¿Mandáis que me vaya o quede?

CELIO. Quedaros, Duque, podéis.

ASTOLFO. Pues suplícoos me dejéis
si esto con mi amor puede;
que pues fuera desvarío
juzgar vuestro pensamiento,
también fuera atrevimiento
querer vos juzgar el mío.

ESTACIO. (Vamos, que harto os ha sufrido.

CELIO. Que no responda me pesa.

ESTACIO. Quien tanta humildad confiesa
no ha dicho lo que ha sentido.)

(*Vanse* CELIO *y* ESTACIO.)

PINELO. ¿Qué es esto, señor? ¿Qué pudo
en caso de tanto honor
tener tu acero y valor
uno cobarde, otro mudo?
¿A tantos atrevimientos
tuviste queda la mano?

ASTOLFO. ¿Quién te mete a ti, villano,
en juzgar mis pensamientos?
Estoy...

PINELO. Sacude; eso, sí,
vengarte en mí te conviene;
creo que agora te viene
la cólera como a mí.
Hazte con un pecador
valiente, así Dios te guarde,
habiendo sido cobarde
con quien te quita el honor.

ASTOLFO. Si he callado, majadero,
vos sois el que no ha entendido
las piedras que yo he cogido,
que tirar a tiempo espero.
Yo buscaré la ocasión
de dar la muerte al Marqués.

PINELO. ¡Por Dios, linda cosa es
jugar de un buen antuvión!
Ello es, sin duda, que fuiste
por cólera, como yo.

(ROSAURA *y* LESBIA, *en lo alto.*)

ROSAURA. (¿Celio dices que volvió
y que hablar aquí le oíste?

LESBIA. Desde aquí me ha parecido
el que enfrente hablando está,
y el otro el Conde será.

ROSAURA. Y el que será tu marido.)
¿Ah, Marqués?

ASTOLFO. (¡Triste de mí!
¿No es la voz de la Princesa?)

ROSAURA. (De haber llamado me pesa.)
¿Es Celio?

ASTOLFO. Señora, sí.

ROSAURA. Mi bien, ¿cómo no te has ido?

PINELO. (¿De qué te turbas? Responde.)

LESBIA. ¿Ah, Marqués?, llamadme al Conde.

ASTOLFO. (Pinelo, yo soy perdido.
Llégate y fíngete Estacio...

PINELO. Heme aquí conde de noche.
Mañana me pongo en coche
y voy contigo a palacio.
ASTOLFO. No te rías, que me estoy
abrasando de pesar.)
LESBIA. Conde, ¿no queréis hablar?
PINELO. (En efeto, el Conde soy.)
¿Señora...?
ASTOLFO. (Di mas.
PINELO. No puedo,
menos que caer en mengua,
que se me pega la lengua
y estoy temblando de miedo.)
ROSAURA. Marqués, ¿qué gente venía
denantes?
ASTOLFO. Yo, ingrata, fuí.
ROSAURA. ¿Es otro?
LESBIA. Señora, sí.
ROSAURA. Pues cierra esa celosía.
LESBIA. Astolfo me ha parecido
en el hablar y en el talle.

(*Vanse las dos.*)

PINELO. Helo aquí echado en la calle.
ASTOLFO. Yo, ingrata Reina, yo he sido;
yo soy quien vino y halló
a Celio hablando contigo;
yo soy, Reina, tu enemigo
no más de porque soy yo.
Yo, a quien dejas tan sin ley
por un villano escudero,
que fuí yo Duque primero
que fuese tu padre Rey.
Yo aquel que entre mil llamados
jamás he sido escogido;
yo, quien el tiempo he perdido
por ganar tantos cuidados.
Yo soy quien a mis deseos,
con ese nombre que adoro,
hacía mil cifras de oro
en los pasados torneos.
Y ya seré un vil vasallo
del más vil competidor,
si lo sufriere el honor
que ha de querer remediallo.—
Ven, Pinelo, ven tras mí,
que voy celoso y corrido.
PINELO. La cólera le ha venido.
Venga el Marqués, eso sí.

(*Vanse, y salen* PROPERCIO *y* SALVIANO, *embajadores del Rey de Sicilia.*)

SALVIANO.

Dame, Propercio, prisa Feduardo,
rey nuestro y de Sicilia, porque sueña
que en su negocio estás remiso y tardo.
Hazaña juzga a su valor pequeña
que le entregue a su hijo reino y mano
aquesta hermosa Reina de Cerdeña.

PROPERCIO.

Después que de su rostro soberano
tuvo un retrato el príncipe Tiberio,
es de esa furia autor amor tirano.
No pienses que ha tenido otro misterio
para que agora ansí te solicite,
si no es de amor el duro cautiverio.

SALVIANO.

Rosaura ¿qué responde?

PROPERCIO.

No permite
que la importune más.

SALVIANO.

¿Y el Rey?

PROPERCIO.

No quiere
que un punto de ella la esperanza quite.
Y dice, en fin, que el responder difiere
a un parlamento público que intenta;
mas es lo cierto que por Celio muere.

SALVIANO.

Cuando a Sicilia hiciese tal afrenta
y por este Marqués a un Rey dejase,
su fama y reino por perdidos cuenta.
No presumas, Propercio, que quedase
un árbol, una piedra en esta isla.

PROPERCIO.

Justo es que el Rey su afrenta castigase.
Vais todos—dice el Príncipe—y decísla
palabras y ternezas lisonjeras,
y de mis amenazas divertísla.
Y no la amenacéis que mis banderas
el mar han de cubrir sobre mis naves
cubiertas de soldados y armas fieras.
Y en queriéndola hablar razones graves
con libertad, en fin, de mujer sola,
responde (1) las palabras que tú sabes.

(1) En los impresos, "a responder", que no tiene sentido.

Y si una vez sus lienzos enarbola
contra Sicilia, en el valor fiada
de la gente francesa y española,
¿qué piensa el Rey hacer con tanta armada?
¿No es mejor que la venza con terneza,
pues es mujer y no ha de amar forzada?

SALVIANO.

Puesto que el Rey pretenda con fiereza
forzalla a que se case con su hijo,
que uno ama el reino y otro la belleza,
¿no hemos de hacer, Propercio, lo que dijo?
Que la mujer se vence con blandura
y el pensamiento más rebelde y fijo.
Aconséjete en esto la cordura
que en otros casos graves has tenido,
y así saldrás con lo que el Rey procura.

PROPERCIO.

Salviano, donde amor ciega el sentido,
a toda persuasión le falta fuerza,
y esta la causa principal ha sido.
No hay propósito firme que no tuerza
el amor que tenemos por contrario,
que a dar el reino a Celio amor le esfuerza.
Es en el testamento voluntario
el escoger marido a su contento,
no haciendo el reino ajeno y tributario.
Y así tengo por cierto fundamento
que se dará al Marqués, por ser gallardo,
y cumplirá del Rey el testamento.

SALVIANO.

No iré yo con la nueva a Feduardo,
que ya a Cerdeña con Sicilia junta.

PROPERCIO.

Esta respuesta solamente aguardo.

(*Salen* RAIMUNDO *y* CLARIDENO, *grandes de Cerdeña.*)

RAIMUNDO.

(Basta, que madrugaron a la junta
los dos Embajadores sicilianos.

CLARIDENO.

Si aguardan hoy respuesta les pregunta.)

PROPERCIO.

(Los Grandes vienen.)

RAIMUNDO.

(Sus intentos vanos
tendrán hoy la respuesta que merecen,
y nosotros las armas en las manos.

CLARIDENO.

Crecen en culpa y en soberbia crecen.)

(LEARDO *y* ESFERIO, *grandes.*)

LEARDO.

(Qué temprano a la junta habéis venido;
pero primero los demás se ofrecen.

ESFERIO.

Cada uno viene de interés movido
y no de pocas esperanzas lleno.

LEARDO.

La de Sicilia no pequeña ha sido.)

ESFERIO.

¡Oh, Raimundo famoso! ¡Oh, Clarideno!
¡Oh, Embajadores ínclitos, juntados
para el bien propio y el sosiego ajeno!
Tomad esos asientos señalados,
que hoy la Princesa nos promete el día
que habemos de quedar desengañados.

CLARIDENO.

De esta rendida y singular porfía
deseamos los propios y extranjeros
lo que la Reina dilatar solía.

SALVIANO.

Ya permitiese el Cielo, caballeros,
que a nuestro Rey Rosaura se inclinase,
cuyos méritos son de los primeros,
y que estas islas el amor juntase,
como las almas, en un reino solo;
que como con el Príncipe se case,
el más feliz será de polo a polo.

(*Sale acompañamiento, y* ROSAURA *detrás; sentaráse en medio de todos y dirá así:*)

ROSAURA. De vuestros ruegos movida,
puesto que el propio provecho
a responderos convida,
salgo a mostraros mi pecho
determinada y vencida.
Para aquesto os he llamado,
nobles Grandes de mi Estado,
y a los de Sicilia y todo,
quedará a un tiempo y de un modo
lo que ha de ser decretado.

RAIMUNDO. Señora, si el testamento
de tu padre, muerto, ha sido
inviolable fundamento
que escojas a tu contento
nuestro Rey y tu marido,

hoy no tiene autoridad
con tu gusto y libertad
quien te fuerce (1) o solicite,
porque todo se remite
a sola tu voluntad.

CLARIDENO. Es tu entendimiento tal
y la noticia también
de tu valor natural,
que a ninguno estará mal
lo que has de escoger tan bien.
Licencia tienes que sea
el que tu alma desea,
si has de tener propio cuyo,
porque en valor como el tuyo
no ha de caber cosa fea.

LEARDO. Cuando a tu contento importe
escoger un caballero
de los muchos de tu corte,
a ver el suyo primero
tu propio valor te exhorte,
que como en deudo o valor
el tuyo iguale y Amor
tanto bien le quiera hacer,
el reino le ha de tener
por absoluto señor.

ESFERIO. Si hacer elección quisieses
de tus deudos, hallarías
condes, duques y marqueses,
sin que por extrañas vías
a reinos extraños fueses.
Yo no te aconsejo nada;
pero la contraria espada
no altere tu pensamiento
para hacer tu casamiento,
que no has de casar forzada.

PROPERCIO. Puesto que estos caballeros
a su natural se inclinan,
para su bien lisonjeros,
y en tu daño no imaginan
de nuestro Rey los aceros,
vuelve, hermosa Reina, a ver
de Feduardo el poder
y de Tiberio el amor,
y verás que es su valor
el más digno de escoger.

SALVIANO. No tengas por amenaza,
Rosaura bella, la guerra
que el Rey a su reino aplaza,
sino el grande amor que encierra
y al que estas islas abrasa.
El no te quiere por fuerza;
mas si la afrenta le esfuerza
de no le escoger, no dudes
que el amor en odio mudes
y que el propósito tuerza.

RAIMUNDO. Cuando le mude, ¿qué importa?
¿Es acaso nuestra espada
de menos temple o más corta?
¡Qué arrogancia tan pesada!

ROSAURA. Raimundo, el hablar reporta.

RAIMUNDO. ¿Qué hay que reportar, señora?
¿Son los de Sicilia agora
los gigantes que solían?
¿En qué arrogancia se fían
de esta libertad autora?
Todo es armas y amenazas
para disuadir las trazas
de tu remedio y el nuestro.
Pues esta espada que os muestro
no tiene pesos ni razas;
y todas como ella son;
que cuando quieras huír
de su injusta pretensión,
siete mil verás salir
de este acero y condición.

SALVIANO. Si es industria la que intentas
para decir que va errada
la Reina o el Rey, ¿qué afrentas?
¿Por qué me enseñas la espada
y en mostrándola te sientas?
¿No era mejor que de aquí
te salieras?

RAIMUNDO. Ven tras mí.

ROSAURA. Nadie salga de aquí afuera,
pena de la vida.

LEARDO. Espera;
la Reina lo quiere ansí.

ROSAURA. ¿Así guardáis el respeto
debido a quien soy?

RAIMUNDO. No soy
tan bárbaro y indiscreto.
Rendido a tus pies estoy.

SALVIANO. Y yo para el mismo efeto.

ROSAURA. Sentaos.

CLARIDENO. Aquestos gallardos,
a hablar prestos, a obrar tardos.

ROSAURA. ¿Quieres callar?

ESFERIO. No te alteres.

CLARIDENO. (Piensan que somos mujeres
los fuertes corzos y sardos.)

PROPERCIO. Si la Reina no lo ataja;

(1) En los textos, "quien te ofrece", que no forma sentido.

con ser de tu propio voto,
aunque nos tengan ventaja
hoy todo el reino alboroto.

SALVIANO. Déjame hacer.

PROPERCIO. La voz baja.

SALVIANO. Bajaréla, y no la espada,
que se ha de ver presto alzada.)

LEARDO. (Hablando los dos están.

RAIMUNDO. De su temor hablarán;
lo demás no importa nada.)

ROSAURA. En consejo de mujer
no es de valerosos hombres
mostrar soberbio poder;
mas muchos tienen los nombres
y pocos tienen el ser.
No quiero airada mostrarme
ni, cual pudiera, vengarme,
sino hacer de mi intención
más breve resolución
y en mi opinión declararme.
Y así, digo que es mi gusto,
pues lo es de mi padre ansí,
dar fin a tanto disgusto
nombrando un rey para mí
que le venga al reino al justo.
Y éste de mi patria es,
que no me obliga interés
ni el temor de Feduardo.
Sardos, rey tenéis gallardo;
Celio es Rey, Celio el Marqués.

CLARIDENO. Si de Clarideno el voto
tiene crédito en el reino,
mejor es que un rey remoto.

ROSAURA. Adonde yo mando y reino
no hay que temer alboroto.

RAIMUNDO. Tu opinión sigue Raimundo.

LEARDO. Y Leardo, contra el mundo.

ESFERIO. Y Esferio lo mismo afirma.

SALVIANO. (Si eso la Reina confirma,
¿en qué esperanza me fundo?)
Cómo, señora, ¿no ves
que ese amor tu daño es?

ROSAURA. No me repliques en esto.

RAIMUNDO. Publíquese al reino presto.

TODOS. ¡Celio es rey!

ESFERIO. ¡Viva el Marqués!

DENTRO. ¡Celio es rey!

TODOS. ¡Mil años viva!

LEARDO. Y tú que con él te goces.

CLARIDENO. Esto a Sicilia se escriba.

DENTRO. ¡Celio es rey!

ROSAURA. ¡Qué alegres voces!

ESFERIO. Amor sobre todo priva.

SALVIANO. Tu gusto, en efeto, has hecho.

ROSAURA. A ese estoy más obligada.

SALVIANO. Sentirás presto el provecho.

RAIMUNDO. Ya te he enseñado la espada.

SALVIANO. Y yo te he enseñado el pecho.

RAIMUNDO. Pues vete y como quisieres.

ROSAURA. Déjalos ir y no alteres,
Raimundo, mi pretensión.

PROPERCIO. (¡Oh, qué gentil escuadrón
si no fuera de mujeres!

SALVIANO. ¡Triste Cerdeña, y qué presto
tendrás tu castigo justo
dejando el partido honesto!)

LEARDO. Murmuran.

ROSAURA. Este es mi gusto;
ya quedo resuelta en esto.

SALVIANO. (¡Oh, Propercio, y cuán en vano
contra el amor de una hembra
resiste el poder humano!

PROPERCIO. Ya sé que en la arena siembra
y el viento coge en la mano.
Confuso parto a Tiberio.

SALVIANO. La fuerza del vituperio,
de que llevas testimonio,
le hará que sin matrimonio
gane mejor este Imperio.)

(*Vanse* PROPERCIO *y* SALVIANO.)

RAIMUNDO. Irán los dos dando trazas
de alojar sus escuadrones
por estas calles y plazas.

ROSAURA. Ni me ofenden sus razones
ni estimo sus amenazas.
A mis fiestas se aperciba
quien en darme gusto estriba
y el reino de varios modos.
¡Celio es Rey!, decildo todos.

TODOS. ¡Celio es Rey!

DENTRO. ¡Mil años viva!

(*Salga* CELIO, *muy galán.*)

CELIO. A besar vengo tus pies,
si soy digno de besallos.

RAIMUNDO. Mejor será que los des
a tus dichosos vasallos.

ROSAURA. Ya sois Rey, señor Marqués.

CELIO. Soy vuestro esclavo este día
y vos, dulce Reina mía,
siempre mi señora y bien.

CLARIDENO. Ya damos el parabién
de alteza a tu señoría.

ESFERIO. Mil años viváis casados
con alegre sucesión
y bien de vuestros Estados.
CELIO. ¡Que soy Rey!
LEARDO. Y con razón
electo entre mil llamados.
CELIO. El reino, que al fin es cosa
que el mundo me pudo dar,
no es en extremo dichosa,
sino el merecer gozar
de una Reina tan hermosa.
Aquí sube el pensamiento
al mayor merecimiento.
De esto, señora, estoy loco.
ROSAURA. Todo para Celio es poco.
CELIO. Pues no lo estoy, no lo siento.
ROSAURA. Marqués... pero perdonad,
que Rey os iba a decir.
CELIO. Reina, Marqués me llamad,
que al Marqués debo el subir
de Marqués a Majestad.
Si lo hacéis por humillarme,
no es menester acordarme
lo que fuí ni lo que soy;
más humilde agora estoy,
más pienso Marqués llamarme.
Mas ¿qué me mandáis?
ROSAURA. Entremos,
que allá dentro lo sabréis;
que la ciudad hace extremos,
y es justo, si vos queréis,
que en público los hablemos.
CELIO. En mi voluntad cautiva,
como en una tabla escriba
la vuestra su gusto y ley.
ESFERIO. ¡Viva Celio!
TODOS. ¡Celio es Rey!
DENTRO. ¡Celio viva! ¡Celio viva!

(*Vanse, y salen el* DUQUE ASTOLFO *y* PINELO, *criado.*)

ASTOLFO.

¿Has, por ventura, oído los pregones,
Pinelo amigo, de mi muerte fiera?
¿Has oído las voces y el aplauso
con que han llamado Rey al marqués Celio?
¿Has visto cómo Celio es Rey? ¿Has visto
cómo de Celio soy vasallo infame?
¿Has visto cómo todos dicen "¡Viva!"?
¿Has visto cómo goza la Princesa?
Pues hoy verás mi muerte desdichada
o el fin amargo de sus dulces días.
Testigo es Dios que el interés no mueve
ni la codicia de reinar tampoco
aqueste pecho, a quien amor abrasa;
abrasa, amigo, amor aqueste pecho.
Yo muero por Rosaura, ella es mi vida.
Celio la goza, Celio la posee.
Esta es mi envidia, aquestos son mis celos.

PINELO.

Si se prueba, señor, en las fortunas
el ánimo del hombre valeroso,
¿cómo te falta a ti, que lo eres tanto?
Ya es Celio rey, ya goza la Princesa.
Las cosas sin remedio no le tienen
con vano sentimiento ni flaqueza,
y el sabio los trabajos sin remedio
con discreta paciencia disimula,
pues no hay cosa más vil que dar venganza,
pudiéndolo excusar, al enemigo.
Busca entretenimientos a tu pena,
haz mal a tus caballos (1) belicosos
o sal a caza al campo con tus pájaros;
vuela el milano vil, la sutil cuerva,
la pintada perdiz o, con los perros,
sigue el venado, el corzo, el oso, el gamo,
el jabalí...

ASTOLFO.

No pases adelante,
que de mi mal la calidad conozco
en que tú hayas venido a aconsejarme
y a mostrarte filósofo conmigo.
Toma esta llave y saca de dos cofres
cincuenta mil ducados en escudos
y todas las demás joyas que tengo,
y en una nave que en el puerto queda
hallarás un patrón llamado Curcio,
a quien lo entregarás, que está avisado,
y ha de esperarme; porque al mediodía,
desesperado, voy, Pinelo, a España.

PINELO.

Pues ¿cómo? ¿Sin dar parte a tus amigos?
¿Sin avisar tus deudos? ¿Sin que entiendan
tan sublime mudanza tus vasallos?

ASTOLFO.

No me has de replicar sola una sílaba,
si no es que tienes de morir deseo.

PINELO.

Yo te obedeceré, pero...

(1) En los impresos, "vasallos", que es un disparate.

ASTOLFO.

Camina.

PINELO.

¿Aguárdote en la nave?

ASTOLFO.

Allí me aguarda.

PINELO.

(A un loco, y más cuando furioso ande,
es seguille el humor cordura grande.)

(*Vase* FINELO.)

ASTOLFO.

Si como fuiste extremo de hermosura
del corzo mar a la ribera Anaura,
ingrata bella y celestial Rosaura,
no lo fueras en ser áspera y dura,
no se acabara en tanta desventura
de mi corto vivir la vital aura;
que a pérdida que el tiempo no restaura
vana paciencia la razón procura.
Alegre estás con tu dichoso amante,
sin ver que de tu másica soy pausa,
cuya tragedia en tu vitoria empieza.
Que como con la sangre en el diamante,
así, con sangre del que da la causa,
ablandarán mis celos tu dureza.

(*Sale* CELIO.)

CELIO. Ya mi alma te importuna
a que te quedes atrás;
no quiero que subas más,
no me acompañes, fortuna.
Fortuna, déjame ya;
otra levantar porfía,
que no quiero que la mía
suba más alta que está.
¿Qué lugar más eminente
me pueden dar tus abrazos
que a Rosaura en estos brazos
y su corona en mi frente?
Otro abraza, otro levanta,
que ya no te he menester
si no es para no caer
de cielo y fortuna tanta.
Grande lealtad me has tenido
para ser mujer sin ley;
ayer fuí Marqués, hoy Rey;
ayer amante, hoy marido.
Ea, dichosos criados
de tan venturoso dueño,
no lo tengáis como sueño,
de un Rey sois todos criados;
vestíos ricas libreas
de una esperanza cumplida.

ASTOLFO. Como escapas con la vida,
bien es que tus glorias creas.
¿Eres tú quien sin valor,
justicia, derecho y ley
presume de ser mi Rey
y de este Imperio señor?
¿Eres tú el loco que sueña,
por lo bizarro y galán,
siendo Marqués de Pulán
llamarse Rey de Cerdeña?
¿Eres tú, Celio, quien hizo
sujeto a tal vituperio,
con sobornos un Imperio
y una mujer con hechizo?
¿Eres tú quien un caballo
apenas sabe regir,
y que a Astolfo ha de oprimir
con título de vasallo?
¿Eres tú quien la Princesa
esta noche ha de gozar,
que más que en verte reinar
del bien que gozas me pesa?
Pues a tiempo me has venido,
que te he de dar a entender
que ni mi Rey puedes ser
ni de Rosaura marido.
Celio, esta es sola mi espada
y este mi desnudo pecho.

CELIO. Tú intentas, Astolfo, un hecho.
Sosiega, tenla envainada.

ASTOLFO. ¿Cómo ansí? Quien esto intenta,
sin matar o sin morir,
¿la ha de volver a cubrir
de esta vaina y de esta afrenta?
Concluye presto.

CELIO. Concluyo
con decir que te está mal,
siendo tan noble y leal,
querer matar al Rey tuyo.
Primero que tu Rey fuese
matarme fuera razón;
mas siendo Rey es traición.

ASTOLFO. Muy buen argumento es ése.
Que si yo no he consentido
en lo que está declarado,
si por Rey no te he jurado
ni en la elección asistido;
si no he besado tu mano,

¿por qué injustísima ley
quieres que te llame Rey
como si fuera villano?
Antes es claro argumento
que es contra derecho mío,
pues aquí te desafío
y tu elección no consiento.
Que si del reino al más noble,
no habiendo Rey extranjero,
toca el gobierno, ése espero,
pues lo soy más que tú al doble.

CELIO. Por que veas si es verdad
que lo soy por justa ley,
no quiero aquí, con ser Rey,
usar de mi autoridad.
Que bien pudiera dar voces
a mi gente si quisiera
que mil pedazos te hiciera
con sus cuchillas feroces.
Mas para un hombre, y tal hombre,
que traidor a su Rey es,
no soy Rey, sino Marqués;
Marqués soy, Celio es mi nombre
y este es mi pecho y mi espada.

ASTOLFO. En ser Rey y yo traidor,
mientes.

CELIO. Hacer es mejor,
que el hablar no importa nada.

ASTOLFO. ¿Tú a Rosaura, perro?

CELIO. ¡Ay, Cielo!
¡Muerto soy!

ASTOLFO. Si ése me ayuda,
no pongo este reino en duda.

(*Huye* ASTOLFO.)

CELIO. Caí desde el sol al suelo.
¿De qué me sirvió la suerte
de ser de Rosaura esposo,
pues ningún hombre es dichoso
hasta después de la muerte?
¡Qué presto fuí Rey! ¡Qué presto
dejé de ser Rey! Hoy fuí
cometa que me encendí
para acabarme más presto.
Fuí sol al anochecer
y lirio junto al arado.

(*Sale el* CONDE ESTACIO.)

ESTACIO. Con la mudanza de estado
mudará de parecer,
que aún no le he podido hallar
para dalle el parabién.

CELIO. ¡Oh, hermosa Reina! ¡Oh, mi bien!

ESTACIO. ¿Es Celio a quien oigo hablar?
¡Ay de mí! Celio, ¿qué es esto?
¿Eres tú?

CELIO. Conde querido,
yo soy el que Rey he sido,
sino que lo fuí muy presto.

ESTACIO. ¿Estás herido?

CELIO. De muerte.

ESTACIO. ¿Quién te hirió?

CELIO. Astolfo.

ESTACIO. ¡Oh, traidor!

CELIO. Antes con mucho valor.

ESTACIO. ¿Con valor? Pues ¿de qué suerte?

CELIO. Riñendo bien, aunque mal,
pues me mató sin razón.

ESTACIO. ¿Y eso no llamas traición?

CELIO. Con celos no hay hombre leal.

ESTACIO. ¡Que aquí pararon sus celos!
Si vengarte no pensara,
sobre esta espada me echara.

CELIO. Mejor te guarden los Cielos.

ESTACIO.

¡Ah, gente de palacio! ¡Ah, triste gente!
¡Ah, reino desdichado, que en un punto
de tanto bien veniste a tanto daño
y de tan justas fiestas y alegrías
a tantas penas y a tan justas lágrimas!
Y sobre todos ellos, Reina triste,
triste Rosaura, ven a ver tu esposo;
Princesa desdichada, ven, ¿qué aguardas?
Goza siquiera del postrero aliento,
de la postrera voz y, por ventura,
de la postrera lumbre de estos ojos
que a tanta prisa eclipsa y entristece
para siempre jamás la muerte dura.

(*Salen* RAIMUNDO, ESFERIO, LEARDO, CLARIDENO.)

RAIMUNDO.

¿Qué es esto, Conde? ¿Qué alboroto es éste?

ESTACIO.

¡Oh, valiente Raimundo! ¡Oh, fuerte Esferio!
¡Oh, Leardo famoso! ¡Oh, Clarideno! [to!
¡Muerto es el Rey! ¡El marqués Celio es muer-

RAIMUNDO.

¡Muerto! ¿Qué dices?

ESFERIO.

¡Muerto! ¡Ay, triste! Mírale.

RAIMUNDO.

¡Ah, mi señor! ¡Ah, Rey! ¡Ah, Celio! ¡Oh, [Cielos,
pasado tiene el pecho de una herida,
por donde ya la vida salir quiere!

LEARDO.

¿Que Celio hoy reina y muere? ¡Triste mozo!

ESTACIO.

Ansí el humano gozo se deshace;
ansí la flor que nace se marchita.

(*Salen* ROSAURA *y* LESBIA.)

ROSAURA.

Déjame, suelta, quita, no me tengas.

LESBIA.

Razón será que vengas como debes.

ROSAURA.

¡Ay, tristes horas, breves de contento,
que para mi tormento y en mis males
seréis más que inmortales, si ser puede!

ESTACIO.

Este dolor excede a los sentidos;
y así, tan divertidos me ocuparon,
que lugar no dejaron al discurso
por dónde lleva el curso el homicida.
No quedará con vida. ¡Astolfo muera!

ESFERIO.

¿Astolfo?

ESTACIO.

El mismo.

ESFERIO.

Espera.

ESTACIO.

Ven conmigo.

(*Vase metiendo mano* ESTACIO.)

LEARDO.

A matarle te sigo. ¡Muera Astolfo!
Al mar, al mismo golfo he de arrojarme.

RAIMUNDO.

¿Y no he de aventurarme yo a lo mismo?
Que al mismo eterno abismo me arrojara.
¡Oh, Clarideno, ampara la Princesa
mientras la furia cesa del tormento!

(*Vanse todos; queda* CLARIDENO *con ellas.*)

CLARIDENO.

Que aquí me dejes siento; pero parte,
que yo por otra parte iré a seguirte.

ROSAURA.

¿Qué puedo ya decirte, esposo mío,
mientras helado y frío te contemplo,
sino que soy ejemplo de desdichas
y que todas mis dichas se acabaron?
¡Qué poco me duraron, Celio amigo,
los bienes que contigo imaginaba!

CELIO.

Ya mi vida se acaba, esposa mía.
En el postrero día de mis años
conozco los engaños de esta vida,
puesto que el alma asida con los lazos
de tus hermosos brazos se detiene;
mas ya la muerte viene y me amenaza.

ROSAURA.

¡Ay, Lesbia, aquí me abraza! ¡Yo soy muerta!

LESBIA.

Mas ¿la de Celio es cierta?

CLARIDENO.

¡Joven triste,
que como llama fuiste vuelta en humo!

ROSAURA.

En llanto me consumo, en rabia, en fuego.
Con tal desasosiego ¿cómo vivo?
¿Cómo ya no apercibo el instrumento
que acabe este tormento con la vida?
¿No hay una cuerda asida que esto haga?
¿No hay una brasa o daga?—¡Suelta, necia!
¡Porcia soy! ¡Soy Lucrecia!

LESBIA.

¡Ah, mi señora!

ROSAURA.

Déjame, Lesbia, agora, que es muy justo
que muera. Morir gusto, mi bien muerto.

LESBIA.

Ello será muy cierto.

CLARIDENO.

Ve tras ella.

LESBIA.

No puedo detenella.

CLARIDENO.

Ve, y en tanto,
deshecho en tierno llanto, pena y luto,
llevaré este tributo de la tierra.

¡Oh, cuánto el hombre yerra!
que se imagina bienaventurado,
pues no hay seguro estado;
que el Rey y el pobre de una misma suerte,
mientras viven caminan a la muerte!

(*Lleva a* CELIO *en brazos, con que se da fin al primer acto.*)

ACTO SEGUNDO

(ASTOLFO, PINELO, CURCIO, *patrón de la nave, digan dentro*:)

ASTOLFO. Echa la barca, patrón,
y tomemos cualquier tierra.
CURCIO. Esa es ya mi pretensión.
ASTOLFO. Pues ¿qué tardas? Desafierra.
CURCIO. Gente he visto. Moros son.
ASTOLFO. Tras la pasada fortuna
no temas otra ninguna.
La vida quiero no más.

(*Salgan.*)

CURCIO. En tierra, señor, estás,
si la vida te importuna.
ASTOLFO. Esta quiero dondequiera.
PINELO. ¿Es posible, Cielo santo,
que ya del mar estoy fuera?
ASTOLFO. ¿Qué miras?
PINELO. De ver me espanto
aquesta playa y ribera.
CURCIO. ¿Qué hay que mirar? En Argel
habemos dado.
ASTOLFO. Si es él,
paciencia, cautivo soy. (1)
PINELO. ¡Par Dios, bien medrado estoy!
¡Ah, mar furioso y cruel,
bien guiaste a Barcelona,
pues a Argel nos has traído!
CURCIO. El mar lo causó, perdona.
ASTOLFO. ¡Qué bravo muro!
CURCIO. Escogido.
Toda esta playa corona.
PINELO. Agora mira los muros.
¿En qué ventanas seguros
te parece a ti que estamos,
sino en parte que esperamos
prisiones y hierros duros?
ASTOLFO. Pinelo, si ya está hecho,
¿de qué sirve lamentarme?

(1) En los textos, "estoy".

¿No es mejor hacer buen pecho?
¿Puedo yo del mar quejarme,
de su golfo ni su estrecho?
¿Quieres que del viento inorme
sin sentido quejas forme?
PINELO. No; pero busca remedio,
que estás del peligro en medio
y con la muerte conforme.
ASTOLFO. ¡Qué remedio! No es muy justo,
escapando de la muerte,
sufrir el menor disgusto.
PINELO. ¿Contento estás de esa suerte?
ASTOLFO. Vivo, al fin; de vivir gusto,
porque espero con la vida
que no habrá daño que impida
una vitoria que emprendo.
PINELO. Menos agora te entiendo.
ASTOLFO. La ocasión de la partida.
PINELO. Ya, ya. Disimula, pues,
que no será de provecho
que entienda el patrón lo que es.
ASTOLFO. Esto, Curcio amigo, es hecho.
Remedio es bien que nos des.
Mira tú de qué manera,
llegados a la ribera
de estos moros africanos,
hallaremos en sus manos
menos que la muerte fiera.
CURCIO. Una industria se me ofrece,
que en los hombres de la mar
siempre en los peligros crece.
ASTOLFO. ¿Puédeme ésa remediar?
CURCIO. A mí así me lo parece.
ASTOLFO. Pues como tú la divises,
sólo resta que me avises;
que ya yo sé que en herencia
dejó su astucia y su ciencia
a los pilotos Ulises.
CURCIO. Creo que es dificultosa.
ASTOLFO. No la habrá tan espantosa
que el duque Astolfo no intente,
y en el peligro presente,
si no es fácil, es forzosa.
PINELO. Tú nos meterás en algo
que tengamos bien que hacer.
CURCIO. Mal conoces lo que valgo.
La vida quiero perder
si con la industria no salgo.
PINELO. ¿No es mejor buscar sustento?
Que pierdo el entendimiento
de la hambre que he sufrido.
ASTOLFO. Curcio, este necio ha venido

a intentar mi perdimiento.
Apártate aquí conmigo
y dime lo que he de hacer
sin que éste lo entienda.

CURCIO. Digo
que hoy por mi mano has de ser
de este Rey deudo y amigo.

ASTOLFO. ¿Cómo?

CURCIO. Este tuvo un hermano
de diez años, que en rehenes
ofreció al Turco otomano,
de quien ya noticia tienes,
por hacer el feudo llano.
A Constantinopla iba
el niño bello y hermoso,
cuyo nombre era Ardaliba,
con un bajá riguroso
y en brazos de una cautiva,
cuando un cosario le asalta
de la religión de Malta,
y, muerto el bajá y la gente,
guarda el niño solamente.

ASTOLFO. Prosigue, di lo que falta.

CURCIO. Llevóle a Francia a su Rey,
que era francés, donde el mozo
tomó la cristiana ley
con general gusto y gozo,
pero a pesar de Muley.
Allí, en fin, hombre se ha hecho,
donde Muley, sin provecho,
por el valor que ha mostrado,
con cartas ha procurado
vencer su cristiano pecho.
Mas como no aprovechase,
a cualquier cristiano o moro
que le prendiese o hurtase
ha prometido un tesoro,
y si es moro, con quien case.
Tú has de fingirte su hermano
y yo un cosario cristiano
que en un jardín, junto al mar,
te pude un día robar
con gente o con propia mano.
Y quedarás de esta suerte
libre de prisión y muerte,
y mejor para escaparte
cuando en más segura parte
puedas con nosotros verte.

ASTOLFO. Temeraria cosa dices.
Mas para que solenices
el ánimo de este pecho,
digo que por mí ya es hecho.

PINELO. ¿Hay más que me martirices?
¿Piensas que no te entendí?
Pues ¿cómo, señor, agora
intentas perderte así?

ASTOLFO. Todo mi remedio ignora.
Partamos, Curcio, de aquí.

PINELO. ¿Dónde vas?

CURCIO. No le respondas.

PINELO. ¿Es justo que correspondas
a quien eres de esa suerte?
¿Moro presumes hacerte?

CURCIO. Quiero que el dinero escondas.

ASTOLFO. ¿Dónde?

CURCIO. Junto a la ciudad,
para que sacallo puedas
en teniendo libertad.

PINELO. ¡Que moro volverte puedas!
¿Hay mayor temeridad?

CURCIO. Enseña a Pinelo el caso,
porque si en él no se enseña
dirá al Rey, al primer caso,
que eres un Duque en Cerdeña.

PINELO. ¡Qué hambre entre moros paso!

ASTOLFO. Pinelo, escucha.

PINELO. ¿Qué quieres?

ASTOLFO. Oye al oído.

(*Habla el* DUQUE *a* PINELO *al oído.*)

CURCIO. ¡Oh, Fortuna!
Si aquí como sueles eres,
no hagas mudanza alguna
de las que suelen mujeres.
Remedia este Duque pobre,
pues es tan justo que cobre
el remedio que te pido.

ASTOLFO. ¿Qué dices? ¿Hasme entendido?

PINELO. Si es tu gusto, baste y sobre;
mas mira que esta invención
con que a un Rey a engañar vienes
no sea tu perdición.

ASTOLFO. Calla, necio, que no tienes
minuto de corazón.

CURCIO. ¿Sabe ya lo que ha de hacer?

ASTOLFO. Así lo quisiese hacer
como es para engaños hombre.

PINELO. ¿Tengo de mudarme el nombre?

CURCIO. Sin duda.

PINELO. Y ¿cómo ha de ser?

CURCIO. Llamaráste Artemidoro.

PINELO. ¿Y tú?

CURCIO. Yo me llamaré
Calandrino.

PINELO. Y del tesoro,

¿qué parte después tendré?
CURCIO. El quinto de plata y oro.
ASTOLFO. Mirad que el engaño estriba
en que esto bien se aperciba.
CURCIO. Yo soy Calandrino, tu amo.
PINELO. Yo Artemidoro me llamo.
ASTOLFO. Y yo me llamo Ardaliba.

(Vanse. Salen MULEY SELECO, *rey de Argel, y* ADAJA, *mora.)*

SELECO.

¿No te agradó la caza?
Ninguna cosa mía hacello puede,
o hecha por mi traza.
¿Tanto mi amor a tu desdén excede?
¿Qué es esto, Adaja mía?
¿Quién roba de mis ojos tu alegría?
¿Por qué sin sol me dejas
en noche eterna de pesar y llanto?
Mis celos y tus quejas
no es justo que en mi daño puedan tanto.
Bien sabes que no vivo
vida de rey, sino de vil cautivo.
¿En qué tengo ofendido
ese divino y soberano rostro?
¿Qué tengo cometido,
pues cuando humilde a su rigor me postro
menos perdón merezco?
¿Qué ofendo o niego a quien el alma ofrezco?

ADAJA.

Si tienes conocida
el afición que tengo a los cristianos
y que daré mi vida,
si es de algún precio en tus avaras manos,
por el menor que vea
que libertad de su prisión desea,
¿por qué los que te pido
me niegas, para sólo disgustarme,
tan libre y atrevido,
y dices que no tengo de quejarme
razón ni causa alguna
de ti, de mí, de Amor y la fortuna?

SELECO.

Si ha sido tu disgusto
negarte aquel esclavo, él y otros ciento
que vayan libres gusto,
y hasta que tomen puerto y salvamento
dentro de Cartagena
no te quiero pedir palabra buena.
Que si de los cristianos
eres con tal pasión aficionada
y tengo de tus manos
la vida, el alma y la razón colgada,
no quiero yo ofendellos
para que en ellas no te vengues de ellos.
¿Estás contenta de esto?

ADAJA.

Agora sí que muestras, Rey dichoso,
con ese presupuesto
tu pensamiento fácil y amoroso,
en quien mi amor imprime
cualquiera cosa que mi alma estime.
Y así, no habrá ninguna
que te pueda negar de aquí adelante.

SELECO.

Dichosa mi fortuna,
ya que la de ser Rey no fué bastante,
pues con tan bajo precio
me ofreces lo que más estimo y precio.
¿Qué perlas de grandeza
no vista de los ojos de los hombres?
¿Qué piedras, qué riqueza
o qué animales de inauditos nombres?
¿Qué fénix rara y sola
o el fuego en que se apura y acrisola?
¿Qué vellocino de oro?
¿Qué manzanas hespéridas? ¿Qué hazaña
de algún dragón o toro,
sino un esclavo vil que allá en España
peor vida ha tenido
por ser de padres sin valor nacido?
De hoy más tú, hermosa Adaja,
para que salgan los que tú deseas,
a las prisiones baja
y sean libres como tú los veas;
que serlo es justa cosa
quien viere el rostro de una reina y diosa.
Y pues el Rey que miras
también te mira y es también esclavo,
sosiéguense las iras,
y aquesta ley que de firmar acabo
también para mí valga
para que libre de mis hierros salga.

ADAJA.

¿Que ser libre deseas?
De esa manera quiéresme forzado.

SELECO.

¿Y eso es justo que creas
siendo tú la prisión de mi cuidado?
Digo que ya confieso
que viendo el rostro al Rey quiero ser preso.

Entiéndase en cristianos
aquesta ley y no para conmigo.

ADAJA.

Quiero besar tus manos.

SELECO.

Daráme el Cielo, y con razón, castigo.
Alza, mi bien, del suelo,
que esa humildad merece sólo el Cielo.

(Sale LEACÉN, *moro.)*

LEACÉN.

Deme tu alteza albricias, Rey invicto.

SELECO.

¿De qué, Leacén amigo, y tan alegre?
¿Ha tenido, por dicha, algún cosario
alguna presa o célebre vitoria?

LEACÉN.

La mayor que deseas te ha venido
por las famosas manos de un cristiano;
que en la arenosa playa de Marsella,
donde Ardaliba, tu gallardo hermano,
pasar quería en una nave a Génova,
por engaño le trajo adonde es cierto
que le han visto mis ojos y que puedes
agora verle con los propios tuyos.

SELECO.

¡Oh, gracias a Mahoma poderoso
hoy se cumple el mayor de mis deseos!
¿Adónde está mi hermano?

LEACÉN.

Sólo aguarda
a que le des licencia para verte.

SELECO.

Adaja mía, aquí te espera un poco,
que voy a recebir mi amado hermano.

ADAJA.

Aquí traerle puedes, que yo gusto
de que me vea y de mis brazos goce
por lo que tiene de cristiano.

SELECO.

Vamos,
que tanta dilación no me consiente
el alma que movió la sangre ardiente.

(Vanse los dos.)

ADAJA. ¡Que hallase aquese cristiano
quien le trajese a ser moro
por codicia del tesoro
que ha prometido su hermano!
¡Y que a mí no se me ofrece
quien me lleve a ser cristiana
siendo el precio que se gana
el que una mujer merece!
Es tanta la inclinación
que tengo a su trato y ley,
que de un poderoso rey
tengo en poco la afición.
La libertad que procuro
a los cristianos lo muestra,
porque es, para hallar la nuestra,
camino cierto y seguro.
Guíe su Dios este pecho;
que, si es el mejor, no hay duda
de que al amparo me acuda
de algún valeroso hecho.

(Vase. Salen RAIMUNDO, ESTACIO, CLARIDENO, LEARDO, ESFERIO *y la* PRINCESA ROSAURA, *con luto, detrás.)*

RAIMUNDO.

Si para remediarte, ilustre Reina,
sirviese el llanto amargo y negro luto,
y la tristeza que en tu pecho reina
para el que ya murió, dolor sin fruto;
si aquel decir que no se lava o peina
ni tiene el rostro de llorar enjuto,
pudiesen con el alma del difunto
hacer que al cuerpo se volviese al punto,
justo es el luto y el llorar es justo,
justo es el no lavar el rostro bello,
muy justa es la tristeza y el disgusto,
el no tocarse ni peinar cabello;
pero si no es posible, ¿no es injusto
que te consumas presumiendo hacello?
Celio murió: ¿qué sirve, siendo cierto,
querer resucitar, llorando, a un muerto?

CLARIDENO.

Alegra, Reina, los hermosos ojos,
sosiega las estrellas de ese cielo,
no enriquezcan en vano sus despojos
la seca hierba del indigno suelo.
Confieso que son justos tus enojos;
pero, ya conocido tu buen celo,
¿por qué tu tierra ha de pagar tu pena,
de Rey que espera y de heredero ajena?

LEARDO.

Si tu casta viudez fuera posible,
Rosaura bella, el luto justo fuera,

y este valor te fuera convenible
no siendo de estos reinos heredera;
mas si te has de casar y es imposible,
en vano tu cuidado persevera
y con agravio de este reino pierdes
para la sucesión los años verdes.

ESFERIO.

Tener suspenso el general provecho
de tu patria y república, señora,
es cosa indigna de tu heroico pecho,
que se murmura, contradice y llora.
Casarte es justo, a gusto o a despecho,
y esta palabra nos darás agora:
que, forzados del reino, hemos rompido
el respeto a tus lágrimas debido.

ESTACIO.

Pues yo, que amaba a Celio al igual tuyo,
lo mismo que te piden te aconsejo.
Cree que es justo recebir el suyo
y volver a las galas y al espejo.
Con esta razón sola te concluyo,
y lo demás a tu cordura dejo:
que has hecho bien lo que al Marqués debías;
pero no para el reino, si porfías.
A Celio amé; ya es muerto, y no por eso
dejo de amarle. Pero, Reina, advierte
que el reino, que ha sentido el mal suceso,
no espera algún remedio de su muerte.
Basta del luto el nunca visto exceso
y no resistas como palma fuerte,
que por más que te tuerzas contra ella,
hay más obligación de obedecella.

ROSAURA.

Pues mi desdicha es tal que me es forzoso,
aunque me pese, como veis tan cierto,
quebrar la fe de mi primero esposo
y la viudez debida a mi Rey muerto,
no quiero replicar, reino quejoso,
cosa en contrario. Solamente advierto
que no es razón que pretendáis casarme,
siendo tan justa cosa, sin vengarme.
Y así, digo que aquél que me trajere
la cabeza de Astolfo es mi marido,
y el reino es justo que esto mismo espere,
pues es venganza de su Rey perdido;
sea de mis vasallos el que fuere,
entiéndese que sea bien nacido,
que del que le trajere muerto o preso,
mujer y humilde esclava me confieso.

RAIMUNDO.

¿Estás en eso ya resuelta?

ROSAURA.

Y tanto,
que no diré otra cosa eternamente.

RAIMUNDO.

¿Qué decís, caballeros?

CLARIDENO.

Que es espanto
ver el rigor con que su muerte siente;
pero si con aquesto cesa el llanto
y el casamiento, como veis, consiente,
¿a quién no anima a hacer esta venganza
y de tal posesión tal esperanza?
Yo, por mi parte, la jornada emprendo.

ESFERIO.

Y yo también emprendo la jornada.

LEARDO.

Pues yo no menos acabarla entiendo.

RAIMUNDO.

Y yo, que como todos ciño espada.

ESTACIO.

Yo, sólo porque en esto a Celio ofendo,
invicta Reina, no prometo nada;
y pues que fuí de Celio tan amigo,
para servirte quedaré contigo.

RAIMUNDO.

Dame licencia a mí.

CLARIDENO.

Y a mí, señora.

ESFERIO.

A mí no menos.

LEARDO.

Yo también la pido.

ROSAURA.

Dios os haga dichosos.

RAIMUNDO.

Desde agora
quede nuestro camino dividido.

CLARIDENO.

Yo, desde el Sur a la dorada aurora,
pienso buscar al Duque fementido.

RAIMUNDO.

Eso es no hallarle, y es mejor que sea
lo que nuestra República desea.

CLARIDENO.

Pues yo me inclino a Francia.

RAIMUNDO.

Yo a Alemania,
con toda Hungría, con Bohemia y Flandes.

LEARDO.

Yo a España, con Vandalia y Lusitania,
supuesto que no son provincias grandes.

ESFERIO.

Pues si Raimundo ha de pasar de Albania
y tú no dejas cosa en que no andes
de toda la España y tú de Francia toda,
Italia se me sigue y acomoda.

RAIMUNDO.

Adiós, [adiós,] Cerdeña.

CLARIDENO.

Adiós, Estado.

LEARDO.

Adiós, mis patrios muros.

ESFERIO.

Adiós, tierra.

RAIMUNDO.

Amor me ofende.

CLARIDENO.

Amor me da cuidado.

LEARDO.

Amor me mata.

ESFERIO.

Amor me causa guerra.

RAIMUNDO.

Un traidor busco.

CLARIDENO.

Busco un desterrado.

LEARDO.

Yo quien me agravia.

ESFERIO.

Yo quien me dé tierra.

RAIMUNDO.

(¿Si le hallaré?)

CLARIDENO.

(¿Si yo seré el dichoso?)

LEARDO.

(¿Si seré rey?)

ESFERIO.

(¿Si yo seré su esposo?)

(Vanse, y quedan ESTACIO *y* ROSAURA.)

ESTACIO.

Ya, Rosaura bellísima, se parten
los pretensores de tu gran belleza.

ROSAURA.

A lo menos del reino que reparten
por la codicia de llamarse alteza;
pero por más contentos que se aparten
a procurar de Astolfo la cabeza,
lo quedo más de ver que esta venganza
sustentará del reino la esperanza.

ESTACIO.

¿Has pensado con esto, por ventura,
señora, dilatar tu casamiento?

ROSAURA.

¿Luego de no vengarme estoy segura?

ESTACIO.

Este, a lo menos, es tu pensamiento.

(Sale RODOLFO, *capitán.)*

RODOLFO.

Digo que el curso a Córcega apresura
y que le ayuda favorable viento.
Que se prevenga nuestra isla apruebo.

ROSAURA.

¡Oh! Capitán Rodolfo, ¿qué hay de nuevo?

RODOLFO. Las famosas atalayas
que tu isla en torno cercan,
cuando Febo descogía
sobre el mar sus rubias hebras,
con treinta fuegos y más
de una en otra hicieron señas
que vieron en los castillos
de tus murallas y almenas. (1)
A una cosa tan notable
toda la ciudad se altera;
unos suben y otros bajan,
unos salen y otros entran.
En un instante se ocupan
las torres de las iglesias,
como al sol del claro día
de las aves banda espesa.
Otros, fuera de los muros,
por altos árboles trepan,
no perdonando los riscos
ni las más excelsas peñas.

(1) Queda suspenso el sentido, pues no dice qué fué lo que avisaron los señas de las atalayas.

Yo, en el confuso alboroto,
y entre la gente plebeya,
aquí y allí discurría
oyendo diversas nuevas.
Este dice que son naves
que vienen de Ingalaterra
y llevan mercaderías
de Holanda, Gante y Bruselas;
otro dice que conoce
las velas y armas francesas
como si en medio del mar
no fuesen unas las velas.
Cuál afirma que son turcos
y que no son naves gruesas,
sino galeras armadas.
Quién vió en alta mar galeras
Cuál le contradice y jura
que son todas carabelas
de portugueses de paz
que van de España la vuelta.
Pero entre éstos y otros muchos,
que siempre los muchos yerran,
salió un hombre que entre todos
menos dice y más acierta.
"Esta, descuidados sardos
—en alta voz manifiesta—,
es armada de Sicilia,
no de paz, sino de guerra.
No viene a traeros trigo
que su fértil campo cerca,
como otras veces solía,
sino cerco, muerte y pena.
Estas son las amenazas
que nunca temió la Reina
del casamiento negado
y de la pasada afrenta.
No viene aquí Feduardo,
que a regir el reino queda,
sino Tiberio, su hijo,
y de Beatriz portuguesa;
mozo de buena esperanza,
aunque de poca experiencia,
de pensamientos gallardo
y amigo de altas empresas.
Juramento hizo en Sicilia,
que por Italia se suena,
de no cortarse el cabello,
que la barba agora empieza;
de no mudar el vestido,
comer ni dormir en tierra,
ni descercar sin la muerte
a Córcega ni a Cerdeña,
hasta llevar a Rosaura
a Italia en su nave presa,
que ya no quiere mujer
que siendo Rey le desecha."
De esto vengo a dar aviso,
como es razón, a tu alteza,
porque al descuidado muro
pongas debida defensa.
Que aunque agora el Siciliano
tales arrogancias muestra,
soldados tienen tus islas
que tu corona defiendan.

ROSAURA. Conde, nuestro daño es cierto.
Mi remedio a vos os toca,
como a quien tanto provoca
la sangre de Celio muerto.
Vos me quedáis en lugar
de mi difunto Marqués,
ya Rosaura vuestra es
y vos la habéis de amparar.
Tiberio viene orgulloso,
con ira de despreciado,
y sin Celio estar vengado
yo no he de admitir esposo.
Poned defensa a Cerdeña
hasta que vengue mi injuria,
aunque para tanta furia
será defensa pequeña.
Pero vos, a quien os hago
mi General, en mi nombre
haréis que Italia se asombre
de otro Aníbal de Cartago.

ESTACIO. De la merced que me has hecho
estoy tan agradecido,
que parece que he sentido
de nuevo a Celio en mi pecho.
Aquí daña la tardanza
y importa la diligencia;
por eso, dame licencia
mientras te doy esperanza;
que ese orgulloso mozuelo
que te amenaza con guerra
medirá presto la tierra
desde los polos del cielo.
Que no es tan fácil la empresa
ni tu poder es tan poco.

ROSAURA. Venceré su intento loco,
Conde, con esa promesa.
Vamos, para que se ordene
la gente que has de llevar.

RODOLFO. Si se alborota la mar
incierta la entrada tiene.

(Vanse, y sale ADAJA, *mora.)*

ADAJA. Ya venga Amor la razón
de mi libertad pasada,
que quien no quiere rogada
viene a amar sin galardón.
En buen punto vino a Argel
aqueste medio cristiano,
del Rey mi enemigo hermano,
pues pierdo el seso por él.
Aunque en el alma he sentido
que, por dalle gusto al Rey,
no habiendo mudado ley,
haya mudado vestido.
¿Qué haré? ¿Qué diré? ¿Qué puedo
dar por remedio al dolor,
pues cuanto me anima amor
tanto me acobarda el miedo?
¡Oh, cristianos! ¿Qué tenéis
que tanto podéis conmigo?
¡Oh, Mahoma, porque os sigo
permito que me matéis!
Vuestro Alá, que tanto puede,
no es justo que sufra ansí;
que ése se vengue de mí,
pues en el poder le excede.
Y no es bien, pues que os adoro,
que me dé tanto castigo.

(Sale PINELO *vestido de moro.)*

PINELO. ¡Bueno anda el Duque conmigo!
Heme aquí trocado en moro.
¿Hay mayor bellaquería
que hacer moro y luterano
por fuerza un pobre cristiano
y natural de Bugía?
Aquí le han dado a entender
al Rey que habemos nacido,
y que yo también he sido
pariente de Lucifer
y sobrino de Mahoma,
siendo cristiano perfeto,
por el bautismo sujeto
al Pontífice de Roma.
Y como tienen creído
que aquí el origen tenemos,
no piden que reneguemos
sino de solo el vestido.
¡Oh, maldito sea el patrón
que tal industria le dijo!
Todo es alcuzcuz y mijo,
aceite, arroz y cabrón.
Comer en el suelo yermo
higos, dátiles y pasas.
¡Pobre Pinelo, que pasas
dieta sin estar enfermo!

ADAJA. ¿Ah, cristiano?

PINELO. Que no soy
quien soy. Llamadme mi nombre.

ADAJA. (Hasta aquéste es gentil hombre.
De él aficionada estoy.)
Y ¿qué nombre, Artemidoro,
te han dado con el vestido?

PINELO. El que, cuando fuí nacido,
me dieron para ser moro.

ADAJA. ¿Cómo?

PINELO. Cuchuchubalí.

ADAJA. Extraño nombre te han dado.

PINELO. Dios sabe lo que ha costado
de estudiar.

ADAJA. Escucha.

PINELO. Di.

ADAJA. ¿Era mejor tierra Francia?
¿Hallábaste allí mejor?

PINELO. Cuanta es del cielo mayor
la pérdida o la ganancia.
Y fuera de que esto es cierto,
es tierra de bendición,
donde se come a sazón
vaca y carnero bien muerto
no mirando al sol, ni haciendo
desatinos excusados,
ni aquestos malos guisados,
que ni los como ni entiendo.
Bébese vino del Rin,
de Candia, griego y Falerno;
ricas ollas y pan tierno,
y sobre la mesa, en fin.
No me entiendo con alhombras
ni con estas hopalandas.

ADAJA. Que, en fin, ¿a disgusto andas?
¿Moro por fuerza te nombras?

PINELO. Soilo, si verdad te digo.

ADAJA. ¿Luego Ardaliba también?

PINELO. Yo pienso que él se halla bien,
a lo que trata conmigo;
que, en fin, nació en esta tierra
y es hermano de Muley.

ADAJA. ¿No siente dejar su ley?

PINELO. Más siente que se destierra
de los ojos de una dama
a quien quiere más que a sí.

ADAJA. Y ¿quedaba en Francia?

PINELO. Sí.

ADAJA. ¿Es noble?

PINELO. Es mujer de fama.
ADAJA. ¡Ay, amigo! Y ¿qué haré yo,
que desde que vino a Argel
tengo puesta el alma en él
tal como Alá me la dió?
PINELO. ¿El alma? ¿Cómo?
ADAJA. Rendida.
PINELO. ¿De qué?
ADAJA. De amor.
PINELO. ¡Bien, par Dios!
ADAJA. Conciértanos a los dos;
daréte en precio mi vida.
PINELO. ¿Qué tengo de concertar?
¡Maldiga Dios quien me trujo
a aquesta tierra hecho brujo!
Mujer, ¿quiéresme dejar?
ADAJA. Si me pones bien con él
te daré, escucha, adivina:
una mora, mi sobrina,
la más hermosa de Argel.
PINELO. ¡Muy gentil mercadería!
Mire qué cadena de oro.
ADAJA. Pues si es que estimas tesoro,
tuya es hoy la hacienda mía.
PINELO. Señora, bien puede ser
que te quiera mi señor,
así por pagar tu amor
como por noble mujer.
Mas siendo del Rey su hermano
único bien, ¿cómo puede?
ADAJA. Yo haré que seguro quede
que no le he dado una mano.
PINELO. Cuando eso sea, ¿no ves
que agora se ha de ausentar?
ADAJA. ¿Cómo?
PINELO. Ha de andar por la mar.
ADAJA. ¿Que ha de ser cosario?
PINELO. Pues.
ADAJA. ¿Luego eso es lo que han tratado?
PINELO. Dale el Rey diez galeotas,
que, del bordo a las escotas,
parecen un fuerte armado,
y dale trecientos moros,
(son tales en cada una),
y contra adversa fortuna,
bastimentos y tesoros.
Con éstas quiere que ande,
sin temer daño ni costa,
toda la española costa
y donde después le mande.
De esto le quiere servir,
y habiéndose de ausentar,
mal puede en la mar amar
ni a tierra, a verte, venir.
ADAJA. Antes estás engañado,
que esa ocasión yo la siento
para darla a mi contento
y quitarla a mi cuidado.
Podráse en la mar fingir
y estar conmigo en la tierra;
haré yo mi paz su guerra
y al Rey su ausencia encubrir.
Tú verás cómo lo trazo.
PINELO. No hables más, que los dos vienen.
ADAJA. ¡Qué notable amor se tienen!
PINELO. La sangre es un fuerte lazo.

(*Sale el* DUQUE ASTOLFO *vestido de moro y el* REY SELECO *y* CURCIO.)

ASTOLFO.

Hasme dado el oficio conveniente
para mi inclinación y ansí lo aceto,
que la heredada sangre no consiente
que el valor paternal esté secreto.
La armada que me das es suficiente
para poner las obras y el efeto
a los heroicos pensamientos míos,
llenos de fama y de temor vacíos.
Hijo soy de tu padre y sangre ilustre
de la casa antiquísima Seleca,
de cuyo nombre es justo que me ilustre
por quien mi gusto el de cristiano trueca.
Pienso a tus armas dar tan nuevo lustre,
que presto cuelguen por el templo, en Meca,
de galeras y leños españoles
por lámparas, fanales y faroles.
Iré con velocísimo discurso
por el mar africano y sus confines,
y por las Baleares vuelto el curso,
temblando haré quedar los mallorquines;
que si las costas ejercito y curso,
cuando menos cautivos imagines,
fuera de los remiches, en tus baños
dos mil has de tener todos los años.
Pues es verdad que Córcega y Cerdeña,
ni desde Gibraltar al Siciliano,
ni cuanto el mar Mediterráneo enseña,
podrán estar seguros de mi mano.
A Malta he de llegar; Candia es pequeña,
por más que la defienda el Veneciano;
que la cruz de San Juan y el león de Marcos
serán despojos de mis triunfos y arcos.

SELECO.

De manera, Ardaliba, hermano mío,
tu heroico parlamento me consuela,

que del Africa toda el señorío
mi pecho aspira y mi esperanza anhela
desde este polo al de Gelanda frío,
y donde el austro nace, el fénix vuela,
seré temido por tu nombre solo,
y si esto es poco, en cuanto mira Apolo.
Seis galeotas y dos mil soldados,
sin los demás remeros y pilotos,
te doy armadas y te doy pagados,
no gente vieja ni de aceros botos;
con éstas los contrarios confiados,
ellos deshechos y los leños rotos,
temerán mi poder y el nombre tuyo
y vivirá de nuestro padre el suyo.

ASTOLFO.

Tú lo verás y lo verá tu tierra.

SELECO.

¡Oh, hermano, pára! Ves aquí mi Adaja;
que si con ésta al mundo hicieras guerra,
también hicieras a Cipión ventaja.

ASTOLFO.

Gran hermosura, por mi vida, encierra;
pero como el Amor el paso ataja
a Marte cuando más airado parte,
no quiero Amor mientras que sigo a Marte.
Vete con ella a tu jardín, en tanto
que mis soldados junto y apercibo.

SELECO.

Guárdete, bella Adaja, el Cielo santo.

ADAJA.

Y el mismo Alá la vida por quien vivo.
¿No me habla Ardaliba?

SELECO.

Causa espanto
el arrogancia de su pecho altivo.
Todo es armas y mar, guerra y soldados,
que tiene por bajeza mis cuidados.

ADAJA.

¿Cuándo se parte?

SELECO.

Luego, y porque quiero
acompañarle hasta la mar, te pido
licencia, si te sirves.

ADAJA.

(¡Cielo, hoy muero
si de sus bellos ojos me despido!)

SELECO.

¿Qué dices de ojos?

ADAJA.

Que a la vuelta espero
en el jardín, y adiós.

SELECO.

¿Cuándo yo he sido
tan mal galán que te dejase ir sola?

ADAJA.

Pues ven conmigo.

SELECO.

Vamos. Criados, ¿hola?

(*Vanse el* REY *y* ADAJA.)

ASTOLFO.

¿Es ido el Rey?

PINELO.

Ya el Rey es ido.

ASTOLFO.

¡Oh, Cielo,
qué gran ventura!

CURCIO.

¿Fué la industria buena?

ASTOLFO.

Digo que puedes arruinar el suelo
y de otro Menelao sacar a Elena.

PINELO.

No tengo sangre que no cubra un hielo.
En tan grande peligro ¿estás sin pena?

ASTOLFO.

Calla, que no eres para cosa alguna,
que los osados vencen la fortuna.

PINELO.

¿Es bueno que ande convertido en moro
y comiendo alcuzcuz todos los días?

ASTOLFO.

Curcio, éste es loco. Sácame el tesoro
de las entrañas de la tierra frías,
que en tomando del Rey la plata y oro
y estas seis velas que ya cuento mías,
habemos de ir la vuelta de Cerdeña
con otra industria que el amor me enseña.

CURCIO.

¿Cómo a Cerdeña?

ASTOLFO.

Como voy seguro
en el traje que voy y por hermano
del Rey de Argel, que cercaré su muro
sin conocerme quien me busca en vano.

CURCIO.

Pues ¿quieres conquistarla?

ASTOLFO.

Eso procuro.

PINELO.

¿A qué efeto, señor?

ASTOLFO.

Calla, villano,
que voy a ver el mismo sol que adoro.

PINELO.

¿Mas que me quedo para siempre moro?

(*Vanse, y tocan una caja, y luego hagan su faena como que desembarcan, y pónganse en el corredor* ESTACIO *y la* REINA.)

ESTACIO. Desde este muro, señora,
le verás desembarcar.

ROSAURA. ¡Oh, fiero, alterado mar!
¿Cómo estás durmiendo agora?
Revuelve tus ondas fieras
y entre tus arenas graves
sepulta el dueño y las naves
a vista de tus riberas.

ESTACIO. Eso, sin rogarlo al mar,
esta mano lo ha de hacer,
porque huyendo han de volver
al mar que quieren dejar,
que aunque orgullosos quisieron
a lo imposible arrojarse,
han de volver a embarcarse
más aprisa que salieron.

ROSAURA. Ya ponen los pies en tierra
que ha de ser su ciminterio.
¿Cuál de aquéllos es Tiberio,
soberbio autor de la guerra?

ESTACIO. El mancebo del bastón,
que hace piernas arrogante.

(*Vayan saliendo* SOLDADOS *en orden, y* TIBERIO, *príncipe, detrás;* SALVIANO *y* PROPERCIO, *capitanes.*)

TIBERIO. Pase esa gente adelante
como en forma de escuadrón;
que tan cerca de los muros
en quien la Reina contemplo
habemos de dar ejemplo
y no hemos de estar seguros.

PROPERCIO. Vuelve, Príncipe y señor
a las almenas el rostro
si quieres mirar el mostro
de hermosura y desamor.
Vuelve al Oriente español
los ojos, verás los ojos
del sol, que tiene en despojos
los mismos rayos del sol.
Vuelve, y en el alto risco,
a quien en dura conquista,
verás de un ángel la vista
y el mirar de un basilisco.

TIBERIO. ¿Es, Propercio amigo, aquélla
la enemiga que conquisto?

SALVIANO. Mata sin haberla visto,
¿qué ha de hacer después de vella?

PROPERCIO. Llega, si te dan licencia,
y podrásla ver y hablar.

TIBERIO. ¿Puedo, señora, llegar
a tu divina presencia?

ROSAURA. (Muestras da, aunque no le entiendo,
de querer llegar aquí.

ESTACIO. Dile, señora, que sí.

ROSAURA. Ya el lienzo y la mano extiendo.)

TIBERIO. (Señas hace en que asegura
que al muro puedo llegar.

SALVIANO. De mujer no hay que fiar,
que es veneno su hermosura.

TIBERIO. Confieso que sea veneno.
Pero ¿qué desorden hago?
¿Qué me ha de hacer sólo un trago?

SALVIANO. Tanto como el vaso lleno.
La vista de la mujer
es viento de hora menguada;
que con la desnuda espada,
¿qué burla se puede hacer?)

TIBERIO. Reina hermosa de Cerdeña,
esa palabra real
me da confianza igual
en vuestro valor y seña.
Con ella me atrevo a hablaros
forzado de mi deseo,
aunque con enojo os veo
y sólo vengo a enojaros.

ROSAURA. Rey de Sicilia arrogante,
de mi palabra fiad,
aunque vuestra crueldad
es a traición semejante.
Que aunque venís a enojarme
y me miráis con enojos,

no me han de vengar mis ojos,
mis armas han de vengarme.

TIBERIO. ¿Sois vos quien me ha desechado,
siendo Rey, para marido?
¿Sois quien a un Rey no ha querido,
y a quien un Rey ha rogado?

ROSAURA. ¿Sois vos quien con furia altiva
ha jurado, y piensa hacello,
de no cortarse el cabello
hasta llevarme cautiva?

TIBERIO. ¿Sois vos quien por un Marqués
despreció un Rey como yo,
y a un vivo dice de no
por otro que muerto es?

ROSAURA. ¿Sois vos el que rey se sueña
de quien vasallo ha de ser
y en tierra no ha de comer
hasta ganar a Cerdeña?

TIBERIO. ¿Sois vos, Reina, aquella dama
que hizo a su galán favores
y se casó por amores
contra su opinión y fama?

ROSAURA. ¿Sois vos aquel que muy loco
quiso ser amado ausente,
teniendo en poco presente
por ser su valor tan poco?

ESTACIO. Eso no pase adelante.
Rey, aquí la tregua cese;
desvíate, y no te pese,
que vienes muy arrogante.
¿Esas son de Rey palabras,
cortesano caballero,
o de villano grosero,
pastor de ovejas y cabras?
Retírate.

TIBERIO. Que me place.
Mas ¡vive Dios! enemigo,
que te he de dar el castigo
y a quien la ofensa me hace.

ESTACIO. Quítate, Reina, del muro,
no escuches ese gallardo.

(*Vanse la* REINA *y* ESTACIO.)

TIBERIO. ¿Tanto en castigarlos tardo?

SALVIANO. ¿Qué hay, señor?

TIBERIO. Vengarme juro.

SALVIANO. ¿Díjote alguna arrogancia?

TIBERIO. La que pudiera decirme
si fuera esta isla firme,
más reino que España o Francia.
Llamóme arrogante y loco
y díjome, finalmente,
que estando ausente o presente
valgo poco y sois más poco.

PROPERCIO. ¿Que ella te incita y provoca?

SALVIANO. Es hija de la hermosura
la arrogancia y la locura.

TIBERIO. Digo que es hermosa y loca.
Pero pues no comunica
su hermosura, no es razón
sufrir su loca opinión.

PROPERCIO. Alto, las armas aplica,
que no hay pensar que por paz
podrás entrar en Cerdeña,
que es peña, y su Reina es peña,
de enternecerse incapaz.

TIBERIO. Fragosa es esta montaña.
¿Por dónde se ha de batir?

PROPERCIO. Por aquí puedes subir,
aunque es peligrosa hazaña.

TIBERIO. ¿Está ya en tierra la gente?

SALVIANO. Para principio de guerra
basta la que sale a tierra.

TIBERIO. Pues a ésta subirse intente.
Ea, subid esa peña
con las armas en las manos.
¡Al arma! ¡Aquí, sicilianos!

TODOS. ¡Sicilia!

TIBERIO. ¡Arriba!

DENTRO. ¡Cerdeña!

(*En dando el asalto, sale* ADAJA, *mora, en hábito de hombre.*)

ADAJA. No esperes mayor probanza,
Amor, de tu gran poder,
pues de un ser en otro ser
hago tan fácil mudanza.
Huyendo al Rey engañado
¿quieres que mi bien intente
entre la confusa gente
y en hábito de soldado?
Así me pienso embarcar,
pues no seré conocida,
aventurando mi vida
a los peligros del mar.
Que el mar de amor en que anego,
el fuego y no la esperanza,
me ha prometido bonanza
si por sus ondas navego.
Adiós, Rey aborrecido,
aunque mal os digo adiós,
que, estando lejos de vos,
nunca de Dios habéis sido.
Yo me voy con el cristiano,

que si no paga mi fe,
basta que salir podré
del poder del Rey, su hermano,
a quien de suerte aborrezco,
que el mar mi sepulcro sea
antes que otra vez le vea.
Ya vienen. A Alá me ofrezco.

(*Sale el* REY SELECO, *el* DUQUE *como moro,* PINELO, CURCIO *y otros* MOROS.)

ASTOLFO.

Vuélvase vuestra alteza, que volviéndose
recibiré mayor merced.

SELECO.

Llevándome
el corazón, hermano fidelísimo,
¿acompañarte aquí te mueve a escándalo?
Déjame entrar por esa arena cálida
hasta que moje el mar mis plantas tímidas.

ASTOLFO.

No quieras que me juzgue por tan bárbaro,
Seleco invito, aqueste grave ejército,
a quien deseo parecer magnánimo
y en los principios conquistar el crédito.

SELECO.

Guíete el Cielo, y tan dichoso y próspero
te haga, hermano, por el mar baleárico,
que tiemble de tu sombra toda el Africa
y des espanto hasta Sicilia y Nápoles.
Amor me debes; mas no soy incrédulo,
que yo confío que será recíproco.
Con esto vuelvo a Argel, y en mis alcázares,
hasta que vayas por el mar espléndido,
seré, y por dicha con ardientes lágrimas,
atalaya del curso velocísimo.
También en mis mezquitas y en mis rápitas,
con oraciones para el Cielo válidas,
del gran Mahoma moveré el espíritu.
Dame un abrazo.

ASTOLFO.

El Cielo, ¡oh, Muley ínclito!,
permita que yo vuelva a ver las márgenes
de mi querida patria y tengan límite
mis deseos, trabajos y propósitos.

SELECO.

¡Oh, Alá!

ASTOLFO.

Ya se fué el Rey. Soldados bélicos,
alto, a embarcar.—¿Trajiste, Curcio, cómitres
y pilotos famosos?

CURCIO.

Y tan ágiles,
que como estos delfines son marítimos.

ASTOLFO.

El dinero, te digo.

CURCIO.

Y en lo intrínseco
de tu galeota está como en un túmulo.

ASTOLFO.

¿Hacia la popa?

CURCIO.

Y en tu propia cámara.

PINELO.

Y en efeto, ¿yo voy como morábito?

ASTOLFO.

¿Quieres callar y no moverme a cólera?

PINELO.

Pues ¿tengo de ir a tierra de católicos
con este capirote y estos hábitos?

ASTOLFO.

Hante de oír, Pinelo, estos alárabes.
¿Quieres callar, espíritu diabólico?

PINELO.

El, a lo menos, con sus patas de águila,
si aquesto dura, me verá el estómago.
(¿Quién te metió, Pinelo, en estas fábulas?
¿No estuvieras mejor mondando nísperos
o con los otros pajes, puesto en círculo,
mirando un siete, un seis y un as por brújula?)

ADAJA.

¿Háceos al caso, capitán armígero,
este soldado?

ASTOLFO.

Aunque eres mozo, embárcate,
que de los mozos se hacen los decrépitos.

PINELO.

Y de los malos cristianos los heréticos.
¡Plegue a Dios que no pare...!

ASTOLFO.

Calla, tímido.

PINELO.

Si lo fuera, ¿viniera yo a este término?

ASTOLFO.

Ea, tocar a leva; alcemos áncoras.
¡Zarpa! ¡Zarpa! Maestre, suene música.
Alto, a enroscar las embreadas gúmenas.
Rómpanse aquestas cajas y esos pífanos.
Ea, piloto, pon la aguja a Córcega.

CURCIO.

Iza esa entena.

ASTOLFO.

Este es levante.

CURCIO.

En popa.

ASTOLFO.

¡Fuera ropa, forzados!

CURCIO.

¡Fuera ropa!

ACTO TERCERO

(Sale el CAPITÁN RODOLFO *y los* SOLDADOS *que puedan.)*

RODOLFO.

Casaráse la Reina o no habrá Reina.
Bueno es que porque huya de casarse
o porque no es, cual dicen, para ello,
sino es que Celio la dejó hechizada,
perezca de hambre y pestilencia mísera
toda la isla por el largo cerco.

SOLDADO.

¡Oh, capitán Rodolfo valeroso!
A ti como a caudillo acuden todos
los pueblos tristes y el perdido ejército.
Mira cuáles estamos por su causa
en tres años y más que el cerco dura.
¿Qué no habemos sufrido? ¿Qué nos falta
sino comer los hijos que engendramos
y convertir en nuestra sangre propia
la que les dimos de la propia nuestra?
Tiberio es rey y es mozo. ¿Por qué dice
que no quiere casarse con Tiberio?
Haz, Capitán amigo, que se case,
o todos de tropel nos entraremos
a quitalle la vida hasta su cámara.

RODOLFO.

Movido vengo, amigos desdichados,
de ver morir a los caducos viejos,
tomar las armas a los fuertes mozos
y llorar a los niños y mujeres,
cuyos pechos les dan por leche sangre.
Hoy morirá la Reina loca y bárbara
si no se rinde al príncipe Tiberio.

SOLDADO.

Cerrada está en su cámara.

RODOLFO.

¿Qué importa?
¿Es su cámara el muro de Semíramis?
Pues no ha salido a vuestras justas voces,
rompad las puertas, caigan en el suelo.

SOLDADO.

Abre aquí, Reina injusta, Reina loca,
alma del gran Nerón, que ves ardiendo
tu isla desdichada en guerra y hambre
y estás alegre entre sus llamas.

(Sale ROSAURA.*)*

ROSAURA.

Pueblo,
¿qué es esto? ¿Qué furor desatinado
así precipitado te ha movido?
¿Con armas, atrevido, a mi aposento?
¿Es este pensamiento de leales
vasallos naturales y hijos míos?

RODOLFO.

¿Juzgas a desvaríos, Reina cuerda,
que tu gente se pierda de atrevida,
que de afligida está desesperada?
¿Eres para casado o no? Responde.

ROSAURA.

Yo aguardo agora al Conde, que es ido
a ofrecer el partido que desea
Tiberio. Por que crea el reino mío
que de mi desvarío estoy quejosa,
hoy quiero ser esposa de Tiberio.
Suyo será el Imperio y yo soy suya.

RODOLFO.

Esa respuesta tuya, Reina bella,
nos pisa y atropella las gargantas.
Desde hoy, en otras tantas ocasiones
siguiendo tus pendones moriremos.
¿Cuál otro bien queremos ni pedimos?
Hambre y guerra sufrimos por tres años,
ya no tienen sus daños resistencia,
crece la pestilencia en toda parte
y sólo con casarte acaba todo.

ROSAURA.

Ya es ido a ver el modo que tengamos
para que nos veamos en palacio.
Dé paz el conde Estacio, que es muy justo
dar a mi reino gusto y dar un medio
que sirva de remedio al mal presente.

SOLDADO.

Tu vida aumente el Cielo. Un siglo goces
al Rey.—Pueblo, dad voces de contento
para que aliento los demás reciban.
¡Viva Tiberio con Rosaura!

TODOS.

¡Vivan!

(*Sale el* CONDE ESTACIO.)

ESTACIO. A tus voces, Reina, llego
para que con voces tristes
de ese "¡viva!" que dijistes
digáis lo contrario luego.
Y pues ya no se restaura,
por que mostremos temor,
¡no vivan, diréis mejor,
jamás Tiberio y Rosaura!

RODOLFO. ¿Cómo no? ¡Muera el cruel
que la paz común deshace!

(*Meten todos mano a las espadas para el* CONDE.)

ESTACIO. Paso; sabréis de que nace,
que toda la culpa es él.

RODOLFO. ¿De qué suerte? Dilo presto,
que si lo has desconcertado
un pueblo desesperado
tienes a la vida opuesto.

ESTACIO. Al tiempo que el alba hermosa
las puertas del cielo abría,
salí de los muros tristes
de la ciudad afligida,
cuidadoso de mi patria
y de esta común desdicha,
siguiéndome todo el vulgo,
que mi camino adivina.
Los nobles viejos, llorando,
las barbas canas cubrían
de lágrimas tan sangrientas
que las llevaban teñidas.
Las mujeres a las puertas
con los hijuelos salían,
que medio muertos mostraban,
mostrándose medio vivas.
Desde sus altos balcones
mil lástimas me decían
las malogradas doncellas,
que esperan verse cautivas,
desnudas y destocadas,
las hebras de oro esparcidas
sobre los rostros mortales
que dieron al sol envidia.
Los ya crecidos muchachos,
con otra libre familia,
de la capa me tiraban
y del vestido me asían.
Unos me llamaban padre,
otros rey, y por cuadrillas
dan voces "¡Misericordia!"
y en otra parte "¡Justicia!".
Llego, en efeto, a las naves
y veo por las orillas
diversas tiendas armadas
de telas y granas finas.
Conocida la del Rey,
que era más que todas rica,
de una nave me hacen salva
trompetas y chirimías.
A una cerca de encerados
que la tienda guarnecía
salió el Rey. Dile el recado,
por el suelo las rodillas.
Díjele que eras su esposa
humilde, alegre y rendida,
y que la ciudad lo estaba
si ser Rey y esposo estima.
Respondió que no tratases
menos que de ser su amiga,
que Francia le da mujer
de la alta casa de Guisa,
y que él no quiere partido
de una guerra tan prolija,
sino entrar a fuego y sangre
la rebelde ciudad y isla.
Que mal pagará tres años,
si su gente se amotina,
con un casamiento pobre
y de una mujer perdida;
y que pues le desechaste
heredero de Sicilia,
que no es mucho que te deje
Reina sin reino y cautiva.
Diciéndome estas razones
con alta y confusa grita,
veo que la gente vuelve
los ojos la mar arriba,
donde ven venir, y veo,
de un levante entretenidas,
de unas galeotas moras

lienzos y velas latinas.
Causaba gusto y espanto
ver la confusa morisma,
porque las colores solas
confusamente se vían.
Tanto azul y colorado
de las marlotas vestidas,
los arreboles del sol
desde lejos parecían.
Los pilotos las conocen,
diciendo que se aperciban,
que vienen sobre Cerdeña
a fama de tu conquista,
porque es del moro de Argel
el fuerte hermano Ardaliba,
que ha corrido todo el mar
de Gibraltar a Mecina.
Que viene rico y soberbio
de robar armadas de Indias,
y quiere ver si han quedado
de tus asaltos reliquias;
que es una antigua costumbre
de las aves de rapiña
bajar a los cuerpos muertos,
como éste baja a tus islas.
Despidiéronme con esto,
donde vengo a ver si expiras,
porque no tienes remedio,
entre Caribdis y Scila.

ROSAURA. Estacio, si es de esa suerte,
ya no hay remedio que os pida.
Quitadme todos la vida
que ha causado vuestra muerte.
Yo, que con mi casamiento
busqué vuestra perdición,
merezco la ejecución
de vuestro alterado intento.
Muestra, Rodolfo, esa espada,
o vuélvela contra mí.

RODOLFO. No, Reina, ya no es así,
ya la cólera es pasada.
Hay paso junto el dolor
y el desesperado intento;
ya es piedad el pensamiento
que fué primero furor.
Agora es tiempo y sazón
de mostrar nuestra lealtad.
No rindas la gran ciudad,
sino esfuerza el corazón,
que todos, y yo el primero,
queremos morir contigo.

ROSAURA. ¿Qué me dices, Conde amigo?

ESTACIO. Que en Dios tu remedio espero.

(*Sale un* SOLDADO.)

SOLDADO. En una barca pequeña
un moro a tierra ha llegado,
que de paz ha preguntado
por la Reina de Cerdeña,
y no ha venido de espacio,
que un bergantín le ha seguido.

ROSAURA. ¿No le has contigo traído?

SOLDADO. Ya está dentro de palacio.

ROSAURA. Dile que entre.

SOLDADO. Voy por él.

ROSAURA. ¿Qué me querrá el moro a mí?

ESTACIO. Quizá le envía por ti,
Rosaura, el moro de Argel.
Que, según es la ventura
de este cosario en España,
ya tendrá por poca hazaña
querer gozar tu hermosura.

(PINELO, *en hábito de moro.*)

PINELO. Alá te guarde y te dé
vida.

ROSAURA. Seas bien llegado.

PINELO. Ardeliba me ha enviado,
Reina, a que te bese el pie.

ROSAURA. Alzate del suelo, moro.

PINELO. ¿Estás buena?

ROSAURA. Buena estoy.

PINELO. (Ya desconocido soy.
¡Oh, gracias al Dios que adoro!)
Sabiendo el cerco en que estás
a socorrerte ha venido,
y de trigo te ha traído
diez mil fanegas y más.
Para pagar tus soldados
y reformar a tu gente
traigo ahora de presente
treinta y cinco mil ducados.
Estos mandarás sacar
del lastre de mi barquilla,
que han llegado a ver tu orilla
contra el peligro del mar.
Y si le dieres licencia,
Ardaliba vendrá a verte.

ROSAURA. ¡Oh, rica y dichosa suerte!
Venga luego a mi presencia,
que a quien con tan falso celo
ha perseguido un cristiano,
a socorrerle un pagano
permite que venga el Cielo.—

Conde, ¿qué decís?

ESTACIO. Estoy
de este milagro admirado.—
¡Oh, moro hidalgo y honrado,
dos mil abrazos te doy!

PINELO. Vamos por este dinero
por que traiga luego el trigo.

ESTACIO. Vamos a la barca, amigo.

PINELO. (¡Amigo! Enemigo fiero.
¡Ah, Dios, si supiese Estacio
que soy Pinelo y mi dueño
quien dió a Celio eterno sueño
dentro de aqueste palacio,
qué muerte se me esperaba!)

ROSAURA. Conde, en trayendo el tesoro,
coma y descanse ese moro.

PINELO. Vamos, buen Conde, a la Cava,
que tengo un poco que hacer.

ESTACIO. ¿A la Cava? ¿Bebéis vino?

PINELO. He de comerme un tocino
y un cuero me he de beber.

ESTACIO. ¿Cómo?

PINELO. Porque allá en mi tierra
he pasado eterno ayuno.

ESTACIO. ¿No se bebe allá ninguno?

PINELO. Ni se coge ni se encierra;
en pasas nos lo dan todo.

ESTACIO. ¡Qué moro de buen humor!

PINELO. Si bebo estaré mejor;
luego a un rincón me acomodo.
¿Habrá pernil?

ESTACIO. Extremado;
daréis gracias a Mahoma.

PINELO. Mejor un perro le coma
aquel zancarrón colgado.

(*Vanse el* CONDE *y* PINELO.)

ROSAURA. Rodolfo, de esta ventura
¿qué imaginas?

RODOLFO. Que a tu celo
pagó con milagro el Cielo
en la mejor coyuntura.
Luego por tu gente corro
por que se anime y lo crea.

ROSAURA. Pues alto grita y vocea:
¡Socorro todos!

TODOS. ¡Socorro!

(*Vanse, y salgan el* DUQUE, *de moro;* CURCIO, ADAJA *y* SOLDADOS *moros.*)

ASTOLFO. ¿Dices que no fué acertado,
Curcio, despachar el moro?

CURCIO. Bueno estuviera aquel oro
hasta la vuelta guardado,
que acaso lo tomará
y te cerrarán las puertas.

ASTOLFO. Quien no las merece abiertas
justa paciencia tendrá.
Ya te he dicho mi pasión
y la causa porque vengo.

CURCIO. Entendida, señor, tengo
tu desdichada afición.
Y pues con servicios quieres
dar de tu dolor indicios,
sirve, que ablandan servicios
piedras, cuanto más mujeres.

ASTOLFO. Quiero así satisfacer
aquel mi pasado agravio,
que sirviendo vence el sabio
la más pertinaz mujer.
Y es a tiempo este favor,
según estaba rendida,
que si la diera la vida
dudo que fuera mayor.
Quiero obligalla, si puedo,
y pedille en galardón
sólo que me dé perdón.
Con esto contento quedo,
con esto me satisfago,
con esto no pido más.

CURCIO. ¿En ese cuidado estás?
Mereces su reino en pago.

ASTOLFO. Pues sabe, Curcio, que quiero,
por lo que te significo,
hacer un presente rico
a la Reina, por quien muero.
Las joyas que yo traía,
y las demás que he ganado,
le daré, a fe de soldado,
en viéndola el mismo día.
Que será extraña grandeza
pagarle la vista así,
y en sus ojos me da a mí
la Reina mayor riqueza.
Que darle yo piedras bellas
que hurté al indio y español
no es precio que iguala a un sol
cuyos ojos son estrellas.

ADAJA. Si acaso tienes deseo
de hacer un rico presente,
de lo mejor del Oriente
alguna parte poseo.
Yo traigo cuatro collares
con cien diamantes en ellos,

que has de quedar ciego en vellos
más que cuando al sol mirares,
y diez sortijas, tan buenas,
que valen una ciudad.

ASTOLFO. ¿Burlas?

ADAJA. De aquesta verdad
te daré las manos llenas.

ASTOLFO. Pues ¿qué te mueve, soldado,
a dar lo que tanto precias?

ADAJA. El saber que me desprecias
y que estás enamorado.
Que dos años te he seguido
sin querer decir quién soy.

ASTOLFO. ¿Eres mujer?

ADAJA. Sí, y estoy
vuelta en hombre de un olvido.

ASTOLFO. ¿Eres, por ventura, Adaja,
la que el Rey, mi hermano, llora?

ADAJA. Adaja soy, que te adora,
señor, con mayor ventaja.
De Argel contigo salí
de esta suerte transformada,
y porque he sido buscada
no me he descubierto a ti,
temiendo que si supieras
que era yo, no repararas
en mi amor y me enviaras
del Rey a las manos fieras.
Ya que estás enamorado
de esta Reina por su fama
y otra en Argel quiere y ama
tu hermano, de mí olvidado,
de aquestas joyas preciosas
te sirve, pues es razón,
que ya vuelve mi intención
el pensamiento a otras cosas.
Porque sólo he pretendido,
dejando un reino y un rey,
seguir la cristiana ley,
porque en secreto lo he sido.
Y si a ti me aficioné
fué porque pensaba, en vano,
que, como fuiste cristiano,
volvieras luego a tu fe.
Con este rico presente
a la Reina has de enviarme,
porque quiero baptizarme
y salir de entre esta gente.
Que en precio de este tesoro
no es mucho lo que te pido.

ASTOLFO. ¿Que eres Adaja?

ADAJA. Yo he sido
la que llamabas Medoro.
Ya no quiero el nombre infame
de Adaja, aunque el propio mismo
Juana he de ser por baptismo,
y éste de hoy más se me llame.
Esto, señor, te suplico.

ASTOLFO. ¡Oh, Curcio, qué brava fe!
Alto; luego se le dé
cargo del presente rico.—
Ve, amiga, y cumple tu gusto,
pues ya tiene el suyo el Rey.
Sigue a Dios, sigue esa ley,
que seguir a Dios es justo.—
Y apercíbaseme a mí
luego un barco de secreto.

CURCIO. ¿Verás la Reina, en efeto?

ASTOLFO. ¡Ay, Curcio! Digo que sí.

CURCIO. ¿Y esto escribiráslo al Rey?

ASTOLFO. ¿Para qué? Ni aun verle más.—
Adaja, presto tendrás
compañeros en tu ley.

(*Vanse, y salen* ROSAURA *y* ESTACIO.)

ESTACIO.

Repartido el dinero como digo
y luego en los vecinos y la gente
a veinte hanegas por familia el trigo,
vieras en una voz alegremente:
"¡Viva la Reina y viva el santo moro!",
que así le llama el vulgo locamente.
Porque de tanta desventura y lloro,
de tanta mortandad y pestilencia
verse cargados de dineros y oro,
los viejos de más años y experiencia
dicen más necedades y locuras,
ni tienen de los niños diferencia.

ROSAURA.

Conde, pues son del Cielo estas venturas,
¿qué mucho que a la mano llame santa
que remedió sus largas desventuras?
No juzgo su locura yo por tanta,
pues la fama del moro me apasiona
y los deseos a su bien levanta.
Deseo ver su rostro y su persona,
y, a ser cristiano como moro ha sido,
gozara de este reino la corona.
No es menos el favor agradecido
en tiempo tan estéril y contrario,
que vi mi reino con mi honor perdido.

ESTACIO.

Hacelle algún presente es necesario

de regalos, de pan, fruta y conservas,
que ha sido su viaje largo y vario.

ROSAURA.

Ya sabes que de todo me reservas.
Ordena y traza lo que fuere justo,
y vaya en flores y olorosas hierbas.

(*Sale* RODOLFO.)

RODOLFO.

Todo parece que hoy nos viene al gusto.
Los que a buscar han ido al duque Astolfo,
tras tantos años de mortal disgusto,
de Narbona, juntándose en el golfo,
juntos desembarcaron en la playa.

ROSAURA.

¿Qué nuevas traen del traidor, Rodolfo?

RODOLFO.

Nadie lo sabe, porque no hay quien haya
con temor del contrario hablado alguno,
ni menos quien de paz ni guerra vaya.
No pudieron tomar otro ninguno
de los puertos que ves sino el que le tiene (1)
en todo el ancho campo de Neptuno.

ROSAURA.

¿Qué gente es ésta?

ESTACIO.

Un moro [a] hablarte viene.

(*Sale* ADAJA.)

ADAJA. A decirte que ya llega
Ardaliba, Reina, vengo.

ROSAURA. A mucha merced lo tengo,
nadie la entrada le niega.
Suya es la isla y yo soy
tan suya, que a ser cristiano
le diera el reino y la mano
y su mujer fuera hoy.
Será muy bien recebido
dentro de este alcázar fuerte,
que no ha de ser de otra suerte
el favor agradecido.

ADAJA. Antes de verte, señora,
te envía un rico presente
de las perlas del Poniente
y las piedras del aurora.
Cinturas, collares bellos,
sortijas, piedras preciosas,
brocados, telas hermosas
y esta cautiva con ellos.
Que soy, como ves, mujer,
y del presente, en albricias,
te pido un don.

ROSAURA. ¿Qué codicias?

ADAJA. Mudar dos veces el ser.

ROSAURA. ¿Cómo?

ADAJA. Dejar de ser hombre
y recebir el baptismo.

ROSAURA. Más que no el presente mismo
vale ese cristiano nombre.
De madrina he de servir
a quien tan buena fe tiene.

ESTACIO. Señora, Ardaliba viene.

RODOLFO. Salgámosle a recebir.

(*Sale el* DUQUE *y* CURCIO, PINELO *y* MOROS.)

ASTOLFO. Yo excuso ese cumplimiento.
Deja esas cosas a un cabo,
que basta para un esclavo
la tierra de tu aposento;
no la merezco besar,
y así, de haberla tenido
con mis pies, perdón te pido.

ROSAURA. Rey, ¿a mí te has de humillar?
Alza del suelo, que quien
sin haberle visto yo
de la tierra me sacó,
no está por la tierra bien.

ASTOLFO. Quien al sol con tal locura
por Dios estima y adora,
¿es mucho adorar, señora,
el cielo de tu hermosura?

ROSAURA. Lléguennos sillas aquí.

(*Siéntense.*)

PINELO. (Desconocido le han.

CURCIO. Todos mirándole están.

PINELO. No hay quien le conozca así.

CURCIO. Han pasado algunos años
y está ya el Duque mayor,
y el hábito y la color
harán mayores engaños.)

ROSAURA. ¿Viene bueno vuestra alteza?

ASTOLFO. Gran honra es esa, señora.
Tratad más humilde agora
a quien a servir empieza.
¿Cómo vino a tanto daño
el de Sicilia con vos
siguiendo una ley y un Dios?

ROSAURA. Por un codicioso engaño.
Has de saber que mi padre
me dejó sola heredera
de este reino, y que pudiera

(1) Verso largo: quizá sobra el "le".

gozalle muerta mi madre.
También elegir marido
quedó a mi gusto, y así,
el de mi gusto escogí,
aunque menos bien nacido.
Este era Celio, un marqués
del Estado de Pulán.

ASTOLFO. ¿Era discreto y galán?
ROSAURA. Y agora, muerto, lo es.
ASTOLFO. ¿Cómo? ¿En tus ojos?
ROSAURA. Sin duda,
de quien tan amado he sido,
que tiempo, muerte ni olvido
del alma su imagen muda.
ASTOLFO. Pues ¿cómo? ¿Aun muerto le quie-[res?
ROSAURA. Y con la misma razón.
ASTOLFO. Difieres en condición,
señora, de otras mujeres. (1)
Que no digo a un muerto, cierto
de no verle eternamente;
pero a un vivo, un hora ausente
le suelen tener por muerto.
En fin, ¿a tu muerto quieres?
ROSAURA. Es vivo en mi corazón.
ASTOLFO. Difieres en condición,
señora, de otras mujeres.
Mas dime: ¿cómo murió?
ROSAURA. Un duque Astolfo, un villano,
con traidora envidia y mano
la vida al Marqués quitó.
ASTOLFO. Cómo ¿a traición?
ROSAURA. No a traición;
mas riñendo.
ASTOLFO. Qué, ¿hombre a hombre?
ROSAURA. Sí.
ASTOLFO. Pues no le das buen nombre,
que eso fuerza y valor son.
Y el Duque, ¿qué pretendía,
el reino o tu casamiento?
ROSAURA. Ese fué su pensamiento
y fué la desdicha mía.
ASTOLFO. Pues de esa suerte, no es
digno de algún vituperio
si fué Amor, y no el Imperio,
quien dió la muerte al Marqués.
Y ya digo que si Amor
le obligó que le matase
y cuerpo a cuerpo buscase
el Duque al competidor,
no hay por qué traidor llamarle,
y al que esto me contradiga
y que el Duque es traidor diga,
me ofrezco en campo a matarle,
sólo por ver que un honrado
hecho por traición se tenga
y a ser de tu boca venga
un hombre noble afrentado.
ROSAURA. Paso, Rey; vuelve a sentarte.
¿De eso te alteras?
ASTOLFO. ¿No es justo?
ROSAURA. Viva el Duque si es tu gusto,
que yo pretendo agradarte.
ASTOLFO. Soy caballero, y me pesa
que lo que es honra y amor
tenga nombre de traidor,
y más por tan alta empresa.
¿En qué, señora, paró
el pobre Duque?
ROSAURA. En su ausencia.
ASTOLFO. Bastaba por penitencia
del Marqués que te mató,
que un enamorado ausente
cualquier culpa satisface.
ROSAURA. La pasión mil daños hace
y el no haber parte presente.
ASTOLFO. ¿Cómo?
ROSAURA. A cualquier caballero
ser su mujer prometí
como me trajese aquí
la cabeza, y hoy la espero.
ASTOLFO. ¿Hoy? (Bien dices, que hoy la tienes,
y aun está hablando contigo.)
ROSAURA. Muerta, digo.
ASTOLFO. Viva, digo,
si a tenerle preso vienes.
ROSAURA. Bien dices; pero si preso
me le trajesen aquí,
ya, por no ofenderte a ti,
haré rasgar el proceso.
ASTOLFO. Pues ¿cómo piensas pagar
al que le venga a traer?
ROSAURA. Sólo con ser su mujer.
ASTOLFO. Estoy por irle a buscar.
Mas ¿qué importa, si soy moro?
Mas volveréme cristiano.
ROSAURA. Si lo fueras, esta mano
te diera.
ASTOLFO. (Esa mano adoro.)
Pero ¿cómo podré hallarle?
ESTACIO. Aquí viene a tu presencia
Raimundo.
ROSAURA. Dalde licencia.—

(1) Estos dos versos se repiten luego; pero así está en el original.

Este viene de buscarle.
ASTOLFO. ¿Sabes tú que le traerá?
ROSAURA. Pienso que le ha de traer.
ASTOLFO. (No sé cómo puede ser
si hablando contigo está.)

(*Sale* RAIMUNDO.)

RAIMUNDO. Aquí tienes a Raimundo.
ROSAURA. Seas bien venido. ¿Qué has hecho?
RAIMUNDO. Medir a pasos el trecho
del largo y ancho del mundo.
ROSAURA. ¿Hallaste al Duque?
RAIMUNDO. Sí hallé.
ROSAURA. ¿Dónde?
RAIMUNDO. Dentro de Aragón,
y aquí traigo información
de cómo al Duque maté,
con dos príncipes testigos
y otros muchos caballeros.
ASTOLFO. ¿Testigos son verdaderos,
ni sobornados ni amigos?
¿Que en efecto le mataste?
RAIMUNDO. Rey de Argel, yo le maté.
ASTOLFO. ¡Por vida tuya!
RAIMUNDO. Y podré
mostrarte papeles.
ASTOLFO. Baste;
después se verán despacio.
ESTACIO. Aquí viene Clarideno.

(*Sale* CLARIDENO.)

CLARIDENO. Dame esos pies.
ROSAURA. ¿Vienes bueno?
CLARIDENO. ¿Moros, Reina, en tu palacio?
Raimundo, Esferio y Leardo
y yo en Narbona, señora,
nos hemos juntado ahora
y llegado al puerto sardo,
donde hallamos a Tiberio,
que, entendido bien el caso,
nos ha concedido el paso
de este que llama su Imperio.
Y aunque habemos navegado
juntos para aqueste efeto,
hemos guardado en secreto
lo que habemos negociado.
¿Dijo Raimundo...?
RAIMUNDO. Ya sabe
la Reina lo que he traído.
CLARIDENO. ¿Hasle muerto?
RAIMUNDO. Y le he vencido.
CLARIDENO. ¡Grave caso!
RAIMUNDO. Cierto y grave.
CLARIDENO. Dos Duques debe de haber;
que cuando yo le vencí
lo que él me confesó a mí
escrito lo he de tener
y firmado de su mano,
en que le pide perdón
a la Reina y la traición
confiesa y dice de plano.
RAIMUNDO. ¿Tú muerto a Astolfo?
CLARIDENO. Yo, pues.

(*Salen* ESFERIO *y* LEARDO.)

ESTACIO. Leardo y Esferio vienen.
ASTOLFO. Si tales recados tienen,
dichoso, Reina, el Marqués.
ROSAURA. ¿Por qué, si son desconciertos,
Ardaliba, cuantos ves?
ASTOLFO. Porque por solo un Marqués
traen cuatro duques muertos.
LEARDO. Esos pies me manda dar,
pues verte nos deja el Cielo.
ROSAURA. Alzaos entrambos del suelo,
que a entrambos quiero abrazar.
ESFERIO. Ya Raimundo y Clarideno
habrán dicho su jornada;
mas del valor de esta espada
está su cuidado ajeno.
LEARDO. Pues yo he muerto al duque Astolfo;
y en señal de que esto ha sido
traigo su mismo vestido,
que ha de conocer Rodolfo.
ASTOLFO. ¿Tantos duques?
LEARDO. ¿Cómo tantos?
RAIMUNDO. ¿No ves que yo le maté?
CLARIDENO. Que traigo su firma sé,
el puesto, el punto y a cuántos.
ESFERIO. Todos los que habéis hablado
no digo que habéis mentido;
pero que posible ha sido
que os haya alguno engañado.
¿Dónde le mató Raimundo?
RAIMUNDO. Yo en Aragón.
CLARIDENO. Yo en París
de Francia.
ESFERIO. Y vos ¿qué decís?
LEARDO. Que en mayor verdad me fundo,
y que le maté en Galicia
de España y traigo el vestido.
ESFERIO. Yo el reino y la Reina pido,
que traigo mejor justicia,
porque traigo embalsamada

su cabeza, de la suerte
que le di en Bruselas muerte,
y con esta misma espada.

ASTOLFO. (¡Ved en qué anda mi cabeza,
que la embalsaman en vida!)
Reina, el pleito se decida.

ROSAURA. Sea jüez vuestra alteza.

ASTOLFO. Pues esa merced me hacéis,
venzamos al Siciliano,
y después venga a mi mano
la información que traéis,
que teniendo este contrario
aquí, Rosaura, no es justo
tratar de cosas de gusto,
y el remedio es necesario.
Todos estos capitanes,
Reina, por tierra acometan,
que es bien que vencer prometan
competidores galanes.
Yo, por la parte del mar,
con mis galeras y gente,
quiero a un tiempo, de repente,
acometer y llegar.
Defended sola la tierra
sobre las peñas del puerto,
que hoy daré a Tiberio muerto
o cautivo en buena guerra.

ROSAURA. Lo que Ardaliba aquí ordena,
caballeros, es lo justo.
Pelead todos con gusto
y no os dé la empresa pena,
que el que justicia tuviere
es Rey y yo su mujer.

RAIMUNDO. En tu servicio he de hacer,
señora, cuanto pudiere.

CLARIDENO. Hoy has de ver mi valor.

ESFERIO. Hoy conocerás mi espada.

LEARDO. Mi verdad, asegurada,
no tiene al mundo temor.

ASTOLFO. Pues con esto id a ordenar
la gente, Estacio, por tierra,
que hoy Cerdeña, en esta guerra,
verá vuelto en fuego el mar.

(*Vanse, y salen* TIBERIO, *príncipe;* SALVIANO *y* PROPERCIO.)

TIBERIO.

Gastado agora de tan largo cerco,
mal puedo resistille sin socorro.

SALVIANO.

Digo, señor, que estás a gran peligro;
que apenas tienen los soldados pobres
sobre las carnes más del hierro duro,
que tienen casi roto, con ser hierro.
Los bastimentos faltan y las armas,
y cuantas importantes municiones
trajeron de Sicilia [a] aquesta empresa.

TIBERIO.

Salviano amigo, pártase Propercio,
que dé aviso a mi padre Feduardo
y diga en el peligro que me veo.
Cuéntele las vitorias de Ardaliba
y sus fieros desinios y arrogancias;
diga cómo en las islas entra y sale
sin que todas mis naves se lo estorben;
diga las joyas que a la Reina ha dado,
el trigo, el oro, municiones y armas,
y que si luego al punto no me envía
justo socorro en naves o galeras,
pierdo el trabajo de tan larga empresa
y juntamente el crédito y la vida.

PROPERCIO.

Ibate a responder, excelso Príncipe,
y siento alteración en nuestro ejército.

TIBERIO.

Parte, Propercio, y si es motín acaso,
procura sosegarle con palabras,
pues con dineros es tan imposible.

PROPERCIO.

Más es la alteración de lo que piensas.
Ya todos se recogen a las naves.
Los enemigos son que dan sobre ellos.

TIBERIO.

Bien parece que han sido reparados,
según la furia de esta arremetida.
¡A la mar, a la mar, soldados míos!

SALVIANO.

Ya es tarde, que en la mar treinta galeras,
en dos escuadras como media luna,
quieren coger tu rota armada en medio.

TIBERIO.

Pues ¿qué se puede hacer?

PROPERCIO.

Morir con honra.

TIBERIO.

¡Sicilia, pues, y muera este Ardaliba!

DENTRO.

¡Viva Cerdeña por Rosaura!

TODOS.

¡Viva!

(*En haciendo su guerra, salga* ADAJA *con una rodela y una espada.*)

ADAJA. Aunque parece que es vil
el ánimo de mujer,
después que he mudado el ser
tengo el alma varonil.
Y después que soy cristiana,
por dar en los enemigos
doy en los moros amigos.

(PINELO, *con su espada y rodela.*)

PINELO. ¿Dónde bueno, hermosa Juana?
ADAJA. ¡Oh, Artemidoro! Ya ves,
peleo como todo hombre.
PINELO. Bien merece de hombre el nombre
quien hombres rinde a sus pies.
Después que cristiana fuiste...
¿diréIo?
ADAJA. ¿Es una razón?
PINELO. Traigo enfermo el corazón
y hasta el pensamiento triste.
ADAJA. ¿Quiéresme bien?
PINELO. Como a mí.
ADAJA. ¿Qué quieres?
PINELO. Dame una mano.
ADAJA. ¿Quieres volverte cristiano?
PINELO. Ya lo soy; digo que sí.
ADAJA. Pues digo que el mismo día
que cristiano quieras ser
querré yo ser tu mujer.
PINELO. Pues ya lo soy, Juana mía.
Toca y no pelees más;
no te den alguna cosa
con que no estés tan hermosa.
ADAJA. Pues ¿qué haré?
PINELO. Lo que yo harás.
Ponte detrás de esta peña
mientras que pasa el ruído.
ADAJA. Digo que eres mi marido.
PINELO. Toca, galga zahareña.

(*Tocan una caja; salen en orden* CLARIDENO *y* RAIMUNDO, ESFERIO, LEARDO, ESTACIO, SALVIANO, PROPERCIO, TIBERIO, *presos, y* ASTOLFO *detrás.*)

ASTOLFO. Has acertado en rendirte.
TIBERIO. Todo es guerra. ¿Qué he de hacer?
Que no me vence mujer,
debe, Ardaliba, servirte.
ASTOLFO. Pues que su mucha hermosura
no te venció, justo fuera
que su mano te venciera.
TIBERIO. Vencerme y no más procura
y deja de encarecer
su hermosura o su valor.

(*Sale* ROSAURA.)

ROSAURA. Vengo a verte vencedor,
que al campo te salgo a ver
y quiero mis brazos darte
como a Marte.
ASTOLFO. ¡Ojalá fuera
Marte, por que ser pudiera
siempre de tu parte Marte!
Ves aquí, Rosaura bella,
preso al príncipe Tiberio.
TIBERIO. De este honroso cautiverio
no tengo que agradecella,
y ella sabe la ocasión.
ROSAURA. Rey, si haberte yo rogado
con necesidad te ha dado
de quien soy mala opinión,
hoy vieras mi voluntad
si el Rey te me diera agora.
ASTOLFO. Tuyo es el preso, señora.
ROSAURA. Pues yo te doy libertad.
TIBERIO. Yo por tal merced te beso
los pies y tu nombre alabo,
y con más razón tu esclavo
para siempre te confieso.
Volveré, con tu licencia,
a Sicilia, donde trate
de darte un rico rescate.
ASTOLFO. Reina, hoy se dé la sentencia,
porque delante del Rey
tendrá más autoridad
el punto de la verdad
y la fuerza de la ley.
TIBERIO. ¿Es esto sobre la muerte
del duque Astolfo?
ASTOLFO. ¿Has sabido
que yo lo juzgo y decido?
TIBERIO. De lo que ignoro me advierte.
ASTOLFO. Cuando en tu campo estuvieron,
ya los cuatro te contaron
los peligros que pasaron
y a la pretensión que fueron.
TIBERIO. Todo lo supe.
ASTOLFO. Pues hoy
todos dicen que le han muerto.
TIBERIO. ¿Y eso es verdad?
ASTOLFO. No, por cierto,
porque yo soy... el juez soy.
¿Qué señas trae Raimundo?
RAIMUNDO. Yo, bastante información.

CLARIDENO. Yo su firma.
ASTOLFO. ¡Tales son
las pretensiones del mundo!
¿Y tú?
LEARDO. Traigo su vestido.
ESFERIO. Yo su cabeza, que es más.
ASTOLFO. Y tú, Reina, ¿qué darás
a quien el Duque ha traído?
ROSAURA. Prometí ser su mujer.
ASTOLFO. Pues yo mejor seña doy,
porque el mismo Duque soy
y el que me vengo a traer.
ROSAURA. ¿Tú eres el Duque?
ASTOLFO. Yo, digo,
que al Rey de Argel engañé
y aqueste traje tomé
por obligar mi enemigo.
Dame, señora, perdón,
si has entendido el suceso,
y de darte al Duque preso
tu persona en galardón.
ESTACIO. ¿Hay caso igual?
RAIMUNDO. (¿Hay engaño
como éste? Corrido estoy.)
CLARIDENO. (Yo de vergüenza me voy
de tan claro desengaño.)
RAIMUNDO. (Yo no paro más aquí.)
ASTOLFO. No, no; volved, caballeros.
CLARIDENO. ¿Qué nos quieres?
ASTOLFO. Quiero veros,
ya que me habéis visto a mí.
(*Fisgando.*)
"Yo traigo aquí su vestido."
"Yo le maté en Aragón,
y traigo la información."
"Yo su cabeza he traído."
Que le digo, caballero,
¿viene bien embalsamada?
ROSAURA. Digna es de ser celebrada
tu historia. Abrazarte quiero.
Ya no hay Celio para mí,
sino Astolfo. ¡Astolfo viva!
¡Viva el cristiano Ardaliba!
¿Es vuestro Rey, sardos?
TODOS. Sí.
ROSAURA. Por mi promesa, que es ley,
merece bien el Imperio.
¿Paréceos justo, Tiberio?
TIBERIO. Yo lo afirmo como Rey,
y quiero quedarme aquí,
del casamiento padrino.
ASTOLFO. ¿Que ya soy Rey?
ROSAURA. Y Rey digno.
ASTOLFO. ¿Soy vuestro Rey, sardos?
TODOS. Sí.

(*Salen* PINELO, CURCIO *y* ADAJA.)

PINELO. Ya, señor, que Rey te ves,
¿qué oficio das a Pinelo,
que no osó mirar al cielo
hoy hace un año y un mes?
Sácame ya de ser moro.
ROSAURA. ¿Es Pinelo?
PINELO. El mismo soy.
ROSAURA. Llega, mis brazos te doy.
PINELO. Yo, Reina, tus pies adoro.—
Adaja, o Juana, ya ves
cómo me he vuelto cristiano.
ADAJA. Digo que te doy mi mano.
ESTACIO. ¿Es tuya?
PINELO. Mi mujer es.
ESTACIO. Pues que todos hoy merecen
tu favor, cásame a mí.
ROSAURA. A Lesbia te doy a ti.
ESTACIO. Gran bien tus manos me ofrecen.
ROSAURA. Pero con tal condición,
que hoy al Duque has de abrazar.
ESTACIO. De Celio tendrá el lugar.
ASTOLFO. Yo a vos en mi corazón.—
¿Curcio?
CURCIO. ¿Señor?
ASTOLFO. A esos moros
darás todas mis galeras,
mis despojos y banderas
y reparte mis tesoros.
Vuélvanse todos a Argel
y al Rey desengañarán.
CURCIO. Contentos, señor, irán;
pero ha de pesarle a él.
ASTOLFO. Reina, las manos te pido.
ROSAURA. Mi marido espero verte
por que acabe de esta suerte
El Favor agradecido.

LA FELISARDA [1]

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA A

DON JUAN ANTONIO DE VERA Y ZÚÑIGA

COMENDADOR DE LA BARRA

Y SEÑOR DE LAS VILLAS DE SIERRABRAVA Y SAN LORENZO

Quisiera dar a V. m. el parabién de su *Embajador,* libro doctísimo y provechoso a los Reyes y repúblicas, si no me acordara de haber leído en su discurso tercero el peligro que en iguales sucesos corre la tardanza y entre otros ejemplos el de los Embajadores de Troya a Nerón por la muerte de Druso, cuando el referido César estaba tan olvidado que pudo responderles graciosamente *que también él estaba con gran sentimiento de la muerte de su ciudadano Héctor;* mas como las vidas de los hombres se olviden, y no las virtudes y glorias, que quedan a cuenta de la inmortalidad de quien supo adquirillas, no es fuera de propósito hablar en este libro, pues vive y ha de vivir sin que le pueda el tiempo olvidar ni el olvido escurecer. En la comedia de *Los Esclavos libres,* que dirigí a V. m., me di el parabién de la esperanza del *Embajador,* y ahora se la doy a V. m. de la posesión y del gusto con que ha sido recebido de los doctos, de cuyos desapasionados pechos huye la envidia por natural antipatía, que, como muchos animales ponzoñosos de algunas plantas aromáticas, así la calumnia huye de los hombres sabios y bien nacidos, que no lejos deste propósito dijo Epiteto: *Nam si substancia boni in iis est quae sunt in nobis, ibi neque invidia, neque aemulatio locum habet,* que por esotra parte diremos al *Embajador* lo que Marcial a su libro quinto: *Et sis invidia favente foelix;* sólo quisiera ahora, por lo que amo a V. m., que el premio de tanto estudio y cuidado: *Non est enim quod aestimes* (como dijo Séneca) *ullam esse sine labore virtutem,* se luciera en ocupar el mismo lugar que con tanta erudición enseña y decir con Herodiano (aunque él habla de los espectáculos del Amphiteatro en tiempo de Cómmodo): *Ac tunc primum vidimus, quae antea in picturis mirabamur. La Felisarda* sale a luz en nombre de V. m.; la traza es de la ilustrísima señora madama Capela, cuando asistió en Palacio a la Reina nuestra señora, que Dios tiene. Digna por esto de tan gallardo caballero, así los versos con que la vestí lo fueran de tan culto ingenio; pero quiero decirme a mí mismo lo que Marcial en la epístola del segundo libro: *Quid nobis, inquis, cum Epistola? parumne tibi praestamus, si legimus epigrammata? Quid hic porro dicturus est quod non possis verstbus dicere?* Dios guarde a V. m.—Su capellán y aficionadísimo servidor, *Lope de Vega Carpio.*

(1) En el encabezado dice "Filisarda"; pero en los titulillos y el texto la nombra bien.

PERSONAS DE LA COMEDIA

LISAMANTE.	*El* REY DE BOHEMIA.
FÉLIX.	ARIODANTE.
FELISARDA.	ARMINDA.
FLORA.	CRIADOS.
LELIO.	*Dos* MARINEROS.
Un EMBAJADOR.	[FABIO, *soldado.*
Cuatro SOLDADOS.	JULIO, *pastor.*
ISBELLA.	ALBANIA, *hija de* JULIO.
ERGASTO.	*El dios* APOLO.]

ACTO PRIMERO

(*Salen* LISAMANTE *y* FÉLIX.)

LISAM. En efeto ¿está cautivo
el Rey de Persia?

FÉLIX. Señor,
la nueva es cierta.

LISAM. A mi amor
hoy el parabién le escribo.
Después, Félix, que murió
el padre de Felisarda,
sólo a que se case aguarda
el reino que le perdió.
Fué persona tan amada,
que hasta la envidia pudiera
llorarle, si no estuviera
en Felisarda ocupada,
cuyas gracias tienen ciego
a Amor, pues Naturaleza
perficionó su belleza
y rompió la estampa luego,
de tal color esmaltada,
que, al arte poniendo fin,
dejó de ser el jazmín
blanco y la rosa encarnada.

Con artificio sutil
parece que dió invención
al sabio Pigmaleón
para labralla en marfil.
Corrida la intacta nieve
en su competencia miro;
ni la púrpura de Tiro
a sus claveles se atreve.

FÉLIX. Para que pintes, señor,
sus jazmines y claveles
te ha dado Amor sus pinceles,
que es gran lisonjero Amor;
que es tal su belleza creo,
si de tus ojos la fío.

LISAM. Si del pensamiento mío
fuera intérprete el deseo,
de otra suerte la alabara.
Aquí la verdad habló,
que sólo el Cielo pintó,
Félix, su divina cara.
El de Persia ya tenía
tratado su casamiento;
con igual aplauso atento
el reino lo recibía.
Pero si cautivo está,
que fué notable desdicha,
dará lugar a mi dicha,
que le ha sucedido ya.
Es posesión el amor
que le suele suceder
por querer o no querer
faltando el competidor.
Aquí falta, y yo sucedo
a su esperanza cautiva,
porque no hay cosa que viva
segura en amor de miedo.
Pienso que me eligirán,
pues no hay en Grecia señor
libre de mayor valor,
y que el cetro me darán.
Sabe Amor que no lo estimo
respeto del bien, que aguarda
mayor riqueza en Lisarda
el alma, que a verla animo.
Porque en esta pretensión
competencia no sufriera
si agora Aquiles viviera
o Alejandro Macedón.
Pero aguardemos, que viene,
y desde aquí miraré
sus ojos, donde se ve
cuanta luz el cielo tiene.
Perdonad, claras estrellas,
dorado sol, blanca luna,
que a sus dos luces ninguna
pudo igualarse con ellas.

(*Sale* FELISARDA, *reina de Grecia.*)

FELISARDA. Ya que llegó mi fortuna
donde pudo mi esperanza,
a estado en que la mudanza
no tiene fuerza ninguna,
el ciego Amor me importuna
que declare sin temor
qué rey les doy, qué señor
a mis vasallos, pues creo
que han igualado el deseo
y sospechado el amor.
Después de haber heredado
el mayor reino que en Grecia
de letras y armas se precia,
con que del mundo ha triunfado,
Grecia, que leyes le ha dado
y enseñado ilustres ciencias,
quiero que las diferencias
cesen de sus pretensores,
porque entre grandes señores
son grandes las competencias.
El Rey de Persia ha de ser
mi esposo.

LISAM. (Félix, mi muerte
escucho.)

FELISARDA. Que de esta suerte
a nadie puedo temer.
¿Quién me puede defender?
¿Quién honrar con más valor?
Hoy se ha de saber mi amor,
porque la mayor ventura
de amor es estar segura
de hablar de amor sin temor.

LISAMANTE.

(A dar descanso al alma, que se abrasa
de celos y de amor viendo el contento
con que dice la Reina que se casa,
trágico embajador salgo a su intento.)
¿No sabe vuestra alteza lo que pasa?

FELISARDA.

¿Es cosa de mi nuevo casamiento?

LISAMANTE.

Nuevas de Persia son.

FELISARDA.

¿Mi esposo viene?

LISAMANTE.

(Un engaño de Amor, qué gloria tiene.)
Al Rey de Persia cautivó en la guerra
el de Dalmacia.

FELISARDA.

¿Quién está cautivo?

LISAMANTE.

El de Persia, señora, y en su tierra
le tiene humilde y le desprecia altivo.
Así la suerte en breve tiempo encierra
un largo mal.

FELISARDA.

¿Que aquesto escucho y vivo?
¡Dadme valor, pues no ventura, Cielos!

LISAMANTE.

(No hay bien de amor como vengar los celos.)
Pésame de haber dado a vuestra alteza
tales nuevas.

FELISARDA.

La vida me han quitado.

LISAMANTE.

(Porque he visto en el sol de su belleza
triste la luz y el resplandor turbado,
y para dar lugar a su tristeza,
aunque es menor el mal acompañado,
me voy a imaginar que ser podría
que resultase de ella mi alegría.)

(Vanse LISAMANTE *y* FÉLIX, *y quede sola* FELISARDA.)

FELISARDA. ¿A quién me podré quejar
de la desdicha en que ha puesto
fortuna mis confianzas
y mis firmezas el tiempo?
¿Qué ha durado en un estado
de cuantas cosas han hecho
los Cielos si nuestras vidas
gobiernan sus movimientos?
Siempre la felicidad
fué un sol que dejó traspuesto
la noche de la desdicha,
adonde es la sombra el miedo.
Sigue a la virtud la envidia,
turba la bonanza el viento,
no hay bien mortal sin pensión
ni amor sin pagarla en celos.

Perdí mi bien; mas tengo un bien, ¡ay, Cielos!,
que no puedo tener más mal que tengo.

¡Qué presto camina el daño
a deshacer el provecho!
¡Qué poco duran las dichas!
¡Qué inciertos son los deseos!
¡Qué lejos de esta fortuna
estaban mis pensamientos!
¡Qué libre mi amor, que agora
está con mi esposo preso!
Pero el tiempo y sus mudanzas,
el cielo y sus movimientos,
la guerra con sus azares,
los hados con sus encuentros,
no me podrán impedir
que no siga mis déseos,
pues pienso buscar mi esposo
y morir si fuere muerto.

Perdí mi bien; mas tengo un bien, ¡ay, Cielos!,
que no puedo tener más mal que tengo.

Pero primero que intente
pasar el mar y primero
que dé principio a esta hazaña
de amor con tantos ejemplos,
quiero hacer llamar a Julio,
pastor que guarda en secreto
a Isbella, sobrina mía,
aunque él ignora el suceso.
Murió mi hermano mayor,
hice yo creer al reino
que era muerta, y de esta suerte
vine a heredar su heredero.
Pero ya que está cautivo
el Rey de Persia, temiendo
su muerte y que yo en mi vida
no he de tener otro dueño,
quiero traer a mi casa
su hija de Julio, haciendo,
por que tenga más cuidado,
que Isbella queda en su pueblo.
Pero aquí viene mi hermana
Flora. Amor, tened silencio,
no se entiendan mis desdichas
de mis locos pensamientos.

Perdí mi bien; mas tengo un bien, ¡ay, Cielos!,
que no puedo tener más mal que tengo.

(Sale FLORA, *hermana de la Reina.)*

FLORA. (Sabed, pensamientos míos,
que dice la voluntad
que perder la libertad
no es justo con desvaríos.

Dejad los necios antojos,
que los aciertos de amor
están en poner mejor
los cuidados que los ojos.
¿Culparéis a las estrellas?
Forzad vos la inclinación;
mas tenéis un corazón
y son infinitas ellas.
La Reina está aquí.) ¿Señora?

FELISARDA. Flora mía, ¿no has sabido
las nuevas que hoy han venido?

FLORA. Tratando estaban agora
que el de Persia está cautivo.
¿Impórtale a vuestra alteza?

FELISARDA. Con ocasión de tristeza,
Flora, de gusto me privo,
que era amigo, como sabes.
A escribirle voy.

FLORA. Harás
tu obligación, pues es más
en los estados más graves.
Y aun pienso que se decía
que los dos... Pero no quiero
decirlo.

FELISARDA. En el cielo espero
su libertad con la mía.

(*Vase la* REINA, *y* FLORA *queda.*)

FLORA. ¡Qué mal que se encubre amor!
Habla por él la inquietud,
porque es como la salud,
que sale luego al color.
El de Felisarda es tal,
que me consuela del mío;
pero no del desvarío
de amar a mi desigual.
De los sabios fué opinión
que Amor, o tierno o ingrato,
si bien le aumentaba el trato,
era todo inclinación.
Que amor se aumente entre iguales
muy cierto debe de ser;
pero su mayor poder
es igualar desiguales.
Quiero y querer no querría;
pero no puedo dejar
de querer y de forzar
la desconfianza mía.
Pintar a Amor no era justo
ciego si su daño viera,
ni desnudo, si tuviera
más interés que su gusto.
Lelio me mira y me ha dado
veneno en vaso de oro,
que la libertad que lloro
también le cuesta cuidado.
El alma se ha puesto en calma,
que viene dice el temor,
porque los pasos de amor
entran llamando en el alma.
Mas ya los ojos le ven.
Quiero escucharle escondida
para tomar atrevida
esperanza al mal o al bien.

(*Sale* LELIO, *soldado galán.*)

LELIO.

Amo en un punto más que cuantos fueron
de amor cautivos y hermosura amaron;
mis cuidados en número excedieron
los instantes del tiempo que pasaron;
mis celos a los cielos color dieron,
mis suspiros los aires abrasaron,
mis lágrimas pudieran, como aurora,
formar las perlas cuyo nácar dora.

Solamente los árboles y prados
no me deben color, porque no alcanza
esperanza a mi amor ni mis cuidados
les puede dar vestido de esperanza.
¡Ay, Dios! ¿Cómo mis pasos, engañados,
me trajeron a ver tanta mudanza?
Contados no, que Amor no cuenta sumas,
con ser sus alas de tan varias plumas.

Vine del campo a la ciudad soldado,
tal es la inclinación; dejé la sierra
y la paz del gobierno del ganado
por la inquietud de la extranjera guerra;
en blanca espada transformé el cayado.
Así el juicio de los hombres yerra,
pues más vale en quietud mansa pobreza
que, inquieta el alma, la mayor riqueza.

Entré en la corte, y, como si yo fuera
nacido en los palacios que el sol dora,
puse los ojos en la clara esfera
del puro cielo que la luna adora.
Quien tan soberbio fué, justo es que muera;
pero vida será morir por Flora.
¿Nombréla? Sí nombré. ¡Qué atrevimiento!
¡Cómo sigue la lengua al pensamiento!

FLORA. (Yo salgo y no aguardo más.
Amor manda que me atreva,
que no fuera niño Amor
como tuviera paciencia.)

¿Es Lelio?

LELIO. ¡Señora mía!

FLORA. ¿Aquí tan triste? ¿Aquí llegan
cuidados, penas, memorias?

LELIO. Memorias, cuidados, penas,
como en las almas están,
a nadie piden licencia.

FLORA. ¿De qué estás tan divertido?
¿De qué es, Lelio, la tristeza?
Dime tu bien o tu mal,
que para todo soy buena.
Hazme secretaria tuya,
fía que te favorezca
como amiga y como quien
tu gusto y tu bien desea.

LELIO. Señora, no son mis males
para dichos ni mis penas
para dichas, que desdichas
son para desdichas buenas.
Yo tengo dentro de mí
quien me manda que no tenga
atrevimiento jamás
que a mi silencio se atreva.
Contento estoy de mis males;
de que son pocos me pesa,
que, temiendo que me falten,
hago que despacio vengan.
Dichoso yo que estoy triste;
mas no daré mi tristeza
por todas las alegrías
que tiene el mundo.

FLORA. No creas
que es enigma tan escura
la de tu alma y tu lengua
que no se deje entender.

LELIO. Bien puede ser que la entiendas.

FLORA. Atreverse y no atreverse,
callar y hablar, gloria y pena,
estimar el mal y hablando
los ojos, tener suspensa
la lengua, Lelio, es amor.

LELIO. La misma te lo confiesa,
aunque por la confesión
me diese Amor penitencia.

FLORA. ¿Amas en palacio?

LELIO. Sí;
ninguna cosa te niega
quien te confiesa su amor.

FLORA. ¿A quién amas?

LELIO. Eso fuera
exceder de lo que es justo.
No da Amor tanta licencia.

FLORA. ¿Es Florida por quien mueres?
¿Es Rosimunda? ¿Es Cardenia?
¿Es Albania? ¿Es Clorinarda?
¿Silvia, Fenisa o Clavela?

LELIO. No, señora.

FLORA. ¿No? Pues ¿quién?

LELIO. En las que has dicho no aciertas.

FLORA. ¿Es Belisa?

LELIO. No es Belisa.

FLORA. ¿Es Anarda, Arminda o Celia?

LELIO. Muy lejos del blanco das.

FLORA. Yo apostaré que es Rosela.

LELIO. No lo creas.

FLORA. Pues ¿quién es?

LELIO. Oye, señora, las señas.
Primeramente en su frente
aprendió la primavera
a hacer jazmines y Amor
sus arcos en sus dos cejas.
No quiero hablarte en sus ojos,
no diga el cielo que es mengua
que tenga un sol siendo cielo
y que tenga dos la tierra;
por ser cosa tan común
esto de rosas y perlas,
dejo su boca y su risa,
aunque ella nunca me deja.
En fin...

FLORA. Deja la pintura,
que si de esta suerte fuera,
no fuera Flora.

LELIO. Ella es,
y quien me abrasa y me hiela.

FLORA. Lelio, ya un poco más grave
pensando estoy la respuesta.

LELIO. Pues no pienses si en mi daño
esos pensamientos piensas,
y pues ya sabes los míos,
te suplico que te duelas
de mí, por que tu crueldad
no se iguale a tu belleza.
Yo te adoro, hermosa Flora;
ten lástima de que sea
corta mi vida, que ya...

FLORA. No más, que quiero que entiendas
que el ganarme por la mano
no fué de Amor excelencia,
sino el ocuparme a mí
honestidad y vergüenza;
y para que no me salgan
al rostro las que ella engendra,
vete y volverás mañana

para que te hable y vea
con más lugar. (Mucho he dicho.)

LELIO. ¿Cómo, señora, pudieras
darme de otra suerte vida?

FLORA. Vete, y mira que agradezcas
esta determinación.

LELIO. Yo te aseguro que creas
de mi limpio corazón,
de mi voluntad honesta,
que sé amarte como es justo,
ya que no como merezcas.

(*Vase* LELIO.)

FLORA.

Salieron a campaña en desafío
Temor y Amor. Iba el Temor armado
de un peto fuerte, en su rigor templado,
y la cobarde espada en hielo frío.
Amor, siempre valiente, con más brío
de armas de fuego y de valor cercado,
la venda se quitó determinado,
y luego vi en sus ojos que era mío.
Venció al Temor y declaró su daño,
volviendo vencedor, y a mi memoria
corrió los velos de su ciego engaño.
Cantaron mis sentidos la vitoria.
"¡Vitoria!", dijo Amor, y el desengaño
trocó mi mal en bien, mi pena en gloria.

(*Váyase, y éntre* ISBELLA, *pastora.*)

ISBELLA.

Verdes prados floridos.
estrados del aurora,
donde el sol la visita cada día,
tapetes guarnecidos
de la labor de Flora,
que el céfiro de Amor engendra y cría;
fuente que en nieve fría
desatada corriendo
con víboras de plata,
que en arroyo dilata,
parece que la hierba estás mordiendo,
¿adónde está mi Ergasto?
¿Si habrá llevado su ganado al pasto?

(*Sale* ERGASTO, *pastor, por otra parte sin verla.*)

ERGASTO.

Fresca alameda umbrosa,
tranquilidad amena
para la paz del alma que os habita,
adonde en pura rosa
nace el alba serena
y los rayos de Febo solicita;
aquí donde marchita
jamás la hierba cesa,
nació con mi esperanza
la posesión que alcanza
un firme amor que honestidad profesa.
Mas ¿dónde está mi Isbella,
que el sol no sale por venir con ella?

ISBELLA.

Decidme, hermosas fuentes,
¿adónde vive agora,
así las ninfas de estos bosques bellos
honren vuestras corrientes,
haciéndola sonora
risa del agua, espejo a sus cabellos,
y los nevados cuellos
de estas sierras heladas
con aljófar eterno,
que no prenda el invierno,
os tengan para siempre dilatadas,
que cuando no le veo
hace mis ojos fuentes el deseo?

ERGASTO.

Selvas, de amor estancia,
si a su frente y mejillas
debéis las manutisas y jazmines
que con tanta fragancia
hacen estas orillas
borladas orlas, matizados fines;
si en la nieve y carmines
de su boca süave
halla estampa la rosa
y la azucena hermosa,
¿dónde está su rostro honesto y grave,
que cuando no la veo
arde mi corazón en mi deseo?

ISBELLA.

Aquí, si no me engaño,
ya se alegran las fuentes,
y líquido su hielo sonoroso,
por aliviar el daño
de mis ojos ausentes
me pide albricias de mi bien dichoso

ERGASTO.

Aquí, donde en reposo
dulce estaban las aves
porque el sol se extendía
en la mitad del día,
con picos amorosos y süaves,

parece que en su canto
me dicen que mi bien templó mi llanto.

ISBELLA.

¡Ergasto mío!

ERGASTO.

¡Isbella,
luz de estos ojos tuyos!

ISBELLA.

No en vano el agua y las hermosas flores
de esta ribera bella
por las márgenes suyos
casaban el cristal y las colores.

ERGASTO.

Ni en vano los amores
alternaban las aves
en doblada armonía
y el valle respondía
ya en ecos dulces, ya en acentos graves,
porque con verte crece
cuanto es amor y cuanto amor parece.

ISBELLA.

¿Cómo, Ergasto querido,
has pasado mi ausencia?
Dime si alguna vez te has acordado
de mí.

ERGASTO.

Sólo una ha sido,
que desde tu presencia
hasta volver a verte me ha durado.
Mas tú, ¿cómo has pasado
sin mí los largos años
de aquesta noche triste?

ISBELLA.

Con el luto que viste
los altos montes de funestos paños
hasta que vuelve el día
a coronar los montes de alegría.

ERGASTO.

No de otra suerte, Isbella,
hermoso dueño mío,
que el pajarillo en corto nido espera,
que el alba clara y bella
esmalte de rocío
el valle, el monte, el prado y la ribera,
y cuando en roja esfera
muestra su rostro Apolo
cercado de arreboles
se alegra, así tus soles
espera Ergasto en su cabaña solo,
que no hay, Isbella mía,
vida sin verte y sin tus ojos día.

ISBELLA.

¿Trocaras el estado
en que el amor te ha puesto
por la grandeza de las cortes?

ERGASTO.

Mira,
Isbella, que agraviado
se queja Amor, que has puesto
en su verdad sospechas de mentira.
La grandeza que admira
en palacios de reyes
con razón a los hombres,
que apenas hallan nombres
para ceñir su majestad con leyes,
me fuera más extraña
que el nevado dosel de la montaña.

ISBELLA.

Y a mí sin ti me fuera
su edificio famoso
con la romana o griega arquitectura,
más corto que en la cera
el nido artificioso
del ave que fabrica la miel pura;
pero yo estoy segura
de que jamás me vèa
aunque posible fuese.

ERGASTO.

Ni yo que permitiese
trocar las pajas de mi pobre aldea
a sus dorados techos,
de envidia, más que de oro y jaspes, hechos.

(*Sale* JULIO, *pastor viejo.*)

JULIO. Alegre de hallarte aquí,
aunque triste de perderte,
porque pienso que la muerte
se me ha de atrever sin ti,
vengo a decirte...

ERGASTO. (¡Ay de mí!)

JULIO. Que la Reina, mi señora,
me envía a decir agora
que te lleve a su palacio,
no dándole más espacio
a quien te pierde y te adora.

ISBELLA. ¿La Reina a mí, padre mío?

ERGASTO. (¿Qué es esto que oyendo estoy?)

JULIO. Lo que me ha dado le doy,
sus propias prendas le envío.
No es esta cabaña y río
digna de ti, que, en efeto,
te he criado con secreto.
Tú tienes sangre real.

ERGASTO. (Corazón, en tanto mal,
necio sois si sois discreto.)
Pues, Julio, ¿Isbella tenía
sangre real?

JULIO. Si no basto
por testigo, amigo Ergasto,
la Reina por ella envía.

ERGASTO. ¿Qué aguardáis, desdicha mía?
Llora, Julio; Isbella, llora.
De mármol seréis agora
si con vida me dejáis.
Llorad por que amanezcáis
en otro polo mi aurora.

ISBELLA. ¡Ay, Ergasto, quién pudiera
decirte su pensamiento!

ERGASTO. ¿Para qué, si mi tormento
basta hacer que el alma muera?
Que, aunque inmortal, esta fiera
pena es bastante en mi mal
para matar lo inmortal.

ISBELLA. Mira que Julio te advierte.

ERGASTO. ¿Qué importa, si ya mi muerte
viene en tu sangre real?
Tú eres señora. ¡Ay de mí!
¡Qué bien de tus pensamientos
temí tus merecimientos
y tus grandezas temí!
¡Ay, quién dijera de mí
otra cosa semejante
para igualarte importante!
Pero ¿cómo te igualara
aunque el Cielo me criara,
como fuí amante, diamante?

ISBELLA. Contenta, Ergasto, vivía
con ser humilde pastora.
La imaginación señora
sabes tú que aborrecía.
En ti reinaba y vivía.
Eras mi rey (1) y mi bien,
y aunque fueras sol también
sólo en tu esfera viviera,
que no hay fuera de tu esfera
centro que a mis ojos den.

ERGASTO. Tú me mataste.

(1) En el texto dice, por errata, "reina".

ISBELLA. Yo estoy
más muerta.

ERGASTO. ¿Qué haré sin ti?

ISBELLA. Yo, triste, sin ti y sin mí,
¿dónde me quedo y me voy?

ERGASTO. Si tú eres el ser que soy,
¿qué seré, Isbella, en tu ausencia?

ISBELLA. Si me falta tu presencia,
¿con qué vida viviré?

ERGASTO. Cielos, ¿adónde tendré,
sin esperanza, paciencia?

(JULIO *diga aparte:)*

JULIO. (Aunque la Reina me envía
por mi hija con secreto,
yo, que entiendo su conceto,
no le daré sangre mía.
Diré, pues de mí se fía,
que es mi hija, aunque es Isbella.
Goce su bien, pues en ella
está tan bien empleado,
porque aun el cielo dorado
la preciara por estrella.)
Hija, venid, que no puedo
detenerme.

ISBELLA. Ergasto, adiós.

JULIO. (¡Oh, cuánto sienten los dos!)

ERGASTO. Yo me parto.

ISBELLA. Yo me quedo.

ERGASTO. Ya tengo miedo del miedo
que tu olvido me ha de dar.

ISBELLA. Yo, de que me has de olvidar.

ERGASTO. Sombra de tu sol seré.

ISBELLA. Yo voy a morir.

ERGASTO. Yo iré
a ver quién me ha de matar.

(Vanse, y salen FLORA *y* LELIO.)

FLORA. A tal piedad me has movido,
Lelio, con tan grande amor,
que de mi desdén y honor
piensa el valor que me olvido.
No sé qué tengo de hacer.

LELIO. Ni yo cómo he de sufrir
tan importuno vivir
y tan dulce padecer.

(El REY DE BOHEMIA *entra, escuchando lo que dicen.)*

REY. (Oyendo voy dos amantes
que tan bien se corresponden,
que a sus amores responden
las piedras y los diamantes.

Diferente pensamiento
me trujo a Grecia.)

LELIO. Señora,
si de un alma que te adora
te enternece el sentimiento,
¿qué piensas hacer de mí?

FLORA. Lelio, el no saber quién eres,
aunque, amando, las mujeres,
y yo soy ejemplo aquí,
no suelen considerar
algunas veces su error,
no deja en mi loco amor
a mi esperanza lugar.

LELIO. Quiero hacerte un argumento:
quien ama ¿no es lo que ama?

FLORA. Sin duda, su ser se llama;
su transformación consiento.

LELIO. Luego yo lo que eres soy,
y ese valor que está en ti
es el mismo que hay en mí.

FLORA. Ya tan de tu parte estoy,
que me doy como vencida
de amor de ese tu argumento,
y que soy tu igual consiento,
tan igualmente querida.
Demás que no puede ser
que no seas lo que soy,
pues en ti mirando estoy
cuanto ser puedo tener;
es la presencia un cristal
por donde se ve el valor.

REY. (¡Qué de cosas halla Amor,
sofístico natural,
para abonar sus engaños!)

LELIO. En fin, ¿en qué te resuelves
si con tiernos ojos vuelves,
Flora, a contemplar mis daños?

FLORA. ¡Ay, Lelio, que anda mi amor
por vencer mi honor por ti!

LELIO. Ya sabes tú que hay en mí
mil defensas a tu honor:
respeto y honestidad,
fe, lealtad, verdad, firmeza,
defienden la fortaleza
de honor a la voluntad.
Si quieres venir conmigo
palabra le doy al Cielo
de conservar este celo
honesto siempre contigo.
Caballos tomar podremos
y ir donde yo era pastor,
más de cuidados de amor,
de quien los dos lo seremos,
que no de humildes ovejas.

FLORA. Ve por ellos, que ya estoy
determinada.

LELIO. Yo voy.

FLORA. (¡Oh, Amor, qué mal me aconsejas!)
Mira, advierte...

LELIO. ¿Qué me quieres?

FLORA. (Pero ¿qué importa el valor
cuando toman en su error
resolución las mujeres?)
Vete, Lelio.

LELIO. Voy, señora.

FLORA. No vayas.

LELIO. ¿Qué dices?

FLORA. Digo
que sólo el morir contigo
puede ser mi vida agora.
Parte presto.

LELIO. Yo seré
Mercurio en alas y pasos
y los caballos Pegasos.

REY. (Esos primero traeré.
Voy a ganar por la mano,
y, robando a Flora bella,
irme a mi reino con ella.)

(*Váyanse el* REY *y* LELIO; FLORA *quede.*)

FLORA. Niño Amor, dios soberano,
flechador ciego, que aciertas
sin vista donde la pones,
por más que los corazones
tengan diamantes por puertas,
¿en qué te pudo ofender
mi libertad? ¿Era yo
Dafne, la que despreció
la fuerza de tu poder?
¿Alabéme como Apolo
de los tiros de Fitón,
que en mi esquivo corazón
tu poder mostraste sólo?
Pero ¿por qué me lamento
de tus tiros, dulce Amor,
siendo alegre tu dolor
y dulce tu sentimiento?
No quiero sin Lelio vida.
Ya es mi dueño, ya es mi esposo.

(*Sale la* REINA FELISARDA.)

FELISARDA. El prevenir es forzoso
esta amorosa partida.
Al Rey tengo de buscar.
Tardan Julio y mi sobrina.

FLORA. (¡La Reina!)
FELISARDA. (Si Amor me inclina,
¿cómo le puedo forzar?
Estarán los elementos
en paz, bordarán estrellas
el suelo y las flores de ellas
los celestes pavimentos
antes que deje de amar
al Rey.) Flora, ¿aquí estás sola?
FLORA. Miro entre una y otra ola
tu nave en tan alta mar.
Cercada estás de disgustos
y de cuidados.
FELISARDA. No sé
cómo vivo.
FLORA. Por la fe
de que han de trocarse en gustos.
FELISARDA. ¡Ay, Flora, tarde será!
FLORA. Mejor lo disponga el Cielo.
(Ya la noche el negro velo
de plata bordando está;
ya se ven los ojos bellos
con que es celestial pavón;
ya me llama la ocasión,
ya me muestra los cabellos,
ya Lelio me aguardará.)
¿Qué me manda vuestra alteza?
FELISARDA. Que consueles mi tristeza.
FLORA. ¿Cómo, si en el alma está?
FELISARDA. Ve, Flora, y harás venir
quien cante.
FLORA. A servirte voy.
(Y voy a ser de quien soy
para morir o vivir.)

(FLORA *se vaya, y* FELISARDA *quede.*)

FELISARDA.

Prendieron a mi dulce pensamiento
en la guerra de amor, y preso vive,
de donde el alma a la memoria escribe;
la memoria que el bien me representa
me da con el placer tantos enojos,
que en fuentes vuelve mis ausentes ojos.
Acuérdase del tiempo en que tenía
la posesión del bien con la esperanza;
mas no hay cosa segura de mudanza.
Vuelve los ojos, dulce preso mío,
a un alma presa tuya y tus despojos,
porque mi libertad está en tus ojos.
No tendré vida hasta que verte pueda;
que es, sin verte, la vida tan cansada,
que parece una muerte dilatada.

(*Sale un* SOLDADO.)

SOLDADO. ¿Sabe acaso vuestra alteza
la causa de este ruido
y alteración de palacio?
FELISARDA. No sé, Fabio, lo que ha sido.
SOLDADO. Es que se han llevado a Flora.
FELISARDA. ¿A mi hermana?
SOLDADO. No se ha visto
retrato del falso huésped
que de Troya a Grecia vino,
como el que cuentan de un hombre,
ni visto ni conocido,
que en dos caballos la lleva
a la playa del mar.
FELISARDA. Miro
quién puede ser entre algunos
que la han amado y servido,
y resuélvome en que es Lelio.

(*Sale* LELIO.)

LELIO. (Ten esos caballos, Silvio,
a punto para el instante
en que yo te diere aviso.)
SOLDADO. Lelio ¿cómo puede ser?
Ves aquí a Lelio.
FELISARDA. ¿Has sabido
como se han llevado a Flora?
LELIO. ¿A quién?
FELISARDA. Aquí un hombre vino,
nueva imitación de Paris,
verdad de aquel hurto escrito,
y se la ha llevado al mar.
Yo voy a hacer que Lucindo
ponga [a] punto mis galeras
y en [el] salado distrito
corra postas por el agua.

(*Váyase la* REINA.)

LELIO. Cielos, ¿qué es esto que he oído?
¿Flora robada de un hombre
cuando concierta conmigo
que la tengo de llevar?
¿Si me engañan los oídos?
Los oídos puede ser,
porque son falsos testigos
mil veces; pero los ojos
pocas mentiras han dicho.
¡Muerto soy! Todo el palacio
se altera. ¿Quién habrá sido
el dios del escuro reino
que de la noche previno

el carro en que son caballos
hurto, sueño, error y olvido?
¡Oh, tú, nueva Proserpina,
si vas forzada, maldigo
mi estrella; si no, tu amor
falso, engañoso y fingido!
¡Oh, quién fuera Polifemo
y, arrojando inmensos riscos
de este monte, al mar turbara
y levantara el navío
sobre montañas de espumas
hasta los dorados signos,
que en la pretina del sol
son diamantes y zafiros!
Sola una luz en la frente
tuvo Polifemo altivo;
ésa Ulises le cegó
con aquel tostado pino.
Dos ojos a mí me ciegas,
con mayor razón le imito.
Pero ¿por qué me detengo
y mi amado sol no sigo
que, sepultado en el mar,
se va a los desiertos indios?
Allá voy. Dadme, Neptuno,
en ese campo de vidro
el sepulcro de Faetón,
pues me sucede lo mismo.

ACTO SEGUNDO (1)

(*Salen el* REY *y* FLORA, *y desembarcando de una nave.*)

REY. Suspende a tus luces bellas
el llanto que ha honrado el suelo,
que harás que se turbe el cielo
si se eclipsan sus estrellas.
Mira que al Amor en vano
podemos culpar los dos,
que, como en el cielo es dios,
es en la tierra tirano.
El ha sido, Flora hermosa,
causa de haberte robado.
Ya que a mi reino has llegado,
ya que a mi tierra dichosa,
ya que el mar soberbio y grave
humilde se nos mostró
(mas no era mucho si yo
llevaba (1) al sol en mi nave),
no enturbies con tus enojos,
Flora, mi buena fortuna,
pues ya no temo ninguna
fuera del mar de tus ojos.
Deja un rato de llorar,
sereno tu cielo esté,
porque si lloras, diré
que no he salido del mar.

FLORA. Deja que a la muerte pida
consuelo en tanto dolor,
no me consuele el mayor
enemigo de mi vida.
Porque ya de tus engaños
tarde me quejo a los Cielos;
me enojan más tus consuelos
que me fatigan mis daños.
No te canses en buscar
remedio, Rey, sin provecho;
que quien tanto mal me ha hecho
ninguno me puede dar.
Si el mar no te ha castigado
fué por estar juntamente
la vida del inocente
y la causa del culpado.
Mas ya que estás en la tierra
fía de su gran poder,
tirano, que te ha de hacer
con otro elemento guerra.
Sus rayos te harán despojos
de su furor.

REY. Con mal celo
le pides rayos al cielo
teniéndolos en tus ojos.
Dioses son, y son airados;
robar su cielo intenté,
y en la pena imitaré
los gigantes fulminados.
Cuentan que el gran Prometeo
hurtó la celeste llama;
dióle el castigo más fama,
tal la tendrá mi deseo.
Robé tu luz, ¿qué he de hacer
sino sufrir que me abrase
mientras que tu enojo pase?
Y el sátiro vendré a ser
que, enamorado del fuego,
fué abrazarle y se (2) abrasó.

(1) La impresión de 1622 añade: "de la Filisarda".

(1) En el texto, "llevo"; pero el verso es corto.
(2) En el texto, "le", que hace obscuro el sentido.

(*Un* CRIADO.)

CRIADO. Tu hermana, señor, llegó.
FLORA. (¡Yo, triste, a la muerte llego!)
CRIADO. Con ella mi hermano (1) viene
a recebirte.
FLORA. (¡Ay de mí!
¿Cómo he de vivir aquí
si Lelio el alma me tiene?)

(*Sale la* INFANTA ARMINDA *y* ARIODANTE.)

ARMINDA. ¿Que desembarcó mi hermano?
ARIOD. Ya, señora, está presente,
que el mar su grandeza siente
y se le ha mostrado humano.
ARMINDA. No tengo qué desear
ya que en mis brazos os veo.
REY. A lo menos mi deseo
no tiene adonde pasar.
ARMINDA. Seáis, señor, bien venido.
¿Quién es esta bella dama?
REY. Pues no os ha dicho la fama
la ventura que he tenido,
agora sabréis quién es.
ARMINDA. ¿Por qué, señora, no habláis
cuando el reino a que llegáis
os viene a besar los pies?
FLORA. Causas tengo, y vuestra alteza,
con su mucha cortesía,
me las diera de alegría
a no ser tal mi tristeza.
Y así, le pido perdón
del gusto que me ha faltado,
porque la lengua ha ocupado
la pena del corazón.
ARMINDA. Hermano, ¿pues de esta suerte
tal belleza traes aquí?
REY. Oye mi ventura.
ARMINDA. Di.
FLORA. Y mi desventura.
REY. Advierte.
La fama de Felisarda,
hermosa reina de Grecia,
que por muerte de su hermano
en la mayor parte reina;
famosa como Alejandro,
por su singular belleza,
como él por armas, a quien
dicen que el mundo respeta,
disfrazado me llevó,
Arminda, desde Bohemia
a ver si era fabulosa,
que las leguas y las lenguas
dicen que por las distancias
todas las cosas aumentan.
Llegué a su reino y entré
en su corte, que era en Tebas,
ciudad que en la antigüedad
dicen que tuvo cien puertas
Estaba una escura noche
adonde pocas estrellas
eran diamantes confusos
del manto de sus tinieblas,
en el terrero mirando
por los marcos de unas rejas
lo que pasaba en las cuadras,
dándome su luz licencia,
cuando escucho que un galán
enamorado requiebra
a la bellísima Flora,
que es hermana de la Reina.
Su hermosura visto había,
y escuchando que conciertan
irse aquella misma noche,
envidia y celos me enseñan
a venir con dos caballos
al puesto donde me espera,
y, pensando que es su amante,
toda en mis brazos se entrega.
Llévola al mar, cuya playa
estaba entonces desierta,
hago la seña a la nave
y acércase por la seña.
Cuando entramos en la barca,
Arminda, para ir en ella,
conoció Flora su engaño
y preguntóme quién era.
Quíseme fingir criado
de su dueño, no aprovecha
hizo sus ojos dos fuentes
y dos nácares de perlas.
Llega a la nave la barca
y, en abordando con ella,
sube a su pesar la escala
sin asir jarcia ni cuerda,
con ánimo de caer
en la alta mar, que, soberbia,
no teme sirenas ya,
que en su hermosura las lleva
Baja a la dorada popa;
pero ni el llamarme alteza,
ni el entender que soy Rey

---

(1) En el texto, "mi hermana", por errata.

la alegra ni la consuela.
Yo, con el carro del sol,
que ya con nave ligera
parto, Faetón de las aguas,
pues llevaba al sol por ellas.
Más alegres los pilotos
que con el robo de Elena,
llaman al viento por popa
izando las altas velas.
Con él habemos venido,
y yo haciendo a su tristeza
las fiestas que puede el mar,
competidor de la tierra.

ARMINDA. De tu relación, hermano,
con gran contento estuviera
si Flora alegre viniera.

FLORA. Será, bella Arminda, en vano
solicitar mi alegría
ni yo a tenella esforzarme,
y aunque me impidáis matarme
bastará la pena mía.
Ella servirá de acero
y de veneno en que acabe
mi vida, que en mal tan grave
más muero en ver que no muero.
Piadosamente, señora,
juzgaréis de mi dolor,
no porque llore mi honor
lo que mi desdicha llora,
mas por ver tanta mudanza
y en un Rey tal sinrazón,
y porque en la posesión
vine a perder la esperanza.

ARMINDA. No quiero daros consuelo
si os ha de aumentar el mal.

FLORA. ¿Dónde habrá consuelo igual
para tanto desconsuelo?

ARMINDA. Venid y descansaréis,
que esto no podéis negarme.

FLORA. Si mejor fuera matarme,
sábelo Amor, vos lo veis.

(*Váyanse las dos.*)

REY. Haz, Ariodante, que luego,
por su venida dichosa,
aquesta ciudad famosa
parezca Troya en el fuego.
Sobre sus almenas bellas
tantas luces haz poner,
que venga el cielo a creer
que ha llovido sus estrellas;
y que fuí de Europa el toro
digan fuertes y inquietas
las sonorosas trompetas
rompiendo el bronce sonoro;
que mañana con la aurora
ordenarán mis deseos
saraos, justas y torneos
con que se alegre mi Flora.

(*Váyase el* REY.)

ARIODANTE.

Fiestas hiciera justamente el pecho
como la hermosa Flora fuera mía,
que haber venido por mi mal sospecho.
Amaba a Arminda, a Arminda pretendía;
mas a los rayos de su sol deshecho,
que al de la cuarta esfera desafía,
mi antiguo amor consagro a su belleza
la nueva fe de mi inmortal firmeza.
A las cándidas aras celestiales
de su hermosura en víctima me ofrezco
con intentos y partes desiguales,
si bien de sus desdichas me entristezco.
Perdona, Arminda, si del alma sales;
que si de Flora algún favor merezco,
el exceso y valor de su hermosura
hará que no se tenga por locura.
Si te quejares, yo también me quejo;
pero pienso que son justos agravios;
que si de sabios es mudar consejo,
mudar amor también será de sabios.
Ya son sus ojos de mi luz espejo,
ya en los claveles de sus rojos labios
tiene Amor la sentencia definida
de mi muerte, aunque en ella todo es vida.

(*Sale* FLORA.)

FLORA. Si en desdichas tan extrañas
no quiere el piadoso Cielo
moverse a darme consuelo,
vida, ¿por qué me acompañas?
Amor, ¿para qué me engañas,
si la esperanza perdida
quieres que no se despida?
¡Oh!, ¿quién habrá que concierte
esta vida, toda muerte,
y esta muerte, toda vida?
Lelio, cuando yo pensé
dar fin a tantos enojos,
perdí la luz de tus ojos
y en noche escura quedé.
A otro cielo el sol se fué,
no amaneció más en mí

ni sólo tu bien perdí
porque vine a tanto mal,
que es al bien perdido igual
y el mayor mal para mí.

ARIOD. Bien conozco de tus quejas,
hermosa Flora, tu engaño,
y me lastima tu daño,
nacido del bien que dejas;
pero si el caso aconsejas
con tu claro entendimiento,
templarás el pensamiento
pensando que la fortuna
adonde es más importuna
se muda a mayor contento.
No estás entre los feroces
indios y fieros caribes,
ni entre lotófagos vives;
con los huéspedes atroces
blandura y piedad conoces,
cortesía y policía.
Tu pensamiento desvía
de pensar en el engaño;
busca remedio a su daño.

FLORA. Ya sé que es la muerte mía.
Mas ¿quién eres tú que aquí
no quieres que el mal me espante?

ARIOD. Soy el príncipe Ariodante,
y quien, desde que te vi,
el alma a esos ojos di
como víctima y despojos.
Y por eso sus enojos
me causan tanto pesar,
pues la matas con llorar
después que vive en tus ojos.

FLORA. Quien piensa que no hay más mal
que el mismo mal que padece,
engáñase, pues se ofrece
a otro mayor, si no igual.
Pensé que estaba mortal,
y con nuevas muertes veo
que por instantes peleo;
mas bien sé que he de vivir
no más de porque morir
para no morir deseo.
¿Qué lealtad te ha parecido,
Ariodante, para el Rey,
o qué amistad en la ley
de amigo, o cierto o fingido,
decirme tan atrevido
tu violento pensamiento?

ARIOD. Eso mismo y ser violento;
pero si mi fe perjura
te ofende, di a tu hermosura
que de ella lo mismo siento.
Disculpo al Rey que a robarte
se dispuso en Grecia, Flora,
para disculparme agora
de amarte y de desearte.
Desearte para amarte
con debida honestidad
no se llama deslealtad
ni al Cielo, ni al Rey, ni a ti,
que era agravio en ti y en mí
verte y tener libertad.
Ni juzgues atrevimiento
este amor, que no es locura,
pues respeta tu hermosura
quien siente lo que yo siento.
No quiero a tu pensamiento
dar agora más enojos;
que aunque a fáciles antojos
juzgues mi nuevo deseo,
la culpa en mis ojos veo
y la disculpa en tus ojos.

(*Váyase* ARIODANTE.)

FLORA. Aquí no hay más que aguardar
a mi suerte rigurosa;
ya en el mar de mis desdichas
por puntos crecen las olas.
¿No me bastaba que el Rey
me trajese donde agora
estoy, sujeta a su fuerza
atrevida y poderosa,
sino que este falso amigo
intente con furia loca
robar a quien me ha robado
lo que ya sus prendas nombra?
Grandes males voy temiendo;
justamente me provocan
a procurarme la muerte;
mucho la vida me enoja.
¡Ay, Lelio mío, primero
que otra ninguna persona,
aunque del laurel del mundo
ciña su frente dichosa,
merezca aquel pensamiento
que atormenta mi memoria,
las altas ruedas del cielo
caerán deshechas y rotas,
en el camino del sol
nacerán flores y rosas
y los planetas y estrellas
en las marítimas ondas.

Tú solo fuiste mi dueño,
yo soy en amarte sola.

(*Sale el* Rey, *escuchando.*)

Rey. (Parece que a mi palacio
traje una albana leona.
Todo es bramidos y voces.
Pero, en fin, todas las cosas
están sujetas al tiempo:
sierpes vence, tigres doma.
Gloriosos vivir solían
los altos muros de Troya;
ya están cubiertas de hiedra
sus doce puertas famosas.
Llamóse por muchos siglos
cabeza del mundo Roma,
después la pisaron plantas
bárbaras, scitas y godas.
Tiempo, que todo lo mudas,
corre aprisa, toma postas,
ablanda el mármol de quien
tiene las entrañas Flora.)

Flora. ¿Qué aguardo que no doy fin
a mis ansias y congojas?
Lucrecia tuvo cuchillo,
Ero torre y brasas Porcia,
yo esta daga.

Rey. (¿Qué es aquesto?
¿Qué, desesperada y loca,
intenta Flora?)

Flora. En tus filos
se está mirando la gloria
que ha de darme casta fama,
y, pues se ve tan hermosa,
ánimo, valor.

Rey. Detente.

Flora. ¿Qué deidad ya no piadosa
me detiene el brazo?

Rey. Yo
soy piedad, no deidad.

Flora. Corta
con la daga que me quitas,
Rey, pues que piedad te nombras,
esta garganta, que ya
las exequias amorosas
celebraba, como cisne,
de su vida y de su historia.
¿Por qué te llamas piedad
si no me matas y estorbas
que yo me mate?

Rey. ¿No adviertes
que aunque en ti los filos pongas
me quitas la vida a mí,
y que con tu sangre borras
mi nombre, valor y hazañas,
celebrado en toda Europa?
Vuelve, Flora hermosa, en ti,
no ganes fama a mi costa;
sosiega ese pensamiento
tirano que te alborota;
da lugar a la desdicha,
pues es cordura notoria
no hacerles fuerza a los hados,
que, resistidos, se enojan.

Flora. ¿Tú me consuelas a mí?
¿Tú, que con tanta deshonra
fuiste traidor a ti mismo?

Rey. Desesperada te arrojas,
como a la muerte que emprendes,
a las palabras furiosas.
¿Soy el primero del mundo
que una mujer hurta y roba?
Mira todas las Sabinas
en los principios de Roma;
mira a Jasón y a Medea,
la famosa encantadora;
mira a Teseo y a Fedra;
mira a Júpiter y a Europa.
A la dulce Filomena,
que agora en las selvas llora,
pregunta si la robó
Tereo.

Flora. Si a ti te importan
esos ejemplos, a mí,
Rey, las virtudes heroicas
de Scipión y Alejandro,
que a mujeres tan hermosas
dejaron libres, haciendo
más gloriosas sus coronas.
Mira a César en Egipto
volviendo el rostro a la hermosa
Cleopatra, que la hermosura
es de los ojos ponzoña.
Estos son claros varones,
dignos de laurel que adorna
sus sienes, que de sí mismo
es, Rey, la mayor vitoria.

Rey. Pues permite regalarte,
no me quieras ni antepongas
a tu ausente mi presencia,
sea tu fe firme roca;
por lo menos mis jardines,
de la primavera alfombras,

mis fiestas en tu servicio,
no las desprecies.

FLORA. No rompas
el estilo a mis tristezas
que a más dolor me ocasionas;
las fiestas crecen las penas.
Déjame, señor, a solas,
que a quien espera la muerte
hasta la vida le sobra.

(*Váyase* FLORA.)

REY. Fuése. Bien será seguirla
y procurar que interponga
Arminda su autoridad,
pues mi amor no la reporta.
Que aunque agora sus palabras
se resistan a mis obras,
yo sé que al fin mi esperanza
ha de salir vitoriosa.

(*Sale* ARMINDA.)

ARMINDA. No es posible consolar
a Flora de este suceso.

REY. Arminda, el llanto es exceso
si no puede remediar
la causa por que se llora.

ARMINDA. No habrá consuelo en la tierra
para la pena que encierra
el triste pecho de Flora.
Ve, Celio, y dile, aunque sea
engaño, que ya pretendes
volverla a Grecia.

REY. ¿No entiendes
que aun engaños no desea
este mi abrasado amor?

ARMINDA. Pues ¿es hecho generoso
ser tirano riguroso
de su vida y de su honor?

REY. Propuesto que la robé,
¿qué intento más que servilla,
adoralla y recibilla?
Deja que mi honesto amor
tenga esta esperanza, Arminda,
que en tanto que no se rinda
sabré respetar su honor.

ARMINDA. No parece justa ley
de un noble con tal violencia
engañar su resistencia.

REY. Amor es de reyes Rey,
y admirado estoy de ti
que tan de su parte estés.

ARMINDA. Es mujer.

REY. Y ¿tú no ves
que la venceré?

ARMINDA. ¿Tú?

REY. Sí.

ARMINDA. Mal conoces su firmeza.

REY. Y tú, Arminda, su inconstancia,
porque casi no hay distancia
de su amor a su aspereza.

(*Váyase el* REY.)

ARMINDA. No era sin causa el deseo
de que se ausentase Flora,
pues en Ariodante agora
tan nueva mudanza veo.
Ya tiene tantos desvelos
por su esperanza y favor,
que he conocido su amor
y él ha entendido mis celos.
Alábense de firmeza
los hombres con este ejemplo,
donde abatida contemplo
a vuestros pies su nobleza.
Hombres, la misma mudanza;
hombres, los mismos antojos,
pues no ven cosa sus ojos
sin dar parte a su esperanza.
¡Plegá al Cielo, ingrato mío,
que te trate de tal suerte
que sea causa de tu muerte
lo que en su firmeza fío!
Que el ausente que desea,
ausente le ha de querer,
porque basta ser mujer
para que constante sea.
No se alabe ningún hombre
si no es de ser variable,
porque para ser mudable
basta solamente el nombre.

(*Vase, y salen la* REINA FELISARDA, ERGASTO *y* ISBELLA.)

FELISARDA. (Después de su gran belleza
tiene un ingenio apacible;
pero parece imposible
mudar su naturaleza.
Es hija de Julio, en fin.)

ISBELLA. (¡Ay, Ergasto, quién se hallara
junto aquella fuente clara!

ERGASTO. ¡Ay! Si a la rosa y jazmín
de tu rostro fuera espejo,
como solía, señora,
con envidia de la aurora.)

FELISARDA. (Que estén hablando los dejo,
porque es, en efeto, (1) Isbella
labradora como él.)

ERGASTO. (Si la fortuna cruel,
Isbella mil veces bella,
me hiciera príncipe agora
como a ti, para tormento
de mi dulce pensamiento,
te hizo tan grande señora,
fuera nuestra suerte igual.
Mas ¿dónde va mi deseo
si en tantas telas te veo
y a mí en tan rudo sayal?
¿Qué intenta mi loco amor
de imposible tan extraño
si no es aumentar mi daño
y dilatar mi dolor?

ISBELLA. Ergasto, aunque esta mudanza
llega al exterior vestido,
ni en el amor causa olvido
ni al alma interior alcanza.
Estás retratado en ella
de suerte, que la fortuna
jamás con fuerza ninguna
te podrá borrar de Isbella.)

FELISARDA. (Ya que a Isbella truje aquí
que es mi sobrina fingiendo,
será bien ir previniendo
buscar el bien que perdí.
Que cuanto más el ausencia
su hermosa vista dilata,
tanto más amor me mata.)

(Sale ALBANIA, *hija de* JULIO, *en hábito de pastor.)*

ALBANIA. Dejadme entrar sin licencia
que el hábito me asegura,
pues veis que sin armas voy;
no soldado, pastor soy.—
A tu divina hermosura,
Reina de Grecia, se humilla
un zagalejo, criado
de Julio, Julio, finado
de ayer en la nuesa villa.

FELISARDA. ¿Julio es muerto?

ALBANIA. Pues ¿no es
común a naturaleza?

FELISARDA. No hay en la vida firmeza.

ALBANIA. Todo lo pone a sus pies
esta de la mala cara.
A la fe, muerto se ha;
mas muerto se lo tendrá
si todo en la muerte para.
Estas cartas escribió
encorporado en la cama;
en cerrándolas me llama
y mil abrazos me dió,
diciéndome que las diese,
señora, a su señoría,
que diz que le convenía
que su merced las leyese.

FELISARDA. ¡Válgame Júpiter santo!
¿Qué me escribirá muriendo?
Confusa estoy, no lo entiendo.

ALBANIA. A la fe, de vos me espanto.
Podéis quitar la trabilla
con que se cierra el papel
¿y preguntáis que hay en él?

ISBELLA. (¡Oh, cuánto me maravilla
lo que este pastor parece
a Albania, mi hermana!

ERGASTO. En todo
es su retrato, de modo
que igual confusión me ofrece.)

*(*FELISARDA *lea:)*

"Aunque me mandó vuestra alteza que le enviase a Albania, mi hija, y me quedase con su sobrina Isbella, yo quise más quedarme con Albania, vencido del sentimiento de su ausencia. Este desengaño ha nacido del fin de mis días. Vuestra alteza me perdone y el Cielo aumente los suyos."

(¡Extraño caso! No es justo
que esto lo sepa mi gente
porque puede, si lo siente,
resultarme un gran disgusto.)
Isbella, vente conmigo.—
Y tú no entres más aquí.

ISBELLA. Pues ¿por qué?

FELISARDA. Conviene así,
y basta que yo lo digo.

ISBELLA. Adiós, Ergasto.

ERGASTO. ¡Ay, mi bien,
qué injusta y cruel sentencia,
pues me condena a tu ausencia!
Di que la muerte me den,
di que me manden matar.

ISBELLA. Y yo ¿cómo iré sin ti?

(Vanse la REINA *y* ISBELLA.*)*

ALBANIA. ¿No me conocéis a mí?
¿No os acabáis de acordar?

---

(1) En el texto dice, por errata, "es efeto en".

ERGASTO.

No estoy, pastor amigo,
para acordarme de mí mismo agora.

ALBANIA.

¡Ah, traidor enemigo,
cómo tu alma contra mí traidora
en el mal que padece
recibe el justo premio que merece!
No rústico villano
soy como piensas, ni hombre soy, que fuera
ser mudable y tirano.
Albania soy, que sólo en mí cupiera
amor tan verdadero,
pues mientras más me olvidas más te quiero.
¿En qué te desvaneces
fingiendo un imposible que te engaña?
Como sombra te ofreces
al sol y vas subiendo una montaña
inacesible y fiera
pensando entrar en su celeste esfera.
Isbella es la sobrina
de la Reina de Grecia. ¿Tú quién eres
que así te desatina
un ciego amor que al de tu igual prefieres?
¿Cuál alto nacimiento
despeña al mar tu loco pensamiento?

ERGASTO.

Albania, mis desdichas;
Albania, mis estrellas, que ya dieron
esperanza a mis dichas,
en los primeros pasos me pusieron
de aqueste amor, no intentes
dar razón al amor si de amor sientes.
Yo estoy desesperado;
yo no quiero vivir, y si viviere,
viva en mí su cuidado.
Espíritu es amor, amor no muere.
Si hay otra vida, Isbella
será siempre de mí querida en ella.
Los dioses han formado
campos Elíseos. Vaya el alma mía
al Leteo sagrado
y goce de su dulce compañía,
que a muchos que la suerte
no dió igualdad los igualó la muerte.

ALBANIA.

Bien se ve tu locura
en tus palabras.

ERGASTO.

Y mejor sospecho
que en mis obras si dura
aqueste incendio que me abrasa el pecho.

ALBANIA.

Isbella vuelve. (¡Ay Cielos!
Si amor me mata, ¿qué me quieren celos?)

(*Sale* ISBELLA.)

ISBELLA. Basta, Ergasto, que se embarca
la Reina a buscar su esposo.
ERGASTO. Y yo, Isbella, temeroso,
a la inexorable Parca.
ISBELLA. No sé qué he de hacer sin ti,
que me ha mandado no verte.
ERGASTO. Yo sí, porque ya la muerte
se viene a doler de mí.
ISBELLA. Todo está ya prevenido
para aumentar mi dolor.
ERGASTO. No, a lo menos a mi amor
sombra ni señal de olvido.
ISBELLA. Yo te prometo de ser
un ejemplo de firmeza.
ERGASTO. Si me mata mi tristeza,
¿de quién lo podré saber?
ISBELLA. Mi muerte te lo dirá
dondequiera que estuvieres.
ERGASTO. La firmeza que tuvieres
pagada primero está.
ISBELLA. Ya las naves hacen salva.
¿Qué espero ya? ¿Qué confío?
ERGASTO. ¡Quién pensara, dueño mío,
que el sol se pusiera al alba!
ISBELLA. ¡Plega al Cielo que en el mar
den fin mi vida y enojos!
ERGASTO. Pues yo en el mar de mis ojos
me pienso, Isbella, anegar.
ISBELLA. Ya me llaman, ya no puedo
detenerme. Adiós.
ERGASTO. Adiós.

(*Váyase* ISBELLA.)

ALBANIA. (¿Esto escuché de los dos?)
ERGASTO. ¿Cómo vivo y cómo quedo?
¿No es más descanso matarme?
Espera, mar, llevarás
un cuerpo a un alma, pues das
en llevarla sin llevarme.
ALBANIA. Detente, Ergasto.
ERGASTO. ¿Qué quieres,
Albania?
ALBANIA. Que no te mates.
ERGASTO. ¡Con qué rigor me combates!

Sombra de mis males eres.
ALBANIA. Sola tu vida deseo.
ERGASTO. No es eso quererme bien,
que no hay muerte que me den
como la vida que veo.
ALBANIA. ¿Cuál es mejor? ¿Tener vida
y ver tu querida Isbella,
o morir sin ella?
ERGASTO. A ella
tengo la vida ofrecida.
Mas ¿cómo la podré ver?
ALBANIA. Viviendo.
ERGASTO. Tienes razón,
que esta desesperación
me priva de padecer.
ALBANIA. Pues si la puedes seguir,
¿de qué ha de servir matarte
pudiendo en cualquiera parte
ver a tu Isbella y vivir?
Embárcate, vive, y mira
que es medio flaco la muerte.
ERGASTO. Yo la sigo de esa suerte;
y tu firme amor me admira
tanto, que a no le tener
a Isbella, por tal valor
te amara.
ALBANIA. Basta a mi amor
verte vivo, y padecer.

(*Váyase* ERGASTO.)

ALBANIA. ¿Qué me queréis, desengaños,
pues me queréis engañar
cuando por desengañar
andan claros los engaños?
Demos los pasados daños
por el ejemplo presente
para que remedio intente,
pues en llegando a desprecio
no ha de ser mi amor tan necio
que pueda durar ausente.
Quien amare despreciado
no diga que tiene honor,
que las firmezas de amor
están en ser estimado.
Es muy justo que el cuidado
no le muden vez ninguna
acidentes de fortuna;
mas las sinrazones no,
que quien amando olvidó
no tiene disculpa alguna.
Volvámonos al aldea
a gozar vida segura.
Verde selva y fuente pura
mi amor y mi vida sea.
¡Mal haya quien mal se emplea
y quien ama aborrecido,
que si despreciado ha sido
en parte toca a su honor
sepultar su necio amor
y resucitar su olvido.

(*Váyase, y éntre* LELIO.)

LELIO. Pasos, que apenas podéis
caminar con tantas penas,
porque hay penas de llevar
más ásperas que altas peñas.
Cansados vais de buscar
por mares, montes y selvas
a la bellísima Flora,
que alguna deidad os lleva.
Si Júpiter en los bosques
hizo de mil ninfas bellas
tales hurtos, justo es
que de los dioses me tema.
En el cielo que me escucha
agora viven estrellas
testigos de sus agravios,
un tiempo humanas bellezas.
Pues si Flora, por ventura,
borda su manto con ellas,
o acaso la transformaron
los Amadrías y Oreas
en flor o planta, ¿qué aguardo
si algún dios no me revela
cuál es de tantas que esmaltan
prados, montes y riberas?
Mejor acuerdo es morir
que entre dudas tan molestas
dilatar tan triste vida,
que es muerte más dura y fiera.
Quiero arrojarme en el mar,
subido en un alta peña,
por que los marinos dioses
de mi desdicha se muevan,
ya que no los celestiales.
Espada, que en tantas guerras
me habéis dado algún laurel
que ha ceñido mi cabeza,
quedad colgada de este árbol,
en quien escribir quisiera
que fuisteis de un hombre a quien
mataron mayores penas.
Adiós, mi querida patria,
adonde dejar quisiera

mi cuerpo; mas no podrá
matar su fuego la tierra.
Y pues parezco a Faetón
en el fuego y la soberbia,
bien es que el mar me sepulte
y que en él entrambos mueran.
Adiós, bellísima Flora,
luz de esta alma que gobierna
ese sol que ya me falta,
pasando a la noche eterna.
Yo os pago en esto mi amor;
si habéis hecho resistencia
al traidor que os ha robado,
bien sé que es mayor la deuda.
Allí se descubre un templo.
Tú, deidad, cualquier que seas,
dile a Flora que soy muerto.

(*El dios de aquel templo que será* APOLO, *le tenga al quererse echar.*)

APOLO. ¡Detente!
LELIO. ¿Que me detenga?
¿Quién eres tú?
APOLO. Apolo soy.
LELIO. Sacra deidad que a la tierra
das luz con tus rayos de oro
bebiendo al alba las perlas,
alma divina del día,
tú, que informando con ella
cuantas cosas hay criadas
registras a tu presencia,
¿qué quieres hacer de mí?
APOLO. Lelio, como se me acuerda
de aquel tiempo que por Dafnes,
Dafnes ingrata a mis quejas,
pasé tan inmenso incendio,
que con ser mi cuarta esfera
vivo fuego me abrasaba
el de amor el alma en ella,
tuve lástima de ti;
que cada vez que contemplan
mis ojos las verdes hojas
ya de Dafnes rubias trenzas,
ruego al alba que por mí
llore mil lágrimas tiernas.
Conserva, Lelio, la vida
para que a tu esposa veas,
que Flora lo ha de ser tuya
si los altos orbes truecan
en los celestiales tornos
los movimientos que alteran
todas las cosas humanas.
LELIO. Pues ¿dónde tengo de verla?
Que por no poder sufrir,
sagrado Apolo, su ausencia
quería arrojarme al mar.
APOLO. Aunque su cristal te diera
transparente sepultura,
yo hiciera a sus linfas bellas
que por verdadero amante
en sus brazos te tuvieran,
y de laureles del mar,
que son corales y perlas,
ciñeran tu frente honrada
por capitán de firmezas.
Flora vive y será tuya.
LELIO. Pues ¿dónde vive?
APOLO. En Bohemia,
haciendo a Celio, su rey,
peregrinas resistencias.
Bien tus tristezas te paga
con tan extrañas tristezas;
su amor, con desdén y furia,
y con lágrimas sus fiestas.
Ponte, Lelio, en esta nube,
que quiero llevarte a vella.
LELIO. Por tal merced, sacro Apolo,
mi esperanza te promete
en víctima el corazón,
no sangre de aves ni fieras.
Yo celebraré tu nombre
y, con aromas sabeas,
perfumaré tus altares.
APOLO. Basta, Lelio, que me eleva
saber que la has de igualar
en amor como en nobleza.

ACTO TERCERO (1)

(LELIO *solo.*)

¿Cuál mano soberana, cuál piadosa
deidad me trajo a tierra tan extraña
pasando de la mar tempestuosa
sin alas ave cuanto cerca y baña?
¿Qué ciudad es aquesta suntuosa
al verde pie de aquesta gran montaña?
¿Por dónde vine a verla? ¿Quién ha sido
quien a ver sus palacios me ha traído?
¡Qué fábrica tan bella! ¡Qué contento
reverbera en sus torres Febo hermoso!

(1) La edición de 1622 añade: "de la Filisarda".

Pero entre tanto bien morir me siento
de Flora ausente y de su amor celoso.
¿Adónde estás, ¡oh, luz del pensamiento!,
que fué para perderte venturoso?
Que a no querer Amor que te perdiera
no es posible que yo te mereciera.
¿Adónde están los ojos, los záfiros
cuya color azul me abrasa en celos,
los arcos con quien hizo Amor sus tiros,
envidia de los arcos de los cielos;
la boca, que me cuesta más suspiros
que tienen luces los celestes cielos,
donde Naturaleza en dos claveles
cifró la perfección de sus pinceles?
¿Aquella voz süave, aquel divino
entendimiento de las almas llave,
la blanda condición por un camino
fácil, honesto, puro, dulce y grave?
¿Adónde aquel sujeto peregrino
que más al cielo que a la tierra sabe?
Mas ¿qué voz me ha robado los sentidos
y aun el alma también por los oídos?

(FLORA *en un balcón, cantando así:)*

FLORA. Desdichas, ¿qué me queréis?
acabad con mis tristezas
si os parece poco mal
vivir celosa en ausencia.
Justos temores de olvido
quieren que el alma se atreva
a pensar que ausente un hombre
mal puede tener firmeza.
Robada pasé la mar,
la de mis ojos pudiera.
En tierra extraña cautiva,
sólo me acompañan penas.
La fortuna rigurosa
quiso ver por experiencia
si puede vivir sin vida
quien vive con alma ajena.

LELIO. ¡Válgame Apolo! ¿No es esta
la voz de mi dulce Flora?
Sí, pues el cielo enamora,
que esto me da por respuesta.
El carro de oro detiene
el sol, y por escuchalla
crece el mar, el viento calla,
mansa Filomena viene.
¡Cielos, qué dicha sería
que hubiese venido a vella!
Mas no lo querrá mi estrella,
que basta decir que es mía.
Mas ¿cómo en tan dulce engaño
no doy crédito a los ojos
para templar mis enojos
y para aliviar mi daño?
Llorando está en el balcón.
Sin duda que es el del cielo
y ella el alba de su velo.
Sus lágrimas perlas son.
¿Si la llamaré? ¿Si estoy
soñando? ¿Si estoy despierto?
¿Si es esto cierto? Sí es cierto.
Ingrato a los dioses soy.
¡Flora mía! ¡Hermosa Flora!

FLORA. Mi nombre es éste, ¡ay de mí!
¿Si es la voz de Lelio? Sí.
Pues, alma, ¿engaños agora?
Señales son de mi muerte
visiones y sombras tales;
pero siendo celestiales
que son de mi vida advierte.
¿Eres Lelio, por ventura?

LELIO. Por mi ventura lo soy,
¡ay, Flora!, pues viendo estoy
tu celestial hermosura.

FLORA. ¿Sin duda eres tú?

LELIO. Pues ¿quién
pudiera ser si no yo,
quien por amarte llegó
a merecer tanto bien?

FLORA. ¡Qué tiernamente te hablara,
traidor, sin verdad y fe,
si de la que en mí se ve
en ti la copia se hallara!
Terrible tu ofensa ha sido,
pues el día que te veo
no deja hablar al deseo
mi amor del tuyo ofendido.

LELIO. ¿Qué dices, señora mía?
¿Tú quejosa de mi amor?
¿Mi pecho llamas traidor?
¿Mi firmeza alevosía?
¿Yo primero movimiento
de ofenderte?

FLORA. Si contaste
al Rey, cuando me engañaste,
tu secreto pensamiento,
¿no eres aleve y traidor,
como él me lo ha dicho a mí?

LELIO. ¡Plega a los Cielos que aquí
me mate tu desamor
si he visto al Rey en mi vida!
Por que me olvides mintió.

Pero si lo estaba yo
como tú de mí querida,
¿de qué sirven diligencias?
¡Buena invención te has hallado,
Flora, para haber quebrado
tan justas correspondencias!
Ya el Rey, querido de ti,
andará, como sospecho,
por sacarme de tu pecho,
diciéndote mal de mí.
Poco será menester.
Dile que no se fatigue,
porque no hay amor que obligue
a fe de ausencia en mujer.

FLORA. Mi Lelio, cesen tus quejas;
creo tu lealtad y fe.
El Rey me engañó.

LELIO. ¿Qué haré
para romper estas rejas,
que me enloquezco de ver
que haya imposible a mi pecho?

FLORA. Lo que la industria no ha hecho
es imposible al poder.
Ven, Lelio, ven disfrazado
y haré que el Rey te reciba
en su casa por que viva
más seguro y engañado;
que si por aquí te ven
claro está que han de pensar
que me vienes a buscar.

LELIO. ¡Ay, Flora! Dices muy bien,
que él no me conoce a mí
porque de noche me vió.

FLORA. Pues ¿qué mal temeré yo
si tengo mi bien aquí?

LELIO. Y si yo, Flora, te veo,
¿qué tendré que desear?

FLORA. Aquí tendremos lugar
de hablar en nuestro deseo.
Gente siento.

LELIO. Adiós.

FLORA. Adiós.

LELIO. Partir es morir.

FLORA. Morir
vivir sin ti.

LELIO. No hay vivir
no estando juntos los dos.

FLORA. Quiéralo el Cielo.

LELIO. Sí hará
como tú lo quieras, Flora,
pues todo mi cielo agora
en esos ojos está.

FLORA. Ve con esta confianza,
Lelio, de que tuyos son.

LELIO. Pues ¿qué mayor posesión
que tan hermosa esperanza?

(*Váyanse, y entren dos* MARINEROS *y* ISBELLA.)

ISBELLA. Volved al mar, y en sus ondas
me dad sepulcro.

MARINERO. No seas
cruel, pues morir deseas.

ISBELLA. Feniso, no me respondas
que es el matarme crueldad
perdiendo el bien que perdí.

SEGUNDO. Pues ser cruel contra ti
¿no es crueldad?

ISBELLA. Antes piedad,
que las causas del morir
hacen la muerte dichosa.

MARINERO. No hay causa tan rigurosa
donde no importe el vivir,
si es desdicha, por mostrar
corazón hasta vencella.

ISBELLA. ¿Y si no hay remedio en ella?

SEGUNDO. Dar a los tiempos lugar,
que unos a otros suceden.
Y, en fin, de parecer soy
que los daños que hacen hoy
remediar mañana pueden.
Nuestro intento es presentarte
al Rey de Bohemia.

ISBELLA. El Cielo
me niega el justo consuelo
de mi muerte.

MARINERO. Pues ¿no es darte
remedio en tal desventura?

ISBELLA. Antes violencia atrevida,
pues es mayor mal dar vida
a quien la muerte procura.
Si tengo vida en morir
en vivir tendré la muerte.

SEGUNDO. Son iras de Amor.

MARINERO. Advierte
que alcanza mucho el vivir.
Con vivir se ven venganzas,
fealdad en divinos talles,
valles montes, montes valles
y hasta en los cielos mudanzas.
Sufre tu amorosa historia
con templanza y con prudencia,
porque sola la paciencia
tiene por fin la vitoria.
Y aunque me ves marinero

seré, viendo tu dolor,
de la historia de tu amor
coronista verdadero.
Quedaránse las hazañas
que pudiera celebrar
por ventura sin lugar
en las naciones extrañas.
Con esto, ven donde sea
estimado tu valor.

ISBELLA. ¿Qué importa si sólo Amor
estima el bien que desea?—
Ergasto, yo he deseado
morir después de perderte,
si no puedo hallar la muerte
no será mi amor culpado.
Si ha sido el mar tu homicida
tendrás por satisfación
que en la primera ocasión
me pienso quitar la vida.

(*Váyanse, y éntre* LISAMANTE.)

LISAMANTE.

Viendo a la Reina firme en el intento
de amar al Rey de Persia y de libralle,
pasando el mar con tanto atrevimiento,
celos me provocaron a alteralle.
Con mis encantos desaté del viento
las alas libres, que pudieron dalle
tanta ferocidad, que sus cristales
hice besar las luces celestiales.

No se perdió la nave porque en ella
vendrá la Reina que mi amor socorre;
pero pienso encantalla y detenella.
Entre los muros de una excelsa torre
hice llevar al Rey bohemio a Isbella,
mientras Ergasto igual fortuna corre;
que pues padezco yo de varios modos,
quiero que sientan mis desdichas todos.

Intento hacer que al Rey de Persia olvide
Felisarda cruel y que me quiera,
pues que mi ciencia encantadora mide
cuanto gobierna la suprema esfera.
Hasta donde Proserpina reside
y baña el Lete la infernal ribera
ha de bajar mi voz como en Teseo,
que no en la lira del amante Orfeo.

Sombra no ha de quedar sin ser herida
de la febea luz hasta que Alecto
salga de fieros áspides ceñida
sembrando guerras para el mismo efeto.
A Felisarda, de estos ojos vida,
tendrán mi amor y su poder respeto;
mas los demás verán a sangre y fuego
lince el agravio si el Amor es ciego.

(*Váyase, y entren* LELIO *y* FLORA.)

LELIO. No te puedo encarecer,
hermosa Flora, mi dicha
después de tanta desdicha.

FLORA. Sigue al pesar el placer
como a la noche el aurora
y al invierno la esmaltada
primavera.

LELIO. ¡Ay, Flora amada!
¡Ay, luz de estos ojos! Flora,
¡cómo tras tanto pesar
la fortuna me debía
este bien, esta alegría!

FLORA. Cuanto en la tierra y la mar
he padecido por ti
lo doy por bien empleado.

LELIO. Ya que soy del Rey criado,
Flora, y puedo hablarte aquí,
no quiero ya mejor suerte.

FLORA. Ni yo más que desear
sino sólo conservar
la gloria de hablarte y verte,
porque en ella está fundada
mi vida.

LELIO. Y la mía en ti,
que el alma que vive en mí
es de la tuya animada.

FLORA. En tan igual pensamiento
no se mude la fortuna.

LELIO. Pocas veces firme alguna
estuvo en el bien de asiento.

(*Entren el* REY *y* ARMINDA, *su hermana.*)

REY. Aquí está mi bella Flora.
ARMINDA. (Y la causa de mis celos.)
LELIO. (Arminda y el Rey.
FLORA. No importa;
tú vives, Lelio, en mi pecho.)
LELIO. (Agora veré en qué estado
el Rey tiene su deseo,
que solamente a los ojos
los celos crédito dieron.)
REY. Dulce Flora, en tu rigor
hallaron mis pensamientos
el rayo que los castiga
de haberse atrevido al cielo.
¿Cuándo inclinarás el mármol
de tu pecho a sentimiento
de tantas obligaciones?

FLORA. Conozco lo que te debo;
pero hasta agora los hados,
Rey y señor, no han dispuesto
el fin de tantas fortunas
en que confusa me veo.
Bien sabes que me robaste
de mi patria y de mi dueño
con aquel notable engaño.

REY. Flora, entonces te confieso
que fué traición envidiosa,
si pueden heroicos hechos
merecer nombre que ha dado
fama a troyanos y griegos.
Pero después que te traje
con término tan honesto
y sólo te quiero, Flora,
para Reina de mi reino,
Amor disculpados tiene
mis altivos pensamientos,
porque viendo tu hermosura
fuera mayor no tenerlos.
Lelio es muerto, hermosa Flora.
¿De qué sirve amar a Lelio?
Pero podrásme decir
que yo solo soy el muerto,
pues él vive en tu memoria
y yo en tu memoria muero.

LELIO. (Yo soy el muerto, él el vivo.
¡Que Flora escuche requiebros
del Rey a mis propios ojos
y que le responda a ellos!
Ya están hablando más bajo.
Por mí responde en secreto.
En celos quiere abrasarme;
pero los celos son diestros.
Quiero herirle por los filos.
Hablar quiero [a] Arminda. Celos,
dadme aquí vuestro favor,
abrasad de Flora el pecho.)
¿Arminda, señora mía?

ARMINDA. Lelio, aunque en la corte nuevo,
¿qué te parece el palacio,
sus damas y caballeros,
de príncipes y de reyes?
Mucho habrás visto.

REY. (Creo
que no debe de agradarte.)

LELIO. (Si culpa mi entendimiento
vuestra alteza, justamente
presume que no le tengo
para tener de estas cosas
debido conocimiento.
No he visto en corte ninguna
ni palacio tan supremo
ni grandezas que le igualen.
Mas de cuantas aquí veo
vuestra alteza es la mayor.

ARMINDA. La lisonja te agradezco.)

FLORA. (¿Lelio hablando con Arminda?
¿Hay tal libertad? No siento
tanto en aquesta ocasión
los celos como el desprecio.
¿Qué haré?)

REY. (¿De qué tienes, Flora,
tan grave desasosiego?
¿Reparas en los testigos?
Arminda es mi hermana y Lelio
mi criado.

FLORA. Señor,
lleva Arminda, que deseo
hablarte después a solas.

REY. Sólo tu gusto pretendo.)
Yo tengo, Arminda, que hablarte.

ARMINDA. Aquí en el jardín podremos.
(Que ya del desdén que adora,
Rey, la vitoria sospecho.)

(*Entrese el* REY *y* ARMINDA.)

FLORA.

Traidor Lelio, ¿qué es esto?
¿Tú a mis ojos requiebros a la Infanta?

LELIO.

Culparme quieres presto
como quien al engaño se adelanta
cuando se ve culpado.

FLORA.

¿Culpada yo de agravio tan forzado?
Tú sí que no tenías
ocasión de matarme de esta suerte.

LELIO.

Y tú ¿por qué querías
hablar al Rey donde pudiese verte?

FLORA.

Pues ¿pude yo excusarme?

LELIO.

Excusarte pudieras de matarme.

FLORA.

En los lances forzosos
no ofende el alma de su fe segura.

LELIO.

A los ojos celosos
es cosa, Flora, muy terrible y dura

dar causas en que obliguen
al alma a los temores que amor siguen.

FLORA.

Pues si tú lo sabías,
¿cómo a mis ojos a la Infanta hablabas?

LELIO.

Porque si tú inferías
que con hablar al Rey no me matabas
lo mismo imaginases,
porque no he de helarte yo cuando me abrases.

FLORA.

Vete, que eternamente
mis ojos te han de ver.

LELIO.

Yo estoy tan triste,
que quiero estar ausente
y vengar el agravio que me hiciste.

FLORA.

Al fin, por traidor quedas.

LELIO.

Ya no hay injurias que decirme puedas.

FLORA.

Pues voime.

LELIO.

¿Por ventura
dígote yo que no te vayas, Flora?

FLORA.

¡Qué poco en hombres dura
la fe!

LELIO.

¿Vaste?

FLORA.

Pues ¿no?

LELIO.

Vuelve, señora.
Oye, escucha, detente.

FLORA.

Pues ¿no querías tú vivir ausente?

LELIO.

¿Qué importa que lo diga
si no puedo vivir sin esos ojos?
Adorada enemiga,
cesen, cesen los celos.

FLORA.

Mis enojos
se tiemplan con mirarte.

LELIO.

El Rey.

FLORA.

Adiós.

LELIO.

¡Que aquéste nos aparte!

(Vanse, y salen ISBELLA *y* ERGASTO.*)*

ISBELLA. Diéronme al Rey y de mí
le dieron nuevas también.

ERGASTO. Después de hallarte, mi bien,
¿qué mayor bien para mí?
Pero ¿cómo te has hallado
entre tanta variedad
de fortunas?

ISBELLA. Las del mar,
con pecho desesperado;
las de tierra, teniendo
alguna luz de esperanza.

ERGASTO. Con tanta desconfianza
mi buena fortuna ofendo.
Así como en esas rejas,
hermosa Isbella te vi,
tu dulce voz conocí
y la ocasión de mis quejas.

ISBELLA. Si eras el sujeto amado
de las que daba a los vientos,
tendrían tus pensamientos
memoria de mi cuidado.
Y así, no fué el conocerme
de la tuya, que la mía
a tu alma le diría
volvieses el rostro a verme.

ERGASTO. ¿Cómo habemos de poder,
mi señora, hallar lugar
para podernos hablar?

ISBELLA. Músico te quiero hacer
del Rey, diciendo que lo eres
de Felisarda, y que en Grecia
tu voz se estima y se precia.
Tú cantarás cuando vieres
ocasión de dirigir
en versos tus pensamientos
a nuestros castos intentos.

ERGASTO. El Rey debe de venir
con su hermana.

ISBELLA. Aquí te aparta.

(Sale el REY *y* ARMINDA.*)*

REY. Ha divertido mi amor
del Rey el Embajador
hoy, que me ha dado esta carta.

ARMINDA. ¿Qué dice en ella?

REY. Que aquí
cree que están sus dos hijos.

ARMINDA. ¿Son los que dicen en Alba
que perdió el Rey siendo niños?

REY. Perdida la gran batalla
que tuvo con el Rey indio,
a la Reina, que llevaba
por el grande amor consigo,
dieron dolores de parto,
de tal manera, que vino
a dejar entre pastores
los dos hijos que te digo,
bellos como el mismo sol.

ARMINDA. ¿De qué manera ha sabido
el Rey de Alba que los tienes?

REY. Astrólogos se lo han dicho,
que hay muchos en aquel reino.

ARMINDA. Aquí está Isbella.

ISBELLA. He venido
a pedir a vuestra alteza
que reciba en su servicio
el mejor músico griego
en dulce voz y artificio,
después de Apolo y de Orfeo.

REY. Isbella, el Cielo ha traído
su consuelo a mi tristeza,
aunque dicen que su oficio
es aumentarla.

[ERGASTO.] Señor,
que me escuches te suplico.

(ERGASTO *toca el instrumento, y canta*):

"En busca del Rey de Persia
va la reina Felisarda,
que quien ama al que está preso
en la prisión tiene el alma.
La bella Isbella le sigue,
pastora un tiempo que daba
sal al ganado en las selvas
y vivo fuego a las almas.
Ergasto la quiso entonces,
pobre pastor, que pensaba
que era Isbella sólo bella,
mas no señora tan alta.
No pudieron desengaños,
ni la infinita distancia
del cayado a la corona,
quitalle las esperanzas.
Siguióla Ergasto, creciendo
del mar las saladas aguas
con lágrimas de sus ojos
por dar al fuego templanza.
Alborotóse la mar,
rompió a la nave las jarcias;
pero la divina Isbella
salió al puerto de una barca.
También dicen que la Reina
llega esta tarde a la playa,
donde comienzan sus dichas
si sus desdichas acaban."

ISBELLA.

Señor, mi madre, y no como la fama
dice, mi tía, es Felisarda hermosa,
a quien su Reina toda Grecia llama
y se tiene en su Imperio por dichosa.
Por el sol, por Arminda, por quien ama
más vuestra alteza, pues es justa cosa,
ya que a su tierra llega, que la ampare
por que en sus manos su fortuna pare.

REY.

Vamos, Arminda, a recibirla y tenga
sagrado su valor en nuestra casa,
donde lo necesario se prevenga
a quien por firme amor fortuna pasa.

ARMINDA.

A dicha tengo que a tu corte venga.
Vamos.

ISBELLA.

¿Qué dices?

ERGASTO.

Que tu amor me abrasa.

ISBELLA.

¿Qué fin mejor tener mi amor pudiera?

ERGASTO.

Precio merece amor que firme espera.

(*Váyanse, y entren* LISAMANTE *y* FELISARDA.)

LISAM. En esta torre estarás
hasta que ablandes el pecho.

FELISARDA. Para ti de jaspe es hecho,
no le ablandarás jamás.

LISAM. ¿Es muerto el de Persia y das
en esa loca firmeza?

FELISARDA. Das tú con tanta aspereza
en perseguir, Lisamante,
este mi pecho constante
y esta mi antigua nobleza,
y ¿tienes por grande error,
ya que ser muerto porfías,

que entre sus cenizas frías
conserve su fuego amor?

LISAM. Si confiesas el rigor,
¿por qué no miras la culpa
con que mi valor te culpa?

FELISARDA. Porque el mismo sentimiento
del bien que pierdo el intento
de mi firmeza disculpa.

LISAM. El amor que te he tenido
y el rigor de tus agravios
me han hecho buscar los sabios
que en toda Grecia lo han sido
para conquistar tu olvido.
Ellos, alterando el mar,
aquí te han hecho llegar
y esta torre han fabricado
con este espejo, que ha dado
al mismo sol que envidiar.
Y de su encanto cruel
salir son intentos vanos
primero que dos hermanos
se miren el rostro en él.
Mas yo seré guarda y de él
otro dragón de Medea
para que ninguno sea
de verse en él atrevido
antes de haberme vencido,
cosa que ni Alcides crea.
Que de mi heroico valor
la fama corre los polos,
porque el dios Marte y yo solos
merecemos la mayor.
Doy con mi nombre temor
a toda Europa y al mundo;
no hay en tierra o mar profundo
quien no tiemble el brazo fiero
de quien no tiene primero
ni reconoce segundo.

FELISARDA. Valerse de encantamentos
los caballeros no es cosa
digna de la fama honrosa
de los nobles pensamientos.
Los altos merecimientos
nacen de la propia mano.
Ejemplo es Héctor, troyano,
sin fuerza de hechizos viles;
los griegos Pirro y Aquiles
y el fuerte Horacio, romano.

LISAM. Yo no vengo a disputar
con tu ingenio de mi error,
que nunca donde hay amor
tiene la razón lugar.
Si ejemplos te pueden dar
materia para vencerme,
tantos podrán defenderme
que en la de Amor se hallarán,
que a tu razón quitarán
las razones de ofenderme.
Entra, Reina, y considera
que en más escura prisión
pones tú mi corazón
y en cárcel más dura y fiera.
Libertad, señora, espera
cuando me des libertad,
que si tu mucha crueldad
iguala con tu hermosura,
disculpará mi locura
y culpará tu piedad.—
¡Ah de la torre! Soldados,
que lo fuistes de Aqueronte,
en todo este campo y monte
resplandeceréis armados.
Vístanse vuestros cuidados
de los ojos del Pavón,
que estrellas agora son.
nadie se acerque a la torre.

FELISARDA. (Si el Cielo no me socorre
yo muero en esta prisión.)

(*Váyanse, y entren el* REY *y* ARMINDA, *y el* EMBAJADOR DE ALBA, ERGASTO *y* LELIO.)

EMBAJADOR.

Conocidos por señas tan notables,
los pies os beso, Príncipes, haciendo
promesas a los dioses venerables
que en llegando a la patria iré cumpliendo.
Los hados, que al fin inevitables,
quisieron que tuviésedes, naciendo,
en medio del pecho dos estrellas de oro
que os daban hermosura y real decoro.
Estas que os vi, que fuistes me aseguran
los hijos que perdió mi Rey albano,
que con vivo color presentes duran
y que borrallas intentaba en vano.
Y así, pues, sus altezas me procuran
hacer merced, besándoles la mano,
hoy habemos de dar al viento velas,
que a las postas del mar sirven de espuelas.

REY.

Embajador albano, justamente
estáis contento y nos pedís licencia
habiendo hallado tan dichosamente
los dos hijos del Rey tras tanta ausencia.

De Lelio siento, como Arminda siente
de Ergasto, por la música, la ausencia.
Todo me causa pena; mas no es justo
que pueda más que la razón el gusto.
Vayan los dos donde su padre vea
el fruto de su amor, que a tantos daños
expuso el Cielo en una pobre aldea.

ARMINDA.

Gran ventura después de tantos años.

REY.

No es posible que historia antigua sea
de más admiración.

ARMINDA.

Casos extraños
suceden a plebeyos, mas no a reyes.
Iguales son las celestiales leyes.

LELIO.

Dennos los pies vuestras altezas.

REY.

Quiero
daros mis brazos.

ERGASTO.

Sólo el Cielo sabe
el sentimiento nuestro.

ARMINDA.

En él espero
que arribe al puerto próspera la nave.

LELIO.

(Por Flora vivo.)

ERGASTO.

(Por Isbella muero.)

LELIO.

(No quiere Amor que mi desdicha acabe.)

ERGASTO.

(El alma se me parte en la partida.)

LELIO.

(Por no perdella perderé la vida.)

(*Salga* ARIODANTE.)

ARIOD. Antes que Lelio y Ergasto
se partan, señor, a Albania,
vengo, Rey, a darles nuevas
de la nueva Felisarda,
la que no pudiste hallar
ni en la tierra ni en la playa
porque un tirano la tiene
en una torre encantada.
Hay un monte junto al mar,
cuyas altas rocas baña,
que se mira eternamente
en el cristal de sus aguas.
Sobre él Lisamante tiene
la fuerte torre fundada
donde las furias del Lete
hacen su cuerpo de guarda.
Tiene en lo alto un espejo
donde miran sus guirnaldas
de perlas, coral y aljófar
ninfas de la mar sagradas.
No dejan llegar a ella
ni por tierra humana planta
ni por la mar nave alguna,
con mil tiros que disparan.
A vuestra alteza le toca
conquistarla y derribarla,
si para infernales fuerzas
valieran armas humanas;
y, dando a Grecia su Reina,
dar al templo de la fama
la memoria de su nombre
con la gloria de esta hazaña.

REY. ¿Que el mágico Lisamante
tiene en mi tierra encantada
a Felisarda?

LELIO. Señor,
la Reina es de Flora hermana.
A mí me toca el hacer
con Lisamante batalla.

ERGASTO. A los dos dirás que toca,
pues sabes que es Felisarda
madre de Isbella.

ARMINDA. No es justo
que otros a esta empresa salgan.
Daldes licencia.

REY. Yo quiero
parte también de esta hazaña
por hacer servicio a Flora.

ARIOD. Pues como tu alteza vaya,
¿quién quedará de tu corte?

REY. Pues a Isbella y Flora llama
para que se hallen presentes.

ARIOD. Yo voy.

LELIO. (¡Ay, mi Flora amada!
No me partiré sin ti,
pues no puedo sin el alma.)

ERGASTO. (¡Ay, Isbella! Si a ser rey
del mundo, que no de Albania,

me llevaran, sus riquezas,
sus imperios despreciara.
No quiero reino sin ti.
Para ser dichoso basta
asistir a tu presencia
sin vida y sin esperanza.)

(*Vuelve* ARIODANTE.)

ARIOD. ¡Notable engaño!
REY. ¿Qué es esto?
ARIOD. Que Flora y Isbella faltan
de tu palacio.
REY. ¿Qué dices?
LELIO. (¡Ay, Cielo!)
ARIOD. Que no las hallan.
ARMINDA. ¿Cómo puede ser?
ARIOD. Señor,
mientras Lisamante anda
por tu tierra no presumas
que esté segura tu casa.
Después que vió los desdenes
de la reina Felisarda
estudió mágicas artes
sólo por tomar venganza.
Isbella es su hija, y Flora
es, como sabes, su hermana.
¿Quién duda que las robó,
pues de tu palacio faltan?
ARMINDA. Es, sin duda, y que este agravio
no fué de fuerzas humanas.
LELIO. Estoy sin mí.
ERGASTO. Yo sin vida.
LELIO. Invicto señor, ¿qué aguardas
que no vienes a buscar
este enemigo?
ERGASTO. En las armas
descubrirán sus engaños.
REY. Vamos, que aunque tenga tantas
que venza a Circe y Medea
en los montes de Tesalia,
hoy le quitaré la vida.
ERGASTO. Hoy perdí las esperanzas.
LELIO. Yo no, que nunca las tuve.
ERGASTO. ¡Ay, Isbella!
LELIO. ¡Ay, Flora amada!

(*Sale* LISAMANTE *con cuatro* SOLDADOS *con unas máscaras negras, vestidos de vaqueros negros y plata con tocados negros.*)

LISAM. Aquí habéis de estar los cuatro,
las vistas de lince atentas
como las fieras sangrientas
del romano anfiteatro.
No ha de llegar a esta roca,
sin morir, persona alguna,
que en el mar a la fortuna
esta defensa le toca.
Por mis artes he sabido
que contra mí viene airado
de Flora el Paris amado
y el Jasón aborrecido.
Armas traen; mas no son
con las que me han de vencer,
que aquí el humano poder
no tiene juridición;
sólo el decreto divino
que han ordenado los hados
de dos hermanos hallados
por diferente camino.
Alerta, pues, no se mire
nadie al espejo. Mirad
que hará mi temeridad
que vuestra pena os admire.
Asistid con el gobierno
que es justo en esta ocasión,
o si no haré que Plutón
os doble el castigo eterno.

(*Salgan el* REY, ARMINDA, ARIODANTE, ERGASTO *y* LELIO, *armados con unas lanzas doradas y muchas plumas en los morriones, y levantándose un lienzo se vea la torre encantada sobre un risco y un espejo grande sobre la puerta.*)

REY. Guardada la torre está.
ARMINDA. ¡Bella fábrica!
ARIOD. ¡Famosa!
LELIO. No es el fundamento vano
sobre estas pintadas rocas.
ERGASTO. ¡Qué bien la mar las combate
con armonía sonora,
devanando en ellas plata
con la espuma de sus olas!
LELIO. ¡Ay, Cielos, dónde estará
mi Flora hermosa!
ERGASTO. ¡Ay, si agora
vieran mis ojos a Isbella!
LISAM. (¿Qué gente es ésta que en forma
de escuadrón marcha a mi torre?
¡Alerta, infernales sombras!)
¿Quién va? ¿Quién tan atrevido
llega a este monte? ¿Quién osa
venir con armas aquí?
LELIO. ¿Eres tú, acaso, quien cobra
el portazgo de este paso?
LISAM. ¿No lo veis?
LELIO. ¿Cómo te nombras?

LISAM. ¿Yo? Lisamante de Grecia.
Mas tú, que de mí te informas,
¿quién eres?

LELIO. Quien viene a darte
la muerte por que conozcas
que son falsos los encantos
con que el infierno provocas.

LISAM. Di tu nombre.

LELIO. Lelio soy.

LISAM. ¡Matalde, sombras!

ERGASTO. No pongas
mano a la espada sin mí.

LISAM. ¿Qué es esto? ¿Quién me despoja
de mi fuerza y de mi ciencia?

ERGASTO. Otras que hay más poderosas.

LISAM. ¿Sois hermanos?

LELIO. Hijos somos
del Rey de Alba.

LISAM. (Huír me toca.
Toda mi torre han deshecho,
que al espejo que la adorna
se miraron. ¡Muerto soy!)

REY. Ya Lisamante y sus sombras
huyen y la torre se abre.

ARMINDA. ¡Qué hazaña tan vitoriosa!

(*Abrase la torre y véanse dentro con grandes galas* FELISARDA, FLORA *y* ISBELLA, *con tres bastones plateados en las manos y tres mantos de velo de plata y unas guirnaldas de flores de seda y oro, y canten dentro la música:*)

"De coronas de diamantes
fué digno tanto valor,
que así premia el niño Amor
las prendas de los amantes."

ARMINDA. ¡Cielos, Felisarda es!

LELIO. Con ella mi hermosa Flora
en cielo la torre vuelve
y con sus rayos la dora.

ERGASTO. Isbella está con las dos,
y, coronada de rosas,
parece el alba que llama
a Febo llorando aljófar.

FELISARDA. Salgamos a recibir
a quien libertad nos dió.

REY. Felisarda, no soy yo:
sólo me debéis venir
con quien dignamente ha sido
dueño de esta heroica hazaña;
a Arminda, que me acompaña,
lo mismo le habéis debido.
Los hijos del Rey albano,
que Lelio y Ergasto son,
deshicieron la traición
de Lisamante tirano.

FLORA. ¡Lelio mío!

LELIO. ¡Bella Flora!

ISBELLA. ¡Dulce Ergasto!

ERGASTO. ¡Hermosa Isbella!

FLORA. ¡Cúya fuera aquesta hazaña!

ISBELLA. ¡Cúya aquesta hazaña fuera!

FLORA. En el palacio del Rey
nos robaron una fiesta
las sombras que en esta torre
guardando estaban la puerta;
en ella habemos sabido
vuestra historia y las estrellas
de oro que el pecho os esmaltan,
porque haya cielo en la tierra.
Y así, pidiendo al Rey
y a Felisarda licencia,
te doy la mano de esposa.

ISBELLA. Y lo mismo dice Isbella,
pues es tan justo que a Ergasto
premie mi amor su firmeza.

LELIO. (¿Que merezco tanto bien?)

ERGASTO. (¡Que mi esperanza merezca
verse en posesión tan alta!
¡Paró Fortuna la rueda!)

REY. Bellísima Felisarda,
pues es muerto el Rey de Persia,
y Lisamante, villano,
se vuelve corrido a Grecia
de haberte robado a Flora,
pido perdón, y pues ella
tiene esposo, te suplico
que te merezca Bohemia
por señora y yo por dueño,
que pues Arminda desea
casarse con Ariodante,
para que Ergasto, y Isbella,
Lelio y Flora, ya casados,
juntos a Albania se vuelvan,
haremos que en nuestras bodas
ellos los padrinos sean
y nosotros de las suyas.

FELISARDA. Tu valor, sangre y nobleza,
me obliga, y te doy la mano.

REY. Pues publíquense las fiestas
y volvamos a palacio,
dando fin a la comedia.

FIN

LA FAMOSA COMEDIA

DE

LA FE ROMPIDA

ACTO PRIMERO

FIGURAS DEL PRIMER ACTO

LUCINDA, *cazadora.*
ALBERTO, LAURINO, *villanos.*
AURELIO, *padre de* LUCINDA.
FELISARDO, *rey.*
FLORIBERTO, *duque.*
LISARDA, *su hermana.*
ORANTEO, TEBANO, VIRENO, (2) *criados.* (1)
CELIO.
FIDEN[O].

(LUCINDA, *de cazadora, con venablo, y* ALBERTO, *villano.*)

LUCINDA. Si preguntare por mí,
Alberto amigo, dirás
que al monte subo, y no más.
ALBERTO. Riñiráme.
LUCINDA. ¿Por qué a ti?
ALBERTO. Sabiendo que sola vas.
LUCINDA. Sola voy tan bien guardada
como de él acompañada;
que la vergüenza del ser,
en la que es noble mujer,
es la guarda más honrada.
ALBERTO. Verdad es, señora mía,
que tu varonil valor
te excusa de compañía.
A darla el Cielo a tu amor
se sirva y se llegue el día.
LUCINDA. Agora no lo deseo.
ALBERTO. Perdona, que no lo creo;
que la mujer sin varón
no alcanza tal perfeción
como después del empleo.
Y esto echarásl o de ver
en el amor que al marido
cobra después la mujer,
no habiéndole conocido
hasta llegarle a tener.
LUCINDA. Este tiempo en que me veo
huye de que intento feo
mi casto ejercicio venza,
ni está bien a mi vergüenza
decirte que le deseo.
Y como sé que es la cosa
que mi padre menos piensa,
no me tiene cuidadosa.
ALBERTO. Hace a tu hermosura ofensa
y hasta la envidia celosa.
Pero quiérome partir.
LUCINDA. Esto le puedes decir.
ALBERTO. Líbrete Dios de las fieras.

(*Vase* ALBERTO.)

LUCINDA. Cuando de un hombre dijeras,
era más forzoso huír.

Flechas de Amor, de plomo y de oro puro,
arco trocado con la muerte fiera,
falsa imaginación, dulce quimera,
libro dorado y en la letra obscuro.
Blando, ofendido, y sin ofensa duro,
y castigado, convertido en cera;
Etna con fuego dentro y hielo fuera,
gigante, aunque rapaz, y dios perjuro.
Yo soy aquella que he tenido en poco
flechas, arco, quimera, Etna, gigante
con libre y arrogante pensamiento.
Amor, pues con injurias te provoco,
labra mi corazón como diamante;
pero no tienes sangre, que eres viento.

¿Qué gente es ésta que suena?
Pues ¿cómo en esta montaña
de tanta aspereza llena?
Pero paréceme extraña
y de mi ejercicio ajena.
Quiérome aquí retirar,
y, aunque no los oiga hablar,
ver el camino que llevan
entre estas peñas, que prueban
cubrir con su sombra el mar.

(*Entren* FELISARDO, *padre de* ARCADIA; TEBANO, ORANTEO, LIRENO, *caballeros.*)

FELISARDO.
¡Que no parece un cazador siquiera!

(1) Más adelante dice que estos tres son caballeros, y criados CELIO y FIDENO.
(2) Después le llama LIRENO.

TEBANO.

Todos fueron, señor, en seguimiento
de aquella libre y perseguida fiera.

ORANTEO.

Ellos la siguen y ella sigue al viento,
y el viento queda tan atrás del paso,
que le engendra mayor su movimiento.

FELISARDO.

Pues ¿qué habemos de hacer? ¡Extraño caso!

LIRENO.

Que aguardes mejor tiempo.

TEBANO.

(Ya deseo
dejar de todo punto el campo raso.

LIRENO.

No hay que aguardar; haz señas a Oranteo.

TEBANO.

Ya me ha entendido.)

FELISARDO.

¿Qué venís hablando,
que de saber lo que es traigo deseo?
Tanto me enoja el murmurar, que cuando
las fuentes veo enturbio sus corrientes
porque me pesa el verlas murmurando.
Ellas, entre las guijas transparentes,
suenan por las alhombras de estos prados,
y vosotros, hablando entre los dientes.
A no ser caballeros tan honrados,
y mis vasallos, como sois, tuviera
recelos, de sospechas engendrados.

TEBANO.

Príncipe, el alma, que tu pecho altera
te ha dicho la verdad en profecía.

FELISARDO.

¿Qué es eso? ¿Cómo habláis de esa manera?
Retiraos de mi lado y compañía.
Haceos allá, villanos atrevidos.

TEBANO.

La espada empuña.

LIRENO.

¡Loca valentía!

ORANTEO.

Todos los tres estamos ofendidos
de tus injurias, Felisardo loco.

FELISARDO.

Y todos sois traidores fementidos.
No porque solo estoy tengáis en poco
la sangre y el valor que me acompaña.

TEBANO.

A más cólera y furia me provoco.

FELISARDO.

¿Para aquesta traición a la montaña,
para matar, traéis a vuestro Rey, cobardes?
¿Y tú, primo, el autor de aquesta hazaña?

ORANTEO.

Pásale el pecho, pásale, y no aguardes
sus vanas y fantásticas razones.
Habla con otro tiempo en sus alardes.

TEBANO.

Pues aquí no le guardan escuadrones,
por su estipendio y paga conducidos,
para que diga retos y blasones.

FELISARDO.

Tened las armas ciegas y, advertidos,
pensad en lo que hacéis, y juntamente
decidme por qué estáis de mí ofendidos.

ORANTEO.

Historias pide agora que le cuente.
Calla ya, Tebano.

TEBANO.

¡Muera!

LIRENO.

¡Muera!

(LUCINDA *llegue con el venablo.*)

LUCINDA.

¡Oh, vil, cobarde y mal nacida gente!

ORANTEO.

¿Qué es esto, Cielos? ¿Es (1) mujer o fiera?

LUCINDA.

¡Fuera, (2) villanos!

LIRENO.

¿Si es favor del Cielo?

TEBANO.

Ya no puedo esperar.

---

(1) En el texto, "¿Esta es"; pero el verso queda largo.
(2) En el texto, "Afuera", que también alarga el verso.

LUCINDA.

¿Huís? Espera.

FELISARDO.

Herido me han, y a no venir, recelo
que me dieran la muerte, que, tres hombres,
era forzoso en un desierto suelo.

LUCINDA.

¡Huíd, cobardes!

FELISARDO.

Déjalos, no asombres
sus pechos viles con tu voz divina;
y porque sólo aguardo que te nombres,
no te adoro por diosa, aunque se inclina
a tu valor mi pecho, y, por el suelo,
besar tus pies mi boca determina.
Si eres Diana, que la adora Delo,
o la guerrera Palas, dime agora
cómo bajaste de tu esfera y cielo.

LUCINDA.

Ese, gentil mancebo, sólo adora;
ése te dió la vida que agradeces
a aquesta humana y pobre cazadora.
Porque debe de ser que lo mereces
de tal manera, que guardó tu vida.

FELISARDO.

Si al Cielo he de adorar, cielo pareces.
Dame esas manos, que es razón que pida
manos que me han librado de la muerte,
obligación y deuda conocida.
Y no quieras que esté sin conocerte
tanto tiempo, señora, y sin pagarte.
Dime quién eres; tu valor me advierte.

LUCINDA.

¿Qué te aprietas el brazo?

FELISARDO.

En esta parte
pienso que tengo una pequeña herida.

LUCINDA.

¡No lo supiera entonces, que, por Marte,
que los siguiera hasta quitar la vida!
Pero podré curarte. Ven conmigo.

FELISARDO.

No te canses, señora, que te pida
que me digas quién eres mientras sigo
el resplandor de aquellos ojos bellos
si, como dices, tengo de ir contigo,
porque ya en la prisión de tus cabellos
me lleva Amor y obligación atado,
y, aunque de voluntad, me voy con ellos.

LUCINDA.

Pues mientras que salimos de este prado,
oye quién soy; pero con un concierto:
que a lo mismo te juzgues obligado.

FELISARDO.

Soy muy contento.

LUCINDA.

Pues advierte.

FELISARDO.

Advierto.

LUCINDA. Sobre estas altas montañas,
las plantas de cuyos riscos
lavan Ladón y Primanto,
claros y apacibles ríos;
éstas que ves coronadas
de verdes hayas y pinos,
pálidos bojes y fresnos,
cornicabras y quejigos,
donde sombrosos castaños
y poco ojosos membrillos
cubren aquel manso arroyo
que cercan juncos y lirios,
están, (1) caballero noble,
en el más alegre sitio
unas casas, aunque viejas,
sobre cimientos antiguos.
Es dueño de ellas un hombre
no tan noble como rico,
porque en esto se aventaja
a todos los de su oficio.
No es tan rudo que la mano
pone al arado ni al trillo,
ni tiene callos en ellas
de su rústico ejercicio,
porque sustenta cien hombres
que en todo este gran distrito
le sirven y llaman dueño,
de su sueldo entretenidos.
Estos llevan los ganados
de sus vacas y novillos
por esas dehesas verdes,
con las hondas y los silbos.
Aquéllos van por los montes
con el manchado cabrío,
que, trepando por las peñas,

(1) En el texto, por errata, dice "está un".

hacen más altos sus picos;
las cabras verás colgando
de los cogullos de espinos,
y también, por otra parte,
de sus tetas los cabritos.
Otros llevan las ovejas
por romeros y tomillos,
y otros el negro ganado
que abre el suelo con su hocico.
Estos siembran, éstos aran
entre el otoño y estío;
éstos derriban la fruta
por los árboles subidos,
desnudas hasta las hojas,
peros, cermeñas, membrillos,
guindos, cerezos, manzanos,
serbas, albérchigos, priscos.
¿Qué dirás de lo que cogen
al tiempo que reina Virgo
de pan, que cubre esas eras,
y grandes trojes de trigo?
Otros, en anchos lagares,
de los preñados racimos
pisando mil uvas (1) hinchen
cubas de oloroso vino.
Este, en efeto, es mi padre,
no por la riqueza altivo,
sino humilde labrador
en traje compuesto y limpio.
Es cuerdo, honrado y brioso
y liberal con amigos;
que, como el rey en su casa,
es en la suya servido.
No ha hecho otra cosa mala
si no es a mí, porque os digo:
esto y el tenerme amor
es en mi padre delito.
Este me tiene de suerte
que no hay gala ni vestido
en la invención de la corte
que no rompa en mi cortijo.
Con sedas, telas y perlas
piso los bosques sombríos,
porque, como aquí me veis,
la caza y las fieras sigo.
La saya a la media pierna,
para correr suelta, visto,
y esta montera en la frente,
dejando fuera estos rizos.
Este vaquero que veis
con esta pretina ciño;
algunas veces con daga
y otras veces con cuchillo.
Soy, por deciros verdad,
reina de este paraíso,
porque aquestos verdes campos
son más que campos Elíseos.
Tráenme los labradores
la fruta en blancos cestillos,
las almendras en sus ramas,
los pájaros en sus nidos;
avellanas en sus hojas,
castañas en sus erizos;
hasta las liebres pequeñas
y los conejuelos, vivos.
Suelo salir cuando el alba
de aljofarado rocío
ensarta en las piedras perlas,
que abrasa de envidia Cintio,
y volver cuando se ausenta
el rostro descolorido
entre nubes, que parecen
cornerinas y zafiros.
Traigo a veces, con mi gente,
muerto el ciervo fugitivo,
el jabalí colmilludo
y el oso, que al oso embisto.
Yo os doy palabra, señor,
que, después que sé que vivo,
no he dicho tales palabras
a ningún hombre nacido.
No quiero que agradezcáis
lo hecho, sino lo dicho,
y, porque aquesta es mi casa,
perdonad si no prosigo.

FELISARDO. Huélgome de conoceros,
y estimo el haber mostrado
de hacerme merced cuidado;
pero de satisfaceros
no hay tiempo, habiendo llegado.
Después os diré quién soy.

LUCINDA. Bien está. Curaros quiero.

FELISARDO. Mil gracias por ello os doy.

(AURELIO, *padre de* LUCINDA, ALBERTO, *y otros.*)

AURELIO. (¿Lucinda y un caballero?
A darle mis brazos voy.)

FELISARDO. (¿Este es tu padre?

LUCINDA. Sí, él es.)

AURELIO. ¡Hija!

LUCINDA. Mi padre y señor,
aqueste hidalgo que ves

(1) En el texto, "cubas".

es perdido, y cazador.
FELISARDO. Dadme, señor, esos pies.
AURELIO. Alzaos, hijo, y en buen hora
seáis venido a esta casa,
que ya es vuestra desde ahora,
donde, aunque es pobre y escasa,
una alma espléndida mora.
¿Sois de la ciudad?
FELISARDO. Sí soy.
AURELIO. ¿Cazando, en fin, os perdistes?
FELISARDO. Y ahora también lo voy,
que a la merced que me hicistes
aqueste nombre le doy;
porque truje voluntad
y por ser agradecido
a vuestra mucha piedad,
con el alma la he perdido,
ganando vuestra amistad.
AURELIO. ¡Qué cortesano! ¡Qué honrado!
LUCINDA. Viene herido, padre mío.
AURELIO. ¿Herido?
FELISARDO. No os dé cuidado.
Pensélo, y fué desvarío.
Basta aqueste lienzo atado.
AURELIO. ¿Hola?
ALBERTO. ¿Señor?
AURELIO. Partid luego
y aderezad una cama.
FELISARDO. Que no lo mandéis os ruego.
AURELIO. Haced oficio de dama,
hija, y pedildo.
FELISARDO. (Estoy ciego.)
LUCINDA. Suplícoos, señor, que entréis
a descansar y curaros.
FELISARDO. Basta que vos lo mandéis,
que debo a esos ojos claros
la vida que ya sabéis.
(¿Esto hay en una montaña
a diez leguas de mi corte?
¡Cosa, por el Cielo, extraña!
Mas es muy conforme al norte
y estrella que me acompaña.
Antojado estoy, por Dios,
de la bella cazadora.
¿Qué es lo que hablarán los dos?)
LUCINDA. (Es la más sabia pastora.
Mi padre, llamadla vos,
que tiene aceites y ungüentos
y hierbas de gran virtud.
AURELIO. Digo que voy por los vientos.)
FELISARDO. ¿Qué es esto?
LUCINDA. Vuestra salud
y mis nuevos pensamientos.
FELISARDO. ¿Fuése vuestro padre?
LUCINDA. Fuése
a llamar a quien os cure.
FELISARDO. ¡Que tal merced mereciese!
LUCINDA. Que la vida me procure
no es mucho, cuando lo hiciese.
FELISARDO. ¿Vuestra vida?
LUCINDA. Sí, la mía.
FELISARDO. ¿Por qué?
LUCINDA. Porque está en la vuestra,
y es vuestra desde este día,
y recebid esta muestra
de amor y de cortesía.
Que estoy, aunque os obligué,
muy obligada de vos
desde que os vi y os hablé;
y mirad que entre los dos
jurado concierto fué
de contar nuestras historias.
FELISARDO. La mía, señora es breve;
no mi amor, que el alma os debe,
amor que a sus dulces glorias
mi espíritu y lengua mueve.
Soy de la insigne Tejea,
corte del rey Felisardo;
mi nacimiento me emplea
en servirle.
LUCINDA. El nombre aguardo,
que es lo que el alma desea.
FELISARDO. Felisardo, como él,
y su secretario soy;
pero ya no lo soy de él,
que en otro servicio estoy
de otra reina mayor que él.
LUCINDA. No hagáis burla, que os prometo
que si servir me dejara,
que algún hombre noble hallara
con quien casarme, en efeto,
y a cuyo lado me honrara.
Que si dar gusto quisiera
en esto a mi padre honrado,
yo sé que ya le tuviera;
pero está desesperado
de que yo le admita y quiera,
porque en llegando a tratar
que me tengo de casar,
mientras el enojo pasa,
no vuelvo del monte a casa,
o de la orilla del mar.
FELISARDO. Pues ¿qué ha sido la razón?
LUCINDA. No haber los hombres tratado.

FELISARDO. Pues ¿qué tienen?
LUCINDA. Blandos son,
que no es tan bravo el león
como parece pintado.
FELISARDO. ¿En qué lo echaste de ver?
LUCINDA. En vos.
FELISARDO. ¿Y pudiera ser
quererme vos?
LUCINDA. Ya lo ha sido.
FELISARDO. ¡Quién fuera vuestro marido!
LUCINDA. ¡Quién fuera vuestra mujer!
Yo os juro que aunque seáis
su secretario del Rey,
y aun el Rey, que no perdáis.
FELISARDO. Extraña es de Amor la ley
que conmigo ejecutáis,
que vuestro merecimiento
no tiene en la tierra igual,
porque el mismo pensamiento
que os mira tan celestial
desmaya su atrevimiento.
Sois rica, noble y hermosa;
vuestro padre es rey aquí,
y vos de este campo diosa.
Pero si en tal punto os vi,
yo soy vuestro, sed mi esposa;
que os juro a Júpiter santo
de cumplir esta palabra,
y si faltare entre tanto
para tragarme se abra
todo el reino del espanto.
LUCINDA. Mirad primero, señor,
lo que decís, que sois noble
y mi padre un labrador.
FELISARDO. Vos lo sois, señora, al doble.
Déboos la vida, en rigor;
y si para ser querida
no basta deber la vida
a una mujer, basta ser
diosa en forma de mujer.
LUCINDA. (¡Qué ciega estoy! ¡Qué perdida!
¿Creeré que es esto ansí?
Sí, que Amor bien pudo hacer
el mismo efeto que en mí.)
¿Que si soy vuestra mujer
seréis mi marido?
FELISARDO. Sí;
y este anillo os doy, mi vida,
en fe de que eternamente
será aquesta *fe rompida.*
LUCINDA. Entraos, que vendrá mi gente.
FELISARDO. El Cielo esta fe me pida.
LUCINDA. De vuestra palabra fío.
FELISARDO. Vos sois, señora, mi esposa.
LUCINDA. Y vos el esposo mío.
FELISARDO. (Villana linda y hermosa,
presto engañaros confío.)

(*Váyase* FELISARDO.)

LUCINDA.

Quien no ha visto la guerra, también diga
que tiene fuerza su valor suprema;
quien no ha tocado el fuego, no le tema;
quien no ha entrado en el mar, no le maldiga.
Quien no ha visto una tigre, no la siga;
quien no jugó jamás, ¿de qué blasfema?
Quien no sabe que el aire enjuga y quema
no tema el rayo que el laurel mitiga.
El que blandura con tocarle vea
críe en su pecho un áspid, donde luego
verá su rabia y su rigor profundo.
Y quien no ha visto a Amor búrlese y crea
que es guerra, fuego, mar, tigre, áspid, juego,
ira del Cielo y destruición del mundo.

(*Entrense. Salga el Duque* FLORIBERTO, ORANTEO, TEBANO *y* LIRENO.)

FLORIB. ¿Que tuvo tan mal efeto?
ORANTEO. Ofrecióse una mujer,
si es que mujer pudo ser,
y fué imposible el secreto.
FLORIB. ¿Mujer en una montaña?
ORANTEO. Una bella cazadora
que el monte por diosa adora
en cuanto el Primanto baña.
FLORIB. ¿Y sola?
ORANTEO. Sola, en efeto.
FLORIB. Pues matar esa mujer,
porque matalla era hacer
puerta de hierro al secreto.
ORANTEO. ¿Quieres que verdad te diga?
El matalla se intentó.
FLORIB. Pues ¿cómo se defendió?
Que a no creello me obliga.
ORANTEO. No es tan vil, gran Duque, el ser
de mujer, aunque perdones;
que a muchos fuertes varones
han sujetado mujer.
FLORIB. Eso será por amor.
Ya sé que Hércules hilaba
y que aquella fuerte clava
trocó en aguja y labor.
ORANTEO. Y sin amor ¿no eran fuertes

Cenobia, Evadnes, Camila,
Semíramis y Drusila
en tantas guerras y muertes?

FLORIB. Pues ¿qué hizo esa mujer,
que, en fin, es flaco el vocablo?

ORANTEO. Jugar mejor un venablo
que Alcides lo pudo hacer
contra el Nemeo león
o la serpiente Lernea.

FLORIB. Flaqueza ha sido muy fea.

ORANTEO. Ese es justo galardón.

FLORIB. ¡Por Júpiter! Si vencido
me viera de una mujer
por fuerza y no por querer
a su hermosura rendido,
entre hombres no pareciera
ni en mi vida armas tomara,
su conversación dejara
y entre mujeres viviera.
¡Tres hombres de una mujer!

TEBANO. Las cosas de admiración
no se han de contar, si son
imposibles de creer.
¿No puede ser que haya el Cielo
dado a una mujer valor?

FLORIB. Naturaleza, en rigor,
ha dado leyes al suelo;
y así ha dado, sin que el nombre
de razón pueda torcer,
la hermosura a la mujer,
la fuerza y imperio al hombre.

LIRENO. ¿No suele Naturaleza
hacer monstruos?

FLORIB. Es error.

LIRENO. Pues este error fué mayor:
que le dió fuerza y belleza;
así, que es hombre y mujer.

FLORIB. ¿Que era tan bella y valiente?

LIRENO. Y tal, que otra tanta gente
no la pudiera vencer.

FLORIB. ¿Dijiste al Príncipe algo
de ser yo de esto el autor?

TEBANO. Ni tu intento ni su amor.

FLORIB. Ese fué término hidalgo.
Ir podéis a descansar
mientras que vais a mi tierra,
que no ha de cesar la guerra
hasta poderle matar.

ORANTEO. Menester será secreto,
porque tomará venganza.

FLORIB. Vana será su esperanza
y verdadero mi efeto.—
Caminad, que estoy temiendo
no venga y os halle aquí.

ORANTEO. Adiós.

(*Váyanse, y quede solo* FLORIBERTO.)

FLORIB. ¡Qué ocasión perdí!
Mas volvella a hallar intento,
porque en mi pecho ofendido
no podrá caber sosiego
hasta que se temple el fuego
del agravio recebido.
Mal considerado Rey,
mozo mal aconsejado,
de amor lascivo engañado,
dios que no da fe ni ley.
¡Por el soberano Marte,
que la venganza que fundo
no puede estorbarla el mundo
ni son sus peligros parte!
Yo he de seguirla, o morir,
hasta vengar mi deshonra,
porque es el vivir sin honra
desesperado vivir.

(LISARDA, (1) *su hermana, entre.*)

LISARDA. Vengo a darte el parabién
de que ya estarás vengado
de tu agravio imaginado
y mi deshonra también.
Partió Felisardo a caza
y hay nuevas que no parece;
todo el mundo se entristece
y tu cabeza amenaza.
Si le has muerto, en salvo ponte
mientras que cesa la furia.

FLORIB. ¿Habréle yo hecho injuria
yo en la corte, él en el monte?
¿Qué osas, villana, venir
ni parecer a mis ojos,
y más para darme enojos?

LISARDA. Esto te vengo a decir
sólo para darte gusto.

FLORIB. Gusto me diera si fuera
verdad y que yo me viera
vengado, como era justo.
No podía yo tener
enemigo desigual,
fuera del cetro real,
con tal ventaja y poder.
Que a no ser de aquesta suerte,

(1) En el texto, LISANDRA, por errata.

y que lealtad he jurado,
mi afrenta hubiera lavado
con la sangre de su muerte.

LISARDA. ¿Qué afrenta? ¿Estás en tu seso?

FLORIB. ¿No es afrenta que en mi sala
le hallé (1) y puesta una escala
a un balcón?

LISARDA. Que fué confieso.
Pero si él de amor forzado,
y del poder atrevido,
sin haberme persuadido
ni mi gusto conquistado
como a mujer por casar,
aunque muy noble y tu hermana,
osó escalar mi ventana,
no, a lo menos, osó entrar.
Recogida en mi aposento
me hallaste, en la sala a él,
y así puedo de ti y de él
hablar con atrevimiento.

FLORIB. No te doy toda la culpa,
pero alguna habrás tenido;
y de ser yo el ofendido
¿qué poder al Rey disculpa?
¡Oh, qué mal mi afrenta allanas
en el cometido error,
que las llaves del honor
son las puertas y ventanas!
Para estar en aventura
son los peligros muy graves;
que, al fin, quien pierde las llaves
no tiene el arca segura.
Cree que no me pesaría
de que el Rey no pareciese,
comoquiera que no fuese
su muerte por orden mía.
Pero creo que será
no más de haberse perdido.
Voy a saber lo que ha sido
y dónde perdido está.

(*Vase* FLORIBERTO.)

LISARDA.

Si es muerta el alma de mi pensamiento,
espíritu vital de aquesta vida,
¿cómo la tengo yo viviendo asida
a su calor, concierto y movimiento?
¡Con qué vanas sospechas me atormento!
Porque, una vez el alma despedida,
no vive el cuerpo más que su partida,
no queda lengua, voz, ni sentimiento.
Yo siento, luego vive el que me anima;
yo hablo, luego habla el que es mi esposo;
yo espero verle, luego verle es cierto.
Amor debe de ser quien me lastima.
Déjame, Amor, que eres rapaz medroso,
que cuando muera yo sabré que es muerto.

(*Vase. Entre* FELISARDO.)

FELISARDO. ¡Qué presto se va un placer,
pues no acaba de llegar
cuando le sigue el pesar,
y más hallado en mujer!
Gigantes promete Amor
sus gustos imaginados,
que son tan niños gozados,
que aunque él es niño es mayor.
Cansa, el que caza, el aliento
hasta que coge la presa,
y cuando la tiene presa
entra el arrepentimiento.
Mira el mudo pescador
dos horas corcho y anzuelo;
no quiere el pez pequeñuelo,
que le imagina mayor.
Van tras la imaginación
los ojos siempre sedientos;
que, en efeto, los contentos
menos que prometen son.
Agradóme la villana
que blasona de señora,
más libre y más cazadora
que en Cinto y Delfos Diana.
Y olvidado de Lisarda,
a quien quiero más que a mí,
fe de casarme la di,
que es muy necia si la aguarda.
Esta noche la he gozado,
y el sol apenas salido
salgo más arrepentido
y menos enamorado.
Quien lo está de otra mujer
crea que el amor es fragua,
y que el agraviarla es agua
que templa para encender.
Es sacar algo fiado
para pagar con disgusto,
es hacer cambios al gusto
para volverle doblado.
¡Perdonad, Lisarda mía,
que si el cuerpo os ofendió

(1) En el texto, "hablé". Sin duda es errata.

el alma no consintió,
Dios sabe que me reñía!
Parezco en esto mujer
que con galán se disculpa
cuando el interés la culpa
del agravio sin querer.
En efeto, huyendo voy,
que es señal de arrepentido;
pero temo el ser sentido
y en grande peligro estoy:
que, en efeto, es mujer fuerte,
y estos hombres tan feroces,
que solamente sus voces
bastan a darme la muerte.
Gente siento. Aqueste tronco
su copa me ha de prestar.

(Celio, *criado de* Felisardo.)

Celio. Cansado estoy de buscar
al Rey y de voces ronco,
porque bien habrá tres días
que, corriendo esta montaña
hasta el mar que el pie le baña,
la atrueno con voces mías.
Agora he llegado a parte
que apenas sé dónde estoy
ni por qué camino voy,
si me acerque o si me aparte;
que es tan áspero, que asombra.
Quiero llamar. ¿Qué me tardo?
¿Felisardo? ¿Felisardo? [bra?)
Felisardo. (¡Válgame Dios! ¿Quién me nom-
Celio. ¿Felisardo? ¿Rey? ¿Señor?
Felisardo. (Celio es éste. Salir quiero.)
¡Celio!
Celio. Señor, si hoy no muero
poca fuerza tiene Amor.
Señor mío, ¡que haya sido
mi dicha tal, que yo sea
quien te halle y quien te vea!
¿Cómo es esto?
Felisardo. Estoy perdido.
Celio. Yo por buscarte lo he estado.
Comiendo frutas silvestres
y no en las camas terrestres
durmiendo del monte o prado,
sino en árboles subido
por el temor de las fieras.
Felisardo. ¡Oh, si caballo trujeras!
Celio. Señor, caballo he traído;
mas para bajar aquí
en unos pinos le até.
Felisardo. Camina.
Celio. Aquí le dejé.
Felisardo. Ya te sigo.
Celio. Ven tras mí.

(*Vanse.* Lucinda, Laurino, *villano.*)

Lucinda. ¿Que no está en toda la casa?
Laurino. Digo que no, mi señora.
Lucinda. ¡Alma, no seáis traidora,
decid luego lo que pasa!
Paréceme que responde
que este hombre es ido. ¡Ay de mí!
Laurino. ¿De qué te quejas ansí?
¿Qué te lleva si se asconde?
Lucinda. Laurino, siempre te tuve
por hombre, y hombre de bien.
Laurino. Habla y descansa también,
quita de ese sol la nube.
Págame en esto el amor,
y, si tu privanza he sido,
dime si aquel hombre huído
te lleva algo.
Lucinda. ¡Ay, Dios, mi honor
Laurino. ¿Qué dices?
Lucinda. Lo que es verdad.
Laurino. ¿Tu honor?
Lucinda. El honor me lleva.
Laurino. Yo presumo que haces prueba
de mi secreto y lealtad.
Lucinda. Esto es verdad. ¿Qué lo dudas?
Laurino. ¿No he de dudar, de quien eres,
tal cosa?
Lucinda. Somos mujeres.
Laurino. Señora, el color me mudas.
¿Que te ha gozado? ¿Tú eras
la que tan libre vivías?
¿La que las fieras seguías
y más fiera que las fieras?
Tú, que a tu padre jamás,
en razón de casamiento,
diste respuesta a contento,
¿de un hombre quejosa estás?
¡Hombre en tres días! ¡Un homb
forastero, pobre y solo!
Lucinda. Era más bello que Apolo.
Laurino. Confieso que es gentil hombre.
Pero más debió de ser
fuerza de tu estrella triste,
que ésta nunca se resiste.
Lucinda. Más cierto fué ser mujer.
Con mil caricias me dió
palabra de ser mi esposo,

y sobre el lazo amoroso
de nuestros brazos, juró.
Era notable hechicero.
Creo que le vi llorar
sobre quererle negar
mi honor, que cobrar no espero.
Que el hombre en aquel estado
muestra tal ansia y porfía,
que a una fiera vencería
de su deleite incitado.
Y como sobre querer
ruegos enternezcan tanto,
no te cause, amigo, espanto
que se rinda una mujer.

LAURINO. No me espanto. Ya me quejo
del traidor que te engañó.

LUCINDA. Juró, lloró, suspiró,
y más que decirte dejo.

LAURINO. Disculpada estás conmigo.

(ALBERTO, *villano, entre.*)

ALBERTO. Muesama, aquel forastero,
aquel galán caballero,
vuestro herido y nuestro amigo,
¿dónde iba tan de mañana?

LUCINDA. ¿Luego tú le viste ir?

ALBERTO. Y de este monte salir
en una yegua alazana.

LUCINDA. ¿En yegua?

ALBERTO. Sí, y aun con él
iba a pie un mancebo.

LUCINDA. ¡Ay, Cielo,
toda me ha cubierto un hielo!
Haced que vayan tras él.
Llamad mi padre y mi gente.
Pero, esperad, ¡ay de mí!,
que hablar con un padre así
no es término conveniente;
no sepa mi deshonor,
que le matará mi afrenta.
Parte, Alberto, y dale cuenta
de mi suceso mejor:
de que yo y el forastero
y Laurino a caza vamos,
y vuelve, que entre estos ramos
sentada esperarte quiero.

ALBERTO. Yo voy.

(*Vase* ALBERTO.)

LUCINDA. Laurino amigo,
has de hacer por mí una cosa.

LAURINO. No la habrá dificultosa.

LUCINDA. ¿Cierto?

LAURINO. Hasta morir contigo.

LUCINDA. Hoy hemos de ir a la corte,
yo en hábito de villano
y tú de mi tío o hermano,
cual más al negocio importe.
Que con este traje quiero
vengar mi honor y saber
quién me ha muerto.

LAURINO. ¿Puede ser
que ese es noble caballero
si ha hecho tan gran traición?

LUCINDA. Si de mí se despidiera,
menos picada estuviera
y con más satisfación.

LAURINO. ¡Que tu talle no le rinda!

LUCINDA. Tratará cosas más graves.—
¡Ah, villano, que no sabes
los aceros de Lucinda!

(*Váyanse* LUCINDA *y* LAURINO. *Sale* LISARDA.)

LISARDA. Dura ausencia entretenida
de una fingida esperanza,
¿qué bien es el que se alcanza
de una esperanza fingida?
Dicen que toda la vida
mata una esperanza loca
que la entretiene y apoca.
Pues ¿de qué sirve tener,
como Tántalo, el placer
adonde nunca se toca?
Las horas me vuelves días,
los días me vuelves años,
y en años de tantos daños
no engaño las ansias mías.
Parece, ausencia, que fías
tu ausencia para los ojos,
y es dar a la vida enojos
cuando un largo bien conquista,
que para tan larga vista
aun no tiene el alma antojos.
Ausente estoy de mi bien
y tan presente mi mal,
que sólo de estar mortal
pueden darme el parabién;
porque cuando me le den
saben que salgo de pena
y de una vida tan llena
de los males que hay en mí,
que, con ser donde nací,
la vengo a llamar ajena.

(*Entre* FIDENO, *criado.*)

FIDENO.

Bien será justo que me deis albricias.

LISARDA.

¿Hay nuevas de mi bien?

FIDENO.

Ya está en la corte.

LISARDA.

Este anillo te pon.

FIDENO.

Beso tus manos.

LISARDA.

¿Viene bueno?

FIDENO.

Cansado del camino.

LISARDA.

¿Dónde dicen que ha estado?

FIDENO.

En esos montes
que cerca el mar azul por una parte
y por la otra dos famosos ríos.

LISARDA.

En efeto, ¿perdido?

FIDENO.

En seguimiento
de una fiera. Mas dicen que ha tenido
unos pastores por humildes huéspedes.
Celio me dijo aqueso de su parte:
que salgas al balcón de tus jardines,
que el Rey te quiere ver desde sus rejas.

LISARDA.

Vuelve después, Fideno, por tu vida,
que le quiero escribir.

FIDENO.

Vestirse quiere
para salir gallardo por la corte,
y entonces es mejor que a tus ventanas
te pongas y le hables como sueles.

LISARDA.

Anda mi hermano con su honor tan necio,
como si fuese el Rey un hombre humilde.

FIDENO.

Tan buena eres como él; pero es vasallo,
y teme que esto el casamiento excuse.

LISARDA.

Yo voy a verle. ¡Ay, Dios, quién fuera lince!

FIDENO.

Señora, Amor te prestará sus ojos.

LISARDA.

Para sí los querría.

FIDENO.

¿Cómo?

LISARDA.

Es ciego.
Mira si viene el Duque y vuelve luego.

(*Vase* LISARDA.)

FIDENO. Amor, mirar es mejor
que jugar en tus tableros,
pues se llevan los terceros
los baratos del amor.
Ya las albricias son buenas,
pues gozan por tus derechos
los terceros los provechos
y los amantes las penas.
Si éste descansa y sosiega
y aquél se mata y suspira,
¡qué dichoso es el que mira!,
¡qué desdichado el que juega!

(*Entren* LAURINO, LUCINDA, *en hábito de villanos.*)

LUCINDA. ¡Pardiez, tío! Si nos dan
lo que el anillo merece,
que le vendáis me parece,
o trocalde a vino y pan.
Yo, aunque bobo, sé al decoro
de cada cual y me apaño
mejor al cobre y al paño
que no a la seda y al oro.

LAURINO. Calla, tonto, que no sabes
de esta sortija el valor.

LUCINDA. Pues, tío, aquí está un señor
de éstos de palacio graves.
Embestilde y preguntad
lo que os dice en su conciencia.

LAURINO. Dios guarde a su reverencia.

LUCINDA. Dios guarde a su majestad.

FIDENO. Pues ¿qué queréis, buena gente?

LUCINDA. Buena sea la su vida,
tan colmada y tan erguida
que hasta cien años se aumente.

FIDENO. ¿Tanta edad?

LUCINDA. Sí, si es holgada.
¿No ve que decir se suele

mozo el que nada le duele,
rico el que no debe nada?

FIDENO. ¿De dónde sois?

LUCINDA. De ese monte
que moja en el mar la falda
y a quien sirve de guirnalda
por todo el medio horizonte.
Habemos sólo venido
a vender este oro acá,
si alguien por ello nos da
lo que Dios fuere servido.

FIDENO. Mostrad a ver.

LUCINDA. Asilde, tío,
no se huya, que será el diablo.

FIDENO. Aguardadme mientras hablo
aquí con un deudo mío,
que luego vuelvo a salir.

LUCINDA. ¡Mal año!

LAURINO. ¡Eso no!

FIDENO. Esperad.

LUCINDA. Todo en la corte es maldad,
todo engañar y fingir.

LAURINO. Habesnos hallado fracos.

LUCINDA. ¡Pardiez, que estó por decillo!
Que los dueños de este anillo
son grandísimos bellacos.

FIDENO. Hablando ahora de veras,
este es muy fino metal
y este diamante es cristal.

LUCINDA. ¡Oh, que os echen en galeras!
Mostralde acá.

FIDENO. Veisle aquí.
¡Qué villano tan gracioso!
¡Qué bien vestido y qué hermoso!

LUCINDA. ¿Lisonjitas para mí?
Ya es tarde. No más razones
con bellacos palaciegos,
que entran en casa con ruegos
y salen a mojicones.

FIDENO. ¿Queréis servir?

LUCINDA. Sí ¡par Dios!—
Tío, ¿quiere que sirvamos?

LAURINO. ¿Querrános alguien a entrambos?

FIDENO. Yo mismo os quiero a los dos.

LUCINDA. Pues ¿tenéis vos autorencia
para darnos de comer?

FIDENO. Pues ¿no se me echa de ver?

LUCINDA. Rocinable es la presencia;
mas lo demás es maldito.

FIDENO. (¡Qué sabroso es el villano!
Este, hecho de mi mano,
valdrá un tesoro infinito.)
Ahora bien, estad conmigo.

LUCINDA. Quién sois, y hagamos concierto.

FIDENO. Sirvo al duque Floriberto,
y soy su deudo y amigo.

LUCINDA. ¿De lacayo y comprador?

FIDENO. Más noble soy que pensáis.

LUCINDA. Vuestro soy.

FIDENO. Conmigo estáis.

LUCINDA. Digo que sois mi señor.

FIDENO. Aguardadme un poco aquí.

(*Vase.*)

LUCINDA. ¿Dejó el anillo?

LAURINO. ¿Pues no?

LUCINDA. ¡Que no preguntase yo
por aquel bien que perdí!

LAURINO. Calla, que lugar habrá,
no entienda que le buscamos.

LUCINDA. ¡Ay, montes, selvas y ramos!
Todo es diferente acá.
¡Qué de casas! ¡Qué de gente!
¡Qué habrá también de mentiras!

LAURINO. Pues si las ventanas miras
mira un sol resplandeciente

(LISARDA *en alto.*)

que, como el oriente sale,
ha salido a aquel balcón.

LUCINDA. Tienes, Laurino, razón;
no hay sol que a su rostro iguale.
Si esto había por acá,
¿qué mucho que aquel traidor
se enfadase de mi amor
y que me dejase allá?

LAURINO. ¿Y habrá en la corte, señora,
igual de aquesa belleza?

LUCINDA. Si dijeras mi tristeza,
nadie me igualara ahora.

(*Acompañamiento grande, y detrás de él, el* DUQUE FLORIBERTO, *y el* REY FELISARDO.)

LAURINO. ¡Brava gente viene entrando
por esta calle!

LUCINDA. ¡Si fuese
el Rey, por que con él viese
el traidor que voy buscando!

LAURINO. ¿De qué oficio le servía?

LUCINDA. Secretario dijo que era.

FELISARDO. Iba siguiendo la fiera,
Duque, y acabóse el día;
pero no lo pasé mal,
que hallé una casa extremada.

FLORIB. Sería, en el campo hallada,
a su rustiqueza igual.

FELISARDO. No, a fe, sino tan altiva,
que aunque lo que soy dijera
en su riqueza cupiera,
porque fué cosa excesiva,
a que también atribuyo
que fué muy corta esa noche,
desde su enlutado coche
hasta que el sol sacó el suyo,
porque hubo una labradora,
dama en vestido y lenguaje,
que fué al desnudarme paje
y al resistirme señora.

LUCINDA. (¿Qué es lo que mis ojos ven?

LAURINO. Señora, ¿cuál de los dos
es el Rey?

LUCINDA. No sé, por Dios.
El otro me está más bien.

LAURINO. Habla a ese paje.)

LUCINDA. Señor,
¿cuál es el Rey?

CELIO. Este.

LUCINDA. ¿Cuál?

CELIO. El más bajo.

LUCINDA. (Mayor mal.

LAURINO. ¿Cómo?

LUCINDA. Imposible es mi amor,
el Rey mismo me ha engañado.)

FELISARDO. Duque, ¿es vuestra hermana?

FLORIB. Creo
que os quiere ver.

FELISARDO. Es deseo
del que yo tengo obligado.

LISARDA. Sea vuestra majestad
muchas veces bien venido.

FELISARDO. Hasta ahora no lo he sido,
aunque he visto la ciudad.
No hay bien sin veros a vos,
ni otro puede haber después.

LISARDA. Bésoos mil veces los pies.

LUCINDA. (¿También esto más? ¡Ah, Dios,
brava fortuna deshecha
viene contra mí, Laurino!

LAURINO. Salga el valor al camino
y vénzala.

LUCINDA. No aprovecha.)

LISARDA. Dícenme que allá os perdistes.

FELISARDO. Verdad fué.

LUCINDA. (Y a Dios pluguiera
que el Rey sólo se perdiera.

LAURINO. ¡Qué poco el dolor resistes!

LUCINDA. Amigo, no puedo más.)

FELISARDO. ¿Qué mandáis?

LISARDA. Serviros debo.

LUCINDA. (¿Hay otro tormento nuevo?
¿Hay más?

LAURINO. ¡Qué impaciente estás!)

FELISARDO. Vamos, Duque.

FLORIB. (¡Extraño caso!
¡Que éste calle la traición!
¡Oh, notable discreción!)

(*Vanse.*)

LAURINO. Ya se van.

LUCINDA. ¡Ay, que me abraso!
¡Ay, Laurino, que me pierdo!
¡Triste de mí!

LAURINO. Calla un poco.

LUCINDA. Para un tormento tan loco
no habrá sufrimiento cuerdo.
¡Que para mi desventura
se venga un Rey a perder
y que éste venga a tener
gracia, ingenio y hermosura!
¡Que habiendo sido yo fiera
con los hombres y inhumana,
y en el monte otra Diana
fuese algodón, lino y cera!
¡Que metiese yo en mi casa
y en el alma, que es peor,
un hombre Rey y traidor
que me deshonra y me abrasa!
¡Que en un hora me matase
y en un hora le creyese,
que a la noche me quisiese
y a la mañana dejase!
¡Que venga un hombre a buscar
que era mío a toda ley
y que venga a hallarle Rey
cuando, en fin, le vengo a hallar!
¡Que cuando yo le gocé
fuese un hidalgo perdido,
solo, perseguido, herido,
desamparado y a pie!
¡Que así me rinda y me ablande
y que cuando a pedir vengo
el honor que ya no tengo
se me vuelva un Rey tan grande!
¡Válgame Dios! No lo dudes,
Laurino, perderé el seso.

LAURINO. Bien acabarás con eso.
¡Bien a tu valor acudes!

LUCINDA. Pues ¿qué remedio me queda?

LAURINO. La paciencia y el vivir.
LUCINDA. Con la honra no hay pedir
paciencia o quien darla pueda.

(*Entre* FIDENO.)

FIDENO. A mi señora he contado,
amigos, vuestro donaire,
buen talle, brío, buen aire
en cuanto me habéis hablado,
y dice que os quiere ver
y la sortija comprar.
LUCINDA. ¿Luego allá habemos de entrar?
FIDENO. ¿Sabéis quién es?
LUCINDA. ¿No es mujer?
FIDENO. Mujer más de lo perfeto
de hermosura y bien nacida.
LUCINDA. Será mujer bien vestida;
pero mujer, en efeto.
FIDENO. Decilde algo, que es la dama
del Rey; daros ha un tesoro.
LUCINDA. ¿Hala gozado?
FIDENO. Eso inoro,
que está muy alta la cama.
LUCINDA. ¿Y no habrá lugar sin ella?
FIDENO. Puede ser.
LAURINO. Ella es gallarda.
¿Cómo se llama?
FIDENO. Lisarda.
LUCINDA. Pues, alto, vamos a vella.
Entrad primero los dos.
FIDENO. Ven[id], pues.
LAURINO. Ven[í], sobrino.
LUCINDA. Yo voy [allá.]
FIDENO. ¡Peregrino
donaire y brío, por Dios!

LUCINDA.

No teme tanto en noche rigurosa
los rayos el perdido caminante,
la furia de la mar el navegante,
la ira el preso en cárcel rigurosa,
la muerte el reo triste y afrentosa
ni que tanto al más cobarde espante
como la burla el mentiroso amante
a la mujer honrada y vergonzosa.
Dióles la lengua el Cielo por espada
y un loco amor en arrojarse ciego,
lince en la vista, honor en la sospecha.
Guárdese el Rey, que una mujer burlada
es rayo, es furia, es ira, es muerte, es fuego,
y su lengua, ofendida, hierba en flecha.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

AURELIO, *viejo.*
FLORIBERTO, *duque.*
FELISARDO, *rey,*
ALBERTO, *villano.*
GELIO, (1) *paje.*
LISARDA, *dama.*
LUCINDA, *en hábito de villano.*
FIDENO, *criado del Duque.*
ORANTEO, *caballero.*
TEBANO, *caballero.*
LIRENO, *caballero.*
LAURINO, *villano.*
DORISTO, *villano.*
CORIDON, *villano.*
LEONCIO, *gobernador.* (2)

(AURELIO, *viejo,* ALBERTO.)

AURELIO.

Cúbranse, Alberto, estas montañas míse-
de negro luto miserable y trágico [ras (3)
y aquesta verde tierra hasta sus céspedes
se seque y vuelva todo espinos ásperos.
Jamás el claro sol con rostro espléndido
rompa la nieve de estos montes rigidos
ni baje al mar con apacible estrépito
su deshecho cristal en aguas líquidas.
Las cortezas robustas de estos árboles
lloren en vez de gomas tiernas lágrimas,
caigan los nidos de los altos álamos
pazca el ganado hierbas veneníficas
y entre las tetas de las vacas fértiles
de ojo mueran los becerros tímidos.
La fruta de estos ramos copiosísimos
se pudra y seque entre sus verdes cáscaras;
mis parvas lleve tempestad horrísona
con espantosos rayos y relámpagos.
Todas las viñas con granizo súbito
desnude de ramos, hoja y pámpanos.
En fin, yo quede el hombre más paupérrimo
que agora tiene de la tierra el círculo,
con casa más estrecha que Diógenes.
¡Lucinda ausente con tan fiero escándalo!
¡Lucinda, luz y vida de mi espíritu!
¡Lucinda, de mi edad sustento y báculo!
¡Lucinda ya sin honra y en el número
de las perdidas y mujeres fáciles!
¡Acabóse mi vida! ¡Oh, muerte pálida!,
¿en qué se tarda de mi vida el término?

---

(1) Este paje no aparece en todo el acto. Quizá sea el CELIO criado del Rey que figura en toda la obra.
(2) Después le llama LEONATO.
(3) Dice el texto "mi ser"; pero como todo el pasaje está en esdrújulos, es de creer falten letras a este verso.

ALBERTO.

Pon, señor, a tus tristezas límite,
que para las fortunas es el ánimo.
No creas que mujer de tantos méritos
haría cosa menos que legítima
a su valor y condición, forzándola
algún suceso contra su propósito.

AURELIO.

Cuando los males son de aqueste género,
nunca te canses en andar solícito
por dar consuelo adonde son inútiles.
Yo siento justamente tan gran pérdida;
y si la del hacienda mueve a lástima,
del alma es hacienda el honor ínclito.
Haz cuenta que hoy será mi mortal tránsito.

ALBERTO.

No lo permita, Aurelio, el santo Júpiter.
Mira que el hombre, los que son infélices,
si es noble, siente como casos prósperos.
Yo quiero entre tu gente, pues es lícito,
ir a la corte, libro de estas fábulas,
donde, luego que halle tu capítulo,
volveré con las nuevas, alegrándote.
Y vuelve en ti, señor.

AURELIO.

Estoy atónito.
Parte, Alberto querido, y muda el hábito
para que seas de mis penas físico.
Mira si entre la gente, ruido y tráfago
de la ciudad, entre su tela y púrpura,
entre sus trajes limpios y políticos,
entre sus tratos falsos y sus máscaras
por dicha está la vida de un decrépito.

ALBERTO.

Cree que soy para estas cosas plático;
y aunque es de resistirse daño indómito,
te ruego que no seas pusilánime
ni para tu perdido honor tan crédulo.

AURELIO.

Esto es conforme, Alberto, a un pecho rústico.
Estaré solamente melancólico
y los sentidos en contienda bélica
hasta que vea aquella luz angélica.

(*Váyanse. Salgan el* REY FELISARDO, *y el* DUQUE FLORIBERTO.)

FELISARDO. Iba yo, pues, por el monte,
duque amigo Floriberto,
de tan gran maldad incierto;
y si no a pensarla ponte,
verás si en quejarme acierto.
Dejé el caballo, y a pie
quise bajar y bajé
hasta la orilla del mar.

FLORIB. No me acabo de admirar.
¡Bravo atrevimiento fué!

FELISARDO. Allí los reprehendí
de que venían hablando
muy falsos detrás de mí.

FLORIB. De cólera estoy temblando.
¡Que no me hallara yo allí!

FELISARDO. Pues, Duque, si tú estuvieras
¿se atrevieran los cobardes,
aunque quien eres no fueras?
Por vida tuya, que aguardes
hasta el fin, si verle esperas.

FLORIB. Prosigue, que el gran amor
que te tengo a tal furor
me incita, que apenas puedo.

FELISARDO. En fin, cubiertos de miedo
abren su pecho traidor.
Descúbrenme que querían
matarme; la espada empuño
y, aunque de mí se desvían
viendo la mano en el puño,
con risa me desafían.
Yo les digo que el valor
del Rey no sufre temor,
y, sacando la que ves,
me afirmo con todos tres.

FLORIB. Esta no fuera mejor.

FELISARDO. Tírame de aquí el primero,
aquí reparo, allí tiro
al segundo y el tercero
me comete; éste retiro,
y vuelve el otro más fiero.
Reparo y ciérranse.

FLORIB. ¡Ah, Dios,
no estuviéramos los dos!

FELISARDO. Aquí llegó la mujer,
y podéis, Duque, creer
que no hicistes falta vos.
Era una bella aldeana,
con el traje varonil
y hermosura de Diana,
diestra, animosa y gentil
y, en efeto, diosa humana.
Así los sigue y ofende,
que los rinde y me defiende.
Huye el primero Oranteo,
y, vuelta de su trofeo,

en su hermosura me prende.
Llévame a su casería,
donde una herida pequeña
me cura y luego me enseña
la que en el alma tenía,
cera entonces y antes peña.
Que es muy propio en la mujer,
si ha defendido algún hombre,
cobrarle amor y querer.

FLORIB. ¿No le dijiste tu nombre?

FELISARDO. No, que era echarme a perder.
Caséme, Duque, con ella
haciéndome secretario
del Rey, y, al fin, gocé de ella.

FLORIB. ¿Todo eso fué menester?

FELISARDO. Era noble, honrada y bella.

FLORIB. ¿Qué es lo que mandas hacer
en venganza de esa gente?

FELISARDO. Ya no se podrán prender;
pero tú podrás saber
dónde están secretamente.

FLORIB. Fía que lo haré de suerte,
si la tierra no los traga
y en sí mismo los convierte,
que la traición satisfaga
su vil y afrentosa muerte.

FELISARDO. Si se confiscan sus bienes
o sus tierras es decir
lo que pasa.

FLORIB. Razón tienes.
Déjamelos perseguir
mientras tu enojo entretienes.

FELISARDO. En sabiendo adónde están
avísame.

FLORIB. ¡Qué enemigo
desde agora en mí ternán!

FELISARDO. Dejemos ya, Duque amigo,
cosas que pena me dan
y hablemos en las de gusto.

FLORIB. ¿Saldrás esta noche?

FELISARDO. Sí.

FLORIB. Que yo te acompañe es justo,
porque andando solo ansí
no te suceda un disgusto.

FELISARDO. Ven.

FLORIB. Voy a desnudarme,
y, con espada y rodela,
vuelvo a servirte y honrarme.
(Trazando voy la cautela
con que tengo de vengarme.)

FELISARDO. ¿Duque?

FLORIB. ¿Señor?

FELISARDO. Esa tierra
que entre vuestra tierra tengo,
a vuestra hacienda hace guerra,
que no se junta ni cierra
porque la aparto y detengo,
¿qué lugares [son]?

FLORIB. Señor,
son muchos.

FELISARDO. ¿Cuántos son?

FLORIB. Veinte.

FELISARDO. Vuestros son.

FLORIB. Por tal favor
me dad los pies.

FELISARDO. Solamente,
Duque, me debéis amor.
Andá en buen hora.

FLORIB. Esta vida,
esta sangre es vuestra toda.

FELISARDO. Id con Dios.

FLORIB. (Ya no hay qué impida
la venganza que acomoda
a la afrenta recebida.)

(*Váyase el* DUQUE. *Entre* CELIO.)

CELIO. Deseaba que se fuese
para darte este papel.

FELISARDO. ¿Qué importaba que te viese?

CELIO. Es malicioso, y por él
puede ser que algo entendiese.

FELISARDO. ¡Oh, letras de aquella mano,
imprimid en esta boca
aquel sello soberano!

(*Lee:*)

"De vuestro amor estoy loca,
como de celos mi hermano.
Venid esta noche a verme,
que tengo que hablar con vos
mientras está fuera o duerme,
y guárdeos mil años Dios,
que es el bien que puede hacerme."
¿Celio? ¿Celio?

CELIO. ¿Señor?

FELISARDO. Parte;
di que me den de vestir.

CELIO. Cuando tanto vi alegrarte
pensé que querías pedir
algo que darme.

FELISARDO. ¿Que darte?
Así, merced quiero hacerte.

CELIO. Estas cosas se te olvidan.

FELISARDO. ¿Qué quieres?

CELIO. Advierte (1)
que gustan de que los pidan
los reyes.
FELISARDO. Pedir es muerte.
CELIO. Si pido como quien soy,
¿no has de dar como quien eres?
FELISARDO. A Heraclia obligado estoy,
tu hermana, para alfileres,
tres mil ducados le doy.
CELIO. Beso tus pies.
FELISARDO. Di que luego
alguna gala me den.
CELIO. Grande es tu fuego, Amor ciego,
que aun los que lejos se ven
se calientan a tu fuego.

(*Vanse.* LISARDA, *y* LUCINDA, *de villano.*)

LUCINDA. Bien digo yo que en la corte
pocos dejan de mentir.
LISARDA. Verdad suelo yo decir
aunque la vida me importe.
LUCINDA. No os dé aquesto pesadumbre,
porque es en la corte gracia
decir verdad por desgracia
y mentira por costumbre.
LISARDA. ¡Qué temeroso que estás
de la ciudad y su trato!
LUCINDA. Allá, señora, en el hato
no mos engañan jamás.
Si topo una pura fuente,
es agua como se ve;
si a un árbol, es lo que hué,
sin que se mude ni ausente.
Si antaño en el monte vi
crecer juntos seis castaños,
hogaño, y aun por mil años,
seis castaños hay allí;
si allí dejo con su madre
un lechón, allí se ve,
y mañana le hallaré
tan lechón como su padre.
El sí por sí, el no por no
bueno es que vos prohidiéis,
que el anillo que tenéis
es vuestro y tráigole yo.
LISARDA. Digo que sin duda es mío
y que es en extremo bueno.
LUCINDA. Falso le llamó Fideno.
¡Oh, hideputa, jodío!

(1) Verso corto.

LISARDA. ¿Cómo falso? Yo le di
al Rey por mucha amistad.
LUCINDA. (Sin duda dice verdad, (*Aparte.*)
porque el Rey me le dió a mí.)
¿Que al Rey se le distes vos?
LISARDA. Al Rey.
LUCINDA. Pues ¿mejor no huera (1)
que el señor Rey os le diera?
Todo anda al revés, ¡por Dios!
LISARDA. ¿Cómo vino a tu poder?
LUCINDA. Dióle en un monte un señor
de hospedaje a un labrador,
y trújele yo a vender.
LISARDA. Pues el Rey era, Lucindo,
que en el monte se perdió.
LUCINDA. ¡Que no lo supiera yo!
LISARDA. ¿No es muy galán?
LUCINDA. Es muy lindo.
¡Voto al sol, si lo supiera
que no estuviera yo aquí!
LISARDA. ¿Cómo?
LUCINDA. Quedárame allí
y al Rey como al Rey sirviera;
que el no le haber conocido
me ha traído como ves.
LISARDA. No llores.
LUCINDA. Vos no sabés
lo que he ganado o perdido.
LISARDA. ¿Qué pudiste tú ganar
ni qué pudiste perder?
LUCINDA. Pudiérame el Rey hacer
obispo de mi lugar,
y el diabro no conjuró
que le conociera entonces.
LISARDA. Basta que agora comiences
a conocerle.
LUCINDA. Eso no.
LISARDA. Calla, que yo le diré
lo que te quiero y mereces.
LUCINDA. ¿Viénela a ver muchas veces?
LISARDA. Sí.
LUCINDA. Y ¿quiérele?
LISARDA. Sí, a fe.
Y aun esta noche le espero.
LUCINDA. ¿Esta noche?
LISARDA. Sí, esta noche.
LUCINDA. ¿Vendrá a caballo o en coche?

(1) En el texto, "hubiera"; pero será errata. Lucinda habla como rústica, y por eso dijo antes "hué" por "fué". Aquí "huera" por "fuera", que es el verbo propio.

LISARDA. Sólo con un caballero,
que en secreto quiere hablarme.
LUCINDA. ¡Mal año!
LISARDA. No hables ansí.
LUCINDA. Si el mal año es para mí,
bien puedo yo malañarme.
Guárdeos, que suele uno de éstos,
conquistando una ciudad,
fingir mucha voluntad
y propósitos honestos;
jurar en cuanto se ofrezca
y, en ganando la muralla,
salirse de la batalla
antes que Dios amanezca.
Por eso echalde un atajo
y no creáis fe ni anillo,
que una vez roto el portillo
hay después mucho trabajo.
LISARDA. No hayáis miedo que me venza.
LUCINDA. Escaparéis del garlito
si le echáis al apetito
una llave de vergüenza;
pero si os dejáis llevar
y la echáis a las espaldas,
por Dios, que os corten las faldas
por vergonzoso lugar.
LISARDA. Del valor del Rey estoy
segura.
LUCINDA. Es hombre, aunque Rey,
y no les alcanza ley
con decir: "Yo soy quien soy."
¿Por qué el Duque le aborrece?
LISARDA. Porque le halló en esta sala
y a la ventana una escala.
LUCINDA. ¿Honra es eso?
LISARDA. Honra parece.
Pero quien tanto repara
mal con los reyes porfía.
LUCINDA. Si fuerais hermana mía,
voto al sol que os achocara.
LISARDA. Tarde es ya. Quiérome ir
a saber cuándo vendrá.
LUCINDA. Dadme mi anillo.
LISARDA. Aquí está.
LUCINDA. Pues ¿qué le pensáis decir?
LISARDA. Déjame a mí, que yo haré
que te valga mil ducados.

(*Váyase* LISARDA.)

LUCINDA. Valdráme dos mil cuidados
porque es oro de mi fe;
mas miento, que es de la suya,
y falso debe de ser.
Alma, ¿qué habemos de hacer?
Grande fortuna es la tuya.
Toma tu falso diamante,
Rey engañoso y cruel;
un día amante fiel
y una noche falso amante.

(FLORIBERTO, *vistiéndose, de noche, y* FIDENO, *criado.*)

(El Duque es éste.)
FLORIB. Esa hoja
¿es buena?
FIDENO. Es tiesa y ligera.
FLORIB. Dame una capa cualquiera.
Esta es tiesa, es blanda y floja.
Dame un estoque.
FIDENO. Este lleva
por mi cuenta.
FLORIB. Ahora bien, vaya;
si hace como se ensaya
no me contenta la prueba.
¡Qué rodela tan pesada!
FIDENO. Triste estás. Todo te enoja.
FLORIB. Quien a tanto mal se arroja
ninguna cosa le agrada.
Parece que hay gente ahí.
LUCINDA. ¡Oh, señor!
FLORIB. ¿Quién es?
LUCINDA. Yo soy.
FLORIB. ¿Dónde, Lucindo?
LUCINDA. Aquí voy.
Y vos, ¿dónde vais así?
FLORIB. Voy a matarme con otro.
LUCINDA. Hecho vais un Cipión.
¡Mal año, qué sopetón
daréis con ese quillotro!
FLORIB. Ahora bien, éntrate allá.
LUCINDA. ¿Queréis que vaya con vos?
FLORIB. Tengo de ir solo.
LUCINDA. (¡Por Dios,
que mil sospechas me da!
Detrás de aqueste damasco
me quiero un poco esconder.)

(*Escóndese.*)

FLORIB. ¿Fuése?
FIDENO. Ya se fué.
FLORIB. Traer
me puedes también el casco.
FIDENO. ¿Quieres que vaya contigo?
FLORIB. No, sino vete de aquí.
Cierra y vete.

FIDENO. Harélo ansí.
FLORIB. Ya estoy solo. ¿Hola? ¿Qué digo?

(*Salgan embozados* ORANTEO, TEBANO *y* LIRENO.)

ORANTEO. Pues, Duque, ¿es hora de ir?
FLORIB. Ya os podéis desembozar.
TEBANO. En efeto, ¿habrá lugar?
FLORIB. Esta noche ha de morir.
LIRENO. ¿Hate contado el suceso?
FLORIB. Lo que pasa me ha contado,
y de prenderos me ha dado
la comisión.
ORANTEO. ¡Bueno es eso!
FLORIB. Yo le llevaré a la calle
donde ha de hablar con mi hermana.
Si llegáis, su muerte es llana.
ORANTEO. ¿Hay más de llegar y dalle?
Pero el fiarse recelo
tanto de ti.
FLORIB. Sí hará.
TEBANO. Y después ¿quién reinará?
LIRENO. El Duque.
FLORIB. ¡Quiéralo el Cielo!

(*Váyanse los cuatro. Salga* LUCINDA.)

LUCINDA. ¿Hay cosa igual? ¡Ah, traidores!
Sin duda que aquéstos son
de la pasada traición
o los cómplices o autores.
¡Qué estrella tiene este Rey
tan venturosa conmigo,
o yo, que a su bien me obligo,
siendo hacello injusta ley!
Pero ¿quién con tal contento
interrompe mis razones?

(LAURINO, ALBERTO, *labradores.*)

ALBERTO. Con tan justas ocasiones
no es mucho que siga al viento.
Pero hasme maravillado
con decir que aquel perdido
era el Rey.
LAURINO. El mismo ha sido.—
Aquí hay gente.
LUCINDA. ¡Alberto amado!
ALBERTO. ¡Señora mía!
LUCINDA. Sosiega,
que nos pueden escuchar.
ALBERTO. Oye.
LUCINDA. ¿Vendrásme a buscar?
ALBERTO. Ya sé el amor que te ciega
y toda la triste historia.
LUCINDA. ¿Mi padre?
ALBERTO. Llorando queda,
que no hay consuelo que pueda
entretener su memoria.
LUCINDA. A muy mal tiempo has venido.
Buscad los dos tres espadas.
LAURINO. Yo las compraré extremadas.
LUCINDA. Pues alto, mudad vestido,
que ya os diré para qué.
LAURINO. Basta que servirte sea.
LUCINDA. Salid y ninguno os vea.
ALBERTO. ¿Que el Rey te ha burlado?
LUCINDA. El fué.

(*Vanse. Entre el* REY, *de noche, y* CELIO.)

FELISARDO.

Creo que ya me tienes entendido.

CELIO.

Bien sé lo que me dice vuestra alteza,
y estoy de los engaños advertido.

FELISARDO.

Esto requiere, Celio, gran destreza.

CELIO.

El Conde ¿ya no queda prevenido?

FELISARDO.

Y sabe nuestra historia de cabeza.

CELIO.

Pues descuida de mí.

FELISARDO.

Calla, que viene.

CELIO.

¿Un Rey a su vasallo miedo tiene?

FELISARDO.

No puede, Celio, un rey tener más miedo
que parecer tirano.

FLORIBERTO.

¿Heme tardado?

FELISARDO.

A muy buen tiempo vienes. Hoy te quedo
para mientras vivieres obligado.

FLORIBERTO.

Doite mi sangre y doite lo que puedo.

FELISARDO.

¡Pluguiera a Dios que me la hubieras dado!

FLORIBERTO.

Siempre, señor, me haces mil mercedes.

FELISARDO.

(¡Ah, fuerza de justicia, cuánto puedes!
¡Que se recate un Rey de su vasallo!)

FLORIBERTO.

¿Dónde quiere que vamos vuestra alteza?
Que si es lejos podrá tomar caballo.

FELISARDO.

Fuera en mis años desigual flaqueza.
Gracias a Dios que en los que tengo hallo
bríos, valor, salud, fuerza y destreza
para correr a pie la noche toda.

FLORIBERTO.

Pues a lo que [me] mandas me acomoda.

FELISARDO.

¿Tienes amor?

FLORIBERTO.

¿No soy de carne y hueso?

FELISARDO.

Vamos a ver tu dama.

FLORIBERTO.

Está acostada.

FELISARDO.

¿Es casada?

FLORIBERTO.

No sé; no me confieso.

FELISARDO.

Música puedes darle si es casada.

FLORIBERTO.

Tiéneme escarmentado un mal suceso.

FELISARDO.

¿Cómo?

FLORIBERTO.

Llevé una música extremada
y díjome que nunca la sirviese
con gracias que otro por mi nombre hiciese.

FELISARDO.

Esa mujer es pícara.

FLORIBERTO.

Es bellaca.

FELISARDO.

En fin, ¿no la veremos?

FLORIBERTO.

No podremos.

FELISARDO.

Pues dale, por tu vida, una matraca,
o a la ventana piedras le tiremos.

FLORIBERTO.

¿Y si el marido la cabeza saca?

FELISARDO.

También en la cabeza le daremos,
y vendráte muy bien, que si se enviuda
la gozarás sahumada y aun desnuda.

FLORIBERTO.

¡Que mejor es [que tenga] quien la guarde!

FELISARDO.

Espántome que seas de ese voto.

FLORIBERTO.

Un imposible las entrañas arde.

FELISARDO.

Ese me tiene todo el pecho roto.

FLORIBERTO

Yo vi en aquellas rejas esta tarde
un cierto serafín, aunque remoto.

FELISARDO.

¿Puédese entrar?

FLORIBERTO.

El Rey todo lo puede;
no hay cosa, aunque guardada, que no ruede.

CELIO.

Aquí, señor, dos hermanillas viven.
La una es rubia...

FELISARDO.

Es oro que no alegra.

CELIO.

La otra es pelinegra.

FELISARDO.

Al fin, ¿reciben?

CELIO.

Pienso que sí.

FELISARDO.

Pues sus ventanas quiebra.

FLORIBERTO.

¿Son ésas las que cantan y que escriben?

CELIO.

La rubia canta; escribe bien la negra.

FELISARDO.

La rubia cantará si ángel se pinta,
y escribirá la negra como tinta.

FLORIBERTO.

Por estas rejas unos rizos saca
una mujer que es una perla.

FELISARDO.

Llama.

FLORIBERTO.

Suele dormir las siestas en hamaca.

FELISARDO.

¿Quién duda que esté agora en mejor cama?

CELIO.

Aquí vive una gorda.

FLORIBERTO.

Aquí una flaca,
y a fe que este balcón es de una dama
que era, a tener salud, linda señora.

FELISARDO.

Si la ha gastado, que lo pague agora.

CELIO.

Una niña hay aquí como un confite.

FELISARDO.

Dásela a un viejo, que los mozos todos
más se huelgan de puntos para embite,
que dicen que de Amor saben los modos.

FLORIBERTO.

Una vieja hay aquí que se derrite.

FELISARDO.

Dile, por vida tuya, dos apodos.

FLORIBERTO.

Es medio bruja.

CELIO.

Pues tendremos fiesta.

FELISARDO.

¿Duque?

FLORIBERTO.

¿Señor?

FELISARDO.

¿No es vuestra casa ésta?

FLORIBERTO.

La misma, que no habéis muy poco andado.

CELIO.

¿He de ir adonde dijo vuestra alteza?

FELISARDO.

Vaya el Duque contigo.

FLORIBERTO.

¿Y de tu lado
me he de apartar?

FELISARDO.

Segura es mi cabeza.

FLORIBERTO.

¿Dónde es?

CELIO.

Importa al Rey.

FLORIBERTO.

(Bien se ha trazado.)
Adiós, señor. (Hoy mi fortuna empieza.)

FELISARDO.

Aquí os aguardo, Duque; volved luego.

FLORIBERTO.

(¡Qué libertad, oh amor desnudo y ciego!)

(*Vanse, y queda el* REY *solo. Lisarda en alto.*)

LISARDA. ¿Hay en la calle acaso alguno?
FELISARDO. Uno.
LISARDA. ¿Y espera en esta calle [a] alguna?
FELISARDO. A una.
LISARDA. ¿Luego amor le importuna?
FELISARDO. Importuna.
LISARDA. ¿Pretenderá remedio alguno?
FELISARDO. Alguno.
LISARDA. ¿Parece ya importuno?
FELISARDO. Ya importuno.
LISARDA. ¿Dirá que a la fortuna?
FELISARDO. A la fortuna.
LISARDA. No llegue el loco si tray luna.
FELISARDO. Hay luna.
LISARDA. Pues iráse de favor ayuno.
FELISARDO. Ayuna. (1)
LISARDA. ¿No me dirá lo que procura?
FELISARDO. Cura.
LISARDA. Cómo, señor, ¿viene abrasado?
FELISARDO. Asado.
LISARDA. ¿Y dura el mal en su cordura?
FELISARDO. Dura.

(1) Así en el original.

LISARDA. ¿Que se le abrasa estando helado?
FELISARDO. El lado.
LISARDA. Y ¿qué le dice la perjura?
FELISARDO. Jura.
LISARDA. ¿Que jura darle el bien prestado?
FELISARDO. Estado.
LISARDA. No os quiero desconocer.
Rey mío, llegaos acá.
FELISARDO. Ya comenzaba a temer.

(LUCINDA, LAURINO, ALBERTO, *de noche, con espada.*)

LUCINDA. (Hablando con ella está.
Mirad lo que vengo a ver.
LAURINO. Cuanto intentas, es tu daño;
cuanto miras, tu deshonra;
cuanto conciertas, tu engaño.
LUCINDA. Hay que buscar desengaño;
es condición de la honra.)
LISARDA. ¿Qué hicistes aquel anillo
que os di una tarde en la mar?
FELISARDO. Aquí está.
LISARDA. Mandalde atar
a este listón amarillo.
LUCINDA. (Esto me importa escuchar.)
FELISARDO. Ya le ato.
LISARDA. Atalde, pues.
FELISARDO. (Cosa que conozca y vea
que no es él.)
LISARDA. Este no es
el que yo os di.
FELISARDO. Que no sea,
vale doblado interés.
LISARDA. Las prendas de voluntad
no tienen, Rey, su valor
en lo que es la cantidad,
que la cantidad de amor
consiste en la calidad.
Una cinta es de gran precio.
Allá vuelve el que me distes
y el que os di, pues le perdistes.
FELISARDO. (¡Oh, cómo fuí, en darle, necio!)
LISARDA. ¿Qué dices?
FELISARDO. Que bien dijistes.
Pero ¿cómo pudo ser
venir a vuestro poder?
LISARDA. Vino a la corte un villano
de vuestra huéspeda hermano,
y pretendióle vender.
FELISARDO. (¡Ay de mí! ¿Si lo ha sabido?)
LISARDA. Pues es mi medio truhán,
que en casa le he recebido.
LUCINDA. (Buenos mis intentos van,
que no dirán que he venido.
Que yo le truje a vender
creerá el Príncipe necio.
¿Si volverá a mi poder?
Mira, mujer, que es el precio
del honor de otra mujer.)
FELISARDO. (¿Que aquélla tan arrogante
dió joya para vendida
que fué de su honra y vida?
Mas efeto semejante
nació de ser mal nacida.)
Lisarda, hacedme placer
que me le enviéis mañana,
que le quiero hablar y ver.
LISARDA. ¿Qué tuvistes con su hermana
que allá le habéis menester?
FELISARDO. (Sí lo sabe. ¿Cómo es esto?
¡Qué notable confusión!)

(*Entran* ORANTEO, LIRENO *y* TEBANO.)

ORANTEO. (Solo parece en el puesto.)
LUCINDA. (Estos los traidores son.
Sacad las espadas presto.)
TEBANO. ¡Muera el infame que afrenta
al Duque!
FELISARDO. ¡Teneos, villanos,
que soy el Rey!
LIRENO. Rey se cuenta.
LUCINDA. ¡Fuera, infames, inhumanos!

(*El* REY, *y* LAURINO, *y* ALBERTO, *vayan tras los dos, y caiga* ORANTEO.)

ORANTEO. Todo a mal tiempo se intenta.
LUCINDA. Este ya cayó en el suelo.
FELISARDO. Seguildos, honrada gente,
que soy vuestro Rey.
ORANTEO. El Cielo
me castiga justamente.
LUCINDA. ¿Quién eres?
ORANTEO. Tente y diréla.
LUCINDA. Presto, o pasaréte el pecho.
ORANTEO. Un deudo del Rey.
LUCINDA. ¡Traidor!
¿Su deudo y traición le has hecho?
ORANTEO. Si supieras qué es amor
volvieras por mi derecho.
LUCINDA. ¿Si sé qué es amor? ¡Ay, triste!
Mas di, ¿cómo aquí veniste?
ORANTEO. El autor de este concierto
es el duque Floriberto.
LUCINDA. Ya sé que con él saliste.
ORANTEO. Pues ése me prometía

su hermana si al Rey mataba.
Yo, que en extremo la amaba,
mi propia sangre vertía,
y también celoso estaba,
que celos ¡qué no podrán!

LUCINDA. (Si esto entiende el Rey, yo creo
que mis esperanzas van
perdidas con mi deseo.)
Ahora bien, dame el rescate
de tu vida; ve a esconderte
antes que acierten a verte.

ORANTEO. Cuando el Rey vuelva y me mate.
Yo voy cercano a la muerte.
Toma esta banda, y perdona.

(*Váyase* ORANTEO.)

LISARDA. ¡Oh, gallardo caballero!

LUCINDA. (Lisarda es ésta, ¿qué espero?)

LISARDA. ¡Quién viera vuestra persona!
¡Qué brazos! ¡Qué fuerte acero!
El Rey os debe la vida.

LUCINDA. Bien podéis decir que dos,
que otra ha tenido perdida;
pero págame, ¡por Dios!,
siempre con *la fe rompida.*
Si vos, como la obligada
a la vida que estimáis,
lo estáis también de mi espada,
me pagaréis si me dais
en vuestro pecho posada,
porque soy un forastero
que hallarla esta noche aguardo
por amor o por dinero.

LISARDA. ¿Cómo os llamáis?

LUCINDA. Felisardo,
que en él vivo y por él muero.

LISARDA. Si el nombre del Rey tenéis,
¿qué mucho que le ayudéis?

LUCINDA. Al Rey se debe acudir;
oíle y os oí decir,
y dile el favor que veis.
Otra noche, allá es mejor
que le tengáis que no aquí,
si tiene competidor.

LISARDA. Adentro, si no es en mí,
no hay otro lugar, señor.

LUCINDA. ¿Cómo?

LISARDA. Tengo quien lo impida.

LUCINDA. Pues ¿quién sois?

LISARDA. Mujer por quien
hay quien le quite la vida.

LUCINDA. ¿Que sois tan mujer de bien?

LISARDA. Como el Rey soy bien nacida.

LUCINDA. ¿Luego aquesto es casamiento?

LISARDA. Esa palabra me ha dado.

LUCINDA. Pues es palabra de viento;
que yo sé a quien la ha negado
habiéndole dado ciento.

LISARDA. ¿Queréis pasar por aquí
mañana?

LUCINDA. Señora, sí.—
Gente viene.

LISARDA. Adiós.

LUCINDA. Adiós.

(*Entre el* REY.)

FELISARDO. ¡Que se me huyesen los dos!
¡Que a ninguno conocí!—
¿Quién va allá?

LUCINDA. Un hombre.

FELISARDO. ¿Quién es?

LUCINDA. Quien ha muy poco que es hombre.

FELISARDO. ¿Y qué hombre sois?

LUCINDA. ¿No lo ves?

FELISARDO. Di el nombre.

LUCINDA. Un hombre sin nombre,
que os ha librado de tres.

FELISARDO. ¿Sois vos caballero?

LUCINDA. Soy
el que la honra y la vida,
que es lo más que tengo, os doy.

FELISARDO. De la merced recibida
en obligación estoy.
Tomad aqueste diamante
en prendas de que mañana
tendrá premio semejante.

LUCINDA. Será mi esperanza vana
por presto que me levante.

FELISARDO. ¿Cómo así?

LUCINDA. Porque de suerte
madrugáis, que no os veré
aunque al aurora despierte;
que, entrando herido y a pie
salís a caballo y fuerte.

FELISARDO. No os entiendo, por mi vida.
Tomad el anillo.

LUCINDA. Digo
que es prenda de *fe rompida;*
y no es premio, que es castigo
de voluntad ofendida.

FELISARDO. Que bien podéis admitillo
mientras que prendas tengáis.

LUCINDA. Quiero, señor, recibillo,

pues a fe que me pagáis
dos vidas con este anillo.
Pero quiéroosle volver,
que, volviéndose a ofrecer
otra vida que guardar,
me le volveréis a dar
y le volveré a tener;
pero no digáis que os niego
lo que os debo en recibillo.

FELISARDO. Que os declaréis más os ruego.

LUCINDA. Basta, que hacéis este anillo
malilla de vuestro juego.
Sea casamiento o vida,
todo con él lo pagáis.

FELISARDO. No entiendo lo que me habláis.
Si os quejáis de *fe rompida*,
conmigo en vano os quejáis;
y de esto tengo entendido
que no me habéis conocido.

LUCINDA. ¿No sois vos Albano?

FELISARDO. No;
Felisardo, el rey, soy yo.

LUCINDA. ¿El Rey? Esos pies os pido.

FELISARDO. Ahora bien, venid mañana,
que os he de hacer gran merced;
y esta obligación tan llana
de ser quien soy la creed,
sí, por vida de mi hermana.

LUCINDA. Vuestra alteza me perdone.

FELISARDO. No conocerme os abone.
Sois valiente caballero.
Andar con vos siempre quiero.

LUCINDA. Hierros tu alteza me pone.

FELISARDO. ¿Dónde vais ahora?

LUCINDA. Voy
donde unos amores tengo.

FELISARDO. ¿Sois forastero?

LUCINDA. Sí soy,
que sólo a gozarlos vengo
desde el lugar donde estoy.

FELISARDO. ¿Queréis fiarme quién es,
y a fe de Rey de guardaros
la puerta?

LUCINDA. ¿Por que después
pueda honrarme de igualaros,
que es el mayor interés?
¿Veis esta casa? Aquí vive.

FELISARDO. ¿Es dama de la Duquesa?

LUCINDA. Señor, vuestra alteza estribe
en que mi pecho concibe
más alta y dichosa empresa.

FELISARDO. ¿Es ella acaso?

LUCINDA. De un Rey
bien se puede esto fiar.

FELISARDO. (¿Qué es lo que vengo a escuchar?)

LUCINDA. Sois quien sois, y es justa ley
este secreto guardar.

FELISARDO. Aquí me habéis de decir
quién sois, cómo y de qué suerte.

LUCINDA. Ese es negocio muy fuerte.
Primero pienso morir. (1)
Pero si no lo creéis,
aguardadme aquí y veréis
cómo me entro y quedo allá.

FELISARDO. ¿A ver?

LUCINDA. Adiós.

FELISARDO. ¡Allá va!

(*Entrase* LUCINDA.)

¡Ay, ojos!, ¿qué es lo que veis?
¡Vive el Cielo, que está dentro
y que [al] corredor subió!
¿Qué me detengo y no entro?

(FLORIBERTO, *duque, y* CELIO.)

FLORIB. Aquí, Celio, el Rey quedó.

FELISARDO. ¿Quién va allá?

CELIO. ¡Gentil encuentro! (2)

FLORIB. ¿Es vuestra alteza?

FELISARDO. Yo soy,
que aquí he desesperado.

FLORIB. Pues ¿cómo?

FELISARDO. Hanme acuchillado
tres hombres.

FLORIB. ¡Que nunca estoy
con esta espada a tu lado!
¿Hay desdicha como ésta?

FELISARDO. Uno se ha entrado en tu casa.
Tu casa me manifiesta.

(*Entre* LAURINO *y* ALBERTO.)

LAURINO. (Gente por la calle pasa. (3)
Alberto, la espada apresta.)

CELIO. Gente viene aquí.

FLORIB. ¿Qué gente?

LAURINO. Un hombre que ha defendido
al Rey.

FLORIB. ¡Oh, mozo valiente!

FELISARDO. Yo os prometo que lo ha sido.
Dile que el suceso cuente.

---

(1) Falta un verso a esta quintilla.
(2) El texto, por errata, dice "concierto".
(3) También por errata dice el texto "suena".

LAURINO. Fuimos tras ellos los dos
desde que os quedastes vos,
gran señor, y al fin, vencidos,
se rindieron, y, rendidos,
piden las vidas por Dios.
Estas les di, mas de suerte
que se trocase en prisión
el rescate de su muerte.

FELISARDO. ¿Y están presos?

LAURINO. ¿No es razón?
En cadena y cárcel fuerte.

FLORIB. ¿Hay semejante ventura?

FELISARDO. Agora, Duque, sabré
quién la muerte me procura.

FLORIB. Huélgome que no seré,
que el buen Celio me asegura.

FELISARDO. Y aunque no fueras con él,
te tengo yo por fiel.—
¿Quién sois, amigos?

ALBERTO. Criados
de un hidalgo.

FELISARDO. Sois honrados.
Estoy bien servido de él.

LAURINO. ¿Dónde se fué?

FELISARDO. No le he visto.
Pero de los tres traidores
que en aquesta puerta embisto,
uno está dentro, señores.

FLORIB. ¿Cómo el matarlo resisto?
Aguarde aquí vuestra alteza.

(*Entranse todos.*)

FELISARDO. Allá quiero, Duque, entrar.

LAURINO. Yo me voy a desnudar.
Vete, Alberto, con presteza
y venme mañana a hablar.

(*Vanse.* ORANTEO *entre.*)

ORANTEO. Aunque de mortal herida
traigo el pecho atravesado,
la honra, casi perdida,
me trae con más cuidado
que la salud y la vida.
Al Duque me importa hablar,
y de él me quiero quejar
por habernos engañado,
pues tan bien acompañado
trujo al Rey a este lugar.
¿Estos eran los conciertos
de que solo le trairía?
Pues llegado al puesto inciertos
es cierta la muerte mía
y dejo dos hombres muertos.
¡Ay, Lisarda, qué me cuestas
de honra y sangre! ¡Cuán segura
de mi desdicha te acuestas
mientras que por ti, perjura,
un infierno traigo a cuestas!
Las palabras que me ha dado
tu hermano por la cudicia
del reino mal se han logrado.
¡Ay, Dios! ¿Si hay aquí justicia,
que hachas y gente han entrado?

(*El* REY, *el* DUQUE, CELIO, FIDENO, LAURINO, *ya en hábito de villanos, y* LUCINDA.)

El Rey, el Duque, éstos son.
Huír conviene, si acaso
llevan al Duque en prisión.

FELISARDO. Digo que es extraño caso
y notable confusión.

LISARDA. Si en casa se hubiera entrado
no se pudiera esconder
estando el jardín cerrado.

FELISARDO. ¡Ah, Lisarda, eres mujer!
Tu forastero embozado...

LISARDA. Vuestra alteza por sus ojos
¿no ha visitado esta casa?

LUCINDA. Poneos, Rey, unos antojos,
que es juego de pasa, pasa.
Sólo por daros enojos
y porque duelos tengáis
¿a despertarnos venís?
¿No es mejor que vos durmáis?

LISARDA. Mirad, señor, que decís
cosas con que me matáis.

FELISARDO. Digo que él me lo contó
y que a mis ojos entró.

LISARDA. Callad, no entienda mi hermano
vuestros celos.

FELISARDO. Ya es en vano;
aquí mi amor se acabó.

LISARDA. Si hombre, fuera de vos, quiero,
quíteme el Cielo la vida.
Mirad que me desespero.

FLORIB. Ya, la tiniebla rompida,
sale el resplandor primero.
Quitad las hachas allá.

LUCINDA. ¡Oh, qué mal sueño os dé Dios!
¿No os iréis a acostar ya?
Mas a vos poco se os da;
como podéis dormir vos...
¡Ay de quien nunca ha dormido
y una vez que se durmió

no halló el pájaro en el nido,
que ¡por Dios! que se voló
y dejó el pollo perdido!
Mirad, Reye, que los celos
son unos confusos velos
que desparecen las cosas
y andan como mariposas
en las velas sus desvelos.
Son un Argos mal dormido
y madrugan más que un gallo;
son antojos de caballo
que le ponen al sentido
cuando Amor quiere cegallo.
Son de una campana son
que suena en otro distrito
y engañan nuestra intención,
son rienda del apetito
y freno de la razón.
Idos acostar, que en vano
buscáis en Amor placer.

FELISARDO. ¿Quién es aqueste villano?

LUCINDA. Soy de una mujer hermano
que vos llamasteis mujer.

FELISARDO. Venme a ver mañana.

LUCINDA. Bueno.
Todo es venme a ver mañana,
después quédome al sereno.

FELISARDO. Pareces tu misma hermana.

LUCINDA. ¿No ve que só más relleno?
Verdad sea que mos hizo
un molde mismo a los dos.

FELISARDO. Señora Lisarda, adiós.—
Adiós, Duque.

FLORIB. (Ruido, hechizo.) (1)
Aguardad iré con vos.

FELISARDO. Quedaos.

FLORIB. Eso no.

FELISARDO. Buscad
los hombres que me libraron.

FLORIB. No se irán de la ciudad.

FELISARDO. A los que presos quedaron
poned guardas.

LUCINDA. ¡Qué maldad!

FLORIB. Señor, con vos he de ir.

FELISARDO. Venid, pues.

(*El* REY, DUQUE, *y* CELIO, *váyanse.*)

LISARDA. Dime, Fideno,
quién pudo entrar o salir.

FIDENO. Estoy de mí tan ajeno,
que no sé qué me decir.

LISARDA. Allá arriba me contó
que me goza un hombre indino,
y le habló y que entrar le vió.

LUCINDA. (¿Tío?

LAURINO. ¿Qué quieres, sobrino?

LUCINDA. Todo esto he trazado yo.

LAURINO. Has hecho muy bien.

LUCINDA. Yo os juro
que ha de sudar la señora.)

LISARDA. Cuanto más saber procuro
los celos que tiene agora,
es más su lenguaje obscuro.
Ven y escribiréle.

FIDENO. Creo
que templarás sus enojos.

LUCINDA. ¡Ay, Laurino, en qué me veo!

LAURINO. Deja, señora, los ojos.

LUCINDA. Haz que me deje el deseo.
Entra, que hoy a mediodía
al Rey tengo de ir hablar.

LAURINO. ¿Dirás quién eres?

LUCINDA. Querría.

LAURINO. Bien harás.

LUCINDA. Quiero acabar
de un golpe la pena mía.

(*Vanse. Entre* ALBERTO, DORISTO, CORIDON, *labradores.*)

ALBERTO. ¿Que Aurelio, en fin, ha sabido
que Lucinda está en la corte
y por qué causa ha venido?

DORISTO. No hay secreto que reporte
de amor el fuego atrevido.
Su diligencia le cuesta;
y si el mal que le molesta
desde entonces no tuviera,
él mismo a verla viniera.

CORIDON. Notable desdicha es ésta.
Alberto, yo te prometo
que no hay por allá zagal
que no la llore en secreto
para no aumentar el mal
del viejo noble y discreto.
Que los hombres, los collados,
árboles, fuentes y prados
lloran su ausencia afligidos;
hasta con tiernos balidos
los inocentes ganados.
Las fuentes corren al doble
por dar de llanto señal;
sécase la encina, el roble,

(1) Así en el texto.

el romero y el jaral,
verde pino y laurel noble.
Todo, en fin, suspira y llora;
todo llama a su señora;
no hay quien su vista no aguarde
desde la aurora a la tarde
y de la tarde al aurora.

DORISTO. Envíala mi señor,
buen Alberto, lo que puede,
que es un pobre labrador;
tan pobre, que al Rey excede
en riqueza y en valor.
Diez caballos enjaezados,
treinta o cuarenta criados,
doce cofres de vestidos
y en dos de por sí escondidos
cosa de diez mil ducados.

ALBERTO. ¡Ah, buen viejo!

DORISTO. No se ha visto
hombre que al viejo se iguale
desde el ocaso a Calisto.

ALBERTO. Mucho puede, mucho vale.

CORIDON. Más que el Rey, dice, Doristo.

DORISTO. ¿Cómo, me di, podré hablar
a mi señora?

ALBERTO. Secretos
podremos en casa entrar,
porque estamos muy sujetos
sólo a servir y callar.

DORISTO. El andar de hombre vestida
no es para que yo me asombre,
que en traje y en todo es hombre;
pasó entre fieras su vida
con ese vestido y nombre.
Pero que sirva es la cosa
más grave y dificultosa.

ALBERTO. Creo que habéis de volver
lo que venís a traer.

CORIDON. Será necia.

ALBERTO. Está celosa.
Si no es que de aquí nos vamos
no lo puede recebir
según el traje en que estamos.

DORISTO. Pues ¿a quién se ha de acudir
si queréis que nos volvamos?

ALBERTO. Eso dirá mi señora.
Entrad paso.

DORISTO. Dile ahora,
por tu vida, algún consejo
con que no mate al buen viejo.

ALBERTO. ¿Que así la quiere?

DORISTO. La adora.

(*Vanse. Sale el* REY, *y el* GOBERNADOR.)

FELISARDO.

Cómo, Gobernador, ¿que Floriberto
era el autor de la traición pasada?

GOBERNADOR.

Esto, señor, confiesan los dos presos.

FELISARDO.

¿El Duque a mí la muerte?

GOBERNADOR.

La codicia
que tiene de reinar y la venganza
de que a su hermana sirvas, porque piensa
que sin duda la gozas, le ha forzado.

FELISARDO.

¿Gozado yo? ¡Qué extraño pensamiento!

GOBERNADOR.

Eres Rey, eres hombre, eres amante;
ella mujer, hermosa y entendida;
no es mucho si lo piensa, ni es milagro.

FELISARDO.

Pártame un rayo si es verdad, Leonato.

GOBERNADOR.

Yo lo creo, señor. Tebano dice
que si Oranteo, siendo deudo tuyo,
era de esta traición y insulto cómplice,
fué porque el Duque le dió su fe y palabra
que a la bella Lisarda le daría,
y que amor le incitó contra su sangre.

FELISARDO.

¿Hay maldad semejante? Llama al Duque.

GOBERNADOR.

Ya, gran señor, al Duque tengo preso.

FELISARDO.

¿Preso? Pues ¿cómo?

GOBERNADOR.

Apenas confesaron,
cuando, al entrar la puerta de palacio,
con tu guarda le puse en una torre.

FELISARDO.

Partid por él, que quiero hablarle y verle.

GOBERNADOR.

¿No es mejor que primero se averigüe?

FELISARDO.

Este es mi gusto. El Duque venga luego.

GOBERNADOR.

Yo voy, señor, a obedecer tu gusto.

FELISARDO.

Lo que es mi gusto solamente es justo.

(*Vase el* GOBERNADOR. LUCINDA *éntre.*)

LUCINDA. ¡Pardiez, que me he entrado acá!
Quien tiene tantas albardas, (1)
a pesar de vuestras guardas
seguro en su silla está.
¿Por qué no lleváis de noche
estos cuchillos con vos?
FELISARDO. ¡Gracioso vienes, por Dios!
LUCINDA. Que un Rey ronde y trasnoche
sin alguien que le acompañe,
por mi vida que es locura.
FELISARDO. Guárdame el Cielo.
LUCINDA. Es ventura.
FELISARDO. Ya no hay hombre que me dañe,
que tengo a mis enemigos
en prisión, y al Duque, autor.
LUCINDA. ¿A cuál Duque?
FELISARDO. A tu señor.
LUCINDA. ¿Luego no somos amigos?
FELISARDO. Tú, sí.
LUCINDA. No, no. ¡Guarda! ¡Ahuera!
FELISARDO. Vuelve acá. En mi amor repara
por retrato de la cara
de una mujer libre y fiera.
¿Cómo está aquella tu hermana?
LUCINDA. ¡Pardiez, quejosa de vos,
y mala Pascua os dé Dios
porque os vais tan de mañana!
FELISARDO. Convínome madrugar.
LUCINDA. Pues antes de anochecer
os pudiérades volver,
sin tener que levantar.
Ya yo pienso echar en risa
lo que es gente de palacio,
porque se acuestan de espacio
y se levantan de prisa.
¿Qué pensáis hacer con ella?

(1) El lenguaje rústico de LUCINDA altera la palabra "alabardas".

FELISARDO. Casalla.
LUCINDA. ¿Con quién?
FELISARDO. No sé.
Secretario del Rey fué
el hombre que gozó de ella.
Buscarle otro.
LUCINDA. Eso condeno.
FELISARDO. Pues ella no ha de querer
secretaria anochecer
y amanecer reina.
LUCINDA. Bueno
andaréis con ese flaco.
A fe, que es buena la ley.
Cuanto a Rey, vos sois buen Rey;
cuanto hombre, sois gran bellaco.
¿Y la palabra?
FELISARDO. Al contrario
pides lo que él prometió.
¿Secretario no la dió?
Pues cúmplala secretario.

LUCINDA.

Rey, Lucinda es noble y honrada, (1)
y que en un monte defendió tu vida;
es rica, es bien nacida, es estimada,
de buena sangre y como tú servida.
Ha vivido en los montes celebrada
y de muchos señores pretendida;
si se casó con secretario, el alma
con Rey casó y al Rey le dió la palma.
No la venciera lo que el Rey no fuera;
Rey la venció, y el Rey será su esposo.
Que anoche muerto de un traidor se viera
si no llegara a tiempo tan dichoso
esa mujer que pintas libre y fiera;
te libró del asalto peligroso
de tres traidores, porque a Floriberto,
detrás de una antepuerta, oyó el concierto.
Dos vidas debes, Rey, dos vidas debes
a esa mujer, que basta la primera
y el honor que se quita en horas breves,
y cobrar de tu crueldadd no espera
si a dejarla tan bárbaro te atreves
por tu grandeza y arrogancia fiera.
Tierra tiene y vasallos que en espadas
sabrán presto trocar las aguijadas.
Tiene su viejo padre dos millones
de oro, sin la hacienda y sin la gente;
y si a negarla sin razón te pones,
armada en campo la verás presente.

(1) Verso falto. Pudiera ser:
"Rey, mira que Lucinda es noble, honrada."

Ha muerto por sus manos tres leones,
dos osos y un gigante tan valiente
que robaba a sus padres el ganado,
llevando un buey entero al hombro echado.
Esto y no más te digo de su parte.

FELISARDO.

Villano semejante a aquella fiera,
di que es flaca mujer y que soy Marte.
Que adoro a Felisarda (1) considera.

LUCINDA.

Lucinda soy, y [si] por dicha aparte,
y no en tu casa, tan feroz te oyera,
yo te diera la muerte y el castigo
que dos veces he dado a tu enemigo.

FELISARDO.

¡Detente! ¡Espera!

LUCINDA.

¿Qué es detente, fiero
enemigo, cruel, loco, villano,
infame, desleal, vil caballero?

FELISARDO.

¿Tú daga para mí?

LUCINDA.

¡Guarda la mano!

FELISARDO.

¿Gente? ¿Hola, gente?

LUCINDA.

Sal, que aquí te espero,
galán de aquella del traidor hermano,
y ella... Quiero callar.

FELISARDO.

Detente, aguarda.

LUCINDA.

Llega, pues.

FELISARDO.

¡Bien, por vida de Lisarda! (2)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

(1) Así dice el texto en vez de "Lisarda".
(2) Este final debe de estar alterado. Si LUCINDA es quien amenaza con la daga mal puede decir "Guarda la mano" al REY y éste llamar gente si amenaza con espada a la joven, que dice que le espera.

ACTO TERCERO

FIGURAS DEL TERCER ACTO

FELISARDO.
LISARDA.
El GOBERNADOR.
LUCINDA,
LAURINO,
DORISTO,
ROSINDO, } *villanos.*
ARCANO,
ELPINO,
ORANTEO,
TEBANO.
Un PAJE.
FIDENO.
CELIO.
FLORIBERTO.
ALBERTO.
CORIDON.
HÉCTOR.
FLORIPA.
Un MARINERO.
NICANDRA
LIRENO.
CLORINARDO.

(LISARDA *y* FIDENO.)

LISARDA. El tiempo, amigo Fideno,
muda las cosas ansí.
Hoy no soy lo que ayer fuí.

FIDENO. Esas mudanzas condeno;
porque si el tiempo dejase
las cosas en un estado,
aun el que es más desdichado
no es posible se quejase.
La información que se ha hecho
contra tu hermano es de suerte,
que le condena a la muerte
por justa ley el derecho.
Y el haberte aborrecido
pienso que es sospechar mal,
que con él fuiste parcial
del delito cometido.
Y el quererla ejecutar
dicen que será muy presto.

LISARDA. No hay mayor peligro en esto
que el Rey no quererme hablar.
¿Yo, Fideno, con mi hermano
para quitalle la vida,
vida de mí tan querida?
Ese es pensamiento vano.
Algún privado, invidioso
del amor que el Rey me tiene,
con esas quimeras viene
a hacer al Rey sospechoso.
Siempre la envidia fué hija
de la corte, siempre fué
enemiga de la fe
y al más limpio amor prolija.
Echarme quiero a sus pies,
probar quiero su rigor,
que en pecho que cupo amor
quedan reliquias después.
Y el grande que me ha tenido

no es posible esté acabado,
que más hubiera durado
cuando fuera amor fingido.

FIDENO. El sale. ¿Si le avisaron
que a verle vienes?

LISARDA. Hablé
a Celio, y por mí rogué
lo que otros por mí rogaron.
Estuve de llanto ciega
hasta verle enternecido,
como el que es desposeído
que a los que suceden ruega.

(FELISARDO, *Rey;* CELIO, *el* GOBERNADOR.)

FELISARDO. ¿Lisarda dices?

CELIO. ¡Qué airado
te muestras! Lisarda, pues.

LISARDA. Dadme, señor, esos pies
que alguna vez me han buscado;
dejad que ponga mi boca
donde pisan, entre tanto
que los baño con mi llanto.

FELISARDO. Tente, Lisarda, ¿estás loca?
¿Tú has de hacer eso? No, no;
que aunque somos enemigos
fuimos algún tiempo amigos,
o a lo menos lo fuí yo.
Aún se me acuerda el respeto
que a tu boca he de tener;
aunque me supo ofender
fué de mi gusto, en efeto.
No llores; háblame bien;
mira qué quieres de mí.

LISARDA. Si a la piedad que hay en ti
obras responden también,
tendré, gran señor, por cierto
la soberana excelencia,
que es en el Rey la clemencia.

FELISARDO. De entrambas cosas te advierto.
Mira, Lisarda, que hoy
se ven el tuyo y mi ser;
tú has hecho como mujer
y yo como Rey que soy.
El valor (1) que te he mostrado
ya le tendrás entendido,
que el haberte recebido
es haberte perdonado.
Si otra cosa no querías,
que otra no puedes querer,
segura puedes volver.

LISARDA. Bien despachada me envías.
¿Tienes, señor, contra mí
otra escrita información
más que de aquellos que son
lo que yo contigo fuí?
¿Hay más de que tus privados
te digan que hermana he sido
de un hombre que te ha ofendido?

FELISARDO. ¿Y andarán en eso errados?

LISARDA. ¡Ah, Rey, qué vieja costumbre
es en [los] reyes creer!
Quererte satisfacer
será darte pesadumbre.
Pero di: cuando te amaba
y ser tuya pretendía,
¿qué mayor reino quería
o qué más bien procuraba?
Si me decías tú a mí
que estaba todo en mi mano,
¿qué servía con mi hermano
conjurarme contra ti?
Si yo su maldad supiera
claro está que te avisara,
que en sangre amor no repara
ni en alma, cuando alma fuera.
Mujeres por sus maridos
muchas veces derramaron
su propia sangre y mataron
sus hijos al alma asidos.
Y si confiesa Oranteo
que el Duque le prometía
que yo su mujer sería,
bien sabes tú mi deseo.
Si dices que esta razón
es la que más me condena,
porque de tu amor ajena
tuve a Oranteo afición,
también sabes que en mi vida
una palabra le hablé
ni di respuesta a su fe;
menos queda ella ofendida.
Que él fuese el que en casa entró
la noche que tú le viste,
dime en qué razón consiste
si es él el que te ofendió.
Porque el que tú viste entrar
dices que él mismo y su espada
te guardaron de la airada
que te pretendió matar.
Pues ¿cómo, Rey, Oranteo
te mató y te defendió,
hirió al otro, entró y huyó,

(1) Así en el original. Quizás "amor".

tuvo bueno y mal deseo,
fué leal y fué traidor,
estuvo a la muerte y sano,
dió por traidor a mi hermano
y tuvo a Lisarda amor?
¡Ah, señor, mal se conciertan
estos engaños aquí!
Los que te engañan así
no es bien que así te diviertan.
Por tu vida que repares
en mi verdad y lealtad,
y que con real piedad
una mujer pobre ampares.
Vióse algún tiempo tan rica
de tu favor, que mandaba
el mundo, y agora, esclava,
a tus pies pide y suplica,
no su perdón, que no pide
perdón el que no ofendió;
a tu valor pido yo,
pues con el cielo se mide,
no la vida de mi hermano,
mas de mi sangre la honra;
no le mates con deshonra,
buen Rey, pues está en tu mano.
Torres hay, donde ninguno
vea tales detrimentos;
sogas, cuerdas y aposentos;
mátele un verdugo en uno.
Pon los ojos en su agüelo,
que así a tu padre sirvió,
y en lo que te adoro yo,
que riego, llorando, el suelo;
y si no, ya estoy difunta
de esta deshonra cruel;
mátame también con él
y acaba mi sangre junta.

FELISARDO. Lisarda, de oírte hablar
he tenido culpa mucha,
porque, en fin, jüez que escucha
ya se obliga a perdonar.
Veo, Lisarda, delante
de mi alma en tu favor
con una espada mi amor,
ayer niño y hoy gigante.
Y aunque es sin duda la injuria
que imagino que me ha hecho,
póneme la espada al pecho,
con que detiene mi furia.
Que cómplice no hayas sido
con Floriberto, te creo,
porque tu amor y deseo
te han con mi amor defendido.
Y mucho me satisface
que Oranteo me ofendiese
cuando aquél me defendiese
de quien mi sospecha nace.
Creo que tienes razón;
si no es que Amor infinito
abona cualquier delito,
perdona cualquier traición.
Concluyes bien tu lealtad,
porque, si amor me tenías,
de mi reino poseías
más seguro la mitad.
Ahora bien; esto es amor,
esto es virtud y clemencia;
grande fué su inobediencia,
grande ha sido tu valor.—
Llamad al Duque.

GOBERN. Yo quiero
gozar tan buenas albricias.

(*Vase el* GOBERNADOR.)

CELIO. (Ablandaran las caricias
de mujer un bronce, un Nero.)

FIDENO. (Confiado venía yo
en dos o tres lagrimitas.)

LISARDA. La fama a Alejandro quitas,
que es el que más perdonó.
Vivas ¡oh, gran Rey! más años
que Néstor, con más riqueza
que Jerjes, cuya grandeza
no rompa el tiempo en sus daños.
Ponga tu nombre la fama
en su archivo de diamante,
cuanto el sol da luz la cante
desde su cuna a su cama.

FELISARDO. Lisarda, yo hago en esto
lo que debo a mi piedad,
que en admitir tu lealtad
estaba el pecho dispuesto.
Querer, Lisarda, es creer;
presto cree quien bien quiere;
si de esto mal me viniere
pondré la culpa al querer.

LISARDA. No temas, que hay mil razones
de adorarte, y más en mí.

(*Entre el* GOBERNADOR, *y el* DUQUE *con prisiones.*)

GOBERNAD. Señor, el Duque está aquí.

FELISARDO. Quitalde aquellas prisiones.—
Duque, aunque vuestra maldad
con bastante información

descubrió vuestra traición
de mi lesa majestad,
al trono de mi clemencia
apeló, por vuestra parte,
Amor, desnudo y sin arte
de retórica elocuencia.
Y fué tan buen abogado
dando voces como loco,
que la sentencia revoco
por mi tribunal y estrado.
Que merecistes la muerte
vos propio sois el jüez;
mas guardaos que otra vez
no me ofendáis de esa suerte;
que no sólo de ninguna
piedad la veréis escasa,
no quedando en vuestra casa
piedra sobre piedra alguna,
mas vuestro nombre traidor
borraré de la memoria
del mundo.

FLORIB. ¡Qué eterna gloria
os da esta piedad, señor!
Desde hoy más en mí ternéis
una espada de defensa,
una fortaleza inmensa
con que al mundo conquistéis.
De vuestro secreto llave,
de vuestra casa coluna,
una igualdad de fortuna
y una lengua que os alabe.

FELISARDO. Yo os recibo, Duque amigo,
en mi amparo.—Y vos, señora,
os podéis volver agora.

LISARDA. Vuestra grandeza bendigo.
No os pido agora más,
que basta el bien que me hacéis.

FELISARDO. Como siempre me tenéis;
no os olvidaré jamás.—
Id allá, Gobernador,
y librad también los presos.

(*Váyanse.*)

GOBERNAD. Den en la tierra mil besos
que pisa tan gran señor.

FELISARDO. La virtud del perdonar
hace a los reyes famosos.

FLORIB. Entre los más gloriosos
te puedes, señor, sentar.

CELIO. El capitán Clorinardo
está aquí.

FELISARDO. Sea bien venido.

CLORIN. Tus pies y tus manos pido.

FELISARDO. Tus brazos contento aguardo.
¿Qué hay de nuevo en mis fronte- [ras?

CLORIN. Hay un caso bien extraño
cerca de ellas.

FELISARDO. ¿Otro engaño?

CLORIN. Lucinda, aquella aldeana
reina del monte Partenio,
el más famoso de Arcadia,
tu felicísimo reino,
donde una vez te perdiste
y donde su brazo tierno
te libró con un venablo
de tres enemigos fieros,
en cuya casa o cortijo
gozaste su hermoso cuerpo,
dándole, como se dice,
palabra de casamiento;
saliendo desesperada
de ver tan dichoso efeto
de su burlada esperanza,
al alto monte se ha vuelto,
donde hablando con valor
a su viejo padre Aurelio,
tan valiente, que en Arcadia
fué llamado Alcides nuevo,
han juntado dos mil hombres
de las faldas de Liseo:
villanos, pero valientes;
bisoños, pero mancebos;
que, con hondas y ballestas
y jabalinas de acero,
la van siguiendo a la orden
debajo de un pendón negro,
donde lleva por divisa
un lobo que están mordiendo
tres leones inhumanos,
a quien defiende un cordero.
Después parece que el lobo
le paga mal el bien hecho,
con una letra que dice:
"Ingrato, de ti me quejo."
Con esa gente que digo,
rompiendo el monte con picos, (1)
al son de las fuertes cajas
llegaron a un paso estrecho.
Por una parte la mar,
con una playa sin puerto,
ataja el paso al camino,

(1) "Picos" no tiene el asonante en *e-o*, necesario para el romance.

por la otra un monte excelso.
Ninguno puede pasar,
guardado el monte soberbio,
sin entrar por aquel paso
y sin su licencia de ellos.
Tiene Lucinda en un árbol
un cartel, Príncipe, puesto,
con cien hombres de su guarda,
de quien es cabo un sargento.
Y así, el que quiere pasar
firma en un libro primero
que eres infame y villano,
o queda a sus manos muerto,
sin otras afrentas varias
con que venga su vil pecho,
que es la lengua en la mujer
de su venganza instrumento.
Y aunque es verdad que firmé
contra mis buenos deseos,
tus afrentas de mi nombre,
ya sabes tú mis intentos;
que por traerte la nueva
y servirte, a mi despecho
dije lo que me mandaron
en tu afrenta y vituperio.
Vi en el libro tales cosas
de propios y de extranjeros,
que te importa remediarlo
y hacer guerra a sangre y fuego;
y no con descuido o tarde,
que van destruyendo el reino,
y vendrás [a] arrepentirte
cuando no tengas remedio.

FELISARDO.

¿Hay locura? ¿Hay maldad? ¿Hay desvergüenza
que a la de esta villana se compare?
Mas ¡qué presto le pienso dar castigo
y no fiarle de ningún vasallo!

FLORIBERTO.

Por la tierra difícil me parece
respeto a la aspereza de los montes,
y esto mejor lo sabe Clorinardo.

CLORINARDO.

Así es verdad, y fuera tardar mucho;
y es mejor que se apresten tus navíos
y tomes puerto a fuerza de tus armas,
gran señor, en la playa referida.

FELISARDO.

Duque, tras perdonaros quiero honraros:
en mi lugar y en mi palacio os dejo.
Mi hermana acompañad de vuestra hermana,
y gobernad en esta ausencia el reino.

FLORIBERTO.

Los nueve de la fama se te humillen,
pierdan contigo su famoso nombre
los Alejandros y romanos Césares.
Tú verás la lealtad con que te sirvo.

FELISARDO.

Pues, Capitán, apréstense las naves;
embárquese la gente, y quiera Júpiter
darnos próspero viento. Pero dime:
¿viste a Lucinda?

CLORINARDO.

Yo te juro que era,
mirada en diferente traje y hábito,
ver la Venus de Chipre en hermosura,
y con las armas la guerrera Palas.

FELISARDO.

Capitán, aunque vamos contra ella,
no la aborrezco.

CLORINARDO.

Es por extremo bella.

(*Vanse. Entre* LUCINDA, *de capitán;* LAURINO, ALBERTO, CORIDON, *de soldados, con sus ballestas.*)

LUCINDA. No estaba bien el cartel.
Fíjale, Laurino, allí,
porque mejor desde aquí
se pone la vista en él.
Que los árboles allá
hasta la entrada impedían
su vista a los que venían.
LAURINO. ¿Está aquí bien?
LUCINDA. Bien está.
ALBERTO. ¿Si sabrá ya aquel traidor
las afrentas que le has hecho?
LUCINDA. Creo de su infame pecho
que no vuelva por su honor.
Y con aquesto concluyo,
si parece desvarío,
que pues que ha quitado el mío
le quiero quitar el suyo.
LAURINO. Deseo que le aborrezcas
para que estés sosegada.
LUCINDA. Cuando no le ofenda en nada
por buena señal lo ofrezcas.
Cuando un amante hace mal,
aunque diga que aborrece,

no creas que no padece,
antes es mala señal.
Cuando un amante ha olvidado
el favor como desdén,
nunca para el mal ni el bien
le suele quedar cuidado.
Y así he de serle cruel;
no creas que es mi enemigo,
que mientras más le persigo
más me deshago por él.

CORIDON. Poner puedes una escuela
de condiciones de amantes.

LUCINDA. Tengo rudos estudiantes
y es Amor todo cautela.

CORIDON. No tan rudos, por tu vida,
que yo sé alguno que ayer
comenzó a amar y querer
por una lición oída.

LUCINDA. ¿A querer? Bueno. ¿A quién?

CORIDON. ¿No hay en esas caserías
que alojan tus compañías
gente que parezca bien?

LUCINDA. No se le haga a nadie agravio,
que me pesará en extremo.

CORIDON. Que no se enoje Amor temo,
que, como es mozo, no es sabio.

LUCINDA. ¿Luego a mí no me teméis?

CORIDON. Ya no es campo ni es arada,
sino campaña y espada.

LUCINDA. ¡Bizarros bríos tenéis!

ALBERTO. Un hidalgo viene aquí
y un escudero con él.

(ROSINDO y HÉCTOR, *caminantes*.)

HÉCTOR. La fama de este cartel
¿no has oído, Rosindo?

ROSINDO. Señor, sí, (1)
y no está lejos el paso,
que ya [desde] aquí se estrecha.

HÉCTOR. Yo camino con sospecha
de algún desastrado caso.

ROSINDO. ¿Hay más que firmar primero?
¿De eso te matan cuidados?

HÉCTOR. Es negocio en que hay soldados
y anda a peligro el dinero.

ROSINDO. Señor, ¿ves allí el cartel?

HÉCTOR. Con sólo velle me rindo.
Lleguemos cerca, Rosindo.

ROSINDO. Lee lo que dice en él.

(1) Verso largo, sobra el "Señor".

(*Lee*:)

"Cualquiera caballero o peregrino
no pase este camino si primero
no firmare que el Rey de Arcadia, indigno, (1)
es vil, traidor y infame caballero,
porque le quitarán en el camino
no menos que la vida y el dinero.
Que esta verdad, y muchas que no cuenta,
la agraviada Lucinda la sustenta."

LAURINO. ¿Qué le digo, gentil hombre?
Si ha acabado de leer
allí tiene más que hacer;
mire que le llama un hombre.

HÉCTOR. Digo que voy.

LAURINO. Pues camine,
y el paje con él también.

HÉCTOR. Si tú eres Lucinda, es bien
que a tus nobles pies me incline.

LUCINDA. ¿De qué nación?

HÉCTOR. Francés.

LUCINDA. ¿De dónde?

HÉCTOR. De la Rochela.

LUCINDA. ¿Sabes quién soy?

HÉCTOR. Y que vuela
tu fama.

LUCINDA. ¿Es justa?

HÉCTOR. Sí es.

LUCINDA. ¿Sabes la maldad que ha hecho
el Rey de Arcadia conmigo?

HÉCTOR. Y le afrento y le maldigo
por gusto, que no a despecho.

LUCINDA. ¿Quieres pasar?

HÉCTOR. Sí, señora.

LUCINDA. Dalde el libro.

LAURINO. Aquí le tiene.

LUCINDA. Que eso firmes te conviene.

HÉCTOR. Y se lo dijera agora.

LUCINDA. Pásate allí y di lo mismo
por tu criado.

HÉCTOR. Sí haré.

LUCINDA. Así el fuego templaré
de este mi confuso abismo.

LAURINO. Con qué miedo se arrojó
éste a decir mal del Rey.

ALBERTO. En necesidad no hay ley;
necesidad le forzó.

(1) El original dice
"que es el Rey de Arcadia indigno";
pero, según se repite luego, su verdadera lectura es la que damos.

Cuando de su padre fuera,
lo mismo que ves firmara.

CORIDON. Tiene la muerte una cara
que desde lejos altera.
Que todas aquellas firmas
miedo las ha puesto allí,
si no lo contrario di.

HÉCTOR. Yo he escrito.

LUCINDA. Di lo que firmas.

HÉCTOR. (*Lee:*) "Digo [yo], Héctor, francés,
por mi nombre y de Rosindo,
que a Lucinda el pecho rindo
y que me postro a sus pies;
y que el de Arcadia es un hombre
vil, traidor, mal caballero,
injusto, tirano, fiero,
y lo firmé de mi nombre."

LUCINDA. Dalde paso.

HÉCTOR. Dios te guarde.
(En pasando, a toda ley
diré que es muy noble el Rey
y ésta una mujer cobarde.)

(*Vase. Salen* FLORIPA, *y* ARCANO, *labradores.*)

ARCANO. ¿No te cansas de ir a pie?

FLORIPA. Llevando tu compañía,
toda la noche y el día
donde quisieres iré.
Guarda, no des en el paso
donde está aquella borracha
que a nuestro Príncipe tacha.

ARCANO. Yo sé el monte y lejos paso.
Pero ¿qué gente es aquésta?
Deben de ser caminantes.

LUCINDA. (Con personas semejantes,
Laurino, ten la ballesta.)

FLORIPA. ¡Ah! Señores extranjeros,
si acaso a la ciudad van
echen por acá, que están
por aquí unos bandoleros.

LAURINO. (¡Oh, qué gentil inocencia!

LUCINDA. Paso, no digas quién soy.)
¿Quién es?

FLORIPA. Al diabro la doy
y a la mala pestilencia.
Sabed que es una mujer
tan atrevida y valiente,
que tiene aquí mucha gente
que da a su costa a comer.
Y aunque para andar en guerra
es hija de un hombre zafio,
ha puesto aquí un epitafio
contra el Rey de muesa tierra
en que le llama gallina
y otras inmundicias tales,
y hace, entre aquellos jarales,
que lo firme el que camina.
¡Mirad qué gran borrachona!
¿Habéisla visto mayor?

LUCINDA. (Bien quieren a su señor;
pero esto poco le abona.)
¿Qué es la causa, me decí,
que esa mujer eso ha hecho?

FLORIPA. Si es verdad lo que sospecho,
tiene razón, ¡voto a mí!
Porque dicen que una noche
en su casa la estrujó
y después que se voló
en un macho o carricoche.
Y esto fué bellaquería;
mas ella no ha de querer,
siendo una humilde mujer,
serlo de su señoría.

LUCINDA. (Enojado me han, por Dios.)
Atadles atrás las manos.—
Yo soy Lucinda, villanos.

ARCANO. ¡Santo Dios!

LUCINDA. Mueran los dos.

LAURINO. Mira que es crueldad.

LUCINDA. Decid
que es el Rey vil caballero.

FLORIPA. Es un bellaco.

ARCANO. Es un cuero.

FLORIPA. Es un perro.

ARCANO. Es un cegrí.

FLORIPA. Es un bellaco insolente.

ARCANO. Es un salteador.

LUCINDA. ¡Qué extremos!
Firmad aquí.

ARCANO. No sabemos.

LUCINDA. Dejad pasar esta gente.

LAURINO. Pasad, gente lisonjera,
que en vosotros, en rigor,
los agravios y el favor
todos son de una manera.

(*Váyanse estos dos, y digan de lejos:*)

ARCANO. Más que endiabrada persona.

FLORIPA. Agora no tengo espacho,
¡ah, bellaca, marimacho!

ARCANO. ¡Ah, borracha!

FLORIPA. ¡Ah, borrachona!

ALBERTO. Aguardá un poco, villanos.

CORIDON. Déjalos, que es gente vil.

LUCINDA. Yo tengo opinión gentil
de mis pensamientos vanos.

(*Entre* DORISTO.)

DORISTO.

Bien dicen que es negocio peligroso
agraviar a los reyes sus vasallos.

LUCINDA.

¿Qué nuevas hay, Doristo, de Tejea?
¿Ha sabido, por dicha, Felisardo
estas afrentas que de mí recibe?

DORISTO.

Señora, halas sabido de manera
que con la más florida y gruesa armada
que ha sentido la mar sobre sus hombros,
de más lucida gente guarnecida,
viene a sacarte de este paso estrecho;
y aun dicen que ha jurado no quitarse
las armas ni la espada hasta aquel día
que te lleve en prisión y en sus ciudades,
triunfando, entre por pintados arcos
como Aureliano con Cenobia en Roma.

LUCINDA.

Y tú, Doristo, ¿crees que es posible?

DORISTO.

Creo de tu valor gran resistencia;
pero, señora, cuando seas Cleopatra,
Felisardo, ofendido, será César.

LUCINDA.

¿Ofendido, me dices, Felisardo?
¿Luego no soy, Doristo, la ofendida?

DORISTO.

Tuya es, Lucinda, la primera ofensa;
mas él, en cuanto a Rey, menos te agravia,
y tú, en cuanto vasalla, más le ofendes.

LUCINDA.

Ahora bien, los agravios tienen fuerza
de darlas a los débiles y súbditos.
Un animal, cuando el castigo excede,
suele volverse contra el dueño mismo.
No triunfarán de Cleopatra y Cenobia
Aureliano ni César, [por]que pienso
ver a mis pies sus triunfos y laureles.—
Junta, Laurino, mi esparcida gente
y hágase alarde; apréstense las armas,
y resistamos esta playa y puerto.

LAURINO.

El tiempo te dará bastante ayuda,
que en esta parte el mar es riguroso.

LUCINDA.

Mejor lo puede hacer que nuestras armas;
pero él verá, si espero apercebida,
qué puede una mujer si está ofendida.

(*Entrense. Salgan* FELISARDO, CELIO, *y un* MARINERO.)

FELISARDO. ¡Acosta, acosta, patrón!
Ea, que tomamos tierra.
CELIO. No sé si el infierno encierra
tan extraña confusión.
FELISARDO. Con igual desasosiego
nos aflige su inclemencia,
que sólo hay de diferencia
que esta es agua y aquel fuego.
MARINERO. ¡Gracias a Dios que ya estás (1)
en tierra!
FELISARDO. En ella me entierra,
¡oh, tierra! En fin, madre tierra,
eres madre y quieres más.
CELIO. ¡Qué hermosa gente has perdido!
¡Qué lucida y fuerte armada!
FELISARDO. ¿Qué he perdido? Todo es nada,
pues con la vida he salido.
Pésame que aventuré
la de tantos capitanes.
MARINERO. ¡Oh, malditos huracanes!
Fortuna desdicha fué.
FELISARDO. La desdicha fué mi armada.
¡Ah, corto valor del suelo,
que contra el poder del Cielo
no pueden los hombres nada!
MARINERO. Sálvese de vuestra alteza
la vida y piérdase todo.
FELISARDO. Es, consolar de ese modo,
bárbara naturaleza.
¡Oh, mar, que no hay quien te [ablande
y hay quien en tus ondas entre!,
¿cómo te cupo en el vientre
una máquina tan grande?
Mirando estoy con qué boca
te tragaste tantas vidas.
CELIO. Mucho del valor te olvidas,
aquí el ser Rey te provoca.
FELISARDO. Celio, si Jerjes lloraba
viendo en su ejército vivo,
porque el tiempo fugitivo

(1) En el texto original, "estamos".

todo cuanto vive acaba,
¿cuánto mejor lloraré
si ya le miro acabado,
cuyo sepulcro salado
sella de la muerte el pie?
Pienso entre mí si es castigo
del Cielo aqueste tormento
por el falso juramento
en que a su deidad obligo.
Pero yo que juro amé, (1)
que, como Sísifo nuevo,
la piedra que en hombros llevo,
que casta Palas forcé.
Otras veces imagino
si aquella villana hermosa
era de aquel monte diosa,
que era su rostro divino.
Pues como diosa, en efeto,
pudo, alterando la mar,
de mi armada contrastar
el riguroso decreto.
Si esto es así, no sería
mal acuerdo el aplacalla.

CELIO. ¿Cómo así?

FELISARDO. Sacrificalla
sobre esta playa querría.

CELIO. A una mujer ofendida
no hay sacrificio mayor
que, con humildad y amor,
llevarle el alma rendida.
Con esto tendrás vitorias
más que hay en el cielo estrellas,
que las lágrimas con ellas
son obras muy meritorias.

FELISARDO. ¿Sabéis vos aquesta tierra,
patrón?

MARINERO. Señor, yo sospecho
que es éste aquel paso estrecho
blanco de tu incierta guerra.
Aquí, sin duda, traías
las proas de aquellas naves
que con sus arenas graves
cubre el mar por tantos días;
porque el monte aquí cercano
y esta senda entre él y el mar
no la hay en otro lugar.

FELISARDO. ¿Qué me dices?

MARINERO. Esto es llano.

FELISARDO. Patrón, ¿que en el campo estoy
que guarda aquella enemiga?

(1) Este verso está errado; pero no adivinamos cómo debió de escribirse.

MARINERO. Bien es que verdad te diga.

FELISARDO. ¡Qué bueno, a fe de quien soy!—
Celio, ¿no escuchas aquesto?
¿En manos estoy de aquella
que así mi honor atropella
y en mayor peligro puesto?
¡Oh, pluguiera a Dios que el mar
con mi gente me sorbiera!

CELIO. Si has dado en su mano fiera
no tienes bien que esperar.

FELISARDO. ¿Es Circe aquesta mujer,
que con encanto ha podido
traerme donde he venido?

CELIO. Demonio debe de ser.
Y espera, que si ver quieres
que el patrón dice verdad
y que era menos crueldad
en el mar que entre mujeres,
este es el cartel injusto.

FELISARDO. Espera, veré lo que es.
Hoy me ha traído a sus pies
la fortuna por su gusto.

(Lea el cartel.)

"Cualquiera caballero o peregrino
no pase este camino si primero
no firmare que el Rey de Arcadia, indigno,
es un (1) traidor y infame caballero,
porque le quitarán en el camino
no menos que la vida y el dinero.
Que esta verdad, y muchas que no cuenta,
la agraviada Lucinda la sustenta."

CELIO. Señor, aquí no hay remedio,
si el monte no te le da;
éntrate en él, que él está
sólo en tu mal de por medio.

FELISARDO. ¿Para esto salí del mar
y en la tierra puse el pie?
Socorrerme, patrón, fué
la vida un hora alargar,
porque apenas la cruel
me habrá visto, cuando sea
su venganza en mí tan fea
que fuera más blanda en él.

MARINERO. Ya no hay que entrar en el monte,
que con su gente hemos dado.

FELISARDO. ¿Ellos son? ¡Oh, amor pasado,
aquí de por medio ponte!

LUCINDA. (Digo que le he conocido.
No tenéis que me avisar.

(1) En la copia anterior de este cartel se dice "vil".

LAURINO. Qué, ¿queréis disimular?
LUCINDA. Está, Laurino, advertido
y todos también lo están.
ALBERTO. ¿Si viene de paz a verte,
que acaso te quiere bien?
CORIDON. Aquel venir maltratado,
sin gente y desconocido,
más es que viene perdido,
señora, que enamorado.
Que me maten si la mar
no desbarató su armada.
LAURINO. Ya desenvaino la espada.
Bien podéis todos llegar.)
¿Qué gente?
FELISARDO. Un hombre perdido
que aquí llegó derrotado.
LUCINDA. ¿Quién eres?
FELISARDO. Soy un soldado,
como lo muestra el vestido.
Este un paje y aquél es
un barquero, que me dió
la tabla que me salvó
hasta llegar a tus pies.
En ellos pido piedad,
y de la fiera malicia
del mar venganza y justicia.
LUCINDA. Alzad, gentil hombre, alzad,
que no tengo comisión
del Cielo ya contra el mar.
Ya Dios le mandó encerrar
donde sus límites son,
y éstos no los ha excedido
ni ha llevado a nadie adentro,
ni sepultado en su centro
quien en la tierra ha vivido;
pero a quien se mete en él
esto no lo manda Dios
que no trate como a vos
y se le muestre cruel.
¿Con quién era la jornada?
FELISARDO. Con Felisardo venía.
LUCINDA. (Este, sin duda, es espía,
que en el mar tiene su armada.)
Yo sé que no se ha perdido.
FELISARDO. Señora, ¡por Dios!, que el mar
los acaba de tragar
y sepultar en su olvido;
y que en una barca yo
y este paje hemos tomado
puerto en tierra.
LUCINDA. Llegado
dirás, que tomado no;
porque no sé yo si el mar
te fuera más riguroso.
FELISARDO. No es tu rigor muy forzoso,
aunque me quieras matar;
porque en un hombre rendido
hay tan poco que hacer,
que puede cualquier mujer
sacar su filo teñido.
Y si a ti venir pensara,
aunque soy un hombre pobre,
toda aquella agua salobre
en veneno trasformara.
LUCINDA. Sin bravatas, mi señor,
que en rendidos es locura,
el que vida no procura
no tiene mucho valor;
que quien la vida no estima
es señal que no es honrado,
pues que no la tiene en nada (1)
ni el perdella le lastima.
Es muy de los afrentados
querer la vida perder,
y el saberla defender
muy de los que son honrados;
así que no hay que pensar
sino que es orden del Cielo
venir a pagar al suelo
lo que no se hizo en la mar.
Tú eres espía.
FELISARDO. No soy.
LUCINDA. Ahora, pues, yo lo he de ver.
FELISARDO. ¿Eres, acaso, mujer?
LUCINDA. Sí, aunque en este traje estoy.
FELISARDO. Pues debajo de ser dama,
haz de mí lo que quisieres,
que no es afrenta en mujeres
lo que venganza se llama.
LUCINDA. Dalde el libro y firmará
lo que le dijere aquí.
FELISARDO. Ya lo que dices leí.
Con enojo escrito está.
Déjale ya, que si es muerto
Felisardo, no le alcanza
la infamia de esta venganza.
LUCINDA. ¿Que es muerto?
FELISARDO. Será muy cierto.
LUCINDA. ¿Vístele tú?
FELISARDO. Vi su nave
cómo, haciendo un torbellino,
al centro de un golpe vino

(1) "Nada" no es consonante de "honrado".

cual baja a la presa el ave.
LUCINDA. Pienso que si allí estuviera
fuera de mí defendida,
porque con aquesta vida
tres o cuatro me debiera.
Aunque si me las había
de pagar como las dos,
bien está muerto por Dios,
como en la memoria mía.
FELISARDO. ¿Luego tú le has olvidado?
LUCINDA. ¿No es cosa muy entendida?
FELISARDO. No, que el que agravia no olvida;
que si agravia está picado.
LUCINDA. Ahora bien, yo no disputo
de amor, que yo no lo sé.
FELISARDO. No pienso yo que Amor fué
el que dió olvido por fruto,
y este es llano fundamento.
LUCINDA. Antes muy posible ha sido,
que amor mal agradecido
se vuelve aborrecimiento.
De un extremo es ordinario
el venir a dar en otro;
que sea eso, que sea esotro,
si fué amor ya es lo contrario.
Muestra ese libro. Aquí escribe,
sea vivo o muerto sea.
FELISARDO. ¡Oh, qué venganza tan fea!
A la suya te apercibe.
LUCINDA. Pues ¿no dices tú que es muerto?
FELISARDO. ¿No habrá quien vuelva por él?
LUCINDA. ¿Por un hombre tan cruel?
Téngolo por caso incierto.
El hombre que ha sido ingrato
no deja muchos amigos,
y vosotros sois testigos
que tuvo el Rey falso trato;
y así el Cielo permitió
que el mar sin armas le rinda
viniendo contra Lucinda,
que tantas vidas le dió.
¿Qué fuera de ese villano,
si ella al Duque no le oyera
el concierto y traición fiera
que remedió aquesta mano?
Esta, que ¡viven los Cielos!
aunque él la verdad impida,
que le puede dar más vida
que Lisarda le dió celos.
Escribe, que me apasiono.
FELISARDO. Bien se ha visto que lo estás.
LUCINDA. Pues no me repliques más,
que lo demás te perdono.
FELISARDO. Ya la pluma apercebí.
LUCINDA. "Porque era un vil caballero,
falso, infame, lisonjero..."
FELISARDO. Ya lo escribo todo así.
LUCINDA. Pon que Lisarda, su dama,
hablaba con Oranteo.
FELISARDO. Entender eso deseo.
LUCINDA. Pregúntaselo a la fama.
Di que no me merecía
y por eso me dejó,
que dos vidas le di yo
y que él me quitó la mía;
y que sabes que de miedo
de no entrar en desafío
conmigo...
FELISARDO. ¡A espacio!
LUCINDA. Yo fío
que sabes tú que no puedo;
que así el alma enojo toma
y tanto quiere decir,
que se detiene, al salir,
como el agua en la redoma.
Di que si es vivo es traidor,
que miente, es loco, es tirano,
es falso, infame, inhumano,
indigno de tanto amor.
Di...
FELISARDO. Poco a poco, señora,
que no puedo escribir tanto.
LUCINDA. Di también que el Cielo santo
quiso castigarle agora;
di que es barquero cruel,
y tras todo aquesto di
que la que esto dice aquí (1)
Dile que aunque no me quiere
le daré cuanto me pida,
y que es suya aquesta vida
mientras que Dios me la diere.
Di que es un hombre que en él
mostró el Cielo su valor,
y que si tuviera amor
fuera tan bueno como él.
Di también que son jüeces
los dioses de aquesta fe,
y que el día que esto fué
le quise abrazar mil veces.
FELISARDO. Hazlo así, Lucinda mía.
Dame esos hermosos brazos,
grillos, esposas y lazos

(1) Falta un verso después de éste.

de mi rebelde porfía.
Vencido me ha tu piedad,
tu tierno amor me ha vencido.
¿Cómo me has desconocido
si es cierta tu fe y verdad?
Felisardo soy, ¿qué miras?
Yo soy aquese traidor
que pagó tan mal tu amor
dando crédito a mentiras.
El deberte vidas tantas,
y ésta que también te debo,
no es hacerme cargo nuevo
ni hazaña con que me espantas.
Que al ver en mujer amor
con paga tan afrentosa,
es la hazaña más famosa
que cupo en mortal amor.
Este sólo me ha rendido,
no las vidas que me has dado.
Contra ti he venido airado
y llego a tus pies vencido.
Ya es resistirse más
ir contra el cielo y la tierra;
la tierra al mar me destierra;
tráeme el mar adonde estás.
Si conoces el valor
de un grande arrepentimiento,
¿qué aguarda tu pensamiento?

LUCINDA. ¡Ay, mi Rey! ¡Ay, mi señor!
LAURINO. (Qué poco le ha respondido.
CORIDON. Es del contento el efecto.
DORISTO. Guardan las lenguas secreto
y hablan las almas de oído.)

(ELPINO, *soldado.*)

ELPINO. ¿Lucinda está aquí?
ALBERTO. Aquí está.
ARCANO. ¿Señora?
LUCINDA. ¿Qué me queréis?
ARCANO. Que del sueño despertéis,
pues habéis dormido ya.
ELPINO. Esta carta es de Partenio.
DORISTO. ¡Gracias al Cielo que vive!
LUCINDA. ¿De quién?
ELPINO. Tu padre te escribe.
LAURINO. ¡Qué valor!
ALBERTO. ¡Qué honra!
ARCANO. ¡Qué ingenio!

LUCINDA

(*Lee la carta.*)

"Luego que el Príncipe de Tesea, Felisardo, salió en busca tuya con su armada, el tirano duque Floriberto se alzó con el reino y se llama Rey de Arcadia; y ahora que se dice que es muerto se ha casado con su hermana. Si vuelves con tu gente, en esta ocasión podrás vengar al Rey muerto que no mereciste vivo.—*Tu padre.*"

¿Qué te parece?
FELISARDO. ¡Traidor!
LUCINDA. Mira si amarte es verdad,
mira en un viejo lealtad
a quien quitaste el honor,
y mira un hombre que has hecho
y del polvo levantado
de qué suerte ha declarado
la falsedad de su pecho.
FELISARDO. Castiga, Lucinda hermosa,
el Cielo haberte ofendido;
ésta la ocasión ha sido
de esta nueva rigurosa.
¡Ah, padre del alma mía!,
¿tanta lealtad hay en ti?
Muerto me vengas ansí
y yo, vivo, te ofendía.
Conserve mi vida el Cielo
hasta que a mi mesa vea
tus canas honradas.
LUCINDA. Sea
no estando el Duque en el suelo.
Mi gente está junta aquí
y otra tanta hacer podrás;
con que, si marchando vas,
le podrás echar de allí;
que dinero es lo de menos,
más que arenas aquí están.
FELISARDO. Si tú vas por capitán
y llevas hombres tan buenos,
segura está la victoria.
LAURINO. Todos morirán contigo.
FELISARDO. Esta fe de nuevo obligo.
LUCINDA. ¿Romperásla?
FELISARDO. No, mi gloria.

(*Váyanse. Entren el* DUQUE FLORIBERTO, NICANDRA, *hermana del* REY; LISARDA *y* ORANTEO.)

FLORIB. Mientras tuviste esperanza
de casarte con el Rey,
justa fué tu confianza;
tenerle, muerto, esa ley,
¿qué premio, Lisarda, alcanza?
Yo soy Rey y no tirano;
que si la hermana al hermano
en nuestras leyes hereda,

Nicandra por Reina queda
y que soy su esposo es llano.
¿De qué sirve que a Oranteo,
tan deudo del Rey, desprecies,
haciendo en un muerto empleo
y que muy casta te precies
de tu imposible deseo?
No resistas a mi gusto;
que fuera de que no es justo,
puedo forzarte en rigor,
por ser tu hermano mayor
y tu Rey.

LISARDA. Y todo injusto.

FLORIB. ¿Qué dices?

LISARDA. Que obedecerte
tengo por tan duro caso,
que estimo en menos la muerte.

ORANTEO. Muchas, escuchando, paso
tu rigor injusto y fuerte.
¡Ah, Lisarda, que mi amor
no merezca este favor
tras tantas penas pasadas!

LISARDA. De que tú me persuadas
recibo muy gran dolor.

NICANDRA. Ea, hermana; da la mano
a mi primo, pues ya es muerto
en la mar el Rey, mi hermano;
estima lo que es tan cierto
y deja lo que es tan vano.
Si hijo y hija tenemos
estos reinos les daremos
casándolos a los dos;
si otra cosa ordena Dios
el reino dividiremos.
Desde hoy tendrás la mitad.
Reina eres; ¿qué pretendes?

FLORIB. Lisarda, haz mi voluntad,
que es tema la que defiendes
y no firmeza y lealtad.

ORANTEO. Señora, de mí te duele.

LISARDA. (¿Quién se podrá resistir?
Que la mujer que más puede,
como una vez llegue a oír,
rendirse mil veces suele.)
Digo que yo soy tu esposa.

ORANTEO. Dame aquesa mano hermosa,
pues tanto con ella gano.

(*Un* PAJE *entre.*)

PAJE. A besar vienen tu mano
los Grandes.

NICANDRA. Es justa cosa.
Siéntese mi hermana aquí,
y que le hagan, diréis,
la misma honra que a mí.

(*Siéntense los cuatro.* LIRENO, TEBANO *y otros.*)

LIRENO. Muchos años os gocéis,
y el reino lo dice ansí.

TEBANO. Los dioses a bien reciban
este divino concierto
en que estas paces estriban.

LIRENO. ¡Vivan nuestros Reyes!

TODOS. ¡Vivan!

FLORIB. ¿Quién?

LIRENO. Nicandra y Floriberto.

(*Uno entre; vanle besando las manos.*)

PAJE. Dos caballeros armados
piden, para entrar, licencia.

FLORIB. ¿Armados?

PAJE. Y rebozados.

ORANTEO. ¿Con armas piden licencia?

TEBANO. Es plática de soldados.

FLORIB. ¿Vienen solos?

PAJE. A la puerta
gente alguna los aguarda,
mas armada y encubierta.

FLORIB. Pues ¿dónde estaba mi guarda?

PAJE. Todos estaban alerta;
mas dicen que fiesta es.

FLORIB. ¿Fiesta?

PAJE. Y muéstranse entre tanto
dos a dos y tres a tres,
que dan a palacio espanto.

ORANTEO. Ya entran.

(LUCINDA *y* FELISARDO, *armados y con rebozos.*)

FELISARDO. Danos tus pies.

FLORIB. Mis brazos os quiero dar.
¿A qué venís de esa suerte?

FELISARDO. A quitar de este lugar
traidores.

FLORIB. Daldes la muerte.

(*Metan mano.*)

LUCINDA. ¿Hola? Bien podéis entrar.

(*Entren* LAURINO, DORISTO, CORIDON *y* CELIO.)

LAURINO. Teneos al Rey, traidores.

FLORIB. ¿A qué Rey, si el Rey es muerto?
Aquí están sus sucesores.

FELISARDO. Mientes, Floriberto,
y que está vivo no inores.

FLORIB. Esta es traición de Ricardo
por que el reino se le rinda.

FELISARDO. Duque, yo soy Felisardo.

FLORIB. ¡Felisardo!
LUCINDA. Y yo Lucinda.
FLORIB. (¡Muerto soy!)
ORANTEO. (La muerte aguardo.)
LAURINO. Dense todos a prisión,
que traigo cuatro mil hombres
debajo de mi pendón.
FLORIB. Basta, Capitán, que nombres
al Rey, que aquí no hay traición.
LAURINO. ¿Cómo no?
FLORIB. Que fuese muerto
se tuvo aquí por muy cierto.—
Vuestra alteza me perdone
y mi pensamiento abone.
FELISARDO. ¿En qué, traidor Floriberto?
FLORIB. Tu hermana heredó en tu muerte;
caséme con ella, y fué
su gusto, y de aquesta suerte
con ella Rey me llamé.
Ahora dame la muerte.
NICANDRA. Esto, Felisardo, es bien
que creas, y que disculpes
a tu Lisarda también.
FELISARDO. Ya no es tiempo que la culpes
de agravio ni de desdén.
Yo sé que amaba a Oranteo.
LISARDA. Sabe Dios que me ha forzado
después que tu muerte creo.
FELISARDO. Lisarda, ya estoy casado
cuando casada te veo.
No me abone tu intención,
si aquesto no fué traición
o que lo sea no importa,
que en los rendidos no corta
mi espada ni mi razón.
Ya, cogido Floriberto
al sagrado de mi hermana,
de mi perdón está cierto.
Vuestra Reina soberana
es Lucinda, esto os advierto.
Su viejo padre llamad;
venga luego a la ciudad,
sea mi Gobernador,
que yo sé que su valor
iguala a su calidad.
Laurino y estos soldados
gocen de toda mi tierra
ricos títulos y Estados,
y en mi Consejo de Guerra
queden con su voto honrados.
Hago marqués de Liceo
a Celio, y a mi Lucinda,
reina de cuanto poseo.
LUCINDA. No hay de que parias te rinda,
pues sabes tú mi deseo
de ser tuya, y ser quisiera
todo el mundo para darte
el mundo.
FELISARDO. Si mío fuera,
sin tomar sola una parte
todo a tus pies le pusiera.
Mil veces debo la vida
a tus manos.
LUCINDA. Más rendida
quedo con haberme honrado.
FELISARDO. Y aquí, discreto senado,
se acaba *La Fe rompida.*

FIN DE LA COMEDIA DE *La Fe rompida.*

COMEDIA FAMOSA

DE

LAS FERIAS DE MADRID

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

GUILLERMO, *bohonero.*
PIERRES, *bohonero.*
LUCRECIO, ADRIÁN, CLAUDIO, *caballeros.*
BELARDO, *viejo.*
VIOLANTE, *dama, su hija.*
PATRICIO, *su marido.*
Dos MUCHACHOS.
Un MUCHACHO *que venda aguardiente.*
Tres VILLANOS.
ROBERTO, LEANDRO, ALBERTO, *caballeros.*
EUFRASIA, *dama.*
TEODORA, *su criada.*
EUGENIA, *dama.*
Un ESCUDERO *viejo.*
ISIDRO, *lacayo.*
Un LADRÓN.
Un ALGUACIL.
[ESTACIO, *paje.*
FREGONA.
HOMBRE, *embozado.*
MORENO,
Dos CRIADOS.]

JORNADA PRIMERA

(*Salen* GUILLERMO *y* PIERRES, *bohoneros.*) (1)

GUILL. ¿Que en esa acera pusiste
tu aparato y tienda, Pierres?
Guarda que el lance no yerres
que en la de enfrente tuviste.
No te fué mal otros años
con el puesto que te di.

PIERRES. Antes, por ganar, perdí;
hay un provecho y mil daños.

GUILL. Pues la luz, ¿no es de importancia?

PIERRES. Sí, pero tiene aquel lado
descubierto y me han robado
la mitad de la ganancia.

GUILL. ¡Qué bien nos dió de comer
el amigo!

PIERRES. ¡Largo cuenta!
A fe que tiene pimienta,
pero no para beber.
Conocíle yo en Amberes,
pobre y de bellaco talle,
que vendía por la calle
hilo, antojos y alfileres,
y agora está rico a costa
de nuestras pobres haciendas.

GUILL. ¿Descubriremos las tiendas?

PIERRES. Ganar quieres por la posta.

GUILL. Mal me fué por la mañana.

PIERRES. Descubre, que dió la una.

GUILL. Espero mejor fortuna
si esta tarde no se gana.

(*Descubren las tiendas, y sale* LUCRECIO.)

LUCRECIO.

¡Oh, pesia tal con el pesado yugo,
que a fuerza quiere ya romper el cuello
y que ha de ser un vulgo mi verdugo!
Colgada veo de un sutil cabello
toda la fuerza del cabello mío.
¡Rómpase ya, que gusto de rompello!
Maldiga Dios aqueste desvarío
de ferias o de diablos, que me tiene,
antes que entre el invierno, helado y frío.
Todos los años por aciago viene
la fiesta de este santo, como martes,
y para todos es fiesta solene.

(*Sale* ADRIÁN.)

ADRIÁN.

¿Usase, por ventura, en otras partes
aquesta negra feria o borrachera,
grande invención de un bachiller en artes?
Paréceme esta plaza a la quimera,
compuesta de oro, paños y cebollas:
aquí cuelga un tapiz; allí, una estera.
También se venden perlas como pollas,
y como rica seda, verde esparto,
camas de campo y coberteras de ollas.

---

(1) Así en el texto; pero lo más común era escribir "buhonero", y así lo hace también esta comedia más adelante.

LUCRECIO.
¿Dónde bueno, Adrián?

ADRIÁN.
Cansado y harto.

LUCRECIO.
¿De ver la feria?

ADRIÁN.
Más de huír la feria.

LUCRECIO.
¿Huír? ¡Mala señal!

ADRIÁN.
No tengo un cuarto.

LUCRECIO.
¡Por Dios, que ha sido general miseria!
En cueros he quedado.

ADRIÁN.
Así nacistes;
tendréis menos calor.

LUCRECIO.
Y más laceria.
Contadme, pues, las ferias que le distes
a la señora doña...

ADRIÁN.
Quedo; basta,
no la nombréis.

LUCRECIO.
¿Parece que la vistes?

ADRIÁN.
Dile de ferias una gran canasta.

LUCRECIO.
¿Qué tantas fueron?

ADRIÁN.
No, la cesta sola.

LUCRECIO.
Empeñado quedáis.

ADRIÁN.
Mucho se gasta.

LUCRECIO.
¡Ah, quién fuera serpiente que la cola
metiera en los oídos al encanto
de un "Dadme ferias, dadme ferias"! ¡Hola!
¿Qué es aquesto, señor? ¿Dice algún santo,
algún doctor, algún antiguo o nuevo,
que esto tenga razón?

ADRIÁN.
De vos me espanto.
¿No lo recibe el vulgo? Yo lo apruebo,
que pone leyes como el rey.

LUCRECIO.
¡Ah, carga
de vil pobreza, que a los hombros llevo!
Reciba el vulgo que la calza larga
llegue al tobillo, y la camisa, al hombro
adobada y tiesa, que parezca adarga;
y los sombreros, como yo los nombro,
panes de azúcar, y que chico y grande
se igualen en vestir, que no me asombro,
todo lo sufro bien; pero no mande
que la feria de aquel que compra y vende
tan recebida entre mujeres ande.
Si el otro vende y compra, no se entiende
que, porque él lo dé sin alcabala,
aquella ley aquésta comprehende.
Si mi dama quiere alguna gala,
para dársela yo, ¿qué es de importancia
que lo mande la feria?

ADRIÁN.
Es ley.

LUCRECIO.
Es mala.
Feria, ¿qué dice?

ADRIÁN.
Pueblos son en Francia,
¡por Dios!, que habéis de dar o ser un necio.

LUCRECIO.
Por dar lo soy.

ADRIÁN.
Apruebo la ignorancia.

LUCRECIO.
El que la hacienda tiene a menosprecio,
gaste, deshaga, trueque, cambie, corte,
aquesto compre, aquello ponga en precio;
pero el que vive, como yo, en la Corte
de sólo su milagro, ¿no es forzoso
que en dar lo que no tiene se reporte?

ADRIÁN.
¡Por Dios, que andáis, Lucrecio, escrupuloso!
¿Con el vulgo os tomáis?

LUCRECIO.

¿Pues no?

ADRIÁN.

Dejadle,
que es monstruo de mil formas espantoso.
Confieso yo que os quieran y de balde,
si aquesto puede ser, que en amor puede,
y tiene la pobreza el padre alcalde.
Y cuando tanto bien se le concede
al pobre enamorado, que su dama
de sólo puro amor pagada quede.
¿No veis? Que sale el pajecillo, el ama,
la vecina, la deuda, hermana o prima.
con quien ha de cobrarse nueva fama.
Y que como a las tales no lastima
el regalo que hacéis a la parienta,
y cada cual el interés estima,
si no las contentáis, está la cuenta
tan en la mano y la ocasión tan cierta,
que habéis de veros en notable afrenta.
Luego, la moza que os abrió la puerta,
os la cierra con mil inconvenientes
y en todo un año no la halláis abierta.
La hermana dice luego que las gentes
murmuran de aquel hombre, y que es mal hecho
abrir la boca a tantos maldicientes,
y que es hombre galán, mas tan estrecho
como de la cintura del dativo,
y que es un hombre honrado y sin provecho,
y que hay otros cien mil, y algún cautivo,
hombre de gusto, honor, hacienda y talle,
que en dar la suya no se muestra esquivo.
Una y otra comienzan a alaballe,
y alábanle de suerte, que en dos días
le dejan sin la dama y en la calle,
donde, si hacéis más llanto que Macías,
se han de reír de vos.

LUCRECIO.

Amigos vienen.

(*Salen* CLAUDIO *y* ROBERTO.)

ROBERTO.

Podéisles dar algunas niñerías.

CLAUDIO.

De estas que ahora los buhoneros tienen.

ROBERTO.

Así me lo parece.

CLAUDIO.

Que otras tiendas,
ni por el pensamiento me convienen.
Tengo empeñadas por Madrid mil prendas
por esta negra...

ROBERTO.

¡Paso!—¿Qué hay, amigos?
Bien es que tal lugar le reprehendas.

[LUCRECIO.]

Roberto, ¿cuándo fuimos enemigos
del señor Claudio?

CLAUDIO.

Nunca tal, por cierto;
antes mis secretarios y testigos.

ADRIÁN.

Bésoos las manos.

CLAUDIO.

Juego al descubierto
con gente honrada.

LUCRECIO.

A lo menos, vuestra.—
¿Qué habéis feriado?

CLAUDIO.

Dígalo Roberto.

ROBERTO.

Muy poco o nada, que en la casa nuestra
han hecho las mujeres voto expreso
de no pedillas.

LUCRECIO.

¡Virtuosa muestra!

CLAUDIO.

Si va a decir verdades, pierdo el seso
por unos ojos de una rebozada,
y aquí se me ha perdido.

ADRIÁN.

¡Bueno es eso!

CLAUDIO.

Yo sé que es buena ropa y que me agrada,
y a fe que, si la encuentro, que sospecho
que ha de volver con ferias y obligada.

ADRIÁN.

Si por ventura somos de provecho,
iremos en su busca.

CLAUDIO.

Enhorabuena,
que a todo llevo descubierto el pecho.

LUCRECIO.

¿Adónde la perdistes?

CLAUDIO.

Iba llena
esa calle Mayor de cortesanos,
y allí se me perdió.

ADRIÁN.

Pues no os dé pena:
moved los pies y aparejad las manos.

(Vanse, y sale EUFRASIA, *dama, y* TEODORA, *criada suya, con mantos y rebozo; un* ESCUDERO *viejo con ellas.)*

EUFRASIA. ¿Cómo haremos, Teodora,
para engañar este viejo?
TEODORA. ¿Cómo? Tomando el consejo
que ayer te dije, señora.
¡Maldito sea, y qué necio!
¡No se hiciera perdedizo!
ESCUDERO. (¡A fe que está llovedizo!
¡No tiene un pantuflo precio!
Como salen del calor,
daña mucho la humedad.)
EUFRASIA. (¡A fe que dices verdad;
eso será lo mejor.)
¡Ah, Juan Francisco!, ¿no oís?
ESCUDERO. No oigo a vuesas mercedes.
EUFRASIA. ¿Cómo?
ESCUDERO. Quítanme el Paredes,
el Mendoza y el Solís.
En otras casas me honraban:
llamábanme todo el nombre.
EUFRASIA. (¡Qué pesado que es el hombre!)
TEODORA. Por cierto, necias andaban.—
Hacéis, mi señora, ultraje.—
¿No basta un nombre decir?
ESCUDERO. Huélgase el hombre de oír
lo bueno de su linaje;
siempre el bien hablar se estima.
EUFRASIA. Andad por mi prima luego.
TEODORA. (¡Qué sosiego!)
ESCUDERO. ¿Qué sosiego?
¿Por su prima?
EUFRASIA. Por mi prima.
ESCUDERO. ¿Estará agora en su casa?
EUFRASIA. Si no estuviere, no venga,
y si está, no se detenga.
ESCUDERO. ¿No ve la gente que pasa?
Harále mal al preñado.
EUFRASIA. ¡Anda con la maldición!
ESCUDERO. ¡Harto buenas ferias son!
TEODORA. Por ellas está enojado.
Dale sus ferias, señora.
EUFRASIA. Tomad esos cuatro reales.
ESCUDERO. ¡Ellos son de manos tales!—
¡Dios te lo pague, Teodora!—
Agora voy en un brinco.
¿Dónde aguarda?
EUFRASIA. En San Miguel.
ESCUDERO. Quede con ella.
TEODORA. Y con él
vaya él mismo.
ESCUDERO. Y otros cinco.

(Vase el ESCUDERO.*)*

EUFRASIA. Qué, ¿se fué? ¡Gracias a Dios!
A solas hemos quedado.
TEODORA. El parte bien descuidado.
¿Qué habemos de hacer las dos?
EUFRASIA. Meternos entre esa gente,
donde aquéste no nos halle.
TEODORA. Echemos por esta calle
a aquellas tiendas de enfrente.
EUFRASIA. ¡Buena está la ropería!
TEODORA. ¡Qué hermoso manteo aquél!
¡A fe que hiciera por él
cualquiera bellaquería!
EUFRASIA. ¿Sirviérasme de alcahueta?
TEODORA. ¿Hay en él para los dos?
EUFRASIA. Yo ruin y la manta vos.
TEODORA. ¡Ay, señora, qué discreta!
¡Bienhaya quien te parió!
¡Con razón te sirvo y amo!
EUFRASIA. Ya llega gente al reclamo.
TEODORA. De aquesos ojos salió.
¡Por tu vida, mi señora,
que no seas boba! Tomemos
lo que nos dieren, pues vemos
tan buena ocasión agora.
EUFRASIA. Tengo lo que he menester,
y, al fin, si vengo a tomar,
he de obligarme a pagar.
TEODORA. Todo lo puedes hacer.
¡Por mi alma que eres necia!
Si no quieres para ti,
déjame tomar a mí,
que soy pobre y no Lucrecia.
¿No harás bien a tu criada?
¿No es mejor, aunque porfías,
que te sobren niñerías
y no que te falte nada?
EUFRASIA. ¡Ay, Teodora, mi marido!
TEODORA. ¿Por dónde?

EUFRASIA. Vesle, allí viene.
TEODORA. Que te encubras te conviene,
pues no sabe que has salido.
EUFRASIA. Ya sabes la necedad
de sus celos ordinarios.

(Sale ALBERTO, *caballero, y* ISIDRO, *lacayo.)*

ALBERTO. A fe que son necesarios
dineros en cantidad.—
¿Salió fuera tu señora?
ISIDRO. Cuando salí quedó en casa.
ALBERTO. ¡Buena es la ropa que pasa!
EUFRASIA. (Este me conoce agora.)
ALBERTO. ¡Estos son los bellos ojos!
¡A fe que el manto es bizarro!
¿Para qué tanto desgarro?
¿Para qué conmigo enojos?
¿Soy registro del lugar?
(¡Conózcola, vive Dios,
y aun sospecho que a las dos!
ISIDRO. ¡Podémosla pellizcar!)
Diga, señora cuñada...
TEODORA. ¿Cuñada? ¿Han visto el picaño?
ISIDRO. Oyete, Mateo de hogaño...
TEODORA. Daréle una bofetada.
ISIDRO. Si mi señor se concierta,
luterana, has de estar
mano sobre mano, o dar
gritos en la casa, puerca.
Echa fuera esa limpieza,
¡bienhaya quien te parió!,
y daréte ferias yo.
TEODORA. No me quiebre la cabeza.
ALBERTO. En eso no ha de parar.
Daré ferias; daré, digo;
más Pedro soy que Rodrigo:
sé dar y tengo qué dar.
Lleguemos a aquella tienda.
EUFRASIA. Enhorabuena, lleguemos.
(Teodora, ¿qué tomaremos?
TEODORA. Cuanto hubiere que se venda.)
ALBERTO. Llama ese gabacho, Isidro.
ISIDRO. ¿Duerme, buen hombre?
PIERRES. Aquí estoy.
ISIDRO. Agora es cuando te doy
cuatro sortijas de vidro.
PIERRES. ¿Qué quiere vuesa mercé?
EUFRASIA. Alcanzad esa cadena.
ALBERTO. ¿Es oro?
PIERRES. Oro y plata.
EUFRASIA. ¿Es buena?
La cadena tomaré.
Denme un espejo.
ALBERTO. ¿Un espejo?
Pero éste dárosle tengo
si os miráis...
EUFRASIA. Soy fea y vengo
revuelta; no os lo aconsejo
después de las ferias dadas,
porque la gana no os quite.
ALBERTO. (Su discreción me derrite.)
Serán muy bien empleadas.
ISIDRO. (¡Qué tierno está mi señor!)
TEODORA. (De sus mismas carnes como.)
EUFRASIA. Aquestas sortijas tomo.
PIERRES. Mirad que tienen valor,
que son las piedras rubís.
ALBERTO. Antes en mano tan noble
valdrán las piedras al doble.
EUFRASIA. Por cierto, bien lo decís.
ALBERTO. ¿Aún no veremos la mano?
Mostrad; ¿por qué la escondéis?
¡Qué buena mano tenéis!
TEODORA. ¡Dame ferias, borrachuelo,
si acaso vengo contigo!
ISIDRO. ¿Qué digo, monsiur, qué digo?
¿Tiene acaso un morteruelo?
EUFRASIA. (Tápate bien.
TEODORA. Bien estoy.
Calle, que están deslumbrados.)
ALBERTO. ¿Tenéis guantes?
PIERRES. Extremados.
TEODORA. Dame ferias.
ISIDRO. No, me voy.

(Sale EUGENIA, *dama, y* ESTACIO, *paje.)*

EUGENIA. ¿Dónde tu amo quedaba?
PAJE. Calzando una bota justa,
y que te acompañe gusta.
EUGENIA. (¡Qué bien ocupado estaba!)
¿Y mandó que no saliera
si tú no venías conmigo?
PAJE. Más se guarda siendo amigo
que si tu marido fuera.
Témese de la ocasión,
que hoy es día de juicio.
EUGENIA. Mal me conoce Patricio.
PAJE. Es hombre y tiene afición.
Una feria suele hacer
en diversos corazones
mil cartas de obligaciones.
EUGENIA. Antes las suele romper.
PAJE. Esa razón lo confirma;
que, porque se rompe allí,

se viene a firmar aquí.
EUGENIA. ¡Con buena pluma lo firma!
¡Todo lo vence interés!
Ahora bien: si alguien saliere
y buenas ferias me diere,
¿dirásselo tú después?
PAJE. Dirélo sin falta alguna:
soy fiel a mi señor.
EUGENIA. De esa lealtad y temor
nace tu pobre fortuna.
¿Y si la mitad te doy
de lo que alguno me diere?
PAJE. Resistiré si pudiere.
EUGENIA. ¿Y si no?
PAJE. Perdido soy.

(*Salen* LUCRECIO, ADRIÁN, y ROBERTO, y CLAUDIO.)

CLAUDIO. En efecto, no parece.
ROBERTO. Todo la gente lo encubre.
LUCRECIO. ¡Qué buen lance se descubre!
ADRIÁN. ¡No es peor el que se ofrece!
CLAUDIO. Hacia las tiendas se llega;
cojámosla en medio, pues.
ROBERTO. ¿Es Fabia?
ADRIÁN. Sí, Fabia es.
LUCRECIO. ¡No es, por Dios!
ROBERTO. Claudio se pega.
ADRIÁN. Bien hace; tiene dinero.
EUFRASIA. Aqueste espejo me agrada;
hace la toca delgada:
es señal que es verdadero.
ALBERTO. ¿Que no os he de ver la cara?
¡Ello va en desgracia mía!
ISIDRO. ¿Llámaste Juana o Lucía?
TEODORA. No me llamo sino Clara.
ISIDRO. Pues Clara, no andes a escuras;
las cintas te pagaré
como te agrade mi fe.
TEODORA. Tarde engañarme procuras.
(¡Que no nos han conocido!)
CLAUDIO. ¡Ea, aquesta dama es mía!
EUGENIA. ¿Vuestra? ¿Cómo?
CLAUDIO. Por un día.
ADRIÁN. (¡Buena elección ha tenido!)
LUCRECIO. Dama, habéis sido hechicera.
EUGENIA. ¿Cómo?
LUCRECIO. Muy bien escogistes,
porque la bolsa le vistes.
ADRIÁN. Y que no lo mismo fuera;
al fin, entre todos vió
al que tenía dineros.

ALBERTO. ¿Que, al fin, no tengo de veros,
mi vida?
EUFRASIA. Digo que no;
pero seguidme y sabréis
mi casa.
ALBERTO. ¿Estáis bien pagado?
PIERRES. Sí, mi señor, y obligado
a la merced que me hacéis.
ALBERTO. Pues vamos, señora mía.
EUFRASIA. Venid conmigo.
ISIDRO. ¡Ea, boba,
mándame como a tu escoba,
que eres más clara que el día!

(*Vanse* ALBERTO *y* EUFRASIA, *y* TEODORA *y el* LACAYO.)

CLAUDIO. ¿Este espejo os contentó?
EUGENIA. Paréceme bien.
CLAUDIO. Tomalde.—
¿En cuánto?
GUILL. En doce, es de balde;
un escudo me costó.
¡Estoy para hacer dineros!
CLAUDIO. ¿Hay sortijas?
GUILL. ¡Y qué tales!
Estas son a veinte reales.
CLAUDIO. ¿Queréisnos dejar en cueros?
ROBERTO. ¿Qué más valieran de oro?
GUILL. De oro no valen tanto.
CLAUDIO. Ello es feria; no me espanto.
(¡Echemos la capa al toro!)
LUCRECIO. (A la del niño echo el ojo.
EUGENIA. ¡Qué gracioso está el muchacho!
ADRIÁN. Entretenedme el gabacho
mientras que cuatro le cojo.)
ROBERTO. Hareos pala si partís.
EUGENIA. Esta del fénix me agrada.
CLAUDIO. Debéis de andar abrasada.
EUGENIA. ¿Esto es ámbar?
GUILL. Ambar gris.
EUGENIA. ¡Buena sarta! Al fin me agrada.

(*Sale un* LADRÓN.)

LADRÓN. ¡Mal me va con esta feria!
El mayor lance es miseria:
ni hurto, ni medro nada.
En el hábito villano
suelo en otras hacer robos;
pero en la Corte no hay bobos:
anda el dinero en la mano,
y si anda en la faldriquera,
es al lado de la espada,

adonde está más guardada
que si mil llaves trajera.
No hay invención de provecho;
de hambre muere el hurtar
después que han dado en usar
aquestos golpes del pecho.
Llegar quiero a aquella tienda.)

CLAUDIO. Veros tengo, pues yo soy
el que estas ferias os doy.

EUGENIA. Sea que nadie lo entienda.
Mirad que no soy, a fe,
muy fea. ¿Parézcoos mal?

CLAUDIO. No sois, a fe, sino tal
como yo os imaginé.

LUCRECIO. ¿Qué quiere, señor galán?

LADRÓN. Mirar, señor.

ADRIÁN. Mire, amigo.

CLAUDIO. Roberto, mirad que os digo,
¡vive Dios!, que es un caimán.
No sé qué tengo de hacer;
de mal se me hace pagar,
que éstos me pueden gritar
si la acertasen a ver.
Es un demonio.

ROBERTO. ¡Por Dios,
que me habéis hecho reír!

LADRÓN. (Yo hice mi lance: a huír.) (1)

(*Vase.*)

LUCRECIO. (¿Qué están hablando los dos?

ADRIÁN. Pedirále algún dinero.)

ROBERTO. (Dos remedios serán buenos.
Decilde que echastes menos
la bolsa...

CLAUDIO. Tomo el primero,
que sin falta es el mejor.
Tomá, que os la quiero dar;
que vos la podéis guardar,
no nos entiendan la flor;
porque yo sacaré el lienzo
y haré que me la han hurtado.

ROBERTO. Mostrad.

CLAUDIO. Si está en este lado,
haced cuenta que comienzo.
Pero esperad, ¡por Dios vivo,
que no parece!

ROBERTO. ¿Qué, qué?

CLAUDIO. Aquí la metí, y no sé...

ROBERTO. Cosa que os suceda al vivo...

CLAUDIO. ¡Por Nuestro Señor, Roberto,
que ha sido al pie de la letra!

LUCRECIO. (1) Mucho el gabacho penetra;
que os ha de ver, estoy cierto.

[CLAUD.] ¿No es bueno, señor Lucrecio,
que en este punto me han dado
golpe a la bolsa y sacado
dinero y cosas de precio?

LUCRECIO. ¿Cómo, cómo?

CLAUDIO. Treinta escudos
y dos sortijas me lleva.

EUGENIA. (Apostaré que me prueba.)

ADRIÁN. Habéisnos dejado mudos;
aunque, si digo verdad,
pienso que os arrepentistes
de las ferias que le distes.

CLAUDIO. ¡Qué graciosa necedad!
Juro a Dios solenemente
que me llevan lo que digo.

ROBERTO. Agora, estando conmigo.

LUCRECIO. ¡Roberto estaba presente!—
¡Alto!, esto es hecho; reíos.
¡Veis que me estoy yo ahorcando
y estáis riendo y burlando!
¡No fueran dineros míos!
Siempre tuve aquesta dicha.
¡Ah, pesia...!

ADRIÁN. ¡Tened, por Dios,
que aquí quedamos los dos
a suplir vuestra desdicha!
No digo a dar el dinero,
sino a pagar lo comprado.

CLAUDIO. (Quedaré, ¡por Dios!, medrado;
yo soy lindo majadero.)

ADRIÁN. Ahora bien, porque esta dama
desconsolada no vuelva,
uno de dos se resuelva.

LUCRECIO. (Apostaré que me llama.)
¿Decíslo, Adrián, por mí?

ADRIÁN. Pues ¿por quién?

LUCRECIO. No tengo blanca.

ADRIÁN. La dama me queda franca.
¿Pagaré por Claudio?

LUCRECIO. Sí.

ADRIÁN. ¿Qué monta lo que ha tomado?

CLAUDIO. Cinco escudos.

ADRIÁN. Esos son.—
Tomaré la posesión.

LUCRECIO. Tomadla, si habéis pagado.

---

(1) En el texto dice "ayer", que no rima ni hace sentido.

(1) Así en el texto; pero más propias son de ROBERTO estas palabras.

ADRIÁN. ¿Sabré de vuesa merced
la casa, con su licencia?
EUGENIA. No os puedo hacer resistencia.
ADRIÁN. Recibirélo en merced.—
Aguárdenme por ahí,
que vuelvo al punto.
ROBERTO. En buen hora.
EUGENIA. ¿No vamos?
ADRIÁN. Vamos, señora.
¿Por adónde?
EUGENIA. Por aquí.
ADRIÁN. ¿Es vuestro este gentil hombre?
EUGENIA. Mío es; no tengáis pena.
ADRIÁN. Vamos muy enhorabuena.
PAJE. En merced os tengo el nombre.
CLAUDIO. ¡Bueno he quedado, por Dios,
sin dineros y sin dama!
LUCRECIO. De pícaro tenéis fama;
esto para entre los dos.
Por no pagar lo fingistes.
CLAUDIO. ¡Oh, pesia tal!
LUCRECIO. No os matéis.
CLAUDIO. ¿Decís que no lo creéis
y juraré que lo vistes?

(*Entran tres* VILLANOS *con sombreros hilvanados, y dos* MUCHACHOS *con palos.*)

VILL. 1.° ¡El diablo es este Madril!
¡Voto al sol, que hay mala gente!
VILL. 2.° Desde que entré por la puente,
ha andado el diablo sutil.
Guarda bien las faldriqueras,
que hay ladrones de ventaja.
VILL. 3.° Compadre, ¿compraste raja?
VILL. 1.° Sí.
VILL. 3.° ¿De cuál?
VILL. 1.° De las primeras.
VILL. 2.° La de las Navas, verdosa.
VILL. 3.° ¡Es muy bonita mezclilla!
VILL. 2.° ¡Por Dios, Cosme, la pardilla
me pareció milagrosa!
MUCH. 1.° (Llegad vos por aquel lado.)
MUCH. 2.° Pues, compadres, ¿cómo va?
¿Habemos feriado ya?
VILL. 3.° Pardiez, poco se ha feriado.
¡Oh, pésete mi linaje!—
¿Quién me dió?
CLAUDIO. (Quedo, ¿no veis?
LADRÓN. ¡Paso, no lo alborotéis!
ROBERTO. ¡Buena es la intención del paje!)
VILL. 2.° ¡Qué palo me han sacudido!—
MUCH. 2.° ¿A cómo van los sombreros?
¡Bravo casco!
VILL. 1.° Son groseros.
(Las espaldas me han rompido.)
MUCH. 1.° ¿No compraste boleados
de la horma segoviana?
VILL. 3.° ¡Compré el diabro!
MUCH. 2.° Es fina lana,
y los negros extremados;
pero mánchanse en lloviendo.
Los contrahechos me agradan.
VILL. 2.° Y a mí los palos me enfadan,
que estó callando y sufriendo.
¿Vos veis aqueste embeleco?
CLAUDIO. (¡Oh, cómo el paje es picaño!
¡Bien disimula!)
VILL. 1.° Es de hogaño.
¿Veis quién nos da?
VILL. 3.° Siento el eco.
ROBERTO. (¡De risa estoy reventando!)
MUCH. 2.° ¡Bonica está la faldilla!
¿Cuánto cuestan?
VILL. 3.° Con toquilla,
catorce. ¿Estánse burlando?
¿Son ellos, diga?
MUCH. 1.° ¿Y son malos?
VILL. 2.° Los que el sombrero os vendimos.
VILL. 3.° (¿No son de quien recebimos
aquesta limosna en palos?)
Lorenzo, vamos de aquí.
VILL. 1.° Lleguemos a aquella tienda.
VILL. 3.° ¡Verá que el diablo lo entienda!
(¿Son duendes?
VILL. 1.° Creo que sí.)
LUCRECIO. (¡Qué primor tiene el bellaco!
¡Bravamente les sacude!
ROBERTO. ¡Cómo a responderle acude!)
VILL. 3.° ¿Tenéis cintas?
GUILL. Ya las saco.

(*Sale* ADRIÁN.)

ADRIÁN. ¡Buen lance habemos echado!—
Claudio, consolaos conmigo.
LUCRECIO. (Contento viene el amigo:
debe de haber negociado.)
ADRIÁN. ¡Ah, mujeres embaidoras,
lleve el diablo quien se fía
de vuestra...
ROBERTO. ¡Paso!
LUCRECIO. Estaría
hecha Lucrecia seis horas.
¿Es por aquesto el enojo?
ADRIÁN. ¿Por aqueso había de ser?

Hame echado la mujer
el agraz dentro del ojo.

CLAUDIO. ¿Cómo así? ¿Salió muy fea?

ADRIÁN. Ya sólo en eso parara,
que nunca la nueva es cara,
por desollada que sea.

ROBERTO. Pues ¿qué? ¿Topóla el marido?

ADRIÁN. Vuesas mercedes querrán
fisgarme.

LUCRECIO. ¿Vióla el galán?
¿Han por ventura reñido?

CLAUDIO. ¿Hablaréis para otro año?

ADRIÁN. Dejemos aparte enojos;
aunque me fisguen los ojos,
les he de contar mi daño.
¿Desde cuándo acá la casa
de enfrente de San Ginés
tiene dos puertas?

LUCRECIO. ¿No es
la que a nuestra calle pasa?

ADRIÁN. La propia.

LUCRECIO. Pues bien...

ADRIÁN. Pues bien,
no ha sido sino muy mal.
Entramos en el portal,
y el gentil hombre también.
Díjome: "Señor galán,
yo subo a ver una amiga;
cuanto una palabra diga,
me esperad en el zaguán."
Yo, como de la salida,
la entrada no había sabido,
quedéme allí divertido,
paseando la comida.
Como tardaban, a un hombre
de casa le pregunté
por la que arriba no fué
y por el buen gentil hombre.
Dijéronme: "No pararon,
que así como aquí vinieron,
por esa puerta salieron
y a esotra calle pasaron;
y aun a fe que iban burlando,
y ella dijo al escudero:
"¡Bueno queda el majadero!"
Y, al fin, quedéme majando.

CLAUDIO. ¡No puedo sufrir la risa!

LUCRECIO. ¡Bueno ha sido, vive Dios!

CLAUDIO. (Esto para entre los dos:
¿cuánto os lleva?

ADRIÁN. ¡Aprisa, aprisa
matadme! ¿Qué puedo hacer?)

LUCRECIO. ¡Salido habéis con la empresa!

ADRIÁN. Del dinero no me pesa;
mas ¡que me burle mujer!...

CLAUDIO. "Ahora bien: porque esa dama
desconsolada no vuelva,
uno de dos se resuelva."
¡Qué buena ocasión se llama!
"La dama me queda franca;
¿pagaré por Claudio? —Sí."

ADRIÁN. ¡Vengado os habéis de mí!

CLAUDIO. Al uso de Salamanca;
pero buena gravedad
tuvistes en viendo al hombre:
"¿Es vuestro ese gentil hombre?
Vuestra casa me enseñad.—
¿Qué monta? Pagallo quiero."
"Cinco escudos." "Estos son.
Tomaré la posesión."

LUCRECIO. ¡Mejor tomara el dinero!

ROBERTO. Ahora, lo que es importante,
es que la dama busquemos.

LUCRECIO. ¡Sí, por Dios!

CLAUDIO. ¿Por dónde iremos?

LUCRECIO. Por esa plaza adelante.

(*Vanse los cuatro.*)

VILL. 2.° Un alfiler me han metido
de estos de dos a la blanca.
¿Esto llaman feria franca?

VILL. 3.° Su alcabala se ha tenido;
no vengamos a Madrid
hasta...

VILL. 1.° Sí, que bueno vais.

MUCH. 2.° ¿No miraréis como vais?

VILL. 2.° El engaño está sotil.

MUCH. 2.° ¿Habéis de matar un hombre?
Debéis de venir borracho.

GUILL. Vos no le...

MUCH. 1.° ¿Qué habla el gabacho?

GUILL. ¿Y el gallego?

MUCH. 2.° Ese es mi nombre.
¡Estése en su tienda y calle!

VILL. 2.° Ahora bien, vamos de aquí.

GUILL. Y ellos se guarden de mí,
que tienen bellaco talle.
¡Yo les echaré un alano
que me los ponga a la sombra!

(*Vanse los* LABRADORES, *y los* MUCHACHOS, *y sale* VIOLANTE, *dama, vestida de labradora, y* LEANDRO *con ella.*)

LEANDRO. Quien de ese nombre se nombra,
no tiene el pecho villano.

Labradora de mi vida,
decid qué campos labráis,
y decidme si os llamáis
labradora o homicida.
¿Dónde queréis que se corte
el paño de esa librea?
Pues hacéis la Corte aldea,
cielo será vuestra corte.
¡Ojos bellos, labradores,
puede ser que allá labréis,
pero acá, no lo dudéis,
que matáis almas de amores!

VIOLANTE. ¡Qué de lisonjas al viento!

LEANDRO. ¿Lisonjero me llamáis?
Mal hacéis, pues me afrentáis,
y yo bien, pues no me afrento.
¡El alma os da lo que debe!

VIOLANTE. Yo os lo agradezco sin ella.

LEANDRO. ¿Cómo os criastes tan bella,
opuesta al sol y a la nieve?
Que sois milagro asegura
ver que criase en el suelo
la nieve ese sol del Cielo
y el sol esa nieve pura;
mas ¿quién duda que los dos,
aunque envidiosos de veros,
no pudieron ofenderos
de enamorados de vos?
Y ofreciendo sus despojos
en esa alegre figura,
la nieve os dió su blancura
y el sol la luz de los ojos.

VIOLANTE. Por cierto, señor, que os debe
mucho una toca embozada:
heme aquí, helada y quemada,
compuesta de sol y nieve.
Ya puedo, si algún villano
toma mi padre por yerno,
darle calor en invierno
y helado fresco en verano.

LEANDRO. ¡Quién fuera aquel labrador,
tan bueno entre muchos buenos,
pues ya siento, por lo menos,
juntos el frío y calor!

VIOLANTE. Pues no os lleguéis, ¡por mi vida!,
pues tal peligro corréis
de que os heléis o queméis,
y el uno al otro se impida
y muráis de dos contrarios.

LEANDRO. Tanto me quema (1) el amor
como me hiela el temor:
remedios son necesarios.

VIOLANTE. No los pidáis en aldea
como aquésta, sin virtud,
que no hay doctor, ni salud,
ni cosa que buena sea;
que si alguno desatina
de esta enfermedad de amar,
del uno al otro lugar
solemos llevar la orina.
Y en cuanto vos divertido
y yo necia y poco diestra,
podré, por llevar la vuestra,
llevar la de mi marido.
Y cuando ese mal me duela,
si va la vuestra, señor,
conoceréla el doctor
y diráselo a mi abuela.

LEANDRO. (¡Por Dios, que burla de mí!
Es discreta cuanto bella.
Algún misterio hay en ella.)
¿Casada sois?

VIOLANTE. Señor, sí.

LEANDRO. ¿Y tenéis abuela?

VIOLANTE. ¿Es mucho?
También yo soy.

LEANDRO. No sois vieja;
que si el rebozo no deja
veros, vuestra habla escucho;
que si es tan regalada
la voz, tan sutil y tierna,
que muestra bien que os gobierna
la flor de la edad dorada.

VIOLANTE. No debéis de hablar de veras;
mas no os lo quiero negar:
sabed que vengo a cerrar
para las hierbas primeras.

LEANDRO. Mostrad, veamos la boca.

VIOLANTE. ¿Sabéis de esto?

LEANDRO. ¡Sí, por Dios!

[VIOL.] Aunque se parece en vos,
que me toquéis no me toca. (1)
¿Veis esta sarta de perlas
y aquestos rojos corales?
Labios y dientes son tales.

LEANDRO. Dejadme verlos y verlas,
que sois testigo pariente
y no daréis buena fe.

VIOLANTE. Ni aun falsa, no la daré
por todo el oro de Oriente.

(1) En el original, "envidia".

(1) Verso sin sentido.

LEANDRO. Esa es mala cristiandad;
debéisme un próximo amor.
VIOLANTE. Vos también me sois deudor
en próxima voluntad.
LEANDRO. ¿Yo deudor? Creer podéis
que os adoro.
VIOLANTE. ¡Gran locura!
¿Y manda Dios, por ventura,
que al próximo le adoréis?
¿Veis cómo os falta, señor,
la próxima voluntad?
LEANDRO. A fe que dices verdad;
pero sóbrame el amor.
VIOLANTE. A cuantas tiendas me llego...
LEANDRO. Probarme quieres sin falta.
VIOLANTE. ¿Cómo voluntad tan alta
tiembla llegándose al fuego?
Sabed que es la fragua el dar
donde se apura el amor.
LEANDRO. Si es el dinero el calor,
poco tengo que apurar.
Ahora bien: vos, mi señora,
tenéis rico entendimiento
y más noble pensamiento
que pecho de labradora;
mirad para entre los dos
lo que un pobre puede dar,
y aqueso podéis tomar,
que eso pagaré por vos.
VIOLANTE. Vuestra llaneza me agrada,
y esa humilde confesión
me obliga a la absolución
de que no me compréis nada;
mas, con todo, será bien
que alguna deuda me quede.
LEANDRO. Mirad lo que un pobre puede,
y eso de la tienda os den.
¿Pensáis que me vuelvo atrás?
VIOLANTE. Si vos dais lo que podéis,
lo mismo que un duque hacéis;
no estáis obligado a más.—
Buen hombre, de ahí me corte
seis varas de voluntad.
PIERRES. Esa no tengo, en verdad,
que no se vende en la Corte.
¡Extraña cosa me manda
que le corte! ¿Piensa, acaso,
que la voluntad es raso,
lienzo, rajeta o holanda?
LEANDRO. Ella la sintió al revés,
y ese modo de pedir
es querer darme a sentir
que nunca supo lo que es.
PIERRES. Quizá no nació con ella.
LEANDRO. ¿Tan nueva os halláis, señora,
que pedís un corte agora?
¿Queréis hacer faldas de ella?
¿Y no es mala para ahí,
o tan ancha la tenéis
que por varas la daréis?
VIOLANTE. Estoy por decir que sí;
pero vos ¿no me dijistes
que sólo aquello os pidiese
que un pobre darme pudiese,
y esa confesión hicistes?
LEANDRO. Aqueso os dije, es verdad.
VIOLANTE. Pues eso sólo he tomado,
que un pobre (1) no está obligado
a dar más que voluntad:
o es amor, o es interés.
¡Malhaya la que pidiere
al pobre, si al pobre quiere,
lo que esta prenda no es!
LEANDRO. ¿Hay más bien que desear?
¡Oh, noble! ¡Oh, virtuoso pecho!
En esa razón sospecho
que no sois de este lugar,
cuyas mujeres, que el velo
de vergüenza estiman poco,
al pobre llaman el loco
y al rico el otavo cielo.
Digo entre las que profesan
poca virtud, porque hay llenas
esas plazas de mil buenas,
que en esto no se atraviesan;
pero, porque no digáis
que no os doy alguna cosa,
pedid, labradora hermosa,
cuanto en la tienda veáis,
que tendré un ánimo en daros
tanto mayor que la tienda,
cuanto es mayor el hacienda
que la gloria de obligaros.
VIOLANTE. ¿Cómo os llamáis?
LEANDRO. Yo, señora,
Leandro.
VIOLANTE. Pues es forzoso
que seáis muy animoso.
LEANDRO. Deseo mostrarlo agora.
¡Ofrézcase mi remedio
y en medio se ponga un mar!

(1) En el texto, "hombre"; pero debe de ser errata.

VIOLANTE. Menos tenéis que pasar:
sola esta tienda hay en medio.
LEANDRO. Pues tráigase un pregonero
y véndanme por esclavo,
que, desde este al otro cabo,
comprarla y dárosla quiero.
Mi señora, ¿en qué dudáis?
Ya Leandro se desnuda.
VIOLANTE. Perdiéndome voy, sin duda.
LEANDRO. Apuesto que me ganáis.
VIOLANTE. ¡Traviesa lengua tenéis!
LEANDRO. Es fuego, que no hay sufrillo.
VIOLANTE. ¿Cuánto vale este abanillo?
LEANDRO. ¿Agora viento queréis?
Por estas ferias ya pasa;
un regalillo es mejor.
VIOLANTE. Es para templar, señor,
ese fuego que os abrasa.
LEANDRO. La mano podrá sin él...
VIOLANTE. Daros algún bofetón,
y será de condición
que os acordéis siempre de él;
tengo pesada la mano.
LEANDRO. (¡Ya me quebrase la boca;
pero si en ella me toca,
quedaráme el pecho sano!)
VIOLANTE. ¿Son estas cajas de antojos?
PIERRES. Sí, señora.
VIOLANTE. Mostrá, a ver.
LEANDRO. (¿Qué antojos ha menester
quien tiene tan bellos ojos?)
PIERRES. ¡Qué buenas lunas, qué tiesos!
VIOLANTE. ¿Para qué tantos sacáis?
LEANDRO. Por uno que me cumpláis
os compraré todos esos.
VIOLANTE. Estoy de otros tantos llena,
que nunca se satisfacen.
¡Qué buena mano que hacen,
si es verdad que larga es buena!
Así llamaba los celos
el otro antiguo poeta.
LEANDRO. (Es curiosa y es discreta.)
VIOLANTE. No son celos, sino cielos;
celos diz que son antojos
que hacen grande la letra.
LEANDRO. Antes fuego que penetra
el alma desde los ojos.
VIOLANTE. Ya me los quito enojada,
que aquesta difinición
muestra que en otra prisión
tenéis el alma prendada;
si lo que es celos sabéis,
querido habéis, por mi fe.
LEANDRO. ¿Luego yo también diré
que habéis querido o queréis,
pues sabéis su inquietud?
VIOLANTE. No, no; vámonos despacio.
Leílo en un cartapacio,
¡así Dios me dé salud!,
y por una amiga mía
sé milagros de este mal.
LEANDRO. ¿Quién ha visto gracia igual?
VIOLANTE. ¿Tenéis una escribanía?
PIERRES. Y la mejor que hay, en suma.
VIOLANTE. No importa: sea cualquiera.
PIERRES. Con tintero y salvadera
y lugar para la pluma.
VIOLANTE. Pagad ésa a aqueste hombre,
que aquésta quiero y no más.
LEANDRO. ¿Cuánto vale?
PIERRES. Dos y as.
¿Cinco queréis que los nombre?
LEANDRO. Tomad y volvedme tres.
PIERRES. Este es dos y éste es sencillo.

(*Sale un* ALGUACIL, *que trae preso al* LADRÓN.)

ALGUACIL. ¡Qué mal pensaba encubrillo
ni escaparse por los pies!
¡Quite el capote, ladrón;
desvalije lo que tiene!
VIOLANTE. Señor, mucha gente viene;
yo me voy.
LEANDRO. Tenéis razón.
¿Queréis hacerme un placer
de pasaros por mi casa?
VIOLANTE. ¿Dónde es?
LEANDRO. Poca gente pasa;
podéis entrar a beber,
que tengo alcorzas de boca,
con una caja no mala.
VIOLANTE. En el portal, no; en la sala.
LEANDRO. Sólo agradaros me toca.
VIOLANTE. Aquesta humildad me vence.

(*Vanse los dos.*)

ALGUACIL. ¡Ea, bellaco, comience!
LADRÓN. Que me trate mal no es justo;
mire que soy hombre honrado.
ALGUACIL. ¿Qué oficio tiene?
LADRÓN. Soy sastre;
sino que, por un desastre,
oficio y tienda he dejado.
ALGUACIL. Muestre las manos a ver.
¡Miren qué callos aquéstos!

¡Estas son de guantes puestos,
y no manos de coser!
¡Venga conmigo el picaño!

LADRÓN. No me maltrate, le digo.

(*Salen* ALBERTO, EUFRASIA, ISIDRO, *y* TEODORA.)

ALBERTO. Mirad que venís conmigo;
no receléis vuestro daño.
¿Qué cosa podéis temer?

EUFRASIA. Decísme que sois casado
y habéisme agora obligado
a temer vuestra mujer.
No me llevéis a su casa.

ALBERTO. Ella debe de andar fuera.

ALGUACIL. Irá de aquesta manera.

(*Vase el* ALGUACIL *y el* LADRÓN.)

ALBERTO. Retiraos, que gente pasa.

EUFRASIA. Señor, un hombre casado,
¿para qué me quiere a mí?

ALBERTO. ¿Qué importa? Aquello está allí
como en el arca guardado.
¡Siempre es sabroso lo ajeno!

EUFRASIA. ¡Callad, hombre sin razón,
que no hay puerta al corazón:
todo está de guardas lleno!
Dadme que la mujer quiera,
que el guardalla es imposible.

ALBERTO. Es una santa.

EUFRASIA. ¿Es posible?

ALBERTO. A lo menos, por de fuera.
Pero, al fin, ella me enfada;
creed que verla no puedo;
donde estoy la tengo miedo;
es muy necia y porfiada;
razonable talle tiene,
pero es muy soberbia y loca.

GUILL. Cerrar las tiendas nos toca,
Pierres, que la noche viene.

PIERRES. Ya bien nos podemos ir.

EUFRASIA. ¿Tan mala es vuestra mujer?

ALBERTO. Es mala para querer
y buena para vivir,
es honrada y no es muy bella.

EUFRASIA. (¡Por Dios, sufrillo no puedo!
¡Descúbrome!)

ALBERTO. (¡Paso, quedo!
¡Juraré que estoy con ella!)
Mujer, ¿sois vos?

TEODORA. Yo también.

ISIDRO. ¿Eres tú Teodora?

TEODORA. Sí.

ISIDRO. Que nunca te conocí.

EUFRASIA. Buen hombre, ¿paréceos bien?

ALBERTO. Digo que sois el demonio.

EUFRASIA. Ahora bien: no me ha pesado
de tener marido honrado,
tan bastante testimonio.
"¿Qué importa? Aquello está allí
como en el arca guardado.
Siempre es sabroso lo hurtado."

ALBERTO. Bueno, ¿hacéis burla de mí?

EUFRASIA. "Es una santa, y me enfada;
creed que vella no puedo;
donde estoy la tengo miedo;
es muy necia y porfiada;
razonable talle tiene,
pero es muy soberbia (1) y loca."
Vos tenéis vergüenza poca,
y que calle ya os conviene.
Ahora bien: no más que estáis
algo corrido y turbado.
¡Buenas ferias me habéis dado,
y algo corrido os quedáis!—
Vente conmigo, Teodora.

TEODORA. ¿Qué le parece al picaño?
Bien hemos feriado hogaño.

ISIDRO. Agradécelo a señora;
que de aquesas carnes puras
lo que te di te sacara.

TEODORA. ¿Cómo te llamas?

ISIDRO. ¿Yo? Clara.

[TEOD.] Bellaco, quédate a escuras.

(*Vanse las dos.*)

ALBERTO. ¡Qué buenos hemos quedado!

ISIDRO. Mis dineros me cuesta. (2)

ALBERTO. También me alcanza la fiesta.
Mis dineros me ha costado.
Hogaño, aunque no he querido,
di ferias a mi mujer.
Bien me ha sabido coger.
Con extremo estoy corrido.
¡Que haya dado ferias yo
a la que más aborrezco!
Cualquiera pena merezco.
Ella hablará y callo yo.

---

(1) El texto dice "necia"; pero el verso es corto y además ya usó este calificativo dos versos atrás y el de "soberbia" es el que se pone antes en las frases reproducidas.

(2) Verso corto si no se dan tres sílabas a "cuesta".

ISIDRO. ¡Que yo diese a Teodorilla
cuanto he ganado este mes!

(*Sale* LEANDRO.)

LEANDRO. (Imposible pienso que es;
pero intentaré seguilla.)
Señor Alberto, a buen tiempo.
¿Sabe que un lance me pasa
tal, que me ha dado en mi casa
un rato de pasatiempo?
Que entre estas ferias y tiendas
anda este niño rapaz;
creo que es, en un disfraz,
una mujer de hartas prendas.
He estado hablando con ella,
que me ha quitado el juïcio.
No penséis que habla de vicio;
quedo sin habla por ella.
Pidióme que yo la diese
un anillo que tenía
y otro me dió que traía.

ALBERTO. ¡Por Dios, que es bueno si es ése!
¡Extremado es el diamante!

LEANDRO. No reparemos en esto,
que va lejos de este puesto,
y hame de ser importante
que vuestro Isidro la siga,
porque ella, al fin, me mandó
que no la siguiese yo,
que a tanto el amor me obliga.

ALBERTO. Pues ¡sus! decidle quién es
y sabrá la calle y casa,
y si el amor os abrasa
solicitadla después.

LEANDRO. ¡Oh, Amor, hazle que acorte
el paso.

ALBERTO. ¿Por dónde iba?

LEANDRO. Por aquesa calle arriba
a las Audiencias de Corte.
Ya llegará a Santa Cruz.

ALBERTO. Ya anochece; caminemos.

LEANDRO. No importa, que la veremos
con los rayos de su luz.

ISIDRO. ¿Es cometa?

LEANDRO. Sí, y estrella,
y el mismo sol, y es el día,
y es fuego, y es lumbre mía;
yo la vi y muero por ella.

ISIDRO. ¡Qué graciosos epitecios!
¡Qué de bolina y maraña!
Y, será alguna picaña
de aquestas que engañan necios.

JORNADA SEGUNDA

(*Sale* ADRIÁN, LUCRECIO *y* LEANDRO, *en hábito de noche.*)

ADRIÁN.
¿A qué parte decís iba la ronda?

LUCRECIO.
De aquella parte de San Luis arriba.

ADRIÁN.
No hay secreto lugar que se le esconda.

LUCRECIO.
Subiendo por la calle de la Oliva
columbré las linternas, y, de un vuelo,
bajéme al Carmen, y hacia el Carmen iba.
Los pies aprieto sin tocar el suelo,
a la puerta del Sol llego, y adonde
henchí de colación el pañizuelo.
Llamé a Leandro, y como ya se esconde
de unos días acá del trato nuestro,
al cabo de dos horas me responde.
Al fin salió, y al aposento vuestro
venimos ambos, que sin vos no hay gusto.

ADRIÁN.
En todo os reconozco por maestro.
¿Cómo calla Leandro?

LUCRECIO.
Algún disgusto
le debe de apretar más que el coleto,
aunque le viste por extremo justo.

ADRIÁN.
¿Qué tienes, Durandarte?

LEANDRO.
Un mal secreto.

LUCRECIO.
Por el francés lo dice el pobre mozo.

LEANDRO.
Eso será.

ADRIÁN.
¿Confiésaslo, en efeto?

LUCRECIO.
Toca esos huesos; quítate el rebozo.

LEANDRO.
Déjame; bueno estoy.

LUCRECIO.
Ni aun medio bueno.
¡Vive Dios, que le echemos en un pozo!

LEANDRO.

Duéleme un lado; oféndeme el sereno.

ADRIÁN.

¿Hará que hasta el jubón le desabroche?

LEANDRO.

Veráse el pecho de cenizas lleno.

LUCRECIO.

No te melancolices, que esta noche
ha de haber zarabanda hasta la cinta,
al són de bamboleo y carricoche.
Tres somos; esta tercia hagamos quinta.
Llamemos al buen Claudio y a Roberto.

ADRIÁN.

¿Quién duda que estarán de presa y pinta?

LUCRECIO.

Y si hubiera guitarra, que más cierto
salieran al són.

ADRIÁN.

Pues eso de las gayambas. (1)

LUCRECIO.

Es bravo zarabando al descubierto.
Dobla muy bien el cuerpo y los pies zambos;
con buen compás y con mejor donaire.

ADRIÁN.

Huélgome de eso.

LUCRECIO.

Pues haréislo entrambos.

ADRIÁN.

Leandro ayudará, que así al desgaire (2)
danza cualquiera cosa con buen aire.

ADRIÁN.

¿Qué nos estás mirando, estatua muda?

LEANDRO.

Que no os burléis de manos, que me enfado.

LUCRECIO.

Haré sin falta que al reclamo acuda.
Esta es la reja.

ADRIÁN.

Espera, que embozado
quiero esperalle, y en saliendo cierro
con un espaldarazo por el lado.

[LEANDRO.]

Sea en hora buena; mas sabed que es yerro
hacer con el amigo pruebas tales,
que en burlas suele entrarse tanto hierro.
En burlas suelen suceder mil males,
y si le acobardáis correrse tiene,
y es afrentar los hombres principales.

ADRIÁN.

Paso; callad, que sale.

LUCRECIO.

Hablando viene.

(*Salen* CLAUDIO *y* ROBERTO.)

CLAUDIO.

Dadme aquese broquel.

ROBERTO.

No vais cargado.

CLAUDIO.

Dejadme vos; llevarle me conviene.
¡Oh, pesia tal! La puerta me han tomado.
(*Danle.*)

LUCRECIO.

Paso, que amigos somos.

CLAUDIO.

¿Quién?

LUCRECIO.

Lucrecio,
Leandro y Adrián.

CLAUDIO.

Es excusado.
Esos son amigos, y un desprecio
cual éste no me hicieran mis amigos.

ADRIÁN.

Dejad las armas ya, que sois un necio.

CLAUDIO.

Querríanme probar. Sonme testigos
aquestos brazos, que en cualquier[a] tiempo
acostumbro [a] esperar los enemigos.

LUCRECIO.

Es fuerte como un Cid.

LEANDRO.

Venís a tiempo.

ROBERTO.

¿Adónde iremos a tener un rato?
Donde se gaste en gusto y pasatiempo.

(1) Así el texto, pero no rima ni ajusta el verso. Quizá deba leerse "los gambos".

(2) Falta un verso después de éste. Lo diría con el que sigue otro personaje; por eso vuelve a hablar ADRIÁN.

ADRIÁN.
Brisena vive allí.

ROBERTO.
¿La del retrato,
por quien acuchillaron al amigo?

CLAUDIO.
Téngola por mujer de hidalgo trato.
Leandro, ¿cómo callas?

LEANDRO.
Voy conmigo
tomando ciertas cuentas al deseo.

CLAUDIO.
Dejemos eso mientras voy contigo.
¿Habémonos de holgar?

LEANDRO.
Eso deseo, (1)
como servirte siempre.

CLAUDIO.
Dios te guarde.

ROBERTO.
Hagamos media noche.

LUCRECIO.
Así lo creo.
Pero primero haremos un alarde
de las cosas de gusto.

ADRIÁN.
Leandro, vamos
en casa de Rufina.

LEANDRO.
Agora es tarde.
Habráse ya acostado. Cerca estamos
de aquella nuestra amiga.

ADRIÁN.
¿La embaidora?

LEANDRO.
Donde el espejo la otra noche hurtamos.

ADRIÁN.
Yo tengo miedo que le pida agora.
Mejor será que vamos a esta esquina.

ROBERTO.
¿Quién se ha pasado aquí?

(1) En el texto, "Aqueso digo", que no rima ni hace sentido.

ADRIÁN.
Vive Leonora.

ROBERTO.
Pues ¿no vivía aquí doña Agustina?

ADRIÁN.
Ya se pasó a la calle de la Espada.

LUCRECIO.
¿Cuál de todos conoce a Felicina?

ROBERTO.
Yo la conozco; mas está enojada
conmigo sobre un negro cabestrillo,
y nunca suele abrir a camarada.

LEANDRO.
¿Quién es una ojinegra, de amarillo,
que suele entrar en misa en la Vitoria?

ADRIÁN.
¡Ta, ta! No la nombréis, tiemblo en oíllo.
Servíla un tiempo.

LEANDRO.
¿Y hubo más?

ADRIÁN.
Fué historia.
Es mujer que del mismo pensamiento
quiere hacer ensalada y pepitoria.

ROBERTO.
¿De qué manera?

ADRIÁN.
Servían ya de asiento. (1)
Habéisla de servir para mil años;
y como conoció mi mal intento
cerró la voluntad a mis engaños,
y en aquella casilla, a la malicia,
ventana y puerta, a fuerza de mis daños.
Pensé vengarme, vino a su noticia,
recatóseme mucho, pero en vano,
que vine a entrar llevando la justicia.

ROBERTO.
Aquí vive Teofila.

CLAUDIO.
Tengo mano
con esa dama. Llamaré sin falta.

(1) Así en el texto; pero sin duda está errado el pasaje.

LUCRECIO.

Llamad.

CLAUDIO.

¿Duermes, mis ojos?

(*Asómase la* FREGONA *a la ventana.*)

FREGONA.

¿No es temprano?

CLAUDIO.

Hablan en la ventana.

LUCRECIO.

En la más alta. (1)

FREGONA.

¿A tal hora nos llama y sobresalta?

CLAUDIO.

¿Duerme tu ama?

FREGONA.

¿Quién le pide cuenta
al muy bellaco si mi ama duerme?

CLAUDIO.

Oyete, sota, y ábrenos la venta.
¿Querrá decir agora que ha de verme
la cara ochenta veces con la lumbre?

FREGONA.

Basta que piensan pesadumbre hacerme,
pues recojan allá la pesadumbre.

LEANDRO.

¡Guardad de abajo!

LUCRECIO.

¡Oh, pesia mi linaje!

ADRIÁN.

¿Es agua de fregar o servidumbre?

ROBERTO.

Romperéle la puerta, haré que baje
por donde el agua vino. Espere un poco.

ADRIÁN.

No derribéis la puerta.

ROBERTO.

De coraje
estoy...

CLAUDIO.

Hecho un estiércol.

(1) Falta un verso después de éste.

ROBERTO.

Estoy loco.
¿Hay una piedra acaso? No parece.
Todo es blandura cuanto piso y toco.
¡Que no ha de haber alguna en que tropiece!

LEANDRO.

Venid acá, señor; ¿queréis vengaros?

ROBERTO.

¿Eso decís?

LEANDRO.

Pues esto me parece.
Que vais por Tristanejo, que enterraros
puede, con su guitarra, esta fregona,
y el aire que os dará podrá enjugaros.

ROBERTO.

No me parece mal. Voy en persona.
¿Vive en cas del doctor?

LEANDRO.

De la otra parte.

ROBERTO.

A fe que ha de cantalle lo que Antona.
Voy a buscarle.

LEANDRO.

En esta misma parte
nos hallaréis.

CLAUDIO.

¡Qué buen donaire tiene!

LUCRECIO.

Como una bala de escopeta parte.

ADRIÁN.

Sentémonos aquí mientras que viene.

CLAUDIO.

Tiendo mi capa.

LUCRECIO.

Tiendo yo la mía.
¡Qué mal la media noche se entretiene!

ADRIÁN.

¿Quién sabe alguna historia?

LEANDRO.

Yo podría
contar alguna.

LUCRECIO.

Cuéntala.

LEANDRO.

No puedo,
que tengo miedo al venidero día.

CLAUDIO.

¿Hanlo de descubrir? Por todos quedo
como fiador que se me encubra y calle.

LEANDRO.

Déjalo estar, que no me deja el miedo.

LUCRECIO.

Digamos mal.

ADRIÁN.

Escúchanos la calle.

CLAUDIO.

Digamos de Roberto, que está ausente.

ADRIÁN.

¿Qué hay que decir? Es ruin y de mal talle.

LUCRECIO.

Diez años más la vida se te aumente.

CLAUDIO.

Decidme agora: ¿de qué trae Raimundo
tanto vestido, mesa, casa y gente?

LEANDRO.

De los milagros que sustenta el mundo.

LUCRECIO.

¿Esa historia os parece milagrosa?
¿Mirastes hoy la calza de Facundo?

CLAUDIO.

¡Extremada, por Dios, que es muy costosa,
y aquel gurbión es de invención gallarda,
y el entorchado, peregrina cosa!

LEANDRO.

Mejor parece la de Alberto parda,
y es de aquella labor.

LUCRECIO.

Dadle de mano,
aunque la limpia, la compone y guarda.
Colores en el hombre cortesano
lo mismo son que en el soldado el negro.
El vestido de corte es negro y llano.

ADRIÁN.

Y la bayeta por el primo o suegro
cuando se ofrece que dineros falten.

LEANDRO.

Yo siempre viendo la color me alegro.

ADRIÁN.

Pues ¿quién puede dudar que no se salten
de la frente los ojos tras la raja,
que mil pestañas de color esmalten?

LEANDRO.

¿Y sois de parecer que sea tan baja
la calza como aquella de Leonido?

ADRIÁN.

A todas las demás hace ventaja.
La calza larga fué gentil vestido
para cubrir la pierna o zamba o flaca;
sin fieltro el muslo ha de caer tendido.

LEANDRO.

Tenéis razón, que la cintura saca
con más donaire, y a la que esto falta
es a lo viejo y le darán matraca.
Cuando se usaba tan redonda y alta,
como toda la pierna descubría,
echábase de ver cualquiera falta.
El que no era bien hecho no podía
parecer entre gentes ni vestilla,
y esotro por extremo parecía.
Agora un muslo flaco y la rodilla
salida afuera, que es gran falta encubre (1)
cualquiera calza.

CLAUDIO.

Es nueva maravilla.

ADRIÁN.

¡Qué bien el cuerpo, Claudio, se descubre
con un coleto largo por la falda!
Casi lo mismo la rodilla cubre.
Ha de tener, a modo de guirnalda
cualquier coleto, un cerco de abanillos.

LEANDRO.

Doblado el cuello, saca bien la espalda.

ADRIÁN.

Usábanse unos cortos brahoncillos
que daban poca gracia.

LUCRECIO.

Pasó el plazo.
No sé, ¡por Dios!, quién puede ya sufrillos.
Cuando es grande el brahón, sácase el brazo
con linda gala, y cuando no, parece
que está pegado allí como un pedazo.

(1) En el texto, por errata, "en hombre".

CLAUDIO.

Agora que a propósito se ofrece,
quiero saber por qué habéis siempre usado,
pues en la corte a todos se guarnece,
traer por el talón desaforrado
el zapato que os calzan.

LUCRECIO.

Porque llega
con menos puntos y mejor calzado,
y sin aforro al pie se pega;
que cuando le dejáis viene más justo.

LEANDRO.

Muy bien, ¡por Dios!, de su derecho alega.

ADRIÁN.

¿Y esto de los sombreros?

LUCRECIO.

Eso es justo;
unos le traen bajo y otros alto.

CLAUDIO.

Esos extremos con el medio ajusto.

LUCRECIO.

Este largo de falda y aquél falto,
unos con trencellín y otros toquilla.

CLAUDIO.

¿Queréis que demos un notable salto?

ADRIÁN.

No; cortemos primero una ropilla,
a lo menos calzones o greguesco.

LEANDRO.

Ese primor le saben en Sevilla.
¡Qué bien le cortan! ¡Qué galán y fresco!
Que, al fin, es traje de verano.

LUCRECIO.

Y malo:
honrada es una calza a lo tudesco.

ADRIÁN.

¿Es aquella linterna?

CLAUDIO.

Con su palo.

LEANDRO.

¿Huiremos?

LUCRECIO.

Paso, no huyamos. (1)

(1) Verso corto.

LEANDRO.

Yo por aquesta calle me resbalo.

CLAUDIO.

Volved acá, de dos en dos nos vamos.
¿Qué nos pueden hacer?

LUCRECIO.

Sólo es un hombre.
Sin qué ni para qué nos levantamos.

(Pasa un HOMBRE *embozado, con una linterna.)*

LEANDRO.

Caso es aqueste que a una piedra asombre.
¡Ah, libertad preciosa de la corte!
Bien me permitiréis que así la nombre.
¡Que un hombre no se espante ni reporte
de ver cuatro que estamos a esta esquina
y no preguntare lo que le importe! (1)
Que pase por el medio ¿no es mohina?

CLAUDIO.

A mí más me amohina la linterna.
Los ojos me encandila y desatina.
El que la lleva así, como dicierna
alguna gente, tápela en mal hora.

ADRIÁN.

Quebralle quiero ¡vive Dios! la pierna.
¿No habrá en el mundo alguna piedra agora?

LUCRECIO.

Dejalde, vaya.

CLAUDIO.

De hambre estoy muriendo.

ADRIÁN.

Todos lo estamos.

LUCRECIO.

Aquí un hombre mora
que hace tortas y las va vendiendo
a mediodía por la calle.

CLAUDIO.

Bueno.
¿Abrirá si llamamos?

LUCRECIO.

En oyendo.

LEANDRO.

Llamad más recio.

(1) En otro texto dice: "yo no preguntare". De todos modos el sentido está confuso.

LUCRECIO.

¿Ah, señor Moreno?

MORENO.

¿Quién llama a tales horas?

LUCRECIO.

Cuatro amigos
que aquesta noche andamos al sereno.
¿Tiene algo que nos dar?

MORENO.

Muy buenos higos
y un agua como nieve.

CLAUDIO.

Qué, ¿es morisco?
Aquí de su bautismo habrá testigos.

MORENO.

¿Son ya las dos?

CLAUDIO.

Sí.

MORENO.

¡Qué buen aprisco!
Sepan que porque es víspera, lo digo,
del seráfico padre San Francisco.

LUCRECIO.

Lucrecio soy.

MORENO.

Pues lléguese al postigo.

CLAUDIO.

Hablara yo para mañana.

MORENO.

Tengo
buen manjar blanco.

LEANDRO.

Bueno, abrid, amigo.

CLAUDIO.

¿Hay pan?

MORENO.

Y vino añejo.

CLAUDIO.

Aquí me vengo;
cada tres horas soy vuestro cofrade, (1)
que en tales estaciones me entretengo.

(1) Así en el texto. Se decía indistintamente "cofrade" o "cofadre". La rima pide esta última forma.

LUCRECIO.

Roberto tarda.

CLAUDIO.

¡Oh, cuerpo de mi madre!
Come por seis. Dejalde, que es un loco.

MORENO.

Entre en hora buena.

ADRIÁN.

Abrid, compadre.

CLAUDIO.

¿Viene Leandro?

LEANDRO.

Voy, que aguardo un poco.

(Vanse los tres, queda LEANDRO *solo.)*

Ellos quedan ocupados.
Mientras están de contento
pedir quiero al pensamiento
relación de los cuidados.
¿Cómo estamos, di, deseo?
Responderá que es mortal
y de esperanza muy mal.
Casi a la muerte me veo.
¡Ay, hermosa labradora!
¿Por qué a matarme veniste
con el traje que encubriste
lo que descubres agora?
¡Oh, nunca yo te siguiera,
ni hasta tu casa llegara,
ni tu calle paseara,
ni a tu ventana te viera!
¡Oh, ferias donde te vi
para mil penas y injurias,
y no ferias, sino furias,
o demonios para mí!
¡Con qué nueva discreción
se puso aquellos antojos
para dejar en mis ojos
antojos de corazón!
¡Qué habrá querido decir,
de cuantas cosas había,
llevar una escribanía?
Sin falta sabe escribir.
Que no es el menor consuelo
de los que tiene mi mal,
porque en esta ocasión tal
sólo le espera del Cielo.
Esta es su casa. ¡Oh, ventana,
quién te viera abrir agora!

¡Viera yo mi labradora
y la noche su mañana!—
¡Pesia tal! Un embozado
se viene llegando al puesto.
Quiérome embozar de presto,
que viene determinado.

(*Sale* PATRICIO, *marido de* VIOLANTE.)

PATRICIO. Paréceme que en mi puerta
estaba un hombre, y si estaba,
sin falta alguna acechaba
si está mi gente despierta.
Arrimóse a la pared;
hacia allá quiero llegar.—
Galán, ¿podemos pasar?

LEANDRO. Bien puede vuesa merced.

PATRICIO. (¿Qué quiere aquéste en mi casa?
No quiero entrar, sino ver
si tiene en ella que hacer
o si de largo se pasa.)

LEANDRO. (Este pasea la calle;
téngolo a mala señal.)

PATRICIO. (No se muda, ¡oh, pesia tal!)

LEANDRO. (¡Por Dios, que tiene buen talle!
Ya tengo competidor,
y apenas mi amor entablo.)

PATRICIO. (¿Eres hombre o eres diablo?
Entrar me será mejor;
pero no, que no podré
dormir sosegado sueño.)

LEANDRO. (Acá se llega este leño.
¡Pues llegue, que no me iré!)

PATRICIO. (Yo me quiero hacer galán
de aquellas damas de enfrente,
por que éste seguramente
piense que pena me dan;
y si en mi casa tiene algo,
llegará sin falta a ella.)

LEANDRO. (El sirve a alguna doncella.
¡Buena cosa, a fe de hidalgo!
Huélgome, que me ha dejado
ya de mis celos seguro.)

PATRICIO. (Todo el portal está escuro;
sin duda se han acostado;
llegar quiero a la pared.
Mas ¿qué me quiere aquel hombre?
Hablar quiero.) ¿Ah, gentil hombre?

LEANDRO. ¿Qué manda vuesa merced?

PATRICIO. Llegue, que de paz estoy
y ya me quito el rebozo.

LEANDRO. Yo también me desembozo.
¿Quién es?

PATRICIO. Un hidalgo soy
que aquí tengo que hacer,
y quiérole suplicar
me dé un poco de lugar.

LEANDRO. Ese mismo he menester;
mas, pues que en la calle andamos
y con un mismo ejercicio,
no hay para qué hablar de vicio,
pues diferentes estamos.
Vuesa merced sirve allí
y yo sirvo en esta parte;
vuesa merced hable aparte
y déjeme hablar a mí.

PATRICIO. Vuestra nobleza me vence,
y el hidalgo proceder
me obligan a pretender
que nuestra amistad comience.
Pues nos hemos declarado,
tenedme por vuestro amigo.

LEANDRO. La fe con la mano obligo.

PATRICIO. Con ella quedo obligado.
¿Cómo os llamáis?

LEANDRO. Yo, Leandro.

PATRICIO. ¡Tenéis amoroso nombre!

LEANDRO. ¿Y el vuestro?

PATRICIO. Mayor que el hombre.

LEANDRO. ¿Cómo os llamáis?

PATRICIO. Alejandro.

LEANDRO. En todo le parecéis.

PATRICIO. Como vos al vuestro en todo.

LEANDRO. No me obliguéis de ese modo.

PATRICIO. Para que vos me obliguéis;
pero el tiempo no se gaste
sólo en este cumplimiento:
direos mi pensamiento,
y para decillo baste
ver esa hidalga presencia.

LEANDRO. Recibirélo en merced.

PATRICIO. Pues sepa vuesa merced
que yo vine de Palencia,
habrá tres meses o más,
a cierto pleito a la Corte,
y para que de esto acorte,
dejo negocios atrás,
que ya sabéis pretensiones
que suelen ir muy despacio.

LEANDRO. Ya he paseado a Palacio,
que tengo mis ocasiones.

PATRICIO. Pues, señor, en esta calle,
luego en allegando aquí,
dos mozas hermosas vi,

y la mayor de buen talle;
desde entonces bebo el viento,
que sólo he llegado a hablar,
y no sé en qué ha de parar,
que dicen que es casamiento.

LEANDRO. Trabajo, señor, tenéis
viviendo en tanto recato.

PATRICIO. Son mujeres de buen trato,
y no hay más de lo que veis.

LEANDRO. Ordinario suele ser
venir a aqueste lugar
a un negocio y negociar
de llevar una mujer.

PATRICIO. Aun eso no es mucha risa;
mejor es del majadero
que gasta mal su dinero
para volver en camisa.

LEANDRO. Están llenas las posadas
de aquesos hombres perdidos,
hasta vender los vestidos
para dejallas pagadas.
Mas, pues me habéis obligado
con decirme vuestra historia,
perdóneme la memoria,
que habéis de quedar pagado,
y a la mía estad atento.

PATRICIO. (Temblando estoy si ha de ser
historia de mi mujer.
¡Dios ponga en tu lengua tiento!)

LEANDRO. La feria de San Mateo
que en Madrid se suele hacer,
salí después de comer,
bien descuidado el deseo
de más de ocupallo en ver;
iba al hilo de la gente,
tan libre como inocente,
buscando una y otra dama,
y más lejos de su llama
que el hielo, que no la siente.
También guardaba el decoro
a los vestidos, si en ellos
vía esparcirse el tesoro
como a los ojos más bellos,
como a los cabellos de oro.
Hasta que vi una aldeana,
como el sol por la mañana,
tan dorada y espaciosa;
villana, pero hermosa;
hermosa, pero villana.
Cual suele el campo en abril
con una y otra color
levantar realces mil,
y de la venda de amor
tocar un velo sutil,
ésta los ojos mostraba,
cuyo color afrentaba
el azul que el cielo alegra,
y en arco, una ceja negra,
que a la de Amor imitaba.
Al fin, la delgada toca
de la mejilla rosada
mostraba, aunque parte poca,
la toca que vi mojada
del respirar de la boca;
Dióme calentura el vella,
y viendo el agua en la red,
acudió el alma a bebella,
y hallóse tan lejos de ella,
que habrá de morir de sed.
Pedíle con humildad
que, vista mi calidad,
iguales ferias tomase,
y pidió que le sacase
seis varas de voluntad;
dice que es pedir en vano
al pobre que en otro corte
tienda la desnuda mano,
lenguaje tosco y villano;
mas no lo entiende la Corte.
Vencida de mi porfía,
una sola escribanía
de todo vino a pedir,
que ella debe de escribir,
y espero el dichoso día.
Llevéla a mi casa, en fin,
donde, estando en su jardín,
el rebozo desenlaza
con que fué villana en plaza
y en el campo serafín.
Fuése el cielo de la tierra,
el sol hermoso del día;
seguíla, y vi que vivía
en esta calle, que encierra
la de vida y la de vía.
Dos papeles la escribí,
y aquesta noche entendí
que me quiere responder,
y sólo quisiera ver
solas dos letras de un "sí".
La hora, sin falta, es ya,
señor, y sabéis mi pecho;
en el secreto me va
la vida; estoy satisfecho
que en el propio olvido está.

Retiraos, porque he sentido
en la ventana ruído.

PATRICIO. Pues, señor, aquí estaré.
(¡ Pesia tal, sí, callaré!
Creo que soy su marido.)

LEANDRO. Guardá la calle, que dudo
que hablando alguno me halle.

PATRICIO. (¡ Pesia mí! ¡ Baste que calle!
¿No basta ser el cornudo,
sino que guarde la calle?)

(*Asómase* VIOLANTE *a la ventana.*)

VIOLANTE. ¡ Ce, Leandro! ¿Es él?

LEANDRO. Yo soy
vuestro Leandro animoso,
y aquese "ce" glorioso
es la luz por quien ya voy
al puerto de mi reposo.

VIOLANTE. ¿Estáis solo?

LEANDRO. ¡ No, por Dios,
que, aunque animoso Leandro,
aseguréme con dos!
Detrás tengo un Alejandro
y delante os tengo a vos.

PATRICIO. (¡ Por Dios, gran yerro hiciera
si mi nombre le dijera,
porque, en nombrando Patricio,
todo el trabado artificio
se quebrara y deshiciera!
Callar me cumple y saber
en lo que viene a parar
aquesta infame mujer.
Mejor me pienso vengar:
juntos los pienso coger.)

VIOLANTE. ¿Cómo, Leandro atrevido,
amigos habéis traído
para llegar a la mar?

LEANDRO. Si fuera para pasar,
desnudárame el vestido;
pero advertid que podéis
de aquese amigo fiaros.
Habladme, no lo dudéis.

PATRICIO. (¡ Serélo para mataros!)

LEANDRO. Violante, ¿no respondéis?

VIOLANTE. Está mi marido fuera,
que es hombre que no le agrada
lo que tiene.

LEANDRO. ¡ Ah, traidor! ¡ Muera
de alguna fiera estocada!

PATRICIO. (¡ Bueno voy de esa manera!)

VIOLANTE. Dad una vuelta a la calle.

LEANDRO. Toda se descubre exenta.
Alejandro, tened cuenta.

PATRICIO. ¿Paréceos que estoy de talle
que he de dormirme en la calle?
(¡ Vengaréme, vive el Cielo!
¡ Ah, mujer!)

LEANDRO. No hayas recelo:
todo calla y nada suena.

PATRICIO. (El que tiene mujer buena,
donde pisa, adore el suelo.
¡ Ah, traidora!)

VIOLANTE. El viento manso
me da miedo.

LEANDRO. ¡ Gran decoro,
Alejandro!

PATRICIO. No descanso;
más velo que grulla o ganso;
dijera mejor que un toro.

VIOLANTE. Ya de nada me aseguro;
tomá ese papel, que os juro
que el escribillo me cuesta
saber, que, por la respuesta,
daros el alma procuro.
¡ Gran peligro tengo aquí!
Adiós, que en ese papel
sabréis más nuevas de mí
que pensé escribir en él
ni que cupieran en mí.
¡ Adiós, adiós!

LEANDRO. El os guarde.
Cerró la ventana el cielo.

PATRICIO. (¡ Cólera me abrasa y arde!)

LEANDRO. ¿Tiene ya más dicha el suelo?

PATRICIO. (¿Tiene hombre más cobarde?)

LEANDRO. ¡ Oh, Alejandro, qué papel!

PATRICIO. Milagros vendrán en él.
¡ Tiene ingenio, por mi fe!

LEANDRO. ¿Conocéisla?

PATRICIO. (Mal hablé.)
Por fama que tengo de él.

LEANDRO. El deseo tiene a raya
esa merced que me hacéis;
mas permitid que me vaya,
que volveré, si queréis,
luego que leído le haya,
que no lo puedo sufrir.

PATRICIO. ¡ Jesús!, bien os podéis ir;
no tengo qué hacer aquí,
que ya es tarde para mí.

LEANDRO. No me acierto a despedir.

PATRICIO. Vamos; quiero acompañaros.

LEANDRO. Téngolo en merced, señor,
y me la haréis en quedaros.

PATRICIO. Reciba yo este favor.
LEANDRO. A fe que habéis de tornaros.
PATRICIO. Deseo veros de día.
LEANDRO. Yo vivo a Santa María;
pero mañana os veré,
porque a San Francisco iré,
que acude gran bizarría.
PATRICIO. Tenéis razón, que es su fiesta.
LEANDRO. Adiós.
PATRICIO. Adiós.—¡Ah, Fortuna!,
¿qué dura venganza es ésta,
a cuyos pies, importuna,
está nuestra vida puesta?
Esto he querido saber
por andarme a mi placer.
¡Yo tengo mi merecido,
que, pues no soy buen marido,
que tenga mala mujer!
Aborrecíla doncella,
y casada, cuando menos,
no hago vida con ella
por quien vale menos que ella
y por quien me quiere menos.
¡Pero mi desasosiego
en mi deshonor! ¡Ah, ciego!,
¿cómo en mi casa entraré?
¿Qué palabras la diré?
¡Todo es hielo, todo es fuego!
¡Ay, Amor, vencedme vos!
¡Mataré la que me infama!
¡Pero no lo quiera Dios
hasta que bañe la cama
con la sangre de los dos!
La luz comienza a salir
y el alba quiere reír
cuando comienzo a llorar.
Ya es hora de levantar
y tarde para dormir.

(*Salen* LUCRECIO *y* ADRIÁN [*y* CLAUDIO].)

CLAUDIO.

¿Hémonos de acostar?

LUCRECIO.

Será por fuerza,
que son más de las tres.

ADRIÁN.

Voy desvelado;
paréceme imposible que ya duerma.

CLAUDIO.

Basta que se nos hizo perdedizo
el buen Leandro.

PATRICIO.

(¿Qué canalla es ésta?
Bueno será llamar y entrarme en casa.
La puerta se abre: Dios me dé paciencia,
que importa a su servicio para mi alma.)

(*Vase* PATRICIO.)

CLAUDIO.

Mirad cómo abre aqueste pastelero.

ADRIÁN.

¡Abre aquí, pastelero de los diablos!

LUCRECIO.

Aún es temprano, que calienta el horno.

ADRIÁN.

Aqueste tiene un enfadoso perro.
Tuve, pared y medio de su casa,
en estas rejas altas, un requiebro,
y con el ronco aullido, en veinte noches
no le pude entender una palabra,
y entrambos nos quebramos las cabezas.

CLAUDIO.

Pagáramelo él, por vida mía,
que yo se lo pusiera perdigado,
para que hiciera de él pasteles grandes.

ADRIÁN.

No le viniera mal, que ha habido alguno
que echaba humana carne en los pasteles.

LUCRECIO.

¿Adónde beberemos, que me abrasa
la cazuela mojí del otro viejo?

CLAUDIO.

Bien cerca de mi casa, en una reja,
ponen dos cantarillas al sereno;
podéis dalles un golpe con la espada
y beberéis de la corriente fresca.

LUCRECIO.

Ya no las ponen por amor de Eufemio,
que no salimos noche que no quiebra
cántaros, barros, tiestos, encerados,
marcos y celosías, cuanto topa.

ADRIÁN.

¡Oh, pesia tal! ¿Por qué decís de tiestos,
que me ha pedido Celia uno de zavida (1)
y pudiera buscarse aquesta noche?

---

(1) En el texto dice "zauida". El *Diccionario* trae la voz *zabida* o *Zabila*, como significación de *áloe*.

CLAUDIO.

Dejalde para otra, que me ofrezco
mostraros dónde está, que sin ayuda
le alcanzaréis, y es el mejor del pueblo;
que el otro día fuí por una penca,
y a fe que viven dos mozuelas tales,
que se les puede hacer cualquier servicio.

LUCRECIO.

¡Ta, ta! Ya las conozco. ¿No hacen randas?
Son por extremo bellas y discretas;
la una canta.

ADRIÁN.

Sí, por Dios, en arpa.
Pero ésa es boba; esotra me contenta.

(Sale un MUCHACHO *con letuario y aguardiente.)*

MUCHACHO.

¡Al letuario y aguardiente!

CLAUDIO.

Bueno;
¡a lindo tiempo, vive Dios, él vuelve
sin letuario y aun peor, por dicha!

MUCHACHO.

¡Al letuario y aguardiente!

LUCRECIO.

Muestra.

MUCHACHO.

¿Llama vuesa merced?

LUCRECIO.

Y estos señores.

MUCHACHO.

¡Oh qué rica aguardiente y letuario!

CLAUDIO.

Este agua es una cosa aprobadísima;
Libimno Lenio escribe mil secretos;
mas puédese tomar de tal manera
que estrague mucho el cuerpo y queme el híga-
poca y a tiempo, anima y restituye [do;
el perdido color.

LUCRECIO.

Tres he comido;
coman vuesas mercedes.

CLAUDIO.

Yo no miro
en tres ni en cuatro, que estudié las artes
en Alcalá, donde el primero curso
me costó de aguardiente y letuario
más que tiene argumentos Aristóteles.

ADRIÁN.

Estáte quedo, diablo, que te alteras.
¡No ha de quedarte miel en todo el plato!
Mal conoces la gente.

MUCHACHO.

Aqueso os pido;
mas, calle, que me dicen que no tienen
voluntad de pagarme el letuario
la liberalidad con que lo comen.

CLAUDIO.

¡Brava agudeza!

ADRIÁN.

Son demonios éstos;
saben un punto más, pueden venderos.

LUCRECIO.

¿Qué aguardas, niño?

MUCHACHO.

Aguardo que me paguen.

CLAUDIO.

Pues nosotros vivimos hacia el Rastro;
pregunta en las Audiencias por nosotros,
que en la Puerta del Sol hay una vieja
que te dirá que somos de Toledo
y que vivimos de engañar bellacos.

MUCHACHO.

¡Páguenme el letuario!

LUCRECIO.

¿A quién lo pides?
¡Suelta la capa o quiebro la redoma!

(Vanse los tres, y queda el MUCHACHO.*)*

MUCHACHO.

Con estos lances medrará mi amo;
no me han dejado siete cascos solos;
callé para llevar sanos los míos.
Mas yo conoceré la buena gente.

(Sale el ESCUDERO *de* EUFRASIA.*)*

ESCUDERO. ¿Tan de mañana recados?
Medraremos con la fiesta,
pues ya dormiréis la siesta
en comiendo dos bocados.
Daca la negra visita
y el saber si ha de venir,
o si allá habemos de ir,
que aun la capa no se quita.

Pues si de la ijada digo,
perezco cada momento,
pues el costado no siento;
ofrézcole al enemigo.
Un dotor de gran virtud
me mandó quitar el vino,
¡qué gracioso desatino!
¡Dios te quite la salud!—
Muchacho, ¿qué fruta es ésa?

MUCH. Letuario y aguardiente.

ESCUDERO. ¡Justicia que tal consiente
que aceituna cordobesa
que el vino en agua transforma!
¡No está mala la malicia!
¡Que no pese a la justicia
cuando de aquesto le informa!

MUCH. ¿Agora se pone antojos?
¡Váyase con Dios, cuatro ojos!
Por cierto, de espacio estamos.

ESCUDERO. (Cortar la cólera quiero.)
Ven acá; ¿por qué te vas?

MUCH. ¡Váyase con Barrabás
el flemático escudero!

(*Vase.*)

ESCUDERO. ¡Oh hideputa, picaño,
volved, aguardad un poco!
Basta, que tienen por loco
un hombre escudero hogaño.
Yo os prometo, picarillo
sucio, que, a falta de un palo,
yo os diera un pasagonzalo
con la propia del perrillo.
¡Ah tiempos, cuánta mudanza
cabe en vuestra ligereza!
Ya la infamia y la nobleza
se mide en una balanza.
¡Qué confuso barbarismo
que una vara de un engaño
mida el brocado y el paño,
pues la muerte hará lo mismo!
Quiero hacer a lo que vengo.—
¡Ah de casa!—Ruido suena
de grita y de voces llena.
¡Bonito recado tengo!
De mañana han madrugado,
aun bien que habrá que almorzar.

(*Sale* VIOLANTE.)

VIOLANTE. ¿Así me habéis de tratar?
¿Adónde me habéis hallado?
Tras venir de vuestro gusto,
amancebamiento y vicio
toda la noche, Patricio,
me recebís con disgusto,
¿esa cara me mostráis?
Y porque me llego a vos,
con un rempujón y dos,
sobre el estrado me echáis.
Padre tengo, vivo es;
todo lo pienso decir.

PATRICIO. ¿En la calle os han de oír?

VIOLANTE. Sí, y en el Cielo después.

PATRICIO. Entrad adentro. ¿Estáis loca?

VIOLANTE. Bien loca debo de estar,
que el alma me ha de costar
un "sí" que dijo la boca.

PATRICIO. Yo haré que la vida os cueste.

VIOLANTE. La muerte deseo más
que la vida que me das.
(¡Ay Dios!, ¿qué hombre es aqués-
Casi conocerle quiero.) [te?

ESCUDERO. (¡Por Dios, que llego a buen hora!)
Juan Francisco soy, señora,
de doña Eufrasia escudero;
la cual me envía a besar
las manos de su merced,
y si ha de ir a la Merced,
que la mandase avisar;
porque irán juntas a misa,
que tiene de hablar de instancia
muchas cosas de importancia,
y adiós, que estoy muy de prisa.

VIOLANTE. Aguardad, buen hombre, un poco;
¿así os vais, sin la respuesta?

ESCUDERO. (Anda de celos la fiesta
y su marido es un loco:
temo que parte me alcance.)

VIOLANTE. ¡A buen tiempo os envió!

ESCUDERO. (Por malo le tengo yo
hasta salir de este trance.)

VIOLANTE. Entrad y pedid mi manto
a la primera criada.
¿Está Eufrasia levantada?

ESCUDERO. No creo madruga tanto.
(¡El diablo me trujo aquí!)
Su marido, ¿dónde está?

VIOLANTE. Allá en la cuadra estará.

ESCUDERO. ¿Acostado?

VIOLANTE. Creo que sí.

ESCUDERO. No esté detrás de esta puerta,
y, creyendo que ella es,
me dé dos palos o tres.

VIOLANTE. (¡Temo que me deje muerta!)

¡Entrad, grosero!
ESCUDERO. ¿Grosero?
Grosero fuera ese tal
que no previniera el mal
para guardarse primero.
¿Y el perro?
VIOLANTE. ¡Que está allá abajo!
ESCUDERO. Dígolo porque en la sala
me rompió la martingala,
y a vueltas tanto zancajo...

(Vase.)

VIOLANTE. ¡Jesús, qué prolija bestia!
Pero ha venido a ocasión
para que mi corazón
descanse tanta molestia.
Eufrasia es, de mis amigas,
de quien me puedo fiar:
podréle comunicar
la mayor de mis fatigas.

(Torna a salir el ESCUDERO *con el manto.)*

ESCUDERO. ¡Sal aquí! ¡Válgate el diablo
y a quien te da de comer!
¡Juro a Dios que he de traer
para otra vez un venablo!
VIOLANTE. Mostrad ya, que sois pesado.
¿Viene largo por detrás?
ESCUDERO. Un poco levante más
y otro poco de aquel lado.
VIOLANTE. ¡Ea, comenzad a andar!
ESCUDERO. ¿Por aquí?
VIOLANTE. Por donde quiera.
ESCUDERO. Hay un coche en esa acera
y no podremos pasar.

(Vanse, y sale LEANDRO, *y* ROBERTO *de negro.)*

LEANDRO. ¿Cuándo pensabas venir
con el músico, Roberto?
ROBERTO. Estaba de sueño muerto;
quise quedarme a dormir.
LEANDRO. ¡Qué galán habéis salido!
¡Buena es la calza, por Dios!
ROBERTO. Eso quede para vos,
porque siempre lo habéis sido.
LEANDRO. ¿Adónde iremos a misa?
ROBERTO. A nuestro sitio ordinario.
LEANDRO. Pues ¿no érades trinitario?
ROBERTO. ¡Que fué negocio de risa!
LEANDRO. Antes se tuvo sospecha
de vuestra profesión firme.
ROBERTO. Sí, pero pude salirme
para orden más estrecha.

(Salen CLAUDIO, *y* ADRIÁN, *muy galanos.)*

CLAUDIO. Tan mala noche pasé,
que, a no ser día de fiesta,
hiciera en la cama siesta.
ADRIÁN. ¿Y pensáis que me acosté?
Mientras que mudé camisa
tuve un sueño bien ligero.
CLAUDIO. Vamos.
ADRIÁN. A Lucrecio espero;
juntos iremos a misa.
CLAUDIO. Galanes hay en el puesto.
ADRIÁN. Leandro y Roberto son.
CLAUDIO. Adrián, donde hay pasión,
el sueño sabe a molesto.
ADRIÁN. Dios guarde a vuesas mercedes.
LEANDRO. Beso a vuesarced las manos.
CLAUDIO. ¡Galanes y cortesanos!
ROBERTO. Decirlo han las paredes.
LEANDRO. Por mi fe que es mucha gala
para pasar mala noche.
ADRIÁN. Siempre que ronde y trasnoche,
Claudio, me salga tan mala.
¡Bravo de calzas estáis!
¿Qué dice la cinta atada
en el puño de la espada?
LEANDRO. Lo mismo que preguntáis.
Es una ordinaria flor.
Cuando el puño se desata,
aquesta cinta se ata,
y decimos que es favor.
CLAUDIO. ¡Qué cuatro mozos aquéstos!
LEANDRO. ¡Haced piernas, pesia tal!
ROBERTO. ¿Hallaréis cuatrinca igual?
¡Qué galanes, qué dispuestos!
¡Malhayan cuatro banderas!
LEANDRO. ¡Paso, señor, pesia mí,
que alguno nos oye aquí
que nos echará a galeras!

(Sale LUCRECIO, *muy galán.)*

LUCRECIO. ¡Qué bizarra está Ginebra!
Galanes, ¿puedo llegar?
LEANDRO. Que es llegar y atropellar.
LUCRECIO. ¿Qué se trata o se celebra?
No es justo por mí se deje.
ROBERTO. Por vos fuera caso injusto;
queremos vuestro buen gusto.
LUCRECIO. Corrido haréis que me aleje,
que ha sido desconcertar

cuatro tan justos y tales,
pues entre pares iguales
he sido número impar.

LEANDRO. Es un número muy bueno
entre los más escogidos,
que son cinco los sentidos.

CLAUDIO. De todos estoy ajeno.

LEANDRO. Apliquemos cada uno
algo agora entre vosotros.

ROBERTO. Habían de juzgar otros.

LEANDRO. Ya vos estáis importuno.
Tomad cualquiera y callad.
Ahora bien, sea Roberto
el gusto.

ROBERTO. Téngole muerto;
matóle mi voluntad.
A Leandro le daréis
y a mí daréisme el oído,
por donde siempre he sentido
los desdenes que sabéis.

LEANDRO. ¿Pues a mí me dais el gusto?

ROBERTO. Sí, que le tenéis en todo.

LEANDRO. Vos lo sentís de ese modo,
pero mátame el disgusto.

LUCRECIO. A Adrián le cabe el ver,
que sabe todo el lugar.

ADRIÁN. Mas porque en sólo mirar
me dejan entretener.

LEANDRO. ¿Y el tacto?

LUCRECIO. A Claudio se quede,
que cuanto topa y no topa...

CLAUDIO. Topo no más de la ropa.

LEANDRO. Cuando otra cosa no puede.

LUCRECIO. Los cuatro habéis escogido;
ya no tengo qué escoger:
a mí me cabe el oler,
¡por Dios, bellaco sentido!,
si por la noche, a las diez,
va a la calle de Santiago.

CLAUDIO. Hame llovido su estrago,
Lucrecio, más de una vez.
De trabajos semejantes
es de noche peligrosa;
pero de día olorosa
porque allí se adoban guantes.

LUCRECIO. Parece esa calle tal,
Leandro, [a] algunas damas bellas,
que huelen bien lejos de ellas
y de cerca huelen mal.
Bien creo que me entendéis.

CLAUDIO. Reír me habéis hecho un rato.

LUCRECIO. Al fin, me queda el olfato.

LEANDRO. Muy buen sentido tenéis;
que con esa nariz diestra
rastreáis, cuando se encubre,
como [a]sí veis que descubre,
la caza el perro de muestra.

CLAUDIO. Cinco, al fin, somos agora.

ROBERTO. Y sentidos sin por qué.

LEANDRO. Buenos estamos, a fe,
para el reto de Zamora.

CLAUDIO. Triste de aquél que tuviera,
Leandro, tales sentidos.

LEANDRO. A fe que son escogidos
para una devanadera.

CLAUDIO. Si nos había de juntar,
trabajo había de tener.

ADRIÁN. Yo nunca quisiera ver.

ROBERTO. Ni yo oír.

CLAUDIO. Ni yo tocar.

LUCRECIO. Ea, señores sentidos,
aquí vienen dos extremos
donde ocuparnos podremos.

ROBERTO. Quiérole dar mis oídos.

ADRIÁN. Yo el ver.

LEANDRO. Yo áplico mi olfato,
si hay ámbar.

CLAUDIO. Faltamos dos.

LEANDRO. Tened; cayeron, por Dios.
Yo aplico el gusto.

CLAUDIO. Yo el tacto.

ROBERTO. Buenos sentidos tenéis.

ADRIÁN. Por Dios, que me llamo a engaño,
que estoy yo mirando un año
para que vos lo gocéis.

ROBERTO. Y que yo con todos vengo
sólo para ser oído,
no quiero aqueste sentido;
más quiero el poco que tengo.

(*Entra* PATRICIO.)

PATRICIO. (¿Si a dicha aquel mi enemigo
está en aqueste lugar?
Hele allí. Quiérole hablar
con paz de fingido amigo.)
Con gusto de estos señores,
a este hidalgo me conviene
hablar.

CLAUDIO. Vuesa merced tiene
licencia.

ROBERTO. (¿Es cosa de amores?

LUCRECIO. ¿Quién es aqueste galán?

ADRIÁN. No le conozco, por Dios.
Mirándose están los dos;

mas ya conocido se han.)
LEANDRO. (¿Es mi señor Alejandro?)
PATRICIO. Es quien desea serviros.
LEANDRO. ¡Ah! Que tengo que deciros.
A Ero rindió Leandro.
PATRICIO. Mucho es eso, ¡pesia tal!
Pero dijísteslo en poco.
(De celos me vuelvo loco.
¡Ah, celos, rabia mortal!)
LEANDRO. Apartémonos de aquí
que el corrillo es malicioso.
PATRICIO. Dicen que es vicio gustoso,
que en Madrid se usa así.
¿Qué hubo de aquel papel?
LEANDRO. Milagros de enternecido
y quejas de un mal nacido
—¡Mal fuego se encienda en él!—,
que diz que es un hombre bajo,
y si vos me queréis bien
ayudad con un amén.
PATRICIO. Dejadle con su trabajo,
no le corráis con espuelas;
si de él mal decís, no dudo
de que es hacelle cornudo
hasta matar las candelas.
LEANDRO. Pues ¿qué he de hacer de un traidor
que, con ser un ángel tal,
dicen que la trata mal
y que no la tiene amor?
PATRICIO. Que, señor, no lo creáis,
que es un achaque ordinario.
LEANDRO. Tendreos por mi contrario
si a ese infame disculpáis.
PATRICIO. Que digo que es un bellaco.
LEANDRO. Por aquí pasó y calló;
dile la mano y me dió,
esperad, que ya le saco,
este papel.
PATRICIO. ¡Bravo enredo!
LEANDRO. Es por extremo discreta.
PATRICIO. Aunque no es parte secreta,
leamos.
LEANDRO. Leerle puedo.
Leed vos.
PATRICIO. ¡Qué buena letra!
LEANDRO. Y el estilo cortesano.
PATRICIO. (¡Cortada vea la mano!)
El corazón me penetra.
"Esta negra sujeción
de mi marido, enfadosa..."
LEANDRO. ¡Ah, traidor! ¡Rayo furioso
te atraviese el corazón!
PATRICIO. "Hoy me salí de su casa;
tanto su rigor me obliga,
y estoy en cas de una amiga..."
LEANDRO. ¿Es posible que tal pasa?
Y todo por un ruin hombre
que no estima lo que tiene.
PATRICIO. ¡Por Dios, mucha razón tiene!
"Es doña Eufrasia su nombre.
Hoy iré a (1) casa con ella.
Seguidla, así Dios me guarde,
porque volveré esta tarde,
después de comer, a vella;
que estaremos, si queréis,
juntos, donde hablar podremos..."
LEANDRO. Quisiera hacer mil extremos.
Señor, apriesa leéis;
parad, por mi vida, un poco,
y ayudadme a celebrar.
Solos habemos de estar.
¡Por Dios, que me vuelvo loco!
PATRICIO. (Y yo también, por mi vida,
por la parte que me cabe.)
LEANDRO. Leed más.
PATRICIO. "Eufrasia sabe
que por vos estoy perdida.
Mi honra de vos se fía;
mirad cómo la tratáis.
No más, por que no digáis
que os gasto la escribanía."
LEANDRO. ¡Qué bien! ¡Qué donaire tiene!
Esto es hecho.
PATRICIO. (Aún falta más.
Camine, pues, que detrás
la muerte en mis manos viene.)
Leandro, ¿están en la iglesia?
LEANDRO. Habrá media hora que entraron.
PATRICIO. (¿Que de verse concertaron?
¡Ah, mundo! ¡Ah, reniego! ¡Ah, [pesia!
Yo no lo puedo sufrir.
Este me ha de conocer.)
Leandro, tengo que hacer.
LEANDRO. Pues muy bien os podéis ir;
que yo tengo de ir siguiendo
aquesta dama que pasa,
porque he de saber su casa
para buscalla, en comiendo.
PATRICIO. ¿Adónde os tengo de hallar?
LEANDRO. Sin falta ninguna aquí.
PATRICIO. Adiós.

---

(1) En el texto, "Hoy iré a *mi* casa", que hace el verso largo.

LEANDRO. Adiós.
PATRICIO. (¡Ay de mí!)
LEANDRO. ¿No me queréis perdonar?
Buen rato os habéis reído.
No me pude despedir.
¿Cortándome de vestir
os habéis entretenido?
ROBERTO. ¿Era amigo aquel galán
en la ocasión secreta?
LEANDRO. ¡Dadle al diablo! Es un poeta
que se llama Radrián,
para que oyera un soneto
que allí me ha estado leyendo,
que, por Dios, yo no lo entiendo.
ADRIÁN. Y entiéndolo yo, en efeto.
Negras coplas os leí,
que ya me las dais en cara.
LUCRECIO. Aquella dama se pára.
¿A quién conoce?
CLAUDIO. No a mí.
ADRIÁN. ¡Qué larga va de la saya!
LUCRECIO. ¿Qué ha de haber que no tachéis?
LEANDRO. ¿Licencia no me daréis
para que tras ella vaya?
Que me ha parecido bien.
CLAUDIO. Llevad todos los sentidos.
LEANDRO. No no; volverán perdidos.

(*Vase.*)

CLAUDIO. Debéislo de ir vos también.—
Sin el gusto hemos quedado.
ADRIÁN. Hase ido tras el suyo.
LUCRECIO. Pues ¿ha menester el tuyo?
Quizá le tiene sobrado.
ROBERTO. Si va a decir la verdad,
quisiérame despedir;
pero no me atrevo a ir.
LUCRECIO. Hacéisnos poca amistad.
¿Teméis que murmuraremos?
ROBERTO. Pues ¿no, de los más amigos?
CLAUDIO. Seguro estáis de enemigos.
Buenas ausencias tenemos.
LUCRECIO. ¡Por Dios, que se huella bien!
ADRIÁN. Si me han de mirar también,
aquí por siempre me estoy.
Querríame entrar de prisa.
CLAUDIO. Pues vos, Adrián, ¿teméis?
ADRIÁN. Pues ¿a quién perdonaréis
un apodo, mote y risa?
Pero encomiéndome a Dios.

(*Vase.*)

LUCRECIO. ¡Gentil hombre es Adrián!
CLAUDIO. Y muy hombre.
LUCRECIO. Y muy galán.
Solos quedamos los dos.
Huélgome que si me voy,
Claudio, no tenéis con quién
decir de mí mal ni bien.
CLAUDIO. Qué, ¿tan sospechoso soy?
Mas podemos dar un corte.
LUCRECIO. Y ¿cuál?
CLAUDIO. Que nos vamos juntos.
Ea, no miréis en puntos.
LUCRECIO. ¿Qué queréis? Vivo en la corte.

JORNADA TERCERA

(*Salen* EUFRASIA, *y* VIOLANTE, *y* TEODORA, *y el* ESCUDERO, *acabando de comer.*)

EUFRASIA. Como amiga os he tratado:
harto mal habéis comido.
ESCUDERO. Todo ha estado muy cumplido.
Mi trabajo me ha costado.
EUFRASIA. ¿Quién os mete a vos aquí?
VIOLANTE. Si verdad queréis que os diga,
no me tratáis como amiga.
EUFRASIA. Ni vos en tratarme así.
VIOLANTE. De vos me quejo, en verdad,
que ha sido mucha extrañeza
mostrar tan poca llaneza
adonde hay tanta amistad.
EUFRASIA. Antes os podéis quejar
que ya que el año se pasa
un día que estáis en casa
no os acierto a regalar.
VIOLANTE. No haya más, por vida mía.
Cumplimientos excusemos.
EUFRASIA. Traigan en que nos sentemos,
y emendaráse otro día.—
¿Oíslo?
ESCUDERO. (¿Qué estás mirando?
¿Mujer que vende turrón?
¿Oyes aquella razón
y quédaste suspirando?
Entra por aquel estrado.
TEODORA. Pues, señor Nuño Rasura,
¿hurtélo yo, por ventura?
Su caballo desollado
¿no tiene buenas espaldas?
ESCUDERO. Si en ti se pudiera hallar
un vergonzoso lugar,
yo te cortara las faldas.

¿Por qué no me diste arroz,
cara de gato goloso?

TEODORA. De miedo de que es potroso
no le respondo una coz.)

EUFRASIA. Juan Francisco, sacad vos
dos sillas altas aquí.

TEODORA. (Tome, y ríase de mí.

ESCUDERO. Ahora bien vamos los dos.)

(*Vanse el* ESCUDERO *y* TEODORA.)

VIOLANTE. Al fin, como os dije, hermana,
tiene un rico entendimiento,
tiene un noble pensamiento
y la condición humana.
De sólo que le veáis
tan rendida quedaréis,
que más celos me daréis
que reprehensiones me dais.
Habla con una viveza
y un fervor de corazón,
que mueve a amor y atención,
y tiene rara agudeza.
Un responder tan exento,
con un color de humildad,
que parece libertad,
y causa extraño contento.
El día que aquestos nuevos
pensamientos admití,
no deshonesto le vi
en corrillos de mancebos,
sino con un rostro grave
y una modesta tristeza,
sosegada la cabeza
y el mirar dulce y süave;
por la plaza paseando,
tan señor de los demás,
que los que dejaba atrás
se lo quedaban mirando.

(*Sale el* ESCUDERO, *y* TEODORA, *con almohadas.*)

ESCUDERO. (Bien medro de las costillas.

TEODORA. Diréis que son muy pesadas.

ESCUDERO. Pues que saco las almohadas,
mire que saque las sillas.

TEODORA. Tiende ahí, diablo monazo.

ESCUDERO. ¿Qué te entonas, bodegón?

TEODORA. Pasa allí, hermano Juan Pron.

ESCUDERO. Todo por darme un abrazo.
¡Quien no te las entendiese!)

EUFRASIA. Muy poca conversación.
Traigan sillas.

TEODORA. Estas son,
que hizo que las trujese.

EUFRASIA. Ea, salgan allá fuera,
y ninguno éntre después
que no sepa yo quién es.

TEODORA. Haráse de esa manera.

(*Vanse el* ESCUDERO *y* TEODORA.)

EUFRASIA. Siéntate, hermana Violante,
y dime más de tu historia,
que regalo la memoria
en las prendas de tu amante,
que ya sé de estos enojos.

VIOLANTE. ¡Ay, Eufrasia! ¿Qué diré,
si tú le adoras por fe,
yo que le vi por mis ojos?

EUFRASIA. ¿Tiene calidad alguna?

VIOLANTE. No es más de un hidalgo pobre.

EUFRASIA. Dame tú que amor le sobre,
y envidiaré tu fortuna.

VIOLANTE. Es hombre limpio, aseado,
cortesano por extremo.

EUFRASIA. Por mi vida, que le temo
de velle tan acabado.

VIOLANTE. ¡Con qué donaire trató
mil conceptos de mi traje
diciendo que el villanaje
nunca tal corte crió!
Sin otros conceptos mil
en que su buen natural
mostró divino caudal
y pensamiento sutil.

(*Entra* TEODORA.)

TEODORA. Señora, un hombre está aquí,
galán, mancebo y pulido,
que dice que es de Abido.

VIOLANTE. Sin duda me busca a mí.
Eufrasia mía, ¿entrará?

EUFRASIA. Pues ¿qué estamos aguardando?—
Corre, di que éntre volando.

VIOLANTE. Entre, que a la puerta está.

(*Entra* LEANDRO.)

LEANDRO. ¿Está seguro este puesto?

VIOLANTE. El sea muy bien venido.
Entre el amador de Abido.

LEANDRO. Que viene a buscar a Sesto.

VIOLANTE. (¿Qué os parece?

EUFRASIA. Es extremado.)
Tome una de las sillas.

LEANDRO. Mejor estoy de rodillas.

EUFRASIA. Es grande para criado.—
Mandad que se alce, Violante.
LEANDRO. No me mandéis levantar;
de rodillas he de estar,
que tengo imagen delante.
VIOLANTE. No; levántese.
LEANDRO. Obedezco.
VIOLANTE. Cúbrase.
LEANDRO. Cuanto me mande.
Ya, señora, me hacéis grande;
por humildad lo merezco.
Quien merece aquesta silla
no ha de envidiar la del rey;
que ésta es de Amor, cuya ley
los altos reyes humilla.
VIOLANTE. (¿Qué me dices? ¿Soy muy loca?)
LEANDRO. Vuestra merced ¿en qué piensa?
VIOLANTE. Callad, que me estoy suspensa
y colgada de su boca.
LEANDRO. Ya del traje habéis mudado.
VIOLANTE. ¿Parézcoos mejor agora?
LEANDRO. Bien en ferias labradora
y bien dama en un estrado;
no sé que haya diferencia.
VIOLANTE. Adondequiera soy vuestra.
EUFRASIA. ¡Qué bien su nobleza muestra,
su buena lengua y presencia.
VIOLANTE. ¿Puédesele dar la palma?
EUFRASIA. Muy bien se le puede dar,
que a veces el buen hablar
es el crédito del alma.
LEANDRO. Téngale con vos la mía
de que es vuestra.
EUFRASIA. Una de dos,
Violante; abrazadle vos,
o yo abrazarle querría;
escoged lo que ha de ser.
LEANDRO. Mucho tengo que pagar.
VIOLANTE. Al fin, le quiero abrazar,
pues que me dais a escoger.

(*Entra el* ESCUDERO.)

EUFRASIA. ¿Qué queréis aquí?
ESCUDERO. Advierta
vuestra merced que ha venido...
EUFRASIA. ¿Quién?
ESCUDERO. El señor, su marido,
que aguardando está a la puerta.
EUFRASIA. Miren la flema del hombre.—
¿El mío o de Violante?
ESCUDERO. Si es el negocio importante,
irle he a preguntar el nombre.
VIOLANTE. ¡Maldita sea tal flema!
EUFRASIA. Hacé una cosa discreta
en esa cuadra secreta,
pues anda con esa tema,
no le cause algunos celos.
VIOLANTE. ¡Y cómo si los tendrá!
Celoso en extremo está.
EUFRASIA. Excúsense.
VIOLANTE. Excusarélos.
¿No hay allí una falsa puerta?
Pues váyase mientras pasa,
y a las diez la de mi casa
le tendrá una moza abierta.
LEANDRO. Pues, señora, Dios os guarde,
que mal suceso he tenido.

(*Vase* LEANDRO, *y entra* PATRICIO.)

PATRICIO. Dios guarde a vuesa merced.
EUFRASIA. Con bien a esta casa venga
Patricio, y su dueño tenga
este regalo y merced.
PATRICIO. Siempre de vos la recibo.
EUFRASIA. Debéis afición, a fe.
PATRICIO. Y de ella me acordaré
mientras estuviere vivo.
EUFRASIA. ¿Qué tenéis? ¿Cómo no estáis
en la silla sosegado?
Debéis de estar mal sentado.
¿Cómo esotra no tomáis?
Sospecho es más ancha y alta.—
Sacá otra silla aquí fuera.
PATRICIO. Todas son de una manera;
del corazón es la falta.
EUFRASIA. ¿No le tenéis asentado?
VIOLANTE. ¿Cómo le sabrá asentar
quien sabe tan bien estar
tres años amancebado?
EUFRASIA. Antes es sobra de asiento.
PATRICIO. ¿En eso estamos agora?
VIOLANTE. ¿No? Dígalo la señora,
vuestro regalo y contento;
esa vuestra amada prenda,
la que tanto habéis querido,
que a mí me quita el marido
y a vuestros hijos la hacienda.
PATRICIO. Por dondequiera que voy
me tenéis de deshonrar.
VIOLANTE. Como vos atormentar
adondequiera que estoy.
EUFRASIA. Ea, no más, mi Violante;
no lloréis, por vida mía.
Pensé tener mejor día.—

Vuesa merced se levante
y le limpie aquesos ojos.

PATRICIO. Harélo para agradaros.—
Presto sabéis enojaros,
todo para darme enojos.
Alzad, volved a mirar;
mirad que sois mi regalo.

VIOLANTE. Cualquiera bien del que es malo
dicen que se ha de estimar.

PATRICIO. Abrazadme, mi querida.

VIOLANTE. (¿Qué ha de servir, como digo,
dar brazos a mi enemigo?)

PATRICIO. (Yo te quitaré la vida.)

EUFRASIA. ¿Hechas son las amistades?
Huélgome que aquí se han hecho.

PATRICIO. (Con qué oro cubre el pecho
sus traiciones y maldades.)
Eufrasia, ¿se ha de enojar
de lo que quiero decir?
Licencia quiero pedir
para a Violante llevar,
que quiero vaya conmigo.

VIOLANTE. Que no lo mandéis, señora.

EUFRASIA. Sí, sí, y llévese a Teodora,
a Isidro y al Escudero.—
¿Hola?

TEODORA. ¿Señora?

EUFRASIA. Tu manto
trae y el de aquesta dama,
y al Escudero me llama.

VIOLANTE. No lo solicites tanto.

EUFRASIA. Ea, tórnense a abrazar.

PATRICIO. Por cierto, de buena gana.

VIOLANTE. Mirad que pienso mañana
que me vais a visitar.

TEODORA. Ea, cúbrete, señora.

EUFRASIA. Muriendo estás de placer.

VIOLANTE. Allá me pienso tener
aquesta noche a Teodora.

EUFRASIA. Sea muy en hora buena.—
Ea, vos pasá adelante,
dadle la mano a Violante.

VIOLANTE. La de mi marido es buena.
Adiós.

EUFRASIA. Y lo vais los dos.

PATRICIO. Quede con vuestra merced.

EUFRASIA. ¿Hola, Isidro? Recoged.

ISIDRO. Dios vaya, señor, con vos.—
No ha estado la fiesta mala.
Sepa que me toma el diablo,
que de mozo del establo
me hagan paje de sala.

(*Vanse todos, y sale* CLAUDIO, LUCRECIO, ADRIÁN, *y* ROBERTO.)

CLAUDIO.

¡Gentil, por Dios, señores, va la calle
de San Francisco! ¡Qué de hermosa moza!
¡Cuánto galán se huella (1) de buen talle!

LUCRECIO.

Las que vimos ayer en la carroza
me parecen aquellas embozadas.

ADRIÁN.

Basta que nuestra Estela se reboza.
¿Vistes cómo llevaba enalmagradas
las dos mejillas de violeta o lirio,
ya de jazmín y rosa matizadas?
¡Cuánto vale la mudanza y el martirio!
Basta que por la tarde son claveles
y a la mañana de amarillo cirio.

CLAUDIO.

¿Pareciéronos bien las Isabeles?

LUCRECIO.

¡Jesús! Esas muchachas han crecido
más que inútiles mirabeles. (2)

ADRIÁN.

Medrada está de casa y de vestido
después que usa el estilo picaresco
la mayor de las dos.

LUCRECIO.

Discreta ha sido.
Guineo se ha de hablar y hablar tudesco,
como dice la madre Zarabanda,
y todo por coger dinero fresco.

CLAUDIO.

Aún ésa no tan libre se desmanda
como la Cristaneja y Armelinda,
y las demás vecinas de su banda.

ROBERTO.

Y aquella alcahuetaza, como guinda,
colorados los ojos y narices,
que aun agora se precia de muy linda,
¿es viva todavía?

CLAUDIO.

¿Por quién dices?
¿Por la que le cogí de la ventana
la pierna de carnero y las perdices?

(1) Quiza "la huella" (la calle).
(2) Así en el texto. Faltan dos sílabas.

Está más alta y ancha que una alfana,
con un polvillo y más otro polvillo.

LUCRECIO.

Perdida tiene aquella pobre hermana,
Y veráse primero Peralbillo
sin palos y ladrones que les falte,
lo que fué de sus honras el cuchillo.
Dadme que venga el otro gerifalte
y que el sustento y lo demás provea,
que no ha de quedar perro que no salte.
Como suele la gente de Guinea
dejarse cautivar de zarandajas,
puesto que para galas bueno sea,
así se dejan ir por prendas bajas,
sortijas, escritorios y chapines,
confites, diacitrón, conservas, cajas.
Y quieren, siendo públicas mujeres, (1)
que las alabe el otro que las topa
por la calle después de los maitines,
o piensen que es de carne o que es de estopa.

ADRIÁN.

Quizá os pondrán del Festión el sello
para que San Martín parta su ropa.

CLAUDIO.

Si se alaba la ruin, no dudo en ello,
sino que hace ofensa a la que es buena.

ADRIÁN.

Todo lo malo piso y atropello.
Ni su fiero ni fuerza me da pena.
Conozco el bien, soy hijo de la villa
y estimo a cada cual en lo que suena.
Bueno es que la que sufre albarda o silla
quiera que diga yo que es Santa Clara,
no lo estando ni en medio ni a la orilla.

ROBERTO.

Hipócrita veréis volver la cara
cuando de una mujer, sea cualquiera,
la deshonesta vida se declara.
Y dice, si justicia alguna hubiera,
de aquéste fuera bien estar quemada
la estatua sola cuando el cuerpo quiera.
Y no contempla que la que es honrada
y vive entre paredes recogida,
sorda al dinero y más que nieve helada,
se afrenta, con mil causas ofendida,
de que se diga bien de la que es mala
y, por ventura, a serlo se convida.

ADRIÁN.

¿Qué premio daréis, Claudio, a la que iguala
a la casta Penélope y desecha
al que la solicita y la regala?
¿Qué premio le daréis a la que se echa
con cuatro niños, sin cenar, por dicha,
contenta en pobre cama y satisfecha
si se ha de celebrar la sobredicha,
tan amiga de sobre y que le sobre (1)
y a su costa remedia su desdicha?

CLAUDIO.

Diga yo bien de la doncella pobre
que se confiesa y vive honestamente,
ni sabe si el real es plata o cobre.
Y de aquella casada que no siente
el papel amoroso y al regalo
más sorda que al encanto la serpiente,
y que al paje del otro con un palo
hace bajar rodando, y sólo viste
lo que le da el marido, bueno o malo.
Y diga bien de la viuda triste
que a la oración cerró ventana y puerta,
y al mundo y carne y diablo se resiste,
y que si a media noche la despierta
el otro que tañó la zarabanda,
las manos cruza y queda [medio] (2) muerta.
Y que en la cama el buen temor nos manda
que imaginemos que es la sepultura,
dura en la muerte y en la vida blanda.
Y si el otro bellaco se apresura
en el son cosquilloso, hace mil cruces,
y con ninguna llega a la cintura.
Y luego de mañana, entre dos luces,
se va a su misa y a sus randas vuelve,
haciendo de las cuentas arcaduces,
y así acabar la vida se resuelve.
Y si con ira dijo ¡zape! al gato
se va a la iglesia y del rancor se absuelve.
Y no calle mi boca sólo un rato
diciendo mal del malo y bien del bueno.

ADRIÁN.

Eso es de noble y virtuoso trato.
Mas no se diga más, aunque está lleno
Madrid de aqueste vivo maldiciente.

(1) Así en el texto; pero "mujeres" no rima con "chapines" y "maitines". Quizá deba leerse "ruínes". Seis versos después se empléa este calificativo para tales mujeres.

(1) Este verso está alterado.
(2) El texto dice: "y se queda muerta"; pero al verso le faltan dos sílabas.

CLAUDIO.

Mal guardo las verdades en el seno.
Es en verano fresco y es caliente
el decir mal y en el invierno frío.

(*Entra* LEANDRO.)

LEANDRO.

A consolarme vengo entre la gente.
Tal es la fuerza del tormento mío,
que andar solo conmigo no me atrevo.

CLAUDIO.

Leandro es éste, pero no su brío.

LEANDRO.

Vivo de suspirar, el viento bebo,
abraso el aire y sólo se me esconde
tierra, que el agua basta la que llevo.

ADRIÁN.

¿Dónde, Leandro?

LEANDRO.

¡Oh, mis señores! ¿Dónde?

LUCRECIO.

¿A ver por esas calles?

LEANDRO.

Y a ser vistos.

ROBERTO.

Eso mejor a tu valor responde.

LEANDRO.

¿Andan las lenguas o los ojos listos?

ROBERTO.

No, no; muy bien se habla, por mi vida;
queremos ser en el lugar bienquistos.

CLAUDIO.

¿Queréis saber lo que hay de Roselinda? (1)
Que aquesta misma noche se desposa.

LEANDRO.

¡Por Dios!

CLAUDIO.

Es esta cosa muy sabida.

LEANDRO.

Ha sido para mí tan nueva cosa,
que no he sabido ni con quién ni cómo;
y es una dama por extremo hermosa.

CLAUDIO.

Casóse con Estráfilo.

LEANDRO.

Es un plomo.
¿Este galán escoge?

CLAUDIO.

Es muy honrado.
Danle diez mil ducados.

LEANDRO.

Esos tomo.
¡Ah, tiempos diferentes del pasado!
Con mil maravedís una marquesa
casaba la heredera de su estado.
¿Y habemos de ir allá?

CLAUDIO.

Y aun, si no pesa
al señor desposado, se concierta
una máscara buena, aunque de priesa.

LEANDRO.

¿Qué aprovecha, si ponen a la puerta
guarda y alcaide?

CLAUDIO.

Que no importa nada;
será para las máscaras abierta.

LEANDRO.

¿Cómo tan presto ha sido concertada?

CLAUDIO.

¿Cómo? Sólo nos falta vuestra ayuda.

LEANDRO.

Tenedla aquesta vez por excusada.

ROBERTO.

¿Tendréis alguna novedad?

LEANDRO.

Sin duda.

LUCRECIO.

Pésame, a fe, que yo con vos querría
excusarme de entrar.

LEANDRO.

Muy bien ayuda.

LUCRECIO.

Mejor os guarde Dios; lo que sabía
se me ha olvidado todo.

ADRIÁN.

¿Habláis de vicio?

---

(1) No es consonante de "vida" ni de "sabida".

LUCRECIO.

No, sino con razón, por vida mía.
Ya sabéis que el danzar es ejercicio;
desde el año pasado no le tengo.

ADRIÁN.

No importa, no.

LUCRECIO.

Sacáisme de juïcio.
Ello es de noche; desde aquí prevengo
lo necesario. Vamos en un vuelo.
Casi por fuerza en vuestro intento vengo.

ROBERTO.

Por lo menos sabréis del saltarélo
el paseo siquiera.

LUCRECIO.

Y dos mudanzas.

LEANDRO.

Adiós, señores.

CLAUDIO.

Favorezca el Cielo,
Leandro, vuestras ricas esperanzas.

(Vanse los cuatro, y queda LEANDRO *solo.)*

LEANDRO. ¡Ah, qué contento lleváis
y en qué libertad vivís!
¡Qué vanaglorias decís!
¡Qué pensamientos gozáis!
¡Triste yo, que vivo muerto,
navegando por un mar
donde me vine a anegar
cuando ya llegaba al puerto!
¡Qué cerca vi mi esperanza
de conseguir su vitoria!
Mudóse en pena la gloria,
trocó la mar la bonanza,
porque ya puedo decir
que, si no vencí esta vez,
aquesta noche a las diez
he de vencer o morir.

(Entra PATRICIO.)

PATRICIO. (Este es Leandro, sin duda,
y a mi casa va derecho.
Ya me sobresalta el pecho
y la color se me muda.)
Pues, ¿señor Leandro?

LEANDRO. ¡Oh, rey!

PATRICIO. ¿Al anochecer aquí?

LEANDRO. Como vivo tan sin mí,
ni tengo razón ni ley;
como vivo ciego tanto
con la luz de mi señora,
tan de mañana es agora
como cuando me levanto.

PATRICIO. ¿Qué hubo de nuevo esta tarde?

LEANDRO. Una muy nueva desdicha.

PATRICIO. ¿Cómo así?

LEANDRO. Ya de mi dicha
no es justo que más me acuerde.
Entré a cumplir mi concierto,
y apenas sentado fuí
cuando mi esperanza vi
dar al través en el puerto.
Levantábase a abrazarme
aquel ángel amoroso,
queriendo su rostro hermoso
con su vergüenza abrasarme.
Y ya que, juntos los dos,
estaba el brazo tendido,
llegó su negro marido.
¡Negra Pascua le dé Dios!
Quedóse Violante muerta,
y yo no menos mortal.
Si entré por la principal,
salí por la falsa puerta.

PATRICIO. ¡Brava ventura perdida!
Mal quiero ese hombre, por Dios.

LEANDRO. Maldigámosle los dos
mientras Dios me diere vida.

PATRICIO. Que no; más vale matalle.

LEANDRO. Podrá ser alguna vez.
Aquesta noche a las diez
me dice que ande en su calle,
que su marido está fuera
y entraré a conversación.

PATRICIO. (No es esta mala ocasión
para que a mis manos muera.)

LEANDRO. A la calle hemos llegado,
y, aunque es muy temprano ahora,
quiero ver si mi señora
tiene de mí buen cuidado,
que podrá estar por aquí.
Quedaos, así os guarde Dios,
porque si me ve con vos
le pesará.

PATRICIO. Sea así.
A aquella esquina me voy.

LEANDRO. ¡Ah, noche, y cuánto te tardas!
Reloj de las diez, ¿qué aguardas,
que en diez mil penas estoy?

(*Asómase a la ventana* VIOLANTE, *y* TEODORA.)

TEODORA. Señora, ¿no es aquel hombre
el galán de aquesta tarde?
VIOLANTE. El mismo, así Dios me guarde.
Llámale.
TEODORA. ¿Cómo es su nombre?
VIOLANTE. Leandro.
TEODORA. ¿Ah, señor Leandro?
LEANDRO. ¿Sois vos, mi vida?
VIOLANTE. Yo soy.
¿Estáis solo?
LEANDRO. Solo estoy.
(Escondeos, Alejandro.
PATRICIO. Ya me escondo, pesia tal.)
VIOLANTE. En la calle no podéis
estar. Entrad, si queréis,
por que no parezca mal.
LEANDRO. ¿Eso decís? ¿Está abierto?
VIOLANTE. Aquésta bajará a abrir.
LEANDRO. (Agora puedo decir,
Alejandro, que soy muerto.
PATRICIO. Pues no lo digáis burlando.
Sin duda que moriréis
cuando en sus brazos estéis.
LEANDRO. Tal muerte estoy deseando.
Ya han abierto. Tened cuenta,
y si alguien viene, avisad.)
TEODORA. Entrad, señor, y cerrad.
PATRICIO. Dejadlo vos a mi cuenta.—
¿Quedará el cerrojo roto
y aquesta puerta quebrada?
¿Echaré mano a la espada?
¿Entraré con alboroto?
No, que es negocio de honra,
y hasta que esté satisfecho
el hablar es sin provecho
y causa de mi deshonra.
Quiero entrar disimulado.—
¿Hola? ¿Hola? Abran aquí.
TEODORA. Señora, ¡triste de mí!,
señor viene.
PATRICIO. Es excusado.
Ya es tarde, ingrata; temprano
para que llegue tu muerte.
VIOLANTE. Abrid, ¿qué hacéis de esa suerte
todos mano sobre mano?

(*Entra* PATRICIO, *y sale* LEANDRO.)

TEODORA. Vengas, señor, en buen hora.
(¡Oh, qué bien que me escapé!
Mire que a las diez esté
en la calle.
LEANDRO. Adiós, Teodora.)
¿Alejandro? ¿Hola, Alejandro?
¿De esta manera avisáis?
¡Por Dios, descuidado andáis,
que anda por la mar Leandro!
No parece. Habráse ido.
¡Buen amigo hacéis, por Dios!
Pudiera, fiado en vos,
dar en manos del marido.
¡Ah, qué de azares me siguen!
Todo el mundo me hace guerra.
Parece que cielo y tierra,
conjurados, me persiguen.
Dos veces me desbarata
aquéste la gloria mia,
y dos veces en un día;
a la tercera me mata.
Vanas esperanzas mías,
¿qué posesión pretendéis,
pues en un punto perdéis
lo que ganáis en un día?
Pero pues que porfiar
me manda Amor otra vez,
aunque me mate a las diez,
a las diez tengo de entrar,
que, al fin, Leandro es mi nombre.

(*Sale* PATRICIO.)

PATRICIO. (Caso es aqueste qué asombra.
Ni parece hombre ni sombra.
¡Válgate el diablo por hombre!
¿Por adónde habrá salido?
Pero veo allí a Leandro.)
LEANDRO. ¡Por Dios, señor Alejandro,
buen cuidado habéis tenido!
¡Pesia tal!, ¿dejeos aquí
y vaisos de aquesa suerte?
Señal que he visto la muerte.
PATRICIO. ¿Cómo?
LEANDRO. A su marido vi.
Apenas tomo una silla,
cuando vele aquí al marido
mejor que si hubiera sido
llamado con campanilla.
PATRICIO. ¿Y entró?
LEANDRO. Pues ¿no había de entrar?
¡Buenas espaldas hicistes!
PATRICIO. Y vos, ¿por dónde salistes?
LEANDRO. Por ese propio lugar.
PATRICIO. ¿Cómo?
LEANDRO. Fué gran encubierta.
Al tiempo que el hombre entró,

por su lado salí yo
del encaje de la puerta,
que estaba metido allí.

PATRICIO. ¡Bravo suceso, por Dios!

LEANDRO. Todo por fiarme en vos.

PATRICIO. ¡Sí, por Dios, culpado fuí!
Aunque el amor me disculpa,
que, así como entraste, vieron
mis ojos a los que fueron
de una desgracia la culpa.
Mientras a veros llegué,
como yo iba tan ciego,
pudo sucederos luego
lo que yo jamás pensé;
y a fe que si lo pensara,
y atento al caso estuviera,
otra cosa sucediera,
que mi honra disculpara.

LEANDRO. No por eso la perdéis,
y bien estáis disculpado;
si no me habéis ayudado,
agora me ayudaréis.
A las diez me manda entrar,
que ésta es hora muy segura;
aquella fué coyuntura
que no se puede excusar.
Yo tengo muchos amigos;
mas no fío mi secreto
de ninguno, que os prometo
que tengo muchos testigos.
A vos, que sois forastero
y tan hidalgo, está bien
daros cuenta de mi bien:
¿tenéis algún compañero
que se viniese con vos
para esta noche siguiente,
que esta casa tiene gente
y sois menester los dos?

PATRICIO. ¡Bien decís! Digo que sí;
un amigo os quiero dar,
de quien os podéis fiar,
y tan bien como de mí.

LEANDRO. Pues quede aquí concertado
que aquí juntos me aguardéis
a las diez, donde estaréis
con el amigo tratado,
y sea un silbo la señal.

PATRICIO. ¡Que me place! En todo estoy.

LEANDRO. A mudar de traje voy.

PATRICIO. El Cielo os guarde de mal.

LEANDRO. Beso, señor, vuestras manos.

(*Vase.*)

PATRICIO. Yo las de vuesa merced.
Que estaré a punto creed.—
¡El se me viene a las manos!
Ya no me puedo ofender
de este hombre de ningún modo,
pues me da cuenta de todo,
sin poderme conocer.
El amigo que traeré
para caso semejante
será el padre de Violante,
a quien la historia diré.
Que si él conmigo viene,
con sus ojos ha de ver
la que me dió por mujer
y la que por hija tiene.
¿Qué hago? Voile a llamar
para que venga conmigo,
que éste ha de ser el amigo
que me le ayude a matar.

(*Vanse, y entran* ROBERTO, CLAUDIO *y* ADRIÁN, *y* LUCRECIO, *vestidos de indio, y de moro, y de pastor, y de botarga.*)

CLAUDIO.

Quitarme quiero aquesta negra máscara
que me calienta el rostro.

[ADRIÁN.] (1)

Bien podremos
hasta que entremos de la puerta adentro.

ROBERTO.

¡Qué bueno va Lucrecio de morisco!
¡Parece el mismo Muza desterrado!

LUCRECIO.

Y vos, de indio, el mismo Atabaliba.
¡Galán salís, a fe de caballero!

ADRIÁN.

De mí ¿no lo diréis con el botarga,
a quien llaman Chuzón en las comedias?
Por puntos, corazón de zanahoria.

CLAUDIO.

Antes habéis querido que en buen talle
la proporción y gracia de los miembros
se vea y juzgue en ese desnudico,
bien propio, al mismo cuerpo diferente.
Mas yo, ¿no voy galán con el pellico?

ROBERTO.

Vais por extremo, y rico, sobre todo.

(1) En el texto dice "Claudio", que es el que habló antes.

CLAUDIO.

Comuniquemos, Adrián, las letras,
que no es razón que tan secretas vayan,
pues somos todos una misma cosa;
porque si alguna hubiere malsonante,
podamos emendalla o no decilla.

ADRIÁN.

Decís muy bien. Mi cédula se mire
acomodada al hábito y la barba
de aquel viejo marido de mi dama,
que ya, como sabéis, es rico y viejo.

(*Letra*:)

"Lo que en el gusto amoroso
mi dama no satisfago,
con las galas se lo pago."

CLAUDIO.

¡Extremada!; ¡por Dios, que le picastes!
Sólo falta que esté en el desposorio.—
Diga Lucrecio.

LUCRECIO.

Dice de esta suerte,
acomodada al traje de morisco:

(*Letra*:)

"Por vos soy de aquesta ley,
que daros el alma a vos
no lo manda la de Dios."

ROBERTO.

Es atrevida; pero pase, vaya.
Oíd la mía, que en el traje indiano
imito aquel galán de mi señora
que atropelló mis años de servicio
por el oro divino y poderoso.

(*Letra*:)

"No por mí, sino por vos,
tierra donde yo nací,
no por vos, sino por mí."

LUCRECIO.

¡Por Dios, que no la entiendo!

ADRIÁN.

Yo tampoco.

ROBERTO.

Oíd, que es un coloquio extremadísimo.
Habla el indio primero con la tierra
diciendo que le quiere su señora
por la tierra, donde hay tanta riqueza;
y luego el oro responde a la tierra
que no por ella fué querido el indio,
sino por el que al fin lo vence todo.

CLAUDIO.

Doctores hay; entre ellos se argumente
y vos os entendéis, que es lo que importa.
Oíd y pagaréisos en la mía.
Yo me finjo un pastor que fué querido
y que por pobre me dejó mi dama,
o, por mejor decir, por otro rico.

ADRIÁN.

Todos sabemos esa historia, vaya.

(*Letra*:)

"Dejas un pobre muy rico
y un rico muy pobre escoges;
si te ofendo no te enojes."

ROBERTO.

¿Agora sale Claudio con aquesto?

ADRIÁN.

Vuélvala, por mi fe, al otro romance
de la estrella de Venus traqueado,
por todos los lacayos de la corte,
aguadores, picaños y fregonas,
y harán mejor que no fisgar las letras.

CLAUDIO.

Pues ¿es malo aplicar aquellos versos
si el poeta los hizo por los mismos?

(*Entra un* ALGUACIL *y dos* CRIADOS.)

ALGUACIL.

¿Qué gente? ¿Quién va allá? Todos se tengan
a la justicia.

CLAUDIO.

Pues tenidos somos.

ALGUACIL.

¿Quién son?

ADRIÁN.

Cuatro de máscara y dos hachas.

ALGUACIL.

¿No saben que no pueden en la corte
andar enmascarados por la calle?
Vuesas mercedes vengan a la cárcel.

ROBERTO.

¿Tan pronto desconoce a los amigos?

ALGUACIL.

¡Oh, Roberto! ¿Y adónde?

ROBERTO.

A un desposorio,
y nos hará merced de acompañarnos.

ALGUACIL.

Eso haré, por serviros, con buen gusto.
Vayan las hachas, que seguros vamos.

CLAUDIO.

Bien nos ha sucedido. Da la vuelta
por esa calle, que lás diez son dadas.

ROBERTO.

Hay colación y damas rebozadas.

(*Entranse todos y sale* PATRICIO *con* BELARDO, *viejo, su suegro.*)

BELARDO.

Si tal fuese verdad, desde aquí digo,
Patricio, que al fin eres mozo vano,
que ejecutor seré de su castigo
como verdugo fiero e inhumano.
No padre quiero ser, sino enemigo,
que de su sangre la paterna mano
bañaré más contento que aquel día
que la casé para desdicha mía.
Mira que eres mancebo y es posible
que alguna sospechilla, o el demonio,
con esa condición tuya insufrible,
enemigo mortal del matrimonio,
patente y claro te mostró visible
lo que será por dicha testimonio.
No ofendas a Violante noble y casta,
que para serlo ser mi hija basta.

PATRICIO.

Si no queréis creer, señor Belardo,
todo lo que os he dicho de Violante,
en este mismo tiempo al hombre aguardo,
seguro de este caso semejante;
que no será tan perezoso y tardo
como vanaglorioso y loco amante,
que nos cuente en el punto lo que pasa,
y más que le veréis que entra en mi casa.

BELARDO.

¿Tal tengo de creer de una doncella
criada en un perpetuo encerramiento,
que el sol entraba por milagro a vella
y de él se recataba el aposento?
¡Ah, Patricio, Patricio! Que con ella
hiciste aqueste indigno casamiento
enamorado y loco por tu amiga,
que, por ventura, a tal maldad te obliga.

(*Entra* LEANDRO, *de noche.*)

PATRICIO. Callad, Belardo, por Dios,
y disimulad, que viene.

LEANDRO. (Veré si cuidado tiene.
Allí se pasean dos.
¿Si son ellos? Silbar quiero.)
¡Su! ¡Su! ¡Su!...

PATRICIO. (Señal es ésta.)
¡Su! ¡Su!

LEANDRO. (Señal es aquésta
del amigo forastero.
Quiérome un poco llegar.)
¿Es Alejandro?

PATRICIO. Yo soy.

LEANDRO. ¿Y quién más?

PATRICIO. Quien dije hoy
que me viene a acompañar.

BELARDO. Vuesa merced se asegure
y se confíe de mí.

[LEANDR.] Y vuesa merced a mí
siempre mandarme procure;
que cuando esta obligación
a esto no me obligara,
la de Alejandro bastara,
que es mi medio corazón.

BELARDO. El me ha dicho, mi señor,
vuestras prendas e hidalguía,
y así, como a él, querría
me tengáis por servidor.
Fuera de eso y de este caso
me avisó, y quiero advertiros
que el primer paso en serviros
será guardar este paso.

LEANDRO. A todo quedo obligado;
el secreto es importante.

BELARDO. La dama, al fin, ¿no es Violante?

LEANDRO. La misma que habéis nombrado.

BELARDO. Cuando estuvistes allá
¿por poco os viera el marido?

LEANDRO. Sí, por Dios; "abrí al marido";
entiendo que cerca está,
que es un demonio celoso.
La puerta se abre; esperad.

BELARDO. Pues alto, señor, entrad,
y Dios os haga dichoso.

(*Entrase* LEANDRO.)

Esto es hecho. ¡Ah, triste viejo!
Desventurado, ¿qué aguardo?

PATRICIO. ¿Es verdad, señor Belardo?

BELARDO. Hijo, en tus manos lo dejo.
Eres cristiano y discreto.

PATRICIO. Hasta agora no hay maldad;
pero quien da voluntad
lo mismo da que el efecto.

¡Vive Dios, que ha de morir!

BELARDO. Hijo, vuelve aquesa espada
a aquesta vejez cansada,
tan harta ya de vivir.
No quiero rogar por ella.

PATRICIO. De eso de rogar no trates.

BELARDO. No digo que no la mates;
mas que a mí también con ella.
Aquesa espada me acabe;
que pues soy el padre yo
que tu deshonra engendró,
no poca culpa me cabe.
Dos hierros tengo delante:
uno y otro me destruya:
ese de la espada tuya
y el que comete Violante.

(*Asómase* TEODORA *a la ventana.*)

TEODORA. ¡Ay, triste! Que es mi señor.
De todo voy a avisar.

PATRICIO. ¿Quiéresme hacer dejar
la espada con el honor?
¿De rodillas te me pones
con tus canas venerables,
cuando es menester que hables
graves y honestas razones?
Los padres viejos romanos,
por la patria o el honor,
los hijos, con más furor,
degollaban con sus manos.
¿Qué gloria, qué honor te traen
más clara que estas dos muertes
esas lágrimas que viertes
que por la barba te caen?
¡Oh, infame!, que así lo digo;
¿tú eres el que decías
que de tu hija serías,
no padre, sino enemigo?
¿Tú, que tomar esta espada
debieras de aquestas manos,
imitando a los romanos,
dejarla en sangre bañada,
estás temblando, amarillo,
cuando ves que un brazo de honra
a la rama de deshonra
quiere poner el cuchillo?
¡Buen tronco! Y de tronco tal
tal rama, y de ella tal fruto.

BELARDO. Si humedece el rostro enjuto,
Patricio, amor filial,
no te espantes, que soy hombre;
mas por que veas quién soy,
quiero dejar desde hoy
fama eterna de mi nombre.
Con esa espada, que tiene,
como cuchillo de esposo,
filo agudo y poderoso,
a ti matarle conviene.
Anda, no tengas temor;
ninguna pena te aflija,
tú matarás a mi hija
y yo mataré al traidor.

PATRICIO. Alto; mira que te advierto
que lo haré si no lo haces.

BELARDO. ¡Oh, espada, que al fin deshaces
un adúltero concierto!
Mas muera quien hoy deshonra
hija, suegros, padre y madre.
Aqueste es hecho de padre
que sabe de amor y honra.

(*Dale una estocada y cae.*)

PATRICIO. ¡Ay, muerto soy!

BELARDO. Eso, sí;
que en ti mi deshonra muere.
Padre soy; quien padre fuere,
ponga los ojos en mí.
Si yo a mi hija mataba
como adúltera y lasciva,
dejaba deshonra viva
que para siempre duraba.
El honor ha de vivir.
Es mujer, y pudo errar;
y yo padre, y perdonar;
y éste mortal, y morir.
El irme será mejor;
quien me culpare, él se afiija;
que yo, sin matar mi hija,
he defendido mi honor.

(*Vanse, y salen dando voces, acuchillándose de adentro, y dice* CLAUDIO:)

CLAUDIO.

¿Esto se usa en este desposorio?
¿Cuándo se vuelven a su casa?

DENTRO.

¡Afuera!
¿Bueno es que vengan a afrentar los hombres
con sátiras envueltas en letrillas?

CLAUDIO.

Huyamos, pesia tal, que es un ejército.

ROBERTO.

El uno he conocido.

ADRIÁN.

Son docientos.

(*Vanse, y sale un* ALGUACIL, *y gente, y tropieza el* ALGUACIL *en el muerto, y en algunas máscaras.*)

ALGUACIL.

¡Ténganse aquí! ¡Favor a la justicia!
¡Cuerpo de tal! Sin falta es hombre muerto.

CRIADO.

¡Ah de esta casa! Gente suena. Lumbre,
que queda en esta calle muerto un hombre.

(*Sale* TEODORA *con un candil, y el* ESCUDERO *con linterna, y unos antojos.*)

TEODORA.

Paso, señor. ¿Qué voces son aquéstas?

ESCUDERO.

¡Ay, triste! Yo conózcole sin falta.
¿Aquéste no es Patricio?

TEODORA.

¡Ay, santo Cielo!—
¡Ah, señora, señora, tu marido!

ALGUACIL.

¡Pobre de mí, que el buen Patricio es muerto!
Alumbrad esa luz. ¿Qué es esto? ¿Máscaras?

ESCUDERO.

Oigan, que enmascarados le mataron.

ALGUACIL.

No quiero yo, por Dios, mejor indicio.
Meted aquese cuerpo sin ruído.
Iré a dar parte de esto a quien al punto
venga a tomar información del caso.

(*Vase el* ALGUACIL *y* CRIADOS.)

TEODORA.

Tenle de aquesa parte, que Violante
debe de estar, sin duda, desmayada.

ESCUDERO.

El era de la esgrima principiante.
Por la nalga le dieron la estocada.

TEODORA.

Entra, ¡pobre de mí!

ESCUDERO.

Ve tú delante.

(*Meten el cuerpo, y sale* VIOLANTE.)

VIOLANTE.

¿Qué salida es aquesta acelerada,
¡triste de mí!, que apenas he salido
cuando me traen muerto a mi marido?

(*Sale* LEANDRO.)

LEANDRO. ¿Qué es aquesto, mi señora?
VIOLANTE. No sé, ¡triste!, que estoy muerta.
En el umbral de esa puerta
mi marido han muerto agora.
LEANDRO. ¡Vuestro marido! ¿Es posible?
¿No me diréis de qué suerte?
VIOLANTE. Una mujer fué su muerte
y un amor incorregible.
Por una Eugenia, su amiga,
habrá algún competidor
acabado con su amor
por su celosa fatiga.
Aunque nunca con él tuve
una hora de paz conmigo,
y harto más por enemigo
que por marido le tuve,
debo llorar con razón,
que al fin fué mi compañía.
LEANDRO. Pues aquí tendréis la mía
y un abierto corazón.
Esa mano hermosa pido,
y no penséis que os engaño;
dejemos pasar el año,
que seré vuestro marido.
VIOLANTE. Ya que aquesta desventura
me ha querido enviar el Cielo,
con vos, señor, me consuelo,
y esa mano me asegura.
LEANDRO. Dadme aquésa y convertid
hoy en gloria su tragedia.—
Aquí acaba la comedia
de *Las Ferias de Madrid.*

FIN

COMEDIA FAMOSA

DE

LA FIRMEZA EN LA DESDICHA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El REY DE SICILIA.
LEONARDO, *general.*
El CONDE OTAVIO.
TEODORA, *hermana del general.*
ROSELA, *criada.*
FABIO, *labrador.*
BATO.
Dos NIÑOS, *hijos del* CONDE. (1)
RICARDO.
EVANDRO.
CAPITÁN *de la guarda.* (2)
Dos CIUDADANOS.
Un CRIADO.
FLORO.
RISELO.
TIBURCIO.
Un SOLDADO.
CARDENIO.
FULGENCIO.
FLORA, *duquesa de Calabria.*
PRUDENCIO.
FENICIO.
SILVIO, } *villanos.*
ALBANIA, (3) } *villanos.*
[*Un* ESCUDERO.
SOLDADOS.
Un PAJE.
Otro CAPITÁN [CINTIO.]
CABALLEROS.
CRIADOS.]

ACTO PRIMERO

(*Salen el* REY, OTAVIO *y* LEONARDO.)

REY. Hoy partirás de Mecina
con esta armada, Leonardo.
LEONARDO. Sola, tu licencia aguardo.
REY. A la conquista camina
del libre y rebelde Sardo,
que mi palabra te doy
de premiarte como es justo.
LEONARDO. Premiado, señor, estoy,
pues de honrarme tienes gusto
donde el más humilde soy;
tanto, que a Sicilia espanta
ver que tu amor me adelanta
a tantos nobles a quien
generosa envidia den
tanto honor y merced tanta;
que no habiendo preferido
los servicios que ellos tienen,
hazaña de amor ha sido.
REY. Si ellos a servirme vienen,
tú me has, Leonardo, servido;
que si del antecesor
heredan los sucesores
los servicios y el valor,
la virtud de tus mayores
me ha obligado a hacerte honor.
Lleva mi bastón real
con nombre de general,
tan bien empleado en ti,
que, pues hoy te igualo a mí,
ninguno ha sido tu igual.
LEONARDO. Mil veces pongo la boca
en el suelo que esas plantas
tocan.
REY. Alzarte me toca.
LEONARDO. Si a ti mismo me levantas,
tu mismo ser me provoca.
¡Seré en la conquista griego,
seré en Troya Agamenón!
REY. Que mires mi honor te ruego.
OTAVIO. (La venta de esta ocasión (1)
mira mi gloria y sosiego.
Es Leonardo, a quien ha dado
el Rey su bastón real
sin saberlo, mi cuñado,
que Amor, con secreto igual,
con su hermana me ha casado.
(*En tanto hablan el* REY *y* LEONARDO *en secreto.*)
Mas como por tantos años
ha durado nuestro amor,
y el tiempo es descubridor
de los mayores engaños,
y más en cosas de honor,
anda Leonardo advertido,
quiero decir sospechoso
de que está de mí ofendido,
estorbando receloso
el bien que tengo adquirido.

(1) Les llama en la obra LUDOVICO y LIDORO.
(2) Después le llama CELIO.
(3) El texto, por errata, dice ALBANO.

(1) Así en el original.

Fué mi error también traer
dos hijos que de este amor
tuve, a su casa, que ayer
los miró con tal rigor,
que sus celos dió a entender.
Díjole su hermana que eran
expósitos; mas tenían
tales señas, que pudieran
descubrir lo que encubrían
a cuantos su rostro vieran.
Ello fué notable error;
pero pintan ciego a Amor.
Mas ya el Rey lo ha remediado
con haberle levantado
a tantos grados de honor.
Partiráse a la conquista
de Cerdeña, rebelada,
y, perdiéndonos de vista,
no habrá temor no habrá espada
que nuestra gloria resista;
gozaré en paz de mi esposa
y de mis hijos queridos
hasta la sazón dichosa
que truequen los ofendidos
la guerra en paz amorosa;
que los bandos sicilianos
que nuestros padres y hermanos
han tenido, causa ha sido
de no habérsela pedido
y dádole en paz las manos.)

REY. No tengo más que advertir,
que a quien tan bien sabe hacer
cánsale el largo decir.

LEONARDO. Es del buen obedecer
mucho obrar y poco oír.
Desde aquí, con tu licencia,
me voy, señor, a embarcar.

REY. Cuidado me da tu ausencia.

LEONARDO. ¡Tú verás en tierra y mar
mi amor y mi diligencia!

(Toquen cajas, y vase LEONARDO.)

OTAVIO. Pensé del notable amor
que hoy a Leonardo has mostrado
que hubieras acompañado
su persona al mar, señor,
y hasta dejarle embarcado.
Nuevo a tu corte parece,
puesto que mucho merece
Leonardo el ver de qué modo,
a vista del reino todo,
en él tu amor resplandece.

REY.

¡Ay, Conde, no te espantes,
que todas estas cosas por momentos
suceden entre amantes!
Amando están en paz los elementos,
y aquél su peso grave
sostiene Amor para que no se acabe.
La celeste armonía
con amor se conserva y corresponde;
el sol engendra, y cría
la tierra el grano; el mar la perla esconde;
ama la piedra al centro,
que no sé qué de amor se tiene dentro.
Amor halló las artes,
Amor es la mayor filosofía:
es Dios que en todas partes
tiene su altar, su cetro y monarquía.
Las industrias nacieron
de Amor, que antes de Amor nunca se vieron.
Industria, Conde, ha sido,
y nacida de Amor, haberle dado,
sin haber preferido
servicios, a Leonardo el cargo honrado
con que mi armada lleva,
y ya para embarcarse toca a leva.
Amo y amor me enseña
a quitar los estorbos al deseo.

OTAVIO.

No es la fuerza pequeña,
pues que te pone en el rigor que veo.
Mas, ¿es posible que ama
dama Leonardo de tan alta fama?
¿Puedo saber el nombre,
ya que tu pensamiento me declaras?

REY.

Puedes, porque te asombre
la gentileza de sus partes raras;
mas no es su dama, Otavio,
que, a ser su dama, no se hiciera agravio.

OTAVIO.

(¡Mísero yo!, ¿qué escucho?
¿Cosa que amase el Rey mi dulce esposa?)

REY.

Conde, si obliga mucho
la fe jurada y la lealtad forzosa,
tenme secreto y mira
que has de ayudar tu Rey.

OTAVIO.

Tu amor me admira.

REY.

Amo a Teodora, hermana
de Leonardo; ausentéle de la corte
para dejar más llana
la puerta de su casa a cuanto importe
a mi amoroso intento.
Otavio, ¡ayuda tú mi pensamiento!
¡Entra en su casa, Otavio!
¡Conde, dile mi amor! Di que no tema
de mi grandeza agravio;
rinde a sus pies la majestad suprema,
ofrece montes de oro,
di que las puertas de su casa adoro.
Mas ¿qué te persuado?
Eres mancebo y querrás bien, pues quieres;
de tu mismo cuidado,
cuando a tu dama, Otavio, le refieres,
saca el cuidado mío
y mira que mi honor de ti confío.

OTAVIO.

¿Dónde a Teodora viste,
o qué ocasión para quererla tanto
como dices tuviste?

REY.

Que me preguntes la ocasión me espanto:
Amor es rayo y pasa;
desde la vista el corazón abrasa.

OTAVIO.

A fe que ella sería
quien te diese la causa.

REY.

No lo creas;
yo vi a Teodora el día...
Mas no preguntes ni molesto seas;
vamos donde Teodora:
sepa, Otavio, de ti que el Rey la adora.
Que sirvas sólo quiero
de sumiller de la cortina roja
a mi temor primero;
del velo vergonzoso me despoja,
que, descubierto luego,
también le sabré yo decir mi fuego.

OTAVIO.

(¿A quién ha sucedido
desdicha semejante?)

REY.

Aquí me aguarda
y mudaré vestido.

OTAVIO.

¿Qué miedo, qué vergüenza me acobarda
de decirle que es mía
la hermosa prenda que gozar confía?
Pero quien ha quitado
por estorbo a su hermano de su gusto,
si le digo el cuidado
con que su pretensión me da disgusto,
¿quién duda que me envíe
adonde para siempre me desvíe?
Pues sufrille que intente
una violencia, es daño irreparable;
que Teodora se ausente,
o que se esconda, es medio saludable;
pero salir no puedo.
¡Todo es confusa noche y todo es miedo!
El Rey se habrá mudado.
¡Pluguiera a Dios de pensamiento fuera!
Quiero entrar sosegado;
pero cuando el dolor el alma altera,
¿quién hallará sosiego?,
que de ella, por los ojos, sale el fuego.
¡Animo, pecho mío!
Hasta ver el suceso, no perdamos
el generoso brío
que de buenos pasados heredamos.
Mas ¡ojalá los Cielos
me mataran de amor y no de celos!

(*Vanse, y sale* TEODORA, *dama;* ROSELA, *criada;* FABIO, *labrador, con dos* NIÑOS.)

TEODORA. Pues el hábito han mudado
mis hijos, también es justo
que mudes tú por mi gusto,
Fabio, el hábito heredado,
pues no se han de hacer sin ti
ni has de volver al aldea;
bien es que el hábito sea
como de quien vive aquí.
Ya se fué, Fabio, mi hermano
de la manera que ves;
el Conde gusta que estés
en hábito cortesano,
porque para acompañar
mis hijos no es bien que sea
como de monte y aldea.

FABIO. Los dos lo podéis mandar;
mas dificultosamente
a obedeceros me atrevo,
tanto por el traje nuevo
como por la nueva gente.
Yo no estoy doecho a las galas

de corte ni a su estrecheza;
la propia naturaleza
las juzga y tiene por malas.
Si ha de bajar el sustento
por la boca a la garganta,
la dificultad es tanta
que antes le causa tormento,
porque, con cuello apretado
de lechuguilla o jubón,
baja con mala sazón
al estómago el bocado,
y aun se lo estorba en el pecho
la pretina que prosiga
la entrada de la barriga,
porque le éntre en mal provecho.
Hizo la naturaleza
pies y manos con primor
para expeler el humor,
y aun por la misma cabeza.
Y apretando el cortesano,
como en sus galas se ve,
con zapato estrecho el pie
y con el guante en la mano,
todo en el cuerpo se encierra.
¡Oh, bien haya el labrador
que, de la tierra el sudor,
le vuelve a la misma tierra!
El jubón desabrochado
deja pasar el sustento
el ancho cinto a contento,
a la barriga el bocado;
la mano suelta, sin freno,
el pie en abarca o en zapato
tan ancho, que puede un pato
criar en cualquiera seno.
No le calientan colchones
la sangre, ni la comida
varia le acaba la vida
con tantas indigestiones.
¿Cuándo se ha visto villano
que muera de apoplejía,
ni por la empanada fría,
ni cantimplora en verano?
¡Ay, dulces sombras, adonde
es el pan seco maná,
donde más gustos me da
que tiene en su mesa el Conde!
Pues en llegando a dormir
sin cuidado y pretensión,
sin envidia ni ambición,
sin rogar y sin servir,
¿qué cama de seda y oro
tiene el Rey más regalada?

TEODORA. ¿Esa vileza te agrada?

FABIO. Esta quiero y ésta adoro,
pues en llegando a tratar
con aquesta buena gente,
así es ello. ¿Qué serpiente
como la que oí contar
que era de siete cabezas,
les hará comparación?
Sierpes de soberbia son,
vestidas de vanas piezas.
Ya pasa el otro arrogante,
ya el otro avaro y cruel,
ya el otro humano Luzbel,
en la ambición semejante.
Ya veréis uno preciado
de divino entendimiento,
fondo en raso de jumento
y por de fuera brocado;
ya veréis un sacristán
metido a ser Cicerón,
y otro, en calzas y jubón,
a Rodamonte y Roldán.
Todos caminan, en fin,
a opiniones singulares,
pues, en llegando a pesares,
no ha dado tantos Pasquín.
Ahora bien: mucho he de hacer
en mudar naturaleza:
quien vida tan nueva empieza,
de nuevo vuelve a nacer.
Mas ¿de qué podré servir
en tu casa, tosco y rudo,
ignorante, ciego y mudo?

TEODORA. De callar, Fabio, y de oír.

FABIO. Echarme quiero a tus pies
por la cosa más bien dicha
que está escrita, que desdicha
de los cortesanos es
no guardar esa sentencia
del oír y del callar.
Ahora bien, quiero mudar
el traje y tener paciencia.
Voy a ponerme galán
al uso de estos divinos,
con calzas de desatinos
y capa de charlatán.
Haréme luego hablador,
mentiroso y lisonjero,
con humos de caballero
y desprecio de señor;
cercenaré cortesías,

y seré muy miserable,
y hablaré mal, cuando hable,
hasta de las cosas mías.

(*Vase.*)

TEODORA. ¿Qué te parece, Rosela,
del humor del labrador?
ROSELA. Que será el ayo mejor
y la más discreta escuela
que a tus hijos puedes dar.
TEODORA. Si costumbres es saber,
no tienen más que aprender
que éste les pueda enseñar.—
¿Hoy qué hicistes, Ludovico?
LUDOVICO. Señora, un rato jugué
las armas.
TEODORA. ¿Vos? ¿Para qué?
LUDOVICO. Más a las armas me aplico.
TEODORA. ¿Y vos?
LIDORO. Un rato he leído.
TEODORA. Pacífico parecéis.
LIDORO. Tengo lo que vos queréis,
que es el vivir recogido.

(*Sale un* ESCUDERO.)

ESCUDERO. Aquí ha llegado Ricardo,
de parte del Rey, a hablarte.
TEODORA. Y bastaba de su parte.
ESCUDERO. ¿Qué le diré?
TEODORA. Que le aguardo.—
Lleva, Rosela, de aquí
estos muchachos.
ROSELA. Yo voy.
TEODORA. ¿Ricardo? Confusa estoy;
pero trazarálo ansí
para hablarme en su locura;
porque, ignorante que a Otavio
adoro, intenta su agravio.

(*Sale* RICARDO.)

RICARDO. Pienso que estarás segura
de mi embajada.
TEODORA. Sí estoy.
RICARDO. ¿Pensarás que a hablarte vengo
en los intentos que tengo,
después que tan suyo soy?
TEODORA. No pienso tal.
RICARDO. Haces bien.
El Rey está aquí y el conde
Otavio.
TEODORA. Que entren responde.
RICARDO. ¿Y Otavio?
TEODORA. Otavio también.
Como se partió mi hermano,
quiere el Rey hacerme honor.

(*Salen el* REY *y* OTAVIO.)

OTAVIO. Aquí está el Rey, mi señor.
(¡Bien dijera mi tirano!)
TEODORA. (¿Qué tristeza, Conde, es ésa?
OTAVIO. No te puedo responder.)
TEODORA. ¿Vuestra alteza viene a ver
su esclava? Mucho me pesa
de no estar muy prevenida.
REY. Alzaos del suelo, Teodora.
TEODORA. Yo estoy bien.
REY. Alzaos, señora;
bien está, si sois servida.
TEODORA. No digo que os asentéis,
que el Rey dondequiera es dueño.
OTAVIO. (¡Cielos, parece que sueño
el daño en que me ponéis!)
REY. Vos os sentad junto a mí.
TEODORA. No lo mandéis.
REY. Es mi gusto.
TEODORA. Señor...
REY. Si es mi gusto, ¿es justo?
TEODORA. Sí, señor.
REY. (¡Qué dulce sí!
¡Ay, si a mi amor le dijeras!)
RICARDO. (¿A qué viene el Rey, Otavio?
OTAVIO. No lo sé. Si tú eres sabio,
con poca paciencia esperas.)
REY. Teodora, tu hermano es ido
a conquistar a Cerdeña.
Enviéle porque tengo
de su virtud experiencia;
acordéme que mi padre,
para la paz y la guerra,
se valió siempre del suyo.
TEODORA. Leonardo, señor, hereda
los deseos de servirte,
que es la más perfecta herencia
en hijos de nobles padres,
a reyes que tan bien premian.
REY. A la partida me dijo
que, por ser tu madre muerta,
sola te dejaba, y yo
conocí luego las señas;
vi que me obligaba a ser
tu amparo, y quiero que sepas
que en mí te queda tu hermano.
(¡Qué mal un amante acierta
a decir su pretensión!

¡Qué turbado Amor comienza!
En esto veo que es vicio,
Amor, tu fin cuando llega
a deleite, pues, en fin,
se ha de perder la vergüenza.)

TEODORA. Señor, para que mi hermano
como es razón te sirviera,
bastaba la obligación
de nuestra naturaleza,
sin que le añadieras tantas,
con venir de esta manera,
humillando a estas paredes
los pasos de tu grandeza.
Beso los pies en su nombre,
y pues tu amparo me queda,
conviértase en alegría
la tristeza de su ausencia.

REY. Levántate a hablar al Conde,
que de ciertas cosas nuevas
que quiero tratar contigo,
tiene cartas de creencia.

TEODORA. Pues, con tu licencia, voy.
(*Levántese* TEODORA.)

REY. Oye bien lo que te ruega.—
¿Ricardo?

RICARDO. ¿Señor?

REY. Escucha,
mientras que los dos conciertan
cierta cosa de mi gusto.

RICARDO. Si es tuyo, para bien sea.
(*Hablan en secreto el* REY *y* RICARDO.)

TEODORA. El Rey manda que te hable,
Conde, que pienso que piensa
casarme porque mi hermano
premio desde luego tenga;
si es contigo, dime aprisa
cómo fué cosa tan nueva:
si se lo dijiste tú
o si él nuestro amor sospecha.
De aquí se fueron tus hijos.
¡Oh, quiera Dios que ya puedan
llamarte en público padre!
¡Mucho tardas, mucho esperas!
¡No es posible que el silencio
me prometa cosa buena,
que callar tanto quien ama
es señal de malas nuevas!
¿De qué te has descolorido?
¿Qué me miras? ¿Cómo tiemblas?
Mira que lo advierte el Rey;
mueve los labios siquiera;
haz que hablas y no hables,
señor mío, hasta que puedas,
que si ve que yo te hablo,
aumentará su sospecha.

OTAVIO. ¡Ay, Teodora!

TEODORA. ¿No prosigues?
¿Con mi nombre te contentas?

OTAVIO. ¿¡Ay! no dije?

TEODORA. Sí.

OTAVIO. Pues, ¡ay!,
dice que hay terribles penas;
de suerte que, en "¡Ay, Teodora!",
he dicho cuanto me ruegas,
pues hay penas, y tu nombre
es que eres la causa de ellas.

TEODORA. ¿Es que Ricardo me pide
al Rey, y que el Rey concierta
que nos conciertes y cases?

OTAVIO. De que Ricardo te quiera,
de que te pida Ricardo,
nunca, mi bien, tuve pena;
mas de que te quiera el Rey
es muy forzoso tenella.

TEODORA. ¿El Rey me quiere?

OTAVIO. Esto pasa.

TEODORA. Pues ¿qué quiere?

OTAVIO. Que le quieras
y que te lo ruegue yo,
que esto no sé cómo sea.

TEODORA. ¿No pudieras avisarme?

OTAVIO. No, que, en fortuna deshecha,
primero matan los rayos
que sepa un hombre que truena.

TEODORA. ¿Qué piensas hacer?

OTAVIO. No sé.

TEODORA. ¡Bien me animas!

OTAVIO. ¡Bien quisiera!

TEODORA. Algún medio has de eligir,
que a los extremos es fuerza
el caminar por un medio. (1)

OTAVIO. ¡Ojalá que le supiera!

TEODORA. ¿Quieres que llame a mi hermano
y que de esto le dé cuenta?

OTAVIO. Cuando violencia te hiciere,
es la mejor resistencia.
Mas ¿qué le diré de ti,
que, como sabes, espera,
y cuando espera el poder,
quiere muy breve la vuelta?

TEODORA. Dile que estamos casados.

(1) Este pasaje, que parece obscuro, está así en el original.

OTAVIO. Al principio, bueno fuera.
TEODORA. ¿Por qué no se lo dijiste?
OTAVIO. Porque si tu hermano ausenta
para que nadie le estorbe
la conquista de tus puertas,
yo, que estoy en las del alma,
si por mi causa no entra,
¿qué seguridad tendré?
TEODORA. Pues éste el remedio sea:
que yo le diga que estoy
casada, ¡extraña quimera!,
con Ricardo; que él dirá,
como tanto lo desea,
que es verdad, y mientras pasan
las forzosas diligencias,
vendrá mi hermano, y entonces,
o me llevará a otra tierra,
o dirá al Rey la verdad,
que entonces no habrá violencia,
porque mi honor, si la hubiere,
ha de correr por su cuenta.
OTAVIO. Despacha luego un criado,
y el viento le favorezca,
para que diga a tu hermano
en el peligro que quedas.
TEODORA. Dile al Rey que quiero hablarle;
pero mejor es que sea
en presencia de Ricardo.
OTAVIO. Bien dices. (¡Animo y llega!)

TEODORA.

Señor, al Conde atentamente he oído
tu voluntad resuelta.

REY.

Habla secreto.

TEODORA.

Así conviene hablar, si eres servido.
El Conde sabe tu amoroso efeto;
Ricardo ha de saberle, que le importa,
por ser de estos agravios el sujeto.

REY.

Espera un poco y el hablar reporta.

TEODORA.

No puede ser, porque es, señor, Ricardo
mi esposo, en fin, y su opinión me exhorta.
El me ha solicitado, y de Ricardo (1)
tengo yo el sí, que sola tu licencia
para la ejecución debida aguardo.

(1) En el texto "Leonardo".

REY.

Ricardo, ¿es esto ansí?

RICARDO.

La diligencia
de mi amor te confieso, aunque ignoraba,
por ver a tanto amor tal resistencia,
que Teodora me amaba y estimaba
para su esposo, y pues a lo forzoso
confiesa aquello que encubierto estaba,
digo que soy mil veces venturoso
y que te pido que padrino seas
de nuestras bodas, aunque estés celoso.

REY.

¿Conde?

OTAVIO.

¿Señor?

REY.

¿Qué dices?

OTAVIO.

Que lo creas
y que mudes de intento y que los cases,
que entonces amas cuanto bien deseas.

REY.

Querría que con ella concertases,
ya que se ha de casar.

OTAVIO.

No lo prosigas
ni a tal bajeza el pensamiento pases.

REY.

Pues esto quiero, Conde, que le digas.

OTAVIO.

Yo lo diré, mas déjame con ella.

REY.

Si lo alcanzas, Otavio, un Rey obligas.

OTAVIO.

Lleva a Ricardo allá, que lejos de ella
no te dará los celos que es forzoso
que tengas de él y de Teodora bella.

REY.

Ricardo, ven conmigo.

RICARDO.

¿Estás quejoso
de este mi amor? Que si lo estás, no quiero
ser de Teodora, aunque ella quiere, esposo.

REY.

Yo gusto que en tan noble caballero
se emplee dama de valor tan grave.
Ricardo, honrarte quiero.

RICARDO.

Así lo espero,
pues tu grandeza mi servicio sabe.

(*Vanse los dos.*)

OTAVIO. Ya me pesa de lo hecho.
TEODORA. ¿Por qué?
OTAVIO. Por haber tratado
engaño al Rey; que, engañado,
tiene al castigo derecho.
¿Qué haremos?
TEODORA. Hacer buen pecho,
y si fuere necesario
morir.
OTAVIO. Suceso tan vario
¿qué remedio ha de tener?
Que el amor en el poder
es el más fuerte contrario.
TEODORA. ¿Ha de ser éste Tarquino?
OTAVIO. Podrá ser.
TEODORA. Pues ser Lucrecia,
que una firmeza desprecia
el más fuerte desatino.
OTAVIO. Cuando a declararse vino
ya vino determinado.
¿Sabes lo que ha concertado?
TEODORA. Di qué.
OTAVIO. Que en siendo casada
la fe a Ricardo jurada
rompas.
TEODORA. ¡Qué injusto cuidado!
OTAVIO. ¿Por qué?
TEODORA. Porque no ha de ser
mi esposo.
OTAVIO. Será forzoso
que a quien ha de ser tu esposo
eso venga a suceder.
Si lo soy, bien es temer,
no de ti, mas de su fuerza.
TEODORA. No hayas miedo que me tuerza
ni su poder ni su furia,
que nunca el amor injuria
si la causa no le esfuerza.
OTAVIO. A decírtelo quedé;
por eso advertida vive.
TEODORA. En el agua, Otavio, escribe
todo lo que no es tu fe.
OTAVIO. Teodora, ¿qué le diré?
TEODORA. Que me case, pues es gala
que me entregue a quien me iguala,
y luego hablaré en su pena,
porque aun antes de ser buena
no he de prometer ser mala.
Dile que si me desea
es cosa muy excusada
servirme como a casada
antes que casada sea,
que deje que me posea
a quien me quiere quitar.
OTAVIO. Mi bien, yo le voy a hablar,
aunque este engaño y estilo
pienso que es piedra del filo
del cuchillo de mi muerte,
que es Laberinto de suerte
que no ha de valernos hilo.

(*Vase* OTAVIO.)

TEODORA.

Desdicha extraña amar, pues aunque sea
la mayor voluntad correspondida,
de la vida o del tiempo resistida,
toda la vida sin cesar pelea.
Cuando en amar un alto bien se emplea
mayor ventura goza aborrecida,
que no le cansa el mal ni el bien la olvida
a quien jamás gozó lo que desea.
Amé, pagóme amor, fuí prenda cara
del alma de mi dueño. Mejor fuera,
para perder el bien, que no le hallara.
Que a no le tener yo no le perdiera
y sólo el esperalle me bastara,
que más se goza el bien cuando se espera.

(*Sale* RICARDO.)

RICARDO. A darte mil gracias vengo,
luego que el Rey me dejó,
de que te merezca yo,
pues ya tan cerca te tengo.
¿Es posible que llegada
la ocasión de amor forzosa
te confesaste mi esposa
y de mi amor obligada?
¿Es posible que dijiste
al Rey que estamos casados
y que entre tantos llamados
al más humilde escogiste?
Hablen mis cinco sentidos
en tu alabanza, Teodora;
digan que el alma te adora,

los ojos y los oídos.
También lo digan las manos
tocándote, pues ya puedo;
que adonde Amor quita el miedo
ya son los respetos vanos.
¿Puedo besarte las tuyas?
¿Puedo abrazarte?

TEODORA. Desvía.

RICARDO. Pues ¿qué es esto, esposa mía?
Pensó el alma que eran suyas.
Perdona, que a ti lo oí.
Tuyo fué el atrevimiento
y mío el consentimiento
de tu regalado "sí".
O soy tuyo o no lo soy.
¿Por qué hablas de este modo?

TEODORA. Porque fué violencia todo,
y libre del Rey estoy.
¿No entendiste que lo hice
para defender mi honor?
Pues del Rey al loco amor
con tu opinión satisfice.
¡Ay, Ricardo! Está contento
de que como noble hiciste,
pues que mi honor defendiste
a voz de tu casamiento.
Ponme en tanta obligación,
así te dé Dios ventura;
viva a tu sombra segura
la fama de mi opinión.
Mira que eres caballero,
cuya profesión mayor
es defender nuestro honor,
como de tu amor lo espero.
En esto le mostrarás.
Finge, di al Rey que soy tuya,
aunque ni tuya ni suya
me verá el mundo jamás.
Basta declararme ansí
y que, cuando ser pudiera,
más que del Rey tuya fuera,
y no sepas más de mí.

(*Vase.*)

RICARDO. Menos quisiera saber.—
Fuése. Cayó por el suelo
el edificio que al cielo,
soberbio, quise oponer.
¡Qué poco duró mi engaño!
Mas bien fué que fuese poco,
por que no me vuelva loco
la pena del desengaño.
Altamente me burló.
Ingenio, en fin, de mujer.
Pero en lo que da a entender
el dueño conozco yo.
Sin duda que el Conde y ella
esta disculpa trazaron,
con que del Rey se libraron,
que es fuerte y adora en ella.
Por capa me ha echado al toro
con que de la muerte escapa,
basta que serví de capa,
confiada en que la adoro.
Pues no gozará sus brazos;
y impórtame a toda ley,
porque siendo el toro un Rey
hará la capa pedazos.
Arrójame libremente
y el cuerpo que adora esconde.
¡Bueno es que se escape el Conde
y que yo muera inocente!
¡Oh, qué engaño se me ofrece
para prueba de este engaño,
que un daño con otro daño
la satisfación merece!
El hombre que viene aquí
es de esta casa criado.
Quien ama desengañado
bien es que proceda ansí.

(*Sale* FABIO, *villano, ya vestido de escudero gracioso.*)

FABIO.

(Apenas creo que soy yo aquel mismo
que en traje tan diverso del que traigo
llevé mis vacas por las verdes selvas
y mis ovejas por los altos montes.
¿Adónde está mi sayo descansado
que a mi medida la inocencia hizo?
¿Adónde mis abarcas, enseñadas
a pisar las espinas y las peñas,
tan lejos de azulejos y de alfombras?
Calzas me han dicho que se llaman éstas.
Extraña y prodigiosa arquitectura.
Aun en éstos se ve que son enredos
cuantos fabrican los que aquéstas traen.
¡Oh, hele allí de los que al Rey trajeron,
el no menos gallardo cortesano!
Pardiez, apenas comencé a ponerme
estas que llaman calzas, cuando escucho
que viene el Rey, y de temor, corriendo,
con ellas en las piernas como grillos,
me escondí en un pajar. ¿Si éste me ha visto?

Yo me caigo difunto. Ya me mira.
Pienso que quiere hablarme.)

RICARDO.

¿Sois, acaso,
gentil hombre, escudero de Teodora?

FABIO.

¿Acaso? Y bien acaso, gentil hombre.
Soy de Teodora un escudero nuevo;
tan nuevo, que aun lo soy en los vestidos.

RICARDO.

(La fortuna le ofrece a mi propósito.)
¿Sabéis a lo que el Rey vino a su casa?

FABIO.

No me puse en lugar que lo supiese;
que soy tan nuevo en cosas del palacio,
que aun no supe acechar ni estar atento
a lo que se trataba, codicioso
de llevallo por nuevas a otra parte.

RICARDO.

Teodora se ha casado con el Conde,
y el Rey vino a tratarlo.

FABIO.

Bien ha hecho
en tanto que su hermano ausente vive,
que por antiguos bandos de sus casas
no viniera su hermano en los conciertos.
Agora sí descansarán entrambos
y gozarán sus hijos, que era lástima
verlos andar a sombras de la noche
para poderse hablar.

RICARDO.

Pues ¿tienen hijos?

FABIO.

¿Luego vos no sabéis que los tenían?

RICARDO.

Hijas, pensaba yo.

FABIO.

Que no son hijas,
sino dos zagalejos como un oro;
que yo, puesto que en traje de palacio
soy labrador enjerto en escudero,
y los crié en la falda de ese monte
altivo, padre de una pobre aldea
que le besa los pies agradecida.

RICARDO.

¡Ah, sí, tenéis razón! Que el Rey me dijo
que eran hijos los dos y se llamaban
Celio pienso que el uno...

FABIO.

Erráis el nombre.
Lidoro el uno, el otro Ludovico;
muchachos que a la fe que en estos montes
mataron algún oso a pura piedra.
Trújolos a la corte el conde Otavio;
y a la fe que su hermano lo sospecha.
Mas ya que el Rey los casa, no habrá celos.

RICARDO.

(¡Oh, cómo han sido en mi favor los Cielos!
Sabrálo todo el Rey.) Venid conmigo;
traeréis para la boda ciertas cosas.

FABIO.

Perdonadme, señor, si sois servido,
que no sé andar en calzas atacadas,
y hasta enseñarme no podré seguiros.

RICARDO.

Pues proceded en esto cuerdamente,
porque se ha de tratar con gran secreto.

FABIO.

Vos echaréis de ver si soy discreto.—

(*Vase* RICARDO.)

Pasa el invierno perezoso y frío
y el labrador, que con el corvo arado
rompió los verdes céspedes al prado,
mira la parva en el dorado estío.
Corta las ondas del salado río
el diestro navegante, y, olvidado
de las tormentas y el rigor pasado,
vuelve a la nave con valiente brío.
No de otra suerte al conde Otavio veo
la guerra de su historia reducida
a las paces del yugo de Himeneo.
Ya no hay memoria que su gusto impida;
que amor, si llega al puerto del deseo,
de cuanta pena le costó se olvida.

(*Vase, y salen el* REY, *y* FULGENCIO, *viejo, su gobernador.*)

FULGENCIO. Algunos están quejosos
de que le hayas preferido
a mil hombres belicosos
que dicen que te han servido
en cargos de Marte honrosos,

y que Leonardo es mancebo
y en su disciplina nuevo,
y que eligieras más bien
algún capitán a quien
corona el árbol de Febo,
y he sido de parecer
que has hecho buena elección.
Roma quiso deponer,
por mancebo, a Cipión,
y le vió después vencer.
Sicilia verá que ha sido
Leonardo bien elegido.

REY. Mucho me pesa de oír
que no pueda al Rey servir
sino quien le haya servido.
Cuando el Rey, Gobernador,
conoce el valor de un hombre,
¿cuál experiencia mayor?
Luego bien es que le nombre
para probar su valor.
Leonardo es valiente y sabio.

(*Sale* RICARDO.)

RICARDO. (Yo vengo a mala ocasión,
que con el padre de Otavio
habla el Rey.)
FULGENCIO. Envidias son.
REY. Nunca de envidias me agravio.
RICARDO. (Hacer quiero algún ruído.)
REY. ¿Qué hay, Ricardo?
RICARDO. Hablarte quiero
a solas, si eres servido.
FULGENCIO. Aparte, señor, espero.
REY. Ricardo, seas bien venido.
(Quiérole lisonjear,
que le deseo agradar
para engañarle.)
RICARDO. (¿Qué aguardo?
Hablar quiero.)
REY. Pues, Ricardo,
¿cuándo te quieres casar?
¿Estás muy enamorado?
¿Quieres a Teodora mucho?
RICARDO. Antes estoy tan cansado,
que la aborrezco.
REY. ¿Qué escucho?
¿Cansado apenas casado?
RICARDO. Señor, no soy yo el marido,
que a serlo no me cansara.
REY. ¿Cómo ansí?
RICARDO. La sombra he sido
con que Teodora repara
tu amor y mi injusto olvido.
Aquello que dijo allí
fué por concierto de Otavio.
REY. Pues ¿Otavio contra mí?
RICARDO. Habla bajo y como sabio,
que aún está su padre aquí.
Ya no es tiempo de cansarte
con rodeos. El la adora
y ella pretende engañarte.
REY. ¿Luego quiérele Teodora?
RICARDO. Claramente quiero hablarte.
Cuando en palacio vivía
este amor se concertó;
salió, y aquel mismo día,
por venganza, ejecutó
Otavio su alevosía.
Que sin duda fué venganza
de su hermano, pues le alcanza
de los bandos tanta parte.
REY. ¿He de creerte o matarte?
RICARDO. ¿Aún te engaña la esperanza?
Pues no la tengas, señor,
que está su amor confirmado
con altas prendas de amor.
REY. Si al fin de amor ha llegado,
¿cuál otra prenda mayor?
RICARDO. Tener dos hijos.
REY. ¿Qué dices?
RICARDO. Lo que escuchas.
REY. ¡Vive Dios!...
RICARDO. Quedo, no te escandalices.
REY. Que hoy han de dar fin los dos
a sus años infelices.
Pues ¿cómo en esa ficción
el Conde mi engaño funda
y su loca pretensión?
Más estimo la segunda
que la primera traición.
Vete y llama al Capitán
de la guarda y diez soldados
de los que hoy de guarda están.
RICARDO. Favores mal empleados
todos la culpa te dan.
A lo menos bien has visto
mi lealtad.
REY. Ve presto.
RICARDO. Voy.

(*Vase* RICARDO.)

REY. ¿Cómo el enojo resisto?
No más amor desde hoy.
De mi esperanza desisto.—

¿Fulgencio?

FULGENCIO.

¿En qué te sirvo?

REY.

Hame contado
Ricardo una traición de un hombre injusto,
con que estoy enojado sumamente.

FULGENCIO.

Si puedes castigar y en el castigo
poner ejemplo y escarmiento a otros,
castiga y no te aflijas.

REY.

Bien has dicho.
No en balde yo te he puesto en el gobierno
del reino por cabeza y presidente;
mas quiero tu consejo.

FULGENCIO.

Di el delito.

REY.

¿Qué mereciera un hombre que a un vasallo
de los más nobles que en Sicilia tengo
ofendiera el honor y de su hermana
tuviera ya dos hijos de secreto,
y que queriendo el Rey la mujer misma
fingiera, por libralla de sus manos,
que estaba desposada con otro hombre
aborrecido de ella con extremo
y prometiendo al Rey que el casamiento
sería puerta de su honor y gusto,
de su vida y salud en grave daño,
y entre los dos hicieran este engaño?

FULGENCIO.

Por cualquiera delito, siendo cierto,
es reo de la muerte, y aunque fuera
mi hijo Otavio, que en extremo adoro,
lo mismo te dijera que te digo.

REY.

¿Luego puedo prenderle y castigarle?

FULGENCIO.

Préndele, y si le pruebas el delito,
si no es que con la parte se concierte,
seguro puedes condenalle a muerte.

REY.

Haz una provisión y vuelve luego.

FULGENCIO.

¿Qué nombre?

REY.

El nombre en blanco.

FULGENCIO.

¿El hombre es título?

REY.

Pues que con provisión mando prenderle,
sin duda que es lo bueno de Sicilia.

FULGENCIO.

Yo voy.

(*Vase* FULGENCIO.)

REY.

Vuelve al instante.—¡Extraño engaño!
¡A un rey, a mí! Pues ¿cómo así me paga
Otavio las mercedes recebidas?
¡Haber puesto a su padre en el supremo
lugar de mi justicia! ¡Ah, mozo ingrato,
cómo castiga el Cielo tu malicia,
pues de tu mano hiciste la justicia!

(*Salen* RICARDO, *y el* CAPITÁN *de la guarda, y* SOLDADOS.)

RICARDO. Aquí viene el Capitán.
CAPITÁN. Ya los soldados están
puestos a la ejecución.
¿Dónde ha de ser la prisión?
REY. Los papeles lo dirán.—
¡Oh, Ricardo, quién creyera
que el Conde con este engaño
burla de mi amor hiciera!
RICARDO. A no ser yo desengaño,
notable tu daño fuera.
¡Ah, señor, cuán pocos son
los que viven con lealtad!
REY. ¡Qué bien paga mi afición
el Conde!
RICARDO. Ya no hay verdad.
Todo es mentira y ficción.
REY. No se habrá visto venganza
como se ha de ver en él.
RICARDO. Amor te pondrá templanza.
REY. Antes me ha de hacer cruel
la burla de mi esperanza.
RICARDO. La mayor culpa que tiene
es el haberte burlado.
Pienso que a tu honor conviene,
y a la razón de tu estado,
vengarte.
REY. Su padre viene.

(*Sale* FULGENCIO *con un papel escrito, y un* PAJE, *con pluma, y el tintero.*)

FULGENCIO. Aquí está la provisión,
y el nombre en blanco dejé.
REY. El autor de la traición
escribe.
FULGENCIO. Dime quién fué
y irán a hacer la prisión.
REY. Pon el nombre.
FULGENCIO. Ya le espero.
REY. Di el conde Otavio.
FULGENCIO. ¿Qué Otavio?
REY. Tu hijo.
FULGENCIO. ¡Señor!
REY. No quiero
disculpas.
FULGENCIO. ¿Tan grande agravio
a su Rey un caballero?
REY. Escribe.
FULGENCIO. Yo escribiré.
REY. ¿De qué te tiembla la mano?
Tuya la sentencia fué.
FULGENCIO. Es verdad, que no pensé
que le engendraba villano.
Cuando la sentencia di
lejos de mi sangre estaba,
porque nunca presumí
que con mi sangre engendraba
lo que te ofendiese a ti.
Mas agora no te espantes
que tiemblen mis manos frías
de hacer letras semejantes,
porque las entrañas mías
no son moldes de diamantes.
Si lo ha hecho firmaré
su muerte, que su prisión
no es mucho; pero tendré
por dudosa información
la que de enemigos fué.
Pongo a Otavio, aunque cruel,
pues por más que me refieras
que ponga el cuchillo en él,
pluguiera a Dios que quisieras
que me pusiera por él.
(*Arroja la pluma.*)
REY. ¿Cómo delante de mí
la pluma arrojas así?
FULGENCIO. Perdona la mano airada,
que no puedo ver la espada
con que la muerte le di.

(*Vase* FULGENCIO.)

REY. ¿Puso "Otavio"?
RICARDO. Sí, señor;
"Otavio" en lo blanco puso.
REY. Pues prendelde, y con rigor.
RICARDO. Vamos, Celio.
CELIO. Estoy confuso.
¿El Conde ha sido traidor?
RICARDO. ¿No lo estás mirando agora?
REY. Teodora en Otavio adora;
mas para vengar mi agravio
bastará matar a Otavio,
que eso es matar a Teodora.

(*Vanse, y salen el* CONDE OTAVIO, TEODORA *y* ROSELA.)

OTAVIO. Prevéngase en el jardín,
si te parece, la cena.
TEODORA. Lo que quisieres, mis ojos,
es la ley de mi obediencia.
OTAVIO. Parece que en verdes plantas
el tierno amor se deleita.
Flores, amantes y campos
son lienzos de primavera;
amor enseñan las vides
cuando a los olmos se enredan,
amor enseñan las aguas
cuando las flores refrescan,
amor enseñan las aves
cuando sus quejas lamentan,
las zarzas cuando se abrazan
y por los árboles trepan;
el aire, con dulces silbos,
entre las flores se queja,
que es el que más se enamora,
porque todo lo penetra.
No vengan, Teodora mía,
mis pajes ni tus doncellas,
que Amor en las soledades
tiene mayores licencias.
Estoy con gusto de ver
que ya tu hermano nos deja
aquestas paredes libres,
que por muchos años sea.
Ve por nuestros hijos luego;
díselo a Fabio, Rosela,
que no hay mesa sin los hijos
ni bocado que bien sepa.—
Paréceme que te ríes.
TEODORA. Es, Otavio, que celebra
el alma tus alegrías,
de tus contentos contenta.
No cabe en el corazón

la risa de ver que llegas
a decir que no hay sin hijos,
mi bien, regalada mesa.
¿Nunca has visto aquellos quicios
en que se mueven las puertas?
Así se mueven las almas
de los dos que las engendran.
Ya no temo tiempo ingrato,
ya no temo suerte adversa,
durmiendo está la fortuna,
hurtóle el Amor la rueda.
Ya no te puedo perder,
todos mis temores cesan;
pero escucha, por mi vida...
Conde, ¿qué voces son éstas?

(*Sale* RICARDO, CAPITÁN *y* SOLDADOS.)

RICARDO. ¿Tú las puertas me resistes?
OTAVIO. ¡Hola! ¿Quién abre las puertas?
RICARDO. ¡Yo soy! ¿De qué te alborotas?
¡Ten, Conde, la espada queda!
OTAVIO. ¿Tú con gente en esta casa?
CAPITÁN. El Rey manda que te prenda
con aquesta provisión.
OTAVIO. ¿A mí?
CAPITÁN. ¿Que lo dudas?
OTAVIO. Muestra.
CAPITÁN. ¿Conoces aquesta firma?
OTAVIO. Letra de mi padre es ésta.
TEODORA. Caballeros, ¿por qué prende
a Otavio el Rey?
CAPITÁN. Cuando llegan
a tales puntos las cosas,
que falta razón no creas.
TEODORA. Ricardo, ¿eres tú el autor?
RICARDO. Si te consta tu inocencia
y la del Conde, Teodora,
¿qué temes? ¿de qué te quejas?
OTAVIO. Esta espada, Capitán,
me guarda, para que sea
castigo de algún traidor.
RICARDO. Habla bien, porque no mientas.
OTAVIO. Vuélveme, Celio, la espada.
CAPITÁN. ¡Ea, que es mucha soberbia!
TEODORA. ¿Quieres tú, Ricardo infame,
que yo el mentís te defienda?
RICARDO. Vete, Teodora, por Dios,
que eres mujer, y no buena.
TEODORA. Mientes.
RICARDO. De mujer no importa.
OTAVIO. Tú has dado justa sentencia.
Desmentísteme, Ricardo;
pero como tú aconsejas,
no importa, que eres mujer.
CAPITÁN. ¿Esto sufres?
RICARDO. No te ofendas
de soberbias de hombres presos.
OTAVIO. Yo te cortaré la lengua.
CAPITÁN. Camina.
TEODORA. A sombras del bien
está la fortuna adversa.

ACTO SEGUNDO

DE *La Firmeza en la desdicha.*

(*Salen cajas,* SOLDADOS, *bandera,* LEONARDO, *general.*)

LEONARDO. Para haber desembarcado
nuestra vitoriosa armada
poco nos han celebrado.

(*Sale un* CAPITÁN.)

CAPITÁN. Está la ciudad turbada
y todo el vulgo alterado.
LEONARDO. ¿Qué puede haber sucedido?
CAPITÁN. ¿Si por ventura han venido
como a corte falsas nuevas,
o ya las envidias pruebas
de haber, Leonardo, vencido?
LEONARDO. Cuando vencido volviera,
roto, perdido y deshecho,
menos alboroto hubiera.
Mayor mal, Cintio, sospecho.
Alguna traición me espera.
No sé si paséis de aquí.
CAPITÁN. ¿Luego no quieres que entremos
en la ciudad?
LEONARDO. Siempre fuí
de parecer que esperemos
cuando el mal se viene ansí.

(*Salen dos* CIUDADANOS.)

PRIMERO. Llega y tomemos lugar
donde todo lo veamos.
LEONARDO. Haz esos hombres parar,
Cintio, para que sepamos
la ocasión antes de entrar.
CAPITÁN. Hidalgos, tened.
SEGUNDO. ¿Quién llama?
CAPITÁN. De esta armada el general,
si no os lo ha dicho la fama.

PRIMERO. Tu nombre y bastón real
toda esta ciudad aclama;
pero si valiente y sabio
te celebra el mar remoto,
muéstralo en aqueste agravio.
LEONARDO. Pues ¿de qué es el alboroto?
PRIMERO. Degüellan al conde Otavio.
LEONARDO. ¡Válgame el Cielo!
PRIMERO. Esto pasa.
LEONARDO. Dime presto la ocasión.
PRIMERO. Por deshonor de tu casa.—
LEONARDO. ¿Pues el Conde a mí traición?
PRIMERO. Ya con tu hermana se casa;
pero el Rey no da lugar,
antes la mandó prender
y la quiere castigar.
LEONARDO. ¡Oh, cómo el fin del placer
es principio del pesar!
PRIMERO. Sus hijos tiene en prisión,
con ser niños y ignorantes
de esto que llama traición.
LEONARDO. ¿Hay sucesos semejantes?
Pues los niños ¿cúyos son?
PRIMERO. Del conde Otavio y tu hermana.
LEONARDO. (No fué vana mi sospecha.
Pero la guarda fué vana,
que ningún muro aprovecha
cuando es la mujer liviana.)
Id con Dios.
SEGUNDO. Guárdete el Cielo.
LEONARDO. No en balde tuve recelo
de que algún mal me aguardaba,
no en balde el alma temblaba
de pisar el patrio suelo;
pero si conoce un ave
del tiempo la variedad
y un delfín muestra que sabe
de la mar la tempestad
y está avisando a la nave,
¿qué mucho que pronostique
el alma de un hombre el daño
y por potencias aplique
al temor el desengaño
y por venir le publique?
¡Ay de mi ventura corta!
¿Qué me importa haber vencido,
ni volver vivo qué importa
cuando soy tan mal venido
que el deshonor me reporta?
¡Ah, falsa hermana Teodora!
¿Con mi enemigo?—No más,
no más, gente vencedora;
volved las cajas atrás,
cese la trompa sonora,
vuelva a tragarnos la mar,
no salgamos a la tierra;
el bastón quiero arrojar
si una mujer infamar
puede el honor de la guerra.
¡Tan larga infamia y secreta!
¡Hijos de Otavio en mi casa!
¡La suya a mi sangre aceta!
Aún no creo lo que pasa,
tanto el honor me sujeta.
Bien muestra el Rey compasión
de mi honor y calidad
en castigar su traición.

(*Sale* FULGENCIO *padre de* OTAVIO.)

FULGENCIO. (Cuando sepa la verdad
ayudará mi razón.)
¡Oh!, generoso Leonardo,
que la noble frente adornas
del árbol de las batallas,
que tiene inmortales hojas;
nuevo generoso Aquiles,
que a tu patria ingrata y loca
ilustras con más trofeos
que el griego sacó de Troya,
no te asombre mi presencia,
si la fama te alborota,
que del hombre más airado
merecen las canas honra.
Habránte dicho que el Rey
a mi hijo Otavio corta
la cabeza por tu agravio
y justa venganza toma;
tendrás enojo, y es bien,
que el agravio presto enoja;
pero nunca los prudentes
juzgan primero que oigan.
Oye, pues, aunque no sea
porque a tu remedio importa,
mas porque te habla un viejo,
que tienen verdad de historia.
El Rey de Sicilia, el Rey,
mozo al fin, que la edad moza
admite mozos consejos
y a los deleites se arroja,
puso en tu hermana los ojos;
y, porque tu honor le estorba,
a la conquista te envía
de la gente sarda y corza,
de suerte que fué el bastón

coluna de tu deshonra,
basa de su amor injusto,
nube del sol de tus glorias.
Con esto al Conde, mi hijo,
luego que tu armada azota
la blanca espuma del mar
y le obedecen las olas,
manda que a Teodora diga
sus amorosas congojas.
Otavio, al fin su marido,
aunque enemigo le nombras,
con lágrimas y palabras
dice el peligro a su esposa.
Ella concierta decirle,
hablando a Ricardo a solas,
que con Ricardo se casa,
por ver si el Rey se reporta;
pero queriendo Ricardo,
con deslealtad afrentosa,
hacer de las burlas veras
y atreverse a su persona,
ella le desprecia y dice
que a Otavio, su esposo, adora.
Ricardo lo cuenta al Rey,
el Rey a Otavio aprisiona,
haciéndome a mí firmar
la sentencia rigurosa.
Leonardo, Otavio es mi hijo,
no te espantes que me ponga
delante del filo airado.
Padre soy, el nombre sobra.
Por vuestros bandos Otavio
no te ha dicho que interpongas
tu autoridad con el Rey
y que le des a Teodora.
Mal hizo, yo lo confieso;
ya es hecho. Aquí no perdonas
a Otavio, sino a tu hermana;
y, cuando con ella rompas,
con tus dos sobrinos debes
mostrar entrañas piadosas,
pues la culpa de sus padres
en su inocencia se abona.
¿Qué fiero león de Albania,
qué tigre hircana furiosa
no perdona la inocencia
cuando a sus pies se la arrojan?
Leonardo, cuando tu patria
fuera la frígida zona,
cuando en los montes nacieras
por donde sale el aurora,
no es posible que pusieras (1)
esas manos generosas
en dos niños inculpables,
vasos de tu sangre propia.
Por ellos mis blancas canas
a tus nobles pies se postran,
no por Teodora y Otavio,
si el agravio te apasiona;
mas mira que el mejor padre,
cuando el hijo humilde torna,
hace fiestas al perdido,
alegre de que le cobra.
Tus hermanos y mis hijos
están en peligro agora;
pide al Rey, pues eres parte,
que su castigo interrompa;
que Otavio será su esposo,
y, en haciéndose las bodas,
quedas con honra y sobrinos
que celebren tus vitorias.
Si Otavio fuera culpado
no diera a Torcato Roma
la gloria que a mí Sicilia;
pero la verdad me consta.
Volvamos los dos al Rey;
que si el decreto deroga,
será paz de nuestros bandos
y fin de nuestra discordia.

LEONARDO. Bien creerás que habrá crecido
mi agravio en tu relación
y que está por el oído,
Fulgencio, tu información
dando tormento al sentido.
Bien creerás cuánto dolor
dará mi perdido honor
a quien como yo le adora,
y bien creerás que Teodora
me habrá incitado a rigor.
Bien creerás que se ha movido
mi sangre a justa venganza...
pues créeme que no ha sido
como el dolor que me alcanza
de ver que el Rey me ha ofendido.
De aquí más pena me viene
y satisfación conviene,
que la ofensa del señor
tiene todo aquel valor
que la confianza tiene.
¿A mí el bastón y el oficio
de General por que diese

(1) En el original "prefieras".

lugar a tan torpe vicio?
¿Que por mí no mereciese
de este cargo el ejercicio?
¿Que voy en cuenta de aquellos
que por mujeres o hermanas
cubren diamantes sus cuellos
y entre oficios y honras vanas
el vulgo murmura de ellos?
Tenedme, lengua, en los labios,
que es lealtad santa ley,
y por consejo de sabios
no se han de atrever al Rey
las quejas ni los agravios.
Si lo ha hecho está en razón
sufrirlo por justas leyes.
Es mozo, los años son,
y el amor y la ambición
dan mal consejo a los reyes.
Vamos, amigo Fulgencio.

FULGENCIO. De ningún fuerte romano
tu prudencia diferencio.

LEONARDO. Pon en la boca la mano
que el mal se rinde al silencio.

(Salen el REY, *y* TEODORA, *y* RICARDO.)

REY. ¿Para qué quieres entrar
a malograr tu prudencia?

TEODORA. Dame siquiera licencia
para que le pueda hablar.

REY. En tu mano está, Teodora,
que muera Otavio o que viva.
Tú de loca, tú de altiva,
le darás la muerte agora.
¿Pierdes algo en que yo sea
primer dueño de tu honor?

TEODORA. Pues ¿puedo yo hacer, señor,
cosa más injusta y fea?
Soy casada, como ves,
¿no es ofensa de mi estado?

REY. Otavio no se ha casado,
la ofensa fuera después;
cuando casado se vea
habrá pasado el agravio,
que no está a cuenta de Otavio
hasta que tu esposo sea.
¿Ves cómo es tema, Teodora,
y no el honor que defiendes?

TEODORA. En fin, ¿matarle pretendes?

REY. Tú lo verás.

TEODORA. ¿Cuándo?

REY. Agora.

TEODORA. ¿Agora?

REY. Sí.

TEODORA. ¿Qué razón
das para matarle?

REY. Es llano:
el agravio de tu hermano.

TEODORA. ¿Los casamientos lo son?

REY. No lo fuera si supiera
Leonardo vuestra amistad
y diera su voluntad,
porque entonces justo fuera.
Esta es fuerza que te ha hecho
Otavio.

TEODORA. No ha sido tal,
que no fuerza ni hace mal
a quien dan puertas y pecho.
Cuando una mujer rendida
da lugar a un hombre, aquello
no es fuerza.

REY. No puede hacello
si hay término que lo impida.

TEODORA. No lo ha impedido el tercero.

REY. Fué porque no lo sabía,
y así a la justicia mía
toca el agravio primero.

TEODORA. No es justicia la que es parte.

REY. ¿Yo soy parte?

TEODORA. Pues ¿quién más,
y aun el todo, pues que das
en que de Otavio me aparte?

REY. Yo soy Rey y soy jüez.

TEODORA. Con pasión ninguno es bueno.

REY. Por su padre le condeno,
que él lo ha firmado esta vez.

TEODORA. La prisión, no la sentencia;
y si sentencia firmó
sería porque pensó
que obligaba tu clemencia.

REY. Muy cansada estás, Teodora,
y más libre que casada.

TEODORA. De sufrirte estoy cansada.

REY. Pensarás que me enamora
ese ignorante desdén.

TEODORA. Mal sabes mi pensamiento,
porque tu aborrecimiento
voy conquistando también.

(Sale FULGENCIO.)

FULGENCIO.

Bien puede entrar un padre sin licencia,
alegre de la vida de su hijo,
a pedirte las manos.

REY.

¿Qué es aquesto?

FULGENCIO.

¿No me conoces ya?

REY.

Bien te conozco,
que sólo las razones desconozco.

FULGENCIO.

¿Por qué das muerte a Otavio?

REY.

Por la fuerza
que ha hecho Otavio en casa de Leonardo;
porque al partirse a sosegar las islas
me encomendó su casa, y pues me sirve,
su honor, Fulgencio, por mi cuenta corre.

FULGENCIO.

Dices muy bien y como justo Príncipe;
pero si él agraviado perdonase,
¿es bien que el ofensor se castigase?

REY.

Aunque perdone el ofendido, queda
del Rey la ofensa.

FULGENCIO.

Siempre el Rey perdona
que la parte ofendida esté contenta.

REY.

Y ¿dónde está el perdón?

FULGENCIO.

Si yo le traigo
¿perdonarás a Otavio y a Teodora?

REY.

Digo que los perdono desde agora.

FULGENCIO.

Entra, Leonardo.

(*Sale* LEONARDO.)

LEONARDO.

Aquí, señor, me tienes
a tu servicio.

REY.

¡Válganme los Cielos!
¿Cómo dejaste la conquista? ¿Cómo
la armada y el ejército?

LEONARDO.

Volviendo
con vitoria, con honra y con tu armada,
y esforzando en las islas los presidios.

REY.

¿Tú has vencido?

LEONARDO.

Señor, tus pensamientos
en cosas diferentes ocupados,
no miran en el tiempo, que, ligero,
lleva su curso por los verdes años
mezclado en blando sueño y dulce olvido.
Y como me enviaste sin propósito
de verme vitorioso en tu servicio,
ayudóme corrida la fortuna,
que huye de quien ruega e importuna.

REY.

¿Sabes lo que ha pasado?

LEONARDO.

Y te suplico
me des a Otavio libre, que es mi hermano.

REY.

¿Tu hermano?

LEONARDO.

Al que es marido de Teodora
así puedo llamarle desde agora.

REY.

No está casado Otavio.

LEONARDO.

Yo le quiero
casar, con tu licencia, y le perdono
cualquier agravio de mi sangre y casa,
porque no queda agravio si se casa.

REY.

¿Ricardo?

RICARDO.

¿Gran señor?

REY.

Saquen a Otavio
de prisión.—Pero no doy licencia
que se case en la corte.

LEONARDO.

¿Dónde mandas?

REY.

Sea en cualquiera aldea de la costa;
y advertid que no vuelvan a la corte
Leonardo, Otavio ni Fulgencio.

LEONARDO.

Creo
que te ha causado enojo mi vitoria,
pues la quieres premiar con tal destierro.

REY.

No estéis aquí.

LEONARDO.

Perdona.

REY.

¡Buen soldado!
Ponelde por bastón la rueca al lado.

RICARDO.

¡La infamia que perdona!

FULGENCIO.

Vamos, hijos,
que siempre, agradeciendo los agravios,
logran su pretensión los hombres sabios.

LEONARDO.

¿Ricardo?

RICARDO.

¿Qué me quieres?

LEONARDO.

No perdono
infamias yo de Otavio, sino tuyas,
pues por tener respeto al Rey...

TEODORA.

¿Qué haces?
¿No ves que éstos son lobos?

LEONARDO.

¡Y qué fieros!

TEODORA.

Pleito quieren buscar con los corderos.

(*Vanse los tres.*)

RICARDO. Tu prudencia y discreción
pasó la humana medida.
REY. No tuve en toda mi vida
mayor desesperación.
RICARDO. A notable tiempo vino.
Ya se la dió por mujer.
REY. Para poderme tener
de hacer algún desatino
y sosegar mi persona,
tomé el cetro por bordón,
y para ver mi razón
por espejo la corona.
RICARDO. ¿Quiéreste de éstos vengar?
REY. Si estos que ves se van fuera
de mi tierra, en la extranjera
me han de hacer algún pesar.
RICARDO. No digo que los destierres
ni que ensangrientes la espada.
REY. Hazlo sin decirme nada;
yerra por ti cuando yerres.

(*Vase el* REY.)

RICARDO.

Hermosa ingrata, yo juré que había,
aunque te defendiesen tus desdenes,
y más rigor a más amor previenes,
de vencer tu desdén con mi porfía.
Sobre las aras del Amor un día,
viendo que con mis daños te entretienes,
juré a mis males de seguir tus bienes
y ver el fin de la esperanza mía.
Juré, ya voy cumpliendo el juramento,
más de tus celos que mi amor vencido
y loco en tu desprecio el sufrimiento.
Tú verás lo que puedo aborrecido,
que obliga a un descortés atrevimiento
pagar tan largo amor con tanto olvido.

(*Salen el* CAPITÁN CINTIO *y guarda.*)

CAPITÁN. Dos cosas, cuando salió,
mandó el Rey, señor Ricardo.
RICARDO. La que a mí me toca aguardo.
CAPITÁN. Al Alcaide le mandó
diese a Otavio libertad,
que ya de la fortaleza
sale a templar la tristeza
de la confusa ciudad.
El vulgo, que le esperaba
muerto, le da el parabién
de la vida.
RICARDO. Hicieron bien.
Gran príncipe les faltaba.
CAPITÁN. A mí luego me mandó
lo que mandáis venga a ver
con mi gente.
RICARDO. Hoy has de hacer,
Cintio, lo que hiciere yo,
que cuanto el Rey te ha mandado
sólo se resuelve en esto.
CAPITÁN. A servirle estoy dispuesto;
vos conocéis mi cuidado.
RICARDO. Cincuenta soldados junta
con jacos y con pistolas.
CAPITÁN. ¿No más armas?

RICARDO. Estas solas.
CAPITÁN. ¿Fuera curiosa pregunta
querer saber para quién?
RICARDO. Allá, Cintio, lo sabrás;
y no quieras saber más
de que son para un desdén.

(Salen el CONDE OTAVIO, *y* FULGENCIO, *su padre, y* CABALLEROS *de acompañamiento.)*

OTAVIO. Vuélvanse todos, señores;
ninguno pasé de aquí,
no se queje el Rey de mí
si me hacéis tantos favores;
no quiero darle sospecha.
CAB. 1.° Conde, a vuestra libertad
hace fiesta la ciudad
de la verdad satisfecha;
y como nos ha pesado,
agora nos da placer,
con justa razón, el ver
la libertad que os han dado.
OTAVIO. Libertad con tal destierro,
que hoy salgo de la ciudad,
es esclava libertad,
pues al fin lleva este yerro.
¡Plega a Dios que no lo sea
esta sinrazón del Rey!
FULGENCIO. Hijo, ya sabéis la ley,
sin que de nuevo os la lea,
a que nacéis obligado.—
Vuélvanse estos caballeros.
CAB. 2.° A todos nos pesa el veros,
Conde, en tan humilde estado.
¡Plega al Cielo que os veamos
presto al vuestro reducido!

(Váyanse todos los que acompañaban, con reverencias.)

OTAVIO. Fortuna deshecha ha sido.
FULGENCIO. Llorando van.
OTAVIO. ¿Qué esperamos,
que me dicen que Teodora
va caminando hacia el mar?
FULGENCIO. Yo la hice adelantar
con Rosela y con Leonora
para que estemos seguros
si el Rey de intento mudase.
OTAVIO. Justo fué que se alejase,
padre y señor, de estos muros,
porque no hay seguridad
en fe de ningún amante,
que amor es tan inconstante
que hace sol con tempestad.—
Leonardo ¿adónde quedó?
FULGENCIO. Fué a dar cuenta de la armada
para que quede entregada
a quien el Rey se la dió.
OTAVIO. Como caballero ha hecho.
Mucho le estoy obligado.
FULGENCIO. Siempre estuve confiado
del gran valor de su pecho.
OTAVIO. ¡Qué buen premio del servicio
que ha hecho en esta ocasión!
Pero fundóse en traición,
que es el más falso edificio.
¡Buenos vamos desterrados
a montes y a labradores!
¡Buenos quedan los traidores
agradecidos y honrados!
Por decir estoy...
FULGENCIO. No digas,
hijo, cosa en deshonor
de tu natural señor,
que al Cielo a venganza obligas.
OTAVIO. ¿Qué importa, pues está ausente
y todo mi bien me quita?
FULGENCIO. El Rey, como a Dios imita,
dondequiera está presente.
No se puede murmurar
del que es supremo en valor,
que el respeto del señor
asiste en todo lugar.
Nunca me vi tan perdido
que a la suprema cabeza
se atreviese mi tristeza.
OTAVIO. ¿Quién pondrá, padre, en olvido
tan notables sinrazones?
FULGENCIO. El freno de la razón.
OTAVIO. Quiero seguir tu opinión
en tantas contradiciones;
quiero esforzarme a sufrir
y venerar la corona,
que el callar y obrar abona
y infama sólo el decir.
Vamos, señor, desterrados,
que donde te llevo a ti
no es destierro para mí.
Tú consuelas mis cuidados,
tú enriqueces mi pobreza,
y entre fieras y montañas
mi soledad acompañas
de prudencia y fortaleza.
Mis bienes llevo conmigo,
como aquel sabio decía,

pues los libros que traía
no se han de igualar contigo.
Contigo llevo a Platón
y a Aristóteles también,
pues tú aconsejas más bien
cuanto diferentes son
las letras o la voz viva;
y fuera de ti mi esposa
es compañía dichosa
y que en paz del alma estriba.
Adiós, soberbios palacios
del alto Rey de Sicilia,
dura ambiciosa familia
que le ocupáis los espacios,
tan parecidos a abejas
en los que tiene el panal,
pues vivís de trato igual
susurrando a las orejas.
¡Oh! ¿Cómo vivir podéis
pagando dulce tributo?
Pero siempre dais el fruto
como las flores coméis.
Adiós, confusa ciudad,
que yo voy adonde sea
mi corte una tosca aldea,
mi trato la soledad.
Para siempre me despido
de vuestros altos lugares;
vuestros gustos son pesares
y vuestra memoria olvido.
No más para no ser menos,
ni menos que sufrir más,
por no salir del compás
en que se encierran los buenos.

(*Váyanse, y salgan* TEODORA *con capotillo y sombrero;* ROSELA, *y* FABIO.)

TEODORA. Tarda el Conde; estoy con pena;
no he de pasar adelante.

ROSELA. El salir fuera importante
de aquesta mojada arena,
que, al fin, es playa del mar.
Vuelve al coche, por tu vida.

FABIO. No hay cosa que más impida
que el pararse al esperar.

TEODORA. Antes al revés sucede,
que el que camina se aleja
del bien que espera y que deja,
pues alcanzalle no puede.
Mejor fué parar aquí
para que me alcance Otavio,
que el que desea no es sabio
si del bien se aleja ansí.

FABIO. Que llegaras al aldea
tuviera por acertado,
que ya el sol verse bañado
en el ancho mar desea,
y es la orilla peligrosa.

TEODORA. Si de una y otra atalaya
está cubierta la playa,
¿de qué he de estar recelosa?
¡Ay, si viniese mi bien!

ROSELA. Dos hombres bajan allí.

TEODORA. ¿Buen traje?

ROSELA. Señora, sí.

TEODORA. ¿Buenos caballos?

ROSELA. También.

FABIO. Ya se apean por llegar
donde estás.

TEODORA. ¿Qué mejor seña?

FABIO. No los deja aquesta peña
con los caballos entrar.

(*Salen* OTAVIO *y* FULGENCIO.)

OTAVIO. ¡Esposa mía!

TEODORA. ¡Mi bien!

OTAVIO. ¿Cómo habéis aquí parado?

TEODORA. Por no os dar tanto cuidado
y perderle yo también;
con esto más presto os vi.

FULGENCIO. Hija, dadme vuestros brazos,
si es que os han quedado abrazos
de estas vistas para mí.

TEODORA. No he dado tantos a Otavio
que no tenga para vos
reservados estos dos.

FULGENCIO. ¿Dos no más? Mucho me agravio.

TEODORA. El uno es de obligación
y el otro de amor; mas quedo
cierta que añadirles puedo
mil ceros de mi afición,
con que de estos dos se harán
dos mil y dos mil millones.

FULGENCIO. Todos son de obligaciones.

OTAVIO. Y mis hijos, ¿dónde están?

TEODORA. ¿Luego vos no los traéis?

OTAVIO. Yo no, pensando que vos.

TEODORA. Y yo por vos.

OTAVIO. ¡Bien, por Dios!
Gran pesar dado me habéis.

FULGENCIO. No os aflijáis, hijos míos,
que yo volveré por ellos;
para dos ángeles bellos
bien tendrán mis brazos bríos.

OTAVIO. No, señor, que os cansaréis.
FULGENCIO. Hijo, queda con tu esposa.

(*Vase.*)

OTAVIO. ¿No es ya, Cielos, justa cosa
que en mi venganza paréis?
¡Oh, patria, qué mal salí
del fuego en que ya te veas!
¡No fuí en la piedad Eneas;
en las desdichas lo fuí!
Mi padre anciano saqué,
aunque no en hombros piadosos,
de los muros generosos
que en otro incendio dejé.
Saqué mi esposa querida
de entre la furia de Marte;
mas dejé la mayor parte
de mi sangre y de mi vida.
¡Hijos de mi corazón,
no culpéis la piedad mía,
que pensé yo que os traía
vuestra mayor afición!
Mi padre os vuelve a buscar,
hijos, con amor de abuelo;
pero no permite el Cielo
que en duda os pueda esperar.—
Voy tras él, que ser podría
que se los negase el Rey.

(*Vase* OTAVIO.)

TEODORA. ¡Otavio, Otavio! ¡Esa ley
ni es amor ni es cortesía!
Pues yo los dejé por vos,
¡dejaldos, mi bien, por mí,
no me dejéis sola aquí!
ROSELA. Ya se van juntos los dos;
no te canses en dar voces.
TEODORA. Fabio, corre tras Otavio.
FABIO. Yo voy.

(*Vase* FABIO.)

TEODORA. Y tú sigue a Fabio,
si su ignorancia conoces.
¡Dile a mi bien que se vuelva!
ROSELA. Voy, aunque temo que Amor,
a buscarlos con rigor,
su pensamiento resuelva.

(*Vase* ROSELA.)

TEODORA.

¡Peñascos altos, [de] la mar batidos,
de nubes coronadas las cabezas,
donde se rompen en diversas piezas;
cristales espumosos resistidos,
constantes a sus rígidos bramidos,
como mi corazón a sus tristezas,
por lo que parecí a vuestras firmezas,
prestad a mi dolor tiernos oídos!
¿Cuál peña, si le cansa el resistirse,
quiere trocar conmigo el ser que tiene
y de su fundamento desasirse?
Mas ninguna querrá, ni le conviene,
que no podrá sufrirle sin rendirse,
el mar de llanto que a mis ojos viene.

(*Salen* RICARDO, *y el* CAPITÁN CINTIO, *y* SOLDADOS, *todos de turcos, con pistolas y rebozos.*)

RICARDO.

Cercalda, y si, atrevido, alguno llega
a su defensa, ¡muera!

TEODORA.

¿Qué es aquesto?

CAPITÁN.

Las manos al cordel, cristiana, entrega.

TEODORA.

No en balde mi temor pensaba en esto.

RICARDO.

Los pies, las manos y la voz sosiega.

TEODORA.

En lo postrero del rigor me ha puesto
la mísera fortuna; ya ninguna
puede ser para mí mayor fortuna.

CAPITÁN.

¿Cómo veniste sola a la ribera
del mar, tan sospechoso de cosarios?

TEODORA.

Acompañada vine, aunque no fuera
defensa en tanta copia de contrarios.

RICARDO.

¿A nadie aguardas? ¿Nadie a ti te espera?

TEODORA.

No pienso que serán tan temerarios
los que pueden venir. Llevadme a solas,
o en mi pecho probad vuestras pistolas.

RICARDO.

¡Hola! Subid por ese monte arriba.

TEODORA.

¿No me lleváis al mar?

RICARDO.

Entra en el monte,
que luego irás al mar si quedas viva.—
Tú apercibe una lancha, Floramonte.

TEODORA.

¡Otavio, Otavio, ya que voy cautiva,
ponte a mirar desde esas peñas, ponte
desde esos riscos a mirar mi muerte!

RICARDO.

(¡Oh, qué bien sucedió!)

CAPITÁN.

(¡Famosa suerte!)

(Llévenla, y salgan el REY *y* EVANDRO, *caballero.)*

REY.

¡No he visto yo mayor atrevimiento!
¡Nunca mayor maldad!

EVANDRO.

Traición ha sido
que excede las industrias de los griegos.
Yo fuí, señor, con el traidor Leonardo,
como mandaste, a recebir la gente;
tomó una lancha que a la orilla estaba,
y dejándome en ella, entró en la nave,
donde, después de poco tiempo, vimos
arrojar las banderas de tus armas
a las saladas aguas y en los árboles
alzar pendones de color de guerra.
Tocaron cajas y trompetas luego,
y alargándose al mar dos o tres veces,
las piezas principales dispararon.
En fin, se declaró por enemigo,
y con tu armada y con la misma gente,
que le cobró afición de esta jornada,
o será Coriolano de esta Roma
o pirata del mar, o, por ventura,
querrá servir a príncipe extranjero.

REY.

¿Con mis armas, Evandro, y con mi gente,
con mis naves y fuerte artillería?

EVANDRO.

Venganza dicen que es, aunque es injusto,
de haber querido tú, que no lo creo,
forzar su hermana y alejarle de ella
para poder mejor.

REY.

Dirálo el vulgo.
No prosigas en eso, que me ofendo.
Leonardo fué traidor, no tiene excusa.

(Sale un CRIADO.)

CRIADO.

Aquí viene, señor, el conde Otavio
y Fulgencio, su padre.

REY.

Diles que entren.

OTAVIO.

Antes de mi destierro, invicto Príncipe,
quise besar tus manos con mi padre
por la merced que de ellas recebimos
y suplicarte que cumplida sea.
Mis hijos dicen que en prisiones tienes:
¿qué libertad me das si me los quitas?
No tengo libertad si no los llevo.
Pedílos al alcaide, y él responde
que no me los dará sin tu licencia,
y así, señor, los pido a tu clemencia.

REY. ¿Sabéis cómo con mi armada
Leonardo se levantó
y al ancho mar se volvió?
¿Sabéis que la infame espada
contra su señor volvió?
¿Sabéis que tendré razón
de tenellos en prisión
mientras que Leonardo huye
y a su reino restituye
las naves que suyas son?
Yo no quiero ser cruel,
sino asegurarme de él.
Los hijos os quiero dar;
pero, ¿quién ha de quedar
o por ellos o por él?

FULGENCIO. ¿Qué prenda, señor, querrás?

REY. Uno de vosotros dos.

FULGENCIO. Bien dices; piadoso estás.—
Hijo, volveréisos vos,
que importáis a todos más.
Yo no puedo ser marido
de vuestra esposa ni padre
de vuestros hijos; ya he sido
vuestro; no hay medio que os cuadre
sino el que os tengo ofrecido:
yo quedaré por resguardo
mientras que vuelve Leonardo;
id vos con vuestra mujer,
que toda será saber.
Leonardo, que yo le aguardo,

él vendrá, que no querrá
que pague un anciano viejo
su cólera y mal consejo,
que, aunque está lejos, está
su honor mirando en mi espejo.
A vuestros hijos llevad
con mi buena bendición,
y a vuestra esposa gozad;
si es el bien la sucesión,
la vuestra importa a mi edad.
Ea, ¿qué miráis ansí?

OTAVIO. ¿No queréis que me enternezca
que esto me digáis a mí,
y que tan piedra os parezca
como algunas que hay aquí?
¡No, padre, no quiera Dios,
ya que mis desdichas pueden
dividirnos a los dos,
que mis hijos libres queden
y quedéis en prisión vos!
Id con mis hijos a ser
su padre y de mi mujer
marido, que la mejora
de esposo y padre, a Teodora
y a ellos dará placer.
Yo quedaré, que es razón,
mientras que vuelve Leonardo,
que no es Alfonso el león
Rogerio, ni yo Bernardo,
que lloro vuestra prisión.
Si la romana mujer
los pechos daba a su padre,
y, por piedad, vino a ser
de su mismo padre madre,
dándole preso a comer,
mejor su prisión tomara
y a su padre libertara.
Luego, ¿no será razón
que vos quedéis en prisión
y yo en infamia tan clara?—
Señor, a mi padre dad
sus nietos, que desde aquí
os rindo mi voluntad.

REY. Si no hubiera sangre en mí,
fuera notable amistad.
Más grande fuera el amor,
aunque licencia le prestes,
fama antigua a su valor,
que de Pílades y Orestes,
que de Pólux y Castor.
Yo, viendo tanta amistad,
por no ser tercero aquí,
retiro la majestad,
porque si lo juzgo ansí,
es contra mí la piedad.
Prender a un viejo no fuera
lícito en parte que hubiera
un mozo, ni un padre adonde
un hijo, ni dar al Conde
libres los hijos que espera;
que el camino de cobrar
un rebelde que intentar
pudo iguales desatinos,
es tener a sus sobrinos
en tan seguro lugar.
Tú, con esto, desde agora,
serás solícito padre,
y como madre Teodora,
pues llorará como madre
presos los hijos que adora.
Sea, pues, resolución
que hasta que Leonardo venga
a darme satisfación,
tus hijos Evandro tenga,
para resguardo, en prisión.
No quiero que con mi gente
y naves sirva a extranjero
que contra mí guerra intente.

OTAVIO. ¡Señor, escucha!

REY. Esto quiero,
y esto mando expresamente.

FULGENCIO. ¡Evandro, Evandro!

EVANDRO. No puedo
replicar a sus enojos,
que a más daño tengo miedo.

(*Vanse el* REY *y* EVANDRO.)

OTAVIO. Bien pueden llorar mis ojos
en las desdichas que quedo.
¡Ay, hijos del alma mía,
cual tigre tras cazador
corrí con tanta porfía,
que pudiera hacer mi amor
mayor estrago este día!
Mas débeme detener
respeto a mi Rey debido.
¡Triste!, ¿qué tengo de hacer,
pues por los hijos he sido
tan tirano a mi mujer?
Serélo agora con ellos
por ella y iré a buscalla,
que quedó sin mí y sin ellos.
¿O podrá el amor dejalla,
de pura lástima de ellos?

No podrá, que no es razón
que ellos en esta prisión
están seguros de daño,
y ella no de algún engaño
nacido de esta traición.—
Padre, la Fortuna corre
sin rienda. Tus caros nietos
están en aquesta torre;
de tu causa son efetos:
tú los anima y socorre.
No te me quites de aquí
mientras que voy por mi esposa.

FULGENCIO. ¿Volveré a hablar al Rey?

OTAVIO. Sí.

FULGENCIO. Tú, en viéndola, te desposa;
mira que te importa ansí,
no ponga por objeción
el Rey que no estás casado,
ni piense que es dilación
el no hacerlo tu cuñado
para tratarte traición.
Yo voy al Rey, y seré
piedra de la torre, Otavio,
que a su puerta firme esté.

OTAVIO. Represéntale mi agravio:
di que mis hijos te dé.

FULGENCIO. El lo hará, que es generoso,
viendo mis canas y viendo
mi llanto, que, riguroso,
irá por ellas corriendo
hasta su pecho piadoso.
Ve tú, que importa que estéis
juntos.

OTAVIO. ¡Adiós, noble padre!

FULGENCIO. ¡Qué lágrimas me debéis!

OTAVIO. ¡Ay, hijos, no os espantéis
que os deje por vuestra madre!

(*Váyanse, y salgan cinco o seis villanos,* BATO, FLORO, RISELO, TIBURCIO.)

BATO. Pues que digo que los vi,
non tenéis que replicar.

FLORO. ¿Y tan cerca del lugar
has vido los moros?

BATO. Sí.
No están lejos de este valle;
dar quieren sobre el aldea.

RISELO. Non quiera Dios que tal sea;
ponerle fuego y quemalle.

TIBURCIO. ¿Eran muchos?

BATO. Muchos son;
pero como el puebro acuda,
a puro piedra menuda
se irán con la maldición.

FLORO. Vamos a tomar lanzones.

BATO. Son armas de cera y solas,
y para contra pistolas
a gran peligro nos pones.
No ha hecho el hombre defensa
como la piedra en la honda.

RISELO. El gigante te remponda,
a cuya estatura inmensa
el pastorcillo David
dió con un canto en el suelo.
Coged piedras, que recelo
que no están lejos.

TIBURCIO. Oíd.

BATO. ¡Voto a mí, que son aquellos
que bajan del encinar!

TIBURCIO. Si se vuelven a la mar.

FLORO. Si vuelven, demos sobre ellos.

RISELO. ¡Dadme, arroyo, piedras vos!

BATO. Esta cojo la primera.

TIBURCIO. ¡Oh, quién con ésta le diera!
¡Qué buenas son estas dos!

FLORO. ¡Esta sí que es bien redonda!

RISELO. Calaos entre aquestos cerros.

BATO. ¡No hay cosa que teman perros
como estallidos de honda!

(*Escóndanse, y salgan el* CAPITÁN *y* RICARDO, *de moros, y otros* CRIADOS, *y* TEODORA.)

CAPITÁN. ¿Qué es lo que piensas hacer?

RICARDO. Llevarla al Rey con engaño;
pero aqueste desengaño
con más secreto ha de ser.
Prevén el coche aquí cerca,
mientras le digo quién soy.

CAPITÁN. Con los soldados me voy;
hacia el camino te acerca.

RICARDO. No te alejes, por que estés
a la mira del suceso.

CAPITÁN. Aunque es este monte espeso,
basta una voz que me des.

(*Vase el* CAPITÁN *con la gente.*)

RICARDO. Ea, cristiana, ya estás
sola.

TEODORA. Pues, moro, ¿qué quieres?

RICARDO. ¿No me conoces?

TEODORA. No esperes
que te conozca jamás.

RICARDO. Ricardo soy.

TEODORA. ¿Quién?

RICARDO. Ricardo.
TEODORA. ¿No eres moro?
RICARDO. ¿No lo ves?
TEODORA. Pésame.
RICARDO. ¡Que aun aquí estés
tan libre!
TEODORA. Más daño aguardo.
Ya pensé que la Fortuna
no tenía más caudal,
y veo que aun en el mal
no tiene firmeza alguna.
De un mal en otro me lleva,
siempre al mayor.
RICARDO. Cuanto ves,
del Rey es industria, y es
de mi amor eterna prueba.
¿Cuál quieres más: ir a ser
Lucrecia suya, o aquí
tener lástima de mí,
y dejaréte volver?
TEODORA. ¡Oh, infame! ¿Tales razones
salen de tu boca fiera?
RICARDO. Deja esa vana quimera,
que en más peligro te pones.
TEODORA. ¡Daré voces a los Cielos!
RICARDO. Ya es en vano.
TEODORA. Cielos santos,
que habéis socorrido a tantos
en menores desconsuelos,
¿cómo os olvidáis de mí?
RICARDO. ¡Calla, que te he de matar!
TEODORA. ¡Cielos, venidme a ayudar!

(*Sale el* CAPITÁN *y gente.*)

CAPITÁN. ¿Que le ayuden dijo?
SOLDADO. Sí.
CAPITÁN. ¿Qué es esto?
RICARDO. Yo no os llamaba.
CAPITÁN. Pues ¿quién dió voces?
RICARDO. Teodora.

(*Salen los* PASTORES.)

BATO. Salgamos todos agora.
TEODORA. (¿Nunca mi dolor se acaba?)
FLORO. ¡Estallen las hondas bien!
¡Ea, perros, que un lugar
entero os viene a matar!
CAPITÁN. ¿Qué es esto?
BATO. ¿Ya no lo ven?
CAPITÁN. ¡Pues villanos!...
RICARDO. ¿No tenéis
pistola alguna cargada?
(*Todo esto sea con las hondas y mucho estallido.*)
CAPITÁN. A éstos basta una espada.
TIBURCIO. ¿Espada? ¡Ya lo veréis!
SOLDADO. ¡Ay, que me han muerto!
TEODORA. (Entre tanto,
quiero buscar una cueva
donde me esconda.)

(*Vase* TEODORA.)

CAPITÁN. ¡Qué nueva
guerra!
RICARDO. ¡Del furor me espanto!
CAPITÁN. ¡Soldados, a retirar,
que piedras es arma fuerte!

(*Asga* BATO *a* RICARDO.)

BATO. ¡Date, o daréte la muerte!
RICARDO. ¿A ti me tengo de dar?
FLORO. ¡Ya los demás han huído!—
¡Ten ese perro muy bien!
BATO. Tente, o haré que te den
mil palos.
RICARDO. (¡Yo soy perdido!)
TIBURCIO. ¡No hay para qué los seguir!
¡Bien descalabrados van!
RISELO. ¿Eres Zaide o Solimán?
¿Eres alcaide o visir?
RICARDO. Hermanos, yo soy cristiano;
¡no me atéis!
BATO. ¡Oh, perro infiel!—
¡Da vueltas a ese cordel
hasta quebralle la mano,
que estos renegados perros
son los que nos hacen mal!
RICARDO. ¡Mirad que soy principal!
FLORO. Cepos, cadenas y hierros
os han de echar a los pies.
Dadnos luego la cautiva.
RICARDO. Ya sube ese monte arriba.
BATO. Y la cautiva, ¿quién es?
TIBURCIO. Llevémosle a tu cabaña,
y ande esta noche moxinga.
¿Mas que el mayoral le pringa?
RICARDO. No me subáis la montaña,
sino bajadme al aldea,
y allí el cura me llamad.
BATO. Está agora en la ciudad.
RICARDO. (¡Que tal mi desdicha sea!
Pues decir quién soy es yerro.)
RISELO. Camine.
RICARDO. ¡Escúchame!
FLORO. Vamos.

BATO. ¡Esta noche le quememos,
por renegado y por perro!

(*Vanse, y salgan* FABIO *y* OTAVIO.)

OTAVIO. ¿Qué dices, Fabio?

FABIO. ¿Qué quieres,
triste señor, que te diga?
Moros llevan a Teodora.

OTAVIO. ¿Teodora, Fabio, cautiva?

FABIO. Teodora cautiva, Otavio;
que al tiempo que yo volvía
vi que del monte bajaban
retumbando sus encinas
el eco de sus pistolas,
que disparando venían.
Su favor les dió la mar,
porque, con las aguas vivas,
en alguna cala entraron
las fragatas que traían.
Confieso que me escondí
de la confusa morisma,
pues mi muerte no pudiera
dar a Teodora la vida.
Ya por el golfo del mar
la llevarán, donde sirva
a un fiero moro.

OTAVIO. ¡Ay de mí!
Tente, Fabio, no prosigas;
¡no prosigas, que me matas!
¡Oh, mar soberbia y altiva!
¿cómo aplacaste las ondas
con que a los Cielos te empinas?
¿Cómo, fieros montes de agua,
pudo pasar por encima
de vuestras saladas peñas
tanta fragata enemiga?
¡Maldígate el Cielo, amén,
y plega a Dios que te embistan,
fiero cosario, los vientos
que los dos polos desquician!
¡Vayas por rumbo contrario
de la derrota que sigas,
a parar donde no piensas!
Mas ¡qué locura la mía!
Llévasme el alma misma,
¿y maldígote yo? ¡Qué gran desdicha!

FABIO. Señor, no des ocasión,
con la furia de las voces,
a que tus cuerdos sentidos
se confundan y alboroten.

OTAVIO. ¡Oh, Fabio! Pues ¿no es mejor
que a quien la fortuna pone
en semejante desdicha
ningún sentido le informe?
¿Para qué quiero sentir,
pues ha de crecer al doble
el sentimiento, la pena,
que hace las cosas mayores?
Fabio, ya no tengo seso.
Ven acá: di al Rey que el Conde
aquí dejó los sentidos;
que más venganza no tome
en mis inocentes hijos,
que le llamarán Herodes.
Y, ¡vive Dios!, si no vas
a decir estas razones,
¡que he de quitarte la vida!

FABIO. ¡Oh, qué bien! ¡Mal me conoces!
Iré y le diré palabras
que le confundan y asombren.
(¡Esto va todo perdido!)

OTAVIO. Entra, Fabio, por la corte
y di que le desafío
a pie, a caballo, en coche,
en tierra, en mar, aire y fuego,
desnudo y con armas dobles.
Di que le espero en la China,
en Africa, en los Japones,
entre valientes franceses
y entre fuertes españoles.
De cuerpo a cuerpo si quiere,
o con fuertes escuadrones,
en las Indias o en Noruega,
donde hay seis meses de noche.

FABIO. Yo voy.

OTAVIO. No vayas a pie;
lleva un caballo que trote
a quince leguas por hora.
¡Pica! ¿Qué aguardas? ¿No corres?

FABIO. (Si le dejo, ha de matarse.)

OTAVIO. ¿Hay mayores sinrazones:
mis hijos entre cristianos
y entre moros mis amores?
¿Cómo pudisteis sufrirlo,
altos y soberbios montes,
pudiendo tan fácilmente
matar ese moro entonces?
¡Nunca lleguéis a ser canos
ni blanca nieve os adorne!
¡Mal pastor con cierzo abrase
vuestras sabinas y robles!
¡Esos limpios arroyuelos,
que al mar tributarios corren,
jamás bajen a los prados!

Mas ¿cómo doy maldiciones
a quien ni ve ni oye?
¡El Conde soy! Ninguno me respon-
¿Quién está aquí? [de.

FABIO. Yo, señor.
OTAVIO. ¿Ya de la corte volviste?
FABIO. Sí, señor.
OTAVIO. ¿Qué dijo el Rey?
FABIO. Que saldrá como tú dices.
OTAVIO. ¿A pie o a caballo?
FABIO. A pie.
OTAVIO. ¿Qué días de plazo?
FABIO. Quince.
OTAVIO. Muchos son; bastan catorce.
FABIO. En uno no más no mires.
OTAVIO. Alto, prevenirme quiero.
FABIO. ¿Cómo quieres prevenirte?
OTAVIO. Armarme contra ese Rey
que dos ángeles persigue.
Haz cuenta que tú lo eres.
Ea, la espada te ciñe
que habemos de pelear.
FABIO. (El diablo se le resiste,
pues yo no pienso esperarle.)
OTAVIO. ¿De esa suerte apercibes?
Aguarda, espera, villano.
¡Vitoria! Ya quedan libres
mis hijos. ¡Oh, dulces prendas
que de mis entrañas fuistes!
¿A cuál besaré primero?
Al mayor; sí, muy bien dices.
Venga Ludovico agora.
¡Qué mozo! Parece un cisne.
¿Es nave aquélla, por dicha?
Que es nave y quiere partirse.
Las velas izan y el viento
refresca. Esperadme, oídme.
Hola, pilotos, echadme
por lastre y por piedra firme,
que no se hundirá la nave,
por que nunca muera un triste.
Mar, en ti me recibe
y muera en agua quien en fuego vive.

ACTO TERCERO

(*Salen* FLORA, *Duquesa de Calabria;* PRUDENCIO *y* FENICIO, *criados.*)

FLORA. ¿Luego no podré embarcarme?
PRUDENC. Ya te he dicho la ocasión,
y que acabo de informarme.
FLORA. ¿Tan breve navegación
puede un pirata estorbarme?
FENICIO. De Calabria, gran Duquesa,
a Sicilia se atraviesa
sólo un pedazo de mar,
ya fácil de navegar
y ya difícil empresa.
Era tierra, y el mar fiero
la dividió, que primero
Sicilia y Calabria estaban
juntas.
FLORA. La paz que gozaban
que la tendrán presto espero.
Para vernos en la mar
el Rey de Sicilia y yo
he dado, amigos, lugar;
así el concierto quedó,
pero no puedo pasar,
que ese Leonardo o quien es
dicen que no pasa nave
que no prenda o dé al través.
¿Este es noble, es hombre grave?
Que le aborrezco después
que me impide mi viaje.
FENICIO. Hoy ha llegado un pataje
que se escapó de sus manos.
FLORA. ¿Y son todos sicilianos?
FENICIO. El de más honesto traje,
y éste informarte podría.
FLORA. ¿Dónde está?
FENICIO. A hablarte venía.
FLORA. Llamalde.

(*Sale el* CONDE OTAVIO *y* CRIADOS.)

OTAVIO. Dame tus pies.
FLORA. ¿Sabes, amigo, quién es
éste que mi bien desvía,
este cosario cruel
que a Sicilia el paso impide,
pues que no pasa por él
este mar que nos divide,
si vienes huyendo de él?
Que estoy, cual ves, en la playa
detenida a causa suya;
que aunque el Rey quiere que vaya
donde aquesto se concluya,
justo temor me desmaya,
y aun pienso que no podrá
venir el Rey al concierto.
OTAVIO. Sin gente y naves está,
y sospecho que del puerto
de ningún modo saldrá.

Bien puedes, mientras que tiene
Leonardo este justo enojo,
volverte.

FLORA. Así me conviene,
no quiero ser su despojo;
deténgase el Rey si viene.
Mas ¿quién es este Leonardo
que a su propio Rey se atreve?

OTAVIO. Un caballero gallardo.

FLORA. ¿La causa?

OTAVIO. Diréla en breve.

FLORA Ya con atención te aguardo.

OTAVIO. Sabe, ilustrísima Flora,
gran duquesa de Calabria,
que yo soy el conde Otavio,
tan conocido por fama.
Fuí un tiempo el alma del Rey,
el Rey que casarse trata
contigo; no sé si aciertas,
dirálo el tiempo, esto basta;
que un noble padre que tengo,
que a Sicilia gobernaba,
me enseñó a hablar de los reyes
con veneración tan alta,
que su ausencia y su presencia
a un mismo respeto iguala;
porque dice que los reyes,
de Dios imágenes sacras,
todos son pecho, señora,
y que no tienen espaldas;
y así tienen, aunque ausentes,
en cualquier lugar la cara.
El Rey siciliano, en fin,
a este Leonardo que infamas,
que es el mejor caballero
que en el mundo ciñe espada,
a sujetar envió
ciertas islas rebeladas,
con nombre de General.
Dile yo por él las gracias,
y díjome que no había
dado a Leonardo su armada
porque le tuviese amor
ni en su valor confianza,
mas porque en ausencia suya
pudiese gozar su hermana.
No era Leonardo mi amigo
por bandos que en nuestra patria
tuvieron nuestros mayores,
que no fué por otra causa,
y con esto de secreto
conmigo estaba casada,
confirmando aqueste amor
dos hijos prendas del alma.
Sentimos esto los dos
y, con invenciones varias,
resistimos sus violencias;
mas no fueron de importancia,
que, desengañado el Rey
de que Teodora me amaba,
a los dos puso en prisión,
y haciéndome a mí probanza
de traidor a un noble y dando
por razón que él le amparaba,
hizo a mi padre firmar
mi muerte, ¡crueldad extraña!
Quiso Dios que el mismo día
que me aguardaba en la plaza
el cadahalso y cuchillo
la felicísima armada
de Leonardo entró en el puerto
con mil banderas contrarias.
Perdonóme y dijo al Rey
que me entregase a su hermana.
No pudiendo castigarme
desterrónos de su patria;
quitó a mi padre el gobierno,
quitó a Leonardo las armas;
salimos mi padre y yo,
porque Teodora aguardaba.
No hallé mis hijos con ella;
volví, dejéla en la playa,
cautivóla un fiero moro;
y como Leonardo estaba
tan agraviado del Rey,
cuando dió vuelta a la armada
alargóse al mar con ella,
quitó sus banderas blancas
y puso las suyas rojas
con doce lises de Francia.
Yo volví, no hallé mi esposa,
perdí el seso y, por buscarla,
tomé el pataje en que vine;
y entre Sicilia y Calabria
salió su armada a nosotros,
y aunque mil voces le daba
que amainasen, no quisieron
dar crédito a mis palabras.
Trajéronme aquí por fuerza;
que si yo en su armada entrara,
yo le dijera el estado
en que mis hijos quedaban,
para que, por sus sobrinos,
restituyera el armada

al Rey, que, siendo inocentes,
toma en su prisión venganza.
Yo, triste, en estas desdichas,
si vuelvo a mi esposa amada,
veo que mis hijos dejo,
que las entrañas me rasgan;
y si a ellos volver quiero
veo que en el mar se alargan
las fragatas que me llevan
mi esposa y su madre cara.
Esto te he dicho, señora,
por que sepas mi desgracia,
no por decir mal del Rey,
a quien loco amor engaña,
y por que a Leonardo estimes,
que en la dicha de las armas
es un Héctor de Sicilia
y un Alejandro de Italia;
es un mozo generoso,
que ojalá tus esperanzas
pusieras en su virtud
para amparo de tu patria.
Tú das a un Rey esta tierra
y de ti la desamparas.
¡Cuánto es mejor hacer Duque
a un hombre de prendas tantas!
Serás Duquesa en tu tierra,
serás señora en tu casa,
haciendo un hombre que en ella
te sirva sin arrogancia,
a lo menos si le quieres
con su gente y con su armada,
para que ampare tu tierra
entre tanto que te casas,
y ningún Rey con violencia
quiera usurparte a Calabria.
Dame el pataje en que vine
y verás que no te engañan
mis palabras ni su rostro,
ejecutoria del alma.

FLORA. Admirada, y justamente,
me tiene tu relación,
Otavio noble y valiente.
¡Oh, como del Cielo son
consejos de hombre prudente!
¿Que el Rey amando tu esposa
mi casamiento trataba?
Siempre estuve sospechosa
de que al interés miraba
su voluntad codiciosa.
Por Calabria me quería,
que no por el grande amor
que en sus cartas me fingía.
¡Ay, Conde, con qué valor
diste a la ignorancia mía
luz, con que pueda tener
dueño esta tierra, sin ser
sujeto el que es natural
de quien para tanto mal
viniera a ser su mujer!—
Prudencio, Fenicio amigo,
¿quién me mete a mí en casarme
con poderoso enemigo
que mi tierra ha de quitarme
y aborrecerme en castigo?
¿Cuánto es mejor que tengáis
Duque en vuestra propia tierra
a quien habléis y sirváis
y de la extranjera guerra
con su amparo os defendáis,
que un Rey cruel en la extraña
que, ciego de sus antojos,
las manos de sangre baña
en inocentes despojos,
que no en la marcial campaña?
¿Qué me decís? ¿No es mejor
que tengáis aquí señor
que no yo tirano allá
y que vosotros acá
un cruel gobernador?
¿Será bien, mientras intento
acertado casamiento,
ampararme de Leonardo?

FENICIO. Cuanto en hablar me acobardo
por saber tu pensamiento,
agora, con osadía,
digo que aciertas, señora.

PRUDENC. Nadie te contradecía;
mas viendo que llega agora
de tu desengaño el día,
no habrá quien de aquel engaño
no te diga el ciego error,
pues nos das en reino extraño
señor extraño, y señor
en tu ofensa y nuestro daño.

FLORA. Pues digo que desde aquí
soy de Rogerio enemiga,
pues me despreciaba ansí,
y que Leonardo prosiga
esta venganza por mí.
Daréle gente y favor
para que sus hijos cobre
Otavio y por que el valor
juntamente diga y obre,

que es el verdadero amor.
Con él al armada iré
y a Mecina cercaré
con la suya y con mi gente.

OTAVIO. ¡Oh, Teucra fuerte y valiente,
digna de poner el pie
sobre cuantas han tenido,
aunque entren Lesbia y Camila,
fama que vence el olvido!

FLORA. La espada el agravio afila
de la venganza que pido.
Ven conmigo y contra él,
y verás al Rey cruel
cómo a tus plantas le tienes
y de Leonardo las sienes
llenas de palma y laurel.

(Vanse, y salgan dos villanos, SILVIO *y* CARDENIO.)

SILVIO. ¿Que de esa manera estás?
CARDENIO. Que me tenga en pie me espanto.
SILVIO. ¿Que la quieres tanto?
CARDENIO. Tanto.
SILVIO. ¿Y lloras?
CARDENIO. Non puedo más.
SILVIO. ¡Válate por amorío
y qué modorra que causa!
CARDENIO. Si tú sopieses la causa
dirías que es groria el mío.
SILVIO. Pues si es groria, ¿cómo es pena,
que es contrario desigual?
CARDENIO. Porque es agrio y dulce el mal
que a tanto mal me condena.
¿No has visto los cortesanos
comer membrillos en miel?
Tal pintan a Amor cruel
lo dulce y agrio en las manos.
SILVIO. ¿Cómo fué tu perdición?
CARDENIO. Halló Darinto, mi amo,
buscando un nido en un ramo
la causa de mi afición,
que fué una bella mujer
en una cueva escondida
de aquellos moros huída
que en la cárcel viste ayer.
Llevóla a nuestra cabaña,
donde el vestido dejó
y el de villana tomó
para abrasar la montaña.
Mientras tenía el vestido
de señora no la amé,
que a la seda, en fin, guardé,
Silvio, el respleuto debido;
pero apenas de villana,
carillo, la vi vestida,
cuando, con lengua atrevida
y osadía cortesana,
la dije un pensado amor
de esto que llaman resquiebro,
que aún le tengo en el celebro.
SILVIO. A verle.
CARDENIO. Escucha el primor.

No sale de las puntas del cogollo
antes que el sol la manutisa fresca,
ni su pálida rosa gigantesca,
ni con más laberintos el repollo.
No parece más bien por Pascua el bollo
con mil huevos por una y otra muesca,
ni por Carnestolendas soldadesca
para matar los gallos con rey pollo.
No juegan por la tarde los cabritos,
ni es tan blanco un lechón cuando se pela,
ni los peces de plata en los garlitos
como tú me pareces, dulce Estela,
con esos ojos como huevos fritos
y bien guisados hongos en cazuela.

SILVIO. ¡Pardiez, Cardenio! No hubiera
Vergillos, ni Salmerón,
ni el romano Cencerrón
que tal resquiebro dijera.
¡Hideputa y qué bien puesto!
¿Quedó enternecida?
CARDENIO. Mucho.
SILVIO. ¿Y respondió?
CARDENIO. Sí.
SILVIO. Ya escucho.
CARDENIO. Oye.
SILVIO. Dilo.
CARDENIO. "Lindo cesto..."
SILVIO. Quedo, que vienen aquí
ella y Albania.
CARDENIO. ¿La hija
de nuesamo?
SILVIO. No te aflija,
que yo la hablaré por ti.

(Salen ALBANIA *y* TEODORA, *ya de labradora.)*

TEODORA. Esta merced me has de hacer.
ALBANIA. ¿A la ciudad quieres ir?
CARDENIO. (¡Quién se atreviera a decir
lo que se atreve a querer!)
TEODORA. Impórtame, Albania mía,
ir contigo a la ciudad.
Si me tienes voluntad

llévame en tu compañía,
que también sabré ayudarte
a vender el pan que llevas.

ALBANIA. Tienes las manos muy nuevas,
y pienso que has de enfadarte
de dar y tomar dineros,
y pones en ocasión
brazos que tan buenos son
en dedos de majaderos.
Quédate, mi Estela, aquí,
que está cargado el pollino.

TEODORA. No has de hacer este camino,
Albania amiga, sin mí.

ALBANIA. Ahora bien, por algo vas;
no te quiero detener.

TEODORA. Tengo allí prendas que ver;
no puedo decirte más.
(¡Ay, hijos del alma mía,
si os viese en este disfraz
para que tuviesen paz
mi esperanza y mi porfía!)

CARDENIO. (¿Llegaré?

SILVIO. Llega, cobarde.)

CARDENIO. Dios te guarda, Estela bella.

ALBANIA. ¿Qué quiere el asno con ella?
Que la guarde o no la guarde,
váyase a buscar sus bueyes.

CARDENIO. Albania, ya estoy cansado
de guardarlos en el prado.
Yo guardo de amor las leyes.
No me seas enemiga,
que estoy enfermo de amor.

ALBANIA. Pues vaya y busque un dotor
que el mal que tiene le diga.

TEODORA. Anda acá, Albania.

CARDENIO. Mi Estela,
oye tres cosas no más.

TEODORA. ¿Tres no más?

CARDENIO. Tres, y verás
algo que mi mal te duela.
Yo tengo de ser la una,
tú la otra y el Amor
la otra; mas, en rigor,
ya las dije; dime alguna.

TEODORA. ¿Tres yo, tú y el Amor?

CARDENIO. Sí;
yo te amo. ¿No son tres
yo, tú y Amor?

TEODORA Ansí es.
Oyeme otras tres a mí.
Seremos las dos tú y yo
y otra que no es Amor.

CARDENIO. Di.

TEODORA. ¿Dijiste "yo te amo"?

CARDENIO. Sí.

TEODORA. Pues respondo: "Yo a ti no."

CARDENIO. Eso es crueldad.

SILVIO. Ya se fueron.

CARDENIO. Tras ellas tengo de ir
y aquel dulce "no" seguir
que aquellos labios dijeron.

SILVIO. ¿Diciendo no?

CARDENIO. Sí, que ansí
de las mujeres sé yo
que empiezan todas por "no"
y acaban todas por "sí".

(*Vanse, y salgan el* REY *y* EVANDRO *y acompañamiento.*)

REY.

¿Cómo podré embarcarme si Leonardo
tiene ocupado el paso?

EVANDRO.

¿Luego temes
que te fuese traidor siendo tan noble?

REY.

Si con mi armada y con mi propia gente
roba las naves de su misma patria
y se muestra rebelde y enemigo,
¿por qué no lo será también conmigo?
Temo que la Duquesa de Calabria,
si no sabe del pirata el suceso,
ha de embarcarse a los conciertos nuestros
y dar en manos de Leonardo.

EVANDRO.

Entonces
bien mostrará Leonardo el ser nacido
de padres tan ilustres.

REY.

Mucho vuelves,
por un traidor, Evandro.

EVANDRO.

Mi deseo
habla por tu consuelo y no en su abono.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO.

Si quiere vuestra alteza, invicto Príncipe,
en tanto que se embarca entretenerse,
sepa que los villanos de este monte
prendieron un arráez de Biserta

entre los moros que a robar salieron
de unas fragatas, y le llevan juntos
a ahorcar de estas encinas, que en su aldea
le han sentenciado a muerte sus alcaldes.

REY.

Gracioso caso y digno de ser visto.

CRIADO.

Ya llegan cerca.

REY.

Válganle las leyes
de los que ven el rostro de los reyes.

(*Salen los* VILLANOS *con* RICARDO, *atada una soga al cuello, y tirándole de ella.*)

BATO.

Señor Mahoma, pues que a voces dice
que fué cristiano, arrepentido muera.

FLORO.

Mirad que está aquí el Rey; echad a un lado.

TIBURCIO.

Antes será mejor que el Rey lo vea,
por que entienda que somos gente honrada
y mos haga merced.

BATO.

Muy bien ha dicho.

RICARDO.

¿Gente hay aquí del Rey? ¡Oh, gran ventura!
Llevadme, amigos, a que el Rey me vea,
porque tengo que darle cierto aviso
que le importa la vida.

BATO.

Vaya luego.

FLORO.

Sopremo Rey, aqueste moro estaba
en las espesas faldas de este monte
cautivando la gente que pasaba.
Salimos los villanos de esta aldea
y con hondas herimos muchos de ellos,
haciéndolos volver a las fregatas,
y éste prendimos, que a colgar llevamos
de una sabina de éstas, porque el cura
y todos los demás le han sentenciado
a muerte por cristiano renegado.

RICARDO.

Dame licencia para hablarte aparte.
¿No me conoces?

REY.

¡Ricardo!

RICARDO.

El mismo.

REY.

Ricardo, ¿qué es aquesto?—¡Oh, gente infame!,
¿a Ricardo matáis de esta manera?

BATO.

Señor, mire su alteza que es un moro
y le quiere engañar como a nosotros.

REY.

¡Vive el cielo, villanos, que si un punto
estáis en mi presencia, que estos árboles
por fruta os lleven de sus altas ramas!

BATO.

¡Oxte, puto!

TIBURCIO.

¡Huye, Bato!

FLORO.

¡Huye, Tiburcio!

BATO.

El moro era cristiano.

REY.

¿Hay tal locura?

BATO.

Perdón, señor; la culpa tiene el cura.

REY.

¿Qué es esto, di, Ricardo?

RICARDO.

Los deseos
de tu servicio.

REY.

¿Cómo?

RICARDO.

En este traje
Cintio, su escuadra y yo a robar salimos
a Teodora con ánimo de dártela,
sin que jamás el robo se supiera;
y cuando ya robada la teníamos
salieron con sus hondas, de manera
que a Cintio hirieron, dos o tres mataron
y a mí me asieron, donde, aunque mil veces
les dije que era lo que soy, no pude
persuadir sus villanos pensamientos.

REY.

Villanos, en efeto.

(*Sale un* Soldado.)

Soldado.

Ya no puedes
embarcarte, señor, de ningún modo;
antes tienes aquí grande peligro.

Rey.

¿Cómo?

Soldado.

Leonardo con el conde Otavio
y la Duquesa de Calabria juntos
entran de guerra en el vecino puerto
a cercar la ciudad y a destruírla.

Rey.

¿La Duquesa con ellos? ¿De qué suerte?

Soldado.

No viene por cautiva la Duquesa,
pues que vienen banderas de sus armas
en penoles y gavias tremolando,
y muchos calabreses libremente
desembarcan las armas, y formando
con los demás un escuadrón famoso,
ayudan al ejército rebelde.

Rey.

¿La Duquesa que ayer me llamó esposo
hoy vuelve contra mí las fieras armas?

Evandro.

Señor, por eso pintan la fortuna
en forma de mujer. No te detengas,
que importa defender la ciudad.

Rey.

Vamos
por que de este rigor la defendamos.
¡Y malhaya quien pone su esperanza
en la imagen del tiempo y su mudanza!

(*Váyanse, y salgan* Leonardo *y* Otavio *y la* Duquesa, *de corto, con bastón y espada.*)

Leonardo. ¿No resistieron el puerto?
Flora. ¿Qué resistencia ha de hacer
un Príncipe sin poder?
Otavio. La ciudad se ha descubierto.
No pase el campo de aquí.
Hagan alto en este puesto.
Flora. Tomaré venganza presto,
y toda, Otavio, por ti.
No dudes de que te vuelva
tus hijos el Rey cruel.
Otavio. No quiero venganza de él
ni que tu amor se resuelva
a cosa que a sangre llegue,
que, en fin, es mi Rey y soy
su vasallo.
Leonardo. (Ciego estoy;
mas no es mucho que me ciegue
el valor de tal mujer,
pues que ninguna la iguala
en donaire, gracia y gala.)
Flora. (Hoy me comienzo a perder. (*Ap.*)
Gracia y talle de Leonardo
me han puesto en obligación
de rendille el corazón.)
Leonardo. (¡Qué sin razón me acobardo
viendo en los ojos de Flora
a mi amor la puerta abierta!)
Otavio. (En tanto que amor concierta (*Ap.*)
a la Duquesa, que adora,
si no lo he mirado mal,
a Leonardo, mi cuñado,
quiero aliviar mi cuidado,
si puede un dolor mortal.
Ya que no sé de mi esposa
de mis hijos será bien,
que son las prendas en quien
asiste el alma quejosa.
Y si no supiere de ellos
sabré de mi padre amado,
más que a mí propio estimado,
pues le estimo más que a ellos.
¿A cuál hombre le faltaron
juntos padre, hijos y esposa,
que en pena tan rigurosa
vida y seso le dejaron?
El seso cerca le vi
de perdido, y si la vida
no quedó también perdida,
al dolor lo agradecí,
que cuando es tan grande y trata
mata de golpe al que ofende,
de tal manera suspende,
que ni da vida ni mata.
En hábito disfrazado
quiero en la ciudad entrar,
con ánimo de buscar
mis hijos y padre amado,
que, Flora y Leonardo aquí,
de mí se olvidan también,
porque los que quieren bien,
aun no se acuerdan de sí.

(*Vase* Otavio.)

LEONARDO. Mi cobarde pensamiento
no se atreve, hermosa Flora,
puesto que el alma os adora,
a deciros lo que siento;
mil veces hablar intento,
tantas la voz me detiene;
pero si en los ojos viene
del alma la mayor parte,
que ellos hablen es el arte
más noble que el amor tiene.
Hablen ellos y la lengua
enmudezca cuando os mire;
el pecho sólo suspire
si piensa que el fuego amengua,
si de hablar resulta mengua,
y habla quien calla y mira
y, enmudeciendo, suspira,
ya te constan mis enojos
porque son lenguas los ojos
que nunca dicen mentira.

FLORA. Leonardo, ya no quisiera,
viendo que te has declarado,
que te hubieran alentado
mis ojos de esta manera,
que sin ellos no se viera
tan declarado el rigor
de mi amor contra mi honor,
no te hubieras atrevido;
mas ¿cuándo cuerdos han sido
ojos que enloquece amor?
Yo te admití por amparo
de mi tierra, honor y gente
contra todo pretendiente;
mas ya que tu amor es claro,
y yo también me declaro,
digo que seré...

LEONARDO. Prosigue.

FLORA. Mas no es razón que me obligue
una ocasión poderosa
a decir que a ser tu esposa
y que el honor me castigue.

LEONARDO. ¡Con qué gracia y discreción
me dices lo que me encubres!
¡Qué bien, mi bien, me descubres
tu amorosa pretensión!
Ya no sabe mi afición
qué agradecimiento dar.
La tierra quiero besar
adonde estampas los pies.

FLORA. Detente, porque no des
ocasión de murmurar.
El campo todo nos mira;
cóbrese el honor del Conde,
que si tu amor corresponde,
y no es, como el Rey, mentira,
aunque su desprecio admira,
mi dueño solo serás.

LEONARDO. ¿Cumpliráslo?

FLORA. ¡Necio estás!
Ven, que el ejército espera;
que para la vez primera
no es justo apretarme más.

(*Vanse, y salen* SOLDADOS *y* EVANDRO *y el* REY *detrás, con bastón.*)

REY. De lucida gente has hecho,
Evandro, vistoso alarde.

EVANDRO. Llegar el aviso tarde
y darles paso el estrecho,
nos ha puesto en confusión;
pero, en fin, puedo decir
que hay gente para salir
y para hacer escuadrón.

REY. En tanto que vuelvo a ver
la gente que he puesto al muro,
con que pienso estar seguro
de todo humano poder,
forma, Evandro, con la tuya
un escuadrón, porque creo
que hoy se ha de ver mi deseo
en la resistencia suya.
Yo saldré, como quién soy,
a dar castigo a traidores.

(*Vase el* REY.)

EVANDRO. Dios te guarde.—¡Ea, señores,
el valor mostremos hoy!
Ésta es gallarda ocasión
de obligar a nuestro Rey,
fuera de ser justa ley
y precisa obligación.
Pienso que se os hace agravio
en animaros. Mirad
que contra vuestra ciudad
vienen Leonardo y Otavio.

(*Salen* TEODORA, *de villana, y* ALBANIA.)

TEODORA. Tomados están los pasos;
no hallo modo para ver
lo que busco.

ALBANIA. Una mujer,
en más difíciles casos,
halla camino a su intento.

TEODORA. Aquí las guardas están.

ALBANIA. Llega, y vendamos el pan.
TEODORA. Dios libre mi atrevimiento.
SOLD. 1.º Vuesa merced no se enoje,
así la dé Dios placer
de que me atreva a escoger.
TEODORA. Mire bien cómo descoge,
que por eso traigo aquí
la vara de mi pollino.

(Sale el CONDE OTAVIO *con un gabán de estos de botones por delante, un leño y un sombrero de villano.)*

OTAVIO. (Entre enemigos camino,
y llevo el mayor en mí.
¿Cómo podré preguntar
por mis hijos y mi padre,
ya que de su triste madre
no me da el tiempo lugar?
Evandro forma escuadrón.
El ser conocido temo.)
SOLD. 2.º La labradora es extremo...
TEODORA. Extremo de necios son.
ALBANIA. ¿No saben lo que han de hacer?
Hablar desde afuera, o crean
que haré que corteses sean.
SOLD. 1.º ¿Queréisme hacer un placer?
TEODORA. Diga, y sin jugar la mano.
OTAVIO. (¿Labradoras hay aquí?
Más seguro puedo allí
buscar a mi padre anciano
y de mis hijos saber.)
SOLD. 2.º ¡Hola, Ergasto! La gallarda
villana viene con guarda.
SOLD. 1.º Su cuyo debe de ser.
OTAVIO. Miren, señores soldados,
que traten como es razón
estas villanas, que son
de dueños nobles y honrados.
(A lo que les digo aquí
la necesidad me obliga,
porque, cuando verdad diga,
ni aun en mi vida las vi.)
SOLD. 1.º ¿Quién le mete en defender
las labradoras, soldado?
OTAVIO. Aunque no he sido quebrado,
soldado pudiera ser;
mas oblígame a defensa
de esta gente el mismo traje,
que no es bien hacer ultraje
a quien nunca os hizo ofensa.
ALBANIA. (Huye, Teodora, que quieren
por nuestra ocasión reñir.)
TEODORA. (Por no poder resistir,
no digo a mis pies que esperen,
que del labrador el talle
parece tanto a mi esposo,
que va el corazón quejoso
de no esperalle y guardalle.)

(Vanse TEODORA *y* ALBANIA.*)*

OTAVIO. Si lo que agora miré
antes hubiera mirado,
mejor hablara, soldado,
en lo que primero hablé.
Pero dejadme seguir
esta mujer, que sospecho
que tiene más de mi pecho
de lo que os puedo decir.
SOLD. 1.º Antes no se ha de mover
del lugar adonde está,
porque sospechamos ya
que espía debe de ser.
Dese a prisión.
OTAVIO. Caballeros,
yo soy pobre labrador:
para defensas de honor,
hay en los troncos aceros.
Esa pienso que es mi esposa:
¡dejadme pasar!
SOLD. 1.º ¡Detente!
OTAVIO. El mundo no tiene gente
para una fuerza amorosa.
Dejadme pasar, a ver
si es mi esposa.
SOLD. 2.º Date preso.
OTAVIO. Quien amando pierde el seso,
¿qué tiene ya que perder?
¿Estáis ya determinados
a no me dejar pasar?
SOLD. 1.º ¡Ríndete!
OTAVIO. (No hay qué esperar.)
¡Caballero soy, soldados!

(Quite al gabán los botones y échele en el suelo y quede con un peto espaldar y tonelete sobre sus calzas de color y bastón.)

SOLD. 1.º ¡Aquí del real! ¡Aquí!
EVANDRO. ¿Qué alboroto es éste?
OTAVIO. ¡Afuera!
SOLD. 1.º ¡Muera el villano!
EVANDRO. No muera.
SOLD. 2.º Pues ¿tú le defiendes?
EVANDRO. Sí;
que más importa saber
la ocasión con que ha venido.

(*Sale el* REY.)

REY. ¿El campo en arma? ¿Qué ha sido?
OTAVIO. ¿Quién sino yo puede ser?
REY. ¿Quién eres?
EVANDRO. Con tosco traje,
era espía disfrazada.
REY. ¿Quién eres?
OTAVIO. Ya no soy nada,
pues no hay puesto a que me abaje
más miserable la suerte.
REY. ¿Es Otavio?
OTAVIO. El mismo soy.
REY. ¿Dónde vas?
OTAVIO. A buscar voy
a mis hijos o mi muerte.
REY. Pues ¿no te basta, villano,
venir contra tu señor,
confiado en el favor
de una mujer y un hermano,
sino que entres de secreto
a rebelarme la gente
que está a mi imperio obediente?
¡Traidora sangre, en efeto!
OTAVIO. Engaño notable ha sido
el que imaginas, señor,
que en mi vida fuí traidor,
ni de traidores nacido.
No he venido a rebelar
tu gente, ni puede ser;
a mis hijos vengo a ver,
a mi padre vengo a hablar.
Estas prendas tengo aquí:
por éstas vengo, señor.
[illegible] Por que entiendas el valor,
villano, que vive en mí,
y que ni temo a Leonardo
ni a la mudable Duquesa
que ayudan tu loca empresa,
y a quien castigar aguardo,
no quiero vengarme en ti.
Libre has de volver, villano,
que en el campo, y por mi mano,
los tres le tendréis de mí;
pero quiero castigarte
en parte más dolorosa,
pues su pena rigurosa
podrá, sin matar, matarte.
Tus hijos y padre tengo:
escoge a quién de los dos
quieres que dé muerte.
OTAVIO. (¡Ah, Dios,
a cuántas miserias vengo!
Cuando pienso que no pueden
pasar del punto en que están
a las penas que se van,
otras que vienen exceden.
¡Mísero de mí!, ¿qué haré?)
¡Señor!
REY. ¡Escoge, villano!
OTAVIO. ¿Qué debe mi padre anciano,
Rey, a lo que yo pequé,
o mis hijos inocentes?
¡Ay, Dios!, ¿qué puedo decir?
Mas ¿por qué me dejas ir,
Rey, sin que matarme intentes?
¡Mátame, que allá podría,
cuando aquí matar los mandes,
hacer crueldades tan grandes,
que te pesase algún día!
REY. Pues eso quiero yo ver.
¡Escoge y vete, traidor!
OTAVIO. ¡Grande es del padre el amor!
Ya me siento enternecer;
mas con hijos semejante,
el de los hijos es más,
porque en padre vuelve atrás
y en hijos pasa adelante.
Mas ¿quién ha de permitir
que maten a quien le dió
el ser que tiene? ¡Eso no!
¡Mi buen padre ha de vivir;
mas mis hijos guardar debo!
¡Ay, ángeles, tal castigo...!
¡Muera mi padre! ¿Esto digo?
¿Cómo a sus canas me atrevo?
¡Dura sentencia! ¡Inhumanas
leyes cortarán los cielos
de aquellos rubios cabellos
o de aquellas blancas canas!
¡No sé qué diga! ¡Ay, de mí!
REY. Acaba de resolverte.
OTAVIO. Den a mi... padre la muerte.
Bien me quedaba en "a mí".
REY. ¿A tu padre?
OTAVIO. ¡No, señor;
a mis hijos!
REY. Mira bien.
¿A quién quieres que la den?
OTAVIO. Duda en la sentencia amor;
mas en rigor tan terrible,
yo me vengo a resolver
que hijos podré tener,
pero padre es imposible.
¡Degüéllalos a los dos

y viva mi padre viejo!
Pues dos ángeles te dejo
¡que pidan su muerte a Dios!

REY. Vamos, Evandro, de aquí,
y entienda el traidor Otavio
que no he temido el agravio
que puede hacer contra mí,
pues que le doy libertad.

EVANDRO. Nunca replico a tu gusto.

REY. El me pagará el disgusto,
y Flora su liviandad.

(*Váyanse el* REY, EVANDRO *y gente*)

OTAVIO. Si me queda en tantos malos
alguna luz de consuelo,
pues que ya mi confusión
compite con el infierno,
es ver que ni la fortuna,
ni las desgracias, ni el tiempo
pueden darme, aunque se junten,
mayor mal del que padezco.
¡Piedad, airados Cielos,
pues os pido la muerte por consuelos!
Lo que sustenta mi vida
es ser tantos los tormentos
que se encuentran en el alma,
y el dolor tienen suspenso.
Paréceme que me han dado
todos juntos mil venenos,
que, peleando entre sí,
no ponen fin al sujeto.
¡Piedad, airados Cielos,
pues os pido la muerte por consuelos!

(*Sale* FULGENCIO, *viejo, su padre.*)

FULGENCIO. ¿Eres tú el hijo cruel
que, por dar vida a este viejo,
has mandado degollar
a tus hijos y a mis nietos?
¿Eres tú aquel que ochenta años,
que están de morir un dedo,
truecas por doce y por trece,
o eres algún indio fiero?
¿Eres algún Bracamano?
¿Eres algún monstruo horrendo?
¿Tus hijos das al cuchillo
por que viva un hombre muerto?
Mañana me he de morir,
y aun cuando lo estoy diciendo,
¿cómo me estimas cruel?
¿quién te dió tan mal consejo?
¡Más viviera si estas canas
ensangrentara el acero,
porque, teñidas de rojo,
era volverme mancebo!
¡Revoca, revoca, digo,
la dura sentencia presto!
¡Vivan tus hijos!

OTAVIO. Ya, padre,
habrán pasado sus cuellos.
Yo hice lo que debía;
más que a mis hijos os debo,
que ellos me deben a mí,
y así, os lo pago con ellos.
Dirán que soy cruel padre;
mas no dirán, a lo menos,
que no soy piadoso hijo.

FULGENCIO. Espera, espera.

OTAVIO. No puedo,
que voy a hablar a Leonardo
para que levante luego
el cerco de esta ciudad.
Vos me habéis dado el consejo,
y así, sufro; y a mi Rey,
cuando más agravios tengo,
le sirvo, pues decís vos
que así lo han de hacer los buenos.

(*Vase.*)

FULGENCIO. ¿Para qué guardo la vida
en tantos trabajos puesto?

(*Sale* TEODORA.)

TEODORA. Como ciega mariposa,
voy dando vueltas al fuego.
Aquí está un viejo. ¿Qué dudo?
Aunque me conozcan, llego.—
¿Sabéis por dicha, señor,
si tienen a Otavio preso?
¿Qué se dice en la ciudad?

FULGENCIO. (¡Ay, Dios! ¿Qué miro? ¿Qué [veo?)
¿Es Teodora?

TEODORA. Y vos, señor,
¿sois Fulgencio?

FULGENCIO. Soy Fulgencio.

TEODORA. ¿Qué hay del Conde, vuestro hijo?

FULGENCIO. Que va a matarse dispuesto
porque el Rey mata a sus hijos.

TEODORA. ¿Mis hijos? ¡Airados Cielos!
Pero no se pierda todo:
¡id tras él, seguidle, os ruego!

FULGENCIO. ¡Oh, cuánto quisiera hablarte!
Mas, por seguirle, te dejo.

(*Vase* FULGENCIO.)

TEODORA. ¡Ya se vengó la Fortuna,
ya dió con todo en el suelo!
¡Muerta soy, que este dolor
dará fin al sufrimiento!—
Este parece Ricardo.

(*Salen* RICARDO *y el* CAPITÁN CINTIO.)

RICARDO. Ya digo que indicios llevo
de que es una labradora.
CAPITÁN. ¡Sí es ésta!
RICARDO. Lo mismo pienso.—
Ya no tienes que guardarte
del sol de tus ojos bellos;
quita el rebozo, Teodora,
aparta el nublado negro.
TEODORA. ¿Que aún vives (1) para mi muerte?
¿Que la muerte no te dieron
los pastores de aquel monte?
RICARDO. No se cumplió tu deseo,
que he quedado para ser,
Teodora, cuchillo fiero
de tus hijos, pues el Rey
me manda cortar sus cuellos.
TEODORA. ¿Que tú los tienes?
RICARDO. Yo soy.
Pero hagamos un concierto:
que te rindas a mi gusto,
pues sabes que lo merezco,
y que yo te los entrego.
TEODORA. Villano, de infamias lleno,
por que veas que mi honor
estimo por mayor premio
que los hijos y la sangre,
si no tienes instrumento
con que quitarles las vidas,
toma y córtales los cuellos
con esa daga y tendré
honra viva y hijos muertos.

(*Arrójale una daga, y váyase.*)

RICARDO. ¡Extraña fuerza de honor!
¿Qué Evadnes a Capaneo,
qué Penélopes a Ulises,
qué Julia al magno Pompeyo
mostraron tan grande amor?
CINTIO. Pudiera servir de ejemplo
para los siglos futuros
y de milagro a los nuestros.

RICARDO.

El Rey viene.

(1) En el original "vienes", por errata.

(*Salen el* REY *y* EVANDRO.)

REY.

Yo haré que se suspenda
la ejecución.

EVANDRO.

Aquí a Ricardo tienes.

REY.

Pues bien será que la ocasión entienda.—
¿Ricardo?

RICARDO.

¿Gran señor?

REY.

Si ya previenes
la muerte de los hijos de Teodora...

RICARDO.

Apostaré que arrepentido vienes.

REY.

Del puerto escribe la duquesa Flora
que viene a verme y a tratar de paces
tan brevemente que la espero agora.

RICARDO.

Señor, en perdonar ofensas haces
el acto más real y a Dios imitas,
como es el castigar los pertinaces.
Fama por todo el mundo solicitas
con el nombre de Príncipe piadoso
si de sus cuellos el cuchillo quitas.

REY.

Ejecutar el golpe riguroso
nunca fué mi intención; mas poner miedo
por llegar a concierto provechoso.

EVANDRO.

La Duquesa se acerca.

REY.

Salir puedo,
aunque estoy enojado, a recebilla
por no mostrar que de su fe lo quedo.

(*Sale la* DUQUESA, *y detrás, como criados, con capas de rebozo,* LEONARDO, OTAVIO, FULGENCIO, TEODORA *y* ALBANIA.)

FLORA.

Supuesto que te cause maravilla,
dejando nuestras naves en el puerto
y tanta gente en la confusa orilla,
venir sola a tratar de este concierto,
yo espero más de tu real nobleza
que tú de mis deseos estás cierto.

REY.

A no saber que la Naturaleza
a la mujer formó de la mudanza
y al hombre trasladó de la firmeza,
pudiera mi engañada confianza
quejarse de la tuya; mas dejemos
de hablar de amor ya muerta la esperanza.
Sois en amar y aborrecer extremos;
ya trataste que fuese tu marido
y ya enemigos, sin razón, nos vemos.
Mas dime: ¿a qué has venido?

FLORA.

Yo he venido
a entregarte las naves y la gente.

REY.

Daréles el castigo merecido.

FLORA.

Cuando castigo tu rigor intente,
sólo con que no sea en cosa mía,
te volveré las naves llanamente.
Pero si no es haciéndome este día
de esta verdad solene juramento,
volveréme a la mar y a quien me envía.

REY.

No es mucho lo que pides; soy contento.

FLORA. Pues hazme pleito homenaje
que ni a mí ni a cosa mía
harás para siempre agravio.

REY. Antes en eso me obligas,
que yo pensé que pidieras
por los traidores que hacían
guerra a su propio señor;
y cuando tú no me pidas
que ni a ti ni a cosa tuya
ofenda es tanta justicia,
que por mi gusto lo hiciera;
y así juro que en mi vida
a cosa tuya ni a ti,
como de ti no reciba
nuevo agravio, los perdono,
pena de que el mundo diga
que fuí traidor y villano;
y ruego al Cielo que el día
que esta palabra quebrase
muera a manos de la envidia.

FLORA. Esto basta.—Llegad todos
a los pies del Rey.

(*Echense todos a sus pies y descúbranse.*)

LEONARDO. Si obligan
juramentos en los reyes,
tú de ti mismo nos libra.

REY. ¿Qué es esto, Flora? ¿No son
los que el perdón solicitan
mis enemigos mayores?

FLORA. Leonardo es éste que miras.

REY. Pues bien, ¿qué mayor le quieres?

FLORA. ¿No dices que a cosa mía
no harás mal?

REY. Eso es verdad.

FLORA. Pues ¿qué mayor le querías
que mi marido, ya Duque
de Calabria?

REY. No prosigas,
que haré...

FLORA. ¿Qué puedes hacer
si a mi marido me quitas?

REY. Con industria me engañaste.

FLORA. Soy mujer.

REY. Pues cuando digas
que es tu marido Leonardo,
¿qué disculpa a Otavio aplicas?

FLORA. Ser cuñado de mi esposo,
que también es cosa mía.

REY. ¿Y a Teodora?

FLORA. Que es su hermana.

EVANDRO. (¡Brava industria!

RICARDO. ¡Peregrina!)

REY. ¿Y a Fulgencio?

FLORA. Que es su padre.

REY. No prosigas; pero mira
que tengo de castigar
la gente que le seguía,
pues fué rebelde a su Rey.

FLORA. Antes esa gente misma
es cosa mía también,
pues por mi cuenta se alista,
que yo les he dado sueldo,
y ellos todos te suplican
que castigues a Ricardo,
que, amando a Teodora, hacía
todas estas invenciones
solicitando tus iras;
que de todos cuantos hombres
te han ofendido en Sicilia
y en el mundo, solamente
Ricardo no es cosa mía.

REY. ¿Tú amaste a Teodora?

RICARDO. ¿Yo?

TEODORA. Tú, villano, que fingías,
para forzarme, que el Rey

mandaba cosas indignas,
como era el hacerte moro
para robarme a la orilla
del mar cuando los pastores
me libraron.

REY. ¿Pues tenías
amor, Ricardo, a Teodora
y con palabras fingidas
mi gusto solicitabas?

OTAVIO. ¿Quieres, gran Rey de Sicilia,
darme licencia?

REY. Detente.—
Salte luego de la isla,
Ricardo infame, y no vengas
a tierra suya en tu vida.

RICARDO. (Yo tengo mi justo pago.)

REY. Flora, las pasadas iras
trueco en paz. Goza a Leonardo,
que Rogerio te apadrina
y Otavio a Teodora.

LEONARDO. Aquí
tendrás quien siempre te sirva.

REY. Abrazadme vos, Fulgencio.

FULGENCIO. Ya mi larga edad codicia
la muerte tras tanto bien.
Tú, señor, mil años vivas.

REY. Y tú de tus nietos goces,
dando fin nuestra alegría
al *agraviado leal*
y *firmeza en la desdicha.*

FIN DE LA COMEDIA
DE *La Firmeza en la desdicha.*

LA FRANCESILLA

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA AL

LICENCIADO JUAN PEREZ

EN LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Así aumentó mi afición el ingenio de v. m. el día que en el Real Monasterio de las Descalzas de Madrid, fundación de su alteza la serenísima princesa de Portugal doña Juana de Austria, defendió aquellas conclusiones y respondió a los argumentos de tan insignes varones con tanta valentía, que si antes amaba a v. m. por las obligaciones que reconozco a su padre, ahora le amo a él por v. m. Bienaventurado llamó Eurípides al que lo era en los hijos. Ninguna cosa dijo Cicerón que dió la Naturaleza a los hombres más dulce, y por la misma razón de mayor precio, ni que con mayor cuidado deba solicitarse a que le tenga; por eso Plutarco reprende los hombres que, procurando hacienda con tanta diligencia, no cuidan de que sean buenos los hijos a quien ha[n] de dejarla. Platón, en el libro primero de sus leyes, resumió su número dichoso a los casados en varón y hembra, que tales pudieran ser en v. m. y la señora sor Petronila Madalena, cuyas virtudes y divino entendimiento no encarezco porque en la profesión de su hábito las alabanzas son sayal, y los sayales, perlas. Finalmente, es un ángel en quien, como espejo lucidísimo, justamente se miran sus padres, y que v. m. debe tener presente para la compostura de sus años, y si las cartas que escribe no son presencia, mírese en ellos, que no habrá menester más eficaz ejemplo. Bien me perdonará v. m. esta lisonja, pues habrá visto en San Cipriano *Qui parentes laudat, filios provocat,* cuya materia en el capítulo tercero del *Eclesiastés* hallará v. m. difusamente. Tres beneficios dijo Aristóteles que debían los hijos a los padres: la causa del ser, engendrándolos; la del vivir, criándolos, y la del aprender, informándolos. La primera es de la naturaleza, la segunda del amor y la tercera de la honra. Esta bien se prueba, pues las otras no tienen necesidad, en la que solicitan los de v. m. con sus estudios en esa insigne Universidad de Alcalá, madre ilustrísima de tan generosos hijos que han ilustrado a España, y como raros fénix en las Ciencias admirado el mundo. Las Artes se llamaron liberales porque convienen al hombre libre, por opinión de Séneca. *Hoc est* —dice el filósofo— *sapientem, sublimem, fortem, magnanimum coetera pusilla, et puerilia sunt;* pero v. m. nos da tales esperanzas, que se puede entender de su natural virtud y de sus pocos años lo que dijo San Agustín: que *Juventus, et senium simul esse possunt in animo,* y por eso dijo también Ausonio que aquella juventud es grave que se parece a la vejez: algún ejemplo tiene esta comedia, que presento a v. m., de las perdiciones de los mozos y del cuidado de los padres por verlos ocupados en el amor o el juego, cuyos daños podrá v. m. advertir en su discurso, pues Dios le dotó de tal virtud y entendimiento, y repare de paso en que fué la primera en que se introdujo la figura del donaire, que desde entonces dió tanta ocasión a las presentes. Hízola Ríos, único en todas y digno de esta memoria. V. m. la lea por nueva, pues cuando yo la escribí no había nacido. Corregíla lo mejor que pude. Dichoso yo si tantas como me han impreso hubiera corregido, y las faltas que hallare divida por mitad en el autor y el tiempo, y alargue Dios el de su vida, como merece y yo deseo, para que gocen sus padres el fruto de sus estudios.—*Capellán de v. m.*, LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

ALBERTO.	ROSARDO.
FELICIANO.	ELISA.
CLAVELA.	*Dos* ALGUACILES.
TEODORO.	*Un* ESCRIBANO.
OCTAVIO.	[LEONIDA.
FILIBERTO.	POSTILLÓN.
LEONARDO.	HOSTELERO.
DORISTA.	PAJE.
TRISTÁN.	JUANA *o* JULIA.]
LISENO.	

Representóla el famoso Ríos.

ACTO PRIMERO

(*Salen primero* ALBERTO, *viejo, padre de* FELICIANO, *y* LISENO, *su amigo.*)

ALBERTO. ¿Eso ha hecho?
LISENO. Como amigo
de Feliciano y de vos,
os cuento el caso.
ALBERTO. Por Dios,
que es digno de gran castigo.
¡Oh, padres, todo es cuidado
de tener hijos que amar
y después todo es pesar
de habellos imaginado!
LISENO. Caro Alberto, no te espante;
que, comoquiera que sea,
Naturaleza desea
engendrar su semejante.

ALBERTO. ¡Pluguiera a Dios no supiera
filosofía tan clara!
Si semejante engendrara,
en algo me pareciera
y no en darme pesadumbre.

LISENO. También cuando mozo fuiste
de esas locuras hiciste,
y fué tu antigua costumbre.

ALBERTO. Pues qué, ¿fuí yo jugador?
¿Fuí desvanecido amante?

LISENO. Eso, Alberto, no te espante,
que antes habilita Amor.
Es mozo, y su inclinación
es juego y amor.

ALBERTO. No nombres
inclinación en los hombres,
su deshonra y perdición.

LISENO. Pues ¿qué ha de hacer un mancebo
discreto, galán y en corte?

ALBERTO. Seguir de su padre el norte
por la estrella que le llevo.

LISENO. No es mucho que sea liviano
y gaste en amor y juego.

ALBERTO. De tales consejos ciego,
¿qué no ha de hacer Feliciano?
¿Ganástele tú el dinero
por ventura?

LISENO. ¡Bueno! ¿Yo?
A los trucos lo perdió.

ALBERTO. ¿Y no los juegas?

LISENO. Ni quiero.
Que de estar allí me pesa
todo el día sin memoria,
hecho un jumento de noria
alrededor de una mesa.
Y más ahora en Madrid
puesto está en razón jugar,
que no es tiempo de buscar
los infanzones de Cid.

ALBERTO. Pues ¿no hay muchos virtuosos
que traten de honra y papeles?

LISENO. Esto es, por que te consueles
de algunos que son viciosos;
y de éstos el más perdido
pasa y vive bien aquí.

ALBERTO. Ese perdido, ¡ay de mí!,
sólo Feliciano ha sido.
Pero no lo será más;
que hoy ha de ser de importancia
partir a la guerra a Francia.

LISENO. ¿Que en esa locura das?

ALBERTO. ¿Locura? Cordura ha sido;
que un hombre que no ha dejado
su patria, aunque viva honrado,
en efeto es en su nido.
Vaya mi hijo a la guerra,
deje la infame acogida,
que no es hombre el que en su vida
no ha salido de su tierra.
¿Qué hace un mozo en esta madre
de vicios, Circe que encanta,
que a las doce se levanta
a la mesa de su padre?
Si es fiesta, a la una a misa
de iglesia en iglesia va,
y si la halla en ella está
parlando con mucha risa.
Y murmura sin provecho
en corros de marquesotes,
engomados los bigotes
y la daga sobre el pecho.
¿Qué sirve que le anochezca
armándose a lo cruel
y que traiga en el broquel
pasteles cuando amanezca?
¿Que juegue dos mil reales,
como Feliciano a mí,
que no los juegan ansí
muchos hombres principales?
¿Que escriba a aquella señora
y dé papeles discretos,
que esgrima y eche más retos
que Ordóñez sobre Zamora?
¿Y que cuando está delante
de gente que a honor se inclina
diga que hay guerra en la China,
Bruselas, Mastrique y Gante?
¡Qué bien dicho de éstos fué,
ya que se precian de fieros,
que son como los corderos,
que no dicen más de "be"!
Vaya mi hijo a la guerra;
hable entre hombres que lo son.

LISENO. Digo que tenéis razón;
no es hombre el que está en su tierra.
Mas él es quien viene aquí.

(Entren FELICIANO, *con una carta, y* TRISTÁN.*)*

TRISTÁN. Su criada me le dió.

FELICIANO. A buen tiempo le escribió.
¿Y preguntóte por mí?

TRISTÁN. ¡Con qué melindre le tomas,

y el sombrero muy de tema!
Abre más quedo la nema,
si no es que el papel te comas.

(*Trae* TRISTÁN *otra carta en el sombrero, de su moza, y todo lo escucha el padre de* FELICIANO *y* (1) LISENO.)

FELICIANO. Hiciéralo a ser veneno.
TRISTÁN. Esperad albricias de él.
LISENO. (Leyendo viene un papel.)
FELICIANO. "Señor de mi vida..." ¡Bueno!
TRISTÁN. ¿Dice con tilde "señor"?
FELICIANO. ¿Por qué lo dices ahora?
TRISTÁN. Porque ya cualquier señora
no escribe sino "senor".
FELICIANO. Ya este borracho comienza.
TRISTÁN. Dicen que tilde en sazón
es perniabrir la razón,
y se tiene a desvergüenza.
(*Lea.*)
[FELIC.] "Hoy, cuando a beber pediste,
mandé un búcaro bajar..."
[TRISTÁN.] No sabe esa dueña hablar.
FELICIANO. Y tú ¿dónde lo aprendiste?
TRISTÁN. Si mujer de punto fuera,
"bícaro" escribir tenía.
FELICIANO. Y pícaro, en cortesía,
si a vos el papel viniera.
(*Lea.*)
"Y la que el agua llevaba
este recado traía..."
TRISTÁN. ¿Que no era mujer?
FELICIANO. Porfía.
TRISTÁN. No sabe escribir.
FELICIANO. Acaba.
(*Señala al sombrero, que tiene un papel allí.*)
TRISTÁN. ¿Ves el que traigo en la banda
del sombrero? Pues a fe
que es de alguna que...
FELICIANO. Oye.
TRISTÁN. ¿Qué
quieres? (2)
FELICIANO. Vete de aquí, anda.
(*Va leyendo.*)
"Son mis padres tan sutiles,
que siempre traigo conmigo
espías."

(*Lee también* TRISTÁN *su billete.*)
TRISTÁN. "Tristán amigo,
flor de amantes lacaíles..."
FELICIANO. Lee quedo, bestia.
TRISTÁN. "Hoy;
después de barrer la sala..."
FELICIANO. Lee quedo, enhoramala.
(*Lea* TRISTÁN.)
TRISTÁN. "Para ti labrando estoy
un bravo cuello y camisa..."
FELICIANO. ¿Caballeriza no hubiera
donde ese papel leyera?
(*Va leyendo.*)
TRISTÁN. "Y con él irás a misa."
FELICIANO. Quiero leer. "Y si esperas
a la ocasión y se escapa..."
(*Lea* TRISTÁN.)
TRISTÁN. "¡Ah, quién fuera tu gualdrapa,
por que a limpiarme vinieras!"
FELICIANO. Lleve el diablo tu linaje.
¿Hete de esperar yo a ti?
(*Va leyendo.*)
TRISTÁN. "No tengas celos de mí,
que hoy se ha despedido el paje."
¡Bravo favor! ¡Brava cosa!
¡Oh, bien escrito papel!
ALBERTO. (¿No llegaremos a él?)
FELICIANO. (¡Es mi padre!)
TRISTÁN. (¡Ay, Juana hermosa!)
FELICIANO. Dame, mi señor, la mano.
ALBERTO. Alzate luego del suelo.
Ya cubres tarde el anzuelo
de tu soberbia, villano.
FELICIANO. ¿Qué es esto?
ALBERTO. La justa paga,
necio, de tu loco error.
(*De rodillas.*)
FELICIANO. Dame la mano, señor.
ALBERTO. ¿La mano? Con una daga.
No me preguntes por qué.
Las cartas están aquí.
ALBERTO. Hoy a Francia has de partir.
FELICIANO. Pues di,
¿qué he hecho?
ALBERTO. ¿Qué?
FELICIANO. No lo sé.
ALBERTO. Hoy a Francia has de partir.
Quítate calza y coleto.
FELICIANO. Señor, la partida aceto.
ALBERTO. Dalde luego de vestir.
FELICIANO. ¿Hoy? Pues ¿cómo?
ALBERTO. Por la posta.

---

(1) En el original, "*y el de* LISENO".
(2) En el texto este pasaje está así:

"FELICIANO. Oyete.
TRISTÁN. Quieres."

FELICIANO. ¿Con qué galas de soldado?
¿He de llevar, cual letrado,
calza larga y cuera angosta?
De aquí a un mes me podré ir.
ALBERTO. ¿De aquí a un mes? Hoy, luego.
FELICIANO. ¿Cómo?
ALBERTO. Eso a mi cargo lo tomo.
FELICIANO. ¿No me han de hacer de vestir?
ALBERTO. ¿Con qué de noche salías?
FELICIANO. De noche son galas locas.
ALBERTO. Si son locas, no son pocas.
Allá las harás.
FELICIANO. ¿Porfías?
ALBERTO. Llama, Tristán, a su hermana,
y tráele luego a la puerta
dos postas.
TRISTÁN. (Jornada es cierta.)
FELICIANO. ¡Señor!
ALBERTO. Tu plegaria es vana;
que es de revista sentencia
donde no hay suplicación.

(*Vase* TRISTÁN.)

FELICIANO. Eres jüez con pasión.
(Liseno, ¿es cierta mi ausencia?
¿Es de veras?
LISENO. Es, sin duda.
FELICIANO. ¿Sobre qué fué?
LISENO. Sobre el juego.)
FELICIANO. Señor, que me escuches ruego.
ALBERTO. Ruegas a una estatua muda.
FELICIANO. Cuando ese nombre te cuadre,
como en efeto es verdad,
usa conmigo piedad
y haránte estatua de padre.
(¿Quién, Liseno, lo contó?
¿Quién se lo ha dicho, Jesú?)
ALBERTO. ¿Dos mil reales juegas tú?
¿Ansí los ganaba yo?

(*Entre* LEONIDA, *su hermana.*)

LEONIDA. ¿Qué es, señor, lo que me mandas?
ALBERTO. Toma esta llave, Leonida.
LEONIDA. La color tienes perdida.—
Hermano, ¿en qué pasos andas?
FELICIANO. (A Francia me envía.
LEONIDA. ¿Qué dices?
FELICIANO. Ruégale que...)
ALBERTO. Toma ya;
del escritorio que está
entre aquellos dos tapices,
saca un pequeño talego.
LEONIDA. ¿Para qué?
ALBERTO. Parte.
LEONIDA. Ya voy.
ALBERTO. Abrevia.
FELICIANO. (Temblando estoy.)
ALBERTO. Entra y desnúdate luego.
FELICIANO. Tiempo habrá, o iréme ansí;
solas botas me pondré.
ALBERTO. ¿Tienes espuelas?
FELICIANO. No sé;
basta las que llevo en ti.

(*Entra* TRISTÁN, *lacayo.*)

TRISTÁN. Ya las postas se ensillaban.
Pero ¿para qué son dos?
ALBERTO. Porque habéis de ir con él vos.
¿Cómo tardan? ¿En qué estaban?
TRISTÁN. Yo boca abajo las vi.
No sé, por Dios, en qué están.
Pero ¿qué te ha hecho Tristán
que le destierras ansí?
¿Yo a Francia? ¿Tengo yo acaso
lamparones o otro mal?
ALBERTO. Vaya el igual con su igual.
TRISTÁN. ¿Yo su igual?
ALBERTO. Espera.
TRISTÁN. Paso.
ALBERTO. Déjame leer el papel
del sombrero.
TRISTÁN. ¿A qué intención?
ALBERTO. Cédula de confesión
debe de ser.
FELICIANO. (¡Ah, cruel!—
Guarda este papel, Liseno,
no le halle acaso en mí.)
ALBERTO. Y él diga qué trae aquí;
a ver, descúbrase el seno.
FELICIANO. Señor, que no traigo nada.
(*Vale sacando.*)
ALBERTO. Cordón de cabellos, bien;
cinticas también...
LISENO. También
es tu cólera extremada.
ALBERTO. Tu retrato.
FELICIANO. (Mil desmayos
me cubren.)
ALBERTO. Vive sin ley.
Ved qué gentil *Agnusdei*
para tempestad de rayos.

No, no; vos iréis adonde
el peto fuerte os le cubra,
para que el valor descubra
que a vuestra sangre responde.

(*Entra* LEONIDA *con un talego.*)

LEONIDA. El dinero traigo aquí,
y unas postas han llegado.

ALBERTO. Mil escudos he juntado
hoy en oro para ti.
Toma, pródigo, que impetras
la porción de tu substancia.
Parte a Francia, que allá, a Francia,
te enviaré cartas y letras.
Plega al Cielo que no vuelvas
de la (1) manera que partes,
de donde apenas te hartes
de bellotas por las selvas;
que si a la patria tu madre,
vuelves de tan vil manera,
no pienso matar ternera,
sino negar que soy padre.—
Entra, Leonida, y harás
que su ropa blanca toda
se le junte, y acomoda
alguna nueva demás.

(*Llora* LEONIDA.)

¿De qué lloras? ¡Vive el Cielo
que te...!

LEONIDA. ¡Ay, mi hermano!

ALBERTO. Liseno,
ven conmigo, que voy lleno
de cólera.

LISENO. Escucha.

ALBERTO. Bueno.

(*Vanse todos. Queda* FELICIANO *y* TRISTÁN, *su lacayo.*)

FELICIANO. Ya no digo que les hables,
sino que a Arminda le cuentes...
¿Qué estás hablando entre dientes?

TRISTÁN. ¡Sucesos, por Dios, notables!

FELICIANO. ¿De qué te ríes?

TRISTÁN. De verte
con mil escudos en oro.

FELICIANO. Pues yo, Tristán, eso lloro;
son vísperas de mi muerte.

TRISTÁN. Métete en cas de un figón
y comamos como grandes,
que no habrá Francia ni Flandes
de mayor recreación,
y estemos en caponera
con aquestos mil escudos.

FELICIANO. Sí, que en Madrid andan mudos
los cuervos de su ribera,
que acusan más que demonios.
En mi vida vi lugar
más sujeto a murmurar
y a levantar testimonios.
No hay sino prestar paciencia.

TRISTÁN. Sobre esa prenda bien creo
que la busque tu deseo.

(*Entre el* POSTILLÓN *de caballos.*)

POSTILLÓN. ¿Partiremos?

FELICIANO. ¡Brava ausencia!
Adiós, Madrid generoso,
corazón de España noble,
de donde reciben vida
los demás miembros conformes.
Adiós, alcázar del Rey,
más famoso entre los hombres
por las águilas del César,
que al mundo *plus ultra* pone.
Adiós, patios paseados
de pretendientes disformes,
losas que son sepulturas
de imposibles pretensiones.
Adiós, templos y edificios,
casas, plazas, calles, torres
ocupados de hombres, damas,
confusión, caballos, coches,
virtudes, hipocresías,
amistades y traiciones,
trazas, quimeras, deseos,
verdades, mentiras, voces;
castas Lucrecias, Tarquinos,
Sol, Venus, Martes, Adonis,
Celestinas y Calistos,
Parmenos, Sempronios dobles;
armas, plumas, galas, sedas,
músicas, pincel, colores,
fiestas mal vistas, paseos
de diferentes naciones;
poetas quejosos siempre
de la fe de los señores,
porque es ya desdicha suya
ser invidiosos y pobres.
Adiós, famosas Audiencias,

(1) En el original, "de otra", por errata.

donde Dios juzga y Dios oye
por tan famosos ministros
como Alciato compone.
Adiós, fuentes; adiós, ríos,
alamedas, prados, bosques,
tardes del sol en invierno
y del verano las noches;
casas de moneda y gusto
adonde se bate el cobre,
mar adonde tantos viven
y que tantas naves sorbe.
Adiós, caudalosos juegos,
por quien mi padre, de bronce,
hasta Francia me destierra
de los pechos de la corte.
Adiós, Arminda; adiós, celos,
papeles, gustos, amores,
que sólo un taco de trucos
ha dado conmigo en Londres.
Adiós, amigos fingidos,
moneda que ahora corre,
y si verdadero alguno
mi destierro sienta y llore.—
Postas, camarada, vamos.

(*Vase* FELICIANO.)

TRISTÁN. Adiós, tabernas de corte,
galera en que yo solía
fundar mis estanteroles;
lavaderos y pilares,
baratillo y herradores.
Adiós, Juana, que sin duda
me has pegado lamparones,
pues voy a curarme a Francia
en un rocín matalote.—
¿Cómo os llamáis vos, hermano?

POSTILLÓN. Yo, Tristán, llámome Gómez.

TRISTÁN. Vamos, y vaya conmigo
el alano de San Roque.

(*Vanse. Entra* CLAVELA *y* DORISTA, *dueña.*)

CLAVELA. Mientras está aquí Teodoro,
Dorista, no me hables nada,
que está la puerta cerrada
a billetes y a tesoro.
No quiero que de mi fama
alguna flaqueza sienta.

DORISTA. Y ¿cuándo partirse intenta?

CLAVELA. Cuando quisiere su dama,
que ella le detiene aquí.

DORISTA. A París dice que va.

CLAVELA. Sí va.

DORISTA. Y ¿cuándo volverá?

CLAVELA. Eso no me ha dicho a mí.

DORISTA. Bien puedes ahora hablar,
pues esta es buena ocasión.

CLAVELA. Mientras él está en Lèón,
¿cómo te puedo escuchar?

DORISTA. Seis papeles te traía
de seis hombres, cuando menos,
de mil necedades llenos.

CLAVELA. Buen libro, por vida mía,
si fuera de devoción.

DORISTA. No sé qué esperan tus años,
porque el tiempo y sus engaños
Mercurio y sus alas son.
Goza del oro que llueve
átomos del sol brillantes
sobre tus marfiles antes
que le vuelva el tiempo en nieve.
Goza esas rosas que enjugas
sin afeitados martirios,
antes que las vuelvan lirios
los años y las arrugas;
y esa boca, mientras deja
que rojo coral la adorne,
antes que la edad la torne
como faltriquera vieja.
Los dientes, que perlas son
en nácar, antes que sean
tales, que cuando los vean
parezcan corcho o carbón;
y ese cuello, y ese pecho,
y esas manos, y ese todo,
antes que...

CLAVELA. Tú hablas de modo
que ya en tu edad me sospecho.
Dorista, ¿qué puedo hacer
si es descuido de mi hermano?

DORISTA. ¿Que él te ha de casar?

CLAVELA. Es llano,
que ya estoy en su poder;
no tengo otro padre yo.

DORISTA. ¡Ay, Clavela! A Dios rogando,
pero con el mazo dando.
Ayúdate tú.

CLAVELA. Eso no,
que no es de mi calidad.

DORISTA. ¡Qué inútil es la belleza
empleada en tal tibieza!

CLAVELA. ¿Soy muy tibia?

DORISTA. Sí, en verdad.

¡Ay de doncellas que veo
que hacen mil estaciones,
ayunos y devociones
con este justo deseo!
Si aguardas a que tu hermano,
que, enamorado de Elisa,
le da tu hacienda, él te avisa
que tú le aguardas en vano.
Sé tú como alguna loca
que aguarda, por lo encogido,
que le metan el marido
con la cuchara en la boca.
Descúidase el padre, amiga;
pasa en flor sin pasar plaza,
y queda la calabaza
la simiente en la barriga.
No lo ha de hacer todo un padre,
no ha de ser todo concierto,
no es muy malo Filiberto,
¡por el siglo de mi madre!
Que aun hoy le he visto llorar
porque no le quieres bien.

CLAVELA. No le muestro yo desdén;
pero no le puedo hablar.

DORISTA. No hay en Francia tal mancebo,
tan rico ni gentil hombre,
y tú huyes de su nombre
por lo que le quiero y debo.
¡Qué donaire y discreción!
¡Qué gala y qué bizarría!

CLAVELA. Debe de ser que soy fría
y helada de condición.

DORISTA. Créeme que me ha obligado,
y esto de darme interés
vuelve un monte del revés.
Ya es enojarte excusado,
pues Filiberto está aquí,
que por el jardín entró.

CLAVELA. Y ¿quién le ha metido?

DORISTA. Yo.

CLAVELA. ¿Qué dices?

DORISTA. Entra.

CLAVELA. ¡Ay de mí!

(*Entra* FILIBERTO, *galán francés.*)

FILIBERTO. De tan grande atrevimiento
doy, señora, por disculpa
ser vos la causa y la culpa
de este honrado pensamiento.
Ansí, que si él es culpado
de haberos dado disgusto,
pensamiento que es tan justo
no puede ser castigado.
Y si a eso me condena
ese rostro, que me obliga,
cuando mi pena castiga
volverá la gloria en pena.

CLAVELA. De este vuestro atrevimiento
que parece que os disculpa
ser yo la causa, es la culpa
de tan loco pensamiento.
Ansí, que si él es culpado
de haberme dado disgusto,
lo que no puede ser justo
merezca ser castigado.
Porque mal podrá guardaros
quien se ha de guardar de vos,
y hay distancia entre los dos
de aborreceros y amaros.

FILIBERTO. Quien de amor tiene experiencia,
de tu firmeza y mudanza
suele tener confianza
y en sus trabajos paciencia.

DORISTA. (¡Qué perfiladas locuras
y qué almíbar de razones!
¡Qué confitadas pasiones!
¡Qué sabrosas confituras!
Nunca pude ver, por Dios,
estos amantes de fama.
Todos dicen a su dama:
"Ojos, decíselo vos."
¿Razones por alambique
me vas ahora sacando
cuando el brazo está aguardando
a que el barbero le pique?
De algunos de éstos presumo
que, por que el amor encarne,
quieren tanto asar la carne
que se les va todo en humo.

FILIBERTO. Pues ¿qué haré yo, madre amada?
¿Cómo podré enternecella?

DORISTA. ¿Piensas que es una doncella
como una mujer taimada?
Cuantas primerizas veo,
hasta que amor se confirme,
tienen la lengua muy firme,
pero muy flaco el deseo.
Oye, espera, que hay mujer
de estas que alargan los plazos,
que quieren venir a brazos
para dejarse vencer.
Llega y tómale un abrazo.)

(*Va a ella.*)

FILIBERTO. Señora, no sé si acierto...
CLAVELA. ¿Qué es aquesto, Filiberto?
FILIBERTO. Amor, señora.
DORISTA. (¡Ay, asnazo!)
CLAVELA. ¿Qué tienes?
FILIBERTO. Amor, señora.
CLAVELA. ¿Qué haces?
FILIBERTO. Señora, amor.
CLAVELA. ¿Conmigo?
FILIBERTO. Amor y temor
fuerzan el alma que adora.
CLAVELA. Déjame.
FILIBERTO. Mi amor te iguala.
CLAVELA. ¿Fuérzasme?
FILIBERTO. Amor y mi fe.
DORISTA. (Estáte siempre en la be,
como el cordero que bala.
Amor, amor, en rigor,
es obras, obras es ya.
FILIBERTO. La primera letra es ***A***
del a, be, ce del Amor.
Mientras de aquí no me apartes
no diré más, ni lo creas.
DORISTA. Pues si siempre deletreas,
nunca juntarás las partes.)
FILIBERTO. Señora, dadme una mano.
CLAVELA. ¿Con qué fe?
FILIBERTO. La de marido.
CLAVELA. ¿Será cierto?
FILIBERTO. Así la pido.
DORISTA. ¿Clavela?
CLAVELA. ¿Quién es?
DORISTA. Tu hermano.
CLAVELA. ¡Ay de mí! ¿Qué haremos?
DORISTA. Corre,
escóndete allí.
FILIBERTO. Sí hare.

(*Vase* FILIBERTO. *Sale* LEONARDO.)

LEONARDO. Hasta tus pies llegaré,
si tanto Amor me socorre.
DORISTA. No es tu hermano.
CLAVELA. Pues ¿quién es?
DORISTA. Leonardo.
CLAVELA. ¿Cómo has entrado?
LEONARDO. Trayendo el cuerpo el cuidado,
y el alma y Amor, los pies.
CLAVELA. ¿Ha sido tuyo este enredo,
Dorista?
DORISTA. Porque le hablé,
di más que mi enredo fué.
CLAVELA. Basta, obligada te quedo.
Poco a poco, si te agrada,
irás trayendo el lugar.
DORISTA. ¿No es mejor que no buscar
ser una mujer buscada?
¿No sabes tú que el ratón,
cuando tiene un agujero,
nunca goza el año entero
segura la posesión?
Cuando en cas de un mercader
algo pretendes comprar
¿no le obligas a sacar
diferencias para ver?
Pues ¿qué enredos hay aquí
para que agora los nombres
si has de escoger de mil hombres
uno que te agrade a ti?
LEONARDO. ¿Tanto en subir te he ofendido?
CLAVELA. ¿Puede ser mayor locura?
LEONARDO. Eres tú mi lumbre pura;
loca mariposa he sido.
CLAVELA. Yo te quemaré las alas.
LEONARDO. Como las del corazón.
DORISTA. (Ya con la comparación
al otro necio te igualas.
¡Ah, buen siglo haya mi edad,
que el requiebro más sabido
era un ¡ay! interrompido
y una sencilla verdad!
Que es ver un amante ahora
hecho un costal de traiciones,
andar por comparaciones
del Sol, del Febo y la Aurora.
Decir con la voz muy flaca:
"No cómo sino tormento",
y de una legua su aliento
huele a salpicón de vaca.)
LEONARDO. Que no hablan de esa dureza
y ese rigor inhumano.
DORISTA. Gente suena.
CLAVELA. ¿Si es mi hermano?
DORISTA. Escóndete en esa pieza.

(*Vase a esconder* LEONARDO.)

CLAVELA. ¿Parécete bien, Dorista?
¿Ansí a mi honra te atreves?
DORISTA. Guárdate tú como debes,
que poco importa la vista.

(*Entran* OCTAVIO *y* TEODORO.)

TEODORO.

Puesto, Clavela, que hasta agora ha sido,
como de mi descuido habrás pensado,
para solicitarte igual marido
en alguna manera descuidado,
es el mayor cuidado que he tenido
ver de mis hombros el rigor quitado
de tu remedio como prenda mía
llegando de su efeto el cierto día.
La ausencia que a París hago no tiene
otra ocasión, porque este hidalgo honrado,
que conmigo a besar tus manos viene,
es a quien darte la palabra he dado;
y porque hablar sus padres nos conviene,
que tienen en París igual estado,
a la partida quiero que le veas,
firmando aquí lo que en volviendo seas.

OCTAVIO.

Si como forastero en León no ha sido
Octavio, que en París buen nombre tiene,
de vos y vuestros deudos conocido,
por ellos a besar vuestros pies viene;
éstos, humilde, como esclavo, os pido,
aunque su gloria mi humildad detiene.

CLAVELA.

Paso, señor; no hagáis tan grande exceso.

OCTAVIO.

Pues la tierra en que están adoro y beso.
Dichoso el día que os vi, que el mismo día
Amor me prometió ventura tanta,
no porque de mis méritos confía,
mas porque mi esperanza me levanta.
Decid con solo un "sí" que seréis mía
antes que vuelva de León la planta,
que no me partiré sin que el concierto
quede por vos y vuestro hermano cierto.

CLAVELA.

La elección de Teodoro tal ha sido,
según vuestra presencia y honra muestra,
que sólo del temor interrompido
no os doy el justo "sí" de que soy vuestra.

OCTAVIO.

Pues ése, humilde, como esclavo, os pido.

TEODORO.

Pues si queréis firmar la hermandad nuestra,
haya testigos.

OCTAVIO.

Llamen dos amigos.

DORISTA.

Yo llamaré, señora, a dos testigos.
(Qué gentil ocasión la que se ofrece (*Ap.*)
para sacar de casa a estos dos hombres,
que en mí, y aun en Clavela, el temor crece.)

CLAVELA.

(¿Dorista?

DORISTA.

Que ya entiendo, no los nombres.)

(*Vase* DORISTA.)

OCTAVIO.

¿Que mi ventura tanto bien merece?

TEODORO.

(De la nuestra es muy justo que te asombres.
¿No te agrada su talle?

CLAVELA.

Si es tu gusto,
esto es razón que me parezca justo.)

(*Entra* DORISTA *con* LEONARDO *y* FILIBERTO.)

DORISTA.

A estos dos caballeros he llamado.

FILIBERTO.

(Cielos, ¿qué veo? ¿No es aquel Teodoro?)

LEONARDO.

(¿Este no es el hermano de Clavela?)

TEODORO.

¡Oh, caballeros! Huelgo que sean tales
los que de tales bodas son testigos.

FILIBERTO.

Esta dueña, señor, nos ha llamado,
aunque la causa no nos dijo.

OCTAVIO.

Es ésta:
que yo a Clavela doy y ella da a Octavio
la mano con solene juramento
que será mi mujer y yo su esposo.—
Decid que sí, que yo lo mismo digo.

CLAVELA.

Digo que sí.

FILIBERTO.

Y yo que soy testigo.

LEONARDO.

También yo lo seré. (¡ Suceso extraño !)

TEODORO.

Vuesas mercedes vayan en buena hora.

FILIBERTO.

En la misma quedéis. (Cielos, ¿qué es esto?
¿Que a ver mi muerte vine?)

LEONARDO.

(¡ Ay, Cielo airado!
¿Que aquesto vino a ver mi atrevimiento?)

FILIBERTO.

(Si no fuera casándose Clavela,
propósito tenía de mataros
cuando os hallé cerrado en mi aposento.

LEONARDO.

Y yo, cuando os hallé, ¡ por Dios !, le tuve;
pero la igual desdicha me parece
que igualmente nos puede hacer amigos.

FILIBERTO.

Vamos.)

DORISTA.

(¡ Qué buenos van los dos testigos !)

TEODORO.

Con esto, pues, a desnudarnos vamos
mientras que los caballos prevengamos.

OCTAVIO.

Dame un abrazo, esposa mía querida.
(*Abrácense.*)

CLAVELA.

¿Habéisme de olvidar?

OCTAVIO.

Vos sois mi vida.

TEODORO.

Vamos, que es tarde.

DORISTA.

(¡ Casamiento extraño !)

CLAVELA.

(Dorista, bien lo has hecho.

DORISTA.

¡ Bravo engaño !)

(*Vanse todos; quedan ellas, y salen por otra puerta* FELICIANO, *muy galán, de camino, y* TRISTÁN, *su lacayo.*)

FELICIANO. ¡ Brava ciudad es León !
TRISTÁN. De las mejores de Francia.
FELICIANO. ¿No bebiste?
TRISTÁN. Estaba rancia
la brizna de aquel jamón.
¡ Oh, perniles de la Mancha
y vino de San Martín,
cuándo en vos mi bergantín
echará en tierra la plancha !
¿Dónde habemos de ir de aquí?
FELICIANO. A Saluces.
TRISTÁN. ¿A Saluces?
FELICIANO. Pues bien, ¿de qué son las cruces?
TRISTÁN. Pues ¿vas al Piamonte?
FELICIANO. Sí,
y luego habemos de entrar
en los Alpes.
TRISTÁN. ¡ Bravos son !
Por allí pasó Borbón
cuando a Roma fué a cercar;
pero pasólos con nieve.
FELICIANO. Tú los pasarás con vino.
TRISTÁN. Cansado estoy del camino.
FELICIANO. Bien se anda.
TRISTÁN. Poco se bebe.
FELICIANO. ¿Qué hará ahora el buen Madrid?
TRISTÁN. Digo yo que estará quedo.
FELICIANO. ¿Y Arminda?
TRISTÁN. Decirte puedo
que la engañó un lindo ardid.
FELICIANO. Si se está quedo el lugar,
también Arminda.
TRISTÁN. No sé;
por él te aseguraré
que ansí le habemos de hallar.
¡ Qué comparación tan breve:
caldero y pozo !
FELICIANO. ¡ Y qué baja !
TRISTÁN. El caldero sube y baja;
pero el pozo no se mueve.
Ansí será Madrid y ella:
él quedo y ella mudable.
FELICIANO. No hay cosa que el necio hable
que no me mate con ella.
Esto es lo que yo temía.
Y Madrid, en fin, ¿qué hará?
TRISTÁN. Hará sol y lloverá,
como otras veces solía.
A un niño puede igualarse.
FELICIANO. Pues ¿cómo a un niño un lugar?
TRISTÁN. Que acabado de limpiar
vuelve otra vez a ensuciarse.

FELICIANO. ¡Ah, Prado mío!
TRISTÁN. Bien haces;
como jumento recuerdas.
FELICIANO. ¿Cómo ansí?
TRISTÁN. Porque te acuerdas
del lugar adonde paces.
FELICIANO. Muy de aguador enojoso
me comparastes, señor;
mas vos no sois aguador.
TRISTÁN. Pues ¿qué soy?
FELICIANO. Hombre vinoso.
TRISTÁN. Eso sí, ¡pese a mi sayo!
Niega lo de Perpiñán.
FELICIANO. ¿Qué tuve allí, ganapán?
TRISTÁN. Borracho, ¡por San Pelayo!,
pues dijiste que era coche
de un albañal el ruído,
y en tu vida no has tenido
más honra que aquella noche.
FELICIANO. Calla, necio.
TRISTÁN. Eso se calle.
FELICIANO. ¡Qué dos mujeres se ofrecen!
¡Qué bien sin mantos parecen
las francesas por la calle!
TRISTÁN. Para la corte española
eran buenas.
FELICIANO. ¿Ah, madama,
queréis...?
TRISTÁN. Madama la llama.
FELICIANO. Oírme, pues que vais sola.
CLAVELA. Dejadme, señor.
TRISTÁN. Y vos,
¿volete dona onorata
que vi done cualque pata,
digo, mano?
DORISTA. Andá con Dios.
TRISTÁN. ¡Señora!
DORISTA. Dejadme, hermano.
¡Jesús, qué pesado es!
TRISTÁN. (¿Quién me mandó hablar francés,
que llaman pata a la mano?)
FELICIANO. (Tristán, a mil hermosuras
pone este ángel tasa y mengua.
TRISTÁN. Enamórate en tu lengua
y déjate de locuras.)
DORISTA. (Este mozo es español.
Pues tu hermano no está aquí,
hazle una burla.
CLAVELA. Sea ansí.)
FELICIANO. (Esta no es mujer, es sol.
TRISTÁN. Sea de invierno, porque pasa
presto aunque tarde amanece.
FELICIANO. Más de verano parece
en lo que de presto abrasa.
Sangre me ha dado.
TRISTÁN. ¿En qué modo?
FELICIANO. En que la sangre me ha helado.)
CLAVELA. Español, diga, ¿es soldado?
TRISTÁN. El es soldado y yo y todo.
FELICIANO. ¿Quién te mete en eso a ti?
¿No sabré yo responder?
TRISTÁN. Es porque ya la mujer
se va aficionando a mí.
FELICIANO. Señora, soldado soy;
mas yo tan herido quedo,
que apenas deciros puedo
que agora soldado estoy.
TRISTÁN. (Necio has andado y curioso
en decir que estás soldado.
FELICIANO. ¿Por qué?
TRISTÁN. Porque habrá pensado
que estás quebrado o potroso.)
CLAVELA. Y ¿dónde vais?
FELICIANO. A la guerra
del General Condestable.
CLAVELA. (Talle tiene razonable.
Quien los alaba no yerra.
¡Oh, español!)
DORISTA. (¿Qué dices?
CLAVELA. Digo
que es galán y gentil hombre.)
¿Cómo es, señor, vuestro nombre?
TRISTÁN. Tristán me llamo.
FELICIANO. Enemigo,
¿no ves que me habla a mí?—
Feliciano me he llamado,
que hasta ahora no he pensado
que tal nombre merecí.
Ahora que puedo veros
más que Feliciano soy.
(¡Cielos, perdiéndome voy!)
CLAVELA. No son los soldados fieros.
Bravos los imaginé;
pero vos sois tierno y blando.
FELICIANO. Es que me voy regalando,
cual cera, al sol que miré.
CLAVELA. (¡Ay, Amor! ¿Qué siento en mí
cuando aqueste español veo?)
FELICIANO. ¿Queréis cumplirme un deseo?
CLAVELA. ¿Hablaréis honesto?
FELICIANO. Sí.
¿De dónde venís?
CLAVELA. De ver
partir un hombre a París.
FELICIANO. ¿Era muy vuestro?

(Hablan aparte FELICIANO *y* CLAVELA.*)*

TRISTÁN. Amadís
se comienza a enternecer.
Hablemos vos y yo, dona,
si no es que, por dicha, os pesa,
que pues sois dueña francesa
debéis de ser quintañona.

DORISTA. ¿Sois vos Lanzarote acaso?

TRISTÁN. Soy camarada y amigo
de este hidalgo, criado digo,
que siempre adelante paso.
Digo que él viene tras mí,
él a caballo y yo a pie.

DORISTA. Lacayo diréis.

TRISTÁN. No sé.
Su dinero traigo aquí.
Allá en mi tierra hay pelones,
que es grande usanza en Castilla
un criado ser malilla
en todas las ocasiones.
Y yo ansí ya con él como
y luego le ensillo el bayo,
porque a veces soy lacayo
y a veces soy mayordomo.

DORISTA. ¿Es bien nacido?

TRISTÁN. Y qué tanto;
entero, cual ves, nació.

DORISTA. ¿Es caballero?

TRISTÁN. ¿Yo? No.

DORISTA. El digo.

TRISTÁN. De vos me espanto.
¿No lo veis en los aceros?
Sangre apurada en crisoles.

DORISTA. Que todos los españoles
decís que sois caballeros.
¿Lleva gran dinero?

TRISTÁN. ¡Madre!
Mil escudos lleva en oro,
y han de enviarle un tesoro,
que tiene un tesoro el padre.
Y yo os daré a vos...

DORISTA. ¿Qué es vos?

TRISTÁN. ¿No me queréis vos, mi luz?

DORISTA. Desvíate allá, avestruz.

TRISTÁN. No quiero ollaza de arroz.

DORISTA. (Hablar quiero a mi señora.—
Clavela, escucha.

CLAVELA. ¿Qué quieres?)

FELICIANO. (¿Tristán?

TRISTÁN. Aquestas mujeres
nos detienen aquí ahora.

FELICIANO. ¡Ay, Tristán, que estoy sin mí!

TRISTÁN. ¡Oh, pesia a quien me parió!
Resiste.

FELICIANO. No puedo.

TRISTÁN. ¿No?
Mañana te irás de aquí.)

(Han estado hablando las dos solas.)

DORISTA. (¿No será la burla buena,
pues que no está aquí tu hermano?

CLAVELA. ¡Extremada!—Ya es en vano
querer encubrir mi pena.
Por el hombre estoy perdida.)

DORISTA. Señor, ¿qué es vuestra intención?

FELICIANO. Yo estoy de paso a León
y en el alma de partida,
y porque aquesto es mañana,
si esta noche...

DORISTA. Ya os entiendo.
Mas la dama que estáis viendo
es de un caballero hermana,
y si acaso os ha de ver
mil escudos de oro es poco.

FELICIANO. (Hoy hago un hecho de loco
por tan gallarda mujer.)
Tristán, muestra ese dinero.

TRISTÁN. Veslo aquí.

FELICIANO. Aquí hay mil escudos
y dos hombres que son mudos.

DORISTA. Basta ser vos forastero
y ser español. Venid
por que la casa sepáis
y anochecido vengáis.

TRISTÁN. (¿Dístelo?

FELICIANO. Diera a Madrid.)

DORISTA. (Ya tengo los mil.

CLAVELA. ¡Ay, triste,
que tú le quieres burlar
y yo el alma le he de dar!)

TRISTÁN. (¡Qué gentil locura hiciste!
¿Con qué has de irte?

FELICIANO. Ya me pesa.
El caballo venderemos.)

DORISTA. ¿Vamos?

FELICIANO. Siguiéndoos iremos.

CLAVELA. (¡Ay, español!)

FELICIANO. (¡Ay, francesa!)

TRISTÁN. (¡Ay, engaños!)

DORISTA. (¡Ay, ganancia!)

TRISTÁN. (¡Ay, escudos!)

FELICIANO. (¡Ay, vivir!)

TRISTÁN. (Ojos que los vieron ir,
no los verán más en Francia.)

ACTO SEGUNDO
DE *La Francesilla.*

(*Sale* FELICIANO *y* TRISTÁN.)

FELICIANO. No me entristezcas, Tristán;
mi desventura me baste.
TRISTÁN. ¡Qué Circe, señor, topaste
que tales formas nos dan!
Tras cogernos el dinero
como pájaros burlados,
vamos los dos transformados,
yo en sátiro, tú en carnero.
FELICIANO. Boecio pinta muy clara
aquesta transformación.
¿De qué casa de Milón
tan baja forma sacara?
TRISTÁN. ¿Qué diablos me estás diciendo
inútiles bernardinas
en tiempo que a pie caminas
y de hambre vas muriendo?
¡Ah, vieja de Satanás,
pescador con piel de cabra!
FELICIANO. No me hables más palabra.
TRISTÁN. Manda menos y anda más.
FELICIANO. ¡Ah, villano!
TRISTÁN. Y labrador,
que a un jumento a andar enseña
que va cargado de leña
y descargado de honor.
FELICIANO. ¿No hizo el César romano
más indignos desatinos?
TRISTÁN. No iba a pie por los caminos
las espuelas en la mano.
No la dieras los quinientos
y ahorraras de zapatos,
y compraras más baratos
estos arrepentimientos.
¿Dónde habemos de ir ansí?
FELICIANO. A mi padre escribiré
que me robaron.
TRISTÁN. No sé
si te ha de creer.
FELICIANO. Yo sí.
TRISTÁN. ¡Que dos hembras y un deseo
te quitan cuanto tenías!
FELICIANO. Ansí hicieron las arpías
los manjares de Fineo.
TRISTÁN. Historias.
FELICIANO. Este es lugar.
Buscaré un jumento en él,
que en lo de a pie soy novel
y no puedo caminar,
y aun aquí descansaré
mientras lo que digo hallo.
TRISTÁN. ¡Que una noche de a caballo
cueste mil años de a pie!
FELICIANO. Este parece mesón.
Las botas limpiarme quiero.
TRISTÁN. Aquí sale el Hostelero.
FELICIANO. Tristán, disimulación.

(*Sale el* HOSTELERO.)

HOSTELERO.

Mil veces vengan norabuena, príncipes,
que esta es posada de famosos Césares.
No pasen adelante, que en el término
no la podrán hallar más a propósito.
¿Qué es del caballo? ¿Es posta? ¿Es corcel de [Africa?
¿De Frisia o Grecia? ¿O es bridón de Nápoles?
¿Tordillo, overo, rucio, blanco, rígido,
manso, feroz, hidalgo, noble o zaino?
¿Queréis cebada, cardos, zanahorias,
paja, alcacel, alfalfa?

FELICIANO.

¡Bravo estrépito!

TRISTÁN.

¿Ansí son por aquí todos los huéspedes?
Señor, no andéis ahora tan solícito,
que no hay caballo aquí, freno, ni jáquima;
mas pues baja la noche melancólica,
apercibid la cama y la bucólica;
haya sustento honrado y limpias sábanas.

HOSTELERO.

¿Sustento? ¡Pesia tal!

TRISTÁN.

Pues ¿qué hay?

HOSTELERO.

Diez cónsules
pueden comer, porque hay manteles cándidos,
varias toallas de un famoso artífice,
con clavellinas, alhelíes y tréboles,
orejones en Rhin, manteca esguízara,
almendras y melones como azúcares,
uvas, ciruelas con panales vírgines,
tocino lampreado, pastel, tórtolas,
gallina y perdigón con limas ásperas,
macarrones, arroz, sopas con ánades,
chorizos, longanizas y cilléruedas,
tortadas, manjar blanco y almojábanas,
truchas, salmón y róbalo con sábalo,

aunque pescado y carne niega el médico;
para postre, con vinos odoríferos,
malvasía y cerveza y pomas de ámbares,
queso de España, olivas con su orégano,
toallas, mondadientes y agua de ángeles.

FELICIANO.

La relación me ahita.

HOSTELERO.

Entrad.

TRISTÁN.

¿Hay rábanos?

HOSTELERO.

Hay rábanos, hay cardos y hay peruétanos,
chirivías, hinojo, anís, espárragos
y para Venus hay ostión marítimo;
pues para la bebida más espléndida
oro, plata, cristal, metal y nácares,
porcelanas japónicas y chínicas.

FELICIANO.

Vamos, porque le ha dado la tarántula
y dirá que [en] enero tiene albérchigos.

HOSTELERO.

¿Qué digo?

TRISTÁN.

¿Qué queréis?

HOSTELERO.

Un poco pálido
viene este caballero.

TRISTÁN.

Desde el miércoles
le dió cierta señora vino estítico,
y, como amante enfermo del estómago,
anda el pobrete con aquellos báguidos
mirando al cielo, que parece astrólogo.

HOSTELERO.

Dalle quiero a beber con unos dátiles.

TRISTÁN.

Y a mí con un jamón, y sea purísimo,
que me tiene el amor acabadísimo.

(*Vanse todos; salen* OCTAVIO *y* TEODORO, *de camino.*)

TEODORO. ¡Buena jornada hemos hecho!
OCTAVIO. ¡Hola! Esas postas pasea.
TEODORO. Todo ha sido sin provecho.
OCTAVIO. Yo me huelgo que ansí sea,
para sosegar el pecho.
TEODORO. ¡Que olvidase los papeles!
OCTAVIO. Anda, no te desconsueles,
veré otra vez a mi esposa.
TEODORO. ¿Holgaráste?
OCTAVIO. Es justa cosa,
y tú más de lo que sueles.
TEODORO. ¿Por qué?
OCTAVIO. Por ver a tu Elisa.
TEODORO. ¿Qué dirá cuando nos vea
de vuelta con tanta prisa?
OCTAVIO. El alma, que la desea,
me parece que la avisa.
TEODORO. ¡Qué tierno me despedí!
OCTAVIO. ¿Ha mucho que la pretendes?
TEODORO. Dos años ha que la vi.
OCTAVIO. ¿Casarte con ella emprendes?
TEODORO. Pretendo, Octavio, que sí.—
¡Oh, huésped!

(*Sale el* HOSTELERO.)

HOSTEL. Señores míos,
¿dónde volvéis?
TEODORO. A León.
HOSTEL. Partiendo con tantos bríos
¿volvéis en esta ocasión?
TEODORO. Suceden mil desvaríos.
Un papel que me olvidé
me hace volver; mas no importa,
mañana volver podré;
la jornada es algo corta.
¿Hay que comer?
HOSTEL. Bien, a fe.
TEODORO. Pues venga, mientras se ensilla.
¿Hay algún huésped acaso
que nos ocupe una silla,
si no es que va tan de paso
que no coma hasta la villa?—
Porque no me sabe bien
lo que como, si camino,
menos que a la mesa estén
cuantos hallo en el camino.
OCTAVIO. Bien decís, y a mí también.
HOSTEL. Todos, por mi fe, se han ido.
OCTAVIO. Quizá por miedo del sol.
TEODORO. Qué, ¿no hay nadie?
HOSTEL. Aquí ha venido
un gentil hombre español
de buen talle y bien vestido.
TEODORO. ¿Español?
OCTAVIO. ¿Español?
HOSTEL. Sí,
aunque con tristeza extraña.
TEODORO. ¿Español? Llamalde aquí,
sabremos cosas de España.

HOSTEL. No es hombre que saldrá ansí,
fuera de que es gran tristeza
la que trae en la cabeza.
OCTAVIO. Mas cortesano ha de ser.
Convidémosle a comer.
TEODORO. Y ¿adónde está?
HOSTEL. En esa pieza.
TEODORO. ¿Ah, señor español?
TRISTÁN. ¿Quién
llama a mi señor?
OCTAVIO. Decid
que dos hombres.
TRISTÁN. Está bien.
FELICIANO. ¿Son acaso de Madrid?
TRISTÁN. ¡Oh, que mal Madrid te den!
Franceses son de León.
Bien es que hablallos procures,
que, al fin, caballeros son.
Llega.
OCTAVIO. ¿Español?
FELICIANO. ¡Oh, monsures!
OCTAVIO. ¿Soldado?
FELICIANO. En la profesión.
TEODORO. Triste dicen que venís.
Alegraos, por vida mía,
que este es alegre país.
OCTAVIO. ¡Buen talle, por vida mía!
FELICIANO. Si de veras lo decís,
recibo merced.
TEODORO. Hacér-
nosla podéis en comer
hoy, español, con los dos.
TRISTÁN. (Brindalle quieren, ¡por Dios!
El se ha de echar a perder.)
FELICIANO. Es gran merced para mí.
TEODORO. ¿Qué hay de España?
FELICIANO. Nada allí
que sea nuevo ni se escriba.
Partió el Archiduque.
TEODORO. El viva
mil años.
FELICIANO. Dios lo haga ansí.
TEODORO. ¿El Rey?
FELICIANO. Bueno, Dios le guarde
con el sucesor divino,
águila que emprende alarde
contra el neblí sarracino
y el azor de Asia cobarde.
TEODORO. ¿Vais al Piamonte?
FELICIANO. Allá voy.
TEODORO. ¿De qué estáis tan triste?
FELICIANO. Estoy
triste desde ese lugar.
OCTAVIO. ¿Queréis la ocasión contar?
Perdonad si enojo doy.
FELICIANO. No es nada.
TEODORO. Decid lo que es,
porque si tiene remedio
con vida o con interés...
no estáis del Africa en medio,
sino del reino francés.
Amigos, dineros, vida
desde aquí os queda ofrecida.
FELICIANO. Mientras que ponen la mesa
os quiero contar mi empresa.
TEODORO. Será con piedad oída.
FELICIANO. Del rigor de un padre airado
partí por fuerza a la guerra,
con mil escudos en oro
mientras que llegaban letras.
Llegué a la gran Zaragoza,
en edificios soberbia;
a Perpiñán y a Tolosa
y a la francesa Provenza.
Por Lenguadoc pasé a Francia,
y entré en León una fiesta,
donde, a la puerta famosa,
vi dos mujeres francesas.
Una moza, ángel en todo,
otra en todo diablo y vieja,
que de ver partir un hombre
a París daban la vuelta.
Saludélas muy cortés,
saludáronme y paguélas
por dos veces las saludes
para que de rabia mueran.
Enamoróme la dama
y engañóme la sirena;
aquélla me lleva el alma
y ésta la bolsa me lleva.
Yo, que no tengo del todo
cerrada bien la mollera,
con lucidos intervalos
y lucida gentileza
di el alma al ángel que digo
y la bolsa a la tercera,
alma de oro en los escudos,
porque eran el alma de ella.
Supe la casa, y en viendo
llegar la noche a su puerta,
llamé con señas, y abrieron
en conociendo las señas.
Quisieran que me quedara;
mas la taimada hechicera
me la traspuso otro día,
que nunca más supe de ella.

Resfrióseme el amor
echando menos la prenda,
o echando menos el oro,
que era la nieve más cerca.
Vendí un frisón que tenía,
y, tomando a pie la senda
de este lugar, vengo agora
haciendo a mi bolsa endechas.
Esta es mi historia, señores;
si queréis saber más nuevas,
la dueña llaman Dorista,
y la señora, Clavela.

TEODORO. (No me ha quedado color.
OCTAVIO. Disimula.
TEODORO. Ansí conviene.
OCTAVIO. Si esto es verdad, morir tiene.
TEODORO. ¡Ah, Cielos!
OCTAVIO. ¡Notable amor!
TEODORO. Dejadme con él a mí,
que a León le he de llevar.)
¿A pie habéis de caminar?
FELICIANO. (No puedo más.) Señor, sí.
TEODORO. Eso no, que un caballero
cual vos merece favor.
¿Qué me daréis vos, señor,
por otro tanto dinero?
FELICIANO. No tengo seguridad
sino mi persona y Dios.
TEODORO. Yo quiero fiar de vos.
A vuestro padre avisad
que me los remita aquí
en letras, o a Bisanzón;
pero volved a León
conmigo, porque está allí.
FELICIANO. Echarme quiero a esos pies,
que vos me echáis en prisiones.
TEODORO. Estas son obligaciones
de un gentilhombre francés.—
¿Comeremos?
HOSTEL. Ya está a punto.
TEODORO. Pues vamos alegremente.
Buen huésped, venga esa gente.
(¿Qué hay, Octavio?
OCTAVIO. Estoy difunto.
TEODORO. ¡Vive el Cielo, que es mi hermana!
OCTAVIO. ¡Vive el Cielo, que es mi esposa!
TEODORO. Morirás muerte afrentosa.
OCTAVIO. Morirás muerte inhumana.)
FELICIANO. (Tristán, no estamos desnudos.
TRISTÁN. ¿Cómo ansí?
FELICIANO. ¡Bravos consuelos!
¡Oh, franceses de los cielos!
TRISTÁN. Pues ¿qué hay?
FELICIANO. Danme mil escudos.)

(*Vanse todos. Entra* DORISTA *y* CLAVELA.)

DORISTA. Alza, Clavela, los ojos,
no tengas de esto vergüenza.
CLAVELA. A perseguirme comienza
y a darme, Dorista, enojos.
¿Tuya la culpa no fué?
DORISTA. Pues ¿qué es lo que agora tienes?
CLAVELA. Con gentil descuido vienes.
DORISTA. ¿Descuido? ¡Bien, por mi fe!
¿De mil escudos en oro
que tienes soy yo culpada?
CLAVELA. Eso no me importa nada.
DORISTA. Pues ¿qué falta?
CLAVELA. Al hombre adoro.
DORISTA. ¿Que le adoras? Anda ya,
que es frenesí y acidente.
CLAVELA. ¿Acidente en hombre ausente?
En obligación me está.
DORISTA. ¿Obligación? Eso aclara.
¿Burlando no le metí?
CLAVELA. Pues él se burló de mí.
DORISTA. ¿Qué?
CLAVELA. Burlóme.
DORISTA. ¡Tarara!
¿Llevóte joya o cadena
o otra cosa?
CLAVELA. Sí llevó.
DORISTA. ¿Qué joya?
CLAVELA. ¿Quieres que yo
te lo diga a boca llena?
DORISTA. ¡Ay de mí! Cómo, traidora,
¿así infamas tu opinión?
CLAVELA. ¿Dísteme tú la ocasión
y estásme riñendo agora?
Pon junto a la estopa el fuego
y dile que no se arda.
DORISTA. Al hecho el remedio tarda;
pon a tus penas sosiego,
que es extranjero y ausente.
En lo demás de tu esposo
habrá remedio forzoso,
quiero decir conveniente,
que en manos está el pandero...
Vuélveme ese rostro acá,
que más firme te pondrá
que suele estar el acero.
Soy maestra enjerta en bruja.
Pues que hay cierta confacción,
o hierba pie de león,
no temas seda y aguja.

CLAVELA. No, madre; monja he de ser.
El español o no más.
DORISTA. Bien a tu hermano darás
que sospechar y que hacer.
CLAVELA. ¡No supiera yo un conjuro
para que este hombre volviera!
DORISTA. No hables de esa manera.
CLAVELA. Velle, adoralle procuro.
¿Dónde están unos que enseñan
en un espejo a quien quieren?
DORISTA. ¿Qué dirán los que te oyeren
lo que tus deseos sueñan?
No porque eso es mucha empresa
para mi ciencia, señora,
que haré un jardín en un hora,
de berros, en una artesa.
CLAVELA. ¡Ay, Dorista, véale yo!
DORISTA. ¿Que así el español te mata?
CLAVELA. De esta manera me trata.
DORISTA. ¡Pesar de quien me parió!
¡No lo hubiera yo sabido!
Tomara cinta o cabellos,
que yo le hiciera con ellos
despertar de tanto olvido.
CLAVELA. ¿Sin ellos no? Ciencia escasa.
DORISTA. ¡Ah, Cielos, quién los tuviera,
que aquesta noche viniera
por los aires a tu casa!

(*Entra un* PAJE.)

PAJE. Por la posta llegó agora
tu hermano, señora, aquí.
CLAVELA. ¿Mi hermano?
PAJE. Señora, sí.
CLAVELA. Y ¿quién con él?
PAJE. Viene Otavio
y un caballero extranjero.
CLAVELA. ¿Extranjero y caballero?
Calla, no muevas el labio.

(*Entran* TEODORO, OCTAVIO, FELICIANO, TRISTÁN.)

CLAVELA. ¡Hermano mío!
TEODORO. ¡Mi hermana!
FELICIANO. (¿Qué es lo que mis ojos ven?)
CLAVELA. ¡Oh, mi señor!
OCTAVIO. ¡Oh, mi bien!
(¿Que ésta fué infame y liviana?)
FELICIANO. (Tristán, yo vengo vendido.
Este es de Clavela hermano.
TRISTÁN. Disimula, Feliciano.
FELICIANO. Yo soy muerto.
TRISTÁN. Yo perdido.)
CLAVELA. ¿Cómo tan presto venís?
TEODORO. Olvidéme unos papeles.
CLAVELA. Son los descuidos que sueles.
OCTAVIO. Llegara muerto a París
si a veros hoy no volviera.
(¡Ah, infame, si esto es verdad
hoy verás mi voluntad
convertida en rabia fiera!)
TEODORO. (Octavio, muy descuidado
está el español.
OCTAVIO. Yo creo
que alguna, con mal deseo,
le puede haber engañado,
y, por quitalle el dinero,
fingió de tu hermana el nombre.)
CLAVELA. (Cielos, ¿quién es aquel hombre? (*Ap.*)
DORISTA. ¡Ay, señora, el extranjero!)
FELICIANO. (Si yo no doy a entender
a Clavela este suceso,
que soy perdido confieso
y que ella se ha de perder.)
Señora, si no os he hablado
perdonad la cortesía,
porque desde cierto día
os estoy desobligado,
digo a todas las mujeres;
porque es este vulgar (1)
sólo me pudo burlar
mujer.
OCTAVIO. ¿Qué dices?
FELICIANO. Que esperes.
Esto le conté a tu hermano;
que, por no ser caso honesto,
a encubrillo estoy dispuesto
por no parecer villano.
Y él es tan buen caballero
que a su casa me ha traído,
porque prestarme ha ofrecido,
para el camino, dinero.
Yo, del suceso ignorante,
me vine con él aquí,
por que como de él a mí
me mandéis de aquí adelante.
CLAVELA. Ya, señor, os he entendido
que decís que os han burlado.
Aquí seréis regalado
y de esta casa servido;
que lo que gusta mi hermano
es sola mi voluntad.
FELICIANO. Según esto, en la ciudad
puedo andar de paso llano

(1) Así en el original. Quizá deba leerse "porque en aqueste lugar".

por no malograr el fruto
de la merced de esta casa.

CLAVELA. (¿Has caído en lo que pasa?

(*Sale* DORISTA.)

DORISTA. ¡Oh, como español, astuto!)

CLAVELA. ¿Cómo os llamáis?

FELICIANO. Feliciano.
¿Y vos?

CLAVELA. Clavela es mi nombre.

FELICIANO. Bésoos los pies.

TRISTÁN. (Mata el hombre.
Por mi fe que el cuento es vano.)

FELICIANO. Señores, aquí en León
mucho se debe de usar
a las mujeres llamar
Clavelas.

TEODORO. ¿Por qué razón?

FELICIANO. Aqueste nombre tenía
aquella que me engañó.

TEODORO. ¿Y Dorista se llamó
la dueña?

FELICIANO. Así se decía.

OCTAVIO. (Sin duda le han engañado
y ofendiendo su opinión,
hicieron esta invención
con el nombre disfrazado. (1)

TEODORO. ¿Quién duda? Porque una dama
cual mi hermana no podía
hacer tal bellaquería.

OCTAVIO. ¡Que pude ofender su fama!
Al Cielo perdón le pido.

TEODORO. Aún no estoy asegurado.)
La dama que te ha engañado
¿vive en lugar conocido?

FELICIANO. Vamos, y os la enseñaré. (2)

OCTAVIO. (Sin duda dice verdad.)

TEODORO. Vamos a ver la ciudad;
luego, hermana, volveré.

CLAVELA. Id, mi señor, en buen hora.

FELICIANO. Clavela, quedá con Dios;
que por lo que toca a vos
no digo nada, señora,
que bien negocia Tristán.

TRISTÁN. (¿Quién dices que es la mujer?

FELICIANO. ¡Ay, mi bien!

TRISTÁN. ¿Eso has de hacer?
Camina, que te verán.)

(*Vanse, y quedan las dos solas.*)

(1) En el texto, "disforzado".

(2) En el texto original, "engañara", por errata.

CLAVELA. ¡Notable suceso!

DORISTA. ¡Grave!

CLAVELA. ¡Ah, Feliciano discreto!

DORISTA. Ya yo le quiero.

CLAVELA. En efeto,
es español.

DORISTA. Mucho sabe.
Bien ha remediado el caso.

CLAVELA. ¿Quién a contárselo vino?

DORISTA. Es muy propio del camino
cuando se encuentran acaso.
Y este volver de tu hermano
y el que ha de ser tu marido,
por certificarse ha sido,
y que lo procura es llano.
Y plegue a Dios que no vayan
a que enseñen la mujer.

CLAVELA. Dorista, ¿qué puedo hacer?,
que mil cosas me desmayan.

DORISTA. Dalle aviso en un papel
del peligro y del remedio.

CLAVELA. De tanta desdicha en medio,
¿qué remedio he de poner?
Pero, con todo, confío
que el juicio de este español,
claro y sutil como el sol,
será su remedio y mío.

(*Entran* FILIBERTO *y* LEONARDO.)

FILIBERTO. En ausencia de su hermano
pienso aliviar mi tormento,
ya di mi esperanza al viento
y mi pensamiento vano.
En efeto, fué a París.

CLAVELA. ¿Quién sube, Dorista?

FILIBERTO. Amigos.

DORISTA. ¿Cómo así?

FILIBERTO. Los dos testigos.

CLAVELA. Pues agora ¿a qué venís?

FILIBERTO. A ver si hay en qué servir
sobre el negocio pasado.

DORISTA. ¿Fué negocio tan cerrado
que le queremos abrir?

FILIBERTO. Clavela, en quien satisfizo
su poder Naturaleza,
que lo que es mortal belleza
de cuatro elementos hizo;
y así mi disculpa alcanza
tu perdón, Clavela hermosa,
pues es cosa en ti forzosa,
siendo viento, hacer mudanza.

Notable mudanza has hecho
dentro de un hora conmigo:
ya fuí esposo, ya testigo
del que ya vive en tu pecho.
Ya que matarme querías,
¿por qué ha sido de una vez?
que el más tirano jüez
da término de tres días.

CLAVELA. Si en presencia de Teodoro
y de mi marido Octavio
te atreves hacerme agravio
contra mi honor y decoro,
a Leonardo contra ti
me quejo de este mal trato.

LEONARDO. Adoro tu pecho ingrato;
pero ¿qué quieres de mí?
¿Quieres que vuelva la espada
contra un hombre que aborreces?

CLAVELA. No quiero la que me ofreces,
que otra espero tan honrada.
LEONARDO. Aquí está Teodoro.
FILIBERTO. ¿Aquí?
CLAVELA. Y que el camino dejó.
FILIBERTO. ¿A qué efeto se volvió?
La causa, Clavela, di.

CLAVELA. (De éstos quiero aprovecharme,
Dorista, por cuya mano
se librará Feliciano.)

FILIBERTO. ¿A qué ha venido?
CLAVELA. A llevarme.
LEONARDO. ¡Cómo!, ¿a París?
CLAVELA. Eso intenta
Teodoro por dar contento
a Otavio.

FILIBERTO. ¿Y el casamiento?
¿Estás, Clavela, contenta
perdiendo tu patria ansí?

CLAVELA. (Oye aparte un gran secreto.
¿Prometes callar?
FILIBERTO. Prometo,
a fe de hidalgo.
CLAVELA. Oye.
FILIBERTO. Di.
CLAVELA. Yo caso contra mi gusto,
y, sintiendo aqueste agravio,
quiero hacer matar a Otavio,
o sea justo o injusto.

FILIBERTO. ¿Cómo lo podrás hacer?
CLAVELA. Tengo a un español hablado
para aquesto concertado,
y aun pagado podría ser.
Ve y hazle dar un caballo
para que luego se huya.

FILIBERTO. Confiado en la fe tuya
iré yo propio a buscallo.)

(*Vase.*)

LEONARDO. ¿Fuése Filiberto?
CLAVELA. Fuése.
LEONARDO. ¿Pues sin hablar?
CLAVELA. ¡Ah, Leonardo,
de ti mi remedio aguardo!
LEONARDO. ¡Ay, quién servirte pudiese!
CLAVELA. A Otavio me va a matar.
LEONARDO. ¿Por qué?
CLAVELA. De invidia.
LEONARDO. ¿Qué haré?
CLAVELA. Avisarle.
LEONARDO. ¿Si podré,
Clavela, a Teodoro hablar?
¿No van juntos?
CLAVELA. Juntos van,
y un español va con ellos.
LEONARDO. Pues ¿cómo podrá ofendellos?
CLAVELA. Muy bien, si al descuido están
y lleva gente consigo;
mas si le avisas yo creo
que engendrará su deseo
de matar a su enemigo.
Mejor es no hablar con él,
sino dalle [a] aquel soldado,
Leonardo, un papel cerrado.
LEONARDO. Pues alto, escribe un papel.
CLAVELA. Yo voy; aguárdame aquí.
LEONARDO. Pues en toda la ciudad
le buscaré.
CLAVELA. Voluntad
me debes.

(*Vase* CLAVELA.)

LEONARDO. Tú el alma a mí.—
No lo acierta Filiberto,
Dorista, en matar a Otavio.
DORISTA. ¿Cómo matar? ¿Por qué agravio?
LEONARDO. De invidia de aquel concierto.
DORISTA. ¿Hase visto tal maldad?
LEONARDO. Y yo pienso, hasta hallalle,
no dejar, para buscalle,
calle en toda la ciudad.
Mas di: ¿quién es el soldado
que dice que va con él,
a quien daré este papel?
DORISTA. (Sin duda que le ha engañado; (*Ap.*)
que todo aquesto es a efeto
de avisar a Feliciano.)
Es el que va con su hermano.

LEONARDO. ¿Ese, pues?
DORISTA. (Medio discreto.)
Es un español gallardo,
que es huésped de mi señor.
LEONARDO. Debe de tener valor.
DORISTA. Valor y talle, Leonardo.

(Sale CLAVELA *con la carta.)*

CLAVELA. Como carta la he cerrado.
Decid que de Madrid es,
que el ordinario francés
en este punto ha llegado,
y decid que sois amigo
de su padre, y que en la vuestra
os le encomienda.
DORISTA. (1) (¡Y qué diestra
invención!)
LEONARDO. Esto y más digo.
CLAVELA. Parte.
LEONARDO. No seas escasa
ni me hagas más desprecios.

(Vase.)

CLAVELA. Bien engañé a los dos necios.
Ven, y sabrás lo que pasa.

(Vanse. Entran TEODORO *y* OCTAVIO.)

TEODORO. Mucho siento haber sacado
del cambio aqueste dinero.
OCTAVIO. Eso y más pagaros quiero
por quedar asegurado.
¿Dístele los mil escudos?
TEODORO. Con su firma se los di.
OCTAVIO. ¿Y él que te ha de dar a ti?
Que andamos necios y mudos.
TEODORO. Daráme otras tantas higas
cuando se vuelva a su tierra.
OCTAVIO. Tal vez por honor se yerra.
¿Con sola firma le obligas?
TEODORO. Haremos una escritura
esta noche tras la cena.
OCTAVIO. Cualquiera pérdida es buena
donde hacienda se aventura.
Líbrete Dios del honor
que no se puede cobrar.
TEODORO. Valió quererlo enmendar
mil escudos.
OCTAVIO. ¿No es error?
TEODORO. ¡Por qué camino ha sacado
el español su dinero!
Cosa que yo, majadero,
lo haya lastado y pagado.
¡Que de ejemplo y experiencia
bien pudiera yo sacar
que aquéste me quiere dar
sobre cuernos penitencia!
OCTAVIO. Callad, que es necio temor,
y me toca ese desprecio.
TEODORO. Ya yo veo que soy necio;
pero es discreto el honor.
Hasta el postrer desengaño
no he de salir de esta duda.

(Entran FELICIANO *y* TRISTÁN.)

FELICIANO. (Todo el color se me muda.
Cuanto tratan es mi daño.
¿Qué haré, Tristán?
TRISTÁN. Solicita,
señor, el postrer remedio,
porque te tienen en medio
la cruz y el agua bendita.
Este es extraño país.
Si no huyes, ten por cierto
que no escapas de ser muerto.)
FELICIANO. Pues, señores, ¿qué decís?
TEODORO. ¡Oh, español! Hablando estamos
de esta tu ingrata mujer,
que la deseamos ver,
y vengarte deseamos.
FELICIANO. Aunque es bajeza en un noble,
hoy os la pienso mostrar
sólo porque quiso usar
conmigo aquel trato doble.
OCTAVIO. (Sin duda dice verdad.
¿Qué temes?
TEODORO. Cuando le escucho,
Octavio, consuelo mucho
mi miedo y dificultad.)
Poco a poco hemos llegado
hacia la puerta de Elisa.
OCTAVIO. Sin duda tu amor la avisa.

(Sale ELISA, *dama francesa.)*

ELISA. ¿Tan presto la vuelta has dado?
¿Qué es esto, Teodoro mío?
TEODORO. Que bien tus brazos merezco
por el alma que te ofrezco
y entre suspiros te envío.
ELISA. ¿Cómo has vuelto?
TEODORO. Sólo a ver
esos ojos, cuya ausencia
así tratan mi paciencia,
que me fué fuerza volver.

(1) El original dice "Leo", por errata.

ELISA. En obligación te estoy.
¿Quién son los que están contigo?
TEODORO. Mi cuñado y un amigo.
ELISA. Mi señor, muy vuestra soy.
Tenedme en ese lugar,
porque Clavela es en quien
tengo lo más de mi bien.
OCTAVIO. A los dos podéis mandar.
TEODORO. Pues, Feliciano, ¿es hermosa
esa dama? ¿Qué la miras?
¿Qué te suspendes y admiras?
¿No es toda maravillosa?
¿No te da el verla contento?
FELICIANO. ¿Qué contento he de tener
si es aquesta la mujer
con quien me pasó este cuento?
TEODORO. ¿Qué? ¿Qué?
FELICIANO. La verdad te digo.
TEODORO. ¿Conócesla bien?
FELICIANO. Pues ¿no?
Quemada la vea yo.
TEODORO. ¿Que es ella?
FELICIANO. Sí.
TEODORO. (Octavio amigo.
OCTAVIO. ¿Qué quieres?
TEODORO. Peor está
este negocio.
OCTAVIO. ¿En qué modo?
TEODORO. Lleváralo el diablo todo,
y nunca volviera aquí. (1)
Toda mi vida lo oí
que procurar desengaño
siempre resulta en más daño.
OCTAVIO. ¿Pues dice que es ésa?
TEODORO. Sí.
¡Pluguiera a Dios que ya fuera
mi hermana!
OCTAVIO. No plegue a Dios,
que mejor os está a vos
llevar esa delantera.
TEODORO. ¿Por qué?
OCTAVIO. Porque no es mujer
tu hermana para galán.
Una puerta abierto os han
que no tenéis que romper.
Desapasionaos un poco.
TEODORO. ¿Que aquí cayó? ¡Suerte fiera!
¡Ojalá mi hermana fuera!
OCTAVIO. Calla, Teodoro, ¿estás loco?
TEODORO. ¿Con matar este villano
no quedaba mi honor vivo
del agravio que recibo?
¿Cómo habrá remedio humano?)
TRISTÁN. (Peor el negocio está.
Tú te has echado a perder.
FELICIANO. Luego ¿es ésta su mujer?
TRISTÁN. Las muestras lo dicen ya.
FELICIANO. Señores, ¿quién me ha metido
en tan diabólico enredo,
que ni remediallo puedo
ni deshacer lo que ha sido?
¿Cómo le diré que no?
TRISTÁN. Eso no tiene remedio.
FELICIANO. ¿Quién me sacará de en medio
de estos dos?
TRISTÁN. El Cielo y yo.
Bueno fuera haber callado
y no tener que llorar,
que el ganso, por el graznar,
muere a manos del soldado.)
ELISA. ¿Por qué no me habláis, Teodoro?
TEODORO. ¿Conoces a este español?
ELISA. ¡Qué buen talle!
TEODORO. (No es el sol
más claro. Mi afrenta lloro.)
ELISA. Por cierto que su presencia
merece cualquier favor.
Mandalde que entre, señor,
y daréisme a mí licencia
para hacerle algún regalo,
pues vos le hacéis amistad.
TEODORO. (Cuanto ha contado es verdad.
Al mismo Anteón me igualo.
Octavio, ¿qué aguardo aquí?)
ELISA. Seáis, señor, bien venido.
TEODORO. (¿Ves que no le ha respondido
con el enojo?
OCTAVIO. Es ansí.)
ELISA. No me debe de entender.
FELICIANO. ¡Ah, ingrata! ¿Ansí me has tratado
y llámasme bien llegado?
ELISA. ¿Qué dices?
FELICIANO. Al fin, mujer.
TEODORO. (¿Qué más claro es el deseo?
Mira el enojo que muestra.)
ELISA. (No entiende la lengua nuestra.)
FELICIANO. (¿Qué me dices?
TRISTÁN. Ya lo veo.)
(¡Lindamente los engaña!)

(Entra LEONARDO *con la carta.)*

LEONARDO. (Hablarle será mejor.)

(1) En el original, "acá".

¿Sois vos acaso, señor,
un gentilhombre de España
cuyo padre está en su corte?

FELICIANO. Yo soy.

LEONARDO. Pues hame encargado,
en un pliego que me ha dado,
que mire lo que os importe
y que aquesta carta os dé.
Si quisiéredes dinero
o otra cosa, caballero,
hablad y serviros he.

FELICIANO. (Carta de Madrid, Tristán.

TRISTÁN. Déjame besar el sello.

FELICIANO. Confuso he quedado en vello.
Tristes sospechas me dan.
Letra española imitada
y medio francesa es.

TRISTÁN. Lee, español o francés.

FELICIANO. Clavela firma. No es nada.

TRISTÁN. Antes sí, que es el aviso.
Lee y disimula bien.

FELICIANO. Bien dices; oye también.

(Los dos aparte a leer la carta.)

"Sal de León de improviso
que te va en ello la vida,
que Teodoro y mi marido
son a quien has referido
tu amor y mi honra perdida.
De la ciudad en la puerta
un caballo a punto tienes.
Vivirás si luego vienes,
y si no, mi honra es muerta."
¿Que ésta me salva la vida?
Sin duda me tiene amor.

TRISTÁN. Vámonos de aquí, señor.)

FELICIANO. La carta tengo entendida,
y con vos me quiero ir
a saber vuestra posada.

LEONARDO. Será merced extremada.

FELICIANO. Soy quien os ha de servir.—
Monsiur, con vuestra licència
voy con este caballero.

TEODORO. A cenar, señor, espero.

FELICIANO. Yo vendré.

LEONARDO. Vamos.

FELICIANO. Paciencia.

(Vanse LEONARDO *y* FELICIANO *y* TRISTÁN.)

TEODORO. No puedo tomar venganza.

OCTAVIO. Habla a Elisa.

TEODORO. Ingrata fiera,
¿quién si no tú hacer pudiera
tal bajeza y tal mudanza
la noche que me partí?
¿Por mil escudos hiciste
tal bajeza...

ELISA. ¿Qué dijiste?

TEODORO. Con el que se va de aquí?

ELISA. ¿Qué es esto?

TEODORO. ¿Con un soldado?
¿Con un español?

OCTAVIO. ¡Ah, Cielos!

ELISA. (Sin duda le engañan celos
del español alabado.)
¿Es porque alabé su talle?

TEODORO. Más; porque, al fin, te gozó.

ELISA. ¿Aquí, agora?

TEODORO. Agora no.

ELISA. Pues ¿cuándo yo pude hablalle?
¿Vile otra vez en mi vida?

TEODORO. Niega, que te está muy bien.
¡Ah, mala lanzada den
a mujer tan fementida!
¿Y es lo bueno fingir vos
ser mi hermana?

OCTAVIO. Di, tirana,
¿a mi mujer?

TEODORO. ¿A mi hermana?

ELISA. (Borrachos están los dos.)

TEODORO. Si mil escudos querías,
¿no te los diera yo a ti?

ELISA. ¿Qué escudos, triste de mí?

TEODORO. ¿Que ser mi mujer fingías?
¡Vive Dios que a estar casado
mil puñaladas te diera!

ELISA. (Este negocio es tronera.
Voime, que algo les han dado.
No fué sin causa el volver.)
Adiós, Teodoro y Octavio.

(Vase.)

TEODORO. No satisfago mi agravio
porque, al fin, eres mujer;
mas no esperes que en tu vida
me volverás a ver más,
y en el español verás
que vengo mi honra perdida.

OCTAVIO. ¡Qué mejor ha sido ansí!

TEODORO. ¿Mejor? Mas él morirá.

OCTAVIO. ¿El en qué culpado está?

TEODORO. Tu yerro venciste aquí.

OCTAVIO. ¿Cuándo el oro no venció?

TEODORO. Vencerá la misma muerte.
Eso llamaremos suerte,
que el oro no oyó ni vió.

OCTAVIO. Vamos, y en la calle calla,
que es mejor fingirnos mudos.
TEODORO. ¿Qué no podrán mil escudos?
Casi estoy por perdoñalla.

(*Vanse, y sale* FELICIANO.)

FELICIANO.

Despedíme del hombre a toda prisa,
y con mayor de la ciudad saliendo,
a Tristán he enviado por el campo
por ver si del caballo encuentra señas.
Con él y mil escudos, ¡Cielo santo!,
daré conmigo en los helados Alpes
por ver si entre su hielo el fuego mío
puede hallar la templanza que deseo.
¡Oh! Necio el hombre que por tierra extraña
pone los ojos en mujer ninguna,
que si cuesta la vida en tierra propia,
donde es todo enemigos, ¿qué se espera?

(*Entra* TRISTÁN.)

TRISTÁN.

Basta, señor, que la verdad ha dicho.
Un gallardo caballo relinchando,
que parece que llama tu descuido,
está en lo alto de esa excelsa cuesta.
Tiénele de la rienda un lacayuelo
de estos que a veces llevan los soldados
de Francia, Italia o Flandes a la corte,
con muchas cintas de colores varias,
y un mozo está con él, aunque más lejos.

FELICIANO.

Llámale, por tu vida, y tenga el mozo
el caballo entre tanto que me calzo.

TRISTÁN.

Ya viene, porque debe de ser tarde.

(*Entre* CLAVELA, *de lacayuelo muy galán, con capote y cintas.*)

CLAVELA. ¿Ah, señor, no nos iremos?
FELICIANO. Ya me calzo, buen francés.—
Cielos, ¿Clavela no es?
CLAVELA. Detente, no hagas extremos.
Yo soy, a quien tanto debes.
Contigo me has de llevar
o aquí me verás matar.
(*Echa mano a la daga.*)
FELICIANO. ¿Qué me dices?
TRISTÁN. Que la lleves.
FELICIANO. Envaina la daga y ven.—
Y tú a las ancas la pon.
¿Podrás seguir el frisón?
TRISTÁN. Podré hasta Jerusalén.
FELICIANO. Mi alma se maravilla
de tu ánimo.
CLAVELA. Español,
tú eres mi luz.
FELICIANO. Tú mi sol.
TRISTÁN. ¡Qué graciosa francesilla!

ACTO TERCERO

DE *La Francesilla.*

(*Salen* ALBERTO, *padre de* FELICIANO, *y* LISENO.)

ALBERTO. ¿Eso, en efeto, te escriben
Alférez y Capitán?
LISENO. Aquestas nuevas me dan.
No sé si mueren o viven.
ALBERTO. Mi hijo es muerto, sospecho.
¿Vióse desventura igual?
¡Ah, cólera paternal
y cuánto daño me has hecho!
¿Qué animal criado hubiera
que ansí apartara de mí?
¿Qué fiera tratara ansí
sangre que su sangre fuera?
Cuéntase del pez polipo
que ninguna sangre tiene.
Ese nombre me conviene;
de ninguna participo.
Su padre sin sangre soy,
aunque agora bien lo siento
en el tierno movimiento
que en la que me falta doy.
Si acaso no fué por tierra
a Francia, ¿cómo podía?
LISENO. Si le han cautivado, iría
a parar a Ingalaterra.
ALBERTO. Si se embarcó en Vinarrós
de duda es bien que me saques,
que, por dicha, en los Alfaques
fué cautivo.
LISENO. ¡Bien, por Dios!
Júzgale agora cautivo.
ALBERTO. Pues ha un año que partió
y nunca más escribió,
está cautivo o no es vivo.
Ya, si cautivo estuviera
entre bárbaros contrarios,
con los Padres Mercenarios,
Liseno, escrito me hubiera.

Sin duda que muerto ha sido,
sino que quieres decir
que me pueda persuadir
que está en Madrid escondido
gastando los mil escudos.

LISENO. ¡Pluguiera a Dios que eso fuera!

ALBERTO. Pero ¿qué amigos tuviera
que pudieran ser tan mudos?
¡No me escribir en un año!
¡Paciencia! ¡Mi hijo es muerto!

LISENO. Tu pensamiento es incierto.
Por cierto, que estás extraño.
No tengas desconfianza,
que ha de venir presto aquí.

ALBERTO. Eso, Liseno, eso sí
me puede dar esperanza;
con eso es bien que me aplaques.

(*Entra* JUANA.)

JUANA. Un peregrino francés
te pide que algo le des
por el amor de San Jaques.

ALBERTO. ¿Francés? Pues di que entre al punto;
que aunque es pensamiento vano,
pienso que de Feliciano
sabré si es vivo o difunto.

JUANA. Hermanos, entren.

(*Salgan* OCTAVIO *y* TEODORO.)

TEODORO. El Cielo,
señor, os prospere y guarde.

ALBERTO. (Ya la sangre en llamas arde
que fué primero de hielo.)

TEODORO. Después de largos caminos
de tierra y mar, fiero estrago,
vamos los dos a Santiago,
noble señor, peregrinos.
Marsella, Roma, Loreto,
Pie de Gruta, Gaeta y otros
lugares santos nosotros
visitamos, en efeto.
Pero aquesta devoción
de los franceses es ya,
desde Carlomagno acá,
la más devota estación,
que él allanó los caminos
de moros y salteadores.

ALBERTO. (En Francia muchos señores,
Liseno, van peregrinos.
Sin falta que éstos lo son.

LISENO. El talle es de noble gente.)

ALBERTO. Holgado me he extrañamente
de que en aquesta ocasión
a mi casa hayáis venido,
y os suplico la aceptéis,
que en ella descansaréis
del trabajo referido;
que lo que veo en los dos,
y el ser la nación amiga,
a ofrecérosla me obliga.

OCTAVIO. Mi señor, págueoslo Dios;
que, en fin, aunque sólo un día
nos podamos detener,
queremos la corte ver,
su grandeza y gallardía.

ALBERTO. Más quiero que os detengáis,
si mi servicio os agrada.

TEODORO. En merced tan extremada
de vuestro valor usáis.
Un Abraham parecéis,
que a los caminos salía
y los huéspedes traía,
como agora vos lo hacéis.

ALBERTO. Si el ángel es, bien se muestra,
que indicios de reyes dais,
porque no diferenciáis
de su grandeza la vuestra;
y ansí, muy contento estoy,
porque nunca España cesa
de amar la nación francesa.
¿De dónde sois?

TEODORO. De vos soy;
que el serlo es tanta ganancia,
que otro príncipe no quiero;
mas cuanto a ser caballero,
soy, señor, de León de Francia,
y este hidalgo, de París.
El peregrinar fué voto
que hicimos, el mástil roto
el galeón *San Dionís*
en el golfo de las Yeguas;
y digo, en una palabra,
que hasta llegar a una zabra
nadamos cuarenta leguas.

ALBERTO. Tales huéspedes podrán
honrar mi casa algún mes,
porque con esto después
más descansados irán.
Y entre las muchas razones
de haceros esta acogida,
es una traer perdida
mi vida en varias naciones,
por que lo que hago aquí
con mi hijo allá se haga.

TEODORO. Será, señor, justa paga.
¿Hijo ausente tenéis?

ALBERTO. Sí,
y aun en Francia, si está vivo,
que es adonde yo le envié;
pero ya ha un año que fué,
o es muerto o será cautivo.

TEODORO. ¿Iba otro alguno con él?

ALBERTO. Un criado de esta tierra.

TEODORO. Y ¿dónde iban?

ALBERTO. A la guerra,
y nunca más supe de él;
que, por dicha, por roballe
mil escudos que le di
cuando le aparté de mí,
alguien debió de matalle.

TEODORO. ¿Llamábase Feliciano
y su criado Tristán?

ALBERTO. Cielos, sospechas me dan
que está mi bien salvo y sano.
Sin falta le han conocido.

TEODORO. Habrá un año que a León
llegó de aquesta nación
un soldado bien vestido
y de buen talle y presencia...

ALBERTO. ¿Con este nombre y criado?

TEODORO. Y en mi casa fué hospedado.
Porque es de mi padre herencia
que por gentileza sola
esto mismo hacer solía,
y porque afición tenía
a la nación española.
Y los escudos perdidos
al juego, otros mil le di,
que enviarme juró allí,
o a Bizanzón remitidos;
y si vuestro hijo es
esta firma os lo dirá.

ALBERTO. Mostrad. Mas ¿qué dudo ya?
Yo os creo, señor francés.—
¡Ah, firma de aquella mano,
mil besos os quiero dar!

TEODORO. (¡Que viniésemos a hallar
al padre de Feliciano!
¡Viven los Cielos, Octavio,
que a España no ha vuelto más!

OCTAVIO. Aun creo que aquí podrás
vengar parte de tu agravio,
puesto que es venganza impropia
siendo tal la cortesía.)

ALBERTO. Señor, esta firma es mía
y esta letra mi alma propia.
La mano que aquesto pinta
es la que en mí conocéis,
y estas letras que aquí veis
mi sangre son, que no tinta.
Mil escudos os daré
muerto o vivo Feliciano,
que él lo escribió con su mano
y aquesta la estampa fué.
No en balde yo os hospedaba,
pues lo mismo habíades hecho
con el alma de mi pecho,
que esta deuda imaginaba.
Mil abrazos quiero daros.

(*Entren* LEONIDA *y* JUANA, *criada.*)

LEONIDA. Nuevas, Juana, de mi hermano.—
Señor, ¿qué hay de Feliciano?

ALBERTO. Bien podéis, hija, alegraros.
Ved su firma.

LEONIDA. ¿Qué recelo?

ALBERTO. Abrazad a estos señores,
que son los exploradores
de esta promisión del Cielo.

LEONIDA. ¿Cuánto ha que a mi hermano vis-[tes?

TEODORO. Luego que de aquí partió;
que no os traigo nuevas yo.

LEONIDA. Pues ¿cómo a casa venistes?

TEODORO. Ibamos en romería
y acaso entramos aquí.

ALBERTO. Desde que mi bien perdí
no he tenido tan buen día.
Liseno, estoy como loco.

LISENO. Con mucha razón, por cierto.

ALBERTO. Ya no creo que haya muerto
ni que esté en Argel tampoco.

TEODORO. (Octavio, la vista guarda.
¡Qué mujer hermosa y bella!

OCTAVIO. Bien puedes encarecella.

TEODORO. ¡Bella española!

OCTAVIO. ¡Gallarda!
Si no fuera intención vana
aquí vengara mi agravio.

TEODORO. Y yo la quisiera, Octavio,
por el trueco de mi hermana,
pues no fuistes su marido,
y no habiendo posesión
no os corre la obligación
que a mí, que su hermano he sido.

OCTAVIO. Buena cuenta habemos dado;
peregrinos y extranjeros.)

ALBERTO. (Sin duda son caballeros.

LISENO. El traje nos lo ha mostrado,

fuera de que su presencia,
Alberto, lo da a entender.)

TEODORO. (Pediréla por mujer,
Octavio, con tu licencia.

OCTAVIO. De mala gana os la doy.)

TEODORO. Señor, aquí aparte oíd.

ALBERTO. Si hay de que os sirváis, decid,
que bien obligado estoy.

TEODORO.

El amor que he tenido a Feliciano,
sin otra obligación y amistad mía,
fuera de este papel, que está muy llano,
supuesto que encubrirme pretendía
a decir que soy noble, me ha obligado,
y por vuestro valor y cortesía;
y pues ya mi fortuna, estrella y hado
me trajo a vuestra casa, donde crèo
que el Cielo mis venturas ha criado,
sabed que en mí se engendra un gran deseo
de quedar por esclavo de esta dama,
que lo seré si tanto bien poseo.
Y cuando aquí en España de mi fama
no pudiera informaros, como puedo,
del apellido que León me llama,
traigo en el pecho, sin diez mil que heredo
y en ricas joyas, treinta mil ducados,
sin las raíces en que a alguno excedo.
Si estando de mis prendas informados
mereciere esta dama por esposa,
desde hoy los dos quedamos desposados.
No [os] parezca el pedilla nueva cosa;
con lo que Feliciano me decía,
pintándola discreta, honesta, hermosa,
ausente hizo que en el alma mía
se me representase, para amalla,
lo que he visto en mis ojos este día.
Si esto no os agradare ni el casalla,
los mil escudos que ese papel dice
podéis, señor, para alfileres dalla.

ALBERTO.

Para que mi deseo solenice
esa resolución en mi provecho,
el ser quien sois, hidalgo, contradice
lo que vos me decís, lo que habéis hecho
y el amistad de Feliciano estimo,
y os doy de hijo aqueste brazo estrecho.
Pero aunque en veros a este bien me animo,
justo será el hacer informaciones.

TEODORO.

Mostraros quiero en esta corte un primo,
que es hombre que con solas dos razones
creo que basta acreditarme.

ALBERTO.

En todo
lo muestran bien el talle y las razones.
Entraos a descansar, que de otro modo
lo podemos tratar. (Oh, buen Liseno,
hoy mi remedio emprendo y acomodo.

LISENO.

Aunque eres cuerdo, de cualquiera es bueno
el buen consejo. Mira lo que haces,
que a veces el antídoto es veneno.
¿Tan presto de quien son te satisfaces?

ALBERTO.

Que yo me informaré.)—Leonida, advierte:
bien es que de éstos el regalo traces,
y haráslo, mi Leonida, de esta suerte,
como si fuera para tu marido.

LEONIDA.

Haré tu gusto.

LISENO.

(Y yo seré tu muerte.)

ALBERTO.

Entrad, señor Liseno.

LISENO.

(¡Ay, triste suerte!) (1)
Entrad, que como veis voy ocupado.

(Vase.)

TEODORO.

(Muy bien se ha hecho.

OCTAVIO.

Extraño enredo ha sido.)

LISENO.

(¿Hay hombre como yo tan desdichado
que ha un año que a pedilla por esposa
aún no he podido estar determinado
y que venga un extraño, ¡extraña cosa!,
que en un punto la pida, alcance y goce?
¡Ah, bajeza de Alberto codiciosa!
Pero pues que su sangre desconoce
y lleva tan fingido pensamiento, (2)
para que su codicia se reboce

(1) "Suerte" no rima, como debía, con "sido".
(2) Tampoco rima "pensamientó" con "presto" y "esto".

pienso ir a la justicia y decir presto
que espías son y que los tiene en casa
por cien doblones que le dan por esto.
Disculparáme Amor, si Amor me abrasa.)

(*Vase, y entra* Feliciano *y* Tristán *y* Clavela, *de lacayuelo.*)

Feliciano. Esta, Clavela, es la puerta
puerto de nuestras desgracias.
Clavela. ¿Esta, señor?
Feliciano. Esta.—¡Oh, gracias
al Cielo que estás abierta!
Tristán. ¡Oh, venturosas paredes!
Mil besos las quiero dar.
Feliciano. Tras tantas tierras y mar
¿callas, Tristán? ¿Callar puedes?
Tristán. Quiero tornar a besarte
y al Cielo mil gracias dar.
Por acá quiero besar.
Mal huele por esta parte.
Feliciano. ¿Qué es eso, Tristán?
Tristán. No sé;
olor es, y no ámbar gris.
Besé al uso de París.
¡Oh, falsa paz!
Feliciano. Guerra fué.
Tristán. ¡Oh, quicios, que tantos días
permitistes que os untasen
para que no rechinasen
porque de casa salías!
¿Posible es, santo Madrid,
que ya mis ojos te ven?
Feliciano. Y nos dan el parabién
hasta las piedras, oíd.
¡Oh, Prado! ¡Oh, calle Mayor!
¿Que en efeto vuelvo a veros?
Tristán. ¿Qué os vuelvo a ver, taberneros?
¿Que ya siento vuestro olor,
bodegones donde vía
tierna vaca y ensalada
que, con cebolla picada,
verde jardín parecía?
¡Vive Cribas, que estoy loco
de ver que me acerco a veros,
brindis vestido y en cueros!
Clavela. Vete, Tristán, poco a poco.
Feliciano. Di ya disparates vanos.
Que tienes jüicio dudo.
Tristán. Estos quiero, éstos saludo,
que son mis padres y hermanos.
Feliciano. Clavela, ¿qué te parece?
¿No es Madrid bello lugar?
Clavela. No hay más bien que desear
del que su grandeza ofrece.
Lugar donde tú naciste,
¿qué me puede parecer?
Feliciano. Aquí serás mi mujer,
volviendo a ser lo que fuiste.
Pero por que la alegría
del golpe no los encuentre,
Tristán, ¿oyes?
Tristán. ¿Dices que entre?
Ya voy.—¡Ay, cocina mía!
¿Qué hará Juana? ¿Qué dirá?
¿Si se acordará de mí?
Aquí fué Troya; aquí fuí
aquel que vuelvo a ser ya.
Si fregare en vos, cocina,
al tiempo que yo llegare,
¡ay del plato que fregare
aunque sea de la China!
¡Oh, caballeriza en quien
cantaba almohazando el bayo!
Feliciano. Tú harás, necio, algún ensayo.
Ven acá.
Tristán. Déjame.
Feliciano. Ven,
que Clavela irá mejor.—
Dale esta carta a mi hermana.
Clavela. Voy.—¡Ah, de casa!
Tristán. ¡Ah, mi Juana!
¿Friegas o tiénesme amor?

(*Entra* Juana.)

Juana. ¿Quién llama?
Clavela. Di que está aquí
un lacayuelo francés.
Juana. ¿Eres tú?
Clavela. Yo soy.
Tristán. (Ella es.
¿Llegaré?
Feliciano. Calla.
Tristán. ¡Ay de mí!)
Clavela. De Feliciano a Leonida
traigo cartas.
Juana. (Yo me rindo.
¡Qué francesillo tan lindo!)
Entra, amores.
Clavela. Voy, mi vida.
¿Está obscura?
Juana. No.
Clavela. ¡Oh, mal haya!
que te quería abrazar.
Juana. Aquí me le puedes dar.
Tristán. ¿Besóla?
Feliciano. Sí.

TRISTÁN. Bueno, vaya,
la paz de Francia le dió
pensando que era mancebo.
Picó mi Juana (1) en el cebo.
Lo extranjero la engañó.
¡Ah, bellaca, vive Dios,
que no se acuerda de mí!
FELICIANO. ¿Arminda no lo hará ansí?
TRISTÁN. Más la han besado de dos.
FELICIANO. ¿De dos?
TRISTÁN. Pues ¿qué te pensabas,
que en saliendo de los muros
hacía por ti conjuros
y echaba suertes con habas?
No hay mujer ausente un hombre,
aunque sea un serafín,
que de él se le dé un cuatrín
ni se acuerde de su nombre.
FELICIANO. ¿A mí qué se me da de eso?
¿No amo a Clavela yo?
TRISTÁN. ¿Y no es ella a quien besó?
Pues ¿qué me ha pegado el beso?

(*Sale* CLAVELA, *alterada.*)

CLAVELA. Sin entendimiento salgo.
FELICIANO. ¿Cómo sin entendimiento?
¿Qué has visto?
CLAVELA. Mi perdimiento
y el mayor mal.
FELICIANO. Dinos algo.
¿Es muerto mi padre?
CLAVELA. No.
FELICIANO. ¿Mi hermana?
CLAVELA. Tampoco.
FELICIANO. Pues
¿qué puede ser? Di lo que es.
CLAVELA. No sé qué diga.
FELICIANO. Ni yo.
TRISTÁN. Sin duda que el diablo fué,
que ella viene endemoniada.
FELICIANO. Habla, pues, Clavela amada.
CLAVELA. ¡Ay, mi bien!, ¿cómo podré?
TRISTÁN. ¿Si le ha dado mal de madre?
FELICIANO. Tristes sospechas me dan.
CLAVELA. Octavio y Teodoro están...
FELICIANO. ¿Qué?
CLAVELA. Cenando con tu padre.
FELICIANO. ¿Octavio y Teodoro?
CLAVELA. Sí;
mi hermano y el que quería
ser mi esposo.

(1) En el texto, "Julia".

FELICIANO. Esposa mía,
¿qué me dices? Vuelve en ti.
Los ojos te han engañado.
CLAVELA. Vestidos de peregrinos
los he visto.
FELICIANO. ¡Desatinos!
CLAVELA. Yo los he visto y hablado,
y me hablaron en francés
y en francés les respondí.
FELICIANO. ¿Conociéronte?
CLAVELA. No y sí;
ellos lo dirán después.
FELICIANO. ¿Hay más mal que desear,
que en mi casa, aunque sin daño,
venga yo al cabo de un año
y no puedo en ella entrar?
CLAVELA. Mira que saldrán tras ti
y has de verlos y han de verte.
Sin duda es cierta mi muerte.
FELICIANO. Segura estarás aquí.
CLAVELA. Pregunté a Julia quién eran,
y dijo que se casaba
con tu hermana el que me hablaba.
FELICIANO. Ojalá que ellos quisieran.—
Tristán, ¿me iré o entraré?
TRISTÁN. Entra en tu casa, señor.
FELICIANO. Alto, yo pierdo el temor.
Ya en el umbral pongo el pie.
Tú disimula, y veamos
quién los ha traído aquí.
CLAVELA. Y yo ¿entraré?
FELICIANO. Ven tras mí.
TRISTÁN. ¿De qué tienes miedo? Vamos.

(*Entranse, y salen dos* ALGUACILES *y un* ESCRIBANO.)

ALGUACIL 1.°

Hanme dado este aviso en un billete,
puesto que firma y nombre no tenía.

ESCRIBANO.

¿Y que en casa de Alberto se recogen?

ALGUACIL 2.°

Yo no creo que Alberto los conozca,
ni aun orden traigo de prender a Alberto.

ESCRIBANO.

Y en efeto ¿creéis que son espías?

ALGUACIL 1.°

Y dicen que en el pecho del más noble
hallaréis joyas de oro y ricas prendas
que valen más de treinta mil ducados.

ESCRIBANO.

¿Pues peregrinos y tan gran tesoro?
Eso sólo nos basta por indicio.
O son ladrones o embozados príncipes.

ALGUACIL 1.º

Entrad y guardaremos esta puerta.

(Vase.)

ALGUACIL 2.º

Voy, que sin duda es la prisión notable.

ESCRIBANO.

Huélgome que a la mano nos viniese
tan buena causa. ¿Sospecháis, por dicha,
quién es el dueño de este aviso?

ALGUACIL 2.º

Bueno,
quien esto escribe disfrazó la letra.

ESCRIBANO.

Entrad, que me parece que hay ruído
y, en fin, importará vuestra persona.

(Salen los PEREGRINOS, FELICIANO *y* ALBERTO.*)*

TEODORO.

¿Que aquestas joyas no pueden ser mías
sabiendo Feliciano que yo puedo
tener en Francia mucha más riqueza?

FELICIANO.

Yo, señor, le conozco, y en su casa
he sido huésped, y es un hombre ilustre.

ALBERTO.

Y yo le fío en treinta mil ducados.

ALGUACIL 1.º

Yo no puedo exceder de aquesta orden.
Mañana puede remediarse todo.

TEODORO.

Pues vamos, que no importa. Sólo quiero
que entendáis que por vos, señor, me pesa,
que tenía que hablar con vos mil cosas.

FELICIANO.

Mi padre irá mañana, iremos juntos
adonde vuestra libertad se trate.

ALBERTO.

¡Que ansí la bienvenida de mi hijo
aguase una desdicha como aquésta!

TEODORO.

No la tengáis, Alberto, por desdicha.—
Vamos, señor.

ALGUACIL 1.º

Caminen, pues, alerta,
y no se me descuide hasta la puerta.

(Llévanlos.)

ALBERTO. ¿Hay desdicha semejante?
¿Que, al fin, caballeros son?
FELICIANO. Son muy nobles en León,
y de lo más importante.
ALBERTO. ¿Los mil escudos refieres
que se los debes?
FELICIANO. También.
ALBERTO. Quiere a Leonida los den.
FELICIANO. ¿Para qué?
ALBERTO. Para alfileres,
y aun me ha pedido a Leonida.
FELICIANO. Muy bien se la puedes dar.
(Este se quiere vengar
de la ofensa recebida.)
ALBERTO. ¿Quién habrá hecho este enredo?
FELICIANO. Nunca falta en Madrid quién.
ALBERTO. Dime si casarla es bien
y darle a tu hermana puedo.
FELICIANO. Hay mucho en eso que hablar.
ALBERTO. Dilo.
FELICIANO. Sabráslo después.

(Entra CLAVELA.*)*

CLAVELA. ¡Ah, nuestro amo!
ALBERTO. ¿Qué hay, francés?
CLAVELA. No me agrada este lugar.
Si a éstos prenden por espías,
¿mañana qué harán de mí?
ALBERTO. Buen lacayo traes aquí.
Bien habla.
FELICIANO. Supo en dos días.
ALBERTO. A ser mujer, era hermosa.
CLAVELA. (¿Cosa que al viejo alborote?)
ALBERTO. ¿Cómo te llamas?
CLAVELA. Perote.
ALBERTO. ¿De dónde eres?
CLAVELA. De Tolosa.
ALBERTO. Y ¿qué sabes?
CLAVELA. Caminar.
ALBERTO. ¿Cómo?
CLAVELA. A caballo y a pie.
ALBERTO. ¡Gran bellaco!
CLAVELA. Soilo a fe.
ALBERTO. Haceros quiero azotar.
CLAVELA. ¿De qué ha de ser el azote?

ALBERTO. De un vestido que os daré.
FELICIANO. Bésale los pies.
CLAVELA. Sí haré.

(*A sus pies.*)

ALBERTO. Alzaos del suelo, Perote.
CLAVELA. Bien estoy ansí.
FELICIANO. Leonida
sale a verme.
ALBERTO. Yo me voy.—

(*Sale* LEONIDA.)

Pedro, vuestro amigo soy.
CLAVELA. Yo esclavo toda mi vida.
ALBERTO. Un padre tenéis en mí
como el mismo Feliciano.
CLAVELA. Eso, señor, es muy llano,
y que yo lo creo ansí.
ALBERTO. Denle de cenar muy bien.—
Y tú, Leonida, hazle dar
buena cama en buen lugar.

(*Vase.*)

LEONIDA. Y aun en mi alma también.
(Que no sé qué gracia encierra,
pues en tan breve distancia
no me dió la paz de Francia,
sino de España la guerra.
¿Qué he de hacer, triste de mí,
pues un muchacho rapaz
me ha sacado de mi paz
después que mi paz le di?)
Pues, hermano, ¿cómo ha ido?
Buen enojo ha sido.
FELICIANO. Extraño.
LEONIDA. No escribirnos en un año
extraño rigor ha sido.
FELICIANO. En la guerra está excusada
la voluntad, porque, en suma,
poco ejercita la pluma
quien sólo atiende a la espada.
LEONIDA. Esa no es buena disculpa.
CLAVELA. Tuvimos mucho que hacer,
y en la guerra no hay poner
a quien se disculpa culpa.
LEONIDA. ¿Y eres tú también soldado?
CLAVELA. Porque una vez me quebré
con mi dueño me quedé;
pero nunca me ha soldado.
LEONIDA. Para telas y damascos
más que para pelear
eres tú.
CLAVELA. Bien sé llevar
el arcabuz y los frascos.
Mucho he querido a mi amo.
No ha habido guerra cruel
en que yo me aparte de él.
FELICIANO. Y yo por eso te amo,
que eres un leal francés.
LEONIDA. Mucho te quiere mi hermano.
CLAVELA. Tanto, que invierno y verano
me acuesto siempre a sus pies.
Pero en faltando jueces
tan bellaco vengo a ser,
que me suele amanecer,
ya me entiendes, muchas veces.
LEONIDA. Cuanta merced le habrás hecho
la tiene bien merecida.
FELICIANO. Yo te prometo, Leonida,
que es el alma de mi pecho.
CLAVELA. Apuréme en tu crisol
y este valor tuyo es,
que en este cuerpo francés
hay espíritu español.
LEONIDA. ¡Qué gracioso francesillo!
FELICIANO. Un abrazo quiero darte
por darme en ti tanta parte.
CLAVELA. Testigos hay si es sencillo,
y aun temo que le hay en mí,
más que espíritu, testigo
de que soy tu fiel amigo.
FELICIANO. ¿Sábeslo de cierto?
CLAVELA. Sí.
FELICIANO. A mi padre voy a ver.
Tú, Leonida, haz de manera
que conmigo duerma.
LEONIDA. Espera,
que diferencia ha de haber.
¿Para qué es tanta estrechura
habiendo camas en qué?
CLAVELA. Que bien con él dormiré.
Una para dos procura.
FELICIANO. Pedro, venme a descalzar.
CLAVELA. Señor amo, luego voy.
(Alegre esta noche estoy.
¡Por Dios, que os he de brindar!)
Ven acá, ¿tienes deseo
de casarte?
LEONIDA. Sí, contigo.
CLAVELA. ¿Conmigo? Dios me es testigo
que soy capón.
LEONIDA. No lo creo.
CLAVELA. Algún día lo veréis.
LEONIDA. Y ¿cuándo será ese día?
CLAVELA. El que os hallaréis más fría
que imaginaros podréis.

LEONIDA. No te finjas tan helado.
CLAVELA. Y os quiero desengañar
que soy sirena del mar,
de medio abajo pescado.
LEONIDA. ¿Búrlaste, por vida mía?
No hagas donaire de mí.

(*Sale* JULIA.) (1)

JULIA. Mi señor te llama.
LEONIDA. ¿A mí?
JULIA. A ti, señora, decía
mi señor y Feliciano.
LEONIDA. Voy por que no se alborote.

(*Vase.*)

CLAVELA. Aquí está vuestro Perote.
LEONIDA. ¡Ay, mi Pedro!
JULIA. ¿Qué hay, hermano?
¿Anda bueno con mi ama?
¿Ya se le olvida del beso?
CLAVELA. Téngole en el alma impreso.
Tú serás, Julia, mi dama.
JULIA. Juntos hemos de dormir.
CLAVELA. Duermo yo con mi señor.
JULIA. Conmigo será mejor.
CLAVELA. ¡Oh, quién pudiera decir
que le quiero cuanto puedo!
Mira que me has de enseñar
luego a tañer y cantar
en español.
JULIA. Habla quedo.
CLAVELA. Y esto de la zarabanda,
"que un pícaro como yo
sin gracia nunca medró".

(*Sale* TRISTÁN, *lacayo.*)

TRISTÁN. (Bueno anda todo, bueno anda.)
JULIA. Yo te enseñaré mil cosas;
pero en premio has de abrazarme.
CLAVELA. Que me place.
JULIA. Y has de darme
mil paces con esas rosas.
TRISTÁN. (Buena está la borrachera.
Perote con mi fregona.)
JULIA. Visto nos han.
TRISTÁN. Y ella, mona,
anda buena virotera.
Entrese allá, noramala.
CLAVELA. ¿La paz de Francia te enoja?
JULIA. ¿Han visto cómo me arroja?

(1) Es la misma que antes llamó "Juana" y vuelve luego a nombrar así.

CLAVELA. ¿Y mi amo?
TRISTÁN. Está en la sala.
CLAVELA. Adiós, Julia.
JULIA. Adiós, mi alma.
CLAVELA. ¿Pésate?
TRISTÁN. De esto no más.
¿Ya yo no sé que tú estás
tan llano como la palma?

(*Vanse, y entran* LISENO *y* ROSARDO, *galanes.*)

ROSARDO.
No se sintió otra cosa.

LISENO.
¿Y es posible,
Rosardo, que ha venido Feliciano?

ROSARDO.
Digo que quien le ha visto me lo ha dicho.

LISENO.
¿Aceros ha tenido de soldado?

ROSARDO.
No ha querido más padre que la guerra
ni más regalo, para usar las armas.

LISENO.
Dicen que viene un valeroso mozo.

ROSARDO.
Y no pobre de galas y servicios.
Basta para un bisoño sólo un año.

LISENO.
Ser más no pudo la desdicha mía;
que, cuando tuve a los franceses presos,
viniese Feliciano a hacellos libres.

ROSARDO.
¿Y es, Liseno, verdad que se ha tratado
entre ellos y ese viejo codicioso
dalle al mayor a tu Leonida?

LISENO.
Cierto,
que en cenando firmó las escrituras;
y de mis vanos pensamientos locos
y el tiempo de mi vida mal perdido.

ROSARDO.
Yo tengo por sin duda que si Alberto
sabe vuestra intención os la daría
mejor que al extranjero, pues sois propio
de este lugar y de su hijo amigo,
nacido en esta calle y en su casa.

LISENO.
Y ¿cómo podré yo intentallo?

ROSARDO.

¿Cómo?
¿Queréis que le hable yo?

LISENO.

Por eso muero.
Rosardo, si este bien de mi esperanza
llegase a posesión, vuestra es mi hacienda
y cuanto yo tuviere será vuestro.

ROSARDO.

El viejo está en la fábula. Déjame,
que quiero dar un tiento a la fortuna.

LISENO.

Y yo morir sin esperanza alguna.

(*Sale* ALBERTO, *viejo.*)

ALBERTO.

Dile que acabe de vestirse presto
para que vamos juntos a la cárcel;
que aunque era justo descansar un día,
con los amigos piérdese el descanso.

ROSARDO.

Goces mil años de tu noble hijo,
ilustre Alberto.

ALBERTO.

Bien venido seas,
que nadie como yo lo deseaba.
Daros quiero mis brazos como amigos
de Feliciano, y en su nombre.

LISENO.

¿Qué hace?

ALBERTO.

Cansado viene, aunque de salud bueno.

LISENO.

¿Viene muy gran soldado?

ALBERTO.

Bueno es eso.
¿En un año de ausencia gran soldado?

LISENO.

¿Cómo va de los huéspedes?

ALBERTO.

Ha sido,
Liseno amigo, una desdicha extraña.

LISENO.

¿De qué manera?

ALBERTO.

Viólos la justicia
y halos llevado, por espías, presos.

ROSARDO.

¿Quién te mete con hombres extranjeros?
Que a veces daña tanta cortesía.
Y es lo bueno que ahora, no sabiendo
de su prisión la causa, te quería
dar parabién de lo que muchos dicen,
que será perdición tuya si entregas
lo mejor de tu casa, que es tu hija.

ALBERTO.

¿No ves que ya se intenta la probanza
y Feliciano dice que son nobles
y los más ricos de León de Francia?

ROSARDO.

De ti me río. Un hombre de tus prendas,
que puede con su igual casar su hija,
¿quiere darla a un extraño?

ALBERTO.

¿Y no es cordura
siendo el extraño de valor más propio?
Un diamante no nace aquí en España
y por eso en España es de más precio.
Al fin, todo lo que es de más estima
es lo que viene de extranjeras tierras.

ROSARDO.

No me parece, Alberto, buen propósito.
Tres cosas se requieren al que es noble
para la calidad del casamiento:
igual, del mismo pueblo y bien nacido.

ALBERTO.

¿Y esas piensas que se hallan en la calle?

ROSARDO.

Bien lo puedes decir, pues en la tuya
sé yo quien te viniera más a cuento.

ALBERTO.

¿Cómo en la mía?

ROSARDO.

¿Aquí no está Liseno,
noble, rico, mancebo y gentil hombre,
tu igual, y tu vecino, y conocido,
que por tu hijo le has tenido siempre
y aun dice que de pila le sacaste?

ALBERTO.

Llámale acá.

ROSARDO.

Liseno, ya está hecho.

LISENO.

Bésoos, señor, las manos como hijo
por la merced de darme a vuestra hija,
que en mí no tendréis yerno, sino esclavo.

ALBERTO.

Pues ¿quién te ha dicho a ti que te la daba?

LISENO.

Rosardo dijo que esto estaba hecho.

ROSARDO.

Yo te quise decir que estaba dicho.

ALBERTO.

Pues hay del dicho al hecho muchas leguas.
Tu voluntad estimo en lo que es justo;
pero, en efeto, he dado mi palabra.
Si de ésta escapo cumpliré la tuya.

LISENO.

De esa misma manera lo agradezco,
y permitan los Cielos...

(*Sale* FELICIANO.)

FELICIANO.

¿Amigos dices?—
¡Oh, Liseno, Rosardo!

ROSARDO.

¡Feliciano!
Qué deseado que habéis sido.

FELICIANO.

Creo
que mi deseo mereció esa paga.

ROSARDO.

¿Cómo venís?

FELICIANO.

Con gusto y salud vengo.

LISENO.

¿No fuera bueno descansar?

FELICIANO.

Sí fuera; (1)
mas tengo unos amigos en la cárcel;
y pues habéis venido a tan buen tiempo,
que quede mi señor y los tres vamos,
iréis oyendo parte de mi vida.

(1) En el texto, "sí quisiera".

ALBERTO.

Pues, alto; por si fuere de importancia
enviad un recado.

FELICIANO.

No presumo
que será menester.—¿Estáis muy buenos?

ROSARDO.

Buenos, y en veros de contento llenos.

(*Vanse los tres, y queda* ALBERTO *solo.*)

ALBERTO.

Hame contado tantas maravillas
de la nobleza del francés Teodoro
Feliciano, mi hijo, y han podido
tanto las joyas con mis manos y ojos,
que se determinó mi pensamiento
de darle mi Leonida en casamiento.

(*Entra* JUANA, *alborotada.*)

JUANA. En tu busca, señor, vengo.
ALBERTO. ¿A qué efeto?
JUANA. En mi lealtad
conocerás la verdad...
ALBERTO. Satisfación, Juana, tengo.
JUANA. Aunque el decillo me aflija.
ALBERTO. No te turbes, di lo que es.
JUANA. El lacayuelo francés
queda abrazando a tu hija.
ALBERTO. ¿Perote?
JUANA. El mismo.
ALBERTO. ¿Qué aguardo?
¿Con un rapaz extranjero?
¡Mataréla! Voy. ¿Qué espero?
JUANA. Esto es, sin duda.
ALBERTO. ¡Oh, bastardo!

(*Vase* ALBERTO.)

JUANA. Esto han podido mis celos,
del alma fuego y azote.
Hoy a la muerte Perote
le han sentenciado los Cielos.
Que aunque te hallas disculpado
con escoger lo mejor,
por eso pintan a Amor
muchacho ciego y vendado.

(ALBERTO *dice dentro:*)

ALBERTO. Deténle, amigo Tristán.
JUANA. No quiero hallarme a su muerte.
Voime, traidor, por no verte.
TRISTÁN. ¡Tente!

ALBERTO. Suelta, ganapán.

(*Anda el viejo* ALBERTO *con una daga desnuda tras ella, y ella huye.*)

TRISTÁN. Dame, señor, muerte a mí
y deja a Pedro, señor.

ALBERTO. ¿Vos con Leonida, traidor?
¿A mí deshonrarme ansí?

TRISTÁN. Han de oírte los vecinos.

ALBERTO. Estoy loco.

TRISTÁN. ¡Ten, por Dios!

ALBERTO. ¿Queréis que os mate a los dos?

TRISTÁN. ¡Ay, muerto soy!

ALBERTO. ¡Desatinos!
¡Pluguiera a Dios que te diera!

TRISTÁN. ¿Fué más de que la abrazó?
En su tierra lo aprendió,
que se usa de esa manera.

ALBERTO. El francés ha de morir.

TRISTÁN. ¿Está ya determinado?

ALBERTO. O a lo menos azotado.—
Pringado a Francia habéis de ir.

CLAVELA. ¿Pringado? ¿Soy negro yo?

TRISTÁN. Pues, señor, por él me pringa,
que aunque Perote respinga
jamás a yegua ofendió.

CLAVELA. Señor, ¿qué quieres hacer?
Que no me castigues pido
por cosa que no he comido
ni menos puedo comer.
Mira que soy caponcillo.

TRISTÁN. Sí, señor, de entrambos lados.

ALBERTO. ¿Vístelo?

TRISTÁN. Los días pasados.

ALBERTO. Aun es infamia sufrillo
o sea o no sea ansí.
Dame una rienda o azote.

TRISTÁN. ¡Oh, pobre de ti, Perote!

CLAVELA. ¡Ah, Tristán, pobre de mí!

TRISTÁN. (Señor, oye aparte.

ALBERTO. Acaba.

TRISTÁN. Oye.

ALBERTO. Di.

TRISTÁN. ¿Que esto ha de ser?

ALBERTO. Sí.

TRISTÁN. Pues sepa que es mujer.

ALBERTO. ¡Jesús! Ya lo imaginaba.

TRISTÁN. Mujer es, y es mía, que un día
de Tolosa la saqué.

ALBERTO. ¡Ah, Tristán! Yo te daré
mi hacienda si la haces mía.

TRISTÁN. Que no. Venga ya el azote;
despiérnala y martiriza.

ALBERTO. Fuego soy, ya soy ceniza.
Dame esos brazos, Perote.

TRISTÁN. Paso, no le digas nada.
Finge que no la conoces
y trataré que la goces
esta noche.

ALBERTO. ¡Ay, prenda amada!
¿Que gozaré sus estrellas?
Tuya es mi hacienda, Tristán.)

TRISTÁN. (Que ya no te azotarán,
no llores.)

ALBERTO. (¡Lágrimas bellas!
¡Por Dios, que siempre pensé
lo que agora claro veo!

TRISTÁN. Vete, señor, porque creo
que hablalla agora podré.)

ALBERTO. Pedro, vuestro amigo soy.
No importa, hablad a Leonida.

CLAVELA. No pienso hablalla en mi vida,
señor, si disgusto os doy.

ALBERTO. (¡Muerto me ha la francesilla!)

CLAVELA. ¿Cómo se hizo esta amistad?

TRISTÁN. Hele dicho la verdad.

CLAVELA. ¡Ay!

TRISTÁN. ¿Eso te maravilla?
¿Fuera mejor que lo viera
si los calzones bajara?

CLAVELA. ¿Fué toda la verdad clara?

TRISTÁN. Que eras mía dije, espera,
y que esta noche quería
que tú durmieses con él.
Pero reirémonos de él.

CLAVELA. Discreto, por vida mía.
¿Adónde está Feliciano?

TRISTÁN. A la cárcel habrá ido.

CLAVELA. ¿Ya no dice que ha tenido
buena información mi hermano?

TRISTÁN. La prisión ha sido injusta,
y todos vienen aquí.
Escóndete.

CLAVELA. Harélo ansí.

(*Entre los tres y los dos franceses.*)

FELICIANO. Señor, si mi padre gusta,
yo de todo soy contento,
ya que tenéis libertad.

TEODORO. Corresponde a mi verdad
ese hidalgo pensamiento.

LISENO. (No estoy para ver mi muerte.
Rosardo, ¿qué aguardo aquí?

ROSARDO. Si esto se concierta ansí,
mi vida se desconcierte.

LISENO. Acabe el discurso de ella.
No viva más mi desdicha.

ROSARDO. ¿Hate de faltar, por dicha,
otra más noble y más bella?
Vámonos.)

LISENO. Pues que ya estáis,
señores, libres, adiós.

ROSARDO. ¿Qué nos mandáis a los dos?

FELICIANO. Que con Dios, señores, vais,
y esta noche nos veamos,
que quiero ver el lugar.

ROSARDO. Pues yo os vendré a acompañar.

FELICIANO. Y yo iré a serviros.

LISENO. Vamos.

(Vanse los dos.)

TEODORO. Pues solos hemos quedado,
Feliciano, tiempo es ya
de hablaros por lo que está
mi honor al vuestro obligado.
Ya sabéis que me robastes
con Clavela aquel honor
que, de un noble antecesor
heredado, disfamastes.
Octavio y yo por el mundo
un año os hemos buscado
y, cual veis, peregrinado
tanta tierra y mar profundo.
Dadme a Clavela mi hermana,
que a Octavio no hay que le deis,
que vos su esposo seréis
o aquí vuestra muerte es llana.

(Echan mano a los bordones y sacan de ellos espadas.)

FELICIANO. Paso, que es gran sinrazón
la que me pedís a mí,
que ni yo a Clavela vi
ni fuí autor de su traición.
Que no merece la vuestra
la hermana que os he ofrecido,
ni el haberos pretendido
dar la mejor prenda nuestra.

TEODORO. ¿Cómo que no la robastes?

FELICIANO. Antes estoy ofendido,
que me trujistes vendido
y que matarme intentastes.

TEODORO. Pues, traidor, cuando fingías
que Elisa mi dama fué
y a cenar te convidé,
¿cómo a cenar no volvías?

FELICIANO. Porque entendí vuestro trato
y era solo y extranjero.

TEODORO. ¿Tú eres noble y caballero?
Eres villano e ingrato.
Tú la sacaste y, cansado,
la debiste de matar.

OCTAVIO. Gente suena. Otro lugar
busca de hacerte vengado.
Vamos, Teodoro.

TEODORO. ¡Ay, Octavio,
no te asegure el ser corte,
porque no hay donde no corte
la espada con el agravio!
Tiraréle un arcabuz
en medio de aquella calle.

FELICIANO. Y yo, después de tiralle,
ésta o otra hasta la cruz.

TEODORO. Mira que me has engañado,
español bravo, insolente,
y no hay cosa que no intente
un hombre determinado.

(Vanse los dos PEREGRINOS; sale TRISTÁN.)

FELICIANO. Suspenso he quedado y mudo.
Tristán, ¿qué digo?

TRISTÁN. ¿Qué quieres?

FELICIANO. ¡Ay de mí!

TRISTÁN. ¿Qué hay?

FELICIANO. No te alteres.
¿Que esto sucederme pudo?

TRISTÁN. ¿Qué fué?

FELICIANO. Que Octavio y Teodoro
quisieron matarme aquí.

TRISTÁN. Pues ¿están ya libres?

FELICIANO. Sí,
Mas pues a Clavela adoro,
quiero casarme con ella.

TRISTÁN. No te arrepientas después.

FELICIANO. Si la adoro y mi bien es,
¿puedo dejar de querella?

TRISTÁN. Podrás con la posesión
cuando la veas tu esposa;
aunque, por Dios, que es forzosa
y justa la obligación.
¿No has oído el refrancete
del sacristán de San Pablo
que de tratar el retablo
no le quitaba el bonete?

FELICIANO. Clavela me ha de obligar
siempre por más que la trate.
Su obligación me combate.
Con ella me he de casar.

TRISTÁN. Basta. ¿Llamaréla?

FELICIANO. No;
di que mude de vestido.

TRISTÁN. Voy.

FELICIANO. Presto.

(*Vase* TRISTÁN. *Salen* ALBERTO *y los* PEREGRINOS *hablando.*)

ALBERTO. Pues si eso ha sido
podré remediallo yo.
No os desesperéis ansí.—
¿Qué es esto, vil Feliciano?
(*Vale a dar.*)

TEODORO. No pongáis en él la mano.

FELICIANO. ¡Señor!

ALBERTO. Mataréte aquí.—
¿Qué es de Clavela, una hermana
de este noble caballero?

FELICIANO. ¡Señor!

ALBERTO. No te turbes.

FELICIANO. Quiero
saber a lo que se allana
primero que se la dé.

TEODORO. Como tú a ser su marido
ninguna cosa te pido.

OCTAVIO. Ni yo, como viva esté.

FELICIANO. Ella, señor, está viva,
y en tu casa. Entrá por ella.

TEODORO. Venga Leonida con ella
y de ti merced reciba
que por mujer me la des.

ALBERTO. Hoy es de mi gloria el día.

(*Va por ella* ALBERTO.)

TEODORO. ¿Que es viva la hermana mía?
Echarme quiero a tus pies.

FELICIANO. Y yo a los tuyos, que son
los que yo quiero y adoro.

(*Sale* ALBERTO, CLAVELA *de mujer y* LEONIDA, *bien puestas;* JUANA *y* TRISTÁN.)

CLAVELA. A tus pies pido, Teodoro,
de mis desdichas perdón.

TEODORO. Mis brazos te quiero dar,
y éstos a Leonida.

LEONIDA. Soy
esclava vuestra desde hoy;
tenedme en ese lugar.

TEODORO. Sois mi esposa.

CLAVELA. Dama hermosa,
¿hay algo que os alborote?

ALBERTO. Tristán, ¿no es este Perote?

TRISTÁN. Sí, mi señor.

ALBERTO. ¿Hay tal cosa?
Dame esos brazos.

TRISTÁN. Y a mí
¿a Juana no me darán?

FELICIANO. Desde hoy es tuya, Tristán.

ALBERTO. Si Octavio se queda aquí,
mi sobrina y mil ducados
de renta le quiero dar.

OCTAVIO. Con Teodoro he de quedar.

TEODORO. Cuatro quedamos casados.

TRISTÁN. ¿Son pares de palominos?

CLAVELA. ¡Oh! Que tengo que contarte,
hermano Teodoro, aparte
de nuestros largos caminos.

LEONIDA. A Juana hay bien que reñilla.

ALBERTO. Ya todo está perdonado.

FELICIANO. Y con el vuestro, senado,
dar fin a *La Francesilla.*

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE *La Francesilla.*

ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

PÁG.	COL.	LÍN.	
3	2	7	Quizá deba este verso leerse así: "Sabina viene conmigo".
4	2	27	Este verso estaría mejor de este modo: "que con mi amo fingiendo".
5	2	3	Dice "él puede celebrar"; pero mejor estaría "le pueden celebrar".
7	2	33	Es probable que Lope escribiese: "tan desdichado", y no "tan desechado". Y lo mismo creemos que sucederá con el verso 21 de la pág. 9, col. 2, en que vuelve a usarse el participio "desechado"
21	1	3	Estaría mejor este verso: "(El diablo, por ser [tan] viejo".
22	2	antep.	Pudiera completarse este verso leyendo: "En el último [solo] dice, ¡ay, Cielo!:".
38	2	12	Este verso diría mejor: "no está del hombre segura".
39	1	16	Dice "*ato*"; léase "*alto*".
39	2	40	Este verso debe completarse así: "a tu grandeza pues [es]".
41	2	13	Dice "Bajar"; pero, de seguro, será "Bajaré".
59	2	25	Dice "aqueste"; será "aquesto".
77	1	26	Así en el original; pero mejor diría: "¡Ah, papel, que en *verte* rabio".
77	2	35	Dice "Manchará"; corríjase "Mancharé".
79	1	30	Dice "Podrás"; el sentido pide "Podrías".
82	1	42	Este verso estaría mejor dicho por LELIO.
82	1	44 a 50	Estos parecen propios del SENADOR.
82	2	6	Verso de obscuro sentido; pero no fácil de enmendar.
87	1	34	Dice "no lo había"; léase "no la había".
87	1	36	Faltan tres versos a esta quintilla.
87	2	14	Falta un verso, antes o después de éste, para la quintilla.
96	1	32	Parece deba leerse "su venida", y no "tu venida".
96	2	3	La palabra "borrico" parece impropia; pero así está en el texto original.
101	2	32 y 33	Parece que el primer hemistiquio de este verso debiera decirlo LELIO y el segundo VITELIO.
113	2	42 y 43	Deben llevar estos versos signos de admiración, y no interrogativos.
123	1	42	También pudiera leerse así: "blasfemarás, diciendo muera o pesia".
124	1	40 y 41	Sobra el paréntesis, pues Lavinio quiere que oiga su hermano lo que dice.
124	2	8 y 9	Este verso, largo en el original, puede quedar bueno suprimiendo el "¿Pues qué?"
132	2	antep.	Debe leerse: "¡Quién viviera, ah, mi señora!"
134	1	8	Dice "aunque"; léase "aun".
155	1	21, 22, 27 y 38	En lugar de FERNANDO debería decir HONORIO.
155	2	4, 13 y 17	En lugar de FERNANDO debería leerse HONORIO, pues así lo pide el sentido, aunque en el original esté como se ha impreso en el texto.
166	2	20 a 24	Creemos que estos versos estarían mejor así: "ISABEL. Los esclavos quiero ver. / ELVIRA. ¿Y si tu padre se enoja? / ISABEL. No lo sabrá. / ELVIRA. Aquéstos son: / la tahona es su prisión."
189	1	34	También pudiera leerse este pasaje así: "se escondió quien fué la causa / que tu clausura se inquiete".
189	2	18	Dice "anime" en el original, que no rima. Quizá deba leerse "asiente".
202	2	26	Dice "crees"; deberá leerse "eres".
203	1	18	Dice "escondidos"; léase "escondido".
255	1	27	Dice "Don Filipe"; léase "Don Felipe".
295	1	pen.	La nota (2) debe empezar así: "En A, "Huír es remedio aquí."
300	1	8	Después de este verso debe ir este otro: "dos a dos y cuatro a cuatro".
300	2	32	Dice "defendí"; debe ser, "defendía".
321	1	22	Este verso estará mejor así: "¡Oh, qué bien [que] se conoce".
327	2	22	Dice "Caribe". Quizá deba ser "Cambises".
329	2	42	Dice "que quedo"; mejor será "que quede".

PÁG.	COL.	LÍN.	
333	1	27	Este verso y los tres siguientes parece más propio que los diga MULEY.
344	2	31	Aunque el texto dice "yerros", deberá entenderse "hierros".
346	2	38	"que le dieron" dice el original; pero debe ser "que te dieron".
355	2	24	"Ya Constantinopla" dice; léase "Y a Constantinopla".
366	2	últ.	Sobra el "os".
371	2	4	Dice "espanta"; léase "espantas".
375	1	15	Este verso así en el original; pero quizá deba entenderse: "o burla o vengóse, entiendo.)"
380	2	10	En el original dice este verso: "¿Es el galguillo de casa?" Pero creemos deba escribirse así: "¿Eres, galguillo, de casa?"
381	2	17	Está en el original así este verso; pero mejor sentido hace: "Para mi gusto es la paga".
383	2	31 a 36	Este pasaje deberá leerse así, pues está más claro: "quiero que le gocemos más despacio. Entre vuesa merced. LUCIANO. Tengo un negocio para esta tarde de importancia mucha: vuesa merced perdone, que en su puesto otro día supliré [aqu]esta falta."
384	2	26	Este verso estaría mejor: "[que] sé de lo que he estudiado".
387	1	antep.	Mejor estaría este verso: "y atreve [a] esta liviandad".
390	1	22	Verso largo. Sobra el "en".
394	1	32	Dice "Alberto"; léase "Huberto".
412	1	17	Dice "suele" el original. El sentido exige "suelen".
427	1	pen.	Dice "CELIO"; léase CELIA".
431	1	11	Dice "ingenisa"; es "ingeniosa".
455	2	2	Los textos dicen "quite"; pero es evidente que debe leerse "quise".
463	2	32	En lugar de "ocasiones", quizá sea mejor "oraciones".
480	2	1	Este verso nos parece que estaría mejor así: "y el que a estas islas abraza".
536	2	34	Este verso podría completarse así: "Los hados que, al fin [son] inevitables,".
536	2	36	Como este verso resulta largo, de fijo que Lope lo escribiría de este modo: "en medio el pecho dos estrellas de oro".
540	2	38	En lugar de "*padre*", deberá leerse "*Rey*".
542	2	16	Dice "Primanto". Corríjase "Erimanto".
571	2	44	Quizá deba leerse "ecos", en lugar del errado "picos".
585	2	27	Dice "los dos", en lugar de "las dos".
586	2	40	El sentido pide que en lugar de "se guarda" haya de leerse "te guarda".
599	2	24	Sobra el "es" en este verso, enmendado ya el "hombre" por "encubre".
618	1	antep.	Parece que este verso deba decirlo LEANDRO y el siguiente TEODORA.
648	2	9	Como hablan aldeanos, no es seguro que deba enmendarse el "remponda" por "responda".











